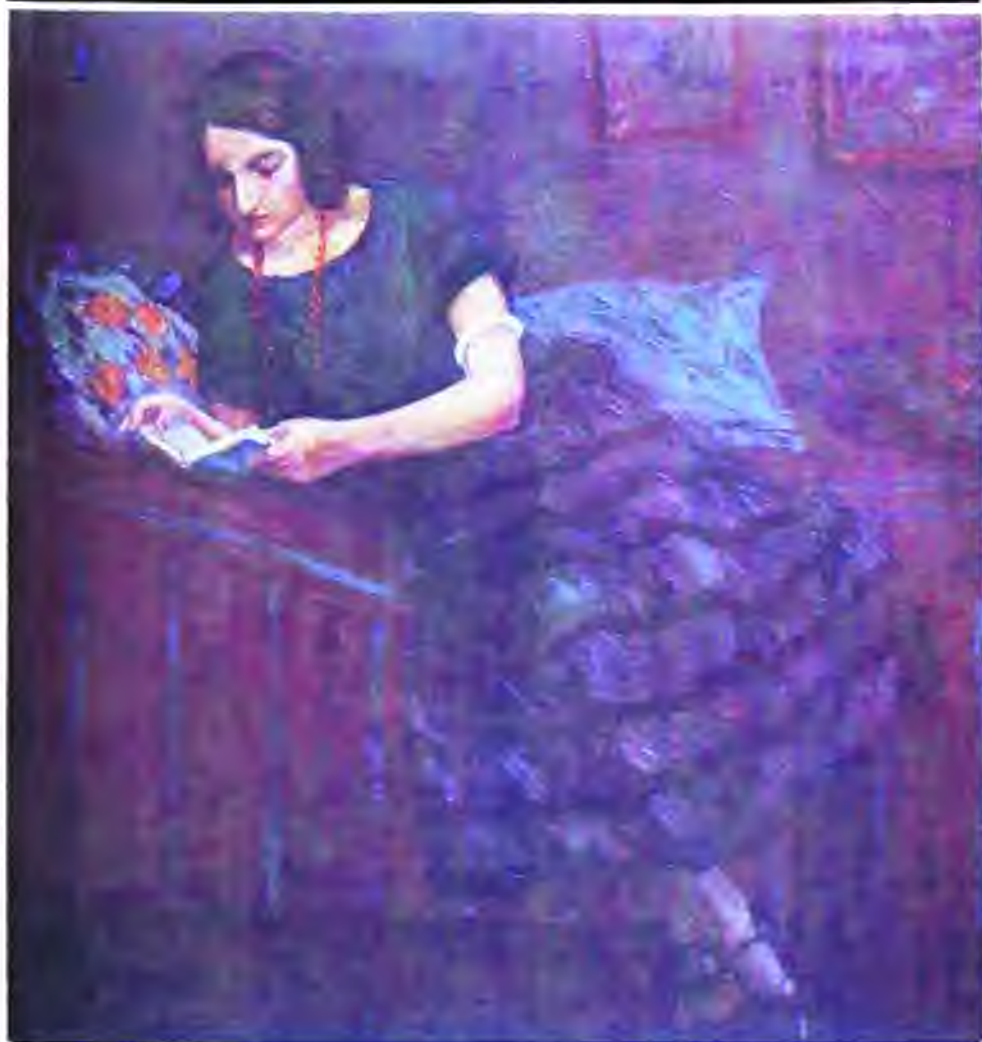
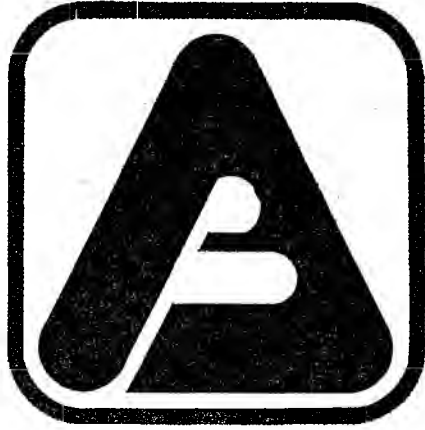


**TERESA DE LA PARRA**

# **OBRA**

**(Narrativa, ensayos, cartas)**





**CONSEJO DIRECTIVO  
DE LA FUNDACION BIBLIOTECA AYACUCHO**

José Ramón Medina (Presidente)  
Simón Alberto Consalvi  
Miguel Otero Silva  
Ángel Rama  
Oscar Sambrano Urdaneta  
Oswaldo Trejo  
Ramón J. Velásquez

**O B R A**  
**(NARRATIVA - ENSAYOS - CARTAS)**

TERESA DE LA PARRA

O B R A

(NARRATIVA - ENSAYOS - CARTAS)

*Selección, Estudio Crítico y Cronología*  
VELIA BOSCH

*Teresa de la Parra: Las voces de la palabra*  
JULIETA FOMBONA

BIBLIOTECA



AYACUCHO

© de esta edición  
BIBLIOTECA AYACUCHO  
Apartado Postal 14413  
Caracas 101 - Venezuela

Derechos reservados  
conforme a la ley

Depósito legal, lf 82-1136  
ISBN 84-660-0094-1 (tela)  
ISBN 84-660-0093-3 (rústica)

Diseño / Juan Fresán  
Impreso en Venezuela  
*Printed in Venezuela*

## TERESA DE LA PARRA: LAS VOCES DE LA PALABRA

A TERESA DE LA PARRA se le han concedido muchas cosas: el encanto, la gracia, la elegancia, el refinamiento; ha sido la musa, la criolla cabal, una clásica de nuestras letras. Todo esto, seguramente, hubiese complacido muchísimo a quien confesaba preferir mil veces la vanidad de los trapos a la otra, la literaria. Sin embargo, habría que concederle también lo que ella misma pedía: "Lo único que considero bien escrito en *Ifigenia* es lo que no está escrito, lo que tracé sin palabras, para que la benevolencia del lector fuese leyendo en voz baja y la benevolencia del crítico en voz alta".<sup>1</sup> En lo no escrito está lo que la induce a escribir, es decir, su relación con la literatura. Para Teresa de la Parra la literatura no es un fin en sí, pero mucho menos actividad didáctica. Con equitativa y sonriente humildad su gusto rechaza tanto las "obras de esplendor hermético" que, según ella, sólo dejan un punto de interrogación en el vacío, como el "odioso realismo", que convierte al lenguaje en una esforzada máquina de fabricar sentidos fijos. Refiriéndose a su primera novela, dice en una carta: "Podría haber escrito varias páginas fuertes y elocuentes con pretensiones filosóficas. *Ifigenia* habría sido aún más larga de lo que es... y en mi relato brillaría el orden simétrico y rotundo que reina en las novelas llamadas de *literatura fuerte*. Pero tanta superioridad habría agobiado con su peso el resto de mi vida".<sup>2</sup>

La obra de Teresa de la Parra es más bien reducida: dos novelas y las tres conferencias que dictó en Bogotá constituyen lo esencial; también está su correspondencia, por supuesto, de la que dice Mariano Picón Salas que tiene "la gracia o el fuego comunicativo que exige la literatura epistolar".<sup>3</sup> En la primera conferencia, al hablar de sus perplejidades ante la invitación que le llegó de Colombia en el momento en que pensaba instalarse a pasar el invierno en París, se refiere a lo intermitente y frágil de su vocación lite-

<sup>1</sup>Carta a Eduardo Guzmán Esponda, 1926. En *Obras Completas*, Editorial Arte, Caracas, 1965. Desde ahora cito por esta edición.

<sup>2</sup>*Idem*, página 890.

<sup>3</sup>*Obras Selectas* (Madrid - Caracas, Edime, 1962), página 260.

raria, y luego pasa a confesar lo que la decidió a aceptar la invitación: el reencuentro con la tierra, pero sobre todo, la tierra soñada, la de los libros y las visiones, esa donde “blanquea todavía María despidiendo a Efraín”. También escribir parece ser, para ella, antes que creación, una especie de reencuentro: reencuentro con el buen uso del lenguaje, con la anterioridad de esa voz colectiva y anónima que ya está allí y que no hay más que continuar. Es una especie de estado ideal de la lengua, como el que alcanza el primo Juancho de *Las Memorias de Mamá Blanca*, que al contar el percance que les sucede a los dueños de Piedra Azul camino de la iglesia para casarse, convierte la trivial anécdota en algo tan sabroso y encantador como el romance de las bodas del Cid. Esto no entraña, desde luego, ningún casticismo; es más bien un empeño en preservar la fuerza y la frescura de la palabra hablada en la escrita, que, según ella, la imprenta ha ido devorando. Por eso, Teresa de la Parra hace hincapié en el vínculo de las palabras con el deseo, con la voz, borrando lo más posible su vínculo con el poder, con lo que tienen de tajante y definitivo: “Yo creo que mientras los políticos, los militares, los periodistas y los historiadores pasan la vida poniendo etiquetas de antagonismos sobre las cosas. . . las mujeres, que somos numerosas y muy desordenadas, nos encargamos de barajar las etiquetas estableciendo de nuevo la cordial confusión”.<sup>4</sup> La confusión manifiesta que lo escrito no es ni la expresión de un sujeto supuestamente dueño del lenguaje, ni el reflejo de un mundo fielmente clasificado, sino el efecto de un saber que ya está en la lengua y que es insistencia en su propia y peculiar manera de desear la realidad, de organizarla, a la par del que la habla.

La primera conferencia termina con la figura del Inca Garcilaso retirado en su cortijo cordobés, ya muy lejos de su patria americana, recogiendo en sus *Comentarios Reales* “memorias de su infancia, recuerdos de recuerdos que otros le narraron”. Lo mismo hará Teresa de la Parra; su rechazo de Thomas Mann,<sup>5</sup> su confesión de no haber visto ni oído más que oscuridad y silencio en exposiciones cubistas y antologías dadaístas muestran claramente que sabía muy bien cuáles eran sus dominios y que nunca quiso otros. También para ella escribir es recoger, desde lejos, las voces ya apagadas que, como la de la fiusta doña Isabel, madre de Garcilaso, deslindaron para ella esos dominios —dominios perdidos— de la Colonia, Caracas, la hacienda Piedra Azul de *Las Memorias de Mamá Blanca*. En Teresa Soublette, su tía abuela descendiente de prócer, en Mamá Panchita, la bisabuela realista, y en la amiga, Emilia Ibarra, hija de un edecán de Bolívar, encontró Teresa de la

40. C., página 689.

<sup>5</sup>En 1932, desde Suiza, donde estuvo internada en el sanatorio de Leysin por la tuberculosis que sufría, escribe a Rafael Carías: “¿Ha leído la novela de Mann *La Montagne Magique*? Tiene gran fama y el premio Nobel. Pasa en un sanatorio en Davos y son dos inmensos tomos de seiscientas páginas. Empecé a leer el primer tomo y no pude acabarlo. Me causó una especie de molestia invencible ver cómo el autor sólo parecía fijarse en *lo exterior*; páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: ¡cuando hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla!”. O. C., página 875.



Parra la historia pura, la que relata, no la progresión de un acontecer, sino más bien su carácter singular, totémico. Igual que la ñusta doña Isabel, ellas también habían conocido el esplendor y habían sabido perderlo con dignidad, con elegancia o con gracia. Como pertenecían, además, a diferentes bandos y distintos partidos, propiciaron en su oyente esa melancólica tolerancia, que se siente en su obra, y la fidelidad derrelícta e irónica a valores ya vencidos, que es su revés metafísico.

De su propia época dice en la primera conferencia: "Como nos ha liberado de muchos grandes terrores suele tenernos el corazón frotado, confortable y medio vacío como la sala de baño de un gran Palacio".<sup>6</sup> Tal vez escribe para llenar este vacío colocando lo escrito en el lugar de la naturaleza perdida. La añoranza de lo natural está en toda su obra, aunque, por supuesto, no se trata del proverbial retorno a la naturaleza del que se burlaba Valéry al decir que cada treinta años se la vuelve a descubrir. En esto Teresa de la Parra está muy cerca de Rousseau; lo que intenta es contemplar a la sociedad desde la naturaleza para deshacer las identificaciones forzadas que aquélla impone, esa naturaleza "que es profundamente inmoral, puesto que desdeña las más elementales conveniencias y se burla a todas horas de los sanos principios sociales".<sup>7</sup> En *Ifigenia*, María Eugenia se rebela contra los dogmas sociales arbitrariamente naturalizados: declara tener un alma profundamente naturista y no ver qué sentido tiene usar ropa en países donde hace tanto calor. En *Las Memorias de Mamá Blanca*, el primo Juancho trae de Londres, a sus parientes de Piedra Azul, una elegante sombrilla inglesa para que tomen el té de tarde en el jardín; pero la sombrilla va a parar a un carro de bueyes que lleva a las niñas a su "alegre y rumoroso baño de río". La Colonia de las conferencias tiene por religión "un culto casi inconsciente por la naturaleza" y vive según las pautas del paisaje. Teresa de la Parra nunca está muy lejos de la dicotomía cultura/naturaleza, del paso de la una a la otra.

Su prosa, sobre todo en las conferencias y en *Las Memorias de Mamá Blanca*, parece la expresión jubilosa y sosegada de una manera de ocupar un espacio. En una carta a Lecuna, compara nuestro siglo XVIII con el francés, y éste le resulta manoseado y artificial al lado de "nuestra Colonia, tan sobria, tan noble como todo lo que vive sin esforzarse, de acuerdo con la naturaleza y el clima".<sup>8</sup> Su escritura parece remedar esta relación entre los seres humanos y la naturaleza que produce lo criollo americano.

<sup>6</sup>Unas líneas antes dice: "Digan lo que quieran sus detractores, es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante, en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias". O. C., página 712.

<sup>7</sup>*Ifigenia*. O. C., página 260.

<sup>8</sup>O. C., página 796.

“Para hablar de la Colonia es preciso narrar, es preciso hablar a menudo de sí mismo”.

Las conferencias, que llevan el título de *Influencia de las Mujeres en la Formación del Alma Americana*, abarcan el período que va desde la Conquista hasta la Independencia. Tal vez para sorpresa de muchos de los que habían leído *Ifigenia*, resultaron ser una especie de himno a la Colonia, es decir, a una cierta continuidad sin historia. La convicción de que la tradición está condenada a muerte y que lo que habrá de reemplazarla son las constricciones y los dogmas de una idea de la historia concebida como progreso incontenible, hace que Teresa de la Parra se empeñe en comunicar lo que aprendió de esa tradición, su utilidad ideal, como ella dice: una manera de moverse, un ritmo acompasado y sin precipitaciones, como el de “esas razas que no se sabe a dónde van y (entre) las que se siente de un modo muy hondo la dulzura de vivir”.<sup>9</sup> Esas razas son las que forman la americana, y Teresa de la Parra las menciona en una carta a su amigo Zea para refutar las tesis de Gobineau sobre la superioridad de los arios. En otra carta habla de cómo quisiera recorrer despaciosamente, es decir, no en tren ni en automóvil sino a caballo, las cinco repúblicas que libertó Bolívar.

En las conferencias, el ávido conquistador que se convierte en poeta fundador de ciudades, la gracia indolente de las criollas que tendidas en hamacas sueñan con cosas lejanas, las “anchuras” de que gozaban las comunidades religiosas, el empeño de Simón Rodríguez en que su discípulo permaneciese en estado natural y no aprendiese nada, el humorismo campechano de una religión que se paganiza bajo el sol del trópico, manifiestan una manera de regular la naturaleza según los sueños, el deseo y el cuerpo. (“Mi pobre animal de tierra caliente... se encuentra espantado”, dirá en una carta entre las nieves de Leysin). Su obra repite la forma de esa relación, su cadencia: no formula un sentido, acoge una presencia sin constituirla en verdad. Lo criollo, entonces, es consistencia: “Ingenua y feliz como los niños y como los pueblos que no tienen historia, la Colonia se encierra toda dentro de la Iglesia, la casa y el convento”. Es también insistencia: “La Independencia como toda revolución o cambio brusco sólo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos”. Y es hasta síntoma: “¿Quién de nosotros no ha vivido un poco en la Colonia gracias a tal amigo, tal pariente o tal vieja sirvienta milagrosamente inadaptados al presente?”. En suma, la Colonia es la novela familiar del americano, el origen como huella, la imagen que da cuenta de cómo un espacio se convierte en destino.

Lezama Lima habla de ese terrible complejo del americano que consiste en “creer que su expresión no es forma alcanzada sino problematismo, cosa a resolver” (*La Expresión Americana*, 1957). En este sentido, Teresa de la

<sup>9</sup>Carta a Luis Zea Uribe, 1933. O. C., página 835.

Parra recuerda a Natalia Rostov, de *La Guerra y la Paz*. Natalia hablaba francés en familia, cantaba en italiano y había sido educada por una emigrada de la Revolución, pero una noche baila al son de la balalaika de su tío ermitaño y, ante el asombro de todos, “hizo Natalia lo que era de rigor . . . encontró lo que había en el alma rusa”. Así se da también en la obra de Teresa de la Parra lo criollo, lo americano, como forma hallada, acertada, y no como meta prescrita de algún proyecto edificante. Su obra es el ahondamiento de una diferencia que no recurre a la comparación porque es diferencia irreductible al exotismo. No hay en ella, sin embargo, nada de esa solemnidad con la que se pretende conferir a lo propio un estatuto privilegiado convirtiendo de paso al lector en testigo forzado de un espectáculo único. Por el contrario, la ligereza e ironía del tono parecen evocar lo propio como un agenciamiento que a la vez que conjura la contingencia, la revela: uno entre otros.

La Colonia, en las conferencias, no es una etapa en el camino hacia otra cosa, sino lo contrario, la figura que al sustraerse al flujo de la historia resiste y perdura. El tiempo, entonces, no es más que ritual: “mezclando el cacao y la vainilla o cociendo el casabe, las indias, tropicales Nausicaas, preparan . . . el advenimiento de la época colonial”. El espacio se cruza con el lenguaje y la historia se fusiona con la extensión: “sus catedrales serán las ramas que en la fundación de las haciendas se irán alineando y levantando en bóvedas transparentes, musicales y altísimas”. No es ni la añoranza ni la nostalgia lo que produce estas imágenes, sino más bien una aguda intuición de los límites: ellas escenifican un saber sobre el sistema de signos a través del cual una colectividad se vive a sí misma, pero además de ser, no un saber positivo, sino más bien un reconocimiento de sus efectos, es un saber que no evoluciona ni progresa, se da entero o desaparece junto con el sistema de signos que lo produce. En uno de sus ensayos Virginia Woolf confesaba: “Encuentro que la construcción de escenas es mi manera natural de marcar el pasado. Siempre hay una escena que se organiza: representativa, perdurable. Esto confirma una noción instintiva mía: la sensación de que somos bajeles sellados flotando en lo que por conveniencia llamaré realidad; en ciertos momentos el material sellador se resquebraja y la realidad entra a borbotones”. A Teresa de la Parra parece sucederle algo parecido: en ella la memoria se espacializa para dar cabida a la escena que resume lo invisible de lo concreto, la intimidad con sus signos.

Ni el progreso ni la historia pueden dar cuenta de estas imágenes; respecto a ellas, el progreso resulta ininteligible. Para Teresa de la Parra, la verdad histórica es “una especie de banquete de hombres solos”, simples “rumores de falsas fiestas”. La fiesta de verdad, que ella llama la historia verídica, está en la intensidad de lo que no se borra, esa que Bernal Díaz del Castillo, a quien tanto admira, registra con su prosa de primitivo, anotando, tal como lo evoca en las conferencias, la cantidad de casabe y tocino que lleva un soldado, las mañas de los caballos y los apodos de los vecinos. O la de los Evangelios donde en la Pasión “hasta un gallo tiene su salida a

escena". Y es esa historia la que pretende hacer Teresa de la Parra con lo criollo americano: la Colonia es lo que se repite a sí misma, la imaginería piadosa (pero no beata; de Bolívar dice Mamá Panchita: "yo no le veía nada de particular, ni siquiera tenía buena figura"), donde como en un retablo la gente no desarrolla una personalidad sino que ocupa un lugar: de no haber muerto Teresa del Toro, tal como lo sugiere la autora, Dafnis y Cloe en los valles de Aragua hubieran terminado en Filemón y Baucis de la hacienda San Mateo. Bolívar, "después de haber sido el Emilio de Rousseau gracias a Simón Rodríguez, iba a ser ahora gracias a Fanny (de Villar) el René de Chateaubriand". Y a Fernando VII "se le habían perdonado muchas cosas, pero que desde allá nos dejara saber que era un rey de baraja, eso no se lo perdonamos nunca".

Lo criollo colonial no es más que el espacio comunicado de un puro espectáculo en el que seres y cosas aparecen como producto de una inscripción, no de una investigación. Está constituido por dos términos opuestos que parecen intercambiar sus atributos, el encierro y el viaje. El encierro es evasión, como en esas mujeres que se van a los conventos para poder andar impunemente entre libros, tal Juana Inés de la Cruz; o floración en lo abierto que culmina en la Independencia: "Caracas era un gran monasterio al aire libre en contacto con la naturaleza que le daba al catolicismo un tinte pagano". Y el viaje es hacia adentro, el viaje da consejos: "Vinieron a encontrar oro y encontraron ideales. Después del choque brutal con la tierra generosa comenzaron a descubrir el oro dentro de ellos mismos".

Teresa de la Parra emplea a menudo el término misticismo para referirse a lo colonial, y no sólo en las conferencias sino también en su correspondencia.<sup>10</sup> En una carta a Lecuna, refiriéndose a *Los Navíos de la Ilustración* de Bastera, quien atribuye a la compañía guipuzcoana la renovación cultural que produjo la Independencia, se pregunta: "¿no sería al contrario el aislamiento de los siglos anteriores, sin políticas, negocios, ni contacto con Europa, lo que dio a Caracas su alma mística?". Y en otra carta pregunta de nuevo: "¿No cree Ud. que la Colonia debía estar impregnada sin saberlo del gran misticismo de Oriente (budista o el primitivo cristiano, el del verdadero amor), y que la Independencia, manifestación de ese misticismo, le abrió la puerta a la charlatanería del siglo pasado?". El misticismo, ese saber que no puede conceptualizarse, produce efectos; es la apertura infinita hacia lo que se siente pero no puede decirse, y se opone a la "charlatanería", es decir, al lenguaje tomado como instrumento de poder, de información, de mensajes perentorios. El misticismo de Teresa de la Parra es, sin embargo, bastante paradójico; se parece al de esas mujeres de la época colonial que "aun sin ser devotas se volvieron hacia el misticismo y se fueron al convento".

Fantasmática y todavía muy cerca de la naturaleza, esta Colonia, sometida

<sup>10</sup>Este aspecto de la obra también lo ha desarrollado Víctor Fuenmayor en su libro *El Inmenso Llamado*, Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1974.

a las exigencias del clima y a “los consejos del viaje”, es para Teresa de la Parra, sobre todo, un estilo: el buen gusto. Pero es un buen gusto que nada tiene de mundano; por el contrario, devuelve a los humanos a su justo puesto, bastante discreto, en el universo: “la naturaleza catequiza a los nuevos bárbaros mientras éstos catequizan a los indios”.

“A María Eugenia la mandan y la mandarán siempre sus muertos”.

El poema “Buenos Aires” de Borges, en *La Cifra*, termina: “En aquel Buenos Aires que me dejó, yo sería un extraño/ Sé que los únicos paraísos no vedados al hombre son los paraísos perdidos/ Alguien casi idéntico a mí, alguien que no habrá leído esta página/ lamentará las torres de cemento y el talado obelisco”. También para Teresa de la Parra, el exilio parece ser el lugar desde donde se escribe, no del pasado, sino de la fidelidad a su arbitraria coherencia: “Buena o mala influencia, no lo sé, esos vestigios coloniales, junto a los cuales me formé están llenos de encanto en mi recuerdo y . . . constituyen para mí la más pura forma de la patria”, dice en la segunda conferencia. Como en Borges, hay en ella una aguda percepción de la finitud del orden que produce las imágenes con las que el mundo se da a una mirada y, por ello, su adhesión a estas imágenes no es nunca militante o dogmática; es simple aquiescencia.

Teresa de la Parra tiende a ver la vida desde el punto de vista de la diferencia que limita las distintas maneras de darse la coherencia del mundo. Al referirse a *Ifigenia*, en la primera conferencia, habla del bovarismo hispanoamericano, de la inconformidad por cambio brusco de temperatura. En la propia novela vemos cómo su certero sentido de la comedia le impide convertir el cambio en progreso, o sea, marcha hacia una objetividad creciente, y la lleva más bien a demorarse en los desajustes que produce. En *Ifigenia*, el espíritu de Abuelita, el orden colonial ya derrotado (aunque en ella se mantiene entero e intocado por la experiencia) sólo es capaz de producir el equívoco: María Eugenia Alonso se casa con el espeso y vulgarísimo César Leal, y repite así, como farsa, las sencillas crónicas de amor y matrimonio entre jóvenes pobres y virtuosas y ricos caballeros que le cuenta Abuelita para consolarla de su pobreza.

Con *Ifigenia*, Teresa de la Parra no pretende reformar nada, y ni siquiera denunciar (la denuncia se da por añadidura, como un subproducto): simplemente compara, calladamente, con un modelo interior, el del recuerdo, a sus hombres y mujeres, y luego los deja ir “rodeados por la aureola piadosísima de la equivocación, mientras los escolta en silencio como un can fiel e invisible el ridículo” (frase con la que María Eugenia le comenta a su amiga Cristina el incidente en el barco con el poeta colombiano).

El recuerdo es lo único que no cambia; en él está depositada la consistencia del mundo al que se adhiere aun sin saberlo. Pero Teresa de la Parra, al contrario de lo que dicen ciertos críticos, no es pasadista; no sentimentaliza el recuerdo ni lo convierte en refugio nostálgico. Para ella, el pasado es lo que de lo real llegó a inscribirse en la memoria y sigue actuando como un futuro postergado: suspendido como para un reencuentro, es a la par realidad compensatoria, imagen de la conciliación, y obstáculo que impide la integración, la identificación con el propio acontecer.

A alguien que le reprocha presentar a Caracas en su novela como una ciudad atrasada y provinciana, responde que sabe muy bien que existe allí una sociedad muy *à la page*, muy culta, que juega al golf y baila charleston, pero que a ella como novelista le interesa la otra: “la de esas viejas casas, templos del aburrimiento, en donde flota como en las antiguas y húmedas iglesias el olor añejo de las tradiciones y de la raza”. Y tal vez le interesa porque es un mundo que no puede conceptualizarse del todo para contemplarlo con la conciencia tranquila de tener razón; lo que allí falla es justamente la razón, y lo que a la postre se revela es ese “misterioso huésped desconocido” —de que habla Teresa de la Parra refiriéndose a su personaje—, es decir, la sinrazón de la trama que muestra la excentricidad de María Eugenia respecto a sí misma.

María Eugenia Alonso es una especie de Miranda que regresa para imponer la luz de su razón (Teresa de la Parra habla del desencanto de Miranda en una carta a Carías), pero también una de esas piedras esculpidas —de que habla en otra carta respecto a sí misma— que los obreros de las catedrales de la Edad Media colocaban en un lugar oscuro sin grabar su nombre.

María Eugenia, por supuesto, no tiene la más mínima intención de ser, por exceso de nombres, esa especie de eslabón anónimo. Por el contrario, desde el comienzo proclama muy en alto su independencia de espíritu y su firme propósito de guiarse por ideas claras y lógicas. En su larguísima declaración de independencia ante Abuelita y tía Clara dice, entre muchas otras cosas: “¿Quieres que te diga lo que pienso, Abuelita? Pues mira: pienso que la moral es una farsa; que está llena de incongruencias y de contradicciones. . . ¡Ah! sí, tres años de filosofía seguí en el colegio y por esta razón en mi inteligencia reina el método”. Pero si el método le sirve para rechazar los contenidos positivos de un orden en el que no cree, y sus absurdas consecuencias: el encierro, el aburrimiento, la mojigatería, las prohibiciones que se oponen a sus ansias de vivir, se queda corto cuando tiene que enfrentarse con lo que una vez fundó ese orden. Arbitrario y ya muerto, éste sigue presente en las historias que le contaba su padre sobre los criollos descendientes de los Conquistadores, que fundaron y gobernaron las ciudades, hicieron la Independencia y lo perdieron todo; en la ronda de nombres que va hilando Abuelita: “Rosita Aristeiguetta, parienta nada menos que de Bolívar y del marqués del Toro. . . las Urdaneta. . . las Soublette. . . las Mendoza. . . María Isabel To-var, mi prima”; y presente sobre todo en la vieja casa de la hacienda que ya no es suya, pero que la acoge y guarda “con veneración y con lástima como

se guarda a uno de esos pobres vástagos que vegetan tristemente en algún rincón de sus dominios perdidos”. Si María Eugenia no se va con Gabriel Olmedo no es por presión del medio o por obedecer a una moral en la que no cree; es porque el orden que acata es también un dominio perdido, un modo perecedero y derrotado de agenciar un mundo. Como subraya la misma autora, a María Eugenia la mandan sus muertos, y entonces, termina por abandonar la imagen que se hacía de sí misma para ir a ocupar un lugar en el mito; sólo el mito resuelve las contradicciones entre lo que es y lo que cree ser. Sólo la prohibición, el sacrificio, puede decirle quién es. Tendida toda hacia el futuro, expectante, María Eugenia desemboca en el pasado, en la repetición del tiempo perdido a través del acatamiento de sus leyes.

*Ifigenia* es la novela del desengaño: todo lo que va contando la protagonista clama al cielo, tanto, que parece producto de un malentendido, pero el malentendido en vez de disiparse, se realiza. La novela empieza con una carta que nadie acoge: la amiga le contesta a trasmano, es decir, no le contesta; luego sigue bajo la forma ambigua y menesterosa del diario. Y si es verdad que no sólo lo que se dice sino también la identidad de quien lo dice se estructuran según la acogida que se dé a lo dicho, surge la pregunta: ¿quién habla en la novela? El yo de *Ifigenia* es un ella disfrazado, transparente, porque deja ver lo que María Eugenia no ve y, además, sabe más que ella. El posible destinatario de la carta y el diario se va borrando gradualmente y llega a convertirse en una especie de entidad anónima, es todos y nadie, a cuyos dictados María Eugenia se somete. María Eugenia le demuestra palpablemente la inanidad de Leal, por ejemplo, pero en vano; como conciencia autónoma, como voluntad que juzga a Leal, María Eugenia desaparece. En ella parece cumplirse la fórmula de Lacan: no soy allí donde pienso que soy, luego soy donde no pienso. Cuando César Leal le hace su primera visita en casa de Abuelita, María Eugenia se dirige a recibirlo firmemente dispuesta a demostrarle todo su elegante desdén y displicencia, pero al entrar al salón ¿qué pasa?: “César Leal se puso automáticamente de pie, y yo lo encontré tan arrogante y tan correcto, que me pareció como si de pronto, por arte de magia, un árbol frondosísimo, cargado de ramas, hojas, frutos, y todo, hubiese surgido del suelo”.

Y es que César Leal, como tiene derecho a hablar, ya no tiene que decir nada; sus discursos en el Senado (“Al conjuro del verbo taumatúrgico que en un amplio abrazo cosmogónico encendiera de fe aquella radiante antorcha...” etc., etc.), o sus solemnes afirmaciones en el salón de Abuelita: “Yo creo, señora, que en la vida el hombre debe conducirse: ¡como hombre! y la mujer: ¡como mujer!”, lo único que dicen es su derecho a decirlo, y nada más, y con ello, el lenguaje de María Eugenia se convierte en lenguaje excluido. A lo que ésta se enfrenta es a un poder oculto en el lenguaje que nadie en particular ejerce conscientemente. En *Ifigenia* no importa quién estableció u ordenó esto o aquello, importa con qué frases puede aludirse a María Eugenia, por ejemplo, sin que quede borrada. Por ello, tal vez, Teresa de la Parra considera el progreso como una especie de violencia, ya que siem-

pre hay la posibilidad de que hasta el acto más liberador al hacerse verosímil, es decir, al convertirse en discurso plausible, se haga también dogmático. La historia para ella sería entonces historia de lo que puede decirse (de allí su rechazo), y la historia de la Venezuela de *Ifigenia* estaría resumida toda en el discurso de César Leal, largamente ovacionado en el Senado.

El equívoco llevado hasta el extremo sería el que nadie ve, y es ese tipo de equívoco el que funciona en *Ifigenia*: la novela despliega el espectáculo de una doble sordera: la del espacio donde la voz de María Eugenia es inaudible y la del lector que oye a los demás no oyéndola. Todo lo que dice María Eugenia de César Leal parece estar entre comillas, como un dictado; es una voz que se ofrece para ser desenmascarada, traducida, pero la traducción no ocurre, se impone el sentido literal de sus palabras y cuando dice: "tengo novio", es, nada menos, César Leal; un oxímoron, como diría Borges. María Eugenia desaparece entonces en la discordancia entre lo que dice ser y lo que es; al ir contando su historia, la voz que dice "yo" va mostrando su crónico y cómico desconocimiento de sí misma: María Eugenia empieza designando y termina siendo designada y así el lenguaje se topa con sus propias expectativas. Pero queda un texto cuyo encanto y gracia, al no tener acogida, se convierten en ironía impotente que se limita a denunciar la fuerza de lo no irónico, de lo que se afirma con convicción. Leal, por ejemplo, está firmemente convencido de que la lectura no es cosa para mujeres y María Eugenia quiere olvidar entonces que ha leído a Dante, pero, como ella misma dice "me di a considerar que al fin de cuentas, la ignorancia era muchísimo más liberal que la sabiduría, pues que de un ignorante se puede hacer un sabio, mientras que de un sabio no puede hacerse jamás un ignorante".

Cuando María Eugenia Alonso llega a Caracas, dispuesta a prodigarse, encuentra un mundo minuciosamente urdido y codificado donde todo significa algo distinto de lo que parece. Si quiere tocar piano para salir de su aburrimiento, Abuelita y tía Clara se escandalizan (su padre no tiene cinco meses de muerto) y de nada le sirve razonar con ellas: "Pero si la música se inventó precisamente para eso, para expresar los sentimientos. Dime si no, Abuelita, dime ¿qué es por ejemplo una elegía o una marcha fúnebre sino un sistema muy refinado, artístico y genial de dar un pésame, como quien dice?". Pero como la Alicia de Lewis Carroll, María Eugenia ha sido expulsada del reino del sentido: está en un mundo donde hasta el sentido común es delirante; el de María Antonia, por ejemplo, la mujer del tío Eduardo, que dice que una niña bien es como un cristal delicado que se empaña al menor soplo.

Antes que drama o tragedia, *Ifigenia* parece ser más bien una tragicomedia. Debido a cierta cómica ceguera respecto de sí mismos, sus personajes recuerdan a los de Lewis Carroll. César Leal, solemne y quisquilloso, es como Humpty Dumpty que le paga doble a las palabras los sábados porque las hace trabajar más (es el patrón) y apabulla y aburre a Alicia con sus sentencias. Abuelita, como la Reina Blanca, vive hacia atrás, su pasado es su futuro y viceversa. Tía Clara, remendando perpetuamente como si quisiera negar el



cambio, recuerda a la Liebre para quien a toda hora es la hora del té. El inoperante tío Pancho, que ni siquiera es capaz de evitar que su sobrina se case con Leal, está tan lleno de buenas intenciones inútiles como el Caballero Blanco, que le ponía a su caballo, en el que ni siquiera era capaz de sostenerse, espuelas contra los tiburones. Como Alicia, a quien le dicen que no es más que una *cosa* en el sueño del Rey, María Eugenia termina por ser una cosa inventada por los que la rodean.

No creo, por supuesto, que Teresa de la Parra se haya inspirado en Lewis Carroll, y ni siquiera es seguro que lo haya leído, pero el deleite que produce su escritura tiene algo del que produce la de Carroll: en ambos la ironía es impersonal, ajena al rencor y al resentimiento; como la caridad bien entendida, según dice Teresa de la Parra, es algo que ha de empezar por uno mismo. Así como Lewis Carroll arruina la lógica con otra lógica, la que se oculta en las palabras, Teresa de la Parra ataca el poder disolvente de la inteligencia positiva con la fuerza que se oculta en lo que la memoria elige involuntariamente. Los buenos modales de Alicia y la razón de María Eugenia corren con la misma suerte.

*Ifigenia*, sin embargo, no es un cuento de hadas. María Eugenia no puede, como Alicia, deshacer de un manotazo lo que la rodea. Como para apuntar hacia todo lo que no es la novela, el cuento de hadas sucede casi al margen. Es la historia de la amiguita del convento, Cristina, la niña triste de origen incierto que, como una suerte de Cenicienta, va a parar a la región de los finales felices. Muy opuesto es el camino que sigue la novela: *Ifigenia* desemboca en un aprendizaje, pero es un aprendizaje que no entraña un saber sino una pérdida. Al comienzo, María Eugenia es la encarnación de lo gratuito e indeterminado, una conciencia autónoma (el yo petulante de María Eugenia, como lo llama la propia autora) que pretende vérselas con el mundo sin ataduras, siguiendo únicamente los dictados de su razón. En una carta, refiriéndose a su novela, Teresa de la Parra afirma que el objeto de su libro es mostrar “los terribles conflictos que surgen ante la sorpresa de lo que creíamos ser y lo que somos”. El movimiento que lleva a su protagonista hacia el mundo es inocente, confiado: ella se cree origen y principio de sí misma, pero su impulso se topa con lo condicionado y termina en la sumisión a algo ajeno a la razón. Si María Eugenia se somete no es por adecuación mezquina a la obligación, a la moral práctica, a las presiones del medio; lo que la lleva al sacrificio es tal vez la certeza de que la única manera que tiene de hospedarse en el mundo es a través del mito —el mito sirve para burlar la violencia que el yo es capaz de ejercer contra sí mismo.

María Eugenia lee muchísimo, pero aparte de Walter Scott al que se refiere vagamente, y Dante, el único libro que aparece en la novela mencionado con título y autor es el *Diccionario Filosófico* de Voltaire. Esto revela algo que se debate en la novela: ¿puede la razón servir de mediación entre los humanos y el mundo? Para Teresa de la Parra el universo parece ser, antes que objeto de pensamiento, objeto de contemplación. Tal vez, debido a ello, rehúsa

añadir otro lenguaje dogmático más, por liberador que sea, a los ya existentes. Su mirada de novelista opone a la intencionalidad intelectual, la emocional, la que capta valores, aunque no por ello deja de ser una mirada impersonal. Valores inútiles, quizá, e ineficaces, pero que tienen el don de revelar cierta coherencia y adecuación capaces de despertar una desinteresada adhesión. Hay una escena que revela esta captación del valor: Pancho Alonso ha ido a visitar a su sobrina a casa de Abuelita y en el curso de la conversación insinúa que María Eugenia ha sido despojada por el odioso tío Eduardo. Esta se entera entonces de que no tiene nada y que depende enteramente de sus parientes y, sin embargo, ¿qué ve? la prestancia de Abuelita:

En aquel instante, defendiendo a su hijo de las sospechas que las palabras de tío Pancho hubieran podido despertar en mi espíritu, estaba como te digo soberbiamente altiva. Sus ojos ya apagados de ordinario, brillaban ahora encendidos por el fuego de la santa indignación, y enarcados por las severas cejas, realzados por la majestad de los cabellos blancos, infundían temor... La admiré con sorpresa, con veneración y con orgullo, por la majestad y por la elegancia que tenía para indignarse...

Del Padre de las Casas dice Teresa de la Parra, en la primera conferencia, que cree firmemente que fue un apóstol y un santo, pero que luego de “amar con pasión la piedad y la justicia amó todavía más el fuego de su propia elocuencia, que pertenecía a la escuela de Savonarola”. La elocuencia, diatriba o ditirambo, es el enemigo jurado de Teresa de la Parra (carnaval de tinta, la llama, en boca de tío Pancho cuando éste habla de los escritores de su época, o en sus cartas), y esto es tal vez porque siente que la elocuencia acentúa la ruptura con la inmediatez que instaura el lenguaje y se opone a una nostalgia latente en toda su obra: la nostalgia de correspondencia entre los convencionalismos y las necesidades humanas, entre lo social y lo natural, que ella cree encontrar entre aquellos criollos que “vivían con su cielo siempre azul y la seguridad de Dios ocupándose de ellos”.<sup>11</sup>

En *Ifigenia*, la palabra es lo que separa; como el dinero, tan presente en la novela, es sobre todo un valor de cambio, y tal vez por eso María Eugenia quiere hacer de la palabra literatura, del dinero, despilfarro. La palabra novio, por ejemplo, se refiere con evidente desacomodación, a César Leal. En *Las Memorias de Mamá Blanca*, en cambio, hasta las malas palabras encajan perfectamente: Violeta, la más atrevida de las seis niñas de la Casa Grande, espeta una palabrota a Evelyn, la cargadora trinitaria y “no obstante ser palabra nueva, todas las demás comprendimos al punto que la tal expresión se le había adaptado a Evelyn como se adapta en la cabeza un sombrero muy feo, es decir, que se le amoldaba sin hacerle favor”.

A la elocuencia, entonces, y sobre todo al énfasis, Teresa de la Parra opone la gracia. La gracia de la parodia, por ejemplo: “Hace algún tiempo yo no mentía. Despreciaba la mentira como se desprecian todas aquellas cosas cuya utilidad nos es desconocida”, dice María Eugenia en el tono sentencioso de

<sup>11</sup>Carta a Rafael Carías, 1931. O. C., página 868.

un moralista. La de las figuras, que dejan ver que el lenguaje dice otra cosa que lo dicho; la silepsis, por ejemplo: “. . . Detenida en plena calle y en plena incertidumbre. . .”, o que hasta es capaz de materializarse: “En efecto, a poco de salir tío Pancho, en plenos puntos suspensivos” (después de la incómoda escena en que éste hace sus insinuaciones contra Eduardo Aguirre). La gracia en su escritura suele convertirse en una especie de chasco del lenguaje, una reiterada corrección del efecto que a la par de mostrar su artificio, pone coto a su pretensión aseverativa. En la primera conferencia cita fragmentos de un poema entre los que aparecen los siguientes versos: “el cielo y una tía que tuvimos / suplió la soledad de nuestra suerte”. En su prosa están presentes a menudo el cielo y la tía; cuando el sentido pretende hacerse pleno, no dejar restos, la intención o la apariencia se desmoronan y queda como la sonrisa de la idea: “Recuerdo que antes de embarcarme te dejé un abrazo de despedida en una postal. No te escribí porque me ahogaba de melancolía y porque tenía también que ir a comprar un frasco de pintura líquida de Guerlain que acababan de recomendarme muchísimo”, escribe María Eugenia a su amiga Cristina. María Eugenia se describe a sí misma con los términos exaltadísimos de la amante, esperando el amanecer para fugarse con Gabriel, y la causa externa, el obstáculo que la detiene, es la maleta que va a buscar para llevarse su trousseau de París que no quiere dejar por nada del mundo. Pero es el diccionario, con el que Teresa de la Parra compara al primo Juancho de *Las Memorias de Mamá Blanca*, lo que mejor ilustra su imposible aspiración: un lenguaje que además de decir lo que dice diga también, mediante un efecto retroactivo, que no es literatura sino fusión con la incoherencia del mundo:

¿No han hojeado ustedes nunca, al azar, un diccionario? . . . No hay nada más grato y reposante para el espíritu. Las palabras, unidas codo con codo, parecen burlarse las unas de las otras. . . Pasar por ejemplo de la palabra “Catón”, ilustrada con una austera cabeza romana, a la palabra “Cataplasma” sin ilustración ninguna, para después de “Cataplasma” pasar a “Cataluña”, ilustrada también con un mapa lleno de ríos, montañas y principales ciudades, es un entretenimiento gratísimo. El diccionario es el único libro ameno y reposante, cuya amable incoherencia, tan parecida a la de nuestra madre la Naturaleza, nos hace descansar de la lógica, de las declamaciones y de la literatura.

“El agua, el fuego, el sol, todos iban andando desnudos y armoniosos al compás que marcara la inmensa rueda majestuosa y mansa de la molinenda”.

Después de *Ifigenia*, donde la razón como entidad normativa fracasa y acaba en el desengaño, viene *Las Memorias de Mamá Blanca*, donde la naturaleza es instancia integradora, no porque se opere una fusión (que sería ilusoria) sino porque modera y regula los intercambios e impone otro ritmo, el de la

deferencia. La hacienda Piedra Azul es el universo perdido que no hay por qué explicar: allí hasta se puede hablar sin artículos, como Evelyn (“Ya ensuciaste vestido limpio, terca, por sentarte en suelo”), o celebrar con una carcajada, en las audacias de Violeta, la existencia de un inexistente Juan Manuel (el niño varón que nunca llega). Si en *Ifigenia*, María Eugenia convierte su mundo en proyecto y lo interroga mediante conceptos, *Las Memorias de Mamá Blanca*, en cambio, es un inventario retrospectivo de signos con los que se atesora y saborea el mundo. Allí, lo real se repliega sobre sí mismo y se ofrece a los ojos, la boca, las manos, los oídos de la niña. En *Ifigenia*, lo que la ley encierra en el “huerto cerrado” es una conciencia desdichada. En Piedra Azul, las niñas son un elemento más del conjunto, puntos de un intercambio entre seres y cosas promovido por un saber que parece andar solo, justamente porque no viene de nadie; es el universo de la coexistencia, en el que nadie tiene derecho de mirada. La niña se escucha a sí misma a través de la naturaleza con palabras que se llenan de bienestar, mientras que María Eugenia no escucha más que su propia ausencia.

En *Ifigenia* abundan los espejos: María Eugenia se busca en ellos, ofreciéndose a la interpretación, y convierte en espejos a los demás. En *Las Memorias de Mamá Blanca*, nadie interpreta a nadie y allí no hay más que un espejo, el que refleja a la niña y a la madre cuando ésta le está contando un cuento: Piedra Azul sólo puede reflejarse en otro cuento, no porque no haya sucedido nunca sino porque sucedió de una vez para siempre.

El tiempo de *Las Memorias de Mamá Blanca* es muy distinto al tiempo lento e irreversible de *Ifigenia*: dilatado y estático, contiene simultáneamente todos los comienzos. Como en un canon barroco, cada elemento, las niñas, el trapiche, los padres, el vaquero, etc., retoman, a distancia, la misma figura: no ostentan lo que son, repiten lo mismo, sin comentarios ni desarrollo, y así una simple hacienda de caña adquiere el rango de la significación; la percibimos como una estructura cuyos signos iluminan sus propiedades ocultas: la magnífica cocinera de Piedra Azul se llama Candelaria lo cual remite a la candela del fogón y a “aquella alma suya eternamente furibunda”. En *Las Memorias de Mamá Blanca* las palabras se parecen a lo que nombran y las únicas que están un poco encontradas con sus nombres, Blanca Nieves, Estrella, Aura Flor, etc., son las niñas, porque están destinadas al exilio.

El espacio de *Las Memorias de Mamá Blanca* está hecho de lugares nombrados y enlazados que forman una totalidad sin ausencia; es espacio gnóstico, como el de Combray (en Proust), que reproducía en la disposición de sus caminos la de sus castas mundanas. Piedra Azul no simboliza nada, no representa al personaje que narra, más bien lo produce; es la condensación suspendida, sin mensaje, de lo que sabe más que cada quien.

En *Ifigenia*, la naturaleza sirve casi siempre para hacer metáforas; el bejuco y la acacia, la luna, las estrellas, el río, remiten siempre a un término ausente, la claridad del ser, la coincidencia de la historia y el deseo. El yo consciente de María Eugenia, desbordado a la postre por la existencia muda de lo no-

pensado, acaba por ver la vida como un simple mecanismo desollado de todo carácter humano, un mecanismo que avanza sin más: "A andar, sí, a andar, a andar dócilmente en la caravana, como lo quiera la vida, a quedarnos un día inmóviles y helados junto al borde del camino, y eso es todo, triste cuerpo caminante..." Para desmentir al sinsentido, en *Las Memorias de Mamá Blanca* se acomodan y reacomodan acontecimientos y experiencias en un tiempo pleno, sin *temps morts*. Piedra Azul es el mito que suple la ausencia de un presente; allí todo es enlace, metonimia, rito mediador e identificación con lo viviente en cualquiera de sus formas: "Hijas de Piedra Azul las unas como las otras (las vacas), cercana al corralón la Casa Grande, resultábamos coterreñas y vecinas. Eran ellas nuestras nodrizas y los becerrillos nuestros hermanos de leche. No había, pues, por qué darse tono, ni por qué creerse de mejor alcurnia". Allí cada parte habla del todo, de la afinidad entre lo muy pequeño y lo inconmensurable. La novela misma está construida como los juguetes de las niñas, con lo que está más cerca, a la mano; y también los juguetes repiten a Piedra Azul: "Nuestros juguetes favoritos los fabricábamos nosotras mismas bajo los árboles, con hojas, piedras, agua, frutas verdes, tierra, botellas inútiles y viejas latas de conserva. Al igual de los artistas... hallábamos afinidades secretas y concordancias misteriosas entre cosas de apariencias diversas". Asoma entonces (deja de no escribirse) la trama secreta en la que las cosas dialogan entre sí, como el bejuco de cadena y el pelo de la niña; y la otra trama, la de las palabras, se aligera, no impone identificaciones forzadas: Vicente Cochocho es el último peón de la hacienda, pero es también un gran capitán y un genio militar a quien acude todo el que quiera alzarse contra el gobierno. Don Juan Manuel, supuesto centro y dueño de Piedra Azul, es como un Dios lejano a quien nadie obedece de verdad.

El verdadero centro de Piedra Azul es el trapiche cuyo trabajo reproduce la relación deseada de lo cultural y lo natural, del lenguaje y el mundo. Entre el trapiche, que elabora el papelón, y el campo, que da la caña, hay una rotunda comunicación: "en el trapiche amplio y generoso no había casi paredes ni había casi puertas; nada se encerraba". Así, el artificio queda borrado; entre la caña y su elaboración se interponen cosas que se le parecen: el agua ("la primera, la gran capitana, la madre del trapiche, era el agua"), el fuego, el tiempo: "el largo proceso del papelón, como cosa de la naturaleza y no de la industria, parecía hacerse solo, por obra bendita del tiempo necesario". El lenguaje de *Las Memorias de Mamá Blanca* hace sentido con el mundo como el trapiche hace papelón con la caña, perdiendo lo menos posible sus amarras en lo real, borrando lo menos posible lo que no puede decirse; entre lo elaborado y lo que lo elabora no hay demasiada semejanza. E igualmente, así como en el trapiche nadie pretende crear nada o ser el centro de actividad ("Nadie... tenía movimientos activos, esos bruscos movimientos de la actividad, llenos de inarmonía y desbordantes de soberbia, que parecen gritar: yo soy el creador aquí"), pues cada cual se sabe elemento de un proceso, tampoco el lenguaje de *Las Memorias de Mamá Blanca* pertenece a nadie en particular; es un mundo hecho de muchas voces, y tanto la de mamaíta como

la de Vicente Cochocho reiteran a Piedra Azul sin exclusiones ni disparidades. Con esta novela, Teresa de la Parra recrea el mundo de la similitud perdida: Blanca Nieves, la tercera niña de la Casa Grande, se parece a lo que le sucede.

Al final de la novela, y ya abandonada la hacienda, aparece el dinero, el símbolo externo que rige sin integrar, lo que se cambia, no lo que se usa. La niña no lo conocía, y al llegar un día al colegio y decir encantada que le había dado una moneda a la dulcera y que ésta le había dado un dulce y cuatro monedas más, se arma la trifulca. La moneda introduce la historia que arrolla hasta a los inocentes, como la pacífica espectadora que “a más de hallarse mirando, se hallase mudando” y cuya sangre, al perder el diente, pone fin a la batalla. Así, la hacienda de caña, abandonada con tanta alegría, pasa a ser “Edad de Oro en Paraíso Perdido”. Con todo, no es Piedra Azul lo que se desea; por el contrario, hay deseo porque existió Piedra Azul, y esto tal vez se manifiesta en el tiempo verbal en que está escrita la novela, el pretérito imperfecto, que expresa algo que sigue durando en el pasado: “Siendo inseparables mi nombre y yo, formábamos juntos a todas horas un disparate ambulante...”.

Teresa de la Parra menciona a muy pocos escritores modernos en sus conferencias y sus cartas. Parece haber en ella cierto recelo de la literatura como ejercicio de ese “yo individualista y banal” del que habla a un amigo. De Amarilis, la poetisa colonial anónima a quien tanto admira y cuyos versos cita en la segunda conferencia, dice: “Tal vez sea su principal encanto el de haberse quedado en la penumbra dando desde allí una lección de buen gusto a los vanidosos divulgadores de sus medio-talentos”. Y esta misma severidad se la aplica a sí misma: “Que mis libros ya no son míos es hasta cierto punto verdad. Fuera del nombre, que ha quedado como por distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas”, confiesa en la primera conferencia. Ello se debe tal vez a su empeño en destacar el carácter fundante del lenguaje. Muchos años después de haber escrito *Ifigenia*, en 1932, le escribe a un amigo: “Si viera cómo me esforzaba cuando escribía en buscar esa musicalidad que ahora tanto me desagrada por falsa y por literaria”, y luego, unas líneas más adelante, añade: “la verdadera autobiografía está en eso, no en la narración como cree casi todo el mundo”. Es decir, que el lenguaje es lo que nos constituye, y no al revés. Por ello quizá le atrae tanto la unidad deshilvanada y parcial del diccionario, su amable incoherencia (de que habla en su segunda novela), que como la naturaleza, borra las interferencias egocéntricas, enturbia las oposiciones y apunta hacia “la dulce intimidad de las cosas con sus nombres”.

Hay en Teresa de la Parra una actitud ambivalente ante la cultura que se manifiesta en la contraposición de sus dos novelas. Es deseable, positiva,

cuando se trata de Juana Inés de la Cruz, por ejemplo, o cuando despierta la profunda desconfianza de las mujeres de la familia y, sobre todo, la de César Leal, en *Ifigenia*, para con los libros que lee María Eugenia. Pero su otra cara está en *Las Memorias de Mamá Blanca*, en el paso traumático de la naturaleza a la civilización que ocurre ya en la ciudad: "Así, entre enseñanzas violentas y revelaciones bruscas... floreció en nuestras almas la cultura o conocimiento de las convenciones base de toda civilización". La misma ambivalencia se manifiesta en sus consideraciones respecto a los viajes. En una carta a Carías, le dice: "vivimos despegados del ambiente y el ambiente exportado es venenoso y ficticio. Miranda fue el primero de los desencantados. Y planteamos el dilema: ¿los viajes en los cuales se exporta cultura, cultura que retoña en desencantos, son más útiles que perjudiciales?". En una carta anterior, no obstante, le había dicho: "El que cree conocer a su tierra porque nunca ha salido de ella se equivoca... El que después de hacer un largo viaje dijera al volver a su tierra: acabo de hacer un recorrido por mi país... diría una cosa muy exacta". Tras esta ambivalencia hay un juego entre lo lejano y lo próximo, lo universal y lo íntimo, que se resuelve en la interiorización de un estado ideal capaz de restaurar la transparencia inicial de las relaciones: Vicente Cochocho habla un español del Siglo de Oro, dice *truje, aguaitar, mesmo, cuasi*, a diferencia de esos cantadores llaneros de las conferencias que cantaron galerones, corridos y joropos sobre la guerra de la Independencia, pero en cuyas canciones "no había casi una palabra que no la hubiesen recogido en la prensa. Dijeron: *Esforzado paladín, el padre de la Patria, los gloriosos centauros y el héroe epónimo*, era en resumen una sesión de la Academia de la Historia". Los criollos de la colonia se entendían de maravilla con su naturaleza, y Teresa de la Parra quisiera imitarlos yéndose a vivir a Los Teques, en una casa de campo "sin pretensiones de villa" donde "fuera de la naturaleza tendría muy pocos amigos y en lugar de leer descansarían los ojos y la inteligencia positiva", como escribe a un amigo desde Europa.

Hay en ella un deliberado anacronismo, como el que se despliega, por ejemplo, en los títulos de algunos capítulos de *Ifigenia* ("De cómo una mirada distraída llega a desencadenar una horrible tormenta, la cual, a su vez, desencadena grandes acontecimientos"), que nada tiene de gratuito.<sup>12</sup> Parece más bien el intento de salvar de la arbitrariedad a lo propio, reconociendo a ésta y asumiéndola para contrarrestar así el principio totalizador que la desconoce y pretende imponerse en nombre de una generalidad vacía sólo capaz de producir "un progreso caricaturesco... que no habiendo brotado espontáneamente por necesidad del medio, se desprende a gritos de él". Al progreso, entonces, tiende a enfrentar una sabiduría que no es de nadie en particular. *La Vida de las Abejas* de Maeterlink suscita en ella una inmediata adhesión y al respecto comenta en una carta: "meditando sobre estas cosas

<sup>12</sup>Dentro de la novela, este anacronismo cumple otra función, tal vez la de desenmascarar el carácter imaginario del relato mediante su inserción en lo simbólico.

nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra inteligencia, de la que estamos los hombres tan orgullosos, cuando se la compara a la armonía maravillosa de las leyes que dirigen el mundo”. Teresa de la Parra, que en *Las Memorias de Mamá Blanca* deja entrever que sólo el respeto a esta armonía permite que la naturaleza siga siendo un hogar adecuado para los humanos, tal vez hubiese hecho suya la moral que se desprende de este pasaje de Claude Lévi-Strauss: “Jamás sin duda ha sido tan necesario decir, como lo hacen los mitos, que un humanismo bien ordenado no comienza por uno mismo sino que coloca el mundo antes que la vida, la vida antes que el hombre, el respeto de los demás antes que el amor propio; y que aun una permanencia de uno o dos millones de años sobre esta tierra... no podría servir de excusa a ninguna especie, así fuese la nuestra, para apropiársela como una cosa y conducirse hacia ella sin pudor ni discreción”.

JULIETA FOMBONA



## ESTUDIO CRÍTICO

### I

#### ARTE DE CONTAR

SI BIEN no es Teresa de la Parra nuestra primera novelista, en sentido estrictamente cronológico, lo es sí en cuanto a trascendencia continental y universal y en cuanto a integrar el tríptico de narradores de una época venezolana signada por la esperanza, la utopía y la frustración. Mariano Picón Salas, en uno de sus magistrales prólogos es quien nos precisa el panorama: “Después vendrá —cuando ya el siglo xx vive su tormentosa adolescencia y con la Primera Guerra Mundial se desvanece el hedonismo y los ornamentos de la *belle époque*, otra generación que separada entre sí por pocos años, presenta tres maestros del arte de contar: Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra y Teresa de la Parra. Suma de la más diversa y rica venezolanidad serán —mientras dure nuestro país— *Doña Bárbara*, *Canaima* y *Cantaclaro*; *Las Memorias de un venezolano de la Decadencia* y los *Cuentos grotescos*; *Ifigenia* y *Las Memorias de Mamá Blanca*. ¡Cuántas y varias líneas de carácter nacional, se disparan desde la fuerte objetividad de Gallegos, de su pupila de brujo adivinador, pasando por el sarcasmo de Pocaterra, hasta el fresco lirismo, la confianza y la ternura de nuestra Teresa del Avila! No en balde la montaña que ella evoca se llama como la ciudad de Castilla donde la santa, partiendo de su propia alma, edificó el confidencial laberinto de sus “moradas”. En tan magníficos y contrarios libros, Venezuela está clamando a la vez, su esperanza, su utopía y sus horas de frustración”.<sup>1</sup>

La cita me parece indispensable, habida cuenta de que en muy escasas oportunidades se reproducen los prólogos, y que constituye éste un material perdido y olvidado en viejas ediciones. Además de indispensable, me acompaña

<sup>1</sup>Prólogo a *Dos siglos de la prosa venezolana*. Selección de Mariano Picón Salas. Madrid. Edime, 1965. 1251 p. Reproducido por *El Nacional*, Caracas, 24-1-1963.

en el planteamiento de este preámbulo, para justificar y explicar la filosofía del presente volumen y para, desde ya, suprimir las frases ya gastadas de narradora femenina o literatura femenina, con las cuales, más que iluminar, se oscurece el camino de la interpretación en el tiempo-espacio literario.

Teresa de la Parra irrumpe en la literatura venezolana cundo ya nuestros criollistas habían incursionado en los caracteres y costumbres nacionales: pintura de ambientes, captación de lo típico y lenguaje popular. Pensamos, para sólo mencionar tres de ellos, en Manuel Díaz Rodríguez, Manuel Vicente Romerogarcía y Luis Manuel Urbaneja Achelphol. Y aparece Teresa de la Parra, sus temas y personajes, como preludio, además, de la agria ironía de Pocaterra o de la novela integral de Gallegos. Maestra, repetimos, en el arte de contar. Su estilo no deja de interesar aun por la genuina —no ingenua— conciencia de novelar, al recoger la influencia del criollismo, jugar con la evocación y la nostalgia e ironizar, con la mordacidad que deja escapar a ratos Virginia Woolf en medio de su agrio sarcasmo inglés, o la otra ironía de Katherine Mansfield, aunque sin llegar al atrevimiento de Colette.

Y le hace digna antesala a nuestra más novedosa narrativa, no quedándose como un caso aislado o único, pues al superar el exteriorismo paisajístico de su época, abordó su presente con espíritu crítico, instrumentó el material lingüístico de que disponía y se instaló en el sillón de los nuevos, proyectándose.

Es maestra en el narrar porque, como buen tallador, penetra con la punta de su buril, rasga la superficie, hiere la materia y agrega entornos para fundar un universo literario; cualidad esta que juzgamos propia de gran narrador porque logra tamizar vivencias de manera tal que la comprensión del hombre y su universo novelesco no nos resulta, en modo alguno, postiza en telequia, sino más bien virtuales y sustantivas esencias.

En sus dos novelas, tres conferencias, epistolario y diario agónico,<sup>2</sup> la sociedad de su época ha sido reflejada de manera insidiosa, como sólo un narrador perspicaz puede hacerlo, como a través de un espejo retrovisor desde el cual escuda su coquetería de mujer que aparentemente retoca el maquillaje, afinando el rojo Guerlain de sus labios, cuando en verdad no hacía sino captar con mirada incisiva seres, palabras y gestos. Marcel Proust lo había formulado con la sociedad parisina, sin que podamos asignar al escritor francés la suma de perversiones que estremecen algunas de sus páginas. Inquirió en la conducta de su época, escudriñó y mostró, Teresa de la Parra, lo que otros callaron con hipocresía.

No es la primera novelista cronológicamente<sup>3</sup> afirmamos al principio y sí lo es por engranaje nacional y proyección universal.

<sup>2</sup>El *Diario de Fuenfria*, que denominamos así por el nombre de la localidad enclavada en la sierra de Guadarrama donde estaba situado el sanatorio último de su enfermedad, había permanecido inédito hasta ahora y es uno de los varios que escribió Teresa de la Parra. Único sobreviviente de sus mudanzas y andanzas entre Europa y América.

<sup>3</sup>La primera novelista cronológicamente es Virginia Gil de Hermoso, falconiana (1856-1913).

## II

### IFIGENIA, ENTRE LA CRONICA LIRICO-PSICOLOGICA Y LA TRAGICOMEDIA NOVELADA

En 1924 se edita por primera vez *Ifigenia*.<sup>4</sup> Francis de Miomandre traduce al francés la parte correspondiente al *Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* y prologa esta primera edición, la cual merecería el premio nacional de 10.000 fcos., otorgado por la Casa Editora Franco Ibero Americana de París, ese mismo año. Aceptada y comentada con elogios por exigentes críticos europeos, *Ifigenia* pronto transitó el camino de las traducciones. Famosos fueron los juicios de Miomandre, Maurice de Waleffe, Max Daireaux, Maurice André, del grupo de escritores que formaron parte de la Academia Goncourt.<sup>5</sup> En lengua hispana, el juicio ponderado de Don Miguel de Unamuno, el breve sentir de Juan Ramón Jiménez y de acá de este lado, las críticas de los latinoamericanos de intenso error europeo o acendrada querencia venezolana: Alberto Zérega Fombona, Gonzalo Zaldumbide, Gabriela Mistral, Benjamín Carrión, Enrique Bernardo Núñez y José Vasconcelos. Una extensa y significativa nómina de ensayistas venezolanos, colombianos y ecuatorianos de más reciente data, se suman a esta primera lectura de su novela.

Pero no obstante el triunfo europeo coetáneo, en Venezuela y Colombia, en ese primer cuarto del siglo, la novela *Ifigenia* fue piedra de escándalo. La misma autora, hecho insólito para el momento, se erige en juez y parte al contestar los ataques, en Bogotá, ante un numeroso público reunido con motivo de su primera conferencia: "Son ya muchos los moralistas que con amable ecuanimidad los más o con violentos anatemas los menos, han atacado el diario de María Eugenia Alonso, llamándolo volteriano, pérfido y peligrosísimo en manos de las señoritas contemporáneas. Yo no creo que tal diario sea perjudicial a las niñas de nuestra época por la sencilla razón que no hace sino reflejarlas (. . .) es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad de bovarismo hispanoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura, y falta de aire nuevo en el ambiente".<sup>6</sup>

La polémica se enciende en 1927, mientras que en Europa se intentan las traducciones. El traductor de Proust se ofrece trasladarla al alemán. Surgen ofertas para su publicación en Rusia, y no se dejan esperar los ofrecimientos de Italia y Estados Unidos.

Enrique Bernardo Núñez levanta su voz discreta para descargar al Tío Panchito de toda culpabilidad histórica, en relación con el suceso de las nueve mu-

<sup>4</sup>Reproducimos en este volumen la 2ª ed. de *Ifigenia*, debido a que su autora corrigió e interpoló parlamentos en los originales de la primera versión.

<sup>5</sup>Un boletín de suscripción de la edición francesa de lujo de *Ifigenia*, París, 1924, aparece recomendada en breves juicios por: Henri de Régnier de la *Academia Francesa*, Jacques Boulanger, Edmond Jaloux y Max Daireaux.

<sup>6</sup>Tres conferencias inéditas. Caracas. Edic. Garrido 1961 p. 22.

sas, y cita en su apoyo el cuadro de Gil Fortoul: "Negros, pardos y blancos. Gran número de criollos que alegaban pureza de sangre española, eran en realidad mestizos o pardos, por secretos desvíos de sus abuelas". Y añade Enrique Bernardo Núñez la poca suerte de Teresa por habersele ocurrido situar sus personajes en Caracas y no haber escondido además sus procedencias, en tanto que Bossuet, y quién sabe cuántos más, en los siglos XVII y XVIII francés, lo habían hecho con la nobleza sin recibir diatribas. Finaliza su crónica, el autor de *Cubagua*, con este juicio: "Consuélese Teresa, de todas las incomprensiones, de dardos que puedan lanzarle, con la idea de ser suyo uno de los libros más sugerentes que con ambiente venezolano pueden escribirse. Uno de los más bellos, nobles y sinceros que se han escrito en nuestra patria".<sup>7</sup>

Permanece *Ifigenia* como crónica lírica que divide a la obra en tres definidos temas imbricados en el gran argumento: la crónica lírica, ordenada descripción del regreso a la patria, con cuyo lente descriptivo la autora va marcando su desplazamiento desde el puerto de La Guaira hasta el rítmico encuentro con el reloj de la Catedral de Caracas; una segunda crónica, la psicológica, sin la cual la ciudad no hubiese sido posible como personaje y que va surgiendo de una escritura del hastío, irónica y áspera a ratos; y un tercer final, acorde trágico que justifica el título de la novela por el símbolo griego. Como en un tejido sutil María Eugenia Alonso, suerte de Malibea criolla<sup>8</sup> e Ifigenia, la rediviva esclava del antiguo mito euripidiano, se encuentran y chocan hasta quedar la una abatida por la otra, su propio fantasma, fruto de la batalla perdida ante un descomunal gigante que recorre impunemente las habitaciones de la casa, su natural escenario, y cuyas cuatro paredes —como en el símbolo de las mujeres gorquianas— se derrumban sobre la protagonista, condenándola a su inmensa soledad.

Ifigenia, la modorra de sus descripciones, no es más que aquella siesta eterna de una ciudad encerrada entre sus muros aldeanos a pesar de fingir modernísimo maquillaje.

<sup>7</sup>Enrique Bernardo Núñez. "Teresa de la Parra y sus críticos". *El Universal*. Caracas, 6-4-1927.

<sup>8</sup>En mi obra, *Esta pobre lengua viva*. Caracas, Edic. Presidencia de la República, 1979, sostengo que "por el camino del Siglo de Oro Español puede encontrarse una especie de clave secreta que permita releer la obra, no exclusivamente por la vía del símbolo que propone su título, sino por la empatía, Celestina-Mercedes Galindo, o bien, María Eugenia Alonso-Melibea, para así llegar más exactamente a descifrar la contradicción existente dentro de esta Melibea criolla, de educación parisina y refinamientos burgueses, menos sensual que la amante de Calisto, pero con un concepto del amor tan humano como divino". Una descripción del amor en *Ifigenia*, recuerda aquella de Melibea en *La Celestina*. "... Si es esta tragedia subterránea y callada sobre la cual todos pasan su indiferencia, como se pasa sobre el suplicio macabro del que enterraron vivo... sí, sí...! a qué engañarme...! si ya lo conozco...! ¡sí, es esta brasa siempre chispeante y encendida, es esta quemadura dolorosa y ardiente, que me hace sentir el dolor terrible de la carne y me pone a pensar con ansia y con infinita nostalgia en el dulce silencio de la nada...!"

### III

#### LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA, UNA COMPRESION DEL MUNDO AMERICANO

Su segunda novela, publicada en 1929, coincide con la publicación en España de *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos y se adelanta en seis años a la publicación de *Canaima*, del mismo autor.

*Las Memorias* y *Doña Bárbara*, aparecen en fechas en que *lo moderno, lo nuevo* comienza a utilizarse como conceptos, aplicados a una narrativa que arranca en 1913 y abarca poco más o menos tres décadas, si tomamos como hitos de la llamada en ese entonces, nueva literatura, a autores como Marcel Proust y Franz Kafka.

La crítica literaria coetánea marcó pauta en la interpretación de *Las Memorias*, se repitieron hasta la saciedad juicios que la enmarcaban como relato de reminiscencia infantil. Sencillez, ternura, religiosidad, ingenuidad fueron nociones que obligadamente acompañaron a ensayos, apreciaciones críticas y crónicas, hasta muy entrado el último cuarto de este siglo. No obstante, leída esta segunda novela, en una estricta relación de tiempo-espacio galleguiano se perfila como dueña de un discurso afirmado en lo que podríamos llamar una comprensión del mundo americano.

Producto de madurez, no encontramos en ella la impostura de María Eugenia Alonso pero tampoco debíamos sentir nostalgia por ella. *Las Memorias de Mamá Blanca* propone un personaje producto del mestizaje en el cual so-tterradamente, entre magia y fe, comienza a manifestarse el extenso caudal de nuestra mitología: se trata de Vicente Cochocho.

Mucho tiempo después aparecería en el tapete literario la terminología de *lo real maravilloso* y sin embargo dos personajes, el Cochocho de *Las Memorias* y Juan Solito de *Canaima*, nacían, afirmándose como precursores.

Este Vicente Cochocho, tierno, menospreciado y bello de alma parece provenir de aquel mundo impenetrable e indígena. Es la interpretación misma de un modo de "fe" latinoamericana. Lo mágico en él no aparece reñido con lo real. La realidad constituye un mundo cerrado en el cual las probabilidades pueden aparecer como categorías de lo imposible o viceversa.

"Como mascaba tabaco, "escupía por el colmillo" con frecuencia, es cierto, pero era menester ver con qué arte y nitidez lo hacía. Nadie hubiera podido imitarlo y nadie podía saber dónde, cómo ni cuándo, Vicente había escupido. Era lo mismo que un rayo: ¡psst! que cruzaba con rapidez el espacio y se perdía en lontananza entre las matas. Lejos de ser un acto vulgar, el escupir por el colmillo era en Vicente una demostración de respeto y sumisión. Poco lo hacía al dialogar con sus iguales. Por lo general indicaba perplejidad. . .".

Este acto de escupir la mascada de tabaco es utilizado por Gallegos en la escena del conjuro en Juan Solito cuando al contemplar el salvazo a sus pies,

puede describir al tigre, y otro personaje exclama: "Parece que lo estuvieras viendo como en un espejo, sólo con mirar la saliva de tu mascada".

Y Vicente Cochocho es además el depositario de la lengua viva cuyo eco tierno son las seis niñitas, y es también un personaje arrancado de las páginas tristes de una Venezuela patriarcal: la de Juan Vicente Gómez.

*Las Memorias de Mamá Blanca*, siendo novela de madurez, es muestra de un criollismo universalizado que por la vía de la reminiscencia se instala en la más importante literatura de la época, rebasando los límites de lo nacional, afirmándose en los valores hispanoamericanos y proyectándose en el ámbito europeo.

Y son *Las Memorias*, una búsqueda deliberada de la musicalidad, en el ritmo inherente a la prosa misma y en el logro de sonoridades propias del ritmo poético.

#### IV

### TRES CUENTOS FANTASTICOS

Publicados por primera vez en este volumen, corresponden los tres cuentos a una etapa de iniciación literaria que podríamos llamar fantásticos, si entendemos como tal a la narración corta cuyos temas, personajes y circunstancias están concebidos desde una perspectiva de irrealidad deliberada y cuya invención y desarrollo son desde un punto de vista, sobrenaturales. El cuento fantástico aparece y desaparece en forma latente sin que constituya en sí un género cronológicamente diferenciable. Lo quimérico es aquello que toca los límites de lo inexplicable aunque no de lo absurdo, ya que posee una lógica apariencia real, un argumento o argumentación cuasi verídico. El cuento folklórico, el de hadas y la caballería le comunican su sólido prestigio.

En nuestras tierras americanas, la narrativa fantástica no fue tan afortunada como en Alemania, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. A pesar de ello, el modernismo nacido en nuestras tierras, la acogió con cierta prudencia. Teresa de la Parra escribe, obedeciendo a cierta influencia de época, dos cuentos muy a la moda de las japonerías. En la revista *Billiken*, N° 15 del 20 de febrero de 1926, aparece publicado *Un evangelio indio: Buda y la leprosa*; ya anteriormente en la revista *La vie latine* se había publicado *Flor de loto: una leyenda japonesa*, ambos relatos forman parte del tipo de literatura exótica tan en boga.

Teresa de la Parra se ejercita en una literatura muy lejana del criollismo y la reminiscencia, es un discurso con fundamento en lo lúdico, gratuito y desligado, por tanto, de la tradición venezolana o hispanoamericana. *El genio del pesa-cartas*, *El ermitaño del reloj* y *La señorita grano de polvo, bailarina del sol*, representan eso, una búsqueda, un inicio, un ejercicio narrativo.

La narrativa en nuestra historia literaria, nació apegada a la verdad, estos cuentos representan su corta aventura por el reino de lo fantástico. Va a ser mucho más tarde cuando nuestros creadores, sintiéndose autorizados por la corriente nacida en Europa y aclimatada en tierras del sur de América, emprenderán la aventura del cuento fantástico que poco a poco ha ido ganando adeptos y consolidando prestigio, tanto en editores como en lectores y críticos.

## V

### MILITANCIA EN LA SOLEDAD Y LA NOSTALGIA

En el epistolario de Teresa de la Parra se evidencia el estilo confidencial y conversacional que había venido desarrollando en su obra mayor. Redundaríamos en afirmaciones ya repetidas suficientemente, si apuntásemos el carácter autobiográfico que ellas atesoran. Sin embargo hay que señalar que es en su epistolario donde se descubre cómo el escribir, para un ser acosado por una enfermedad incurable, es el medio más acorde para invertirlo todo en obra de arte. Un comentario, un detalle, aparentemente superficial, en una carta resulta el arma posible para desvelar misterios y en su caso particular, para ganarle tiempo a la batalla perdida contra la tuberculosis pulmonar. He aquí el porqué del tono trágico de alguna de ellas o el excesivo parloteo de otras; un modo de escurar su soledad y nostalgia.

Reproducimos algunas de sus cartas ya conocidas,<sup>9</sup> porque consideramos que ciertas ediciones de muy antigua aparición, no contaron con el número de ejemplares suficientes que asegurase la difusión de dichas cartas, algunas son de casi imposible localización y otras, por el lujo de su formato se han reservado a muy pocos y selectos lectores.

Por primera vez, se da a publicidad el epistolario sentimental dirigido al escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, o al menos una selección de éste, con lo cual robustecemos lo ya afirmado por Gloria Stolk en su trabajo presentado ante el III Congreso Interamericano para el Estudio de la Obra de las Escritoras, Universidad de Ottawa, Ontario, Canadá, mayo, 1978. En dicho trabajo atestigua Gloria Stolk el romance correspondido, y confesado por Zaldumbide a la escritora venezolana, recientemente fallecida, quien afirma: (...) "Teresa parece empezar a enamorarse de un apuesto diplomático quiteño: Gonzalo Zaldumbide. Hombre elegante, de aventajada estatura, de rostro fino, escritor él también, autor de una famosa novela titulada

<sup>9</sup>Su epistolario ha sido publicado por: Cruz del Sur, Caracas, 1951. Línea Aeropostal Venezolana, Caracas, 1953. Rafael Carías, Alcalá de Henares (España), 1957 y Editorial Arte, Caracas, 1965.

*La égloga trágica*, Zaldumbide es una digna pareja para Teresa. Salen juntos, se les ve en todas las embajadas y ateneos y ella le escribe al amigo de Caracas pidiéndole le obtenga una copia de su certificado de nacimiento. Esta carta, que he tenido en mis manos, y que fue una de las que Carías por consejo mío y de otras personas, no llegó a publicar, prueba que Teresa pensaba en la boda. Muchos años después de muerta Teresa, un día Zaldumbide me confió que Teresa había sido el gran amor de su vida y que sólo la delicada salud de ella impidió esta unión”.

Hay matices en las cartas a Gonzalo Zaldumbide, primero es la confesión de un amor “abundante y lujoso”. La carta a veces no basta y es seguida por el telegrama o el recado, para repetir a Gonzalo, Gonzalo querido, Lillo o Lillito que la palabra escrita con amor es huella imborrable, más que la superficie del beso, porque se queda, se pega, se hace carne. “Es tu rojo”, dice la enamorada. María Eugenia Alonso habría dicho, “algo que hace sentir el dolor terrible de la carne”.

Otras cartas, las de 1927 y 28, corresponden a su época de vagar y aturdirse, de reflexionar y enredarse en el otro laberinto de La Habana.<sup>10</sup> El Congreso de la Prensa cuyo preámbulo aparece contado con lujo de detalles en la carta a su madre y hermanas, igualmente inédita hasta hoy y su devoción por Lydia Cabrera, folklorista cubana, cuya amistad al calor de las tertulias de la calle Jovellar, selló una amistad imperecedera. En las cartas también se reflejan sus viajes por Europa, Italia, sin faltar un rincón de museo, con Lydia. Y en medio de ese torbellino de vivir, los primeros signos del cansancio: un recado de ausencia para Gonzalo, con un “todavía te quiero”. Todavía que es andadura hacia la nada. Siete años después, ni eso siquiera. La imagen se había emborronado, cuestión de tiempo, como al verde de las hojas en otoño. . .

Se revierte el amado en el tiempo, con mucho de Gabriel Olmedo y otro tanto de César Leal. Usuario de una máscara, el intelectual diplomático, nunca lo suficientemente ingenioso para llegar a afirmarse en la bohemia. . . En estas cartas de amor y recados breves se encuentra resumido el romance.

En su correspondencia con Enrique Bernardo Núñez se manifiesta una Teresa crítica frente a los sucesos del año 28 y una escritora, como muy pocas en la Hispanoamérica de entonces, con una visión total de su existencia como creadora y como ser pensante de su época y de su entorno.

En su epistolario dirigido al historiador Vicente Lecuna, se encuentra el proyecto de la biografía íntima de Bolívar, género con el cual pensaba abordar esta biografía novelada: “Quisiera hacer algo: fácil, ameno, en el estilo de la colección de vidas célebres noveladas que se publican ahora en

<sup>10</sup>En *El Diario de la Marina* de La Habana, 1 de abril de 1928, Armando Maribona, célebre caricaturista, publica un dibujo de Teresa, acompañado de una extensa entrevista donde la escritora expone opiniones políticas que disgustan a políticos exiliados en Colombia y que provocan la reacción adversa de Barranquilla contra su conferencia. El contenido del citado reportaje, aparece corroborado días después en su lamentable carta al dictador Juan Vicente Gómez, de abril, 12, 1928.



Francia"; o bien, "Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa". Ama a Venezuela a través de Bolívar: "Me parece que todo me coge de nuevo como si no lo conociera" y en las últimas cartas, un descenso en el entusiasmo, lo que había sido ardor por una Manuelita Sáenz, amante total, anti-Ifigenia, se torna pesimismo, su sueño cortado a tajos, "... a ratos me parece que he perdido la facultad de narrar. Toda aquella inútil visión deviene en esta otra del Bolívar enfermo como ella: "A veces me pregunto qué habría hecho Bolívar si en 1830 lo hubieran mandado a curarse a Leysin (que no existía entonces). ¿Cómo hubiera podido refrenar su actividad? Tal vez como era tan complejo, se habría desarrollado en él el gran poeta que llevaba adentro".

## VI

### "TODO ES JUGUETE UN RATO"

Teresa de la Parra fue muy afecta a los diarios. En 1920, en la revista *Actualidades*, dirigida por Rómulo Gallegos publica *El Diario de una Caraqueña (Por el Lejano Oriente)* que fue en verdad el producto de la refundición de las cartas enviadas por su hermana María durante su viaje por el Japón, China y Manchuria.

La primera parte de *Ifigenia* sigue la estructura del diario y lleva el subtítulo de la misma, señalando esta forma narrativa. Otro diario desapareció junto con su biblioteca de París y éste que hoy publicamos por vez primera, sus últimas anotaciones desgarradas, agónicas y profundamente reflexivas, configuran un panorama bastante completo de lo que fue su disciplina de escritora.

El *Diario de Fuenfria* había permanecido inédito en las arcas familiares, lo hemos transcrito con cuidado y dedicación. Hemos querido destacar aquellas frases o párrafos que nos conducen al conocimiento de su personalidad. Estos últimos años de reflexión íntima nos la muestran dueña de aquel destino esencial que consistió en ofrecernos una obra en estrecha relación de mengua con la vida, esa muerte lenta de su convalecencia. Este trenzarse de su dolencia con la obra postergada, en espera siempre de una recuperación que nunca fue y que puso la nota más trágica en nuestra literatura nacional.<sup>11</sup>

<sup>11</sup>El escritor Ramón Díaz Sánchez, conoció este diario y lo comentó en un capítulo de su obra, *Teresa de la Parra (Clave para una interpretación)*, editada por Garrido, en 1954, y señaló, en referencia al estilo: "Nótese el ritmo entrecortado y cada vez más impaciente de la escritura, lo que la lleva al final a una casi ininteligible manía de condensación y de abreviatura".

Escribió Teresa de la Parra, no para complacer sino para hacer estallar cuanto por siglos permaneció instalado en los predios de la hipocresía. Ahí está, señalando rutas, con un tono de autenticidad entre nuestra mejor prosa del presente siglo y con esa saludable presencia que es lección dentro de la más nueva literatura.

En su diario agónico de Fuenfría, el sábado 18 de enero de 1936, tres meses antes de morir, escribió una breve sentencia ilustradora de su desprendimiento final y del balance espiritual de todo su apoteósico triunfo terrenal: "Cada vez que veo la verdadera desgracia me pregunto, ¿para qué emprender nada y sobre todo para qué poseer nada? Cuando gozamos con la posesión de algo, somos iguales a los niños cuando reciben un juguete: jugamos con "lo mío" creyéndonos inmortales. Todo es prestado, todo es juguete un rato".

## VII

### *SU ENTORNO HISTORICO BIOGRAFICO*

La infancia de Teresa de la Parra se encuentra enmarcada históricamente entre los períodos caracterizados por el nacimiento del caudillismo político, cuyas razones aparecen explicadas en lo económico por el latifundismo, el predominio del analfabetismo y la inexistencia de un cuerpo militar coherente y verdaderamente profesional. En 1908, muy pequeña, es trasladada a la hacienda "Tazón" de sus padres; el general Juan Vicente Gómez en ausencia de Cipriano Castro, traicionó a éste e inicia su poder omnímodo hasta 1935, un año antes de morir la escritora en Madrid.

1889-1936,<sup>12</sup> sus fechas de nacimiento y muerte, son los años más dramáticos de nuestro despertar como República: fin de la autocracia guzmanista y el largo proceso de las llamadas "revoluciones", Legalista, Nacionalista, Restauradora y Libertadora y que no fueron otra cosa que guerras fratricidas por ambiciones personales. Su primera infancia transcurrió en esa Venezuela feudal afligida por el desastre económico, entre el trapiche, la conseja de los alzamientos que rumiaban los peones, el corralón de las vacas y el habla característica de nuestros habitantes del campo.

Fallecido su padre, Rafael Parra Hernáiz, son trasladados todos los niños a España, por su madre, doña Isabel Sanojo de Parra Hernáiz. Su educación en el internado de las hermanas del Sagrado Corazón, y la formación parisina posteriormente, no pudieron borrar el aprendizaje de la tierra ya fijado en su alma.

<sup>12</sup>Una vez localizada por mí su partida de nacimiento, la fecha de 1889 aparece como la verdadera y no las que otros autores han venido señalando.

Se afina la joven en el conocimiento del francés y la lectura de los clásicos españoles, privilegio éste que muy pocas mujeres venezolanas de su época lograron poseer, y que pronto la harían una mujer de exquisita cultura.

Escribe desde muy pequeña,<sup>13</sup> poesías, cuentos y diarios. En París, hacia 1915 en la revista *La vie latine*, publica sus primeros relatos y en Caracas, hacia 1920, su primer diario. En las revistas de la capital, *Actualidades* y *La lectura Semanal*, dirigidas por Rómulo Gallegos y José Rafael Pocaterra, respectivamente, aparecen sus primeras publicaciones. Es leída, premiada, festejada y criticada.

1923 es la etapa de su triunfo parisino, termina la redacción de su novela *Ifigenia*, la publica y merece en el mismo año de publicación, el Premio ya señalado.

En su época de tertuliente, aquella en la cual las ideas de John Ruskin (1819-1900) flotaban en el ambiente elegante europeo, Proust traduce a este escritor, y aunque apenas conocieran sus coetáneos los trabajos publicados por el autor de *Por el camino de Swan*, era tema obligado en los cenáculos literarios, tanto Ruskin con su nueva manera de "ver" la realidad, como Bergson y su espiritualismo.

Teresa estuvo informada del empleo del mecanismo introspectivo: negación de la realidad, del mundo exterior y hallazgo en el fondo de la conciencia de elementos propios para reconstruir esa realidad perdida.

En *Ifigenia*, aparece el suceso de Miss Pitkin y en *Las Memorias*, el episodio del rizado del cabello, además de los múltiples fragmentos dispersos en su epistolario o en sus diarios, como muestra del empleo del recurso de la reminiscencia. Curiosamente podríamos anotar que en 1922, cuando se publica el *Diario de una señorita*, Proust acababa de morir y ni Colette ni Joyce, sus amigos de ciertas reuniones parisinas, lo habían leído ni estudiado.

Después vendrá su infortunada vida amorosa, el triunfo en La Habana y Bogotá, su segunda novela y el reiterado elogio de famosos críticos. Hacia 1930, la abatirá una tuberculosis pulmonar y se verá encadenada a un largo peregrinaje por los sanatorios en Suiza y en España. Será su época de reflexión y escribirá cartas y su último diario.

Una carta de su hermana María cuenta minuto a minuto aquellos momentos finales. Un cirio de amistad presente y otro ausente le acompañan y tratan de dar calor a aquel cuerpo casi helado: fueron sus amigas Lydia Cabrera y Gabriela Mistral.

Dice Gabriela: "Habría preferido no conocerla nunca a tener esta conciencia horrible de que no la veo más, no la disfruto más en el regalo inefable que ella era una vez vista y sabida".

VELIA BOSCH

<sup>13</sup>En forma detallada puede seguirse, en la cronología preparada por mí para este volumen, el curso de su vida y obra en relación con el período de postguerra europea, los cambios fundamentales que se producen en los países desarrollados, tanto en la técnica y ciencia como en la cultura, donde el vuelco fue radical.

## CRITERIO DE ESTA EDICION

PARA ESTA edición de la *Obra* de Teresa de la Parra se utilizaron las fuentes siguientes:

1.- La segunda edición de *Ifigenia*, publicada en París por I. H. Bendelac en 1928, que incluye las correcciones y añadidos hechos por la autora a la 1ª edición de 1924, además del Prólogo de Francis de Miomandre.

2.- La primera edición de *Las Memorias de Mamá Blanca*, realizada por Editorial "Le livre libre" de París en 1929.

3.- Tres cuentos fantásticos, inéditos hasta hoy: *El genio del pesa-cartas*, *El ermitaño del reloj* e *Historia de la señorita grano de polvo, bailarina del sol*.

4.- El *Diario de Fuenfría*, también inédito y que comprende su estadía en Bellevue, Fuenfría y Madrid entre 1931 y 1936.

5.- El *Diario de una caraqueña (Por el Lejano Oriente)*, publicado en 1920 por *Actualidades*, revista dirigida por Rómulo Gallegos en Caracas.

6.- Tres conferencias, tomadas de *Tres Conferencias Inéditas*, publicada por Ediciones Garrido en 1961, en Caracas.

7.- Cartas, tomadas de varias fuentes. Entre las editadas están: a) Cartas a Vicente Lecuna, tomadas de *Cartas*, Cruz del Sur, Caracas, 1951. b) Carta a Miguel de Unamuno, publicada en el diario *El Universal* de Caracas, el 19 de diciembre de 1926. c) Cartas a Lisandro Alvarado, Luis Zea Uribe, Eduardo Guzmán Esponda, García Prada, Clemencia Miró y a destinatario desconocido, tomadas de *Obras Completas de Teresa de la Parra*, publicada en Caracas por Editorial Arte en 1965. d) *Cartas a Rafael Carías*, publicada por los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, en España, el año 1967. Entre las cartas inéditas, publicamos en esta edición: trece cartas a Gonzalo Zaldumbide, cuatro a Enrique Bernardo Núñez, una a su madre y hermanas y tres a destinatarios desconocidos.

B. A.

NARRATIVA

# NOVELAS

## IFIGENIA

DIARIO DE UNA SEÑORITA QUE  
ESCRIBIO PORQUE SE FASTIDIABA

### DEDICATORIA

A ti, dulce ausente, a cuya sombra propicia floreció poco a poco este libro. A aquella luz clarísima de tus ojos que para el caminar de la escritura lo alumbraron siempre de esperanza, y también, a la paz blanca y fría de tus dos manos cruzadas que no habrán de hojearlo nunca, lo dedico.

## IFIGENIA

POR TERESA DE LA PARRA

*Me regocija de todo corazón el éxito obtenido por este libro. Tanto más, cuanto que, habiéndole tenido ante mis ojos en forma de manuscrito, había podido apreciar de antemano, por decirlo así, la justicia de este triunfo.*

*Se llamaba al principio «Diario de una Señorita que se fastidia», título a mi parecer demasiado modesto, que no encerraba sino el elemento menos profundo de la obra. Me gusta mucho más el título actual que no tiene pretensión mitológica sino el tiempo brevísimo que dura una sonrisa, una de esas sonrisas encantadoras, furtivas y confidenciales, innatas en Teresa de la Parra, lo mismo como mujer que como escritora. Tengo el honor de*

conocerla personalmente y puedo decir que es uno de los autores más perfectamente semejantes a sí mismos que me haya sido dado encontrar en este valle de lágrimas de tinta que llaman la literatura.

Ingenuidad: he aquí el don más evidente, y el más precioso también, de Teresa de la Parra. Es difícil imaginarse una carencia tan absoluta de pose, una naturalidad tan fresca y tan sincera. Al lado suyo las demás escritoras, aun las mejores, parecen o haberlo escondido todo, o haber enseñado demasiado; hipócritas o cínicas, líricas embriagadas de palabras o realistas cargadas de precisión fisiológica. Lo que sorprende en la autora de *Ifigenia* es este tino exquisito para expresar los sentimientos, esta moderación, este equilibrio, este tono de conversación familiar.

¿Han pensado ustedes nunca lo que podría ser esta frase en apariencia contradictoria: «una confesión de salón»? Pues bien, he aquí la obra de esta novelista: es una confesión para sociedad escogida. Teresa de la Parra dice todo cuanto le pasa por la cabeza, esa bonita cabeza tan bien hecha por fuera como por dentro, y nunca nos sentimos chocados, porque aun en los momentos mismos en que más se deja llevar por los caprichos de la fantasía, o por las conclusiones lógicas de sus libres convicciones, sigue siempre sometida a una especie de regla interior que le impide, por decirlo así, el ir más lejos de lo que se debe. Esta seguridad en el temple, esta armonía sutil, este ritmo secreto, provienen de una sensibilidad especial de nuestra autora, sensibilidad que no intento analizar, ya que este trabajo pedante no tendría quizás más resultado que el ahogar, disociándolos, esos elementos sutilísimos que la componen. Aquí nada equivale a la lectura. Diez páginas de la novela dicen más acerca de ella misma que un largo estudio crítico.

Desde el punto de vista de la composición, es *Ifigenia* un relato muy bien hecho, a pesar de su lenta cadencia y de la abundancia de digresiones (exquisitas digresiones que no deben sacrificarse de ningún modo). Es la historia de una muchacha de Caracas: María Eugenia Alonso que vuelve a su casa después de una larga ausencia coronada por unas breves semanas de permanencia en París, donde gasta sin darse cuenta el dinero que le quedaba. Al llegar a Caracas se entera de que no tiene un céntimo de que disponer. Ha de ser la víctima designada a las Euménides de la familia, la moderna *Ifigenia*.

Alrededor de ella se agrupa una serie de personajes dibujados cada cual con rasgos firmes, deliciosos y sabios. La Abuela (*Abuelita*) severa y afectuosa, la beata y burguesa tía Clara, los dos tíos: Eduardo, hipócrita y fastidioso, el falso bienhechor, el hombre admirado por todos; Pancho, el loco delicioso, paradójico y simpático, hermano colonial de Monsieur Dick, aquel otro adorable original héroe de *David Copperfield*; Gregoria, la sirvienta negra, llena de sabiduría, cronista de tan bellos cuentos, y Mercedes, exquisita y elegante que sabe esconder tras una sonrisa la herida secreta de su alma. Es de todo punto imposible olvidar ninguno de estos personajes tan llenos de verdad y de vida, tan lejanos de lo convencional como de la falsa origi-

nalidad. Y nada digo aquí de la decoración por la cual van desfilando estos personajes. Pintada siempre con sutiles rasgos alusivos, queda, precisamente por esta razón, firmemente grabada en el espíritu.

Pero la verdadera substancia de este libro transcende más allá. Por perfecta que sea la novela, el argumento nos interesa mucho menos que las reflexiones que su desarrollo va poco a poco sugiriendo al autor. No quiere esto decir que el amable relato no nos cautive, no; lo que acontece es que no lo vemos con nuestros propios ojos, sino por los ojos de la narradora. Es a ella a quien seguimos todo el tiempo y los acontecimientos no nos conmueven sino en razón de las repercusiones que determinan en su espíritu. La verdadera historia es la de la heroína, la historia de su corazón, ya herido, ya encantado en la malicia o en la bondad de los seres; es la historia de su espíritu, en el cual se graba como en una placa sensible el espectáculo cambiante del universo.

Tal es en nosotros la dulce autoridad de María Eugenia Alonso, que desde las primeras páginas, casi sin darnos cuenta, vemos con sus ojos, escuchamos con sus oídos y sentimos con su propio gusto. No pensamos ni por un segundo en libertarnos de este cautiverio. El fenómeno de transfusión intelectual que esto representa, por muy misterioso que sea, se opera del modo más natural. Es como cuando niños escuchábamos apasionadamente una historia relatada por alguno que en su vehemencia la iba creyendo cierta.

Ni por un instante creemos que se trate aquí de literatura (a pesar de la gracia sutil de un estilo que absorbe toda ciencia y todo esfuerzo en una limpidez cristalina que es el colmo del arte). Tenemos sólo la sensación de que se nos ha admitido a la confidencia de un cuaderno íntimo; lo hojeamos encantados, conmovidos al lado de quien lo escribió. Helo aquí ingenioso e ingenuo, sincero y delicado, tan púdico como resuelto a no esconder nada. Y si está bien escrito es porque el autor por su nacimiento, su educación y la forma habitual de sus ensueños es tan incapaz de expresarse sin elegancia como de pensar sin dignidad.

Por su refinamiento, por su amor al humanismo, por una especie de dulce filosofía hacia lo extraño y lo sutil, y sobre todo en fin, por su gentil malicia, este espíritu fraterniza con el de un Jorge Hoore, con el de un Anatole France, y fraterniza aún más, por encima de todos, con el de ese delicioso mejicano, Gutiérrez Nájera, tan injustamente olvidado. Pero estos tres nombres son hombres al cabo y por muy exquisitos que sean en su sensibilidad, les falta esa vibración suprema, esa indefinida fosforescencia que acaricia en la obra de Teresa de la Parra.

Ifigenia es, pues, antes que nada y por sobre todas las cosas un retrato de mujer. Sencilla y compleja, natural y enamorada de todo artificio, tierna, coqueta y llena de vida; eso es, sí, infinita y maravillosamente llena de vida: Una mujer.

FRANCIS DE MIOMANDRE



## PRIMERA PARTE

UNA CARTA MUY LARGA DONDE LAS COSAS SE CUENTAN COMO  
EN LAS NOVELAS

*De María Eugenia Alonso*  
*a*  
*Cristina de Iturbe*

¡POR FIN te escribo, querida Cristina! No sé qué habrás pensado de mí. Cuando nos despedimos en la estación de Biarritz, recuerdo que te dije mientras te abrazaba llena de tristeza, de suspiros y de paquetes:

—¡Hasta pronto, pronto, prontísimo!

Me refería a una larga carta que pensaba escribirte de París y que empezaba ya a redactar en mi cabeza. Sin embargo, desde aquel día memorable han transcurrido ya más de cuatro meses y fuera de las postales no te he escrito una letra.

A ciencia cierta, no puedo decirte por qué no te escribí desde París, y muchísimo menos aún por qué no te escribí después, cuando radiante de optimismo y hecha una parisiense elegantísima, navegaba rumbo a Venezuela. Lo que sí voy a confesarte, porque lo sé y me consta, es que si desde aquí, desde Caracas, mi ciudad natal, no te había escrito todavía, aun cuando el tiempo me sobrara de un modo horrible, era única y exclusivamente, por pique y amor propio. Yo, que sé mentir bastante bien cuando hablo, no sé mentir cuando escribo, y como no quería por nada del mundo decirte la verdad, que me parecía muy humillante, había decidido callarme. Ahora me parece que la verdad a que me refiero no es humillante sino más bien pintores-

ca, interesante y algo medioeval. Por consiguiente he resuelto confesártela hoy a gritos si es que tú eres capaz de oír estos gritos que lanzan mis letras:

¡Ah! ¡Cristina, Cristina, lo que me fastidio!... Mira, por muchísimos esfuerzos de imaginación que tú hagas no podrás figurarte nunca lo que yo me fastidio desde hace un mes, encerrada dentro de esta casa de Abuelita que huele a jazmín, a tierra húmeda, a velas de cera, y a fricciones de Elliman's Embrocation. Bueno, el olor a cera viene de dos velas que Tía Clara tiene continuamente encendidas ante un Nazareno vestido de terciopelo morado, de una media vara de estatura, el cual desde los tiempos remotos de mi bisabuela camina con su cruz a cuestas dentro de una redoma de vidrio. El olor a Elliman's Embrocation es debido al reumatismo de Abuelita, que se fricciona todas las noches antes de acostarse. En cuanto al olor a jazmín con tierra húmeda, que es el más agradable de todos, viene del patio de entrada, que es amplio, cuadrado, sembrado de rosas, palmas, helechos, novios, y un gran jazminero que se explaya verde y espesísimo en su kiosco de alambre sobre el cual vive como un cielo estrellado de jazmines. Pero ¡ay! lo que yo me fastidio aspirando estos olores sueltos o combinados, mientras miro coser o escucho conversar a Abuelita y a tía Clara es una cosa inexplicable. Por delicadeza y por tacto, cuando estoy delante de ellas disimulo mi fastidio y entonces converso, me río, o enseño como perra sabia a Chispita, la falderilla lanuda, quien ha aprendido ya a sentarse con sus dos patitas delanteras dobladas con muchísima gracia, y quien, según he observado, dentro de este sistema de encierro en que nos tienen a ambas, sueña de continuo con la libertad y se fastidia tanto o más que yo.

Abuelita y tía Clara, que saben distinguir muy bien los hilos tramados de los zurcidos y de las randas, pero que no ven en absoluto estas cosas que se ocultan tras las apariencias, no conocen ni por asomos la cruel y estoica magnitud de mi aburrimiento. Abuelita tiene muy arraigado este principio falsísimo y pasado de moda:

—«Las personas que se fastidian es porque no son inteligentes».

Y claro, como mi inteligencia brilla de continuo y no es posible ponerla en tela de juicio, Abuelita deduce en consecuencia que yo me divierto a todas horas con relación a mi capacidad intelectual, es decir: muchísimo. Y yo por delicadeza se lo dejo creer.

¡Ah! cuántas veces he pensado en plena crisis de fastidio: «Si yo le contara esto a Cristina, me aliviaría muchísimo escribiendo». Pero durante un mes entero he vivido presa dentro de mi amor propio como dentro de las cuatro paredes viejas de esta casa. Quería que tú te imaginaras maravillas de mi existencia actual, y recluida en mi doble prisión callaba.

Hoy poniendo a un lado toda fantasía de amor propio, te escribo porque no puedo callarme más tiempo, y porque como te he dicho ya, he descubierto últimamente que esto de vivir tapiada siendo tan bonita como soy, lejos de ser humillante y vulgar parece por el contrario cosa de romance o leyenda de princesa cautiva. Y mira, sentada como estoy ahora ante la blanca hoja

de papel, me siento tan encantada con la determinación y es tanto, tantísimo lo que deseo escribirte, que para hacerlo quisiera ya como dice el cantar «que la mar fuera de tinta y las playas de papel».

Como sabes, Cristina, siempre he tenido bastante afición a las novelas. También la tienes tú, y creo ahora que fue sin duda ninguna esta comunidad de gusto por el teatro y las novelas la que hizo que intimáramos tanto durante los meses de vacaciones, así como durante los meses de colegio nos hizo intimar mucho aquella otra comunidad de gusto en los estudios. Tú y yo éramos por lo visto unas niñas intelectuales y románticas, pero éramos también, por otro lado, exageradamente tímidas. He reflexionado algunas veces sobre este sentimiento de timidez y según creo ahora debimos de adquirirlos, a fuerza de ver reflejadas en los cristales de las ventanas y puertas del colegio nuestras frentes anchas descubiertas y rodeadas de aquel semicírculo negro formado por nuestro pobre pelo liso y tirantísimo. Como recordarás, este último requisito era indispensable, según la opinión de las Madres, al buen nombre de las niñas, que además de ser muy ordenadas, eran inteligentes y estudiosas como lo éramos nosotras dos. Yo llegué a adquirir la convicción de que el pelo tirante constituía realmente una gran superioridad moral, y, sin embargo, veía siempre con gran admiración las otras niñas cuyas cabezas «vacías por dentro» al decir de las Madres, tenían por fuera aquella agradable apariencia que las daban los rizos y las ondas usadas contra todo reglamento. A pesar de nuestra superioridad mental recuerdo que yo siempre me sentí en el fondo muy inferior a las del pelo flojo. Las heroínas de las novelas las colocaba también en este bando de las sienas cubiertas, el cual constituía a las claras, lo que las Madres llamaban con bastante desdén «el mundo». Nosotras, junto con las Madres, el Capellán del Colegio, las doce Hijas de María, los Santos del año Cristiano, el incienso, las casullas y los reclinatorios, pertenecíamos al otro bando. En realidad yo nunca tuve verdadero entusiasmo de partido. Aquel malvado «mundo» tan aborrecido y despreciado por las Madres, a pesar de su vil inferioridad, aparecía siempre ante mis ojos deslumbrante y lleno de prestigio. Nuestra superioridad moral resultaba para mí una especie de carga, y recuerdo que la llevé siempre llena de resignación y pensando con tristeza, que gracias a ella no desempeñaría en la vida más que papeles oscuros y secundarios.

Lo que quiero explicarte ahora es que en estos cuatro meses he variado por completo de ideas. Creo que me he pasado con armas y bagajes al abominable bando del mundo y siento que he adquirido en él una elevada graduación. Ya no me considero en absoluto personaje secundario, estoy bastante satisfecha de mí misma, me he declarado en huelga contra la timidez y la humildad, y tengo además la pretensión de creer que valgo un millón de veces más que todas las heroínas de las novelas que leíamos en verano tú y yo, las cuales, dicho sea entre paréntesis, me parece ahora que debían estar muy mal escritas.

En estos cuatro meses, Cristina, he pasado por muchos ratos de tristeza,

he tenido impresiones desagradables, revelaciones desesperantes y, sin embargo, a pesar de todo, siento un inmenso regocijo porque he visto desdoblarse de mí misma una personalidad nueva que yo no sospechaba y que me llena de satisfacción. Tú, yo, todos los que andando por el mundo tenemos algunas tristezas, somos héroes y heroínas en la propia novela de nuestra vida, que es más bonita y mil veces mejor que las novelas escritas.

Es esta tesis la que voy a desarrollar ante tus ojos, relatándote minuciosamente y como en las auténticas novelas todo cuanto me ha ocurrido desde que dejé de verte en Biarritz. Estoy segura de que mi relato te interesará muchísimo. Además he descubierto últimamente que tengo mucho don de observación y gran facilidad para expresarme. Desgraciadamente estos dotes de nada me han servido hasta el presente. Algunas veces he tratado de ponerlos en evidencia delante de tía Clara y Abuelita, pero ellas no han sabido apreciarlos. Tía Clara no se ha tomado siquiera la molestia de fijarse en ellos. En cuanto a Abuelita, que como es muy vieja, tiene unas ideas atrasadísimas, sí debe haberlos tomado en consideración porque ha dicho ya por dos veces que tengo la cabeza llena de cucarachas.

Como puedes comprender ésta es una de las razones por las cuales me aburro en esta casa tan grande y tan triste, donde nadie me admira ni me comprende, y es esta necesidad de sentirme comprendida, lo que decididamente acabó de impulsarme a escribirte.

Sé muy bien que tú sí vas a comprenderme. En cuanto a mí no siento reserva ni rubor alguno al hacerte mis más íntimas confidencias. Tienes ante mis ojos el dulce prestigio de lo que pasó para no volver más. Los secretos que a ti te diga no han de tener consecuencias desagradables en mi vida futura y, por consiguiente, sé desde ahora que jamás me arrepentiré de habértelos dicho. Se parecerán en nuestro porvenir a los secretos que se llevan consigo los muertos. En cuanto al cariño tan grande que pongo para escribirte creo que tiene también cierto parecido con aquel tardío florecer de nuestra ternura, cuando pensamos en los que se fueron «para no volver».

Te escribo en mi cuarto cuyas dos puertas he cerrado con llave. Mi cuarto es grande, claro, empapelado de azul celeste, y tiene una ventana con reja que da sobre el segundo patio de la casa. Del lado afuera de la ventana, muy pegadito a la reja, hay un naranjo, y más allá, en cada una de las otras esquinas, hay otros naranjos. Como yo he colocado mi escritorio y mi sillón muy cerca de mi ventana, mientras pienso echada atrás la cabeza contra el respaldo del sillón, o apoyada de codos sobre la blanca tabla del escritorio, estoy siempre mirando mi patio de los naranjos. Y es tanto lo que tengo pensado mirando hacia arriba, que ya conozco hasta el más mínimo detalle de la verde filigrana sobre el azul del cielo...

Ahora, antes de comenzar mi relato, sin mirar naranjos, ni cielo, ni nada, he cerrado un instante los ojos, me he puesto sobre ellos las dos manos entrelazadas y muy claramente, durante unos segundos te he visto de nuevo, tal como dejé de verte allá en el andén de la estación de Biarritz: andando primero, corriendo después junto a la ventanilla de mi vagón que se alejaba, y luego tu mano, y por fin tu pañuelo que me decían a gritos: ¡Adiós! . . . ¡Adiós! . . .

Recuerdo muy bien que cuando ya no pude verte más, me alejé de la ventanilla, que así, a distancia, me quedé un rato inmóvil ante el acelerado correr de casas y de postes, que por fin le di la espalda, que me senté después en el asiento, que miré frente a mí en el espejo del vagón y que vi mi pobre carita tan triste, tan pálida, entre aquellos crespones negros que la rodeaban que tuve por primera vez la conciencia intensa de mi soledad y abandono. Me acordé de las niñas asiladas y me pareció ver simbolizada en mí la imagen de la orfandad. Tuve entonces un momento de angustia, una especie de ahogo horrible, que quería estallar en sollozos y salirse en un torrente de lágrimas por los ojos. Pero de repente miré a Madame Jourdan . . . ¿Te acuerdas de Madame Jourdan, aquella señora distinguida, de pelo gris, que en el hotel tenía su mesa junto a la nuestra y que fue luego la encargada de acompañarme hasta París . . .? Pues bien, miré de reojo a Madame Jourdan, que estaba sentada al otro extremo del vagón, y vi que me consideraba con curiosidad y con lástima. Al comprobar esto reaccioné de pronto y en mi espíritu se disipó la tormenta. Y es que en aquel momento, como ahora, como siempre, soy más o menos la misma que tú conociste. No lloro nunca a pesar de que tendría razones para llorar a mares. Tal vez porque siempre me ha escoltado la tristeza, es por lo que he aprendido a escondérsela a todos, con un movimiento instintivo, como esconden ciertos niños pobres sus zapatitos rotos delante de la gente rica y bien vestida.

Por fortuna, Madame Jourdan, que resultó ser una persona encantadora fue, poco a poco, distrayendo mi tristeza con su conversación. Comenzó preguntándome por ti. Al principio, al vernos siempre juntas y hablando español nos había tomado por hermanas. Luego, cuando le relataron la muerte repentina de papá, y le preguntaron si querría encargarse de acompañarme hasta París, comenzó a interesarse muy vivamente por mí. Había perdido ella una niña, hija única, a los cinco años, la cual sería ya una muchacha grande como nosotras. Después, me preguntó mi edad. Cuando le dije que acababa de cumplir dieciocho años, ella contestó entrecortando las frases con sentidos suspiros:

—¡El mundo es un rompecabezas sin arreglar! . . . ¡Las piezas andan sueltas sin encontrar quien las encaje! . . . ¡Yo entro en el desierto de mi vejez tan sola porque se fue mi hija, y usted se marcha a esa gran batalla de la juventud sin el amparo y sin la sombra de su madre! . . .

Y esto del «desierto de su vejez» y lo de «la gran batalla de mi juventud» lo dijo de una manera tan bonita y con una voz tan suave y tan armoniosa,

que comencé a sentir de repente gran admiración por ella. Me acordé de aquellas actrices, que tanto a ti como a mí nos entusiasmaban de un modo frenético por el prestigio de su voz y por el encanto de sus movimientos. Pensé que Madame Jourdan debía ser como ellas, que sin duda era muy inteligente, que tal vez sería alguna artista, alguna de esas novelistas que escriben bajo seudónimo, y abandonando entonces mi asiento y mi ventanilla, impulsada por la más viva y reverente admiración, fui a sentarme junto a ella.

Al principio y en vista de su superioridad me sentía algo tímida, algo cohibida, pero me puse a hablarle, y le conté entonces que iba a emprender un largo viaje, que me venía a América donde tenía mi abuela materna y algunos tíos y primos que me querían mucho. Conversamos luego sobre los viajes, sobre los distintos climas, sobre la hermosura de la naturaleza tropical, sobre lo alegre que era la vida a bordo de un trasatlántico, y a las dos horas, disipada ya mi timidez del principio, éramos tan amigas y habíamos simpatizado tanto, que a mí me parecía haber encajado ya en una de mis casillas correspondientes del rompecabezas. Créeme, Cristina, y esto, por supuesto sin que lo sepa Abuelita, ¡de buena gana me hubiera quedado viviendo para siempre con aquella encantadora Madame Jourdan!

Pero por desgracia pasó el trayecto, vino una hora en que llegamos a París, y entonces tuvo ella que ir a depositarme en casa de mis nuevos *chaperons*, el señor y la señora Ramírez, matrimonio venezolano, amigos íntimos de mi familia, entre cuyas manos ya definitivamente facturada debía venir hasta La Guaira.

Estos Ramírez me fueron muy simpáticos desde el principio, porque eran alegres, obsequiosos, amables, y porque tenían la admirable costumbre de no darme nunca ninguna clase de consejos, cosa ésta bastante rara, pues, como ya te habrás fijado tú también, es por este sistema de consejos que los superiores en edad, dignidad o gobierno acostumbran desahogar su mal humor, diciéndonos a nosotros, pobres inferiores, las cosas más duras y desagradables del mundo.

Vivían los Ramírez en un hotel elegante. Cuando llegué acompañada de Madame Jourdan salieron ellos a recibirme, cariñosos y atentos. Después de las presentaciones consabidas comenzaron por condolerse de mi situación, cosa que por lo visto es de rigor al tratarse de mí. Luego me hablaron de Caracas, de mi familia, de nuestro próximo viaje, y terminaron entregándome unos cincuenta mil francos, remitidos por mi tío y tutor para gastos de *toilette* y de bolsillo, suponían ellos, puesto que el dinero para los gastos del viaje se había girado ya.

Bueno, me dirás interesada si te parece, pero no puedo negarte que ante aquellos inesperados cincuenta mil francos, mis negros pensamientos del tren se marcharon volando uno tras otro como bandadas de golondrinas, porque me juzqué feliz y potentada.

Además, Ramírez, que había vivido muchos años en Nueva York, me dijo que durante el tiempo que permaneciéramos en París, no veía inconveniente

en que saliese sola, siempre, por supuesto, que su señora y yo no coincidiésemos en nuestras correrías.

Naturalmente que yo decidí al punto no coincidir jamás con las correrías de la señora Ramírez, y aquí como ya verás comienzan mis experiencias, impresiones y aventuras.

¡No sabes tú lo interesante que es viajar, Cristina! Pero no viajes cortos en el tren, como los que hacíamos tú y yo en verano durante los meses de vacaciones, no, sino viajes largos, como este mío, en que se sale sola por París, y se conoce mucha gente, y se pasa el mar, y se toca en varios puertos. Lo único desagradable que ocurre en estos viajes es que, como en los demás, es menester llegar un día u otro, y cuando se llega ¡ah! Cristina, cuando se llega es como cuando se detiene el coche en que paseábamos o se calla la música que nos arrullaba. ¡Qué triste es llegar para siempre a cualquier sitio! . . . Yo digo que será por eso sin duda por lo que la muerte nos espanta ¿verdad?

Volviendo a mi primera entrevista con los Ramírez, te diré que desde el día en que murió papá a mí no se me había ocurrido todavía pensar que yo era lo que puede llamarse una persona independiente, más o menos dueña de su cuerpo y de sus actos. Hasta entonces me había considerado algo así como un objeto que las personas se pasan, se prestan, o se venden unas a otras . . ., bueno, lo que he vuelto a ser ahora y lo que somos general y desgraciadamente las señoritas «bien».

Fue Ramírez, con los cincuenta mil francos, y el permiso para salir sola, quien me reveló de golpe esta sensación deliciosa de la libertad. Recuerdo que inmediatamente, aquella misma noche de mi llegada a París, sentada sola en el *ball* del hotel, frente a un grupo de personas, que a lo lejos, hablaban entre sí; rebosante de optimismo y de cierto espíritu profético, comencé a saborear con fruición mi futura libertad. Aislada como estaba, frente al alegre bullicio, me miré largo rato en un espejo tal cual acostumbro y observé de repente, que sin tu apoyo y sin tu compañía, mi sencillez de colegiala o señorita tímida resultaba horriblemente llamativa, desairada y ridícula. Me dije entonces que con cincuenta mil francos y un poco de idea era posible hacer muchas cosas. Pensé después que bien podía yo dejar *épatée* a toda mi familia de Caracas con mi elegancia parisiense. Deduje finalmente que para ello era indispensable estrecharme el vestido y cortarme el pelo a la *garçonne*, al igual de cierta señora o señorita que en aquel instante se destacaba allá en el grupo de enfrente por su silueta graciosísima.

Y sin más quedó al punto resuelto.

Al siguiente día en la mañana, muy temprano, fui a comprar unas flores, y con ellas en la mano me dirigí a casa de mi querida amiga del tren Madame Jourdan. Me recibió ella encantada, como si nos hubiéramos conocido toda la vida y como si hubiéramos pasado un siglo sin vernos. Tenía una casa preciosa, puesta con un gusto exquisito, lo cual contribuyó a que mi admiración y aprecio continuaran en «crescendo». Le expliqué que había decidido cortarme el pelo porque pretendía volver a mi país hecha una persona verda-

deramente *chic* y a la moda. Muy amable y servicial comenzó a darme consejos de *toilette* y de buen gusto. Me indicó modistos, sombrereras, peluqueros, *manicules*, y multitud de otras cosas. Me ofreció además hacerme en el futuro toda clase de indicaciones y bajo su dirección me puse en campaña aquella misma tarde.

Si vieras entonces: ¡qué ajeteo!, ¡qué ir y venir!, ¡qué días! Y sobre todo ¡qué cambio!! Ya no tenía aquel aire desgraciado de colegiala, de *chien fouetté* ¿sabes? El pelo corto me quedaba maravillosamente. Las modistas me encontraban un cuerpo precioso, flexible, y al probarme me decían a cada paso:

—*Comme Mademoiselle est bien faite!*

Cosa que comprobaba yo al momento, dando vueltas en todas direcciones ante las hojas abiertas del espejo de tres cuerpos, y lo cual me causaba una satisfacción infinitamente mayor que la cruz de semana, la banda, las primeras en composición y toda aquella gran fama de inteligencia que compartía contigo allá en nuestra clase.

Una vez me enamoré de una toquita de luto que según me dijo la modista sólo usaban las viudas y esto me pareció encantador. A los pocos días iba y venía yo con mi toquita de largo velo negro. En las tiendas me llamaban «Madame» y un día que salí con el más pequeño de los niños Ramírez que era una lindura de tres años, me dijeron en la zapatería que debía haberme casado muy joven para tener aquel niño tan precioso que era completamente mi retrato. Aceptada la suposición me di al punto a sacar cuentas y según la edad de Luisito Ramírez habría nacido cuando estábamos tú y yo en tercera clase. Figúrate qué escándalo el de las monjas y lo que nos hubiéramos divertido con un chiquitín entonces. De fijo que no hubiéramos tenido más remedio que esconderlo dentro del pupitre como solíamos hacer con los paquetes de bombones.

Pero es lo cierto que ahora con mi toquita y mi supuesta viudez, París me parecía una cosa nueva, desconocida. No era ya aquella ciudad brumosa y fría que en los días de vacaciones de Navidad recorriamos tú y yo cogidas de la mano, envueltas en un abrigo y seguidas del aya inglesa, mientras nos dirigíamos a las matinés de la Opera o del Teatro Francés. Entonces, todo me intimidaba. Las elegantes señoras me causaban una impresión de miedo y me sentía tan pequeñita, tan cenicienta, junto a tanta belleza y tanto lujo. Ahora no, ahora ya me había tocado la varita mágica, andaba con soltura, con seguridad y con muchísima gracia, porque sabía demasiado que aquello de: «*Comme Mademoiselle est bien faite!*», me lo decían también a gritos y con puntos de exclamación los ojos de todos cuantos me veían. Era una cosa tan general que yo vivía encantada. Me admiraba todo el mundo. Mira: me admiraban mis amigos los Ramírez, me admiraban sus niños; me admiraban unos españoles muy simpáticos que en el comedor tenían su mesa frente a nosotros; me admiraba el gerente del hotel; el camarero que nos atendía; el muchacho del ascensor; el marido de mi *manicule*, los dependientes de la



peluquería; y un señor muy elegante que encontré una mañana por la calle y que al mirarme venir le dijo a otro que iba con él:

—*Regarde donc, quelle jolie fille!*

Decididamente, en aquellos días gloriosos, París abrió de repente sus brazos y me recibió de hija, así, de pronto, porque le dio la gana. ¡Ah! ¡era indudable! Yo formaba ya parte de aquella falange de mujeres a las cuales evocaba papá entornando los ojos con una expresión extraña que yo entonces no acababa de explicarme muy bien porque era como si hablase de algún dulce muy rico mientras decía:

—¡¡Qué mujeres!!

Nunca me había ocurrido nada igual, Cristina. Sentía dentro de mí misma una alegría loca. Me parecía que mi espíritu se abría todo en flores como aquellos árboles del parque del colegio en los meses de abril y mayo. Era como si en mí misma hubiese descubierto de pronto una mina, un manantial de optimismo y sólo vivía para beberlo y para contemplarme en él. Creo ahora que fue debido a aquella satisfacción egoísta por lo que nunca te escribí sino postales lacónicas que tú me contestabas con cartas inexpresivas y tristes. Hoy, al releerlas me parece adivinar en ellas toda tu amarga decepción de entonces y me conmuevo de contrición. Pero pienso que a estas horas debes haber comprendido el porqué de mi indiferencia tan fugaz como mi alegría y que generosamente la habrás perdonado ya.

Algunas veces, también, me ponía a pensar que aquel optimismo y aquella alegría de vivir que me hacían tan feliz eran impropios en medio de una desgracia reciente como la mía. Tenía entonces ratos de un remordimiento agudo, y para acallararlo en desagravio al alma de papá le daba unos francos a algún chiquillo harapiento o entraba a dejar una limosna en el cepillo de la iglesia.

¡Ah! papá ¡pobre papá!... Mientras esto le cuento a mi amiga Cristina, allá, en las suaves visiones de mi mente, ha pasado un instante la indulgencia de tu rostro, florecida por la indulgencia aprobadora de tu sonrisa. ¡Y cómo la reconozco! ¡Mal podías enojarte! ¡Aquellos días fugaces en que tu espíritu pródigo y jovial pareció renacer por un momento en mi alma eran la única herencia que debías legarme!

En París estuvimos casi tres meses, por retraso de fondos y cambio de plan en el itinerario del matrimonio Ramírez. Los días, que se sucedían en particular con una rapidez vertiginosa, en conjunto me parecían muchos y muy largos. Sentía que se me escapaban y tenía siempre la sensación de que corría tras ellos para detenerlos. Me preocupaba muchísimo la idea de mi partida, pensaba con tristeza que aquel París que se mostraba conmigo tan amable, tan afectuoso, era menester abandonarlo un día u otro, como a tí, como a Madame Jourdan, como a todo lo que he querido y me ha querido en la vida.

«¡Qué fatalidad! ¡Qué desgracia tan grande» —pensaba continuamente—. Y esta perspectiva era lo único que amargaba mi vida alegre y feliz de pájaro a quien por fin le han crecido las alas.

Pero como todo llega en este mundo, llegó un triste día en que los Ramírez y yo tuvimos que arreglar definitivamente nuestros baúles. Estrené yo mi vestido de viaje en cuya elección me había esmerado muchísimo a fin de que resultase lo más elegante y mejor cortado posible, y con mi *nécessaire* en la mano, luego de caminar un rato ante el espejo más grande del hotel y comprobar así, que unidos el *nécessaire* y yo, teníamos una silueta viajera bastante *chic*, tomé con los Ramírez el tren para Barcelona donde nos esperaba el trasatlántico «Manuel Arnús» que debía conducirnos a La Guaira.

Recuerdo que antes de embarcarme te dejé un abrazo de despedida en una postal. No te escribí más porque me ahogaba de melancolía y porque tenía también que ir a comprar un frasco de pintura líquida de Guerlain, que acababan de recomendarme muchísimo como especial para resistir el aire violento del mar, el cual barre del cutis toda pintura en polvo.

Luego nos embarcamos.

¡Ah! todavía me parece tener en los oídos aquel alarido de la sirena al arrancar el vapor y me pongo tan triste al evocarlo que prefiero no hablar de esto.

Afortunadamente que la vida a bordo me distrajo pronto. Sentirse en alta mar, rodeada de cielo por los cuatro costados y rumbo a América, es una sensación deliciosa. Se piensa en Cristóbal Colón, en las novelas de Julio Verne, en las islas desiertas, en las montañas que hay debajo del agua, y dan ganas de naufragar para correr aventuras. Pero esta parte geográfica se olvida y se disipa muy pronto, cuando empieza a entrarse de lleno en el ambiente social de a bordo, que es de los más interesantes. Bueno, tú sabes muy bien que yo no acostumbro a alabarme porque me parece de mal gusto, pero sin embargo, no puedo negarte que desde mi entrada al vapor comprendí que causaba gran sensación entre mis compañeros de viaje. Casi todas las señoras yacían mareadas en sus sillas de extensión o encerradas en los camarotes. Yo, que no me había mareado ni un segundo no me ocupaba en cambio sino de presumir sacando a colación todo el repertorio de abrigos, vestidos, y ciertos sombreros flexibles que aprendí a ponerme con muchísima gracia so pretexto de preservarme del viento. Eran mi especialidad; me ponía uno blanco y negro en la mañana, otro lila al mediodía, uno gris en la noche, y me paseaba de arriba abajo con un libro o un frasco de sales en la mano, y con toda aquella soltura, gracia y distinción adquirida en los días de mi vida parisiense y que todavía tú no tienes el honor de conocerme.

Los hombres, sentados sobre cubierta, con la gorra de lana encajada hasta las cejas y algún habano o cigarrillo en la boca, al sentirme pasar, levantaban inmediatamente los ojos del libro o revista donde se hallaban absortos, y me seguían un rato con una larga mirada llena de interés. Las mujeres por otro lado admiraban el *chic* de mis vestidos y los veían con algo de curiosidad, creo

que también con algo de envidia y como si quisieran copiarlos. No puedo ocultarte que todas estas manifestaciones me halagaban muchísimo. ¿No representaban acaso el encantador *succès*, cosa que hasta entonces había sido para mí algo lejano, fabuloso, y deslumbrante como un sol? Me sentía, pues, felicísima al comprobar que poseía semejante tesoro, y te lo confieso a ti sin reparos ni modestias de ninguna clase, porque sé muy bien que tú, tarde o temprano, cuando renuncies al pelo largo, uses tacones Luis XV, te pintes las mejillas, y sobre todo la boca, has de experimentarlo también y por consiguiente no vas a escucharme con el profundo desprecio con que escuchan estas cosas las personas incapacitadas para comprenderlas verbigracia: Abuelita, las Madres del Colegio y San Jerónimo, quien, según parece, escribió horrores sobre las mujeres *chic* de su tiempo.

Pasadas las primeras horas de travesía comencé pronto a tener amigos a más de mis acompañantes los Ramírez. Pero el más interesante de mis amigos resultó ser un poeta colombiano, ex diplomático, viudo y ya algo viejo, el cual, lleno de galantería, finura y entusiasmo me acompañaba a todas horas del día. Por la noche, cuando tocaban o cantaban en el salón, yo, en consideración a mi duelo, solía evadirme del bullicio, y buscaba algún solitario rincón de cubierta y allí, arrullada por la música y apoyada de codos en la barandilla, me daba a contemplar el reflejo fantástico de la luna sobre el mar y aquella estela blanca que íbamos dejando en el azul oscuro de las aguas. Mi amigo, que tenía la delicadeza de notar siempre mi ausencia, a los pocos minutos se venía a mi lado, se apoyaba también de codos en la barandilla y entonces suavemente, en un monótono silbar de eses, me recitaba sus versos. Esto me ponía encantada. No porque los versos fuesen muy bonitos, puesto que a decir verdad jamás les puse la menor atención, sino porque estando libre de toda conversación, mientras él recitaba, yo me entregaba de lleno a mis propios pensamientos y me decía: «No cabe duda que está enamoradoísimo de mí». Y como era la primera vez que esto me ocurría y como el ambiente de la noche era de los más propicios, me lanzaba en alas de mis recuerdos a través de aquellas novelas de «*La Mode Illustrée*» que leíamos en vacaciones tú y yo, me comparaba inmediatamente con las más interesantes de sus heroínas, me consideraba situada al mismo nivel de ellas o quizás a mayor altura, y claro, ante semejante visión quedaba tan satisfecha, que cuando mi amigo terminaba la última estrofa de sus versos, yo los elogiaba apasionadamente con la más entusiasta y sincera admiración.

Si la amistad entre mi amigo y yo no hubiera pasado nunca de ahí, todo habría quedado muy bien, él hubiese adquirido a mis ojos un eterno prestigio, y después de separarnos yo lo habría contemplado siempre entre la bruma de mis recuerdos, esfumándose allá, en lontananza, junto al mar y la luna como en un dulce ensueño de romanticismo y de melancolía. Cristina, los hombres no tienen tacto. Aunque sean más sabios que Salomón y más viejos que Matusalén no aprenden jamás esa cosa tan sencilla, fácil y elemental que se llama «tener tacto». Semejante experiencia la adquirí en el trato

de mi amigo el poeta, ex diplomático, del vapor, quien, según parece era muy instruido, inteligente y discreto en cualquier otra materia que no se relacionase con ésta del tacto u oportunidad. Pero voy a referirte el incidente, de donde proviene este juicio o experiencia a fin de que tú misma opines.

Imagínate, que una noche en que se celebró a bordo no sé qué fecha patriótica, todos los pasajeros habían tomado *champagne* y se hallaban por lo tanto muy alegres. Yo en compensación, estaba de mal humor, porque al ir a prenderme un alfiler me había dado un arañazo larguísimo en la mano izquierda, cosa que me la tenía bastante desfigurada. Por consiguiente, aquella noche, con más razón que de costumbre, mientras los demás se divertían en el salón, fui a apoyarme de codos en mi solitario rincón de cubierta, y también, como de costumbre, al poco rato mi amigo, vino a situarse junto a mí. Debido a mi mal humor, yo, contemplando el mar iluminado por la luna, calculaba con rabia el número de días que iba a durar en mi mano la cicatriz del rasguño y no decía una palabra. Mi amigo, entonces, demostrando tener cierta delicadeza, en vez de lanzarse a recitar sus versos, me interrogó suavemente:

—¿Qué le pasa esta noche, María Eugenia, que está tan triste?

—Es que me he hecho una herida en la mano izquierda, que me duele muchísimo.

Y como siempre me ha parecido lo mejor el mostrar con entera franqueza aquellos defectos físicos que, por ser muy visibles, no pueden ocultarse, le mostré mi mano izquierda que se hallaba cruzada diagonalmente por una larguísima línea roja.

El, para poder examinar el rasguño de cerca, tomó mi mano entre las suyas, y después de decir que la herida era leve y casi imperceptible se quedó contemplando la mano y añadió muy quedo con la voz de recitar:

—¡Ah! . . . ¡Y qué divina mano de Madona Italiana! Parece tallada en marfil por el celo de algún gran artista del Renacimiento para despertar la fe en los corazones incrédulos. Si cuando visité hace un año la Cartuja de Florencia hubiera visto una Virgen con manos semejantes: ¡habría profesado!

Como sabes, Cristina, mis manos, en efecto, no están mal; y como también recordarás, he tenido siempre una marcada predilección por ellas. El cambio de temperatura les había dado yo no sé qué matiz pálido, de modo, que en aquel momento, prestigiadas por la luna, pulidas y cuidadas, a pesar del rasguño de la izquierda, merecían en realidad aquel elogio, que a más de parecerme exacto, me pareció también delicado, escogido, y de muy buen gusto. Y para que las manos luciesen aún mejor, pasada en parte la contrariedad, las enlacé juntas con lánguida actitud, sobre el enlace de los dedos apoyé suavemente la barba y seguí mirando el mar.

—Ahora parecen dos azucenas sosteniendo una rosa —volvió a recitar mi amigo—. Dígame, María Eugenia: ¿sus mejillas no han tenido nunca envidia de sus manos?

—No —respondí yo—. Aquí todo el mundo vive en gran armonía.

Y porque me pareció muy oportuno dar a tan breve frase una expresión

cualquiera, sin cortar la línea de mi actitud, entorné ligeramente los ojos. Con los ojos ligeramente entornados, envolví el rostro de mi amigo en una larga mirada y sonreí.

Pero, por desgracia, al llegar a este punto de nuestro amable diálogo: ¿qué dirás tú, Cristina, que se le ocurrió de pronto a mi amigo el poeta? . . . Pues se le ocurrió que su boca feísima, de bigotes grises, olorosa a tabaco y a champagne, podía darle un beso a la mía, que en aquel instante se hallaba sonriente, fresca, y recién pintada con carmín de Guerlain. ¡Ah!, pero afortunadamente, como sabes, soy ágil y asustadiza, gracias a lo cual no pudo consumarse tan desagradable proyecto; porque al sentirme de golpe presa en aquellos brazos, me dominó el espanto producido por la misma sorpresa, y sacudiendo nerviosamente la cabeza en todas direcciones, logré escurrireme hacia un lado y escaparme a toda prisa. Ya a distancia, por curiosidad, me volví a mirar en qué había parado tan singular escena, y pude entonces darme cuenta de que las violentas sacudidas de mi cabeza combinadas con la brusca evasión, habían derrumbado los lentes de encima de la nariz de mi amigo, el cual era muy miope, y que por lo tanto en aquel minuto crítico, el dolor de la derrota, y el dolor del desprecio, se unían en su persona al dolor oscurísimo de la ceguera.

¡Ah! Cristina, por muchos años que viva, no olvidaré jamás aquella silueta corta, desprestigiada, ciega, inclinada hacia el suelo, buscando sin esperanza los perdidos lentes, que yo a tan larga distancia miraba brillar muy cerquita de sus pies.

Desde esa noche, ya no volví a hablar, ni a saludar más a mi gran admirador y amigo el poeta colombiano. No porque en realidad me sintiese muy ofendida, sino porque después de lo ocurrido me pareció muy de rigor el adoptar una actitud digna, silenciosa y enigmática. Pero es lo cierto que encastillada así dentro de mi distinción y mi rencor, la vida a bordo me parecía mucho menos divertida. Ya no tenía quien me manifestase en galante media voz su admiración por mi persona; ni quien celebrase mi ingenio; ni quien me recitase versos a la luz de la luna; ni quien me hiciese amables atenciones. Cuando subía a cubierta con mi sombrero flexible recién puesto buscaba ahora la soledad, y me quedaba largos ratos en un elevado puente sentada frente al mar, contemplando con melancolía, aquel andar perseverante del vapor y pensando de tiempo en tiempo que mi amigo había cometido aquella gran *gaffe* por tener una idea equivocada acerca de sus atractivos personales. Me decía que sin duda ninguna, él jamás se había dado cuenta de que yo lo encontraba feo, narizón, mal proporcionado, muy viejo, demasiado fino, y que en lo tocante a sus versos nunca había apreciado en ellos sino aquel ritmo monótono que servía de arrullo a mis propios pensamientos.

Desde entonces, Cristina, deduje que los hombres, en general, aunque parezcan saber muchísimo, es como si no supieran nada, porque no siéndoles dado el mirar su propia imagen reflejada en el espíritu ajeno se ignoran a sí mismos tan totalmente, como si no se hubiesen visto jamás en un espejo. Por

eso, cuando Abuelita, en la mesa, habla indignada de los hombres de nuestros días, y me previene contra ellos llamándoles alabanciosos y calumniadores yo, lejos de compartir su indignación, me acuerdo de mi amigo el poeta en el momento de buscar sus lentes, y me sonrío. Sí, Cristina, por más que diga Abuelita, yo creo que los hombres calumnian de buena fe, que son alabanciosos porque honradamente se ignoran a sí mismos y que atraviesan la vida felices y rodeados por la aureola piadosísima de la equivocación, mientras los escolta en silencio, como can fiel e invisible, un discreto ridículo.

Después de navegar dieciocho días, una tarde serena, bajo la media luz del más inverosímil de los crepúsculos, entramos por fin en aguas de Venezuela.

Al saber la noticia, llena de sensibilidad y de íntima emoción, para sentir y ver bien desde lo alto ese espectáculo triunfante que es llegar a tierra, escondida de todos, me fui a sentar en mi elevado puente solitario.

Siempre recordaré aquella tarde.

Hay instantes de la vida, Cristina, en que el espíritu parece desmaterializarse por completo, y lo sentimos erguirse en nosotros exaltado y sublime, como un vidente que nos hablara de cosas desconocidas. Experimentamos entonces una santa resignación por los dolores futuros, y sentimos también en el alma ese melancólico florecer de las alegrías pasadas, mucho más tristes que las tristezas, porque son en nuestro recuerdo como cadáveres de cuerpo presente que no nos decidimos a enterrar nunca . . . ¿verdad que esto lo has experimentado también tú algunas veces? . . . ¿no lo has sentido nunca oyendo música, o mirando un paisaje en la sensibilidad infinita de un crepúsculo?... Aquella tarde, sentada en el puente, perdidos los ojos por el horizonte y los celajes, me pareció que desde lo alto de una atalaya miraba mi vida entera, la pasada y la futura, y no sé por qué tuve un gran presentimiento de tristeza.

El vapor caminaba lentamente hacia unas luces que, bajo el tenue cendal de las nubes, se confundían a lo lejos con las estrellas apenas encendidas en el cielo. Poco a poco, las prendidas señuelas comenzaron a multiplicarse y a crecer, como si Venus aquella tarde hubiera querido prodigarse generosamente sobre el mar. Luego, imprecisos, esfumados en la penumbra y en la niebla fueron separándose enteramente del cielo los bloques oscuros de las montañas. Las luces alegres, brillantes, titilaban arriba, abajo, sembradas en aquel cielo profundo de los montes cada vez más familiares, más hospitalarios, más abiertos de brazos al vapor, hasta que de repente, del lado izquierdo, como una iluminación fantástica, se encendió todo el mar, al pie de la montaña. Los pasajeros, apoyados en la barandilla de cubierta, bajo mi puente de observación, con la alegría que inspira a los navegantes la próxima hospitalidad del puerto, empezaron a agitarse con una inmensa alegría llena de voces y de risas.

Porque aquella iluminación la formaban las luces de Macuto, y Macuto, Cristina, es nuestra playa elegante, nuestro balneario de moda, es como si dijéramos el Deauville o el San Sebastián de Venezuela.

El vapor, todo encendido también, al igual de un galán que paseara la calle, caminando de costado, se acercaba más y más hacia las luces. Ellas, en la alegría de su fiesta rutilaban y eran ya como mil voces amigas que nos llamaran a gritos desde tierra.

Los venezolanos llenos de entusiasmo, comenzaron a opinar:

—¡Desde allá seguramente estarán viéndonos también!

Yo continuaba sumida en la penumbra del puente, silenciosa, observadora, solitaria, encerrada dentro del ángulo que formaban juntas dos barcas salvavidas. Desde mi altura, contemplando el espectáculo, pensaba en aquella mañana que recordaba apenas vagamente, cuando pequeñita, con mis bucles a la espalda y mis medicitas cortas, había tomado junto con Papá el vapor que nos condujo a Europa. A la vista del mar, había sentido de pronto el terror de lo desconocido, y al embarcarme, había agarrado muy asustada la mano de mi aya, aquella mulata indolente y soñadora, que me cuidó siempre, desde el día de mi nacimiento con cariños maternales, que a ti también llegó a cuidarte algunas veces, y que murió en París ¿te acuerdas? víctima de las inclemencias del invierno . . .

Con los ojos muy fijos en las luces crecientes de Macuto, evocaba ahora con dificultad la fisonomía fina y alargada de tío Pancho, el hermano mayor de Papá, quien había ido hasta el vapor a despedirnos y me había contado que la caldera era un infierno en donde los maquinistas, que eran unos demonios, metían a los niños desobedientes que se subían a las barandillas de cubierta . . . Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir nada había vuelto a ponerme en el suelo, y me había regalado un paquete de bombones, y una caja de cartón en donde dormía una muñeca rubia vestida de azul . . . De todo esto hacía ya doce años . . . ¡ah! . . . ¡doce años! . . . De los tres viajeros de aquella mañana regresaba yo sola . . . ¿Estaría allí al día siguiente tío Pancho para recibirme? . . . Tal vez no. Sin embargo, mi llegada se había avisado ya por cable y alguien me esperaría sin duda . . . ¿pero quién? . . . ¿quién sería?

Macuto volvió a esconderse como había aparecido tras un brusco recodo de la costa y a poco el vapor comenzó a detenerse lentamente frente a la bahía que forma el puerto de La Guaira. Antes de echar el ancla, cabeceó unos minutos, se detuvo indolente y cobijado por la inmensidad de las montañas consteladas de luces, en el ambiente tibio parecía descansar por fin de su correr incesante.

Como te decía, Cristina, en las llegadas hay siempre un misterio triste. Cuando un vapor se detiene, después de haber caminado mucho, parece que con él se detuvieran también todos nuestros ensueños y que callasen todos nuestros ideales. El suave deslizarse de algo que nos conduce es muy propicio a la fecundidad del espíritu. ¿Por qué? . . . ¿será tal vez que el alma al sentirse correr sin que los pies se muevan sueña quizás en que se va volando muy lejos de la tierra desligada por completo de toda materia? . . . No sé; pero recuerdo muy bien que aquella noche, detenido ya el vapor frente a La Guaira,

me dormí prisionera y triste como si en el espíritu me hubiesen cortado una cosecha de alas.

Me desperté al día siguiente cuando el vapor arrancaba a andar para atracar en el muelle. La alegría de la mañana parecía entrar a raudales dentro de un rayito de sol, que se quebraba en el cristal del ventanillo e inundaba de reflejos todo mi camarote. No bien abrí los ojos lo miré un instante y como si al deslumbrarme las pupilas, hubiese desvanecido también en mi alma todas las melancolías de la víspera, alegre, con la alegría solar de la mañana y con la curiosidad de los paisajes nuevos, corrí a asomarme al ojo del ventanillo. Al lento caminar del vapor el panorama se deslizaba por él muy suavemente. Había oído ponderar muchas veces la fealdad del pueblo de La Guaira. Dada esta predisposición, su vista me sorprendió agradablemente aquella mañana, como sorprende la sonrisa en un rostro que creíamos desconocido y que resulta ser el de un amigo de la infancia. Ante mis ojos, Cristina, justo a orillas del mar se alzaba bruscamente una gran montaña amarilla y estéril, pero florecida de casitas de todos los colores, que parecían trepar y escalonarse por los ribazos y las rocas con la audacia pastoril de un rebaño de cabras. La vegetación surgía a veces como un capricho entre aquellas casitas que sabían colgarse tan atrevidamente sobre los barrancos y que tenían la ingenuidad y la inverosímil apariencia de aquellas otras cabañitas de cartón con que sembraban las Madres por Navidad el nacimiento del Colegio. Su vista despertó en mi alma el inocente regocijo de los villancicos que anunciaban todos los años la alegría sonora de las vacaciones pascuales. Pensé con gran placer en que ahora también iba a abandonar la monotonía de a bordo por la fresca sombra de los árboles y por el libre corretear sobre la tierra firme. Sentí de pronto la curiosidad inmensa y feliz de aquel a quien esperan grandes sorpresas, y mientras que del lado de afuera, entre chirriar de grúas y de poleas se iniciaba el trabajo bullicioso del desembarque, yo, dentro de mi camarote, ávida de estar también sobre cubierta comencé a arreglarme y a vestirme febrilmente.

Recuerdo que acababa de poner en orden todos mis objetos y que estaba cogiendo el sombrero, cuando oí la voz de la señora Ramírez, que decía con sus indolentes y musicales inflexiones de criolla:

—¡Por aquí, por aquí! ¡ya debe estar vestida! ¡María Eugenia! ¡María Eugenia! ¡tu tío!

Al oír estas mágicas palabras me precipité fuera del camarote, y en el estrecho corredor de salida pude ver, cómo de espaldas a la luz avanzaba también hacia mí la figura alta y algo encorvada de un señor vestido de dril blanco. Al mirarle venir, me sacudió otra vez la emoción intensa de la víspera, pensé en papá, sentí renacer de pronto toda mi primera infancia, y emocionada, llorosa, corrí hacia el que venía, tendiéndole los brazos y llamándole en un grito de alegría:

—¡Ah! ¡tío Pancho! ¡tío Panchito!



El me estrechó afectuosamente contra su pechera blanca mientras contestaba gangoso y lento:

—No soy Pancho. Soy Eduardo, tu tío Eduardo, ¿no te acuerdas de mí?

Y tomándose suavemente del brazo me condujo fuera del corredor hacia la claridad de cubierta.

Mi emoción del principio se había disipado bruscamente al darme cuenta de aquel desagradable *quid pro quo*. La impresión producida por la figura de mi tío, vista a la clara luz del sol, acabó de disgustarme por completo. Aquella impresión, Cristina, hablándote con entera franqueza, era la más desastrosa que pudo jamás producir persona alguna ante los ojos de otra.

En primer lugar te diré que la fisonomía de mi tío y tutor Eduardo Aguirre, me era absolutamente desconocida. En los tiempos de mi infancia este hermano de Mamá acostumbraba vivir con su familia en un lugar algo alejado de Caracas, y si alguna vez le vi, no logró impresionarme, pues que jamás catalogué su fisonomía entre aquella lejana colección de rostros que había conservado siempre en mi memoria, aunque confusos y borrosos, algo así, como retratos que han sido expuestos mucho tiempo al resol.

No obstante, sin conocer a tío Eduardo de vista, le conocía muchísimo por referencias; eso sí, papá le nombraba con frecuencia. Todos los meses llegaban cartas de tío Eduardo. Aún me parece ver a papá cuando las recibía. Antes de abrirlas, volvía y revolvía el sobre entre sus manos, con aquel gesto elegante y displicente que solían tener las puntas afiladas de sus dedos largos. Dichas cartas debían preocuparle siempre, porque después de leerlas se quedaba largo rato sin hablar y estaba mustio y pensativo. A veces mientras se decidía a rasgar el sobre, me veía, y como si quisiera desahogarse en una semi-confidencia musitaba quedo:

—¡Del imbécil de Eduardo!

Otras veces, tiraba la carta sin abrir sobre una mesa como se tiran las barajas cuando se ha perdido un turno, y entonces, por variar sin duda de vocabulario, expresando no obstante la misma idea se hacía a sí mismo esta pregunta:

—¿Qué me dirá hoy el mentecato de Eduardo?

Siempre había atribuido a contrariedades de dinero aquella preocupación que dejaba en papá la lectura de las cartas, y a la misma causa atribuía también sus calificativos a tío Eduardo que era el administrador de sus bienes. Sin embargo, aquella mañana de mi llegada, no bien salí a cubierta y pude a plena luz, echar una ojeada crítica sobre la persona de mi tío, adquirí inmediatamente la certeza de que papá debía tener profunda razón al emitir mensualmente aquellos juicios breves y terminantes.

Pero como me parece de interés para lo sucesivo el describirte en detalles a tío Eduardo, es decir, a este tío Eduardo de mi primera impresión, voy a esbozártelo brevemente tal cual lo vi aquella mañana en la cubierta del Arnús.

Figúrate que a la corta distancia con que suele dialogarse a bordo, junto a una franja de sol, y un rollo de cuerdas, le tenía frente a mí, apoyado contra

una baranda, flaco, cetrino, encorvado, palidísimo, con bigotes lacios y con aspecto de persona enferma y triste. He sabido luego que las fiebres palúdicas le minaron durante su juventud y que ahora padece de no sé qué enfermedad del hígado. El vestido de dril blanco le caía sobre el cuerpo flojo y desgarrado como si no hubiese sido hecho para él, lo cual daba un aspecto marcadísimo de indolencia y descuido. Hablaba, y al hablar accionaba hacia adentro con unos movimientos enterizos, horriblemente desairados, que no guardaban compás ni relación ninguna con lo que iba diciendo la voz, una voz, Cristina, que además de ser nasal tenía un acento cantador, monótono, desabridísimo. Yo le miraba extrañada y mientras exclamaba a gritos mentalmente:

—¡Ah! ¡Qué feo!

Procuraba esconder tras una amable sonrisa aquella breve impresión o sentencia crítica tan poco halagüeña para quien la producía. Y con el objeto de disimular aún mejor, comencé a informarme de pronto por toda la familia. Le pregunté por Abuelita, tía Clara, su mujer, y sus hijos. Pero era inútil. Mi amable interrogatorio resultaba puramente maquinal. Mi pensamiento andaba tras de mis ojos, y mis ojos insaciables no se cansaban de escudriñarle de arriba abajo, mientras que en mis oídos, llenos ahora de verdad y de vida, parecían resonar de nuevo las palabras de Papá: «El imbécil de Eduardo»... «El mentecato de Eduardo»...

El, en su charla, desairada y sin vida, apoyado de espaldas en la baranda y con el rollo de cuerdas a sus pies, me dijo que todos en la familia deseaban muchísimo verme; que con el solo objeto de recibirme se había venido de Caracas desde la víspera en la mañana por estar anunciado el vapor para ese mismo día en la tarde; que por lo tanto, aquella noche había dormido en Macuto; que desde allí había visto pasar el vapor a eso de las siete; que de un momento a otro deberían llegar al muelle su mujer y sus cuatro hijos, los cuales habían salido en automóvil de Caracas hacía ya más de una hora; que era probable que por su lado viniese también tío Pancho Alonso, porque algo le había oído decir sobre el particular; que teniendo ciertos asuntos urgentes que despachar en La Guaira le parecía mejor el que almorzásemos todos juntos en Macuto; que como yo vería, Macuto era fresco, alegre y muy bonito; y que, finalmente, luego de almorzar subiríamos a Caracas donde me esperaban Abuelita y tía Clara consumidas de impaciencia.

Y mientras esto decía era cuando yo lo miraba con aquella amable sonrisa, juzgándole feo, desairado y mal vestido. A pesar del gran embuste de la sonrisa, algo debía reflejar mi semblante porque de pronto él dijo:

—Te vine a recibir así... ya ves... porque aquí no se puede andar sino vestido de blanco, ¡hace un calor! Y desde ahora te advierto que La Guaira te va a hacer muy mal efecto. Es horrible: unas calles angostísimas, mal empedradas, mucho sol, mucho calor, y... —añadió con misterio bajando la voz— ¡muchos negros! ¡ah! ¡es horrible!

Yo contestaba con la amable sonrisa petrificada en los labios:

—No importa, tío, no importa. Como no vamos a estar sino de paso ¡qué más da!

Pero te aseguro, Cristina, que si nos hubiésemos hallado en el Palacio de la Verdad, donde es fama que pueden expresarse los más íntimos pensamientos sin tomar en consideración este exagerado respeto que en la vida real profesamos al amor propio ajeno, yo habría contestado:

—Es muy probable que La Guaira sea tan fea como dices, tío Eduardo, y sin embargo, estoy cierta de que su fealdad no es nada comparada con la tuya. Sí; La Guaira debe tener la fealdad venerable y discreta de las cosas inmóviles; y es segurísimo que ella no acciona hacia adentro, ni se viste de flojo, ni tiene bigotes lacios, ni habla por la nariz. Mientras que tú sí, tío Eduardo, desgraciadamente tú accionas, hablas, te vistes, y por consiguiente, tu fealdad activa se prodiga y se multiplica hasta lo infame en cada uno de tus movimientos.

Pero naturalmente que en lugar de decir esta sarta de inconveniencias, dije que me parecía admirable el proyecto de irnos a almorzar a Macuto; que deseaba mucho el que nos permitiesen desembarcar pronto; que habíamos hecho un viaje magnífico; que las noches de luna en alta mar eran una maravilla, que el invierno en Europa se anunciaba muy frío, y que en París se usaban las faldas cada día más cortas.

Deseoso de complacerme en lo de bajar a tierra, tío Eduardo se fue a activar los trámites del desembarco, y yo, mientras esperaba, solitaria y recluida en un rincón de cubierta, como la víspera en la tarde, ahora también me di a contemplar el panorama grandioso de la montaña, el mar, las chalupas corredoras, las velas lejanas, y muy cerca de mí a un costado del vapor el movimiento humano por el puerto.

Pero de pronto, cuando más absorta me hallaba, oí que me llamaban varias voces alegres y sonoras. Volví la cabeza para atender al llamamiento y vi que las voces salían de una colección de fisonomías frescas, bonitas y sonrientes que venían a mí precedidas de tío Eduardo. Agradeciendo la alegría del saludo corrí hacia el grupo a fin de corresponder al bullicio de las voces con un bullicio de abrazos. Pero tío Eduardo juzgó prudente dar al encuentro cierto barniz de ceremonia, y deteniendo mi impulso, con un ademán desairadísimo de su mano izquierda, dijo:

—Espera, que voy a presentártelos. —Y fue señalando así, por orden de edad:

—María Antonia.

—Genaro Eduardo.

—Manuel Ramón.

—Cecilia Margarita.

—Pedro José.

—Y... ¡María Eugenia!... —añadió señalándome a mí.

Yo los abracé entonces a todos ordenadamente, pensando si aquella obsesión o manía por los nombres dobles, sería cosa de mi familia nada más, si se

extendería también por Venezuela entera, o si traspasando las fronteras invadiría todo el continente americano; gracias a lo cual durante un segundo entre besos y abrazos evoqué muy claramente el mapa de Sur América con su forma alargada de jamón.

Como papá no nombraba jamás a la familia de tío Eduardo, ni yo había visto nunca sus retratos, no bien hube repartido los ordenados abrazos, sentí que en mi cabeza se formaba una ensalada de caras y de nombres sueltos imposibles de combinar y colocar después en sus respectivos sitios. No obstante, en honor de la verdad, Cristina, debo confesarte que aquella ensalada de tío Eduardo no estaba nada mal. La edad de mis cuatro primos es de: dieciocho, dieciséis, catorce, y trece años, respectivamente. En aquel instante, animados y decidores, me hablaban todos a la vez y como al hablar sonreían alegremente con unos dientes muy blancos y unos ojos muy negros, yo me puse de muy buen humor y también saqué a relucir toda mi colección de amabilidades y sonrisas.

Pero debo advertirte, no vayas a confundir, que esto de la ensalada más o menos fresca, agradable y bien aderezada, no atañe sino a mis primos, o sea a las cuatro últimas combinaciones de la lista que he tenido la precaución de escribirte. Porque el encabezamiento de dicha lista o sea la combinación: «María Antonia» corresponde a la persona de mi tía política «la honorable matrona» como dirán los periódicos el día de su muerte, esposa de tío Eduardo, y madre o cocinera-autora de la ensalada, quien al igual de su marido, exige imperiosamente los honores de un croquis que paso a esbozarte ya lo mejor y más brevemente posible:

Mi tía María Antonia Fernández de Aguirre es más bien pequeña, y su figura completamente trivial e insignificante a no mediar la circunstancia de los ojos. Pero María Antonia, Cristina, tiene unos ojos inmensos, redondos, negríssimos y brillantes, que están circundados por unas ojeras que también son inmensas, redondas, negríssimas, pero opacas. Este consorcio de los enormes ojos con las enormes ojeras, no es nada banal como te he dicho ya, sino que por el contrario, tanta negrura brillante asomada a tantísima negrura opaca viene siendo algo así como una tragedia espantosa de cinematógrafo de esas que pasan entre apaches con puñales en un cuarto oscuro. Y naturalmente que la intensa tragedia de los ojos, tiene una influencia directa sobre toda la persona física y moral de María Antonia. En el rostro, por ejemplo, la boca cerrada se tuerce siempre, sin saber por qué, y el observador al mirarla así, cerrada y torcida, busca al punto los ojos y se explica el fenómeno pensando: «son efectos de la tragedia». Lo mismo dice al considerar la sombra oscura que como una tinta misteriosa parece filtrarse de las pupilas y correr suavemente bajo la epidermis; y lo mismo repite al considerar el pelo negrísimo, y la voz, y las palabras, y el sentido de ellas, y los colores violentos y algo desavenidos, con que suele vestirse. Moralmente María Antonia es irreprochable. Yo lo sé porque Abuelita lo dice con bastante frecuencia a compás, separando imperceptiblemente las sílabas mientras sepa-

ra al mismo tiempo cinco hilos de su calado: «I'rr'e'pro'cha'ble». Y la verdad, creo que en eso Abuelita tiene mucha razón. Una prueba palpable de ello es el culto apasionado y ferviente que María Antonia le profesa a la moral. No a la moral suya, lo cual sería horriblemente egoísta, sino a la moral en general, y sobre todo a esa moral delicada y sutil que se expone y peligra a todas horas adheridas a la conducta de las mujeres bonitas. Para observar las oscilaciones y salvar la integridad de esta faz concreta de la moral, María Antonia posee una actividad, un celo, una doble vista y un ardor de misionero, que es verdaderamente admirable. Y he aquí, en síntesis, mi impresión general acerca de María Antonia, su psicología y sus ojos, tal como se me revelaron por primera vez aquella mañana y tal como los he seguido observando desde entonces. Ahora bien, tío Pancho Alonso que es sumamente disparatado suele decir, refiriéndose a estos últimos:

—«Los ojos de María Antonia están muy bien. Recuerdan mucho un par de botas de charol sin estrenar, y parecen hechos de una materia inflamable, ardiente y peligrosa, algo que oscila entre la dinamita y lo que el vulgo llama "envidia negra". ¡Ah!, pero eso sí; muy negra, muy limpia, muy brillante: ¡muy bien embetunada! . . .».

Por supuesto, Cristina, que yo no acepto esos términos de zapatería al hablar de unos ojos, y te ruego a ti que tampoco los tomes en consideración. Son disparates de tío Pancho, que con su mala lengua todo lo mezcla y lo confunde.

Cuando mis primos y yo dimos por terminados los mutuos saludos y cumplimientos, fuimos a visitar el vapor. Lo recorrimos varias veces en distintas direcciones y luego de sentirnos ya cansados, acaloradísimos y muy buenos amigos, bajamos todos a tierra. Cuando estábamos aún estacionados a las puertas de la aduana, esperando no sé qué, de golpe, como una exhalación envuelta por una nube de polvo, pasó un automóvil bastante deteriorado y mis primos al mirarle cruzar frente a nosotros gritaron todos a una:

—¡Es Don Pancho Alonso! ¡Don Pancho! ¡Don Pancho! —Y se pusieron a hacer señas al automóvil que se detuvo y comenzó a andar hacia atrás.

¡Por fin aparecía tío Panchito!

Mientras ellos seguían con sus señas y sus voces, yo corrí a toda prisa en sentido contrario al auto que retrocedía, llegué hasta él, abrí ágilmente la portezuela, y entonces, delgado, canoso, paternal, risueño, afeitado, oloroso a *brandy*, cariñosísimo, vestido de nuevo, y muy diferente a lo que yo recordaba, junto al automóvil empolvado y viejo, con los brazos y con toda el alma me estrechó un largo rato tío Pancho Alonso.

Luego que nos hubimos abrazado los dos a nuestra entera satisfacción, y luego que él, alegre y sorprendidísimo de encontrarme tan bonita, me lo dijo con una diversidad de flores que eran un encanto, dado lo muy acertadas y a mi gusto que resultaron todas, se fue a saludar a los demás. Por cierto que mientras se saludaban ocurrió entre ellos un pequeño incidente bastante original, que pobló de consecuencias todo el resto del día.

Y es que pasa, Cristina, que mis cuatro primos a más de poseer nombres dobles, cosa que los mezcla y los confunde mucho, gozan además por otros respetos de la uniformidad más absoluta. Todos se parecen. No sólo en el físico, sino en la identidad de los puntos de vista, en el sistema de enfocar sus imaginaciones, y en el vocabulario empleado para expresar sus ideas. De ahí que al hablar coincidan siempre unos con otros, tanto en el fondo como en la forma de sus opiniones, pero de un modo tan exacto que si por circunstancias esta coincidencia, en vez de ser simultánea es sucesiva, resulta una especie de letanía absolutamente crispante.

Ocurrió, pues, que luego de abrazarnos efusivamente, mientras tío Pancho y yo caminábamos juntos el cortísimo espacio que separaba el automóvil de la aduana, mis primos, uno tras otro, nos fueron saliendo al encuentro y cada uno de ellos, antes o después de saludar, hizo más o menos, con ligerísimas modificaciones, la siguiente observación:

—¡Caramba! ¡Y qué elegante se puso Don Pancho para recibir a la sobrina; ¡vestido de *tussor* nuevo! . . .

Así dijo el primero; dijo el segundo, dijo el tercero; pero al decir el cuarto, tío Pancho, que realmente, según he visto después, se hallaba en aquel momento, y en honor mío, de una inusitada elegancia, ante tan gran insistencia perdió por completo el dominio de sus nervios. Con un movimiento rápido que le es muy peculiar, se puso los dos brazos en jarras sobre la flamante chaqueta de *tussor*, y como si los demás, precedidos ya solemnemente por tío Eduardo y María Eugenia, estuviesen todos sordos, me interrogó muy serio contemplándome de hito en hito:

—Díme: ¿tú habías visto nunca un arreo en donde todos los burros pasaran rebuznando al mismo tiempo?

Yo miré el traje nuevo de tío Pancho, su expresión, sus brazos en jarras, la cara de mis tíos, la de mis primos, y me pareció todo tan cómico que sin decir ni sí ni no, reventé en una sonora carcajada. Al oírme reír uno de los del arreo, protestó al momento muy ofendido:

—¡Qué poca corriente tiene, Don Pancho!

María Antonia por su lado le dijo a tío Eduardo con la tragedia de los ojos que daba miedo:

—¿Tú ves? . . . ¡Si es que son unas groserías que no se pueden aguantar!...

Y sin más quedó establecida la discordia.

No obstante, mis primos, que son poco rencorosos, acabaron por olvidar el agravio. Tío Pancho nos llevó en automóvil a pasear por Macuto y sus alrededores, nos obsequió varias veces con *cocktails* y aceitunas, nos regaló dulces, y como en entretanto a propósito de cuanto veíamos decía cosas divertidísimas, cuando llegó la hora del almuerzo, entre mis primos y él se había establecido ya un acuerdo.

Pero no pareció ocurrir lo mismo con María Antonia. Al sentarnos a la mesa, ella tomó al punto la palabra, y con una voz gutural y solemne, que ante el gran público de vasos, platos, jarros, botellas, cuchillos y tenedores

del hotel, casi vacío, resultaba muy ciceroniana y muy bien, reprendió severamente a sus hijos por haber tomado *cocktails*, y habló horrores del alcohol en general deteniéndose muy especialmente en el *brandy* y el *whisky*, bebidas que, según he visto después, son por desgracia las dos amigas predilectas de tío Pancho.

Este discurso anti-alcohólico me habría impresionado vivamente en contra de los *cocktails*, a no mediar las contestaciones escépticas y un tanto irreverentes que dio tío Pancho mientras se bebía a sorbos un enorme vaso de cerveza con hielo. Sí; Cristina, tío Pancho es insensible al fuego magnético de la elocuencia; lo comprobé aquel día y desde entonces, lo considero completamente inmovilizable. ¡Ah! sí; yo creo firmemente que tío Pancho nunca, jamás, hubiera formado parte de esas falanges gloriosas, orgullo de la humanidad, que encendidas de entusiasmo a través de los siglos, han seguido a Demóstenes, a Pedro el Ermitaño, a San Francisco, a Lutero, a Mirabeau, y a Gabriel d'Annunzio . . .

Después de hablar de los *cocktails* y del alcohol se habló de París, y María Antonia dijo:

—Me hace el efecto de una gran casa de corrupción que estuviera suelta por las calles. Una mujer honrada y que se estime, no puede andar sola en París ¡porque se ven horrores! ¡horrores!

Y en señal de horror se llevó la mano derecha sobre los ojos . . .

Intrigada y llena de curiosidad, yo me quedé un gran rato con la mirada fija sobre un pedazo de pan evocando uno tras otro, los bulevares de París, a fin de contemplar aquellos horrores con la imaginación, ya que no podía contemplarlos con los ojos. Pero no lograba recordar ninguno y tío Pancho acabó al fin por sacarme de mi abstracción con este discurso original y un tanto paradójico:

—¡Reniego de los trasatlánticos que establecen comunicaciones con Europa! Creo que como Hernán Cortés, todos los conquistadores debieron tomar la precaución de quemar sus naves inmediatamente después de desembarcar, a fin de evitar cualquier tentativa de retorno. De este modo viviríamos aquí siempre contentos como viven las ranas de los charcos, que nunca están de mal humor porque carecen del concepto «peor» y sobre todo del concepto «mejor» fuente de casi todas las desgracias humanas. Sí; establecidos bajo el sol de los trópicos después de haber robado y asesinado patriarcalmente a todos los indios, debimos evitar con prudencia las nefastas influencias europeas. Disfrutaríamos así alegremente de uno de los más benignos climas del mundo, nos comeríamos ahora con delicia las frutas de esa compotera que son bastante jugosas y perfumadas, nos adornaríamos con las plumas maravillosas de nuestros pájaros, y dormiríamos en hamaca que es sin duda ninguna la más fresca y mullida de las camas. De resultas de tan sabia política no habría habido Guerra de la Independencia, Bolívar no hubiera tenido ocasión de distinguirse en ella como Libertador, y a estas horas los periódicos no nos atormentarían diariamente celebrando nuestras glorias patrias con esa profu-

sión de hipérbolos, redundancias, y adjetivos de malísimo gusto; quizás no existieran tampoco los periódicos, lo cual sería ya el colmo del bienestar. Por mi parte, yo no hubiera tenido la posibilidad de instalarme en París hace cosa de treinta años, y no habría gastado hasta el último céntimo de mi fortuna regalando collares de perlas, sombreros de dos mil francos, y perros premiados, cosas que me parecen ahora completamente superficiales. ¡Ah! sí; digan lo que quieran yo detesto los antiguos buques de vela y detesto muchísimo más aún los modernos trasatlánticos. Los considero el origen de nuestras desgracias. Pero en fin, después de todo me conformo con los buques de vela y quisiera haber nacido en la época feliz de la Colonia, allá, cuando nuestras bisabuelas y tatarabuelas atravesaban las calles empedradas de Caracas en sillas de mano, llevadas por dos esclavos que eran siempre fieles, negrísimo y robustos, porque no habían sido contaminados aún con los vicios y las pretensiones de la raza blanca.

—Verdaderamente —dijo el menor de mis primos—, yo creo que debe ser muy agradable andar en silla de mano. ¡Será algo así como ir caminando por el aire sin tocar el suelo! Lo malo es que se debía andar despacísimo. ¡Ah! ¡qué diferencia ahora con el automóvil!

—No lo creas, hijo mío —dijo tío Pancho—. Era muchísimo mejor sistema el de la silla de mano. En primer lugar se economizaban los cauchos y la gasolina, por otro lado había menos choques, y en cuanto al tiempo gastado en el trayecto eso no tenía entonces la menor importancia. Para nuestros bisabuelos lo mismo era llegar temprano que llegar tarde, o que no llegar nunca. La manía de llegar es relativamente moderna y el más terrible azote con que nos mortifica a todos la civilización.

María Antonia, cuyo pudor se había herido vivamente por el cinismo que encerraban los collares, los sombreros, y los perros premiados, volvió a tomar la voz ciceroniana y dijo refiriéndose a la imagen de las ranas:

—No comprendo por qué razón no hemos de ir a Europa. Yo a Dios gracias, no me considero rana, ni creo que Venezuela sea ningún charco. Tenemos nuestros defectos, es verdad, como allá también tienen los suyos, pero en todas partes, aun en el mismo París, hay gente muy honrada y muy buena con quien se puede tratar. Pero los que van de aquí no tratan sino con la escoria, y creen que eso es lo elegante y lo que debe ser. Cuando yo fui a Europa recién casada, me distraje mucho: ¡Cómo se distrae la gente decente, eso sí! ¡Eduardo me cuidaba muchísimo! Eduardo no me llevó jamás a ciertos teatros donde van ahora muchas niñas suramericanas; Eduardo no me dejaba salir sola; Eduardo no me permitía de ningún modo que bailara; ni que tuviera intimidad con nadie; ni que me pintara; ni que me pusiera vestidos indecentes: ¡aunque estuvieran muy de moda! ni que . . .

Y mientras seguía la enumeración, yo, ladeé ligeramente la cabeza, porque en el centro de la mesa, la compotera, colmada de frutas y de flores me ocultaba a «Eduardo» sentado frente a mí y me urgía muchísimo contemplar a mi sabor aquel busto de Otelo. Pero, desgraciadamente, allende la compo-



tera, Oteló, no parecía estar en carácter, circunstancia que le quitó colorido a la enumeración. En aquel momento psicológico se hallaba tranquilamente con el tenedor en la mano derecha, un pedacito de pan en la mano izquierda, y los ojos clavados en su plato muy ocupado en quitarle las espinas a su porción de pescado. Y como terminase al punto tan delicada empresa se llevó a la boca el tenedor cargado de blanquísima pulpa, la saboreó, la tragó, esperó pacientemente a que María Antonia rematase su discurso y dijo entonces con un hilillo sutil de mayonesa prisionero entre dos hilos de su bigote:

—¡Pues yo encuentro que el pescado está fresquísimo! Me parece exquisito, muy bien preparado y no comprendo por qué en Caracas no hemos de comerlo así. María Antonia: es indudable que la cocinera nos roba, convéncete. Por el afán de robar, compra siempre el pescado peor; ¡el que nadie quiere! Pues ahora al pasar por La Guaira voy a hablar con el encargado del depósito, y si me dejan el pescado a precio de costo en Caracas lo voy a encargar fijo para tres días en la semana. Si te parece, la cocinera misma puede pasar a buscarlo cuando vuelve del mercado empleando la misma correspondencia de tranvía que toma siempre para llegar hasta casa.

María Antonia, cuyo plano mental se hallaba ahora muy distante del pescado, la cocinera, y el tranvía, contestó indignada:

—¡Julia la martiniqueña no nos roba en absoluto! ¡Me consta que es honradísima! ¡Y encuentro muy malo este pescado! La mayonesa está hecha con un aceite infernal; ¡Qué diferencia con el que tomamos en casa!

—Pues a mí, lo mismo que a Papá, me parece muy bueno el pescado, —dijo mi prima con cierta melancolía— pero no me lo como porque vi al trasluz mi tenedor y deja mucho que desear... y es inútil que pida otro... los cubiertos de los hoteles: ¡siempre están sucios!... Y es que no los lavan sino que los limpian con un paño ¡lo vi ahora al pasar!...

—Oye un consejo, hija mía —dijo tío Pancho muy condolido—; nunca veas los cubiertos ni nada a trasluz. En la comida lo mismo que en todo lo demás el afán investigador no nos conduce sino a descubrimientos desagradables. Las personas más felices serán siempre aquellas que hayan descubierto menos cosas durante su vida. Te hablo por experiencia. Mira, desde que yo he perdido la vista lo suficientemente para confundir una mosca con un grano de pimienta, tengo mejor humor y muchísima mejor digestión.

—¡Ay! ¡Confundir una mosca con un grano de pimienta! ¡Comerse una mosca! ¡Qué horror! ¡Qué horror! —dijeron a la vez casi todos mis primos.

Pero tío Pancho en un nuevo discurso muy bien documentado, y un poco paradójico también, nos demostró palpablemente los grandes perjuicios que ocasionan a la humanidad el microscopio, la higiene, las vacunas, la cirugía, y las academias de Medicina; cosas todas que según él suelen acabar con las personas verdaderamente robustas, conservando en cambio a los enfermos, a los pobres, a los aburridos y a los desgraciados, seres infelices contra quienes se ensañan arbitrariamente al privarle de la muerte que es cosa tan natural e inofensiva.

María Antonia que hierve todos los días el agua filtrada, y duerme todas las noches con mosquitero, se escandalizó naturalmente al oír tan horrible dislate. Con tal motivo se discutió; se habló después sin discutir; se tomó café; se volvió a discutir; se dio por terminado el almuerzo; paseamos entonces a pie por la playa; nos retratamos bajo unos árboles; y apaciguado ya el sol y repartidos en los dos autos emprendimos el camino de Caracas.

Antes de subir al automóvil yo había advertido:

—Quisiera ir delante con el *chauffeur* para ver mejor el camino.

Y de nuevo, tras el volar del auto por la cinta blanca de la carretera, sobre los abismos y las montañas, en silencio, desde el templo interior de mi sensibilidad, me entregué a la contemplación, a la comunión íntima con la naturaleza, a las suaves evocaciones y al miedo voluptuoso de llegar...

El viaje de Macuto a Caracas, Cristina, es una atrevida excursión por la montaña, que dura casi dos horas. Para hacer esta excursión escalan la montaña y se la disputan juntos la carretera y el tren. El tren que es pequeñito y angosto, corre sobre unos rieles muy unidos, y para correr sobre ellos tiene rastreos ondulantes de serpiente y a ratos tiene también audacias de águila. Hay veces que se desliza entre lo más oscuro y verde de la montaña y cuando se piensa que sigue escondido aún entre las malezas y las rocas que están a la falda del monte, aparece de pronto sobre un picacho, animoso y valiente, con su penacho de humo. Antes de emprender el vuelo anda primero junto al mar muy cerquita de las olas, entra por los alrededores de La Guaira y del vecino pueblo de Maiquetía, da unos cuantos rodeos indecisos y es después cuando se lanza a conquistar la montaña.

La carretera, que es más franca y menos audaz que el tren, camina también un rato junto al mar y los rieles, pasa por los dos pueblos, se aparta luego de todos y entonces ella sola en blancas espirales va enlazando la montaña con su cinta de polvo.

Cuando empezamos la ascensión tío Pancho me advirtió que aquella montaña que íbamos a escalar, estaba formada por un brazo de los Andes; y al momento el paisaje se cubrió para mis ojos de un inmenso prestigio. A decir verdad, el aspecto de la montaña es tan grandioso que no desdice en nada de su filiación. Es arrogante, misteriosa y altísima. Sus cimas dominan a Caracas y la separan del mar. Vista desde la ciudad cambia de color varias veces al día, condescendiente a los caprichos de la atmósfera que la rodea. Estos cambios y caprichos le han dado un carácter muy suyo y para interpretárselo, la copian con amor todos los pintores, la cantan con más amor aún todos los poetas y en recuerdo al conquistador que la tomó a los indios en no sé qué fecha se llama de su nombre «El Avila».

Desde que salimos de Macuto, con la brisa azotándome el rostro, yo tenía una inquieta curiosidad por sentir muy de cerca el alma del paisaje americano y me di a buscarle con cariño en todos los detalles del trayecto.

Luego de correr junto al mar y atravesar La Guaira y los arrabales del pueblo de Maiquetía, pasamos junto a los cocales que se extienden allí cerca por la playa, y desde aquel momento atraieron mis ojos y conquistaron mi atención los cocoteros.

Es indudable: para mí, Cristina, todo el encanto, toda la dulce languidez del alma tropical se mece en los cocoteros. Cuando son muchos y se pasa junto a ellos, tienen vaivenes de hamaca, desprecios de siesta y susurros de abanico. El mar se clarea siempre allá en el fondo, y a través de tantos tallos que se retuercen y se encogen con actitudes de dolor humano, en aquella perspectiva que está a la vez poblada y desierta como una iglesia vacía, hay una paz intensa en donde sólo vibra la nota azul del mar suave y lejana como un ensueño. Cuando se va subiendo una montaña y se ven los cocoteros de arriba, sus cabezas desmelenadas sobre la finura del tallo parecen alfileres erizados en un acerico, que es la playa. Si el cocotero es uno solo y se mira a distancia, en pleno aislamiento, erguido frente al mar, tiene la melancolía de un solitario que medita, y la inquietud de un centinela escudriñando el horizonte; sus palmas desgajadas en el espacio a tan larga distancia de la tierra parecen flores puestas en un búcaro de pie muy largo. Si se mira de tan lejos que lo etéreo del tallo se ha perdido en la atmósfera, aquellas hojas flotando en el ambiente, tienen entonces el misterio de un jirón de incienso que sube, y parecen evocar el símbolo místico de las oraciones abriendo sus tesoros junto al cielo.

Mientras íbamos escalando la montaña me perdía yo en estas contemplaciones sin pensar ya en La Guaira, que habíamos dejado atrás, cuando de pronto, en una brusca revuelta del camino, allá, bajo nuestros pies, en el fondo del abismo, apareció de golpe, pero tan chiquita, tan chiquita, que con todas sus casas, sus vapores, sus barquitas, y sus lanchas, parecía ya tan sólo un juguete de niños. Allí, en aquel mundo diminuto se hallaba también nuestro vapor que iba a zarpar al caer de la tarde. Desde mis alturas me pareció elegante y fino como una gaviota que se dispone a volar, y durante un rato tuve una envidia infinita por su vida aventurera... ¡Ah! ¡él se marcharía ahora a uno y otro, y otro puerto, siempre animado y activo, y nunca jamás sentiría como yo la aridez de los reposos finales, definitivos!...

Estas fueron mis últimas consideraciones «marinas» porque en otra brusca revuelta de la carretera se volvió a perder La Guaira tan repentinamente como había aparecido antes; luego de caminar un rato acabó por esfumarse también la estrecha cinta azul que nos quedaba de mar, y entre abismos y rocas nos metimos ya definitivamente en el corazón de la montaña. Por ella anduvimos mucho rato subiendo y bajando hasta que poco a poco se allanaron los abismos, se aplanó el camino, apareció el valle, y entramos en los arrabales de Caracas.

Yo acababa de empolvarme, de pintarme, y de arreglar en general los defectos ocasionados por el viaje en mi rostro y mi sombrero, iba de nuevo

calzándome los guantes, y mientras tal hacía miraba el sucederse de las calles y me preguntaba: ¿Pero cuándo entramos por fin en la ciudad?... Tras de mí, tío Pancho, adivinó al momento mi pregunta porque advirtió de su cuenta, sin que yo nada hubiese dicho: —Esto es ya el centro de Caracas, María Eugenia.

¿El centro de Caracas?... ¡El centro de Caracas!... y entonces... ¡qué se habían hecho las calles de mi infancia, aquellas calles tan anchas, tan largas, tan elegantes y tiradas a cordel?... ¡Ah! Cristina ¡qué intactas habían vivido siempre en mi recuerdo las fachadas por el enrejado de las ventanas salientes, se extendían a uno y otro lado de las calles desiertas, angostas y muy largas. La ciudad parecía agobiada por la montaña, agobiada por los aleros, agobiada por los hilos del teléfono, que pasaban bajos, inmutables, rayando con un un sinfín de hebras el azul vivo del cielo y el gris indefinido de unos montes que se asomaban a lo lejos sobre algunos tejados y por entre todas las bocacalles. Y como si los hilos no fuesen suficiente, los postes del teléfono abrían también importunamente sus brazos, y, fingiendo cruces en un calvario larguísimo, se extendían uno tras otro, hasta perderse allá, en los más remotos confines de la perspectiva... ¡Ah! ¡sí!... Caracas, la del clima delicioso, la de los recuerdos suaves, la ciudad familiar, la ciudad íntima y lejana, resultaba ser aquella ciudad chata... una especie de ciudad andaluza, de una Andalucía melancólica, sin mantón de Manila ni castañuelas, sin guitarras ni coplas, sin macetas y sin flores en las rejas... una Andalucía soñolienta que se había adormecido bajo el bochorno de los trópicos.

No obstante, mientras así juzgaba deprimida corriendo a toda prisa por las calles, bruscamente, en una u otra parte, como un chispazo de luz inesperado, aparecía el prodigio de una ventana abierta, y en la ventana, tras la franqueza de la reja ancha, eran bustos, ojos, espejos, arañas rutilantes, palmeras, flores, toda una alegría intensa e interior que se ofrecía generosamente a la tristeza de la calle...

¡Ah! ¡la fraternidad, y el cariño y la bienvenida, y el abrazo familiar de las ventanas abiertas!... ¿Pero cuál era?... ¿cuál era?... ¿cuál era por fin la casa de Abuelita?...

Y de pronto, ante una casa ancha, pintada de verde, con tres grandes ventanas cerradas y severas, se detuvieron los autos. Mis primos bajaron a toda prisa, penetraron en el zaguán, empujaron la entornada puerta del fondo, y fue entonces cuando apareció ante mis ojos el patio claro, verde y florecido de la casa de Abuelita.

Era la primera impresión deslumbrante que recibía a mi llegada a Venezuela. Porque el patio de esta casa, Cristina, este patio que es el hijo, y el amante, y el hermano de tía Clara, cuidado como está con tanto amor, tiene tiempo para el que llega, yo no sé qué suave unción de convento, y una placidez hospitalaria, que se brinda y se ofrece en los brazos abiertos de sus sillones de mimbre. Sobre la tierra fresca del medio, crecen todo

el año rosas, palmas, novios, heliotropos, y el jazminero, el gran jazminero amable que subido en el kiosco todo lo preside y saluda siempre a las visitas con su perfume insistente y obsequioso. Junto a la puerta de entrada, a la izquierda, por el amplio corredor, se esparcen abundantes sobre mesas y columnas, la espuma verde de los helechos y las flechas erectas y entreabiertas de los retoños de palma. Al entrar aquella tarde y mirar el patio busqué por todas partes con los ojos, y fue a través de este bosquecillo verde, allá en el fondo del corredor, encuadrada por el respaldar de su sillón de mimbre, donde reconocí por fin la blanca cabeza de Abuelita.

Viendo entrar a mis primos, se había puesto instantáneamente en pie y al distinguirme de lejos en el grupo que avanzaba, me llamó a gritos con la voz y con el temblor maternal de sus brazos abiertos:

—¡Mi hija, mi hija, mi hijita!

Y no quiero detallarte, Cristina, cómo, ni cuántos, fueron los abrazos y los besos que entre lágrimas me dio Abuelita, y me dio luego tía Clara, porque el detallarlos resultaría largo, monótono y repetido. Sólo te diré que hubo llanto, evocaciones, detallar minucioso de mi fisonomía, de mi cuerpo, de mis movimientos; nuevos besos, nuevas lágrimas, y el dulce nombre de mamá siempre repetido que me cubría como un velo y me transformaba en ella ante el cariño torrencial, efusivo, indescriptible de Abuelita y de tía Clara. Yo me sentía también sorprendida, emocionadísima, y para cortar la escena, conteniendo las lágrimas, con los ojos turbios comencé a inspeccionarlo todo, arriba, abajo, y al ir reconociendo poco a poco las viejas cosas familiares me di a preguntar risueña por los predilectos de mi infancia:

—¿Y los canarios, Abuelita?... ¿Y la gata negra... aquella... aquella del lazo colorado?... ¿Y los pescaditos de la pila?... ¡Toma!... pero si ya no hay pila ni hay naranjos en el patio: ¡no me había fijado!

Tía Clara explicó:

—Todo está cambiado. La casa se reformó hace siete años antes de la muerte de Enrique. Mira: se quitó la pila, se puso el mosaico, se pintó al óleo, se decoró de nuevo, se cambió la romanilla del fondo; pero los naranjos —añadió sonriendo— nunca estuvieron aquí sino en el otro patio... ¡y allá están todavía!

Volví la cabeza para mirar la nueva romanilla del fondo, y a su puerta vi agrupadas las cabezas más o menos negras y lanudas de las cuatro fámulas que constituyen el servicio doméstico de Abuelita cuyos ojos me contemplaban ávidos de curiosidad. Yo las abarqué a todas en una rápida ojeada indiferente. Pero como en la rapidez de la ojeada hubiese sentido la atracción de unos ojos, volví a mirar de nuevo y entonces, iluminada ya por el vivo chispazo del recuerdo, lo mismo que había hecho Abuelita un momento antes, yo también ahora, abrí efusivamente los brazos y corrí hacia la romanilla exclamando a voces alegrísima:

—¡Ah!... ¡Gregoria! ¡Gregoria!... ¡Pero si eres tú, viejita linda!...

Y en un abrazo largo y fraternal de almas que se comprenden, Gregoria y yo sellamos de nuevo nuestra interrumpida amistad.

Porque has de saber, Cristina, que Gregoria, la vieja lavandera negra de esta casa, contra el parecer de Abuelita y de tía Clara, es actualmente mi amiga, mi confidente y mi mentor, pues aun cuando no sepa leer ni escribir la considero sin disputa ninguna una de las personas más inteligentes y más sabias que he conocido en mi vida. Nodriza de mamá, se ha quedado desde entonces en la casa donde desempeña el doble papel de lavandera y cronista, dada su admirable memoria y su arte exquisito para planchar encajes y blanquear manteles. Cuando yo era chiquita y me venía a pasar el día aquí en la casa de Abuelita, era Gregoria quien me daba siempre de comer, quien me contaba cuentos y quien a escondidas de todos me dejaba andar descalza o jugar con agua, atendiendo de este modo al bienestar de mi cuerpo y de mi espíritu. Y es que su alma de poeta que desdeña los prejuicios humanos con la elegante displicencia de los Filósofos Cínicos, tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís. Este libre consorcio le ha hecho el alma generosa, indulgente, e inmoral. Su desdén por las convenciones la preservó siempre de toda ciencia que no enseñara la misma naturaleza. Por esta razón, además de no saber leer ni escribir, Gregoria tampoco sabe su edad, que es un enigma para mí, para ella y para todo el que la ve. Blanqueando manteles y planchando camisas, mira correr el tiempo con la serena indiferencia con que se mira correr una fuente, porque ante sus ojos franciscanos, las horas, como las gotas de la hermana agua, forman juntas un gran caudal fresco y limpio por donde viene nadando la hermana muerte. Como te he dicho ya, cuando yo era chiquita, me cuidó siempre con la ternura poética con que se cuidan las flores y los animales. Por eso, aquella tarde, al reconocerla asomada a la puerta de la romanilla, corrí hacia ella movida por el mismo impulso que hace temblar de alegría y de felicidad la cola agradecida de los perros.

Al sentirme entre sus brazos, Gregoria, cuyos sentimientos brotan siempre al exterior ensartados en los matices sonoros o delicadísimos de unas carcajadas especiales, sorprendida y feliz, salpicó un largo rato su risa intensa de emoción con estas pocas palabras:

—¡Dios la guarde!... ¡Dios la guarde!... ¡Haberse acordado de su negra!... ¡de su negra fea!... ¡de su negra vieja!...

Y tanto nos abrazamos, y tanto se rio Gregoria y tanto se prolongó la escena, que Abuelita tuvo que intervenir al fin:

—Bueno, Gregoria, ya basta: ¡hasta cuándo! ¡Que empiezas con la risa, y no acabas de reírte nunca!

Y luego, cariñosa, Abuelita añadió dirigiéndose a mí:

—Ven tú, hijita, ven a quitarte el sombrero y a que te refresques un poco. Ven, vamos a que veas tu cuarto.

Apoyada ella en mi brazo y seguidas de todo el mundo atravesamos un pedazo de patio, cruzamos el comedor, y llegamos al segundo patio, aquí,

al patio de los naranjos, donde se abre la puerta y la ventana de este cuarto silencioso y cerrado con llave desde el cual te escribo ahora.

En el umbral de la puerta nos detuvimos a mirarle.

A primera vista me pareció sonriente con sus muebles claros y su cama blanca. En aquella hora gris del crepúsculo llegaba a él, más intensamente que nunca, cierto encanto melancólico que parece desprenderse siempre de estos gajos verdes donde amarillean a veces las naranjas, y flotaba también en el ambiente ese olor a engrudo y a pintura fresca que tienen las habitaciones recién empapeladas. Inmóvil sobre el umbral, Abuelita, apoyada en mi brazo, empezó a explicar:

—Este cuarto era el de Clara. Lo amueblé para ella tal como está ahora hace ya muchos años... , cuando se casó María, tu Mamá. Antes dormían las dos juntas en una habitación más grande que está cerca de la mía. Clara ha querido ahora cedértelo todo. Como los muebles son blancos y alegres, es más natural que sean para ti... .

—Mira, —interrumpió de golpe mi prima— es un milagro que tía Clara haya convenido en darte su cuarto y sus muebles. Con nosotros, antes, cuando veníamos aquí ¡era una exageración! No nos dejaba ni pasar siquiera porque decía que echábamos a perder los muebles y que de tanto entrar y salir se llenaba de moscas la habitación.

Tía Clara no contestó nada y Abuelita continuó:

—Sí; Clara te ha dejado su cuarto y se viene ahora cerca de mí al cuarto que era de su padre, de tu abuelo. Allí están todavía sus muebles, unos muebles de caoba muy cómodos y más serios que estos otros... . Por supuesto que todo se pintó y se empapeló de nuevo para tu llegada. Mira, te pusimos a los dos lados de la cama los retratos de tu Papá y de tu Mamá para que te acompañen siempre. Este tocador era también de Clara; ella misma lo vistió de nuevo. ¡No sabes lo que ha trabajado para terminar el bordado antes de tu llegada! Anoche a las doce: ¡estaba cosiendo todavía!... .

El tocador; los retratos; el flamante papel de las paredes; los muebles blancos; tía Clara; la observación de mi prima; todo me había ido produciendo una emoción suave. Había en el arreglo del cuarto profusión de detalles que demostraban unan disposición minuciosa, un afán muy marcado de que todo resultase alegre, elegante, a la moda. Este esfuerzo hecho en un medio ambiente tan atrasado, tan añejo, me conmovía; y me conmovía sobre todo al comprobar lo poco que habían logrado realizar en mí el efecto deseado. Aquellos cuadros altos, simétricos, el bordado de colores del tocador, el viso tan encendido, la cortina de la cama, la disposición de los muebles, todo, absolutamente todo, estaba contra mi gusto y mi manera de sentir. Me daban ganas de desbaratar el trabajo enteramente, de hacerlo otra vez a mi gusto, y pensando en lo que esta especie de vandalismo hubiese herido a la pobre tía Clara la consideré un instante profundamente, con lástima, con cariño intenso.

Durante la explicación de Abuelita, ella, no había dicho ni una sola pa-

labra. En pie junto a la puerta, guardando silencio, tenía la callada y humilde desolación de las vidas que se deslizan monótonas, sin porvenir, sin objeto. Y sin embargo, bajo su pelo canoso, con su fisonomía alargada y marchita de cutis muy pálido, era bonita tía Clara y a pesar del vestido de raso negro recién hecho y pasado de moda, era también distinguida, con esa distinción algo ridícula que tienen a veces en los álbumes los retratos ya viejos.

Y mirándola así con agradecimiento y con ternura, en un segundo rapidísimo recordé cómo allá, en los tiempos de mi infancia, cuando yo venía a quedarme aquí con Abuelita, ella, tía Clara, se sentaba por las tardes en el sofá del salón y hablaba horas enteras con un señor que me daba caramelos y me hacía muñecos y gallitos con pedazos de papel. Yo solía jugar con aquellos gallitos sentada silenciosamente en el suelo, sobre la alfombra, mientras ellos dos, en el sofá, continuaban su charla que yo encontraba misteriosa en vista de lo prolongada y lo monótona. Ahora por primera vez, después de tantos años, mirándola en pie junto a la puerta, recordé la diaria y olvidada escena, y recordándola pensé: «Si aquel señor, como no cabe duda, era el novio de tía Clara: ¿qué había sido de él? . . . ¿por qué no se casaron? . . .». Y para demostrarle mi interés y la fidelidad con que había conservado su imagen a través del tiempo, estuve a punto de describirle la escena tal como la recordaba y de hacerle después la pregunta. Afortunadamente ya con la palabra en la boca me detuve aún a tiempo. Comprendí que podía haber en ello algún secreto dolor; que quizás el dolor se anidaría aún en las románticas ruinas de la cabeza gris y que iba sin duda a lastimarlo con la indiscreción de tal pregunta. Entonces, para expresarle mi cariño en otra forma, cambié bruscamente de tema y dije sonriendo que todo, todo en el cuarto estaba precioso y que recibía con amor y con muchísima alegría aquellas cosas que por tanto tiempo la habían acompañado a ella.

Pero esto no era cierto. Cristina: ¡no! . . . Mientras tal decía mirando primero la cabeza gris junto a la puerta, y mirando luego la blanca cortina de punto sobre la cama, tenía el alma oprimida de angustia, de frío, de miedo; ¡yo no sé de qué! y es que lúcidamente, en la faz de los muebles sentía agitarse ya el espíritu de aquella herencia que me legaba tía Clara. . . ¡Ah! ¡Cristina! . . . ¡la herencia de tía Clara! . . . ¡Era un tropel innumerable de noches negras, largas, iguales que pasaban lentamente cogidas de la mano bajo la niebla de punto de la cortina blanca! . . .

Y por primera vez, en aquel instante profético, sintiendo todavía en mi brazo la suave presión del brazo de Abuelita, vi nítidamente en toda su fealdad, la garra abierta de este monstruo que se complace ahora en cerrarme con llave todas las puertas de mi porvenir, este monstruo que ha ido cegando uno después de otro los ojos azules de mis anhelos; este monstruo feísimo que se sienta de noche en mi cama y me agarra la cabeza con sus manos de hielo; éste que durante el día camina incensantemente tras



de mí, pisándome los talones; éste que se extiende como un humo espesísimo cuando por la ventana busco hacia lo alto la verde alegría de los naranjos del patio; éste que me ha obligado a coger la pluma y a abrirme el alma con la pluma, y a exprimir de su fondo con substancia de palabras que te envió, muchas cosas que de mí, yo misma ignoraba; éste que instalado de fijo aquí en la casa es como un hijo de Abuelita y como un hermano mayor de tía Clara; sí; éste: ¡el Fastidio, Cristina!... ¡el cruel, el perseverante, el malvado, el asesino Fastidio!...

Pero este fastidio cruel que presentí por vez primera la tarde de mi llegada, este fastidio que me ha hecho analista expansiva y escritora, tiene una raíz muy honda, y la honda raíz tiene su origen en la siguiente reveladora escena que voy a referirte y que ocurrió una mañana, a los dos o tres días de mi llegada a Caracas.

Sería a cosa de las once y media. Abuelita, tío Pancho, tía Clara y yo, nos hallábamos instalados hacia el fondo del corredor de entrada, allí mismo, en aquel bosquecillo verde que te he descrito ya; en donde se esparcen varios sillones de mimbre alrededor de una mesa; en donde vi blanquear el día de mi llegada la cabeza de Abuelita y en donde ella se instala diariamente con su calado, sus tijeras y su cesta de costura. Aquella mañana habíamos entrado por fin en plena normalidad. O sea que yo, luego de pasar dos días en una especie de exhibición ante las relaciones góticas de Abuelita, es decir, ante un reducido número de personas de ambos sexos más o menos uniformadas en cuanto a ideas, vestimenta y edad, las cuales acudieron a conocerme y a felicitar a Abuelita por mi feliz llegada, y las cuales, durante unas visitas muy largas, me hicieron todas con ligerísimas variantes, los mismos cumplidos y las mismas preguntas, aquella mañana, digo, terminado ya el desfile, yo había podido al fin entregarme a mi libre albedrío y a mis personales ocupaciones. La mañana, dedicada por entero al arreglo de mi cuarto, había sido muy bien aprovechada. Al dar las once me hallaba cansada y satisfecha, porque hermanando el espíritu de conquista al espíritu de conciliación, había logrado imponer mi gusto moderno y algo atrevido, sobre el gusto rutinario, simétrico y cobardísimo de tía Clara. Sin herir susceptibilidades la obra primitiva se encontraba ya reformada, y bajo la presidencia de dos muñecas parisienses, rubias, petulantísimas, y vestidas de seda que esponjaban como pantalla sus dos crinolinas, rosa la una y verde la otra, sobre mi mesa de noche y sobre mi escritorio, el cuarto se veía ahora bastante contemporáneo y bastante bien. Poco después de las once, vinieron a avisarme que tío Pancho había entrado a saludarnos como suele hacer cuando vuelve a esa hora del Ministerio de Relaciones Exteriores donde desempeña un empleo. Al tener noticias de su llegada, dejé al punto de contemplar mi obra, y fue entonces cuando entre

helechos y palmas, hacia el fondo del corredor de entrada, me instalé en tertulia con él, con Abuelita y con tía Clara.

Como era sábado, día de reparar, tía Clara se hallaba ante una cesta llena de medias y de ropa, zurciendo una servilleta de hilo ya muy vieja y usada; Abuelita, inclinándose mucho sobre las rodillas calaba uno de esos pañuelos de seda que doblados luego en cuatro, atados con un lacito, y puestos en una caja de cartón, distribuye el día de su santo a los nietos; tío Pancho, sentado en una mecedora, fumándose un tabaco refería una historia muy interesante que hacía detener de pronto el calado de Abuelita o el zurcido de tía Clara y que a mí no me interesó nada porque trataba de personas que me eran completamente desconocidas. Mirando las matas del patio descansaba con fruición de la doble fatiga moral y material ocasionada por el arreglo de mi cuarto, reflexionando al mismo tiempo cuál sería la manera más eficaz de desviar el curso de aquella conversación que me aburría. De pronto dije atropellando resueltamente la interesante historia:

—¡Oye, tío Pancho, quiero comunicarte un proyecto; ¡vamos a ir de paseo a Los Mecedores, los dos; hoy, mañana, pasado, cuando a tí te parezca! Me siento romántica. Tengo unos deseos inmensos de presenciar un crepúsculo acostada sobre la hierba, en pleno aire, mirando desde abajo la copa de los árboles y, detrás de los árboles, el cielo; ¡deseo muchísimo ver otra vez Los Mecedores! Recuerdo que cuando chiquita me llevaban allá a hacer ejercicio y me gustaba mucho. Tomábamos el tranvía y llegábamos cerca de una iglesia que se llamaba... ¿cómo era?...

—La Pastora.

—Eso es. ¡Pues vamos a ir un día a Los Mecedores, los dos!... ¡Ah! y a propósito, Abuelita, ¿cuándo vamos a la hacienda de papá, a San Nicolás?... ¿Es tío Eduardo quien la administra siempre, verdad?...

Aquella pregunta que había sido hecha con entera naturalidad y alegría, se quedó durante un rato como suspendida en el espacio, y hubo un silencio, Cristina, un silencio intenso y trágico durante el cual Abuelita y tía Clara sin levantar la cabeza de la costura, levantaron la vista y se miraron un instante por encima de los ojos redondos de sus respectivos lentes. Luego, volvieron a la costura, y fue entonces cuando Abuelita, co-siendo y sin mirarme se decidió a hablar en un tono muy dulce y conmovido:

—San Nicolás es de Eduardo, mi hija.

Y esto lo dijo con la misma compasión con que se le habla a los niños muy pobres cuando quieren comprar en las tiendas un juguete de lujo. Después de la frase compasiva y breve, hubo otro silencio mucho más largo, más intenso y más trágico que el anterior. Era el silencio horrible de la revelación. Envuelta en la voz de Abuelita, la verdad se había presentado a mi espíritu tan clara y terminante que no pedí ninguna explicación, ni hice ningún comentario. Comprendí que debía ser irremediable y decidí aceptarla desde el principio con valentía y con altivez. Sin

embargo, Cristina, las consecuencias que surgían en tropel de aquella revelación eran demasiado enormes para que yo me las viese al momento y para que su vista no desencadenase en mi alma una horrible tempestad interior. ¡San Nicolás era de tío Eduardo! No sabía cómo, ni por qué, pero ¡era de tío Eduardo! por lo tanto, yo, que me creía rica, yo, que había aprendido a gastar con la misma naturalidad con que se respira o se anda, no tenía nada en el mundo, nada, fuera de la protección severa de Abuelita, que se inclinaba ahora sacando la aguja por entre las hebras del pañuelo de seda, y fuera del cariño jovial de tío Pancho, que también callaba enigmático recostado en la mecedora, apretando entre los dientes el tabaco encendido y oloroso... Con mis ojos espantados les miré a los dos y seguí luego contemplando interiormente la horrible noticia que se abría de golpe ante mí porvenir, como una ventana sobre una noche lúgubre: ¡la pobreza!... ¿Comprendes bien, Cristina, todo lo que esto significaba?... Era la dependencia completa con todo su cortejo de humillaciones y dolores. Era el adiós definitivo a los viajes, al bienestar, al éxito, al lujo, a la elegancia, a todos los encantos de aquella vida que había entrevisto apenas durante mi última permanencia en París, y a la que aspiraba yo con vehemente locura. Era también el adiós definitivo para tí y para tantas otras cosas y personas que no había conocido nunca y que presentía esperándome gloriosas por el mundo... ¡el mundo!... ¿sabes?... ¡todo el caudal de felicidad y de alegría que se agita más allá de las cuatro paredes de hierro de esta casa de Abuelita!... ¡Ay! la alegría, la libertad, el éxito ¡ya no serían míos!... Y ante semejante idea, sentí que un nudo me apretaba espantosamente la garganta y que un torrente de lágrimas me asediaba impetuoso y terrible...

Para poder disimular y contener las lágrimas empecé por bajar los ojos y clavarlos en el suelo. Allí, me di a contemplar fijos sobre el mosaico los zapatos de Abuelita, tía Clara y tío Pancho. No sé por qué me pareció que aquellos zapatos tenían una fisonomía especial y que con ella me estaban mirando. Es muy curioso el observar, Cristina, cómo en los momentos de crisis aguda los objetos que nos rodean se animan de vida. Hay veces que parecen hacerse cómplices del mal que nos tortura; otras, por el contrario, nos miran con una intención cariñosa y triste como si quisieran consolarnos. En aquel instante me pareció que aquellos seis zapatos en sus diversos aspectos o actitudes, tenían todos la expresión uniforme que tienen los públicos. Y era una expresión no sé si de burla o de lástima. Ambas cosas me desagradaban igualmente; pero como quería triunfar de mi emoción me dije que se burlaban de mí. Juzgué mi situación ridícula. Recordé la mirada de inteligencia que habían cambiado Abuelita y tía Clara por encima de sus lentes. Pensé que si tenía una crisis de llanto, ellas la referirían sin duda a tío Eduardo, me imaginé a tío Eduardo comentándola a su vez con su mujer y sus hijos; y enardecido terriblemente mi orgullo ante esta última imagen, acabé por triunfar de mi gran emoción. Entonces, para asu-

mir al punto una actitud cualquiera, alcé la cabeza, miré a los circunstantes, respiré con violencia, exclamé:

—¡Ay! ¡qué calor!

Y levantándome del asiento que ocupaba, me senté de un salto con mucha agilidad sobre una mesita o columna dedicada a sostener una de las grandes macetas de palma que en aquel instante tomaba el aire y el sol en el patio; una vez allí, me puse la mano izquierda en la cintura y me di a balancear el pie derecho con un movimiento acompasado de péndulo, cuyo extremo llegaba hasta hacer chocar la punta de mi zapato contra el borde de aquella mesa de mimbre alrededor de la cual se hallaban Abuelita, tía Clara y tío Pancho. Sentía que semejante actitud debía darme un aspecto de absoluta despreocupación y balanceaba el pie con estoicismo, con orgullo y con convicción.

Pero todo esto que detallado aquí parece larguísimo había ocurrido apenas en el breve espacio de un minuto. Bajo el rítmico balanceo de mi pie los tres circunstantes continuaban aún en completo silencio e inmovilidad. Sólo Abuelita, optó de repente por levantar los ojos del calado, me observó unos segundos y como mi actitud pareciese convencerla del todo, volvió a bajar la vista y siguió calando con mucha tranquilidad el pañuelo de seda. Se imaginó cándidamente que la noticia anunciada por ella como una bomba, me tenía sin cuidado. Eso era lo que yo quería y por lo tanto me sentí satisfecha. Pero te aseguro, Cristina, que desde aquel momento, Abuelita comenzó a desprestigiarse muchísimo ante mis ojos. Comprendí que tenía muy poca penetración y que carecía en absoluto de sutileza psicológica. En el fondo me alegro de que así sea. Es muy incómodo vivir con personas dotadas de penetración y de sutileza psicológica. Se pierde en absoluto la independencia y no es posible engañarlas jamás porque todo lo ven. Sin embargo, Abuelita tiene entre sus relaciones fama de gran inteligencia. ¡Ah! pero desde ese día cuando me dicen a mí: «el talento de tu Abuela» yo exclamo inmediatamente en mi fuero interno: «¡No es verdad, no tiene ninguno!».

Como te decía, Abuelita, luego de observarme sin hacer comentario, volvió a su costura, enhebró la aguja que se le había desenhebrado, dio unas cuantas puntadas, levantó otra vez la cabeza, volvió a observarme y entonces dijo:

—María Eugenia, hija mía, oye: eres distinguida, bien educada, tienes bastante instrucción, sabes presentarte correctamente, y sin embargo algunas veces tomas esos modales de muchacho de la calle. Mira: en lugar de sentarte en una silla como los demás, estás sentada ahí arriba, al nivel de mi cabeza en esa columna que se puede venir abajo con tu peso. Se te ven las piernas hasta las rodillas, tienes una mano en la cintura lo mismo que las sirvientas, y estás balanceando el pie con un movimiento vulgarísimo... Además, fíjate, mira, al darle así a la mesa con la punta del za-

pato echas a perder a un tiempo las dos cosas: la mesa y la punta de tu zapato nuevo...

Terminada esta exhortación dejé de balancear el pie y me quité la mano de la cintura, pero como sentía una necesidad violenta de destruir algo, sin bajarme de la columna, cosa que hubiera sido demasiada obediencia, empecé a surcar con la uña una hoja de palma que para desgracia suya se encontraba a mi alcance. Abuelita entretanto había vuelto a sumirse en el calado y callaba de nuevo. Su pensamiento debió caminar ahora por el terreno de los asuntos económicos, porque al cabo de un rato dijo con entera naturalidad:

—Se me olvida siempre preguntarte, María Eugenia: ¿trajiste los diez mil bolívares que te giró Eduardo a París por medio de Antonio Ramírez?... Con el cambio me parece que alcanzaban a unos cincuenta mil francos...

—Sí; en efecto, cincuenta mil francos, de los cuales, Abuelita, la última moneda de oro la cambié en la Habana. Por cierto que si no va tío Eduardo a buscarme a bordo, te advierto que de mi propio pecunio no hubiera podido pagar quien me cargase una maleta —y balanceando otra vez el pie, pero con impulso tan fuerte que estuve a pique de irme para atrás con columna y todo añadí—: ¡No me quedó ni un céntimo, ni medio céntimo, ni un cuarto de céntimo! ¡Nada! ¡nada! ¡nada!!

Abuelita soltó el pañuelo, el dedal, la aguja, y se quitó los lentes espantada:

—¿Gastaste todos los diez mil bolívares?... ¿los tiraste a la calle?... ¡Ave María! ¡qué locura!... Si se lo dije a Eduardo: “No mandes ese dinero sin advertir antes a Ramírez” pero se empeñó en girarlo por cable y ¡aquí está el resultado!... ¡De modo que gastaste los diez mil bolívares!... Pero dos mil fuertes colocados al nueve te hubieran producido unos quince fuertes mensuales, mi hija: tal vez se hubieran podido colocar al diez, hasta al doce y hubieran sido entonces ochenta o cien bolívares al mes... piensa... hubieras tenido algo, muy poco, una miseria, pero en fin algo, ¡algo para gastos de bolsillo siquiera!... Ese dinero se mandó a París, sólo por previsión, en caso de un accidente, de una enfermedad. Un mes antes se había girado al consulado una letra para tu viaje, para pagar cualquier gasto extraordinario que hubiera ocasionado la muerte de tu padre y para tu luto. ¡Era más que suficiente!

¡Ah! el celo extremado de Abuelita hacia aquellos dos mil fuertes, último jirón de mi patrimonio, me crispaba horriblemente los nervios, ahora que ante mis ojos acababan de esfumarse los muchos miles que representaba San Nicolás. Mientras ella hablaba exaltadísima, yo, que me encontraba ahora sobre la columna, inmóvil y heroica como el Estilita, tuve de pronto el firme presentimiento de que tío Eduardo había rendido con mi herencia las cuentas del Gran Capitán, y sentí una rabia espantosa. Esta rabia alcanzó su período álgido cuando Abuelita dijo: «hubieras tenido muy poco,

una miseria, pero en fin, algo, algo...» y como me imaginase al punto la cabeza antipática de tío Eduardo, me apresuré a insultarla con toda mi alma, dirigiéndole en pensamiento y de carretilla los siguientes apóstrofes: «Viejo avaro, ladrón, canalla, cursi, gangoso, escoba vestida de hombre» e injustamente, hice a Abuelita cómplice de mi desgracia. Entonces, con el objeto de molestarla de cualquier manera, cuando terminó de hablar, fingiendo buen humor, exclamé alegrísima:

—¡Ay! Abuelita, Abuelita ¡y cómo se conoce que no has estado nunca en París! Yo me hice mis vestidos de luto en Biarritz; ¡claro! pero lo que pasa siempre: te haces un vestido nuevo, llegas a París y parece viejo... Mira, en París, Abuelita, no me puse ni una vez los vestidos de Biarritz, ni los estrené, ni me molesté en guardarlos siquiera, porque su vista, sí, el verlos nada más de lejos, colgados en el armario me repugnaba: olían a colegio, a ingenuidad, a burguesía, ¡qué horror! ¡Ah! fue en París, Abuelita, donde ya aprendí a vestirme, donde sentí de lleno esta revelación del chic!... Los vestidos de Biarritz que eran más o menos... ¡pss!... diez o doce, se los regalé todos a la camarera del hotel... como eran negros, a la camarera le quedaban bastante bien, con la cofia de batista y esos delantillos de... .

Abuelita me interrumpió desesperada, y con los lentes trémulos, enarbolados en la mano derecha, exclamó varias veces, en ese tono trágico en que se lamentan las catástrofes irremediables:

—¡Qué locura, Señor, qué disparate, cincuenta mil francos en trapos cuando ya estaba equipada para el viaje!

—¿Pero no viste ayer mis vestidos, mis sombreros, mis medias, y mis combinaciones de seda, o crees acaso, Abuelita, que eso se regala en París?... ¡Si demasiado barato lo compré todo! aquello representa lo muy menos... lo muy menos: ¡ochenta mil francos!... A ver, tú, tú, tío Pancho, que según dices has pagado muchos sombreros en París, di: ¿están caros mis sombreros? ¿están caros?...

Y esta última pregunta la hice con tantísima vehemencia que estuve de nuevo a punto de caerme de la columna, pero esta vez de narices y en dirección a tío Pancho. El me consideró un instante y respondió evasivo envolviendo la respuesta en una bocanada de humo:

—Acuérdate que todavía no me has enseñado tus sombreros, María Eugenia.

—Bueno: pues mira; lo más elegante, lo más bonito, lo más *dernier cri*, que has visto en tu vida. ¡Fíjurate que llamaban la atención en París!... Y como yo tenía con ellos tanta personalidad, tanta *allure*, pues no me llamaban sino «Madame»... sí;... «Madame Alonso».

—¡Ay! María Eugenia —dijo Abuelita asustada desmayando sobre la falda la mano de los lentes— ¡quién sabe hija mía, quién sabe por lo que te tomaban! Y para hacer ese papel tan triste botaste tu dinero!

—¿Cómo, para hacer ese papel tan triste? Mira, Abuelita, cuando se tiene

dinero en París, y ese dinero se bota, como tú dices, pasas a ser más que un rey y más que un emperador. Te parece que todo es tuyo. La plaza de la Concordia, por ejemplo, es como si fuera . . . ¡pss! el patio de tu casa, los Campos Elíseos el zaguán de entrada, el Bosque de Bolonia tu corral, total, que acabas por convencerte de que vives en una especie de hacienda tuya en donde todo el que pasa está a tus órdenes para lo que quieras mandar. La prueba de lo que te estoy diciendo es esto que me ocurrió una de esas mañanas de sol en que uno se siente muy alegre: iba yo subiendo hacia la Estrella cuando mi taxi se quedó estacionado en plenos Campos Elíseos porque estaban arreglando la calzada y la circulación se hacía difícil. De pronto, gran sensación, pasaba el Presidente de la República con comitiva de ministros llenos de coronas y discursos que se iban a celebrar una de sus eternas ceremonias ante la tumba del soldado desconocido. Bueno ¿tú crees que me impusieron ellos a mí, o que me dieron ni por un segundo la sensación de mando? ¡Todo lo contrario! Como éstos del gobierno tienen por lo general un aire tan desgraciado y llevan tan mal la ropa ¿sabes lo que les grité en pensamiento desde mi taxi parado? Pues saqué la cabeza y les dije así con mucho cariño: ¡Adiós el mayordomo y el peonaje! Y a ver por Dios cuándo me acaban de arreglar el piso que es una vergüenza lo que dura ya esto, aquí me quedo todos los días como están viendo, y llego en retardo para mis pruebas que son por lo general cosas de muchísimo apuro. Y a ver también si aprenden a tener un poco más de gracia, y que se afeiten tanto bigote que eso ya no se usa, y que se adelgacen, y que crezcan. ¡Abur! ¡Recuerdos al Desconocido! . . .

—María Eugenia —interrumpió Abuelita—, mi Madre decía siempre que Dios nos toma en cuenta las tonterías y las palabras inútiles. Según eso, mi hija, tú, vas a tener mucha cuenta que entregarle a Dios.

Yo volví a la anterior conversación y seguí enumerando mis gastos:

—Bueno, además de los sombreros, el calzado todo a medida; añade los *déshabillés*; añade la *liseuse de encaje*, añade el kimono negro. . . ¡ah!, y sobre todo: ¡los regalos! . . . se me olvidaba, los regalos me costaron carísimos . . . Fíjate, Abuelita, fíjate en la etiqueta de las cajas, todas cosas finas de la rue de la Paix . . . ¡Ah!, ¡es que yo no regalo pacotilla!

—¡Ah! no, no regalas pacotilla —volvió a decir Abuelita sulfurada, enarbolando otra vez los lentes—. ¡Si me parece que estoy oyendo a tu Padre! ¡Qué caracteres de despilfarro! ¿Pero tú te imaginas, hija mía, que puede causarme algún placer ese saco de mano que me trajiste, ahora que sé de dónde salió y lo que te costaría?

—¡Pero yo tuve gusto en regalártelo y eso me basta! . . . ¡Ah! ¡si supieras lo que yo aproveché mi dinero! ¡si supieras lo que me encanta probarme vestidos y más vestidos . . . Mira, me iba a casa de Lelong quien, te advierto entre paréntesis, siendo de lo más chic, tiene precios bastante moderados, pues yo soy económica aunque tú no lo creas. Bueno, me iba a casa de Lelong: ¡y a probarme! . . . que éste sí; que éste también; que aquél me

queda que es una maravilla; que este otro me queda todavía mejor; y la vendedora que decía admirada: «¡Con ese vestido parece una Reina! . . . pero le advierto que es el más caro de todos . . .» y yo, que respondía con este ademán así de millonaria elegante: «El precio es lo de menos!», y a ver más modelos, y a tiendas, y a correr bulevares, arriba, abajo, sola, sola, solita, de mi propia cuenta! . . . ¿Crees, crees, Abuelita, que cambio esos días de libertad por tener veinte miserables fuertes mensuales? . . . ¡Ah! ¡no, no y no! . . .

—Sí; ya sabía por Eduardo, a quien se lo contaron en La Guaira, que andabas sola por las calles de París, y eso me contrarió muchísimo. No comprendo cómo Ramírez, un hombre sensato, pudo autorizar jamás semejante locura. ¡Una niña de dieciocho años, sola de su cuenta, en una capital como ésa! ¡Qué disparate! ¡Qué peligro! . . . ¡Cuando lo pienso! . . . Y no te figuras que aquí en Caracas puedes hacer lo mismo . . .

—¡Ah! ¿de modo que esas eran «las ocupaciones» que tenía tío Eduardo en La Guaira? Andar averiguando lo que yo hice en París para venir a contártelo a ti. Quiere decir que también es espía y chismoso. ¡Con aquella cara de mosca muerta!

—¡Eso no es chisme! Era su deber advertirme, así como también es mi deber aconsejarte que no vuelvas nunca a cometer semejante imprudencia.

Tío Pancho y tía Clara, con ese tacto sutil que tienen las almas muy buenas, sí debieron sentir la tempestad subterránea que se desarrollaba en mi alma, bajo aquella discusión trivial con Abuelita. Respetaban los dos mi dolor con su silencio; ella muy abismada en el pasar de la aguja por la trama del zurcido; él distraído, echado hacia atrás, la cabeza sobre el respaldo de la mecedora, siguiendo con una mirada vaga las figuras alargadas y tenues, que el humo del tabaco iba forjando en el aire. De pronto se levantó; tiró la colilla entre las matas del patio, se quedó un rato pensativo, se vino luego hacia mí, se paró frente a la columna con los pies separados, las dos manos en los bolsillos del pantalón, la chaqueta recogida tras la actitud de los brazos y así, entre irónico y festivo, intervino al fin:

—¿Te divertiste con tus cincuenta mil francos? . . . ¿Sí? . . . ¿bastante? . . . pues entonces estuvieron ¡muy bien gastados! . . . ¡Ah! sobrina, no sabes tú la serie de cheques de a cincuenta mil francos, que gasté yo en París, y como a ti: ¡no me pesa! Más vale gastar el dinero en divertirse, que gastarlo en malos negocios de los cuales se aprovecha infaliblemente un tercero. Al menos divirtiéndose con él no se corren riesgos de hacer el papel de imbécil . . .

Pero Abuelita y tía Clara, con gran vehemencia le cortaron la palabra a tío Panchito, por medio de dos distintas objeciones. Tía Clara dijo:

—¡Pero cómo te figuras, Pancho, que María Eugenia podía divertirse en París, cuando el cadáver de su padre estaba todavía caliente como quien dice! . . . ¡No la creo tan sin corazón!

Y Abuelita por su lado, dominando la voz de tía Clara se puso a decir exaltadísima:

—¡Eso faltaba, Pancho, eso no más faltaba, que vinieras tú ahora a predi-



carle a esta niña tus doctrinas corrompidas! ¿Por qué no le aconsejas también que beba, o que se ponga morfina o cocaína ahora que no tiene cómo gastar?

Tío Pancho, sin modificar su actitud se volvió ligeramente hacia Abuelita y dijo con mucha calma:

—Supongamos, Eugenia, que esta niña, movida por un espíritu de economía y de prudencia llega a Caracas con su cheque de cincuenta mil francos sin cobrar... ¿Qué hubiera sucedido? Usted, en su justo afán de acrecentar la suma, se entusiasma con tal o cual negocio que tiene Eduardo en San Nicolás. En una siembra de algodón, de tabaco, o de papas, un negocio seguro, segurísimo... Eduardo cede generosamente a María Eugenia un tablón de la hacienda; se planta la semilla, pero viene un invierno, un gusano o la langosta; precisamente, es del tablón de María Eugenia del que se encapricha la plaga y: «De profundis clamavi ad te Dómine...» ¡no quedan de él ni cenizas!... ¿no es mil veces mejor que haya entonces empleado su dinero en divertirse?... ¡Ah! en negocios de agricultura, que son los que hasta ahora hemos acostumbrado hacer en la familia, resulta que las calamidades y los malos precios se alían siempre contra el ausente, la mujer o el menor, quienes pierden indefectiblemente... Ocurre... ¡lo natural!... lo que ocurrió en el cuento de aquel almuerzo celebrado entre marido y mujer: ¡la ración del ausente es siempre la que se come el gato!

Aquello era una explicación clarísima de lo que yo quería saber y como resultó ser lo mismo que había sospechado, sonreí placentera y exclamando interiormente:

—¡No lo dije!

Y creo sin duda ninguna, que me habría bajado de la columna para abrazar a tío Pancho por su valiente acusación, si no fuese porque Abuelita, enardecida quizás por mi presencia y mi sonrisa, se había erguido terrible contra el respaldo de su sillón de mimbre, y así, erguida, terrible, lastimada en lo más vivo de su amor de madre, estalló con la arrogancia de una leona:

—¡Eso no puedo tolerarlo, Pancho, que aquí, en mi casa, en mi presencia, frente a mí, te atrevas a expresarte de Eduardo en esa forma y muchísimo menos todavía que lo desprestigies delante de esta niña, con quien ha sido él, demasiado lo sabes, tan bueno y tan generoso como un mismo padre!... ¡Por decir cosas que tú supones graciosas no respetas nada, ni lo más santo, ni lo más sagrado! ¡Creo que Eduardo ha dado en su vida suficientes pruebas de ser un hombre íntegro y honrado!... ¡Ha levantado una familia honorable, ha pasado su vida trabajando, nunca se ha arrastrado en política, ni como hacen otros, ha avergonzado jamás a su familia entregándose a la bebida y al juego!...

Y al hablar así, Abuelita estaba imponente y magnífica.

Porque sucede, Cristina, que Abuelita, quien jamás sale a la calle; rodeada como está siempre por el ambiente solariego de esta casa, encastillada en sus ideas de honor; aureolada por sus años y su virtud austera, tiene realmente

el prestigio de las grandes señoras que infunden en cuantos las rodean un respeto profundo. Del trato con mi abuelo, su marido, que fue poeta, historiador, ministro y académico, adquirió un ademán distinguido en el decir y la palabra fácil y elegante, circunstancias que le han valido sin duda ninguna su gran fama de inteligencia. En aquel instante, defendiendo a su hijo de las sospechas que las palabras de tío Pancho hubieran podido despertar en mi espíritu, estaba como te digo, soberbiamente altiva. Sus ojos ya apagados de ordinario, brillaban ahora encendidos por el fuego de la santa indignación, y enarcados por las cejas severas, realzados por la majestad de los cabellos blancos, infundían temor.

Y no puedo negarte que durante un instante olvidé mi propio infortunio para admirar a Abuelita: la admiré con sorpresa, con veneración y con orgullo, por la majestad y por la elegancia que tenía para indignarse.

Pero en cambio, tío Pancho, que como te he dicho ya es insensible a la elocuencia y a cualquier otra de estas manifestaciones sublimes en que suelen exteriorizarse la cólera, el entusiasmo, o la desaprobación, permaneció impasible. Cuando Abuelita remató su brillante apología de tío Eduardo con aquella frase alusiva e hiriente: «No ha avergonzado jamás a su familia entregándose a la bebida y al juego . . .», tío Pancho, este tío Pancho que es inconmovible, sin decir ni una palabra, siguió inmóvil frente a Abuelita, con sus dos manos en los bolsillos, indiferente, apacible, silencioso, contemplando sobre el patio la inmensidad del espacio, como una roca erguida frente a un mar tempestuoso. Estoy cierta que pensaba:

—¿Y para qué contestar? . . . ¿De qué sirven las palabras? . . . ¡Si también son paravanes, mentiras, monedas falsas! . . .

Pero esto no lo dijo sino que debió reflexionarlo mientras callaba, durante la larga pausa que siguió a la indignación de Abuelita, como la calma sigue a la borrasca. Luego, en la misma actitud reflexiva y silenciosa dio unos cuantos pasos por el corredor; pero a poco se detuvo, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró, exclamó:

—¡Diablo!, si ya van a dar las doce!

Y muy tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido tomó del colgador su bastón, su sombrero; se puso el sombrero; se asomó un segundo al espejo angosto del colgador; se despidió sonriente:

—¡Hasta mañana!

Sonó la puerta de la calle que se cerró tras él, y los pasos se fueron apagando por el zaguán y la acera.

En efecto, a poco de salir tío Pancho, en plenos puntos suspensivos, el reloj de Catedral, un reloj filarmónico, Cristina, un reloj sochantre, que asomado a los cuatro costados de la torre se pasa el día cantando las horas, las medias y los cuartos con un canto monótono que se oye de toda la ciudad, y

que de noche recuerda el fraternal e igualitario «de morir tenemos» de los Cartujos: comenzó a cantar con mucha filosofía y unción:

—Tin, tan; tin tan; . . .

Bueno, una especie de canción que en notas musicales viene siendo:

—¡Mi, do, re, sol! . . . (un cuarto) ¡Sol, re, mi, do! (otro cuarto) ¡Do, sí, la, mi! . . . etc., etc.

Tía Clara dijo al momento:

—¡Son las doce!

Y puesta en pie como por resorte se santiguó y entonó el Angelus en voz alta.

Yo, en vista de mi malhumor, resolví no contestar en coro con Abuelita, ni a la salutación ni a las avemarías. Tía Clara me dirigió por ello una mirada de desaprobación mientras decía:

—«El verbo se hizo carne» . . .

Pero yo continué callada, y ella, luego de terminar, volvió a santiguarse y sin decir más nada, recogió la ropa y las medias; las dobló; las metió en la cesta; se fue taconeando; y cuando el rítmico martilleo se perdió ahora también más allá del comedor y del segundo patio, entre Abuelita y yo se interpuso definitivamente un silencio penoso. De un salto me bajé al momento de la columna con el objeto de alejarme a mi vez, pero Abuelita me hizo señas de que viniese a sentarme en la sillita baja de tía Clara que se hallaba a su lado, y entonces, poniéndome una mano en el hombro, y con una voz muy suave, muy cariñosa, muy persuasiva comenzó a decirme dejando por completo de coser:

—Mi hija, ya no eres una niña inconsciente. Ya estás en edad de comprenderlo todo. Tienes una inteligencia muy clara, un corazón muy recto, y es preciso que con ellos juzgues las cosas tales como son, sin guardar nunca para nadie ni odio ni rencor. Las mujeres, hija mía, hemos nacido para el perdón. El tesoro de nuestra indulgencia no debe agotarse nunca, ni aun en medio de las más crueles espinas del sacrificio. ¡Con cuánta mayor razón si ese tesoro se prodiga sobre seres tan queridos como son nuestros padres! . . . Las palabras imprudentes de Pancho me obligan a hacerte explicaciones que hasta cierto punto hubiera preferido que ignoraras siempre; pero dadas las circunstancias, es para mí un deber moral defender a Eduardo de cargos que injustamente se le imputan . . . Oyeme bien, hija mía, porque yo que te quiero como no te quiere nadie, te hablo con entera justicia: Si hoy no tienes nada en la hacienda San Nicolás, y ni un céntimo tampoco de la herencia que te dejó tu padre, es única y exclusivamente por culpa de tu padre, que vivió al día, como gran rentista, entregado a la más absoluta indolencia, sin pensar jamás en el mañana ni en la muerte . . . ¡Ah!, y este mal funesto que es el mismo de Pancho, es un mal de educación, un mal que proviene de muy atrás, y que por lo tanto no puede reprochársele a ninguno de los dos . . .

Calló un segundo como para ordenar sus pensamientos y prosiguió:

— . . . El culpable, el verdadero culpable de todo esto, no fue sino tu abue-

lo; sí, tu abuelo Martín Alonso que era por cierto muy simpático, muy galante, muy caballero, muy insinuante . . . ¡Ah! Y piensa tú si lo conocería yo, cuando como sabes, Martín era primo hermano mío! . . .

Y entonces Abuelita en un relato que iba a ser muy largo, para mejor explicar el proceso de mi ruina, se subió varias ramas a mi árbol genealógico y comenzó por describir detalladamente la persona y la casa de mi abuelo Martín Alonso, pero allá, en los tiempos remotísimos en que mi abuelo adolescente e hijo de familia no pensaba casarse todavía. Según ella, nada ni nadie igualaría ya nunca en Caracas, el esplendor de aquella casa y de aquellos bailes, celebrados en sociedad muy escogida, llenos de elegancia, de distinción, de suntuosidad . . . (¡ah! ¡yo me río de la elegancia y de la suntuosidad de aquellos tiempos, Cristina, sin luz eléctrica, las mujeres sin pintar, y las parejas que bailarían algún vals «Sobre las olas» con metro y medio de separación! . . . Pero no olvides que es Abuelita quien tiene la palabra). La casa de los bisabuelos Alonso era, pues, muy lujosa, porque los Alonso eran tan ricos, tan riquísimos, que eran quizás los primeros capitalistas de Venezuela. Tenían una fortuna en joyas, en tapices, en cuadros, en alfombras, en vajillas . . . y: ¡patatí patatá! . . . Abuelita que como te he dicho, tiene mucho don de palabra, se puso a detallar con tal entusiasmo la magnificencia de aquella casa y de aquellas fiestas en donde la conoció y cortejó a ella su marido y mi abuelo Don Manuel Aguirre, que yo, a pesar de mi horrible mal humor, la vi un instante florecer triunfalmente en los salones Alonso, con su ancha crinolina pompadour, los bucles negros caídos sobre la nuca, el abanico de nácar en una mano, inclinada, sonriente, desmayándose de ingenuidad, junto al futuro académico Don Manuel . . . bueno, algo así que oscilaba entre un retrato de la Emperatriz Eugenia, y aquel par de muñecas que yo había dejado una hora antes esponjadas en mi cuarto.

Terminada la descripción o apología de los primitivos Alonso, su casa, y sus bailes, Abuelita se concretó a mi abuelo Martín, príncipe heredero de todo aquel esplendor. Según ella, mi brillante y seductor abuelo se casó muy bien, y su vida hubiera sido tan apacible y feliz como la de sus padres a no haber tenido la desgracia de enviudar a los pocos años de matrimonio. . .

— . . . ¡Lo mismo, lo mismito que debía pasarle después a tu padre! . . . —en un hondo suspiro, comentó Abuelita al llegar aquí. Tras el comentario hizo una pausa y siguió adelante en su relato.

De tan efímero como feliz matrimonio, a mi abuelo Martín le quedaron dos hijos: tío Pancho y papá. Con ellos todavía niños se fue a Europa, sólo en viaje de salud, y para regresar apenas unos meses después. Pero una vez en Europa ¡perdió el juicio! aquello se le subió a la cabeza, le entró el delirio de grandezas, se instaló en París a todo tren, se entregó enteramente a las diversiones, y como la vida de disipación y de lujo es una pendiente que conduce a un abismo sin fondo, apegándose cada día más y más a tan frívola existencia no volvió nunca a Venezuela. Allá crecieron sus dos hijos; y aquellos niños, criados en un ambiente de ociosidad y despilfarro, sin hábito nin-

guno para el trabajo, cuando llegaron a grandes, siguieron el ejemplo de su padre . . . Entonces, juntos, como tres compañeros de la misma edad, se dieron a la disipación, al derroche, a los placeres, a la más culpable ociosidad e inconsciencia . . . ¡Ah! ¡los frutos de la mala educación! . . . ¡Ah! ¡los peligros del lujo! . . .

Y mientras Abuelita con estas u otras parecidas palabras lamentaba hondamente semejante desordenada existencia, yo, la verdad, lo mismo que me la había imaginado a ella un rato antes, esponjada en su crinolina, me imaginé ahora a mi abuelo y sus dos hijos, puestos de frac, corbata blanca, flor en el ojal y chistera un poco ladeada; es decir, algo así como tres joviales personajes de opereta vienesa, de esos que entran alegremente en algún cabaret acompañados de frou-frous y de Mimies, que se colocan en fila uno tras otro, con una copa de champagne en la mano, que levantan a compás el mismo pie, mientras cantan en coro, primero hacia la derecha y después hacia la izquierda aquello de: «¡Viva, viva la alegría! . . .» o alguna otra sugestiva canción por el estilo . . . ¡Ah! ¡Cristina, lo que debió divertirse esta Sagrada Familia y el gusto que debe dar tener dinero y ser hombre! . . .

Unos años después, cuando joven todavía murió mi abuelo, Papá y tío Pancho siguieron gastando locamente, ya sin tasa ni medida. Esto, sumado a una malísima administración, revoluciones, crisis, bajas de precio, etc., hizo que aquella fortuna inmensa acabara de venirse abajo en poco tiempo. Cuando papá volvió por fin a Venezuela, tenía treinta años y estaba ya casi arruinado. En cuanto a tío Pancho no vino, sino que de acuerdo con sus teorías acerca del uso que debe tener el dinero, resolvió quedarse indefinidamente en París mientras el correo le llevase los célebres cheques de cincuenta mil francos.

Afortunadamente papá una vez aquí, apremiado por la necesidad, que según Abuelita es la mejor de las madres, se dio a reorganizar su fortuna. ¡Todavía era tiempo de quedar al abrigo de la pobreza! Y así regenerado por el trabajo comenzó a ser otro. ¡Qué actividad, qué inteligencia, qué acierto demostró en la organización de sus intereses! . . .

A los pocos años de llegar a Caracas se había casado ya, y al casarse acabó de coronar su obra y ordenar su vida. Porque él, que había liquidado toda su maltrecha fortuna, para concentrarla y redimir con ella la hacienda San Nicolás, una hacienda magnífica, una verdadera «mina de oro», que tenía muchísimos años en manos de la familia y que se hallaba ahora exhausta, abandonada, llena de deudas; al casarse, digo, sumó a aquella liquidación de sus propios bienes, la pequeña fortuna de mamá, y se entregó de lleno a su proyecto: redimir a San Nicolás. Y fue tanto, tantísimo, lo que se apasionó por la agricultura y la reconstrucción de la hacienda, que en San Nicolás se instaló de un todo después de casado, allí se dio a trabajar, allí nació yo; allí pasó sus años felicísimos de matrimonio, y finalmente allí, sin saber cómo, cogió mamá aquel tifus terrible que la mató en unos días . . . Poco tiempo después de esta catástrofe, papá enfermó, triste, neurasténico, lo mismo que

había hecho mi abuelo treinta años antes, él también resolvió irse a Europa en viaje de recreo y de salud. Y fue entonces cuando obstinadamente, contra la opinión de Abuelita que se ofrecía a cuidarme durante su ausencia, desoyendo sus consejos, destrozando su corazón al arrancarme de su lado, para no volver ya más, se embarcó en La Guaira con mi aya y conmigo, aquella mañana lejanísima que yo recuerdo aún . . .

Hasta aquí, Cristina, estoy conforme con el relato de Abuelita; en él aparece la verdad pura y clarísima como aparecen los guijarros en el fondo de una agua muy limpia. Pero como verás de aquí en adelante el agua se ensucia, gracias a la jabonadura de las manos de tío Eduardo, y ya, bajo las palabras sinceramente dichas, la verdad no aparece más ante mis ojos con aquella nítida claridad del principio.

Y es que según parece, papá, antes de su desgracia, se había entusiasmado con no sé qué empresa industrial de hilandería, y en combinación con ella había hecho una gran siembra de algodón en San Nicolás que se hallaba ya completamente libre y floreciente. Cuando muerta Mamá y enfermo él, resolvió su viaje, asoció a tío Eduardo a la explotación del algodón, a la empresa industrial, le dio poderes generales, y lo nombró administrador de la hacienda.

Luego se fue.

—¿Qué ocurrió entonces? —continuó diciendo Abuelita, con su voz afirmativa trémula de convicción—. ¡Pasó lo que yo tanto le anuncié, lo que yo tanto presentía! Una vez allá se quedó en París indefinidamente, volvió a su vida disipada de soltero, se entregó a la ociosidad y gastando de nuevo a manos llenas, poco a poco fue perdiendo su fortuna y junto con ella perdió también lo que sólo era tuyo: ¡la pequeña herencia que te había dejado tu Madre! . . . Eduardo, por el contrario, trabajaba asiduamente, sin separarse de la hacienda, sin venir casi a Caracas; puede decirse que allí crecieron sus hijos; como es natural hizo economías y mientras tu Padre gastaba sin juicio, él iba adquiriendo más y más . . . Según me ha contado Eduardo, muy poco tiempo antes de la muerte casi repentina de tu Papá lo había llamado ya a fin de hacer juntos una liquidación . . . Esta se hizo después de la desgracia . . . De ella resultó que Antonio no dejaba sino deudas . . . y ¡asómbrate! Eduardo, no solamente las cubrió, sino que además con gran generosidad pagó los gastos extraordinarios de clínica y entierro; dio para tu viaje, dio para tu sostenimiento de tres meses en Europa, y por último, en obsequio tuyo, se desprendió también de esos diez mil bolívares que tan irreflexivamente malbarataste en París . . . ¿Comprendes ahora por qué me molesté ante las alusiones injustísimas de Pancho? . . . Eduardo ha sido muy generoso contigo; ¡es preciso que lo sepas y se lo agradezcas! . . . ha sido muy generoso . . . muy generoso . . . casi tanto como lo es hoy día conmigo! . . .

Estas palabras finales de Abuelita me habían ido cayendo en el espíritu como me hubiese caído en la cabeza una lluvia de plomo derretido. Sentí . . . ¡yo no sé lo que sentí! . . . El tono convencido y rotundamente afirmativo con que hablaba, había domado a tal punto mi espíritu, que en mi alma se

mezclaba ahora con desesperada efervescencia, la indignación de la víctima despojada y la perplejidad humillante de la duda:

¡De manera que no solamente no tenía nada, nada en el mundo, sino que además debía vivir eternamente agradecida a tío Eduardo por sus beneficios! Pensaba en el aire de superioridad con que me había tratado María Antonia el día de mi llegada y me daban ganas de quemar uno tras otro todos los objetos adquiridos por medio de aquellos diez mil bolívares. ¡Ah! . . . ¡qué humillación! . . . ¡qué rabia! . . .

Pero de pronto me dominaba otra vez mi primera sospecha: ¡No! . . . ¡No! . . . Abuelita que hablaba de muy buena fe, estaría engañada tal vez por tío Eduardo . . . Sí . . . sin duda: ¡bien claro lo había dicho tío Pancho! . . . Además: ¡aquella cara! . . . ¡No en balde, me había parecido tan feo, tan horrible al verle por primera vez a bordo del vapor! . . .

Cuando la voz de Abuelita, después de elogiar multitud de veces la generosidad infinita de tío Eduardo, se hubo callado al fin, yo, con los dientes muy apretados me quedé reflexionando un instante esto que te llevo dicho. Luego, mientras la gran barahúnda de perplejidades y de dudas se agitaba aún en mí, tratando de fingir indiferencia le repliqué con el mismo tono firme con que había hablado ella:

—Pero Abuelita, yo no vi nunca que papá viviera en medio de ese despilfarro que tú dices, y siempre, siempre, hablaba de San Nicolás, como si fuese dueño único, exclusivo: ¿cómo es posible que no se hubiera dado nunca cuenta de su absoluta ruina?

—Tu Padre, hija mía —continuó diciendo Abuelita con su tono convencido y magnetizador—, tu padre en Europa no volvió a ocuparse más del estado de sus negocios. Vivía entregado a un libro de críticas históricas que según parece estaba escribiendo, y . . . ¡a otras distracciones! . . .

Calló un instante, y después añadió más enérgicamente sembrando las palabras de pausas y de misteriosas reticencias:

—¡Ah! . . . ¡los hombres! . . . Los hombres, hija mía, gastan a veces mucho . . . mucho . . . ¡ese París! . . . ¡ah! ¡ese París! . . . es el sepulcro de todas nuestras grandes fortunas, y muchas veces, es también el sepulcro de la felicidad honrada y tranquila . . .

Continuó hablando y el tono misterioso continuó su obra de sugestión; porque ya, muda, con los ojos abiertos, fijos sobre las matas del patio, sumida enteramente dentro de la duda sólo tenía fuerzas para comentar conmigo misma:

—¡Y quién sabe! . . . ¡quién sabe!

¡Sí!, lo único que verdaderamente sabía, es que en aquella mañana, en aquella hora negra que acababa de pasar, se había revelado a mis ojos un hecho evidente, irremediable y espantoso: ¡la absoluta pobreza, sin más remisión ni más esperanza que el apoyo de los mismos que me habían quizás despojado!

Abuelita, conmovida sin duda por mi silencio aprobador, suavizando la voz más y más, seguía torturándome por querer consolarme:

—Comprendo, hijita mía, que estas noticias te contraríen, pero piensa... ¡piensa que no estás sola en este mundo!... ¡Cuántas otras hay más desgraciadas que tú, porque viven en la absoluta miseria y tienen además que trabajar para poder comer! ¡De cuántos peligros no se ven rodeadas! A ti no te faltará nada mientras yo viva... Desgraciadamente, no soy rica, no tengo sino lo indispensable; pero sé que Eduardo velará siempre por mí, y yo, a mi vez me ocuparé de llenar todas tus necesidades... Por otro lado, eres bonita, distinguida, estás bien educada, perteneces a lo mejor de Caracas... ¡harás sin duda un buen matrimonio!... No veas tu situación desde el punto de vista europeo. Allá la pobreza de una joven representa generalmente el fracaso completo de su vida. Aquí no... Allá se le dice a la mujer: «Tanto tienes, tanto vales». Aquí no, aquí sólo cuenta el ser bonita y sobre todo: ¡virtuosa! En nuestra sociedad, muy decaída por otros conceptos, existe todavía cierta delicadeza en los hombres. Nuestros hombres, tienen un verdadero culto por la mujer virtuosa, y cuando van a casarse no buscan nunca a la compañera rica, sino a la compañera irreprochable... ¡Por eso, por eso hija mía, te quiero ver siempre sin la más leve sombra de ligereza! Quiero que seas severísima contigo misma, María Eugenia. Oyelo bien: en todas partes, y aquí más que en todas partes, la virtud de una mujer intachable vale muchísimo más que su dinero... Mira, yo era pobre cuando tu abuelo se enamoró de mí y... fui feliz... ¡ah! ¡tan feliz!... Tu abuela paterna, Julia Alonso, se casó con Martín, millonario, cuando ella y su familia vivían en la miseria más completa: ¡tenían que trabajar para poder comer!... Rosita Aristeigueta, parienta nada menos que de Bolívar y del Marqués del Toro... Las Urdaneta... Las Soublette... Las Mendoza... María Isabel Tovar, mi prima...

Y remontándose otra vez setenta años arriba, Abuelita, con su voz suavísima de caricia, conmenzó a tejer una tras otra, sencillas crónicas de amor, en las cuales, sin interés de dinero surgían matrimonios de una felicidad idílica, patriarcal...

Sentada junto a ella, mirando las matas del patio, inmóvil, petrificada, en mi desastre, me di a escuchar en silencio las viejas historias de las viejas amigas de Abuelita; escuché después las de las hijas, y escuché por fin las de las nietas. Las oí todas con resignación y con melancolía. Y es que para mis oídos, aquellos nombres eran dulcemente evocadores. Los había escuchado muchas veces, pronunciados por la boca de papá, cuando él también refería con objeto muy distinto al de Abuelita, el mismo proceso de la aristocracia de Caracas, es decir, la dolorosa historia de casi todos aquellos «criollos» descendientes de los conquistadores, que se llamaron «mantuanos» en tiempos de la Colonia, que fundaron y gobernaron las ciudades; que grabaron sus escudos en las puertas de las viejas casonas; que hicieron con su sangre la independencia de media América; que decayeron después, oprimidos bajo las persecuciones y los odios de partido; y cuyas nietas y biznietas hoy día oscu-



recidas o pobres como lo soy ahora yo, sin avergonzarse jamás de su pobreza, esperaban resignadas la hora del matrimonio o la hora de la muerte, haciendo dulces para los bailes, o tejiendo coronas de flores para los entierros.

Y como el tono, y los nombres, y los relatos, venían a estar de acuerdo con mi estado de ánimo, escuchando la voz de Abuelita, me dejé llevar suavemente en alas de la conformidad; mis nervios comenzaron a deprimirse, las ideas irritantes se apagaron una tras otra; el tono arrullador y maternal como un canto de cuna se insinuó enteramente en mi espíritu y las palabras monótonas acabaron por resonar en mis oídos sin significado... Contemplando las copas verdes de los rosales del patio me di a considerar el eterno reverdecer de las plantas bajo la luz del sol... Sí... La vida tenía una fuerza misteriosa que todo lo vencía... tal vez pudiese yo renacer todavía a la felicidad... como bien decía Abuelita, el matrimonio, esto es, el amor, aquel amor lejano de su juventud, a mí me esperaba todavía en la vida... ¡Quizás llegase con él la realización de tantos anhelos imposibles que me torturaban ahora la existencia!... ¡Mi alma, como aquellos rosales más pequeños del patio no había florecido aún!...

Y mientras la resignación dulce y benigna, se extendía lánguidamente sobre mi alma atormentada, mirando siempre las matas del patio, y con la voz arrulladora siempre en los oídos, me pregunté a mí misma por primera vez con ansia y con curiosidad qué cosa sería realmente el amor, ese amor que me mostraba Abuelita como la única puerta por la cual podía ya salir a la vida, ese amor que habiendo sido siempre familiar a mis oídos parecía encerrar ahora un sentido extraño y desconocido, ese amor que era ya la única redención posible de mi existencia... ¡Ah!... ¡el amor!... ¿qué secreto milagroso se encerraba en lo más íntimo de su esencia?... y además: ¿qué entendería Abuelita por «felicidad»?...

De pronto me pareció que lo que Abuelita llamaba «felicidad» debía ser algo muy triste, muy aburrido, algo que al igual de esta casa olería también a jazmín, a velas de cera o a fricciones de Ellimans' Embrocatión... y decaída como estaba, Cristina, ante semejante deducción sentí unos deseos inmensos de romper a llorar. Pero no lloré. Tan sólo se me humedecieron los ojos y con los ojos húmedos seguí, reflexionando ávidamente sobre el mismo tema, es decir, sobre el verdadero sentido de la palabra «amor» y de la palabra «felicidad» porque era como si en aquel momento acabase de escucharla por primera vez.

Después, sin saber bien la causa, me di a pensar en mi amigo, el poeta colombiano que conocí a bordo. Durante un largo rato le estuve contemplando muy nítidamente con la imaginación y ¡cosa rara!, a pesar del tiempo y la distancia, en esta visión mental que era muy clara, fui poco a poco descubriendo en la persona de mi amigo multitud de atractivos que yo antes, dado mi gran aturdimiento, al mirarle de cerca, no había jamás tomado en cuenta. Recordé, por ejemplo, el exquisito perfume que despedía su pañuelo; la hechura correcta de su ropa; su pulcritud; el refinamiento de su trato; su

elegante nariz borbónica; sus buenos modales; su indiscutible talento para hacer versos; y su apellido que era un apellido muy ilustre de la alta sociedad de Bogotá...

Y de repente, en un momento dado, cuando la voz de Abuelita hizo una tregua en el cronicón sentimental, aproveché la coyuntura y pregunté al instante:

—Dime, Abuelita: ¿y las personas que viven en Bogotá no vienen con frecuencia a Caracas? ... ¿Es cierto eso de que el viaje es un viaje larguísimo que toma muchos días? ...

Y ella, abandonando por completo el tema anterior, muy amable y complaciente se engolfó en una prolija explicación:

—...Pues siempre he oído decir, que si el río Magdalena no trae agua, el viaje es tan dilatado, que viene siendo casi, casi, como ir desde aquí hasta Europa... ¡Ya ves tú qué cosa!, a pesar de la distancia que es relativamente muy corta, puesto que según parece cuando pongan el servicio aéreo de que hablan ya los periódicos...

Pero aquella misma tarde, después del almuerzo, a eso de las tres, ya había huido enteramente de mí el espíritu santo de la conformidad. Encerrada con llave aquí, en mi cuarto, tendida sobre la cama, descalza, en kimono, con las manos cruzadas bajo la nuca, contemplaba sucesivamente: el techo, el flamante papel de las paredes, la muñeca lamparilla del escritorio, el postigo entreabierto de la ventana, y pensaba con desesperación en el porvenir horrible que me aguardaba. Por todo programa, aquel que Abuelita me había expuesto en la mañana: «Tratar de ser lo más intachable posible», es decir, tratar de ser lo más cero del mundo, a fin de que un hombre, seducido por mi nulidad, viniera a hacerme el inmenso beneficio de colocarse a mi lado en calidad de guarismo, elevándose por obra y gracia de su presciencia en suma redonda y respetable que adquiriría así cierto valor real ante la sociedad y el mundo. Mientras tanto el encierro, la severidad, el fastidio y el agradecimiento a tío Eduardo...

—¡Ay, ay, ay, con el programa! ... ¡Qué horror! ... ¡Y quién fuera perro! ¡sí! ... ¡quién fuera pájaro, quién fuera árbol, quién fuera piedra, quién fuera cualquier cosa, menos mi propia persona!

Y así pensando, daba saltos de desesperación sobre la cama, lo mismo que un pescado que acabasen de sacar fuera del agua.

Confiesa, Cristina, que mi situación no era para menos.

Afortunadamente, en un segundo de tregua mis ojos cayeron por casualidad sobre el montón de libros y cuadernos que constituyen mi pequeña biblioteca musical, los cuales, en aquel momento histórico se hallaban abiertos y en desorden encima de una silla por no haberles asignado todavía un sitio adecuado dentro del armario. La vista de una página a la que se asomaban

ordenados grupos de corcheas y de fusas, me trajo muy vagamente la idea de la música, luego me trajo la idea del piano, y por fin, me trajo la idea del estudio. Recordé que allá en el colegio, el profesor que iba a darnos clase alababa con frecuencia la finura de mi oído, diciendo además que mi mano era la mano larga y firme de los buenos pianistas. La palabra «pianista» me hizo pensar al punto en mi compatriota Teresa Carreño, que como sabes llegó a ser una estrella del arte aplaudida y celebrada en el mundo entero. Pensando en Teresa Carreño, me imaginé a papá cuando refería que tan gran artista debía su gloria al tesón y a la perseverancia con que se había dado al estudio desde muy joven. Volví entonces a recordar la opinión de nuestro profesor del colegio acerca de mis disposiciones musicales, y de repente: ¡Eureka! una esperanza se encendió en la lóbreguez de mi porvenir como una cerilla que se hubiese raspado inopinadamente en las profundidades de un subterráneo:

—¡Me entregaré al arte! —exclamé—. ¡Ah! sí; estudiaré el piano ocho, nueve o diez horas diarias. Gracias a mis naturales disposiciones desarrolladas así por un estudio paciente y metódico, en pocos años puedo llegar a ser una verdadera pianista; me presentaré al conservatorio, quizás obtenga un premio; obtenido el premio daré conciertos; los conciertos me darán renombre; este renombre puede llegar a ser universal; y entonces... ¿por qué no? ... ¡al igual de Teresa Carreño yo también conoceré el triunfo, las ovaciones y la gloria! ... ¡eso es! ... y para ello, me pondré a la obra sin tardar el próximo lunes... ¡no!... ¡mañana mismo!... ¡no!... ¡¡ya!!

Y sin más, me levanté de la cama; me puse los zapatos; me ceñí el kimono; me até la banda bien apretada sobre las caderas; tomé los cuadernos de encima de la silla, y con ellos bajo el brazo me dirigí al salón.

Al desembocar en el corredor de entrada encontré a tía Clara y a Abuelita que habían vuelto a instalarse con sus respectivos lentes sobre la nariz, y sus respectivos enseres de costura sobre la falda. Viéndolas tan abstraídas, me detuve y me acerqué a participarles:

—Voy a tocar el piano si no las molesto.

Y seguí caminando tranquilamente hacia la puerta del salón. Fue sólo a los pocos segundos, al escuchar la voz alarmadísima de tía Clara cuando pude apreciar el escándalo que había producido en ella mi noticia.

—Pero María Eugenia, por Dios, niña, ven acá —dijo con una voz trémula que oscilaba entre el asombro y el reproche— ¿cómo vas a ponerte a tocar piano, cuando tu padre no ha cumplido siquiera los cinco meses de muerto?

—¡Y eso qué importa! —contesté yo luego de detenerme y de plantarme insolentemente frente a ella que me contemplaba atónita por encima de sus lentes—. Tocaré estudios, melodías, nocturnos... ¡bueno!, cosas indiferentes o cosas tristes.

—Pero si desde el día en que se supo la muerte de tu papá, se cerró aquí la ventana, María Eugenia, y nadie ha vuelto nunca a poner las manos en el piano: ¿cómo es posible que seas tú, su hija, quien al llegar lo abra de nuevo?

Reflexiona . . . ¿qué dirían los vecinos?

—¿Los vecinos? . . . ¡Yo me río y me burlo de los vecinos, tía Clara, los desprecio por completo, y lo que desearía es que se fueran todos juntos al infierno!

—¿Y por qué te vas a burlar ni a reír de los vecinos, María Eugenia, ni a mandarlos al infierno? . . . ¡Si son todas personas decentísimas, de lo mejor de Caracas! Es preciso que lo sepas: ¡esta calle está admirablemente bien habitada! ¿No es verdad, Mamá?

—¡Ah! ¡de manera entonces que porque el vecindario sea muy distinguido yo voy a vivir también bajo la tutela de los vecinos!

—Pero ven acá, María Eugenia, hija mía, ven, reflexiona —intervino Abuelita con la misma voz persuasiva de la mañana—. ¡Clara tiene razón! . . . Considera lo que te dice: Un padre es algo muy grande, muy sagrado, que no se muere sino una sola vez en la vida. Debes tener sentimientos . . . necesitas educar tu corazón . . . ¿qué puede esperarse de una mujer que sea incapaz de sacrificarse un poco, un poquito . . . solamente lo que se requiere en general para guardar con decoro el luto sacratísimo de un padre? . . .

—¡Pero qué tiene que ver el piano con mi corazón! ¡¡canastos!! ni que . . .

—¡No hables con interjecciones, María Eugenia, hija mía, es ya la tercera vez que te lo digo! . . . ¡Eso no es propio de una niña! . . . y además . . . aprovecho la ocasión para advertirte: mira, te pones así, al trasluz con esa bata japonesa que tienes ahora y te ves indecentísima: ¡estás completamente desnuda! . . . ¿Por qué has de andar sin fondo, María Eugenia? . . .

—Pero bueno, vamos a concretarnos primero a lo del luto —expliqué inmóvil y furiosa con mis libros bajo el brazo—; yo no comprendo en absoluto qué relación lógica puede existir entre la muerte del papá y el piano de esta casa . . . ¡«los sentimientos»! . . . ¡vaya con los sentimientos!, pues si la música se inventó precisamente para eso: ¡para expresar los sentimientos! Dime si no Abuelita, dime: ¿qué es por ejemplo, una elegía o una marcha fúnebre sino un sistema refinado, artístico y genial de dar un pésame, como quien dice? . . .

Pero Abuelita, que se había quitado ya los lentes, esbozó con ellos en el aire un ademán que parecía anatematizar todo razonamiento, y agitando negativamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, dijo en ese tono terminante en que suele hablar la convicción que no se digna bajar al terreno despreciable e irreverente de las discusiones:

—¡No, no, no, hija mía, a mí no me convences! Creo que si no tienes suficiente buen corazón para guardar espontáneamente el luto riguroso que exige la muerte de tu padre, debes fingir que lo tienes. De otro modo harías muy mal efecto en mí y en todas las personas sensatas que lo supieran: ¡te lo aseguro!

—Bueno . . . de manera que sin apelación: ¡no puede tocarse el piano! . . . ¡Bien, bien, bien, pues ni una palabra más: no tocaré! . . .

Y dando media vuelta militar me vine indignada con mis cuadernos de música bajo el brazo, por el mismo camino que me había ido. Al llegar a

este cuarto tiré con furia todos los cuadernos de música sobre la misma silla donde volvieron a adquirir su primitivo aspecto de tortilla. Luego me puse las dos manos extendidas sobre las caderas y exclamé en alta voz esta frase, que dadas las circunstancias resonó en los ámbitos del cuarto de un modo verdaderamente sublime:

—¡Por la mañana me quitan la fortuna; ahora, en la tarde me arrebatan la gloria!

Y me quedé unos segundos con las manos en las caderas y los ojos clavados en el suelo.

Pero afortunadamente, como bien recordarás tú, Cristina, mi imaginación que es estéril en los momentos de calma, en los momentos de indignación es fecundísima. Gracias a esta gran fertilidad imaginativa, a los diez segundos de contemplar el suelo, había encontrado ya un plan inmediato que iba a servirme a la vez de aclaratoria, de represalia, y de distracción. Era ello: irme de paseo con tío Pancho a cualquier parte lo más pronto posible:

—¡Ah! —me dije— hablaré a solas con él y así sabré a qué atenerme en lo concerniente a las generosidades de tío Eduardo.

E inmediatamente llamé a tío Pancho por teléfono. El quedó en que pasaría a buscarme a las cuatro y media en punto. Entonces yo, satisfechísima de mi proyecto, teniendo casi una hora de tiempo para vestirme, comencé a arreglarme como a mí me gusta, es decir, poco a poco, con mucha calma, mucha tranquilidad y muchos detalles . . . Por fin cuando ya perfumada, y puesto el sombrero mi *toilette* estuvo lista, una *toilette* de paseo ¿sabes? sencilla, sobria, elegantísima, me quedé lo menos diez minutos caminando, sonriendo, y accionando frente a la luna de mi armario, porque la verdad sea dicha, Cristina, aquella rabia que me tenía los ojos encendidísimos desde por la mañana, sumada al escote en punta, al sombrero pequeño, al largo velo de *crêpe Georgette*, y al carmín de Guerlain, me quedaba . . . bueno: ¡que estaba yo mejor que nunca! . . . Y por mi gusto hubiera permanecido accionando y sonriendo ante el espejo un buen rato si no fuera porque el reloj de Catedral con su canto de barítono cartujo comenzó a advertirme:

—¡Mi, do, re, sol! . . . ¡Sol, re, mi, do! . . .

O sea que eran ya las cuatro y media.

Para no hacer esperar a tío Pancho, me fui caminando muy de prisa hacia el corredor de entrada en el cual aparecí triunfalmente, erguida la cabeza, recogido el velo a lo manto real, y abrochándome los guantes.

Como era de esperar al verme llegar así, tan inopidamente de sombrero y guantes, el espanto volvió a cundir de nuevo entre Abuelita y tía Clara:

—¿Pero adónde vas a estas horas y con quién? —interrogó al momento Abuelita en tono de queja profunda y quitándose los lentes, lo cual, como habrás visto ya, es señal indiscutible de borrasca.

Yo, que a más de encontrarme encantada en mí misma, venía preparada para el ataque, respondí sonriente, amabilísima, metiendo la mano izquierda

por entre la botonadura del vestido a la altura del pecho, actitud que debió prestarme cierta arrogancia napoleónica:

—¡Pues me voy de paseo a Los Mecedores con tío Pancho! ¡Creo que es un lugar muy solitario propio para mi luto riguroso! . . .

Y hecha esta declaración, abrí al punto mi bolsa de mano, tomé el espejito y comencé a mirarme bajo la luz viva del patio, porque me urgía muchísimo saber si la rebelde punta de mi nariz se encontraba bien de polvo. Pero como la notase aún un poquito brillante saqué la mota de mi polverilla esmaltada, la sacudí y me dí a empolvarme la nariz estirando la boca y con refinada atención. Entretanto, Abuelita seguía, con los lentes enarbolados en la mano, y con la voz de queja:

—Te vas así, a pasear con Pancho, sin consultarme, sin advertirme . . . ¡Ah! ¡veo que eres muy independiente! . . .

Aquí exhaló un profundo suspiro, hizo una pausa y continuó diciendo con la voz de queja hecha ya un lamento conmovedor:

—¿Cómo va a ser natural que te vayas, María Eugenia, cuando esta tarde vienen visitas que ya se han anunciado y cuando esas personas vienen única exclusivamente por ti, a saludarte, a conocerte? . . . ¡desairarlas de ese modo! ¡Pero si es una desatención que no tiene nombre! . . . Por educación debes esperar siquiera a que lleguen esas visitas . . .

—¡Ay! ¡las visitas, Abuelita! ¡hasta cuándo! . . . —exclamé trágicamente con la polvera en una mano y la mota en la otra—. ¡Si todas me preguntan la misma necedad: «que si me hace falta París y que si me ha gustado Caracas»! ¡Estoy harta ya de esa eterna letanía! ¡y todas, todas, todas, iguales! . . . ¿Quieres que te diga, Abuelita, el efecto que me hacen tus amigas? Pues mira, la verdad: ¡no las distingó! No sé si la que vino ayer es la misma que estuvo antier, o la que volverá pasado mañana! Parecen esos tomos que hay a veces en las bibliotecas ¿sabes? todos igualitos, todos juntos, todos forrados en pergamino, que si por una casualidad los coges y los abres te encuentras con que por dentro están escritos en latín o en español antiguo . . . bueno ¡que ni lo entiendes! . . .

—Te equivocas, María Eugenia, las personas que han venido a verte son todas muy cultas, muy respetables, parientes o amigos míos, de lo mejor de Caracas, a quienes debías agradecer . . .

—¡Ay! ¡Abuelita, por Dios, déjame salir! ¡Mira, si no me voy a pasear me ahogo, sí, me muero, y esta noche lo que verán las visitas será mi cadáver tendido con cuatro velas! . . . ¡Ah! díles que me dolía la cabeza, las muelas, cualquier cosa, que tuve que ir a casa del dentista y que me esperen . . . ¡No vendré tarde, ya verás, no vendré tarde!

—¡Haz lo que te parezca, María Eugenia! No puedo pasar el día entero discutiendo contigo ni quiero tampoco, que seas desgraciada porque estás en mi casa. ¡Vete, vete a pasear con Pancho si es que tanto lo deseas!

Y poniéndose de nuevo los lentes, Abuelita volvió a su costura luego de

exhalar otro suspiro en el que iba mezclado, a la más completa desaprobación, el más profundo desaliento.

Y en aquel instante preciso, se abrió de golpe la puerta del zaguán y alegre, sonriente, expresiva, apareció en el corredor la cabeza jovial de tío Pancho. Luego de saludar a Abuelita y a tía Clara muy cariñosamente y como si nada hubiese ocurrido en la mañana, me descubrió en pleno patio donde me hallaba aún con la boca estirada entre el espejo, la mota y la polverilla. Al divisarme se vino a mí, y mientras me examinaba por todos lados, iba diciendo a voces con grandísimo escándalo:

—¡Ah!, sobrina, sobrina, ¡qué linda estás, y qué ráfaga de juventud me traes con ese vestido y ese sombrerito brujo! ¡Qué bien te sentó la temporada última en París! ¿eh? ... Es los retratos que mandabas antes no eras la misma que eres hoy día ¡no, no, no! ... Mira, ahora, en este momento eres París, puro París, desde ese olorcito indefinido de tu velo negro, hasta la punta charolada de los zapatos ... ¡y pretender que en otras partes se visten bien las mujeres! ... vamos ... ¡qué ilusión! ¡esto! ¡París, esto es *¡chic!* ... Bueno, ¡y que estás muy bonita, además! ... Camina para verte ... ¡Preciosa! ... ¡Perfectamente! ... Ahora, cuando nos vean juntos en el coche nos mirarán pasar como bobos, y mañana me vuelven loco en el *club* preguntándome por la bella y elegante desconocida «la dama enlutada»; son capaces de creer que se trata de alguna recién llegada artista a quien he conquistado, y como son tan envidiosos ...

—¡Ah! ¡qué divertido! —exclamé yo llena de risa y de satisfacción—. ¡Mira que si de veras fuera yo una artista, tío Pancho! ... ¡Pero, una buena artista! ... ¿ah? ... una celebridad. ¡Y mira que si en lugar de ser tu sobrina fuera tu amiga! ...

El ruido de la puerta del zaguán que se cerraba de nuevo tras de nosotros me impidió oír las enérgicas protestas que debieron emitir Abuelita y tía Clara, ante unas suposiciones tan disparatadas como ofensivas para mi dignidad y mi virtud. Pero yo que estaba encantada por el exuberante florilegio de tío Pancho, una vez dentro del coche me di a explicarle muy detalladamente dónde había comprado mi sombrero, que como bien veía era un modelo muy elegante ... ¡ah! ¡muy, muy, muy elegante! ...

Pero de pronto, a poco de rodar el coche, me puse muy seria, y olvidando por completo mi indumentaria y mi propia persona, comencé a observar la calle, a interrogar a tío Pancho, y a comunicarle mis personales observaciones.

Era la primera vez que volvía a ver la ciudad desde la tarde de mi llegada.

Familiarizada ya con el ambiente interior de Caracas, iniciada en los secretos de su espíritu, todo aparecía ahora ante mis ojos bajo un nuevo aspecto. Miraba el desfilar de las casas heridas por el sol de la hora, evocaba los relatos de Abuelita, sus amigas, sus románticas historias, y me parecía descubrir

muy claramente, bajo la sombra maternal de los aleros, esas relaciones invisibles que tienen los objetos con sus dueños, lo animado mortal ante lo inanimado eterno, las huellas del pasado y de los muertos, todo eso que es como el alma, y como la aristocracia de las cosas.

Tío Pancho comentaba señalando las anchas rejas que se alineaban a uno y otro lado sobre las aceras:

—¿Ves las ventanas? ¿las ves casi todas cerradas? Pues hace apenas diez años, a estas horas, empezaban a abrirse ya, y de cinco a siete, la calle se volvía un jardín lleno de vida interior. Aquello era tradicional, era clásico, y era muy pintoresco. Pero el cinematógrafo ha venido a acabar con la ventana . . . sí; la señora aburrída que antes pasaba la tarde entera sentada en la reja para distraerse, y la muchacha enamorada que se ponía a hablar con el novio, y la que se asomaba para que la viera desde lejos el pretendiente que rondaba su casa, ahora ya, se van todas a la función vespertina de los teatros ¡y mientras los cinematógrafos se llenan, la calle se queda desierta! . . . Mira, mira qué pocas van siendo ya las ventanas abiertas.

En efecto, casi todas estaban cerradas, y así, cerradas e iguales, escuchando la observación de tío Pancho yo las veía sucederse con melancolía:

¡Ah! ¡ventanas, floridas ventanas del tiempo de Abuelita! ¡Toscos altares del amor, donde los viejos barrotes en cruz son los únicos que siguen besándose eternamente! . . . ¡Y cómo me parecía descubrir ahora, en su quietud, el mismo enigma ancestral de mi fastidio, sentado tras de la reja, tejiendo telarañas de ensueño sobre el silencio mortal de la calle! . . .

Y entretanto, Cristina, el coche, por la doble fila de apiñados barrotes iba trepando, trepando, ciudad arriba.

Luego de haber subido un buen rato llegamos al barrio más elevado de Caracas, que es el barrio llamado de La Pastora. Subimos más todavía y salimos entonces a los arrabales.

Tío Pancho continuaba satisfaciendo mis preguntas y aclarando mis recuerdos.

Estos arrabales de La Pastora, que son los más altos y los más atrasados de Caracas, son también los más característicos. Allí las calles están empedradas con guijarros, las aceras son de laja, las verdes motas de hierba crecen por todas partes donde se asome un hilillo de tierra, y es el barrio que habitan generalmente los pardos, los pobres vergonzantes, y los enfermos que buscan el aire. Yo tenía ansia de mirar el dolor pintoresco de la miseria y, olvidando el paseo campestre, quise conocer primero todo el arrabal:

—Llévame por las calles más viejas, tío Pancho, llévame por las más pobres, por las más feas, por las más sucias, por las más tristes, que quiero conocerlas ¡todas!

Y bajo la dirección de tío Pancho, tras el pausado caminar de los caballos, comenzamos a tejer callejuelas; pero callejuelas, Cristina, que se empinaban o se precipitaban de un modo inverosímil. A veces, cesaba de repente el empedrado y la calle era una calle de tierra sin aceras. Cesaba después la calle; el coche se detenía, y ante el coche era entonces la quebrada, el surco



profundo, con una escandalosa vegetación exuberante que se lanzaba ciudad abajo, inundando el tropel de los tejados como un gran desbordamiento verde.

Por estas calles accidentadas y pintorescas, la vida interior de las casas, sí, se mostraba francamente con todo el impudor de su fealdad y de su miseria. Sobre las aceras, junto a las puertas entornadas, impidiendo el paso, se arrastraban los cuerpecillos desnudos de los niños del arrabal, negritos o mulatitos que apenas sabían andar, verdaderas visiones simiescas, en cuyos cuerpos deformes blanqueaban, de tiempo en tiempo, las manchas del polvo recogidas por la oscura epidermis en su roce con el piso, mientras que arriba, asomadas a los postigos o sentadas a las rejas de par en par abiertas, eran las cabezas abigarradas de las mulatas, petulantes, encintadas con violentos colorines, cuyos ojos, al divisarnos desde lejos, clavaban en nuestro coche unas pupilas ardientes y luminosas que parecían estar encendidas por la sed de mirar.

Tío Pancho comentaba:

—¿No es cierto que hay algo torturante en la expresión de esta gente? Fíjate. Se diría que el odio profundo de las razas que se reconciliaron un instante para formarlas continúa luchando todavía en sus facciones y en su espíritu. Y en esa lucha dolorosa, mira: ¡sólo triunfa la equivocación y la tristeza!... ¿Verdad que hay en todas ellas algo fatalmente inarmónico que es muchísimo peor que la fealdad? Así es también su espíritu, no tienen personalidad definida y viven plena desorientación.

Como desde la mañana, mi vida se había enrumbado tan bruscamente hacia un nuevo horizonte, situada ya en mi actual punto de vista, miré aquellos ojos profundos que nos devoraban al pasar, los uní a los míos en una amable mirada fraternal y dije atenuando la ruda verdad que había expresado tío Pancho:

—Habrá inarmonía o fealdad en el conjunto de las facciones y en ese deseo de alternar que las impulsa a amarrarse la cabeza con un lazo verde o con un galón colorado, pero fíjate en los ojos, mira qué ardientes, y qué interesantes son los ojos. ¡Parece que asomados a la calle pidieran algo imposible que nunca les han de dar!

—Sí—, dijo tío Pancho exaltándose de pronto —es la voz de las aspiraciones presas en la cárcel de un cuerpo que las tiraniza y las encadena al pregonar a gritos la inferioridad mortificante de su origen. Y este desacuerdo entre el cuerpo y el espíritu sensibilísimo del mulato, como bien dices tú, es un conflicto muy interesante... es la misma tragedia que ocultaba la nariz deforme de Cyrano, mucho más cruel y mucho más bella aquí, porque al ser más humillante es más irremediable... ¡Sí; el mulato es el crisol paciente donde se funden con dolor los elementos heterogéneos de tanta raza aventurera!... En él se encierra la causa de toda nuestra inquietud, de todos nuestros errores, nuestra absurda democracia, nuestra errante inestabili-

dad... ¡quizás en él se elabore también algún tipo social, exquisito y complejo que aún no sospechamos!...

Y luego de filosofar así, sin hacer más comentarios, nos quedamos callados un buen rato, mirando pasar a uno y otro lado del coche aquel misterio de la vida humilde que se mostraba a la calle por la franqueza de las puertas, los postigos y las ventanas abiertas, hasta que al fin, ya saciados de andar por el arrabal, salimos al campo...

Cuando sentí en el rostro la frescura de la brisa aromada y campesina, inmediatamente, sin consultar a tío Pancho, mandé detener los caballos, y le propuse que siguiésemos caminando a pie. El se bajó del coche muy complaciente, y yo, luego de bajarme tras él, con mi velo arrollado al brazo, corrí alegremente hacia un pequeño ribazo del camino, me subí a su cúspide, una vez en lo alto sorbí el aire con avidez, me llené bien los pulmones y así, erguida en mi pedestal, me quedé unos segundos saludando el paisaje...

La tarde era tan apacible como yo la quería. El sol iba buscando a lo lejos la cumbre de una colina. El valle maravilloso se extendía abajo rodeando la ciudad; la ciudad florecida de vegetación anidaba en el centro del valle, blanca de paredes, roja de tejados, mientras a mi espalda presidiéndolo todo, la majestad del Avila, la gran montaña, se alzaba maternal y pensativa.

Después de contemplar la tarde, desde la cumbre del ribazo me volví al camino, y, entonces, paso a paso, en un lento caminar lleno de estaciones y de conversación, tío Pancho y yo nos alejamos por una vereda, hasta llegar a la selva de mis paseos infantiles, entre cuyos mismos árboles, bajo la paz de la sombra, tienden aún sus columpios de bejuco «Los Meceadores».

Ansiosa de conocer la opinión concreta de tío Pancho acerca de tío Eduardo y su conducta conmigo, mientras andábamos, le repetí literalmente todo cuanto Abuelita me había referido en la mañana sobre papá, San Nicolás y tío Eduardo. Dada mi exaltación, detenía continuamente el paseo o el relato para preguntar a tío Pancho su parecer o para explicar con vehemencia las múltiples razones de mi desconfianza y mi perplejidad. Pero él, Cristina, como si le aburriese mucho aquel tema, lo mismo que había hecho antes durante el rodeo en coche, ahora también, trataba de desviar la conversación sobre cualquier detalle o accidente del camino. Esta porfiada reticencia acabó por impacientarme tanto que al fin, sentados ya bajo un árbol de Los Meceadores, donde la quietud y la sombra hacían más apremiantes mis palabras, le exigí imperiosamente que me dijese cuanto hubiese de cierto sobre el particular, porque me consideraba con derechos de saberlo. Planteada así la cuestión, tío Pancho se quedó un instante reflexivo y como indeciso, pero luego, se resolvió a hablar y dijo con mucha calma:

—Pues bien, ya que tienes tanto empeño en saber lo que pienso acerca del asunto, te lo voy a decir: ¡pero no es para que con ello te envenenes la existencia! La desgracia, María Eugenia, en cualquier orden que sea, debe acep-

tarse con valor tratando de remediar lo remediable, es claro, pero eliminando de nuestra memoria todo lo irreparable, a fin de no gastar energías en odios o en venganzas estériles. ¡Ah! ¡es una ciencia muy útil la de saber olvidar!...

Y hecho este exordio añadió poco a poco, encendiendo un cigarrillo mientras que yo, ansiosa de sus palabras le devoraba con los ojos:

—Creo... o mejor dicho estoy segurísimo, de que Antonio, tu padre, además de gastar su renta, gastaría si acaso una cuarta parte del capital que representa San Nicolás; lo demás, es decir, las tres cuartas partes restantes... ¡te las robó Eduardo!... ¡ah!... ¡no te quepa duda!... Con orden ¿eh? eso sí; con mucho orden, mucha claridad, presentando cuentas correctísimas y sobre todo ¡haciendo derroches de generosidad que como sabes...

Pero yo no le dejé concluir. Lo mismo que en la mañana cuando me hallaba instalada sobre la columna, ahora también, vi de pronto en mi imaginación, la figura de tío Eduardo, cuya estampa, ilustrada por las anteriores palabras de tío Pancho, venía a ser tan abominable que no pude menos de increparla con los dientes apretados y en el paroxismo de la indignación:

—¡Ah! ¡Herodes! ¡Nerón! ¡Caifás! ¡hipócrita!...

—¿Ves lo que te decía? —interrogó tío Pancho— vas a excitarte, y si no tienes luego la suficiente prudencia...

Pero el vocablo «prudencia» oído en semejantes circunstancias, Cristina, me irritó muchísimo más aún que la imagen de tío Eduardo, por lo cual, volví a cortarle la palabra a tío Pancho, exclamando exaltadísima:

—¡Ah! ¡si te figuras que voy a tener prudencia después de lo que acabas de decirme es porque me consideras sorda, imbécil o muda! Mira, te juro tío Pancho, que ahora, al no más llegar a casa voy a decirle a Abuelita todo, absolutamente todo cuanto pienso de tío Eduardo. ¡Sí! ¡le diré que debía estar preso por ladrón con un vestido a rayas blancas y coloradas como el que usan los presidiarios; que lo detesto con toda mi alma, y que lo que desearía es ver su horrible silueta flaca, lo mismo que la de Judas, balanceándose de una horca, con un saco de monedas a los pies, y con la lengua afuera!

—¡¡Bueno!! —prorrumpió tío Pancho en una gran carcajada—. ¡Muy bien que lo harías! Mira, con ese sistema de insultos histórico-descriptivos, obtendrás, María Eugenia, el mismo resultado que obtendría un ateo que se pusiera a blasfemar a gritos en medio de una iglesia llena de creyentes. Si hablas irrespetuosamente de Eduardo en esa forma violenta o en cualquier otra más atenuada: ¡ya lo viste conmigo esta mañana!... Eugenia te considerará un monstruo sacrílego e impío; a mí me acusará de calumniador, es lo más probable que se disguste de veras y que de resultas del disgusto no vuelva yo a poner los pies en su casa con todo lo cual no se perjudicará nadie más que tú... ¡Ten discreción! ¡Ten paciencia, María Eugenia!... oye...

Y aquí tío Pancho se dio a calmarme con cariño y dulzura.

Me refirió que al morir Papá y conocer él mi situación, lejos de verla con indiferencia se había interesado muchísimo por mí, haciendo las indagaciones del caso, tratando de buscar informes en cartas o documentos, hablando con los abogados, etc., etc. Pero que desgraciadamente, todas sus gestiones habían resultado infructuosas, porque Papá, al asociarse a tío Eduardo, doce años atrás, le había entregado incondicionalmente la administración general de sus bienes con un tanto por ciento sobre la renta y las utilidades. Ahora moría de pronto sin hacer testamento ni poner en claro el estado de sus negocios. Por lo tanto, tío Eduardo, que era tan rapaz como metódico, avaro y previsor, en doce años de libre administración había ido arreglando las cosas a su favor y ¡claro! ¡al desaparecer Papá presentó unas cuentas que verdaderas o imaginarias: ¡eran las únicas que existían! La negligencia del uno se aliaba a la rapacidad del otro y las explicaciones de tío Eduardo, único árbitro en el asunto, eran irrefutables. La situación resultó clara y terminante desde el primer momento. Fuese como fuese, entonces lo mismo que ahora: ¡había que aceptarla! Y puesto que así era: ¿por qué no aceptarla ya, de una vez, con entera resignación?

Esto lo fue diciendo tío Pancho, en voz muy suave, mientras que yo, un tanto apaciguada, le oía contemplando en silencio la punta charolada de mis zapatos; y creo que hubiese continuado atendiendo al relato sin alterarme a no haber mediado el anterior consejo sobre la resignación. Pero yo estoy firmemente convencida, Cristina, de que es un malísimo sistema, este de predicar la resignación o cualquier otra virtud nombrándola así, con su propio nombre. Dan ganas de practicar inmediatamente el vicio contrario. Lo digo porque al formular tío Pancho su pregunta-consejo: «¿Por qué no aceptarla ya con entera resignación?» yo, que como te he dicho, me hallaba muy tranquila, di un salto nervioso, y al punto, accionando con tan rápida vehemencia que se me enredó y rompió en la trama del velo la uña de mi anular derecho, con lo cual tuve el dedo decapitado y feísimo durante varios días, exclamé desesperada:

—¡Ah! ¡sí! eso es: ¡resignación! ¡también estás tú ahora como Abuelita, tío Pancho!... Mira, haz el favor de no nombrarme más las palabras: «resignación» «severidad» «prudencia» e «irreprochable» porque las detesto. Abuelita me las machacó esta mañana lo menos veinte veces: «Debes ser severísima contigo misma, María Eugenia»... —declamé imitando la voz de Abuelita mientras accionaba con la mano de la uña rota, tal cual si brillasen en ella los consabidos lentes.

—¡Ah! ¡«severísima»! ¡como si eso fuera muy divertido! ¡como si con severidad y resignación se pudiera comprar ropa!... ¡Sí! —añadí luego en un tono impregnado de lágrimas—. ¡Veremos a ver qué me pongo, cuando se me acaben estos vestidos de París, ahora que soy pobre y miserable como una rata!

Pero tío Pancho, que quería consolarme a toda costa, respondió esta vez con un tacto y con un acierto verdaderamente admirable:

—¡Nunca es pobre una mujer, cuando es tan linda como eres tú, María Eugenia!

Y como empezase luego a enumerar mis atractivos personales y a elogiarlos calurosamente, con un tono terminante de crítico conocedor y exquisito, me fui tranquilizando poco a poco, hasta que al fin, luego de arreglarle la uña averiada lo mejor posible, mientras él seguía elogiando aún, bastante animada ya, abrí mi saco de mano y para comprobar la exactitud de los elogios, al tiempo que los oía, me di a contemplarme en el espejillo ovalado. Desgraciadamente, dado el tamaño exiguo del espejo no pude ver mi rostro sino en dos secciones: Primero la barba, la boca y la nariz; luego la nariz, los ojos y el sombrero; pero fue lo suficiente para que asociado el espejo a las palabras de tío Pancho, se evaporase de mi voz aquella humeda de lágrimas, y ya, con la voz normal, dije mirándome los ojos en los cuales brillaba una como imperceptible sonrisa:

—Pero a mí me gustaría tío Pancho... ¿sabes qué?... ¡pues tener los ojos claros, y un poco más de estatura!

—¡Vaya! ¡qué disparate! Serías entonces demasiado alta. Y lo de los ojos claros, te quitaría el tipo. Si los ojos es lo mejor que tienes, María Eugenia. Difícilmente se encuentran ojos así... ¡tú lo sabes muy bien!

Como esperaba esta contestación, al oírla, la acogí con una franca sonrisa, mientras protestaba enérgicamente sacudiendo la cabeza:

—¡Nada, nada, nada tengo yo bien, tío Pancho!... ¡Son cosas tuyas que como me quieres me ves bonita!

Y nos quedamos callados un instante...

Pero yo hube de cerrar al fin mi bolsa de mano; en ella se ocultó el espejo, y por lo tanto, tras el espejo se ocultó también mi propia imagen que aún así, trunca y a pedazos, es la única que sabe darme suavísimos consejos; la única, sí, la única que sin decir ni jota, me predica la resignación, el buen humor, la bondad y la alegría... Una vez enterrada mi imagen entre las negruras del saco de mano, hubo unos segundos de silencio, y claro, al instante, volvió a surgir en mi mente la figura flaca de tío Eduardo con todo su cortejo de ideas irritantes. Al divisarla interiormente, ataqué de nuevo el mismo tema:

—Pero oye, tío Pancho, lo que yo no comprendo en este asunto de tío Eduardo, es a Abuelita: ¡eso de que esté tan convencida de que el mamarracho de tío Eduardo es un ser superior, magnánimo, generosísimo!...

—¡Misterios inefables de la fe, hija mía!

Exclamó tío Pancho, y suspiró, y puso los ojos en blanco, muy cómicamente y como si estuviese rezando, expresión que me dio muchísima rabia, porque no me pareció cosa de tomarse a risa el que yo me encontrara de la mañana a la noche sin un céntimo de qué disponer. Por esta razón, viendo los ojos místicos de tío Pancho, le interrogué al instante de muy mal humor:

—¿Cómo «misterios de la fe»? ¿Qué quieres decir con eso?

—Sí; mira: Eugenia, lo mismo que Clara, lo mismo que casi todas las mujeres que se llaman «de hogar» en Caracas, no les basta generalmente con una sola religión y tienen dos. La una la practican en la iglesia, o ante algún altar preparado al efecto, como aquel del Nazareno que tiene Eugenia en su cuarto. La otra la practican a todas horas, en todas partes, y es lo que ellas llaman «tener corazón y sentimientos». De esta segunda religión el dios es uno de los hombres de la familia. Puede ser el padre, el hermano, el hijo, el marido o el novio: ¡no importa! Lo esencial es sentir una superioridad masculina a quién rendir ciego tributo de obediencia y vasallaje. Y entonces, todo cuanto esta deidad hace está bien hecho, todo cuanto dice es una ley, todo cuanto existe se pone entre sus manos, y su cólera, por justa, arbitraria o grotesca que sea, así provenga de un atentado de la mujer a las leyes estrictas del recato, como estalle de golpe ante un plato de carne demasiado dura, o se desarrolle imponente, en calzoncillos, frente a la pechera de una camisa mal planchada, siempre, siempre, semejante voz, resonará en los ámbitos del hogar, majestuosa y solemne, como resonó la voz de Jehová sobre el Sinaí. . . En tu casa ese dios es hoy Eduardo; quien en honor de la verdad y dicho sea entre paréntesis, no tiene mal carácter; ¡nunca grita!

—¡Claro! ¡con aquella voz por la nariz! ¡Bonito estaría tío Eduardo, gritando furioso y en paños menores! Parecería un Judas de esos que queman por Pascua de Resurrección. . . Bueno, lo que él es. . .

Pero tío Pancho seguía filosofando:

— . . . Y yo no sé si esta arraigada costumbre de deificar al hombre, provenga de atavismos orientales heredados de nuestros antepasados andaluces, o si obedezca más bien a un sencillo problema económico: a las mujeres sin dote ni fortuna propia como son en nuestra organización social casi todas las mujeres, es el hombre quien está obligado siempre a sostenerlas de un todo, y dime: para un corazón sensible y agradecido ¿puede haber algo más parecido al Dios omnipotente del cielo, que aquel que pague todos nuestros gastos en la tierra? . . .

—Según. . . —dije yo reflexionando el caso con mucha gravedad—, si las cosas que paga son elegantes y finas, si se tiene un buen automóvil *limousine*, y se vive además en una casa *chic* donde haya por ejemplo varios baños de agua caliente, y un saloncito oriental, con tapices, pebeteros, y su gran diván negro lleno de cojines: ¡sí! estoy de acuerdo. Pero de lo contrario. . . ¿crees tú, tío Pancho, que yo agradecería mucho que me pagaran un vestido de raso, como el que tenía puesto antier tía Clara, todo verdoso, y con el talle, allá, en las narices? ¡Ah! no, no, no no! No lo agradecería nada, al revés; si estuviera obligada a ponérmelo, maldeciría con toda mi alma la mano que me lo hubiera pagado. . . Y es que yo no concibo el raso ¿sabes? si no es *charmeuse* de a treinta bolívares en adelante el metro. ¡Y lo mismo las medias! . . . ¡mira, mira éstas que tengo puestas! ¿son bonitas, eh? . . . bueno, ¿y por qué? . . . ¿por qué son bonitas? . . . ¡pues porque me costaron en París ciento veinte francos!

—¡¡Bien!!... —dijo tío Pancho riéndose otra vez con mucho escándalo—. ¡Veó, María Eugenia, por ese escalofriante presupuesto, que te avalúas carísima! ¡Ah! tienes muy definida la conciencia de tu propio valer, condición indispensable para llegar a valer. Sí, sí, haces bien. Si queremos que los demás nos estimen un poco, es preciso empezar por estimarnos mucho nosotros mismos. ¡No lo olvides nunca, mira que es un principio importantísimo para una mujer que generalmente sólo vale por lo que dé en estimarla un hombre!

—Otra cosa, tío Pancho —dije yo volviendo a mi arraigada obsesión—. Abuelita me predica moral a mí con tantísimo interés y con tantísima vehemencia, que sí: «el honor de una mujer» que sí: «la virtud de una mujer»... Bueno ¿y por qué no se la predica también a esa sardina seca de tío Eduardo, vamos a ver? ¡A que nunca lo ha sentado en una sillita a su lado y le ha dicho como a mí esta mañana: “el honor de un hombre!”

Tío Pancho volvió a poner la cara mística y dijo:

—Porque el honor de estos hombres tan honorables como Eduardo no hay para qué mencionarlo. El mencionarlo sólo, implica ya cierta duda o poco respeto hacia él; pecado en el cual no incurriré nunca Eugenia. Mira, el honor de los hombres, hija mía, en todas partes es algo así... ¿cómo diremos? algo indefinido, elástico, convencional... pero aquí, en nuestro medio, se ha hecho ya tan elástico e indefinido, que al igual de las cosas sagradas, siendo muy trascendental es completamente invisible, así como el alma humana, y los espíritus angélicos. Es un atributo que subsiste por sí, independientemente del sujeto que lo ostenta, con cuyos actos, conducta o proceder no suele guardar la menor relación. Sólo a la mujer o a las mujeres de la casa, quienes por lo común son las encargadas de su cuidado y vigilancia, les es dado el mancharlo, herirlo o denigrarlo con el más leve descuido de su conducta. Debido a ello, el hombre de nuestra sociedad, tan celoso de su honor como lleno de lógica y de abnegación, en lugar de ocuparse de sí mismo y de su propio comportamiento: ¡no! sólo vigila, atiende y contempla escrupulosamente a todas horas, el comportamiento de la mujer, tabernáculo vivo donde se encierra esta majestad sagrada de su honor... Bueno, y el gran mérito de una mujer consiste en vigilarlo a todas horas, piadosamente, después de haberlo aceptado así, contradictorio, incomprensible y misterioso, tal cual un dogma de fe...

—¡Ah! otra cosa, otra cosa que quiero preguntarte, tío Pancho, antes de que se me olvide: ¿Cómo es que a tía Clara tampoco le queda un céntimo? Ayer me dijo que para hacer sus gastos sólo contaba con una pequeña pensión que mensualmente le pasaba tío Eduardo. ¿No heredó ella también como los demás de la fortuna que dejó Abuelito Aguirre?...

Y entonces, para satisfacer esta pregunta, tío Pancho se engolfó, Cristina, en una larguísima relación, salpicada de observaciones y de chistes que no te repito en detalles porque como bien sabes a mí en el fondo me aburren muchísimo las conversaciones de intereses. Me sucede con ellas lo mismo que

me sucede con las conversaciones de política, o sea que me crispan de impaciencia cuando no me duermen de fastidio. Pero en fin, resumiendo en pocas palabras lo que me explicó tío Pancho, te diré que hoy en día, tía Clara no tiene nada y Abuelita, quien a la muerte de mi abuelo su marido heredó una buena renta, al igual de tía Clara, ella también se ha quedado reducida no diremos a nada, pero a casi nada.

Sus respectivas herencias o fortunas tuvieron los siguientes procesos:

La de tía Clara se perdió de un manera más o menos jovial y pintoresca; es decir, que pasó goteando poco a poco con gran regocijo y metálico tintineo de las manos fraternales de tía Clara, a las pródigas manos de tío Enrique, su hermano menor y preferido. Al decir de tío Pancho, este tío Enrique, muerto hace ya varios años, era el reverso de tío Eduardo: alegre, calavera, generoso y tenorio se pasaba la vida viajando y haciéndole regalos a todo el mundo. Solía además jugar muchísimo y en los tiempos de fortuna, dilapidaba triunfalmente los favores de la suerte; pero luego, en la adversidad, era tía Clara su paño de lágrimas y quien a escondidas de Abuelita, prestaba siempre lo suyo para pagar las deudas más apremiantes o para satisfacer los más indispensables caprichos. Tío Enrique retribuía luego, con profusión de regalos y cariños, tan espontáneos sacrificios y fue así, como los dos juntos en mutuo y común acuerdo consumieron hasta el último céntimo del patrimonio de tía Clara.

En cuanto a la fortuna de Abuelita, quien jamás hubiera consentido en pagar con ella las deudas indignas del calavera de tío Enrique, corrió peor suerte aún que la de tía Clara puesto que, siendo mucho mayor, se perdió también del mismo modo sin que nadie se regojase con ella. Y es que tío Eduardo, quien por su carácter metódico y tranquilo se había ganado desde muy joven el aprecio y la confianza absoluta de Abuelita, emprendió hace ya muchos años yo no sé qué negocio de minas que debía producir muchísimo, y para cuya explotación Abuelita le prestó sin reservas todo su capital. A pesar de los pronósticos y de las seguridades, la empresa fracasó a los pocos años, del modo más lamentable. Del capital de Abuelita apenas logró salvarse una pequeña suma, la cual, colocada en acciones de Banco y unida a una exigua pensión de viudedad, es desde entonces, lo único que tiene ella para vivir y sostener esta casa en forma muy medida y económica. Después del fracaso de tío Eduardo, que como buen avaro es tesonero y sufrido, siguió trabajando, primero en la misma empresa, y luego más tarde, asociado a papá. Gracias a su economía y a su astucia logró rehacerse y hoy es rico, pero de aquel dinero de Abuelita perdido por él en la empresa de minas no ha vuelto a hablarse más. En cambio, para proveer a los gastos de esta casa, a más de la pensión de viudedad y a más de la pequeña renta que producen las acciones, tío Eduardo suple a Abuelita y a tía Clara una cantidad mensual; y de esto se habla todos los días. Abuelita lo llama por ello su providencia, y el mejor, el más abnegado, el más generoso de los hijos. . .

—Este es el sistema de Eduardo: ¿comprendes? —comentó tío Pancho



clausurando su versión al llegar aquí— coge mil; luego regala dos, y por esos dos hay que bendecirlo eternamente: ¡es el protector!

Aun cuando nada nuevo acabase de escuchar, relativo a mi propia situación, recuerdo que al terminar tío Pancho aquella prolija explicación que había ido glosando con anécdotas y con todo género de comentarios, yo reconstruí en un segundo sobre su relato el relato de Abuelita en la mañana, y ahora también, volví a quedarme un largo rato inmóvil y aterrada, clavados los ojos en mis propias manos que se hallaban desmayadas al azar sobre el vestido negro, como los símbolos vivos de mi sumisión y de mi renunciamento.

¡Ah! si llegaba a faltarme Abuelita, cosa que bien podía ocurrir de un momento a otro ¿qué sería de mí, Dios mío, qué sería de mí? . . . ¡Ah! ¡el horror de la dependencia en la casa enemiga de tío Eduardo! . . .

Y en el silencio augusto del momento, bajo la sombra intensa de los árboles y el crepúsculo, al lado de tío Pancho que callado jugueteaba ahora con la punta del bastón sobre la hierba, sentí por vez primera que mi alma se aferraba desesperadamente a la vida de Abuelita, como el niño que apenas sabe caminar se agarra a la falda de su madre. . . Sí; ella; sólo ella; sólo su maternidad podía calmar la humillación de mi pobreza y de mi desvalimiento. . . Pero como de pronto, así, pensando en Abuelita, echase de ver que la noche se nos venía encima, me puse de pie con mucha rapidez y dije mientras sacudía de mi falda las briznas recogidas en la hierba:

—Acuérdate, acuérdate tío Pancho que Abuelita me espera. Le ofrecí volver temprano, y allá estará la pobre, en el salón. . . me parece que la veo, con el vestido de tafetán y la cadena de oro, sentada en el sofá, frente a las visitas, amable, sonriente y nerviosísima, mirando a cada instante hacia la puerta a ver si entro yo.

—Sí, —dijo tío Pancho levantándose del suelo con mucha dificultad—. Eugenia está muy vanidosa de ti. Vienes a ser hoy para su amor propio algo así como lo que debió ser en su juventud un sombrero nuevo traído de Europa. Quiere mostrarte a todos, pero puesto en ella, es decir, en su casa.

—¡Pobre Abuelita! ¡Al fin y al cabo me quiere mucho!

—Te prefiere sin comparación a todos los demás nietos. Y lo mismo Clara. A pesar de los años que han pasado sin ti: ¡ya ves! y es que éste es otro precepto del «corazón y de los sentimientos»: preferir siempre a los nietos y sobrinos nacidos en las mujeres de la familia aunque vivan en Pekín y no los haya visto nunca.

Oyendo estas palabras, volví a sentir más intensamente todavía el calor maternal que era en mi vida la vida de Abuelita, cuyas manos piadosas iban a mutilarme cruelmente al podar celosas, con ternura y con cuidado, las alas impacientes de mi independencia. Y esto pensando, y mirando a lo lejos el panorama de la ciudad, que ya empezaba a prenderse; en medio del crepúsculo que caía con su gran apresuramiento de crepúsculo tropical, tío Pancho y yo anduvimos un rato en silencio. . .

Pero de pronto, como entre las luces parpadeantes que se iban encendien-

do allá abajo, evocase la ciudad chata, y evocase luego la casa verde con sus tres grandes ventanas, que me esperaban conventualmente, volví a sentir el horror de mi vida prisionera y aburrida:

—¡Ah! tío Pancho, tío Pancho —dije entonces deteniendo el paso con filosófica amargura—. ¿Y para qué habremos nacido? ¡La vida! ¡Mira que la vida! . . . ¿De qué sirve al fin y al cabo?

Y tío Pancho que de todo se burla y que todo lo critica muy franciscanamente, en vez de consolarme, respondió a mi pregunta criticando a la vida con cariño:

—¿De qué sirve? . . . ¡de nada! . . . Es la misma tontería siempre repetida; es un rosario sin ton ni son, que rezan maquinalmente los siglos; es un pobre monstruo, ciego y torpe, que desconociendo el instinto de conservación se alimenta devorándose a sí mismo en medio de los más crueles dolores. . .

Pero yo, desesperada y llorosa, desdeñando metafísicas y generalidades, me concreté a mi caso:

—¡Si al menos hubiera nacido hombre! Verías tú, tío Pancho, cómo me divertiría y el caso que haría entonces de Abuelita y de tía Clara. Pero soy mujer ¡ay, ay, ay! y ser mujer es lo mismo que ser canario o ¡jilguero. Te encierran en una jaula, te cuidan, te dan de comer y no te dejan salir; ¡mientras los demás andan alegres y volando por todas partes! ¡Qué horror es ser mujer!; ¡qué horror, qué horror!

—Te equivocas, María Eugenia —dijo con mucha seriedad tío Pancho, deteniéndose él también ahora unos segundos—. Mira; si yo tuviera que volver a nacer te aseguro que después de haber nacido hombre rico, como fui en mi juventud, elegiría ahora el nacer mujer bonita. Créelo. Te hablo por experiencia: la forma más preponderante que haya tomado hasta ahora sobre la tierra la autocracia, o despotismo humano es ésa: el gobierno de una mujer bonita. ¡Ah! ¡qué poder sin límites! ¡qué sabiduría de mando! ¡qué genial dictadura, a cuya sombra han florecido siempre todas las artes, y aquella ciencia humilde y bellísima, que consiste en descubrir a los ojos de nosotros los hombres, nuestro innato servilismo de perro, siempre dispuesto a lamer la mano del amo que lo castiga; única faz delicada y superior que encierra nuestra pobre naturaleza tan corrompida por los abusos y la soberbia de la inteligencia!

Pero semejante opinión, Cristina, me pareció tan paradójica que lejos de calmarme me exacerbó más y más.

—¡Eso todo son romances, versos y mentiras! Las infelices mujeres no somos más que unas víctimas, unas parias, unas esclavas, unas desheredadas! . . . ¡Ah! ¡qué iniquidad! Yo quisiera meterme de sufragista con la Pankhurst a incendiar Congresos de hombres y a rajar con un cuchillo los cuadros célebres de los museos! ¡A ver si acababan por fin tantos abusos!

Y luego de suspirar profundamente caminando siempre por la angosta vereda volví a exclamar, con voz de queja:

—¡Mira que vivir siempre en tutela! ¡Mira que pasar el día entero en ce-

rrada entre cuatro tapias sin poder siquiera tocar el piano! ¡Qué razón tienen las sufragistas! ¡Ah!... ¡no lo sabía yo bien! Por eso, una vez que asistí en París a una conferencia feminista no atendí a nada de lo que dijeron. Si fuera hoy no perdería ni una sílaba... Pero bueno, es que también: ¡con aquellos pies y aquellos zapatos! Mira, tío Pancho, figúrate que a la vieja que daba la conferencia se le veían los dos pies cruzados, en el suelo, claro, bajo la mesa, y eran ¡de lo que no te puedes imaginar! ¡Qué ordinario! ¡zapatos claveteados, y medias gruesas, así, tío Pancho, de algodón! ¡Ay! me chocaron tanto aquellos pies que del mismo horror que me causaron no pude quitarles los binóculos durante toda la conferencia... No, lo que es a mí, ni con la elocuencia de Castelar me convence una mujer semejante.

—¡Por lo visto, María Eugenia, aspiras a que te prediquen el feminismo con los pies; tienes razón. A mí también me parece mucho más elocuente que el que predica generalmente con palabras. Y es que no hay nada más convincente que la elocuencia callada de las cosas, y unas medias de ciento veinte francos pueden llegar a dominar magistralmente las leyes de la dialéctica y de la oratoria.

Pero como tampoco me gustase el sesgo demasiado frívolo que daba ahora tío Pancho a mis palabras, respondí muy picada:

—No, no, no es eso tío Pancho, no me creas tan superficial. A mí, después de todo no me importan nada las medias número cien ni los tacones Luis XV. A lo único que aspiro hoy por hoy es a gozar de mi propia personalidad, es decir, a ser independiente como un hombre y a que no me mande nadie. Por lo tanto de ahora en adelante mi divisa será ésta: «¡Viva el sufragismo!».

—No digas disparates, María Eugenia, ¡«independiente como un hombre»! cuando el sino del hombre civilizado es exactamente el mismo que el de su dulce servidor el burro, o sea: trabajar a todas horas con paciencia, y obedecer siempre, ¡siempre!... No a las sufragistas naturalmente, sino a las mujeres bien calzadas como estás tú ahora...

Y así, caminando a mi espalda por la angosta vereda, tío Pancho siguió desarrollando muy obstinadamente su disparatada tesis acerca de la preponderancia actual de la mujer. La desarrolló en un largo discurso. Pero yo, dado mi mal humor, sólo escuché pedazos de aquel especie de sermón peripatético.

—La igualdad de los sexos, hija mía —venía diciendo mientras yo miraba titilar a mis pies las mil luces de Caracas que brillaban ya como ascuas en la oscuridad—, la igualdad de los sexos, lo mismo que cualquier otra igualdad, es absurda, porque es contraria a las leyes de la naturaleza que detesta la democracia y abomina la justicia. Fíjate. Mira a nuestro alrededor. Todo está hecho de jerarquías y de aristocracias; los seres más fuertes viven a expensas de los más débiles, y en toda la naturaleza impera una gran armonía basada en la opresión, el crimen, y el robo. La resignación completa de las víctimas, es la piedra fundamental sobre la cual se edifica esa inmensa paz y armonía. El espíritu democrático, o sea el afán de hacer justicia y de repartir dere-

chos, es un sueño pueril que sólo existe en teoría dentro del pobre cerebro humano. La naturaleza, pues, está ordenada en jerarquías, los animales más fuertes devoran a los más débiles, viven a sus expensas e imperan sobre ellos. El ser humano está a la cabeza de todas las jerarquías y es la suprema expresión del tipo aristocrático en la naturaleza. Ahora bien, en dicho ser humano, según los grados de civilización de las sociedades, se disputan el predominio o mando los dos sexos: el hombre y la mujer. Siguiendo la ley de jerarquías: ¿cuál de los dos está llamado a imperar sobre el otro y por consiguiente sobre toda la naturaleza? He aquí el problema. Resolverlo a favor suyo dejándole siempre al hombre toda su vanidosa apariencia de mando, es la prueba de mayor inteligencia que puede dar una mujer, y es además, para la sociedad en donde ella actúe, señal evidente de alta civilización y alta cultura. Mientras que por el contrario las sociedades en donde real y verdaderamente predomina el hombre, son siempre sociedades primitivas, bárbaras e incultas. ¿Por qué? dirás tú. Pues por la simple razón de que el hombre a pesar de haberse revestido pomposa y teatralmente desde los tiempos primitivos, con las coronas, los cetros y todos los demás atributos del mando, en el fondo no está constituido para mandar sino para obedecer. De ahí que al querer imponerse lo haga siempre mal, a gritos, con ademanes grotescos y vulgarísimos como los que suelen emplear todos aquellos que, no habiendo sido privilegiados por la naturaleza con el don preciosísimo del mando, quieren a toda costa dominar. Es lo que ocurre generalmente ahí —añadió señalando el ascua viva de Caracas que brillaba ahora como un cielo caído a nuestros pies—. Estas pobres mujeres desconocen su poder. Deslumbradas por la luz idealista del misticismo y de la virtud, corren siempre a ofrecerse espontáneamente en sacrificio y se desprestigian a fuerza de ser generosas. Como las mártires, sienten exaltarse su amor con la flagelación, y bendicen a su señor en medio de las cadenas y de los tormentos. Viven la honda vida interior de los ascetas y de los idealistas, llegan a adquirir un gran refinamiento de abnegación que es sin duda ninguna la más alta superioridad humana, pero con su superioridad escondida en el alma, son tristes víctimas. Y es que ignoran la fuerza arrolladora que ejercen sus atractivos, se olvidan de sí mismas; desdeñan su poder al descuidar su belleza física, y claro, viéndolas así desprestigiadas y decaídas, los hombres hacen de ellas una tristes bestias de carga sobre cuyas espaldas dóciles y cansadas ponen todo el peso de su tiranía y de sus caprichos, después de darle el pomposo nombre de “honor” . . .

Y como al llegar aquí, llegásemos también al sitio donde habíamos dejado el coche, yo me subí muy de prisa, me senté al sesgo en el rincón de la derecha, crucé una pierna sobre otra, y luego, mientras arrancaban los caballos, exclamé dramáticamente levantando los brazos al cielo:

—¡Mira que volver a encerrarme otra vez en aquella casa de Abuelita tan fastidio-o-o-o-o-osa! . . . ¡Y quién sabe ahora hasta cuándo no volveré a salir!

Pero tío Pancho que al ver la expresión dramática de mis brazos debió conmovirse, contestó por fin, una cosa interesante:

—Pronto, ya verás. Porque tengo para ti un proyecto maravilloso. ¡Vas a ser muy feliz! ¡Verás! . . . ¡verás!

—Dudo muchísimo el que yo pueda volver a ser feliz —dije más dramáticamente aún de lo que había dicho antes—. ¡Mi vida ya está destrozada para siempre! . . . ¿Y cuál es el proyecto ése?

—¡Ah!, no puedo decírtelo todavía sino dentro de una semana más o menos, porque tiene . . . ¡tiene sus dificultades el proyecto!

—¡Ay! ¡no, dímelo ya, tío Pancho! Si te ibas a callar a la mitad no debías haber empezado. Ahora ya no tienes más remedio que decírmelo.

—No porque después, si te lo digo, no pasa.

—¡Que sí pasa; al revés, si me lo dices, pasa, ya verás! Anda, tío Panchito lindo, ¡di! ¡di!

—No, María Eugenia; tú eres muy imprudente; te lo digo, lo sueltas allá en tu casa y lo echas a perder todo.

—No, no lo suelto. ¡No se lo digo ni a la pared, te lo aseguro, te lo juro, anda, no te hagas de rogar, tío Pancho, dilo pronto, antes de que lleguemos; no vas a tener tiempo! . . . Bueno, te advierto que de este coche no me bajo sin saberlo.

Y entonces, Cristina, con todos los requisitos, los extremos y la calma que suele emplearse en semejantes ocasiones, tío Pancho dijo espaciando muchísimo las palabras:

—Bueno . . . oye . . . es . . . que te tengo un novio ¡pero qué maravilla de novio! —y para más ponderar, sorbió un instante el aire con los dientes y los labios muy juntos—. ¡Qué perfección! Mira, buscando otro con la linterna de Diógenes, no lo encuentras mejor en todo Caracas, ¡qué digo en Caracas! ¡ni en todo Sur América, ni en Europa, ni en ninguna parte! . . .

Yo contesté al momento una cosa que me pareció muy elegante y muy de rigor:

—¡Pss! . . . ¿Y era eso? Pues mira, a lo mejor tu trabajo, tu busca, tu linterna y todo, resulta: ¡tiempo perdido! Porque yo soy muy delicada con los hombres, tío Pancho; me desagrada uno por cualquier detalle, así sea la más mínima tontería, y se acabó, ¡que no me lo nombren más! . . .

—Mira, María Eugenia, me parece demasiado desdén y demasiado tono desde ahora.

Y tío Pancho se quedó callado unos segundos durante los cuales se oyó solemnemente el trotar de los caballos. Luego añadió:

—Bien, yo pensaba describírtelo, pero ya que tan delicada eres, será quizás más prudente que no te diga yo nada a fin de que él te sorprenda . . .

—No, no, descríbelo, retrátalo, píntalo: ¡nada se pierde con eso! ¡veamos la gran maravilla!

Y entonces tío Pancho se dio a detallarme su inesperado descubrimiento, su riquísima perla masculina.

Según él esta perla, o preciado tesoro cuyo nombre desconozco todavía,

está dotado de un agradable físico: elegante, delgado, esbelto, distinguido. Moralmente es intelectual y refinado, es decir, que habiendo tenido mucho éxito en los estudios es al mismo tiempo un hombre de mundo que sabe ponerse una corbata y tener las uñas limpias. En la Universidad de Caracas se graduó de abogado y de médico. Una vez graduado se fue a Europa y en Europa pasó diez años completando sus estudios, doctorándose además en filosofía y en ciencias políticas, viajando, adquiriendo toda clase de conocimientos, y dando conferencias en varias universidades de España y Francia. Ultimamente, luego de regresar a Venezuela, ha escrito un libro de sociología e historia americana, el cual, al decir de tío Pancho, es admirable... (¡Ah, Cristina lo pedante que debe ser este hombre! Me lo figuro ya con la «esbelta» pierna derecha, cruzada sobre la izquierda, hablando de su libro y de sus conferencias... ¡Menos mal si está bien vestido y lleva las uñas arregladas!). Actualmente no tiene fortuna propia (¡espantosa deformidad!), pero cuenta adquirir magníficos negocios que lo harán rico. Aspira además a figurar en política, o a ser enviado de ministro a alguna legación de Europa o de América. Como carácter, es alegre, fino, galante, amplio de ideas, y de un trato encantador. En fin, Cristina, que salvo el defecto garrafal y momentáneo de la falta de dinero, es un estuche, una joya y un tesoro; ¡valgan las palabras de tío Pancho! Yo, si quieres que te sea sincera, no tengo mucha fe en dicha descripción y dichos elogios, porque he notado que los hombres carecen en absoluto de sentido crítico cuando se trata de juzgar entre ellos. Llamen «maravilla» lo que en realidad es una cosa trivial, sin interés, sin originalidad, sin nada. Por lo tanto, muy prudentemente me abstengo de todo juicio, y sólo digo con Santo Tomás ¡Ver para creer!

Y hasta aquí lo concerniente a mi futuro novio, quien no obstante ser parte principal del proyecto o plan tramado por tío Pancho, no es más que «una sola» parte. Falta referirte ahora la segunda parte o etapa del programa, enunciada también aquella tarde en el coche y la cual se relaciona con el ambiente, sociedad o lugar donde debo conocer a ese príncipe azul, que me ha descubierto tío Pancho. Como verás, dicha segunda parte, es, a mi juicio, mucho más interesante que la primera y creo que ha de ser también de resultados más inmediatos, prácticos y positivos.

Es lo siguiente:

Hay en Caracas una señora casada, de treinta a treinta y cinco años, preciosa, elegante, distinguidísima, parienta lejana y amiga íntima de tío Pancho y de Papá, cuyo nombre es Mercedes Galindo y quien desde el día de mi llegada desea ardientemente conocerme. A esta señora, que también es amiga del novio en cuestión, le encanta arreglar matrimonios, y por consiguiente se ha puesto de acuerdo con tío Pancho para arreglar el mío llevándome a su casa, invitándome continuamente a comer, y haciéndome en general un marco o ambiente que resulte lo más sugestivo y apropiado al caso (¡Ah Cristina, qué admirable y qué bendita ocasión para ponerme al fin todos mis vestidos antes de que vayan a pasarse de moda!). Ocurre que para la realización inme-

diata del proyecto, existe un gran obstáculo, una inmensa dificultad que es preciso vencer a toda costa, y es ello, el que Abuelita y Mercedes Galindo no se tratan actualmente por un disgusto que tuvieron allá «in illo tempore» mi abuelo Aguirre y el señor Galindo, padre de Mercedes. Tío Pancho dice que antes que nada es indispensable llegar diplomáticamente a un acuerdo o reconciliación entre Abuelita y Mercedes. Mercedes está completamente dispuesta a ello. Falta convencer a Abuelita; de ahí la habilidad, tacto y prudencia que es menester observar y a lo cual aludía tío Pancho cuando me anunció el proyecto.

Yo espero que la Providencia se compadezca de mí y haga que Abuelita se reconcilie con Mercedes Galindo, quien, al decir de tío Pancho (y también de Papá) es una mujer encantadora, generosa, simpatiquísima, completamente opuesta a las amistades etruscas o góticas que hasta el presente he tenido el honor de conocer, aquí, en el salón de esta casa, bajo la presidencia de Abuelita, efectuada siempre desde el sofá, con toda la pompa del vestido de tafetán y de la cadena de oro.

Cuando llegó el coche a la puerta, tío Pancho, como bien anuncié yo, no había terminado aún de explicarme los requisitos y puntos finales de su descomunal proyecto. Detenido ya el coche, tuvimos que permanecer en él un buen rato más, cuchicheando a la sordina, con gran apresuramiento y discreción. Hasta que al fin, él, volvió a repetirme por última vez los más interesantes informes y apremiantes recomendaciones:

—Mercedes te quiere muchísimo, no por recuerdo ni amistad de familia ¡no vayas a creer!, sino porque le he dicho lo muy bonita que tú eres y eso le basta a ella para quererte. Está impacientísima, loca, por conocerte. Ya tiene en plan la comida de presentación, menú, etc., y te ha dedicado además varios regalos... Pero prudencia ¿eh? ¡mucha prudencia! Aquí: ¡ni una palabra de nada! Mira que María Antonia, la mujer de Eduardo, abomina a Mercedes y si se entera, intriga con éxito y lo echa a perder todo. La manobra debe ser hábil y muy rápida: ¡yo me encargo!

—¡Ah! tío Pancho —le reproché entonces al despedirme— ¿y no podías haberme contado todo eso hace más de hora y media, cuando subíamos a Los Mecedores, en lugar de crisparme los nervios con tus observaciones filosóficas?

Pero tío Pancho que cuando no sabe qué contestar se las da de fatalista, dijo:

—¡Estaba escrito!

Y así terminó, Cristina, aquella memorable conferencia, celebrada en coche, el infausto día en que por primera vez tuve noticias de mi absoluta ruina. El inesperado proyecto de tío Pancho, erizado como estaba de interés, de dificultades y de esperanzas, cual un plan de fuga para un cautivo, me encendió de golpe en el espíritu el fuego de una impaciente alegría. Y fue tan grande esta alegría, que unos segundos después de haberme despedido de tío Pancho,

al penetrar feliz en el salón de Abuelita, estuve amabilísima con todas las visitas etruscas, las saludé sonriente, les hablé bellezas de Caracas, y las despedí hasta el portón con suma cordialidad. Luego, cuando nos dirigimos al comedor, me apresuré a ofrecer el brazo a Abuelita para atravesar el comedor y el patio; una vez en la mesa, sentada frente al plato de sopa, contesté en voz alta e inteligible al «bendito y alabado . . .» que murmuró tía Clara; hablé todo el tiempo con acierto y alegría; comí con muchísimo apetito, y una hora más tarde, ya en la cama, radiante y sonreída bajo las sábanas, recuerdo que me dormí de embajadora en una corte europea, con un admirable collar de perlas al cuello, y haciendo una profunda reverencia de las que llamaban en el colegio de doce tiempos ¿te acuerdas? aquellas en que se contaba: una, dos, tres, cuatro, cinco, y seis; durante la primera etapa de la reverencia; y luego: siete, ocho, nueve, diez, once, y doce, durante la segunda.

Debo advertirte que tal como conviene a toda persona bien nacida, antes de entregarme al sueño, haciendo tan profunda reverencia con el *sautoir* de perlas en el cuello, había expresado ya mi regocijada gratitud al exclamar desde el fondo del alma una íntima, sincera y espontánea acción de gracias que vendría a ser más o menos así:

—¡Ah! tío Pancho, querido tío Pancho, fecundo tío Pancho, que Dios bendiga y proteja para siempre jamás esas verdes campiñas de tu cerebro, fertilizadas diariamente con el *whisky*, el *brandy*, la cerveza y el jerez, en donde según veo nacen y se maduran los frutos maravillosos de unos proyectos tan perfumados en alegría, como suaves, jugosos y dulcísimos en sustanciosa esperanza!

Sin embargo, Cristina, desde aquella noche redentora, sobre la cual resuelvo poner ya punto final a mi largo relato, han pasado casi dos meses. Por ellos, mi vida ha seguido transcurriendo monótona, oscura, e igual, sin más luz que la luz de ese proyecto que todavía no ha logrado ser realidad. ¿Y por qué? dirás tú; pues por la razón sencilla de mil triviales accidentes que han venido en tropel a oponérsenos en el camino. Ocurrió primero que Mercedes Galindo, mi encantadora y futura amiga, tuvo un ataque de gripe con fiebre muy alta, una semana de cama, etc., etc., y fue preciso ir a reponerse en una temporada de campo que se prolongó más de veinte días; luego fue Abuelita quien enfermó a su vez y de nuevo tuvimos que esperar a que pasase el tiempo de la enfermedad y el tiempo de la convalecencia. Actualmente, las cosas se encuentran ya en plena normalidad, y tío Pancho sólo aguarda una ocasión oportuna para expresar a Abuelita, en nombre de Mercedes, su deseo de firmar las paces olvidando todo género de antiguos resentimientos. Como comprenderás, para esta reconciliación en que tío Pancho será el mediador, yo debo ser el pretexto, y Mercedes, con su tacto, su atractivo, y su exquisito don de gentes se encargará luego de coronar las paces conquistando sin reservas la simpatía de Abuelita. La reconciliación se intentará, pues, esta misma semana y como es natural, obtenida la venia, Mercedes vendrá inmediatamente a visitar a Abuelita.



El candidato en cuestión, cuyo nombre ignoré mucho tiempo, se llama Gabriel Olmedo y tiene más de treinta años. Según creo haberte declarado a ti, y según me consta haber declarado a tío Pancho, no tengo ninguna fe en los atractivos, cualidades y ventajas de esta persona. Dudo mucho que llegue a gustarme. Lo presiento egoísta, pedante y vanidoso, pero en fin, Cristina: ¡hay que tentar la vida atendiendo siempre a cualquiera de sus llamamientos! Lo peor, es la prisión, la inmovilidad y la inercia.

Y ahora, creo que por fin ha llegado ya el momento de terminar esta carta dialogada y singular donde te envió los más íntimos detalles de mi vida presente . . . Ella, que al revivir en mi pluma me ha ido enseñando a probar la honda complejidad de las cosas insignificantes, es el resultado de mi gran cariño por ti, y es también el resumen de esta ansiedad misteriosa que me inquieta y me agobia. Recíbela, pues, en ese espíritu, léela con indulgencia y si la encuentras ridícula, desentonada o absurda, no te burles de ella, Cristina, acuérdate que me la dictó mi cariño, en unos días de sensibilidad y de fastidio.

¡Ah! si vieras lo que intriga a tía Clara esta vida de encierro, que por escribirte hago continuamente aquí, en mi cuarto, desde hace ya muchos días. Entre mis libros y mi carta, aguardando el proyecto de tío Pancho, sin sentirlo casi, ha ido poco a poco transcurriendo el tiempo. Porque a más de escribir, encerrada y a solas, es también aquí, en este cuarto, donde me aíso para poder leer. Y en mi soledad, como el asceta en su celda, he aprendido ya a querer la vida interior e intensa del espíritu. He descubierto que existe en Caracas una biblioteca circulante, en la cual, mediante un pequeño depósito, pueden tomarse todo género de libros, y mi rabioso afán de lectura tiene en ella libertad y campo abierto donde saciar su hambre. Gregoria, la vieja lavandera de esta casa, de quien te he hablado ya, a escondidas de tía Clara y Abuelita, es la encargada de llevar y traer de la biblioteca a mi cuarto y de mi cuarto a la biblioteca, bajo el secreto de su pañolón negro, el divino contrabando intelectual. Gracias a tan liberal como discreto apoyo, leo todo cuanto quiero, todo, todo cuanto se me ocurre sin prohibiciones, índices, ni censura . . .

¡Ah! si tía Clara, supiera por ejemplo, que estoy leyendo ahora el *Diccionario Filosófico* de Voltaire! ¡Qué escándalo y qué horror le causaría! Pero mis lecturas tienen el doble encanto de lo delicioso y lo prohibido, y el *Diccionario Filosófico* cuando no está entre mis manos yace enterrado como un tesoro en el doble fondo de mi armario de espejo.

Por lo tanto, Cristina, ya sabes cuál es la divisa actual de mi vida: ¡esperar! . . . sí, esperar como Penélope, tejiendo y destejiendo pensamientos, éstos que te envió a ti, y otros que voy devanando en la madeja escondida de mis libros.

Y como nada más me queda ya por decirte, te pido ahora que me escribas y me cuentes, tú también, todo lo que en estos meses ha pasado por tu vida, que quiero compararla con la mía. Cuéntame tus proyectos, háblame de tus cambios, descríbeme tus viajes, y así juntas, como en otros tiempos, refresca-

remos nuestros viejos recuerdos. A veces, me preocupo pensando, si en realidad, después de tanta unión y de tantísimo cariño, no volveré a verte nunca . . . ¡Quién lo sabe! Por suerte inventaron la escritura, y en ella va y viene algo de esto que tanto queremos en las personas queridas, esto que es alma y es espíritu, que así como dicen que no muere nunca, tampoco se ausenta del todo, cuando porque quiere, no quiere ausentarse.

Recibe, pues, esta porción de mi espíritu, y no olvides que aquí, desde su soledad, sumida en el silencio de su «huerto cerrado» espera a su vez que vengas

MARÍA EUGENIA

## SEGUNDA PARTE

### EL BALCÓN DE JULIETA

#### CAPITULO I

*Remitida ya la interminable carta a su amiga Cristina, María Eugenia Alonso resuelve escribir su diario. Como se verá, en este primer capítulo, aparece por fin la gentil persona de Mercedes Galindo.*

CONSIDERO QUE ES una gran tontería, y me parece además de un romanticismo cursi, anticuado y pasadísimo de moda, el que una persona tome una pluma y se ponga a escribir su diario. Sin embargo, voy a hacerlo. Sí; yo, María Eugenia Alonso, voy a escribir mi diario, mi semanario, mi periódico, no sé cómo decir, pero en fin, es algo que al tratar sobre mi propia vida, equivaldrá a eso que en las novelas llaman «diario» . . .

¡Ah! es curiosísimo, ¡la poca influencia que tienen nuestras convicciones sobre nuestra conducta! Yo creo que en general, nuestras convicciones están hechas para aplicarlas más bien a la conducta de los demás, porque es entonces cuando aparecen con todo el esplendor de su honradez: sólidas, arraigadas, e inquebrantables. En cambio, cuando se trata de nosotros mismos, como en el caso presente, nuestras opiniones o convicciones, toman al instante la flexibilidad de la cera, y se acomodan y modelan maravillosamente sobre los caprichosos accidentes de nuestra conducta. La gran mayoría de las personas, dotadas como están de cierto espíritu conciliador, explican admirablemente con razones o disculpas, tan misteriosos desacuerdos, y así, gracias a la elo-

cuencia y a la lógica, quedan siempre abrazadas en perfecta concordia estas dos hermanas inseparables: la convicción y la conducta. Desgraciadamente, yo carezco en absoluto de imaginación para establecer estos acuerdos y me curre con muchísima frecuencia el encontrarme como hoy, en flagrante contradicción. Sí; mi falta de aptitud para la disculpa me fue fatal durante mi infancia y mis tiempos de colegio, lo recuerdo muy bien. Es innata e irremediable. Por lo tanto, de ahora en adelante, no me mortificaré más practicando una ciencia para la cual no tengo la menor disposición; y es, en vista de ello, por lo que resuelvo confesar en lo sucesivo, ante mí y ante los demás, los desacuerdos existentes entre mi opinión y mi conducta. Diré siempre: tal cosa es reprochable y ridícula, pero la hago porque sí; tal otra es admirable y santa pero no la hago porque no. Creo que esta especie de franqueza o confesión es lo que suelen llamar cinismo. Como la palabra es un poco discordante, me parece mejor no insistir más sobre el particular y pasar a otro asunto.

Hace apenas unos días que terminé mi carta a Cristina Iturbe. Pero la carta fue tan larga y duró tanto tiempo, que se hizo en mí una costumbre el escribirla. Cuando la hube acabado y releído, era una especie de inmenso protocolo que metí con melancolía dentro de un inmenso sobre, lo cubrí literalmente de estampillas de correo y lo mandé depositar en el buzón por Gregoria, luego de exigirle el más absoluto secreto sobre el particular. Hecha esta advertencia, los ojos de Gregoria brillaron encendidos de complicidad y mi carta, al igual de los libros de la biblioteca circulante, salió a la calle, envuelta en la noche del pañolón de Gregoria. Y es que en esta vida de reclusión que llevo, mi único entretenimiento, mi único ejercicio, y mi único sport, consiste en hacerlo todo, absolutamente todo, a escondidas de Abuelita y tía Clara. Gregoria me secunda admirablemente en ello, y este sistema de eterna conspiración, me da cierta independencia moral, y me produce, sobre todo, multitud de pequeñas emociones análogas a las del juego, la cacería o la pesca, las cuales no son de desdenar, dado el ambiente aburrido e insípido en que vivo.

Volviendo a la carta de Cristina: cuando Gregoria al regresar de la calle me dijo con mucho misterio: «¡ya la eché!» me quedé tristísima. Sentía que me faltaba algo muy grande y muy indispensable. Como no podía seguir escribiendo a Cristina, por tiempo indefinido, hoy me dije de golpe: «¡pues ahora voy a escribir mi diario!».

Y aquí estoy.

Temo muchísimo, el tener que interrumpirlo un día u otro por falta absoluta de material: ¡mi vida es tan monótona! Desde la mañana en que mandé la carta-protocolo hasta ayer tarde, no había ocurrido nada digno de mención. Los días se deslizan en mi vida como se deslizan entre los dedos nudosos, flacos y místicos de tía Clara, las cuentas de su rosario de nácar: ¡siempre la misma cosa con el mismo principio y el mismo fin!

Pero, afortunadamente ayer ocurrió algo anormal. Siguiendo el símil del rosario, puedo decir, que ayer tarde llegué a una variante de gloria y padre-

nuestro, constituida en la persona de Mercedes Galindo, cuya visita recibimos por fin.

¡Ah! me pareció encantadora, preciosa, simpaticuísima; sí: ¡tío Pancho tenía razón! Vino a vernos a cosa de las cinco y media, y se quedó más o menos una hora. Durante la hora, Abuelita se revistió de señoril dignidad y estuvo a la vez reservada y amable, pero comprendí muy bien que el famoso disgusto de marras persevera en ellas. Ni a Abuelita le gusta Mercedes, ni a Mercedes le hace gracia Abuelita. La costumbre de tantos años de disgusto las domina y creo que jamás serán verdaderas amigas.

En cuanto a mí, estuve completamente imbécil durante la visita, lo comprendo. Esto me sucede siempre. La manera más sincera que tengo para demostrar mi admiración por alguna persona, consiste en revestirme con la corteza durísima de una timidez que me entumece y agarrota como el frío glacial. Este sentimiento de timidez es absolutamente invencible, y he resuelto ya dejarme mansamente dominar por él, puesto que a mí me es imposible dominarlo. La lucha contra la timidez resulta grotesca. Así lo comprendí ayer y por esta razón hablé muy poco, sí, apenas contesté con frases cortas a las amabilidades y cariños que me dijo Mercedes, cuyo peso, al abrumarme de placer, no hizo sino aumentar más y más mi desdichada y silenciosa timidez.

Pero en fin, después de todo, teniendo yo, como bien dice tío Pancho, una conciencia muy definida de mi propia belleza, el mutismo en mí no me parece desairado, al contrario, creo en general, que el mutismo es un complemento estético que presta a la armonía de las líneas, cierto encanto reservado y clásico. Una frase estúpida, al surgir de una bonita cabeza, deja caer sobre ella su fatídica sombra moral y la desarmoniza. Lo mismo ocurre con los movimientos. Por eso he creído siempre que el auge inmenso de la belleza griega es debido principalmente a la gran discreción e inmovilidad de las estatuas, que saben poner tanta inteligencia, al representar dicha belleza hoy en día ante nuestros crédulos ojos. Dada esta serie de razones resolví imitar lo más posible durante la visita de ayer, la discreción y el talento de las estatuas griegas, y estoy segura de que debo haber hecho muy buen efecto a Mercedes Galindo.

Pero detallando la visita:

Cuando el auto de Mercedes se detuvo a las puertas de esta casa, Abuelita, como de costumbre, se encontraba ya esperando, sentada en el sofá, y yo que sabía y sé muy bien la importancia enorme que sobre mi vida futura ha de tener semejante visita, me hallaba emocionada y vestida con más cuidados y requisitos que nunca. Al oír el parar del automóvil, y luego el timbre de la puerta, en lugar de esperar como Abuelita la entrada de Mercedes, corrí inmediatamente a ocultarme en la penumbra del saloncito vecino, desde el cual, sin ser vista, podía dominar todo el salón. Una vez escondida allí, con el objeto de tener mayor éxito, resolví hacerme desear unos cuantos minutos, y así, mientras aguardaba envuelta en la penumbra, pude observar los pormenores de aquel interesante encuentro.

En efecto, no bien apareció Mercedes a contraluz en el umbral de la puerta, Abuelita se puso majestuosamente de pie, salió a su encuentro, la aguardó un segundo en el centro del salón, bajo la araña, y, allí, sonreída, tal cual si nada hubiese ocurrido nunca entre ellas, borró de un trazo firme todo el pasado, al abrazarla diciendo con una elegancia digna de Fray Luis de León:

—¡Siempre tan linda, Mercedes!

Y Abuelita decía la pura verdad.

Yo, en plena sombra, contemplando la figura de Mercedes, gentil y radiante, como la de una reina, me hallaba petrificada de admiración. ¡Ah! ¡es que estaba elegantísima! Tenía un vestido de terciopelo negro, hecho seguramente en alguna buena casa de París, y llevaba por único adorno, un collar de perlas que casi le ceñía el cuello. Observé que las manos blancas y cuidadísimas ostentaban una sola sortija, un solitario, y me parecieron (las manos) tan bonitas como las mías cuando tengo las uñas bien pulidas. Los pies finos y largos estaban divinamente calzados, llevaba en la cabeza un precioso sombrero negro, algo ladeado, que le encuadraba la clásica fisonomía en deliciosos efectos de luz y sombra, y bajo la media luz de aquel sombrero, para hablar con Abuelita, surgía una de las voces más lindas y argentinas que he escuchado en mi vida.

Y qué razón, ¡ah! ¡sí! ¡qué razón tenía tío Pancho!

Cuando, al salir por fin de de la penumbra me fui a saludarla, llevaba preparada mentalmente una frase muy expresiva, en la cual pensaba demostrarle mi exaltada admiración. Pero no bien me miró ella con sus ojos brillantes y curiosos de crítica finísima, y no bien aspiré yo el perfume sutil, que como una flor exhalaba su persona, cuando me sentí invadida por la parálisis absoluta de la timidez. Por lo tanto, después de haberme acogido y abrazado con esa naturalidad y soltura que son su principal atractivo, a mí, en correspondencia, sólo me fue dado el murmurar unas cuantas frases breves y corteses.

Durante el curso de la visita, Mercedes, con su admirable don de gentes, aparentando ocuparse poco de mí, se dirigió constantemente a Abuelita. Yo entonces, libre de conversación, silenciosa e inmóvil, la observaba y observándola así, comprendí al punto, que más grande aún que su belleza, era su encanto, es decir, que llevaba a lo supremo de la perfección el arte de interpretarse a sí misma; porque mientras hablaba, la boca, las manos, los ojos, la cabeza, la voz, la sonrisa, todo, iba completando sutil y armoniosamente, con mil matices deliciosos, el sentido que expresaban las palabras. Noté, además, que se reía de tiempo en tiempo, con una risa que era tan sonora a los oídos como agradable a la vista, y que salpicaba continuamente su conversación con palabras francesas que aunque muy bien y muy naturalmente pronunciadas resultaban completamente innecesarias por tener todas su perfecto equivalente en castellano. Dijo por ejemplo: «*la nature*»; «*mi fourrure*»; «*clair de lune*»; y «*la beauté physique*» sin necesidad ninguna, pero como parecía iluminar con la luz de sus ojos y el encanto de su sonrisa cuantas palabras salían de su boca, yo las encontré todas de una profunda sabiduría.

Fue sólo después de levantarse y despedirse de Abuelita, cuando Mercedes resolvió dedicarse enteramente a mí. Tomándome la barba con su mano fragante, acercó mi cara a la suya; y mimosa y cariñosísima como si se tratase de algún niño pequeño, me besó dos veces. Luego, con mi barba presa todavía en su mano, dijo envolviendo las frases en una larga sonrisa:

—¡Adiós linda! Francamente, que no te creía tan bonita a pesar de todo lo que me había dicho Pancho. Creía que eran exageraciones, pero veo ahora que tú superas todas las exageraciones.

(¡Ah! ¡la maravilla, la delicia, que es oír decir semejante cosa de labios de una persona de tan evidente buen gusto!).

Yo sin responder nada me sonreí de placer demostrando así a Mercedes, que su apreciación me parecía del más acabado acierto. Ella comprendió al punto la felicidad de mi sonrisa y la contestó con otra risa de satisfacción que sonó a cascabeles y a cristales. Luego llevándome del brazo hasta la puerta de salida, a solas conmigo, me habló de su antigua amistad con todos los Alonso, de los buenos ratos que habían pasado juntos en Europa y en Caracas, volvió a despedirse con un beso, y me dijo siempre sonreída, en voz suavísima de confianza:

—Ya sabes, mi casa es tuya. Ven a todas horas sin avisar, sin etiqueta, siempre que quieras y con toda confianza. Tengo para ti una sorpresa: es una miniatura preciosa de tu papá cuando tenía diez años—. Y después de reírse otra vez, me dijo en voz mucho más baja y acercando su boca a mi oído:

—¡También te tengo otra cosa!

Por toda contestación me puse coloradísima, y más que decir, suspiré:

—Gracias . . . Muchas gracias . . .

Luego, cuando asomada a la portezuela del auto, sonrió de nuevo el rostro, saludó la mano, y desapareció por fin el sombrerito negro, a mí se me habían ocurrido ya mil contestaciones oportunas e ingeniosas, pero desgraciadamente: ¡era ya muy tarde!

Tía Clara no se dignó recibir a Mercedes. Dijo que necesitaba contar la ropa; batir con leche la mantequilla del desayuno; rezar un tercio de rosario; darle su comida a Chispita; y que le era de todo punto imposible el abandonar tan importantes ocupaciones. Luego añadió:

—Y mucho menos para recibir a una persona tan superficial como Mercedes Galindo, que fastidia, porque seguramente no hablará más que de trapos y de tonterías.

Después de haber visto y tratado a Mercedes, comprendo que tía Clara tiene el mismo credo de las Madres del Colegio. Sólo que tía Clara, llama «personas superficiales» lo que las Madres llamaban «el mundo». En el fondo es la misma idea, revestida de distintas palabras. Tía Clara se confina en su bando como también se confinaban las Madres, y no quiere tratos con el enemigo. Hace muy bien. No se parece a mí que desgraciadamente, lo mismo que en el Colegio, sigo todavía sin poder afiliarme a mi bandera. Soy una

especie de tabla que flota a derecha e izquierda sobre las olas de un mar bonachón y tranquilo.

Pero reanudando el acontecimiento o padrenuestro de ayer: No bien desapareció de mi vista el auto de Mercedes, regresé al salón en donde se hallaba todavía Abuelita; y al punto tía Clara, ya aliviada de sus ocupaciones, se vino también a escuchar y a hacer los comentarios de la reciente visita. Fueron largos. En ellos se habló de la indiscutible belleza de Mercedes, de su finura y buen trato, y se comentó también su desgraciada suerte. Dijeron que estaba muy mal casada, que su marido era un libertino y un jugador que después de haberle derrochado casi toda su fortuna, la trataba ahora muy mal. Abuelita terminó un párrafo exclamando:

—¡Primero el canalla de su padre! ¡Ahora su marido! ¡Demasiado buena es, para la poca dirección que ha tenido en la vida!

Con lo cual me pareció comprender que si Abuelita juzgaba a Mercedes «demasiado buena» era precisamente porque no la juzgaba bastante buena. ¡Ah!, pero yo en cambio, la juzgo incomparable y a falta de mejor demostración, al igual de Gregoria, exclamo interiormente a todas horas: «¡Que Dios la guarde y la bendiga!»

Durante el curso de la conversación, cuantas veces la nombró, Abuelita dijo: «esa niña» como cuando habla de mí, cosa que encontré absurda, puesto que Mercedes está casada y tiene ya más de treinta años. También noté que cuando se trató del padre de Mercedes, Abuelita al pronunciar su nombre, tuvo siempre la precaución de decir «el canalla de Galindo». Este prefijo «canalla» lo usa sin duda Abuelita, como homenaje de fidelidad a la memoria de mi difunto Abuelo Aguirre. Yo lo comprendí así, y por esta razón, resonó siempre en mis oídos, solemne y lleno de grandiosidad, como debe sonar en los oídos de toda persona bien nacida esta clase de epítetos familiares.

Pero no obstante mi admirable intención, los comentarios terminaron en un pequeño incidente.

Y fue que yo, viendo que la conversación, al girar siempre y siempre alrededor del «canalla de Galindo» se hacía ya de una monotonía aburrida y de una exaltación muy peligrosa, resolví de repente darle un nuevo sesgo. A juzgar por los resultados, creo que el sesgo tuvo poco acierto, la verdad.

Ocurre que, a mí en general, me gusta muchísimo el hacer frases ingeniosas, pero como desgraciadamente hasta ahora, no tengo bastante gracia para elaborarlas de mi propia cosecha, me limito a repetir, adaptando naturalmente a las circunstancias, las frases ingeniosas que solía hacer papá, es decir, aquellas que por parecerme más originales o agudas han permanecido archivadas en mi memoria. Dada esta afición mía, en una de las ocasiones en que Abuelita repetía ya por vigésima vez «el canalla de Galindo», yo, creyendo que podía mitigar su rencor, afirmando a la vez dos cosas: por un lado, el mal proceder del que fue enemigo de mi Abuelo, y por otro mi admiración hacia los encantos de Mercedes, dije de pronto:



—¡Convengo en que el señor Galindo hizo muy mal al hacer mal a Abuelito, pero reconozco en cambio, que hizo muy bien al hacer tan bien a Mercedes!

Me figuraba que esta demostración en la que se unían la agudeza y el espíritu de armonía iba a tener muy buena acogida, pero no fue así. Con gran asombro de mi parte, Abuelita al oírme, en lugar de reírse, volvió bruscamente la cabeza hacia donde yo estaba, y dijo con una severidad inmensa como hasta el presente nunca había usado al hablarme:

—Ese lenguaje no es propio de una señorita, María Eugenia: ¡has dicho una vulgaridad!

—¿Cuál? ¿Decir «hizo muy bien a Mercedes» es decir una vulgaridad? Pues no me parece, al revés . . .

—Sí; muy grande, ya te lo he dicho, y no lo repitas más!

—¡Pero si eso mismo dijo una vez papá, allá en París, hablando del padre de una actriz lindísima que trabaja en la Comedia Francesa y a nadie le pareció vulgaridad! Al contrario, se rieron mucho.

—¡Ah! ¡sí vas a coger la costumbre de repetir cuanto decía Antonio, y cuanto dice Pancho, sin saber lo que significa, harás muy bonito papel delante de la gente!

Yo entonces, con la altivez propia de la dignidad herida contesté arrogantemente:

—¡Acostumbro conocer el significado exacto de las palabras que emito; porque afortunadamente no soy un loro ni soy un fonógrafo!

No obstante, me quedé un rato pensativa. Me pareció de pronto, que la frase en cuestión estaba cargada de sentidos misteriosos y por un instante contemplé en silencio la nevada cabeza de Abuelita, que como el arca de la alianza encerraba las claves de muchísimos misterios, hasta que al fin, en pleno silencio tempestuoso, salí de mi abstracción pensando:

—¡Bah, lo que ocurre, es que Abuelita, aunque salte a la vista, no quiere confesar que «el canalla de Galindo», hizo en su vida algo que estuviera bien hecho; eso es todo!

## CAPITULO II

*En donde María Eugenia Alonso describe los ratos de suave contemplación pasados en el corral de su casa y en donde a su vez aparece también Gabriel Olmedo.*

NUESTROS ANTEPASADOS, los fundadores de la ciudad de Caracas, aun cuando no parezca a primera vista, tuvieron mucho talento. Encontraron la manera de vivir en ciudadana comunidad sin renunciar a los encantos agrestes y bucó-

licos de la vida campesina. Es cierto que tendieron unas calles demasiado angostas; que las empedraron con guijarros agresivos; que las agobiaron con aleros, y las recargaron de rejas, pero tuvieron en cambio la inteligencia y la inmensa previsión de guardar un buen pedazo de campo dentro de cada casa. ¡Ah! ¡eran delicados y eran previsivos nuestros antepasados los fundadores de la ciudad de Caracas! Gracias a su delicadeza y previsiones es sin duda por lo que yo, una de sus muchas descendientes, tengo el alma soñadora, algo indolente y muy dada a las dulzuras de la contemplación . . .

Así pensaba ayer, mirando los distintos verdes en las matas del corral, mientras yacía acostada cuan larga soy, sobre un enorme baúl lleno de viejas etiquetas de todas formas y colores, el cual perteneció a mi difunto tío Enrique, y el cual en la actualidad se halla situado bajo el amplio tinglado del corral frente a las gallinas meditabundas y entre la tabla de planchar y la cesta de la ropa limpia. Allí, baldado, triste y decaído, con el llanto de todas sus desgarradas etiquetas, llora, y llora de nostalgia el pobre viejo, mientras recuerda como yo los pasados viajes y las pasadas aventuras por tierras lejanas.

Es el caso que este pedazo de campo encerrado entre cuatro tapias que acostumbran a llamar corral es para mí una delicia y es también el origen de todos mis ensueños y meditaciones. Tía Clara no lo comprende así y dice casi todos los días:

—El puesto de una señorita no es el corral, ni su sociedad la de los sirvientes.

Podrá tener razón, pero de todos modos me tienen sin cuidado los sermones de tía Clara sobre este particular. A mí me encantan las gallinas; me encantan las copas de los árboles que como cabezas curiosas se asoman por las tapias desde los corrales vecinos; me encantan las hojas tan verdes y tan rizaditas de la mata de acacia; me encantan las cayenas chillonas; me encantan las grandes piedras manchadas de blanco donde se extiende al sol la ropa enjabonada; me encanta el pedazo del Avila que se mira a lo lejos por encima de las matas y de los tejados; me encanta el nostálgico baúl de tío Enrique; y me encanta, sobre todo, Gregoria, cuando en pleno elemento conversa restregando con sus negros puños los islotes de ropa que emergen aquí y allá, en su inmensa batea, como en un mar blanquísimo de espuma de jabón.

Gregoria conoce mis tendencias contemplativas y en lugar de contrariarlas como hace tía Clara, no, Gregoria las alimenta. Cuando yo entro en el corral y me extiendo sobre el baúl que hace las veces de *chaise longue*, ella, conociendo ya mis gustos y caprichos prodiga sobre mí persona toda clase de cuidados: me cubre los pies para que no me piquen los mosquitos; cierra la puerta con el objeto de evitar toda corriente de aire; tiende en el alambre una sábana ancha a fin de atenuar a mis ojos la luz directa del sol, y suele además prestarme como almohada algún mullido paquete de ropa limpia y sin planchar.

Tía Clara detesta todas estas familiaridades con Gregoria, y detesta todavía más las familiaridades de mi cabeza con la ropa limpia. Pero también

me tienen absolutamente sin cuidado estos otros sentimientos anti-democráticos de tía Clara.

Y es que en el sencillo ambiente del corral, lo digo y lo repetiré mil veces, es donde únicamente paso ratos de suave contemplación y de sabrosa plática. A veces estamos en silencio, y entonces, mientras Gregoria lava, yo miro los caprichosos arabescos que tejieron las ramas entre sí; miro los disparates que van haciendo las nubes al pasar por el cielo; miro allá, a lo lejos, más arriba de matas y tejados el misterio indefinido del Avila, y poco a poco me voy perdiendo en el dulce laberinto de los ensueños... ¡Sí; sobre las durezas del baúl de tío Enrique, he aprendido a soñar, como soñó Jacob sobre las durezas de su piedra!

Otras veces conversamos.

¡Ah!, si yo fuera poeta, habría escrito ya, sin duda ninguna, el elogio del jabón, multiplicándose en espuma y en luminosas burbujas por obra y gracia de los activos nudillos de Gregoria. Y es que para mi gusto no hay ningún poema comparable a ese blanquísimo poema de la batea, que tan bien interpretan las viejas manos ya algo rígidas y temblorosas. Sí; ¡cómo brillan las aladas y negras manos sobre la inmaculada blancura! ¡Parecen a ratos dos enamoradas golondrinas retozando y persiguiéndose una a otra sobre el mismo pedazo azul de nube!... Y sin embargo, mucho más chispeantes y luminosas que la espuma del jabón son las palabras que entretanto van surgiendo de su boca, y son más fecundas en filosofía que fecunda es la blanquísima espuma, que crece, y crece, y crece, eternamente tras el continuo batir y restregar.

Es esto lo que tía Clara no comprenderá jamás, y lo que yo he descubierto desde hace ya mucho tiempo. Gregoria es la sabiduría sencilla y sin complicaciones. Bajo la maraña de su pelo lanudo se esconde, como en el misterio del brillante negro, la chispa clarísima del más agudo ingenio. Gregoria posee además la facultad de expresarlo, porque domina a maravilla el arte rarísimo de la conversación. Tan sobria es en palabras superfluas, como rica en ideas y en mímica expresiva. La mímica de Gregoria, tiene sutilezas y matices a donde no podrá llegar jamás la palabra. Hay veces que son miradas misteriosas y largas como los hondos secretos de la naturaleza; otras un súbito relampagueo de pupilas que imita el asombro de las grandes sorpresas; tiene guiños epigramáticos; caídas de párdado que son paréntesis; silencios repentinos que resultan epílogos muy elocuentes; carcajadas que describen en sus notas como la música wagneriana todos los sentimientos y las pasiones que puedan agitarse dentro del alma humana. A veces, en obsequio a la reserva y discreción que exigen ciertos temas delicados, lo que empezó frase acaba en mímica. El silencio parece entonces presidir la escena; en la batea, momentáneamente abandonada, chisporrotea imperceptible la espuma de jabón, las expresivas manos, vuelan y revuelan rápidas o lentas por las cercanías del rostro y los tres juntos realizan prodigios descriptivos.

Naturalmente, después de haber saboreado toda la gama de colores que atesora en su paleta la conversación de Gregoria, el oír hablar a las personas

bien educadas como son verbigracia, Abuelita y tía Clara, resulta muy insípido y sumamente desteñido. Y es que Gregoria maneja con el supremo buen gusto toda la serie de movimientos o ademanes que a falta de intérpretes inteligentes, la buena educación en su cordura, ha decidido vedar y prohibir completamente.

Y es así, en mis largas pláticas con Gregoria, como he llegado a conocer dos cosas a la vez: por un lado muchos ocultos repliegues del alma humana y por otro lado, todas aquellas intimidades de mi familia, que Abuelita y tía Clara tienen gran cuidado de no referir jamás delante de mí, y que por lo tanto son las únicas que me interesan.

Sí; por Gregoria he sabido muchas cosas. He sabido que tío Eduardo fue siempre egoísta, mezquino y ordenado, todo a la vez; que cuando pequeño escondía siempre sus juguetes y jugaba con los de tío Enrique, o sea, que durante su infancia hizo siempre con los juguetes de tío Enrique, lo mismo que ha hecho ahora en su edad madura con las tres cuartas partes de San Nicolás que me pertenecían a mí, y que se ha cogido de un todo para él; por Gregoria he sabido que tío Enrique desdeñaba todos sus juguetes, razón por la cual se los dejaba a tío Eduardo muy contento, puesto que él prefería mil veces, subirse a las matas para atisbar la vida ajena, y para tirar piedras y frutas verdes a los corrales vecinos; por Gregoria he sabido, y en esto actuó muchísimo la mímica, que mi Abuelo Aguirre, aunque de costumbres pacíficas y ordenadas «se alborotó» ya viejo, con cierta bailarina francesa, cosa que tuvo por resultado el que su cama, bajo la orden y dirección de Abuelita, saliese de su cuarto, atravesase bélicamente el comedor, como atravesaron los israelitas el Mar Rojo, para venir a aposentarse aquí, en el segundo patio, en donde se halla ahora este mi cuarto y que mientras duró dicha mudanza o anomalía, ella no se dignaba contestar nunca cuando él la llamaba o dirigía la palabra; por Gregoria he sabido que tío Enrique cuando regresó de Europa, ya grande, solía enamorarse de cuantas sirvientas pasables hubiera en la casa, lo cual hizo que Abuelita escogiese en adelante para su servidumbre todos aquellos rostros femeninos en donde la naturaleza hubiese acumulado el mayor número posible de disparates y desórdenes: por Gregoria he sabido que María Antonia, la antipatiquísima mujer de tío Eduardo, es de un origen muy oscuro, por no decir muy negro que fue tío Pancho Alonso, quien, una vez que le dio por coleccionar genealogías, averiguó en un dos por tres la de María Antonia, y resultó ser tan accidentada y tortuosa, que desde entonces María Antonia abomina a tío Panchito, como al más vil e intruso de los delatores; por Gregoria he sabido, que Mamá tenía un carácter dulce y alegre al mismo tiempo, mientras que el de tía Clara, aunque de exterior apacible era intensamente apasionado, razón por la cual su vida había sido una vida tan dolorosa y tan triste; y, finalmente por Gregoria he sabido cómo tía Clara, siendo muy joven, se enamoró perdidamente de aquel novio suyo que yo recuerdo entre sueños cuando me dada dulces y me hacía gallitos con pedazos de papel; cómo de repente, después de muchísimos años de noviazgo, se averiguó que

él andaba detrás de otra mucho más joven y bonita; cómo algún tiempo después no volvió más a sus diarias visitas, y cómo un día, tras el llorar infinito y amarguísimo de tía Clara, él acabó por fin casándose con la otra . . .

—Desde entonces —añade Gregoria, sacando las negrísimas manos de la blanquísima espuma, y escogiendo entre su repertorio las más sentimentales expresiones—, desde entonces ¡se acabó la Niña Clara! ¡Ya no volvió a salir más, se metió en la iglesia, y empezó a ponerse delgada y pálida, pálida como está ahora, que más que la Niña Clara de antes, parece la pobre un mismo cirio, de esos que llevan el jueves santo en las procesiones! . . .

Y con semejante frase, terminó Gregoria una de sus largas disertaciones acerca de tía Clara, ayer a cosa de las once y media de la mañana.

Ahora bien, como soy tan aficionada a metáforas o símbolos, y como para desarrollar un tema apropiado tengo esta elegancia y esta fecundidad que ya desearía tener cualquiera de esos admirables poetas llamados simbolistas u orfebres, es claro, al oír que Gregoria esbozaba el símbolo del cirio, no quise perder la ocasión de desarrollar un tema tan adecuado, y así, mientras ella volvía en silencio a su trabajo, yo me hundía en el terreno de las afinidades psicológicas, y acostada siempre en el baúl, y mirando a lo lejos la montaña, me puse a comentar el caso diciéndome a mí misma llena de la más dulce melancolía:

—Sí; pobre tía Clara, sí . . . Eres el cirio votivo, cuyo fuego idealista va consumiendo, consumiendo tu propia vida; y tu vida, es la luz mística y perseverante que olvidada de todos, arde en la sombra, bajo el silencio y bajo la soledad de los altares. A nadie alumbró nunca esa luz tuya, y el día en que te apagues no dejarás a tu alrededor ni oscuridades, ni fríos de tristeza porque sólo has sido fuego lírico de sacrificio, porque en el lento consumirse de tu vida, ni fuiste jamás lumbre en el hogar, ni serás nunca luz para el camino . . .

Así andaban más o menos mis poéticas consideraciones, y así hubieran andado muchísimo tiempo más, si no fuera porque, de pronto, se abrió brusca-mente la puerta del corral y como al conjuro de algún encantamiento apareció en ella la cabeza de tía Clara; pero no en aquella actitud macilenta, propia de los cirios, no, sino agitadaísima, encendidos los ojos y un tanto molesta, que decía encarándose conmigo:

—¡Mira, María Eugenia, si en lugar de estar en el corral a puerta cerrada, ensuciando con tu cabeza la ropa que nos vamos a poner, estuvieras «donde te corresponde», no sería menester llamarte a gritos por toda la casa, exactamente lo mismo que a Chispita, cuando le da por esconderse debajo de algún mueble. Hace ya más de media hora que, sin acordarme de tu dichosa manía por el corral, ando loca detrás de ti registrando la casa entera: ¡te llaman por teléfono!

—¡¡Eureka!! —exclamé, por ser ésta, aunque un poco pretenciosa, la única interjección a que me ha dejado reducida Abuelita—. ¡Eureka! y ¡eureka! ¿Quién podrá ser y para qué me querrán?

Y levantándome en un salto de encima del baúl, atravesé como corriente de aire por patios y puertas, hasta llegar al teléfono y pronunciar la mágica palabra:

—¿Quién es?

Y era la mil veces bendita Mercedes Galindo, que me llamaba para invitarme a que fuese en la noche a comer con ella. Tío Pancho haría las veces de acompañante o *chaperon*, vendría a buscarme y volvería a traerme, ya estaba convenido. Mercedes añadió:

— . . . y quiero que a la noche estés muy bonita, es decir, tan bonita como el otro día, que es lo más bonito a que puede llegar una persona.

Esta frase que me pareció resplandeciente de verdad, lo mismo que me parece resplandeciente de luz el sol del mediodía, me puso de un admirable buen humor. Y como afortunadamente, por el teléfono, yo no podía percibir el perfume turbador que usa Mercedes, ni la fastuosa palidez de sus perlas, ni el suave brillo de su vestido de terciopelo, ni aquella encantadora sonrisa que es un escándalo de labios rojos y de dientes blancos; como por el teléfono, repito, no me era dado el percibir esta serie de circunstancias, las cuales a más de la persona, contribuyeron a despertar en mí el día de su visita aquel importuno sentimiento de timidez, libre por completo de dicho sentimiento, me fue dado el contestar con mucha elegancia a su amabilidad diciendo: que si tal opinaba ella, yo entonces, me vería obligada a creer que su casa era como los severos y desnudos claustros de los conventos en donde los monjes acaban por olvidarse de sí mismos a fuerza de no mirarse nunca en los espejos.

Esto dije a Mercedes, lo cual era decir en pocas palabras que su belleza es superior a la mía, cosa que puede pasar como finura, pero cuya falsedad salta inmediatamente a la vista. Mercedes es muy linda, sí, Mercedes es preciosísima, pero yo soy todavía mucho más bonita que ella. No cabe duda; soy más alta; más blanca; tengo más sedoso el pelo; tengo mejor boca y muchísima mejor forma de uñas. La gran ventaja de Mercedes sobre mí es aquel refinamiento suyo, sí; aquel *chic* incomparable . . . ¡claro! si todo lo encarga siempre a París . . . ¡Ah, si yo tuviera dinero! . . . ¡Ah, si tío Eduardo no me hubiera quitado las tres cuartas partes que me correspondían en San Nicolás!

Pero volviendo al teléfono:

Después de aquellas mutuas y galantes réplicas, y después de muy cariñosas despedidas, se dio por terminada nuestra conversación. Yo entonces, me vine aquí, a mi cuarto, le eché dos vueltas de llave a la puerta, con el objeto de que tía Clara no entrase de sopetón, a cortar por segunda vez el hilo de mis pensamientos, y así, tomada esta precaución, comencé a deliberar. Lo primero que hice, fue abrir la hoja de mi armario de luna e instalarme de pie frente a él, es decir, hacia el lado derecho del armario, que es donde se alinean en fila todos mis vestidos. Una vez allí, con los dos brazos en jarras sobre la cintura, actitud esta que diga lo que diga Abuelita es sumamente propicia en los momentos de gran indecisión, poco a poco, fui pasando revista. Y así mien-

tras mis ojos iban de un vestido a otro vestido, mis labios murmuraban por lo bajo a modo de letanía:

—¿Cuál me pondré? ¿Cuál me pondré? ¿Cuál me pondré?

Y por fin resolví ponerme mi vestido de tafetán.

Ya resuelto este primer problema, arrastré mi silloncito hasta colocarlo junto a la ventana, me senté en él adoptando una posición muy cómoda, y comencé a pensar así:

—Seguramente que esta noche irá también a la comida el tan anunciado y tan cacareado Gabriel Olmedo. Sí; no hay duda que irá y que me lo presentarán hoy mismo. Bien. Hay que tener en cuenta las leyes draconianas que Abuelita y tía Clara suelen aplicar a la cuestión del luto: un invitado extraño puede dar a una comida cierto aspecto de fiesta, y si ellas, por desgracia, se dan cuenta del aspecto: ¡patratrás! o me llaman «hija sin corazón» lo cual es muy desagradable, o me dejan sin ir a la comida lo cual es mucho más desagradable todavía. ¿Qué hacer?

Y como en el almacén de mi cabeza, nunca faltan recursos para allanar el conflicto, a guisa de precaución, decidí elaborar la siguiente mentira: Diría que Mercedes se encontraba sola, solísima, completamente sola, que su marido estaba ausente y que por esta razón me invitaba ella para que fuese a acompañarla.

Y es claro, luego de haber resuelto este segundo interesantísimo problema de la eliminación de comensales, me quedé tan satisfecha como debe quedarse un general después que ha trazado su plan de batalla.

Pero ahora, en forma de comentarios digo, que es verdaderamente prodigiosa, la rapidez y la profundidad con que ha echado raíces en mí, esta costumbre de mentir. Desde que vivo con Abuelita miento a cada paso, lo cual ha servido de gimnasia a mi imaginación, que se ha desarrollado muchísimo, adquiriendo a la vez agilidades asombrosas. Hace algún tiempo yo no mentía. Despreciaba la mentira como se desprecian todas aquellas cosas cuya utilidad nos es desconocida. Ahora, no diremos que la respeto muchísimo, ni que la haya proclamado diosa y me la figure ya, esculpida en mármol con una larga túnica plegada y un objeto alegórico en la mano, al igual de la Fe, la Ciencia o la Razón, no, no tanto, pero sí la aprecio porque considero que desempeña en la vida un papel bastante flexible y conciliador que es muy digno de tomarse en consideración. En cambio, la Verdad, esa victoriosa y resplandeciente antípoda de la mentira, a pesar de su gran esplendor, y a pesar de su gran belleza, como toda luz muy fuerte, es a veces algo indiscreta y suele caer sobre quien la enuncia como una bomba de dinamita. No cabe duda de que es además un tanto aguafiestas y la considero también en ocasiones como Madre del pesimismo y de la inacción. Mientras que la mentira, la humilde y denigrada mentira, no obstante su universal y malísima reputación, suele, por el contrario, dar alas al espíritu y es el brazo derecho del idealismo, ella levanta al alma sobre las arideces de la realidad, como el globo vacío levanta los cuerpos

sobre las arideces de un desierto, y cuando se vive bajo la opresión nos sonrío entonces dulcemente, presentándonos en su regazo algunos luminosos destellos de independencia. Sí; la mentira tiende un ala protectora sobre los oprimidos, concilia discretamente el despotismo con la libertad, y si yo fuera artista, la habría simbolizado ya, como a su dulce hermana la Paz, en la figura de una nívea paloma, tendido el vuelo en señal de independencia y ostentando una rama de olivo en el pico.

Sé perfectamente bien que estas ideas son para escritas y no para dichas. Si acertara a enunciarlas delante de Abuelita, por ejemplo, ella se pondría inmediatamente las dos manos abiertas sobre los oídos y me cortarían la palabra diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué de necedades! ¡Qué de disparates! ¡Qué ideas tan inmorales!

Y es que Abuelita, al igual que la mayoría de las personas, tiene a la pobre moral amarrada entre cadenas, y condenada a un especie de *demodé* espantoso. Yo no. Yo creo que la moral podría cambiar de vez en cuando lo mismo que cambian las mangas, los sombreros y el largo de los vestidos. ¿Pero siempre, siempre, una misma cosa? ¡Oh! no, no, eso es horriblemente monótono, y es una prueba palpable de lo que yo he dicho siempre: «¡La humanidad carece de imaginación!».

Sin embargo, debo hacer constar que a pesar de mis teorías, sobre esta tesis de la mentira, en la práctica, mi rutinario sentido moral no se encuentra todavía completamente de acuerdo con ellas. Lo sentí ayer en el punzante aguijón del remordimiento, que es, a mi ver, el alerta centinela que vigila las puertas de dicho sentido moral y acostumbra a anunciarnos sus conquistas o decaencias.

Y fue que anoche, cuando ya vestida con mi traje de tafetán me iba a la comida, comparecí primero ante la presencia de Abuelita. Ella me vio y sonrió, con esa sonrisa suya que como la sonrisa de Gioconda, encierra un misterio en su expresión que conozco muy bien... ¡sí... ese misterio es el de una inmensa vanidad maternal que me halaga y me satisface muchísimo, porque es tan muda y tan elocuente como el elogio de los espejos... Pues bien, al verme venir Abuelita, acercó inmediatamente a sus ojos los impertinentes de carey y dijo acentuando más que nunca dicha misteriosa sonrisa:

—¡Tanto vestirte, y tanto componerte para ir a comer sola con Mercedes! ¡Qué presunciones, Señor!

Y yo mientras, pensaba: «Abuelita me encuentra preciosa, pero no me lo dice para no envanecerme más de lo que estoy»; sentí a un mismo tiempo en vista de su credulidad y candidez, el agudísimo y punzante aguijón del remordimiento. Tan grande fue, que tuve verdaderas tentaciones de exclamar rebosante de contrición:

—¡No creas lo que te dije, Abuelita linda! Aunque me llames «hija sin corazón» sabe que voy a comer con Mercedes, acompañada de un ejército de personas si es que ella ha tenido a bien el invitarlas.



Pero como la mentira no admite en sus filas a los prófugos ni a los pusilánimes, no tuve más remedio que decir interiormente como los soldados heroicos: «¡Adelante, siempre adelante!», y respondí:

—Tengo en mucho la opinión de Mercedes, Abuelita. Para mí una sola persona de buen gusto equivale a una muchedumbre de gente que no se sepa vestir.

En realidad no hubo ejércitos ni muchedumbres en la comida de anoche. Había sido dispuesta en honor mío, y en consideraciones a mi duelo, a más de tío Pancho, Mercedes y su marido, sólo se encontraba en ella, como lo había previsto ya, el tan anunciado Gabriel Olmedo. A decir verdad creo que tío Pancho exageró muchísimo cuando le describió, tanto, que anoche, al verle entrar en el salón de Mercedes, tuve una verdadera decepción, si es que la palabra «decepción» puede usarse al hablar de aquellas personas hacia quienes sentimos desbordarse nuestra indiferencia. En primer lugar tiene los ojos y el pelo negros como carbón, cosa esta que me produce un efecto detestable; además sus piernas son demasiado largas para el busto, usa unos zapatos de forma muy corta, y, según recuerdo ahora, tiene los tobillos más bien gruesos que delgados. Sin embargo, viéndolo despacio no resulta mal para aquellas personas que encuentran agradable el color trigueño, pero como a mí no me gusta ver el pelo negro azabache, sino en el lomo de los gatos, y que en las personas me crispa y me desagradaba muchísimo, Gabriel Olmedo, con su lisa y perfumada cabeza color «ala de cuervo» me impresionó anoche bastante mal. Moralmente lo hallé muy pretencioso. Creo que Mercedes debe haberle comunicado ya «aquel proyecto», porque él, aunque amable y correcto en apariencia, tomaba a ratos actitudes de rey coronado y adherido a la soltería, a quien su gobierno anda buscándole novia.

Afortunadamente que yo, por mi parte, tengo la conciencia y la inmensa satisfacción de haberme dado cien veces más tono que él. ¿Fue debido a las amabilidades, y al exquisito tacto de Mercedes? ¿Fue debido al perfumado cocktail seguido de varias copas de champagne? . . . ¿Fue debido más bien a la multitud de espejos, que reflejaban continuamente la armonía de mi figura? . . . No sé; pero es el caso que anoche, lejos de experimentar timidez alguna, tuve constantemente el delicioso sentimiento de mi propia importancia, cosa que me hacía estar muy a gusto con los demás y conmigo misma. Hoy cuando pienso en ello, noto que desde anoche ha bajado en mi conciencia dicho sentimiento de importancia. Esto me hace creer, que decididamente debió ser el *cocktail* y el *champagne* quienes, al subirse un poco hacia mi cabeza, hicieron subir junto con ellos y en varios grados el termómetro de mi vanidad, termómetro que, dicho sea de paso, según he observado últimamente, es muy sensible, y mucho más dado a subir que a bajar. Pero de todos modos; ¡bendito sea! puesto que me ayudó a demostrar ayer ante los negrísimos ojos de Gabriel Olmedo el inmenso caudal de indiferencia y desdén que atesora mi alma para enterrar en ella a los hombres pretenciosos.

La casa de Mercedes, es muy elegante, y su mesa, tan suntuosa y rica como

la de un palacio. Los más finos objetos de plata, alternan por todos lados con porcelanas de Sajonia y de Sèvres; tiene en las paredes espejos, tapices, y cuadros de muchísimo gusto, y las plantas surgen alegremente por toda la casa, en legítimos jarrones de la China. Pero tiene sobre todo un *boudoir* oriental que es un encanto . . . ¡Ah, la maravilla de aquel diván bajito, cuadrado e inmenso, poblado de cojines oscuros de todas formas y matices; suaves, mullidos y tibios como un beso! ¡Cuánto no daría yo por tener uno igual, a fin de hundirme y desaparecer en él durante días enteros, leyendo torres, montañas, y cordilleras de libros, entre un pebetero turco, una piel de leopardo, y un arca de marfil tallada en el Japón!

—¡Todo esto son los restos del naufragio!

Dijo Mercedes al enseñarme la casa, iluminando «el naufragio» con una sonrisa y aludiendo a los tiempos en que vivía en París, en un precioso hotel propio, rica y bien relacionada como una princesa. Y es que, debido a los despilfarros y desaciertos de su marido, han perdido, los dos, casi toda su fortuna, y a eso llaman ellos: el naufragio.

Alberto Palacios, marido de Mercedes, es muy simpático y, como ella, tiene mucho mundo y mucho don de gentes. Noté, sin embargo, que no obstante su galantería y amabilidad exterior, le habló varias veces a ella en un tono que tenía cierto matiz de brusquedad, lo cual me hizo pensar: «Abuelita y tía Clara, deben tener razón al decir que la trata muy mal, y ¿cómo puede tratarse mal a una criatura tan llena de todos los encantos y de todos los atractivos?».

Resumiendo mi impresión debo decir que anoche pasé un rato verdaderamente encantador. Desgraciadamente, no sé cuándo volverá a repetirse. Por mi parte, yo lo repetiría todas las noches. Sí . . . ¡qué ambiente delicioso se respira allá en la casa de Alberto y de Mercedes! No parece sino que con los cuadros, los tapices, y las porcelanas de Sèvres se hubiesen traído también, para llenar su casa, aquel divino ambiente que sólo me fue dado respirar algunos días, durante mi última y cortísima permanencia en París.

¡Ah!, me olvidaba de un detalle curiosísimo. Y fue, que ya al momento de marcharnos, mientras Mercedes había ido a buscarme la ofrecida miniatura, tío Pancho se acercó a Gabriel Olmedo, que se hallaba junto a la puerta de salida algo alejado de mí y le preguntó a media voz:

—Bueno, ¿y qué te ha parecido mi sobrina, Gabriel?

—Tu sobrina, Pancho —contestó él, más o menos en el mismo diapasón—, es la tentación bíblica del Paraíso, encerrada en el más divino cuerpo de Grecia. Espero, sin embargo, que yo sabré resistir al embate de la tentación, y que no caeré en el pecado de enamorarme de ella. Mi libertad, Pancho, no la sacrifico yo ni aun a los preciosos pies de esa muñeca sobrina tuya. Pero llévatela, sin embargo, sí, llévatela pronto, hazme el favor, y escóndela donde yo no la vea más, que es propio de sabios y de prudentes el evitar las tentaciones.

Este diálogo llegó perfectamente a mis oídos a pesar de que yo, en aquel

instante, parecía estar profundamente abstraída, contemplando un óleo copia de Greuze que representa una muchacha abrazada a un perrito. Las anteriores palabras, sorprendidas a distancia, son una de las razones por las cuales opino que el tal Gabriel Olmedo, a más de trigueño y corto de talle, es un ser pretencioso, imbuido de sí mismo, que habla de la importancia de «su libertad» como si fuese algún pueblo o nación. En el fondo no parece poseer más cualidad que la de no tener mal gusto, y la de ser acertado en sus apreciaciones.

Anoche, cuando, ya de regreso, tío Pancho se despidió de mí, yo, sola, en la quietud de la casa donde todo dormía, me quité el abrigo que me había puesto para atravesar la calle, y bajo el fresco de la noche, en pleno patio de entrada, junto a palmas y rosales, apoyada en uno de los pilares, me di a mirar y a sentir la infinita serenidad del cielo. Y así, mirando la Luna y mirando las estrellas, tuve grandes deseos de echar a volar en el divino espacio para irme lejos, no sé dónde, lo mismo que se van las palomas mensajeras. Y con los ojos siempre fijos hacia arriba, pensé en el volar glorioso de los que tienen alas, pensé en la frase que había dicho Gabriel Olmedo sobre su libertad, y pensando en las alas, y pensando en la adorable libertad, y pensando en la frase de Gabriel Olmedo, sin saber bien lo que decía, me puse a decir así entre irritada y ansiosa:

—¡Su libertad! . . . ¡Su libertad! . . . ¡Ah!; si creará él que yo no aprecio la mía . . . La aprecio, sí; la aprecio muchísimo . . . la precio tanto, pero tanto, que la próxima vez que venga a verme tío Panchito, yo también le diré: «¡Mi libertad, tío Pancho, no la sacrificaré yo jamás a los pies de un hombre que tenga los tobillos gruesos! Porque has de saber, tío, que yo odio los tobillos gruesos y me repugna muchísimo el pelo negro azabache, sí; me repugna tanto como me gusta mi libertad».

Y una vez tomada esta firme resolución, frente a los rosales del patio, y bajo la inmensidad de lo infinito, resolví por fin venirme a acostar porque la noche de ayer era muy fresca, y mi vestido de tafetán de Persia es demasiado escotado, para estar al sereno sin abrigo.

Pero hoy en la mañana, me he puesto a reflexionar . . . Ahora pienso: Si la próxima vez que venga tío Pancho, yo le hiciera la anterior declaración acerca de mi libertad, es segurísimo, que al oírme él, se reirá a carcajadas y me contestará en medio de su risa:

—¡Pobre María Eugenia! ¡Si tu libertad no existe! Ni tu libertad existe ahora, María Eugenia, ni ha existido antes, ni existirá jamás! Tu libertad es un mito; sí; es una de las muchas fantasías o aberraciones, que se agitan en tu cabeza. Por consiguiente, me parece mejor que no alardees tanto sobre el particular.

Naturalmente que yo, en caso de oír semejante impertinencia, no me quedaré callada, sino que contestaré al punto indignadísima:

—¡Te equivocas, tío Pancho, te equivocas! ¡Mi libertad existirá en el futuro tan cierto como existe hoy la luz del sol! Y si no, dime: ¿quién, quién

puede prohibirme a mí el día que yo cumpla veintiún años que me vaya de esta casa, si es que así se me antoja, y me contrate en París, Madrid, o Nueva York, como bailarína, cupletista, o actriz de cinematógrafo? . . .

A lo cual Abuelita, de estar presente, soltará al instante la costura o lo que quiera que tenga entre las manos, se quitará los lentes y exclamará espantada:

—¡Por Dios, María Eugenia, no hables así! ¡Eso no debes decirlo tú ni de broma!

Y tía Clara por su lado opinará también:

—¡Esas, esas, son las ideas que sacas de tus conversaciones con Gregoria, y de los libros inmoralísimos que debes leer cuando estás encerrada con llave, allá, en tu cuarto!

Y es muy posible, que entre en sospechas y una mañana mientras yo me encuentre en plena «*rêverie*» acostada sobre el baúl de tío Enrique, tía Clara y Abuelita vengan a mi cuarto en son de pesquisa, hagan un registro, den con las novelas «*inmorales*» que tengo escondidas en el doble fondo de mi armario de luna, y resulte de todo ello un horrible disgusto.

Por esta razón me parece muchísimo más prudente, no mencionar mi libertad delante de tío Pacho. Y también por esta razón, me he encerrado hoy en mi cuarto desde muy temprano y escribo . . . escribo . . . escribo . . . ¡Ah, tía Clara, eso es lo que tú no sospechas! Cuando estoy encerrada en mi cuarto, no leo, no; ¡escribo todo aquello que se me antoja, porque el papel, este blanco y luminoso papel, me guarda con amor todo cuanto le digo y nunca, jamás, se escandaliza, ni me regaña, ni se pone las manos abiertas sobre los oídos! . . .

Sí, hoy escribo, y mientras voy escribiendo, miro caer la lluvia a través de los postigos. Porque desde muy temprano llueve espantosamente. Serían más o menos estas horas cuando tía Clara fue a avisarme ayer que me llamaban por teléfono. ¡Y cómo corren las horas! Desde mi escritorio miro el reloj, miro gotear la lluvia sobre las hojas pulidas de los naranjos, pienso en el correr del tiempo, y no sé por qué hoy, esta casa de Abuelita, me parece más grande, más silenciosa, y más aburrida que nunca . . .

### CAPITULO III

*De cómo una mirada distraída llega a desencadenar una horrible tormenta, la cual, a su vez, desencadena grandes acontecimientos.*

—¡ACERCA MÁS tu silla, María Eugenia, acércala más, que por muy buenos ojos que tengas, es imposible que puedas distinguir bien los hilos desde esa distancia! . . .

Así, ya algo impaciente, dijo ayer Abuelita, agobiada bajo el peso del mantel de granité que está calando en la actualidad. Luego volvió a emprender el interrumpido estribillo, y siguió haciendo y diciendo:

—Mira: se cogen dos hilos; se dejan dos; se vuelven a coger dos más adelante; se pasa después la aguja hacia la derecha; se cogen entonces los dos que se dejaron atrás teniendo cuidado de no anudar la hebra; y se vuelve a empezar otra vez... ¡si es facilísimo!...

Pero como entre las obras llevadas a efecto por el ingenio humano, es el calado una de aquellas que menos me intrigan, y menos despiertan mi curiosidad o ambición de saber, yo no había logrado dominar todavía las leyes absolutas que rigen el que actualmente realiza Abuelita en la trama de su mantel de granité, bien que estuviera ya casi un cuarto de hora, mirando desarrollar dichas leyes bajo el sabio consorcio de la teoría y de la práctica.

Abuelita posee la firme convicción de que una mujer «honrada y de su casa» debe dominar entre otros conocimientos, la ciencia o arte del calado, en sus diversas fases o variaciones. A mi ignorancia del calado atribuye Abuelita «esa mala costumbre de sentarse sobre las mesas»; «la pintura tan exagerada de la boca que no es propia de una señorita»; mi indolencia; mis largas conversaciones con Gregoria; y la manía de leer «cuanto libro le cae entre las manos»; cosas que son muy perjudiciales a su modo de ver.

Abuelita suele declarar dogmáticamente:

—El calado es tan interesante y distraído que envicia, y mientras se está calando, se hace algo de provecho en primer lugar; sirve de distracción al mismo tiempo y sobre todo: ¡se trabaja!, porque la ociosidad es la madre de todos los vicios; y si en un hombre es repulsiva, en una mujer la ociosidad es mucho más peligrosa todavía.

Según parece, yo no tengo una profunda experiencia (cosa inútil y despreciable si se compara con la inteligencia), pero no obstante, en la relativa cantidad que poseo, he descubierto ya, que la manera más eficaz de exaltar el espíritu dominador de una fe cualquiera, consiste en negarla, discutirla o despreciarla. Por consiguiente, con el objeto de libertarme en algo del afán apostólico, con que Abuelita trata de inculcarme sus doctrinas acerca de las excelencias que se derivan de la ciencia de calar, decidí ayer abrazar por fin dicha ciencia. Creí firmemente que era el mejor sistema para llegar a libertarme de ella. «*Similia similibus curantur*» afirma según dicen la homeopatía, y yo pensé que había llegado el caso de aplicar tan discreto aforismo.

Fue pues, por esta simple y homeopática razón, por lo que ayer tomé una silla, me senté junto a Abuelita, y participando en mis rodillas de las encrespadas y blancas olas que formaba a nuestro alrededor la tela del futuro mantel, comencé a recibir las primeras nociones de la ciencia que, al decir de Abuelita, une lo útil a lo agradable y como frutos de dicha unión, derrama sobre quien la ejerce un sinfín de consecuencias moralizadoras. Pero es lo cierto, que a pesar de mi buena voluntad, mientras ella decía: «se cogen dos hilos; se dejan dos; se vuelven a coger dos más adelante; se pasa después la aguja hacia la derecha; se cogen entonces los dos que se dejaron atrás teniendo cuidado de no anudar la hebra...», yo miraba tan sólo maquinalmente el

cruzarse y entrecruzarse de los hilos bajo la acción de la brillante aguja y pensaba en otra cosa.

Confieso que hice muy mal; pero ¿quién gobierna como rey absoluto esta desordenada república de nuestros pensamientos?

Llegó un momento fatal en que mis ojos encontraron, sin duda, que aquel cruzar y entrecruzar de hilos ante su presencia, estorbaba mucho el curso de las ideas que tras ellos se deslizaban, y sin que yo lo advirtiese, fueron a posarse discretamente sobre la suave inmovilidad de un arabesco del mosaico. Pero: ¡oh! imprevisión de la inconsciencia, y ¡oh! inconsciencia de la imprevisión! . . . allí los sorprendió incautamente la mirada investigadora de Abuelita, y entonces ¡ardió Troya!

—¡No estás poniendo atención, María Eugenia! No estás poniendo atención ninguna, y eso ¡es una falta de consideración conmigo! ¡Me tienes ya cansada explicándote una cosa que se aprende con verla solamente una vez! Y es que te figuras que es una gracia no saber calar; y que te rebajas porque en lugar de un libro tienes una aguja entre las manos. No te sigo enseñando; mejor es, vete, vete a leer novelas, y sigue cultivando la ociosidad, que obtendrás con eso «¡muy buenos resultados!».

La sorpresa de semejante ataque al romper en seco el hilo de mis lejanos pensamientos, me produjo un efecto bastante parecido al de un despertador, cuando se pone a sonar hacia las altas horas de la noche. Me tomó completamente desprevenida. Además, ante la evidencia, no hay disculpa posible; así lo comprendí, y limitándome a refutar tan sólo las frases finales de la airada réplica, dije atropelladamente:

—Abuelita, no se cultiva la ociosidad leyendo. La lectura es instructiva, enseña, y la considero más provechosa, y muchísimo más divertida que estas costuras y estos calados, en donde se repite siempre y siempre la misma cosa, como si se anduviera alrededor de una noria.

¡Ah! ¡santo cielo! ¡Y qué frase fue esta última tan importuna, y tan desgraciada! Repitiendo la clásica y conocida metáfora, podría decir que ella fue «la gota de agua que derramó el vaso», si no ocurriese que dicha metáfora, aplicada a semejantes circunstancias, viene a ser pobre y descolorida, y que mucho más enérgico y descriptivo resulta decir en su lugar, que ella fue la incauta mano que arranca al descuido el tapón de una botella de champagne previamente sacudida.

Y es que según parece, hace ya más de mes y medio que en la mente de Abuelita, sin que yo lo advirtiera, venían acumulándose, como el ácido carbónico en la botella, los gases de mil contrariedades producidas por mi conducta y proceder. Yo no lo sabía, y he aquí cómo, de pronto, vinieron a demostrármelo dos imprudencias; primero la de haber puesto los ojos en un arabesco del mosaico en lugar de mantenerlos fijos sobre el calado del mantel; y luego, la malhadada idea de atacar de frente dicho calado, sacando temerariamente a colación la imagen de la noria, cosa esta que evoca inmediatamente, aun en las imaginaciones más lentas, la figura humillante y desagradable del burro

que la mueve. He aquí, pues, cómo estas dos imprudencias o descuidos, hicieron saltar en un instante, y con grandísimo estrépito, el corcho de la paciencia de Abuelita.

No bien hube esbozado yo la temeraria imagen de la noria, cuando ella, herida en la más sensible de sus convicciones, soltó la aguja, se quitó los lentes, y roja, fruncido el entrecejo, brillantes los ojos, y agobiada siempre por el mantel de granité comenzó a decirme con una exaltación indescriptible:

—¡No te conozco, María Eugenia! ¡No eres la misma que llegó a esta casa hace cuatro meses! Antes eras respetuosa y eras obediente, oías siempre mis consejos, y me considerabas; ahora no; crees en tu superioridad, y aunque no lo dices, te imaginas que mi criterio está formado por ideas atrasadas o ridículas! ¡Desdeñas quedarte aquí con nosotras, y no piensas sino en el momento en que den las cinco de la tarde, para irte a casa de Mercedes Galindo, y eso, cuando no te vas desde las cuatro! ¡Allá te cambiaron! . . . ¡No eres la misma, no, no eres la misma; los libros y las malas compañías están acabando contigo, y con todas tus cualidades! ¡Tu familia, la familia de tu madre, no existe para ti, y no te gustan sino los extraños! No he podido lograr todavía que seas amiga de tu prima, la hija de Eduardo, sé que te burlas de ella; y según me ha dicho Clara, has llegado hasta a ponerle un nombre. ¡Qué diferencia cuando llegaste de Europa hace solamente cuatro meses! Siempre te sacaba como modelo porque eras moderada y suave, y porque siendo instruida habías permanecido muy inocente. ¡Pero ya has perdido la inocencia, y todo! ¡Ah, es ese ambiente de casa de Mercedes lo que te ha transformado, sí; cada día deploro más el haber reanudado relaciones con ella! ¡Allá, se nos detesta a todos los Aguirre, y esa antipatía ha influido mucho en ti! Nada, absolutamente nada bueno, sacarás de una intimidad que yo desapruébo con toda mi alma! . . . Y en cuanto al Gabriel Olmedo, ese necio, ese petulante, ese nadie, que te están metiendo por los ojos, y a quien tú consideras ya como una gran cosa, es de lo peor, de lo peorcito por sus ideas, y por sus despilfarros y pretensiones. No se casará nunca contigo, no; no es hombre que se casa con nadie, y mucho menos, con una mujer tan pobre como eres tú . . . Si acaso, después de divertirse un tiempo se burlará de ti: ¡ya lo verás!

Si mi frase relativa a la noria había sido desacertada, estas finales de Abuelita, fueron tal cual un latigazo que me hubiese asestado en pleno rostro. De por qué las palabras: «y mucho menos con una mujer tan pobre como eres tú» despertaron en mi alma tal frenesí de indignación, averígüelo quien pueda; yo, sólo sé decir que cuando Abuelita hubo terminado su filípica, a mí me temblaban los labios, tenía las manos heladas; y, el millón de palabras y de imágenes que hervía a borbotones en mi mente, se contuvieron todas un instante sobre mi lengua, que paralizada de indecisión no sabía cuáles escoger ni por dónde empezar. Al fin, trémula la voz, alterada la respiración, atropellando conceptos y palabras, con una insolencia que me hacía muy merecedora de la anterior reprimenda, fui soltando esta especie de enumeración:

—¡Sí, Abuelita, sí; en efecto, soy muy pobre, soy miserable, porque yo no soy pirata; salteadora de caminos; usurera; ni ladrona como son otros; sino que al revés ¡a mí me han robado! ¡me consta, y me consta!!... ¡Y es por eso que no tengo nada! ¡Y si cometo «el crimen» de irme a casa de Mercedes todas las tardes, es porque allá me divierto y aquí me fastidio! ¡y eso ni es culpa de ella, ni es culpa mía!... y Mercedes jamás pronuncia ni en bien ni en mal la palabra «Aguirre»; y a la imbécil de mi prima no le he puesto jamás ningún nombre, porque creo que con los ocho nombres que reúnen entre sí los cuatro hermanos les basta y les sobra para que, sin añadir ningún otro, vivan eternamente y en ridículo! ¡Sí; sí; Abuelita, mira: si quieres que te diga la verdad, creo que los cuatro, acompañados de la odiosa María Antonia, y capitaneados por tío Eduardo, nadan todos juntos dentro de la insignificancia como una manada de patos dentro de un estanque! ¡Y además son envidiosos, sí, envidiosísimos, me detestan a mí por envidia, sólo, sólo, sólo, por envidia! Y por envidia intrigan para que tú no me dejes ir más a casa de Mercedes. ¡Ah! crees que no oí a tío Eduardo la otra noche cuando te dijo... (Y al llegar aquí, hablando por la nariz y haciendo una mueca horrible en honor de tío Eduardo, repetí): «esa amistad no le conviene de ninguna manera»... ¿Crees que no lo oí? ¡Lo oí perfectamente! ¡Ah! ¡envidiosos! ¡estúpidos! ¡mentecatos! ¡cretinos! Pero yo los desprecio, Abuelita, ¿oyes? los desprecio a todos porque los veo chiquitos, como unas hormigas, allá en el abismo de la inferioridad! ¡Sí, sí, son pequeños, son chatos, son imperceptibles, son microscópicos, casi no existen! ¡¡son unos imbéciles!!

Y mientras así, presos del más terrible furor, exclamaban mis labios temblorosos, insaciables y elocuentísimos; junto a mí, Abuelita, cubierta ahora por todo el peso del mantel, que yo, en mi furia había arrojado lejos de mis rodillas, Abuelita, digo, que no me había visto jamás sino en la suave normalidad de mi carácter, olvidando como por ensalmo su anterior exaltación, se hallaba ahora abismada de asombro y de temor. Si fue lástima de haberme herido, o si fue miedo a las consecuencias de mi ira, no lo sé, pero es lo cierto que en lugar de irritarse más y más ante mi gran insolencia, a medida que yo hablaba, su mirada se había ido dulcificando poco a poco, hasta que al fin, cuando terminé mi réplica prodigando diatribas sin cuento sobre la familia de tío Eduardo, ella, presa de la más viva angustia, lamentando su imprudencia, sintiendo el haber despertado en mí el demonio de la desunión, y siendo, como es su mayor anhelo, el verme de acuerdo con mis primos, se puso a decir en el tono suave de la conciliación:

—Pero si no es cierto, María Eugenia. ¡Si nunca me han dicho nada! ¡No hables así de tus primos! ¡No te expreses en esa forma de Eduardo! ¿Tú ves, tú ves cómo es verdad que no nos quieres a tu familia? Si te digo lo que te digo, mi hija, es por tu bien, tú sabes mejor que nadie cómo te quiero yo, cómo te quiere Clara, cómo te queremos todos! Si yo daría lo que no tengo, sí, mi vida misma la daría por verte feliz y por verte contenta. ¿No ves que te quiero dos veces? Te quiero por ti y te quiero por tu madre. ¡Es por eso



precisamente por lo que me inquieto, porque me parece que todo puede perjudicarte o puede hacerte sufrir más adelante!

¡Ah! ¡pero mi cólera no es tan quebradiza, e inconsistente como la de Abuelita! Poco frecuente en realidad, cuando ha encendido su mecha arde durante un buen rato, es difícilísimo apagarla, y si acaso tiene ciertas decaencias, entonces, como el Ave Fenix, renace aún más vigorosa de entre sus propias cenizas. Por esta razón, a pesar del cariño y de las suavidades con que me amonestaba Abuelita, yo continué durante un largo rato hablando y hablando, con infinita elocuencia, desenvolviendo las más inesperadas e insultantes imágenes contra la familia de tío Eduardo, cuya figura colectiva se hallaba en mi mente fija como una obsesión. Mis propias palabras no hacían sino exaltarme más y más, razón por la cual, mientras hablaba, iba al mismo tiempo, comprendiendo y disculpando el voluptuoso ensañamiento de las fieras:

—Sí! ¡envidia me tienen, Abuelita, y me detestan aunque tú no lo confieses! Pero yo en cambio, los cubro a todos con el telón de mi desprecio y ni siquiera los veo. Mira, los hijos de tío Eduardo, son pretenciosos, son ignorantísimos; no tienen gracia ninguna al hablar; la miseria de sus inteligencias da compasión; el vocabulario que emplean para expresarse es tan pobre como pobres de ideas son sus cerebros, y usan los superlativos sin necesidad, con una monotonía y una prodigalidad horribles! . . . Sí, para ellos todos lo agradable es «bello» o es «divino»; todo lo desagradable es «un desastre», «un pavor» o «una lata» y a eso se reducen sus expresiones; no tienen noción de los matices, de los términos medios, ni de las graduaciones. Moralmente se parecen todos unos a otros como granos de maíz, porque poseen la simpleza y la uniformidad de la mentecatez. En cuanto a esa vieja y ridícula de María Antonia, es una advenediza, o, llamando las cosas por su nombre, es una mulata, descendiente de padres naturales, cargada de maldad y de odios de raza; tío Eduardo, en el fondo no es más que su instrumento, pero es un instrumento avaro, imbécil y chismosísimo, por no decir otra cosa! . . . Esta es mi sincera opinión acerca de todos ellos. ¡Si te ofendo, perdóname, o mejor dicho, perdona a la verdad que es cruel y es inexorable!

Es lo cierto que por mi boca habían ido saliendo como por el cráter de un volcán en erupción todos los datos e informes recogidos en mis conversaciones con tío Pancho y con Gregoria. Afortunadamente, Abuelita no lo comprendió así, y esto permitió que sin alterarse continuase diciendo en el mismo tono suave y conciliador:

—Pero cálmate, María Eugenia, cálmate, ¿qué te han hecho para que los odies así?

—¡Ah! ¡si no los odio, Abuelita! ¡Los juzgo imparcialmente con entera justicia! Y si no, dime, contesta: ¿qué hay de falso, qué hay de inexacto en lo que estoy diciendo? . . .

Pero Abuelita optó por no contestar absolutamente nada, y hubo entonces una larga pausa durante la cual, ella, volvió a ponerse los lentes, bucó la aguja que se le había extraviado entre los pliegues del mantel, luego de encontrarla

tendió sobre su falda la orilla que se hallaba calando, agrupó el resto de la tela en una silla, inclinó la cabeza, y continuó el interrumpido calado, inocente manzana de tan terrible discordia.

Para cualquier otra persona, aquella calma o silencio podría haberse considerado como fin y término de las hostilidades, pero según tengo dicho ya, mi cólera acostumbra a renacer de sus propias cenizas, fenómeno del cual no me considero responsable hasta cierto punto. Además, la actitud final de Abuelita, adoptada quizás como medida de pacificación, encerraba una apariencia de profundo desprecio, cosa que venía a ser muy propicia a dicho fenómeno o renacimiento. Si Abuelita hubiese continuado tomando la defensa de tío Eduardo y compañía, yo me hubiera calmado, estoy segura. Callando despertó en mí el espíritu de agresión. Y es que según he observado ya varias veces, Abuelita sabrá hacer filigranas en los manteles, pero estos hilos psicológicos del alma se anudan y se enredan siempre entre sus dedos porque los maneja de un modo lamentable.

Ante la inclinada, silenciosa y despreciativa cabeza, volví a sentir con mayor precisión y menor atropello una nueva crisis de verbosidad. Entonces, dejando interinamente a un lado el tema de la familia de tío Eduardo, que consideré exhausto, con la voz más tranquila y con una inmensa pedantería resolví atacar este otro tema que me pareció de gran eficacia para sacar a Abuelita de su mutismo:

—En la enumeración de mis nuevos defectos o retrocesos hacia el mal, creo que mencionaste, Abuelita, el de haber perdido yo la inocencia. En efecto, últimamente me he dedicado a poner cierto orden y cierta claridad en mis ideas. No quiero que exista jamás en mi mente la más ligera incógnita y por lo tanto he tratado de explicarme lo más detalladamente o sea lo más científicamente posible la formación u origen misterioso de la vida. Como es muy natural y muy lógico, lo manifiesto y hablo de ello en mis conversaciones, tal cual pudiera hablar de una declinación latina o de un problema de álgebra; ¡es un conocimiento! Ahora bien, si tú llamas a este sistema de aclarar científicamente nuestras dudas o incógnitas «haber perdido la inocencia», entonces: ¡sí; la he perdido! No tengo ningún inconveniente en proclamarlo y me felicito por ello. El lamentarlo sería tan imbécil como lamentarse, por ejemplo, de haber perdido una deuda. Porque la inocencia, que jamás he poseído de un modo absoluto, ¡a Dios gracias! es la más negativa, la más peligrosa y la más necia de todas las condiciones.

Con grandísimo estupor mío, esta declaración tan enérgica como sugestiva, escaramuza de nuevas hostilidades, quedó sin respuesta, a pesar de toda su importancia o magnitud. Abuelita, después de oírme, cogió pacíficamente las tijeras, cortó con ellas el hilo, tomó luego otro nuevo, y se puso entonces a enhebrar la aguja no sin ciertas vacilaciones y tropiezos. Pero todo, todo, dentro del mas profundo silencio. ¡Ah! ¿no era esto, mil veces más insultante que los más horribles insultos? Nada extraño tiene, por consiguiente, que una vez enhebrada la aguja de Abuelita, segura de que había recuperado

ya toda la integridad de su atención, yo continuase desarrollando mi tesis con más brío:

—¡Sí; la inocencia de las señoritas casaderas, o sea el afán despótico de hacernos ignorar en teoría todo aquello que las otras personas conocen o han conocido en la práctica, me parece uno de los mayores abusos que han cometido jamás los fuertes contra los débiles. Sí; en primer lugar siembra de misterios la vida, lo cual es como sembrar de hoyos profundos un camino; desorienta horriblemente; se ven las cosas desde un punto de vista falso; prepara sorpresas que pueden ser desagradables; y la creo en general, un lazo, una venda, y una trampa, usada por los demás para poder organizar más fácilmente nuestra vida según sus antojos y caprichos. La inocencia es una ciega, sorda y parálitica, a quien la imbecilidad humana ha coronado de rosas. ¡Es el humillante emblema de la sumisión y esclavitud en que, como dice tío Pancho, suelen vivir casi todas las mujeres honradas después de casadas!

La frase final hizo levantar bruscamente con un movimiento nervioso la cabeza de Abuelita. No obstante, arrepentida de esta manifestación, volvió al instante a su trabajo, y continuó envuelta por la aureola del silencio. Yo proseguí mi monólogo con toda la calma y la suficiencia de un conferencista, segura de que Abuelita estaría pensando: «qué pedantería tan espantosa y qué falta de respeto».

—Considero, pues, a la inocencia, un azote, un abuso y una arbitrariedad. Pero sin enumerar las grandes y numerosas tragedias que a su paso se hayan desarrollado en el mundo, limitándonos tan sólo a la vida ordinaria y corriente, dime Abuelita; te figuras que es muy agradable para una persona consciente el oírse decir a cada instante: «tú no puedes salir sola porque *no sabes* a lo que te expones» o bien «de ese asunto tan inmoral, aunque los demás hablen *no debes* hablar tú» o lo que es muchísimo peor «ese libro está muy bien escrito, aquella comedia es admirable y graciosísima pero tú *no puedes* cogerla siquiera entre tus manos», y siempre, siempre, respaldando semejantes frases: ¡la tapia espesísima de lo misterioso y lo prohibido! ¡Ah! ¿crees que esto no acaba por herir el amor propio? ¿Crees que no resulta horriblemente desagradable y humillante? ¿Crees posible el vivir siempre así, como un paria, al margen del movimiento y de la vida? ¡Ah, no, y mil veces no! . . . Afortunadamente, que para mis ojos se han derrumbado ya todas las tapias: ¡lo declaro! he salido a plena luz y me considero como un espectador que conociendo confusamente su propia ciudad, se subiese de pronto a una atalaya altísima y contemplara desde allí todo el conjunto.

Abuela seguía obstinadamente en el mutismo y en el calado, pero no sé por qué me pareció ahora, que lo que iban tejiendo sus dedos sobre los niveos hilos era una blanca elegía dedicada a mi inocencia.

Y de pronto, allá, en el extremo del patio, se abrió la puerta de romanillas del comedor y muy pacíficamente, apoyando en su cintura la cesta rebosante de ropa por coser, apareció tía Clara. La presencia de una fresca y segura contrincante me animó muchísimo. Por lo tanto, esperé a que tía Clara se

acercase un poco, a fin de que no siguiesen perdiéndose mis palabras y continué levantando más la voz; y prodigando más y más pedantería:

—¿Quieres que te diga lo que pienso ahora, Abuelita? ¿Quieres que te lo confiese? Pues mira: pienso que la moral es una farsa; que está llena de incongruencia y de contradicciones, y que gracias a esas enormes contradicciones, a pesar de mi inteligencia, tuve ideas confusas y embrolladas acerca del verdadero origen de la vida, durante tanto tiempo. Porque, es cierto que en mis cursos de Historia Natural, estudié con éxito la Botánica, pero como estudié también al mismo tiempo con mucho éxito la lógica, no se me había ocurrido jamás aplicar al género humano las leyes que rigen a las plantas . . . ¡Ah! sí, tres años de Filosofía seguí en el colegio, y te advierto que los profesores que corregían mis deberes y composiciones solían llenar las márgenes de elogios. Por esta razón en mi inteligencia reina el orden y el método, y naturalmente, al valerme de premisas tan falsas y tan contradictorias como las que nos predicán el recato, el pudor y la decencia, no podía llegar jamás, basándome en ellas, a una conclusión exacta. ¡Nunca creí que dentro de la moral se anidara la incoherencia, pero ahora me consta, y lo sé, porque lo he descubierto! . . . Al fin y al cabo comprendo y me explico perfectamente que las monjas del colegio, por ejemplo, tuviesen en aprecio la inocencia y elogiásem el pudor, después de todo; ¡eran vírgenes!, pero que se hable de pudor, cuando se ha perdido la virginidad, cuando se han tenido varios hijos . . . ¡Ah! no, ¡eso es absurdo! . . . El pudor de las esposas y de las madres, es una farsa, es un mito: ¡el pudor no existe! . . . o mejor dicho, ¡el pudor no se ha refugiado jamás sino bajo la sombra de los conventos! . . .

Tía Clara, tal cual yo lo había previsto, no había llegado ni a sentarse siquiera. De pie, frente a mí, con la boca ligeramente entrebierta, y la cesta apoyada todavía en la cintura, me veía, inmovilizada por el más profundo estupor, hasta que al fin, sorbiendo una gran bocanada de aire en señal de espanto prorrumpió:

—¡Iiiiiiiiiihhhh!! . . . ¡Pero qué sarta de disparates, María Eugenia! . . . ¡esas atrocidades las has leído tú últimamente en alguna novela!

¡Las novelas! ¡sí! ¡dale con «las novelas»! . . . ¡Ahí tienes otra incongruencia y otra injusticia! Las novelas, tía Clara, están llenas de discreción; la más inmoral, ¿oyes? la más inmoral, la peor de cuantas he leído, al llegar a ciertos momentos cierra el capítulo o pone puntos suspensivos, mientras que personas muy severas y muy respetables, los han llevado a la práctica, esos puntos suspensivos, los han ilustrado como quien dice y eso, eso, es lo que yo encuentro injusto para con las novelas y muy, muy contradictorio en general.

Pero tía Clara, que no había salido aún del estado de sorpresa, volvió a exclamar en la misma tónica, o sea, larguísima aspiración y ojos enormemente dilatados por el espanto:

—¡Iiiiiiiiiiii!!! ¡Jesús! ¡Qué ocurrencia! ¡Qué extravagancias! ¡Cállate, María Eugenia, cállate por Dios, que estás disparatando demasiado.

—¡Ah! ¿tú te escandalizas, tía Clara? Pues yo por el contrario, no me escandalizo de nada, porque tengo un alma profundamente «naturista» y adoro con ella la verdad sencilla de las cosas. Pero lo que no me explicaré en cambio jamás es ese cúmulo de ideas contradictorias que llaman «la moral». En mi opinión, todas ellas reunidas forman como una especie de manto, que se trata de extender inútilmente sobre la verdad de la naturaleza, pero la naturaleza se impone, y entonces, el manto se parece mucho al de la hipocresía. Tú estás bajo sus influencias y por eso te escandalizas, yo no, porque yo tengo mis ideas personales. Yo creo, por ejemplo, con entera certeza, que el pudor es el único responsable de que exista el impudor; creo que es, como si dijéramos, el padre del impudor, y creo que es al mismo tiempo su padrastro, porque ha logrado envilecerlo y denigrarlo a los ojos de todos. Y si no, dime: ¿se visten las azucenas, tía Clara? ¿se visten? ¿Se visten las palomas? Y ya ves cómo sin vestirse predicán la pureza y son el símbolo de la castidad. El vestido es la causa del impudor. Si las palomas se vistieran, nos escandalizaríamos al verlas volar, porque levantarían probablemente su vestido con el movimiento de las alas, y esto desde abajo haría un efecto muy indecente. Pero como nunca se visten, son siempre igualmente pudorosas, es decir, que han tenido el talento de hacer puro el impudor, y este talento lo poseen ellas sencillamente, porque hasta sus oídos no han llegado rumores todavía de que exista la moral. Si nosotros hiciéramos también como las palomas y como las azucenas, seríamos tan puros como ellas. El origen lógico del vestido, su objeto práctico, es preservarnos del frío o bien cubrir y disimular la inarmonía de las líneas, cosa que por desgracia es muy frecuente en la mayoría de los desnudos. Sí: «Los griegos amaban el desnudo porque eran hermosos»... ¡Este último pensamiento acerca del desnudo en los griegos no es mío, éste sí lo he leído en un libro y te aseguro, tía Clara, que se quedará grabado en mi memoria como si estuviera grabado en bronce, porque resplandece de verdad y rebosa de lógica!

—¿Ah? —interrogó tía Clara sin bajarse un ápice de la cumbre del espanto— ¿quiere decir, pues, que según esas teorías, María Eugenia, te parecería muy bien el que mamá, tú y yo estuviéramos ahora las tres, cosiendo aquí, enteramente desnudas, y que después, más tarde, desnudo también, entrara Pancho de la calle, y así, en ese estado, se sentara en una silla, y se pusiera a conversar con nosotras? ... ¿te parecería muy bien? ¿muy natural? ... ¿muy bonito? ... ¿ah? ...

La idea de semejante tertulia me hizo sonreír ligeramente, pero desdeñando al punto la trivialidad despreciable de lo cómico, volví a asumir el tono dogmático y seguí razonando.

—¡¡Pues es claro!! ¡ya lo creo que me parecería muy bien! Dado el clima de Caracas, a estas horas —y consulté el reloj pulsera—, diez y media de la mañana, el sol está en su apogeo y hace más bien calor. Por lo tanto, si nos vestimos es solamente por espíritu de imitación, y por espíritu de rutina. Convéncete, tía Clara; es un servilismo, una adulación y un tributo que les

rendimos a los países fríos. Si tuviéramos una personalidad bien definida y si observáramos una conducta lógica de acuerdo con nuestro clima, a estas horas deberíamos estar desnudos: ¡todos! . . . ¡Si acaso, si acaso, al salir a la calle, a fin de preservarnos del sol, podríamos usar entonces un sombrero grande o llevar en la mano una sombrilla de paja, y nada, nada más!

—¡Pero mamá —dijo aquí tía Clara dirigiéndose a Abuelita—, lo que a mí me extraña es que tú permitas con esa calma que María Eugenia diga semejantes horrores delante de ti! ¡Es una falta de respeto que no tiene igual! ¡Pero qué ideas, Santo Dios, qué ideas tan descabelladas!

Y tía Clara, que sentada ya hacía rato en su sillita baja, había puesto la cesta de costura en el suelo, se llevó las dos manos juntas a la cabeza, en una actitud tan trágica, que yo me sentí verdaderamente satisfecha viendo que mis palabras merecían por fin, una manifestación, sublime, digna de ellas.

—Déjala, Clara, déjala, no la excites más —rompió a decir entonces Abuelita, sin abandonar su actitud pacífica, y sin quitarse los lentes ni levantar la cabeza del trabajo—; ¡hace más de un cuarto de hora, que está ahí diciendo sin cesar los más grandes desatinos! Lo que a mí me admira, lo que me sorprende, es la facilidad de expresión que tiene. ¡Sí; es como un río conversando disparates! ¿Pero de dónde sacará tanta palabra? ¿De dónde se le puede ocurrir tanta cosa al mismo tiempo? . . . ¡Así mismo era su padre!

—Sí ¡gracias a Dios, yo sí tengo un vocabulario rico! Yo sí sé expresarme con mucha elegancia, y en la conversación familiar y corriente, uso con muy buen gusto en tres idiomas, imágenes que no se desdeñaría en emplear un buen orador cualquiera. Y esto no es muy común, porque sé de personas cuyo vocabulario es tan pobre, tan reducido y tan miserable, como el que emplean para expresarse los más primitivos salvajes.

—¡Pero qué engreída estás, María Eugenia, qué horror! —volvió a decir tía Clara—. ¡Pareces un pavorreal! Te vas a reventar de tanto esponjarte. Mira que Dios castiga el orgullo.

—Tengo la conciencia de mis cualidades y las digo. La modestia ¡es otra hipocresía!

—¡Sí, para ti todo lo bueno es hipocresía por lo visto!

Y como en aquel propio instante, sacase de la cesta un paño de mano para empezarlo a zurcir, añadió por asociación de ideas:

—Bien . . . y si tanto te gusta todo lo que es verdad y todo lo que es natural, entonces ¿por qué te pones la boca como una remolacha, que dejas el rastro en cuantas servilletas usas en la mesa, y en cuanto paño de mano se te pone en el cuarto? . . . ¡la misma Gregoria es quien lo dice!

—Mira, tía Clara, yo me pinto y me pintaré siempre, porque la inteligencia está hecha para corregir y perfeccionar la obra de la naturaleza. Pero esto no quiere decir, que en mi pintura hay mentira, ni hipocresía; yo no trato de engañar a nadie, al revés, la prueba es que, como acabas de decir ¡hasta las servilletas lo proclaman! ¡Adoro la pintura! sí, sí ¡lo declaro, lo confieso y lo grito! me gusta tanto que me pintaré ahora, y me pintaré después, y me

pintaré cuando esté vieja, y me pintaré para morirme, y hasta después de muerta, el día del juicio final, cuando resucite, creo que escucharé mi sentencia, con un lápiz de labios en la mano pintándome la boca!

Al escuchar esta última afirmación, tía Clara interrogó molesta y chocadísima:

—¿Pero por qué, María Eugenia, por qué has de mezclar siempre las cosas santas y las cosas de Dios, con tus disparates? ¡Es ya la segunda vez que dices esa necedad de que te vas a pintar la boca el día del Juicio Final!

—Con lo cual no he hecho sino amoldar a las exigencias de la vida moderna un acto de fe, que en el fondo no es nada sincero, porque yo no creo en el dogma de la Resurrección de la Carne, ni en el del infierno que es el colmo de la crueldad. En cuanto al misterio de la Encarnación...

—¡¡¡Basta!!!...

Gritó sulfurada tía Clara. Y diciendo ¡¡¡basta!!!, se le cayeron con tal fuerza las tijeras al suelo, que de resultas del sonido inesperado y metálico, di un salto, se me olvidó enteramente lo que iba a decir a propósito del misterio de la Encarnación y fue ella quien tomando de nuevo la palabra dijo:

—Es muy bonito ¡sí! ¡muy bonito, que te pongas a hablar así, como un ateo o como un materialista, y todo, porque estás engreidísima, María Eugenia! ¡te figuras que eres «un genio»! Y repitió por segunda vez en tono apocalíptico: —¡Mira que Dios castiga el orgullo!... ¡y lo castiga en este propio mundo!...

—¿Sí? ¡Pues yo no veo en absoluto que Dios se encargue de repartir castigos en este mundo, porque si así fuera, tía Clara, hay unas personas... ¡que vienen por cierto mucho a esta casa!... ¿sabes?... sobre las cuales habría hecho llover ya ¡fuego del cielo! como sobre Sodoma y Gomorra.

—¡Jesús! ¡María! —exclamó picadísima de curiosidad— ¿y quiénes son esos monstruos, vamos a ver?

—Por Dios, Clara, no le discutas más ¡déjala! hazme el favor: ¡déjala! ¡déjala!... Yo sé que ella, en el fondo, no puede creer nada de lo que está diciendo, no lo hace sino ¡«por mortificarme»! —y tomando entonces un largo aliento para un largo suspiro, y levantando los ojos al cielo, Abuelita se puso a decir con voz dolorida y honda: ¡Este, sí, éste era el fruto que yo debía recoger de mi cariño por ella!

Y habló con un dejo de decepción tan amargo y tan profundo, que al punto, mi cólera, dándose ya por saciada apagóse bruscamente, y le dejó el campo abierto a una desagradable reacción. Ante la frase dolorida de Abuelita, me pareció de pronto que la había ofendido demasiado y arrepentida y muy disgustada ya contra mí misma resolví no hablar más.

Vino entonces un largo silencio general, porque tía Clara, reflexiva e intrigadísima se calló también. Tras de mi insolencia, tras de la frase final de Abuelita, y sobre todo tras de aquella insólita calma, había olfateado sin duda algún misterio. Por eso, de vez en cuando, entre puntada y puntada, me veía curiosa como para adivinarlo. Indudablemente que anhelaba conocerlo y

Abuelita por su lado debía anhelar más todavía el podérselo decir, a fin de comentarlo con ella largamente. Sólo por esta razón, yo no me iba. Inmóvil en mi silla, contemplando las dos cabezas, inclinadas y absortas sobre la costura, me quedé mucho rato; mientras que en la mía, bajo la paz del silencio, comenzó a apuntar la idea muy precisa de que todo, absolutamente todo cuanto acababa de decir, dominada por la furia, eran imprudentes exageraciones, que podían tener consecuencias desagradables. Esta idea ya definida y otras indefinidas aún llegaron a preocuparme tanto, que resolví entregarme por fin al juicio de Abuelita y de tía Clara. Dejándolas entonces en completa libertad de comentarios, sin decir una sílaba, me levanté y me vine aquí. Una vez en el cuarto, eché la llave, arrastré el silloncito junto al escritorio, y ya, a solas conmigo, contemplando la muñeca lamparilla o los naranjos del patio, sumida entre los brazos de este sillón amigo y confidente comencé a reflexionar.

Estaba muy nerviosa todavía, sentía la cara congestionada y tenía las manos ligeramente temblorosas y frías. ¡Ah! ¡es que me había disgustado tanto! . . . Era la primera vez que esto me ocurría con Abuelita . . . y en mi furia desbordada, sin medida ni límites, la había herido en su amor de madre . . . ¡la había herido y la había mortificado! y en fin de cuentas, ¿por qué había sido la furia? . . . ¿por qué? . . . ¿por qué? . . . Pues porque Abuelita había dicho: «ese necio, ese petulante, ese nadie . . . es de lo peor . . . no es hombre que se case con nadie y mucho menos con una mujer tan pobre como eres tú» . . . ¡Sí! y todo eso eran informes recibidos de tío Eduardo . . . tío Eduardo se los había dado a Abuelita, impulsado por María Antonia, y quizás por mis primos . . . sí; sí; todos se habían puesto de acuerdo para que Abuelita me hiciera la guerra . . . ¡Ah! ¡envidiosos! ¡calumniadores! ¡imbéciles! . . . ¡Lástima que no hubiesen oído todo cuanto había dicho de ellos hacía un rato! . . . ¡Ah! ¡si aún era poco! Si a ellos directamente les hubiese dicho más, muchísimo más todavía! . . . Pero . . . ¡pss! . . . qué importaba al fin y al cabo lo que semejantes cretinos dijeran de Gabriel Olmedo. Y a mí . . . ¿qué me importaba tampoco Gabriel Olmedo? . . . Sí, Gabriel Olmedo . . . Gabriel . . . Gabriel . . .

Aun cuando Abuelita hubiese dicho en la mañana: «No piensas sino en el momento en que den las cinco para irte a casa de Mercedes Galindo, y eso cuando no te vas desde las cuatro . . .» dando las cuatro en punto, entraba yo en el elegante corredor de la casa de Mercedes; y entre palmas y orquídeas, mientras me quitaba el sombrero y me arreglaba el cabello ante un espejo, comencé a llamarla como es costumbre mía ya muy permitida y arraigada:

—¡Mercedes! ¡Mercedes! ¿Dónde estás? . . .

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —contestó ella como contesta siempre, apagada la argentina voz tras de puertas y ventanas, en la suave penumbra de su *boudoir* oriental.



Mercedes ha querido orientalizar su indolencia criolla, y en lugar de mecerla en una hamaca bajo un susurrar de brisas y un abanicar de palmas, como en las habaneras, no, la cultiva en su bajo e inmenso diván turco, alargada y blanquísima, rodeada por un sinnfín de cojines, entre cuyas suaves abolladuras, bajo la penumbra de las cortinas, lee, sueña, reflexiona, duerme, toma té, se aburre, y a veces también, llora. Como entre sus cojines ondulante y linda, Mercedes tiene un prestigio que a mí me resulta muy exótico y sugestivo, pienso siempre al mirarla que así debieron ser aquellas famosas reinas orientales; y como parece un jardín toda su casa, y como no encuentro de buen gusto el llamarla Cleopatra, le digo más bien «Semíramis» que fue la de los jardines suspendidos.

Cuando entré en el *boudoir* ayer tarde, Mercedes estaba leyendo rodeada de muchos libros. Al verme se incorporó al punto, me tendió alegremente los dos brazos, y después de besarme, me hizo sentar a su lado sobre una orillita del diván, marcó con un corta-papeles el libro que estaba leyendo, y se puso a decir cariñosa y sonreída tomándose las manos:

—¡Y qué temprano te viniste hoy! ¡Vaya! . . . ¡Qué milagro! . . . Estaba precisamente pensando en ti; iba a llamarte por teléfono. Pero . . . ¿por qué no te pusiste tu vestido de *crêpe Georgette*; el del *ourlet à jour* que a mí me gusta tanto? —y añadió con una ligera sonrisa combinada con un ligero guiñar de ojos— . . . ¡viene Gabriel a comer esta noche!

—Pero es que todas, todas las noches el mismo *crêpe Georgette*, por más que a ti te guste, me parece demasiado! . . .

—No, no, en eso no tienes razón, María Eugenia, hijita! Cuando una *toilette* queda bien se abusa de ella cuanto se puede. Con mucho mayor motivo tratándose de un vestidito negro, tan sencillo, tan *seyant*. . . Pero ahí estás muy incómoda, corazón, súbete en el sofá, recuéstate, ponte *à ton aise*. ¡Toma! ¡Toma!

Y Mercedes comenzó a acumular cojines a un lado del diván. Yo me subí al momento, me hice con los cojines y la pared una especie de largo nido, me acosté en él, sobre un cojín pequeño apoyé el codo, apoyé luego la sien izquierda en la mano cerrada, y así, mullida y confortable, comencé a participar a Mercedes mi gran preocupación:

—¡Ah! . . . no sabes el disgusto tan grande que tuve con Abuelita esta mañana. Me puse tan indignada y furiosa que hablé horrores de tío Eduardo, de María Antonia y de mis primos, los insulté a todos. Mira, dije de ellos las cosas más espantosas que se me fueron ocurriendo en aquel momento! ¡horrores; Semíramis, horrores! . . . ¡sapos y culebras!

—¡Pero qué *maladresse* tan grande! —exclamó al instante la aludida Semíramis, que cuando se encuentra en el sofá turco, bajo la influencia inmediata de sus libros, prodiga más que nunca los espontáneos galicismos o afrancesamientos— y ¿por qué hiciste esa *gaffe*, María Eugenia?

—¡Ah! ¡porque no siempre soy dueña de mí misma! . . . Bueno, después de insultar a tío Eduardo y a su familia, insulté también a la moral, que es como insultar a otro hijo de Abuelita.

—¡Ob! ¡là! ¡là! . . . eso está peor todavía! ¿Y qué dijo Eugenia?

—¡Absolutamente nada, nada, nada! . . . Ni entonces ni después. Y es lo trágico, Semíramis, y lo que me tiene horriblemente preocupada. Ese mutismo de Abuelita es amenazador. El silencio por lo general es muy traicionero. No sé por qué me figuro que Abuelita debe estar premeditando alguna cosa terrible contra mí.

—¿Pero qué pasa, cuéntame, por qué fue esa *brouille*?

—¡Pues por una tontería! Figúrate que Abuelita quiere a toda costa que yo aprenda a calar, porque dice que soy muy ociosa, y que la ociosidad es la madre de todos los vicios; ¡ese refrán tan viejo! Bueno, para complacerla me puse a aprender con ella, en un mantel de granité que tiene ahora entre manos. Pero la verdad, Semíramis, a mí me marean tanto los hilos yendo y viniendo, me marean horriblemente y, como además no comprendía nada, me distraje . . . Por esta razón Abuelita se disgustó muchísimo, y aprovechando su disgusto me echó una filípica terrible sobre un millón de cosas que no tenían nada que ver con el mantel ni con el calado. Dijo que yo no era obediente ni respetuosa como antes; que me desdénaba de estar en su casa y de ser amiga de mi prima; que a mi prima le había puesto un nombre; que me burlaba de ella; que no quería sino estar aquí contigo; que eras tú quien me había infundido ese sentimiento de aversión hacia toda la familia Aguirre; que desaprobaba nuestra intimidad; y que Gabriel Olmedo, a quien tú tratabas de «meterme por los ojos» era de lo peor . . . que se burlaría de mí . . . y que jamás se casaría conmigo . . . porque yo era . . . una mujer . . . muy pobre . . .

Estas últimas frases las dije entre vacilaciones, con gran esfuerzo y repugnancia. Hubiera querido suprimirlas de la enumeración, pero cuando lo pensé era muy tarde, porque ya las había empezado a decir.

A Mercedes no se le escaparon dichas vacilaciones y repugnancias. Mientras yo titubeaba, comenzó a sonreír, y cuando terminé el relato, dejando escapar apenas las últimas palabras, ella, riéndose ya francamente, con su colorida risa sonora, entornó los ojos, en un medio entornar que era brillante y terrible y dijo mezclando las palabras con las risas y los guiños:

—¡Ay! ¡María Eugenia, María Eugenia, fue por eso, fue por lo de Gabriel, por lo que te pusiste tan indignada!

—¡No, Mercedes, no, no lo creas, te aseguro que no! ¿Qué me importa a mí lo que digan de Gabriel? Lo que sí me dio rabia fue la injusticia contigo, porque en ella vi claro la mano de tío Eduardo y su familia. No pueden soportar nuestra intimidad y están influyendo en Abuelita para que me la prohíba. Abuelita en el fondo no te quiere mal ¿ves?, pero claro, como ella no pone jamás los pies en la calle, no sabe del mundo sino por los cuentos que le lleva ese imbécil de tío Eduardo. Es lo único que oye y lo único que cree. Y en el fondo quien informa es María Antonia ¿comprendes? . . . porque es ella, esa diábala, esa chismosa, quien le llena la cabeza a tío Eduardo, para que tío Eduardo se la alborote a Abuelita.

Mercedes no contestó nada. Durante un instante se quedó callada y como reflexionando. Luego dijo:

—Verdaderamente ¡qué injusticia!... y sobre todo, ¡qué *parti-pris!*... ¿Cuándo te he hablado yo mal de Eugenia, ni de Eduardo, ni de ninguno de ellos?

—Eso mismo le dije yo a Abuelita, y fue después cuando empecé mi letanía de insultos contra tío Eduardo y compañía. Los llamé imbéciles y mentecatos hasta que me cansé. ¡Ah! ¡es que estaba furiosa! Mira, me temblaban los labios, me temblaban las manos, nunca, nunca, me había puesto en ese estado! . . .

—¡Ay! no parece cosa tuya, María Eugenia, corazón, tú que eres tan dulce, tan prudente, tau suavcita . . . ¿ponerte furiosa? . . . una cosa que descompone tanto . . . y que a la larga arruga. Sí, mira, esas personas de mal carácter a los treinta años: *ça y est!* las arrugas, las canas, el *mauvais teint*, todas las calamidades juntas ¡sí es muy sabido!

Yo medité unos segundos, y meditabunda todavía, hundida suavemente entre el pesimismo y los cojines, me puse a decir así con filosófica gravedad:

—Pero, ¿sabes Mercedes, sabes que después de todo Abuelita no anda quizá tan equivocada? . . . Es cierto que tú nunca me has dicho nada contra los de mi casa, pero haciéndome respirar este ambiente tuyo, este ambiente divino que yo adoro, porque me acaricia y me ensancha el alma, has impedido que me aclimatara al ambiente de allá . . . ¡la inconformidad surge de las comparaciones! . . . ¡Estos cambios bruscos y continuos impiden que crezca y que se arraigue la costumbre . . . ¡la costumbre! . . . ¿sabes? . . . que es como la madre y como la consoladora de los desgraciados . . . Mira, recuerdo que cuando llegué a Caracas, hace sólo algunos meses, me puse muy triste porque sus calles tan angostas y tan chatas me parecieron feas . . . Ahora cuando camino por ellas ¿sabes lo que pienso? . . . pues pienso que las calles de París son las tristes, porque para hacerlas tan altas han tenido que ir amontonando las casas unas sobre otras como se amontonaban en los desvanes esos cajones vacíos que están cerrados y están oscuros por dentro. Y es que las calles de Caracas tienen ya a mis ojos la dulce simpatía de la costumbre . . .

Y luego de decir yo esto nos quedamos en silencio un buen rato.

No parecía sino que sobre el diván, bajo la penumbra de las colgaduras, continuara flotando todavía el eco de mis palabras, y que si estábamos tan calladas las dos era porque seguíamos oyéndolas . . . Hasta que Mercedes con una voz muy baja y muy lenta, porque ayer estaba triste, se puso a hablar por fin, y dijo suspirando:

—¡Tal vez sea verdad eso de la costumbre, y quizás, quizás, queriéndote hacer un bien, te habré hecho un *tort* muy grande! . . .

Y volvimos a callarnos otra vez. Me pareció ahora que nuestros pensamientos revoloteaban muy unidos sobre el mismo objeto, como dos mariposas que están aleteando juntas alrededor de una luz. Y era tan intensa esta

impresión que dentro de la penumbra y dentro del silencio que nos rodeaba, parecía que casi, casi, se pudiera percibir ese aletear parejo e invisible de nuestros dos pensamientos. Yo sentí que bajo su influjo se me iba poco a poco oprimiendo el alma, y tuve ganas de llorar. Pero Mercedes volvió también ahora a romper todos esos hilos o medias tintas de lo abstracto y de lo intangible, al decir de pronto con la ruda energía de las cosas reales:

—¡No, María Eugenia, no, yo no te he hecho ningún mal, estoy segura!  
—E irguiéndose blanca y nerviosa sobre la negrura del diván, con una expresión dominadora, me clavó en las pupilas sus lindos ojos penetrantes y declaró convencida:

—Mira: tú quieres a Gabriel y Gabriel está loco por ti; tú lo sabes, él también, y aunque no se lo hayan dicho, ya empieza, ya empieza el *flirt* porque lo he visto. Bueno, ahora te apuesto a que no pasa un mes . . . ¡qué digo un mes! . . . no pasa una semana sin que Gabriel se decida a casarse contigo.

Yo sentí que una luz inmensa surgiendo de los ojos de Mercedes me deslumbraba el alma, y como no pudiese resistir de frente aquel glorioso fulgurar de ojos, bajé los míos sobre el diván y no dije nada. Ella siguió:

—Sí, Gabriel está loco ¡por más que quiera disimularlo no piensa sino en ti! Y muy difícilmente, vuelve a tropezarse en la vida con una mujer que lo *charme*, que lo satisfaga, y que le interese tanto como le interesas tú. Mira, créeme, si en lugar de tener treinta años Gabriel no tuviera sino veinte, aquí lo tendríamos todo el día, sí, aquí, entre nosotras, queriendo estar contigo a cada instante, sin ver, ni oír, ni existir para nada que no fueras tú. Pero Gabriel ha vivido ya mucho, y por eso mismo que ha vivido mucho, y que ha triunfado mucho, le ha entrado ahora la fiebre de la ambición y de los negocios, quiere siempre más y más, nada le basta. ¡Sí; es terriblemente ambicioso, anda en mil negocios y sueña con millones, tiene además muchas aspiraciones políticas, y es por eso, es por ambicioso, por lo que le teme tanto al matrimonio! La idea de una *entrave* cualquiera que le impida subir, le asusta terriblemente . . . Pero, déjalo, déjalo, que el amor es más fuerte que todo eso; y estas pasiones de los treinta años, son las pasiones más grandes y son también las más firmes, porque se quiere todavía con todo el entusiasmo de la juventud, y se va queriendo ya con el ansia que nos da el sentir que este divino tiempo de la juventud: ¡se va! . . . Bueno, y lo que pasa también es que Gabriel te tiene segura porque sabe que estás escondida y encerrada allá en casa de Eugenia sin ver alma viviente. ¡Si hubiera otros revoloteando a tu alrededor, tendría celos, miedo, sí, le entraría la *frousse* de perderte y entonces ¡ah! entonces verías tú dónde mandaba la ambición y los *affaires*! Pero yo no le digo una palabra. En estas cosas no hay mejor embajador que el tiempo y el mucho verse; verse sobre todo; ése, ¡ése es el viento que va soplando la llama!

Hasta ayer Mercedes no me había hablado nunca de Gabriel, con tal precisión y claridad. Lo mencionaba y nombraba continuamente, pero era siem-

pre, entre insinuaciones y sonrisas, en ese delicioso tono picante con que su voz acaricia y embriaga cuando da bromas de amor. La franqueza de ahora me sorprendió y me turbó tantísimo que me dejó un largo rato paralizada y muda, con los ojos atónitos fijos en el sofá. Sentía dentro de mí misma, no sé qué extraño despertar de mil cosas oscuras que ahogándome de asombro y de placer me apagaron la voz. Por fin, no sabiendo qué hacer, ni qué decir, sacudí unos cojines, cambié de posición, me arreglé el pelo, y arreglándome el pelo pregunté al azar:

—¿Por qué diría Abuelita esta mañana que Gabriel tiene malas ideas?

—¡Ah! porque Gabriel es muy *libre-penseur*, no cree en nada, no tiene un ápice de ideas religiosas; y eso, verdaderamente: *¡c'est dommage!* Además, Eugenia se escandaliza porque Gabriel tiene cierta fama de disoluto. En el fondo lo que ocurre es que como es tan generoso, tan galante, y tan *beau garçon*, ha tenido siempre aquí y en París, un *succès fou* con las mujeres, y los demás: ¡claro! por envidia todo lo agrandan y lo comentan. Pero Gabriel casado contigo, sería un marido ejemplar, estoy segura ¿no ves tú que tiene tantas ambiciones y tantos ideales que unidos a ti le llenarían por completo la vida? . . . ¡Sí! . . . mira, es muy ambicioso «tu Gabriel» y es muy inteligente, y tiene sobre todo: un *savoir-faire* ¡ah! . . . ¡pero admirable! —Al llegar aquí, bajó muchísimo la voz, y misteriosa y sonreída, añadió confidencialmente—: ¡No le digas nunca que yo te lo he dicho, ¿eh?, pero tiene ya ofrecida una Legación en Europa, y asómbrate: *il s'en moque* de la Legación! ¡no acepta! Y es que anda metido en unos negocios de petróleo que pueden darle millones . . . Lo sostiene en el gobierno ese Monasterios que es ahora todopoderoso . . . Bien . . . la gente dice que Monasterios lo quiere casar con su hija, una muchachita trigueña, gorda, chiquita, que anda toda *¡fagotée!* de lo más adocenado y vulgar del mundo. Gabriel deja correr la voz y se ríe ¡claro! porque ¡figúrate tú si él, que es tan *raffiné*, tan exquisito, tan *gourmet* como quien dice, se va a casar con eso!

Y Mercedes se rio en las notas más alegres y argentinas de su gama, pero tan a tiempo que a mí me sonaron todas a campanas de gloria. Aquellos informes de Gabriel lejos de asustarme me encendieron de alegría. Me pareció que las ambiciones y los proyectos eran también míos, los compartí con gran entusiasmo y los vi erguirse como un pedestal altísimo sobre el cual Gabriel crecía, crecía, enormemente. ¡Ah! si ese pedestal lo alejaba de mí: ¡mejor! así lo quería yo, difícil y brillante como la victoria . . . Por esta razón mientras sonaba la risa alegre y burlona de Mercedes, yo miré levantarse definitivamente delante de mis ojos, como en una sublime apoteosis, la gloria del amor unida a la gloria de todas mis ambiciones realizadas . . . Y en aquel momento preciso, sin que nadie diese vuelta a la llave, dentro de la penumbra que nos rodeaba, se encendió de pronto la luz tamizada y rojiza que de noche ilumina el *boudoir*. Como si una racha de misterio acabase de pasar por la estancia, yo me estremecí y Mercedes, que es algo supersticiosa y muy dada al ocultismo, se irguió de nuevo sobre los cojines y me preguntó asustada:

—¿Encendiste tú? ¿Pues cómo el fanal ha podido entonces, prenderse solo? . . .

Yo me sonreí e irguiéndome también sobre el diván exclamé con regocijo:

—Caprichos de tu fanal, Semíramis. ¡Míralo, míralo, encendido! . . . ¡Qué encarnado y qué bonito se ve hoy . . .! Es el corazón del *boudoir* ¿sabes? . . . que como el tuyo y como el mío y como el de todo el mundo, también tiene de repente, sus caprichos y sus alegrías!

¡Ah! ¡pero aquel capricho del fanal me pareció tan amable, tan a tiempo y tan de buen agüero, como la risa de Mercedes burlándose de la hija de Monasterios!

—¡Pss! sería que anoche quedó la luz encendida y ahora habrá llegado otra vez la corriente.

—¡Pero si yo misma apagué antes de acostarme, estoy segura!

Y por fin, extendiendo el brazo que surgió desnudo entre las suavidades del *deshabillé* claro, Mercedes apagó de nuevo, y de nuevo nos quedamos en una penumbra más que discreta, porque la tarde estaba muy nublada y los dos postigos del *boudoir* se entreabrían apenas tras de las cortinas. Junto a la llave eléctrica, la mano de Mercedes se apoyó entonces sobre el botón del timbre y mientras resonaba a lo lejos, el argentino rumor me participó:

—¡Ya es la hora de tomar el té, voy a pedirlo!

—Sí, sí; —exclamé yo bajándome del sofá con alas de alegría—. Es una idea genial: ¡tengo mucha hambre! . . . ¿y sabes lo que voy a hacer ahora mientras viene el té? ¡Pues voy a fumarme un cigarro con tu boquilla larga de marfil!

—Pero si me has dicho un millón de veces, María Eugenia, que te repugna horriblemente el humo del cigarro, y que cuando la sirvienta de tu casa acaba de arreglar tu cuarto, lo sacudes un rato con un paño, para que se vaya bien el olor de tabaco que ella deja siempre por donde pasa.

—¡Ah! ¡porque los cigarros que fuma la sirvienta de casa no son egipcios!

Y hecha esta aclaratoria, y encendido el cigarro, pensando con voluptuosidad «Si me vieras, Abuelita» me senté sobre la mesa grande del *boudoir*, y así de perfil al espejo, con los pies cruzados en el aire, luego de echar dos o tres bocanadas, exclamé feliz:

—¡Fíjate, Semíramis! . . . ¡Mira, mira qué línea! ¿no estoy bien así? . . . En alto, la cabeza erguida, los hombros bajos, la boquilla larga, y luego el humo subiendo . . . subiendo, en espirales! . . . ¡Ay! ¡me encanta fumar con tu boquilla de marfil!

—¡Bueno, voy a regalarte una pronto, pronto, muy pronto! ¡Celebraremos con ella «el triunfo del amor»! . . . o sea: ¡el primer beso! ¡Porque me lo anunciarás! ¿Eh? . . . ¡digo, si *ce n'est pas indiscret!*

—¿Qué? . . . ¿qué? . . . ¿el primer qué? . . .

Y como en aquel propio instante, tratase de tragar el humo, se me fue entre la garganta y la nariz, llenándome los ojos de lágrimas y haciéndome toser de un modo horrible. Entonces apagué el cigarro apretándolo sobre el

cenicero; dejé la boquilla encima de la mesa, me bajé de un salto, fui a sentarme en el suelo sobre un cojín, muy cerquita de la cara de Mercedes, y le propuse:

—Oye: me tiene muy preocupada lo que al entrar me dijiste del vestido y ahora me siento feísima con este trapo de tafetán de Persia ¡lo detesto! ¿Voy en un momento a casa y me lo quito y me pongo al *ourlet à jour* que a ti te gusta tanto?

—¡No! . . . ¡absolutamente, no me vas a dejar sola, a estas horas, para quedarte hasta las ocho allá en tu casa en *train de te disputer* otra vez, con Eugenia o con Clara. Pero si al contrario, mira, cuando te sentaste encima de la mesa te estaba observando, y te encontré muy bien. ¡Tienes los ojos brillantísimos, limpio y sonrosado el cutis, creo por el contrario que hoy estás muy *en beauté!* Lo que quisiera es cambiarte de peinado. Hace días que tengo ganas de verte con uno que descubrí en *Vogue*, la raya en el medio: todo el pelo hacia atrás y la frente descubierta. Ven ¿vamos a ensayarlo?

Y mientras llegaba el té, ágil y rapidísima, Mercedes, de pie tras de mí, que había vuelto a instalarme frente al espejo, me hizo en un minuto el peinado de *Vogue* me pintó las mejillas, me pintó la boca, me puso unas tenues ojeras, se alejó caminando hacia atrás para verme a distancia dentro del espejo y entonces, sonriente y admirada, exclamó con gran escándalo juntando las dos manos:

—*Ooooooh!* . . . ¡*ma chère!* ¡Qué diferencia! Estás: ¡*jé-pa-tan-te!* ¡No debes peinarte de otro modo. Sí; vas a ver, el *succès* que tienes esta noche!

Y así: *épatante* pintada y loca de alegría me volví con ella al diván y en el diván nos tomamos el té. Yo me lo bebí en un sorbo sin probar pastas ni nada, porque las palabras de Mercedes me habían ido tejiendo en la garganta una especie de nudo embriagador, y era una embriaguez divina que me hacía desdeñar el cigarro, las pastas, el té, y todas las maravillas del mundo que hubieran venido a ofrecermé.

Y como Mercedes se diera a hablar luego de temas indiferentes, yo, deseando que dijera otra cosa en el estilo de la que había dicho antes, a propósito de la boquilla, exclamé:

—¡Mira, Semíramis, después de todo comprendo que ciertos hombres no se quieren casar! ¡Si yo fuera hombre, tampoco me casaría! ¡ah! ¡piensa la delicia, la maravilla, que debe ser andar libre por el mundo corriendo aventuras y gastando miles, y miles, y millones.

Pero Mercedes, luego de dejar a un lado sobre el cascabel de ébano la taza vacía, suspiró, y tomando definitivamente su tono triste y grave de consejera sabia, me aconsejó diciendo:

—No ambiciones tanto la riqueza, María Eugenia, mira que la riqueza alardea mucho, y en el fondo nos da muy poquito! Está casi, casi, vacía por dentro ¡la muy *rasta!*

Y suspirando por segunda vez añadió: —¡Yo que fui rica la miré bien de cerca y nunca me pudo dar lo único que yo quería!

—¡Pobre Semíramis linda! —dije yo muy conmovida—. ¡Te encapricharías en pedirle alguna cosa muy imposible! Pero no niegues que has tenido mucho *succès*, que te has divertido a rabiar, y que fue siempre la riqueza quien te proporcionó el *succès* y las diversiones. Yo también quisiera divertirme.

—¡El *succès*! . . . ¡las diversiones! . . . ¡Tampoco tienen nada por dentro! Mira, María Eugenia, la alegría y la felicidad no están en ninguna de esas cosas que tanto nos deslumbran. ¿Tú sabes dónde se encuentran? ¿Sabes en qué consisten? Pues nada más que en entenderse con alguien, con ese alguien, sí, esa *âme sœur* que es como el agua que vas a beber cuando tienes mucha sed; o la cama donde vas a acostarte cuando vienes de la calle y llegas rendida del sueño; ese «alguien» ¿sabes? que nos espera siempre en alguna parte y que generalmente no encontramos nunca, porque como en el juego de *colin-maillard* le pasamos por delante muchas veces, y no llegamos a verle. Yo creo que como los ojos o como los brazos, las personas hemos nacido también para ser dos. Sólo que los ojos nacen ya juntos en la misma cara, y los brazos también nacen unidos en el mismo tronco, pero las personas nacemos muy separadas, y casi nunca encontramos por el mundo nuestra pareja; tomamos generalmente «la que no es» y cuando esto ocurre, por mucho dinero que tengamos, somos siempre como esos pobres lisiados, que se ponen un ojo de vidrio o una pierna *en bois*; podrán hacerlos muy perfectos a fuerza de dinero, pero en el fondo no sirven para nada al que los lleva, porque ni ven ni tocan como los verdaderos! . . . ¡Ah! ¡y la felicidad ajena, es tantas veces apariencia de palo o de vidrio! . . . Mira, recuerdo siempre, que hace muchos años, a poco de casarme, yo me extasiaba con frecuencia ante un grupo de *Paul et Virginie*; una escultura muy insignificante y muy mal hecha que tenía una amiga mía en la pila del patio de su casa, que era una casa vieja. Como te digo, el grupo en sí no tenía nada de particular, los dos muchachitos estaban *nu-pieds* y se refugiaban de la lluvia, abrazaditos y *blottis* bajo las hojas de un plátano, pero los habían puesto tan juntos y se veían tan alegres y tan reídos los dos, a pesar del aguacero, que a mí me encantaba mirarlos, me figuraba que eran de carne y hueso y me alegraba con la alegría de ellos, ya que no me podía alegrar con la mía . . . Y es que en la vida, María Eugenia, no lo olvides, en la vida *il pleut toujours!* la cuestión no es tanto el techo donde vamos a escampar, sino escampar con alguien que pueda estar muy alegre y muy de acuerdo con nosotros mientras dure la lluvia. Ya ves, *Paul et Virginie* se veían bajo las hojas del plátano, y sin embargo allí nos estaba mojando el aguacero!

—¡Pues yo quisiera escampar con la misma alegría de *Paul et Virginie*, pero escampando debajo de un buen techo. No me gustan las hojas de plátano, ni los abrazos a la intemperie!

—Si te casas con Gabriel, como lo espero y como te lo deseo con toda mi alma, es seguro que se te realizarán esas aspiraciones, pero si no te casas con



Gabriel entonces: ¡gare! mira que es muy difícil encontrarlo todo junto, y estas equivocaciones como la mía que duran toda la vida son un espanto!

Y en la penumbra ya densa que nos rodeaba, la voz de Mercedes tembló con el temblor inconfundible de las lágrimas. Yo me quedé un instante perpleja y luego, cariñosa, le pregunté en voz baja:

—Pero . . . y si eres tan desgraciada, Mercedes ¿cómo es que no te divorcias, y te libras de una vez de tantos fastidios y de tantos disgustos?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Lo sé yo misma acaso? Pregúntale al que se le gangrena un brazo por qué no se lo corta, y verás cómo te dice que prefiere el dolor a la deformidad y que aguantará hasta que más no pueda. ¡Algunas veces yo me figuro que ya no puedo más, y quisiera decidirme, pero es una cosa que se tiene tan arraigada y tan en la sangre, que es imposible arrancarla! Y no creas que es amor, no, no lo creas, porque es absurdo imaginarse que el amor, puede caber en el alma junto al desprecio y junto al odio mismo; no, es otra cosa que no sé cómo se llama . . . no sé si es la fuerza de la costumbre, como decías tú antes, si es miedo, si es debilidad, si es sumisión de esclava, o si es compasión . . . yo creo que será compasión, pero no lo sé bien. Hay algo, María Eugenia, que amarra mucho más que el mismo amor, y es el saber que somos indispensables a la vida de otro, como la madre es indispensable a la vida del hijo que no ha nacido todavía. ¡La conciencia de sabernos indispensables nos lleva hasta el heroísmo de dar poco a poco nuestra existencia toda, sin dejar nada de ella para nosotras mismas! . . . ¡y es este un *dévouement* que nadie agradece y nadie comprende, ni aun quien lo da como yo, ni quien lo recibe como Alberto! . . . ¡Hay hombres que para tormento horrible de las mujeres, después de imponernos todas las cruces y todos los sufrimientos, nos amarran a ellos con esta cadena de la compasión, que no se puede romper con nada, con nada, porque se parece mucho a la esclavitud con que se amarran las madres detrás de los hijos! . . .

—¡Eso es amor, Mercedes! ¡Es el tirano, eterno y clásico: amor, no le busques tantas vueltas!

—¡Qué amor! ¡si es todo lo contrario! ¡Mira, cuando se quiere, María Eugenia, se oye caminar a la persona querida, y nos gustan sus pasos, si entra a interrumpir lo que estamos haciendo, la recibimos con alegría y dejamos muy contentos lo que teníamos entre manos; y nos encanta su voz, y lo que dice, y todo cuanto piensa, y todo lo que nos propone; cuando sale, aunque sea por algunas horas, nos quedamos siempre un poco tristes, y si entonces, mientras no está en la casa vemos sobre algún mueble, un libro suyo, o un pañuelo arrugado, o su sombrero, tocamos el objeto con cariño o lo miramos con *regret* y con melancolía! . . . ¡Pero esto, esto que siento yo es todo lo contrario! ¡Es el continuo desacuerdo en todo, la crispación de una nota que está desafinando eternamente dentro de un acorde, y eso siempre, siempre, a cada instante, sin poder evitarlo un segundo, y para mayor martirio, teniendo que ocultar el desacuerdo a los ojos de todos, y teniendo que defender contra

todos aquello mismo que te atormenta, porque es tan tuyo como tu propia existencia, puesto que te ha dado un nombre y una casa, y una segunda personalidad que es tuya, tuya, aunque la odies y aunque te martirice!

Yo me sentí sublevada ante la imagen de su servidumbre, y con el fuego de quien predica la revolución exclamé:

—¡Pues si es así, mira, o yo no comprendo lo que me dices o si estuviera en tu lugar mandaba a Alberto a los quintos infiernos! . . . Por más que lo niegues creo que todas esas cadenas son romances y lirismos muy parecidos a los que se forjan en su imaginación Abuelita y tía Clara. En el fondo podrías romperlas facilísimamente. ¿No tienes tú dinero propio con qué vivir? ¿No se divorcian acaso las mujeres en otras partes? ¡Pero si ni siquiera tienes hijos, Mercedes!

—Tú no entiendes estas cosas, y ojalá no las entiendas nunca. Si yo no me hubiera visto en este caso, o si tuviera un alma bien egoísta como la tienen otras mujeres, también encontraría necia esta abnegación mía, y hasta indigna me parecería también. Pero yo nunca he sabido negar nada a quien me pide algo, si es «algo» lo tengo, y si el que me lo está pidiendo, me lo pide con ansia y con hambre, porque lo necesita de veras. ¡Alberto, además de atormentarme me necesita moralmente, materialmente, y hasta físicamente me necesita también; y aunque sé demasiado que si me quiere es sólo por este egoísmo de que me necesita, yo no puedo, no puedo echarlo a la calle por más que me estorbe horriblemente, como me está estorbando ahora y como me ha estorbado siempre! . . . Es cierto ¡ya lo creo! si yo me divorciara de Alberto, podría vivir libre y feliz, pero tengo la evidencia de que él solo llegaría entonces a la más horrible *débauche*. Muchas veces me ha confesado que sin mí, se entregaría a todos los vicios y que solamente yo puedo con mi presencia sostenerlo contra ellos y salvarle de la miseria y de la crápula. Pues bien, esto que él dice, es la pura verdad, y como estoy convencida de que es la verdad, me parece que me está llamando siempre a gritos para que me quede y por eso: *¡me voilà!* aquí estoy y aquí seguiré compartiendo su carga de ignominia para que la carga no crezca demasiado y no lo aplaste a él solo . . . ¡Ah! la lástima, la compasión, la caridad, ¡cómo nos traban la propia vida y cómo nos la quitan poco a poco, para repartirla entre todos los que vamos encontrando por el mundo! ¡La propia vida no la viven completa sino los egoístas y los que tienen muy duro el corazón! . . .

Al llegar aquí la voz de Mercedes se perdió completamente ahogada por el llanto, que en la gran intimidad de la confianza comenzó a fluir de sus ojos abundante y hondo sin que ella se preocupara ya de contenerlo. Comprendí por esto que alguna terrible escena había tenido lugar sin duda ninguna entre ella y Alberto, cosa bastante frecuente. Entonces, me levanté del diván y mientras pensaba: «Por lo visto hoy ha habido tormenta en todas partes . . .» fui a sentarme de nuevo junto a su cabeza sobre el cojín del suelo, y pasándole mi mano sobre los cabellos me puse a consolarla lo mejor que pude:

—No Semíramis, no, es mucho mejor y mucho más bonito esto que tú haces que lo que hacen todos los días, los egoístas y los de corazón duro. Ahora me pareces más linda que nunca, porque me parece que te miro desde que naciste, siempre tan generosa y tan buena, deshojando tu vida, para que otros anden sobre ella, como se deshojan flores en el suelo cuando va a pasar alguna procesión . . . Tú haces con Alberto ¿sabes? aquello que dicen del sándalo en el proverbio indio: «que se venga del leñador perfumando el hacha que lo siega . . .» tú también ¿ves? . . . ¡también eres como el sándalo y como las flores deshojadas de las procesiones! . . .

—¡Ah! ¡Musset, Chénier, Bécquer, poetisa! . . . —exclamó acariciándome y sonriendo a pesar de las lágrimas.

Después de un rato, como se encontrara ya lanzada en plena confianza, continuó desahogándose:

—¿Tú crees que no sufro, María Eugenia? ¿Tú crees que no humilla y no rebaja ser la mujer de un hombre que no se niega el oprobio de tener todos los vicios? ¡Ah! ¡sí, humilla, humilla, y *dégoûte* horriblemente; y esta vida íntima resulta intolerable y odiosa. Tú no puedes comprenderlo y el mismo Alberto, por más que se lo digo, no lo comprende tampoco, porque si lo comprendiera se espantaría. Las mujeres muy débiles, muy abnegadas, o muy indignas . . . ¡no sé! como soy yo, que continuamos sin amor en esta vida del amor, conocemos todos los suplicios y todas las repugnancias de las mujeres que se venden por la calle al primero que pasa . . . ¡ah! ¡pero estas cosas no las sabe nadie, porque están ocultas y calladas bajo los convencionalismos y las leyes! . . . Y lo peor, María Eugenia y, es por eso, que te hablo de estas cosas, lo peor es que no soy una escéptica, no, yo creo que la felicidad existe, y que sería fácil encontrarla, si tuviéramos siempre quien generosamente nos ayudara a buscarla . . . ¡Por esta razón desde que me casé he tratado de hacer felices a los demás, de juntar a los que juntos pueden vivir alegres, para alegrarme al menos con la alegría ajena, como me pasaba allá en el patio de mi amiga, cuando miraba tan juntos y tan reídos bajo la lluvia aquel grupo de *Paul et Virginie*! . . . Y es por eso ¿sabes? que quisiera verte algún día casada con Gabriel. ¡Estoy segura, pero tan segura, tan segura, de que los dos juntos harían un *ménage* felicísimo! . . .

Y como ya en la oscuridad del instante, apenas se veían blanquear las líneas del rostro, sin rubor ni reservas, le pregunté muy bajo con una intensidad en donde se hermanaron mi admiración por ella y mi honda secreta emoción:

—¿Sí? . . . ¿de veras? . . . ¿lo piensas de veras, Semíramis?—. Y al momento, para evocar la imagen gloriosa de mi futura felicidad, la voz de Semíramis resucitó de pronto en su jardín de alegría, y olvidando aquel propio dolor que sangrando a lo vivo acababa de mostrarme, dijo vibrante de seguridad y de entusiasmo:

—¡Pues ya lo creo! . . . Y además: ¡tan lindos! . . . sí . . . ¡tan bonitos como son los dos! . . . Mira, me gustaría disfrazarlos un día de *bergers* y

retratarlos juntos, imitando uno de esos idilios pastoriles *dans le genre de Watteau!* . . .

Al oír esto suspiré de placer, escondí toda la cabeza en la tibia suavidad de un almohadón, y en la noche profunda de mis ojos cerrados, me contemplé yo misma junto a Gabriel, en plena égloga de abanico . . . Entonces tomé una de las manos de Mercedes y en agradecimiento a lo que había dicho, fingiendo consolarla todavía, se la besé un rato intensamente . . .

Luego esperé unos segundos, levanté la cabeza y le advertí, trémula de impaciencia y de felicidad:

—¡Mira, Semíramis, que ya es tarde, y que si te descuidas un rato más nos van a dar las ocho, aquí, flojeando en el oriental!

—¡Es de veras! ¡Enciende! —dijo ella.

Y cuando de nuevo apareció encendido el fanal rojo del *boudoir*, Mercedes, tendida en el diván, con la blanca mano enjoyada por el rico solitario, se oprimía el pañuelo sobre los ojos, no sé si porque les estorbara la luz, o si porque ahora, frente a la claridad rojiza sintiera ya el pudor de lo que los labios habían dicho y de lo que ellos dos habían llorado . . .

Pero de pronto, borrando la fina silueta larga de sobre la negrura del diván, se levantó ligera y rapidísima, se lavó mucho rato los ojos con verbena y agua tibia, se instaló después ante su tocador de tres espejos, y alzando los brazos torneados y blanquísimos, que se multiplicaron al instante en la clara repetición infinita, comenzó a peinarse.

Conversando siempre conmigo que a su espalda, ya lista y vuelta a arreglar, sentada en un escabel, la miraba y admiraba en los espejos, Mercedes se peinó, se pintó, se arregló minuciosamente las manos, y cuando estaba aún batiendo el *polissoir* bajo el revolotear de encajes de su *déshabillé* blanco, sonó a lo lejos el timbre de la calle. Al escuchar el tintineo, muy risueña, con su nerviosa astucia de gato cazador, tendió al momento el oído y dijo iluminando las frases en el esplendor de su fresco peinado y de sus frescos labios recién encendidos:

—¡Ese es Gabriel!! Anda, ve a recibirlo tú. Yo voy a dilatarme mucho poniéndome el vestido, después ya vestida me iré caminando muy despacio hasta la cocina a decir que preparen el *cocktail*, luego encargaré unas flores, y entonces: ¡muy de prisa! me iré corriendo al salón, ¡porque según veo, ese *flirt* es cosa ya hecha, y no es prudente quizá dejarlos solos! . . .

Bromeando así, Mercedes volvió a reírse con su risa tan argentina, tan matizada de sentidos, tan de ella . . . Y mientras sonaba la risa, yo, que cubría mi gran emoción con el temblor de otra sonrisa, le dije sin saber casi lo que decía:

—¡Ay! ¡qué mala te has vuelto, Semíramis! ¡Te burlas de mí cuanto puedes . . . y además, te pasas la vida viendo visiones! . . .

Pero el anuncio y las visiones de Semíramis me turbaron tantísimo, que con el corazón muy agitado y con las manos muy frías, salí del *boudoir*, atravesé el patio, y llegué al corredor de entrada, en el mismo instante en que el

sirviente recorría el pasador, y allá en el fondo sobre la gris amplitud de la hoja abierta, apareció caminando Gabriel.

Al mirar que yo salía a su encuentro, se detuvo un instante hacia un lado, bajo el abanico de una palma, como para ver mejor, sonrió galante y feliz tal cual debe sonreírse a la Gloria, y entonces, con su sombrero todavía en la mano, contemplando mi llegada observó desde lejos, inmóvil y extasiado:

—¡Ay! . . . ¡pero si tenemos esta noche un encanto de peinado nuevo! . . .

—¡Disparates de Mercedes, que me ha peinado hoy así! —respondí yo al llegar tendiéndole mi mano para que la saludara.

—Pues entonces, esta noche, afirmo más convencido que nunca aquello que he dicho siempre: ¡vivan los disparates!

Y así, glorificando los disparates con mi mano presa en la suya, exclamó extrañado y condolido:

—¡Y qué mano tan fría! ¡Señor!, ¡quién me la habrá asustado!

Yo iba a decir no sé qué, y él iba a contestar otra cosa, cuando en aquel propio instante se oyó ruido de pasos en el zaguán, sonó el timbre, rechinó a un tiempo el llavín dentro de la cerradura, se abrió la puerta, y era Alberto que llegaba nervioso, preocupado, agitadísimo, como se pone siempre después de las escenas que acostumbra a tener con Mercedes.

«Seguramente que se irá en seguida a su cuarto a fin de vestirse para la comida», pensé yo toda optimismo.

Pero Alberto no se fue. Se instaló a conversar con nosotros en el propio corredor, hasta que, cuando ya parecía irse, volvimos a escuchar pasos tras de la puerta, volvió a sonar el timbre, abrió el sirviente y fue tío Pancho Alonso quien llegó ahora.

Mis ojos le miraron y mis manos le saludaron vagando por este soliloquio:

—¡Ah! ¡Semíramis! ¡Semíramis! ¡Piadosa y buena Semíramis! . . . ¡Tú no hubieras taconeado en el zaguán, tú no hubieras tocado el timbre, tú no hubieras llegado nunca! . . .

Y mientras así la invocaba saludando a tío Pancho, ella, que desde lejos, con la sabia atención de su oído siempre alerta, conoce en el distante rin, rin, rin, las salidas y entradas de todo el mundo, inutilizada ya su misericordiosa calma, pedido por ensalmo el *cocktail* y encargadas las flores, cimbreante, delgada, risueña, con su fino traje negro que cual un guante de seda le ceñía el cuerpo, apareció castellana y linda, entre sus palmas del patio.

Al llegar al corredor, saludó con muchísimo cariño a tío Pancho; pasó delante de Alberto como si no existiese; y para irse a saludar a Gabriel que se hallaba más distante, me tomó suavemente del brazo, me llevó caminando consigo, y cuando estuvimos las dos muy cerquita de él, tal cual si fuese a decirle un inmenso secreto, con la voz que era una caricia de música y de seda, me tomó la cara entre sus manos frescas, y presentándosela, cerca, cerca, cerquísima, como quien ofrece un presente, con la gentil petulancia de un rey Mago, lo saludó diciendo:

—¿Verdad que la encuentras hoy mucho más bonita así? . . .

Gabriel me sonrió de cerca como al entrar me había sonreído de lejos, e imitando él también aquella gran petulancia de Mercedes, exclamó trágico y decaído como quien pide clemencia:

—¡Por Dios, Mercedes, hasta cuándo! ¡No la sigas poniendo más bonita! . . . ¡mira que ya basta! . . .

Pero tío Pancho se acercó al grupo, con dos áureas copitas, una en cada mano, y muy galante, por animar el futuro, descompuso todo el presente al ofrecer:

—¡El *cocktail*!

Alberto que se hallaba absorto, sentado en una silla, al ver brillar en las manos las doradas copas, salió de su abstracción, se levantó a toda prisa, y a toda prisa se alejó exclamando:

—¡Ay! ¡voy corriendo a vestirme que es tardísimo!

—¡Sí! . . . ¡A buenas horas, mangas verdes!

Como de costumbre, durante la comida, Mercedes presidía sentada entre tío Pancho y Gabriel, que ocupaban las dos cabeceras de la mesa. Alberto presidía frente a ella, y yo entre Alberto y Gabriel, también estaba sentada del lado opuesto al de Mercedes.

Debido sin duda a aquel misterioso y evidente disgusto por el cual había llorado Mercedes, ella y Alberto no se hablaban. Sin embargo, la conversación general, fustigada por los *cocktails* y el Medoc corrió bulliciosa, viva, accidentada. Tío Pancho se encontraba muy en vena, y como por otro lado Mercedes, Gabriel y yo, unidos en el encanto de nuestro secreto, nos sentíamos los tres igualmente felices, celebrábamos con alegres risas cuanto decía tío Pancho. Alberto, en cambio, estaba furioso y la furia de Alberto también nos daba risa. Además del pleito con Mercedes, acababan de negarle, en la misma tarde, un tal nombramiento que desde hacía varios meses esperaba del Gobierno. Por lo tanto, como represalias de su derrota, decidió hablar horrores del gobierno, de los periodistas, del cuerpo diplomático, de la policía, de los comerciantes, de los poetas y de todo el país.

—¡Ah! ¡qué ignominia! ¡qué país! ¡qué horror! No hay más remedio que irse, sí, emigrar a cualquier parte, lo más pronto posible, en falúa, en cayuco, a nado: ¡no importa cómo!

Tío Pancho contestaba mil atrocidades acerca del viaje a nado, Gabriel se reía, pero luego, como poco a poco se diese a discutir, clausuró por fin la polémica con esta especie de discurso que Alberto escuchó paciente, tío Pancho sonreído, y Mercedes y yo muy devotas oyentes:

—¡No tienes razón, Alberto, no tienes ninguna razón, en lo que estás diciendo! Mira: en Venezuela estamos muy bien. Hay organización, hay progreso y hay paz; ¿qué más quieres? Tu gran error consiste en quererte parangonar con las grandes naciones europeas, países que marchan desde

hace siglos en los rieles formidables de su pasado y de sus tradiciones, unidos como una sola entidad sobre los rasgos firmes de una raza ya hecha. Nosotros, por el contrario, atravesamos un período de gestación sociológica, un período de fusión de razas cuya principal característica ha de ser siempre la anarquía. Por lo tanto, el gobierno que durante esta edad sociológica sepa implantar la paz a toda costa, será siempre en Venezuela el gobierno ideal; y el actual gobierno la impone y la sostiene, es la base principal de su programa y por consiguiente lo afirmo y lo afirmaré siempre; ¡vamos muy bien! . . . ¡ah! no creas, no, que es tontería la tarea que representa el extirpar en Venezuela nuestro decantado espíritu de caudillaje, que es la consecuencia de esta inquieta fusión de razas, y que es además la consecuencia de pasados triunfos y pasadas grandezas. Sí; nuestro espíritu de caudillaje nació en las gloriosas semillas de la Independencia, y en ella se alimenta todavía. Nos ahoga, nos aniquila, y no nos deja vivir; es una mala hierba que hay que segar . . . ¡Ah! sí, ¡muy caro hemos pagado y hemos de seguir pagando en Venezuela el lujo y la elegancia de haber independizado a medio Continente!

Pero Alberto resolvió de pronto no seguir discutiendo. Cuando Gabriel terminó, se quedó mirándole unos instantes en completo silencio y por fin dijo:

—¡Muy gobiernista te veo! . . . y eso Gabriel ¡me huele a petróleo! ¡Ah! ¡deben andar muy bien los contratos con Monasterios!

Gabriel se puso una mano en el pecho, y respondió con un tono de profunda convicción:

—¡Palabra! . . . ¡hablo imparcialmente, hablo con entera honradez! ¡Lo mismo que digo lo diría si en lugar de ser amigo del gobierno fuera enemigo y si en lugar de tratarse de Venezuela se tratara de cualquier otra nación que estuviera en las mismas condiciones!

Alberto dejó entonces el gobierno y demás ramificaciones y la emprendió muy encarnizadamente contra los periodistas, los historiadores y los poetas. Los denigró a todos y terminó diciendo:

—Decididamente: ¡es un rebaño de cretinos y de imbéciles!—. Tío Pancho, que se acababa de beber su segunda copa de Medoc, respondió con mucha calma:

—No sé por qué te indignas contra los escritores, Alberto. Yo, al contrario, encuentro por lo general nuestra escuela literaria muy pintoresca, muy altruista y muy bien. Es una especie de alegre y generoso carnaval de imprenta. El tema cualquiera que sea: prócer de la Independencia, artista célebre, o fecha clásica, queda generalmente oculto bajo una colorida avalancha de elogios y de adjetivos que se pegan al azar, aquí y allá, como sobre el pelo de una persona se pegan los papelillos en un regocijado avance de carnaval. ¿No es esto muy bonito? . . . ¿No es muy jovial? . . . ¿No es demostración palpable de nuestro carácter alegre y dadivoso? . . .

—¡Ah! ¡si es verdad! —exclamó al punto Mercedes, haciendo una mueca de desgano—. Y es por eso por lo que yo no leo nunca esa clase de artículos

en los periódicos. ¡Hace ya muchos años, estoy horriblemente *dégoûtée* del carnaval! ¡No es una diversión para gente decente!

Y Gabriel por su lado opinó:

—Efectivamente, yo también creo que en el fondo nuestro amor al carnaval, y nuestro amor al adjetivo, obedecen a una misma causa: ¡la exuberancia! Sí; la exuberancia es auténtica y genuinamente criolla. Se extiende geográficamente desde California hasta la Tierra del Fuego con una ligera acentuación en la zona tropical. Es una cuestión de temperamento. La tuvieron en sus proclamas todos los próceres de la Independencia, la tenemos nosotros, y nuestros nietos no podrán condenarla porque ellos la tendrán lo mismo o peor. ¿Qué quieres, Pancho?, llevamos en la sangre el afán de la grandiosidad, nos la legaron los conquistadores, y es quizás aquella misma ansia loca y nunca satisfecha por las grandezas de El Dorado. Nos gusta el despilfarro; somos pródigos, generosos, vanidosos, y bastante ridículos. Por eso los franceses nos han obsequiado con nuestro vernáculo y conocido epíteto de «arrastra cueros» que comentado y corregido por ellos vino a ser primero *rastaquer* y ha quedado por fin en *rasta*, graciosa abreviatura que es como *cocktail*, donde se baten juntas con su poco de amargo todas nuestras condiciones psicológicas... Bueno, ellos en cambio pecan por el otro extremo: el de la mezquindad y la avaricia, cosa que siendo mucho peor no merecerá nunca los honores de un epíteto-nacionalidad, porque la ejercen dentro de su propia casa, y porque es menos ridícula... Pero a pesar de los pesares, no me avergüenzo de nuestra excesiva prodigalidad y creo que es debida a la influencia inmediata de esta naturaleza rica, frondosa y lujuriente; ¡es la savia potente de la tierra nueva; es el sol; es el trópico!

—No. ¡Es el negro! —afirmó tío Pancho con muchísima seguridad.

—¡Jesús! ¡Pancho! —volvió a decir Mercedes con displicencia—. Ya vas a empezar a «negrear» a todo el mundo. Pues desde ahora te advierto que yo, que aborrezco la economía y que me encanta gastar con bastante exuberancia, así como dice Gabriel, me considero sin embargo, blanquísima por los cuatro costados! *ça j'en suis sûre! Ah! ma généalogie, mon cher, c'est quelque chose de très chic!*...

—*Ta généalogie! Mais la généalogie, ma pauvre Mercedes, c'est tout ce qu'il y a de plus factice et de plus conventionnel!* —contestó tío Pancho, y siguió explicando en español con mucha minuciosidad—: Mira, Mercedes, para que veas de un modo palpable el poco crédito que merece tu seguridad o limpieza de sangre, fíjate en este detalle nada más: Durante la guerra de la Independencia, Bolívar, en sus proclamas, por razón de Estado, logró poner muy en auge y muy de moda a los pardos, y no te digo más: ¡ya sabes tú cómo son las mujeres con la moda!...

Pero de pronto, como Mercedes echase de ver la presencia del sirviente negro que atendía la mesa, por delicadeza hacia él, temerosa de lo que fuese a decir tío Pancho sobre el particular, le interrumpió y dijo señalando con los ojos la cabeza lanuda:



—*Mais, parle en français, Pancho!*

Tío Pancho menosprecio la advertencia y continuó su explicación:

— . . . En aquella barahúnda de salidas de patriotas, entradas de realistas, terremoto del año doce y emigración del catorce, las mujeres andaban por un lado, los maridos por otro, y hubo mantuanas que como las Aristeigueta, se divirtieron muchísimo. Yo por mi parte no las critico. Creo que hicieron muy bien . . . sí ¡las pobres! . . . después de tres siglos de encierro y de fastidio ¿por qué no habían de tener el derecho de independizarse un poquito, mientras durara la independencia por lo menos? . . . Bueno, y esto sin contar que usaban de un derecho clásico, sancionadísimo ya por la historia y por la tradición desde la guerra de Troya. Sí; es muy sabido, fue, es y será siempre así por los siglos de los siglos; mientras los hombres realizan hazañas cubriéndose de gloria, de galones, de penachos, y de condecoraciones, las mujeres, que en el fondo son mucho menos ostentosas y muchísimo más moderadas, recluidas en la sombra, se cubren en silencio con la gloria del amor y de los besos. Después, viene la paz y reforzado ya el ideal patriótico, al son de un glorioso entusiasmo, surgen entonces los renombres históricos, los poemas épicos, las estatuas, los hijos ¡y todo sigue muy bien! Por lo tanto, convéncete, Mercedes: en la guerra de la Independencia, como en toda guerra verdaderamente importante, hubo de establecerse el libre cambio. ¡Prueba de ello es que desde entonces los viejos conventos tan florecientes, allá, en tiempos de la Colonia, empezaron a decaer y fue rarísima la soltera que sobrevivió a la Independencia sin tener algún ahijado misterioso! . . . Mira, que yo recuerde puedo nombrarte dos o tres parientas tuyas y mías . . .

Pero Mercedes cortó en seco la perorata de tío Pancho, y se puso a decir alterada:

—¡Nada, nada, nadita de eso es verdad! ¡Y sobre todo, lo de las Aristeigueta, Pancho, es pura calumnia! Te lo aseguro. ¡Yo desciendo por mi madre de una de ellas y siempre he oído decir, que fue falso lo de los amores con el príncipe de Braganza, falsísimo lo de Piar, y lo de Ségur, y lo de todo el mundo! Las «nueve musas» fueron muy honradas. Sólo que como eran preciosas y desdeñarían un tanto los *bourgeois* y los *Tartuffes* del tiempo de la Colonia, pasó lo que pasa siempre: ¡que les tenían envidia y por eso las calumniaron!

—¡Bueno! yo lo único que te contesto a eso, Mercedes, es que Bolívar, que se distinguió siempre por su clarividencia y su doble vista, siendo primo suyo, las presintió a todas en el infierno. ¡Por algo fue!

—¡Por alardear, por alardear sería, porque todos los hombres, todos sin excepción, por decentes que parecían, son muy alabanciosos!

—¡Pero Mercedes, si Bolívar era mucho menor que sus primas las Aristeigueta, y jamás se le ocurrió ocuparse de ellas!

—El Libertador —dijo dogmáticamente Gabriel—, puso a las Aristeiguetas en el infierno, por su afán generoso de independizar y libertar al infierno del lúgubre y tradicional sufrimiento teológico. Y es que como yo, él pensaba

también sin duda ninguna, que la presencia de una mujer bonita, basta y sobra para transformar los más horribles sufrimientos en raudales de alegría y de felicidad . . . ¡Pero por desgracia, son raras, muy raras en todas partes las mujeres verdaderamente bonitas! ¿Lo serían en efecto las Aristeigueta? ¿No se tratará tal vez de alguna fama inmerecida y usurpada como abundan todavía muchísimo hoy día, en Caracas? ¡Es muy probable! ¡Aquella gente de fines del siglo dieciocho debía tener muy mal gusto!

Yo no atendí ya más a la conversación general, porque al decir Gabriel que las mujeres verdaderamente bonitas eran muy raras, y que con su presencia, transformaban los más grandes sufrimientos en raudales de alegría y de felicidad, había ido poco a poco acercando su mano junto a la mía que yacía extendida sobre la blancura del mantel, y con su dedo meñique la rozó muy suavemente, como para advertirme que era sólo por mí por quien hablaba. Aquel tenue contacto, tan imperceptible a la vista, corrió sobre mi epidermis en un sacudimiento desconocido, que era misterioso y vibrante como el de una corriente eléctrica . . . Entonces, sin sentirlo casi, levanté mis ojos hacia los de Gabriel que parecían estarlos esperando, y habiéndose encontrado juntos, nos miramos un instante, y luego, sonreímos los dos, porque sin decir una palabra, con sólo los ojos y el suave contacto de los dedos, era como si hubiésemos hablado muchísimo . . . Pero yo, no sé si por timidez, o por espíritu de reserva, bajé al punto la vista recordando que Mercedes había dicho en el oriental: «ese *flirt* es cosa ya hecha, y no es prudente quizás dejarlos solos» . . . Entonces sonriendo todavía con los ojos inmóviles sobre una rosa blanca que frente a mí, en el centro de Sajonia, desmayaba su cabeza sobre el tallo, recordé la frase en la cual Mercedes había ofrecido regalarme una boquilla larga de marfil . . . Gabriel por su lado siguió hablando, y yo, fija siempre en la rosa, me di a pensar:

«¿Por qué Alberto, que llega todos los días tan tarde, llegaría hoy tan temprano? . . . ¿Por qué Alberto que cuando entra de la calle se va directamente a su cuarto para vestirse, resolvió hoy quedarse con nosotros en el corredor? . . . ¡Ah! ¡qué poca suerte! . . . Bueno, Alberto se quedó en el corredor porque nosotros estábamos en el corredor; si hubiésemos estado en el salón, él hubiera pasado de largo . . . ¡Es una imbecilidad quedarse en el corredor cuando por lo general se está muchísimo mejor en el salón . . . ¡Qué tontería! . . . Gabriel me iba a decir una cosa interesantísima cuando sonaron los pasos de Alberto en el zaguán! . . . ¡Y aún era tiempo de habernos ido al salón! . . . ¡claro! . . . ¡y en el salón me la hubiera dicho! . . . Pero . . . ¡ah! si una vez en el salón, Gabriel, en lugar de decir nada, de pronto: ¡ras! me hubiera dado un beso, como tanto se lo teme Mercedes, y como quiso hacer aquella noche mi amigo, el poeta colombiano del vapor? . . . ¿qué hubiera hecho yo? . . . No sé . . . Pero de fijo que no se lo hubiera contado a Mercedes por nada del mundo . . . ¡No! ¡no, no! . . . es más, si ella a quien nada se le escapa lo hubiera sospechado, yo, a riesgo de quedarme sin boquilla, se lo habría negado rotundamente . . . Pero, bien, de todos modos: ¡qué abismo,

sí; qué diferencia entre Gabriel y mi amigo de a bordo! . . . Aquél, para sonreír hacía una especie de mueca, en la que movía la nariz como un conejo, mientras que Gabriel . . . ¡qué diferencia con Gabriel! . . .».

Y para comprobar la diferencia, volví a levantar los ojos, y me encontré con los de Gabriel, que fijos en mi frente descubierta, parecían leer a través de ella todos los pensamientos que en el suave contemplar de la rosa y en el suave sonreír habían ido pasando vagamente . . . Al ver que le veía, Gabriel sonrió otra vez. Ya comprobé al instante:

—¡Qué diferencia!

Y él, en voz muy tenue, dijo entonces con aquella expresión que había tenido antes bajo la palma de la puerta de entrada:

—Reincido, María Eugenia, en repetir lo mismo que le dije a Mercedes hace un rato: ¡No hay derecho de ponerse tan bonita! ¡Eso es sencillamente un abuso!

—Pero ¡ay! al revés . . . ¡si el vestido este me queda muy feo —dije yo esquivando los ojos y con la boca que no podía ya más de la risa.

Y sin saber por qué, fui a buscar tras el centro de Sajonia, la fina cabeza de Mercedes, que enigmática y abstraída, sin ocuparse de nadie, seguía con la punta de su espatulilla de plata, las líneas de su copa tallada, pero no obstante, así, absorta en el tallado del cristal, sonreía . . . ¡ah! sonreía tan misteriosamente, que yo aguardé tranquila a que alzase los ojos, y entonces sonreída también, le dije desde lejos con los míos:

—¡Ya lo sabes todo, Semíramis, lo del dedo meñique, lo del abuso, y todo! . . . Entonces, ¿para tus ojos, como para los de Dios, no existe nada oculto sobre la tierra? . . . ¡Ah! ¡qué espíritu de rayos equis, y qué genio policial hubieras sido!

Entretanto Alberto continuaba como un Jeremías lamentándose de su mala suerte, y ponderando la enorme desventaja que representa para todo el no tener suficiente dinero. Pero tío Pancho resolvió tomar a su cargo la causa de la Santa Pobreza, y reuniendo al espíritu de Diógenes al espíritu evangélico decía:

—¡El rico no existe! Casi, casi todos los ricos sin excepción son pobres, pobrísimo, y esa pobreza de los ricos es la más desgarradora porque no tiene remedio! Físicamente no comen ni beben, porque suelen tener dispepsia y necesitan cuidarse muchísimo a fin de tener así quien les cuide su dinero, y moralmente tampoco beben ni comen, porque también suelen sufrir de dispepsia en la inteligencia. Mira, los ricos, Alberto, tienen magníficas galerías de cuadros y en el fondo, no sienten la pintura; coleccionan libros y no leen; asisten a conciertos y a óperas pobladas de estrellas, y se aburren asomados al tormento de sus palcos; porque no les dice nada la música. Ahora bien, ¿hay algo más terrible y más doloroso que este eterno ayuno en medio de la eterna abundancia? El ayuno moral de los ricos sería trágico como el hambre de Tántalo si no fuera porque en vez de trágico resulta grotesco. Sí; Tántalo tenía la conciencia de su ayuno, y sentía el dolor sublime del hambre, mien-

tras que estos otros, no; porque a éstos les es dado masticar y tragar, pero no saborean, puesto que carecen en absoluto de paladar. Ellos ignoran su falta de paladar, no tienen la más remota noticia de su eterno ayuno, y son horriblemente grotescos, porque en medio de su hartura, es como si no hubieran probado todavía el primer bocado!

Gabriel dijo:

—Voy a tomar nota de esa tesis, Pancho: «el Rico Hambriento» . . . ¡Ah! me parece una fórmula socialista mucho más nueva y más interesante que la del «Rico avariento» la cual está ya muy manoseada.

—Bueno, y además de no comer —continuó animadísimo tío Pancho—, los ricos trabajan demasiado. Están siempre cansados, debilitados y extenuados de tanto hacer llaves y cerrojos para guardar su dinero, y el sobresalto con que lo vigilan, y la psicología que los anima, es igual a la del perro de presa, que siente ruido de ladrones alrededor de su huerta y en lugar de dormir, ladra. Se creen además merecedores de las más encumbradas distinciones, y como su vanidad los fustiga sin compasión, por ese camino de los honores, se parecen también mucho a los caballos de carrera, cuando pasan rendidos y jadeantes, queriendo alcanzar a los que van ganadores.

—Total, Pancho, que estás colocando a la riqueza entre las manos, o mejor dicho, bajo las patas de los animales —dijo Alberto estupefacto—. Bueno ¡es una manera de consolarse de la pobreza después de todo!

—No. Es una convicción sincera y honradísima. Creo firmemente, y lo he creído siempre, que no fue tanto por boca de Jesucristo como Dios ensalzó la pobreza y condenó el dinero, no, sino que el verdadero desprecio, el inmenso anatema que Dios lanza a diario contra la riqueza, como se ve de un modo claro y palpable, es cuando se considera el personal elegido por el mismo Dios para que ostente y desprestigie a la vez dicho privilegio.

Mercedes dijo:

—Mira, Pancho, hace rato que estás hablando como un *sans-culotte* y no me gustan nada tus ideas, porque huelen a socialismo. Yo no soy apegada al dinero, pero me repugna la democracia, la bohemia y la *sainte pauvreté*: ¡digan lo que digan, creo que a todas tres les falta todavía muchísima agua y jabón! Acuérdate, además, que fuimos ricos. Insultando a los ricos te insultas y me insultas en el pasado.

—¡Ah! es precisamente porque no merecíamos ser ricos; porque era una equivocación y una paradoja, es por lo que Dios resolvió borrarlos para siempre de la lista.

—Pues yo estoy con Mercedes —dijo Gabriel—, y que me apunten en esa lista, aunque me salgan después orejas de caballo y cola de perro.

—¡Ah! ¡sí, ya lo creo! —dijo Alberto dándose mucha importancia—. Yo me ofrezco a encabezar la lista, no con orejas de caballo que, hasta cierto punto, podrían disimularse bajo un gorro, o bajo unos mechones de pelo bien rizados, sino franca y claramente con toda la cabeza de un burro!

—¡Pues a mí que me apunten —dijo riéndose a carcajadas Mercedes—;

yo respondo que me quedo con mi propia cabeza, y que no me salen ni orejas, ni colas de ninguna clase!

Yo me apresuré a exclamar:

—¡A mí también, que me apunten, que me apunten, y que venga después lo que Dios quiera!

Y Gabriel con mucha naturalidad y alegría se puso a decir:

—Contra tu parecer, Pancho, prefiero mil veces la hartura grotesca de los ricos, al dolor sublime del hambre como tú dices. Piensa un momento lo que significa este martirio horrible de poseer un paladar refinadísimo si a ese paladar lo sabemos condenado a no probar jamás nada o casi nada. El sufrimiento no está en la sola ausencia del bien, que es el caso de tus ricos, sino que el sufrimiento estriba en la conciencia o conocimiento de esa ausencia del bien, lo cual es nuestro caso. El que sufre sin comprenderlo, no tiene padecimiento ninguno y es como el paciente a quien están operando dormido que nada sabe de sus dolores, porque en aquel instante ha perdido la sensibilidad y la conciencia. Para poder experimentar toda la divina embriaguez de la vida, Pancho, además de muchas condiciones subjetivas, es indispensable el dinero como llave de entrada a esos banquetes en donde nos embriaga la vida: ¡tú lo sabes muy bien! En mi opinión existe una suprema trinidad sin la cual nuestra alegría estará siempre trunca e incompleta. Se compone primero y antes que nada del divino amor, origen de toda felicidad y alegría, pero el amor absoluto, completo, el divino amor de una mujer que sea tan linda de cuerpo como selecta de espíritu. Viene después en segundo término la inteligencia, esa conciencia sutil de todas las cosas, ese «paladar moral» según tú, que lleva siempre consigo su innumerable cortejo de matices delicadísimos, y de exquisitas sensaciones; y por fin, después, en tercer lugar, como servidor atento, como sacerdote de esas dos primeras deidades, y como proveedor del «paladar moral» viene entonces el dinero que es la parte imprescindible del conjunto, y trípode sin la cual se vendría abajo todo el edificio... ¡Ah! ¡que los que no aspiran al divino y absoluto amor, y los que no sientan vibrar su inteligencia menosprecien el dinero! Yo lo ambiciono y lo busco porque es complemento indispensable a mi trinidad, es el amigo siempre generoso, y es el servidor fiel y complaciente. ¡El dinero no es déspota y tirano, sino con aquellos que no saben tratarlo, como esos ricos imbéciles de quien tú hablas; pero a los que sabremos rebajarlo a su sitio y mantenerlo en su lugar; a los que le tendremos siempre a nuestros pies como un esclavo, servil y atento a todos nuestros caprichos, a los que podremos dominarle sin que nos domine, que venga a nosotros, con todo su ejército de monedas, y que como un escudero, nos acompañe y nos ayude a conquistar la vida!

—¡Bravo por Gabriel! —exclamó Alberto con entusiasmo—. ¡Has estado de una elocuencia admirable! ¡Viva el dinero y abajo la santa pobreza! Brindemos por la embriaguez de la vida, y por eso divina trinidad marca «Gabriel Olmedo».

También ahora, mientras hablaba, Gabriel había estado haciéndome indica-

ciones de que se dirigía a mí. Al nombrar el «divino amor» no solamente me vio con una rápida ojeada brillante y significativa, sino que también acercó su mano como la había acercado antes; pero de un modo especial, mucho más expresivo, y mucho más intenso. Después, cuando Alberto dijo: «brindemos por esa divina trinidad marca Gabriel Olmedo», él se apresuró a llenar de vino mi copa vacía e inclinándose mucho al hacerlo, me dijo por lo bajo cerca del oído con deliciosa voz de secreto:

—¡Sí; brindemos, que nosotros dos la tenemos ya casi completa! . . .

Pero al tomar yo mi copa, Mercedes, levantando la mano, hizo una seña de alto, para que nadie bebiese y dijo:

—¡Eso no se brinda con vino, eso se brinda con champagne! . . . —y volviéndose al sirviente le ordenó—: ¡Destape una botella de champagne, pero de prisa, de prisa, muy de prisa!

Y cuando todas las copas estuvieron rebosantes de oro y de espuma, fue ella quien primero levantó la suya y brindó diciendo:

—¡Por el amor, por la riqueza y por la felicidad de los presentes!

Y miró sonreída a Gabriel, que comprendió al instante quiénes eran «los presentes».

Tío Pancho, por su lado, fingiendo gran humildad se puso a decir entonces contemplando su copa:

—¡Me has derrotado, Gabriel! Pero considerando que mi derrota es una derrota gloriosa puesto que ha terminado en champagne: ¡brindo también, sí; brindo, por que reine siempre esa trinidad milagrosa, en la cual por desgracia ya ni creo ni espero!

Y con mucha alegría y mucha risa todos bebimos juntos . . .

Después de la comida, nos fuimos al salón, en el salón tomamos el café, yo serví los licores, y mientras se hablaba aún apasionadamente acerca del amor, la felicidad, y el dinero, Mercedes, sorbiendo en la esmeralda de su vasito de menta, me consideró unos segundos y luego me propuso:

—¿Por qué no tocas algo, María Eugenia? . . . Anda, sí, tócanos el tango aquél . . . ¿cómo se llama?

—¿Cielito lindo? . . .

—Sí; eso es, Cielito lindo.

—No es un tango, oye, es un danzón.

—Sí, en efecto «Cielito lindo» es un danzón que tiene alma y emociones de tango —dijo Gabriel, abandonando un segundo la discusión—. ¡Hay que tocarlo esta noche, María Eugenia! —Y como los otros le llamasen la atención, siguió discutiendo.

Yo, al instante muy dócil y complaciente, me fui al piano, el cual, colocado de espaldas en uno de los rincones del salón, forma con la pared, un especie de triangular recinto, muy reservado y agradable para el que toca. Una vez en él, me recogí en su aislamiento, bajo la suave presión de mis dedos en las teclas comenzó el dulce vaivén, y pronto, por sobre el vaivén, el amable trotar del rebaño de notas, fue poco a poco levantando en mi alma una sutil

polvareda de sensaciones misteriosas . . . rodeada por la sutil polvareda interior, corrían los dedos, caminaban los brazos y vagaba mi espíritu en el encanto voluptuoso del Cielito lindo, cuando re repente, a mi lado, junto al ébano del piano, apareció Gabriel . . . Mis dedos siguieron caminando muy tranquilos por sus sendas de marfil y Gabriel, que apoyado en el piano me contemplaba, comenzó a cantar a media voz lo mismo que cantaban los dedos:

—¡Ah-a-a-ah ¡Ciel-li-to-lin-do!

Pero a poco resolvió no cantar más, porque no le alcanzaban ya los ojos para lo mucho que quería decirme, y tuvo que decirlo también con el claro surtidor de las palabras . . . Y así, feliz, escuchando caer de los labios de Gabriel aquellas palabras galantes y claras como gotas de lluvia, o deshojarse de flores, mi espíritu se dio a mezclarlas con la melodía y era una mezcla de delicias tan embriagadoras, que por un rato creí muy firmemente que si habían escrito aquella música era sólo para que mis manos la tocasen y para que Gabriel cerca de mí la fuese comentando suavemente con tan divina letra . . .

Por fin, cuando tras un último acorde vino a morir la música, yo, con mi gran emoción de melodías me levanté del piano temblorosa e intenté marcharme, pero Gabriel, cortándome la salida, dominador y fuerte me tomó las dos manos, me detuvo frente a él y me dijo tremolando las palabras en la pasión de la voz:

—¡No, no, María Eugenia, no se vaya! ¡Siga tocando, por Dios, eso, eso mismo, o cualquier otra cosa o ¡nada!; no; no no toques nada, pero . . . ¡no te vayas! ¡no, no, quédate aquí, María Eugenia, aquí, sola, sola conmigo . . . solitos los dos . . . ¿no ves tú que no quiero oír nada ni ver nada, ni saber de nada que no seas tú? . . . ¿Pero no lo has visto ya? . . . ¿Pero es que no lo comprendes? . . .

Y al decir «no lo comprendes» Gabriel estrechó tanto mis manos y acercó tanto, tanto, tantísimo su boca, que yo, de repente, sentí un frenesí de miedo, de un miedo invencible, omnipotente, de ese miedo que da fuerzas para romperlo todo, y que da alas para huir de todo . . . Y así, loca de felicidad y de terror, en alas de mi susto, ágil y rapidísima, lo mismo que había hecho a bordo aquella lejana noche de luna, ahora también, espantada por la boca de Gabriel, me zafé de sus manos, salí del encierro donde me tenía presa huyendo veloz a lo largo del piano, lo dejé a mi espalda hablando todavía, y sin saber de mí, toda asustada y toda trémula corrí a sentarme en el extremo opuesto del salón, al lado de Mercedes, frente a Alberto y tío Pancho quienes seguían imperturbables, hablando y discutiendo todavía. Pero Mercedes, sin decir palabra, instalada con ellos y de espaldas al piano, parecía escucharles con tan fina atención que no me vio llegar . . . Yo entonces deslumbrada por lo que había oído, muda, ciega y feliz, me quedé junto a ella durante un largo rato . . . Hasta que al fin Gabriel, muy extraño y silencioso, también se vino del piano, también se instaló con los demás, y también se quedó callado mucho rato, sin que mis pobres ojos encandilados, se atrevieran a mirarle siquiera . . . Pero después, poco a poco, mientras en mi alma florecía el deseo

vehemente y turbador de volver otra vez al piano, él, atraído fatalmente por la conversación de Alberto y de tío Pancho, se fue internando en ella, avanzó, avanzó en atención, avanzó en réplicas, hasta quedar enteramente sumergido en su seno, tal cual un caminante dentro de un pantano siniestro y mortífero.

—¡Ah! y semejante horror de conversación, resultó ser una conversación interesantísima. Trataba de las fluctuaciones del café, de su influencia sobre la situación económica del país, de posibles evoluciones combinadas con las cosechas del Brasil, y aquella especie de canto gregoriano, aquel arenal, aquella liga pegajosísima donde Gabriel se había quedado preso como un pájaro, aquel burdo tejido de palabras que cual un saco viejo olía a almacén, a café crudo, a ratones, y a bodegas de vapor, aquella calamidad, aquel siniestro, y aquel horror, no se acabó ya en toda la noche!

—¡Ah! ¡qué guña, qué fatalidad, qué mala suerte!

Sólo Mercedes tan curiosa y tan buena como siempre, viéndome cabizbaja, tuvo la piedad de renovar un poco la emoción de la pasada escena al interrogarme de pronto señalando a Gabriel con la luz de una mirada que subrayó la luz de una sonrisa:

—¿Eh bien? . . .

Yo respondí con una vaga expresión indefinida y por un rato me quedé glotando entre un océano de perplejidades . . . Pero luego, como mis ojos viniesen a caer sobre mi propia imagen, que sentada en su silla aparecía a distancia en uno de los espejos del salón, la contemplé un instante, y contemplándola muy fija, resumí todas las perplejidades en esta sola palabra:

—¡¡Necia!!

—Y después comencé a tararear:

—¡A-a-a-ah! Can-ta y no llo-o-res! . . .

¡Pero fue inútil! Mi guña era tan grande que Mercedes ya no volvió a decir: «¿Por qué no tocas algo, María Eugenia? . . .», y mientras tanto sobre mi voz, ahogando a mi Cielo lindo, el café negro, perseverante, horrible como la desgracia, siguió goteando, goteando, y goteando sin cesar . . .

Cuando un rato después, junto al portón de esta casa, me separé de tío Pancho, yo misma cerré el portón, eché los cerrojos, y el rechinar de los cerrojos, y el retumbar luego de mis pasos en el zaguán y en el patio sin luz, me pareció el gran himno de mi alma que por la casa desierta iba cantando su alegría con mis manos y mis pies . . .

En la negrura del patio, el cuarto de Abuelita encendido y entornado, tendía sobre el mosaico su larga faja de luz, porque ella, según costumbre, acostada y sin dormir, aguardaba mi llegada. También yo, según costumbre, luego de apagar la luz del zaguán guiándome por el patio la luz de la blanca faja, me llegué hasta ella, empujé la puerta, y entré a dar las buenas noches.



Al verme aparecer junto a la cama, Abuelita muy ansiosa, con sus mustios ojos preocupados, me interrogó al instante:

—¿Por qué volviste tan tarde? . . .

Después, besándome para las buenas noches añadió:

—¿Y por qué te viniste así, tan desabrigada con esta noche tan fría?

Y me tocó los brazos que le parecieron helados. Luego me detuvo con una seña de la mano, y dijo gravemente como quien se dispone a cumplir un rito:

—No te vayas. Siéntate un instante, María Eugenia, que quiero hablar contigo.

—¡Ay, ay, ay! —pensé yo arrastrando hacia la cabecera de la cama el reclinatorio de cuero, y sentándome en su bajísimo asiento con lo cual vine a quedar casi al nivel del piso. Y esperé dócilmente, porque la alegría que me animaba desde las cinco de la tarde, era tan grande, que hubiera sido capaz no solamente de remover montañas como la fe perfecta, sino de transformarme, además, en dechado de todas las virtudes.

Abuelita, entonces, llena de solemnidad, se irguió lo más que pudo sobre las almohadas hasta quedar casi sentada en la cama. Después, colocó entre su nuca y la oscura cabecera de nogal una almohadita cuadrada de rizado volante, cuyos encajes formaron inmediatamente alrededor de su pelo una especie de blanca aureola.

Yo, casi en cuclillas, desde el asiento chatísimo del reclinatorio, miré en lo alto aquella blanca aureola y sentí de pronto que la cabeza de Abuelita adquiriría a mis ojos el prestigio de la autoridad absoluta. La cabeza era el centro de la autoridad y los rizados cañones de encaje, eran los rayos visibles y materiales de dicha respetable condición humana. Creo ahora, que sin la almohada de volantes, Abuelita, durante su amonestación no me hubiera dominado como lo hizo, y sus reprensiones y consejos habrían rodado quizá sobre mi espíritu como rueda el agua sobre una tela impermeable. Pero gracias a aquel detalle, tan nimio al parecer, yo, abismada en el reclinatorio, pude apreciar la gran distancia moral que me separaba de Abuelita; sus palabras solemnes se fueron grabando una tras otra en mi memoria y a pesar de la inmensidad de mi alegría interior me sentí todo el rato con relación a ella pequeña, tan pequeñísima como un grano de anís. Sumergida en la humildad, contemplando el volante de encaje reflexioné un segundo: «He aquí sin duda ninguna la razón y el porqué de esos adornos exteriores con que suele empavesar su cabeza la autoridad; es evidente que un pequeño detalle material erguido en el cráneo puede ejercer gran influencia sobre los acontecimientos morales, y ya no me cabe duda de que es de aquí de donde arranca el origen de las coronas, las tiaras, la mitras, los birretes, los cascos, los penachos, los kepis, las tocas y las capuchas! . . .». Y mientras tal soliloqueaba yo, Abuelita decía, caídas las dos manos sobre el embozo de la sábana, con una voz severa que se sostuvo todo el tiempo imponente, reposada y majestuosa:

—María Eugenia, hija mía: ¡es preciso que domines tu carácter! Eres de una independencia que me tiene verdaderamente alarmada. Tienes indepen-

dencia de ideas y tienes independencia de conducta. Pero tus ideas sobre todo son un verdadero caos; estás indigesta de lecturas, y me pregunto angustiadísimamente qué va a ser de ti con ese maremágnum que tienes metido dentro de la cabeza y que aumenta más y más todos los días. Esta mañana dijiste cosas inauditas. Clara está todavía haciéndose cruces de tus extravagancias y de tus atrevimientos. No respetas nada ni nadie, María Eugenia, y veo que tratas de imitar a Pancho, cosa que en una niña de tu edad es horrible. Por esa circunstancia de tu edad te disculpo. Comprendo muy bien, que todavía no puedes pesar la importancia de ciertas palabras, pero de todas maneras, si las ideas que expresaste esta mañana en la intimidad, las hubieses expresado delante de una persona extraña, ¡a mí se me hubiera caído la cara de vergüenza! Quiero que sepas, que he tenido una verdadera decepción al oír que hablabas de aquel modo. Si no te reprendí entonces severamente, como lo merecías, es porque siempre he pensado que es mejor hacer estas reflexiones en momentos de calma, y tú, esta mañana, estabas como en un frenesí de locura y de disparates. Por eso me callé, me pareció más prudente. Pero en cambio, ahora, hablo y te digo: ¡que lo de esta mañana no vuelva a repetirse nunca, nunca más! . . . ¿oyes? . . . También, María Eugenia, también te expresaste de Eduardo y de sus hijos, en un tono que me afligió muchísimo. No solamente demostraste ingratitud hacia Eduardo, a quien todo le debemos hoy día, sino que además fuiste muy desconsiderada y muy falta de respeto conmigo: no debías haber olvidado que yo soy la madre de Eduardo y que a más de ser su madre lo quiero especialmente porque le agradezco su cariño y su conducta de hijo ejemplar. ¡Yo no soy ingrata ni soy desagradecida! Te lo repito, María Eugenia: ¡que en mi presencia no vuelvas a expresarte como lo hiciste hoy por la mañana!

Al llegar aquí, yo que me encontraba muy incómoda con mis rodillas dobladas casi a la altura de la barba, resolví estirar las piernas bajo la cama, y seguir en silencio, inclinada la cabeza, baja la vista, tranquila, muda y suave como una oveja.

Abuelita prosiguió:

—Aquí comió Eduardo esta noche, y hablamos mucho rato . . . ¡si vieras cómo se interesa por ti! . . . ¡No sabe, ni sospecha siquiera el pago que tú le das! . . .

Y hubo un instante de silencio en el que Abuelita pareció cederme la palabra a fin de que yo, aprovechando la coyuntura, saldara este enorme «debe» de mi cuenta corriente con tío Eduardo. Pero yo decidí no aprovechar coyuntura ninguna, y dejé que el silencio campara por sus respetos, y que llegase a hablar en nombre mío, si bien le parecía, y si Abuelita le concedía su venia para oírle y entenderle. Pero, afortunadamente, Abuelita no tiene el oído tan fino como para oír estos discursos del silencio. Por consiguiente, no pareció disgustarse, sino que al contrario, continuó hablando ahora con menos severidad y añadió:

—También quería decirte que esta semana misma, Eduardo, su familia, Clara, tú y yo nos iremos todos juntos a San Nicolás.

—¡¡Racataplún!! . . . —Pensé yo con horror. Pero escondí la exclamación en el estoicismo de mi mansedumbre y de mi silencio.

— . . .Creo que una temporada pasada en pleno aire de campo te sentará muy bien y espero que allá perderás esa antipatía tan infundada y tan injusta que les tienes a tus primos . . . A mí, en particular, no me conviene el clima de la hacienda porque me pongo muy mal de los dolores reumáticos . . . ¡aquello es húmedo! . . . pero nada le he indicado a Eduardo por delicadeza . . . ; una temporada de dos o tres meses reunidas las dos familias en San Nicolás, representa para él una gran economía, puesto que mientras tanto no necesita sostenernos casi de un todo, como lo hace cuando estamos aquí solas . . . Ya sabes, pues, María Eugenia, lo que te he dicho: nos vamos esta semana misma, espero que reflexiones, que vigiles en adelante tus palabras, que pierdas el tono insolente que tomas algunas veces, y que domines ese espíritu de independencia, fruto de tu educación que se resiente muchísimo de la falta de una madre . . . Es preciso además que aprendas a respetarme, y que quieras y respetes también a toda tu familia; ¡no son los extraños quienes velarán por ti si algún día lo necesitas! . . . el verdadero afecto, el único cierto y desinteresado es el de la familia: ¡no lo olvides!

Al través de este discurso, como al través de una plancha de vidrio, acababa de mirar ahora nítidamente, con todos sus contornos y detalles la cabeza de tío Eduardo en su visita de la tarde. Sin embargo, no obstó dicha circunstancia, para que mis labios llenos de compunción y respeto contestaran al fin:

—Está muy bien, Abuelita, está muy bien. Así lo haré. Buenas noches.

—¡Buenas noches! ¡que Dios te bendiga, y que no me pongas en el caso de volver a repetir estas cosas que te he dicho! . . .

Y me alejé suave, dulce, filialmente . . .

Pero luego, cuando ya, tendida en mi cama, hacía el balance de las mil diversas impresiones del día, sentí florecer en mi alma un inmenso optimismo. ¡Todo, todo me sonreía!

En cuanto a la nefasta resolución del viaje a San Nicolás, la juzgué tan despreciable y vana como la pretensión de un perro que aullara, queriendo morder a la luna. Me pareció que dicha resolución era un guante que me arrojaba el destino. Pero me consideré un coloso, y al destino lo consideré una hormiga. Y a tanto llegó esta conciencia de mi fortaleza, que un instante después, cuando el sueño extendía suavemente su velo sobre mi regocijado y cansadísimo espíritu, me pareció que, de pronto, yo me había puesto de pie, que como en un torneo me inclinaba a recoger del suelo un guante de desaffo, y que luego, con el guante en la mano empleando por última vez aquel tono insolente, que un momento antes había ofrecido a Abuelita desterrar de mi boca para siempre jamás, decía:

—¡Me quieres encerrar en San Nicolás, Abuelita, como en las cárceles de

una inquisición para que me convierta a ese culto de la familia, cuyo único dios es tío Eduardo; pero no me convertiré jamás aunque me achicharres en un auto de fe, porque no creo en esa religión, porque no me gusta su dios; y porque además tengo ya escogido el mío! Sí; tengo mi dios, Abuelita, y mal que te pese, es precisamente un extraño, lo adoro ya con toda mi alma, y en su doctrina se le rinde culto a cierta trinidad que en mi opinión es la más amable de todas cuantas presiden religión alguna. Me llevarás a San Nicolás, Abuelita, pero allá sólo podrás encerrar mi cuerpo, mi espíritu no lo encerrarás nunca, nunca, porque como un pájaro se subirá todos los días a las ramas, se plantará horas y horas en los hilos del teléfono, volará sobre los cerros, se lanzará sobre barrancos y ríos, trotará por encima de los tejados, y se vendrá a cantar como un gorrión, en los aleros del patio de Mercedes. Allí, por las noches, de ocho a once, con sus ojos invisibles, verá todo cuanto quiera, y quizás pronto, muy pronto, cuando tú menos lo pienses, sobre esas débiles alas de gorrión se traerá volando a mi cuerpo también, porque me casaré . . . ¡ah! sí, me casaré con Gabriel, y cuando esto ocurra tú, tío Eduardo, María Antonia, mis primos, y la misma tía Clara, se quedarán sorprendidísimos y tomarán todos aquella actitud espantada y algo ridícula que toman los cazadores, cuando volando por sobre sus cabezas, sus perros, sus escopetas y demás tren de cacería, se les ha escapado una presa! . . .

#### CAPITULO IV

*En donde se espera, y se espera, conversando con una rama de acacia, y con unos cuantos floridos bejucos de bellísima.*

HACE YA MÁS de una semana que estamos en San Nicolás.

Esta casa, vieja casa de hacienda de los Alonso, hecha quizá por los propios esclavos servidores de la familia que también se llamarían «Alonso» como sus amos; esta casa, ancha de paredes, desnuda de vigas y altísima de techos, me ha recibido con mucho cariño y mucha melancolía. Sabe sin duda que soy el último retoño de sus antiguos dueños, y me guarda en ella con veneración y con lástima como se guarda a uno de esos pobres vástagos destronados que vegetan tristemente en algún oscuro rincón de sus perdidos dominios.

Como los vástagos destronados tengo en San Nicolás mi solitario rincón, y es este cuarto que me han adjudicado para mí sola. Ya está lleno, tan lleno, y tan rebosante de mí misma que lo quiero mucho. Lo quiero además porque se parece a mi cuarto de Caracas, y porque tiene reja sombreada y florecida como la tiene aquél. Pero sucede que allá, en Caracas, los azahares que brotan en los naranjos de mi reja son propiedad de los naranjos, y aquí no, aquí las

flores que brotan en la rama de acacia que viene a sombrear mi reja, no son propiedad de la mata de acacia, sino que pertenecen a una bellísima que un poco más allá de la ventana ha trepado por la pared, se ha agarrado a la acacia, se ha metido por ella, y la tiene toda agobiada y entretejida de bejuco y de flores. Y la acacia, en lugar de protestar contra semejante abuso, no, se ensancha, se explaya muy satisfecha como una sombrilla inmensa, parece estar muy contenta de tener encima todas las flores que le va poniendo la bellísima, y en una de sus ramas me las ofrece y me las trae aquí a los propios barrotes de la ventana. Cuando yo me despierto todas las mañanas le digo a la rama:

—«¡Muchísimas gracias! Si no fuera por ti, me daría de frente en los ojos ese resplandor vivísimo del cielo; tú me lo quitas, eres muy amable, y tus flores fingidas como las que yo me pongo algunas veces en mi sombrero, te quedan tan bien como me quedan a mí las mías; no te las quites nunca, ni se te ocurra jamás pelear con la bellísima aunque te moleste un poco».

Bien, destronada y todo, yo sería feliz en este oscuro rincón de mis perdidos dominios; sería feliz conversando con la florida rama, o balanceándome en la hamaca que atraviesa mi cuarto de extremo a extremo; si no fuera porque en mi espíritu, tengo también yo mi enredadera como la acacia tiene la suya. Sólo que esta enredadera mía me oprime, me ahoga, no me deja vivir, y todavía no me ha dado ni una siquiera de esos millones de flores que la bellísima le ha regalado a la acacia.

¡Ah! ¡mi enredadera es sólo de bejuco y esta es la razón por la cual hasta el presente no ha hecho sino oprimirme con sus mil tentáculos! Sí; me oprime; me agobia, me estrecha, como si quisiera verme muerta entre sus dedos larguísimos y se llama . . . se llama . . . ¡la ansiedad de la espera!

Desde aquella divina noche del brindis al amor y del «Cielito lindo» no ha vuelto a ver a Gabriel. Cuántas veces he pensado con desesperación: «¿Por qué no quise quedarme en el piano como Gabriel decía? ¿Por qué? ¿Por qué? . . .». Y estas interrogaciones contra mí misma, son tan agudas y tan punzantes como los remordimientos; y son también tenaces y perseverantes como son ellos . . . Y es que al día siguiente de la noche del brindis al amor, llamaron a Gabriel urgentemente fuera de Caracas, y tuvo que irse. Luego fuimos nosotros quienes nos vinimos a la hacienda y por consiguiente no le he visto más ni he vuelto a saber de él . . . es decir, sí, sí he sabido, pero sólo indirectamente por medio de Mercedes.

Hace algunos días Mercedes me llamó por el teléfono y me dijo:

—«Gabriel estuvo en Caracas unas cuantas horas; vino a verme y sintió muchísimo no encontrarte aquí. Me dio para que yo te lo remitiera, un paquete de libros que te había ofrecido y me dijo que al regresar de nuevo a Caracas se pondría de acuerdo con Pancho para hacerte una visita a San Nicolás. Me pareció muy contento. Creo que sus asuntos andan muy bien. Estuvimos los dos haciendo proyectos, y, naturalmente, al hacerlos, fue preciso hablar mucho, pero muchísimo de ti» . . .

Aquel día, no bien dejé el teléfono, con las palabras de Mercedes cantán-

dome en el alma, vine aquí, me acosté en la hamaca, y comencé a balancearme muy suavemente como es mi ensoñadora y queridísima costumbre. Recuerdo que entonces, bajo el dulce vaivén de la hamaca, este cuarto mío, este solitario rincón de mis perdidos dominios, comenzó poco a poco a cubrirse de ensueños, a llenarse de visiones, a poblarse de blancas y florecidas siluetas . . . Era como el sueño de Dante con Beatriz, o era más bien como si al impulso de un capricho, la bellísima de la reja, hubiera atravesado de pronto por los barrotes, y se hubiese puesto a tejer, a acumular, a enlazar guirnaldas, por las paredes, por el suelo, por los rincones, por el techo, hasta hacer un río, un lago, y una catarata de florecitas menudas y rosadas.

¡Cómo, al conjuro de las palabras de Mercedes saboreadas sí, en el propicio vaivén de la hamaca, este cuarto desnudo de paredes y desnudo de techos, comenzó a poblarse lentamente, hasta adornarse de arriba abajo como para el derroche de una fiesta!

Mecida siempre por el blando flotar de la hamaca, luego de contemplar un largo rato aquella muchedumbre de rosados ensueños, empecé al fin a concretar en ideas todas mis suaves visiones, y poco más, poco menos, sin dejar de balancearme, comencé a pensar así:

«Dice Mercedes que Gabriel le entregó un paquete de libros para que ella me los remitiera. Bien, hay que enviar a buscar ese paquete, pronto, pronto, prontísimo, lo más pronto que yo pueda, ¿y cuándo es lo más pronto? . . . ¡pues lo más pronto es mañana muy temprano con el sirviente que va todos los días a hacer las compras a Caracas! . . . El paquete llegará pues mañana a las diez y media, o quizás, quizás, no llegue sino hasta las once . . . bien, media hora más o menos no tiene importancia, a veces parece larguísima . . . pero, en fin, pasará . . . pasará la media hora, llegarán las once y con las once a más tardar llegará el sirviente . . . yo saldré a esperarle, tomaré el paquete, con el paquete en las manos me vendré a mi cuarto, echaré la llave, me sentaré en la hamaca, y entonces, con las manos trémulas y frías, lo abriré poco a poco . . . lo abriré temblando de emoción porque ya lo sé de antemano, sin duda ninguna entre las hojas de uno de los libros habrá una sorpresa . . . ¡sí! . . . ¡sí! . . . entre las hojas de algún libro me aguardará en acecho la sorpresa de una carta! . . . Ya la estoy viendo . . . ¡ah! . . . ya la veo . . . será un sobre blanco, grande, inmaculado . . . será un gran sobre silencioso que guardará en sus entrañas el tesoro de la carta . . . Pero quizás no, quizás en el sobre venga escrito con aquella letra de Gabriel, que sólo he visto una vez, y que son como patitas de moscas que se agarran una de otra:

«Señorita María Eugenia Alonso. Hacienda San Nicolás».

Bien . . . esté escrito o esté en blanco, es el caso que lo rasgaré con trabajo, porque las manos las tendré muy torpes, y porque estarán mucho más frías y mucho más temblorosas de lo que estuvieron al abrir el paquete . . . por fin, después de batallar un rato, acabaré por rasgar el sobre, caerán de su seno algunos doblados pliegos, y entonces . . . ¡ah! entonces, me sentiré rica, me creeré millonaria, porque tendré mi regazo lleno, rebosante, cuajado de ejércitos y

de legiones de patas de mosca! . . . ¡Ah! Y cómo desfilarán por mis ojos, mil y mil veces esas legiones! . . . Sí, aquí mismo, en esta propia hamaca leeré por primera vez los pliegos uno tras otro, y luego, uno tras otro volveré a leerlos, dos, tres, y cuatro veces para recoger bien todas, toditas esas cosas que se escapan a la emoción de la primera lectura. Después, cuando ya tenga la seguridad de que no se me ha escapado nada, seguiré leyendo mi carta por el solo gusto de leerla como se leen las oraciones y los versos que ya se saben de memoria . . . Cuando me haya cansado de leerla en voz baja, la leeré en alta voz, para que la escuche todo el cuarto, y cuando ya el cuarto la conozca y la haya escuchado bien, me iré a leérsela al campo entero; sí; la esconderé en mi seno donde nadie la vea, y con ella escondida, iré a leérsela a la acequia grande, allá bajo el ceibo, donde el agua forma aquel alboroto de murmullos y de espuma sólo porque se tropieza con las puntiagudas lajas que cierran la compuerta; y cuando la haya oído el agua de la acequia, me iré a leérsela a aquel inmenso bucare que es como un gigante que está preso por los soldaditos del cafetal, en lo más escondido, donde nunca, nunca, pasa nadie; y cuando haya terminado de leérsela al bucare, acribillada por la nube de mosquitos, bajaré hasta los sauces llorones del estanque, se la leeré a los sauces, y la oirán las blancas piedritas que hay en el fondo del agua, la oirá la hierba menuda que crece en el suelo junto a la orilla y la oirán también los patos, mientras vayan surcando el silencio del estanque. Después, ya en la tarde, cuando sea el crepúsculo y haya caído enteramente el sol, me iré caminando por el atajo pedregoso, llegaré a las ruinosas paredes del trapiche viejo, y allí, sentada en un escombros la leeré muy alto para que mi voz alcance hasta la copa de aquellos dos larguísimos chaguaramos, que crecieron tan juntos, tan juntos, que son como un idilio en la melancolía del trapiche viejo; y si acaso la noche me sorprende sentada bajo el idilio de los chaguaramos, abriré la carta sobre mis rodillas, estaré inmóvil durante un largo rato, y entonces, los cocuyos, que como Vírgenes Prudentes son los únicos que llevan siempre su lámpara encendida para el amor de la noche, alumbrarán un instante mi carta, la inundarán de reflejos y la leerán con su ojitos de luz mientras pasen volando por sobre mi cabeza . . . Después, sólo después de que la haya oído el agua de la acequia grande, y el bucare del cafetal, y los sauces llorones, y las piedritas del fondo del estanque, y la hierba menuda, y los patos, y los dos largos chaguaramos del trapiche viejo y todos los cocuyos que pasen volando sobre mi cabeza, sólo después, cuando ya esté cansada de leérsela al campo entero, volveré a la casa, en el camino me sentiré agobiada por el enorme peso de mi alegría, y entonces, si al mirarme entrar rendida y extenuada, Abuelita me pregunta: «qué has hecho todo el día, María Eugenia, llevando sol por esos campos?», yo contestaré para que Abuelita ni siquiera sospeche la existencia de mi carta: «He estado cazando mariposas para enviárselas a una de mis antiguas maestras de París que tiene colección; y en cuanto al sol, no te preocupes, Abuelita, porque me puse mi sombrero grande de paja de arroz» . . . «Pero luego, al siguiente día, vendrá lo mejor, lo más grande, lo más intenso

de todo, porque yo también escribiré mi carta de respuesta . . . ¡ah! ¡la respuesta! ¡la respuesta! . . . ¡Cómo, mi alma toda se cambiará entonces en arroyo para ir corriendo, corriendo, como un río sobre el immaculado cauce de la carta! . . . ¡Y qué sorpresa para Gabriel cuando la lea; sí ¡qué sorpresa y qué admiración de amor! . . .».

Así, más o menos pensaba el otro día, mientras me balanceaba en la hamaca, y mientras en mi alma y en mis oídos parecían estar aún cantando todas sus canciones las palabras de Mercedes oídas por el teléfono. Pero llegó el siguiente día; llegaron las once de la mañana; llegó el sirviente que viene de Caracas; llegó el paquete de libros; pero la carta, la carta presentida y esperada con tantos festejos de amor fue la única que no llegó . . . En vano registré libro por libro, en vano fui buscando hoja por hoja; no había sobre blanco, no había sobre escrito, no había nada, nada! . . . Los libros remitidos eran las obras de Shakespeare, lujosamente encuadernadas en cinco tomos de tafílete con los cantos dorados. En la primera página de cada tomo, engolillado y puntiagudo de barba, según la moda del siglo dieciséis, aparecía en un grabado el retrato del autor. Como la página del grabado era la más gruesa en los libros, y como estaba además junto a la tapa, después de ir buscando tomo por tomo, sucedió al fin, que en vez de tener sobre mis rodillas la carta de Gabriel tal cual lo había soñado en el lento transcurrir de todo un día, en lugar de la carta, bajo el silencio de mi decepción tan sólo se amontonaron los cinco flamantes retratos de Shakespeare. Triste y decaída como estaba, me quedé contemplando mucho rato en la primera hoja de uno de los tomos aquella fina cabeza que surgía alargada y satírica por entre los cañones de la rizada golilla . . . la estuve mirando, mirando, muy fijamente, y porque al fin, la juzgué intrusa, importuna y como asomándose indiscreta al espectáculo de mi decepción, la increpé diciendo:

—¿Y qué me importas tú, Shakespeare? ¡Todas tus obras juntas, toda tu gloria, y toda tu inmortalidad, las cambiaría yo mil y mil veces por una sola de aquellas patas de mosca que escribe Gabriel. Ahora que nadie me oye, te confieso que tu teatro más que divertirme, me aburre. Dicen de ti que fuiste un impostor; que no eres tú quien escribió tus obras, y yo lo creo, porque a mí también me has engañado, has querido sustituir a Gabriel, y ahora pareces burlarte de mi tristeza. ¡Pues bien, afirmo con tus detractores que eres un impostor, y como tu presencia en lugar de agrardarme me molesta, cierro uno por uno tus cinco dorados y lujosos libros para no verte más! . . .

Pero hay que decir en honor de la verdad, que esta larga historia de la carta con su final de desilusión, fue toda ella de principio a fin obra única y purísima de mi fantasía. Ni Mercedes me dijo nunca que Gabriel vendría, ni Gabriel me lo afirmó jamás, ¿y cómo había de afirmarlo si aquella última noche en casa de Mercedes nos hallábamos tan lejos de creer que nuestra despedida de entonces, iba a ser la despedida de tantísimos días? . . . . . ¡ah! . . . pero hay algo que Mercedes sí afirmó rotundamente por teléfono; algo que sucederá porque es cierto y es evidente. Mercedes dijo «cuando vuelva a



Caracas se pondrá de acuerdo con Pancho, para hacerte una visita a San Nicolás» . . . Es, pues, seguro, positivamente seguro y sin asomos de fantasía que Gabriel vendrá a verme . . .

Lo espero todos los días, desde el amanecer hasta la noche; y esta espera, y esta esperanza, es como el agua en que bebe mi espíritu y es al mismo tiempo aquella enredadera que sin haber florecido todavía me tortura, me oprime y me abrasa el corazón.

¡Pero Gabriel vendrá! ¡ah! sí, Gabriel vendrá y entonces al mirarle llegar desde lejos, la estéril enredadera que me oprime el corazón se cubrirá milagrosamente con millones de flores. ¿Vendrá por la mañana Gabriel? ¿Vendrá en la tarde? Si viene en la mañana, me vestiré toda de blanco, me pondré mi gran sombrero de paja de arroz, lo ataré con un tul bajo mi barba, al estilo Directorio, tomaré al descuido las ramas floridas de alguna mata silvestre, y con mi larga sombrilla en la mano, iré hacia él como va Flora hacia su amante en el primer acto de la «Tosca». Si viene en la tarde, me vestiré de negro, atisbaré su llegada detrás de mi ventana; mirándole cruzar allá junto a los mangos, saldré a su encuentro caminando poco a poco, al pasar por la soleada senda abriré mi blanca sombrilla de encaje y la blanca sombrilla abierta sobre mi silueta oscura simbolizará entonces la flor de mi alegría.

¿Pero vendrá? . . . ¿vendrá de veras Gabriel? ¡Ah! ¡La duda me asalta a veces como un ladrón que quisiera robarme mi tesoro de ilusiones! . . .

Y esa duda tiene su fundamento y su origen en la siguiente escena ocurrida hace tres días; escena trivial y torturante que trato a todas horas de borrar de mi memoria y que mi memoria retiene siempre con la insistencia de una lámpara encendida que perturbara mi sueño:

Sería cosa de las nueve de la noche. Reunidos en el comedor nos hallábamos todos los de la casa. Habíamos tomado ya los postres y el café. De afuera llegaban nítidamente las nocturnas voces del campo; croar de las ranas, chirriar de los grillos, y la comida parecía languidecer indefinidamente en una aburrida sobremesa. Yo estaba como ausente por la lejanía de mis preocupaciones. Fijos los ojos dentro del marco de la ventana abierta, miraba el negro cuadro de la noche majestuosa y palpitante de luceros, cuando alguien nombró a Gabriel. No sé cómo vino la conversación; pero recuerdo perfectamente que María Antonia, no bien oyó su nombre, aprovechó al punto esta ocasión de serme desagradable sin faltar a las apariencias y acompañando las palabras con el brillo deslumbrador de sus ojos negros, a modo de noticia lanzó esto:

—Me han contado hoy por teléfono que en Caracas se habla mucho del matrimonio de Gabriel Olmedo con la hija mayor de Monasterios. Si resulta ser cierto, se casa muy bien. Es una muchacha muy rica, el padre es todopoderoso en el Gobierno, y además ella es muy bonita. ¡Tiene unos ojos preciosos!

—¡Sí! ¡Son unos ojos bellos —afirmó mi prima rebosante de admiración.

—¡Sí! ¡Bellos! —repitió en el mismo tono casi todo el arreo, como diría tío Pancho.

Yo no pude contenerme y exclamé:

—No sé cómo serán los ojos, pero tengo noticias de que todo el resto de la persona es una ridiculez. —Y copiando textualmente el juicio de Mercedes añadí—: ¡Anda toda *fagotée!* ¡Ah! Gabriel Olmedo, que es tan exquisito, tan *raffiné*, tan *gourmet* como quien dice, no se casará jamás con eso.

María Antonia, que por el torrente de adjetivos franceses debió adivinar cuál era mi fuente de información, iba a replicar ya, agresiva y chocadísima, pero en el mismo instante, alguien derramó una copa de vino sobre el mantel, el incidente cambió el rumbo de la conversación, y nada más se dijo sobre el particular.

Pero las anteriores palabras grabadas en mi espíritu, me torturan ahora de noche y de día. Ellas son el ladrón que quiere robarme mi tesoro de ilusiones; son la lámpara encendida que perturba mi sueño; son un puñal que llevo a todas horas clavado en mi esperanza y son ellas, ellas, quienes les han enseñado a mis ojos este horrible demonio de los celos, que mis ojos hasta ahora no habían mirado nunca.

¡Ah! Si yo pudiera hablar con Mercedes, allá en la gran intimidad de su fingido Oriente, ella entonces, con su vista penetrante de astuto marino que conoce los secretos de todos los horizontes, me diría . . . ¡me diría! . . .

Pero no puedo hablar con ella ni con nadie, y esta duda va creciendo enormemente en mi secreto de amor y ya me agobia . . . ¡quién me ayudará a llevarla! . . .

Al terminar de escribir estas últimas palabras he levantado un instante los ojos y he visto la rama de acacia que sacudida por la brisa, parece hacerme señas asomada a los barrotes de la ventana. Sus hojas se entreabren y se agitan como los dedos en el saludo de las manos queridas y ha dejado caer por el suelo el regalo de sus florecitas rosadas. La he visto, la he visto mucho rato, hacia arriba los ojos implorantes, en una mirada honda, llena de fe y de esperanza como se miran esas venerables imágenes milagrosas de los Santos Patronos, y con sólo los ojos implorantes desde el fondo de mi alma, le he rogado así:

—¡Oh! vieja y generosa acacia que me quitas el sol y que te adornas noche y día, con las flores que te pone la bellísima; tú que conoces esta maldad de los bejucos, que se enroscan al corazón como las sierpes del remordimiento; tú que has llevado con nazarena paciencia la cruz de tantos abrazos espinosos y estériles; tú que eres buena porque tiendes la mano compasiva a los desvalidos que te imploran, y como Santa Isabel de Hungría, tienes después tu caridad convertida en flores sobre el regazo; tú, que derramas maternalmente el cariño de tu sombra sobre los que te aman y los que te aborecen; tú que todo lo sabes porque tienes la experiencia de muchas primaveras; dime, vieja y generosa acacia: ¿florecerá algún día mi enredadera como floreció tu bellísima? . . .

## CAPITULO V

*Aquí, María Eugenia Alonso, sentada en un peñasco, se confiesa con el río; el río le da consejos, y ella, obediente y piadosa, decide seguirlos todos al pie de la letra.*

ABUELITA TENÍA razón al predecir que viviendo con mis primos, acabaría por perderles aquella vehemente antipatía que hasta hace poco les profesaba; puesto que, en efecto, hace apenas un mes que estamos juntos en la hacienda y . . . ¡ya me gusta el arreo! Ahora lo encuentro bastante simpático y bastante bien.

Creo que la antipatía es un sentimiento caprichoso y superficial que en el fondo no existe ni tiene razón de ser. En realidad casi nadie es antipático. Si se considera a las personas muy de cerca y se penetra con bondad en la esencia de su psicología, acabamos por admirar sus cualidades, y tolerar sus defectos, como en el orden físico toleramos la lluvia; el calor; las manchas en la pared del cuarto que habitamos; o la almohada dura de la cama en que dormimos: todo es cuestión de tiempo y de paciencia. Esta es a mi ver una de las pruebas más palpables de que el hombre es un animal sociable que ha nacido para vivir en compañía de sus semejantes. Si ciertos defectos que ostentan a veces los demás nos crispasen siempre los nervios como el primer día en que los conocimos, acabaríamos sin duda ninguna por preferir el suicidio a la compañía de esas personas. Pero afortunadamente todo en la naturaleza está muy bien ordenado y la costumbre, que es muy conciliadora, hace el papel de cordial sobre los nervios y nos predica evangélicamente aquello de: «Amaos los unos a los otros». La antipatía en realidad sólo subsiste cuando tiene por base la envidia, y cuando la persona a quien se envidia, y se trata de cerca, en vez de decaer en el aprecio o admiración del envidioso, continúa creciendo más y más dentro de dicho espontáneo sentimiento de aprecio o admiración. Poniendo a un lado toda modestia, voy a confesar que este es el caso en que yo me encuentro respecto a mi tía, la honrada, ojerosa, moral y elocuentísima María Antonia Fernández de Aguirre, mujer de mi tío Eduardo Aguirre. Así como yo me he reconciliado con sus hijos, María Antonia, en cambio, cada día que pasa, me detesta más: ¡Qué caudal de sinceridad derrocha para mostrarme su admiración y su antipatía aparejadas y resumidas dentro de su envidia, y cómo esta envidia suya se ingenia y se pone vidrios de aumento en los ojos, para exagerar mis pobres cualidades!

Abuelita y tía Clara, quienes en realidad, como bien dice tío Pancho, tienen una marcada preferencia por mí sobre todos mis primos, se indignan contra estos sentimientos de María Antonia, y se encargan de defenderme muy acaloradamente cuando ella directa o indirectamente me ataca, cosa esta, que al ocurrir de continuo, les da mucho trabajo, y les hace pasar la vida en eterna polémica. A mí en el fondo, la creciente antipatía de María Antonia, lejos de

desagradarme, me halaga, porque filosóficamente atiendo a su origen. Además, me sirve de diversión, puesto que he encontrado ya mi desquite o modo de vengarme. Este consiste en extender cada día más el predominio que ejerzo sobre sus hijos, especialmente sobre Pedro José, el menor de todos, que tiene unos trece años. Los cuatro en general dominados sin duda por su madre, me eran hostiles al principio, pero con el trato, sus sentimientos han cambiado de rumbo. Comenzamos siendo amigos, y ahora, ellos, han decidido erigirme en modelo y me copian en todo. María Antonia se exaspera contra este servilismo de sus hijos, pero a pesar de su indignación, mis leyes y mi influencia reinan sobre ellos con todo el despotismo y la preponderancia de nuestra emperatriz la moda. Mis primos hablan como yo, copian mis frases, comparten mis más atrevidas ideas, se han apropiado mis gustos, tararean las canciones que yo tarareo y hasta en la mesa prefieren los mismos platos que yo prefiero . . .

¡Ah! querido arreo, disciplinado ejército, y qué bien me secundas en mi táctica pacífica y terrible, la cual tiene siempre titilando aquellas dos brillantes luminarias, que se asoman en aquellas dos negrísimas ojeras!

Pero nada es comparable al poder que ejerzo sobre Pedro José, y al culto casi fanático que éste me profesa. Para demoler en lo posible la obra de su madre, ya que no podía alterar la esencia misma de su ser, le he alterado el nombre que es el símbolo o representación gráfica de dicha esencia: En lugar de Pedro José le llamo Perucho, y Perucho es a la vez mi paje, mi escudero, y mi trovador. No pasa un día sin que lleve a mi cuarto flores, aguacates, mangos o alguna dulcísima caña pelada y distribuida en menudos gajos. Perucho me ha dedicado unos versos que le valieron un expresivo abrazo y es él quien me acompaña siempre en los largos y silenciosos paseos que emprendo todas las tardes.

Son estos diarios paseos, delicia y altísima fruición de mi espíritu, y son al mismo tiempo terrible incentivo del mal humor de María Antonia. Y es que no bien han dado las cuatro, cuando ya, con mi ancha falda corta de montar, mis polainas, mi sombrero alón atado sobre la barba a la moda llanera, y mi vara de sauce en la mano, con el solo objeto de exaltar dentro de sus órbitas los ojos de María Antonia, comienzo a escandalizar la casa gritando:

—¡Perucho! ¡Perucho! ¿Ensillaste ya?

Y Perucho, que me espera bajo los guayabos con los caballos ya listos atados a los troncos de los árboles, me contesta con un silbido ensordecedor que trata de imitar el pito de una locomotora. Tan gran escándalo, iniciado del movimiento de partida, y absolutamente innecesario, produce naturalmente el efecto deseado. María Antonia indignada se pone a comentar a media voz:

—¡Qué me repugnan esos sobrenombres! ¡Qué feas y qué peligrosas me parecen esas intimidaciones con los muchachos varones!

Pero yo hago como si nada hubiese oído, y me dirijo hacia la sombra de los

guayabos donde me esperan Perucho y los dos caballos. El me ayuda a montar mientras explica algo que poco más, poco menos, acostumbra ser así:

—Le di mucho maíz a mi caballo, para que no esté tan flojo como ayer. Al tuyo lo ensillé hoy con la cincha de la mula del mayordomo, el bocado del zaino, la gualdrapa nueva, y las riendas del caballo de Papá que son muy suaves.

Este sistema de selección siembra el mayor desorden entre los aparejos de montar, y le valen al pobre Perucho las más terribles filpicas. Pero él, con un estoicismo digno de mejor causa, aguanta el chaparrón, y al siguiente día vuelve a hacer lo mismo.

Abuelita, complacida y sonriente de vernos tan unidos, suele presenciar la partida tras una de las ventanas de la casa, y siempre, al arrancar los caballos, asoma boca y nariz por entre dos barrotes, para gritar estas o parecidas recomendaciones:

—¡Poco a poco, niños! ¡No vayan tan ligero! ¡Cuidado con las ramas! ¡Cuidado con un mal paso! ¡Cuidado con una espantada de las bestias! ¡y tú, Pedro José, atiéndela mucho, camina detrás de ella, miren que una caída de caballo es muy peligrosa!! . . .

Y trotando, trotando, con la brisa que nos azota el rostro, mi escudero y yo, bajamos el callejón, andamos un rato por la vega, nos internamos después entre las breñas de los cañaotes, y comenzamos a trepar montaña arriba. Entonces, mientras camino contemplando el paisaje, o mirando las blancas crines de mi caballo suavemente agitadas por el aire, medito un instante sobre las últimas palabras de María Antonia y Abuelita.

Estas pequeñas meditaciones, suelen despertar en mi espíritu, pensamientos filosóficos, si es que así pueden llamarse ciertas observaciones o razonamientos que acostumbro hacer en mis ratos de soliloquio y que no confieso a nadie por temor de que puedan parecer impertinentes o ridículas. Mientras corre mi caballo al lado del de Perucho, que como yo, va también abismado en un profundo silencio, suelo comentar estas meditaciones exclamando interiormente:

—«¡Es curioso! María Antonia que me detesta, se preocupa con vivísimo interés de mi salud moral, y ha descubierto que mi intimidad con Perucho es fea y peligrosa. En cambio, Abuelita, que declara todos los días la importancia de dicha salud moral y parece estar convencida de su altísima superioridad sobre la salud física, en este caso, sólo se preocupa de la última, no mira más peligros que los que puede proporcionarme el caballo trotando demasiado de prisa, y ella, que tanto me quiere, me demuestra en semejante ocasión, una profunda indiferencia puesto que así desdeña mi preciosa y delicada salud moral».

Y como en tales momentos, todo cuanto a Perucho y a mí nos rodea, parece hablar el lenguaje de la grandiosidad, yo a pesar de mi decantada inexperiencia, miro por un instante con extraordinaria lucidez, el inefable misterio de las cosas, adivino los secretos equilibrios de la vida, y acabo por admirar

con toda mi alma la bondad de la Providencia, que en su sabia economía, ha puesto el cuidado de nuestra salud física entre las manos de los que nos aman, y el cuidado de nuestra salud moral entre las manos de los que nos aborrecen. «Gracias a tan sabia distribución —continúo monologando interiormente, arrullada siempre por la brisa y el rítmico trotar de los caballos—, el odio viene a ser tan altruista o más altruista que el cariño, el cual andaría siempre vendado a la moda de Cupido, si no fuera por las discretas advertencias que en asuntos de estricta moral suele comunicarle el primero. He aquí, pues, cómo no deben juzgarse las cosas a la ligera, y cómo el odio, a pesar de su mala reputación, es en realidad el despierto centinela que vigila nuestra virtud, la base más sólida sobre la cual se asienta nuestro sentido moral y el semillero donde crecen juntos y entrelazados la pureza y el espíritu de previsión» . . .

Pero semejantes soliloquios se paralizan inmediatamente en mi cerebro al recordar que esta malhadada propensión a la filosofía es causa de mi desdicha, fuente de mi tristeza, y origen de mi reclusión en San Nicolás, cosa que hasta el presente he sobrellevado con bastante estoicismo. Sí; de no haberme puesto a formular en palabras mis impresiones particulares sobre el pudor y la moral, tía Clara no se habría escandalizado aquel día, ni Abuelita se habría alarmado hasta el punto de decretar mi inmediato destierro fuera de Caracas. Y como tan fatal experiencia no ha caído por fortuna en saco roto, y como ya he visto y palpado que el almacenar ideas propias es cosa tan insensata y peligrosa como el llevar una bomba de dinamita en el bolsillo, rechazo en seguida todo género de filosofías, y me pongo a dialogar con Perucho, quien paso a paso, camina ahora tras de mí, por la estrecha, larga y sombreadísima senda, que se estira y serpentea a la margen izquierda del río.

Cuando llegamos a un tranquilo remanso, en donde el río se abre en dos y le tiende un brazo de agua a la montaña, Perucho acostumbra consultarme:

—¿Nos quedamos aquí en la toma, o seguimos más arriba?

Por regla general yo prefiero quedarme en la toma, porque es allá en donde el río tiene para mí aquel encanto sereno y misterioso. Así, pues, no bien he contestado a la pregunta de Perucho diciendo: «quedémonos aquí hoy», cuando él, se desmonta de un salto, me ayuda a bajar a mí, y luego de atar los caballos a la sombra de un gran matapalo, comenzamos a buscar asiento brincando por los peñones que están dentro del agua. Después de mucho escoger, acabo siempre por sentarme sobre la peña que ataja la corriente en un pozo, y allí me pongo a contemplar el río, y le miro, le miro, muy fijo y muy cerca, hasta que poco a poco se va callando el mundo entero de mis pensamientos, olvido las ideas surgidas unos minutos antes, al pausado trotar de mi caballo, se borran unas tras otras las diversas imágenes materiales recogidas en el día, y convertida ya en un pedazo inconsciente de la naturaleza, empiezo a escuchar la voz sencilla y generosa del agua. En ese momento ya no existe para mí, ni Abuelita, ni María Antonia, ni la casa de abajo, ni mi cuarto, ni mis libros, ni mis penas, ni yo misma, porque de tanto mirar el río me parece que también me fui caminando en su corriente, y que junto a las

pedras y las arenas del fondo, junto a las frutas caídas y las ramas secas que pasaron flotando, junto al encaje de los árboles, y los azules pedazos de cielo que se reflejan desde arriba, el agua lleva también en sus entrañas este divino y torturante poema de mi amor. Sentada como estoy sobre la roca, en el poblado silencio del paisaje, copio por un instante el alma inmóvil de la piedra, y me quedo tranquila y callada, para que el río al pasar me cante mi poema en sus murmullos y me lo vaya enseñando en su espejo.

Pero semejante estado de arrobamiento dura apenas unos cuantos minutos, porque a su conjuro se despierta de pronto en mí una alegría inexplicable y bulliciosa. Entonces, con gran locuacidad, comienzo a hablar a Perucho, me río sin razón aparente, corro por encima de las peñas, tiro piedrecitas a los árboles y a los peñones del río y se me ocurren los más diversos caprichos. Desde su asiento, Perucho contempla mi alegría con ojos de tímida adoración y a medida que voy inventando mis caprichos, él los adivina todos y todos los realiza al instante para complacerme. Si es una fruta, se sube al árbol y la coge; si es una mariposa de las grandes, corre tras ella y la caza con su sombrero de cogollo levantado en el aire; si es una flor, la corta y me la trae, así haya tenido que descalzarse para subir a los árboles o que meterse en el agua hasta las rodillas para caminar dentro del río.

Un día, tuve la inmensa curiosidad de conocer los frescos y bulliciosos secretos del remanso y quise bañarme. No bien hube formulado tal deseo, cuando Perucho tomó al punto su caballo, bajó hasta la casa, y en menos de veinte minutos, jadeante y sudoroso, cargado de mi paño, mi jabón y mi agua de colonia, estaba ya de regreso en la toma. Muy celoso de que nadie pasara, se fue en seguida a hacer la guardia junto a los caballos, a las puertas del cal y canto, mientras que yo, sola y desnuda, creyendo ser el alma viva del paisaje, me hundía en la ansiada frescura de mi pozo predilecto. Y recuerdo que aquel día, sumergida en el pozo, perdí como nunca la noción de mi propia existencia, porque el rodar del agua me tenía la piel adormecida en no sé qué misteriosa delicia, y porque mis ojos vagando por la altura, olvidados de sí mismos, se habían puesto a interpretar todos los amores de aquella muchedumbre de ramas que se abrazan y se besan sobre su lecho del río.

Es sólo cuando el crepúsculo se apaga ya de un todo, cuando Perucho y yo acostumbramos regresar a la casa. Los caballos entonces, ansiosos como están de verse en la caballeriza, corren al atravesar la sendita del río y vuelan como dos pájaros al pisar los callejones de la vega. Este desenfrenado correr que nos arranca los sombreros y nos despeina los cabellos nos pone también alas de regocijo en el espíritu. Con la inmensa alegría de la carrera, sobre los dos caballos que vuelan unidos por el camino, Perucho y yo levantamos los brazos en el aire para asustar a los bueyes que se fuman su rama de cogollo a la puerta de los ranchos; damos voces a la gente que vemos blanquear en la noche; cantamos juntos a plena voz; y él, puesto de pie sobre los estribos, le contesta en su mismo tono a cuanta pavita o tuqueque se le ocurra graznar escondido en la maraña de las matas. Al oírle, yo me río a carcajadas cele-

brando el parecido, le aplaudo sus hazañas de jinete, y los dos a la vez, cuando bajamos a lo más hondo del cañaote, fingiendo un prolongado lamento, llamamos al eco que también nos contesta desde las negras encrucijadas del monte.

Estos diarios paseos vespertinos son consoladores como la confesión, porque descargo mi alma de su carga de tristeza. El río, con la misericordia de sus matas, sus peñones y sus murmullos, es el confesor que me absuelve todos los días de las negruras que le llevo; él me da consejos de esperanza, y me deja siempre en el espíritu la gracia infinita de la alegría. Yo bendigo a la brisa que me despeina los cabellos; bendigo a mi caballo que corre contra la brisa; y luego de bendecir a la naturaleza entera, también bendigo a Perucho, que es mi escudero y es mi acólito, en estas peregrinaciones sentimentales.

Pero según me fijo ahora, mi gran intimidad con Perucho merece capítulo especial, porque es a un tiempo sencilla y complicada; y porque a la vez que distrae mi preocupación de amor, me hace vivir activamente dentro de ella.

Comencé siendo amiga suya, con un compañerismo muy despreocupado y muy infantil. Me era útil por su agilidad y por su carácter servicial y soñador, siempre dispuesto a complacerme e inventé llevarlo conmigo a mis solitarios paseos, como hubiera podido llevar un gran perro silencioso que anduviera junto a mí sin perturbar mis ensueños con palabras importunas. Pero desde el día en que María Antonia dijo por primera vez aquello de: «¡Qué feas y peligrosas me parecen esas intimidades con los muchachos varones!», sin saber por qué, Perucho comenzó a tener a mis ojos un inmenso interés; su presencia fue para mí la presencia animada del amor, y así como los niños juegan con sus trenes y sus muñecos de juguete disfrazándolos de realidad con la imaginación, yo me puse desde entonces a jugar con Perucho, como si éste fuese mi juguete y también lo disfracé de realidad, porque en mi imaginación se me ocurrió convertirlo en Gabriel. Y naturalmente, dado este punto de vista, Perucho ha adquirido para mí una gran importancia. El me quiere de veras con su inmensa adoración silenciosa y tímida, y yo, por generosidad hacia él, y por vivir activa dentro de mi amor, mientras sueño apasionadamente con Gabriel, prodigo en miradas y sonrisas a Perucho, esta divina facultad de alegrarnos fácilmente la vida, alegrándola también a los demás, facultad que no todas las mujeres poseen, y que la gente inconsciente llama con desprecio coquetería.

Es pues, gracias a mi gran intimidad con Perucho, como he venido a descubrir que poseo en alto grado esta facultad de la coquetería, que cual madre cariñosa, nos dirige o enseña a caminar por los divinos caminos del amor. Y naturalmente, como en mi fuero interno yo considero que dicha facultad, además de ser una fuente de alegría, es también una prueba de generosidad, no tengo inconveniente ninguno en reconocerla ante mí misma, y reconocer además que estoy satisfechísima de poseerla; y de que cuantos días pasan, deploro más el no haberla descubierto y ejercitado antes con Gabriel . . . ¡sí! . . . ¡en vez de aquella necia timidez que me cohibía y me paralizaba en su presen-



cia!... ¡Pero así son estos caprichos del destino!... ¡Y qué maraña de misterios y de sorpresas llevamos todos, Dios mío, dentro del corazón!...

Estoy segura de que si Abuelita, tía Clara, o cualquier otra persona seria y de sólidos principios, leyera lo que acabo de escribir, lo encontraría muy mal y haría unos pronósticos desagradables y ofensivos acerca de mi futura reputación. Pero no estarían en lo cierto. Mis demostraciones o coqueterías hacia Perucho son a mis propios ojos la prueba más palpable y segura de que soy una mujer esencialmente fiel. Sí. A pesar de su indiferencia, y a pesar del abandono en que me tiene, yo no quiero sino a Gabriel, y es segurísimo que de no haberlo conocido nunca, Perucho no habría visto todavía la primera de las amables e insinuantes sonrisas que lo hacen tan feliz.

Esta pequeña experiencia de mi vida, me lleva a considerar que en el amor de nosotras las mujeres, existen siluetas tan invisibles y sublimes, como en el puro y teológico amor de Dios. Por lo que llevo visto, no siempre nos es dado amar en su apariencia sensible al que quisiéramos amar, y es claro, al no poder amar directamente aquello que queremos no nos queda más recurso que amarlo indirectamente en aquello que podemos. Ahora bien: ¿no hay en esta suprema fidelidad al ausente, amado a través de un objeto presente, grandes puntos de contacto con el amor altísimo del asceta que adora esencialmente a Dios, adorando en apariencia una imagen de madera o de yeso? ¿No vibra también en este caso mío el misterio augusto de la intención que todo lo purifica y transforma la burda idolatría en santa y piadosa veneración? Pues bien, todos estos delicados matices existen también en mi alma y gracias a ellos, ante los ojos de mi amor, Perucho no es Perucho, sino la imagen animada que se convierte a ratos en Gabriel por obra y gracia del misterio augusto de la intención. Mi caso es un caso de amor humano, en el cual parecen aliarse todas las sublimes y teológicas sutilezas del amor divino. Y sin embargo, estoy cierta de que elegido juez en el asunto, así fuera Abuelita, Mercedes, o el mismo Gabriel, cometerían la ligereza de fallar injustamente, y es muy probable que me designaran con los epítetos de inconstante, infiel, variable, o cualquier otro desagradable concepto por el mismo estilo. Pero yo, dado semejante caso, también los juzgaría a ellos, como juzgó la Iglesia a aquellos herejes llamados iconoclastas, que en su gran torpeza, jamás pudieron medir el abismo que separa la imagen material de la esencia ideal, y la forma visible, del fondo sublime e invisible.

Finalmente, como resumen o conclusión de todos los anteriores razonamientos declaro: que mi amor hacia Gabriel es cada día más vehemente y más grande; que mis pequeñas demostraciones a Perucho no son sino la manera de expresar exteriormente el culto de este amor que vive y se desborda en mi alma; que poseo del amor en general un concepto muy elevado y algo panteísta, y que, por último, mi sistema de fidelidad espiritual, digan lo que quieran las personas irreflexivas, es mil veces más puro y meritorio que esa fidelidad exterior y corriente, que suelen imponer los hombres, los convencionalismos y las leyes.

Y para demostrar mejor ante mi propia conciencia la verdad de semejantes afirmaciones, y la fidelidad de mi amor hacia Gabriel, voy a transcribir aquí esta pequeña escena ocurrida hace dos tardes junto a la margen del río.

Yo me hallaba sentada como acostumbro en la gran peña que cierra y protege el remanso. Mis pies casi tocaban el agua; me había puesto en el sombrero una rama de trinitaria muy llena de flores, y me entretenía en echar a navegar las cáscaras de unos mamones que, desde la cúspide del árbol, Perucho me había arrojado en la falda. Era un copioso racimo verde que yo desgranaba lentamente. Una vez separado el grano, cortaba en dos la cáscara; despojaba el hueso con mis dientes; despojado ya, lo ponía de nuevo en el cascarón convertido en barca; con cuidado de que no naufragase, lo echaba a flotar en el agua, y al mirarle partir río abajo, me imaginaba ver aquellas embarcaciones funerarias, que allá en la India, tripuladas por un cadáver, descienden solitarias la sagrada corriente del Ganges.

Muy embebida estaba entregada a tan suaves y poéticas consideraciones, mientras que Perucho no se cansaba de correr y deslizarse como una lagartija por entre el laberinto de ramas, hojas y horquetas del gigantesco mamón. De pronto oí un estridente silbido que me hizo levantar la cabeza. Era Perucho que montado a caballo sobre una rama altísima, con los pies descalzos en el aire y las dos manos formando bocina junto a la boca, solícitaba mi atención para gritarme tal y como si se tratase de algo muy indispensable y urgente:

—¡Oye, María Eugenia! ¿Sabes a quién te pareces vista desde aquí arriba? ¡Pues con esa trinitaria en el sombrero, estás igual, pero igualita a la muchacha del cromo de las píldoras de Ross, ese anuncio que hay en la puerta de la botica de la esquina de casa, allá en Caracas! . . .

Como yo conozco el cromo en cuestión, y la muchacha es en realidad encantadora, semejante apreciación sorprendió mi amor propio en una agradable emboscada, me distrajo de mi melancólica tarea, e iluminó repentinamente mi cerebro con sonrientes y placenteras ideas. La observación de Perucho me resultó mil veces más interesante que si me hubiese comparado con la Venus de Milo, cosa que tal vez habría sonado en mis oídos como un lugar común incapaz de halagar mi vanidad; lo de las píldoras de Ross gritado desde la copa del mamón, me pareció encantador y muy sincero.

Y para recompensar a Perucho de su oportuna galantería, ladeada la cabeza, con la vista hacia lo alto, por entre ramas y hojas le miré largamente, y luego, iluminando mi expresión con una sonrisa que yo juzgué ser la más sugestiva de mi repertorio, le pregunté cariñosa:

—¿Sí? . . .

Y allá en la altura, tan claro se reflejó en el rostro de Perucho el efecto producido por la sonrisa y por la voz de mi pregunta que pensé inmediatamente:

—¡Así hablaré y así sonreiré a Gabriel cuando lo vea!

Después eché de un golpe al agua el verde racimo de frutas que llevó la corriente; me recosté en la piedra, y comencé a soñar mirando caminar el río.

Como si hubiese tenido la influencia de esas drogas, alucinantes y embriagadoras, el diálogo cortísimo, sostenido con Perucho, despertó en mí el recuerdo de Gabriel tan vivo y tan violento, que lo sentí moverse en el río, en los árboles, en los pájaros, en Perucho, y en todo aquello que se movía y que me rodeaba; lo sentí después dentro de mí, y lo sentí tan hondamente, que tuve la fantasía de escribirle allí mismo, una carta sincera y estrafalaria en donde le contase toda la alegría y todo el suplicio de mi amor . . .

Y elevé de nuevo la cabeza, volví a mirar a la altura, con mis dos manos formando bocina llamé a Perucho, y lo mismo que él había gritado unos minutos antes, le grité yo a él:

—¡Oye Peruchito! ¡Bájate un momento de esa mata, ve donde los caballos, saca de la silla del mío un libro que tiene adentro lápiz y papel, y me lo traes, que quiero escribir una carta!

Cuando regresó con el libro y el recado de escribir, le recomendé en una amable súplica:

—Ahora te quedas quieto, y no me llames porque me molestarías. Yo no puedo escribir cuando me hablan.

Y sobre la piedra del río, con el libro por cartera, y mis rodillas por escritorio, limando de tiempo en tiempo en una peña vecina la punta de mi lápiz cuando se hacía muy roma, mientras duró la luz del día estuve escribiendo, y escribí febrilmente esta carta, que tiene la loca sinceridad de todas las ardientes y silenciosas cartas de amor que nunca se envían. En ella retraté la suave verdad de la naturaleza que me rodeaba, y dentro de la verdad de la naturaleza, también retraté la verdad de mi alma, con el puro impudor con que nos retrata el agua, y con la fresca desnudez de aquellas piedras que estaban tomando a mi vista su eterno y rumoroso baño de río.

Y es así más o menos como dice la carta que escribí aquella tarde sentada sobre la peña y con mis rodillas de escritorio:

«Gabriel:

Yo te quiero, porque un día me dijiste con palabras que tú me querías. Te quiero, porque antes de decírmelo con la claridad de las palabras, me lo habías dicho ya con la claridad de tus ojos que son para mi alma las dos lámparas siempre encendidas que titilan a lo lejos en su noche. Te quiero, porque tu recuerdo está cerrado dentro de mi memoria, y ella lo guarda en silencio con la sumisión fragante y muda con que el cofre de sándalo guarda la joya. Te quiero, porque vives y te mueves en mí, tan animado y tan hermoso como si yo fuera el espejo inmóvil y tú fueras la viva imagen que en él se asoma y se contempla. Te quiero, porque mi alma se ha asomado también sobre la tuya, y al mirarse a sí misma, se ha estremecido de sorpresa como la cordillera sedienta que por primera vez mira blanquear su vellón en el remanso.

Gabriel: Tu amor se ha venido conmigo, y es en tu ausencia el pajarillo cantor que viaja prisionero dentro de su jaula, brinca bullicioso en la estrechez de los barrotes y canta en sus gorjeos: ¡Ah! ¡si viniera algún día la mano poderosa que me abriera la jaula!

Tu amor, Gabriel, se ha venido conmigo, se ha traído al destierro toda su cosecha de rosas, ha tejido con ellas una blanca guirnalda, y la tiene clavada en mi corazón con los mil clavos agudos de sus espinas. Las espinas se han teñido de sangre, y mi corazón las bendice, las acoge en su blando regazo, y bajo los mil aguijones, dolorido y embriagado de perfume, se ha quedado inmóvil, no fueran a deshojarse las rosas.

Gabriel: con la aureola de tu amor sobre la frente, caminando por la aridez de mi camino, te miré venir hacia mí, y tú eres desde entonces el dulce Mesías de mi alma. Las huellas de tus sandalias al pisar sobre el polvo, me han trazado una senda de esperanza, y corro por la senda en pos de ti; voy rendida y sedienta, pero voy animosa, porque pienso en las delicias del vino de Caná, y espero saciar mi hambre en la abundancia milagrosa de los peces y los panes.

Tú eres el dulce Mesías de mi alma, Gabriel, y tu amor es el agua del Jordán que me ha redimido para siempre de las prisiones del Limbo. En la abstinencia y en la soledad de mi desierto, yo bendigo tus dos manos tan generosas y tan buenas como las manos de Jesús porque ellas se extendieron un día sobre mi frente, y abrieron a la vida estos dos ojos que estaban cerrados y a oscuras como los ojos del ciego de nacimiento.

Tú eres dulce Mesías de mi alma, Gabriel, y yo bendigo la misericordia de tus pies que te trajeron a mí. Como los pies ungidos de Jesús le llevaron a la casa de Jairo, así también los tuyos te entraron a la casa de mi alma, la hallaste pálida y dormida en el blanco sudario de su inocencia y también le dijiste: «¡Levántate!» Pero tú, Gabriel, no has tenido para el milagro la piedad generosa de Jesús, porque a mis ojos abiertos les has quitado el sol que ellos anhelan, y a mi alma despierta la has dejado sola y encerrada en su casa.

Gabriel: Tu amor se ha desposado con mi alma, vive junto a ella y con ella se agita a todas horas en la prisión de mi cuerpo. Cuando acerco mis dedos a las sienas escucho el revoltoso aleteo de tu amor dentro de mí, y como el pájaro prisionero a quien dejaron abierta la puertecilla de su jaula, lo siento posarse muchas veces en la puertecilla abierta de mis ojos, oigo el rasguear de sus alas en el aire, y un segundo después lo miro volar arrogante y feliz por la libertad del campo.

Sí, Gabriel; cuando estoy sentada en mi peña del río desde la cual te escribo ahora, tu amor revolotea a mi alrededor por todas partes. Es él quien canta para mí la canción del agua sobre las piedras; él quien corriendo a toda prisa se lleva el río de la mano, en una carrera loca, llena de tropezones; él quien le pone al agua esos labios frescos y turbadores que algunas veces se suben a la peña para besarme furtivamente los pies, y a su contacto mi cuerpo entero se estremece de sorpresa y de placer; él quien se arregla tan lindo y con su sombrero de paja lleno de flores, se asoma en el pozo, me saluda, y me remeda tan gracioso, cuando yo, sedienta de mirarlo, me inclino sobre el río para buscarlo en el agua; es él quien se sube a las matas, y me llama desde arriba cabeceándose en las ramas; él quien se sienta entre las dos alas de la brisa

para besarme los ojos y acariciarme los cabellos cuando volando sobre la alegría de mi caballo a la hora del crepúsculo vuelvo a la casa; es él quien se esconde por las oscuras encrucijadas, y con la voz del eco me contesta si yo lo imploro a gritos desde la hondonada de los cañotes; y es él quien se viste de negro, se asoma a los ojos de mi primo Perucho, y animado y brillante, me llama y me hace señas de amor, como la madre a su niño, para que yo le sonría.

Gabriel: Sentada en la peña del río te escribo hoy porque quiero contarte que sobre la blanca belleza de mi cuerpo he visto florecer de pronto la inmensa abundancia de la Primavera. Agobiada de flores, con el regalo de mi amor entre los brazos yo te espero impaciente noche y día, y en la esperanza de mi espera, soy en tu ausencia, como un oasis perdido en la mitad de un desierto.

Junto al borde del camino, con mi regalo de amor entre los brazos, te espero Gabriel todos los días, y mi amor al presentirte abre sus ojos, brinca de alegría y quiere salirse de mis brazos para correr a tu encuentro, como el cabritillo travieso que ha escuchado a lo lejos la esquila de su madre.

Gabriel: te escribo porque no puedo ya más con la carga de mi secreto, y para que vengas a llevarla conmigo quiero decirte que tu amor es para mí la hermosísima canción de un Cantar de mis Cantares . . . Tu boca que es tan sabia y tan gloriosa como la boca de Salomón, se acerca muchas veces junto a mí, me roza los oídos con su aliento, y me lo canta muy bajo para que yo lo escuche y nadie más pueda oírlo.

Como la Sulamita, Gabriel, yo también tengo aprendidas las palabras del Cantar, y como ella te llamo a todas horas en mi soledad y en mi canción te digo: «Cuando el día refresque y las sombras descendan, vuelve, vuelve, Amado mío. Hermoso mío, como las corzas y los gamos en el monte de Betel» . . . Pero tú no me escuchas, Gabriel; la voz que canta mi cantar se ha perdido muchas veces en la oscuridad de la noche y porque quiero levantarla más y más hasta que llegue a la cumbre de tus oídos, te la envío volando presa entre las alas de esta carta.

Gabriel: en el desierto abrasador de tu ausencia, eres tú mi glorioso Salomón; y yo soy tu rendida Sulamita. Tendida estoy sobre el ardor de la arena, y cubierta con mis joyas y abrasada por la sed, vigilo atentamente el horizonte, porque yo quiero ser la primera en ver lucir a lo lejos el brillo de tu palanquín, mi triunfante Salomón.

Yo soy tu amorosa Sulamita, Gabriel, y para la fiesta del amor con que te aguardo, he vestido ya mi lindo cuerpo con la pompa de la desposada en el palacio del Rey.

Y soy tu doliente Sulamita, Gabriel, y para el suplicio resignado de la espera, he vestido también mi callado tormento con la humildad dolorosa de la hierba que por las noches va pisando mi caballo en su carrera.

Gabriel: Con la pompa de la desposada y con la humildad de la hierba yo soy tu Sulamita y te espero noche y día, mi glorioso Salomón. Oye, oye

bien esta voz que te llama en mi carta, amado mío, hermoso mío, baja a toda prisa como las corzas y los gamos del monte de Betel, y ven, ven a enseñar con tu boca, al silencio de la mía, la hermosísima canción del Cantar de tus Cantares!»

.....  
Y una vez terminada tan estrambótica carta, me quedé un largo rato inmóvil sobre la peña. La falta de luz me impedía leer lo escrito, y comencé a repasarlo con la memoria, mientras que con los ojos veía parpadear los cocuyos y brillar de trecho en trecho la cinta bruñida del río. Unida a mi quietud y a mi silencio, la oscuridad poco a poco se fue haciendo más densa, hasta que al fin, se mezcló con las piedras, se fundió completamente con el agua, me estrechó más de cerca; se abrazó conmigo; y yo sentí en mis brazos no sé si un frío que parecía miedo o si un miedo delicioso y cosquilleante que parecía frío. Por un instante, me creí enteramente sola con la oscuridad, y tuve un gran sobresalto, cuando cerca de mí la voz de Perucho dijo:

—¿Y cuándo nos vamos por fin, María Eugenia?

Al oírle recogí con avaricia y con susto los tres pliegos escritos que blanqueaban sobre mi falda como tres claridades de luna; los escondí en mi seno; de la mano de Perucho saltando de piedra en piedra atravesé un pedazo de río, y los dos juntos nos fuimos en seguida a tomar los caballos, que piafaban impacientes bajo la noche profunda del matapalo.

Ya en la casa, durante la comida, mientras todos hablaban yo no decía una sola palabra: con la mano apoyada en el pecho, hacía crujir en secreto, contra la piel de mi seno, los tres pliegos escritos. Abstraída en lo más hondo de mí, los contemplaba abiertos sobre mi alma, y los leía mentalmente. Me sentía feliz, aislada de todos, y en la sola compañía de mi carta. Estaba orgullosa por haberla escrito; orgullosa por haberme atrevido a escribirla, y pensaba con ansiedad y alegría en el efecto que iba a producir su lectura.

Pero un pequeño incidente de la conversación, no sé si por desgracia o por suerte, vino a sacarme de mi lírico ambiente al colocarme de golpe en un punto de vista absolutamente contrario al exaltado idealismo que había dictado mi carta.

Y fue que Perucho, quien, contra mi parecer, suele comentar en la mesa las peripecias de nuestras excursiones, se puso a referir lo acontecido en la tarde y dijo con un entusiasmo romántico, cuyo verdadero sentido casi nadie interpretó:

—María Eugenia hoy se prendió en el sombrero una rama de trinitaria que yo mismo le corté con mi machete al pasar a caballo por la enredadera del trapiche viejo. Con el sombrero llenito de flores se sentó sobre un peñón muy grande que está dentro del río, más arriba de la toma, y se puso a escri-

bir una carta. Yo estaba montado en el copo del mamón, de donde se abarca un pedazo grande de río, y ella, sentada en el medio del agua, escribiendo en la peña parecía desde arriba como cosa de cuadro. ¡Si yo supiera pintar, María Eugenia, me subiría con pinceles y todo al copo del mamón y te hacía un cuadro así! . . .

Y fue tan vehemente el entusiasmo descriptivo de Perucho, que los ojos de María Antonia, enormes y brillantísimos, lo miraron un instante y sin que me quepa ni asomo de duda, comentaron indignados el proyecto del cuadro con esta breve apreciación:

—¡¡Imbécil!!

Luego, los mismos ojos, enormes y brillantes, se fijaron junto a ellos en tío Eduardo, y dijeron, ayudados ahora por una fingida media voz que se oyó perfectamente:

—Comprendo que se vayan solos a pasear aunque acaben con las bestias, y destrocen las sillas y los aparejos de montar; pero que se bajen de los caballos, y se queden de su cuenta en el río la tarde entera, me parece sumamente impropio y no me explico cómo tú lo permites. ¿Qué necesidad hay de ir a escribir cartas a la toma? ¡Creo que aquí, en la casa, tenemos mesas y escritorios de sobra!

Y como tío Eduardo no podía contestar nada, porque en aquel instante estaba comiendo y tenía la boca llena, María Antonia, impaciente, se dirigió a Perucho, y le dijo, esta vez en tono claro y tonante:

—¡No es posible que continúes en esa ociosidad, Pedro José! No piensas sino en andar suelto como un bandido por esos campos. ¡No estudias, no haces nada! . . . Ya que tanto te gusta subirte a los árboles, ensillar los caballos, y hacer oficios de peón, mañana por la tarde vas a ayudarme a poner un alambrado nuevo en el corral de las gallinas. El que tienen está roto y de noche se meten los rabopelados.

Tía Clara objetó:

—No son los rabopelados los que se llevan las gallinas; estoy casi segura de que es gente que viene de noche y se las roba! ¡Me parece un gasto inútil cambiar el alambrado del gallinero!

Y mientras tanto, en el extremo opuesto de la mesa, Abuelita, que no oía la conversación del otro extremo, comentó la descripción de Perucho, diciendo muy alarmada:

—¡Pero, María Eugenia, mi hija, qué extravagancia! ¿Por qué has de ir a la toma a escribir cartas? ¿Tú no sabes que el río está lleno de mosquitos malignos? ¡Puedes coger una fiebre! ¡No vuelvas a hacerlo más! Cuando quieras escribir, escribe aquí, en la casa, como hacemos todos.

Yo no contesté ni una palabra, pero la carta que crujía aún bajo mi mano, escondida en el seno, profanada ya por el hálito de la realidad, acababa de expirar dentro de mi alma. Destruído el misterio quedó destruido el encanto atrevido del proyecto, y cuanto había escrito en la tarde, me pareció ahora completamente ridículo. Al conjuro de las palabras de María Antonia, tía

Clara y Abuelita, había huido de mí el espíritu de Don Quijote, y por lo visto, ya no tenía sino a Sancho, sentado en un extremo de mi alma, burlándose con razón de tan disparatada carta.

Desde mi decepción, en medio de tanta ruina, miré a Perucho con intenciones de hacerle un reproche, pero como yo, él tampoco hablaba ya, ni me veía. Había comprendido su indiscreción, y mortificado, con la cabeza baja, se ocupaba de hacer dibujos sobre el mantel, apoyando de plano los cuatro dientes de su tenedor.

No bien terminó la comida, di a todos las buenas noches y me retiré a mi cuarto. Una vez en él, tomé de mi seno los tres pliegos borroneados con lápiz, y los abrí dentro del círculo íntimo y familiar, que todas las noches me dibuja la lámpara en la mesa. Vi que las palabras de mi carta se alineaban indecisas y mal escritas sobre las rayas derechas del papel, me pareció que estaban torcidas, porque iban agobiadas de extravagancia, y consideradas así, en la claridad de la luz física, me resultaron mil veces más ridículas de lo que me habían parecido antes, en la comida, vistas y juzgadas bajo la luz incierta de la imaginación . . . Con los pliegos arrugados, tendidos bajo mis ojos que ya no los miraban, me quedé reflexionando mucho rato . . . ¡Qué idea había tenido de escribir semejante carta! . . . ¡Ah! ¡qué habría dicho Gabriel si hubiera cometido la locura de enviársela! . . . Sin duda ninguna le habría parecido absurda, atrevida, «impropia» para usar la palabra clásica de María Antonia. ¡Sí! . . . sobre todo aquella idea pretenciosa y ridícula de compararme con la Sulamita . . . ¡Ni se acordaría ya Gabriel del Cantar de los Cantares! . . .

Y formuladas dichas consideraciones, inmóvil, con los codos apoyados en la mesa, volví a contemplar un rato aquellos borroneados pliegos, hasta que al fin, por rebeldes contra las leyes que rigen toda carta, por indiscretos, y por extravagantes, los sentencí a los tres a convertirse en montón de pedacitos ilegibles para quemarlos luego en una pira, como a obra de insurrección y de herejía. Pero en el instante mismo de rasgarlos, me acordé del amor con que los había escrito dos horas antes, y les revoqué la sentencia . . . Me bastó el arrugarlos con gran fuerza entre las manos, hasta hacer de ellos una bola de papel, y convertidos así, en el símbolo incierto de mi propio destino, los eché a rodar a lo más hondo de la honda gaveta de mi mesa. Luego cerré la gaveta, y en el secreto rincón de una repisa, escondí la llave . . .

Pero no en balde se ha dicho que el espíritu aventurero de Don Quijote es inmortal, y es tenaz el eterno renacer de la vida.

Y fue que una hora después, ya en mi cama, apagada la luz y cerrados los ojos, me parecía sentir aún en los oídos aquellas acertadas palabras llenas de positivismo, que tan a tiempo me habían despertado a la sana verdad de las cosas: «¿Qué necesidad hay de ir a escribir cartas a la toma?» . . . «Vas a ayudarme a poner un alambrado nuevo en el corral de las gallinas» . . . «Me parece un gasto inútil cambiar el alambrado del gallinero» . . . «El río está lleno de mosquitos malignos, cuando quieras escribir, escribe aquí, en la casa, como hacemos todos» . . . Y sin embargo, mientras mi imaginación se ocupaba



en reproducir tan sensatas y prudentes expresiones, en lo más elevado de mi alma, algo apaleado y maltrecho, pero siempre animoso, apareció de nuevo el espíritu emprendedor de Don Quijote. Y por lo visto, de la lucha sostenida por él contra las sensatas expresiones, resultó lo siguiente:

Por una parte, acepté completamente el principio indiscutible de que una señorita que se respeta a sí misma no tiene el derecho de dirigir cartas a un hombre que no es su padre, su hermano, su marido ni su novio. Que la idea de escribir semejante carta, no se me había ocurrido sentada en una silla, delante de una mesa de caoba y frente a una pared encalada, sino que se me había ocurrido en el río, bajo los árboles y el cielo, razón por la cual debería haber rechazado inmediatamente esta idea, descabelladísima, como casi todas las cosas que nos insinúa la naturaleza, que es profundamente inmoral, puesto que desdeña las más elementales conveniencias, y se burla a todas horas de los sanos principios sociales. Aceptadas tan cuerdas razones, mi buen juicio se regocijó muchísimo, y mi conciencia respiró satisfecha.

Pero, por otro lado, este espíritu andante que llevamos todos dentro del alma, se erguía tentador y me decía al oído: «¿Cómo es posible que renuncies a tu amor?» . . . «¿No ves tú que al saber que lo quieres, Gabriel que te adora, dejará todo por ti?» . . . «Tal vez sea el río quien tenga razón: ¡mira que es la locura madre de lo sublime!».

Hasta que por fin, de semejante controversia, logré sacar en claro que el mal de las cosas no está en su fondo, sino en su forma, y que por lo visto todo pecado es un cuerpo anguloso, velludo, y deforme, que puede resultar muy hermoso y lleno de dignidad si se le sabe revestir de un traje adecuado. Resolví, pues, cambiar las apariencias de mi proyecto que resultaba «impropio» y ridículo en su traje de carta, y determiné encerrarlo en un traje de versos, los cuales haría llegar indirectamente a manos de Gabriel. De esta manera, diciendo en sustancia lo mismo que decía la carta, mis ideas no correrían los riesgos de faltar a las conveniencias ni de caer en el ridículo.

Casualmente, la víspera en la tarde había terminado de leer las obras de Shakespeare, y tenía decidido devolvérselas a Gabriel, porque no era seguro que me las hubiese ofrecido de regalo. Como en el fondo yo creo poseer ciertas disposiciones poéticas, me gusta hacer versos y los hago de tiempo en tiempo, aunque jamás los haya mostrado a nadie; la otra noche en mi cama, abandonada la idea de la carta, ya dispuesta a convertirla en poesía, me dije con entusiasmo de amante y de artista, que puliendo y trabajando mucho podría tal vez describir mi amor, describiendo el amor de alguna triste heroína de Shakespeare, y que solamente así, en un intencionado comentario escrito al margen de un drama, era como podía mostrar a Gabriel, la verdad entera de mi alma. Semejante proyecto fue tomando calor, hasta encender completamente mi optimismo. Encontré deliciosa la idea de devolver el libro con mi verso escondido en él. Era como si mandase a Gabriel, velado y tembloroso, el tímido regalo de mí misma. Entre mis planes estaba el poner

a Mercedes en el secreto, a fin de que ella, con aquel tacto suyo tan exquisito y tan sabio, advirtiera a Gabriel de la sorpresa.

Y dando vueltas y más vueltas en la cama, después de mucho escoger, decidí ocultarme tras la imagen de una Julieta que asomada a su balcón, espesase indefinidamente la cita de un Romeo que no llega. En la oscuridad, rimando sobre las sábanas con la punta de los dedos, empecé a contar las sílabas de los cuartetos hasta que en plena fiebre de inspiración, me levanté de la cama, me envolví en mi kimono, encendí mi lámpara, y luego de mucho borrar y mucho cambiar, hacia las altas horas de la madrugada, tenía hecho este soneto:

«EL BALCÓN DE JULIETA»

*¡Qué larga es ya mi espera! . . . En la noche sombría  
De mi sed infinita, sobre el camino oteo  
Por ver si antes que alumbre su luz el nuevo día  
En mi balcón florece tu escala, mi Romeo.*

*Pero ¡nada! . . . no llegas, y en mi melancolía  
Sangrando entre las sombras, tu sombra es lo que veo.  
¿Qué Teobaldo te ha herido? . . . ¿Quién cortó la alegría  
De tus alas abiertas, amor de mi Romeo?*

*Ya la Luna, la sabia, con su advertencia fría,  
Me has dicho compasiva: «¡No esperes a los muertos!» . . .  
Pero no he de cerrar mi balcón todavía.*

*Te aguardaré hasta el alba, y ya el alba encendida  
Buscaré tu cadáver, y entre sus labios yertos  
con mi boca en tu boca, encenderé tu vida . . .*

Terminado el soneto, lo copié con letra visible al final del «Romeo y Julieta» y volví a acostarme.

Al día siguiente, muy de mañana, hice un paquete con los libros de Shakespeare, puse encima de todos el volumen que más me interesaba y lo remití directamente a Gabriel. Luego, escribí una carta confidencial a Mercedes, donde le explicaba mi proyecto, y le insinuaba que me ayudara en él. No bien recibió la carta, Mercedes me llamó por teléfono y en la conversación me dijo:

—Gabriel no está en Caracas, *ma chérie* . . . ¿Por qué le devolviste esos libros? . . . ¡Si te los había mandado de regalo! . . . Estoy cierta, certísima, porque él mismo me lo dijo . . . Y dime: ¿tienes mucho interés en que le hable de ese comentario tuyo? . . .

Yo no sé lo que contesté, ni lo que dije luego, sólo recuerdo que un rato después de haber dejado el teléfono, me sentía agobiada por una extraña pesadumbre, avergonzada de haber escrito comentario ninguno; rotas todas mis esperanzas; humillada, tristísima . . . Recordé que Mercedes, siempre tan

insinuante, hacía dos o tres días ya, que al hablar por teléfono, evadía el nombrar a Gabriel . . . Aquel silencio suyo me había irritado hasta entonces, pero ahora . . . ahora . . . en mi horrible pesimismo me parecía comprender . . .

Y fue tan intensa la decepción que experimenté luego de hablar a Mercedes, me sentí tan agobiada y tan sola, que caminando al azar sin saber adónde iba, llegué hasta el borde del estanque, me acosté sobre la hierba a la sombra de los sauces llorones, pensé con envidia en el silencio eterno de los cementerios y fingiéndome muerta, inmóvil bajo los sauces, con pañuelos de sombra y de sol sobre los ojos, me lloré un largo rato a mí misma . . .

## CAPITULO VI

*Un aguacero, una carta, y una tarde viajera, que cual un camino,  
se desliza, serpentea y se pierde en el pasado.*

HOY HA LLOVIDO, ha llovido con mucha algazara de gotas, un gran aguacero corto de verano. El aguacero ha pasado ya, el campo sediento se ha bebido toda el agua, y ahora, con su inmenso perfume de tierra mojada, parece dar gracias al cielo entonando las alabanzas del Señor, en este perfume, que se levanta majestuoso hacia las nubes, trepa a todos los montes, y danza alegremente sobre todos los átomos como en uno de aquellos regocijados salmos del salterio de David.

No he podido salir hoy de paseo debido a esta lluvia que lo ha mojado todo. Estoy sola en mi cuarto. A través de la ventana abierta, por entre los calados de la rama de acacia, miro el paisaje, contemplo el favor del cielo en el agua caída sobre el campo, siento en el olfato esta alegría inmensa de la tierra agradecida, y sin envidia ni maldad ninguna, desde mi tristeza, desde esta sequía de mi alma donde no ha llovido aún, canto yo también la alegría del agua, como en el horno encendido cantaron su gran himno de alabanza los tres jóvenes cautivos del Cántico de Daniel:

«Aguas todas que estáis sobre los cielos, fuentes, mares y ríos, rocíos y escarchas, hielos y nieves: ¡benedicid al Señor!».

¡Ah!, ¡pero el cielo implacable no derrama, no, sobre este ardor de mi espíritu, aquel rocío bienhechor que penetró hasta el horno de los tres cautivos, y este horno candente de mi duda seguirá abrasándome noche y día, sin tener compasión, ni tener tregua! . . .

Hoy en la mañana recibí carta de Cristina Iturbe. Aquí está todavía sobre la mesa, junto al sobre rasgado, tal y como la dejé, después de haberla leído. Es la desgana y tardía contestación a mi pobre carta-protocolo. Está escrita en un papel gris, timbrado en oro, oloroso a sándalo, surcado derechísima-

mente como un pentagrama por aquella letra firme y puntiaguda de Cristina. Todo ello muy elegante, muy correcto, y horriblemente doloroso en su inconsciencia y en su trivialidad.

Ahora, como en la mañana, mirando la hoja gris junto al sobre rasgado, he vuelto de nuevo a interrogarla con las mudas interrogaciones de mis ojos: «¿Por qué no te perdiste en su camino? . . . ¿Por qué no has tenido para mí la piedad de tu silencio? . . .». Y es que de todas las contriciones, la más perfecta y absoluta, la que más incita al propósito de la enmienda, es esta contrición, este gran arrepentimiento de haber hecho una íntima confidencia sincera que no ha sido comprendida; este pesar del corazón mendigo a quien se le responde: «¡Hoy no; vuelve otro día» . . . ¡Ah! ¡qué traición a sí mismo; qué irreparable imprudencia; que sentimiento de pudor ante la propia desnudez del alma, son estas confidencias y estos secretos que al decirse, rebotan en los oídos amigos y vuelven a caer sobre nosotros, deshechos en lluvia de decepciones! . . .

A mi larga carta, tan íntima, tan mía, Cristina contesta apenas . . .

Esboza unas cuantas frases alusivas a mis conflictos y desilusiones, frases festivas del más horrible gusto; y por fin, en cuatro palabras termina anunciándome un matrimonio. Para ello alardea de alegría, de felicidad, de amor compartido, en un tono de advenedizo que trata de deslumbrar a todos con el aparato de su nueva dicha:

« . . . No puedes imaginarte lo feliz que soy. Mi novio es guapísimo; me adora y sólo vivimos el uno para el otro. Al casarnos, sacaremos el título de condes que a él le pertenece.

Papá me dota a mí con doscientos mil duros. Nos regala además un hotelito en San Sebastián y el automóvil que queramos escoger . . . ».

¡Ah! ¡Cristina, Cristina, yo no te contesté así, cuando en el convento, bajo el olmo del jardín, con tu cesta de la merienda al brazo me hiciste aquella triste confidencia! . . . ¡Y cómo la recuerdo ahora, aquí, ante mi mesa, ante el velorio de tu carta, y ante la faz mojada de esta tarde de lluvia! . . .

Mi gran intimidad con Cristina de Iturbe, aquella suave intimidad que está tendida hoy en el cadáver de esa carta gris; aquel cariño intenso, tierra y sol de mi infancia, tuvo por base dos cosas: primero, una gran admiración, y luego, un gran secreto compartido . . . Sobre el cristal de la tarde mojada, nítidamente, como en un espejo, recuerdo a Cristina, recuerdo su voz; recuerdo sus ojos azules; recuerdo su gran lazo de moaré erguido en lo alto de su cabeza y me parece revivir aquella otra tarde nebulosa y fría de invierno europeo, cuando merendando juntas, bajo el olmo del convento, con las dos cestitas de la merienda al brazo, me hizo en un instante su más íntima amiga, al hacerme su más íntima confidencia. Y es que la aureola del misterio es una santidad y es una aristocracia. ¡Cómo atrae! ¡Cómo se impone y cómo reina eternamente si la penumbra sugestiva que es su imperio no llega nunca a desvanecerse por completo! . . .

... ¡Sí! ... resumida en aquel misterio lejano, sobre el cristal de la tarde: ¡qué bien la siento pasar hoy toda mi infancia!

Yo acababa de cumplir los ocho años cuando ingresé de interna en el colegio del Sagrado Corazón. Hasta entonces el estudio me había aburrido espantosamente. Durante los dos primeros años de nuestra permanencia en Europa, es decir, entre mis seis y mis ocho años, Papá cambió sin cesar mis ayas o institutrices. Las tuve inglesas y francesas; altas y bajas; bonitas y feas; viejas y jóvenes. Todas me parecían agradables y simpáticas mientras se tratara de ir a pasear por los Campos Elíseos. Todas me resultaban importunas, odiosas, y llenas de crueldad, cuando se sentaban frente a mí en la mesa de estudio y por el espacio de horas, que parecían años, decían las cosas más aburridas del mundo, mientras fijaban en mis pobres ojos tímidos las dos fulgurantes linternas de los suyos, que, a mayor abundamiento, solían estar duplicados por los brillantes cristales de unos anteojos. Aquello era horrible, obsesionante, me turbaba el sueño, me amargaba la vida, y cuando por la calle meditaba sobre el particular, veía con envidia la suerte de los adoquines, los árboles, y los postes que vivían al aire libre, viendo pasar la gente, sin tener institutriz, ni mesa de estudio.

Papá solía decir varias veces en el espacio de una misma semana, estos o parecidos conceptos:

—María Eugenia, hija mía, eres una muchachita muy ignorante; todavía no sabes leer. Mira, Paulina, la chiquita de la portera, tiene tu misma edad y ya conoce la tabla de multiplicar. Pero tú no sabes jota. Tu ignorancia es absoluta y me avergüenza.

Pero yo no me avergonzaba de nada. Me había familiarizado tanto con aquellas apreciaciones de Papá, que cuando decía: «Tu ignorancia me avergüenza» para mis oídos, mi inteligencia, y mi amor propio, era exactamente lo mismo que si hubiese dicho: «Los francos han bajado»; «Mistinguett tiene en efecto una maravilla de piernas» o «El desarme universal es una utopía». Todas estas frases pertenecientes a su repertorio, me parecían igualmente despreciables y huecas de sentido. ¡«Ignorancia»! ... ¿Qué importaba ser ignorante, mientras tuviese boca para comer dulces, pies para ir de paseo, y sobre todo, ojos para mirar el Guíñol de los Campos Elíseos, el elefante del jardín de aclimatación y las vidrieras de las tiendas? ...

Mis institutrices al hablar con Papá solían hacer de mí este juicio crítico:

—*Monsieur, elle n'est pas bête, mais il n'y a pas moyen de la faire étudier.*

Otras por el contrario, me desahuciaban enteramente al enunciarle en forma discreta y compasiva, entre un «¡Hélas!» y un suspiro, mi falta absoluta de inteligencia.

Pero ambos pareceres me dejaban igualmente indiferente, porque tanto la palabra «ignorancia» como la palabra «inteligencia» encerraban en mi opinión conceptos vagos, aburridos e inútiles a los cuales no les concedí jamás la menor importancia.

Pero no en balde se ha dicho que los días se suceden sin parecerse. Y así fue

cómo, en apoyo de este aforismo, y cuando menos lo esperaba, un pequeño incidente, completamente trivial en apariencia, bastó y sobró para torcer el rumbo de mi opinión y el curso monótono de mis días, al colocarme de golpe, brusca e inesperadamente en plena existencia nueva.

Ocurrió así:

Era un calurosísimo mediodía de verano. Yo me hallaba sentada ante la mesa de estudio dando clase con Miss Pitkin, mi última institutriz de la serie. Miss Pitkin era inglesa y naturalmente usaba lentes. Como de costumbre, en aquella hora de la clase, se hallaba instalada frente a mí y por consiguiente frente al balcón, que a mi espalda se abría de par en par sobre la copa verde y frondosísima de uno de los árboles de la avenida, copa cuyas hojas, agitadas por la brisa, solían estremecerse ligeramente, o balancearse majestuosas, según las circunstancias, allí mismo tras la calada baranda de nuestro balcón. Pero desgraciadamente, aquel día el árbol estaba inmóvil porque la calma era absoluta y Miss Pitkin que, como yo, tenía muchísimo calor, se hallaba impaciente y engolfada en un discurso que siendo horriblemente complicado, era a la vez, horriblemente monótono. Se trataba de explicar el orden jerárquico e inalterable mediante el cual deben escribirse en rínglera vertical varias cantidades antes de trazar una raya horizontal, y reunir por fin bajo la raya, las diversas cantidades en una sola, realizando de este modo, la sintética e ingeniosa operación llamada suma. Pero, según parece, el calor no es un ambiente muy adecuado para el florecimiento de la ciencia; y Miss Pitkin, roja, sudorosa, dilatando muchísimo detrás de los lentes sus pupilas verdes y miopes, se veía obligada a repetir sin cesar:

—Las centenas se escriben en la columna de las centenas; las decenas en la columna de las decenas; las unidades en la columna de las unidades; y luego viene la coma caso de que fueran a sumarse decimales . . . Así, pues, si yo tengo una manzana, y luego me dan diez, y luego me dan cien . . .

—¡Ah! ¡cien manzanas!—. Me di a pensar al punto, inmóvil frente a Miss Pitkin, con mis dos manecitas sudorosas abiertas sobre la falda. ¡Qué delicia tan grande comerse cien manzanas, unas tras otra en medio del gran bochorno, y al momento, sí, allí mismo, sobre aquella horrible mesa, eternamente aburrida y desierta, donde ni siquiera se podía apoyar los codos! . . . ¡Ah! ¡las manzanas! ¡las manzanas! ¡qué buenas! ¡Sobre todo si en lugar de ser de las encarnadas eran de esas otras que siendo verdes, son jugosas, grandes y algo ácidas! . . .

Y mientras así pensaba, fijaba muchísimo mis ojos en los ojos claros de Miss Pitkin, a fin de demostrarle mi profundo interés por la aritmética. Pero sucedió que en un momento dado, cuando más engolfadas nos hallábamos las dos en el tema imaginario de las manzanas, yo descubrí de pronto que allá, en el luminoso cristal izquierdo de los lentes de Miss Pitkin se retrataba diminuta, redonda, verde, y completamente inmóvil en su nimbo de luz, aquella copa de árbol que a mi espalda tras el abierto balcón acostumbraba mecerse cadenciosamente agitada por la brisa de la calle. Y ¡camino misterioso del destino! . . . la visión física del árbol, retratada en el cristal izquierdo de las lentes de Miss Pitkin, unida a la visión mental de las manzanas sugeridas en mi imaginación, bastó

para desviar por completo el curso monótono de mis días, reformar mi opinión, modificar mis gustos, y cambiar en general todo el código de mis principios personales. Situada como estaba ante Miss Pitkin y ante la imagen risueña del árbol y las frutas, sentí crecer bruscamente en mi alma, un deseo vehementísimo de frescura, indolencia y libertad campesinas, pero disfrutadas en plena independencia, lejos, lejísimos, adonde no llegase ni por asomos ninguna voz que dijese: Las centenas en la columna de las centenas . . . Y al punto mi pensamiento, como un pobre pajarito preso, comenzó a agitarse poco a poco en alas de sus deseos: revoloteó primero tímidamente; revoloteó luego con más brío; y por fin, emprendiendo un vuelo decidido hacia el pasado se perdió suavemente entre un bosque de recuerdos vagos, imprecisos, llenos de virgiliana y bucólica dulzura . . . con mi vista siempre fija en el árbol que se reflejaba en el cristal izquierdo recordé dulcemente con algo de fruición y con mucho de melancolía aquellos días lejanos pasados en San Nicolás, la hacienda de Venezuela, cuando sentada yo sobre la hierba, bajo los guayabos colgados de frutas, con mis manos libres, independientes, y completamente mías, jugaba con tierra durante horas y horas acompañada por mi amiga María del Carmen, la hijita de la cocinera. ¡Ah! ¡qué feliz era yo entonces y qué feliz debía ser aún María del Carmen! . . . Sí; ella seguiría probablemente sentada sobre la hierba, con las diez uñas de sus manos rebosantes de tierra, con las piernas cruzadas a la turca, y los pies frescos y alegres, metidos dentro de las alpargatas oscuras, en cuyos extremos continuarían asomándose siempre, como un par de sorpresas, aquellas dos yemas blancas de sus dedos pulgares! . . . Realmente, que después de todo, no merecía la pena el haber nacido blanca; con tirabuzones rubios; con labios rosados; con un papá rico; haberse embarcado una mañana en La Guaira, y haber navegado sin cesar durante más de quince días para llegar por fin a aquel resultado desastroso: un frío terrible o un calor asfixiante; la mesa de estudio; Miss Pitkin, y la aritmética . . . ¡Ah! ¿qué necesidad teníamos de haber salido nunca de la hacienda de Venezuela? . . . ¡Y qué feliz! sí; ¡qué inmensamente feliz sería aún María del Carmen! . . . Y por un instante me dí a evocar aquella cabeza amiga que pasaba la semana entera toda tejida y cruzada por un jeroglífico intrincadísimo de trenzas menuditas, las cuales se enlazaban atadas entre sí; y las cuales al llegar los domingos después del baño y del vestido limpio se resolvían generalmente como la suma de Miss Pitkin en una sola cantidad de pelo que era esponjadísimo y muy corto . . . Sí; al sentarse María del Carmen sobre la hierba los domingos en la mañana, desaparecidas ya las mil trenzitas menudas, su cabeza vista desde lejos, adquiriría un aspecto sumamente pintoresco. Era como un hongo enorme que hubiese florecido de pronto entre la hierba, al pie de los guayabos . . . ¿por qué . . . ¡ah! por qué, se esponjaría de aquel modo el pelo de María del Carmen cuando después del baño se lo peinaba suelto, los domingos, bajo su cinta colorada? . . .

Pero al llegar a este punto de mis amables divagaciones, ocurrió, que frente a mí, del lado allá de la mesa, la voz de Miss Pitkin había tomado ya esa inflexión agresiva y desagradabilísima que adquiere generalmente la voz de un profesor

cuando decide rematar con una breve pregunta una larga demostración. Y precisamente, mientras yo me interrogaba mentalmente: «¿Por qué se esponjaría de aquel modo el pelo de María del Carmen?», la voz de Miss Pitkin interrogaba imperativa e importuna:

—Veamos, pues: ¿si me dan una manzana; y luego me dan diez; y luego me dan cien; y luego me dan mil; en qué forma debo escribir estas cantidades antes de sumarlas juntas? . . .

Y para facilitar mi respuesta me tendió un lápiz; me tendió también el cuaderno de aritmética con un trozo de papel de borrador tendido en el centro, me clavó luego a través de los lentes sus ojos apremiantes y terribles como dos puñales y aguardó . . .

Yo me quedé callada durante unos segundos, pero luego dando muestras evidentes de tener mucho espíritu de observación, mucho método investigador, lógica, genio experimental, originalidad, y una gran independencia de criterio, dije sin tocar el cuaderno ni el lápiz que ella me tendía:

—Creo que el pelo de los negros se esponja, porque, de tanto estar al sol, el sol lo retuesta y lo encoge. Algunas veces yo he quemado en la vela de San Patricio una hebra de mi cabello y lo he visto retorcerse y quedar encogido lo mismo que un resorte. Estoy casi segura de una cosa: y es que si yo saliera a pasear siempre sin sombrero ¡también acabaría por tener el cabello esponjado!

Pero Miss Patkin, que, como la gran mayoría de las personas, tenía la mala costumbre de juzgar la vida absolutamente encastillada dentro de su punto de vista, no pudo apreciar mis facultades investigadoras, y en lugar de elogiarlas las despreció injustamente. Consideró mi teoría del pelo lanudo, con relación a sus manzanas, y naturalmente la encontró tan incoherente, tan absurda y tan irritante, que optó por no comentarla siquiera. Entregando todo su desdén a la elocuencia de la mímica, cerró con gran ímpetu el cuaderno de aritmética, puso con muchísima fuerza el lápiz sobre la mesa, exhaló por sus labios delgados bajo el vello sudoroso un sonoro resoplido, dijo con entonación inglesa:

—¡¡Ooooooooooh!! . . .

Y muy agitada, sin pronunciar una palabra más, se quitó los lentes, tomó su pañuelo de batista blanco orlado de azul claro, lo pasó dos o tres veces sobre cada uno de sus párpados cerrados, se enjugó después el sudor de la frente, del bozo, del cuello, de la barba, y por fin, nerviosa y alternativamente con el mismo pañuelo se puso a frotar ya el uno ya el otro de los vidrios gemelos de sus lentes.

Frente a ella, contemplando la actividad de sus dedos sobre el pañuelo y los vidrios, yo me quedé perpleja durante un rato. No estaba aún suficientemente familiarizada con la psicología sajona de Miss Pitkin, y no sabía a punto fijo cómo interpretar el sentido moral de su mímica. Aquel «¡Oooooooooo!», precedido del resoplido, lo mismo podía ser una protesta al calor asfixiante de la hora, como un estallido de indignación producido por mi descuido en no coger el lápiz y el cuaderno que ella me tendía; o quizás, más probablemente, podía ser también un nuevo sistema de reprobación aquella desobediencia de haber jugado



con fuego, quemando hebras de mi cabello en la vela que ella solía encender los domingos a San Patricio, el santo de su devoción.

No obstante, como tan equívoca situación se prolongase indefinidamente, yo pensé complacidísima que sin duda ninguna era llegada la hora de finalizar la clase, y como por otro lado, frente a mí, desnudos de lentes, los ojos vagos, mustios, verdes, y miopes de Miss Pitkin resultasen para los míos un espectáculo más bien triste y monótono, volví enteramente la espalda, y me di a contemplar tras la calada baranda del balcón, el árbol familiar y risueño, cuyas hojas, estremecidas de brisa, se meneaban por fin a impulsos de una racha pasajera, que desgraciadamente, era casi, casi, imperceptible.

Y aquella fue mi última clase con Miss Pitkin, porque al llegar la noche, y llegar la hora de la comida, ella me hizo comparecer en presencia de papá, y luego de declarar solemnemente mi incorregible desaplicación y vergonzosa percha, declaró su falta de paciencia o aptitud para corregirlas, y añadió que habiendo terminado ya el primer plazo de su contrato y habiendo sido llamada a Inglaterra por enfermedad de su madre, decidía abandonar definitivamente su puesto de institutriz en la casa.

Cuando Miss Pitkin hubo terminado de ventilar con papá sus cuentas y razones, salió ceremoniosamente de la habitación en que nos hallábamos los tres. Yo me quedé en un rincón, arrimada a una mesa, cohibida, tímida, asustadísima, esperando las amonestaciones y reprimendas que iban sin duda a serme administradas. Pero papá, que no acostumbraba a reprenderme nunca por nada ni por nadie, acostumbraba, en cambio, expresar en voz alta, delante de mí, todas sus impresiones personales sin importarle nada el que yo las comprendiese, aprobase o compartiese. Así fue que al salir Miss Pitkin y perderse en los confines del corredor el opaco martilleo de sus tacones chatos, por todo comentario papá dijo, con los ojos clavados en un prisma de la lámpara, mientras una vaga sonrisa misteriosa parecía flotar por sobre sus facciones:

—Siempre me figuré que Miss Pitkin tenía un amante, pero ahora no sé por qué, ya no me cabe duda ¡juraría que se va con él a Inglaterra!

Yo no conocía a punto fijo el significado de la palabra «amante», pero como por razones de analogía fonética, me recordase muchísimo la palabra «dámante» sin preguntar nada, ni atormentarme más mi pobre cabeza en resolver problemas, metiendo ahora mis sonrosados deditos entre los calados y molduras de la mesa, me figuré inmediatamente a Miss Pitkin vestida de viaje, con su maleta en la mano derecha, y con una riquísima joya prendida en el pecho, cuyas luces multicolores, al sumarse a las luces de sus lentes, envolvían todo su busto en un glorioso nimbo de reflejos. Y satisfecha, al contemplarla así, vuelta un ascua de luz, camino de Inglaterra, saludé su partida con una sonrisa de tranquilidad y alegría . . .

Pero a fin de cuentas, yo creo que Papá debía cojear también del mismo pie que cojeaba Miss Pitkin, y que a pesar de su buena voluntad y de su abnegación paternal, mi presencia, mi cuidado, mi educación, y mis institutrices eran cosas que al preocuparle de continuo le embargaban su libertad y le estorbaban muchí-

simo su vida. Ausente Miss Pitkin, Papá no buscó ninguna otra institutriz, sino que una mañana después del desayuno, me llamó y me dijo muy cariñosamente:

—Me das lástima, mi hija, yo no quería separarme de ti; pero tu ignorancia es absoluta y me avergüenza. Me parece indispensable ponerte en un colegio. Está visto, que en manos de las institutrices, no aprendes nada. He hablado ya, con la Superiora del Sagrado Corazón, y el primero de mes entras al internado.

En el fondo no me disgustó nada aquella noticia. Por una parte, me sonreía mucho la idea de ingresar en una nueva vida: los recreos del colegio debían ser muy divertidos. Había oído referir a otras niñas, que en ellos solían hacer partidas interesantísimas de unos juegos llamados «*La balle oiseau*» y «*La balle empoisonnée*», nombres sugestivos que permanecieron impresos en mi memoria. Además, me halagaba muchísimo el pensar que para beber agua o vino en las comidas, iba a tener un vaso de plata, hecho ex profeso para mi uso personal, con mis tres iniciales grabadas en el centro, bajo mi número reglamentario de colegiala, el cual, probablemente, lo mismo que el nombre constaría también de tres cifras.

Y en efecto, conocí los encantos de la «*balle oiseau*» y «*La balle empoisonnée*» y tuve mi vaso de plata con mis tres iniciales grabadas bajo mi número reglamentario de colegiala, porque tal cual lo había anunciado Papá, el día primero del siguiente mes, ingresé como pensionista en el Internado de las Damas del Sagrado Corazón.

Desde mi llegada al colegio, absorbió toda mi atención y distrajo completamente mi tristeza, la niña de ojos azules y pelo negro, que en mi clase estaba sentada hacia la derecha de la maestra, lo cual indicaba que en la semana anterior había sido primera en el concurso o composición. La banda y la cruz de clase, le ocupaban el pecho, y se destacaban solemnemente sobre los tres pliegues de su uniforme azul marino, que estaba limpio y flamante como el que yo acababa de estrenar aquel día. Del cuello y de los puños del oscuro uniforme, surgía su rostro, y surgían sus manos, tan blancos, tan iguales, y tan pálidos los tres, que tanto las manos como el rostro, parecían despedir la frialdad del mármol, y tenían la suave inexpressión de las cosas muy blancas. No bien se dio principio a la clase, cuando en el propio instante en que puesta de pie, comenzó a dar su lección, aquella blancura suave e inexpressiva se cubrió ante mis ojos del más radiante de los prestigios. Sin saber cómo, ni por qué, fue del seno de su frialdad de donde vi surgir por vez primera el chispazo deslumbrador de la ciencia, de la misma ciencia que hasta entonces, bajo la voz de las institutrices, sólo había logrado envolver mi espíritu entre las nieblas profundas del hastío. ¿Cómo pudo realizarse de golpe tan gran milagro? No lo sé, pero es el caso que permanecí asombrada y cohibida no bien comprobé el saber de aquella blanca azucena, que siendo de mi misma edad y de mi mismo tamaño, era a la vez correcta, silenciosa y elocuente. Pero lo que verdaderamente me llenaba de asombro, era mirar tanta corrección unida a tanta sabiduría. Cuando se trataba de hacer una demostración complicadísima de algún problema de resta con decimales, o sobre

el orden cronológico de los reyes de Israel, la maestra se volvía hacia su derecha y decía invariablemente:

—Señorita de Iturbe, vaya usted al pizarrón.

O con menos ceremonia y con mayor brevedad:

—Al pizarrón, Cristina.

Y la niña de nieve se levantaba sin hacer ruido. Nunca tropezaba con su taburete, ni con su pupitre, ni con la mesa de la maestra; jamás se le caía ni la regla, ni la caja de lápices, y sus libros tan sabios y tan silenciosos como ella, permanecían por orden riguroso de tamaño, asomando entre los forros azul marino, la blancura de sus cantos, tal cual si trataran de imitar en todo aquella personalidad superior y discretísima de su dueña. Yo, en plena observación, muda e inmóvil sobre la altura de mi asiento, con los dos pies cruzados en el aire, no sabía qué admirar más: si el orden o si la sabiduría; mis ojos deslumbrados, iban de los libros a la pizarra, y de la pizarra a los libros. Generalmente, era la pizarra quien conseguía absorber al fin toda mi admiración. Y es que la blanca mano había tomado ya la tiza, y se había puesto a escribir en líneas derechísimas, con letras o números firmes y puntiagudos, mil cosas profundas, incomprensibles y llenas de misterio, entre las cuales se asomaba de tiempo en tiempo, como la luz de un relámpago, el recuerdo de las aburridas explicaciones de Miss Pitkin. Aún me parece ver la escena . . . ¡Oh! ¡el prestigio de aquella blanca mano de uñas al rape! ¡Cómo corría montada a caballo sobre la barra de tiza, que en su blancura se amalgamaba y confundía, hecha una misma cosa con la mano, y cómo entre las dos creaban de la nada, sobre la noche profunda del pizarrón, profusiones de enigmas en los cuales se escondía la atracción misteriosa de la Ciencia!

Y ¡cosa rara! aquellos enigmas sin sentido, tenían, sin embargo, un gran sentido. Porque mientras la blanca mano corría sobre la negra pizarra, en mi mente aparecían las cuatro palabras de Papá: «Tu ignorancia me avergüenza» iluminadas de expresión, brillantes de significado. Era como un anuncio luminoso, que se hubiese encendido en medio de la oscuridad. El mutismo de la mano, trazando enigmas sobre la negrura del pizarrón, resultaba, pues, mil veces más elocuente que toda la elocuencia de Papá, que jamás había logrado encender luz, dentro de las palabras «vergüenza» e «ignorancia». No sé cómo ocurrió tan gran fenómeno, pero es el caso, repito, que el día mismo de mi entrada al colegio, la frase negativa de Papá que yo había juzgado hueca, banal y despreciable: «Tu ignorancia me avergüenza», se llenó de sentido, y brilló deslumbradoramente junto a esta frase correspondiente afirmativa que yo dediqué en silencio a la niña de nieve: «Tu sabiduría me asombra».

Y a tal punto brillaron en mi conciencia aquellos dos conceptos, que en adelante, Cristina, la niña de nieve, me pareció la encarnación misma de la sabiduría, la admiré con toda mi alma, y admiré sobre todo sus dos ojos azules, en los cuales veía yo la representación gráfica de la ciencia y los pozos donde yacían las soluciones de todos los problemas. Y como esto coincidió con que la maestra de clase tenía los ojos azules, y azules los tenía también el gran Sagrado Corazón que había en la sala de estudio, yo llegué a sentir un verdadero culto

por los ojos claros, creí en su preponderancia, vivía bajo su influencia, y me afligía profundamente el pensar que los míos serían para siempre irremisiblemente negros. En los ocho primeros días de mi entrada al colegio, hubiera dado mucho dinero y muchos años de vida a trueque del privilegio de los ojos claros. Felizmente, sobre este particular no me fue posible hacer transacciones que, sin duda ninguna, habrían resultado desastrosas para mí porvenir.

En vista, pues, de que no era posible imitar los ojos de la niña de nieve, mi admiración se dedicó a imitarla en todo lo demás. Al día siguiente de conocerla, mis manos amanecieron con las uñas sacrificadas al rape; el cabello lo peiné tirantísimo: cambié la cinta de raso negro que lo sostenía por otra de moaré igual a la que ella ataba a modo de gran mariposa en la cúspide de su cabeza; al llegar a clase yo también puse los libros sobre el pupitre por orden de tamaño, y como solía hacer ella, mientras di mi lección, que consistió en decir de memoria el cuatro y el cinco de la tabla de sumar, tuve constantemente las manos enlazadas y sostenidas por los dos pulgares, en la hebilla de mi cinturón de cuero.

Y así, imitando los detalles acabé por imitar el conjunto, y andando por el camino de la forma, llegué al objetivo del fondo. A los pocos meses de estar en el colegio ya se habían aclarado para mí todos los enigmas y se habían desvanecido todos los misterios. Yo también comencé a sentarme a la derecha de la maestra, también tenía a veces cruzado el pecho por la banda y la cruz de clase; y también iba a la pizarra a hacer las más difíciles demostraciones ante la clase entera. Como a Cristina, todo el mundo comenzó a consultarme los casos difíciles, y al poner los pies en la clase, compartía su prestigio y superioridad. Pero, así como yo nunca la envidié, ella jamás me tomó en cuenta la participación que yo me había arrogado en sus privilegios y prerrogativas. Nunca tuvimos la menor rivalidad, y de aquel éxito común, nos hicimos las dos una común aureola, dentro de la cual vivíamos en perfecta concordia.

Según creo, esta gran armonía estaba basada no tanto en un sentimiento de mutua generosidad como en aquella influencia poderosa que, desde el primer momento, Cristina ejerció sobre mí. Yo continuaba imitándola en todo, la consultaba siempre, seguía sus consejos, y creía firmemente en sus opiniones. Era una especie de admiración fanática, un cariño de neófito hacia el apóstol y de iniciado hacia el iniciador. Quizás de no haberla encontrado en mi clase, yo hubiera continuado tan ignorante como lo había sido hasta entonces bajo la dirección de las institutrices; el colegio habría resultado para mí una cárcel, un antro de desesperación, donde hubiera continuado envidiando la suerte de los adoquines, los árboles y los postes. Pero la influencia de Cristina, me había redimido de la ignorancia, y yo le rendía culto como si ella fuera la luz misma de la inteligencia.

Además, Cristina me atraía, porque era misteriosa, solitaria, y original.

Hija única de padre español, era huérfana de una madre inglesa a quien no recordaba. Las vacaciones largas las pasaba siempre, o con su Papá, que vivía en Madrid, o con unos tíos que solían veranear en San Sebastián. Pero, cuando volvía al colegio después de las vacaciones, evadía siempre el hablar de su fami-

lia, y nada contaba de sus diversiones de verano. Nunca venía nadie a verla durante los meses del curso, y al fin de ellos, cuando todo el mundo se había marchado ya, la pobre Cristina, rodeada de premios, se quedaba sola una o dos semanas más, esperando en el colegio desierto que llegasen de España a buscarla.

Y siendo muy bonita, pulcra, cuidadosa, y ordenadísima, no era presumida. Tenía un desdén monástico por las *toilettes*, las fiestas sociales y las diversiones mundanas; en cambio poseía una pasión dominante: el teatro. Con frecuencia me hacía esta confidencia.

—Mira, al llegar a grande, me quedaba aquí de monja, si no fuera porque ellas . . . ¿sabes? . . . como no salen nunca ¡no pueden ir al teatro!

Y Cristina, que me había comunicado su amor al estudio, me comunicó también su soberano desprecio por las pompas y vanidades mundanas. Yo la seguí en este camino como la había seguido en todos los demás, pero a decir verdad la seguí sin convicción, porque mientras dejaba sin polvo mis mejillas, vestía mi cuerpo con trajes lisos, y ponía sobre mi cabello tirante la inmensa mariposa de moaré, en el fondo de mi alma, llevaba siempre conmigo la nostalgia de las vanidades mundanas. Todo aquel aplomo y aquel gran prestigio que teníamos en clase las dos lo perdíamos inmediatamente al salir de ella, y si durante las vacaciones en alguna playa o balneario nos tropezábamos con gente de sociedad elegante y bien vestida, éramos de un encogimiento y de una timidez inverosímiles. Al iniciarse cualquier conversación no sabíamos qué hacer de nuestras personas: ¡nos sobran las manos, nos sobran los pies, nos sobran los ojos, nos sobra todo! . . .

Dede entonces he meditado mucho sobre aquel sentimiento molesto e invencible, y según creo ahora, tan absurda timidez era una especie de pudor espiritual. Tanto Cristina como yo, al presentarnos en público desnudas de vanidad, vivíamos sonrojadas, porque digan lo que quieran teólogos y moralistas, esos divinos trajes que pone la vanidad, si es cierto que desvisten con frecuencia el cuerpo, visten en cambio muchísimo el pobre amor propio, que es tan púdico y tan digno de llevarlo siempre bien abrigado y bien vestido.

Yo no sé cómo analizaría Papá aquella timidez mía, pero es lo cierto que a veces, con gran desaliento, se me quedaba mirando y decía:

—Por fin aprendiste con las monjas, pero cualquiera diría que te enseñan a palos. ¡Qué aire de pollo mojado tienes, hija mía!

Para entonces, hacía ya mucho tiempo que Cristina me había iniciado en su gran misterio.

Tan íntima confidencia tuvo lugar a los diez o doce meses de mi entrada al colegio. Recuerdo que fue una tarde de invierno durante el recreo de la merienda, mientras conversábamos juntas como de costumbre bajo el olmo del jardín. Era en este recreo de la merienda donde únicamente se toleraba la conversación, que estaba absolutamente prohibida en cualquier otro momento. Pero sucedía que mientras se merendaba, las manos estaban ocupadas por la cestita que contenía el pan y las frutas, con ella no se podía correr, no se podía jugar, y claro, no habiendo otro remedio había que permitirlo: se hablaba. Por esta razón era

el recreo de la merienda el más divertido e interesante de todos. Cristina y yo, que teníamos siempre planes de vacaciones, o asuntos de clase que ventilar juntas, solíamos apartarnos un poco del grupo general, y bajo un olmo que se alzaba hacia el extremo del jardín, contra la prohibición absoluta del reglamento, los ventilábamos siempre en castellano. Y era entonces un rato de dulce intimidad, porque siendo como éramos las dos, de origen español, hijas únicas, y huérfanas de madre, al merendar así conversando en castellano, a solas y a escondidas, parecía que por un instante, bajo el cariño del olmo, uniésemos nuestra orfandad en la fraternidad del idioma.

Fue, pues, una tarde muy fría, hablando español bajo el olmo, con las dos cestitas de la merienda al brazo, cuando Cristina me abrió su alma silenciosa que hasta entonces había vivido envuelta por el doble cendal de la tristeza y del misterio. No sé cómo empezó la conversación ni cómo se inició la confianza, pero es el caso que entre bocado de pan y bocado de manzana, en un pausado arrojar de migas a las palomas, que a la hora de la merienda se venían todas del palomar, a recoger el pan a nuestros mismos pies, Cristina, con su hablar pintoresco de niña sabia, me refirió sus penas y su historia, en el siguiente relato que duró más o menos lo que el recreo de la merienda, que era de tres cuartos de hora.

Empezó por confesarme que su vida fuera del colegio era un martirio secreto que nadie sospechaba. Había vivido siempre y ahora solía pasar las vacaciones en la casa de un tío, hermano mayor de su Papá, el cual estaba casado y tenía dos niñas muy simpáticas y muy bonitas que eran más o menos de su edad. Durante el invierno vivían en Madrid, y los veranos acostumbraban pasarlos en San Sebastián. Todos en la familia la querían mucho, y eran muy buenos y muy cariñosos con ella, pero como en el fondo aquella no era su casa, ni las dos niñas eran sus hermanas, sucedían muchas cosas extrañas que la preocupaban y la ponían triste sin que esto nadie lo supiese ni lo sospechase siquiera . . . Y es que nunca, jamás, había hablado de semejante cosa, ni con su Papá, ni con las Madres del colegio, ni con nadie en el mundo; no, era a mí sola a quien iba a contar aquello por primera vez . . .

Y enunciando este prólogo, Cristina, asaltada sin duda por su ingénita reserva inglesa, se detuvo un instante como arrepentida, pero luego, me miró en los ojos, y animándose al comprobar mi gran interés, volcó todas las migas de su cestita sobre las palomas y entró en materia:

—Cuando yo era muy pequeña, y vivíamos en Madrid, mis dos primas salían con la institutriz inglesa, y a mí casi siempre me sacaba a pasear sola una doncella. Nunca me llevaban de visita a ninguna parte, ni me invitaban tampoco a las fiestas de niños donde iban mis primas. Pero como aquello había pasado siempre desde que éramos las tres muy pequeñitas, yo . . . ¡es claro! estaba acostumbrada así, porque no había visto otra cosa . . . ¿comprendes? . . . y aunque me extrañara y me doliera un poco, me explicaba el caso pensando: «Como ellas son dos hermanas salen juntas . . . yo, como soy una sola, pues . . . ¡salgo sola!». Pero un día . . . ¡ay! . . . un día pasó una cosa que no se me olvidará

nunca . . . ¿lo creerás tú, María Eugenia? . . . mira, hace ya como dos años que pasó, y lo recuerdo tan clarito y tan a lo vivo, como si estuviera pasando aquí mismo, aquí mismo, en ese propio momento . . .

Y al decir: «aquí mismo», Cristina, con su cestita en la mano, esbozó un círculo de intimidad, que pareció abarcar toda la sombra del olmo. Luego fueron grandes recomendaciones, y solemnes promesas de guardar eternamente el más profundo secreto. Tomada esta precaución continuó:

—Era una tarde de Navidad. Mis dos primas se habían marchado con la institutriz, a un árbol de Nochebuena donde estaban invitadas. Yo no quise ir de paseo con la doncella, y preferí quedarme en casa vistiendo unas muñecas que me habían regalado en aquellos días . . . ¡ah! porque eso sí, muñecas, y vestidos, y dulces no me faltaban nunca . . . ¿Ves tú cómo ahora tengo cuanto quiero? Pues entonces era igual, me daban todo cuanto les daban a mis primas, y a veces a mí me daban hasta más, y mejor, porque mi tía que era muy buena, decía siempre, que no teniendo yo mamá como tenían las otras dos niñas, era justo que en cambio de eso se me diera a mí siempre todo lo mejor . . . Bueno . . . aquella tarde de Navidad estaba, pues, muy enbebida vistiendo mis muñecas, mientras mi tía y mi tío hablaban desde hacía rato en la habitación de al lado. De pronto oí que me nombraban, y fijando mucho, mucho mi atención comprendí que era de mí de quien trataban mis dos tíos. Como la habitación de al lado estaba cerrada y como las alfombras y cortinas apagaban la voz, por mucho que me acerqué a la puerta, no pude oír sino algunos retazos y frases sueltas . . . ¡ah! . . . pero ese poco que oí, lo oí tan bien, y tan claro, que no se me olvidará ya nunca ¡no! . . . A mi tía la escuché que decía . . .

Y al llegar aquí, alterando el timbre de su voz, Cristina musitó poco a poco como si tratase de imitar algún eco doloroso y lejano:

«Ya no es posible seguir en esto! . . . ¡Son unos conflictos horribles! Yo no “tengo corazón para dejarla así como una pobre cenicienta . . . ¡Cuando era más “chiquita, era otra cosa, ahora no, ahora ya se da cuenta! . . .».

Luego, María Eugenia, fue mi tío quien habló un buen rato, pero como la voz de hombre se pierde mucho, de todo cuanto dijo mi tío sólo pude coger al vuelo esto . . .

Y tomando de nuevo aquel timbre de eco lejano, impregnado de misterio y de melancolía, Cristina volvió a repetir las frases oídas junto a la puerta cerrada:

«¡Claro! . . . ¿qué quieres? . . . Si después de todo tienen razón: ¡es una “hija natural! . . . ¡No podemos imponerla donde no quieren recibirla! . . . tam- “poco se puede sacrificar a las otras dos pequeñas . . . Hablaré con mi herma- “no . . . son cosas delicadas que hay que arreglar a tiempo . . .».

Y después, María Eugenia, fue mi tía quien volvió a hablar, hablaba mal, pero muy mal de alguien. Bueno . . . primero no la oía bien, luego a medida que se exaltaba ¿sabes? . . . iba subiendo la voz, hasta que la oí decir muy claramente:

«¡Es una desgracia que no puede componerse! . . . ¡Ella no tiene vergüenza, ni tiene corazón, ni tiene nada! . . .».

Yo, al oírla, creí que era de mí de quien hablaba con tantísima rabia, y acercando más el oído a la juntura de la puerta no paraba de pensar: «¿Y qué he hecho yo de mal, Dios mío? . . . ¿Por qué dirá que no tengo vergüenza ni corazón?». . . Pero dio la casualidad, que cuando más atenta seguía, tratando de averiguar aquello, el criado vino a avisar que habían llegado visitas. Los tíos salieron entonces de la habitación, en donde estaban, por la puerta que quedaba del lado opuesto a la mía, y se marcharon al salón. Pero yo no, yo no me marché, ni me moví, me quedé allí mismo, sentada en el suelo, junto a la puerta, con mi muñeca a medio vestir sobre la falda, sin mirarla ya siquiera, y pensando . . . pensando . . . Por fin, luego de pensar mucho, me fui a esconder detrás de las cortinas del balcón donde nadie pudiera verme, caso de que pasaran por el cuarto, y allí escondida, secándome las lágrimas con el forro mismo de la cortina, comencé a llorar, y aunque yo no lloro nunca, aquel día estuve llorando y llorando toda la tarde . . . ¿No ves tú, María Eugenia, que ya sabía la verdad? . . . Sabía que yo era un conflicto horrible para los tíos; sabía que el no ir a fiestas y visitas con mis primas, era porque no querían recibirme, y sabía también eso que había dicho mi tío de que yo era «hija natural». . . Pero de todo, todo, lo que más me dolía era que hubiesen dicho que no tenía vergüenza ni corazón . . . y sobre todo, que lo hubiera dicho mi tía que era siempre tan buena conmigo . . . Y cuando más desesperada estaba pensando en eso, de pronto paraba de llorar, porque me parecía que no era de mí de quien había hablado tan mal mi tía . . . Ahora estoy casi segura de que no era de mí, pero . . . ¿ves tú, María Eugenia? . . . de eso me ha quedado siempre una duda, porque sí no era de mí de quien hablaban tan mal . . . ¿de quién podía ser entonces? . . .

Yo, intrigadísima, tomando por primera vez parte activa en la conversación, sin saber qué responder, contesté a su pregunta repitiéndola:

—Es cierto . . . ¿de quién podía ser entonces? . . .

—Bueno . . . —prosiguió Cristina— ¿y sabes por fin cómo se arregló todo? Pues a la mañana siguiente, escondida, sin que lo viera la institutriz, en lugar de estudiar la lección, le escribí una carta a mi Papá. Entonces yo escribía muy mal, muy torcido, con muchos borrones, y muchas faltas de ortografía ¡una risa! Pegaba media palabra con otra, y las mayúsculas las ponía . . . ¡de tiempo en tiempo! . . . Pero así y todo, con palabras empatadas, lo mejor que pude, le escribí a mi Papá, para decirle yo misma antes de que fuera a decirlo mi tío, que quería marcharme a un colegio del extranjero, porque ya no me gustaba Madrid, ni la inglesa que me enseñaba, ni la casa de los tíos. Que todos eran muy buenos pero que ya estaba aburrida de tanto verlos, y que como él había dicho varias veces, que cuando fuera mayor iría a un colegio, pues . . . ¡prefería marcharme de una vez! A poco de escrita la carta, mi Papá que estaba fuera, vino a Madrid, habló con mis tíos, me arreglaron mi ajuar de colegiala, nos vinimos a París, y desde entonces estoy en el Sagrado Corazón. Bueno: aquí estoy contenta ¿ves tú? . . . Pero fuera, durante las vacaciones, no sabes lo que paso. Cuando mi Papá me lleva con él a Madrid, aunque me aburro mucho porque me quedo todo el día sola con la doncella, me conformo con aburrirme y estoy contenta. Pero



ocurre muchas veces, que mi Papá tiene que marcharse de viaje casi todo el verano; no me quiere llevar por tantos trenes y hoteles, y entonces como a mí no me sale decirle «aquello», él, que no sabe nada, me deja veraneando con los tíos en San Sebastián. Bueno . . . los tíos son siempre muy cariñosos . . . ¿eh? . . . ¡no vayas a creer!, me hacen muchos regalos y allí, en San Sebastián sí que me mandan de paseo con mis primas y la institutriz. Pero así y todo, a pesar de los cariños y a pesar de los regalos, para mí, pisar la casa de mis tíos es como pisar sobre el fuego ¡un tormento! . . . ¿comprendes? . . . Y es que por más que hago no puedo olvidar nunca lo que dijeron aquella tarde de Navidad. ¡Ah! yo soy así, cuando las cosas me ofenden no se me olvidan, no; todas, toditas, las tengo presentes . . . Ya ves tú . . . de eso hace ya dos años, y lo recuerdo como si ocurriese ahora . . . ¡mira! . . . lo mismo, que si ocurriese ahora . . .

Y repitiendo: «lo mismo, lo mismo». . . la voz de Cristina se perdió suavemente en un hondo pianísimo, y fue una larga pausa toda llena de volar de migas y saltar de palomas por el suelo . . . Porque yo que había escuchado con tan inmenso interés todos los detalles del relato, ahora que estaba definitivamente terminado, seguía aún sin saber qué decir ni comentar. Cristina, aguardó un rato, luego viendo que yo no hablaba, resolvió por fin condensar toda su confianza en el esfuerzo de una sola pregunta, y levantando hacia mí sus dos ojos fríos y azules, y fijando mucho en los míos la mirada imperiosa dijo:

—¿Y tú, María Eugenia, sabes tú lo que significa ser hija natural?

Como ella, yo también sabía que el ser hijo natural era una cosa poco frecuente. Sospechaba que podía ser hasta algo malo y deshonesto, pero no sabiéndolo a ciencia cierta, y no queriendo afligirla de ningún modo, ante lo imperioso de su pregunta, fingí perplejidad, encogí mucho los hombros, estiré la boca, y contesté hipócritamente:

—Natural . . . natural . . . ¡pues natural es lo que está muy bien! . . . Se dice: «es natural» o «naturalmente» por decir que una cosa está como debe ser. Mira: tú y yo somos naturales, puesto que no tenemos ningún defecto; en cambio, la pobre Jeanne Méric no es natural porque es bizca y feísima.

Pensé que Cristina iba a replicarme algo molesta como solía hacer, cuando me equivocaba garrafalmente al preparar las lecciones: «Estás hablando sin reflexionar, María Eugenia. Fíjate, fíjate por Dios, y verás que eso que dices es un disparate». Pero no. Esta vez, el disparate no tuvo réplica. Cristina, como la gran mayoría de los mortales, despreciando toda razón, decidió tener fe para tener esperanza y respondió convencida:

—¡Pues eso mismo creo yo! He buscado en varios diccionarios la palabra «natural» y los diccionarios dicen más o menos lo que tú. —Se calló unos segundos y añadió suspirando—: ¡He hecho todo cuanto he podido para saber lo cierto! . . . Un día, hace ya tiempo, cuando aún no habías entrado tú al colegio, leyendo un manual de historia de segunda clase, encontré una frase que ponía: «la batalla de Lepanto fue ganada a los turcos por Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V». . . Y aprovechando esta ocasión, al entrar en clase, y poner los libros sobre el pupitre, le pregunté a la maestra, por qué

Don Juan de Austria era hijo natural de Carlos V. Pero la maestra contestó que no tenía para qué ocuparme de Don Juan de Austria que es un personaje de la historia moderna, sino que debía ocuparme de los personajes de la historia sagrada que es la historia que se estudia en séptima clase . . . y ¡claro me quedé sin saberlo! . . .

—¡Ah! —la interrumpí yo—, es una lástima que Don Juan de Austria no haya sido hijo natural de Salomón, por ejemplo. ¡A ver qué hubiera dicho entonces Mme. Destemps! . . . No hubiera tenido más remedio que explicarlo bien claro! . . .

Pero esta vez, Cristina, al oír tan anacrónica suposición, sí protestó al momento, exclamando chocadísima:

—¡Anda! . . . ¡qué barbaridad! . . . ¡hijo de Salomón! . . . Si Don Juan de Austria hubiera sido hijo de Salomón, María Eugenia, habría tenido un nombre bíblico, y no hubiera ganado una batalla contra los turcos, sino que habría ganado una batalla contra los maobitas, los filisteos o los asirios, que eran los enemigos del reino de Israel.

Como de costumbre me callé respetuosamente al considerar tan gran erudición, y Cristina, luego de callarse también unos segundos, decidió situarse otra vez ante su incógnita y dijo reflexiva:

—¡Es cierto! . . . «natural» . . . «naturalmente» . . . «es natural» . . . «no es natural!» . . . Creo que en eso debes tener razón . . . —Pero de golpe, sacudí negativamente la pensativa cabeza y se replicó a sí misma—: ¡Ah! . . . ¿y por qué entonces lo decía mi tío con tanto menosprecio aquella tarde? . . . —Volvió a callar de nuevo, y por fin, dirigiéndose a mí, dijo terminante—:

—Oye, María Eugenia, para salir de dudas, vamos a hacer una cosa. Yo no quiero preguntarlo, porque no; pero tú como si fuera cosa tuya, se lo preguntas a tu papá; sin nombrarme . . . ¿eh? . . . hablas primero de Don Juan de Austria o de lo que se te ocurra, luego lo preguntas, y cuando lo sepas y lo hayas entendido bien, sea lo que sea me lo dices . . . ¿quieres? . . .

Según costumbre, llena de obediencia respondí sin titubear:

—¡Bueno!

Y como en aquel mismo instante sonase la campanilla que anunciaba el final del recreo, Cristina y yo, para que no se echase de ver nuestra falta al reglamento, sin decir media palabra más, nos dimos a correr las dos hacia el grupo general.

Solamente unos segundos después, ya en plena formación y pleno silencio, ella, desde su puesto, volvió a insistir musitando a la sordina y entre señas:

—¿Pero me lo ofreces?

—¡Te lo ofrezco!

—¿Me lo juras, María Eugenia?

—¡Te lo juro, Cristina!

—¡Veo desde aquí dos señoritas que siguen hablando después de dada la señal para el silencio —declaró al instante, entre los rizados cañones de su

toca, la voz severísima de la vigilante general. Y añadió con ironía: —¡Qué cosa tan importante tendrán que decirse!...

Y un instante después, bajo el reino absoluto del silencio, mientras caminaba en derechísima fila hacia la sala de estudio, contemplando el gran lazo de moaré de Cristina que marchaba tres puestos delante de mí, resolví quijotesca-mente enderezar todos los entuertos de aquella pobre vida silenciosa y triste...

En efecto, el domingo siguiente, no bien llegó a verme Papá le propuse que se pusiera de acuerdo con el señor de Iturbe, a quien ya conocíamos, a fin de pasar juntos los veranos. Así Cristina, se quedaría con nosotros cuando él se fuera de viaje, y no sería ya menester dejarla en casa de los tíos de San Sebastián con quienes no se avenía. Papá, que se interesaba mucho por Cristina, mi gran amiga, me aseguró que todo se arreglaría muy bien, y que tal cual yo lo deseaba, pasaríamos juntas veranos y vacaciones. Una vez alcanzado mi principal objeto, siguiendo las indicaciones de Cristina, hablé de diferentes tópicos, y fue sólo después de un buen rato cuando hice la consabida indagación, que redacté en esta forma:

—Dime Papá, ¿qué viene siendo de su Padre y de su Madre, un hijo natural?

Y Papá, en un discurso bastante complicado lleno de pausas y de palabras desconocidas, me explicó la situación anormal que en la vida y en la sociedad ocupaban los hijos naturales cuyos padres, al no estar casados, no les transmitían generalmente ni su nombre, ni su fortuna.

Pero aquella explicación de Papá me resultó un verdadero jeroglífico. Me pareció muy disparatado el asegurar que las personas pudieran tener hijos sin haberse casado antes; y lo de condenar dichos fenómenos, a una eterna desnudez de nombre y de fortuna, además de parecerme disparatado me pareció injusto y muy mal hecho. Y de resultas de ello me quedé profundamente preocupada. Me dije que ya no cabían dudas sobre el particular, que Cristina, mi amiga del alma, mi modelo, mi ninfa Egería, pertenecía a una clase de seres completamente anormales; que había que resignarse; que era indispensable aceptar la verdad; y que era también indispensable el armarse de valor para participar dicha noticia a la parte interesada, porque así lo había jurado y ofrecido unos días antes.

Y de nuevo, Cristina y yo, bajo la sombra del olmo, con las cestitas de la merienda al brazo y el blanco semicírculo de palomas a los pies, celebramos una segunda conferencia, durante la cual transmití palabra por palabra, toda la explicación que me había hecho Papá en su visita del domingo.

Cristina me oyó con la misma atención que ponía en clase para escuchar las explicaciones de la maestra. Luego, apoyó en los blanquísimos dientes la punta de la uña de su dedo índice, miró fijamente el suelo, y pasó varios

segundos sin pestañear, actitud que demostraba en ella el summum de la reflexión. Después volvió a levantar los ojos, los fijó en los míos, y dijo:

—Entonces... entonces... lo que yo me figuraba: ¡es verdad!... Mi Mamá no ha muerto, no; ¡mentira! ¡Mi Mamá está viva! Era de ella de quien hablaba tan mal mi tía... era ella... ¿sabes?... ¡ella!... la que no tenía... corazón.

Y ante su descubrimiento, ante aquella brusca resurrección de su Mamá, los ojos de Cristina que se habían abierto sobre mí, azules e inmensos, volvieron a clavarse unos segundos en el suelo, se subieron hasta las nubes sobre el volar altísimo de una paloma; se pasearon después por toda la amplitud del paisaje; y se quedaron al fin, tranquilos, en una rama del olmo, fijos, silenciosos y tan azules, tan azules...

Y yo que como Jesús, ante la presencia de Marta y María, por la sola virtud de unas cuantas palabras, acababa de levantar un ser querido del mundo de los muertos, yo que había realizado el inmenso prodigio, llena de curiosidad, miré un instante absorta en la rama del olmo los dos ojos azules, y eran como siempre tan inexpresivos, que no pude leer en ellos si se alegraban o si se entristecían, viendo resucitar aquella muerta, que al levantarse del sepulcro, venía lisiada y deforme, porque ya no tenía vergüenza ni tenía corazón...

Cuando volvió de su actitud meditabunda, por todo comentario Cristina dijo:

—¡Y cuidado con contarle ni a tu papá, ni a Madame Destemps, ni a nadie!... ¡Sólo a mí puedes hablarme de eso!

Desde entonces aquel secreto fue el centro de nuestras conversaciones y el lazo que cada día nos amarraba más y más dentro del atractivo inmenso de lo misterioso. Cristina trabajaba sin cesar buscando y rebuscando datos en el archivo de su memoria y luego me participaba los frutos de sus indagaciones. Según ellos, el juicio hecho *a priori* resultaba evidente: ¡la muerta no había muerto!... y sin embargo, aquella esfinge desenterrada continuó siendo a nuestros ojos un impenetrable arcano. Sabíamos que era inglesa. De ella había heredado Cristina sus ojos azules, su blancura de nieve, su reserva, y su espíritu de independencia. ¿Pero dónde estaba aquella inglesa?... ¿Cuál era su historia?... ¿Por qué la habrían declarado muerta?... Y sobre el velo de misterio, tejíamos toda clase de leyendas áureas y luminosas, en las cuales el prestigio de Cristina, crecía, como dentro de un ensueño de encanto y de maravillas.

Por fin, una mañana, estando de vacaciones en Biarritz, después de haber hablado yo un largo rato con cierta doncella española que en Madrid había conocido mucho a los Iturbe, vine corriendo al banco del jardín donde se hallaba Cristina absorta en un libro de cuentos, y trémula, emocionada, perdida casi la respiración, le di la gran noticia:

—¡Ya lo sé, Cristina, ya lo sé!... ¡ya lo sé!... ¡Tu Mamá es artista de ópera!... ¡Tu Mamá canta divinamente en el teatro!... ¡Tu Mamá es preciosa!... ¡Tu Mamá tiene muchísimos brillantes, tiene vestidos lindísimos,

y tiene diademas de reina! . . . La ha visto trabajar en el Real de Madrid, Luisa, la doncella española que está en el hotel frente al nuestro. Dice que para meterse al teatro se puso un nombre italiano que ella no sabe cómo es, y que cuando acaba de cantar cualquier cosa ¡¡la aplauden que es un delirio!! . . .

¡Ah! ¡Artista de ópera! . . . ¡Ah! ¡la deslumbrante realidad superior a todas las fantasías! . . . ¡Artista de ópera! . . . ¡Artista de ópera! Y mientras mis labios anunciaban la buena nueva, Cristina, sentada en silencio frente a mí sobre el banco verde del jardín, con su libro de cuentos en la falda, me parecía de un abolengo superiorísimo al de todas las rubias princesas de las casas reinantes europeas.

Pero ella, con gran asombro mío, no pareció compartir mi frensí, ni vanagloriarse de su estirpe, sino que al escucharme cerró muy suavemente el libro y sólo respondió soñadora, reflexiva, monosilábica:

—¿Sí? . . .

Y recuerdo que en el cielo azulísimo de sus ojos yo vi como una nube de decepción y melancolía.

Luego pasaron días, meses, años, y Cristina y yo nos separamos, sin que nunca, jamás, llegáramos a conocer el nombre de aquella probable estrella del arte lírico. Ella, en su manía de no preguntar nada a quienes todo lo sabían, nada supo nunca a ciencia cierta. Y sin embargo, tenía una obsesión constante por ver el rostro de aquella mamá anónima y gloriosa. ¡Nada importaba que sólo fuese desde lejos, entre nieblas de conjeturas, sin identificarla siquiera! . . .

De tan vehemente deseo fue de donde nació su afición al teatro. Yo la compartí con entusiasmo. Ambas nos hicimos de la afición y del secreto una especie de religión fanática, y desde entonces, desdeñando todo lo demás, ya no existió para nosotras más objetivo que el teatro, ni más teatro que la ópera. Sabíamos los nombres de todas las cantatrices célebres, y cuando en época de vacaciones, cogidas de la mano, íbamos por la calle, nos parábamos ratos larguísimos ante los grandes carteles que anunciaban con letras encarnadas el elenco y reparto de las funciones. No faltábamos jamás a una sola *matinée* de ópera, y si en ella alguna célebre soprano era muy ovacionada, Cristina perdía entonces toda su flema inglesa, se entusiasmaba a la par mía, aplaudía estrepitosamente con las manos muy estiradas, según un sistema que habíamos descubierto para hacer mayor ruido, y luego, cuando terminada la ovación, bajo la batuta del director se reanudaba otra vez el encanto del poema, allá, en el escenario, la blanca soprano idealizada por el éxito, abría de nuevo la boca, tendía de nuevo los brazos como si fuera a volar sobre el lirismo de su voz, mientras que yo, recostada a mi butaca de terciopelo, me soplabla las manos encendidas y rojas de tanto aplaudir, y junto a mí, Cristina, inmóvil en su asiento, con los ojos muy fijos sobre la ideal figura, y el rostro iluminado por la expresión divina de la gloria, comentaba risueña en pleno éxtasis:

—¡Y mira que si ésta fuera ella! . . .

Muchos años después, cuando vino la muerte de Papá, y por fin, en Biarritz, una mañana, nos separamos definitivamente las dos, nuestro gran misterio de la infancia, era ya un misterio angustioso y trascendental que parecía sepultar bajo su peso la vida entera de Cristina. ¡La vida! ¡Ah! ¿Qué sabíamos entonces de la vida ni ella ni yo? . . .

Y es que en mi largo relato no había dicho todavía que el señor de Iturbe era un industrial riquísimo. Y naturalmente, Cristina, bonita, distinguida, extraña, como una flor exótica y tardía, al calor fecundo del dinero, debió estallar de golpe a plena vida, tal cual estallan los capullos, y tal cual me ocurrió a mí también hace unos meses, allá, en París, al calor de mis últimos cincuenta mil francos . . . Cristina ya no es aquella misma niñita que me contagió de timidez y de misantropía, ¡no! . . . ¡lo he leído hoy en su carta! Estoy segura: gracias a la misericordia del dinero, un día, en París, en Madrid, en San Sebastián, o en cualquier otra parte, ella también de golpe, milagrosamente, sin saber por qué, se cubrió de flores de alegría, y así, en plena primavera de optimismo, aprendió a vestirse, aprendió a sonreír, aprendió a morir de felicidad ante el espejo, aprendió a ver espejos en los ojos de todos, aprendió por fin a sentirse a sí misma, y entonces, embriagada ya por la divina embriaguez de ser bonita, se embriagó en esta otra divina del amor . . . ¡Sí! . . . ¡estoy cierta! . . . Pero ¿cómo ocurriría? ¿Qué voz sería esa voz que la despertó a ella? ¿Y qué habrá hecho hoy, con el misterio torturante de su infancia? . . .

A estas horas se habrá casado ya . . .

Sí, Cristina, la triste de antes, es hoy la inmensamente alegre, porque se ha vestido con el traje sonoro, lleno de cascabeles, de la belleza, el lujo, y el amor. Es querida y feliz, es bonita, es rica, es condesa, guarda el ensueño de su amor en un precioso hotel a orillas del mar, y pasea su felicidad y su alegría entre los cristales de algún fastuoso automóvil . . . Ya se habrá reconciliado con el mundo su enemigo; ya no desdenará las *toilettes* maravillosas de los grandes modistos; ya no sentirá el vacío que se esconde en la vanidad de las fiestas sociales, y entre pieles y joyas, distinguida, orgullosa, reservada, andará por el mundo mirándolo todo con sus ojos azules y fríos de inglesa aristocrática.

¡Cómo cambian los destinos y qué de misterios encierran estos arcanos del porvenir! . . . ¡Ah! mi suerte, mi vida, qué distinta, qué oscura y qué triste habrá de ser quizás, junto a la brillante existencia de Cristina de Iturbe! . . .

Pero como dije hace rato frente a la lluvia caída sobre la tierra agrietada, ahora también, frente a esta otra felicidad torrencial, tampoco siento envidia, no, no tengo rencor, no tengo odios, no tengo nada, ¡nada! . . . ¡Quiero florecer humildemente en la santa gracia de la resignación! . . . Estas lágrimas que ruedan ahora de mis ojos, y sin que yo lo quiera, caen de tiempo en tiempo sobre la tinta de las palabras, hacen con las letras fuentecillas moradas, y corren un instante por la blancura del papel, no son llanto de despecho, no. Son el suave rocío de la momentánea noche de mi tristeza. Mañana se disiparán todas al levantarse de nuevo el sol de mi esperanza, porque seguiré

esperando... ¡sí!... desde el horno encendido de mi ansiedad esperaré siempre mi amor, con la misma fe milagrosa y fecunda de aquellos tres jóvenes cautivos del cántico de Daniel!...

Ahora ya, debajo de la acacia, la noche perfumada y negra, se ha metido en el cuarto. Y es que hace muchas horas que inclinada en la mesa relato febrilmente la historia de mi amistad con Cristina, historia que nadie ha de leer nunca y que para mí sola no era menester escribir porque ya la llevo escrita en mi memoria.

Sobre la mesa desnuda he encendido mi lámpara y la luz ha vestido la mesa con un gran círculo rojo. Mis manos y el blanco papel sobre el cual voy escribiendo, se han teñido también en el color de la luz, y por la ventana abierta, las mariposillas y los insectos del campo vienen a saludar la alegría de la llama, bailan dentro de su fiesta, y besan mis pobres manos cansadas, sedientas, que como dos piadosas peregrinas están ya rendidas de tanto caminar por el pasado. La carta de Cristina, tema de mi larga disertación, se ha quedado más allá en la zona de la penumbra, y sin querer tocarla de nuevo la miro con dolor y desconfianza... ¡No! ¡no hay que tocarla más! No encierra en ella sino cosas viejas, ilusiones sin luz, sensaciones marchitas, que no debo guardar ya entre mis recuerdos, como tristes flores disecadas... ¡no!... ¡hay que dejarla morir al aire libre!... Por eso mañana, muy temprano, cuando me despierte, tomaré la hoja gris, la haré toda pedazos, y desde mi ventana echaré a volar al campo, la bandada temblorosa de papelillos rotos... ¡Cenizas de mi infancia, tortolillas enfermas, pétalos marchitos de mis primeras rosas, que vuelen, sí, que vuelen sobre las ramas, que se acuesten en el suelo, que se retuerzan al sol, que cierren poco a poco los ojillos sin luz de sus palabras truncas, y que se mueran al fin abrazados al único cariño eterno que es el santo cariño hospitalario de nuestra Madre la tierra!...

## CAPITULO VII

*¡Supremum vale!...*

HACE YA MUCHOS días que la esperaba, esta horrible noticia, y sin embargo, al saberla, he experimentado el sacudimiento extraño siempre nuevo y siempre agudo de un dolor vibrante y perenne. La llevo tan adherida al alma, y me pesa tanto, tantísimo, que quisiera morirme de un todo, o que se me muriera el alma dentro del cuerpo, para que ella al menos descansara en la inconsciencia de la idiotez o de la locura. Mi orgullo es el único puntal que me sostiene. Yo lo bendigo a ratos por inmenso y por fuerte, y otras veces le reprocho este acaparar insaciable de todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi espíritu, que en la noche, me deja extenuada, y me tiene horas enteras sin

desvestirme, acostada en la hamaca, inmóvil, y muda mirando con mis ojos abiertos, turbios de lágrimas, las pardas viguetas del techo.

Gracias a mi orgullo, nadie en la casa se ha dado cuenta de esta terrible crisis moral. En el propio momento de saber la noticia, se irguió en mi espíritu, lo dominó, y me sostuvo el cuerpo, hasta que movida solamente por él, logré llegar a la intensa intimidad de mi cuarto. Aquí lloré . . . lloré . . . lloré, con estas lágrimas hondas, infinitas, que parecen arrastrar en sus aguas pedazos de mi vida y cuajos humeantes de mi sangre . . . \*

Fue ayer, a la hora del almuerzo cuando lo supe.

Y naturalmente, como era de esperar, fue María Antonia, la encargada de decirme la noticia. Ella acostumbra leer los periódicos a cosa de las once, pero por un refinamiento de crueldad, a pesar de haberme visto la mañana entera, aguardó la hora del almuerzo para en la mesa, delante de todos, cuando yo no pudiese huir de la gente sin confesar mi humillación y mi dolor, clavar-me este puñal mil veces envenenado, que me tortura de noche y de día, sin cesar, como aquel lento martirio de los sentenciados al suplicio de la gota de agua:

—Viene en el periódico de hoy, el compromiso de Gabriel Olmedo con María Monasterios. Lo celebraron ayer con una gran comida seguida de baile, en esa quinta lujosísima que acaban de construir los Monasterios . . . ¡Seguramente que el baile quedaría regio, porque la casa rodeada como está de jardines, se presta mucho y Monasterios sabe hacer las cosas! ¡Según parece se casan el mes que viene . . . ella, de novia estará muy bonita, porque es realmente linda, preciosa . . . Eso, eso, es lo que llamo yo una muchacha bonita, y no otras, tan delgadas, que parecen alambres vestidos! . . .

A pesar de la inmensidad de mi espanto, recuerdo, que el primer segundo transcurrido después del sacudimiento de la noticia, lo dediqué a comprobar la exactitud de mis predicciones. Sabía que era María Antonia quien había de decírmelo, sabía que me lo diría en la mesa, y sabía últimamente, que la noticia iba a ir seguida de una pequeña apología acerca de la belleza y condiciones físicas de María Monasterios. Este espíritu profético me fue de grande utilidad en aquel instante, porque teniendo así conciencia plena de las cosas, mi orgullo preparado de antemano, saltó instantáneamente dentro de mi alma, y heroico, y fuerte, se adueñó de toda ella, la dominó, se bebió mis lágrimas, y con sus dedos de hierro, me sostuvo todos los músculos del cuerpo, hasta las más ligeras contracciones del rostro, que ante el horror permaneció impasible.

Recuerdo que no bien oí las primeras frases, mientras María Antonia hablaba todavía, tomé de la mesa mi copa de agua, y me la bebí entera pensando: «Así me estoy bebiendo el veneno de esta evidencia que me mata». Luego, fijé los ojos en el jarro de cristal lleno de vino tinto, y también pensé: «Así es la sangre que me está goteando del alma en este segundo; pero como el jarro, la guardaré, en mis entrañas, y nadie verá su mancha derramada en ningún sitio, no, ¡nadie ha de verla nunca! . . .» Acabé de almorzar incons-



ciente, sorda y muda, perdida en mi desolación sin más fuerza positiva que la fuerza de mi orgullo que me poseía toda, como si viniera de una influencia exterior y desconocida . . .

Después lloré, y he llorado mucho, muchísimo, en dos días . . . ¡Ahora conozco ya el voluptuoso desgarramiento del dolor, de este horrible dolor que está hecho de celos, de humillación y del adiós definitivo de la muerte!

Y como si mi pena no fuese bastante grande, hay otra todavía que ha venido a aumentar su inmensidad . . .

¡Ah! ¡el día de ayer fue el día negro de mi vida!

A cosa de las cuatro de la tarde, cuando encerrada y sola estaba entregada a lo más hondo de mi desconsuelo, vinieron a decirme que Mercedes me llamaba por teléfono.

Al escuchar el aviso, me lavé los ojos quemados por el llanto; salí de mi encierro, y fui corriendo a atender a Mercedes.

Su voz lenta y ritmada como una caricia, me habló de cosas ajenas a mi tristeza, y aunque tampoco yo nada le dije, desde el primer instante sentimos una suave corriente de emoción porque las dos supimos que sabíamos . . . Ella me dio su pésame en la suavidad de la voz, y luego de expresarme así toda su gran simpatía, mientras yo experimentaba un temblor de lágrimas en todo mi ser, continuó diciendo con la misma voz de caricia:

— . . . Oye, María Eugenia, te he llamado hoy especialmente porque quiero participarte una noticia y ponerte en cuenta de un proyecto; pero desde ahora te advierto: ¡no acepto que me digas que no! . . . El mes que viene me embarco para Europa: ya está decidido. Alberto ha sido nombrado cónsul en Burdeos, pero como tiene asuntos que ventilar en París, yo me instalaré de fijo, en París, mientras él compartirá su tiempo entre el consulado y los negocios. Tiene grandes esperanzas en los tales negocios . . . piensa ganar mucho dinero . . . tú lo conoces . . . pero yo me he puesto tan escéptica que en nada, nada creo . . .

Aquí hubo una pausa y la voz siguió más suave, más condolida, más maternal:

— . . . Bien . . . no es un ofrecimiento de palabra éste que voy a hacerte, no; es un deseo vehemente que quiero ver cumplido . . . ¡es un favor, *ma mignonne*, lo que voy a pedirte! . . . Oyeme: tanto Alberto como yo, queremos que te vengas con nosotros a Europa, y que te quedes en nuestra casa como si fueras nuestra hija, el tiempo que tú quieras: unos meses, un año, dos años . . . en fin, lo que tú quieras! . . . Dado el parentesco y la intimidad de mi familia con todos los Alonso, esta proposición que te hago es muy natural; yo quería a Antonio tu padre como si fuera mi hermano, y a ti te veo lo mismo que a una hija . . . Eugenia no puede tener inconveniente en que estés en mi casa por una temporada; ¡ella sabe lo mucho que me interesa por ti! Pasarás unos meses alegres, felices . . . ¡me acompañarás tanto, linda mía! . . . y yo te cuidaré y te divertiré mucho, mucho ¡ya lo verás! Allí con-

migo, olvidas en un momento *tous ces petits embêtements* que te tienen ahora triste!

Y esto lo fue diciendo poco a poco, en un tono musical de una delicadeza exquisita. Su voz, que parecía implorar algún favor, estaba en realidad llena de infinita compasión. Yo la sentí vibrar en lo más delicado de mi alma, y como dadas las circunstancias aquella bondad suave no hacía sino aumentar más y más mi dolor, con la voz temblorosa velada por el llanto le contesté:

—¡Ay Mercedes, eso me faltaba ahora! . . . ¡que también tú te me fueras! ¡Piensa si yo tendré deseos de acompañarte! Pero creo que es inútil el proponerle siquiera y desde ahora te digo: ¡no cuentes conmigo! . . .

Pero Mercedes insistió y yo sin fe ninguna, presintiendo de antemano la humillación de la negativa, ofrecí hablar a Abuelita.

Ayer mismo lo hice. Abuelita me escuchó con cariño, y con lástima me contestó algunas frases evasivas, y me dio a entender que aun cuando en principio le resultase inaceptable, iba sin embargo a deliberar con calma sobre la proposición de Mercedes.

—Sí . . . Va a consultar a tío Eduardo —pensé yo—. Mañana vendrá la negativa rotunda.

Pero anoche mismo me habló. Borrada ya la anterior compasión, con la fortaleza de espíritu, y la unidad de sentimientos que da la convicción neta del deber, Abuelita me hizo un largo sermón lleno de consejos en el cual me demostró la imposibilidad absoluta de aceptar la invitación de Mercedes. Alberto era un hombre sin respetabilidad ninguna, la misma Mercedes tenía ideas muy libres, un concepto de la vida muy erróneo, yo era muy impresionable, una niña de mi edad era delicada como un cristal que de nada se mancha y de nada se quiebra . . . ella no podía de ninguna manera aceptar semejante locura . . . obraría, contra su conciencia, contra su deber de madre.

Lo del «cristal delicado» me dio a entender que en la deliberación del proyecto había tomado parte no solamente tío Eduardo, sino también María Antonia, la cual, a más de ser adictísima a la anterior metáfora, goza de mucho prestigio ante los ojos de Abuelita, cuando se trata de ventilar estos asuntos que atañen al honor o la moral. «María Antonia tiene muy buen criterio» —suele decir Abuelita en semejantes ocasiones— «y por eso me gusta siempre conocer su opinión».

Pero mi dolor es tan grande, que toda esta fantasmagoría de viaje con Mercedes, ha pasado por mi espíritu sin impresionarlo siquiera. Fue como un espejismo que brilló un segundo frente a mis ojos y que mis ojos desdijeron mirar. Tras el espejismo, sólo han visto desde el primer momento el espantoso vacío que dejará Mercedes en mi vida. Y viéndolo sin cesar, como lo veo ahora, exclamo constantemente a través de mi llanto: «Cuando deje esta suavidad consoladora del campo, y me vuelva a Caracas, dolorida, humillada, sin una esperanza, sin el piadoso cariño de Mercedes ¡qué va a ser de mí, Dios mío . . .!».

Hay momentos que tendida en la hamaca, mirando por la ventana la trémula

compañía de mi acacia, me doy a repasar con la memoria todas las andanzas de mi vida; recuerdo las oscuras predicciones que una vez, allá en Biarritz, leyó en mi mano cierta famosa adivina; acabo por adquirir la convicción espantosa de que mi sino es un sino fatal, y, entonces, pienso con tristeza en el acierto grande que hubiera sido, el que este cuerpo mío, tan lindo y tan desgraciado, no hubiera nacido nunca. Ceñida como estoy dentro de mi kimono de seda negra, al formular este renunciamiento a la vida, me levanto de la hamaca, voy a mirarme en el óvalo alargado del espejo; y allí me estoy un largo rato inundada en el placer doloroso de contemplar mi rostro, tan fino, tan puro de líneas, tan armonioso, tan triste . . . ¡sí, tan triste y tan perdido para el objeto de sus ansias! . . . Pero no obstante, allí mismo, delante del espejo, cuando de golpe, atrevida y pagana, agarro por fin los dos bordes del kimono con los dedos, y estiro los brazos, y bajo los brazos, el kimono abierto, se vuelve como un ala de murciélago tendida tras el milagro purísimo de mi cuerpo; entonces, deslumbrada y feliz, me miro en los ojos, y mis ojos y yo nos sonreímos juntos largamente, en plena satisfacción, porque comprendemos que a pesar de todo el sufrimiento y de toda la humillación, soy yo, ¡yo! quien delante de Gabriel triunfará para siempre en este torneo de su amor. Me digo que su novia, esa María Monasterios, no podrá jamás compararse conmigo dentro del gusto de Gabriel, que me encuentra linda, divina, porque él mismo me lo ha dicho, yo lo he visto, y Mercedes, que tanto sabe de estas cosas, me lo ha asegurado también . . . y así, ante el espejo, sonriéndole a mi belleza, con el delicioso sentimiento de mi superioridad, olvido un instante el infierno de los celos, me río en voz alta con risa de desdén al pensar en la trivial figura de esa María Monasterios, desprecio a Gabriel que no ha podido hacerse una vida independiente y brillante sin sacrificar el placer exquisito que hubiera sido yo para él, y entonces, pensando en todos los años de juventud que me aguardan, florezco de nuevo en la esperanza, y me digo que Gabriel es solamente una forma de las múltiples y eternas formas que para embriagar la fiesta de mi juventud ha tomado un instante este divino vino del amor . . .

Envuelta otra vez en el kimono, y envuelta en el convencimiento feliz de mi belleza, me vuelvo a la hamaca, me balanceo en la hamaca, y como aquel primer día en que me sentí agobiada por el espectáculo de mi pobreza absoluta, me pongo a pensar de nuevo, y de nuevo me pregunto con ansia y con susto qué cosa grande y terrible es esta del amor que nos espera siempre, y nos asedia en todas partes con sus garras abiertas . . .

¡Ah! ¡el amor . . . el amor! . . . ¿Por qué preguntárselo al balanceo de la hamaca? . . . ¡Si lo he sentido ya! . . . ¡si es esta tragedia subterránea y callada sobre la cual todos pasan su indiferencia, como se pasa sobre el suplicio macabro del que enterraron vivo . . . sí . . . sí . . . ¡a qué engañarme! . . . ¡si ya lo conozco! . . . es esta brasa siempre chispeante y encendida, es esta quemadura dolorosa y ardiente, que me hace sentir el dolor terrible de la carne y me pone a pensar con ansia y con infinita nostalgia, en el dulce silencio de la nada! . . .

## TERCERA PARTE

### HACIA EL PUERTO DE AULIDE

#### CAPITULO I

*Después de dormir profundamente durante largos meses, una mañana, del fondo de un armario, entre lazos, encajes y telas viejas, se ha despertado de golpe la verbosidad literaria de María Eugenia Alonso. Hela aquí restregándose los ojos todavía.*

HACE COMO COSA de dos años, yo tenía la costumbre de escribir mis impresiones. Pero dicha costumbre me duró tan sólo algunos meses, pues en un momento dado, sin saber por qué ni cómo, la encontré necia, ridícula, fastidiosísima, me dije que era una gran tontería escribirse cosas a sí mismo, y sin más ni más, en un día de actividad, tomé las cuartillas escritas, hice con ellas un gran paquete, lo envolví en un periódico, y luego de atarlo con una cinta de hiladilla blanca, lo escondí en el doble fondo de mi armario de luna donde nadie pudiese hallarlo nunca.

Como ayer me encontraba en otro día de actividad resolví arreglar a fondo mi armario de luna. Pasé un largo rato descosiendo encajes, doblando cintas; puse a un lado todos los vestidos que ya no uso, y que dividí en lotes para regalarlos a las sirvientas, y cuando más rodeada me hallaba de cajas, lazos, pañuelos y ropa vieja, se me ocurrió abrir el doble fondo del armario, vislumbé el paquete enterrado desde hace dos años bajo su cinta blanca; lo tomé, lo abrí, y por aquí, y por allá, comencé a leer al azar las borroneadas cuartillas.

Tanto lograron interesar mi atención, que dejando al punto la emprendida obra de liquidación y particiones, tomé el autobiográfico paquete. Con él entre las manos me fui a instalar como acostumbro frente a los naranjos de la ventana, y allí, sentada en mi silloncito, me puse a leer.

A decir verdad, semejante lectura me proporcionó una agradable sorpresa, tanta, que leídas las primeras cuartillas, resolví inmediatamente reanudar mi olvidado relato de impresiones. Por esta razón he amanecido hoy ante mi escritorio, pluma en ristre, y con gran locuacidad de espíritu.

Según pienso ahora, yo me juzgaba muy severamente a mí misma cuando encontré ridícula la costumbre de escribir mis impresiones. En desagravio, quiero declarar hoy solemnemente, que las borroneadas cuartillas que se hallaban en el doble fondo de mi armario de luna, no son ridículas, sino que por el contrario, encierran para mí, gran interés psicológico. En cuanto a la forma literaria, tienen muchos defectos que he notado, además de los otros muchísimos que no he notado. Según parece, los defectos pertenecientes a esta segunda categoría, pululan escondidos por millones, ante los propios ojos de un autor, razón por la cual, los literatos que son muy honrados en sus convicciones, suelen juzgar geniales todas aquellas obras que surgen de su pluma, y por esta misma razón, con no menos honradez, suelen juzgar imbéciles y cretinos a todos aquellos lectores que no las juzguen geniales.

Como soy a la vez autor y único público de mis obras, gozo de la inmensa satisfacción de admirar mi talento literario, sin tener por qué quejarme de la idiotez humana, ni calificar con palabras insultantes a mis prójimos, cosa esta, que, a más de ser desagradable e irritante, es muy poco cristiana. Creo que si todos los autores hicieran como yo, se ahorrarían a sí mismos numerosísimos disgustos. Pero según veo la prudencia y el espíritu de previsión no abundan mucho en el gremio de los literatos.

La lectura de las enterradas cuartillas escritas hace dos años, me tomó gran parte de la mañana, y la tarde entera de ayer. Consideradas literariamente, desde mi falsísimo punto de vista de autora, las he encontrado superiores a ciertas crónicas, cuentos, y poemas en prosa con los cuales acostumbran a engalanarse ciertos diarios y revistas; cosa esta que no es alabar mucho mis cuartillas, ni faltar descaradamente a la modestia, porque la mayoría de los cuentos, poemas, y crónicas a que me refiero, con perdón de sus autores, suelen parecerme bastante malos.

Este es mi juicio sincero en cuanto a la forma literaria de mis viejas y resucitadas cuartillas. Ahora, consideradas psicológicamente, repito que me han sido de gran utilidad, puesto que gracias a su lectura he podido comprobar los inmensos progresos realizados por mí, en esta ardua y florida cuesta del bien. Como es natural, semejante descubrimiento a más de satisfacerme muchísimo, me servirá ahora de aliento o acicate para continuar avanzando por dicha ardua y florida cuesta.

¡Sí! los progresos morales y materiales realizados por mí en estos dos últimos años, son inmensos y son numerosísimos.

En primer término, debo declarar que he perdido ya completamente aquel criterio anárquico, desorientado y caótico, que, como decía con tanta razón Abuelita, constituía una amenaza y un horrible peligro para mí porvenir. Resultante, o prueba palpable de que he perdido semejante criterio, es el comprobar que ahora, ya no me pinto la boca con *Rouge éclatant de Guerlain*, sino que me la pinto con *Rouge vif de Saint-Ange*, cuyo tono es muchísimo más suave que el del *Rouge éclatant de Guerlain*; jamás me siento sobre una mesa sino siempre, siempre, en las mecedoras, sofás, sillas o taburetes, según las circunstancias; nunca se me ocurre el tararear y muchísimo menos el silbar canciones picarescas, que son indecencias propias de café concierto, indignas de ser entonadas por la boca de una señorita; evito asimismo muy cuidadosamente todo género de interjecciones, aun aquellas que parecen inocentísimas como es la francesa «¡sapristi!» y las castellanas «¡canastos!» «¡caray!» y «¡caramba!», pues estoy convencida de que en el fondo no son sino hipócritas sinónimos de otras peores; nunca voy al corral a conversar con Gregoria, acostada en el baúl de tío Enrique, sino que hablo con ella de pie, el solo tiempo preciso y necesario para dar alguna orden relativa a la ropa, y esto, generalmente, tiene lugar en la cocina o segundo patio; no leo novelas cuyas heroínas tengan amantes, palabra que, dicho sea entre paréntesis, no menciono ni escucho mencionar jamás, sino cuando María Antonia la pronuncia colocada entre dos nombres propios, debidamente escandalizada y por haberla descubierto o presentido ella en la vida real y corriente.

Semejante enumeración bastaría por sí sola a darme una idea aproximada de mis progresos en el bien, si no fuera porque acabo de notar que dicha enumeración está formada solamente de virtudes o condiciones que podríamos llamar «negativas», y que necesito añadir a ella la lista de mis nuevas condiciones o virtudes «positivas», a fin de demostrar así, cómo estos dos años transcurridos, si bien es cierto que por un lado han sido muy restrictivos, no es menos cierto que por otro han sido sumamente fecundos y provechosos.

Sí; en estos dos años he aprendido muchísimas cosas.

He aprendido a bordar y a coser admirablemente tanto a la mano como en la máquina de Singer; conozco ya tres clases de calado; sé hacer postres difícilísimos como son la Chipolata, la Moka o el *Gâteau d'Alsace* con su fuente de caramelo y todo; riego por las noches los helechos del corredor que se han puesto muy verdes y abundantes; cuento la ropa todos los lunes al entregarla a Gregoria para el lavado, y la vuelvo a contar todos los sábados al recibirla limpia y planchada; fricciono a Abuelita con Elliman's Embrocation, cuando le duelen las rodillas; sé poner inyecciones; rezo el rosario con tía Clara y tengo novio.

De los anteriores progresos o cambios de vida, el del novio es el más reciente de todos y es sólo por esta causa por lo que lo he situado al final de la enumeración. A no haber mediado dicha circunstancia lo hubiese puesto a la cabeza de mi lista porque yo creo que el tener novio es para mí un acontecimiento de bastante importancia. Meditándolo bien y con calma, echo de ver

que la importancia de semejante acontecimiento, no solamente se relaciona con mi vida actual, sino que tendrá quizás una gran influencia en la vida futura de las generaciones venideras, puesto que del novio resulta el matrimonio, del matrimonio los hijos, de los hijos los nietos, y de los nietos y biznietos, una larga descendencia, que puede multiplicarse hasta lo infinito, infiltrarse por todos lados e influir así notablemente en el destino del mundo. Esta idea, basada en la virtud de las progresiones geométricas, me llena de satisfacción, porque despierta en mí el sentimiento de mi importancia en cuanto a entidad humana, me dice que seré quizás el tronco de una complicada trabazón de ramas genealógicas, y me advierte que mucho antes de mi nacimiento, era ya un eslabón indispensable e indestructible de esta larguísima cadena humana, cuyo origen se esfuma en lo más oscuro de la prehistoria, según el decir de algunos, y según el decir de otros como verbigracia tía Clara, no se esfuma en absoluto, sino que brilla reluciente y claro como el riquísimo broche de una cadena de oro, allá, bajo las selvas del Paraíso Terrenal, en los amores virgilianos, patriarcales, y fecundos de Adán y Eva.

Pero acabo de ver que estoy filosofando, y como no quiero malgastar mi inteligencia en decir cosas profundas que nadie ha de leer nunca, aquí me detengo en cuanto a filosofías, y paso a relatar en pocas palabras, con la mayor claridad y concisión de que soy capaz, cómo, y cuándo, me ocurrió este gran acontecimiento del novio.

Helo resumido aquí.

Un día, hará cosa de cinco o seis meses, Abuelita, tía Clara y yo, nos hallábamos sentadas alrededor de la mesa, y como de costumbre almorzábamos las tres en silencio. Solamente yo, por hacer y decir algo, me abanicaba de tiempo en tiempo con la servilleta y exclamaba:

—¡Qué calor!

Pues aunque no lo sintiera en absoluto, nos hallábamos en agosto y no me parecía oportuno el decir por ejemplo:

—¡Qué frío!

En un momento dado, María del Carmen, la sirvienta, quien, habiendo sido en otros tiempos amiga predilecta de mi niñez, por aquella su indiscutible elegancia en el arte de jugar con tierra, es hoy, bajo la sabia dirección de tía Clara, la de no menos indiscutible elegancia en el arte de servir la mesa; María del Carmen, digo, pasó una fuente en la cual yacía un trozo de carne con papas al vapor. Tía Clara y yo nos servimos y comenzamos las dos a cortar y comer muy pausadamente, nuestras respectivas tajadas de *roastbeef*. Abuelita, que por causa de su artritis tiene terminantemente prohibidas las carnes rojas, no comía. Esperaba con las manos entrelazadas sobre el plato limpio, a que tía Clara y yo acabásemos con la carne, y entretando, sus ojos, me observaban muy fija y obstinadamente. De pronto dijo:

—Me parece, María Eugenia, mi hija, que te has adelgazado mucho últimamente. Tienes ojeras y mal color. Creo que deberías tomar el jarabe de

glicerofosfatos de Robin, la Emulsión de Scott o cualquier otro fortificante.

Hubo una larga pausa, durante la cual, siguió la carne viajando, a pedazos, de mi plato a mi boca mientras Abuelita, cruzada de manos, continuó observándome tan fija, y tan obstinadamente como antes. Luego de mirarme así un buen rato, a sus anchas y a su entera satisfacción, inspirada sin duda en el mismo tema, volvió a hablar:

—Ya se cumplieron los dos años de la muerte de Antonio. Hoy hace justamente ocho días que se celebraron las misas del segundo aniversario . . . ¡y cómo pasa el tiempo, Señor! . . .

Aquí suspiró Abuelita. Hubo una pausa por la cual se extendió todo el sentimentalismo del suspiro, y después volvió a decir:

—Clara, no comprendo por qué no se han abierto todavía las ventanas. Quiero que María Eugenia se distraiga. Le hace falta alegría, ver gente y tener amigas . . . ¡Todas las cosas tienen su término! ¡Hay que gozar de la juventud! . . . ¡Es muy lícito y muy natural! . . . Ya es tiempo de que María Eugenia, se quite el luto y se siente en la ventana.

Aquella misma tarde, tía Clara, luego de rezar el rosario, le dijo a María del Carmen, que sacudiese bien, por dentro y por fuera las dos rejas del salón y que sacase de la tabla de arriba del armario de la ropa blanca, la alfombrita y los dos cojines que se usan para apoyar los codos cuando se está en la ventana.

Y fue a eso de las cinco y cuarto, cuando por primera vez, tía Clara y yo, muy vestidas y peinadas, tal y como si fuésemos a salir de visitas, nos sentamos la una frente a la otra en los dos poyos correspondientes de la ventana, que se halla situada a la derecha del salón. Y mientras que juntas, nuestras cuatro rodillas parecían besarse silenciosamente, con el mutismo ritual de las ceremonias, Abuelita se instaló cerca de mí en su sillón de mimbre, y Chispita, la perra lanuda de tía Clara, satisfechísima de poder reanudar al fin lejanas costumbres que, durante el lapso de estos dos últimos años debían brillar rutilantes en la monotonía de su existencia virginal, la señorita Chispita, digo, se subió de un brinco a la ventana, se extendió boca abajo sobre la alfombra de poner los codos, asomó su hociquillo negro por entre dos balaustres de la reja, y desdeñando mirar el bullicio de la calle, se entregó a sus ensueños entornando voluptuosamente los ojos.

Y fue así como quedó sólidamente establecido en la práctica aquel lícito principio enunciado por Abuelita en la mesa durante el almuerzo: «¡Hay que gozar de la juventud!».

Hasta aquel momento histórico de mi vida, yo nunca me había «sentido» en la ventana, e ignoraba por completo su psicología. Es cierto que estaba ya muy acostumbrada a mirar, tras de las rejas abiertas, a uno y otro lado de la calle, tantos y tantos bustos femeninos, de cabezas más o menos interesantes o triviales, más o menos feas o bonitas, más o menos indiferentes o curiosas, que al atravesar la ciudad me miraban pasar, y me seguían con la vista fija a través de los barrotes. Es cierto que me había asomado algunas veces



en las ventanas de la casa de tío Eduardo, acompañada de mi prima, pero en realidad, hasta aquella tarde, no conocí la sensación exacta y el verdadero sentido de esta frase, símbolo de regocijo «ponerse en la ventana».

Ahora recuerdo que al principio, la tal sensación me resultó algo ridícula. Me parecía que nosotras cuatro, o sea, Abuelita, tía Clara, Chispita y yo, habíamos tomado para aquella especie de ceremonia de inauguración, unas actitudes inmóviles y solemnes que eran horriblemente falsas. Ante semejante sensación de falsedad me juzgué ridícula; como consecuencia del ridículo empecé por aburrirme, seguí por crisparme de nervios, y acabé por echar violentamente de menos las tardes pasadas en mi cuarto, a solas, con mi bordado y mis libros.

A pesar de tanto aburrimiento y nerviosidad, al fin, sin saber cómo, empecé a distraerme. Mi atención se había ido engranando poco a poco en los detalles que la rodeaban, e insensiblemente, una vez en ellos, me condujo por el camino de las observaciones. Primero noté que a medida que avanzaba la hora propicia del paseo, los vehículos iban aumentando más y más, hasta llenar de ruidos y de movimiento la calle entera. Cuando el bullicio estuvo en todo su apogeo, inopinadamente, allá en el fondo de mi alma estalló la siguiente filosófica exclamación:

—¡Ah! ¡Qué triste sino el de los condenados a mirar cómo pasa la vida, sentados así en esta actitud secundaria de humilde espectador! ¡ay Dios mío! y quién fuera por lo menos uno de esos neumáticos grises, que atados con cuatro correas en la parte posterior de los automóviles, corren alegremente por el mundo!

Hipótesis desesperada que me hizo dar un salto de impotencia. Y como ocurriese que en aquel propio instante el extremo de la cortina de seda crema que adorna la ventana se hallase preso y arrugado a modo de pañuelo, entre la palma y las falanges de mi distraída mano izquierda, al dar yo el salto de impotencia, la cortina entera se estremeció. Viendo la conmoción, tía Clara dijo:

—¡Estate quieta, María Eugenia! Vas a romper esa cortina.

Y reanudó con Abuelita los inagotables e interesantísimos comentarios, que a propósito de los transeúntes, vehículos y pasajeros, brotaban abundantes de sus respectivas bocas, desde hacía ya media hora.

Abuelita observó:

—Veo, Clara, que ahora pasa muchísima menos gente a pie que la que pasaba hace un rato ¡qué raro!

—No es nada raro, es muy natural —respondió tía Clara. Y explicó—: Mira, de las cinco a las cinco y media, pasa toda la gente que va a las vespertinas del cinematógrafo. Después la calle se queda sola hasta las siete o las siete y media, que es cuando vuelven a pasar ya de regreso.

—¡Aaaah! —dijo Abuelita, explicándose el fenómeno. Luego añadió—: ¡Es prodigioso cómo se ha generalizado en Caracas el gusto por el cinematógrafo! . . . Y me dicen que la mayoría de esas películas son inmoralísimas.

Yo creo como Eduardo: ¡entre el cinematógrafo y los bailes americanos, están acabando con las buenas costumbres, aquí, y en el mundo entero!

Entretanto yo, estaba observando una cosa nada trivial ni despreciable. Y era que todos los pasantes, salvo rarísimas excepciones, así fuesen hombres o mujeres, así fuesen viejos o jóvenes, así fuesen a pie, en automóvil, o en coche, al ver nuestra ventana se fijaban en mí, dando muestras evidentes de curiosidad y admiración. Esta experiencia empezó por interesarme y acabó por halagarme muchísimo, tanto, que en un momento dado, en vista de la insistencia general, resolví levantarme de mi sitio e ir a comprobar yo misma ante el espejo grande del salón, aquel aserto unánime del público. De pie frente al espejo, en la penumbra de la hora, me miré detenidamente un buen rato, y en efecto, me encontré tan linda con mi vestido blanco de crespón de China, mis finos brazos desnudos, y mi collar de granates ceñido a la nieve del cuello, que complacida me quedé mucho tiempo con las manos en alto arreglando a derecha e izquierda, estas dos rubias, sedosas y onduladas «patillas» de pelo que se dibujan netamente a uno y otro lado de mis sienas. . . Pero la voz de tía Clara, me sacó al fin de mi feliz y animado arrobamiento, al decir así, desde su poyo de ventana, sin volver la cabeza y con los ojos clavados en la calle:

—Ya que estás de pie, María Eugenia: ¡enciende!

Me fui hasta la puerta del salón, le di una vuelta a la llave eléctrica, el salón se iluminó alegremente, y volví a sentarme en mi poyo vacío frente a tía Clara, sonriente, satisfechísima, diciéndome que después de todo era un verdadero crimen el haber pasado dos años enteros privando a los transeúntes del placer de admirar mi belleza, y privando a mi belleza del placer inmenso de sentir la admiración unánime de los transeúntes.

Y ya una vez hecho semejante juicio, lejos de aburrirme comencé a divertirme muchísimo. Me pareció que sentada así, en el salón alumbrado, junto a la reja abierta de par en par sobre la animación de la calle, mi persona adquiriría un notable parecido con esos objetos de lujo que se exhiben de noche en las vidrieras de las tiendas para tentar la codicia de los pasantes. Abuelita era en ese caso el dueño de la tienda, tía Clara, uno de los dependientes, y como yo, Chispita, también estaba de *réclame* en la vidriera. Esta idea se fue fijando tanto en mi mente, que al fin me dije con palabras concretas:

—Sí. Soy en efecto un objeto fino y de lujo que se halla de venta en esta feria de la vida.

Y como el símil en general era muy exacto, y como a mí, por otro lado, me divierte muchísimo meterme en imaginación dentro de cualquier objeto, animal o persona que no sea yo misma, le di vida a la metáfora, e imaginando joyas, brocados y toda clase de objetos preciosos, inmóvil en mi poyo, mientras pasaba la gente me di a pregonar en voz muy baja:

—¡Estoy de venta! . . . ¿quién me compra? . . . ¿quién me compra? . . . ¿quién me compra? . . . ¡estoy de venta! . . . ¿quién me compra? ¿quién me compra? . . . ¿quién me compra? . . .

Pero Abuelita, que a pesar de sus 78 años conserva todavía el oído muy fino, interrumpió de pronto el estribillo de mi juego porque preguntó impaciente:

—¿Qué dices hablando sola, María Eugenia?

Por toda contestación levanté la voz y seguí diciendo al mismo rítmico compás que marcaba mi estribillo:

—¡Estoy de venta! ... ¿quién me compra? ... ¿quién me compra? ... ¿quién me compra? ... ¡Estoy de venta! ... ¿quién me ...

—¡Pues estás diciendo una tontería! ... ¡Sí, una cosa muy impropia que ni aun en broma debe decir jamás una señorita, y muchísimo menos así, en la ventana, donde pueden oírla e interpretarla mal! Si alguno al pasar te dijera un atrevimiento, lo tendrías muy merecido, y no podrías quejarte!

Esto dijo Abuelita muy alterada. Esperó luego a que pasasen unos cuantos segundos, y añadió entonces con voz muchísimo más suave:

—¡No sé, no sé, María Eugenia, mi hija, cuándo aprenderás a medir el alcance de tus palabras!

Yo no volví a decir más el estribillo en cuestión, pero recuerdo que mentalmente lo seguí repitiendo aquella tarde y todas las tardes subsiguientes, al sentarme de nuevo en la ventana, sola, entre tía Clara y Chispita, porque Abuelita que le teme mucho al aire y al polvillo de la calle, no volvió a acompañarnos más en nuestra habitual y vespertina diversión.

Sucedió, pues, que una tarde lluviosa, en que debido al mal tiempo pasaba muy poca gente, de pronto, invadió el desierto de la calle la majestad de un automóvil Cadillac que ocupado por un solo pasajero, y pintado de marrón, venía: «¡Pssssssssssssss!» ... levantando suavísimo, sobre el empapado macadam, un sutil polvillo de agua. Yo lo miré alejarse distraída, pero tía Clara que lo había visto venir de frente, luego que hubo pasado, volvió su cabeza hacia la izquierda, lo siguió con la mirada por entre dos barrotes de la ventana y dijo:

—¡Qué magnífico automóvil! Es del Doctor César Leal. Y seguramente que lo acaba de comprar porque: ¡fíjate! está nuevo, nuevo, nuevo. Antes, César Leal no tenía automóvil sino coche. Pero por lo visto, ahora, todo el mundo prefiere tener automóvil.

Al cabo de un rato:

—¡Pssssssssss! ...

Salpicando agua volvió a invadir la calle el suave rodar voluminoso del mismo automóvil. Tía Clara repitió:

—¡El automóvil de César Leal! ... Ya ha pasado dos veces. ¡Debe estar enamorado de alguna muchacha de esta calle!

Pero esta vez yo, sí me había fijado en el automóvil, y me había fijado también en que su dueño, el llamado César Leal, al pasar frente a nosotras, recostado en la andante y mullida delicia de un asiento color chocolate, me había mirado a mí, con una insistencia y una expresión mucho más intensa de la

que suelen emplear la mayoría de mis admiradores anónimos. Dada esta circunstancia, pensé al momento con gran seguridad y convicción:

—Tiene razón tía Clara, y no hay duda de que esa muchacha soy yo misma.

Pero recuerdo que en voz alta expresé todo lo contrario, porque le repliqué diciendo:

—No creo que esté enamorado de nadie! Hay veces, tía Clara, que las circunstancias nos obligan a pasar y a volver a pasar por un mismo sitio sin que tengamos deseos, ¡qué digo deseos!, pero ni siquiera intenciones remotísimas de hacerlo. Acuérdate además que más abajo hay una venta de gasolina, los autos bajan a comprarla.

No obstante el automóvil del Doctor Leal seguía: ¡Psssssss! . . . pasando, pasando, y sólo dejamos de verle cuando ya anocheciendo tuvimos que cerrar la ventana porque había llegado la hora de irnos a comer. Recuerdo muy bien que cuantas veces le vio venir, tía Clara repitió su acertadísima opinión:

—Debe estar enamorado de alguna muchacha de esta calle.

Y mientras el auto se alejaba zigzagueando suavemente por entre los obstáculos del tránsito, mirándole perderse allá, en lontananza, tía Clara, con la cabeza enteramente volteada hacia la izquierda añadía este u otro comentario por el mismo estilo:

—¡Ah! . . . ¡es muy buen partido! . . . Muy picaflor, muy resbaloso, eso sí, ha dejado ya a varias novias, pero es magnífico, en todos los sentidos, ¡Ah! la muchacha que logre casarse con él, pone una pica en Flandes!

Yo, por mi parte, no decía ni una palabra, sino que al escuchar:

—¡Psssssssssss! . . .

comprendiendo que aquel pasar y repasar estaba completamente dedicado a mí, por amabilidad, finura, agradecimiento, etc., miraba vagamente, hacia el asiento color chocolate, y sonreía suave, suavísima, con una imperceptible sonrisa, que siendo más bien amable que tímida, era más bien tímida que amable, y que siendo completamente involuntaria, era al mismo tiempo enteramente voluntaria con algo así . . . ¡en fin! resumiendo y en pocas palabras: que cuando yo veía a ¡Psssssss! sonreía al instante de un modo que es facilísimo de hacer y difícilísimo de explicar.

Pero hablando francamente: a pesar del éxito inmenso de mi sonrisa, la cual, al igual del motor, la gasolina, y los cauchos, tenían al flamante Cadillac de arriba abajo, de arriba abajo, de arriba abajo y de arriba abajo; allá en lo más hondo de mi fuero interno, yo, sonreía sin convicción, puesto que creía firmemente que ni César Leal ni su automóvil merecían en absoluto tan exquisita sonrisa. Al auto lo encontraba llamativo, muy mal de colores, sumamente recargado y con un *chauffeur* vestido que era una ridiculez. En cuanto al dueño me parecía demasiado gordo, demasiado trigueño, demasiado viejo, demasiado recortado dentro del chocolate, demasiado . . . pero ¡ah! creo que es importuno, y creo que es además completamente inútil, el hacer ahora la lista de las primeras impresiones producidas en mí por la persona de César Leal, puesto que la primera impresión producida en nosotros por cualquier

persona que no se haya tratado aún, no tiene importancia ninguna, y que lo de atenerse a dicha primera impresión no es cosa racional y posible, sino cuando se trata de objetos inanimados, que se van a comprar, tales como son por ejemplo: los zapatos; las medias de color; los vestidos de baile dada la forma del escote; y sobre todo: ¡los sombreros! ¡ah! sí, ¡la primera impresión de un sombrero es fiel e importantísima, porque casi, casi nunca nos engaña!

Pero en cambio, jamás debe tomarse en cuenta nuestra primera impresión al tratarse de una persona, y muchísimo menos aún, si entre nosotros y la susodicha persona, se ha tendido ya esta red sutilísima del amor; red divina y luminosa, en cuya trama se agolpan y enredan por millares, las incógnitas, los imprevistos, los descubrimientos y las sorpresas . . .

No había transcurrido todavía un mes de la tarde que acabo de mencionar, cuando una mañana, yendo de mi cuarto al comedor para beberme un vaso de agua, oí que la voz de Abuelita, llena de solemnidad, me nombraba a lo lejos, allá, en su oasis del corredor de entrada. Inmediatamente, en puntillas, y por dentro de las habitaciones, me llegué a la puerta del saloncito que está próxima al corredor de salida, y una vez allí, entré en conocimiento de que asistida por tía Clara, tío Eduardo y tío Pancho, Abuelita celebraba consejo de familia, y que era ésta mi persona el tema que se hallaba en discusión sobre el tapete. Aun cuando sé perfectamente que el escuchar detrás de las puertas es cosa feísima y absolutamente reprobada por la buena educación, yo suelo ponerla en práctica cada vez que se me presenta la oportunidad, porque considero que es ésta una de las poquísimas formas bajo las cuales se nos muestra la verdad en todo su refulgente esplendor, sin circunloquios, ni reticencias de ninguna especie, y sin tener sobre todo aquel aspecto de insulto que adquiere siempre que se la escucha de frente y cara a cara, ya sea en forma de consejo o en cualquier otra forma.

Una vez asentado el anterior principio, no es pues ningún cinismo, ni tengo por qué avergonzarme de confesar, que no bien llegué a la puerta del saloncito, escuchados ya los primeros retazos de la conferencia, en lugar de marcharme, no, arrastré en silencio uno de los sillones del juego, lo coloqué junto a la puerta contigua, cosa de poder escapar fácilmente, si así lo exigían las circunstancias, me senté en el sillón, me recosté bien, apoyé mi cabeza sobre su respaldo y me entregué a la audición en forma muelle y agradable.

Por el momento, era Abuelita quien llevaba la palabra y en medio del silencio general decía:

—¡Nadie, nadie, me parece bastante para ella! No es porque sea mi nieta, pero es muy superior, sí, superiorísima a todas las demás! . . . Por supuesto, Eduardo, que al hablar así, no me refiero a Cecilia Margarita, que es también una muchachita encantadora, sino que me refiero a la mayoría de esas niñas insulsas y malcriadas que según tú mismo dices, se encuentran hoy día, a cada

paso, en todas partes . . . —Y repitió—: ¡No es porque sea mi nieta, pero es muy superior a todas las demás! . . .

—¡Pues eso mismo creo yo —dijo la voz de tío Pancho— y porque lo creo firmemente, me parece un disparate, el que María Eugenia vaya a casarse desde ahora, sin haber visto el mundo. ¡Que baile, que se ría, que se divierta, y después que se haya divertido bastante, entonces: ¡que se case si quiere!

—¡Anda! . . . ¡si es de casarme que hablan! —pensé yo, dándome tono y poniendo los dos pies sobre una silla cercana a fin de estar todavía más cómoda. ¡Y apuesto a que es tío Eduardo, el abogado defensor de mi matrimonio!

—Las mujeres, Pancho, deben aprovechar las ocasiones cuando se les presentan —replicó en efecto la voz gangosa de tío Eduardo, la cual, a más de gangosa se hallaba aquel día ronca por asuntos de un resfriado—. Mira que en Caracas no abundan los buenos partidos, y es muy probable que más adelante, María Eugenia no vuelva a encontrar lo que ha encontrado ahora!

—Pues entonces, que ni se case ahora, ni se case después: ¡que no se case!

Recuerdo que esta solución de tío Pancho, me sonó malísimamente en los oídos, tanto que aprobé mucho la voz de Abuelita, cuando empezó a decir:

—¡No, Pancho, no, de ningún modo, yo no pienso así! . . . Mira: María Eugenia, es el alma y es la alegría de esta casa; el día que se vaya de aquí nos dejará un vacío inmenso, terrible, pero yo no soy egoísta, no, y aunque tampoco soy muy amiga del matrimonio, opino como Eduardo: María Eugenia necesita un marido. Lo necesita por su situación, y lo necesita por su carácter. Esta niña es demasiado bonita, y es al mismo tiempo demasiado libre en sus ideas, sola, podría hacer quizás muy mal uso de su libertad . . . ¡Sí, esa excesiva independencia, ese carácter impresionable, ese desdén por todo lo que representa para ella una autoridad, son cosas muy, muy peligrosas! Es cierto que últimamente se ha corregido mucho, pero aun así, yo creo que para ella es indispensable tener a su lado una voluntad fuerte que la guíe o mejor dicho que la someta, y la eduque para la vida. ¡Ah! ¡no, yo no me moriría tranquila si dejara a María Eugenia sola de su cuenta, sin un apoyo en el mundo!

Si la frase de tío Pancho me había sonado mal, estas finales de Abuelita me llenaron de indignación, y de no haber estado escondida en el saloncito, le hubiera contestado airadísima diciendo: que mi educación se hallaba terminada desde hacía más de tres años, que me encontraba satisfechísima de ella, que juzgaba el período educativo la época más desagradable de la existencia, y que si ahora aceptaba un marido, no era en absoluto para seguir insistiendo sobre el tema fastidiosísimo de mi educación, sino para tratar con él de asuntos que yo juzgaba mucho más nuevos y divertidos. Afortunadamente no me hallaba visible, y esta circunstancia feliz me evitó un serio disgusto que habría terminado en el consabido y larguísimo rosario de consejos que ya sé de carretilla.

Y mientras indignada, protestaba a solas contra las palabras de Abuelita, tío Pancho, que seguía encasquillado en su tesis antimatrimonial no le pasó

por mientes, el combatir aquel horrible proyecto de futura y eterna educación sino que dijo:

—Pues Eugenia, francamente, lo que a mí me parece muy egoísta, es que usted, para tranquilidad suya, sacrifique tal vez a María Eugenia casándola desde ahora.

—¿Pero de dónde sacas tú que yo la estoy casando? —dijo entonces Abuelita muchísimo más indignada que yo, y con una voz que demostraba el colmo de la exaltación—. ¡Cualquiera que te oyera hablar, Pancho, diría que yo soy una mujer desnaturalizada, que quiere salir de su nieta a todo trance y la obliga a aceptar el primero que pasa por la calle! . . . ¡Qué injusticia tan grande, Dios mío! . . . ¡Cuando es todo lo contrario! . . . ¡Cuando yo sé de sobra y desde ahora que el día en que María Eugenia se case, será un día de duelo, un verdadero día de entierro para mí!

—Sí —terció por primera vez tía Clara—. A mamá le hará una falta inmensa María Eugenia el día que se vaya de su lado. Y a mí, además de falta moral, me hará también falta material, porque me ayuda muchísimo en el manejo de la casa. ¡Desde hace más de un año es ella sola quien se entiende de un todo con la ropa!

—¡Pero Señor —volvió a ganguear tío Eduardo—, si no es cuestión de matrimonio todavía! ¡No sabemos si se entenderán entre ellos al tratarse! ¡Pero si ni siquiera sabemos lo que piensa María Eugenia sobre el particular!

—¡Ay! es muy difícil, o mejor dicho, es imposible que nadie sepa nunca lo que piensa María Eugenia —objetó la voz de tía Clara—, porque como es tan caprichosa, hoy te dice verde y mañana te dice colorado! Creo que a ella misma le cuesta mucho trabajo saber lo que quiere. Sin embargo, a mí me parece que le gusta César Leal . . . ¡sí, juraría que le gusta!

—Pues yo no creo que le guste —dijo tío Pancho—!, pondría mi mano en el fuego porque no le gusta! Lo que sucede es, que encerrada en estas cuatro paredes donde la tienen ustedes, ha perdido el sentido crítico, está desorientada, y no posee la noción de lo mejor ni de lo peor porque carece de puntos de comparación. María Eugenia tiene el gusto completamente anarquizado. Temo muchísimo que se le ocurra casarse con César Leal, que se arrepienta después, y que acabe por ser desgraciadísima!

—Pues conste —siguió diciendo Abuelita en el mismo grado de exaltación—, conste que yo, por mi parte no he influido ni influiré jamás directamente en ella para que acepte ni a ese pretendiente, ni a un rey que se le presentara. Todavía no le he dicho una palabra sobre el particular: ¿oyes, Pancho? ¡ni una palabra!, y es que quiero dejarla en plena libertad de elección . . . Pero de ahí a que yo me oponga rotundamente y le cierre las puertas de mi casa a un joven honorable, que reúne buenas condiciones, que ha procedido con entera corrección, y que está locamente enamorado de María Eugenia: ¡hay un abismo! ¿no te parece, Eduardo?

—Sí, ¡hay un abismo!

Respondió tío Eduardo, con su voz acatarrada de eco profundo, que dada la distancia resultó muy onomatopéyica, porque pareció surgir realmente del fondo de un abismo. Pero después de una pequeña pausa durante la cual tosió muy estrepitosamente, dijo con la voz mucho más clara:

—Si César Leal se hubiera presentado en casa, como pretendiente de mi hija, bajo la forma correcta en que se ha presentado aquí, yo lo habría recibido con los brazos abiertos . . . Por supuesto que digo: «bajo la forma correcta en que se ha presentado aquí», porque es muy cierto que en el fondo, Leal es uno de estos hombres reacios al matrimonio, que le gusta divertirse, y que ha dejado ya a varias novias, pero por otro lado, también es cierto que nunca, jamás, en ninguno de sus amoríos anteriores, había empleado la forma respetuosa y correcta que ha empleado ahora. Según me ha asegurado él mismo, es ésta, la primera vez que se enamora seriamente, y como he dicho ya, vengo comisionado por él a anunciarles «que está firmemente resuelto a casarse cuando María Eugenia lo acepte, en el día y la hora que nosotros fijemos». ¡Yo creo que un hombre de palabra no puede ofrecer mayores garantías!

—¡Aaaaaaay! —aspiré yo emocionada y con la boca abierta al escuchar tan descomunal noticia, mientras que:

—¡Naturalmente que si no fuera así yo no lo recibiría! —exclamaba al mismo tiempo Abuelita, severa y solemnísimá, cortando en seco el discurso de tío Eduardo—. ¡Ah! ¡ya lo creo! . . . ¡de otro modo no me expondría jamás, ni expondría a María Eugenia, a que un hombre, sea cual fuere, entrara en mi casa, para salir después, burlándose de mí y de ella!

Tía Clara, con un gran dejo de melancolía, como si algún triste recuerdo palpitara en su voz, dijo:

—¡Desengáñate mamá, los hombres que han sido enamorados y tenorios, por muy buenos que sean, como novios, no resultan nunca unos novios seguros! . . . Pero después de todo, algún inconveniente debía tener Leal: ¡ése es el suyo!

—¿Cuál? —preguntó tío Pancho— ¿el de ofrecer pocas probabilidades de casarse? Pues mira, Clara, en mi opinión ese inconveniente es la mejor de sus cualidades, la más brillante de sus condiciones, y la única garantía de felicidad que puede ofrecerle a María Eugenia!

Pero tío Eduardo que estaba muy en su papel de jefe de familia, proveedor de informes y embajador de tan gran acontecimiento, sin atender a las palabras finales de tío Pancho, emprendió de nuevo su interrumpido discurso:

—Desde todos los demás puntos de vista, no cabe duda que Leal es un joven inmejorable, y por consiguiente: ¿a qué más puede aspirar en Caracas un padre o una madre de familia? Es muy educado, muy correcto, muy inteligente, sumamente culto, no tiene ningún vicio, es Doctor en Leyes, Senador de la República, Director de un Ministerio, tiene muy buena posición monetaria, pertenece a una familia honrada, ha sido buen hijo, es buen hermano: ¿qué defecto le encuentras tú, Pancho?

—Pues encuentro que además de ser echón, fastidiosísimo, y mal escritor,



tiene ese defecto horrible de las cualidades. Mira, Eduardo, si así como has enumerado sólo unas cuantas, hubieras tenido la paciencia de enumerar hasta el fin todas las cualidades de César Leal, habrías compuesto sin saberlo, una especie de letanía mayor como la que rezan por Semana Santa.

Urgida sin duda por la asociación de ideas, la voz de tía Clara dijo al instante:

—¡Es muy generoso! Hace pocas semanas dio una magnífica limosna para el embaldosado de la capilla del Cristo de Catedral; y además estoy casi, casi, segura, de que él estaba entre los ocho que llevaban las varas del palio en la procesión del Jueves Santo el año pasado.

—A mí sin conocerlo me es sumamente simpático desde que he sabido que es un buen hijo —se puso a decir Abuelita ya enteramente calmada—. Y me han contado, además, que cuida muchísimo a sus dos hermanas; no las deja salir solas; no las lleva a los clubs; ni les permite que bailen esos bailes indecentísimos de ahora. ¡Ah! los que son buenos hijos y buenos hermanos, son siempre, siempre, muy buenos maridos!

Tío Pancho dijo:

—Conozco a las hermanas de César Leal. Son dos trigueñas largas, flacas y llenas de barros. Es muy posible que eso de no llevarlas a los bailes de los clubs sea por lo muy feas que resultarán escotadas. De todas maneras, el esconder a los parientes impresentables es una cualidad como cualquiera otra, porque demuestra muy buen corazón y mucho espíritu de familia.

Abuelita sin escuchar en absoluto a tío Pancho, había seguido imperturbable el hilo de sus pensamientos y ahora decía:

—...en Caracas no hay mucho donde escoger, y cada día es más difícil encontrar un hombre que no tenga vicios. ¡Lástima que esos Leal no pertenezcan a nuestro mismo círculo, es decir... a nuestro mismo grupo social!...

Y aquí hubo una brevísima pausa, durante la cual, Abuelita, debió emitir uno de aquellos sus profundos suspiros, que dadas las circunstancias no logró llegar a mis oídos, pero que mi imaginación suplió al punto con su natural acierto y doble-vista. Transcurrida la pausa, Abuelita revistió su voz con ese tono dulcísimo tan propicio a las evocaciones y comenzó a decir muy lentamente:

—Leal... Leal... ¡esos Leal no figuraban en mi tiempo! Me parece haberlos oído nombrar, pero así... muy en segundo lugar... ¡no, no son de lo primero ni mucho menos!... ¡Pero también es verdad que hoy día las cosas están de otro modo!...

Aquí hubo otra pausa a la cual correspondió sin duda un segundo suspiro y añadió:

—¡Ah! no es porque sea mi nieta, pero ella se merece tanto ¡tanto!...

Como yo soy tan susceptible a los elogios, esta frase final repetida ya por segunda vez se me subió decididamente a la cabeza, y recostada siempre en el sillón, con mis dos pies cruzados sobre la silla cercana, me dije parodiando la evangélica expresión, que en efecto, el tal César Lael no era digno de desa-

tar siquiera la correa de mi zapato. Y naturalmente, una vez emitido este juicio, pensé que durante la conferencia, tío Pancho se había expresado como un verdadero sabio, salvo, por supuesto, cuando dio aquella opinión tan necia: «... que ni se case ahora, ni se case después, ¡que no se case! ...». Medité un segundo sobre la susodicha opinión, y de pronto, me molestó tantísimo, que dejé de atender a la conversación, y como si tío Pancho se hallare presente, y por si dado el caso volvía a repetir esa misma opinión delante de mí, para bien preparar lo que le contestaría, lo increpé en imaginación diciendo:

—«¡Que no se case!»... sí... ¡eso es!... «que no se case»... ¡claro!... ¡porque no eres tú, tío Pancho! ¡Quisiera verte en mi lugar a ver si decías lo mismo!... ¿te parece muy divertida la vida que estoy llevando? ... ¿ah? ... ¿crees que voy a renunciar a casarme así, nada más que porque tú lo dices, cuando esta idea de casarme es precisamente la única que me preocupa, y el único fin hacia el cual se dirigen por ahora todos mis actos? Dime: ¿encuentras muy bonito, verdad, que me quede para toda la vida tan elegante y tan feliz como está ahora tía Clara, entre Chispita, los helechos y el rosario? ... ¿te parece? ... ¡No me casaré ahora con César Leal, bueno, pero es porque, como dice Abuelita, no me parece bastante para mí, y porque tengo la seguridad de que puedo encontrar más adelante algo muchísimo mejor! ... Claro, que si no fuera por eso me casaba ahora mismo; mira: ¡ya, ya, ya, una, y veinte mil veces con César Leal! ...

Pero en el corredor, la voz de tío Eduardo, que se hallaba ahora entonando un solo lleno de solemnidad, porque encerraba el acuerdo final de la conferencia, vino a arrancarme bruscamente de mi soliloquio al oírle decir con la precisión terminante de los hechos:

—Entonces, mamá, voy a participarle, que no hay inconveniente y que tú lo recibirás esta noche a las nueve. Según me ha dicho él mismo, ya conoce a Clara y María Eugenia, porque lo presentó la otra tarde un amigo estando ellas en la ventana. Está encantado con Clara, y loco, verdaderamente loco por María Eugenia. Yo creo que si ella lo acepta hace muy buen matrimonio. ¡Ojalá se decida y lo acepte!

—¡Ojalá! —repitió tía Clara— y volvió a decir: ¡Pero, es tan difícil averiguar lo que piensa decidir María Eugenia! ¡Cómo es tan caprichosa!

—Voy a hablar con ella— dijo Abuelita—. Pero por supuesto, que no pienso influenciarla un ápice ni en favor ni en contra de Leal.

—Pues yo, como creo que no le conviene, cuando hable con ella influiré en contra todo cuanto pueda —dijo con mucha tranquilidad la voz de tío Pancho.

—Bueno: ¡eso es cuenta tuya, Pancho! —contestó Abuelita disgustada y como recordando a tío Pancho la carga que representaba el echarse encima semejante peso de responsabilidad.

Y que yo recuerde ahora, en aquella memorable conferencia, nada más se dijo sobre el particular que sea digno de mención, sino que ya, una vez tomado el acuerdo final efectivo, los cuatro miembros que la formaban, se dieron a

hablar de otros asuntos. Pero los últimos diálogos cruzados acerca de mi próxima resolución, me dejaron del lado acá de la puerta, sumida en un mar de perplejidades. Mirando la punta de mis zapatos que se hallaban ahora entrelazados no ya sobre el asiento, sino sobre el respaldo de la silla cercana, casi, casi, al nivel de mi cabeza, me di a pensar que el mundo estaba organizado de una manera muy estúpida y muy desagradable, desde el momento que una mujer bonita no podía sonreír asomada a su ventana, cómo y cuándo le diera la gana, sin que se formara al punto semejante baraúnda de discusiones, conferencias, y presentaciones . . . ¡Ah! sobre todo, aquello de situarme de golpe, frente a una decisión tan trascendental e inmediata, como la del caminante a quien un ladrón le dice de repente: «la bolsa o la vida» era lo que me parecía más horrible y fastidioso. Pero en fin, luego de reflexionar, para salir con bien de tan gran perplejidad, resolví terminantemente que aun cuando tía Clara repitiera una y mil veces aquello de: «hoy te dice verde y mañana te dice colorado» yo, a pesar de haber sonreído diariamente a César Leal por espacio de veinte días consecutivos, ahora no le sonreiría ya más y no me casaría con él de ningún modo, entre otras razones porque se sentaba muy mal en el automóvil; porque no me dejaría bailar foxtrot, ni me dejaría salir sola, y porque tampoco me convenían esas hermanas tan feas de que había hablado tío Pancho, puesto que el día de mañana, ya casada con él, podía tener yo una hija, que en lugar de parecerse a mí se pareciera a sus tías, cosa irremediable, de la cual problemente no me consolaría jamás. Y una vez tomada esta firme resolución, respiré satisfecha y bajando los pies de la silla y levantándome del sillón, abandoné desdeñosamente el saloncito, y la conversación banal que seguía su curso en el corredor de entrada.

Una hora más tarde, Abuelita, tal cual lo había anunciado durante la conferencia, me llamó, y en efecto, me puso al corriente de la visita e intenciones de César Leal. Naturalmente que yo la oí, como si todo me cogiese de nuevo, y por sí o por no, y por darme tono, y por elegancia, resolví asumir una misteriosa actitud de esfinge. Así, pues, escuché la participación en completo silencio e impasibilidad. Cuando Abuelita hubo terminado de hablar, por toda respuesta dije lacónicamente:

—Está bien.

Y me fui.

Pero ocurrió que en la tarde, cuando me hallaba en mi cuarto profundamente engolfada en una novela inglesa de esas que pasan en el gran mundo elegante, de pronto, tal y como si fuera cosa de magia, apareció en el umbral de mi entornada puerta María del Carmen, la sirvienta, cargada con un inmenso *bouquet* formado de rosas blancas y orquídeas.

—¡Lo traen de parte del doctor César Leal! —dijo María del Carmen, encantada de anunciarme tan gran acontecimiento. Y mi cuarto se llenó de una exquisita fragancia, que resultó lo más en armonía del mundo con el ambiente de la novela inglesa.

La vista de las flores me sorprendió deliciosamente, y me llenó de la más

viva satisfacción y alegría, pero como tras de las flores, a más de María del Carmen venía también tía Clara, deshaciéndose en elogios ante la blancura de las rosas y el matiz delicadísimo de las flores de mayo, yo me levanté de mi asiento y tomando el *bouquet* entre mis manos, opté por colocarlo desdeñosamente dentro del jarrón grande, diciendo al mismo tiempo con cierta displicencia:

—Están muy bonitas, pero las pondré en los floreros más tarde porque ahora estoy ocupadísima: ¡estoy leyendo!

—¡Qué desabrida eres, María Eugenia! —comentó tía Clara— ¡unas flores tan lindas! Mamá dice que nunca ha visto reunidas, en esta época, tan gran variedad de flores de mayo!

Pero no bien se marcharon tía Clara y María del Carmen, cerré las puertas de mi cuarto, y reuniendo todos los envases y floreros que puede encontrar los llené de agua y me puse a arreglar las flores en lánguidas y ensoñadoras actitudes. Y hubo flores para el escritorio, para la mesa de noche, para la ventana, para el tocador y para el escabel; surgieron deliciosas y delicadísimas junto a la niebla de mi cortina de punto, se desmayaron dulcemente desde la altura de las rinconeras, y se reflejaron y multiplicaron mil y mil veces, como yo misma, en las infinitas repeticiones de mis tres espejos combinados . . . Y contemplando mi obra, y aspirando el aire, con las narices esponjadas me quedé en éxtasis mucho rato . . .

¡Ah! mi cuarto ya no era mi cuarto, sino una estancia novelesca y encantadora en donde flotaba el más sutil y delicioso perfume. Me acordé del *boudoir* oriental de Mercedes Galindo, siempre lleno de flores, que tanto me había cautivado en otros tiempos, y por imitarla a ella, me puse mi *déshabillé* de encaje crema; arreglé frente al espejo los áureos tufos de mi pelo; me perfumé el cuello y los brazos con Nirvana de Bichara, y luego de pulirme las uñas, tomé de nuevo la novela inglesa y me tendí en mi cama a fin de continuar allí la interesante lectura interrumpida por la visita de tan agradables huéspedes.

Pero ya no logré leer ni un solo instante. El libro marcado y entreabierto por el índice de mi mano derecha, yacía indolente, inmóvil y mudo como toda mi persona sobre el raso azul celeste del edredón, mientras que mi atención admiraba el matiz de las flores, aspiraba voluptuosamente aquel tenue y complicado perfume hecho con rosas, orquídeas y Nirvana de Bichara, y me decía a mí misma que al fin de cuentas debía de ser muy agradable el tener un enamorado que mandase flores casi todos los días. Suavemente embriagada por tan sutil perfume, durante un largo rato, me di a volar sobre sus alas por los deliciosos meandros y vericuetos de mil delicadísimos ensueños. Y si nada cuento ahora de tan dulces ensueños, es porque todos, sin excepción, trataban de asuntos muy imprecisos que me sería arduo y difícilísimo el querer manifestar con palabras. Pero según me parece recordar, creo que en ellos ejercieron gran influencia todos aquellos lores y *ladies*, parques y lagos,

castillos, bailes y cacerías descritos en la novela inglesa que bajo la presión de mi mano, seguía desmayada sobre la seda celeste del edredón.

Después de haber errado a mi gusto y sabor por entre los laberintos de tan suaves divagaciones volví por fin a la realidad y comencé a pensar en César Leal y en su visita de la noche. Me dije que no obstante mi firme resolución, dentro de una actitud reservada y negativa, debía mostrarme amable, puesto que tan preciosas flores me había ofrecido él, y puesto que al decir de tío Eduardo, tan encantado se hallaba en mi persona, cosa que después de todo lo recomendaba como a hombre refinado y de buen gusto. Luego, comencé a pensar también, que en general, era una tontería dejarme llevar demasiado por el criterio de tío Pancho, el cual, como dice con tanta razón Abuelita, no ha demostrado nunca ni buen juicio, ni sentido práctico en la dirección de su propia vida; además era muy lógico por otro lado, que en adelante, desconfiara ya de su opinión, desde el momento que él encontraba naturalísimo el condenarme a que no me casara jamás y a que vegetara eternamente sola, pobre, desairada, y muerta de fastidio, como vegetaba tía Clara.

Una vez hechas estas consideraciones de orden moral, pasé a decidir qué vestido me pondría en la noche para recibir la visita, y hacer mejor efecto si se quiere del que había hecho hasta entonces detrás de las cruces y balaustres de la reja, los cuales favorecen más que otra cosa, puesto que encierran el busto en un ambiente de prisión muy oriental y sugestivo. Decidí primero vestirme de oscuro para dar así el mayor realce posible a la armonía general de la línea, pero luego pensé que en la reducida distancia de un salón es muy difícil hacer destacar la línea, y que resulta muchísimo más importante el ocuparse de la armonía del color con relación a la piel, los ojos y el cabello. Entonces resolví sin discusión ponerme mi vestido de *charmeuse* rosa, ya que en mi opinión el color de rosa es mi verdadero color, aun cuando tía Clara, que no sabe ver, y que tiene continuamente en la retina, la obsesión de las Inmaculadas y Vírgenes de Lourdes, opina que es el azul. Pensando siempre en este asunto de la armonía de colores, me dije que si me hubiese vestido de oscuro, me habría puesto en la cintura sin duda ninguna, dos grandes rosas «reina de las nieves», pero que al ponerme el traje de *charmeuse*, en lugar de las dos «reina de las nieves» me quedarían muchísimo mejor dos flores de mayo... ¡sí! decididamente, dos flores de mayo prendidas con gracia sobre la cintura de mi traje de *charmeuse*, parecerían dos grandes mariposas levantando sus alas sobre una rosa. Y de antemano me entusiasmé, mirando ya el delicioso efecto que haría mi busto griego al surgir clásico y delicado entre tan suaves matices.

Pero, como yo mido y reflexiono muy bien el más insignificante de todos mis actos aun cuando Abuelita se pase la vida diciendo lo contrario, pensé inmediatamente, que si me prendía en la cintura dos flores de mayo de las enviadas en la tarde, esto podría parecer una prueba de aceptación, cosa que se hallaba borrada de mi programa y en absoluta pugna con mi resolución

definitiva. Y entonces, como demostración evidente de que reflexiono muy bien todos mis actos, resolví vestirme con mi traje de *charmeuse* rosa, sin prenderme en la cintura flores de ninguna especie.

Cuando dieron las nueve y cuarto de aquella histórica noche, yo me hallaba todavía frente al espejo, contemplando mi gentil persona, la cual, según el plan anterior, se hallaba envuelta en un sencillo y delicadísimo *gown* de *charmeuse* color de rosa. De pronto viéndome muy de cerca en el espejo, me había encontrado algo insulsa. Ahora me hallaba meditando en la manera de ponerme unas tenues ojeras que me dieran cierto carácter, sin llamar al mismo tiempo la atención de Abuelita, cuando apareció en el marco de la ventana abierta la cabeza de María del Carmen, repitiendo ya por segunda vez este recado:

—Mandó a decir la señorita Clara, que hace más de un cuarto de hora que llegó la visita, y que es muy feo hacerse esperar tanto rato.

Yo eché una mirada al reloj de mi escritorio, y mientras pasaba con muchísimo cuidado junto a mis ojos, la punta de un lápiz Faber número 2, que por estar un poco romo pintaba bastante bien, me dije:

—¡Es curioso el poco sentido que tiene tía Clara para calcular el tiempo! ¡No hace todavía sino seis minutos y medio que oí entrar a César Leal y a eso llama «un cuarto de hora»! Pues bien, aunque ella y Abuelita me manden dos mil recados más, me haré esperar lo menos, lo muy menos diez minutos: ¡éste es el *mínimum* indispensable para aguijonear la atención del que espera, y preparar así el éxito del que llega!

Y ya, las ojeras ligeramente marcadas, con el objeto de hacer tiempo, pero sólo, sólo, sólo, con el objeto de hacer tiempo, tomé del florero imitación de Sèvres que se hallaba en mi ventana, dos flores de mayo, las acerqué y sostuve con la mano junto a la cintura de mi traje de *charmeuse* y me asomé al espejo a fin de apreciar mejor el acuerdo y armonía de tan delicados matices. Por espacio de algunos segundos me quedé absorta contemplando las dos orquídeas que, cogidas a la rosa de mi seno, extendían sobre él aquellas dos alas de mariposa, etéreas, temblorosas, caprichosísimas. Y como se veían tan finas, tan finas y tan suaves de color, extendí la mano hacia mi tocador, tomé en él un alfiler de los largos, y cuidando muchísimo de que las dos flores no se moviesen un ápice de la posición que habían adoptado, prendí los tallos con el alfiler largo, y luego prendí y aseguré las hojas con varios alfileres pequeños, mientras, me decía a mí misma:

—¡Vaya! . . . ¿y por qué no he de ponérmelas? ¡ah! no, no, estos obstáculos que se oponen a la armonía de color o a cualquier otro importante detalle de la *toilette* son muy fastidiosos, y me parece lo mejor no tomarlos nunca en consideración si es que aspiro a andar bien vestida. Además . . . ¿tiene acaso

César Leal el monopolio de las flores de mayo, o es que las flores que él regala se hallan marcadas por alguna inicial o monograma? . . . ¡Psss! ¡Muy bien podría yo haber adquirido estas flores por mi cuenta, y en ese caso no me las habría dejado de poner de ninguna manera, aun cuando él que es tan echón, según dice tío Pancho, me hubiese enviado cestas, carros y vagones repletos de orquídeas!

Y como una vez prendidas en mi cintura las dos flores de mayo, hubiesen transcurido ya los tres minutos y medio, que faltaban para los diez del mínimo reglamentario, con un andar ágil, lleno de elasticidad y de elegancia, dejando tras de mis pasos una deliciosa estela de Nirvana de Bichara y ostentando aquella actitud de importancia y displicencia que debe adoptar toda mujer distinguida, cuando piensa desdeñar a un pretendiente, me encaminé al salón.

Pero . . . ¡ah! es terrible, terrible, la cantidad de tensión expectativa que puede desarrollarse entre cuatro circunstancias, en el reducido ambiente de un salón y en el brevísimo espacio de diez minutos— Nunca, jamás, lo hubiera creído. Pero es así: ¡es terrible! Hay momentos psicológicos en que la atención de unos circunstancias en espera comienza a desarrollarse, y va creciendo, creciendo, se hace grande, enorme, inmensa, hasta que por fin es un monstruo que se arroja sobre el que llega y lo devora.

Esto lo comprobé, cuando iluminada mi fisonomía por una encantadora y preparada sonrisa me asomé a la puerta del salón. Una sola ojeada me bastó para comprender que el ambiente me había devorado ya.

¡Ah! . . . es que aquello era espantoso de solemnidad.

Abuelita, sentada en el sofá, se había puesto su vestido de terciopelo negro con cuello de encaje de Bruselas, cosa que no sucede sino poquísimas veces, además, por mayor respeto hacia el acto, había sacado también de su joyero, los impertinentes finos de carey, los cuales al sentirme llegar, dirigidos por la mano, se subieron inmediatamente a sus ojos, cabalgaron sobre su nariz, y como un cometa escoltado por su cola que era la habitual cadena de oro, se dieron a mirarme brillantes, luminosos, resplandecientes de espíritu crítico. En un sillón junto a Abuelita, y frente a la puerta de entrada, imponente e imperial, de *smoking*, con botonadura de rubíes en la pechera, una gardenia en el ojal, perfumado, y con un bellissimo solitario en el meñique de su mano derecha, se hallaba César Leal. Al verme entrar, se puso automáticamente de pie, y yo lo encontré tan arrogante y tan correcto, que me pareció como si de pronto, por arte de magia, un árbol frondosísimo, cargado de ramas, hojas, frutas y todo, hubiese surgido del suelo. En cuanto a tía Clara, había decidido vestirse con su traje azul marino, que como el de terciopelo de Abuelita no sale a colación sino en ciertas grandes ocasiones, y sus ojos, desprovistos ellos de impertinentes, desatendieron el conjunto de mi persona, por clavarse agudísimos y tenaces en las flores de mayo de la cintura. Por otro lado, tío Eduardo, que como César Leal se había puesto de pie al mirarme, juzgó muy distinguido y encajado en las circunstancias el salir a mi encuentro y mientras

que así, lleno de paternal galantería, cruzaba el salón, recuerdo que yo, por sobre su cabeza, eché una ojeada a la ventana abierta, y vi, más allá de la reja, el flamante Cadillac, que iluminado desde arriba por el foco de la calle brillaba reluciente de cobres, de cristales, de níquel y de barnices, ostentando gloriosamente en el extremo delantero del motor un águila de bronce, altiva y arrogante, con sus dos alas abiertas.

Repito que aquello era terrible, y como además de terrible era también inesperado, sentí al punto que todo mi elegante desdén, mi elegante displicencia, y mi elegante importancia, se diluían en aquel ambiente de solemnidad como se diluye un terrón de azúcar en el agua. Agobiada, sintiéndome centro y eje de tan gran ceremonia, de la mano de tío Eduardo, avancé toda encogida y nerviosa, saludé sonrojadísima y con la humilde docilidad de los reos, me senté en el sofá junto a Abuelita, sin atreverme a cruzar las piernas, enlazadas las manos a la moda del colegio, e indignada contra mí misma por tan cobarde e imbécil actitud.

Y así fue como de pronto, gracias a estos misterios que flotan a veces en el ambiente, de dominadora me convertí en dominada, de victoriosa en vencida, y de carcelera en encarcelada. Hablando con entera propiedad debo decir, que en mi ser interno tuvo lugar una absoluta inversión de términos operada subconscientemente y con la rapidez fulgurante del rayo.

Pero como quiero hacer destacar aún mejor los contornos de este fenómeno psíquico, cuya causa me intriga de noche y de día, no me basta en absoluto la anterior definición, y siguiendo el sistema oriental y el sistema evangélico, voy a tratar de describir lo anormal de mi caso, usando una parábola o símbolo.

Lo que sucedió helo pintado aquí:

Supongamos que nos hemos trasladado al fantástico mundo de Perrault, y que yo, en el momento en que me asomo a las puertas del salón, aprecio la actitud de los circunstantes, y respiro el ambiente de expectación que los rodea, en ese momento, digo, en lugar de ser María Eugenia Alonso, no soy María Eugenia Alonso, sino una princesa encantada, sí, la altiva, y nacarada hija de un rey, que vestida de brocado, de perlas y de armiño, viene a instalarse en su trono de marfil para asistir al desfile de príncipes que llegados de lejanas tierras, aspiran a la gloria de obtener su mano. Pero sucede, que en el instante mismo en que la rubia princesa avanza señorial y sonriente hacia las gradas del trono, cuando ya comienza a experimentar la deliciosa fruición que será para ella el despedir a los enamorados príncipes uno tras otro, desgranando para todos la misma carcajada burlona, de repente, por la influencia de un hada maléfica, por el golpe omnipotente de una varita mágica, las perlas, la sonrisa, y por último la rubia y encantada princesa, no es ya tal princesa, sino una tímida pastora vestida de harapos y sentada a la puerta de un choza, a quien un rey poderosísimo escoltado por cien pajes y cien escuderos cargados de joyas y de presentes, se acerca junto a ella y le dice: «Pobre pastorcita que habitas esta choza y que triskas todo el día detrás de tus ovejas; ¿quieres casarte conmigo? . . .».



Pues bien, este caso, descrito al estilo de Perrault o de Calleja, por muy inverosímil que parezca, fue exactamente mi caso. De cómo y por qué ocurrió tan gran fenómeno psíquico, no me es fácil decir más, ni puedo explicarlo de otra manera que no sea empleando el símil absurdo y pueril de la princesa convertida en pastora. Sin embargo, tengo muy bien observado que cuanta vez reflexiono sobre el particular, en mi gran perplejidad, y en mi falta absoluta de espíritu analítico, sólo me es dado comentar el caso exclamando estas filosóficas y espontáneas consideraciones:

—¡Ah! ¡Cómo lo infinitamente pequeño domina e impera sobre lo infinitamente grande! ¡Qué arcanos los del amor, y qué influencia, sí, qué influencia, no ha de ejercer en mi vida entera, y quizás también en la misteriosa combinación de muchas generaciones futuras, un cuello de encaje de Bruselas, los dos ojos brillantes y luminosos de unos impertinentes de carey; el perfume turbador de una gardenia, el claro destello de un solitario colocado en un dedo meñique; el paso de una figura que avanza ceremoniosamente a través de un salón, y la vista de un automóvil Cadillac, que más allá de una ventana abierta, brilla reluciente bajo el arco voltaico de una calle! . . .

Pero veo, que según mi arraigada costumbre, me he puesto ya a divagar alejadísima del tema que había jurado desarrollar con absoluta concisión de palabras y de ideas. Por consiguiente, corto ya todo comentario y vuelvo a mi relato.

Una vez sentada en el sofá, junto a Abuelita, recuerdo que hice inmediatamente dos observaciones. La primera fue comprobar, con entera evidencia, el hecho de que César Leal se hallaba orgulloso de haberme ruborizado, y de que aquel encogimiento mío que a mí me tenía tan indignada, a él en cambio, lo llenaba de satisfacción y parecía cautivarlo mucho más que el traje de *charmeuse*, las áureas ondas de mi pelo, el busto griego y todos los demás adornos o condiciones de mi persona.

Mi segunda observación fue relativa a tía Clara, y consistió en advertir cómo sus ojos seguían ocupadísimo de mis dos orquídeas. Pero no es que las vieran fijamente, lo cual habría carecido de importancia, sino que las veían un segundo, se paseaban después por el espacio, y se detenían por fin sobre una flor de la alfombra o sobre un prisma de la araña, mientras la boca sonreía imperceptible, y la actitud general del rostro era exactamente la de un exégeta o vidente que se halla en plena actividad interpretativa. Y como yo comprendía de sobra que tras aquella mirada vaga, se escondía por lo muy menos, el estribillo que repitió dos veces en la mañana: «Juraría que le gusta . . . juraría que le gusta» me puse nerviosísima, y sentí violentos y verdaderos deseos de arrancarme las flores, arrojarlas al suelo, y pisotearlas durante mucho rato exclamando:

—¡Para que tú veas lo falso que sería tu juramento, tía Clara, y lo ridículas que me parecen tus interpretaciones!

Pero afortunadamente mi buena educación siempre despierta y en acecho, me impidió hacer tan feo acto de violencia. Es más, mientras las activas

células de mi cerebro pensaban y protestaban contra tía Clara sinceramente y en la forma antedicha, la actitud exterior de mi persona sobre la cual se posa siempre la educación, como la mariposa sobre la flor, estaba diciendo a gritos todo lo contrario. No parecía, sino que hubiese decidido traicionarme, aliándose con tía Clara de la manera más vil. Sí; la majestuosa presencia de Leal, su voz potente, su mirada negrísima, dominaban y poseían mi actitud exterior, como la fiebre posee el cuerpo, y como la mano vigorosa posee las riendas. Lo proclamaba así la timidez invencible de mis ojos, la torpeza de mis movimientos, el sonrojado color de mis mejillas, y no cabe duda, hay que declararlo: ¡ellas representaban las primicias y las más sinceras manifestaciones de mi amor!

Y si tal era, preguntaría ahora un curioso lector (en la hipótesis absurda de que mis escritos pudieran tener lectores). Si tal era, ¿a qué venía semejante contradicción y por qué protestaba entonces el cerebro, contra las acertadas suposiciones de la tía Clara?

Ante una pregunta tan lógica creo que yo me sentiría al principio un poco confundida, pero estoy cierta de que al fin acabaría por valerme del apóstrofe, y como un hábil ergotista saldría muy airosamente de tal atolladero exclamando por ejemplo:

—«¡Oh! sombríos y deliciosos boscajes del amor, por entre cuyas ramas, el infantil Cupido, ese divino y terrible aliado de las sombras, nos lleva volando a todas horas sobre sus alas de cisne! ¡Oh misterios insondables de la vida! ¡Oh delicados y discretísimos subterfugios del Destino! . . . ¡Sí; os he sentido a todos palpitar invisibles junto a mí, como un vuelo de palomas en la noche! Y porque os vi muy de cerca, y porque os abrí mi corazón para que en él hiciérais vuestro nido, ya puedo hablar de vosotros con entera seguridad y ahora digo: «En estas andanzas del amor, el sabio, vigilante, celoso y agudísimo cerebro, es quien camina siempre a la retaguardia. Sus ojos telescópicos como los ojos del águila se adormecen un instante, y cuando se trata de apreciar el aguijón de la flecha con que nos hirió Cupido, todos, todos los puntos sensibles de nuestro cuerpo, aun los más insignificantes y los más despreciables, suelen ser mucho más perspicaces que ese grave y meditabundo cerebro, el cual, como se dice de los maridos engañados, es siempre, siempre, el último que se da cuenta».

Pero los anteriores apóstrofes acerca de la miopía o lentitud del cerebro para apreciar el fenómeno «amor», a más de ser muy elegantes son también ¡absolutamente ciertos! Y como en general, no me gusta asentar ningún principio sin exponer un ejemplo, voy a probar lo antedicho, relatando este pequeño incidente en el cual se echa de ver muy a las claras los conflictos que sobre estas particularidades del amor suelen surgir entre las órdenes que dicta nuestro mundo intelectual y las exteriores manifestaciones de nuestro audaz y desobedientísimo organismo:

Según creo haber dicho ya, aquella noche, durante su visita, César Leal se hallaba majestuosamente sentado en un sillón que a mí, dada mi actitud de

reo, en mi ridícula e inconcebible timidez, se me antojaba un trono imperial. Su conversación estuvo de acuerdo con su figura y fue constantemente amena y variadísima. Habló muy elocuentemente de sus viajes por Europa; de los encantos de París; de las carreras de Longchamp; de las bellezas de Versalles; del Louvre; de la Venus de Milo; de Isadora Duncan; de Sacha Guitry; y del Arco de Triunfo, entre cuyas soberbias decoraciones figura gloriosamente Venezuela estampada y representada en el nombre inmortal de Miranda. Con este motivo habló entonces largamente de nuestra historia patria; de las riquezas inconmensurables de nuestro suelo y del genio de nuestro Libertador. Se expresó después de la mujer venezolana en términos muy escogidos y dijo lleno de patriótica galantería:

—Nuestras damas son muy bellas, y son, sobre todo, ¡muy elegantes! Todas, hasta las más pobres, hasta las últimas negritas tienen muchísimo gusto y se visten ¡como verdaderas parisienses!

También elogió mucho la sal ática del ingenio caraqueño, su agudeza para poner sobrenombres, y por último, como es de rigor en todo pretendiente que hace la primera visita, desarrolló sus sanas y bien fundadas teorías sobre la moral, cuyos cimientos descansan en la absoluta pureza y severidad de las costumbres femeninas. Yo lo hallé muy elocuente, y como era de esperar, Abuelita, mientras él desarrollaba dicha tesis, lo oyó con gran atención, casi, casi puedo decir que lo oyó con religioso acatamiento; de modo, que cuando él terminó su exposición, haciendo este breve y sintético resumen: «Yo creo, señora, que en la vida el hombre debe conducirse siempre ¡como hombre! y la mujer ¡como mujer!», por mi imaginación pasó como un relámpago el recuerdo de Monsieur de La Palisse, mientras Abuelita decía rebosante de aprobación:

—¡Yo pienso exactamente como usted!

Y mientras tío Eduardo, un poco más allá, ganguaba:

—Eso, eso mismo les predico yo a mis hijos ¡todos los días!

Y fue más o menos en semejante tónica en la que continuó la amena conversación de Leal. Todavía me parece oírlo. Recuerdo que mientras las palabras aflúan a sus labios con aquella facilidad con que afluyen las gotas de agua a una fuente, su mano izquierda yacía inmóvil y doctoral sobre uno de los brazos del sillón, mientras que la derecha iba y venía a través del espacio, derramando generosa por todas partes los rayos clarísimos del solitario de su dedo meñique. Resumiendo: César Leal en su primera visita estuvo distinguido, ameno y filosófico.

Pero en un momento dado, recordando sin duda que era yo el valle a donde bajaba el río de su elocuencia, y el eje alrededor del cual giraba su distinción, detuvo repentinamente el curso de su variada conversación, consideró un segundo mi mutismo, y entonces, fijando los ojos como tía Clara en las dos pálidas orquídeas que se abrían sobre mi seno, con graciosa galantería y con una sonrisa insinuante y misteriosa que me turbó muchísimo, dijo:

—Veo, señorita, que le gustan las flores de mayo, y como veo también que

le quedan muy lindas, voy a permitirme mandarle algunas de tiempo en tiempo.

Al punto mi cerebro, uniendo la dignidad al espíritu de previsión y a la rapidez de inventiva, me dictó esta frase:

—«En efecto, Doctor Leal: ¡me encantan las orquídeas! Precisamente por eso, se las encargo a una florista todos los días. Estas dos me las trajeron hoy en la mañana muy temprano de los jardines de Galipán. Cuando llegaron se veían preciosas y sobre todo: ¡tan frescas! . . .».

Pero mi lengua y mis labios en lugar de obedecer copiando textualmente y hasta el fin tan discreta y bien combinada frase, no, sino que comenzaron:

—En efecto, Doctor Leal; ¡me encantan las orquídeas. Precisamente por eso . . .

Y aquí mi lengua titubeó un instante. Tuvo la absurda sensación de que yacía sobre ella el peso material de los cuatro circunstantes, y entonces, en medio de una gran turbación que Leal volvió a juzgar encantadora, torció en absoluto el rumbo de la frase al rematarla así:

— . . .por eso, le agradecí muchísimo sus flores: ¡estaban preciosas! —y copiando luego el juicio de Abuelita: ¡nunca había visto reunidas en esta época tan gran variedad de flores de mayo! . . .

Según me ha asegurado después Leal, que es muy buen observador, al oírme hablar así aquella noche, comprendió inmediatamente que tal frase unida a tal turbación, era la más ardiente y rotunda declaración de mi amor. Yo también creo lo mismo puesto que hechos posteriores lo han confirmado ya. Por esta razón considero que la anterior anécdota o incidente basta y sobra para demostrar mi aserto, o sea: la lentitud o miopía de nuestro cerebro cuando le nombramos juez o le citamos como testigo, en estos complicados procesos del amor.

Cuando Leal, aquella noche, dio por terminada su visita eran más de las once, y como yo suelo acostarme a la diez, tenía ya mucho sueño. Por esta razón, al ir a mi cuarto, pasé con gran indiferencia ante la ventana de la habitación donde Abuelita y tía Clara se desvestían desgranando juntas el rosario interminable de sus comentarios. No obstante, en el breve espacio de un segundo, como racha o bocanada de aire atravesó el postigo entreabierto y llegó a mis oídos la voz de tía Clara que decía:

— . . .es muy difícil averiguar lo que piensa decidir, porque hoy te dice verde y mañana te dice colorado, pero sin embargo, por muy aturdida que sea, cuando una muchacha se pone en el pecho las flores que le regala un pretendiente . . .

Y seguí caminando sin detenerme a escuchar más porque tenía muchísimo sueño, y sólo anhelaba con vehemencia el sentir mi cabeza entre las suaves y mullidas delicias de la almohada . . .

Dos días después, Leal volvió a mandar un precioso ramo de orquídeas, y además de las orquídeas envió también un gran cofre de laca japonesa lleno de dulces de Boissier. Al llegar el cofre lo abrí y mirando la marca de los

dulces, me acordé de aquellas lejanas tardes, cuando Mercedes Galindo, sumergida entre los innumerables cojines del diván turco me extendía su bombonera de Bohemia diciendo:

—Toma, *ma chérie*, toma, son de Boissier: ¡ah! a mí que no me digan, no hay en el mundo bombones y sobre todo no hay, no hay *fondants* como los de Boissier . . .

Por consiguiente en la tarde de aquel otro día, recostada de nuevo en mi cama, envuelta en el *déshabillé* de encaje crema, con la novela inglesa entre las manos, perfumado el cuello y perfumados los brazos con Nirvana de Bichara, a más de contemplar los matices de las flores y a más de aspirar su delicioso aroma, pude también tomar de tiempo en tiempo de mi bombonera de cristal un perfumado y sabrosísimo dulce marca Boissier, que como decía Mercedes con razón: ¡son los mejores del mundo!

Leal volvió a vernos dos veces más en aquella misma semana. Sus visitas, precedidas siempre de flores, dulces, o cualquier otra delicada sorpresa, fueron menudeando insensiblemente, y como no tenían ya aquel carácter ceremonioso del primer día, a mí, insensiblemente también, se me hicieron cada vez más agradables. Pero lo que sobre todo me encantaba era el pensar que mis vestidos, mi cabello, mis ojos y mi busto griego tenían por fin una razón de ser, puesto que había alguien que los veía y los admiraba como es debido y como ellos se merecen. Por esta causa, puse muchísimo punto en que tal admiración en lugar de disminuir aumentara; y así, el día en que Leal anunciaba su visita, yo pasaba más de hora y media entre aroma de flores y aroma de bombones, entregada al delicado e interesantísimo cuidado de vestir y embellecer a mi persona. Estos cuidados se vieron siempre muy bien retribuidos porque cuando ya vestida y perfumada aparecía yo en el salón, Leal, que me esperaba con gran impaciencia, venía hacia mí, majestuoso, sonriente, y mientras su mano estrechaba fuertemente la mía, sus ojos embelesados me veían un segundo y su boca murmuraba por lo bajo:

—¡Hoy está usted más linda que nunca!

Opinión que solía estar completamente de acuerdo con la mía. Y como de la comunidad de opiniones surge la comunidad de ideales, y surge también el aprecio y el cariño, yo comencé a apreciar muchísimo a Leal, consideré muy infundados y erróneos los juicios que sobre él había expresado tío Panchito, y un día en que este último tuvo la impertinencia de burlarse de Leal delante de mí, le contesté al punto muy disgustada:

—Oye, tío, hazme el favor de reservarte tus opiniones acerca de Leal y no me las digas más. Yo lo considero un hombre muy inteligente y sobre todo: ¡muy refinado en sus gustos! Además es amigo mío y no quiero que te burles de él en mi presencia.

Y sin otro incidente que sea digno de mención, transcurrieron así algunas semanas más, hasta que por fin, una magnífica noche de luna, al ir a acostarme, abrí de par en par las dos hojas de mi ventana, miré la inmensidad del cielo, penetré un instante en la infinita sensación de lo infinito, y son-

riéndole a la faz pálida de la Luna, como si ella pudiese de veras escuchar mi confidencia me puse a decirle:

—Y ahora, Luna: ¡ya tengo novio! . . . Sí, por fin, el amor, esta maravillosa y transparente libélula la tengo presa y aleteando entre las yemas rosadas de mis dedos . . . ¿Te acuerdas con qué afán la perseguí en un tiempo? . . . ¿Te acuerdas de aquella vez en que extenuada por la alegría de correr tras ella, cuando iba ya a cerrar los dedos sobre el ensueño de sus alas, se marchó volando y me dejó triste y burlada? . . . ¡Pues bien, ahora ya la tengo aquí presa la divina libélula! Me siento feliz de poseerla y es en estos hilillos que corren por la filigrana de sus alas, donde me gusta descifrar todos los secretos que me tiene guardados el porvenir. A veces, Luna, cuando la miro de cerca, pero muy de cerca, muy de cerca, parece como si me asustara el mirarla . . . pero, ¿verdad que toda radiante mariposa por muy divina que sea, al mirarla así, tan de cerca, los ojos nos advierten al punto, de que tanto esplendor es un pobre gusanillo que se ha vestido con alas? . . . ¡Ah, las alas, las alas, son ellas lo que yo adoro, blanca Luna! . . . ¡Sí, son ellas, ellas, las dos divinas filigranas tejidas con los hilillos de mis ilusiones realizadas, quienes han de llevarme volando como un rayo de tu luz hacia todas las desconocidas cumbres de la vida! . . .

Creo haber desarrollado ya, a cabalidad, los dos puntos que me había propuesto cuando comencé a escribir estas páginas, o sea: primero, lo que me determinó a continuar mi diario de impresiones interrumpido durante más de dos años; y segundo, de cómo y cuándo apareció en mi vida la persona de mi novio César Leal, Doctor en Leyes, Senador de la República y actual Director en el Ministerio de Fomento.

Según me parece haber dicho ya, la influencia benéfica de mi novio me ha transformado ventajosamente en todo sentido. Yo lo creo así, lo siento así, y estoy firmemente convencida de ello. Pero como no encuentro bien el alabarme yo misma, aun cuando sea en privado, no quiero hablar por cuenta propia de las felicísimas orientaciones hacia las cuales se ha desarrollado mi entidad moral, y me parece mejor el ceder la palabra a los demás, transcribiendo las opiniones que sobre el particular suelen emitir las personas que me rodean. Abuelita, por ejemplo, dice con frecuencia levantando las dos manos a la vez, en un piadoso ademán de acción de gracias:

—¡Lo que ha cambiado María Eugenia, Señor! De una niña independiente y malcriadísima como era, en menos de dos meses se ha transformado en una mujer reflexiva, sumisa y muy moderada. ¡Gracias a Dios que se casa tan bien! La dejo en manos seguras, y como dijo el anciano Simeón, yo también digo ahora, que ya puedo morir en paz.

Tía Clara opina por su lado:

—¡María Eugenia es otra; sí, es completamente otra persona! Ha perdido aquella malísima costumbre de pasar el día entero tragando libros, y ahora

prefiere la cocina. Creo que será una magnífica ama de casa, porque es muy inteligente para todo, pero en la cocina . . . ¡ah! . . . en la cocina es una especialidad. No creo que haya nadie en Caracas que haga el «Gateau d'Alsace» y los «Ahoga-gatos» tan suaves como los hace María Eugenia.

A tío Eduardo le oí decir en una de las conferencias que celebra casi a diario con Abuelita:

—Siempre creí, Mamá, que esta niña dejaría sus caprichos y sus malacrianzas al tener un novio. Antonio, su padre, empleó con ella muy mal sistema de educación: ¡le dio demasiada independencia! Afortunadamente ahora dirigida por Leal, un hombre de tanto talento y de tan buen criterio, María Eugenia perderá poco a poco esos resabios de libertad que yo también juzgo: ¡muy peligrosos en una mujer!

En cuanto a tío Pancho que como las mariposas negras ha cogido últimamente la manía de anunciar cosas lúgubres, y ha perdido por completo el ingenio y la gracia que tenía antes, suele decir estas u otras necedades por el mismo estilo:

—¡Ya caíste en la trampa, María Eugenia! ¡Ya pasaste por el aro! . . . ¡Ay, ay, ay! . . . ahora es cuando vas tú a saber para lo que naciste! . . . Despidete del *polissoir*, los escotes, el *dolce far niente* y la literatura. De aquí a un año pasarás la vida dentro de una bata de piqué, ostentarás un busto digno de una característica y pesarás . . . ¡pss! . . . sesenta kilos.

Naturalmente que yo no tomo en cuenta para nada unos pronósticos tan infundados y triviales como son éstos de tío Pancho, el cual en realidad no sabe una palabra de moral ni entiende jota de vida práctica. Como es muy lógico, para dirigir mi conducta, sólo me atengo a mi corazón y a las bien cimentadas opiniones de Abuelita, tío Eduardo y tía Clara, quienes me auguran en el porvenir un océano de felicidad.

Es lo cierto del caso que yo me entiendo con mi novio a las mil maravillas. Hago todo cuanto está de mi parte para complacerlo, y él, sintiéndose complacido, me demuestra su complacencia, enviándome de continuo deliciosos perfumes, caprichosísimos *bibelots*, y diminutos objetos de arte, los cuales llegan siempre acompañados por un río de flores o por una cascada de dulces de Boissier. ¿No es esto un sistema de cordialidad encantador? ¡Ah! yo sigo sin explicarme aún qué objeto podrán tener en la vida las discusiones, los disgustos y los desacuerdos. Soy y seré eternamente la más fiel aliada de la paz. Comprendo todavía el dejarme llevar por mi mal carácter hasta el punto de discutir alguna vez que otra con Abuelita o tía Clara, cosa que no tiene grandes consecuencias, pero . . . ¿discutir con mi novio? . . . ¿disgustarme con mi novio? . . . ¡no, no, no!, eso jamás, o por lo menos casi jamás, es decir, única, y exclusivamente cuando no haya otro remedio, y entonces, llegado el caso, trato siempre de rodear el disgusto por el mayor número de circunstancias atenuantes.

Por ejemplo:

He notado que mi novio se indigna ante la sola idea de que yo pueda estar

pintada, y entonces, como es muy justo, a fin de complacerlo, le aseguro diariamente, bajo mi palabra de honor, que el sonrosado líquido de Guerlain, y el *Rouge vif de Saint Ange*, son los colores naturales, naturalísimos, de mi boca y de mis mejillas. Y como siempre he creído que Dios nos ha dado la inteligencia para demostrar la veracidad de la mentira, puesto que la veracidad de la verdad se demuestra por sí sola, ella misma, sin necesidad de intervención ninguna; a fin de satisfacer enteramente los deseos de Leal demostrándole de manera evidente el color natural de mis labios; luego de afirmar: «es naturalísimo . . .» añadió: «la prueba es . . . (aquí aprieto muchísimo los labios hacia adentro, mientras paso rápidamente el pañuelo por mi boca) . . . la prueba es que el pañuelo no destiñe: ¡ahí está! . . .» He notado además que a mi novio le desagrada profundamente el verme con el traje de *charmeuse* color de rosa, porque dice que aparezco demasiado teatral y que estando abiertas las dos ventanas llamo la atención de los que pasan por la calle. Pues bien, para complacerlo también en esto, yo no me pongo el traje de *charmeuse* sino invocando una hábil disculpa todos los martes en la noche que es precisamente cuando, dada la extraordinaria animación que despiertan en la calle los «Martes Selectos» celebrados por el cinematógrafo vecino, puedo alcanzar un máximo de admiradores, alcanzando al propio tiempo un mínimo de consecuencias desagradables, puesto que al siguiente día, o sea, el miércoles, no es un día adecuado para mandar flores, dulces, ni bibelots. También he observado que a mi novio le gusta mucho el oírse llamar por su apellido, y nunca, jamás, por su nombre de pila, cosa ésta que en realidad les quita a los hombres de talento cierto barniz de importancia. Pues bien, como es muy natural yo lo complazco también en este detalle y jamás cometo la indiscreción de decirle por ejemplo: «Oye, César . . .», sino siempre, siempre: «Oye, Leal . . .».

En fin, que diga lo que diga tío Pancho, mi novio y yo estamos de acuerdo en todo, nos entendemos muy bien y estoy cierta de que seremos ¡felicísimos!

Entre los planes de vida para el futuro, sólo puedo decir con seguridad que nuestra boda tendrá lugar dentro de dos o tres meses, o sea dentro del período de tiempo indispensable para terminar la casa y el mobiliario . . . ¡ah! una casa y un mobiliario elegantes, suntuosos, lujosísimos, que Leal me describe todos los días con una minuciosidad de detalles y un torrente de elocuencia verdaderamente arrebatador. Mi boda será a más tardar dentro de dos meses. No hay duda de que será una boda muy bonita, no hay duda de que recibiré muchas felicitaciones y regalos, y sobre todo, no hay duda de que ese día yo estaré preciosísima. Sí, ya lo he decidido: mi traje de novia será todo de *chantilly*, sencillo y clásico sin más adorno sobre el encaje que la guirnalda de azahares, y el *bouquet* de esbeltas y trémulas orquídeas que se derramarán lánguidamente sobre la nieve de mi mano derecha. No sé todavía si el velo lo encargaré también de *chantilly* o si lo encargaré más bien de punto ilusión que siendo menos rico, es mucho más vaporoso . . . pero en fin, sea de encaje o sea de punto, en el momento de entrar en la iglesia lo llevaré caído sobre



mi figura, como un manto ideal, como un jirón de niebla, como una ola de blanquísima espuma . . . ¡ah! . . . y a propósito, en ese mismo instante de entrar en la iglesia, la orquesta romperá a tocar la Marcha Nupcial de Mendelssohn, y yo, caminando paso a paso, prestigiada por la música, con mi blanca cola de *chantilly* extendida un largo trecho sobre la alfombra oscura, apoyando mi brazo en el brazo de tío Pancho, que es a quien le corresponde entrar conmigo, por ser el hermano de Papá, caminando paso a paso del brazo de tío Pancho, pareceré una novia, que siendo una novia, fuera al mismo tiempo una Reina . . . Ya me parece oír el prolongado: «¡Aaaaaaah! . . .» de admiración que exhalará el público congregado a uno y otro lado de la iglesia, y me parece oír también los comentarios hechos a la sordina y que yo percibiré muy bien porque en esos casos aguzo mis oídos que ya de por sí son finísimos. La gente dirá:

—¡Qué preciosidad de novia! . . . ¡Parece una visión! . . . ¡Parece un ángel! . . . ¡Parece una flor . . .! ¡Ah, qué novio tan feliz! . . .

Y creo que, en realidad, no habrá nada de exageración, y que dichos comentarios serán todas opiniones muy justas y muy imparciales.

Pero, es el caso que todavía no me he ocupado de los detalles relativos a mi traje de novia porque sería demasiada anticipación, pero en cambio ya tengo hecho el encargo de todo el resto de mi *trousseau*. Hace apenas algunos días que despaché mi carta dirigida a Mercedes Galindo, quien será la encargada de escoger los vestidos y hacer el envío desde París. Creo que sobre este particular he tenido mucha suerte, puesto que ya sé con absoluta seguridad que mi *trousseau* será lindísimo. Sí, gracias a la complacencia y generosidad de Abuelita todo lo tendré muy fino y muy a mi gusto. Todavía me parece que estoy viendo la escena durante la cual Abuelita me anunció la fausta noticia. Recuerdo que fue una mañana mientras se hallaba entregada a su blanco vicio de calar sentada como de costumbre en el sillón de mimbrés, bajo las palmas del corredor de entrada. Yo pasaba de largo por el extremo opuesto, y ella me llamó diciendo:

—¡Ven, María Eugenia, siéntate un instante aquí a mi lado, que quiero hablar contigo!

Yo creí firmemente, que iba a tener lugar alguna de aquellas diarias filípicas redactadas por lo regular en el siguiente tenor:

—«Es preciso que tengas cuidado al sentarte, María Eugenia. Ayer, en la noche tenías el vestido arreglado de tal modo que se te veían las piernas hasta las rodillas, pero sin exageración ninguna: ¡hasta las rodillas! . . .»

Cual sería, pues, mi sorpresa, cuando en lugar de la esperada filípica, no, nada de filípica, sino que empleando por el contrario un tono que era a la vez muy grave y muy cariñoso, Abuelita me dijo:

—El doctor Leal quiere casarse dentro de unos tres meses y yo lo apruebo: ¡los matrimonios no deben aplazarse! Bien, deseo mucho que tengas un bonito *trousseau*, y como conservo entre mis prendas unos zarcillos de esmeraldas que eran de mi madre, y que siempre pensé regalarte el día de tu matrimonio,

yo creo que dadas nuestras circunstancias, y en vista de que la montura de los zarcillos es antiquísima, sería quizá mejor, en vez de gastar en montarlos a la moda, vender las esmeraldas y darte la suma que produzca esa venta para que así puedas tener un *trousseau* bonito y elegante. Me ofrecen por las dos esmeraldas veinte mil bolívares, pero antes de decidir nada quiero consultarte: ¿qué prefieres tú?

Como yo no tenía la más remota idea de que entre los misterios antediluvianos del armario de Abuelita, existiesen semejantes esmeraldas dedicadas a mí, la noticia me produjo un efecto tan mágico que a su conjuro vi de pronto dos verdes y radiantes piedras que crecían, crecían milagrosamente, hasta convertirse en un torrente de bordados blancos, y en un mar de sedas de color de rosa. Ante semejante visión, ciega de alegría, me levanté brusca-mente de mi silla, y para demostrar sin tardanza mi profundo agradecimiento y mi inmenso regocijo, mientras exclamaba:

—¡Gracias, gracias, gracias, Abuelita linda!

Me fui a darle un abrazo, pero tan efusivo y sincero, que antes de llegar a ella, tropecé con la mesa, y entonces, del tropezón combinado con el brazo, resultó que los lentes se derrumbaron desde la cúspide de su nariz, hasta el abismo de su falda; que las tijeras se cayeron al suelo, y que un carrito de hilo se fue corriendo a toda velocidad, hasta perderse bajo las hojas de una mata de helechos.

Y fue sólo después de demostrar todo mi agradecimiento en la forma antedicha, cuando de rodillas, recogiendo en el suelo los objetos caídos, respondí por fin a la pregunta:

—¡Ay! ya lo creo Abuelita, que me parece muchísimo mejor que vendas las esmeraldas y me des el dinero. ¡Qué felicidad tan grande! Así podré encargar a París un *trousseau* que será todo de seda rosa, pero todo, todo, hasta el último hilo lo quiero de seda rosa, con calado a mano y bordados blancos! . . . ¡ay, ay, ay! . . . ¡qué alegría! . . . lo que yo había deseado toda mi vida: ¡un *trousseau* de seda! . . . ¡un *trousseau* de seda! . . .

—¡Siempre con tus extravagancias, María Eugenia! —contestó Abuelita absorta, buscando por su lado y sobre su falda, la aguja que de resultas del abrazo se había caído también junto con los lentes, las tijeras y el hilo— ¿*trousseau* de seda? . . . ¿ropa interior de seda? ¡no, no, no! ¡eso no es decente, ni es práctico! Muchísimo mejor y más bonito es ropa de hilo con encajes y bordado en blanco. Además las lavanderas . . .

—¡Ay! Abuelita, por Dios, si me vas a contrariar en eso también y me vas a obligar a que encargue ropa de hilo adornada con encajitos como en el tiempo de María Castaña, prefiero entonces que no vendas las esmeraldas . . . prefiero no hacer encargo ninguno a París . . . ¡prefiero que no me regales nada! ¡prefiero no casarme! . . .

Y mi voz al hacer esta réplica, humillada todavía en el suelo, tomó una entonación tan sumamente patética, que Abuelita debió sentirse muy conmovida, puesto que accedió a mi deseo por primera vez en la vida respondiendo:

—Cuando tienes un capricho, María Eugenia, te ciegas con él y no sabes lo que dices. ¡Qué terquedad la tuya! Creí que te habías corregido, pero veo con tristeza que todo eran ilusiones. Bien, yo te entregaré el dinero y tú harás con él lo que quieras porque he resuelto no discutir más contigo. Pero ya verás, ya verás, la cuenta que te darán las lavanderas del *trousseau* de seda! . . . ¡entonces te acordarás de mí, pero desgraciadamente ya no tendrá remedio!

Y no hay para qué añadir que fue aquel mismo día en la tarde, cuando escribí a Mercedes Galindo, rogándole que me escogiese un *trousseau* completo de seda rosa pálido con calados y bordados blancos «tal y como si fuera para ella misma».

Ahora bien, yo no sé por qué causa, a mi novio le ha disgustado muchísimo, el que yo encargase mi *trousseau* a París. Cuando llena de alegría le di la noticia, él la recibió con gran frialdad y por todo comentario dijo:

—Espero que los vestidos no serán escotados, porque en ese caso los perderás. ¡Yo no consentiré nunca que mi mujer se escote!

—Y entonces —pregunté yo emocionada con ganas de romper a llorar— ¿para los bailes y el teatro usaré también vestidos altos? . . .

—¡No pienses tanto en los bailes! —contestó él muy molesto. Y apoyando la reflexiva cabeza sobre los nudillos de la mano izquierda, en cuya extremidad fulguraba el solitario con más claridad que nunca, añadió—: ¿Qué papel puede hacer una mujer casada en los bailes?, y sobre todo: ¿qué papel hace el marido que deja bailar en público a su mujer?

De haber sido otra persona quien hablaba, yo habría contestado al punto: «¿Y qué importan los papeles?, ¡pues ni que fuéramos una compañía de cómicos, para tanto hablar del «papel» y tanto pensar en «el público!» ¡Lo interesante es estar bien y divertirse, qué diablo!».

Pero como se trataba de Leal me guardé muy bien de expresar semejantes pensamientos, y sobre todo, de expresarlos en esta forma irrespetuosa del retruécano o juego de palabras, pues según creo haber dicho ya, no me gusta de ningún modo ni bajo ningún pretexto el contrariar a un novio que tanto me quiere. Entonces, como yo callara, en vista de mi silencio aprobador, él continuó demostrándome su interés de esta manera:

—Para el teatro se pueden usar vestidos un poco abiertos, decentemente abiertos, pero escotados: ¡nunca! (Y otra vez:) ¿Qué papel tan ridículo no hace un marido que se sienta en el teatro frente al público con su mujer desnuda?

Ahora sí me arriesgué a contestar explicando con muchísima suavidad:

—Yo no digo estar desnuda, pero en fin . . . escotada, un poquito escotada, como todas las mujeres *chic*.

—¡No, no, no!, yo no consentiré nunca que mi mujer se escote . . . ¡aunque no sea *chic*!

Y al decir la palabra *chic* su voz tomó una entonación tan atiplada y desagradable, que gracias a ella, comprendí inmediatamente, el profundo y sabio desdén que debemos de experimentar ante las peligrosas frivolidades mundanas.

Además de haber observado en otros casos tan elocuentes como el anterior el gran interés que Leal tiene por mí, he observado también que le desagrada mucho el que yo tome cualquier iniciativa que no sea insinuada por él, y he observado sobre todo que le desagrada profundamente el que yo pueda proporcionarme un placer por insignificante que sea que no me venga de sus manos.

Abuelita, que ha observado como yo estas particularidades, como yo las aprecia también mucho, puesto que suele decir:

—Cada día que pasa me gusta más Leal. ¡Qué carácter tan leal, y cómo cuida a María Eugenia! Se ve que la quiere de veras. ¡Ah! los maridos que dejan en completa libertad a sus mujeres, que no las vigilan, ni atienden en esos pequeños detalles que forman el conjunto de la vida, es porque no las aprecian y porque no las quieren!

Y tía Clara, que también ha observado lo mismo, me dice con frecuencia:

—¡Qué afortunada eres, María Eugenia, cómo te adora Leal! Debes complacerlo siempre, y sobre todo, debes dar gracias a Dios continuamente de que te haya proporcionado un novio tan bueno. No creas que todos son así: ¡ah! qué suerte la tuya si logras que Leal se case al fin contigo: ¡él que ha dejado a tantas otras muchachas!

Como tía Clara, yo también me abismo ante la magnitud de mi suerte, la juzgo insondable y al lado de su inmensidad me reconozco débil, me siento pequeña, pequeñísima, y . . . ¡cosa extraña! . . . yo, que hace cosa de dos años esperaba ansiosamente la llegada del amor, yo que lo aguardaba de rodillas como el arcángel de la Anunciación, ahora que ha venido a mí, ahora que lo contemplo de cerca y cara a cara, sus fulgores han cegado mis pupilas y la majestad de su grandeza me abruma hasta el punto de que muchas, muchas veces, cuando me siento a descansar junto al abismo de mis perplejidades, he escuchado una voz misteriosa que me ha dicho muy quedo al oído este enorme disparate sin pies ni cabeza:

«¡Ah, felices las desgraciadas que no tienen la gran suerte de poseer el tesoro completo del amor, y que siendo bonitas, en medio de su infortunio podrán siempre, siempre, bailar en los bailes y escotarse en los teatros!».

## CAPITULO II

*Luego de navegar tres días en la carabela de su propia experiencia,  
María Eugenia Alonso acaba de hacer un descubrimiento  
importantísimo.*

YA NO PUEDO resistir por más tiempo a la absoluta necesidad que tengo de expresar el siguiente aforismo cuya verdad se desborda de mi alma:

«El amor no existe»

Sí; desgraciadamente, el amor, el florido amor, el decantado amor es: ¡nada! Como tantas otras piadosas mentiras su brillo deslumbrador no es sino el brillo de un espejismo que fulgura a lo lejos en este árido desierto de nuestra vida. Desde que he descubierto tan cruel verdad, desprecio profundamente la existencia humana, y preferiría una y mil veces haber nacido roca, lago, o abismo, cosas todas que siendo eternas, inmóviles y grandiosas, tienen la ventaja de no aburrirse jamás y de no poseer la ridícula pretensión de aspirar al amor, que como he dicho ya, no es más que una utopía, un Eldorado, y un fuego fatuo.

Y como no es nada probable el que Abuelita, o cualquier otra persona se venga de puntillas a leer por encima de mi hombro lo que pienso escribir aquí, cosa que me llenaría de la más horrible confusión, voy a explicar la causa por la cual he llegado al conocimiento tristísimo y deprimente de que el amor no es nada, o más claro todavía: de que el amor es menos que nada, y muchísimo peor que nada.

Sin más rodeos y sin reticencias de ninguna especie, paso a decirlo de una vez con entera franqueza. Si poseo esta verdad y si profeso este axioma de que el amor no existe, es porque mi novio me ha besado a mí; y porque yo lo he besado a él, no una vez, lo cual no me serviría de base para hacer ningún juicio o experiencia, sino que me ha besado unas . . . dos veces . . . pero no . . . no . . . la verdad, digamos la verdad, yo creo que han sido . . . tres veces . . . sí . . . ¡eso es! . . . un trío o un tríptico de besos, lo cual en cuanto a experiencia constituye una cantidad muy respetable para poder sentar un juicio y formular un voto sobre cualquier asunto.

¡Ah! y pensar que los poetas han escrito versos y más versos elogiando las dulzuras del beso! Pensar que Bécquer por ejemplo, ha dicho, con aquella deliciosa y turbadora emoción en la cual tuve la ingenuidad de creer:

. . . «Por un beso, ¡yo no sé qué te diera por un beso!».

Y pensar que también Rostand escribió maravillas sobre el particular en aquella conmovedora escena del balcón ocurrida entre Roxana, Cristián, y el pobre Cyrano, quien en mi opinión, fue el más afortunado de los tres, puesto que no habiendo subido a recibir el beso de Roxana, conservó hasta el fin sus ilusiones y no tuvo ocasión de experimentar esta horrible decepción que experimento yo hoy.

¡El beso! ¡ah!, lo digo ahora y lo repetiré toda mi vida; el beso, «ese secreto de amor, en que se toma la boca por oído» ¡no es nada, pero absolutamente nada interesante! Todavía el primer beso tiene el atractivo de lo desconocido, el terror de lo prohibido, y el remordimiento de lo ilícito, pero una vez pasado ese remordimiento, ese terror, y ese atractivo, para los besos subsiguientes de la serie: ¡no queda nada! . . . por más que sí, sí queda algo . . . algo, que viene a ser bastante desagradable . . . ¡Ah! si al menos no existiera en el mundo el horrible vicio del cigarro, y si al menos los hombres no tuvieran la manía de cortarse los bigotes a la americana erizados y duros como esos cepi-

llos de frotar a los caballos, todavía . . . ¡todavía podría explicarme el que algunas personas tuvieran el capricho de elogiar el beso! . . . ¡Ah! y no es nada, si al cigarro y al cepillo de frotar caballos, viene a sumarse este temor horrible de que pueda descubrirse lo del «Rouge vif de Saint-Ange»! . . . Por eso lo declaro aquí solemnemente y por segunda vez: yo no elogiaré nunca jamás el beso. Tengo la completa seguridad de que es una invención muy insulsa, que a más de exponernos al peligro de ser vistos por una tercera persona, circunstancia cuya menor consecuencia sería la del ridículo, creo que como entretenimiento es muy monótono, y como costumbre puede llegar a ser antihigiénica.

Gracias a mi natural lentitud de juicio, estos razonamientos sólo me los hice yo dos días después de haber recibido el primer beso de los labios de mi novio. Pero es lo cierto que formulados dichos razonamientos, con mi natural firmeza, resolví también sin más tardanza poner un punto final a tan decepcionante como antihigiénica costumbre. Aquel propio día en la noche, luego de vestirme con más cuidados que nunca y luego de saludar a mi novio, mientras me sentaba junto a él como acostumbro, en el sofá de damasco azul oscuro, le dije rebosante de austera y señoril distinción:

—Leal, sé muy bien que una mujer virtuosa no debe jamás besar a un hombre con quien no se ha casado todavía. Hace ya, pues, dos noches que falto a mi deber, y como los remordimientos no me dejan dormir, y como quiero probarte a tí, y probarme a mí misma, que sé y sabre siempre resistir a las tentaciones, no volveré a darte ningún otro beso: ¡aunque me lo pidas de rodillas!

Y fue inútil que mi novio empleara las más suaves, insinuantes, y seductoras palabras de su vocabulario amoroso, fue inútil que después, hablándome muy severamente, invocara su autoridad y me dijera que yo no tenía derecho de emitir semejantes juicios, puesto que tanto en asuntos de moral como en cualquier otro asunto, mi conducta no debía inspirarse jamás en ningún criterio que no fuese exclusivamente el suyo. Pero todo, suavidad y energía, todo, resultó inútil. Desobedeciéndole por primera vez le contesté digna y teatralmente:

—¡No, no, y no! ¡Quiero que me aprecies! ¡Quiero que el día de mañana tengas confianza en tu mujer! Y para que veas ya, lo terminante de mi resolución y la solidez inquebrantable de mi virtud, entre mis besos, tú, y yo, voy abrir inmediatamente un abismo.

Y entonces, dirigiéndome a tía Clara que vuelta discretamente de espaldas tejía bajo la luz clarísima de la araña, le dije:

—¡Pero tía, te sientas todas las noches en el centro del salón, en plena corriente de aire, y vas a coger un resfriado, y quizás, quizás, hasta una pulmonía! Creo que deberías sentarte allí, frente a nosotros, en el sillón de Abuelita. Encendiendo la lámpara de pie puedes tejer con la luz verde de la pantalla que es admirable para la vista.

Y tía Clara, quien desde hace justamente algunas noches, mientras Abue-

lita se va a acostar, queda encargada de vigilar y presidir el salón durante las visitas de Leal, no bien terminé de hablar, se levantó al punto y diciendo:

—¡Es verdad!

Se encaminó hacia el sillón vacío de Abuelita, encendió la lámpara de pie, nos dirigió a los novios una mirada inquisidora, y luego de exhalar un larguísimo suspiro tomó de nuevo las dos agujas de hueso y continuó tejiendo.

Y yo, ahora, como entonces, tengo la absoluta seguridad de que prendidos en aquel largo suspiro de tía Clara, surgieron de su boca y volaron un segundo por el ambiente del salón los invisibles átomos de su pensamiento que diría más o menos:

—«¡También allí en el sofá de damasco azul nos sentábamos nosotros . . . y también algunas veces, en este rincón de enfrente . . . ¡no había nadie! . . .».

Y digo que así debió expresarse el pensamiento de tía Clara, porque no bien sus nudosas manos bañadas en la luz verde de la pantalla comenzaron a mover pausadamente, las dos agujas de hueso, mientras la pelota de estambre rodaba un segundo por encima de su falda e iba a dar en el suelo sobre la alfombra oscura, yo, junto al indignado silencio de Leal, sin saber por qué, me puse a evocar muy dulcemente unas escenas lejanas, pero tan lejanas, que era apenas si lograba esbozarlas mi memoria . . . En ellas me sentía de nuevo pequeñita, sentada en el suelo, de espalda al sofá de damasco, blanqueando también allí mismo, sobre la alfombra oscura, un poco más extensamente de lo que blanqueaba ahora la pelota de estambre . . . y allí me vi otra vez, instalada en el suelo, alineando muy formal junto a mis zapatitos la blanca hilera de gallos de papel que me había fabricado el novio de tía Clara . . . sí, ¡el novio de tía Clara! aquel personaje amable y enigmático, que tras de mí, en el sofá de damasco, conversaba con ella durante horas y horas, en un tono bajo, que era muy misterioso y estaba sembrado de unas pausas que eran mucho más misteriosas todavía . . . Ahora, después de quince años, en mi lugar estaba la pelota de lana y en lugar de tía Clara y de su novio, estábamos mi novio y yo . . .

—¡Ah! —pensé llena de melancolía—: la vida es un árbol que se viste y se desviste de continuo, poniendo siempre sus distintas hojas, sobre los mismos sitios, al compás del mismo monótono caminar del tiempo!

Y como tan suaves consideraciones inundaran mi alma en una ola de sentimentalismo, con el doble objeto de darle salida distrayendo a un propio tiempo el mal humor de Leal, le hablé de los encantos de la poesía lírica y propuse recitarle aquel emocionado nocturno de Silva:

«Una noche, una noche toda llena de murmullos, de perfume y de música de alas . . .».

Pero él, muchísimo más disgustado que antes, cuando yo iba por la palabra «murmullos» me cortó bruscamente el nocturno para pronunciar, él, un extenso monólogo, enérgico e imperioso, el cual, comprimido en pocas palabras, venía a expresar más o menos lo siguiente: Que odiaba los romanticis-

mos; que odiaba las recitaciones; y que odiaba todavía más las mujeres como yo, que pretendían ser sabias y bachilleras; que en su opinión, la cabeza de una mujer era un objeto más o menos decorativo, completamente vacío por dentro, hecho para alegrar la vista de los hombres, y adornado con dos orejas cuyo único oficio debía ser el recibir y coleccionar las órdenes que éstos les dictasen; y que además y finalmente, le parecía indispensable el que dicho decorativo objeto usase una cabellera muy larga puesto que así lo había indicado ya la sapientísima filosofía de Shopenhauer.

Pero esto último de Shopenhauer, él, no lo dijo así nombrando a Shopenhauer, sino que yo lo deduje de la siguiente orden terminante con la cual se remató el monólogo:

— . . . y últimamente: no quiero que sigas usando el pelo corto. ¡Como la pintura, el pelo corto no es cosa propia de mujeres decentes! . . .

Tanto estos últimos, como los anteriores enérgicos conceptos, me dejaron un instante muda de asombro y de tristeza. La idea de sacrificar mis dos queridos mechones cortos de pelo, adorno de mis sienes y ocupación perenne de mis manos, me afligía mucho, pero me afligía muchísimo más todavía el pensar que yo había trabajado sin tregua leyendo y estudiando, a fin de instruirme, y adquirir así un nuevo adorno o atractivo, el cual en lugar de ser tal adorno o atractivo, resultaba de repente, según acababa de declarar rotundamente Leal, una condición desventajosa, feísima y chocante en una mujer: «¡la mujer bachillera!».

—¡Ah! qué conflicto tan grande —pensé con desesperación, sentada humilde y sumisa en mi medio sofá—, y ahora, para poder gustar a Leal: ¿cómo limpiar mi cabeza de esta baraúnda de lecturas acumuladas en más de dos años, las cuales, a modo de informe nebulosa, flotarán eternamente en ella?

Y mirando con los ojos muy abiertos la pelota de estambre que precedida de la hebra a impulsos de los dedos de tía Clara, saltaba imperceptible sobre la alfombra oscura, me dí a considerar que al fin de cuentas, la ignorancia era muchísimo más liberal que la sabiduría, puesto que de un ignorante se puede hacer un sabio, mientras que de un sabio no puede hacerse jamás un ignorante. Entonces, sentí durante un minuto la nostalgia de las cosas irremisiblemente perdidas, y me dije a mí misma suspirando:

—¡Ah! la infinita tristeza de la definitivo! ¿y qué no daría yo ahora por complacer a Leal, adquiriendo de nuevo el perdido tesoro de mi absoluta ignorancia? . . .

Pero al fin me consolé pensando, que si bien era cierto que no tenía la posibilidad de adquirir dicho tesoro, me quedaba siempre el recurso de hacer creer que lo poseía. Esta solución me satisfizo muchísimo, no solamente porque allanaba el conflicto, sino porque me hizo recordar que tengo grandes disposiciones para fingir, lo cual, lejos de ser un defecto como supone el vulgo, es una prueba de talento, y una muestra evidente de que podría haber hecho una brillantísima carrera en el arte divino del teatro, arte que en mi opinión es el más sublime de cuantos existen. Y así, pensando en este talento mío,



que escudado en mi belleza, podría haberme llevado quizás, quizás, hasta el nivel de una Sarah Bernard o de una Duse, me sentí otra vez de un admirable buen humor; y entonces, dada esta alegría, levanté mis ojos de la pelota de estambre, los fijé en mi novio y le dí a entender por medio de unas miradas y de unos mohines graciosísimos, que tía Clara nos estorbaba horriblemente, y que encontrándome ya en plena crisis de arrepentimiento, sentía en el alma haberle desobedecido. Estas manifestaciones, lejos de calmar su desagrado parecían exacerbarlo, tanto, que según creo ahora, Leal, sentado junto a mí en el sofá de damasco, sentía verdaderos deseos de darme unos palos ya que no podía darme unos besos. Como ambas cosas, igualmente desagradables, eran igualmente imposibles, juzgué mi situación sumamente interesante, y continué desarrollando con más soltura todo aquel repertorio de guiños, sonrisas y mohines, que aun cuando por desgracia no pude verlos reproducidos en ningún espejo, comprendí muy bien que todos, absolutamente todos, eran sutiles, deliciosos, graciosísimos, dignos de ser exhibidos no en un salón, y ante una sola persona, sino en un gran teatro, vestida con una maravillosa *toilette* de baile, en medio de una decoración lujosísima, y ante el numeroso e inteligente público de alguna gran capital.

Desde esa noche mi novio no ha vuelto a besarme más. En cambio ha adelantado la fecha de nuestro matrimonio, y hace llover diariamente sobre mi persona, leyes, prohibiciones, y órdenes de toda especie. Yo considero que ellas, así como los besos, constituyen también una prueba evidente de su amor, y por consiguiente las recibo y las acato siempre con respeto y con cariño. Tía Clara, que ha observado muy bien estas mutuas correspondencias de nuestro afecto, con su natural buen sentido las comprende y las comenta diciendo:

—Si Leal quiere a María Eugenia, María Eugenia adora a Leal. ¡No ve más que por sus ojos! Nunca me figuré que ella pudiera enamorarse tanto. Pero después de todo, no es extraño; se comprende que él tiene un encanto . . . un no sé qué especial para atraer a las mujeres, porque todas, todas: ¡lo adoran!

En cambio, tío Pancho que cuanto día pasa, menudea más y más sus continuas faltas de tacto, se desagrada y se crispa de nervios, con estas muestras de complacencia y de cariño que doy a mi novio. Continúa con su sistema de mariposa negra pronosticando horrores, y cuanta vez se le presenta la ocasión de crearme un conflicto o de ponerme en una situación difícil frente a Leal, aprovecha la oportunidad y me crea el conflicto. Bueno, y como además, según creo haber dicho ya, tío Pancho ha perdido por completo aquella gracia que tenía antes, ahora lo dice todo con unos chistes necios, pero tan necios, tan necios, que no dan ninguna risa.

Y para mejor demostrar lo antedicho o sea la poca gracia que tiene ahora tío Pancho, voy a citar varios ejemplos:

Antier, sin ir más lejos, a eso de las diez de la mañana, yo me hallaba en el comedor, de pie, y a un metro de distancia de una silla, ocupada en tejer

cordones, porque habiendo comprado últimamente para *trousseau* unas combinaciones, me quedan un si es no es flojas de escote, y hay que pasarles una cinta o cordón a fin de que se me adapten más al cuerpo. De repente, cuando más absorta estaba yo en mi trabajo, entra tío Pancho al comedor, se sienta y:

—¿Qué haces ahí, María Eugenia, tendiéndole hilos a esa silla como si fueras una araña?

—¡Pues ya lo ves! . . . Estoy haciendo cordones de seda para ajustar mis combinaciones de milanesa que me quedan un poco flojas.

—¿Te quedan flojas? . . . ¿sí? . . . Pues mira, si quieres que te dé un consejo, yo, en tu lugar, no trataría de ajustarlas, sino que más bien trataría de estirarlas todo lo posible. Dentro de una temporada ya no te servirán, María Eugenia. Yo calculo que vas a engordar alrededor de unos cinco kilos por mes, hasta llegar a los ochenta reglamentarios.

Ante semejante impertinencia, que subía de pronto, en diez kilos, la pesadez habitual del pronóstico: ¡silencio absoluto de María Eugenia! Los hilos siguen girando bajo las yemas de dos dedos y la silla se estremece ligeramente a impulsos del trabajo y de la rabia. Al cabo de un rato:

—¿Cuándo es por fin el matrimonio?

—¡Prontísimo! . . . Cuando la casa esté acabada de decorar. La están poniendo preciosa.

—¿Sí? . . . Me parece ver ya esas decoraciones. Habrá unos Cupidos volando a toda velocidad en tu cuarto de dormir, y un gran paisaje verde y azul, o sea: mar y cielo, pintado de arriba abajo en la pared del patio . . .

Otra vez por toda contestación, nada: ¡el silencio!

Luego, de pronto:

—Mira, ahora que has acabado ese cordón, antes de empezar otro, dame unas gotas de *brandy*, hazme el favor.

Como yo no soy rencorosa, le llevo el *brandy*, pero ¡le llevo también otra cosa! Es el periódico del día, donde aparece el último artículo de Leal, que publica la prensa elogiándolo muchísimo. Cuando tío Pancho se acaba de tomar el *brandy*, extendiendo el periódico abierto ante sus ojos, encima de la mesa, y le digo con aire de desafío:

—Mira: ¡lee lo que dicen aquí sobre el artículo éste, y lee, después el artículo! . . . fíjate: «pasa a la segunda página» (vuelta de hoja) «pasa a la tercera» (vuelta de hoja) y «pasa a la quinta» (vuelta de hoja) . . . ¡Anda, pues, tío Pancho, lee, lee!

Pero tío Pancho, en lugar de ponerse los anteojos y empezar a leer, no, sino que se queda callado un rato, luego alza la vista, y me pregunta con una dulzura, y una suavidad, y una *pose* de confesor:

—Oye, contesta la verdad, María Eugenia: ¿lo leíste tú así, pasando a la segunda página, y pasando a la tercera, y pasando a la quinta, y todo?

—No. Yo no lo he leído en ninguna forma, porque sabes demasiado que estoy ocupadísima con los cordones. No he tenido tiempo de leerlo todavía.

—Bien, entonces para complacerte, yo leeré el artículo entero, pero es a

la condición de que tú te bebas primero, en ¡cuatro o cinco segundos nada más! . . . aquel frasco de agua de Rubinat que está ahí encima.

Y enseñó el purgante amarguísimo de Rubinat que tía Clara iba a tomarse aquella misma mañana, y cuya sola vista a mí me produce náuseas, escalofríos, y mareos de repugnancia.

Ahora pregunto yo: ¿tiene alguna gracia esa contestación? . . . ¿tiene ingenio? . . . ¿tiene *esprit*? . . . ¡Pues es claro que no! y es evidente lo que dice Abuelita y todo el mundo: tío Pancho carece de sentido moral, carece de sentido práctico, y no discierne lo respetable y lo bueno, de lo despreciable y lo malo.

Otro ejemplo muy reciente:

Hace cosa de dos noches, Leal, durante su visita, sentado junto a mí en el sofá de damasco, no hablaba en aquel instante conmigo, sino que se dirigía a tío Eduardo y a tío Pancho, porque los temas sobre los cuales versaba su conversación, no eran en absoluto de mi incumbencia. Había advertido ya hablando de las relaciones existentes entre el misticismo y la mentalidad femenina:

—La religión, en una mujer es completamente indispensable, y ninguna mujer tiene el derecho de decir que no cree . . . porque al fin y al cabo: ¿qué entienden ellas de Metafísica, ni de Biología, ni de las teorías de Lamark; ni del sistema cosmogónico de Laplace, ni de las nuevas ideas de Einstein ni de nada? . . . Yo por ejemplo, no creo, yo soy absolutamente materialista: es verdad, pero ¿por qué soy yo materialista? . . . ¡pues porque yo tengo mis motivos! . . . yo pienso; yo he estudiado muy a fondo; yo reflexiono; yo tengo cierta capacidad mental; yo tengo mi sistema; yo tengo mi método especial; yo tengo mi, etc., etc.

Pero todo esto lo había dicho ya hacía rato. Ahora hablaba de literatura, de oratoria, de política y había ofrecido leer un trozo del discurso que en aquellos días iba a pronunciar en el Senado. En un momento dado, dentro del movimiento general de la conversación se habló del Dante y de su obra. Como es natural y, de acuerdo con mi programa, en lugar de emitir opiniones sobre el particular, callaba discretamente dando a entender así que aquellas dos palabras: «El Dante», carecían en absoluto de sentido. Pero tío Pancho, en lugar de ocuparse de sí mismo y de sus propios asuntos, no, esperó a que hubiese un gran silencio y entonces, con una voz estentórea me preguntó:

—¿Desde cuándo no recitas nada del Dante, María Eugenia?

—¿Del Dante? —pregunté yo extrañadísima— ¡no sé lo que dices, tío Pancho!

—¡Ah! ¿de modo, María Eugenia, que pretendes hacernos creer ahora que tú no has leído nunca al Dante, cuando el año pasado nos agobiabas con tus juicios y tus pedanterías sobre *La Divina Comedia*? Recuerdo que la recitabas en un italiano antiguo que debía estar muy mal pronunciado, porque hablas el francés y el inglés como tu propio idioma, pero en cambio destrozas el italiano.

—Pues mira, tío . . . —le contesté disgustadísima— yo no acostumbro a mentir. Te he dicho varias veces que tengo muy mala memoria, y que así como se me ha olvidado ya casi el inglés, se me está olvidando ahora el francés, y se me han olvidado por completo todos los versos de *La Divina Comedia*. Es como si nunca los hubiera leído. Por eso digo sinceramente ¡no sé quién es el Dante!

Y como si esto no fuera bastante, tío Pancho, en lugar de comprender y callarse, siguió así, machacando el mismo tema.

—¡Ah!, pues me parece rarísimo que te halles tan alejada de la literatura cuando tú misma eres literata, o sea «escritora». ¡Y no lo niegues, no lo niegues porque me consta! El otro día entré en tu cuarto a buscar un libro y vi sobre tu escritorio, una gran cantidad de cuartillas numeradas y escritas. Tú entraste corriendo detrás de mí y las tapaste con una revista, pero fue en balde porque ya las había visto muy bien . . .

Al oír tan inicua indiscreción, salté al instante sin dejarle concluir:

—¿Escritora? . . . ¿escritora yo? . . . ¿yo? . . . ¡Vamos, qué disparate! . . . ¡ah! . . . por más que sí . . . ahora recuerdo . . . tú te refieres sin duda a unas recetas de cocina que estaba yo copiando el otro día . . .

—¡Sí! . . . ¡sí! . . . recetas de cocina, con interrogaciones, exclamaciones, diálogos y puntos suspensivos! . . . Bueno, a no ser entonces que en tus recetas de cocina los elementos dialoguen entre sí, como los personajes de una fábula, de modo que mientras se bate una torta, pongamos por caso, el azúcar interroga a los huevos, la leche le replica a la mantequilla, y la harina exclama dentro del molde o el horno . . .

—¡Ah! ¡Jesús! ¡qué de absurdos! . . . Acuérdate, tío Pancho, por Dios, que tú no ves nada cuando estás sin anteojos, y es por eso que todo lo tergiversas!

Afortunadamente, Leal no atendió en absoluto a las anteriores réplicas, ocupadísimo como estaba en sacar de su bolsillo, desdoblar y repasar con la vista unas hojas escritas, en las cuales buscaba muy abstraído el trozo más elocuente de su discurso. Y por fin, habiéndolo encontrado, con las hojas sostenidas por la mano derecha, accionando muy ampliamente con la izquierda, ahogó mi discusión con tío Pancho, porque comenzó a leer:

«—Las diversas agrupaciones incipientes de entidades heterogéneas, que fundidas en un mismo credo heroico, comulgaron ubérrimas, e inmarcesibles, en las palpitations étnicas y sociológicas de nuestra gesta magna, cuyos faustos gloriosos se evidencian en las colectividades generadoras de la epopeya, que ascendiendo a las cimas ígneas de los Andes tal cual una Epifanía de cóndores, concibiera el concepto venerando de nuestro individualismo patriótico. . . ».

Al llegar aquí, mientras Leal seguía leyendo, eché una ojeada inquisidora a la cabeza de tío Pancho, que escuchaba serio, inmóvil, y absorto, dando

señales de profunda atención. Pero como le conozco demasiado, viéndolo tan atento, no pude menos de exclamar en mi fuero interno:

—¡Ah! qué nueva sandez, ¿qué nuevo chiste sin gracia, estarás rumiando ahí, tío Pancho?

Pero la voz de Leal seguía cada vez más vibrante:

«...Al conjuro del verbo taumatúrgico que en un amplio abrazo cosmogónico encendiera de fe aquella radiante antorcha, que prendida luego en la intensa energía plutónica de las cumbres épicas, brilló por fin sobre las testas heroicas, como una radiante rosa de fuego, rediviva en la Apoteosis triunfal de nuestra más pura gloria! ...».

Y no atendí más, porque me di a pensar que, en realidad, mi ignorancia era mucho mayor de lo que me figuraba, puesto que no había logrado todavía tomar el hilo de un discurso tan elocuente, que dicho sea de paso, fue un verdadero éxito en el Senado. Y digo que fue un éxito, porque el periódico que lo reprodujo, al llegar a este último párrafo, escribió así, entre paréntesis y con bastardilla: (*el orador es calurosamente ovacionado*).

Recuerdo que también tío Pancho me ha proporcionado más de un discurso por ese prurito que tiene de hablar, venga o no venga al caso, de mi gran intimidad con Mercedes Galindo, y de aquellos tiempos en que yo comía casi diariamente con ella. Ocurre que Leal, sólo conoce a Mercedes de vista y de referencias, pero es lo cierto que sin haberla tratado, le profesa, desde lejos, la más sincera y vehemente de las antipatías. Me ha anunciado ya varias veces, que si Mercedes regresare a Caracas, yo, casada con él, no volveré jamás a pisar su casa. Como Leal no suele explicarme el porqué de sus órdenes o prohibiciones, ignoraba la causa de esta última como ignoro la causa de todas las demás. Pero hace algunas noches a propósito de no sé qué frase de tío Pancho, luego que éste se hubo marchado, la conversación entre Abuelita, tía Clara, y tío Eduardo comenzó a girar alrededor de Mercedes. Hablaban ellos aparte, distantes de nosotros los novios, allá en el extremo opuesto del salón. Pero de pronto Leal, se irguió junto a mí en el sofá de damasco, tomó solemnemente la palabra, y con ese tono imponente y enérgico que debe usarse cuando se habla de aquellas personas cuyo trato corrompe o escandaliza a los demás, dijo que Mercedes era y había sido siempre una mujer muy libre en sus costumbres, que asistía a los bailes literalmente desnuda, que trataba a los hombres con demasiada intimidad, que tenía con ellos conversaciones muy impropias, y que si bien en Caracas no la habían nombrado con nadie en particular, le constaba que en París había tenido más de un amante.

Yo creí un deber mío el defender a Mercedes de semejantes cargos, y con tal motivo se inició al punto una discusión muy agria, porque tanto Abuelita como tío Eduardo y tía Clara, presentes en la escena, se pusieron los tres de parte de Leal y en contra mía. Fue inútil que para defender a Mercedes yo

describiese con la mayor elocuencia posible aquella abnegación de ella para con Alberto su marido, el mérito de ser tan buena siendo tan desgraciada y tan linda; sus sentimientos generosos y su inmenso corazón. Todos me contaron diciendo que no veían en ello ningún mérito, puesto que una mujer bien nacida, una vez casada, por muy desgraciada que fuera, debía sufrir en silencio su desgracia, sin faltar jamás a sus deberes, y sin dar a la sociedad ese espectáculo grotesco, y escandaloso que es el divorcio. En vista de tanta evidencia mezclada a tanta unanimidad, juzgué definitivamente perdida la causa de Mercedes, y opté por callarme discreta y dócilmente.

Luego de declararme derrotada, recuerdo que en el sofá de damasco, Leal y yo, emprendimos de nuevo aquella noche nuestra interrumpida conversación particular, mientras que a lo lejos, Abuelita, tía Clara y tío Eduardo, continuaban hablando en voz muy baja. Sin dejar de atender a lo que decía mi novio, aguzando mucho los oídos, me di cuenta de que ahora, a propósito de Mercedes, y a propósito del divorcio, el grupo de enfrente hablaba de Gabriel Olmedo. Abuelita recordaba que Mercedes había tenido la malhadada idea de casarlo conmigo, y tío Eduardo añadía que gracias a su interés, y gracias a un milagro de la Providencia, yo me había librado de tan gran calamidad. Pero tía Clara aseguró que a mí no me habría gustado jamás Gabriel Olmedo; Abuelita confirmó esta opinión, y entonces tío Eduardo se puso a contar que Gabriel y su mujer, vivían de hecho separados, porque no habían logrado entenderse jamás; que ella tenía en realidad un carácter detestable; que Gabriel se divertía por su lado y que en Caracas se decía que iban a divorciarse. Y luego de seguir hablando en un tono todavía más bajo, que yo no alcancé a oír, dividida como estaba mi atención entre las dos conversaciones, la de enfrente se clausuró por fin con estas consideraciones de Abuelita:

—¡Quizás! . . . ¡como no tienen respeto ninguno por la moral, y como tampoco tienen hijos! . . . ¡ah! los hijos, ¡qué falta tan grande hacen los hijos!

Salvo la antedicha discusión sostenida por culpa de tío Pancho, sobre el delicado tema de Mercedes, que yo recuerde, no he vuelto a discutir más con mi novio. Y en un mutuo y completo acuerdo, ante nuestro sofá de damasco, el tiempo se desliza suave, suavemente, mientras que allá, en lontananza, la fecha de nuestra boda, se agranda y se aproxima con andar de gigante. Contando desde hoy sólo faltan veinte días. Ya se han publicado los esponsales, y el domingo pasado en la misa de ocho, el cura de la Catedral, después del Evangelio, leyó la primera de las amonestaciones.

Por asuntos muy urgentes, Leal prepara un viaje al interior de la República, viaje que durará tan sólo algunos días. Serán más o menos, estos mismos que faltan para el día del matrimonio. Durante su viaje pienso darme en cuerpo y alma a mi traje de novia. Ya lo tengo encargado. Será todo, todo, velo, manto, y vestido, una misma nube blanquísima de encaje de Chantilly, sin más adorno que el adorno menudo de los azahares que florearán escondi-

dos en la nube del encaje... y a propósito de nube... se me olvidaba ya mi gran noticia:

Una de las razones por las cuales defendí tan acaloradamente a Mercedes Galindo la otra noche, fue en agradecimiento al gran cariño que puso para escoger mi *trousseau*, porque ha llegado desde hace ya algunos días... ¡y es una maravilla mi *trousseau*!... Todo, absolutamente todo, es de crespón de china rosa, con calados y bordados blancos tal cual yo lo había soñado... Cuando lo tengo guardado en mi armario de luna, la finura de la seda bien doblada lo pone tan pequeñito, que yo a veces, con la sola intención de verlo, abro la hoja de mi armario de luna... tras la hoja, se viene primero un olor de sedas de París que es una gloria, y después, tras el olor, como si fuera un jardín de rosas, aparece sembrado en una sola tabla, todo el jardín de rosas de mi *trousseau*. Yo lo contemplo un largo rato ordenado así, en diminutas hileras, hasta que de pronto, por el gusto de mirarlo crecer, por el gusto de que me llene el cuarto con su olor de París, y por el gusto de sentir que es mío, desbarato las hileras, y pieza por pieza, lo voy extendiendo todo sobre el amor de mi cama. Y es tanto lo que él crece y lo que se multiplica, que para recibirlo entero, mi cama, parece que se alarga de alegría, parece que se mueve, parece que camina, y por fin, mi cama cargada con mi *trousseau*, es un arroyo que tiene ondas, y remansos, y cascadas, y remolinos, y espuma de seda de color de rosa. A veces, de tanto mirarlo, me dan ganas de bañarme en el arroyo, y sin pensarlo más, como el crespón no se arruga, me quito en un segundo mi kimono, me extiendo sobre la cama, y tomo un baño de seda. Pero un instante después, siento que voy a estropearlo, y me levanto de prisa, me instalo a la turca hacia los pies de la cama, lo aliso con cariño, y pieza por pieza vuelvo a doblar mi lindo baño de rosas. Mientras lo voy doblando, como está todo revuelto y a montones, clareando el edredón azul, esponjado a pedazos, subido hasta las cimas de las almohadas blancas, lo miro un largo rato frente a mí, y allá, en la cabecera de mi cama, bajo el ensueño de mi cortina de punto, mi *trousseau* revuelto y en desorden, me recuerda entonces esos rincones de cielo cuando un ocaso le pone aquellos disparates y aquellos caprichos de jirones de niebla, con jirones de nubes blancas, y nubes rojas, y un lunar muy encarnado que es el sol, y un celaje más claro, y muchas, muchas nieblas de crespón rosado, que se transparentan y se pierden por un cielo tan azul como el azul de mi edredón.

Pero así como me gusta mi *trousseau* para mirarlo puesto sobre la cama, no sé por qué, no me gusta mi *trousseau* para mirármelo puesto sobre mi cuerpo. Y no es que me quede mal, no: ¡me queda maravilloso! Me queda tan bien, pero tan bien de color, y tan bien de forma, que un día que tía Clara se empeñó en que debía probármelo, al ponerme la primera camisa que era un imperio muy corto, tía Clara, se quedó al punto extasiada, y ella que nunca me dice bonita, juntó las dos manos, se estuvo callada un instante, y luego exclamó con muchísimo escándalo:

—¡Pero qué lindura! . . . ¡Si pareces un mismo botón de rosa, María Eugenia!

Y también Gregoria la lavandera, para verme con mi camisa rosada, asomó en aquel momento su lanuda cabeza por detrás de los barrotes de mi ventana y acompañando las palabras con aquellas carcajadas tuyas que dicen tantas cosas que no se pueden decir, aseguró que no había visto nada más precioso, y que ella misma me lavaría siempre mi ropa de seda, para que ninguna otra lavandera ordinaria viniera a cometer el crimen de estropeármela.

Pero a pesar de lo que dice tía Clara y de lo que dice Gregoria con palabras y con carcajadas, yo no quiero ponerme mi *trousseau*, y prefiero que se lo ponga la cama. Sí. Recuerdo que el mismo día en que llegó, al no más sacarlo de los cartones, decidí probármelo todo. Loca de curiosidad me encerré con él en mi cuarto, y temblando de alegría, empecé a ponerme una después de otra, las perfumadas piezas de crespón de la China. Pero cuando más alegre me sentía mirándome por todas partes en el espacio, hecha «un botón de rosa» como dice tía Clara, de repente, sin saber bien la causa, me pareció que aquella tela de las camisas era demasiado transparente, pensé que Abuelita había dicho ya muchas veces: «esa ropa de seda, ni es decente ni es práctica» . . . y yo, que no me asusto nunca del desnudo, bajo la figura del crespón, me miré de pronto desnuda, y sentí . . . no sé lo que sentí . . . pero me quité la ropa calada, me puse mi ropa de todos los días, y al *trousseau* lo extendí más bien encima de la cama.

Pero ahora que lo pienso mejor . . . el no seguir en la prueba, fue debido también, a que además de acordarme de lo que dice Abuelita, me acordé de lo que dice tío Pancho. Mientras me ataba la cinta de una combinación, me miré en el espejo, pero así . . . fijo, muy fijo . . . y de repente, me pareció que me ensanchaba de espalda, y luego que me ensanchaba de pecho, y luego que mi cabeza crecía hasta ponerse cuadrada como la cabeza de María Antonia, y que por fin, mis manos, mis manos lindas, con sus uñas tan pulidas, sus hoyuelos tan graciosos, y sus dedos tan agudos, y tan finos, se ponían gruesas, y en lugar de las uñas pulidas tenían unas uñas opacas, y unos dedos hinchados, nudosos y hasta un poco torcidos como los dedos de tía Clara . . . Sí, sí, frente al espejo, vestida apenas con mi camisa imperio de crespón de la China sentí de repente que todas las palabras de tío Pancho, me asediaban, me pareció que se movían a mi alrededor . . . sí, . . . ¡me pareció, que tenían alas y que volaban junto a mí, como una bandada de cuervos! . . . Por más que no . . . ¡no! . . . era más bien, como un enjambre de mariposas negras, eso es . . . era un enjambre espantoso de mariposas negras, que dentro del espejo volaban y revolaban invisibles y perseverantes alrededor de un pobre botón de rosa . . .

Y claro, lo que yo digo: ¡que también sería por eso, que suspendí de repente la prueba de mi *trousseau*! . . .

Ahora, mientras escribo, no ceso de recordarlo, y no ceso de preguntarme: ¿por qué, pero por qué, tío Pancho ha cogido la costumbre feísima de anunciar cosas lúgubres? . . . No es que yo sea supersticiosa . . . pero siempre . . . ¡caramba! . . . siempre . . .



## CUARTA PARTE

IFIGENIA

### CAPITULO I

#### *Un lunes en la madrugada*

ACABAN DE DAR las dos de la mañana . . . Y estas dos campanadas al sonar, como si fueran dos quejidos del silencio, se han metido de pronto en mis oídos, me han llamado con dos golpes, y dentro del alma, me han despertado el miedo . . .

Tengo miedo . . . Sí . . . escribo por distraer el miedo . . .

Fue el reloj viejo y estropeado del comedor el que dio las dos . . . ¿Serán realmente las dos? Ahora el reloj sigue haciendo como antes: tic, tac . . . tic, tac . . . tic, tac . . . tic, tac . . .

Las campanadas de los relojes en la noche son las voces del silencio que se queja . . . y el tic-tac de los relojes en la noche son los pasos . . . ¡ah! los pasos de la muerte . . . ¡no; no, no! . . . son los pasos del silencio que camina . . . ¡sí! . . . los pasos del silencio . . . ¡Y qué despacio, y qué lento y qué largo, Dios mío, camina el silencio por la noche! . . . Sobre todo cuando la noche es tan negra y tan callada como esta noche. Es tan negra y tan callada, que hace apenas un instante que por ver algo de luz que no fuese la luz de esta llama que baila y baila como una bailarina loca sobre el pedestal angosto de la vela . . . hace un instante, por ver otra luz que no fuese la luz de esta

llama loca, me levanté de mi silla y abrí uno de los postigos de la ventana; pero como en esta casa tan vieja y tan pobre todo se queja, el postigo, al abrirlo, se quejó y como yo me asusté del quejido, y como en el cielo no hay ni siquiera una estrella, el postigo se ha quedado entreabierto, y es ahora, en el marco de la ventana blanca, un boquete negro, negro, por donde pasa un misterio tan negro y tan frío, que la llama ahora sobre el pedestal angosto de la vela se tuerce y se retuerce como si le dolieran las entrañas . . . Y ese misterio del postigo a mí también me está tocando la cara y me toca las manos, mientras las manos andan sobre el papel, junto a la pluma. Es un misterio negro, y húmedo, y frío . . . sí . . . ¡Es como el misterio de los ojos muertos! Porque hay veces que en los rostros helados, bajo los párpados blancos, los ojos negros se quedan entreabiertos . . . así . . . como está ese postigo . . .

¡Ah! ¡La muerte! . . . No es el silencio quien camina en la noche, no, ¡mentira! es ella . . . es la muerte . . . ¡sí! ¡la muerte! . . . Y los relojes son los únicos que tienen oídos para escuchar sus pasos . . . Por eso los repiten siempre a todas horas. Pero en el día los repiten y nadie los oye, y los repiten en la noche, y en la noche, en medio del silencio, los oyen estos oídos que velan a los enfermos . . .

¡Ah, el horrible boquete de ese postigo! . . . ¡Qué misterio tan frío, qué misterio tan húmedo y tan negro! . . .

Me he levantado de mi silla y lo he cerrado. En su lugar he entornado la puerta del comedor; y ahora el reloj hace mucho más recio que antes: tic, tac; tic, tac; tic, tac . . . También esta hoja, la de su cuarto, está a medio abrir y su respiración va caminando a compás, como el tic-tac del reloj . . . Parece que caminaran juntos . . . por más que no . . . la respiración va más de prisa . . . ¡no! . . . va más despacio . . . no, no, va más de prisa . . . ¡Ah! viejo reloj del comedor, ¡ya eres tan viejo, que no sabes medir bien la premura de los pasos con que camina la muerte! . . .

Ahora, he vuelto a levantarme de mi silla, y por centésima vez he empujado suavemente la hoja entornada de su puerta. Sobre la blancura de la almohada su cabeza sigue inmóvil y dormida en medio de esa respiración angustiosa que corre . . . corre . . . como si no saliera de su cabeza inmóvil. Parece el caballo jadeante de algún viajero que, en el instante mismo en que ya va a llegar, tiene muchísimo empeño por llegar, y corre . . . corre . . . corre . . . sin poder ya más.

¡Ah! ¡Pobre tío! Y cómo recuerdo ahora sus ratos de extenuación cuando entraba a la casa de Abuelita y tan desencajado y tan cetrino, me decía al sentarse:

—Tráeme unas gotas de *brandy*, María Eugenia, a ver si me pasa esto . . .

Y yo le llevaba las gotas de *brandy*; él se las tomaba, y al momento las manos frías le entraban en calor, los ojos apagados se le animaban un poco, y comenzaba a bromear con todos sin hablar ya de su fatiga y sin decirle a nadie que estaba enfermo. Pero recuerdo que cuando se levantaba para irse,

se levantaba encorvado; arrastraba los pies como si llevara en los hombros algún peso terrible, y así, muy poco a poco, se venía caminando hasta su casa... ¡su casa!... ¡Pobre tío Pancho! Su casa era esta casita húmeda y angosta, donde no hay luz eléctrica, sino en dos habitaciones, y donde los cuartos, en lugar de tener papel, tienen esta cal tan blanca en las paredes.

Sí... ¡qué pobre, qué pobre era tu casa, pobre tío Pancho!...

Pero... ¿qué importa ya? Con la misma velocidad con que se va ahora corriendo, sobre esa fatiga desbocada, se iría también si en lugar de la casa pobre tuviera un palacio, y si en lugar de tener cal en las paredes, las paredes tuviesen, todavía, aquellas tapicerías que, según dice Abuelita, eran una maravilla en la espléndida casa de los viejos Alonso.

En su casa húmeda, pobre y angosta, lo mismo que si fuera en un palacio, tío Pancho se muere ya irremisiblemente. Anoche al despedirse el doctor me lo dijo por segunda vez:

—Es cosa de unos días. Pueden ser dos, cinco, diez, pero no hay esperanzas ni hay remedio. Primero ese letargo, ese estado comatoso, y después ¡la agonía! Trataremos de que sufra lo menos posible.

Desde el primer momento en que le dio el ataque, Abuelita ha querido que me viniera de un todo a la casa de tío Pancho, y al despedirse me dijo:

—Que no le falta nada, María Eugenia. Aquí estoy yo para mandar cuanto se necesite. Y tú, cuidalo con muchos extremos y con el mayor cariño: ¡acuérdate que es lo último que te queda de tu padre!

A pesar de los ofrecimientos de Abuelita, yo no he querido que mandase nada. Y es que pedirle a ella es pedirle a tío Eduardo, y no puedo sufrir que tío Pancho tenga nada que venga de las manos de tío Eduardo. Buscando en las gavetas del armario, he podido encontrar algunas prendas, algún dinero, y con eso, más lo poco que me ha quedado a mí del dinero de las esmeraldas, tendremos para todo.

Junto conmigo, tía Clara y Gregoria se han venido a la casa de tío Pancho. Pero tía Clara no puede dejar sola a Abuelita durante todo el día, y por esta razón va y viene continuamente de una casa a la otra. Como tía Clara sabe mucho de enfermería, tío Pancho está muy bien atendido, y no le falta nada. Cuando ella se ausenta, Gregoria, la enfermera, y yo, estamos al pie de la cama, y entonces me hago toda ojos y toda oídos y no me fío de nadie para dejarlo solo. Por las noches: una noche vela tía Clara, otra noche velo yo. Esta ha sido mi primera noche de vela. Me ha parecido larga, eterna, de una eternidad negra, silenciosa, y húmeda, como esa que se esconde en las urnas soldadas debajo de la tierra.

Creo que, por fin, ahora ya comienza a amanecer. En la puerta del comedor se asoma un reflejo gris que no alumbra todavía. Es un reflejo turbio que aún no tiene luz... Se parece al reflejo turbio de los ojos, cuando en ellos se juntan la blancura de la vida, con la negrura de la muerte, en estas horas horribles en que se aguarda la agonía...

... ¿Y cuántas noches de vela me quedarán aún? ...

¡Ah, tío Pancho, tío Pancho! Por medir la extensión de tu pobre vida acabo de asomarme un instante al futuro, y no sé por qué, he visto en él mi esperanza toda blanqueada de dudas, como ese cementerio verde, que allá, más abajo de la ciudad, te espera en silencio todo blanqueado de tumbas ... Es que las lágrimas me ciegan los ojos, y por el cristal empañado de las lágrimas todo se mira turbio ... ¡Y cómo la muerte se complace en jugar con los proyectos de la vida! ... ¡Ah! ya no serás tú, tío Pancho, quien me lleve del brazo ese día de mi boda, cuando vestida de novia, camine muy despacio, llevando tras de mí tendido en la alfombra oscura aquel manto largo ... largo ... que es como una nube larga de encaje de *chانتilly*! ...

## CAPITULO II

### *El martes en la madrugada*

ESTA NOCHE, es noche de velar tía Clara, y era noche de dormir yo. Pero yo, en lugar de dormir, estoy despierta sin asomos de sueño.

Y es que como si fuese otro enfermo muy grave, tengo encerrado en el alma un inmenso sobresalto, que esta noche también me tiene en vela. Hace unas horas, era tan grande el sobresalto, que, por ver si lo espantaba un poco, me levanté de la cama, abrí las dos hojas grandes de la ventana, me senté de un brinco sobre el alféizar, y así, en camisa de dormir, con la cabeza apoyada hacia atrás, por encima de esa pared baja, que tanto reduce el patio, pero que no puede reducir el cielo, me puse a mirar el cielo ... ¡Y qué de prisa ruedan las horas, si son horas de contemplación, bebidas en la fuente de una noche tan clara! ...

Cuando acordé, sentada todavía sobre el alféizar, el reloj viejo del comedor estaba repicando ya las primeras horas de la madrugada. Y es que esta noche no es una noche negra como la de ayer; no, es una noche serena y clarísima, con un escándalo de estrellas, y un filo blanco de media luna, y dos luceros en un rincón del cielo, tan brillantes, pero tan brillantes, que me han estado recordando aquellos dos brillantes de Mercedes Galindo, que ella se ponía de noche ... ¡entonces! ... cuando en su mesa, bromeando desde lejos, me hacía señas, y sonrisas, y guiños, con la luz de sus ojos de lucero, mientras un poco más abajo, los dos brillantes de su *pendentif* titilaban alegres, como otros dos luceros, en el cielo divino de su escote ...

Y con la cabeza apoyada hacia atrás, mirando las estrellas se me iba la noche sin sentir.

Al fin, de tanto estar sentada en el alféizar, así, en camisa de dormir, me dio mucho frío, y para entrar en calor, me volví a la cama. Escribo con la

luz de la vela que baila y baila, y para bailar crepita, y su crepitar es tan suave que parece la música suave con que se acompaña el baile una bailarina linda.

Al lado de este cuarto, está el cuarto donde velé yo anoche, y donde hoy vela tía Clara . . . Por debajo de la puerta pasa un hilo de luz . . . Después viene el cuarto donde se muere tío Pancho . . . y por fin, viene . . . el salón, sí, el saloncito angosto donde pusieron anoche una cama para que durmiese . . . ¡él! . . . Pero . . . ¿dormirá? Me figuro que también estará sin dormir . . . y que también ha abierto su ventana, y que también se ha asomado . . . Por más que allí, en la salita, hay luz eléctrica . . . Quizás haya encendido la luz y esté leyendo . . . pero ¡no, no! . . . ni duerme ni lee . . . seguramente ha abierto la ventana, se ha apoyado en el alféizar, y sin mirar a la calle, está mirando el cielo. ¿Y también allá, en el cielo de la calle, se verán como aquí, en el cielo del patio, los dos brillantes de Mercedes Galindo? . . .

¡Ah! qué día singular y extraño será siempre en mi vida el día de ayer! Tanto esta noche de ahora, como ese otro día de ayer, me parece todo, pero absolutamente todo, como cosa de sueño o de pesadilla . . . pero, no, no, de pesadilla no, cosa de sueño nada más; sí; de sueño largo y suave que no se termina jamás, y que sigue . . . sigue . . . sigue . . . durante la noche y durante el día.

Y ahora que recuerdo ¡qué tonta, pero qué tonta, Dios mío, estuve ayer, cuando, en mi turbación, tiré la cuchara llena de café con leche junto a la almohada de tío Pancho, y la sábana, y la almohada, y la manta, y la cama entera se salpicó toda de café con leche! . . . ¡Qué figura tan ridícula debía tener yo en aquel instante, sonrojada y despeinada, y sin saber qué hacer, con mi kimono entreabierto sobre el seno, y la taza de café temblando en mi mano derecha . . . Pero claro . . . la sorpresa . . . ¡si era la que yo menos esperaba! . . .

¡Ah! En el monótono rosario de mis días, ¡qué día extraño será siempre ese extraño día de ayer! ¡Y cómo lo recuerdo todo, todo, en sus más pequeños detalles!

Después de la noche de insomnio, el desayuno, el baño y luego, mientras tía Clara se quedaba al cuidado de tío Pancho, rendida de emoción y rendida de sueño, me vine a dormir un rato a esta misma habitación en donde estoy ahora. Dormí profundamente. Al levantarme fui como de costumbre a ver lo que ocurría en el cuarto de tío Pancho. Tía Clara se había ausentado por algunos minutos, y Gregoria, que estaba de guardia, me contó:

—Aquí pasó la mañana un Niño que entiende de medicina. ¡Pero tan buen mozo, y tan fino, y tan amable como estuvo con el pobre Don Pancho! Se fue ahorita mismo con la Niña Clara, y dijo que volvía . . .

Abstraída como estaba en mirar a lo lejos el reloj, sin atender a Gregoria, le corté la palabra diciendo que fuese a buscar en seguida el café con leche, porque se nos pasaba la hora reglamentaria de dar al enfermo su alimento. Gregoria volvió a poco trayendo la taza, y entonces, me senté en la cama, junto a la almohada, y con la pobre cabeza gris apoyada en mi pecho, lentamente, entre los labios exangües, iba dejando caer gota por gota la leche tibia

mezclada con la tinta del café. De pronto, llamaron con los nudillos en la puerta y Gregoria contestó:

—¡Adelante!

Pero tan fino era el cuidado que yo tenía en ir poniendo la leche entre los labios exangües, que la puerta se abrió, se cerró, sonaron unos pasos, y por un instante más seguí abstraída sin apartar los ojos de aquellos labios sin vida que ya no saben hablar. Al fin levanté la vista, y entonces . . . ¡ah! . . . ¡fue entonces cuando vi que junto a la cama, erguido frente a mí, tan esbelto, tan delgado, tan fino de silueta, estaba él . . . sí . . . él . . . ¡Gabriel Olmedo! Y claro, como yo estaba algo despeinada, y como de tanto sostener la cabeza de tío Pancho, el kimono se me había entreabierto un poco sobre el seno, me llevé primero la mano a la cabeza para arreglarme el cabello, pero luego me pareció mejor arreglarme primero la bata, y de la indecisión entre los dos movimientos mi mano tropezó con la cucharita que estaba dentro de la taza, y la cucharita saltó como una flecha, hizo un reguero de café con leche sobre toda la cama, fue a dar en el suelo con un escándalo terrible de plata contra el cemento, y yo, mirando el reguero de café, y mirando la cuchara en el suelo, y mirando mi kimono entreabierto, y mirándolo a él, me puse temblorosa y me puse encendida como la grana. El entonces, caminó unos pasos, recogió la cucharita del suelo y con una sonrisa que tenía mucha burla, y que era muy brillante y muy blanca de dientes, y con una mirada que tenía mucha risa y que era muy brillante y muy negra de ojos, y con su metal de voz tan . . . tan . . . ¡bueno! . . . aquél mismo metal de *entonces*, dijo:

—¡Se comprende que no tiene mucha práctica de enfermos, la enfermera!

Afortunadamente, en aquel mismo instante llegó tía Clara y me ayudó en el conflicto del café con leche. Yo entonces me levanté de la cama, y mientras me arreglaba el pelo y me arreglaba el kimono, Gabriel se acercó a mí, y volvió a decir en voz baja, y con la misma expresión con que había hablado antes:

—¿Y a mí, no se me saluda ya, María Eugenia?

Yo sonreí por fin, tendiéndole mi mano. El la tomó en la suya, y entonces a la suya la sentí en la mía, tan larga, tan fina, que al mirarlas a las dos unidas en el aire, mis ojos recordaron al momento la mesa de Mercedes Galindo, cuando aquella misma mano nerviosa y larga, sin vellos y sin solitarios, se extendía a veces sobre el mantel, junto a mi mano, y eran las dos tan iguales y tan finas, que, sobre la blancura del mantel y entre la blancura de los platos, venían a ser como una azucena grande junto a una azucena chica en un campo de blancas azucenas.

Tía Clara, que estaba muy agradecida y muy satisfecha, vino a buscarme, me llevó a un rincón del cuarto donde no pudiese oír tío Pancho, y me refirió entonces que en la mañana, mientras yo dormía, Gabriel había venido de visita. Hablando, hablando, ella le había referido cómo dada aquella intensa gravedad, el Doctor nos había aconsejado que buscásemos un practicante que

no se alejara nunca de la casa; cómo le habíamos llamado ya, y cómo en la actualidad esperábamos a que llegara de un momento a otro. Y tía Clara, conmovida, exagerando muchísimo el buen corazón y la bondad de Gabriel, añadió que, al oírla, él había contestado al punto diciendo que dada su gran amistad con tío Pancho, no sería nadie, absolutamente nadie más que él mismo, en persona, quien hiciera las veces de ese practicante. Y cada vez más conmovida, tía Clara acabo diciendo:

—Acepté su ofrecimiento, María Eugenia, porque me pareció que lo hacía con muchísima sinceridad y con muchísimo cariño . . . Además, aunque no ejerza, es un médico graduado, y siempre: ¡claro! un médico graduado es muchísimo mejor que un estudiante . . . ¿no te parece?

Sin comprender la causa, ante aquella noticia de tía Clara, sentí que por toda mi alma, junto a un gran espanto, se estremecía una inmensa alegría, y pensando: «¿Cómo puede el espanto crecer junto a la alegría?», le contesté a tía Clara sin saber de mis palabras:

—¡Pues me parece muy bien! . . .

Y al punto fui a dar las gracias a Gabriel por tanto cariño y tantísima bondad. El escuchó atento, con su mirada en mi boca, suavemente complacido, como se escucha la música, y contestó muy amable:

—Es lo menos, y es lo último que puedo hacer por él . . . y también por usted, María Eugenia.

Y como le preguntase con la misma ansiedad la misma pregunta que he hecho ya tantas veces a los demás médicos, moviendo tristemente la cabeza me contestó con sincera melancolía:

—¡Esperanzas . . . no! . . . ¡No hay esperanzas!

Y mientras decía así: «¡no hay esperanzas!», no sé por qué me pareció, que al hablar de la vida de tío Pancho, Gabriel hablaba al mismo tiempo de otra cosa.

Vino un gran silencio de tristeza . . . Yo me quedé mirando con un temblor de lágrimas aquella cabeza dormida, y sentenciada a muerte que se hundía apacible entre las blancas suavidades de la almohada . . . Pero luego de mirarla mucho rato, volví de mi abstracción, me miré yo misma, me dije que mi kimono estaba ya muy ajado y que muchísimo mejor sería el ponerme en lugar del kimono mi *deshabillé* blanco de crespón y de encajes. Dejando por un instante el cuarto de tío Pancho, me vine hasta aquí para cambiarme de bata. Y, mientras me peinaba y me vestía y me arreglaba en el espejo, pensé que era una gran tontería el haberme asustado de que Gabriel se quedara en la casa haciendo de practicante, porque . . . ¡es claro! . . . lo mismo que pensé entonces, y lo mismo que pienso ahora: «¡Después de tanto tiempo y después de tantas cosas . . . ¿qué puede importarme ya, Gabriel Olmedo? . . .».

### CAPITULO III

#### *El miércoles al mediodía*

AHORA ESCRIBO en la mañana, con luz de sol, pasos que pasan en puntillas, suave cerrarse y abrirse de puertas, y el zumbar perseverante de una mosca que ya me tiene loca.

Son las once en punto. Fue con el pretexto de dormir como vine a encerrarme sola en este cuarto. Hará diez minutos que vine. Fue al entrar tía Clara de la calle. Al entrar tía Clara se me quedó mirando muy fija, y mientras se quitaba el velo y lo doblaba, y le clavaba los alfileres, me dijo por dos veces:

—Vete a descansar un rato, María Eugenia, que ahora me quedo yo.

Y me vine sabiendo que no venía a dormir. Estoy tan nerviosa, que así como no puedo dormir en la noche . . . ¡claro! . . . mucho menos aún puedo dormir en el día. Y sin embargo, sin sueño ni nada, después que me habló tía Clara, me salí del cuarto y me vine . . . no sé por qué . . . ¿por qué me vine? . . . ¿No es una indiferencia y un egoísmo y no es también un absurdo esto de ponerse a escribir tonterías cuando a unos pasos más allá de nosotros hay un enfermo que se muere?

¡Ah! es que anhelaba tanto hablar con alguien . . . Sí . . . con alguien que fuera capaz de comprender estas cosas sutilísimas que no se pueden decir y que sólo comprenden las poquísimas personas que comprenden. Tía Clara no comprende nada; y Gregoria, que lo comprende todo, está siempre ocupada allá por la cocina o por el corral hirviendo aguas y lavando ropas. ¡Sí! Yo quisiera que alguien se asomara en mí, y me dijera luego qué tamaño tiene la ansiedad inmensa, que tan inmenso abismo me ha abierto, dentro del alma. Esta ansiedad viene sin duda de la falta de sueño . . . sí . . . ¡es claro! . . . como no duermo y no sueño, y siempre estoy en vela parece que soñara despierta, y que despierta estoy dormida, sin más tensión en el alma, que esta tensión que vive siempre en acecho, erguida y temblorosa, escuchando los pasos de la muerte, que camina, y camina, y camina, siempre cerca, y siempre, siempre, sin llegar a llegar . . .

Como de costumbre tía Clara se fue hoy muy temprano a comulgar por tío Pancho y a estarse un rato con Abuelita. También se marchó la enfermera por yo no sé qué historia que le ha ocurrido a uno de sus hijos. Cuando vi que la enfermera se iba, yo me inquieté muchísimo, pero Gabriel me dijo:

—Déjela que se vaya, María Eugenia. Y si no vuelve: ¡que nunca vuelva! No se necesita. Aquí estoy yo para todo.

Y desde las siete de la mañana, al cuidado de tío Pancho, me he quedado yo sola con Gabriel!

¡Ah! . . . ¡y qué bueno es Gabriel! Yo no sabía que fuese tan bueno. Para cuidar a tío Pancho tiene cariños de hijo, y tiene la finura de los médicos



buenos que, como las Madres, adivinan todas las delicadezas que hay en el alma pequeñita de los enfermos.

Y además . . . ¡qué blanco es Gabriel! Tampoco lo sabía . . . no . . . nunca me había fijado. A juzgar por su cara lo creía más bien moreno, pero no, es blanco, blanco, blanquísimo. Y como es tan limpio, y como está siempre tan cuidado y tan pulcro, parece aún más blanco . . . Sí . . . Gabriel tiene una limpieza brillante y luminosa. Será por eso tal vez que no se pone jamás ni sortijas con brillantes, ni alfileres de corbata con brillantes, ni gemelos con brillantes, ni nada, nada, con brillantes; no, Gabriel no se adorna sino con su limpieza que brilla . . . ¿Por qué brillará tanto la limpieza de Gabriel?

Esta mañana muy temprano, al ir a preparar una inyección de las que continuamente se le ponen a tío Pancho, Gabriel comenzó a doblar hacia arriba los puños de su camisa de seda. Doblando, doblando, se dejó los brazos desnudos casi hasta el codo, y llamaron mi atención porque son blancos, como mis brazos, y como los brazos de Abuelita que también es muy blanca . . . Y recuerdo que un instante después, mientras él clavaba la inyección en la espalda de tío Pancho, yo que lo ayudaba muy de cerca con el yodo en la mano derecha, y con el algodón y el agua colonia en la mano izquierda, observé de nuevo que al inclinar mucho la cabeza, el cuello de su camisa se distanciaba algo de su propio cuello, y entonces vi por segunda vez, cómo bajo el pelo negrísimo, y entre las dos orejas transparentes y rojas, su nuca era mate y blanquísima, lo mismo que los brazos. Por cierto que mirando los dos cuellos de Gabriel, es decir el suyo y el de su camisa, nos ocurrió a ambos un pequeño accidente, que de poco más resulta peor que mi accidente de anteaer cuando la cucharita y la taza de café con leche.

Y fue que, después de mirar la nuca de Gabriel, y comprobar que tenía el mismo blanco mate de los brazos, me puse a considerar la tramada finura de su camisa de seda, y mirándola pensé: «Se ve que a Gabriel, también le gusta como me gusta a mí, esto de sentirse la seda muy cerquita de la piel». Al punto me puse a enumerar mentalmente todas las camisas que se ha puesto Gabriel en los dos días que tiene aquí asistiendo a tío Pancho. Recordé que le había visto: la de seda cruda: una; y la de seda blanca con rayitas azules: dos; y la otra igual, pero con rayitas lilas: tres; y la otra con cuadritos verdes: cuatro; y por fin la blanca de hoy: cinco. Y como por todo eran cinco camisas en menos de tres días, volví a reflexionar y me dije: «Pues Gabriel que es ahora tan rico, tendrá por docenas y docenas estas camisas de seda japonesa que es la seda más fina que se hace . . .». Y cuando más absorta me encontraba en esta idea de la seda, él, levantó de pronto su cabeza, tropezó con mi mano derecha que era la del yodo, de la sacudida se derramaron unas gotas sobre mi dedo pulgar, y como yo alejé mi brazo asustadísima creyendo haber manchado mi *deshabillé* blanco, él dijo muy contrito:

—¡Ay! . . . perdón ¿y qué desastre, Dios mío, ha hecho ahora mi cabeza? Como al instante comprobé que el llamado desastre, sólo alcanzaba la

falange superior de mi pulgar, muy contenta y muy tranquila, contesté irguiendo en el aire mi dedo manchado:

—¡Y muy lindo, sí, muy lindo que va a estar hoy todo el día, con su gorro de yodo, el señorito!

Gabriel entonces lo miró sonriendo y dijo con mucha gracia:

—¡Pues a ese enfermo, herido, o como se llame, hay que curarlo también!

Y luego que acabó con tío Pancho, cogió un copo de algodón, lo mojó en agua colonia, y se puso a desmanchar con grandes extremos, la uña, la yema, y toda la falange superior de mi pobre pulgar.

Después que terminó completamente tan delicada cura, nos sentamos juntos en el canapé de reps que hay en el cuarto, y allí nos estuvimos un largo rato, inmóviles, sin decir palabra, considerando con callada melancolía la cabeza delgada y exangüe, que bajo la acción del narcótico dormía ahora suavemente, con sus ojos entreabiertos, y su boca entreabierta, y su barba puntiaguda, y todas sus facciones alargadas, blancas y dolorosas como las facciones dolorosas de un Cristo de la Agonía . . . Pero poco a poco, en voz muy baja, Gabriel y yo empezamos a conversar, y estuvimos conversando, conversando hasta que llegó tía Clara . . .

¡Es extraño! . . . pero cuando dos personas conversan juntas en el cuarto donde hay un enfermo, todo, todo cuanto se dice, parece que tuviera un sentido oculto o desconocido, y es que ¡claro! por muy dormido que se encuentre el enfermo, al hablar junto a él, es preciso hablar en voz muy baja . . . así . . . a la sordina . . . y cuando se habla a la sordina, no sé lo que pasa, cada palabra que se dice es un misterio . . . Sí . . . un misterio hondo, que más parece que se diga con los ojos que con los labios, y que más parece que se escuche con los ojos que con los oídos, porque los oídos y los labios están hechos al metal de la voz, y los ojos no . . . los ojos están hechos a oír y a hablar en la expresión callada del silencio.

Y así, a la sordina, sentados juntos en el sofá de reps, Gabriel y yo, estuvimos hablando casi toda la mañana . . .

Fui yo quien inició aquella larga y singular conversación. Porque ocurrió que una vez que Gabriel me hubo desmanchado el dedo, mientras flotaba en el ambiente un suave olor de agua colonia, sentada junto a él, me di a considerar a tío Pancho, con aquel gran sentimiento de unción y de tristeza, y cuando más convencida estaba de que Gabriel lo miraba también, descubrí que sus ojos, en vez de mirar a tío Pancho, me estaban mirando a mí, con una expresión tenaz, profunda y turbadora, que en la penumbra y en el silencio del cuarto me asustaba y me cohibía como la amenaza de algo que puede venir y no se sabe qué es . . . Entonces, por distraer de mí aquellos ojos de Gabriel, le pregunté muy quedo, indicando a tío Pancho con la vista:

—¿Sufrirá? . . .

En efecto, separando de mí los inquietantes ojos, Gabriel contempló un segundo la dolorida cabeza de Cristo y contestó:

—Ahora no sufre nada. La acción del narcótico lo tiene en estado de inconsciencia y de absoluta insensibilidad.

—Pero cuando se despierta debe sufrir, porque entonces nos mira, y nos conoce . . . ¡pobre tío Pancho! Y en esos momentos de lucidez, Gabriel . . . ¿comprenderá que se muere? . . .

—¡Quizás! —respondió Gabriel. Y la palabra salió rozando sus labios como si fuera un suspiro.

Yo dije:

—Tal vez no sepa nada, y se despierte de pronto en el más allá, así como nos despertamos por la mañana después de una noche de sueño! . . .

—¡El más allá! . . . —repitió Gabriel como en un eco—. ¡El más allá! . . . ¿Y usted, en su vida actual, espera confiada ese más allá, lo mismo que en la noche espera la mañana, María Eugenia?

Y como la voz que poníamos los dos en la penumbra del cuarto, era la misma voz apagada y susurrante de la confesión, yo, sin esfuerzo ninguno, como se confiesa un pecado . . . sí, un enorme pecado, que al salir de los labios deja en el alma un gran alivio de paz, por primera vez en mi vida, confesé a Gabriel este enorme pecado que a nadie le había confesado nunca:

—¡Creo firmemente que no hay nada más allá! . . . Y me duele . . . ¡ah! ¡sí! . . . me duele creerlo con lágrimas de llanto, y con lágrimas de sangre, porque esta fe de no creer en nada, Gabriel, es una fe árida y horrible, que acaba de un todo con la esperanza, cuando precisamente lo grande, y lo sublime, y lo bueno, y el objeto único, sí, el único objeto de la fe ¡es la esperanza! Y es tan necesaria, sobre todo para nosotras, las pobres mujeres, que andamos por la vida, siempre, siempre, con la resignación a cuestas . . . usted ve: resignación para aburrirnos, resignación para olvidar los ideales que no pueden ser, resignación para callarnos y para que en nosotras todo calle siempre . . . ¡ah! . . . tanta, tanta resignación que al ser resignación necesita también, ser esperanza, porque ¡es claro! sin la esperanza, todo se vuelve desesperación negra y eterna como la de los condenados al Infierno. Dígame si no: ¿qué sería, por ejemplo, de la pobre tía Clara, si gracias a su fe, no viviera su vida en la esperanza? Mire . . . algunas mañanas, cuando veo que tía Clara se marcha a la iglesia con la punta de su velo caído sobre la espalda, y allá se queda más de una hora de rodillas, junto a muchísimas otras, que como a ella, la gente llama «las beatas» . . . pues a veces, cuando la miro salir en la mañana, si estoy de humor sentimental, o «en rato de fantasía», que dice Gregoria, me figuro el alma de tía Clara, y me figuro el alma de todas las beatas en el momento de acercarse a la pila del agua bendita, así, como si fueran una blanca fila de doncellas bíblicas . . . ¿se acuerda? . . . aquellas que pintan con el cántaro al hombro, junto al pozo de Jacob, viniendo a sacar el agua para la sed del día . . . El agua de las beatas, Gabriel, es la esperanza, y las beatas son las sedientas que tienen donde beber . . . Por eso . . . ¿comprende? . . . por eso es que digo que me da miedo el tener una fe que no tiene esperanza . . .

Había hablado casi todo el rato, con los ojos bajos, mirándome las manos, y en aquella apagada voz de confesión. Cuando terminé alcé tímidamente la vista y encontré los ojos de Gabriel que me miraban con una expresión intensa. Eran unos ojos buenos, que ya no me asustaron como antes, sino que, al contrario, me hicieron un efecto de caricia pura, como la caricia de besar las mejillas a los niños, y como la caricia de besar las manos a los santos. Y fue así, mirándome con sus ojos curiosos y buenos, que Gabriel me dijo:

—¿Y qué falta puede hacerle a usted esa quimérica esperanza que junto a las pilas del agua bendita van a beber las beatas por la mañana? ¡Si usted tiene todas las divinas realidades de la vida, María Eugenia! ¡Si la vida se lo dio todo a raudales y a manos llenas! ... y ve: tiene la belleza, tiene la juventud, tiene el amor ...

Yo dije:

—¡Es cierto, no puedo quejarme todavía! Tengo la juventud y ... tengo también ... el amor ...

—Y a propósito —dijo entonces Gabriel con misteriosa insinuación— ¡ya sé ... ya sé ... que en estos mismos días se casa usted, María Eugenia! Yo no la he felicitado todavía porque ... ¡como usted no ha tenido a bien participarme nada! ... ¡Ah! es que por lo visto, en los momentos de felicidad se olvidan muy pronto los buenos amigos de otros tiempos! ...

Y fue entonces cuando yo, poniendo en mi frase mucha mala intención, y escondiendo en ella todo aquel rencor de los días negros de San Nicolás, le respondí:

—¡Pero de todos modos no tiene de qué sentirse, Gabriel! ... ¡Acuérdese, acuérdesese, que ahora dos años, tampoco usted me participó su compromiso tan ... ¡rumboso! y su matrimonio tan ... ¡rumboso! ... con María Monasterios.

No sé cómo hablé yo, ni cómo escuchó Gabriel, pero es lo cierto que toda mi mala intención se la bebió él en mi frase como se hubiera bebido de sorpresa un remedio muy amargo. Impaciente, nervioso, y muy encarnado, me cortó la palabra y dijo exaltadísimo hablando casi, casi, con su entera voz natural:

—¡Ay! por Dios, María Eugenia, por lo que usted más quiera en este mundo no me hable nunca de mi matrimonio, sobre todo: ¡no me nombre nunca a mi mujer! ¡Ah! ¡mi mujer! Imagínese la persona más tonta, la más vanidosa, la más ignorante; póngala usted en un ambiente de absoluta vulgaridad y podrá entonces formarse un juicio de lo que es mi mujer y de lo que es mi vida: habla siempre a deshora, me cela cuando no debe, me habla cuando no debe, y hasta me abraza y me besa cuando no debe! ... ¡Ah! ... usted no puede figurarse lo que es eso! ... Y para mayor desgracia es una mujer que siendo malvada no es mala, es decir, que es una mujer de la cual no podré divorciarme jamás, porque las leyes son tan idiotas que no consideran motivo de divorcio el que una persona sea tan necia, tan crispante y tan desagradable como es mi mujer! ... ¡Ah! qué de imbecilidades cometemos en la vida! ¡y

qué suplicio tan espantoso es equivocarse de este modo y para siempre! . . . Afortunadamente que en esta horrible equivocación, yo soy el hombre y, por lo tanto, en lugar de quedarme en casa frente a una escena perenne, me voy a la calle y me quedo en la calle todo el día!, pero si, por desgracia, fuera lo contrario, es decir, si siendo la víctima como soy, fuera además la mujer, en lugar de ser el hombre . . . ¡ah! . . . ¡me habría muerto ya de desesperación y de fastidio! . . .

Gabriel hablaba con apasionada exaltación. Oyéndolo, me acordé de Mercedes Galindo, cuando en la penumbra de su *boudoir*, ella también me refería, sinceramente, todo el fracaso y toda la oculta desesperación de su existencia . . . Y pensando estas cosas, y mirando la horrible verdad de lo que decía Gabriel, sentí correr por mi alma un hálito de espanto, porque me pareció ver todas las tragedias escondidas que arrastra la vida en el seno de su tranquila apariencia. Pero además, oyéndolo hablar, sentí un no sé qué . . . una especie de alegría perversa, porque me dije que ahora, por fin, veía la reparación y la venganza, de aquel dolor humillado, que primero en San Nicolás, y después en Caracas, me tuvo el alma rendida, en un sufrimiento agudo y silencioso que nadie junto a mí llegó a sospechar jamás.

Y porque pensaba en estas cosas, y porque consideré lo muy difícil que era emitir opiniones sobre el delicado asunto de que trataba Gabriel, opté por no decir nada. También él se quedó callado unos segundos. Después se acercó mucho a mí, y tomando otra vez su apagada voz de sordina me dijo:

—Al fin y al cabo, María Eugenia, ¿qué pueden importarles estas cosas tan . . . triviales de mi pobre vida? . . . ¡hablemos de usted que se siente feliz, sí, hablemos de usted! Voy a confesarle una cosa . . . ¿me permite que se la confiese? . . . Pues . . . yo había pensado ir a la iglesia el día en que usted se casara, para verla pasar desde lejos, vestida de novia ¡desde lejos! . . . que es como únicamente podía verla . . . pero ahora que la he visto aquí tan cerca, no iré a verla nunca, no, nunca, jamás iré a verla de novia.

—¿Y por qué? —pregunté yo abriendo mucho los ojos y hablando muy bajo, muy bajito.

—Pues, porque no —dijo Gabriel sin decir más.

Yo me sonreí y comencé a contarle:

—Sí . . . mi matrimonio debía ser la próxima semana, pero con esto de tío Pancho, tendrá que retrasarse . . . poco tiempo, porque tanto Abuelita como Leal dicen que un matrimonio, pase lo que pasare, no debe retrasarse nunca. Ya está todo listo, casa y todo, pero Leal . . .

Y bruscamente, cortándome la palabra, por segunda vez, Gabriel volvió a decir impacientísimo:

—¡Ay! María Eugenia, por favor no me hable tanto de su matrimonio, y sobre todo: ¡tenga la bondad de no nombrarme nunca a su novio!

—¡Pero qué nervioso está hoy, Gabriel! Acuérdesese . . . acuérdesese bien y dígame: ¿quién fue el primero en hablar de mi matrimonio? . . . ¿no fue usted?

—Bien, quiere decir, pues, que cometí una tontería. Y que yo cometa una tontería no es una razón para que esa tontería se prolongue eternamente la mañana entera! . . .

—¡Bueno . . . entonces, me parece lo mejor que nos callemos . . . sí . . . lo mejor será no hablar de nada. Yo empiezo por callarme ya de una vez!

Y me quedé un instante sonreída con el índice apoyado en los labios.

Gabriel, exaltándose de nuevo, dijo esto que empezó por enfriarme las manos, y me las fue enfriando, enfriando, hasta que al fin me dejó el cuerpo entero todo helado y tembloroso:

—¡Sí! María Eugenia, hablemos, hablemos, pero hablemos de aquellos tiempos en que yo no tenía mujer, y usted no tenía novio . . . ¿se acuerda? ¿se acuerda, cuando el pobre Pancho, y usted, y yo, nos íbamos a comer todas las noches, allá a la casa de Alberto y Mercedes? . . . ¿Se acuerda cómo ellos se ocupaban de nosotros, y nos sentaban juntos en la mesa, y nos volvían locos a fuerza de darnos broma? ¿Se acuerda que antes de sentarme, yo me robaba siempre alguna flor del florero del centro y se la regalaba? ¿Se acuerda que Mercedes era siempre quien buscaba el alfiler para prender la flor, y al pasarlo me decía: «híncala primero con el alfiler no sea cosa que vayamos a pelear». Y yo entonces, le cogía la mano, y loco por besarle la mano con mi boca se la besaba tan sólo con el alfiler? ¿Y se acuerda, después en el salón . . .? Usted iba algunas veces a sentarse al piano, y allí, en la penumbra del piano, muy cerquita de mí, comenzaba a tocar, y sus manos unidas, sobre las notas blancas, junto a las notas negras, corrían por los arpegios, revolaban en los trinos, y cuando de pronto se quedaban desmayadas en un acorde, yo las veía y las besaba con los ojos pensando: «Tienen la melodía, la blancura y el desigual aleteo de los cisnes moribundos . . .». Y luego, además de las manos, aquellos brazos tan finos, y aquel cuello tan puro de líneas, y aquella cabeza linda, y aquella sonrisa de gloria, y toda aquella armonía suya junto a la armonía y junto a la voz del piano, que era como la voz de mi alma que se estaba muriendo de felicidad . . . ¡Y de repente, un día, usted se fue, yo no sé dónde, y ya no volvió más a la casa de Mercedes . . .! ¿Por qué se fue María Eugenia? . . . ¿y por qué yo no me di a buscarla, sí, por qué ¡ah! por qué no me di a buscar, desesperadamente, como se busca el agua en la muerte de sed? . . .

Y en su gran exaltación, los ojos de Gabriel, brillaban enormes, como brillan los ojos de los locos y como deben brillar los ojos de los criminales. Yo mirándole y oyéndole estaba petrificada de sorpresa; mientras él, con sus ojos de loco seguía diciendo:

— . . . ¡Sí! . . . ¿cómo pude perderla? . . . ¡Sí es que no lo comprendo! . . . ¡Pero qué crimen horrible habré cometido yo, Dios mío, para vivir ahora, eternamente, frente al suplicio espantoso de saber que la he perdido para siempre, siempre, irremisiblemente! ¡Ah! no, no, no, usted no sabe, María Eugenia . . . y . . . óigame porque necesito decírselo ahora que la casualidad por fin me lo permite: ¡cuando usted menos lo sospechaba y menos lo creía,

hace ya muchos meses, yo no pensaba sino en usted, siempre en usted, María Eugenia! . . . y loco por verla, pasaba por su calle todos, pero todos los días, y al caminar junto a su casa veía las ventanas cerradas, y veía la puerta del zaguán medio entornada, y me consolaba con pasar junto a la puerta, y con decirme: «aquí está ella» . . . Y un año después, hace ya algunos meses, al volver de mi último viaje a Europa, me dijeron: «María Eugenia Alonso tiene novio y se casa», y entonces, como esos pobres enfermos desahuciados, que no están en la cama, y que pasean por todas partes su desesperación, con mi desesperación a cuestas, como un ladrón y como un espía, pasaba continuamente por su casa, y al ver que las ventanas ya estaban abiertas, pegado a la pared caminaba despacio, despacio, a ver si la veía, y casi nunca la veía; pero un día la vi y me pareció una hada, una visión, una cosa imposible . . . recuerdo que atravesaba el salón vestida de rosa . . . ¿no tiene un vestido color de rosa? . . .

— . . . Sí . . . tengo mi vestido de *charmeuse* color de rosa . . .

—¡Pues la vi vestida de rosa, y por muchos días mis ojos ya no vieron más nada! . . . ¡Ah! ¡María Eugenia! ¿quiere que le confiese la verdad, aquí donde nadie nos oye? . . . Pues óigame . . . usted y nadie más que usted es la causa de mi desgracia . . . sí, usted tiene la culpa de que yo odie a esa criatura odiosa que es mi mujer, porque todos los días al despertarme, pienso, y me digo con la más horrible de las desesperaciones: ¿cómo pude perderla? ¡qué crimen he cometido yo para verme casado con María Monasterios, cuando podía verme casado con «ella», sí, con usted, María Eugenia!

Y al decir así, Gabriel lloraba, casi, de desesperación, y yo . . . yo tenía las manos heladas y no sabía dónde estaba, ni qué me estaba pasando, mientras él, con sus ojos de loco arrasados de lágrimas, seguía hablando y hablando, y entre un raudal de cosas que ahora ya no recuerdo me dijo:

—Porque . . . ¡no me lo niegue! . . . —y repitió—: Ahora que estamos aquí solos donde nadie nos oye: ¡no me lo niegue! . . . usted también me quería con toda la divina exaltación de su temperamento exquisito y amoroso . . . ¡usted me lo dijo! ¡y cómo me lo dijo! me lo dijo aún a tiempo, y sin embargo, me lo dijo muy tarde . . . sí, yo lo supe muy tarde! Hay veces que me figuro, María Eugenia, si aquello no sería una venganza cruelísima de su espíritu sutil, tan refinado y tan sabio en asuntos de sensibilidad. Pero ¡no! no puede ser . . . ¡era verdad, sí era verdad! . . .

—¿Qué? . . . ¿Qué es lo que era verdad, Gabriel? —pregunté yo temblando de emoción, sabiendo ya lo que iba a responderme:

—¿Qué? . . .

Y acercándose mucho más hasta llegar a una distancia que era igual a la de dar un beso, me dijo sonriente y suave y amoroso como hasta hoy no sospechaba yo que se pudiese hablar en voz humana:

—Pues . . . que esa cabecita rubia y linda, esas manos blancas y lindas, saben escribir ardientes sonetos de amor, y los dejan escondidos en las hojas de los libros de amor, como las flores queridas, que son recuerdos de amor.

Lo estaba aguardando temblorosa, y sin embargo, al sentir en mis oídos la música dulcísima de lo que Gabriel decía, recordé al instante todo aquel loco apasionamiento, y toda aquella loca osadía de mi enamorado soneto, y al mirarlo brillar claro y nítido en el espejo de mi memoria, la sangre entera de mi cuerpo se me subió de golpe a las mejillas, y trémula de sonrojo, durante varios segundos, quise morir de vergüenza. Pero Gabriel, exaltándose más y más, y siempre más, fue tomando poco a poco la voz débil, la voz lastimosa y desgarradora de los pobres que piden una limosna porque se mueren de hambre, y así, con su voz desgarradora de mendigo hambriento me preguntó y me dijo:

—¿No es cierto, María Eugenia, que era yo? . . . ¿No es cierto que era yo y nadie más que yo, aquel Romeo moribundo, aquel triste Romeo, que usted, asomada a su balcón, esperó una noche entera, dialogando con la luna?

Y como la voz de Gabriel era tan lastimosa, y como esa historia del balcón es una historia ya tan vieja, y tan perdida en el pasado, me dejé llevar muy suavemente por la fuerza de la verdad, que era suave, como fuerza de brisa, y dije, que fue lo mismo que exhalar un suspiro:

—¡Sí! . . .

Luego, sin saber que era yo misma quien hablaba, con suavidad de brisa, añadí también en mi sonrojo:

—¡Y por cierto, que asomada en el balcón me dejó esperando siempre! . . .

Gabriel ahora, con su voz dolorida que se retorció de llanto, volvió a implorar y me dijo:

—¡María Eugenia, por Dios, que no sea tan cruel y que no me diga eso! Si no fui yo, ¡no fui yo! . . . fue la casualidad, fue mi destino, y mi suerte, que es una suerte muy negra . . . ¡Si yo no sé cómo pasó! . . . Mercedes me hablaba siempre de usted, yo tenía pensado ir a verla allá a la hacienda, en donde usted se encontraba . . . Por más señas, que debía ir con Pancho, porque él había ofrecido presentarme a su familia, pero no sé, entregado en cuerpo y alma a los negocios, ocupado siempre a todas horas de noche y de día, cuando menos lo pensaba, tuve que marcharme urgentemente al interior de la República; allí encontré a María, que también estaba de paso con su familia, ellos todos me atrajeron, y . . . caí, ¡yo no sé cómo caí! Quizás, hablando sinceramente, no puedo negarlo, es muy probable que a este matrimonio, me empujara tal vez aquella ambición insaciable de llegar . . . llegar a ser algo . . . ¡esas cosas de la vida son tan complejas, y son tan oscuras! Y es cierto que por influencias de mi suegro, alcancé al fin las concesiones que quería, con ellas me lancé en especulaciones acertadas, y he logrado ser rico . . . tan rico, y hasta más rico de lo que anhelaba ser, pero, ¡ah! ¡si supiera cómo estoy de castigado, María Eugenia! ¡Si supiera a qué grado me pesa y me hastía este dinero, que jamás podré compartir con usted, este dinero inútil y estúpido, que nunca, nunca jamás podrá darme lo único que yo quiero, lo único, lo único que anhelo y que ansío . . .: ¡usted, María Eugenia, usted! ¡ah! . . .

Y llevándose las dos manos a las sienes, Gabriel se calló un momento, por-



que no encontraba ya palabras para demostrar la furia de su desesperación. Luego, con más calma y con los ojos muy clavados en el suelo, se puso a rebuscar en el pasado, y fue diciendo así:

—Pero mire . . . ¡sí es que mientras más lo pienso, más me convenzo de que todo fue obra maldita de la fatalidad! . . . Una vez . . . espérese que recuerde . . . no . . . fueron dos veces . . . sí . . . dos veces, con mi coche en la puerta estuve a punto de ir a buscar a Pancho para llegarnos juntos o para llegarme yo solo hasta la hacienda en donde usted se encontraba de temporada . . . ¿San Nicolás se llama, verdad? Pues antes de salir hacia San Nicolás, como ya estaba convenido con Mercedes, y como era natural, llamé primero por teléfono, a fin de averiguar si estaban en la casa, y si podían recibirme. Las dos veces me dijeron que usted había salido a caballo; y ¡claro! como aquello ocurrió por dos veces, y como siempre me contestaban con un tono tan seco y tan desagradable, y como, además, yo no conozco a su familia, aunque Mercedes me decía: «Mira que te espera Gabriel», yo, francamente, tenía ser importuno. Aún recuerdo muy bien, las dos veces me salió al teléfono la misma voz de mujer, pero tan agria, y tan desagradable . . .

Y ahora fui yo quien de repente corté en seco la frase de Gabriel, y la corté con una especie de grito ahogado, pero tan hondo, y tan lleno de sorpresa y de odio, como hasta hoy tampoco sabía que se pudiese exhalar en voz humana. Sí; fue un grito tan inesperado y tan desapacible, que la cabeza de tío Pancho dormida sobre la almohada, se agitó bruscamente con el salto nervioso de los sustos en el sueño profundo. Y así en mi grito de odio que más lo sentí salir de las entrañas que de la garganta, me expliqué:

—¡Ah, María Antonia! . . . ¡Esa fue María Antonia, mientras yo paseaba a caballo con Perucho! . . . ¡Y nunca me dijo nada! . . .

Gabriel al oírme gritar así, me miró a la cara y como también yo ahora debía de tener ojos de loca, se asustó mucho, y cogiendo de pronto mis dos manos, las juntó apasionadamente entre las suyas, y dijo con voz de caricia:

—Cálmese . . . cálmese, María Eugenia . . . cálmese.

Yo, bajando los párpados para disimular el llanto, contesté:

—Sí . . . sí . . . ¡sí todo eso, Gabriel, ya pasó!

Y Gabriel, con su voz dulcísima de caricia y con mis dos manos juntas en el nido de las suyas, volvió a decir otra vez, hablándoles a mis manos:

—¡Pobres manecitas frías, que esperaron heladas en la noche, bajo la luz de la luna, y que también ahora están heladas y están húmedas, lo mismo que los témpanos de hielo! . . .

Y como las manos de Gabriel estaban ardiendo al igual de dos brasas encendidas, sentí por un segundo el placer infinito del calor sobre mis manos frías, y sin saber de mí, me quedé inmóvil y rendida. Pero de pronto, se escucharon unos pasos, unos pasos terribles que se acercaban . . . se acercaban . . . y, al martilleo de los tacones, me pareció que la casa entera se estremecía, porque el pisar de aquellos pasos, era el pisar de los pasos . . . los pasos . . . los pasos . . . ¡los pasos de Leal! . . . Y temblando de terror saqué mis manos

de las manos de Gabriel, me puse de pie en un salto, y dije estremecida de espanto:

—¡Que viene, Gabriel, que viene!

Y la puerta empezó a abrirse poco a poco, y cuando se abrió de un todo comprendí que no eran los pasos fuertes de Leal que está muy lejos, sino los pasos suaves de tía Clara, que, como de costumbre, volvía ahora de comulgar por tío Pancho y de estarse algunas horas acompañando a Abuelita.

Fue entonces cuando tía Clara me miró fijamente, y me dijo mientras se quitaba el velo, y mientras lo iba doblando:

—Vete a descansar un rato, María Eugenia, que ahora me quedo yo.

Y sin sueño ni nada me he venido a encerrar al cuarto más aislado de la casa.

Pero . . . ¡ah! ¡esta ansiedad inmensa que nada me alivia! . . . ¡ah! ¡qué abismo tan inmenso me ha abierto aquí dentro del alma! . . .

Esta ansiedad inmensa no viene de mi conversación de ahora con Gabriel, no, no, no puede ser, esta ansiedad la tenía desde antes, porque mi historia, nuestra historia, aquella historia mía con Gabriel, ya no es nada en mi vida actual, ni ha de ser nada en mi vida futura; no, es una historia vieja y triste que, juntos, por un momento, hemos mirado los dos esta mañana, como se miran todas las tristes y viejas historias de amor que pasaron en otros, hace ya muchos siglos, y que todavía se ven escritas en los libros, y clareando en los vitrales de las ventanas góticas, y pintadas en los cuadros antiguos donde el color ya se apaga, y bordadas en los tapices de gobelinos, y rimadas en los versos de todos los poetas . . . Sí, lo dije bien claro esta mañana para que Gabriel lo oyera:

«— . . . ¡eso, Gabriel, ya pasó! . . .».

Sí . . . es cierto, esa historia mía y de Gabriel ya pasó. Es una historia vieja y triste en donde los amantes se murieron, como se mueren siempre los amantes en las tristes y viejas historias de amor . . . como se murieron Leandro y Hero; y Ofelia y Hamlet; y Tristán e Isolda; y los amantes de Teruel; y el pálido Werther; y como murieron los perseguidos y torturados Romeo y Julieta . . .

Aquella historia y aquella vida de antes ya pasó, y ahora esta vida es otra . . . sí, es como si Gabriel y yo hubiésemos nacido de nuevo . . . Gabriel dice que su vida actual es una vida muy triste y una vida muy desgraciada y para decirlo llora . . . pero yo no . . . yo no lloro, porque mi vida es buena y tengo mi novio que me quiere, y he de casarme pronto . . . y seré feliz . . . y viviré tranquila . . . y feliz . . .

Pero ¡ah! esta ansiedad inmensa ¿de dónde viene, Dios mío? . . . ¡vendrá sin duda de mi falta de sueño y de la tensión horrible que vive dentro de mi alma, erguida y temblorosa, escuchando los pasos de la muerte, que camina, y camina, siempre cerca, y siempre, siempre, sin llegar a llegar! . . .

## CAPITULO IV

*En la noche del miércoles al jueves*

AHORITA PASA que le tengo miedo a Gabriel. . .

Sí: ¡le tengo mucho miedo! Y es que hoy, durante las primeras horas de la tarde, mientras estábamos en el cuarto de tío Pancho, sus ojos brillantísimos no han hecho más que perseguirme revolando sobre mí obstinadamente, con la obsesión vertiginosa y negra con que revuelan los murciélagos, y con que revuela el crimen en el argumento de las tragedias clásicas.

Durante toda la tarde, no he hecho sino huir de Gabriel, y esconder mucho mis ojos de aquellos dos ojos locos, que llaman con gritos a los míos, no sé bien para qué. Cuando tía Clara se salía del cuarto, me salía tras de ella por no quedarme sola con Gabriel; hasta que al fin, en un momento dado, llegó a ponerse tan nervioso, que, mientras tía Clara se hallaba de espaldas a nosotros, muy cerca de la ventana, midiendo con gran cuidado las gotas de un calmante que caían pausadas en el fondo de una copa vacía, él se acercó y me dijo muy quedo con mucha prisa y mucha ansia:

—¡María Eugenia, por favor, óigame, que tengo que decirle dos palabras! Yo respondí:

—Nada tenemos que hablar, Gabriel, que no se pueda decir delante de tía Clara.

Y él volvió a suplicar con mucha prisa:

—¡Es acerca de lo que hablábamos esta mañana!

—Lo de esta mañana, —le dije muy seria—, lo de esta mañana, y lo del soneto. . . y todo lo demás ¡ya pasó! Es como si hubiera ocurrido hace ya muchos siglos. Aquellos amigos de entonces, Gabriel, ¡ya se murieron!

Pero él me dijo con su voz desesperada y rápida:

—¡No, no, no, yo no me he muerto, no; estoy vivo y más vivo que nunca porque es ahora precisamente cuando más adoro la vida y necesito que usted me oiga!; ¡se lo pido por lo que más quiera en este mundo, María Eugenia, óigame!

Tía Clara, que había acabado ya de medir las gotas, salió de la ventana, y Gabriel, al mirarla venir hacia nosotros, se quedó callado.

Pero si los labios de Gabriel no dicen nada cuando están en presencia de tía Clara, los ojos de Gabriel se ponen a decir cosas terribles, que no podrían decir los labios, y me siguen a toda hora con una obstinación tan honda y tan negra, que parece la obstinación de la muerte corriendo tras de la vida. Sí; los ojos de Gabriel me asustan. Yo siento en el brillo de su oscuridad, aquella gran atracción que he sentido a veces junto al vacío, cuando en mis excursiones por la montaña, el vértigo me ha llamado a gritos desde el fondo de un abismo. . .

Y por no ver la obsesión luminosa de los ojos de Gabriel, junto a la obse-

sión turbia de los ojos de tío Pancho, ya caída la tarde me salí del cuarto a reposar un instante. Pero sucede que desde hoy en la mañana, los ojos de Gabriel, y la voz de Gabriel, y las palabras de Gabriel, y la figura de Gabriel, se han metido dentro de mi pensamiento, y me persiguen, tenaces, adonde quiera que vaya. Y como este Gabriel que está en mi pensamiento me asusta mucho más que el Gabriel que está en el cuarto de tío Pancho, por huirle de nuevo, huí de la soledad, y me fui a buscar alivio en la paz campesina del corral, que es el único lugar amplio de esta casa angosta y pobre.

Afortunadamente, allí, frente al crepúsculo, y frente a su batea rebosante de espuma, estaba Gregoria enjabonando unas sábanas y unas fundas muy blancas que acababa de hervir. Me senté junto a ella sobre la mesa coja de planchar, y mirando los celajes y mirando el negro retozar de sus manos sobre la blancura de la espuma, como hacía en otros tiempos, por ver si distraía mi pensamiento, me di a conversar un rato con ella.

Y en el corral, mientras las manos de Gregoria nadaban sobre la espuma, de los labios de Gregoria, en el color brillante de su vocabulario, surgió de pronto el nombre de Gabriel, y comenzó a volar y revolver mil veces por cerca de mis oídos.

Pero aquel nombre, en el ambiente campesino del corral, ya no me asustaba, ni me cohibía, ni me parecía negrura de crimen, ni vértigo de abismo. No, el nombre de Gabriel, rosado de crepúsculo, surgía naturalmente de los labios de Gregoria, y volaba junto a mis oídos, y revolaba sobre las matas y bajo el cielo con un rasguear tan libre de sus alas, que mis ojos perdidos como estaban entre las ramas, se dieron a pensar en el amor suavísimo de los pajaritos que esconden su nido entre dos hojas y sin saber que los hombres habitan sobre la tierra, pasan la vida con sus dos alas abiertas meciéndose en el espacio.

Cuando me instalé sobre la mesa coja, Gregoria habla primero de la ropa que estaba lavando; habló, después, con muchos suspiros y mucha tristeza de aquel dolor irremediable que era la muerte de tío Pancho; habló de lo muy bien que estábamos asistiéndole: y fue al elogiar la asistencia cuando rompió a hablar de Gabriel preguntándome así:

—¿Y ese Niño, quiero decir, el doctor, Don Gabrielito...; ¡qué Niño tan bueno!... Es casado ¿verdad?

Al escuchar su nombre, me estremecí de emoción sobre la mesa, y creo que respondí sonriendo:

—Sí, Gregoria, es casado... Y tú, ¿por qué dices que es tan bueno?

—¿Que por qué digo yo que es tan bueno? — Y Gregoria se incorporó un momento de su arroyo de espuma, y tomando el tuteo de mis tiempos infantiles y el tuteo de nuestros ratos de gran intimidad, me dijo muy asombrada:

—¿Pero tú crees, María Eugenia, que hoy en día se encuentran doctores que cuiden de balde a los enfermos como ese Niño está cuidando a Don

Pancho? ...El dice que le tiene cariño... bueno... será por el cariño a Don Pancho, pero así y todo, ¡es mucha bondad!... Y además: ¡es mucha la gracia que tiene en todo su cuerpo, y muchísima la finura del trato!

—¿Y verdad que es muy blanco, y muy limpio, y muy bien formado, Gregoria?

—¡No me hables de eso! ¿Y aquella risa que tiene? ¡Yo no se la he visto a nadie más que a él! Y dime tú si yo habré visto hombres decentes y blancos, y buenos mozos, aquí, en esta casa de tu gente, y en otras partes también. Pero lo que es esa risa yo no la había visto nunca: ¡ésa no es más que de él!... ¡qué dientes de niño!... ¡Si es que dan ganas de darle un beso en la boca cuando él suelta aquella risa!

—¿Un beso, Gregoria?... ¿un beso en la boca?... ¡Bueno!... ¿Sabes lo que estoy pensando, y lo que he creído siempre?... ¡Ah! ¡Que te gustan mucho los hombres, y que tu juventud, Gregoria... ¡Gregoria! debió ser una juventud sumamente tempestuosa!

—¿Tempestuosa?...

Y por todo comentario Gregoria desgranó una inmensa carcajada de las wagnerianas por entre cuyas notas escuché pasar en tropel todas las alegres tempestades de su juventud. Y luego de inclinarse otra vez sobre la batea, y luego de repartir aquí y allá sus sabios golpes de jabón, cogió entre sus manos una funda con un gran copo de espuma, se irguió de nuevo, e iluminando frases con la luz de sus risas, y acompañándolo todo con el cantar enjabonado del hilo sobre los nudillos, añadió:

—Sí; bien negra, y bien fea, y todo lo que tú quieras, pero nunca me faltó quien me dijera algo, ¡ésa es la verdad de la verdad!... Y si no me casé fue porque yo no quise entrar en cuestiones de matrimonio, porque siempre he creído que el matrimonio no se ha hecho sino para la gente fina...! Sí, sí, las negras casadas se ponen pretenciosas y les duele mucho lo del color y tienen además que aguantar insultos, y hasta palos, del marido, y callarse la boca, y pasar por donde ellos digan, y sufrir mucha miseria para sostener la respetabilidad... (aquí una carcajada inmensa, llena de calderones en obsequio a la respetabilidad) mientras que sin casarse, hoy se quiere a uno, y si ese uno se porta mal, o resulta un bandido, pues ese uno se deja y se quiere a otro, y todos son considerados y cariñosísimos como el que más... Sí, María Eugenia, sí, los hombres, cuando se sienten seguros, se ponen que no se pueden aguantar, porque ellos... ¡ave María!... ¡ellos no le tienen apego, sino a lo muy dudoso, y a lo muy difícil, y a lo que se les puede ir de entre las manos!...

—Bueno, Gregoria, total que estás desarrollando unas teorías que ni las de Lenin. ¡Ay! ¡sí te oyera tía Clara!

Y otra vez, por toda contestación, Gregoria volvió a desgranar una carcajada wagneriana. Luego, se inclinó a los pies de la batea y sacó de no sé qué misteriosos escondrijos un tabaco que había ocultado sin duda al oírme llegar, pues como ya es sabido, esto de esconder el tabaco al oír ruido de

tacones, es parte imprescindible de su protocolo en el trato con las personas «de adentro». Pero ya, en vista de que mi presencia se prolongaba mucho, y en vista de que se hacía indispensable avivar la lumbre mortecina y oculta, decidió suspender por hoy todo género de protocolos y sacando a luz el escondido tabaco, le dio varios soplidos y chupadas. Gracias a tan hábiles maniobras, el tabaco revivió, Gregoria se puso alegremente su gran aureola de humo, y así, rodeada por grises y voluptuosas nubecillas que se desparramaban y se fundían en el ambiente gris del anochecer, dejando a mano el tabaco, y emprendiendo de nuevo su trabajo volvió a decir muy grave y filosófica:

—Cada color y cada condición tiene que tener su moral, María Eugenia. A mí no me puede decir nada la Niña Clara, porque yo bien cristiana soy, y antes me muero que dejar de ponerle su vela a la Virgen del Carmen todos los sábados en la noche, y antes que olvidarme de ir a la iglesia el Domingo de Ramos, para que me den mis hojitas de palma bendita; y antes que quedarme sin ir a comulgar el Miércoles Santo en el mismo altar donde se expone el Nazareno; y antes que dejar de oír todo el sermón de las Siete Palabras y ponerme de rodillas mientras se está predicando la séptima que es la hora mismita en que murió el Señor. Sí, bien cristiana soy, y nadie me puede decir jota sobre mis cumplimientos; pero cada cosa en su puesto y a mí, que no me vengan con cuentos! Dios nos mandó a este mundo, y nos impuso por ley que lo adoráramos y lo bendijéramos a él todos los días, pero nunca dijo a quién debíamos querer ni a cuántos debíamos querer sobre la tierra, porque digan lo que digan, en estas cosas del cariño, El observa, pero no se mete. Y para que veas que es mucha verdad lo que te estoy diciendo, tú no tienes sino que fijarte en esto: si a Dios le disgustaran tanto ciertas cosas, pues alguna diferencia hiciera entre los casados y los que no están casados, y ya tú ves que no la hace, porque a todos les manda por igual el castigo de los hijos... Yo, sin haberme casado ni una vez, fueron cuatro los hijos que tuve... ¿y quieres que te diga la verdad, María Eugenia?... siempre me consolé de haber nacido bien negra y bien pobre, primero, porque Dios lo mandó así, y después porque negra y pobre quise siempre al que quería. Mientras que hay otros muy grandes y muy poderosos y que parecen muy contentos y ¡la procesión va caminando por dentro, María Eugenia! Mira... fijate bien, y dime si no: ¿tú crees que Don Gabrielito, por ejemplo, quiere mucho a la señora con quien está casado? ¿Tú estás creyendo que la quiere?... ¡Ah! lo que es a Gregoria, a la negra bruta, a la vieja ordinaria que no sirve sino para andar en la batea lavando trapos, y quemándose las manos con los hierros de planchar, a esta vieja ordinaria y bruta no le pasan las cosas sin verlas porque ella, a pesar de la negrura y de la ordinariéz ¡tiene el olfato muy fino!

—¿Y tú cómo lo sabes... pero cómo sabes tú que él no la quiere? —pregunté yo, intrigadísima.

Gregoria entonces, con una expresión misteriosa y sonreída, donde re-

nació de golpe toda la sorpresa, toda la emoción y toda la escena turbadora de esta mañana, repitió:

—¿Que por qué?... ¡Ay Dios mío Señor, con las curiosidades! ¡por qué!... ..Pues mira, digo que no la quiere, porque si la quisiera no me volvería loca, preguntándome por otra cuando viene la ocasión y se queda solo conmigo en el cuidado de Don Pancho. Entonces, al no más ver que está solo, empieza la preguntadera, y la preguntadera no se acaba más nunca: que si cuando chiquita sería tan bonita como es ahora; que si pasa la vida con los libros, o que si la pasa más bien con el bordado; que si toca mucho piano; que si querrá bastante al novio que tiene; que si está muy contenta con el matrimonio, que si antes del novio estaba triste. . . .Y todos son cariños y regalos para que la vieja suelte la lengua y hable bastante. . . . ¿pero quieres que te cuente lo que yo le dije?... pues yo lo advertí diciendo: «Míre, Don Gabriel, ella es más buena y más suavcita que una madeja de seda, pero el que la ofende la oye, porque entonces. . . ¡ay! entonces es brava, bravísima. . . ¡Sí; a ella le sale de repente la braveza que la tiene de herencia en la sangre por la rama de acá, por los Aguirre!».

Sin saber por qué, al oír esta última frase, mi placer y mi sorpresa se volvieron de pronto vivísimo malhumor contra Gregoria, de modo que nerviosa y rápida me estremecí de nuevo sobre la mesa y la interrumpí, molesta:

—¿Pero qué sarta de disparates estás diciendo, Gregoria?... ¡No parece sino que ya, de vieja y de chocha que eres, has perdido completamente el poco sentido que tenías! . . .

—¿Disparates?... ¿Disparates? . . .

Y Gregoria me clavó una mirada tan larga y tan fija, que a pesar de la escasez de luz, a mí me fue imposible el sostener de frente. Luego, dando por terminado el lenguaje de los ojos, la emprendió de nuevo con el de las palabras:

—¡Sí! . . . también será la chochera y el viejo! . . . Mira, María Eugenia, ¿tú quieres que te diga la verdad, porque te veo mismamente que si en comparación, salvo los años y el color te hubiera tenido por hija? Pues óyeme, María Eugenia ¡ese niño está que se muere por ti! . . . y ése. . . no me lo niegues. . . ese es el mismito aquel, por quien ahora dos años te metieron a ti en la hacienda, cuando pasamos allá tres meses seguidos, y a mí me dio un tabardillo de sol que creí que me moría. . . Bueno. . . pues ése es el mismo, . . . y tú cuando supiste que se casaba con otra te quedaste tan tristecita, que me daban ganas de llorar al verte, y lo que sentía eran deseos de abrirte mis brazos, y decirte: «¡Vente a desahogar aquí, en el pecho de tu negra vieja que te quiere de verdad y que es la única que sabe las amarguras que estás pasando!» Pero, como Gregoria observa, y se calla, y se lo traga todo para que no le digan entrépita, ni parejera, ni falta de respeto, nunca te dije nada. . . Pero ahora te advierto, María Eugenia, porque te veo en peligro: ¡Mira que estás pisando una escalera enjabonada. . . mira que ese niño es casado y que tú ya estás casada, también, como quien dice, y que tú no eres

Gregoria, María Eugenia, porque naciste muy alta y muy encumbrada, y tienes que pasar por el aro de la decencia, y que si él te quiere a ti, pues... ¡no lo niegues!... lo mismito lo quieres tú a él, y fuera con él con quien te casaras, si en la vida se pudiera hacer siempre la real gana de lo que pide el corazón!... Sí, sí, y él, hoy por hoy, sería capaz hasta de matar gente con tal de ponerse en ti, porque así son ellos... desprecian lo que tienen a la mano, y cuando se les va por las alturas, entonces es la lloradera y la desesperación. Pero eso no fuera lo más alarmante, María Eugenia. ¡Lo alarmante es que tú estás ahora más atraída que nunca a ese cariño de antes, porque no en balde se quiere una vez, y no en balde estos ojos viejos, han visto tantas cosas en su vida, y por lo que tienen visto saben que el cariño retoña, y retoña, siempre que él puede, lo mismo que retoña la mala hierba!... ¿Tú crees que yo no vislumbro esa alegría que se te pinta en la cara cada vez que te lo nombro?... ¿Tú crees que yo no me fijé aquel día, cuando él se presentó de repente, y tú, de puro azoramiento, si no es por un milagro, bañas al pobre Don Pancho con la taza de café con leche?... ¿Y crees que ahorita, tampoco me fijé, cuando te dije lo de la risa, y lo del beso en la boca? ¡Si no fue más que por verte la cara que te lo dije... así como quien no quiere la cosa!

Yo me había bajado ya de la mesa en un salto repentino, y furiosa, sin saber de mí, dando con los pies en el suelo, me puse a gritar con voz ahogada:

—¡Que te calles...! ¡caramba!... ¡que cuando empiezas a hablar disparates, pierdes la noción de todo, como si estuvieras loca!... La única verdad que has dicho, es que eres muy bruta. ¡Sí, eres muy bruta, y muy bruta!... ¡Y eres además muy parejera, y muy entrépita, y no entiendes nada, y todo lo tergiversas, y lo arreglas como a ti te da la gana... Sí... ¡sigue diciendo necesidades, y grítalas bien para que lleguen a oídos de otros, y me amarguen la vida con los celos a cuenta de tus chismes!

—¡Eso es, María Eugenia, eso es! Insúltame, y patéame, y mándame a botar a la calle también si te parece, pero insultada y pateada y todo, yo no me desdigo, porque no, y porque creo que para decirte la verdad estoy aquí, que no en balde crié a tu misma madre, y a ti te cogí al nacer la primera de todos... ¡Insulta!... ¡insulta más, que para escuchar insultos nació Gregoria, la pedazo de negra!... Y no creas, no estés creyendo, que ésta es la primera vez que me maltratas, ni la primera vez que yo me dejo maltratar por ti... Mira, cuando estabas chiquitica, y no tenías más tamaño que el que tiene ahora una de estas fundas mojadas... pues siempre que te llevaban a pasar el día a la casa de allá abajo, era Gregoria quien se quedaba el día entero con la niña cargada y ¿sabes lo que a ti te gustaba y lo que más te entretenía? Pues tu gusto era echarle mano al pelo de la negra, y morirte de la risa, prendida de los chicharrones, que no sé cómo no se te rompían los deditos en la apretura de la lana; y yo, escuchándote reír me reía también a carcajadas diciendo: «Para algo debían servir, por fin, los dichosos chicharrones!» y si alguno quería terciar en que no me jalaras tan duro, yo



les decía: «¡déjenmela quietica que va a llorar, y eso no les está doliendo a ninguno de ustedes!». . . . Pues mira, hija, lo mismo que decía entonces te digo ahora: ¡si insultando a Gregoria te desahogas de tus angustias, insúltala bastante y desahógate con ella, que algún día llegará en que comprendas la falta de razón de estos insultos! . . . Y por de pronto, aunque parezca malacrianza dejarte así con la palabra en la boca, me voy a tender ya esta ropita, para que el aire de la noche la oree, a ver si mañana me amanece seca. . . .

Y Gregoria, que ya tenía enjuagadas y exprimidas las sábanas y las fundas, las metió en un balde vacío, y se fue con ellas lentamente, camino del alambre, a lo más hondo del corral. Allá empezó alegremente el blanquísimo aleteo y el clamor alborozado de las piezas batidas en el aire, hasta que al fin, como una hilera de aves que se ponen a dormir, se fueron quedando mudas y tranquilas. . . . Entonces junto a ellas, la negra cabeza que se había fundido un segundo en la seminegrura del instante, renació al destacarse contra el muro de ropa blanca. Desde lejos, mientras mis ojos la veían florecer en la blancura, me di a pensar dulcemente en los días de inconsciencia, cuando tanto me divertía al deshacer aquel paquete de apretadísima lana. . . . Y mirando fija, fijamente, el negro ir y venir contra las sábanas, tuve envidia de la perdida inconsciencia, tuve envidia de la humildad de la lana, contemplé un segundo las infranqueables distancias que separan las vidas, y otra vez allá, en el fondo del corral, por sobre la cabeza lanuda, vi surgir poco a poco, en espiral negra y roja de incendio, toda la trágica alegría de mi pensamiento que de nuevo se había puesto a contemplar a Gabriel.

## CAPITULO V

### *En la noche del jueves al viernes*

HOY HE TENIDO dos grandísimos disgustos. El uno por causa involuntaria de la pobre Abuelita. El otro por causa muy voluntaria de Gabriel. El dice que no. Jura y perjura que fue involuntariamente. Yo no lo creo. No, ¡no lo creo! Pero. . . . ¿y si tuviera razón Gabriel? . . . Estas cosas. . . . ¿podrán de veras ocurrir así. . . . de repente. . . . involuntariamente? . . . porque entonces, pues. . . . ¡no sería culpa suya, pobre Gabriel!

¡Ah! qué cierto es lo que dice Gregoria, cuando expone sus doctrinas fatalistas y explica: «Aquello que va a venir echa a andar y a andar, y llega con sus pasos contados, aunque se le saque el cuerpo, cuando uno menos lo espera». Sí; es cierto. ¡Gregoria tiene razón!

Y es que esta mañana Gabriel y yo no hemos estado solos como ocurrió ayer, y como yo temía muchísimo que pudiese ocurrir hoy. No. Gabriel y yo, durante la mañana, no hemos estado solos ni un instante, porque la en-

fermera regresó muy temprano, y luego de dar excusas y más excusas por haberse ido ayer, no se apartó de nosotros un segundo en ausencia de tía Clara. Recuerdo que Gabriel, mientras la enfermera se disculpaba, la veía muy fijamente con muchísima rabia, y como es tan fea, sin dejar que acabase las explicaciones, le volvió la espalda y me dijo entre dientes:

—Para lo que sirve el demonio de la doctora ésa! ¡Si es de lo más torpe y de lo más inútil que he visto! ¡Y tan antipática!

También yo la encuentro muy torpe, muy inútil, y creo que en realidad se podría prescindir de ella. Además, tiene el tacto de hablar cuando no debe. Sí, decididamente, esta pobre enfermera es lo que se llama «una persona de sangre pesada». Pero después de todo, hoy en la mañana, sí llegó muy a tiempo, porque yo no quería de ningún modo estar sola con Gabriel.

Como si fuera cosa de presentimiento, Gabriel hoy amaneció tristísimo. Tengo para mí que no durmió un segundo en toda la noche. Y así, ojeroso y triste, delante de la enfermera me dijo muy quedo varias frases, pero tan humildes y tan dolorosas acerca de su vida desamparada, que a mí, francamente, me partieron el corazón, y poquito a poco, le fui perdiendo aquel miedo de ayer, y ya, al fin, acabé por tenerle, no mucho miedo, sino muchísima lástima.

Recuerdo por ejemplo que mirando a tío Pancho, me dijo varias veces con los ojos brillantes que se le arrasaban en lágrimas:

—¡Ojalá fuera yo él!

Y cuando ya lo repetía por segunda o tercera vez le pregunté diciendo:

—¿Y por qué así, Gabriel?

—Pues, porque mi vida ya no tiene objeto, y ahora sólo deseo muy ardentemente: ¡morirme!

—¿Morirse? . . . le dije yo muy espantada, y muy sentida. ¡Morirse! . . . ¡Vaya! ¡Cuando tiene tantos medios de ser feliz! Otros, otros hay más desgraciados, Gabriel, y no se quejan.

Pero él contestó:

—Desgraciado como yo, no hay más que yo.

Y con su cara triste se quedó callado y mustio hasta que llegó tía Clara.

¡Ah! era tía Clara sí, era tía Clara quien había de traer hoy la gran ración de tristeza. Al entrar en el cuarto, tía Clara, sin quitarse velo ni quitarse nada, temblorosa y pálida, se sentó de golpe en el sofá cerca de mí y poniéndose el pañuelo apretado en los ojos, mientras la voz surgía muy apagada y los pobres dedos flacos y nudosos se estremecían de dolor sobre el pañuelo, me dijo entre sollozos, que más que decir era llorar con llanto de palabras:

—¡Ay, María Eugenia, María Eugenia! ¡Qué cierto es aquello de que una desgracia nunca viene sola! . . . ¡Tú no sabes lo que tenemos en casa! . . . ¡Tú no sabes! . . . ¿Te acuerdas de los vértigos que le daban a mamá? ¿Te acuerdas cómo te dije ayer que había sufrido uno muy largo, que me había alarmado mucho, y aquí mismo, delante de ti, hablé después con el doctor,

para que fuera a examinarla hoy? Pues ahora fue, la vio, la auscultó muy bien y me dijo que eran deficiencias en el corazón, que ya no funciona con regularidad. Yo, naturalmente, alarmadísima, le pregunté si era cosa de mucho cuidado, y él... ¡Ay!... ¿sabes lo que me dijo él?... Pues dijo: «Sí, es grave, pero no de una gravedad inmediata; podrá vivir así, hasta dos o tres meses». ¡Figúrate, María Eugenia, cómo me quedé yo!... ¡Dos o tres meses, María Eugenia, dos o tres meses!... ¿y después?... ¡después!... ¡Ay ¡Señor, Señor, qué soledad! ¡Dame resignación!... ¡Y qué cierto es, Dios mío, que en tus sabios designios, nunca nos mandas una desgracia sola!

Y tía Clara, sentada en el sofá, con su velo caído en punta sobre la espalda, y el pañuelo muy apretado en los ojos, lloró amarguísimamente durante mucho rato. Al verla así, yo también comencé a llorar con mi pañuelo, y Gabriel calmándonos a ambas lo mejor que podía, por su lado, exhalaba también de vez en cuando unos suspiros muy hondos. Es claro que él no suspiraba por las deficiencias del corazón de Abuelita, sino por la tristeza y por el desamparo inmenso de su vida, que tan afligido lo tiene y que tanto lo pone a clamar por la muerte.

Y naturalmente, como la unión en la tristeza es tan íntima, hoy en la mañana, Gabriel, tía Clara y yo sentados en hilera sobre el sofá de reps, éramos en el alma unida de la tristeza, como una sola alma unida que tuviese tres cuerpos. Y Gabriel desde entonces, estuvo más dulce y más suave y más hábil que nunca en la asistencia de tío Pancho. Por eso yo, confiada y tranquila, pensando a cada rato: «¡Qué bueno es Gabriel!» por muchas veces, en el continuo entrar y salir de tía Clara y la enfermera, me estuve sola con él, sentados los dos muy unidos, y muy cerquita, y sin decir más palabras que aquel suspirar continuo del uno y del otro, que era en el silencio del cuarto, como el guiar y el contestar de algún rosario de pena, que en lugar de rezarse con avemarías, se reza con dos suspiros por cuenta.

Estando los dos tan unidos y tan tristes, y estando él tan respetuoso en su reserva, ¿cómo había de figurarme lo que ocurrió después?... ¡No, no! ¡Era imposible, no podía imaginármelo!

Fue a cosa de las seis de la tarde... ¿Serían las seis?... No, no creo que fueran las seis, porque ya estaba obscureciendo... debió ocurrir más bien a las seis y media... ¡Pero qué más da!

Ocurrió así:

Estaba yo en el cuarto de tío Pancho con Gabriel y con tía Clara, y como hacía mucho calor, dije de pronto:

—Me voy a respirar un segundo, y a tomarme un vaso de agua porque tengo mucha sed.

Y muy tranquilamente me fui caminando hacia el comedor. Una vez allí, comencé a servirme de un jarro mi gran copa de agua fresca, y cuando me encontraba todavía con el jarro en la mano derecha y el vaso en la mano izquierda, escuché ruido de pasos detrás de mí, y era Gabriel quien entraba al comedor diciendo:

—Yo también tengo sed.

Como todo, todo cuanto decía Gabriel hoy lo decía con aquella humildad tan grande, al decir: «tengo sed» a mí me recordó la sed tristísima que sintió Cristo en la cruz, y por distraerle, y por aliviarle en algo de su penar inmenso, sin hablar de la sed trágica de Cristo, hablé de otra más suave y le dije sonriendo:

—¡Eso es! Imitándome a mí, también se vino a beber. Bien, entonces, como Rebeca a Eliezer, yo también, patriarcalmente, voy a darle de beber de mi agua clara.

Y le tendí la copa que se estremecía y se desbordaba de tan llena entre los dedos de mi mano izquierda. Pero Gabriel la rechazó dulcemente y llevándola muy suave hacia mis labios dijo:

—¡No, no! ¡Acepto el agua, pero no puedo aceptarla a la moda patriarcal! No, usted bebe primero y yo beberé después lo que generosamente quiera dejarme, que tal vez... tal vez así me sorprenda algún secreto en el fondo de la copa.

—¿Secretos? —dije yo con un suspiro tan largo que ya no parecía cosa de avemarías, sino cosa más bien de padrenuestro con gloria, misterio y todo. — ¡Secretos!... ¡Ya no tengo secretos! Pero si acaso me quedare alguno, y no lo recuerdo, me parece más prudente que nadie beba en mi copa. Tome, tómese esta agua, Gabriel, que yo para mí voy a servirme del jarro en otra copa vacía.

Pero Gabriel sin querer tomar el vaso me miró sonriendo y con su voz tristísima de caricia triste, y con sus ojos tristes de caricia negra, en donde brillaba apenas un alba de alegría, se puso a decir:

—¡Que así no! ¡Que no bebo sino después de usted y en la misma copa!... Sí, María Eugenia, y entonces, mientras vaya bebiendo, por el espacio cortísimo de algunos segundos, seré más feliz que todos los Patriarcas y todos los Profetas del Antiguo Testamento, porque al beber mis labios, mis ojos contemplarán unos ojos que ellos no miraron nunca...

Y yo, como tanto me alegraba el ver que Gabriel se salía por fin del tono lúgubre, le dije muy sonreída y muy contenta:

—¡Gran cosa que se perdió de ver el Antiguo Testamento!... Pero al menos, ¡vaya!... gracias al agua, y gracias a la sed, y gracias a Dios, que ya por fin dejó de llorar el señor Don Jeremías.

Sin oírme, como si estuviera sordo o como si estuviera en éxtasis, siguió hablando mientras yo hablaba y dijo:

—¡Porque así... trasnochada y pálida y ojerosa, con su bata rosada, está más linda, y más rosa, y más Julieta que nunca. Así... así mismo la veía siempre en mis ensueños, tan romántica y tan fina escribiendo mi soneto!...

Al escuchar el nombre de Julieta, y al escucharle hablar del soneto, me puse otra vez muy seria, y con mi voz grave y seria le contesté:

—¡Julieta, no!... Julieta se murió, Gabriel, ya se lo dije ayer, acuérdesese

bien. ¡De eso no se habla más!... Y tómesese, tómesese, su copa de agua que ya me voy cansando de tanto sostenerla.

Pero como Gabriel es tan insistente y tan terco, no quiso coger la copa, sino que insistió en hablar de Julieta, y con una voz... ¡sí!... con aquella misma voz divina y turbadora de ayer dijo también ahora:

—¡Pues si Julieta se ha muerto, María Eugenia, a Julieta la haré yo revivir, como se revive a los que han muerto con muerte de frío...

Yo por pura curiosidad y sin sospechar siquiera lo que insinuaba Gabriel, pregunté muy intrigada:

—¿Cómo así?

Y entonces Gabriel, ágil y suavísimo, me tomó toda entre sus brazos, y oprimiéndome en ellos fuertemente y contestando:

—¡Así!...

Y no sé qué acierto tuvo para besarme justa, pero justamente en la boca durante un instante sin que yo pudiese moverme ni rechazarle. Pero creo que este acierto no fue debido sólo a la gran agilidad de Gabriel, sino también a una cuestión de circunstancias, pues estando yo entre el aparador y la mesa de comer, y teniendo, además, la copa de agua en la mano izquierda, no podía huir ni podía defenderme por el temor natural de que se rompiera la copa o se derramara el agua... ¡No!... con una sola mano libre, y presa entre dos muebles: ¿cómo podía defenderme de Gabriel, que es tan ágil y es tan fuerte?... ¡No, no pude evitar que me besara!... ¡no pude evitarlo, y no pude evitarlo!

Pero después... ¡Ah, Señor mío, lo que después, en castigo de su traición, escuchó ese pobre Gabriel, no es para escribirlo aquí, ni creo que nadie en el mundo pueda escribirlo nunca, porque aquello no fueron palabras, aquello fue un río de indignación, un torrente de improperios, ¡ah! sí; ¡razón tenía Gregoria, después de todo!... Lo que escuchó Gabriel hoy de mis labios, entre seis y seis y media de la tarde, estoy segurísima de que sus oídos no lo habían escuchado jamás. Lo primero que sucedió al estallar mi rabia, fue que yo, con toda la fuerza que presta la indignación, di con los pies en el suelo, y tiré la copa contra el cemento, formando una terrible inundación y haciendo un estrépito tan espantoso de vidrios rotos, que todavía no me explico el que tía Clara no acudiese alarmadísima a investigar la causa del siniestro. Y en presencia de los vidrios rotos, y en presencia del agua que corría ahora mojándonos los pies, luego de habernos salpicado los vestidos, le dije mal caballero; le dije que se marchara en seguida de la casa de tío Pancho porque aquí mandaba yo, le dije hipócrita, le dije farsante, le dije canalla, le dije traidor, le dije que lo odiaba con toda mi alma... y cuando ya no encontré más epítetos en mi vocabulario, ni más tonos de indignación en la gama de mi voz, el infeliz Gabriel insultado, dolorido y salpicado de agua repetía:

—¡Perdóneme, María Eugenia!... ¡fue sin querer!... no es culpa mía... no es culpa mía...

Le volví bruscamente la espalda, me senté en una silla, eché de golpe mis dos

brazos sobre el tapete de la mesa, enterré mi cabeza entre mis brazos, y así de espaldas a Gabriel, con la cabeza escondida entre los brazos, prorrumpí a llorar amargamente con sollozos ahogados y hondísimos.

Gabriel se había ido acercando, hasta ponerse muy junto a mí, y como ahora ya al compás de mis sollozos su voz me decía en secreto con un tono tan suave, tan melodioso, y tan quedo, tan quedito, que era como el cantar bajísimo a la cuna de los niños dormidos:

—¡Perdóneme, María Eugenia! . . . ¡Perdóneme, que no fui yo! . . . fue mi amor . . . fue la locura que me está matando . . . fue este incendio abrasador que llevo por dentro . . . ¡fue el grito inevitable de la naturaleza, fue el beso del soneto . . ., pero no volveré a hacerlo ya más, no, se lo juro, nunca más . . . ¡nunca más! . . .

Yo seguía llorando, y llorando, y llorando sin consuelo, porque ahora con mi boca callada y mi cara escondida, y mis brazos inundados de lágrimas, era cuando sentía de veras como una brasa de fuego prendida en la ignorancia de mis labios aquel beso encendido de Gabriel. Y como cerquita de mi oído, su voz de caricia me decía con firme contrición de arrepentido:

— . . . ¡nunca más! . . . ¡nunca más! . . .

pensando yo también en el terrible anatema del Cuervo: «nunca más, nunca más . . .» mis lágrimas rodaban y rodaban, que era como el rodar infinito de un torrente . . .

Cuánto tiempo lloraron mis ojos inundando de lágrimas mis brazos, y el tapete de la mesa de comer, no puedo saberlo. A ratos me parece que lloré durante una eternidad entera, pero otros ratos me parece que no, me parece que fue sólo un segundo, brevísimo, que se estiró y se hizo muy largo, gracias a aquel misterio milagroso de sentir fija y tenaz sobre mi boca, la boca alejada de Gabriel, mientras sentía apenas rozando en mis oídos, el contacto cercano de su voz, que me besaba, y me besaba el alma al repetir suavemente con tristísimo consuelo de despedida: ¡Nunca más! . . . ¡nunca más!

Hasta que al fin, yo no sé bien si debido a un ruido de pasos u otra causa cualquiera, me levanté bruscamente, y avergonzadísima por el beso recibido y avergonzadísima también por mis duras palabras, cubriéndome la cara con el pañuelo, sin querer mirar la cara de Gabriel, salí del comedor precipitadamente, me vine a este cuarto, me acosté en la cama, escondí de nuevo la cabeza entre las abolladuras de la almohada, con la cabeza escondida fui cesando de llorar, y poco a poco, a solas, sobre la almohada, comencé a sonreír . . . hasta que al fin acabé por reírme a carcajadas, burlándome de mí . . . sí . . . de mí misma, que un día, no hace aún mucho tiempo, poco antes de enfermarse tío Pancho, sintiéndome de humor filosófico, había escrito una mañana las opiniones más absurdas y ridículas acerca del beso.

¡Ah! ¡el beso . . . el beso! . . . Y pensando y filosofando de nuevo sobre el beso, lenta, lentamente, comencé a pensar también en la boca de Gabriel, y me di cuenta, de que así, a distancia, yo no podía reproducir de ningún modo en el silencio de mi imaginación, la forma exacta de sus labios. Recordaba los

dientes, y recordaba la risa, pero no podía recordar en absoluto el dibujo que tiene su boca, cuando su boca se encuentra completamente seria... Y fue tan inmensa la curiosidad, y tan grande la rabia que sentí de repente contra aquella insuficiencia de mi memoria y de mi imaginación, que me dije de pronto:

—¡Pues voy a ir al cuarto de tío Pancho, a preguntar cualquier cosa, y así, al descuido, sin que Gabriel se dé cuenta, voy a fijarme bien!

Y levantándome de la cama me lavé los ojos, me peiné, me empolvé, me pinté, y cuando ya casi no quedaban rastros de los desperfectos ocasionados por el llanto, muy seria, muy dispuesta a sostener mi dignidad, y firmemente decidida a no dirigir más la palabra al traidor de Gabriel, me fui a hacer la consabida indagación. Pero: ¡así son, Dios mío, estas casualidades de la vida!... Cuando más ajena iba, y cuando más descuidada me encontraba, al abrir de golpe la puerta que va del comedor al primer patio, como aquella puerta está toda vieja y desnivelada, tuve que abrirla como la abro siempre: de un empujón muy fuerte, y... ¿qué ocurrió entonces?... pues ocurrió ¡fatalidad de las cosas! ocurrió que Gabriel no se hallaba en el cuarto de tío Pancho como yo creía, sino que precisamente, venía caminando hacia el comedor, en sentido inverso al mío y al ir a atravesar la puerta desnivelada, llegó en el instante mismo en que yo la abría hacia afuera, en forma tan enérgica y tan brusca... y ¡es claro! la hoja al ceder de repente, le dio a Gabriel un golpe tan fuerte en la cabeza, que toda la puerta se estremeció de arriba abajo con la violencia del choque, y yo, al igual de la puerta, me estremecí también, y lancé un grito agudo de sorpresa. Pero Gabriel no. Gabriel no dijo nada. Durante unos segundos permaneció frente a mí, inmóvil y mudo, sin hacer siquiera el ademán de llevarse la mano a la frente golpeada, y así, impassible, como si fuera la estatua del estoicismo, y de la santa paciencia, acabó por quejarse con gran resignación:

—¡Primero, con palabras! ¡ahora con obras!

Pero a mí, el chasco; y la casualidad; y mi susto; y la cara de Gabriel, me resultó todo tan cómico, que sin contestar una palabra, cubriéndome la boca con la mano para que él no echase de ver que no podía ya más con el ataque de risa, me fui andando aceleradamente hacia el cuarto de tío Pancho. Gabriel, en lugar de proseguir su camino, hacia el comedor en sentido inverso al mío, como era natural, y como yo me figuraba que haría, no; imitando la conducta de los perros falderos que se vuelven con el amo, cuando lo tropiezan en su camino, se vino tras de mí al cuarto de tío Pancho sin que yo escuchara sus pasos, ni advirtiera en absoluto que me seguía.

Ya en el cuarto, para mayor complicación, ocurrió lo siguiente:

Desde que había dejado a Gabriel aporreado e inmóvil, junto a la puerta, yo venía haciendo esfuerzos inauditos para no reírme. Al entrar en la habitación creyéndome ya muy seria, por decir cualquier cosa, le pregunté a tía Clara con mi cara de risa:

—¿No ha habido novedad, tía Clara?

Y la muy tonta de tía Clara, en lugar de contestar a mi pregunta, se me quedó mirando muy fijo y observó disgustadísima:

—Pero lo preguntas con una cara de pascuas, María Eugenia, como si preguntaras algo muy alegre. ¡Pues mira, yo no creo que tengamos motivo para reírnos hoy!

Con semejante reprimenda a mí me entró mucha más risa. Para esconderla bien, me volví bruscamente, de espaldas a tía Clara, y por segunda vez, me encontré inopinadamente con Gabriel, que detrás de mí, escondido también de tía Clara, se reía, y se reía en silencio, con aquella risa suya que le encanta a Gregoria. Y yo, al encontrarme de repente con su risa, tal y como si fuera la mía reflejada en su boca, sin saber lo que hacía, en silencio, y durante unos segundos, me reí con él de placer y de sorpresa, con toda la gran sorpresa de mi alma, que en la alegría de las risas, acababa de gritarme ahora, que a mí también, como a Gregoria, ¡ah! sí, lo mismo que a Gregoria, y muchísimo más que a Gregoria, esa risa de Gabriel a mí también . . . ¡a mí también me encanta! . . . ¡Ah! sí, esa risa de Gabriel, es tanto lo que a mí me gusta, Dios mío, y es tanto lo que a mí me gusta, y es tanto lo que a mí me encanta, y es tanto lo que me deslumbra la imaginación, que me enturbia su espejo, apaga en ella toda luz de memoria, y no la deja nunca reproducir a solas el dibujo que tienen sus labios, cuando sus labios permanecen serios y callados.

Con la risa de Gabriel fija en mi mente, me salí del cuarto, me vine a encerrar aquí, me puse a escribir, y ya no he vuelto a saber más de él, ni quiero tampoco . . . no . . . ¡no! . . . ¡no quiero saber más de él!

Pero también ahora, lo mismo que en la tarde, y lo mismo que siempre, lejos de él, en el silencio de esta noche, y en el silencio frío de esta habitación solitaria, con mis ojos cerrados, y mi pluma agarrada entre los dedos, y mi suave papel bajo las manos, cesando de escribir he querido muchas veces contemplar un segundo dibujada en mi mente, la boca seria de Gabriel, pero ni antes, ni ahora, ni nunca, en el silencio de mis ojos cerrados ella no quiere, no, no quiere florecer, sino con el divino florecimiento de su risa . . . ¡Ah! . . . ¿cómo son Dios mío? . . . ¿cómo son los labios serios, de la boca seria y callada de Gabriel? . . .

Pero si en el silencio de mis ojos cerrados los labios de Gabriel no se ven nunca, en el silencio de mi boca cerrada, hace ya varias horas que los labios de Gabriel están siempre . . . siempre . . . siempre . . . tal y como los sentí un instante, allá en el comedor entre seis y seis y media de la tarde . . . ¡Sí! . . . los labios de Gabriel no pueden surgir en el silencio de mi mente, porque se han quedado prendidos en el silencio de mi boca, y yo los siento en ella, fijos y ardientes, como se sienten las heridas, que nos dejan en la piel las quemaduras de las brasas de fuego. Y es en vano que, durante más de dos horas, mientras voy escribiendo, con la pluma agarrada entre los de dos, pase, y pase y repase por mi boca el dorso frío de mi mano, que quiere arrancar de mis labios, esos labios encendidos de Gabriel que ya me dan horror, y ya me



espantan . . . ¡pero sus labios, por más que hagan mis manos, no se van de mi boca . . . están fijos, y fijos, y fijos en ella, como las cicatrices de las brasas, cuando se dibujan prendidas en la piel, y prendidas en la piel se hacen eternas!

## CAPITULO VI

### *En la madrugada del sábado*

YA PASÓ la que debía pasar: tío Pancho ha muerto.

Su pobre cuerpo exhausto y dolorido se ha quedado quieto, y ya lo han encerrado entre las tablas negras del ataúd que lentamente, a la luz de los cirios, como una primavera lúgubre se ha cubierto de flores.

Hace algunos minutos, al mirar que lo encerraban, y al sentir en mis oídos el chirriar espantoso de aquel fuego macabro, donde deshacían el plomo que había de soldar la cubierta de zinc de su urna cineraria . . . al oír aquel chirriar macabro del fuego, no pude más, y durante un minuto feliz, me perdí en la dulce inconsciencia de los desvanecimientos. Me dieron un calmante, y me han traído aquí, para que descanse y duerma. Pero no duermo, no. Escribo, porque el escribir como el llorar me calma más que el sueño, y me calma mucho más que todos los calmantes.

Me desvanecí hace un momento, porque el chirriar del fuego junto al cuerpo inmóvil me despertó en lo más hondo del alma todo el terror antiguo de los sacrificios fanáticos, y porque en el estirarse y encogerse macabro de la llama, mis ojos, y mis oídos, y mi cuerpo entero, evocaron de pronto el suplicio horrible de las carnes quemadas, de aquellas carnes quemadas en las cuales prendió sus hachones la fe de todas las creencias, y la luz de todas las religiones . . . Fue por eso . . . ¡sí! fue por eso que yo, viendo el bailotear de la llama junto a la indefensa quietud del cadáver, al mirar que iban a cubrirlo ya con el espejo de las láminas de zinc, con ese espejo de zinc que presencia a solas y a oscuras el festín de los gusanos en la carne, al mirar que iban a ponerle ya su lámina de zinc, me levanté precipitadamente de mi silla, y mirando por última vez la perfilada cabeza pálida, y tocando por última vez la perfilada cabeza fría, le pregunté . . . ¡no sé a quién! . . . le pregunté al misterio en un grito desesperado que se me ahogó de espanto:

—¡Dios mío! . . . ¿y si estuviera vivo?

Sin saber de mí, apoyada en un sillón, tuve un desvanecimiento por el cual me han traído a descansar aquí.

Ahora recuerdo: me desvanecí además porque pensando en los suplicios antiguos y fanáticos, tuve por un instante el pavor de que el cuerpo inmóvil de tío Pancho, estuviese vivo todavía, pero al sentir en mis manos que estaba muerto y bien muerto, tuve envidia de su muerte real, y no sé por qué, . . . no

sé por qué me dije de repente, que junto al suplicio horrible de la llama y de la urna negra, yo no estaba muerta, sino que estaba viva ¡viva! como los suplicados antiguos . . .

No sé por qué el pensar en mí misma, siendo así que soy una persona llena de salud, que tiene voluntad propia, y tiene energía propia para vencer todos los obstáculos, y caminar derecho por la vida, como caminan todos aquellos que junto conmigo van caminando también, por este camino angosto de la vida.

Estoy un poco débil . . . un poco extenuada, estoy rendida de emociones . . . ¡y eso es todo! . . . Ya pasará, ya se irá eliminando este gran acopio de emociones . . . Lloraré a tío Pancho, dejaré de verlo, me acostumbraré a su ausencia, y volveré . . . sí; volveré tranquilamente a la vida tranquila de todos los días . . .

La vida tranquila . . . ¡la vida tranquila! ¡Ah! no sé por qué digo: «la vida tranquila» y pienso en la tranquilidad blanca de los cementerios, y pienso en la tranquilidad horrible de los ataúdes bajo la tierra . . .

Ahora todo me parece negrura de urna, y desesperación de encierro soldado donde no pasa el aire. Este cuarto angosto tiene hoy para mí la estrechísima largura de las prisiones funerarias. Y es en vano que con la boca muy abierta, aspire el aire a grandes bocanadas, y me llene los pulmones hasta más no poder. El aire de aquí dentro me parece que no es aire, y quisiera abrir la puerta para llamarlo a gritos: «¡Entra, aire del patio, entra» . . . Pero no puedo abrir la puerta, porque junto a la puerta, pegado a la puerta, está: ¡él! Sí; aquí mismo, a un metro de distancia, está Gabriel. En este momento, yo soy como el muerto encerrado en su tumba, y él es como el vivo desesperado, que llora del lado afuera de la tumba, y quiere resucitar a su muerto, con la fuerza infinita de su desesperación, como si la desesperación de los vivos a las puertas de las tumbas hubieran reanimado nunca el cuerpo inmóvil del que se ha dormido en ella.

Sí; Gabriel cree que duermo, y aquí mismo, pegado a la puerta, vela mi sueño con la desesperación horrible con que se vela el sueño de los muertos adorados. Sus pasos junto a la puerta se agitan y los conozco entre todos, y los reconocería entre mil, y los reconocería también entre miles de millones . . . Sus pasos para el cariño fiel de mis oídos, son lo mismo que su voz, y como su voz, ellos también me dicen palabras de amor, al resonar ansiosos contra el suelo, junto a mi puerta cerrada. Aquí . . . cerca de aquí, sobre la negra hilera de sillas que se ha tendido en el patio, hay muchos amigos de tío Pancho, que al tener noticias de su fallecimiento han venido a acompañarle, en esta última noche que él ha de pasar acostado en su casa. Oigo el cuchichear de las voces, oigo el caminar apagado de los pasos . . . . pero en mis oídos, los pasos exasperados de Gabriel no se confunden con los otros. El cree que duermo y me vela desesperado y trágico muy pegado a esa puerta. Pero yo, encerrada aquí, durante muchas horas, me fingiré dormida, y para él, me quedaré dormida eternamente, porque acecharé el instante en que se

ausente, y entonces, oculta y silenciosa, como una criminal, me iré de esta casa y me iré de su vista para siempre.

¡Sí Gabriel! Estás aquí, aquí mismo, a unos pasos de mí, y tú que no puedes verme porque me oculta a tus ojos la muralla espesísima de esa puerta endeble, y yo que no puedo hablarte porque mi voz para ti ya se ha quedado muda, yo que no puedo hablarte, aquí mismo te lo escribo sobre esta blanca hoja cuadrada, que tiene el tamaño y la blancura de esas pobres lápidas de mármol, que se pierden humildemente bajo la hierba de los cementerios . . . ¡Sí! . . . aquí lo escribo, que es como escribir yo misma mi epitafio:

«Ya tus ojos adorados no han de volver a verme, ni tus oídos adorados han de volver a oírme, no, Gabriel, después de lo que pasó ayer, mientras tío Pancho agonizaba . . . ¡Gabriel! . . . no es posible que vuelvas a ver a María Eugenia Alonso, porque aunque tú lo grites en tus besos, y aunque mi alma en un beso, le haya contestado a tu grito diciendo mil veces que sí, María Eugenia Alonso, no es tuya ni puede ser tuya, y tú, en tu hambre de amor, has de respetarla, como los hombres honrados y hambrientos respetan los tesoros, y respetan las riquezas que saciarían su hambre y que no les pertenecen!»

Cuando tío Pancho se haya marchado ya, entre el relucir de sus lujosos cristales, y tras el andar de los grandes caballos, empenachados de negro, yo también he de salirme escondida, y escondida me iré a la casa de Abuelita sin que Gabriel me vea. No quiero tampoco que mis ojos le miren ni de cerca ni de lejos, porque mi boca y mis ojos que ya no son míos, se van siempre detrás de él. Al sentirlo se van, se van en su seguimiento, con la sumisión y la alegría de los canes desatados que por un instante se han quedado libres de lazos y cadenas. El los azuza desde lejos y como el timbre de su voz los exalta y los domina, esta boca y estos ojos que ya no son míos, rompen toda cadena, y al escuchar que los llama, como canes desatados, se van corriendo tras él, sin hacer caso de mí. . .

.....  
¡Ah! . . . ¡esa mañana de ayer! . . . ¡Ah! lo que pasó ayer, ¡tanta revelación de dicha, con tanta revelación de horror . . . ¿pero cómo pudieron haber juntas en el solo relámpago de un beso? . . . Ayer . . . ¡Ayer! ¡qué violento chispazo de vida para alumbrar siempre esta eterna tiniebla de muerte! . . .

A las ocho de la mañana, cuando yo estaba sumergida en la paz de un sueño profundo, tía Clara que no se había ido a misa, vino al cuarto en donde yo dormía, dio con sus nudillos en la puerta, y me despertó diciendo:

—¡Levántate ya, María Eugenia, que Pancho se ha puesto muy mal!

Un momento después cuando ya vestida, pálida e inquieta, entré al cuarto de tío Pancho, miré con avidez sobre la cama y vi entonces con horror, cómo allí, tendida en la cama inmóvil y blanca, encima del colchón, bajo las sábanas, y arriba hundiéndose las almohadas, la muerte se había acostado ya sobre el cuerpo de tío Pancho.

Gabriel, solo en el cuarto, de pie junto a la cabecera, le tenía tomado el

pulso, y miraba tristemente la cabeza atormentada y buena de Cristo moribundo, por entre cuya boca aleteaba dulcemente la agonía.

Al verle así, toda acongojada y nerviosa, me acerqué a la cama junto a Gabriel, tomé entre las mías una de las pobres manos que caía desmayada sobre el colchón, y al sentir que estaba helada, . . . helada, y húmeda y dura, como las manos ya muertas, estremecida de espanto, faltando a mi resolución, sin pensar en el disgusto de la tarde anterior, hablé de nuevo a Gabriel al preguntarle ansiosa más con mi susto que con mis labios:

—Y esto . . . ¿qué será esto, Gabriel?

El, muy triste, y muy quedado, contestó diciendo lo que yo demasiado sabía:

—Esto es que ahora . . . ¡ya se va!

Y ¡cosa extraña! Yo que lo sabía muy bien, yo, que desde hace una semana, convencida y segura, esperaba con resignación la llegada de esta muerte; yo que acababa de verla ahora con mis ojos y frente a frente, yo que acababa de sentir su contacto helado bajo el ansia de mis manos, al oír que Gabriel la anunciaba con su voz, sentí un terror inmenso que me enfrió todo el cuerpo, y temblorosa, en una interrogación donde se retorció este dolor de las separaciones eternas, y en donde también, con exaltada amargura, se asomó sinceramente, todo, todo mi secreto desamparo, sin saber lo que decía pregunté:

—¿Y ahora, Gabriel, ahora Dios mío, ahora sin él que tanto me quería qué va a ser de este horror de mi vida tan sola y tan desamparada?

Y como aquella voz mía, voz de desolación y de sinceridad, era la misma de los que piden amparo, Gabriel, suave y condolido, junto a la agonía de tío Pancho, me amparó entre sus brazos misericordiosos, y dijo con el más convencido de los apasionamientos:

—¡No se quedará sola, María Eugenia, ni se quedará desamparada, porque se quedará conmigo que la adoro como nadie ha adorado nunca a nadie sobre la tierra!

Y en tan hondo desconsuelo, Gabriel supo poner dentro de sus palabras tal consuelo de unión, y tanta fraternidad, y tanta energía de amor, y puso tanta ternura de protección, que yo, sintiendo junto a él la causa común de los que unidos se equilibran la existencia, en mi gran debilidad de desamparo, olvidé las distancias sagradas que separan las vidas, y desmayé por un instante mi cabeza sobre el cariño de su hombro . . . Y después . . . sí, sí . . . un instante después, cuando por segunda vez, como la víspera en el comedor, tuve el contacto divino de sus labios sobre los míos . . . ¡sí! . . . cuando por segunda vez en mi vida, tuve sobre los míos la delicia de sus labios . . . ¡ah! lo que sentí! . . . . Sentí, una ola de consolación que me fue cubriendo, cubriendo toda entera, y que al detenerse de pronto en mi boca, besó también apasionadamente, la boca misericordiosa de Gabriel.

Y fue entonces . . . ¡ah! sí . . . creo que debió ser entonces, en el espacio brevísimo que duró mi beso, cuando miré cruzar con la rapidez violentísima de los relámpagos, esa dicha infinita y ya imposible para mí, que es el verdadero amor sobre la tierra . . . Y al mirarla así, tan cercana y tan imposible,

su luz deslumbradora como la luz mortal de los rayos, me iluminó vivamente en un segundo, toda, todita la negrura de estas tinieblas que me rodean ahora, y que habrán de rodearme ya para siempre . . . . . ¡siempre! . . . Pero también fue esa luz vivísima la que trágicamente me iluminó a mí misma, cuando en un chispazo muy claro, vi de pronto y con horror de lo que estaba haciendo mi boca, junto al cuerpo agonizante de tío Pancho. Entonces impulsada por la propia fuerza de mi horror, logré desatarme de aquellos brazos consoladores de Gabriel, que me oprimían y me oprimían con infinita y dulcísima fraternidad de amor . . .

Un instante después, cuando libre completamente de sus brazos, con el espanto de mis ojos abiertos, busqué y hallé abiertos frente a nosotros, los ojos vidriados y fijos de tío Pancho, me pareció que allí, sobre aquella inmovilidad tétrica, se estaba reflejando toda la imposibilidad de nuestro amor, como se refleja el cielo sobre las ciénagas turbias donde se baña la muerte. Y acrecentado mi horror más y más ante la fijeza de los ojos vidriados, volví por fin a la plena normalidad de mi criterio, y con mi mano derecha muy trémula y muy crispada, aparté nerviosamente a Gabriel de junto a mí y enseñándole con la vista el cuerpo de Cristo moribundo, dije, ahogando mis palabras, en el terror de mis sollozos:

—¡Gabriel, por Dios! . . . ¡Que estamos profanando la muerte . . . y que estamos profanando a Cristo! . . .

Y por segunda vez, como la víspera en el comedor, también ahora cayendo de rodillas a los pies del lecho mortuario, apoyé de golpe mis brazos entrelazados sobre la cubierta de la cama, enterré en ellos mi cabeza horrorizada y comencé a llorar profundamente . . .

Gabriel como un loco en trance de locura furiosa, arrodillándose también cerca de mí, junto a los pies ya helados de tío Pancho, me habló, mucho rato sin parar, en voz rápida y bajísima con infinito frenesí, y en aquel frenesí de locura y de amor, al rogarme por Dios que no llorara, recuerdo que me dijo:

—¡Que eres mía, María Eugenia de mi alma y que has de ser siempre mía, porque yo te adoro y tú me quieres, sí, me quieres! ¡me quieres! ¡me lo acabas de decir en la elocuencia de tu beso! . . . sí María Eugenia, porque sólo así, así, solamente en lenguaje de besos, se confiesan estos amores altísimos que no pueden decirse con palabras, porque el mundo, en su imbecilidad criminal, no lo permite. Pero nosotros dos, nosotros que nos adoramos por encima de todo, despreciaremos el mundo, y despreciaremos los convencionalismos, y despreciaremos las leyes, y despreciaremos todo, todo, todo, cuanto se nos atraviese en el camino, porque nuestro amor es más grande, y más fuerte, y más respetable que ellos . . . . . Sí . . . . . ¡Sí! . . . . . María Eugenia, mira, aquí mismo los dos, cerquita y de rodillas, como los que se casan en la iglesia, nos estamos casando ahora ante nosotros mismos, junto a este cuerpo de Cristo agonizante, que nos bendice en nuestro amor inmenso, y que siendo la imagen de Cristo agonizante: ¡míralo! . . . ¡míralo! . . . ¡es también el cuerpo agoni-

zante de Pancho, que, como un padre, nos ha reunido para bendecirnos juntos en la hora suprema de su muerte! . . .

Pero yo, a través de mis sollozos profundos, horrorizada al oír tanta dicha imposible dentro de tantísima profanación, lo callaba diciendo:

—¡Gabriel! . . . ¡Que eso es un sacrilegio que no puede ser! . . . ¡Que estamos profanando la muerte! . . . ¡Que estamos profanando a Cristo! . . .

Gabriel, sin oírme, desesperado y dulcísimo, seguía hablándome, y hablándome, con aquel tuteo de pasión que me embriagaba y me quemaba de amor los oídos, como los besos me habían quemado la boca . . . sí, ¡la boca! la boca para siempre encendida y callada de besos, que ahora enterrada en la cama no podía sino repetir con sollozos:

—¡No puede ser! . . . ¡No puede ser!

Al fin, cansada de tanto argumentarles a mis oídos, viendo que mi lengua le negaba todo, Gabriel rendido de amor y de cansancio, se dio a implorarme humildemente, con la imploración perseverante de las letanías, y allí, a mi lado, de rodillas, como si estuviera rezando por tío Pancho la letanía de los agonizantes, solo, repitió por mucho tiempo sin tregua y sin cesar:

—¡Dime que serás mía, María Eugenia de mi alma! . . . ¡dime que serás mía! . . . ¡dime que serás mía! . . . ¡dime que serás mía! . . . ¡dime que serás mía!

Y así, cuando más unidos en desesperación nos hallábamos Gabriel y yo, él con la desesperación habladora de sus palabras, y yo con la desesperación callada de mis lágrimas, lentamente una tras otra, con gran unción y tristeza, fueron entrando en el cuarto: primero tía Clara, luego la enfermera, y por último Gregoria, que, llorosa, caminando muy despacio, guareciéndose del aire, traía encerrada dentro de la piedad de sus manos negras, la blanca vela del alma, ya encendida y palpitante, como el suave palpar de aquella vida, que se iba apagando, poco a poco, de entre los labios exangües.

Como Gabriel y yo, ellas también, piadosamente, fueron quedando de rodillas alrededor de la cama, tía Clara que se había arrodillado junto a la cabecera, muy cerca de la almohada, sosteniendo en su mano izquierda la mística vela del alma, y en la derecha un novenario abierto tan usado y tan marchito como sus propias manos, con la misma voz ferviente, monótona y perseverante con que me había implorado Gabriel, ella también comenzó a repetir, y a hacernos repetir en coro las dolientes y tristísimas imploraciones de las Siete Palabras.

Con mi cara escondida y bañada de lágrimas, al ritmo melodioso y funerario que marcaba tía Clara, durante un largo rato, en la oscuridad de mis ojos ocerrados, repetí y repetí, intensamente, con palabras y con todas las fibras de mi cuerpo, la dulce música lenta de las Siete Palabras.

Después, cansada de llorar, desenterré poco a poco la cabeza enterrada entre mis brazos, y frente a mí, con mis ojos turbios de lágrimas, consideré de nuevo la luz mortecina de los ojos vidriados, y con la luz vivísima de los míos, me di a preguntarles desesperadamente, si ellos, en el misterio de su

espejo, le habrían mostrado al alma viajera de tío Pancho aquel beso de profanación que yo acababa de prodigar junto a su muerte . . . y mirándoles, mirándoles, inmóviles, y fríos, a través del espejo misterioso, acabé por conversar también con el alma viajera, y me despedí de ella diciéndole desde lejos, y con sólo mi vista palpitante de lágrimas: «Tío Pancho, Papá, a su muerte, me dejó en herencia la pobreza y la servidumbre . . . pero tú, tío Pancho, ¡tío Pancho! . . . ¿qué herencia trágica y terrible vas a dejarme tú? . . .».

Y como ahora mi voz, en el dolor monótono del coro, estaba repitiendo ya junto a la voz hermana de Gabriel: «—¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor! . . . ¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor! . . .», fundí en una misma sed abrasadora lo irremediable de la muerte, con lo irremediable de mi infinito amor, y vencida, en brazos de la amargura, anhelando ya tan sólo probar el agua que se bebe más allá de la tumba, al lado de Gabriel a quien ya no podía volver a hablar más nunca, seguí repitiendo: «—¡Sed tengo, mi Dios, de morir en su amor! Sed tengo, mi Dios . . .».

¡Ah! . . . pero aquella sed de amor que me hacía anhelar el agua de ultratumba, aquella sed de amor junto a Gabriel y junto al lecho mortuario de tío Pancho, no era la sed de Dios en los labios resecos de los agonizantes, no, no, no, . . . ¡no es verdad! . . . era sólo mi sed de amor, mi sed mortal de amor, que ya estaba empezando a proclamar mi voz, como después y desde entonces, hace más de veinte horas, junto al cadáver helado de tío Pancho, me ha estado proclamando a gritos mi cuerpo entero.

¡Ah!, pero mi cuerpo se ha de morir de sed, . . . porque mis ojos . . . si, . . . mis ojos vivos, . . . ¡lo juro ante esa puerta, detrás de la cual sus pasos de amor, me están diciendo palabras de amor! . . . mis ojos vivos, no han de mirar ya nunca, nunca más la persona adorada de Gabriel! . . .

¡No! . . . ¡no pueden mirarle más, porque estos ojos, que ya no son míos, al sentirle, se van en su seguimiento, como canes desatados, y tengo miedo, sí, muchísimo miedo, que al mirarle de nuevo, mis ojos que le obedecen y le siguen, tan alegres y sumisos, se lleven también con ellos en alas de su alegría, mi cuerpo entero que se abrasa y se consume en su gran sed de amor . . .

Y esto de que mi cuerpo pueda marcharse tras de Gabriel en alas de sumisión y de alegría, lo sentí ayer durante el segundo delicioso e infinito que duró mi beso, y sobre todo, fue luego, algunas horas después cuando mejor lo comprendí.

Sería a cosa de la media tarde. Tío Pancho se había dormido ya en su sueño de yeso, bajo las sábanas blancas y bajo el pañuelo blanco que dibujaba en nieve la finura del rostro. Desde el idilio del beso en el drama de la agonía, no había vuelto a hablar con Gabriel, ni me había atrevido a mirarle más, ni de cerca, ni de lejos. Los últimos cuidados que se dispensan a los muertos, y luego, la llegada de los primeros amigos que acudían a acompañarnos, fueron circunstancias que necesariamente me tuvieron alejada de él. Después, establecida la normalidad, vinieron aquellas horas calladas y lentas, durante las cuales, vestida de negro, sentada a la cabecera mortuoria, encandilada por

la luz de dos cirios que frente a la cama, sobre un altar improvisado, velaban el cadáver y alumbraban un Cristo de madera atormentado en su cruz, embriagada por el perfume plañidero de los nardos que poco a poco habían ido blanqueando en las coronas fúnebres, presidiendo el duelo cerca de tía Clara, silenciosa, sin saber de nada ni de nadie, me quedé junto a la fría blancura inmóvil, contemplativa, dolorosa . . . Me parecía que al igual de tío Pancho, mi alma también se había quedado muerta, y que también se hallaba tendida ahora dentro de mi cuerpo quieto como dentro de su encendida capilla ardiente.

De pronto alguien vino a sacarme de mi quietud de esfinge al anunciarme que había llegado un telegrama, y que se reclamaba mi firma para entregarlo. A la voz apagada del anuncio, me levanté de la cabecera mortuaria, salí de la estancia, me dirigí al comedor, y allí encontré a Gabriel que sin decir palabra me tendía el sobre cerrado de un telegrama urgente y dirigido a mí. Firmé primero el recibo, rasgué después el sobre con mis manos temblorosas; y mientras firmaba el recibo, y rasgaba el sobre, Gabriel, cuyos ojos como los ojos del águila, lo ven y lo acechan todo desde una gran distancia, Gabriel, que es el águila triunfadora de alas abiertas, que me persigue y me acecha desde sus alturas de cielo, Gabriel, este Gabriel que llevo fijo dentro de mí, y que en este mismo instante mientras escribo, me llama y me llama con la voz de sus pasos, aquí mismo, tras de mi puerta cerrada, como en trance de extenuación y de amor llamó en la noche, el dulcísimo Esposo rendido del Cantar de los Cantares; Gabriel, este Gabriel tan mío, este Gabriel que es ya un pedazo cortado en lo más vivo de mi alma sangrienta y mutilada, mientras yo iba firmando y rasgando el sobre, se acercó mucho a mí, y para que ninguno de los presentes pudiera enterarse de nada, en voz bajísima me dijo con su cara de amor y de dominio:

—María Eugenia, ese telegrama es de ese hombre, a quien tú no quieres, a quien no has querido nunca, y a quien no puedes pertenecer ya, porque me quieres y me perteneces: ¡a mí! . . . Y por eso de que tú me quieres, ya eres mía . . . ¡mía! . . . óyelo bien . . . y porque eres mía te defenderé contra él, y contra el mundo entero, desesperadamente, y hasta la muerte, ¡como todo hombre que es hombre de veras defiende y pelea lo que es suyo! . . . Y tú, no le tengas miedo a ninguno . . . ¡ten confianza en mí! . . . María Eugenia, María Eugenia mía . . . ¡óyeme! . . . ¡mira que en estos momentos estamos jugando los dos la felicidad de nuestra vida entera! . . .

Y mientras así decía en su aparente calma, la persona toda de Gabriel despedía tal fuerza de atracción y de dominio que yo, como una pobre paloma fascinada de muerte, sólo sentía un deseo vehemente y misterioso de que las garras del águila me arrancasen de encima de este yermo donde vivo, y me llevasen en ellas al vértigo de las alturas, por los aires, por las nubes, por los picachos inaccesibles . . . ¡yo no sé dónde! . . . aunque sólo fuese para luego desgarrarme y atormentarme, y devorarme cruel en un festín sangriento.

Porque no podía mentir a mi deseo, y porque tampoco pude ocultar la



fuerza de tan gran fascinación, contesté diciendo, suave y rendida, con la vista baja, en entera derrota:

—Sí... Gabriel... sí... hemos de hablar a solas esta noche... luego... cuando tío Pancho esté ya dentro de su urna... pero ahora no, Gabriel!... ¡ahora todavía no!...

Gabriel, que miró al punto sobre el espejo de mi rostro y el espejo de mi voz todo aquel suave placer de debilidad y rendimiento, tomó el vacilar de mis palabras como una aceptación a yo no sé qué proyecto espantoso y divino que quiere proponerme, al cual se encuentra él ya decidido en cuerpo y alma, y el cual a mí, sin conocerlo y sin haberlo escuchado todavía, me pone a temblar así, como estoy temblando ahora... ¡de miedo y de alegría! Y es por eso... por eso... porque me lo quiere decir es por lo que él me asedia ahora como un loco aquí mismo, muy cerquita, a dos metros apenas de distancia... y porque no quiero oírlo, ni quiero que me lo diga jamás, me fingiré dormida mucho tiempo, dejaré cerrada mi puerta como la puerta cerrada de la Esposa en el Cantar de los Cantares, y solamente la abriré cuando oculta y silenciosa pueda escaparme a toda prisa de esta casa... Sí, me escaparé en el día con la prisa y el miedo con que se escapa el criminal de la casa del crimen... ¡Ah!, pero el muerto, la víctima de este crimen nefando, la llevaré siempre tendida en la esfinge misteriosa de mi cuerpo, que habrá de ser su sepultura y su blanco mausoleo!...

Como decía: al hablarme Gabriel, le contesté muy emocionada desdoblándolo trémula el telegrama, y él, sin oírme bien, en su gran vehemencia, lo dio todo por aceptado de antemano.

¡Aceptado!... ¡ah!... «aceptado» ¡Dios mío! qué palabra deliciosa y terrible que me espanta sólo el escribir... «¡aceptado!...». Gabriel, que de antemano consideró aceptado ese proyecto que no conozco y que no he de oírle nunca, me dijo dulcísimo:

—¡Gracias, mi vida! Gracias dos veces: gracias por mi inmensa felicidad, y gracias por la felicidad tuya que para mí es mucho más querida y muchísimo más sagrada que la mía!

Cuando por fin abrí el telegrama, en el bailable de las palabras, sobre el temblor del papel tendido ante mis ojos y entre mis dos manos, leí en efecto:

«Acabo de saber gravedad de tu tío. Pasado mañana en la tarde estaré contigo.

Leal».

La lectura del telegrama, y la del nombre que lo firmaba me nubló un instante los ojos. Santí pasar sobre mí la ráfaga voluptuosa de los castigos cruentos, algo así como el chasquear del látigo en el aire, cerca de las espaldas ya desnudas para el azote, y a su conjuro, en el fondo inconsciente de mi alma, se levantó más fuerte que nunca mi gran terror a Gabriel...

Arrancándome inmediatamente del dominio de sus ojos que me veían, y del dominio de sus labios que me interrogaban con amor imperioso, sin mirarle, sin oírle, contestando a locas, sin saber lo que decía, murmuré aterrada:

—Luego, Gabriel . . . luego, luego, luego, a la noche, sí, ¡después hablabamos!

Y me salí del comedor, atravesé nerviosamente por el patio, entré en la estancia mortuoria, me senté de nuevo junto a la cabecera frente a la luz de los cirios, y con el telegrama arrugado entre las manos, durante muchas horas, volví a quedarme en mi actitud de esfinge, inmóvil, contemplativa, dolorosa... El terror del telegrama arrugado entre mis dedos, se exhalaba del papel, se me subía por los brazos, y como las ondulaciones en la superficie de un estanque, me corría en estremecimientos sobre la piel del cuerpo entero . . . y fue entonces, en el temblor de mi piel junto a la cabecera de nieve, entre perfume de nardos, y chisporrotear de velas, cuando comprendí toda la fuerza de atracción y de dominio que sobre mi cuerpo entero ejerce el cuerpo imantado de Gabriel . . . Al contemplar de nuevo tan gran atracción de abismo, seguí mucho, muchísimo rato, estremecida de espanto y de placer, hasta que lentamente volví a la realidad de las cosas, sentí esfumarse en la más inaccesible de las lejanías este cielo infinito de mi amor vedado; y mirando la faz inmóvil bajo el pañuelo blanco, sangrando lágrimas mis ojos, con la negra desesperación de los encarcelados a perpetuidad, como el mártir que voluntariamente, por respeto a una idea, entrega su cuerpo a los suplicios, juré solemnemente que mis ojos no volverían a ver jamás la persona adorada de Gabriel.

Por eso ahora, cerca de aquí, junto a mi puerta cerrada, mientras escribo con tinta de sangre, oigo entre lágrimas sus pasos de amor, que me llaman, y me llaman, y me llamarán en vano la noche entera, como en la noche voluptuosa y perdida, junto a la cerrada puerta, destilando miel, llamó, y llamó inútilmente la voz extenuada del Esposo en el amor sublime del Cantar de los Cantares . . .

## CAPITULO VII

### *El mismo sábado a las doce de la noche*

¡POR FIN! ¡Por fin! ¡Mis alas de volar ya me han crecido! ¡Me voy! Me voy, volando en ellas hacia ti, Amor, Sol de la vida! ¡me voy volando en ellas hacia ti! . . . ¡Ya voy! ¡ya voy! ¡espérame confiado, que ya voy!

Sí; ya puedo irme tranquila, porque aquí, en la casa respetable de Abuelita, en la intimidad familiar de mi cuarto cerrado, junto al altar de mi ventana de par en par abierta, apoyados los codos en mi mesa, y apoyada la cabeza triunfante sobre los diez marfiles de mis dedos piadosamente enlazados, frente a la pompa del cielo presidido por la luna, mi regia madrina de bodas, bajo el incienso nupcial que litúrgicamente inciensan los naranjos con los mil incensarios cándidos de sus azahares, en la solemnidad de esta noche callada, y en

presencia de la enojada muchedumbre de estrellas, he celebrado ya mis blancos desposorios. Ahora, como las vírgenes egipcias en el templo de Isis, yo también, en el templo de este silencio agosto, trémula de ansiedad, velaré toda la noche, esperando el glorioso amanecer de mañana que ha de ser el primer día de mi fiesta de amor.

¡Por fin, por fin, mis alas de volar ya me crecieron!

¡Juntas me stán aleteando las dos, impacientes y abiertas sobre la impaciencia de mi cuerpo, triunfante de belleza, triunfante de amor, y triunfante de orgullo, bajo el orgullo de sus alas abiertas!

Me he vestido de blanco para mi fiesta de bodas, pero mis alas que son transparentes y gloriosas, se han vestido con todos los colores de la luz . . . Gracias a ellas, gracias a sus tejidos de ensueño, al amanecer mañana, como las líricas mariposillas que dejan alegremente el calor de su capullo, y el rico tesoro de su madeja de seda, yo también, mañana, como las líricas mariposillas, al amanecer, dejaré el calor de esta casa vieja y buena, dejaré el tesoro de mi nombre limpio, dejaré la sed pura de mi reputación social y porque ya me salieron las alas, sobre el milagro de mis élitros tendidos en el aire, al blanquear la alborada, me iré volando con un solo golpe de alas, hacia el Sol, hacia la Luz, hacia la Madre Naturaleza, que me espera en su jardín cerrado, en donde ella ha pintado para mí las flores encendidas y olorosas de todas las alegrías.

¡Ya estoy libre! ¡Las horribles cadenas que me tenían amarrada sobre la tierra, y que me obligaban a caminar lentamente, arrastrándome por ella, como los pobres gusanillos que no han de ser nunca mariposas, se rompieron misteriosamente en mil pedazos, al apuntarme las alas: ¡Ya estoy libre!

Me voy, Cielo protector, tú que atento y tutelar, sobre la tristeza cuadrada de este patio, en mis ratos de angustia, dese lejos, me brindaste siempre maternalmente el amor azul de tu regazo todo bordado de joyas; me voy, Luna, Luna confidente, mi blanca Madrina, mi generosa Reina, que en las heladas de miseria y decepción me arropaste siempre con un pedazo de tu manto real hecho de armiño de tisú de plata; me voy, Estrellas de la noche, brillantes estrellitas bailarinas, que alegremente, en la alegría de vuestros alegres guiños, me enseñasteis a burlarme y a reírme de las noches oscuras de mi tedio; me voy, Reja de mi ventana abierta, Reja guardiana, carcelera compasiva y redentora, que en los días negrísimos de mi prisión, por la misericordia de tus barrotes eternamente crucificados, me dejaste ver a todas horas la esperanza infinita del cielo; me voy Muñeca-lamparilla de mi escritorio, compañera luminosa, amiga íntima, rosa y verde profesora de coquetería, que con tu falda esponjada y tu desmayo fingido y tu luz misteriosa, me contabas diariamente las frívolas delicias que se esconden en el amor y en el lujo; me voy, Naranjos, Naranjos amigos, galanes galantes y enamorados, que de noche y de día, siempre verdeando esperanza, os estuvisteis de pie junto a mi reja; me voy, Azahares de mis naranjos, hermanitos de leche, piadosos enfermeros sabios, que aliviasteis tantas veces el ardor de mis heridas con el ungüen-

to de vuestro perfume y el algodón de vuestros pétalos blancos; cándidos azahares virginales, pebeterillos que en el templo del silencio estáis aromando aún mi ceremonia nupcial ¡me voy! dulces compañeros de mi cautiverio, officiantes e invitados a mis Bodas; apiñada muchedumbre de estrellas: ¡adiós todos, porque me voy, me voy por fin mañana a reinar eternamente en la gran espléndidez de mi fiesta de alegría!

Sí; amigos todos, me voy, porque el Amor, trasponiendo montañas y collados, ha llegado milagrosamente hasta mí, me ha despertado de mi sueño con un beso en los ojos, me ha prendido sobre los hombros estas dos alas de luz y me quiere de Reina allá, en su reinado altísimo y glorioso. He celebrado ya mis bodas, y ahora, mientras velo en el misterio de la noche, comienzo a presentir la bulla de la Fiesta por el advenimiento de mi reinado altísimo . . . ¡Ya la escucho, ya la escucho toda . . . ¡Y cómo va creciendo en armonías! . . .

. . . Escucho el tintineo de los cascabeles sobre los arneses que frotan y lustran los lacayos; escucho la voz venerable de las campanas grandes; escucho las mil voces infantiles de los carrillones dando vueltas y vueltas en corros de locura; escucho el rasguear y el tronar de la lluvia de estrellas en el collar de los fuegos de artificio; escucho el piafar impaciente de los caballos enjaezados de blanco; escucho el deslizarse majestuoso de mi carroza de nácar; y terrible, por encima de todo, escucho el alarido de la multitud frenética ante lo inusitado de un cortejo, que sin tocar la tierra, pasea libre y sobre alas la pompa de su regio esplendor . . .

Y si ahora mis ojos no lloran mi despedida de desposada, es porque mis ojos secaron ya todo el raudal de sus lágrimas, llorando y llorando a la muerte sobre el yermo de la espera. Y si mis ojos no lloran mi despedida de desposada, es porque los ojos encendidos de las Vírgenes Prudentes, temerosas de que se apaguen sus llamas para la noche de amor, sólo lloran el hogar perdido, y sólo lloran la virginidad perdida, con lágrimas de azahares, y con los trémulos sollozos de sus velos transparentes.

¡Brillante concurrencia de mis nupcias, piadosos compañeros de mi cautiverio, y vosotros mis blancos hermanitos de leche, llorad, llorad todos por mí que no quiero apagar mis ojos con las aguas del llanto, porque son las dos lámparas, con que mañana he de encender al Amado la luz de la alegría, en la mística noche de mi Fiesta de Amor. . .

Lucida concurrencia de mis nupcias: ¡mientras velo, llorad, llorad, llorad, todos por mí! . . .

. . . . .

En este propio momento, desde lejos, con su voz religiosa de almuecín, mi vieja amiga la torre de la catedral, me ha cantado la una . . .

¡Ya he pasado una hora en el ritual de mi vela! ¡Ya he vivido una hora en este día sacrosanto de mi resurrección! Ahora, mientras continúa mi vigilia, quiero meditar devotamente sobre todos los pasos que he caminado ya en el calvario cruento de mi redención . . .

... Me parece, que aquí, junto a mis oídos, escucho todavía aquel suave murmullo, que ayer al comenzar la mañana, comenzó también a bullir y a agitarse allá, en la pobre casita triste, llena de flores y de sillas negras. Era el entierro de tío Pancho que se movía suavemente. Lo sentí agitarse cerrado en la tumba de aquel cuarto angosto. Poco a poco el negro revolotear fue creciendo en apagada bulla, creció, creció en suave cuchicheo, y por fin cargado con su carga se fue piadosamente camino del cementerio...

Gabriel también se fue tras el entierro por el mismo camino...

Escuché la despedida amorosa, que junto a mi puerta me tejieron sus pasos en el suelo. Cuando se apagaron todos los pasos, y se apagó al rumor lejano de los coches rodando por la calle, sentí abrirse horriblemente sobre el dolor de mi piel, la tumba fresca de mis dos muertos, y ya, huérfana y libre, envuelta en una capa, a hurtadillas, abrí la puerta, salí del cuarto cerrado, y sin advertir a tía Clara ni despedirme de nadie, tomé un coche que pasaba por la calle, y, ocultando mi fuga, me vine al presidio de esta casa virtuosa y severa.

Al entrar, frente a la puerta, junto al arroyo de palmas y de helechos, sentada en su sillón de mimbres encontré a Abuelita... Ella, mirándome aparecer inopinadamente tan temprano se sorprendió, y yo, por mi lado, viéndola a ella, me sorprendí también con una sacudida dolorosa. En el cansancio mortal de su fisonomía, en aquel cansancio de muerte por el cual tía Clara había llorado copiosamente dos días antes, me pareció ver reflejada como en un espejo la misma agonía que a mí me mataba el alma. Y fue la propia boca de Abuelita la que expresó mi pensamiento, cuando en medio de su sorpresa, queriendo describirme su impresión, se describió ella misma:

—¡Qué desencajada estás, María Eugenia, hija mía, qué desencajada estás! ¡No pareces ni tu sombra, pobrecita, cómo te habrás desvelado y cuánto habrás sufrido para quebrantarte así... Pero ahora, que ya se acabó todo, vete a descansar, mi hija, vete, vete, a descansar tranquila...

Y mientras así decía, Abuelita me abrazaba llorando dulcemente por la muerte de tío Pancho. Yo también la abracé en silencio, pero sin derramar una lágrima. Luego, siguiendo su consejo, automáticamente me vine aquí a mi cuarto; automáticamente, también, abrí esa puerta, y cuando abrí esa puerta... ¡ah! cuando abrí esa puerta, todos los objetos familiares aquí presentes, todos, todos estos amigos íntimos que me quieren de veras, al mirarme regresar tan pálida, y tan pobre, levantando los brazos me gritaron a una:

—¡Habiendo tenido el universo entero entre las manos, te nos vienes sin nada, María Eugenia!...

Y yo, horrorizada, por no verles gritar mi enorme crimen de amor, cerré la luz del postigo, cerré los ojos, me acosté en la cama, y lloré de desesperación las lágrimas más amargas y más hondas que en los paroxismos del sacrificio hayan podido llorar nunca ojos humanos.

Y sin dormir, en mi desesperación, llorando y llorando esperé muchas horas.

Primero fue la llegada de tía Clara. Al oír a lo lejos el timbre de su voz que hablaba con Abuelita, corrí donde se hallaba. Ella, mirándome entrar, cortó sus comentarios y me reprochó:

—¡Pero qué conducta la tuya, María Eugenia! Me has dejado avergonzada. Ni me advertiste que te venías, ni te despediste de nadie, ni siquiera de Gabriel Olmedo a quien tantos favores debemos... Cuando regresó del cementerio y me preguntó por ti... francamente, no supe qué decirle. ¡Ni siquiera le diste las gracias, María Eugenia! ¡ni las gracias!

Y emprendiendo otra vez sus interrumpidos comentarios, tía Clara empezó a encomiar la conducta de Gabriel. Pero yo, en plena ansiedad mortal, con la propia voz de mi decaimiento, la interrogué muy débil:

—¿Y qué fue lo que te dijo, tía Clara?

Y como tía Clara sin atenderme siguiere en su letanía de elogios, yo entonces, con un grito desapacible e imperioso repetí muy exaltada:

—¡Que me digas lo que te dijo, tía Clara!

Ella, extrañada, me miró un instante sin contestar nada. Luego volvió a reprocharme así:

—¡Jesús, qué modo de hablar! ¡O son nervios o es muchísima malacrianza, pero qué modos, qué modos tienes!... Pues no dijo nada ¿qué iba a decir? Fui yo misma quien le comprendí en la cara lo muy sentido que estaba por tu desatención. Creo que debías llamarlo hoy o mañana para disculparte, y darle las gracias.

¡Ah! ¡las gracias! ¡las gracias!

Y de nuevo me volví a mi cuarto, y de nuevo, tendida en la cama, lloré por la espantosa miseria de mi deber cumplido. Pero mientras iba llorando, a través de mis lágrimas, llena de fe, esperaba... esperaba... ¡yo no sé lo que esperaba! Y como la fe perfecta es capaz de remover montañas, lo que esperaba llegó por fin milagrosamente muchas horas después, al caer de la tarde...

Al caer de la tarde, en la oscuridad de mi estancia, la puerta cerrada se entreabrió, y sobre un hilo de luz, la voz de María del Carmen vibró solemnemente como la voz de una pitonisa al anuncio de un prodigio:

—Señorita María Eugenia, acaba de llegar un sirviente que viene a darle un recado personal.

Al escuchar el anuncio, sacudí de un golpe todo mi sufrimiento, y ya, segura de mí y segura de lo que iba a acontecer, triunfante, atrevida, luminosa, me levanté gloriosamente de la cama lo mismo que se levantaría de entre los muertos un cuerpo resucitado. Y cuando un instante después, en la puerta de entrada, unas manos me tendieron un sobre sellado con lacre, mientras, una voz me decía:

—De parte de Don Gabriel Olmedo.

Me sentí deslumbrada por la luz que irradiaba yo misma, porque aquella carta sin abrir todavía ¡era esta propia carta que tengo aquí sobre mi mesa, bajo el cariño apasionado de mis manos!... ¡Sí! era esta carta adorada; esta

carta redentora; la que mis ojos habían esperado en vano durante más de dos años; la misma de San Nicolás; la misma de las patitas de mosca; la misma que un día, generosamente, en mi gran ilusión de amor, leí millares de veces a la fraternidad del campo entero; la misma hija pródiga e ingrata que pide ahora su limosna de perdón a la puerta indulgente de mi alma; la carta bienhechora, la tardía, la que llega por fin a la sed de mi espíritu, como las lluvias bienhechoras y tardías llegan sobre la sed de la tierra agrietada de esperar; la audaz conquistadora, la que me invitaba a seguirla cuando la vida había puesto montañas y abismos infranqueables en mi camino de amor; la carta sabia; la maestra misericordiosa que para salvar los abismos venía a enseñar a mi desvalimiento las sublimes delicias de volar por los aires; la carta que me ha coronado reina; la carta cuyos pliegos zigzagueados de negro y salpicados de luz son el grupo de alas triunfantes sobre las cuales volaré mañana, y volaré siempre, siempre, por sobre la impotencia rastrera de los preceptos humanos; la carta que abrí con un ramo de besos; la que leí con aquella guirnalda de besos que poco a poco mis ojos fueron tejiendo sobre el amor encendido de cada letra . . . ¡Sí! . . . ¡sí! aquel sobre dirigido a mí que al caer de la tarde junto a la puerta de entrada me tendieron ayer unas manos, era mi carta . . . mi carta . . . ¡mi carta redentora de Gabriel! . . . Ella me fulminó con su luz, me derrumbó sobre el camino de mis prejuicios convirtiéndome de golpe a su nueva religión, como el rayo fulminante de San Pablo sobre el camino de Damasco; ella me acogió dulcemente en su seno de amor; ella me evangelizó ya, y por eso ahora, como las jóvenes convertidas con el mismo traje blanco de bautizada y de neófita, me he desposado hoy solemnemente ante la pompa de esta naturaleza nocturna, Reina negra y enjoyada que reina majestuosamente sobre todos los misterios gozosos de mi nueva religión de amor . . .

¡Ahora, con mis pliegos de luz que son mis alas, junto a mi ventana abierta de par en par, sobre lo infinito, como las vírgenes egipcias en el templo de Isis ya también, en el templo de este silencio augusto, espero el clarear del amor en el clarear de la alborada! . . .

## CAPITULO VIII

### *La carta de Gabriel*

«MARÍA EUGENIA de mi alma:

Ayer, después del fallecimiento de Pancho, en el comedor de su casa, con aquel telegrama maldito entre tus manos, me aseguraste que durante la noche hablarías conmigo. Has faltado a tu palabra, María Eugenia. Te escondiste de mí, me cerraste tu puerta, junto a ella me hiciste pasar sin compasión las

horas más crueles de mi vida, y por fin, hoy en la mañana, te has aprovechado de mi ausencia, y dejándome burlado has querido alejarte para siempre de mí. Pero esta carta que es mi voz, cumpliendo mi palabra, te irá a buscar dondequiera que te escondas, y tú, en tu escondite, has de escucharla y atenderla, porque mi carta es el grito de la vida llamando a la vida, y siento que la esperas moribunda de ansiedad.

Al tratar de engañarme, María Eugenia mía, te has traicionado a ti misma. Me has dejado ver en lo mucho que te espanta, lo muchísimo que te atrae la inmensidad de nuestro amor prohibido. Ahora ya sé, que oculta como estás, sólo aguardas, pobrecita cobarde, a que pasen algunas horas, para dar muerte a nuestro amor, entregándolo tú misma, en las manos groseras de ese verdugo que llegará mañana. Pero no lo harás. Tú no puedes cometer esa iniquidad, María Eugenia. Creíste hacerla en un momento de cobardía, y en vista de tu gran debilidad, pero ahora, cuando leas esta carta y ella te diga cómo desde lejos, loco de amor, estoy cerca de tí, dispuesto a salvarte de esa ignominia horrible, no la cometerás, no, no es posible que puedas cometerla. Sé que después de oírme, te harás fuerte; sé que vencerás inmediatamente a tu verdugo visible, y sé que vencerás a todos esos verdugos espirituales e invisibles que se agitan terribles en ti misma. Sí, María Eugenia, juntos los venceremos a todos, porque eres mi aliada contra ellos, porque nuestro amor es fatalmente mucho más fuerte que ellos, y porque, unidos contra ellos, tú y yo somos la verdad, somos la vida, y somos el mundo corpóreo luchando contra sombras y quimeras.

Mi carta va a pedirte en nombre de tu vida, en nombre de la mía, y en el nombre sacrosanto del amor, que te vengas conmigo, mañana mismo. Te espero confiado y sin asomos de dudas. Siento que ahora vas a llegar por fin, y todo lo tengo ya minuciosamente dispuesto para un plan de felicidad y de eterna alegría, cuyos puntos de acuerdo y detalles materiales voy a explicarte después. Pero no vaciles al leer, no vaciles por Dios, aun cuando mis palabras te sonarán a impudor y a escándalo, no te detengas en ellas; mira que el tiempo nos apremia y que es el único enemigo verdadero que puede traicionarnos. Pero es inútil que te lo diga: ¡sí, no dudarás un segundo! no, no renunciarás a la gloria de vivir eternamente en pleno delirio de amor y de alegría, por la sensación pasajera que pueda despertar en tus oídos el sonido convencional de la palabra «escándalo». ¡No, no, es inútil que te recomiende nada! Y te digo que es inútil, porque mientras mi mano te escribe, mi corazón aquí, me está diciendo a gritos que tus ojos idolatrados, tus ojos llenos de fuego y de pasión, tus ojos míos que te han traicionado conmigo tantas veces, cuando pasen su luz por estas líneas, y vean en ellas cómo te espero anhelante y medio muerto de impaciencia, cuando tus ojos adorados y míos pasen por estas líneas, y al leerlas te digan que mi dignidad de hombre está dispuesta a defenderte, hasta con la última gota de mi sangre, encendida de amor, tú, que al igual de tus ojos, eres mil veces mía, no dudarás en venir corriendo hacia mí.

Pero... ¿y si dudarás? ... ¡No! no es posible que dudes todavía, cuando



ayer, sin saberlo tú misma, junto a la cama de Pancho moribundo le pediste desesperadamente a mi amor, el socorro de su fuerza contra tu debilidad. Recuerda que me lo pidieron tus labios, y recuerda que no me lo pidieron con palabras. Por aquella petición intensa de tu boca que fue la más rotunda de las afirmaciones, sé que eres mía. Por eso te llamo ahora, y a la vez que te imploro, te exijo imperiosamente que vengas. Es mi derecho de hombre el llamarte con imperio, María Eugenia, porque eres mi mujer, y porque si no vienes a mí, ya, inmediatamente, mañana mismo, te alcanzará por fin la ignominia de ese matrimonio que te asedia; caerás para siempre en las garras de esa especie de prostitución lenta, y resignada, que a ti te pone a llorar de impotencia, y que a mí me subleva en todas las fibras sensibles de mi cuerpo.

Tú no puedes ser de ese hombre, María Eugenia, porque eres mía, y eres mía porque sí. Me perteneces por ley natural; me perteneces por esta misma razón sencilla, misteriosa e indiscutible por la cual a mi cuerpo vivo le pertenece mi vida. Tú y yo estamos unidos y somos el uno del otro porque así lo ha dispuesto la naturaleza al concedernos el privilegio rarísimo de la unión en el verdadero amor. Es el más sagrado y respetable de cuantos privilegios y tesoros otorga. Acuérdate, María Eugenia, que lo tuvimos una vez al alcance de nuestras manos, y yo lo profané al descuidarlo por ocuparme de pequeños y viles intereses. Hoy que lo lloro con lágrimas de sangre, con lágrimas de sangre te pido que no lo profanes tú otra vez e irremisiblemente. No reniegues de él por cobardía, María Eugenia, no, no, ¡no lo reniegues! Piensa que te redime y te salva de una innoble esclavitud, y piensa que además de salvarte es el don inapreciable y divino que como a hijos preferidos nos ha regalado la Naturaleza, la única que tiene el santo poder de distribuir el amor como distribuye la vida y distribuye la muerte.

Es pues en nombre de un derecho sagrado como te llamo y te espero. Nuestra próxima unión, bendecida tan sólo por la voluntad suprema de la Naturaleza, a pesar de la reprobación unánime de la sociedad, y a pesar de la indignación de nuestros allegados, será la unión legítima y buena, mientras que ese matrimonio tuyo, no es más que una prostitución vitalicia, que reconocida por las leyes y acatada por todos, a ciegas e inconscientemente, al igual de otras muchas mujeres que nos rodean, vas también a contraer muy pronto, si no te defiendo y te amparo con mi amor. Pero mi amor que es inmenso te ampara y te defiende, cueste lo que costare, puesto que es el único que tiene legítimos derechos sobre ti.

En primer lugar, para tranquilidad tuya debo declararte que yo, moralmente, me encuentro libre y desligado por completo de este matrimonio mío, que como sabes muy bien, hoy en día no es más que una apariencia social, una especie de comedia absurda, sostenida a costa de mi felicidad, y tras de la cual se agita diariamente el drama odioso e inmoral de las uniones desavenidas. Así, pues, en lo que me concierne tengo plenos derechos de disponer de mi vida según se me antoja. En cuanto a tu caso, que conozco como el mío, esos derechos son aún mucho más legítimos y muchísimo mayores.

María Eugenia, en mi locura por ti, hace tiempo que yo, con Pancho primero, y luego, más tarde, con Gregoria la vieja lavandera de tu casa, he inquirido toda clase de datos acerca de tu vida trisite, acerca del proceso de tu noviazgo, y acerca de tu novio, ese hombre vulgar y grotesco, a quien no quieres, y a quien aborrezco de muerte. Pues bien, porque personalmente conozco a Leal, porque lo conozco también gracias a los informes y datos recogidos, y porque a ti aunque tú no lo creas, te conozco hasta en los más mínimos detalles de tu temperamento exaltado y amoroso, sé que en tu sed por la vida, has llamado amor toda esa serie de ansias, latentes y reprimidas en plena juventud. Con ellas, en tu imaginación, más viva para ti que todas las realidades, te has creado un sentimiento imaginario, y a pesar de la evidencia de ese Leal vulgarísimo, tú, idealista y vehemente como eres, lo has querido en nombre de tus anhelos, y lo has querido, sobre todo, en nombre del que quisieras querer. Pero como semejantes condiciones y semejantes sentimientos no existieron jamás sino en tu fantasía, si consumaras ese matrimonio, cuando te despertaras y volvieras a la conciencia real de las cosas, comprenderías el engaño y el horror de una vida miserable y sin remedio. Piensa en lo que sería esa eterna tragedia secreta de tu fidelidad, tu resignación, tu respeto y tu obediencia, aparentando amor, y ocultando siempre, siempre, en acciones y en palabras, tu aversión y tu desprecio por ese amo déspota, que te lo impondría todo, desde sus convicciones y su personalidad grotesca que pasaría a ser la misma tuya, hasta la propia vida idolatrada de tus hijos, en donde verías copiadas sus facciones, su carácter, y quizás aquellos mismos rasgos que en tu silencio y en tu resignación odiarás más vivamente.

No invoques a tu familia, ni invoques el escrúpulo de deshonar, con nuestro amor, ese hogar donde vives, que no es en realidad el tuyo, y que por ruinoso y por viejo va a extinguirse muy pronto, después de haber sido la causa de nuestra desdicha, y el cómplice del matrimonio ignominioso que te persigue y te amenaza inminente. Ese hogar no puede imponerte sus principios, porque no tiene derechos morales para hacerlo. Al despojarte Eduardo Aguirre te amarró con esas mil cadenas morales y materiales de la dependencia absoluta. Tú, en semejante situación, como toda mujer desvalida y bonita, no has tenido otro camino que el de tratar de vender la belleza de tu cuerpo. Ibas a venderla para siempre a un solo hombre, e ibas a venderla con aprobación de las leyes, de la Iglesia, de la sociedad y de tu familia, como si esas circunstancias de sumisión eterna y de aprobación general no hicieran la venta mil veces más odiosa que las que se hacen clandestinamente, sin garantías legales ni aprobaciones religiosas. Pero, honrada y pura e inconsciente de ti misma como eres, habías llamado amor al conjunto de intereses y necesidades vitales que te impulsaban a esa venta, que a mí me subleva y que no dejaré efectuar de ningún modo. Si, óyelo bien: por paradójico que parezca, tengo hoy el derecho de defenderte contra tu familia, con tanta mayor razón cuanto sé perfectamente, que fueron unos y otros quie-

nes, por su exagerada intransigencia, te alejaron de la casa de Mercedes, te aislaron en aquella hacienda, y por maldad, o por envidia, o no sé por qué, cortaron todo género de comunicaciones entre tú y yo. Ellos, aun los que te quieren de veras, como tu Abuelita y tu tía Clara, te quieren ante la sociedad y dentro de ideas y puntos de vista que ni tú ni yo compartimos. Por eso no ven la repulsiva iniquidad de ese matrimonio, donde vas a ciegas sin inclinación ninguna, empujada tan sólo por circunstancias; y sin embargo, verán con horror mañana la felicidad inmensa de nuestra unión, sólo porque se halla en pugna con su respeto a los preceptos sociales. Quieren apasionadamente el buen nombre de tu apariencia exterior y desdeñan por completo el bienestar íntimo de tu persona. ¿Cómo, pues, cuando se trata de organizar tu vida entera, esta vida, la verdadera, la real, la inmediata, la única en que crees y para la cual has nacido, cómo es posible que te detengas a tomar en cuenta un criterio tan absurdo para quien lo mira desde el punto de vista en que lo miramos tú y yo?

Comprendo, María Eugenia mía, porque te conozco muy bien, comprendo que más fuerte que todos estos argumentos, está la razón, sin razón, del cariño y de la compasión. Sé que al pensar en la dicha de nuestro amor triunfante, pensarás atribulada en el dolor que tu vida feliz va a infligir a tu Abuelita, ya al fin de sus días y en las puertas mismas de la tumba. Respeto esa compasión de tu alma delicada, y te quiero más por ella y te quiero mucho más con ella. Pero, que semejante compasión no te domine hasta el punto de sacrificarle el bienestar de tu vida entera, puesto que entonces cometerías un crimen contra ti misma. El amor, que es el patrimonio de la juventud, y la fuente sagrada de la vida futura, se impone por encima de todos los demás afectos, porque así lo ha querido la Naturaleza, que es cruel y es inexorable contra todo lo viejo y lo caduco. No puedes sacrificar a esos dos meses de vida que le restan a tu Abuelita, los muchos años de felicidad y de alegría que yo voy a darte. Lloro filialmente su abandono, llora su dolor, llora su muerte, pero llorosa y compasiva, y buena, como los espíritus fuertes, vence a la compasión con el deber, y vente conmigo, que yo, porque soy el verdadero amor, soy el supremo deber de tu vida joven y triunfante.

Y ahora, para que tus oídos no se escandalicen de las palabras que pudieran pronunciar tus labios, lee, lee, intensamente, y en silencio, con sólo la luz adorada de tus ojos, lo que voy a dictar a tu conducta a fin de llevar a efecto, los dos juntos y de acuerdo, el más adorable y delicioso de los ensueños de amor. Oyeme, y obedéceme y sígueme bien en todo cuanto voy a decirte, vida de mi vida, que yo, en pago de esas horas de obediencia, juro llevarte conmigo a las cumbres más altas a donde pueda subir la dicha sobre la tierra, y juro también que en ellas, sumiso, y rendido, y loco de amor, he de estar siempre a tus pies como un esclavo.

Quando hayas leído mi carta, novia mía, y te hayas decidido a venir por este camino de flores que te trazo y te siembro, recógete en silencio, a solas con mi carta, y no hables ni veas a nadie. En estos pliegos te envío toda la

fuerza de mi espíritu, y sé que ha de sostenerte e impulsarte si lo guardas cuidadosamente, dentro de ti misma. Mi carta llegará a tus manos hoy al anochecer. Siento que la esperas, siento que la leerás con ansia, y siento que al acabar su lectura serás irremisiblemente mía. Por eso te pido que terminando de leerla te aísles en tu habitación. Si no has comido todavía, llama a una de las personas del servicio, hazte llevar la comida a tu cuarto, y advierte que vas a dormir, y que en vista de tu cansancio, y de tus largos desvelos, exiges que no se te despierte mañana durante las primeras horas del día. Gracias a estas precauciones muy verosímiles, nadie podrá notar tu ausencia, sino cuando estemos libres de todo alcance. Porque mañana, muy temprano, desde las cinco en punto de la mañana, te aguardaré en un automóvil que estará detenido hacia la esquina oeste de tu casa. Para esta empresa en la cual vamos a adquirir la felicidad de nuestra vida entera, sólo necesitas hacer un acto de valor moral, y es decidirte a caminar con mucho sigilo, esos pasos que separan tu casa de la esquina donde te aguardaré consumido de impaciencia. Pero una vez que hayas llegado junto a mí, nada tienes que temer, ni que pensar, ni que hacer, porque siendo tan mía como eres, me encargaré de protegerte contra todos tus enemigos visibles e invisibles. Por de pronto, quiero defenderte de ellos por los medios más eficaces y seguros, que son el aislamiento y la fuga. A las doce del día, saldrá de La Guaira un vapor que ya está anclado en el puerto, y que va directo a Colón y Nueva York. Nosotros, ocultándonos discretamente, como dos recién casados, al zarpar el vapor estaremos a bordo. Tengo ya tomados los pasajes, tengo el permiso de embarco, y si no vacilas esta noche, como no vacilarás, dentro de cinco o seis días, libres de las cadenas del ambiente, en plena libertad y en pleno amor, como verdaderos hijos de la naturaleza que será en adelante nuestra madre y nuestra diosa, dentro de su culto, para querernos tendremos por hogar el mundo entero.

¡Y qué gloria entonces, María Eugenia!...

...Primero vendrá mañana, y con el amanecer el momento victorioso de la fuga. Trémula de espanto y de emoción llegarás cerca de mí, y yo, al mirarte por fin, pálida y mía, loco de agradecimiento, ahuyentaré tu miedo al acogerte en mis brazos, y así, juntos y ansiosos, mientras nos alejamos a todo correr, como dos amantes de leyenda, extenderé poco a poco, sobre tus divinos ojos el calmante de mis más suaves besos, hasta que triunfantes mis brazos y mi boca, cambien por fin el estremecimiento de tu miedo por el dulce estremecimiento, que hace temblar de amor a las novias, en el primer momento de su viaje de bodas...

Después, divina y linda mía, vendrá el viaje largo, y será la navegación, y será la amplitud del cielo y la amplitud del mar... ¡Piensa!... Tendremos noches clarísimas de Luna llena. Tú, que durante el día te ocultarás tal vez temerosa de los pasajeros, que conozcan y comenten nuestro idilio, al llegar la noche, silenciosa y pegada junto a mí, como si fueras mi blanca sombra de luna, apoyándote en mi brazo, subirás conmigo al más elevado puente

del barco... Allí, muy juntos y enteramente solos, mirándonos en los ojos, y besándonos en la boca, nos bañaremos en la serenidad de la naturaleza sideral, y alabaremos y bendeciremos en nuestros besos a la majestad blanca de la Luna, nuestra pálida, y simbólica y dulcísima luna de miel... si entonces, lloraras aún de miedo, y lloraras de compasión, al evocar lo que estará pasando en tu casa abandonada y vieja de Caracas, yo, apoyado en la barandilla del puente, con tu preciosa cabecita rubia, desmayada en mi hombro, te mostraré a lo lejos la blanca estela que vaya dejando el buque, sobre las aguas rieladas de luna y te consolaré diciendo: «También nosotros, linda mía, al igual del buque, somos la vida que avanza valientemente. Mira, fíjate cómo camina, y camina sin temor a lo que viene, y sin detenerse nunca a contemplar esa blanquísima herida honda de las aguas, que sólo es espuma que al fin se cicatriza, y se deshace, y se diluye, y se desvanece, mientras que él: mírale, poderoso y tranquilo, sin conocer el temor ni la compasión del mar, avanza y avanza, triunfalmente a su destino...». Y cuando, perdida la mirada en lontananza, me respondas entre lágrimas: «¡Es cierto!» te querré mil veces más, por el dolor de esa herida que en nuestra marcha, habremos dejado abierta y lejana, sobre tu casa vieja de Caracas.

Después vendrá la llegada, y con la llegada el remanso del amor, en los idilios hondos y serenos... Piensa... ¡piensa!... Como todos los enamorados, iremos a tejer nuestro primer nido, bajo algún alero o a la sombra de algún árbol, en esa primavera de París siempre rosada y florecida. Pero si en la inmovilidad del nido sintieras aún el aguijón del remordimiento y sintieras la nostalgia atávica por las vidas regulares y burguesas, yo al punto, celoso de demostrar la legitimidad de nuestro amor, te llevaré en apostólica peregrinación de fe, por el mundo entero. Iluminados los dos con la luz vivísima de nuestra pasión, leeremos juntos en ese libro verdadero de la historia humana, que yace abierto y extendido por sobre todos los caminos del mundo. En ese libro verás la gran diversidad de preceptos sociales, y verás la múltiple variedad de leyes religiosas, que a través de siglos y razas, han luchado, siempre en vano, por encauzar el torrente desbordado de la vida, cuando la vida se rebosa y se derrama, y se impone, en amores tan altos y omnipotentes como el nuestro.

A ese glorioso peregrinar fecundo, del cual has de volver enteramente convencida y convertida a la santidad de nuestro amor, como equipaje de viajeros, con nosotros, llevaremos siempre a todas partes nuestro idilio.

Piensa... antes de salir nos vestiremos las almas con el sencillo espíritu del arte, y así, peregrinos iguales, nos iremos a buscar secretos de belleza por todos los rincones de olvido y de penumbra, en donde duerme todavía su sueño la visa pasada... ¡Y qué delicia, y qué alegría, el ir descubriendo siempre bajo el polvo este mismo conflicto de nuestro amor prohibido, eternamente atormentado, y eternamente triunfante!

¡Piensa!...

Al emprender nuestro largo viaje de absolución y de fe, como buenos hijos

consecuentes, antes que nada, iremos a saludar al alma adusta de la raza... Emigraremos de nuestro nido de París, atravesaremos los Pirineos, e iremos a saludarla filialmente, en el Escorial, en Toledo, en Salamanca, en Burgos, en Granada, en Córdoba, en Sevilla... Allá, silenciosamente, la escucharemos hablar por las callejuelas tortuosas y sombrías, en donde los balcones florecidos de macetas cuentan viejas historias de amor perseguidas cruelmente, con odios de religión o de raza, y glorificadas siempre, siempre, con blancura de sonrisas, y murmullo de besos, y rasgueos de guitarras, y coplas, y escalas de seda, y cuchilladas nocturnas, y Cristos alumbrados, y procesiones, y autos de fe... Luego, cuando hayas visto bien ese triunfar pintoresco del amor, eternizado en rasgos y en vestigios de razas, que a pesar de todas las prohibiciones, y de todos los fanatismos, se fundieron por fin, victoriosamente, al calor de ese mismo fuego que nos incendia a nosotros, luego, cuando lo hayamos comprobado bien, con la fe de nuestro amor más prendida que nunca en los ojos y en los labios, saldremos de España, y navegando por el Mediterráneo, iremos a perdernos bajo los boscajes apacibles, allá, en las islas verdes y templadas, donde anidan en invierno las golondrinas y los románticos enfermos del pecho... Después, navegando de nuevo por el viejo mar latino, abordaremos en las playas de Nápoles, y serán entonces las dulcísimas suavidades de Italia...

¡Piensa!... Como dos aves de paso, enamoradas del ambiente, detendremos quizá el vuelo, tras algún recodo de la bahía, en una casita que blanqueará cándidamente entre rosales y limoneros...

Después, al fin, por el Adriático, camino del sur, emprendemos la verdadera peregrinación, de fe, hacia allá, hacia el Oriente, hacia las tierras de origen, hacia las que vieron nacer y vieron pasar, la vida primitiva de otros tiempos... será Atenas, y Constantinopla, y Bagdad, y Alejandría, y Jerusalén, y todas las visiones hondas y fuertes de los esplendores ya idos... Piensa en el encanto de nuestro idilio, navegando sobre lagos y ríos, bordeados por vestigios de ciudades ya muertas, en la unidad de nuestras dos siluetas, por la desolación del desierto, a lomo de camello, bajo la melancolía solitaria de las palmeras y las pirámides, y las ciudades pardas, y toda, toda, la grandeza sagrada del Oriente tramada por viejas razas de venerables religiones y venerables prejuicios!... Y será por fin, allá, divina mía, bajo los ardores ascéticos del Asia, cansada ya de caminar el mundo, con el oasis de nuestro amor siempre fresco y siempre verde, donde me dirás: «Ahora ya creo, Gabriel, ahora ya creo!»... Y yo, loco por la locura de poseer toda tu alma volveré contigo, mi tesoro, y mi vida, a embriagarme de felicidad, y a ser intensamente juventud, y a ser amor, y a ser perenne alegría, en nuestro nido adorado de París... Entonces, allí, en plena vida brillante: ¡qué orgullo, y qué gloria será para mis ojos el contemplarte a todas horas, mi preciosa muñeca, flor de raza, moldeada por virtud del ambiente en una exquisita parisiense, llena de lujo, y de elegancia, y de refinado exotismo, y de

gentileza mundana, y de fe... ¡sí! de fe mística, convencida y exaltada hacia la divinidad santísima de nuestro amor!...

Este es el programa de felicidad que pongo entre tus manos, novia mía. Ahora puedes variarlo a tu antojo y entretejerlo con todos los caprichos de tu imaginación, porque al quererte mía, te quiero bien caprichosa, para hacerte pagar luego los caprichos con dinales de amor y de besos.

Hasta mañana te digo, que hablándote de luz se me está viniendo encima la oscuridad de esta noche, que es la noche de nuestras bodas. Acuérdate que te espero desde ahora, y que al amanecer, en la cita, sediento y de rodillas, te aguardaré desesperado, como a la única salvación posible de mi alma que se muere por ti.

Ven, pues, compasiva de ti misma, a salvar tu existencia, saciando al mismo tiempo, esta sed que me ahoga, y cuando hayas llegado, fuente viva, manda y tiraniza, y reina en nuestro reino de amor, que así, diosa, reina y tirana suya te quiere adorar siempre tu

Gabriel».

## CAPITULO IX

### *El lunes siguiente al caer de la tarde*

DESPUÉS DE UN larguísimo sueño, hondo y oscuro, que ha durado casi veinticuatro horas, acabo de abrir los ojos a la luz tristísima de esta tarde horrible, que tras de mi ventana ya se mezcla con la noche.

Bajo la luz mortecina que se apaga, vengo a escribir hoy la última página de mi vida espiritual, y vengo a guardar aquí, en esta blanca hoja tendida y en espera sobre mi escritorio confidente, el adiós que entre las manos me legó mi alma al expirar.

Porque del largo sueño hondo y oscuro del cual me he despertado hace un instante, ha vuelto únicamente mi cuerpo. Mi alma que al dormirse estaba herida de muerte, se ha quedado en el sueño para siempre inmóvil y tranquila... ¿Por qué estos ojos, ventanas vivas de mi espíritu, no se quedaron también cerrados eternamente, sobre el sueño apacible de la pobre mártir?... ¿A qué seguir alumbrando ya esta carne dolorosa, relicario errante, condenado a caminar sin rumbo, con un cadáver tendido, en perpetua oblación de sacrificio?

¡Ah conformidad callada de los que viven con el alma muerta! ¡Ah silencio de los resignados, que en la gran caravana caminamos, y caminamos, con la carga de misterios en los hombros, sin jamás preguntar: ¿hasta cuándo?... ¿hasta dónde?... ¿para qué?... La Vida, capitana cruel y sanguinaria de la gran caravana, nos fustiga con su látigo de horas, para que le

llevemos la carga durante un pedazo del camino, y se la dejemos en el punto en que ella quiera decir: ¡aquí!

¿Por qué, por qué, Vida, capitana cruel, acabas de despertarme de mi sueño, y a la luz mortecina de esta horrible tarde triste, con mi carga de misterios en los hombros, y mi helado cadáver sacrificado a cuestras, frente a mi escritorio confidente, comienzas a fustigarme ya, chasqueando el azote de tus horas y gritándome implacable: Sigue, sigue...?

¿Seguir?... ¡seguir!... ¡Ah! ¡la Vida!... ¡el Destino!... ¡la Muerte!... ¿qué sé yo de mí misma, ni qué sabe nadie de nada...? ¡A andar, sí, a andar, a andar, dócilmente en la caravana, como lo quiera la Vida, a quedarnos algún día inmóviles y helados junto al borde del camino, y eso es todo, triste cuerpo caminante; eso es todo, ojos recién abiertos a la luz mortecina de esta tarde, pobres ojos soñadores, que en una noche estrellada, mirasteis lucir a lo lejos la fascinación del espejismo. ¡No! la claridad gloriosa era mentira, pobres ojos engañados a lo lejos, por toda la ruta larga, no tenemos sino arena, y sobre la arena andar, andar, andar, mientras nos fustigue la negra capitana sanguinaria!...

¡Ah divina fascinación de mi espejismo de hace dos noches, aquí junto a este mismo escritorio, frente a esta misma ventana abierta bajo el cielo infinito!... ¡Ah bendita noche de hace dos noches, ...Noche del Sábado, noche fantástica de aquellarres y encantamientos, que me vestiste de esplendores, y al igual de una lírica Cenicienta, me hiciste reinar por unas horas en el baile del Príncipe de mis sueños!... ¡Cómo te has ido desvaneciendo en tu carro de estrellas, noche gloriosa!... ¡Qué lejos, qué lejos, miro ya esfumarse tus mil lucecitas, luciérnagas de amor, lámparas místicas, legión titilante y altísima, que como un cielo imposible, brillará siempre, sobre la oscuridad profunda de mi resignación y mis cadenas!...

¿Te acuerdas, mesa mía, escritorio blanco y confidente? Aquí, apoyada de codos sobre tu pulida blancura, con su carta milagrosa entre las manos, leí cien y cien veces, las fecundas delicias ignoradas, que al deslumbrarme de amor los dos ojos, entonaron al punto aquel concierto de hosanas y de glorias, en el asombro de mi alma?... ¿Te acuerdas, tú, ventana abierta?... Aquí también frente a tus cruces redentoras, con las manos piadosamente enlazadas, celebré mis blancos desposorios, y fue por la misericordia de tus barrotes, por donde la Luna y las Estrellas, me regalaron y me vistieron con riqueza de armiño y de plata... Hoy, junto a vosotras, mesa confidente y ventana abierta, vuelvo, humilde Cenicienta desencantada, a llorar por última vez la miseria de mis andrajos, y la desnudez eterna de mi pie, que no ha de hallar jamás su borceguí perdido.

Y si vengo a llorar aquí, y si vengo a escribir aquí, junto a vosotras esta despedida que me legó mi alma al expirar, es en recuerdo de que también fue aquí donde escribí tantas páginas oscuras de mi pobre vida, aquí donde celebré mis bodas de amor en la Noche del Sábado; aquí donde me sentí crecer mis efímeras alas de mariposa; aquí también donde, por fin, en la misma No-



che del Sábado, luego de leer, y de cantar, y de escribir para engañar la impaciencia de la velada, al oír cómo allá a lo lejos, el reloj de la Catedral sonaba ya las horas largas de la madrugada, me detuve en mi vertiginosa carrera espiritual, sonreí triunfalmente, me dije a mí misma con solemnidad de ceremonia: «¡Ya es tiempo!». . . y me puse de pie.

Recuerdo que en aquel momento agosto, para beber fortaleza en lo infinito, y para hacer mayor intimidad con el alma de la Luna y las Estrellas, apagando esa luz, te hice callar a ti, frívola muñeca-lamparilla, que esponjas tu frivolidad sobre mi mesa. . . Y en efecto, apagada la luz, mi cuarto silencioso de objetos materiales se me llenó todo entero de espíritu de luna y espíritu de estrellas. Entonces, de pie, junto a la reja, mirando a las alturas, me quedé un largo rato muy quieta, y como iba toda vestida de blanco, y como por dentro iba también llena de tanta blancura de dicha, en el cuarto silencioso, aquella alma sideral que me envolvía, se unió tanto, tanto, tanto, conmigo, que por un momento, inmóvil y clara, mi silueta y mi alma clara, fueron una sola claridad fundida en claridad de luna, que del suelo a la altura, se sintió vagar imprecisa en un viaje celeste y lejano. . .

Volviendo de la Luna, dominada todavía por el misterio de la influencia astral, me di a considerar la carta de Gabriel, que suelta en hojas abiertas o medio dobladas sobre el escritorio, a la luz indecisa, me fingía en sus actitudes una bandada ideal de palomas mensajeras. . . Con los mismos ojos ultraterrenos con que había mirado el cielo, miré un instante sobre la mesa, el desorden palpitante de las hojas. . . ¡y cómo de pronto viéndolas así, tan aleteantes y tan vivas, tuve aquel miedo pueril de que se me fuesen volando por la ventana abierta! . . . ¡y cómo para evitar que se marchasen, volví bruscamente de mi contemplación, las reuní todas muy de prisa, las aprisioné juntas en el nidal del sobre, y así, unidas y presas, las abrigué por fin maternalmente, bajo las dos alas tibias de mi seno! . . .

Y ya rota la contemplación, en plena vida activa, fue el sobre con la carta recogida, el primer viático que preparé y dispuse para mi viaje de amor.

Después siempre de pie, cerca de la ventana, al ordenar mentalmente la partida, resolví antes que nada arreglarme y vestirme con mucha minuciosidad, y me dije que era menester empezar por las manos. Para mejor considerarlas, levanté juntos hacia la luz mis brazos desnudos y a distancia, en plena claridad fantástica, me vi las dos manos tan frágiles y cansadas, que sentí por ellas una especie de suave compasión, y muy agradecida, mientras las observaba abiertas bajo la Luna, les dije en pensamiento no sé muy bien qué frases de elogio y de gratitud, por aquella noche lejana, en que contando y contando sobre el ritmo de las frases, pobres líricas trabajadoras, escribieron un soneto.

Y alegre como en mis ratos de gran entusiasmo, por sentirme bien vestida y bien bonita, corrí a mi tocador, tomé mi *nécessaire* de nácar, me senté de un brinco sobre el alféizar de la ventana abierta, apoyé mi cabeza y casi tendida, sin dejar de ver el cielo a pedazos y a ratos, muy activa y muy de

prisa, comencé a arreglarme y a limarme y a pulirme las uñas, y las estuve puliendo, y puliendo, hasta que la luna se reflejó bien brillante, sobre los diez apiñados espejillos de rosa... Recuerdo que la temperatura fría de la hora, entraba por la ventana, y me recorría todo el cuerpo, en un delicioso estremecimiento raro. Gracias a ello, la actividad alegre de mis movimientos iba aumentando más y más... Al batir tan de prisa el *polissoir*, los dijes colgados a mi pulsera, chocaban entre sí, muy cerca de mis oídos desvelados, y era aquel argentino tintineo, tan agudo, tan agudo, que en la paz absoluta de la madrugada, herida de tiempo en tiempo por el cantar lejano de un gallo vigilante, el cantar seguido y cercano de los dijes junto a mis oídos, parecía la voz de una campanilla pascual que me animara diciendo: «¡Aleluya, aleluya, que va a nacer el amor!...».

Y por fin cuando las manos estuvieron listas, me bajé de la ventana.

Muy alegre, con la alegría fresca de las partidas mañaneras presintiendo ya el rumor claro del agua sobre las piedras, y el correr serpenteado del camino, y los árboles pasando y pasando a toda prisa y el vértigo delicioso de los barrancos hondísimos, y el blanco titilar del rocío bajo los primeros rayos del sol, y el misterio... ¡sí!... el gran misterio divino de Gabriel cerca de mí, en el cuarto semi-oscuro y silencioso, en donde por un sabio presentimiento, yo no quería claridades de luz artificial, me desnudé de un todo, y minuciosamente, casi a tientas y a ciegas, en espera siempre del amanecer, comencé a lavarme, a perfumarme y a vestirme de nuevo, con mil refinamientos y coqueterías. Para irme bien clara y vaporosa, como se van las novias cuando salen de la iglesia del brazo de su novio, me puse mi vestido blanco de organdí que no había estrenado todavía. Con mi traje esponjado que me hacía tan fina en su anchura flotante de niebla, me asomé al espejo, y el espejo animado solamente con luz de luna y de estrellas, me retrató indecisa y transparente como si fuera la visión de algún poema. Orgullosa y feliz de mi idealismo, por mirarme vagar, al igual de las sombras fantásticas me di a moverme y a caminar por todo el cuarto, imitando a veces, puesta de puntillas con los brazos en alto, las actitudes blancas y vaporosas que toman las bailarinas clásicas, y movía a derecha, o a izquierda, para mejor contemplarme en distintos efectos de media luz, esta hoja alargada de mi armario de luna... Y alegre, y encantada en la visión de mí misma, por el cuarto misterioso, iba y venía... Pero de pronto, no sé por qué, el martilleo sonoro de mis tacones al andar sobre el entablado, me pareció que era algo material que me perseguía, y por el miedo consciente de ir a tener miedo, me quité a toda prisa los zapatos, me puse otros de gamuza blanca, con tacones de goma, que no se oyen al andar...

Y sin ruido de pisadas volví a moverme un instante frente al espejo...

Pero ya, la garra del miedo me tenía cogida.

Y digo que me tenía cogida, porque ahora, viéndome ir y venir dentro del marco del espejo, así blanca y enteramente inmaterial, me impresionó tantísimo mi propia inmaterialidad que sentí una especie de frío agudo, que

poco a poco se fue apoderando de todo mi cuerpo... y sin humor de levantar los brazos, ni ponerme de puntillas, ni caminar un paso más, inmóvil y entumecida frente a mi propia imagen paralizada, recordé muy netamente, con fe vibrante de magnetismo, todas las sugestivas creencias espiritistas: aquellas historias de muertos que vienen a advertir a los vivos... aquel principio de las almas torturadas vagando siempre cercanas e invisibles junto a nosotros... aquel implorar desesperado que nos hacen los recién muertos, desde los horribles suplicios del purgatorio... y pensando, pensando, todo esto con los ojos muy abiertos, y muy fijos en el espejo, me pareció de repente que allá, en los contornos caprichosos que hacía una de mis mangas de organdí, se dibujaba la trágica cabeza helada de tío Pancho, acostada y dura bajo su pañuelo blanco, tal cual la había visto durante muchas horas dos días atrás. Ante la alucinación, como si algún insecto horrible me subiera por la manga, con mucho susto me sacudí vivamente todo el brazo, me aparté del espejo, y temblorosa, llena de remordimientos, me dije entonces, que aquel miedo incomprensible, debía ser un castigo a mi alegría egoísta, a mi absoluta indiferencia, y a mi falta de luto...

Y por aplacar el alma ofendida de tío Pancho que tal vez vagaba invisible junto a mí, con las manos trémulas, busqué a tientas mi largo abrigo de terciopelo negro, busqué mi sombrero flojo de terciopelo negro, y me lo puse a toda prisa diciendo:

—Así no tendrá nada que objetar: ¡ya estoy de luto!

Pero como al abrocharme el abrigo tuve mucho más cerca el delicioso contacto de la carta escondida en mi seno, volví a sentirme fuerte, volví a evocar el regocijo que iba a ser mi llegada en la espera anhelante de Gabriel, y reaccionando del miedo añadí sonreída:

—...y así también, enlutada y misteriosa, sobre mi blanco vestido de novia, estaré, en apariencia, como conviene estarlo, cuando se acude a las citas del amor «prohibido» que dice Gabriel...

Y para más acentuar el misterio me subí el cuello del abrigo, me bajé el ala del sombrero, y pensando trémula, en los ojos que iban a verme así dentro de algunos momentos, quise verme yo misma, y volví a asomarme al espejo.

Pero como ya la Luna se había nublado casi enteramente, y como aún no había esperanzas de sol, allá, sobre la blanca lámina, sólo pude ver que mi silueta negra, se fundía de un todo en la negrura del ambiente... Y de nuevo, sin que supiera la causa, volvió a estremecerme de pies a cabeza aquel mismo frío supersticioso e intenso...

¡Ah! ¡ese frío intenso del miedo, sobre los cuerpos exhaustos por el desvelo, y la visión horrible de la muerte! ¡Cómo paraliza nuestros movimientos en la obscuridad, cómo se alía con ella, y como nos hace anhelar la luz, disipadora de conjuros, y de influencias extrañas!...

Frente al espejo, vestida de negro, perdida casi mi silueta entre las sombras, volví a sentir la racha helada y esta vez, fue creciendo tantísimo sobre

mi cuerpo inmóvil, que, por fin, desesperando ya de que el sol se decidiese a salir, en un brusco movimiento irreflexivo, me decidí yo por él, y a tropezones, muy de prisa, con pasos acelerados e inciertos, llegué hasta la cabecera de la cama, le di la vuelta a la llave eléctrica, y se encendió la luz grande que desde el techo alumbra con mucha claridad todo este cuarto. Una vez encendida la lámpara, se disipó mi espanto, pero al momento comprendí que ahora, bajo la luz artificial, una nueva influencia muy definida, y mucho más terrible que el miedo, me estaba agarrando con inmensa fuerza de atracción. No obstante, sin atenderla, para zafarme de ella con ruido de palabras, me dije en alta voz que era menester arreglar un pequeño avío de viaje, con los objetos más indispensables de mi uso. Y trajinando a izquierda y a derecha, por todo el cuarto, nombrándolos uno a uno mientras los buscaba, comencé a reunirlos en montón sobre la cama...

Pero los objetos familiares, vistos a plena luz, en los momentos de crisis aguda, tienen una alma viva que nos habla, nos hace señas, se agita bajo el contacto de las manos, y a veces hasta nos muerde, y nos araña los dedos al ir a cogerlos... ¡Sí!... el cepillo de dientes, con su perfume de dentífrico medio desvaído, es una voz lejana que llama y aconseja... la polvera cerrada con la mota que se mueve dentro como una presa, es una conciencia muy delicada que formula en voz baja su protesta... el peine que se agarra con los dientes a cualquier cosa deseoso de no marcharse... los alfileres que se cuelan por los intersticios del alfilerero para pinchar los dedos que van a buscarlos... el dedal con sus mil ojillos de espía, que se abren espantados recordando los ratos de costura en común... el cepillo de la cabeza que eriza sus púas agresivas siempre en acecho como las púas infinitas del remordimiento... el frasco del agua de colonia con su tapa de plata atornillada y fría... ¡ah! ¡el metal frío de los frascos bajo la presión de las manos en el momento de la fuga!... ¡cómo protesta también, y cómo habla a gritos del frío de los puñales, y del frío de los revólveres, y de ese otro frío lejano y horrible, de la enfermedad y la miseria bajo el frío mortal del abandono!...

Pero siempre decidida y tenaz, a todo correr, sin atender a la voz importuna de las cosas, seguía acumulando mis enseres de viaje sobre la cama, aún tendida e intacta, por la noche de vela. Cuando todos los objetos estuvieron ya listos, incapaz de concentrar el pensamiento para una revisión mental de lo que podría faltarme, me quedé un instante inmóvil, pasé revista con la mirada sobre los muebles, y volví a murmurar en alta voz para darme energía:

—Eso es todo. Ahora hay que añadir algo de ropa... sí... ¡de mi *trousseau*!

Por un segundo, disipado todo otro sentimiento, sonreí de placer evocando el delicioso efecto que hacían en mi cuerpo las combinaciones de seda rosa al transparentarse suavísimas sobre la seda blanca y mate de mi piel... Y después de evocarme a mí misma en aquel último segundo glorioso de alegría, me dirigí al armario a fin de elegir la ropa que debía llevarme. Antes de

abrir la hoja del espejo, por un nuevo sentimiento de curiosidad irresistible, quise contemplarme tal cual iba a verme Gabriel, es decir, muy de cerca y bajo los rayos directos de una luz clara...

Y volví a ponerme frente al espejo... Mirándome así, en los ojos, tan de cerca, me pareció estar en presencia de una persona muy familiar y muy querida que no era yo y que anatematizaba terrible mi conducta, con la expresión de aquella fisonomía tan pálida, tan grave, tan severa... y de nuevo, por tercera vez, ante mi propia imagen viva, arrepentida de mi curiosidad, me estremecí violentamente de los pies a la cabeza.

Sin embargo, como quería hacerme fuerte, resolví ahuyentar todos los enemigos pensamientos con el propio poder de mi belleza, y sin moverme, seguí en contemplación ante mí misma. Pero en aquel instante cruel entre el terciopelo negro del abrigo, y el terciopelo negro del sombrero, mi cara asustada, pálida y exhausta, se asomaba enteramente decaída, con el quebranto ojeroso de los enfermos y el marfil funerario de las rosas marchitas... Ante aquella calumnia odiosa del espejo, erguida frente a él contesté furiosa que no, que era mentira, que aquella imagen blanca y pálida, era mi propia imagen, la fina, la de la belleza indiscutible, la misma, la misma imagen triunfal y gloriosa, que Gabriel adoraba y que Gabriel esperaba anhelante, muerto de sed por ella... Y desafiando al espejo, luego de exaltar así mi propia imagen, traté de sonreírle... pero no pude sonreír; y en la avidez del esfuerzo, sólo vi cómo los labios blancos se estremecían imperceptiblemente, con un temblor continuado y nervioso. Me dije entonces que todo obedecía a la falta de pintura, y al instante, para dar vida a aquella boca trémula y descolorida y para hacer destacar en la sonrisa la blancura de las mejillas de la blancura de los dientes, entre los objetos acumulados encima de la cama, fui a buscar la pintura, y me puse carmín sobre los labios.

Pero la boca encendida siguió muda y siguió temblando obstinadamente en el espejo... Y como aquel temblor en la mentira roja me recordase, de repente, las bocas encendidas que sobre el cansancio de sus rostros suelen llevar las mujeres de mala vida, muy de prisa, con un pañuelo blanco, volví a quitarme el carmín que me animaba los labios temblorosos...

Después abrí el armario.

Mi *trousseau* rosado y oloroso, estaba tendido como siempre, en ordenados montones sobre su tabla. Hambrienta de sentir alegres y voluptuosas impresiones, que me animasen el espíritu, tomé con ansia entre mis manos una de las rosadas hileras y por ver qué me decía ahora la caricia de la seda junto al rostro, al igual de otras veces, con las dos manos llenas, ahuecadas y juntas, tal cual si en ellas se desbordase alguna loción ideal, lentamente, entre las perfumadas suavidades, sumergí el rostro desvelado y rendido. Pero en esta ocasión, el contacto de la seda, al inundarme en caricias la piel de las mejillas, no me habló de su origen sugestivo de París, ni me habló de amor, ni me habló de mi propia belleza, sino que, por una extraña asociación de ideas, vino a recordarme vivamente con infinita crueldad, su origen primitivo y anterior: el de

aquellas dos esmeraldas antiguas, que estaban engarzadas en una complicadísima filigrana de oro, y colocadas muy juntas dentro de una cajita de raso verde que olía a cedro y a vetiver... y simultáneamente, en mis oídos, me puso también muy nítida y muy clara la voz de Abuelita, que aquí mismo, en mi cuarto, me había dicho un día tendiéndome las esmeraldas en su estuche abierto:

—... Fueron de mi madre, María Eugenia, y siempre las reservé para dártelas a ti de regalo el día de tu matrimonio. Eran mi única prenda de valor...

Por espantar lejos de mí tan dolorosa imagen, separé de mi rostro las piezas de seda, las dejé bruscamente sobre la cama, medí con la vista la rosada extensión sembrada en la tabla de mi armario, y desafiando la evocación con infinita energía, volví a hablar en voz alta y dije mientras continuaba el hilo de mis preparativos:

—Pues... casi... casi... podría llevármelo todo... ¡la seda bien doblada ocupa tan poco trecho!

Y sin pensarlo más, en unas cuantas brazadas, transporté del armario a la cama, el jardín de rosas que sembraba la tabla. Luego fui a buscar mi neceser de viaje, lo abrí encima de una silla, y me quedé un largo rato perpleja, comprendiendo que era de todo punto imposible, poner dentro del neceser el contenido de la cama...

Recordé de pronto que allá fuera, junto al lavadero, en el cuarto donde tía Clara tiene guardado con mucho esmero los muebles ya inservibles, el armario grande de la ropa blanca, el otro armario grande de la loza fina, y las cestas y baúles de viajes, había una maletita de cuero negro en bastante buen estado, menos voluminoso quizás que el neceser, y en la cual, dada su forma chata y alargada, podría caber, comprimiéndolo muy bien, todo mi reducido equipaje.

Y considerando el proyecto seguí perpleja entre la silla y la cama...

¡Sí!, decididamente, había que prescindir del neceser e ir a buscar la maleta... ¡ir a buscar la maleta!... ¿y cómo atravesar por el patio, y por el corredor, y pasar después por la cocina, y abrir la puerta del corral, y bajar el escalón del lavadero, y cruzar luego a la derecha, y entrar por fin en el cuarto de los baúles y de los muebles viejos, haciendo todo el trayecto a tientas, sin encender luces que podían delatarme, y con aquel miedo espantoso que me causaba ahora la oscuridad?...

Para comprobar la oscuridad del trayecto, me vine a esta puerta que da al patio, la abrí, asomé en ella la cabeza, y me pareció que allá, pasado el patio, todo el corredor se hundía en unas tinieblas profundas, que eran espantosamente lúgubres e impenetrables... Entonces levanté los ojos a la altura, y vi que en el cielo, apenas brillaba uno que otro lucero muy turbio y mortecino... Era que estaba nublado... Quizás iba a llover... y angustiada, dentro de aquel cerco donde me tenían presa el miedo y las tinieblas, murmuré en voz muy baja, con los ojos implorantes y fijos en un lucero que se apagaba:

—Pero, ¿cuándo será de día ¡Señor! cuándo será de día?—. Cerré la puerta, volví al centro del cuarto, y de nuevo me quedé en contemplación ante el neceser abierto, y los objetos reunidos sobre la cama.

Por fin resolví:

—Será lo mejor eliminar complicaciones, tomar solamente algunas piezas de ropa, poner lo más indispensable dentro del neceser, dejar lo demás en su sitio, y aguardar la hora de la partida, prescindiendo así de la maleta y del *trousseau*. Y miré tristemente mi *trousseau* que de antemano, dócil y suave tendido en la cama se resignaba a todo... ¡Mi *trousseau*!... tan lindo, y tan deseado, y tanto favor como me hacía!...

Pero al punto reaccioné: ¡Ah! ¡no, no, no! ¡Dejar mi *trousseau* no, eso jamás! Preferible sería esperar pacientemente a que amaneciese e ir entonces a buscar la maleta, con luz, y por consiguiente sin miedo... Pero... ¿y si al amanecer las sirvientas estaban ya despiertas, y hasta levantadas, y hasta trajinando quizás por el corral y la cocina?... ¡No! no podía esperar: era preciso llevarme el *trousseau*, era preciso ir a buscar la maleta, y era preciso ir de una vez, sin aguardar más tiempo, ahora que las sirvientas dormían, y así... oscuro y todo... y sin ninguna luz... y a tientas... y muerta del miedo... y en seguida... sí... en seguida: ¡ya!

Por segunda vez me dirigí a esta puerta que da sobre el patio; la abrí, salí por ella, y sin resolverme a andar, con la mirada fija en la oscuridad del corredor, me quedé un rato de pie sobre la faja luminosa que proyectaba en el suelo del patio la puerta a medio abrir de mi cuarto encendido...

Por fin, trémula, conteniendo el aliento, escuchando a cada paso los violentos latidos que me daba el corazón, alumbrada por las dos fajas de luz que tendían sobre el patio la puerta y la ventana abierta de esta habitación, me fui caminando hasta llegar al codo que forma la cocina a mano derecha del corredor. Una vez allí, volví atrás la cabeza para mirar lo andado, y me detuve... No llegaba a la cocina aquel destello que proyectaba en el corredor la luz de mi cuarto. Por consiguiente, para mis ojos encandilados, y para la gran exaltación de mi espíritu, la cocina enteramente en tinieblas, resultaba un antro de misterios y de horrores. Sin embargo, me armé de valor, y cerrando los ojos avancé en la oscuridad. Tenía que andar a ciegas y buscar con el tacto la puerta que daba sobre el lavadero y el corral. Una caja de fósforos me habría sacado del trance, pero como no la tenía ni sabía dónde hallarla, seguí luchando contra el poder oculto que palpita en las tinieblas, y con las manos trémulas y abiertas comencé a tantear la pared de la cocina. De pronto, pensé en las cucarachas que caminan a veces, de noche por aquellas paredes, y horrorizada, alejé mis manos, retrocedí unos pasos, y aumentando mi espanto con mi horror a las cucarachas, me quedé en plena oscuridad, entumecida, inmóvil, aguzando en el miedo la finura de mi sensibilidad física que parecía concentrarse toda entera, en los latidos violentísimos que me daba el corazón... Entonces, escuché cómo a lo lejos, el reloj de la Catedral también latía, cantando la cantinela de una hora. Atendí con el refinamiento del oído

en la oscuridad, y conté dos cuartos . . . ¡eran las cuatro y media! . . . por muy nublado que estuviese ya no tardaría en amanecer . . . y animada con esta esperanza del reloj, vencí mi horror a las cucarachas, volví a acercarme a la pared, busqué a tientas la puerta, sobre la puerta busqué luego el cerrojo; lo descorrí; empujé la hoja movable, me dio en el rostro el aire campesino del corral, y simultáneamente, bajo la luz imprecisa que a duras penas tamizaban las nubes, aparecieron ante mi vista el gallinero; los árboles; los alambres florecidos por alguna que otra pieza; las tapias con su alerillo de tejas; y las grandes piedras manchadas de jabón, como si todo ello se agitara en una zarabanda de formas caprichosas y fantásticas. Para colmo, en aquel propio instante, al bajar el escalón de la puerta, un bulto negro me pasó como un rayo junto a los pies, y se perdió enfrente bajo la maraña oscurísima de las matas. Era un gato de tejado que rondaba sin duda la cocina. Incapaz del menor razonamiento, al verle cruzar, sacudida por una especie de corriente eléctrica, retrocedí en un salto hacia atrás, y como en el salto mi cabeza tropezara con el plumero que estaba colgado junto a la puerta, en su sitio de costumbre, el contacto inesperado de las plumas, junto a la visión inesperada del gato fugitivo, llevaron mi terror a los límites del paroxismo. Rechazada de la pared por el roce espeluznante de las plumas, de pie, en pleno lavadero, con los ojos abiertos y fijos sobre la maraña de las matas, me quedé otra vez paralizada de espanto. Pensé regresar corriendo a mi cuarto, pero como en las pesadillas, el miedo implacable me tenía presa, y a más de tenerme presa, se había puesto a tejer en la exaltación de mi mente una tragedia absurda de temores pueriles y macabros . . . Inmóvil, con los ojos magnetizados por la maraña oscura, los miraba cruzar interiormente:

. . . ¡Ah! ¡aquel gato negro y siniestro que se había escondido allí enfrente! . . . ¿Quién me aseguraba que no volvería a salir de su escondite, para saltarme a traición, y sacarme los ojos como ellos suelen hacer, o bien clavarme las uñas en el cuello e irme apretando, apretando, hasta dejarme ahogada, sin que tuviese tiempo de defenderme ni de gritar siquiera? . . . ¡ah! ¡los gatos negros de ojos fosforescentes, que brillan en la noche como los fuegos fatuos! . . . Siempre había oído decir que tenían pacto con el diablo, y con los brujos, y con los espíritus, y con todos, todos, los invisibles poderes ocultos . . . ¡ah! ¡el ocultismo! . . . ¡ah! ¡los espíritus que vagan incorpóreos! . . . ¡sí! . . . ¡todo era cierto! . . . muchos sabios los habían visto y creían en ellos firmemente. Por lo tanto, en el cuerpo de aquel gato negro, ¿no se habría encarnado algún espíritu dominante y terrible, que quería impedir a todo trance que me marchase con Gabriel? . . . Era quizás algún espíritu muy poderoso que leía en el porvenir . . . tal vez fuese el de alguien que se interesaba mucho por mí . . . alguien . . . ¿quién podría ser? . . . ¡Ah! sin duda que era «él» quien me tenía sugestionada, y contra mi voluntad, me había hecho salir de mi cuarto, me había hecho venir indefensa hasta el corral, y me tenía ahora allí, como encadenada, sólo, sólo, para impedir mi fuga . . . ¡y Dios sabe por qué medio espantoso y siniestro! . . . ¡impedir mi fuga! . . . impedir . . .



Reaccionando de nuevo y de golpe, con aquella extraña energía que me daba a ratos el recuerdo de la carta de Gabriel, exclamé interiormente, desafiándolo todo:

—¡Pues me iré! ¡a pesar de «él» y a pesar de los otros...! ¡sí!... me iré con Gabriel que está vivo, y es fuerte, y es joven, y es rico, y me quiere con locura y me hará feliz, y me querrá siempre... ¡sí!... ¡me querrá siempre!... ¡me querrá siempre!...

—... ¡Ah!... ¿me querrá siempre?

Y sintiendo como si un puñal de duda se me clavase dolorosamente mucho más hondo que el miedo, por quitármelo de encima, sin saber de mí, eché a andar de nuevo atropelladamente, entre en el cuarto de los muebles viejos, y lo mismo que había hecho un rato antes, allá en mi cuarto encendido, ahora también, en la oscuridad completa del cuarto de los muebles viejos, fui acompañando los actos de mis manos con el ritmo sonoro de las palabras, en cuyo ruido se ahogaban un poco aquellas voces siniestras de mi pensamiento.

Con los ojos muy cerrados, y los brazos extendidos en la oscuridad, mientras caminaba tanteando los muebles, iba diciendo:

—... Aquí, a la derecha, es el armario de la ropa blanca... bien... Esta es la mesa grande de caoba, la que está coja... Aquí la cómoda... bueno... El armario de la loza... La pared del fondo... Un baúl... Aquí... ¡aquí está la maleta!...

Y cogiéndola por las asas la levanté en plena oscuridad. Al tirar de la maleta algo cayó al suelo haciéndose trizas con el correspondiente escándalo de vidrios rotos. Espantada por el estrépito del accidente volví a dar un salto nervioso como ante la visión del gato negro. Luego, recordé el florero desportillado que estaba sobre la maleta, comprendí lo ocurrido, y regresando al mundo de los peligros reales me di a reflexionar:

—¡Ay Dios mío!... ¡si se habrán despertado las sirvientas con este ruido infernal!

Acometida por un temor racional y probable, me quedé quieta durante mucho rato, espionando la más leve señal de alarma mientras disponía mentalmente una explicación verosímil a aquella singularísima excursión. Pero no se oía ningún ruido. Nadie se había despertado... no... el silencio era absoluto... se comprendía que en la casa todo el mundo dormía aún profundamente. Sintiendo que un gran peso se me quitaba de encima, con la maleta en la mano, resolví por fin volver a mi cuarto, pasando a toda prisa por el lavadero y la cocina y avancé unos pasos hacia la puerta. Pero antes de llegar a ella, por una extraña fascinación, me detuve, y desde el centro del cuarto, me puse a mirar otra vez el sitio oscuro donde se había escondido aquel gato.

Ya parecía amanecer. Todo estaba tranquilo, tranquilísimo. El corral era el mismo de siempre, con sus alambres florecidos de piezas blancas, y su suave dulzura campesina... ¿por qué, pues, le tenía miedo?

De pronto me estremecí: ¡Ah! ... allí... allí... allí mismo, en la maraña donde se había escondido el gato había un destello... una luz... ¡ay!... ¡qué horror!... ¿si saldría de los propios ojos del gato... si sería quizás el pálido reflejo, que anuncia a los fantasmas anunciándome ya, la visión terrible de aquel espíritu que el gato llevaba encarnado? ... Y la luz crecía... crecía... crecía... ¡Ah! no era una ilusión, no... Ahora ya no parecía salir de la mata... ahora la luz bailaba... ¡Cómo bailaba, Dios mío, por todo el corral!... también, también hacia la izquierda, se escuchaba algo... era algo que parecía arrastrarse lúgubrementemente, por el suelo... algo que se acercaba, y se acercaba más, y se acercaba más mientras la luz crecía... ahora tropezaba ligeramente contra la puerta de la cocina... ahora bajaba clocleando el escalón... seguía con su raudal de luz movable, cruzaba a la derecha, y venía... venía hacia el cuarto... hacia el cuarto... ¡hacia mí!

—¡Ah!...

Y como si fuese un espectro de alguna singular alucinación chinesca, puesta de kimono y de pantuflas, con su trenza rala caída sobre la espalda, una palmatoria encendida en la mano, y el rostro animado por los gestos de mil interrogaciones, frente al cuarto de los muebles viejos, apareció grotesca, y trágicamente, la figura asustada de tía Clara.

Al reconocerla tras el nimbo de luz que irradiaba la vela, y comprobar por ello que sólo me las había con el mundo de los vivos, sentí un inmenso alivio, y mientras razonaba y deducía, invisible aún entre las sombras:

—¡Pero si eran las pantuflas y la vela de tía Clara!... ¿cómo no se me había ocurrido antes?...

Instintivamente, escondí a mi espalda la mano que sostenía la maleta, y esperé inmóvil en el centro del cuarto. Tía Clara, con los ojos encandilados y vagos, tal cual si se entreabiesen aún entre las nieblas de un sueño, atisbó un segundo en la sombra con la vela en alto, me destacó así del ambiente oscuro, y al momento, como si ella también se aliviase de algún inmenso temor, me interrogó muy suave y extrañada:

—¿Y qué haces aquí, María Eugenia?... ¡A estas horas!... pero... ¿estás de sombrero!... ¡y con el abrigo nuevo de terciopelo!...

Escondida siempre la maleta, con el rostro muy bien protegido en la sombra para la desnudez de la mentira, sin el menor sentido lógico, me puse a balbucir maquinalmente las más absurdas y contradictorias explicaciones.

—Era... tía Clara, que no podía dormir... ¿sabes?... ¡pero nada, ni un minuto siquiera en toda la noche!... ¡claro, como hace tiempo que no duermo!... y entonces, pensando en tío Pancho, quise oír una misa por su alma... y para no ir más tarde... por el luto... ¿comprendes?... me levanté temprano... y como tenía frío me puse el abrigo... y de una vez me puse también el sombrero... pero después, al salir, vi que era demasiado temprano... y como sentía... ¡yo no sé!... mucha angustia, mucho calor, me vine al corral a esperar que amaneciera... pero allá afuera ¿sa-

bes? ... hay muchísima humedad y por eso me vine a este cuarto ... a esperar aquí más bien ...

Creo ahora con toda evidencia que tía Clara debió conmoverse muchísimo ante aquel profundo sentimiento de piedad religiosa que me inducía a salir tan temprano después de una noche de insomnio. Gracias a su gran emoción no fijó mientes en más nada, y no cayó en cuenta de los tropiezos y vacilaciones con que yo ensartaba la contradicción de mis mentiras. Así fue que sin dejarlas terminar, aureolada siempre por la luz saltona de su vela exclamó enternecida, vehemente, cariñosísima:

—¿Tú ves? ... ¿tú ves, mi hija? ¡Si te lo mandé a decir anoche con María del Carmen, que no te tomaras aquella taza de esencia de café! Pero como no quisiste comer en la mesa sino en tu cuarto, no me hiciste caso y te bebiste el café ... ¡como si lo viera! ... ¿Y por qué no me avisaste tampoco que estabas desvelada? ... Te hubiera dado unas gotas de agua de azahar, o te hubiera hecho al momento una infusión con hojas de lechuga, que es admirable para el sueño ... Y después más tarde, hubiéramos ido a misa las dos juntas ... más tarde ... ya lo creo, no es preciso ir tan temprano por el luto: ¡qué exageración!

Permanecí inmóvil, como atontada, sin contestar una palabra, sorprendida ante aquella conmovedora y absurda credulidad que todo lo resolvía.

Ella, con el pobre rostro soñoliento y exhausto, que parecía ahora doblemente ridículo por el desprestigio del engaño, y por aquel aire chinesco que le daba el kimono y la trenza rala en el bailotear de la vela seguía explicando:

—Piensa, piensa, cuál sería mi susto al ir a tu cuarto, no encontrarte en él, buscarte después por toda la casa, y ¡nada! Como esto de por aquí estaba en tinieblas, no podía imaginarme que te hubieras venido al corral así ... tan oscuro. ¡Ah! ¡y aquel desorden que tienes en el cuarto! ...

Al llegar aquí, sonrió con una sonrisa de suave reproche, que a mí me pareció espantosamente dramática, y añadió enternecida moviendo la cabeza:

—¡Hasta desvelada, María Eugenia, hasta de noche, Dios mío, tienes la manía de doblar y desdoblar el *trousseau* encima de la cama!

Yo continuaba impasible, sin moverme, oprimiendo las asas de la maleta escondida a mi espalda, mientras ella, inmovilizada sin duda por mi propia inmovilidad, excitada también por los temores que nos asaltan en la noche, prosiguió locuaz aquel diálogo absurdo, celebrado de pie, en la oscuridad del cuarto de los muebles viejos, ella en kimono, yo de sombrero, y entre las dos para mayor intensidad excéntrica la luz bailoteante e intermitente de la vela:

—Me levanté ¿sabes? porque mamá empezó a sentirse mal con la fatiga, pero mal, muy mal ... ¡ah! ¡cada día está peor! ...

Suspiró, y junto a su boca, la luz de la vela se estremeció ligeramente en el dolor del suspiro.

—... para darle las gotas, fui a buscar agua al comedor, y me llamó mucho la atención la luz encendida de tu cuarto. Después que atendí a

mamá, fui a ver si tenías algo, y piensa cuál sería mi sorpresa, al no encontrarte en el cuarto, ni en ninguna otra parte... Me pareció... ¡ah! yo no sé por qué me pareció que te estaba pasando algo... sí... yo no sé qué... alguna desgracia muy grande... Y como un rato después oí ruido por aquí...

Unas cuantas palabras hubieran bastado para acabar de destruir cualquier leve sospecha que se levantara todavía en el ánimo de tía Clara, continuar de este modo el engaño y realizar mi proyecto media hora más tarde. Sin embargo, aquellas palabras tan fáciles, aquellas palabras breves y clarísimas que estaban ya dispuestas de antemano en la percepción rápida de mi mente, no las dijeron mis labios...

Desde entonces, hoy como ayer, y de noche como de día, y en la vigilia como en el sueño, no ceso a todas horas de taladrar mi conciencia con el agudo taladrar de estas preguntas:

—¿Por qué? ... ¿Por qué fue? ... ¿Por qué sería? ... ¿Qué fantasma siniestro y presentido fue aquel que por fin, se levantó de veras en la noche misteriosa de mí misma? ...

¡Sí! el fantasma se levantó como un espectro en la sombra, y dominante, poderoso, terrible, habló, por mi propia boca, tomó mi destino entre sus garras, lo destrozó cruelmente, e imperativo y tirano lo puso luego a andar sobre estos rieles ásperos, estos dos rieles sin vuelta que suben iguales y empinados hacia la aridez de mi futuro, hacia la arena ardiente del desierto por el cual, sin reposo habré de caminar ya siempre... ¡siempre!

¡Ah! ¿qué fantasma sería? ...

No sé... ¡no! no sé, ni he sabido, ni sabré nunca nada del profundo ocultismo que se agita en el hondo subterráneo de mi alma. En estas últimas horas de decaimiento y resignación, he sufrido mucho aguzando la memoria para bien analizar las causas que determinaron mi conducta. Es inútil. En mi memoria hay un vacío. Del final de aquella escena, y de lo que ocurrió después, sólo tengo impresiones desvaídas. Sólo recuerdo vagamente, que mientras tía Clara me hablaba con su kimono chinesco, y su trenza rala, y su vela encendida, comencé a perder la conciencia de mi propia personalidad; sentí que algo muy agobiante se ensanchaba en mi pecho, y se ensanchaba más y más, hasta que al fin, cuando ella dijo: «no sé por qué me pareció que te estaba pasando una desgracia muy grande...». Sin oír más nada, ni saber ya de mí, inconsciente y veloz, con un grito espantoso que debió ser a la vez como el grito del que pide misericordia, y como el grito que ahogará sin duda la muerte en los labios torturados del suicida, yo también, desamparada y suicida, dejé caer de golpe la maleta que rebotó por el suelo, me dirigí en carrera hacia la puerta, y con los brazos tendidos, y aquella voz que no parecía estar hecha de mi propia voz, imploré dos veces desesperadamente:

—¡Ah tía Clara! ¡tía Clara! ¡Que no me dejes hoy sola! ¡Que yo tam-

bién quiero quedarme aquí con la pobre Abuelita, como tú, tía Clara, como tú!

Y me agarré con las manos crispadas a su cuello, mientras mi cuerpo entero estremecido de sollozos, y bañado de lágrimas, se sacudía preso en el espasmo terrible de las crisis nerviosas.

Todavía tengo en mis oídos la obsesión de aquella voz, alarmada, condolida y suavísima de tía Clara, que preguntaba maternalmente junto al drama profundo de mis dos manos crispadas a su cuello, y de mi cabeza escondida en su seno:

—¿Pero qué tienes, mi hija? ... ¿qué te pasa? ... ¿qué es? ... ¿qué es? ...

Mientras yo, por la intermitencia de los sollozos repetía maquinalmente en todos los tonos apagados del terror:

—¡Que tengo miedo, tía Clara! ... ¡que tengo miedo! ... ¡miedo! ... ¡miedo! ... ¡miedo! ...

¿Y después? ...

Después no sé. Creo que tía Clara volvió a hablarme del café que me había desvelado, me habló de excitación nerviosa, me habló de mis noches de insomnio, me habló de la impresión causada en mí por la muerte de tío Pancho, mientras que paso a paso, teniéndome siempre estrechamente abrazada, entre aquel raudal de lágrimas y de sollozos, me condujo por el lavadero, la cocina, el corredor, me pasó luego por la herida sangrienta de mi cuarto encendido sobre el patio, y me dejó por fin recostada en la propia cama de Abuelita ...

Allí, muy cerca de Abuelita que escuchaba conmovida la relación de tía Clara, mi cuerpo, extendido bajo el renunciamiento absoluto de mi voluntad, tenía ya la inmovilidad horrible de los cuerpos encadenados para el suplicio ...

Y por la inmovilidad horrible, muy lentamente, con la voluptuosa crueldad de los martirios prolongados, fue pasando poco a poco aquella muchedumbre de sentimientos en lucha, aquella sanguinaria muchedumbre interior, que ahora no puedo reconocer ya, porque su paso destructor me dejó casi ciega la memoria.

No obstante recuerdo algo ... sí ... recuerdo vagamente ...

En la visión física de los ojos, frente por frente, sobre la pared, eran las grandes rosas desmayándose a intervalos por la tapicería; el retrato del abuelo Aguirre con su uniforme de prócer, el gran armario antiguo por cuyo laberinto de tallados se perdía a ratos el dolor de mi vista; en el rincón, la silla de mimbre; junto a la silla, el altar; sobre el altar, el viejo nazareno venerable, negro de años, cargando la cruz dentro de su redoma; y de pronto, junto a mi boca, el calmante que me tendía tía Clara, en una copa que era del juego de cristales en que bebemos las tres todos los días ...

... Pero allá ... ¡ah! ... allá, adentro, en la visión interna de la mente, era la atracción desesperada de la carta ¡la carta! con su gran aureola brillante

de amor y de ignominia, que me llamaba a gritos, prendida como una llama sobre la piel del seno, alumbrándome clarísima en la imaginación, la puerta de la calle, el andar de los pasos contados que me separaban de la esquina, el voltear de la esquina, el automóvil, y en el automóvil: ¡él!, loco de amor, trémulo de ansiedad, acechando los transeúntes, devorando la calle con los ojos, y esperando, esperando, esperando, ¡siempre esperando!

¡Ah! el dolor horrible de aquella fisonomía de Abuelita, demacrada y condenada a muerte, acariciando con sus manos en mi frente y con su voz en mis oídos, el suplicio de la tentación aún encendida que me estaba martirizando a fuego lento... ¡y el reloj que avanzaba!... ¡y el día que brillaba por fin!... y un rayo de sol que se iba extendiendo por el suelo... y siempre fijo en la imaginación, el pretexto para salirme del cuarto, el trayecto cortísimo para llegar a la esquina, en la esquina el gran punto negro del automóvil cerrado, y dentro del automóvil la felicidad eterna de mi vida, sacrificada de muerte, ya en capilla, esperando su indulto todavía...

¡Ah! no, no, el suplicio horrible de aquella mañana, cuya luz no debieron mirar nunca mis ojos, aquel suplicio cruel, aun cuando mi memoria lo retuviese en detalles, yo no podría describirlo ahora con palabras... ¡las palabras no dicen!... ¡las palabras no saben!...

Después de las horas de tormenta, cuando ya el tiempo transcurrido había resuelto por completo el gran dilema, cansada de llorar, rendida y exhausta, fui cayendo poco a poco bajo la acción de los calmantes, y al fin, acabé por dormirme tendida siempre cerca de Abuelita, cuya voz suave me acariciaba los oídos, con el sabio arrullar de los cantares de cuna.

Aquel sueño agitado, lleno de vida subconsciente, fue cortísimo. Cuando volví de él, abrí los ojos, los fijé frente a mí sobre los tallados laberintos del armario palpitantes aún por los recuerdos de la lucha, y saqué esta conclusión:

—... porque ahora, después de lo que sé: ¡ya no puedo casarme con Leal!

Recordando el telegrama que me había dado Gabriel en casa de tío Pancho, pensé en la llegada del tren, miré la hora avanzada del reloj, sin decir una palabra me levanté de la cama, me dirigí al teléfono, llamé a Leal, atendió él mismo, y luego de oír indiferente su palabra de pésame, le rogué que viniera a verme, lo más pronto posible, porque tenía algo muy urgente y muy interesante que decirle.

Cuando un rato después vinieron a avisarme que Leal había llegado, me dispuse en seguida a recibirlo, y levantándome de la silla donde me hallaba sentada, me encaminé al salón. Tía Clara, al ver que iba inmediatamente tal como estaba, sin arreglarme y sin advertir a nadie, me preguntó extrañadísima:

—¿Pero vas a recibirlo así, María Eugenia? ... Sola, con ese vestido ajado, y sin empolvarte siquiera?

Entonces para preparar su ánimo a la noticia sensacional que pensaba participarle un instante después, me detuve y le contesté resueltamente:

—Si Leal ha venido a estas horas, tía Clara, es porque yo misma le llamé para hablar «sola» con él. Le llamé con urgencia, y cuando se llama a una persona urgentemente no se le hace esperar. Además: ¡tampoco estoy de humor para presunciones! —Y seguí mi camino.

Cuando entré en el salón donde me esperaba Leal, iba resuelta, llena de firmeza, segura de mí misma, y sentía palpar en mi alma una inmensa aversión hacia él. Recuerdo que llevaba preparada mi frase de ruptura y que por el camino la había ido repitiendo mentalmente: «Leal, en estos días de tu ausencia, he comprobado que no te quiero lo suficiente para casarme contigo, y por lo tanto, como se trata de la felicidad de nuestra vida entera ...». Pero al asomarme a la puerta del salón, él, que sin duda había escuchado mis pasos, a mi vista, se levantó muy sorprendido, vino hacia mí, me saludó cogiendo mis dos manos entre las suyas, me consideró extrañadísimo durante un rato, y acabó por decir más o menos aquello mismo que había dicho Abuelita la víspera en la mañana:

—¡Ah, qué demacrada! ... ¡Qué pálida y qué delgada te encuentro, María Eugenia! ... ¿pero cómo has podido quebrantarte de ese modo en unos días?

Instintivamente volví la cabeza para mirarme al espejo, y en efecto descuidada como estaba, me encontré pálida, sin vida, ojerosa, casi fea, y me encontré sobre todo un notable parecido con la fisonomía marchita de tía Clara. Dado el estado de pesimismo nervioso en que me hallaba, aquel parecido brilló de pronto en mi mente como la luz de alguna revelación horrible, recordé la escena de la madrugada frente al espejo de mi armario, y recordé también aquella frase que había oído decir muchas veces a propósito de tía Clara:

—«Fue flor de un día. Preciosa a los quince años, a los veinticinco ya no era ni la sombra de lo que había sido ...».

Me pareció que aquello lo estarían diciendo ya a propósito de mí, e imaginé mi belleza en completa decadencia. Ante semejante catástrofe se levantó en mi alma una legión de sentimientos cobardes. Mirándoles surgir tan bruscamente me quedé unos segundos cohibida, desorientada, suspensa ... Después, poco a poco retiré mis manos de las manos de Leal, le invité a sentarnos e instalados los dos en el sofá de damasco, me puse a decir balbuciente:

—Es que las malas noches ¿comprendes? me han quebrantado mucho ... Eso pasará cuando descanse unos días ... porque: ¡también anoche dormí muy mal!

Y apresurada al decir así, me arreglaba el pelo, y me alisaba la falda con las manos abiertas.

Mientras yo hablaba, él, por su lado, siguiendo su arraigada costumbre, se había reclinado tanto sobre el respaldar del sofá que el respaldar crujió. Por variar de postura apoyó la cabeza sobre la mano cerrada, me miró con los ojos penetrantes y fijos, y así, con los ojos clavados en mí, y con el solitario que era como otro ojo terrible clavado junto a su sien, me preguntó aureolando la interrogación con las luces del brillante:

—Y bien, veamos, veamos, ¿qué es eso tan interesante y tan urgente que necesitas decirme?

Y con la mano que le quedaba libre, tiró la punta del pañuelo de seda que se asomaba a uno de sus bolsillos, se enjugó todo el rostro, esperando indulgente mi contestación, y un penetrante olor mezclado de tabaco fino, y Origan de Cotty «el olor de Leal» tan familiar a mi olfato, se extendió, sugestivo, por todo el ambiente.

Yo estaba aún perpleja, aplicándome a mí misma el dolor de aquellos juicios oídos a propósito de la belleza fugaz de tía Clara; perdida toda unidad de pensamiento y embrollada la redacción firme y precisa de mi frase de ruptura. Así fue que al sentirme llamar a la evidencia por el imperio de aquella pregunta aureolada de luces de solitario, y cargada de Origan de Cotty, busqué acorralada, cualquier transacción momentánea, y volví a decir tímida y balbuciente:

—Es que... quería hablarte acerca de nuestro matrimonio... creo... es decir, me parece mejor que no lo efectuemos todavía... vamos a esperar... por lo menos a que pasen unos meses...

Pero él, con aquella voz enérgica y clarísima, que sabe siempre lo que quiere y precisa siempre lo que dice, levantó la cabeza de su apoyo, irguió el busto muy imperiosamente contra el respaldar del sofá, y me interrumpió al instante:

—¡No, no, no, de ninguna manera!... Yo no creo que un matrimonio ya en esponsales deba suspenderse jamás por cuestiones de duelo. Diez días después de la muerte ¡y eso basta!... ¡ni un día más! Lo haremos en absoluta reserva, solamente la familia... fíjate que de otro modo...

Y para demostrarme los inconvenientes de retrasar el matrimonio, y las ventajas de efectuarlo dentro del plazo ya dicho, la voz de Leal, resuelta, viril, desbordante de palabras, de lógica, y de buen sentido, comenzó a desarrollar argumentos y a enumerar circunstancias. Era el cambio completo de planes con mil trastornos posibles en los negocios; era el estado de Abuelita que acababa de saber, y que podía complicarse; era la casa ya dispuesta de un todo; era la otra casa de campo alquilada para la luna de miel; era su familia que debía ausentarse; y eran mil y mil otras cosas apremiantes e inaplazables, que ya no recuerdo.

Sin darme por vencida queriendo replicarle comenzaba:

—Es que... es que...

Pero no me dejaba hablar, y como seguía explicándose con tantísima locua-



cidad, yo, sin pronunciar ni una sílaba más, me di a observarle muda, perpleja, ausente.

En realidad, de todos los poderosos argumentos, y de toda la elocuente enumeración, sólo había fijado mientes en las complicaciones que podría traernos la enfermedad actual de Abuelita. Al oírla mencionar por aquella voz concisa vislumbré nítidamente la catástrofe casi segura de mi vida, si perdía ahora esta oportunidad de casarme. Desaparecida Abuelita, eran los años de luto, y después del luto... ¡ah!... después del luto, caso de que hubiera desaparecido también el inmenso poder de mi belleza, mi única razón de ser, sólo me quedaría ya por todo programa de vida la misma existencia de tía Clara, eternamente humillada y recluida junto a tío Eduardo y su familia...

Y fue debido, sin duda, a estas rápidas visiones del futuro, por lo cual, unos segundos después, cuando al proseguir su enumeración la misma voz concisa, mencionó la casa que nos esperaba ya dispuesta de un todo, yo la vi abrirse en mi mente como un asilo salvador, me dije a mí misma con inmensa satisfacción:

—¡¡Mi casa!!

Y ya completamente vencida, no sé si por la fuerza de mi destino, o por la negación absoluta de mi voluntad, anulada por aquella voluntad poderosa, sin intentar la más ligera réplica, me di a callar definitivamente, con el silencio resignado del que otorga.

La elocuencia de Leal, exaltada por mi mutismo siguió en creciente: adujo razones, citó casos, y para bien desarrollarlos, accionó y argumentó durante mucho rato.

Yo miraba su rostro fijamente, haciendo gran alarde de atención, pero en realidad ya no le oía. Abismada en mí misma, sola ante mi drama y mi derrota, veía el hablar seguido y consideraba la inmensa vulgaridad triunfante de aquel espíritu definido, conciso, encuadrado simétricamente como una fortaleza, poderoso y precavido como ella, omnipotente para brindarle siempre a mi debilidad toda clase de apoyos materiales, e incapaz de sospechar siquiera una sola de estas delicadezas sutiles de mi alma...

En el metal poderoso de la voz, la sensibilidad de mi oído me hacía sentir muy vivamente, todo el peso protector y odioso de aquel próximo despotismo, deformando la belleza frágil de mi cuerpo, pisoteando inconsciente y cruel las ansias infinitas de mi espíritu, irremisiblemente verdugo de toda mi existencia... Porque tal sentía y presentía muy vivamente, seguía mirando la persona de Leal con mi cara mentirosa de atención, sin pestañear siquiera, y mentalmente, por un irresistible sentimiento de venganza a lo que iba a ser mi eterna servidumbre, parangonaba su grotesca inferioridad con la superioridad inmensa de Gabriel, e imaginaba con algo de susto, y con mucho de perversa alegría, todo el ridículo de su ignominia, si aquello que estuvo a punto de pasar, hubiera sido...

Cuando un rato después Leal dio por terminada su visita al levantarse

para la despedida, volvió a tomar mis dos manos entre las suyas. Entonces, con una especie de cariño muy imperioso, tal cual si aquellas manos que tenía cogidas, y el rostro, y el cuerpo entero, fuese algo inanimado, adquirido por él, que le perteneciese ya de un modo absoluto, dijo:

—Ahora: ¡hay que cuidarte! Toma alguna sobrealimentación en las comidas, y sobre todo descanso . . . ¡mucho descanso! —Luego añadió—: del matrimonio no hay más que hablar, ya está convenido: ¡de mañana en ocho días!

Yo respondí como un eco:

—Bueno . . . sí . . . ¡de mañana en ocho días!

Y mientras sus pasos sonoros se alejaban por el saloncito, el corredor, el zaguán, y se perdían por fin allá en la acera de la calle, sentada siempre en el sofá, me quedé un largo rato inmóvil, con los brazos caídos, los ojos clavados en el suelo, pensando . . . pensando . . .

Como resumen de todo aquel proceso violento y trascendental, sentía ahora petrificarse en mi alma un profundo desprecio por mí misma. ¡Ah! ¡aquella dualidad, aquella cobardía, aquel humilde renunciamiento, aquel absurdo desacuerdo entre mis convicciones y mi conducta! . . . mi conducta, mi cobarde conducta que siendo criminal para conmigo, era al mismo tiempo horriblemente desleal para con aquel hombre a quien Gabriel había vejado y quien dentro de ocho días iba a darme una casa, y en ella todo cuanto necesitara, y su nombre, y su apoyo, y una posición social, y un porvenir seguro al abrigo de la miseria y de la humillante dependencia.

Y fue quizás por la necesidad absoluta de definir, y rehabilitar mi conducta ante mí misma, por lo que al fin se me ocurrió una idea.

Antes de ejecutarla miré el reloj. Eran las tres y media de la tarde. Pensé que a aquellas horas Gabriel debía encontrarse de fijo en su casa, esperando todavía alguna contestación de mi parte. Sin pensarlo más ni perder un minuto, me vine a toda prisa a mi cuarto, cerré la puerta, y aquí sobre este mismo escritorio, testigo mudo de aquellas horas de infinito amor y de infinita esperanza de dicha, aquí mismo, sobre la blanca superficie lisa, tendí una hoja de papel que escogí entre muchas, timbrada, olorosa, nítida, y sin comprender cómo podía escribir, escribí así:

«Señor Gabriel Olmedo.

Anoche leí la carta que tuvo usted el atrevimiento de dirigirme. Si no se la devuelvo hoy dentro de este mismo sobre, rota en pedazos, tal como se merece su atrevimiento, y como sería mi deseo, es porque anoche mismo, al instante de leerla, la rompí y la quemé en un primer impulso de desagrado. No sé por quién me ha tomado. Creo que la víspera del día en que murió tío Pancho, allá, en el comedor de su casa, le dije muy francamente

todo cuanto pensaba acerca de su persona. No quiero repetirlo hoy porque si me desagrada decir insultos, mucho más me desagrada escribirlos. El único objeto de mi carta es advertirle que si continúa usted persiguiéndome con proposiciones indignas, pase lo que pasare, pondré en cuenta de ello a César Leal».

Al llegar aquí, el nombre «César Leal» me sonó demasiado pomposo por su doble significado, y me pareció que podía prestarse al ridículo. Entonces borré las dos palabras, y puse sobre lo borrado «mi novio». Pero como la tinta se corriese un poco, demostrando el reemplazo de palabras, decidí inutilizar la carta, escogí de nuevo muy cuidadosamente otro pliego, copié en él lo escrito y seguí:

«... advertiré de ello a mi novio. Es preciso que usted sepa que no estoy sola. Tengo quien me proteja, y quiero decirle de paso, que quien sabrá defenderme contra usted, será mi marido dentro de ocho días, porque lo aprecio mucho, lo quiero con toda mi alma y lo considero además muy superior a usted, desde todo punto de vista».

Y firmé:

María Eugenia Alonso.

Después, con una especie de voluptuosa crueldad muy honda, releí lo escrito, doblé en dos el pliego, lo puse en un sobre, escribí encima: «Señor Gabriel Olmedo» y atropelladamente, me fui a buscar a tía Clara y le expliqué:

—Tía Clara, he escrito a Gabriel Olmedo, como tú me dijiste ayer. Aquí está la carta. Sería bueno mandarla en seguida, porque a estas horas debe estar en su casa, y quizás más tarde ya no lo encuentren. Creo haberle oído decir que tiene un viaje entre manos, no sé adónde.

Tía Clara, satisfechísima por el buen éxito de su consejo, y por mis sentimientos de gratitud contestó:

—¡Era muy natural! ¡muy natural! No podías dejar de hacerlo. Recuerda su conducta y su cariño.

Y se fue a buscar a Gregoria para que fuese en seguida a llevar la carta a su destino.

Gregoria en el momento de marcharse, puesto ya por la cabeza el paño negro, y la carta blanqueando entre las manos, se acercó a mí, y a espaldas de tía Clara, me preguntó muy quedo, y más que con la voz, con la fijeza de aquellos astutos ojos videntes que todo lo saben:

—¿Espero contestación?

Yo le respondí en el mismo tono:

—Sí, Gregoria, espera.

Aún recuerdo el sonar atenuado de sus pasos al marcharse con mi sentencia cruel. Para el anonadamiento de mi alma, el rumor de aquellos pasos fue como ese otro rumor trágico y solemne que levantan los entierros cuando se van...

Pero Gregoria, que por lo visto tenía muchos asuntos particulares que despachar, se fue con la carta hacia las primeras horas de la tarde, y sólo regresó cuando había caído enteramente la noche.

Rendida por el quebranto y la tristeza, yo la esperaba acostada ya bajo sábanas, y en medio de no sé qué especie de frenesí nervioso. Por esta razón al escuchar de nuevo el mismo rumor atenuado de los pasos que volvían por fin, como vuelve también a la casa mortuoria el rumor de los entierros que dejaron el cadáver en su fosa, al escucharlos y reconocerlos, salté vivamente de mi cama, y descalza y en camisa de dormir, asomé la cabeza a esta puerta del patio, y llamando con misterio:

—¡Gregoria! ¡Gregoria!, —volví luego a acostarme.

A mi llamada, entró en el cuarto, y con su paño negro que le cubría la cabeza, le hundía en sombras el rostro, y le caía alargado sobre el pecho, tal y como si fuese alguna lúgubre pitonisa, se quedó inmóvil junto a la cama esperando a que yo hablase. La penumbra del cuarto era lo suficiente para dar a la escena la gran intensidad espiritual que tienen las confidencias donde no se miran los ojos. Por esta razón aguardé también un momento, me recogí en mí misma e interrogué muy bajo, poniendo una inmensa cantidad de alma en la sencillez de la pregunta:

—¿Le diste la carta en sus propias manos, como te encargué, Gregoria? Invisible y misteriosa bajo su paño negro respondió tristemente:

—En sus propias manos se la di . . .

Y calló un segundo para añadir después con más tristeza:

— . . . Por cierto que delante de mí la leyó el pobre.

Con mi voz intensa palpitante de alma, interrogué otra vez:

—¿Y qué cara iba poniendo mientras leía, Gregoria? . . . ¿Y después? Algo te diría . . . ¿qué te dijo después cuando acabó la lectura?

Gregoria se quedó un instante indecisa ante la ansiedad mortal de aquellas dos preguntas, pero al fin se decidió por la verdad y relató conmovida:

—La cara que iba poniendo mientras leía, María Eugenia, yo . . . no se la pude ver porque se la tenía escondida la misma carta . . . Ahora . . . eso sí, después que la leyó estaba . . . ¿Cómo te diré? . . . pálido, tembloroso; ¡lo mismito que el que ha recibido un gran susto! . . . Y fue entonces cuando me dijo con una especie de risa que era mucho más triste que si llorara: «Bueno . . . ¡qué voy a hacer! Pero dile a María Eugenia de mi parte que todo esto que me escribe aquí: ¡es mentira! . . . y dile también que como no puedo embarcarme hoy mismo porque ya se fue el vapor, a mediados de semana, solo, enteramente «solo» ¿comprendes? me voy de Venezuela para no volver más».

Y Gregoria comentó:

—Digo yo que con esto querría mandarte a decir, María Eugenia, que se separa de su esposa para siempre . . .

Aquel sencillo relato que esperaba, había resonado en la oscuridad del

cuarto y en la delicadeza de mi oído, con la horrible solemnidad con que debe sonar en los oídos de los criminales, su sentencia de muerte . . .

Cuando frente a mí, calló la voz dolorosa, por toda contestación agarré con mis dos manos crispadas un gran puñado de sábana, me ahogué con él dentro de la boca un terrible sollozo que se me abría en el pecho, escondí luego la cabeza debajo de la almohada, y así, sumergida en lo más hondo de mí misma, no volví a saber más de Gregoria . . .

Ni siquiera escuché sus pisadas al marcharse discretas y piadosas.

En el espanto de mi dolor y en la intensidad de mi renunciamiento aquella frase misericordiosa: «Dile a María Eugenia que todo esto que me escribe aquí es mentira . . .» brillaba deslumbradora en mi mente como una luz que fuese a la vez de desesperación y de alegría. Muy claramente, allí mismo, en la oscuridad blanda y negrísima debajo la almohada, la frase repetida por la voz de Gregoria, la oía, la oía vibrar en mis oídos dicha por la voz inolvidable de Gabriel, y no cesaba de bendecirlo . . . ¡Ah! ¡qué bueno, sí, qué inmensamente generoso y bueno era Gabriel que no había querido creer en la calumnia infame de mi carta! . . . Cómo desenterraba mi amor para llevárselo con él y adorarlo siempre martirizado y sangriento en su recuerdo . . . Cómo los dos hubiéramos completado nuestra vida, y qué felices . . . ¡ah! . . . qué frenéticamente felices hubiéramos sido juntos! . . .

Y al ver, y al tocar así con mis propios ojos y mis propias manos esta inmensa mentira odiosa, sobre la cual, contrariando a la naturaleza pone flores de trapo la apariencia moral, comparé el reinado triunfante que hubiera sido mi porvenir junto a Gabriel, con lo que habrá de ser ya la esclavitud oscura que me aguarda; pensé en la injusticia inicua con que se reparten las porciones en la gran feria humana: toda la alegría para unos, todo el dolor para otros; pensé también en la fuerza invisible que conduce fatalmente los destinos, y con el rostro escondido siempre bajo la almohada mojada de llanto, condensé en una sola palabra el complejo absurdo, y murmuré muchas veces desesperada y vencida:

—¡Ah! la Vida! . . . ¡la Vida! . . .

Y fue entonces cuando, rendida por el agotamiento de tantas emociones, me fui quedando dormida en ese sueño largo, hondo, y oscuro, que ha durado casi veinticuatro horas.

Hoy, para poder relatar hasta el fin mi pobre aventura triste, he tenido que escribir durante mucho tiempo.

Ahora acabo de detener un instante el andar de mi pluma, y observo que es la media noche . . . una media noche toda blanca de luna . . .

Se parece a la media noche del sábado, sólo que ésta es más clara y naturalmente, tiene menos estrellas. Por lo demás todo está igual: el mismo azul

de cielo; el mismo titilar de luceros; los mismos naranjos en el patio; sobre los naranjos los mismos azahares; y aquí cerca de mí la misma reja . . .

Sin embargo, para acompañarme en mi tristeza, hoy, todo está igual; el mismo azul de cielo; el mismo titilar de luceros; loca alegría: todo estaba de fiesta . . .

¡Ah! ¡la naturaleza maternal y buena, se alegra y se entristece con nosotros, sin mudarse por eso de vestido! . . . Como sus hijos los silenciosos sentimentales, ella también lleva escondida su alegría o su tristeza en lo más hondo del alma.

En cambio aquí dentro del cuarto ya es otra cosa. La muñeca lamparilla de mi escritorio ha mudado de sitio, y a mi espalda, bajo la luz insinuante de su falda esponjada, mi silloncito confidente no está vacío. Sobre él se recuesta en un lánguido desmayo blanco mi vestido de novia. Tía Clara, creyendo darme una gran alegría, me lo entró en el cuarto al caer de la tarde, cuando levantada apenas de mi cama empezaba a escribir. A esa hora me lo traían de casa de la modista. La misma tía Clara lo recibió al llegar, y presurosa, se vino a tocar a mi puerta dando voces de regocijo y de bienvenida:

—¡Abre, María Eugenia! ¡Abre! ¡abre! ¡abre! ¡verás lo que te traigo!

Escondí un instante mis papeles, abrí la puerta, y era el vestido de novia que en brazos de tía Clara, venía rebosando de espuma su caja de madera. Ella puso la caja sobre la cama, levantó el traje por los hombros y dijo muy sonriente, quizás por distraerme de esta inmensa melancolía, que según veo me tiene ya marcado el rostro con su estigma:

—¡Pruébatelo! ¡sí, sí, pruébatelo ahora mismo, a ver cómo te queda! . . .

Yo, que estaba todavía de pie cerca de la puerta, displicente y algo malhumorada por la brusca interrupción, miré el vestido de arriba abajo con un rápido vistazo y recuerdo que observé al instante:

—¡Ah! . . . no me han puesto el manto enteramente suelto como lo quería... ¡Así no era! . . . así no era . . .

Luego, recordando que toda aquella mentira chillona del vestido, iba a cubrir para siempre mi gran verdad callada, añadí muy nerviosa:

—Pero hoy no me lo pruebo de ningún modo. Me quedaría muy mal: ¡con estas ojeras y este quebranto! . . .

Entonces, con mucha unción y mucho cuidado de no ajarlo, tía Clara lo recostó poco a poco sobre el sillón diciendo:

—¡No parece cosa tuya, María Eugenia! . . . ¡Recibir el vestido y no probártelo! Y yo que tenía tantas ganas de verte de novia.

—Ya me verás, tía Clara, ya me verás, no tengas cuidado. Pero hoy no. ¿No ves que hoy con esta cara y con este . . . cansancio que tengo resultaría una novia fea y triste?

—Fea no puedes resultar tú nunca —objetó tía Clara muy convencida.

Y sin insistir más, luego de contemplar el vestido desde diferentes puntos de vista, se salió del cuarto. Yo cerré la puerta tras ella, me engolfé de nuevo en el correr de mis recuerdos, y desde ese momento a mi espalda, el sillón

confidente, se ha quedado velando cuidadoso mi lindo huésped de nieve.

Durante estas largas horas nocturnas llenas de fiebre, llenas de dolor de recuerdo, y llenas del enigma obsesionante de mí misma, había olvidado por completo la majestuosa presencia blanca. Ahora, en cambio, sentada como estoy frente a mi mesa, dejo de escribir de tiempo en tiempo, ladeo ligeramente la cabeza, y mis ojos se pierden por el ensueño de espuma...

A esta hora piadosa y reverente, el sillón con el vestido es un grupo inquietante, que en su inmovilidad se agita para decirme las mil sutilezas que sólo dicen las cosas en la paz religiosa de la media noche...

Sí... A esta hora augusta de la media noche: ¡cómo habla en silencio la negrura del sillón, y cómo calla a gritos la blancura desmayada entre los brazos negros! El sillón parece un amante sádico que abrazara a una muerta. El vestido desgonzado con sus dos mangas vacías que se abren en cruz y se descuelgan casi hasta llegar al suelo, es un cadáver... parece el cadáver violado de una doncella que no tuviese cuerpo... ¡sí!... en este momento, bajo la luz fantástica de mi lámparilla verde, el vestido vaporoso y vacío es el cadáver de un alma... ¡uno de esos cadáveres que se entierran en los sacrificios incruentos donde no se mata el cuerpo!...

Y es sin duda por eso por lo que toda yo, de la cabeza a los pies me siento vivir ahora en el grupo amoroso...

Desde mi sitio con la mirada fundida en él, lo miro, lo miro largamente, y como de costumbre, veo mucho, siento más y no comprendo bien...

¡Ah! el misterio de ese vestido que se desmaya muerto en el sillón ¿es el símbolo de mi alma sin cuerpo en los brazos de Gabriel, o será el símbolo de mi cuerpo sin alma en los brazos de Leal?...

.....

... ¡Mi cuerpo sin alma!...

¡Ah fruición altísima de las almas que se entregan intangibles, sin haber sentido nunca el contacto impuro de los cuerpos!... ¡Ah voluptuosidad perversa, voluptuosidad hondísima de los cuerpos destinados a retorcerse de fingimiento bajo la repugnancia de unos besos que no tocan el alma!... ¡Ah mentira sublime del sufrir callando!... ¡¡Sacrificio!!... ¡Sol de mi camino!... Dominador que quieres para ti toda mi vida! En esta hora augusta de las altas comprensiones, con los dos ojos clavados en esa blancura muerta sobre mi silloncito confidente, he querido descifrar los misterios que rigen mi destino, y sólo tu nombre miro pasar flotando por la espuma simbólica... ¡Tu nombre!... tu nombre: ¡Sacrificio!... ¡Ah! ¡Ah! pero aguarda, aguarda, que ahora ya, en éxtasis, iluminada por tu nombre, sobre la espuma simbólica voy, por fin, leyendo la hermosura de mi sino:

Como en la tragedia antigua soy Ifigenia; navegando estamos en plenos vientos adversos, y para salvar este barco del mundo que tripulado por no sé quien, corre a saciar sus odios no sé dónde, es necesario que entregue en holocausto mi dócil cuerpo de esclava marcado con los hierros de muchos siglos de servidumbre. Sólo él puede apagar las iras de ese dios de todos los

hombres, en el cual yo no creo y del cual nada espero. Deidad terrible y ancestral; dios milenario de siete cabezas que llaman sociedad, familia, honor, religión, moral, deber, convenciones, principios. Divinidad omnipotente que tiene por cuerpo el egoísmo feroz de los hombres; insaciable Moloch, sediento de sangre virgen en cuyo sagrado altar se inmolan a millares las doncellas!...

Y dócil y blanca y bella como Ifigenia, ¡aquí estoy ya dispuesta para el martirio! Pero antes de entregarme a los verdugos, frente a esa blancura cándida que ha de velar mi cuerpo, quiero gritarlo en voz alta, para que lo escuche bien todo mi ser consciente:

—¡No es al culto sanguinario del dios ancestral de siete cabezas a quien me ofrezco dócilmente para el holocausto, no, ¡no!... ¡Es a otra deidad mucho más alta que siento vivir en mí; es a esta ansiedad inmensa que al agitarse en mi cuerpo mil veces más poderosa que el amor, me rige, me gobierna y me conduce hacia unos altos designios misteriosos que acato sin llegar a comprender! Sí: Espíritu del Sacrificio, Padre e Hijo divino de la maternidad, único Amante mío; Esposo más cumplido que el amor, eres tú y sólo tú el Dios de mi holocausto, y la ansiedad inmensa que me rige y me gobierna por la vida. En mi carrera loca de sierva enamorada, era a ti a quien perseguía sin saber quién eras. Ahora, gracias a las revelaciones de esta noche altísima, acabo de mirar tu rostro, te he reconocido ya, y por primera vez te contemplo y te adoro. Tú eres el Esposo común de las almas sublimes; las regalas de continuo con las voluptuosidades del sufrimiento y las haces florecer todos los días en las rosas abiertas de la abnegación y de la misericordia. ¡Oh, Amante, Señor y Dios mío: yo también te he buscado, y ahora que te he visto te imploro y te deseo por la belleza de tu hermoso cuerpo cruel que abraza y besa torturando; yo también tengo ansia de sentir tu beso encendido y hondo, que labio a labio ha de besarme eternamente sobre mi boca de silencio; yo también quiero que desde ahora me tomes toda entre tus brazos de espinas, que te deleítes en mí y que me hagas de una vez y para siempre intensamente tuya, porque así como el amor engendra en el placer todos los cuerpos, tú, mil veces más fecundo, engendras con tu beso de dolor la belleza infinita que nimba y que redime al mundo de todas sus iniquidades!



### UNAS PALABRAS MÁS SOBRE *Ifigenia*

*Tuve yo el honor de ser uno de los primeros que conociera en Francia la Ifigenia de Teresa de la Parra, esa novela deliciosa que tanto ha apasionado la opinión del público suramericano. Traduje entonces unos fragmentos para los cuales escribí un prólogo que hoy juzgo por demás breve e insuficiente. Y es que la esencia de ese libro exquisito no se nos ofrece entera a primera vista. ¡Hay tanto elemento acumulado allí para atraernos! ¡Aunque no fuese más que el exotismo aquel tan seductor para nosotros los lectores franceses! Es un mundo entero el que se revela a nuestros ojos. Una sociedad medio moderna y medio colonial, cuyos contrastes tienen un sabor fuerte mezclado a un ambiente florido y perfumado que nos hace soñar como sin darnos cuenta en nuestras queridas "Islas" de antaño. ¡Oh, el encanto de aquellos patios constelados de jazmines, sembrados de naranjos, bajo cuya sombra la siesta debe deslizarse con tan lánguida dulzura! Aquellos campos del trópico, con sus bosques misteriosos poblados de mariposas diez veces más grandes que las nuestras, aquellas noches profundas de perfume embriagador; ¡aquel Edén!*

*Luego los personajes. Todos son originales y nuevos. Teresa de la Parra tiene el sentido innato del novelista. Sabe crear tipos. Ya no podremos olvidar nunca a Gregoria, ni a Mercedes, ni al tío Pancho, ni a César Leal, ni a Abuelita, ni a tía Clara. ¡Qué don rarísimo es éste! Y cuánto más raro es aún el que vaya acompañado de tan gran facilidad. El novelista aquí no parece hacer el más mínimo esfuerzo. Su narración avanza a un lánguido compás, cortado de tiempo en tiempo con brusquísimos arranques. Es como un río que tan pronto se explayara en un dulce remanso de ensueños y meditaciones, tan pronto se precipitara como un torrente por sobre las pendientes de lo emocionante y de lo trágico. Y todo ello con una naturalidad que encanta.*

*La expansión de este temperamento de artista ignora en absoluto los artificios de la falsa retórica, esas pobres recetas del oficio con las cuales la mayoría de los escritores se revisten de importancia. Es como si un hermoso niño sentado a pleno sol se pusiera a jugar. La gracia y armonía de sus movimientos regocijará a un tiempo el espíritu del sabio y el corazón del simple. Basta una sola observación: el haber escrito un libro de más de quinientas páginas sin dar un solo instante la impresión de un desacierto ni la de un titubeo habla más en favor de la autora que todos los elogios juntos.*

*Sin embargo, no está ahí, no, lo que más me seduce, no es ése aún el secreto del libro.*

*Lo que en mi concepto asegura a Teresa de la Parra esa especie de frescura indestructible, propiedad tan sólo de las obras destinadas a ser clásicas, lo que hará que esta novela se lea cuando ya tantísimas otras más pretenciosas o de más fácil efecto se hayan marchitado en el olvido, es el hecho de haber creado ese tipo de muchacha que siendo tan moderno es al mismo tiempo uno de los más eternos que yo conozca, sencillamente porque ése es el real, el verdadero.*

*La única cosa que no puede reemplazarse en arte es la verdad y ese tipo de María Eugenia Alonso es de una realidad psicológica tanto más profunda cuanto que no aspira a la profundidad. María Eugenia Alonso es. He aquí todo. Es y nada más. Se nos ha presentado de golpe en la sinceridad absoluta de su confesión cotidiana y está allí. Es compleja, claro, pero su complejidad superficial nos deja ver en seguida la simplicidad fundamental y viva de su temperamento y de su carácter. Que a este organismo en formación, que a esta tierna e inquieta crisálida le imponga el dolor la crisis reveladora, y aparecerá al punto la belleza del ser interior, la metamorfosis esplendorosa de su secreto.*

*Es imposible que pueda discutirse siquiera el verdadero carácter de María Eugenia Alonso. Tal duda implicaría ignorancia de las leyes que rigen las obras de arte y los seres vivos. Se necesitaría ser ciego o tener muy mala fe para decir que María Eugenia Alonso profesa como doctrinas de su vida moral las traviesas paradojas con las cuales juega y se divierte escandalizando a veces a su abuela y a su tía. Y no digamos qué incomprensión sería acusarla de perversidad o de egoísmo. Al contrario. A mí, por lo menos, lo que más me ha llamado la atención en la segunda lectura, que ha sido más meditada y más atenta, es la ingenuidad profunda del personaje central. Se extasian los pedantes desde hace siglos comentando la deliciosa frescura de las doncellas de Shakespeare, aquella inocencia que anima sus alardes espirituales, aquellas inquietas coqueterías con las cuales se agitan y se entretienen hasta que el amor las toca y las deja para siempre graves. ¿Cómo no ver hasta qué punto María Eugenia Alonso se parece a ellas? Es el mismo hervidero de deseos, de ensueños, de locuras, las mismas paradojas, la misma esgrima frente a los enamorados, todo ese fuego artificial de la juventud que estalla. Pero pasa de pronto el arcángel terrible, y con un solo golpe de alas*

abate a la orgullosa y la prosterna para siempre en la actividad sagrada del consentimiento.

Yo quisiera demostrar hasta qué punto la coquetería de María Eugenia Alonso se aparta en su esencia de esa coquetería malsana que anima a la mayoría de sus contemporáneas. La suya está exenta de perversidad. Es cierto que se pinta, que exagera el rojo de Guerlain en los labios, que se pone vestidos cortísimos, que lleva el pelo enteramente a la garçonne, todo eso está entendido, pero la pregunta que debe formularse es ésta: ¿de qué le sirven tales artificios? ¿Qué intenta hacer con ellos?

No intenta nada. He aquí su superioridad. Si quiere estar siempre bonita es precisamente por ella misma, es que tiene el gusto innato, profundo, irresistible de la elegancia. Ama la perfección. Pertenece a esos seres de selección (también existe ese tipo entre los hombres) para quienes la elegancia en todos los órdenes, admírenlos o no, es una necesidad. Les horroriza todo aquello que sea desorden, negligencia, imperfección. Y si la mayoría de las personas incapaces de comprender estas sutilezas las critican y reprochan es sin duda ninguna por la lección implícita que con ello se les da.

Hay quienes suelen llevar bajo la elegancia del cuerpo la elegancia del espíritu. María Eugenia Alonso es uno de esos seres de elegancia doble. Cuando al final de su relato renuncia para siempre a la felicidad y al verdadero amor, por razones profundas que el pudor supremo de su alma ostenta, pero no dice, cuando se encamina hacia el matrimonio corriente y burgués que le ha deparado su destino, andando como Ifigenia hacia el altar, parece que caminase hacia algo mil veces más doloroso que su propio sacrificio: la interpretación que las almas vulgares darán a su acto. La acusarán sin duda de egoísmo, de interés, pero ¿qué importa? Una divinidad suprema la llama y la conduce. Ella camina en pos sin mirar hacia atrás. Los verdaderos elegantes no viven para la opinión. Viven para realizar el misterio de una perfección interior de la cual la exterior no era sino un misterio y un símbolo. María Eugenia Alonso sabe lo que cuesta renunciar al legítimo derecho a la felicidad. Si ha renunciado ya, es sólo porque quiere vestirse con las galas espléndidas de un ideal ético. También Ifigenia se vistió de galas antes de encaminarse al sacrificio.

FRANCIS DE MIOMANDRE

## LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA

### DEDICATORIA

A ti, que, al igual que Mamá Blanca, reinaste dulcemente en una hacienda de caña, donde al impulso de tu mano llamaba a los peones la campana para la misa del domingo, subía en espirales de oración a la hora del *angelus* sobre el canto de los grillos y el parpadeo de los cocuyos el humo santo de la molienda en el torreón y te dibujas allá, entre la niebla de mis primeros recuerdos, lejana y piadosa, apacentando cabezas sobre un fondo de campo, como la imagen de la donadora en el retablo de algún primitivo.

### ADVERTENCIA

*Mamá Blanca, quien me legó al morir suaves recuerdos y unos quinientos pliegos de papel de hilo surcados por su fina y temblorosa letra inglesa, no tenía el menor parentesco conmigo. Escritos hacia el final de su vida, aquellos pliegos, que conservo con ternura, tienen la santa sencillez monótona que preside las horas en la existencia doméstica, y al igual de un libro rústico y voluminoso, se hallan unidos por el lomo con un estrecho cordón de seda, cuyo color, tanto el tiempo como el roce de mis manos sobre las huellas de las manos ausentes, han desteñido ya.*

*A falta de todo parentesco uníanme estrechamente a Mamá Blanca misteriosas afinidades espirituales, aquellas que en el comercio de las almas tejen*

la trama más o menos duradera de la simpatía, la amistad o el amor, que son distintos grados dentro del mismo placer supremo de comprenderse. Su nombre, Mamá Blanca, era, en el fervor de mis labios extraños, la expresión que mejor convenía a su vejez generosa y sonriente. Habíaselo dado al romper a hablar el mayor de sus nietos. Como los niños y el pueblo, por su ignorancia o desdén de las abstracciones, poseen la ciencia de acordar las cosas con la vida, saben animar de sentido las palabras y son los únicos capaces de reformar el idioma, el nombre que describía a un tiempo la blancura del cabello y la indulgencia del alma fue cundiendo en derredor con tal naturalidad que Mamá Blanca acabaron diciendo personas de toda edad, sexo y condición, pues que no era nada extraño el que al llegar a la puerta, una pobre con su cesta de mendrugos, o un vendedor ambulante con su caja de quincalla, luego de llamar: toc, toc, y de anunciar asomando al patio la cabeza: «¡Gente de paz!» preguntasen familiarmente a la sirvienta vieja, que llegaba a atender, si se podía hablar un momento con la señora Mamá Blanca.

Aquella puerta, que, casi siempre entornada, parecía sonreír a la calle desde el fondo del zaguán, fue un constante reflejo de su trato hospitalario, una muestra natural de su amor a los humildes, un amable vestigio de la edad fraternal sin timbres ni llave inglesa y fue también la causa o circunstancia de donde arrancó nuestro mutuo, gran afecto.

Conocí a Mamá Blanca mucho tiempo antes de su muerte, cuando ella no tenía aún setenta años ni yo doce. Trabajamos amistad, como ocurre en los cuentos, preguntándonos los nombres desde lejos, amortiguadas las voces por el rumor del agua que cantaba y se reía al caer sobre el follaje. Iba yo jugueteando por el barrio y de pronto, como se me viniese a la idea curiosear en una casa silenciosa y vieja, penetré en el zaguán, empujé la puerta tosca de aldadón y barrotes de madera, pasé la cabeza por entre las dos hojas y me di a contemplar los cuadros, las mecedoras, los objetos y en el centro del patio un corro de macetas, con helechos y novios que subidos al brocal de la pila se estremecían de contento azotados por la lluvia de un humilde surtidor de hierro. Allá, más lejos aún, en el cuadro de una ventana abierta, dentro de su comedor, la dueña de la casa con cabeza de nieve y bata blanca, se tomaba poco a poco una taza de chocolate mojando en ella plantillas y bizcochuelos. Hacía rato que la contemplaba así, como a la madrina de las macetas y del surtidor, cuando ella, volviendo los ojos, descubrió mi cabeza que pasaba la puerta. Al punto sorprendida y sonriente, me gritó cariñosa desde su mesa:

—¡Ajá, muy bien, muy bien! ¡Averiguando la vida ajena, como los mero-deadores y los pajaritos que se meten en el cuarto sin permiso de nadie! ¡No te vayas y dime cómo te llamas, muchachita bonita y curiosa!

Yo le grité mi nombre varias veces hasta que llegó a oírlo y ella, como tenía el alma jovial ante lo inesperado y le gustaba el sabor de las pequeñas aventuras, volvió a gritar en el mismo tono y con la misma sonrisa:

—¡Yo me llamo Mamá Blanca! ¡No te vayas, no te vayas, ven acá, pasa adelante, ven a hacerme una visita y a comerte conmigo una tajada de torta de bizcochuelo!

Desde mi primera ojeada de inspección había comprobado que aquella casa de limpieza fragante florecía por todos lados en ráidos y desportillados, cosa que me inspiró una dulce confianza. La jovialidad de su dueña acabó de tranquilizarme. Por ello, al sentirme descubierta e interpelada, en lugar de echar a correr a galope tendido como perro cogido en falta, accedí primero a gritar mi nombre, y después, con mucha naturalidad, pasé adelante.

Sentadas frente por frente en la mesa grande, comiendo bizcochuelo y mordisqueando plantillas dialogamos un buen rato. Me contó que en su infancia había travesado mucho con mi abuelo, sus hermanos y hermanas por haber sido vecinos muchos años, pero en otro barrio y en unos tiempos que ya se iban quedando tan lejos, ¡tan rejejos! . . . Me encontró parecidos con personas ya muertas, y como yo, por decir algo, le refiriese que en mi casa teníamos muchas rosas y el loro Sebastián, que sabía gritar los nombres de todo el mundo, me llevó para que conociese en detalles su patio y su corral, donde también había rosas; pero en lugar de Sebastián, ejércitos de hormigones, ¡jayayay! que acababan con las flores.

Nacida en una hacienda de caña con trapiche y oficinas de beneficiar café, Mamá Blanca conocía a tal punto los secretos y escondites de la vida agreste que, al igual de su hermano Juan de la Fontaine, interrogaba o hacía dialogar con ingenio y donaire flores, sapos y mariposas. Enseñándome patio y corral me fue diciendo:

—Mira, estas margaritas son unas niñas coquetas que les gusta presumir y que las vean con su vestido de baile bien escotado . . . Las violeticas de esta canastilla del patio viven tristes porque son pobres y no tienen novio ni vestidos con que asomarse a la ventana; no salen sino en Semana Santa, descalzas, con la sayita morada a cumplir su promesa como los nazarenos. Aquellas señoritas flores de mayo son millonarias, allá van en su coche de lujo, y no saben de las cosas de la tierra sino por los cuentos que les llevan las abejas que las adulan porque viven a costa de ellas.

Y así fue como saciada por entero mi curiosidad entre violetas y margaritas, bizcochuelos y plantillas, Mamá Blanca y yo nos fuimos corriendo de la mano, camino de nuestra gran amistad. A partir de aquella tarde, bajo el menor pretexto salía de mi casa, volteaba a todo correr la esquina, penetraba en el zaguán amigo y comenzaba a gritar alegremente como quien participa una estupenda noticia:

—¡Aquí estoy yo, Mamá Blanca, Mamá Blanquita, que estoy yo aquí!

Nadie comprendía que a mi edad se pudiesen pasar tan largos ratos en compañía de una señora que bien podía ser mi bisabuela. Como de costumbre, la gente juzgaba apoyándose en burdas apariencias. Aquella alma sobre la cual habían pasado setenta años era tan impermeable a la experiencia que conservaba intactas, sin la molesta inquietud, todas las frescuras de la adoles-

*cencia, y, junto a ellas, la santa necesidad del árbol frutal que se cubre de dones para ofrendarlos maduros por la gracia del cielo. Su trato, como la oración en labios de los místicos, sabía descubrirme horizontes infinitos e iba satisfaciendo ansias misteriosas de mi espíritu. No creo, por lo tanto exagerar al decir no sólo que la quería, sino que la amaba y que como en todo amor bien entendido, en su principio y en su fin, me buscaba a mí misma. Para mis pocos años aquella larga existencia fraternal, en la cual se encerraban aventuras de viajes, guerras, tristezas, alegrías, prosperidades y decadencias, era como un museo impregnado de gracia melancólica, donde podía contemplar a mi sabor todas las divinas emociones que la vida, por previsión bondadosa, no había querido darme todavía, bien que a menudo, por divertirse quizás con mi impaciencia, me las mostrase desde lejos sonriendo y guiñando los ojos maliciosamente. Yo no sabía aún que, a la inversa de los poderosos y los ricos de este mundo, la vida es espléndida no por lo que da, sino por lo que promete. Sus numerosas promesas no cumplidas me llenaban entonces el alma de un regocijo incierto. Sin sospecharlo me iba a buscarlo a todas horas en la paz de los paisajes campesinos, en los ratos propicios en que florece el ensueño, en el mundo indefinido de la música o los versos y en el encanto que emana dulcemente de las cosas e historias de otros tiempos. Como Mamá Blanca poseía el don precioso de evocar narrando y tenía el alma desordenada y panteísta de los artistas sin profesión, su trato me conducía fácilmente por amenas peregrinaciones sentimentales. En una palabra: Mamá Blanca me divertía. He ahí la razón poderosa por lo egoísta de mi apego y continuas visitas.*

*Con sus pobres dedos temblorosos y sin mayor escuela, tocaba el piano con intuición maravillosa. A los pocos días de habernos hecho amigas, comprendió el largo, cotidiano obsequio de darme lecciones, sentadas las dos todas las tardes ante su piano viejo. Después de las clases, merendando juntas, solía decirme a guisa de otro gentil regalo:*

*—Siempre le pedí a Dios que entre los hijos me mandara siquiera una sola hijita. Como es terco y le gusta hacer milagros cuando no lo molestan, me la mandó ahora: a los setenta años.*

*Debo advertir que Mamá Blanca, cuyo amor maternal, traspasando los límites de su casa y su familia, se extendía sin excepción sobre todo lo amable: personas, animales o cosas, vivía sola como un ermitaño y era pobre como los poetas y las ratas. A la muerte de su marido se había dado a malgastar su fortuna realizando los más perseverantes y lamentables negocios de bolsa. Su amor a cierto fausto magnífico y futuro, dentro del cual, entre damascos y púrpuras, repartía dádivas a manos llenas como frutos cosechados sin esfuerzo en una tierra de promisión, la había impulsado a ello. De modo que si sus especulaciones fallidas no le dieron nunca a probar el sabor de la riqueza, que es deslavazado y fértil en desencantos, le regalaron, en cambio, generosamente, por virtud bendita de la imaginación, la parte verdaderamente esplendorosa, la del ideal, la misma que en el evangelio se*

apresuró a tomar María. Ahora, en su pobreza, fiel a su gentil vicio, jugaba a la lotería.

Sus hijos se condolían de tanto aislamiento dentro de tanta estrechez e insistían para que fuese a habitar al lado de uno u otro en sus cómodas y más o menos bien decoradas casas. Mamá Blanca respondía obstinadamente:

—¡Los viejos estorban! Cuando quieran verme, vengan todos a todas horas: ahí tienen mi puerta de zaguán, que, como buena puerta de pobre, siempre está abierta.

«Los viejos estorban» era un subterfugio. Su abnegación maternal, siempre alerta para acudir a reclamar la mitad de cualquier tristeza o contratiempo, no había logrado anular en ella su sagrado horror por todo aquello que significase vulgaridad. Me refiero especialmente a la vulgaridad del alma. Las nueras de Mamá Blanca, muy unidas entre sí, gracias a la necesidad absoluta de vivir rivalizando, educadas casi todas en Europa, hablaban bien varios idiomas, viajaban mucho, hacían sport, no se vestían mal, cifraban su honor en el brillo más o menos deslumbrante de sus relaciones y se avergonzaban con discreción de aquella suegra que vivía en una casa con pisos de ladrillo, junto a una vieja sirvienta mal vestida y que, por otro lado, ni era inteligente, ni era instruida. Mamá Blanca, cuyos ruidosos fracasos en todo lo que representase éxito material le habían conquistado aquella sólida reputación de poca inteligencia, atrincheraba tras su pobrecito francés aprendido en Olen-dorff, el más estupendo temperamento de artista y una exquisita, sutil inteligencia, que más aún que en los libros se había nutrido en la naturaleza y en el saborear cotidiano de la vida. Estas eran las causas por las cuales, con amable ironía ante el peligro de sus nueras, había sabido encerrarse en su casa de ladrillos y en su torre de marfil: «los viejos estorban».

Sus hermosos ojos negros, que en el marco del rostro tan gentilmente marchito no perdieron nunca el fuego de la juventud, brillaban a menudo con chispazos de malicia y sus palabras, que eran armoniosas tanto por la musicalidad del tono cuanto por la gracia infinita del pensamiento, mezclaban con sazónada medida la ternura a la ironía.

Su burlaba afectuosamente de todo porque su alma sabía que la bondad y la alegría son el azúcar y la sal indispensables para aderezar la vida. A cada cosa le ponía sus dos granitos.

Yo creo que jamás reina ninguna llevó su manto de brocado y de armiño con la noble soltura con que Mamá Blanca llevaba su pobreza. Aseguraba que había aprendido tal arte en su más tierna infancia y en el ejemplo de un viejo pariente a quien llamaba Primo Juancho. Siempre pulcra, su amor a todo lo que fuese placer de la vista la inducía a disimular con multitud de ardidés, en muebles y en objetos, las injurias del uso o de los accidentes, para luego, cuando viniese el caso, descubrir el engaño por medio de una frase salpicada de ingenio.

Un día, como se le rompiese en forma irremediable y muy visible un jarrón de porcelana antigua que servía de envase a una de sus plantas preferi-



das, cubrió la parte superior, que era la maltrecha, atando en contorno y como mejor pudo un pañuelo de seda escocesa. Luego, alejándose unos pasos, contempló y comentó el desacierto de su trabajo interrogando al jarrón con gran dulzura:

—Pobre viejo: ¿Tienes dolor de cabeza?

El jarrón, en efecto, adquirió para siempre un aspecto humano de humilde y cómica resignación.

Llena de fe cristiana, trataba a Dios con una familiaridad digna de aquellos artífices de los primeros siglos de la Iglesia, quienes rebosantes de celo, para bien demostrar a los fieles la Ira Santa y la Sagrada Justicia del Señor, no vacilaban en tallarlos en piedra tirándose de las barbas o arrojando a Adán del Paraíso por medio de un acertado puntapié. Pero el Dios de Mamá Blanca no se indignaba nunca ni era capaz del menor acto de violencia. A menudo sordo, siempre distraído, presidía sin majestad un cielo alegre, lleno de flores en el cual todo el mundo lograba pasar adelante por poco que le argumentasen o le llamasen la atención haciéndole señas cariñosas desde la puerta de entrada.

La música fue siempre la gran pasión de su vida. Cuando sentada al piano lograba apresar entre sus dedos la corriente de comunión divina que une al compositor con el ejecutante, al igual de los santos en éxtasis, se alejaba de la Tierra y se transfiguraba. En tales momentos, la realidad, por apremiante que fuera, no existía.

Una vez, hallándose perdida y feliz en el sutil laberinto de un Claro de Luna, de Beethoven, vinieron a avisarle que un individuo, de quien era acreedora, después de continuas diligencias y demandas realizadas por sus hijos, llegaba finalmente a saldar su deuda, entregando el dinero en propias manos. Al oír el anuncio lanzado por la vieja sirvienta desde el umbral de la sala, Mamá Blanca volvió apenas la cabeza y respondió con una severidad sólo empleada en tales casos:

—He dicho ya mil veces que no me molesten nunca, bajo ningún pretexto, cuando estoy en el piano.

—Dice que... —iba a replicar la sirvienta.

—Dice ¡nada! —interrumpió Mamá Blanca—; que vuelva otro día.

Y siguió vagando dichosa por su etérico laberinto, bajo la luna. Inútil es advertir que el deudor renuente no volvió jamás y que Mamá Blanca, ya de regreso a la Tierra, deploró mucho tiempo, casi entre lágrimas, semejante coincidencia.

Los achaques de su piano, cuyas cuerdas gastadas se resistían de tiempo en tiempo a sonar como es debido, la hacían sonreír de indulgencia en atención a tan larga fidelidad herida por fin de decadencia. Sus propias deficiencias la llenaban de un suave desencanto que florecía en consejos si, dado el caso, yo me hallaba sentada a su lado. En tal circunstancia, cesaba la pieza comenzada, se quitaba los anteojos, apoyaba los codos en el teclado, cruzaba sus manos salpicadas por las manchas del tiempo y me decía en voz de con-

*fidencia, señalando con los ojos el nombre del compositor, en el libro abierto sobre el piano:*

—¿Tú ves? Yo hubiera llegado hasta él porque lo comprendo, pero no lo alcanzo. Estos dedos viejos no me ayudan ni me ayudaron nunca, porque en mi tiempo, hijita, no se usaba aprender con fundamento. Aprende, aprende tú para que gobiernes en las notas, no vengan ellas a gobernarte a ti. Oyelo bien y no lo olvides: este es el único mando que da ventajas y no deja remordimientos ni busca enemigos.

¡Sí! Tú hubieras gobernado en las notas y en otros muchos reinos que no son de este mundo, Mamá Blanca, porque tú tenías genio, nadie lo sospechó nunca, y fue sin duda esa ignorancia de la opinión ajena la que purificó tu alma del más leve soplo de vulgaridad, como un nuevo bautismo de belleza y de gracia.

*Una mañanita de abril, muy temprano, como quien se marcha a una excursión campestre, ante el suave concierto que formaban juntos el surtidor de la pila y el par de los pajaritos saltando sobre el alero, sin dolor ni quejas, Mamá Blanca se fue dulcemente camino de aquel cielo que durante la vida había tenido el buen cuidado de arreglar a su gusto: ¡tan propicio a la íntima alegría! Ya dormida, sus ojos entreabiertos por una inmóvil sonrisa, cantaban a lo lejos en el coro de los Bienaventurados. Cuando el ataúd, ligero y florido como su espíritu, pasó sin dificultad por la puerta del zaguán, el ángulo final que se ofreció a la vista pareció exclamar desde la altura dirigiéndose a todos los de adentro:*

—¡Adiós, hasta después, y dispensen la molestia!

*Como tanto me lo había recomendado, una vez ya ausente me apresuré a reclamar cierto manuscrito misterioso que se hallaba dentro de su armario y en el cual, durante su vida y sus ratos perdidos, solía trabajar clandestinamente, como el niño que juega con objetos destinados a más graves empleos. Sabiendo de antemano que estaría yo siempre de buen grado a la sombra de su espíritu, me había dicho repetidas veces:*

—Ya sabes, esto es para ti. Dedicado a mis hijos y nietos, presiento que de heredarlo sonreirían con ternura diciendo: «Cosas de Mamá Blanca», y ni siquiera lo hojearían. Escrito, pues, para ellos, te lo legaré a ti. Léelo si quieres, pero no lo enseñes a nadie. Me dolía tanto que mis muertos se volvieran a morir conmigo que se me ocurrió la idea de encerrarlos aquí. Este es el retrato de mi memoria. Lo dejo entre tus manos. Guárdalo con mi recuerdo algunos años más.

*Y guardado, en efecto, han pasado por él varios años.*

*Siendo indiscreción tan en boga la de publicar Memorias y Biografías cortando aquí, añadiendo allá, según el capricho de biógrafos y editores, no*

he podido resistir más tiempo a la corriente de mi época y he emprendido la tarea fácil y destructora de ordenar las primeras cien páginas de estas Memorias, que Mamá Blanca llamó «retrato de su memoria», a fin de darlas a la publicidad. Como se ha visto, quien las escribió sólo fue célebre ante el afecto conmovido de mi alma. Esta es, sin duda, la única originalidad que ofrecen sobre las demás. Mientras las disponía, he sentido la mirada del público lector, fija continuamente sobre mí, como el ojo del Señor sobre Caín. No es de extrañar que, perdida su primera frescura, hayan adquirido ya una pretensión belada y simétrica, condición fatal que rige casi todo escrito destinado a la imprenta. Queriendo condensar y aspirando a corregir, he realizado una siega funesta. Como bandada de mariposas perseguidas, las frases originales han dejado sobre las viejas páginas sus pintadas alas: las alas de la vida. En el nuevo manuscrito son muy pocas las que vuelan todavía. Sin ejercer como yo la profesión de las letras, Mamá Blanca escribía con el gracioso abandono de esos autores cuyas hojas de libro corren ligeras sobre los años y nunca se marchitan. Tal observación la había hecho ya más de una vez leyendo sencillas cartas de personas que jamás aspiraron a entrar en el templo solemne de la literatura, por lo cual he deducido con melancolía que esta necesidad imperiosa de firmar un libro no es hierba que nos brota por la fuerza del talento, sino quizá, quizá, por la debilidad del espíritu crítico. Sé de antemano que la mayoría de mis colegas y lectores contemporáneos no han de reprocharme la poda hecha en terrenos de naturalidad y limpidez, sino acaso por lo que encierra de incompleta. Sensible a la aprobación, tal seguridad me regocija. En nuestros días, el ingenio alerta suele realizar en la sombra, entre formas desapacibles y a espaldas de la naturaleza, obras de un esplendor hermético. Para llegar hasta ellas, es preciso forcejear mucho tiempo, hasta abrir siete puertas con siete llaves de oro. Cuando se logra penetrar en el último recinto, se contempla con extenuación un punto interrogante velado y suspendido en el vacío. Por lo que me atañe, puedo asegurar, con la dulce satisfacción del deber cumplido, que he llevado siempre a exposiciones cubistas y a antologías dadaístas, un alma vestida de humildad y santidad de fe: lo mismo que en las sesiones espíritas, no he visto ni oído a mi alrededor sino la oscuridad y el silencio.

La escuela de lo hermético, unida a la falta de tiempo, condición que gobierna todas las horas de nuestros días, ha logrado colocar los placeres del espíritu y las sonrisas de la idea al alcance de nadie. Creo que por medio de esta alianza, combinada con la multiplicación de las máquinas, se inicia la etapa final de nuestra Redención, que consiste, a mi entender, en matar el pensamiento con la fuerza hercúlea del pensamiento. Adán y Eva pecaron por soberbia de la inteligencia. Como represalia, Dios encerró en ella la mayoría de nuestros dolores y miserias. Libre de la inteligencia y de sus goces maléficos, la humanidad se verá libre de una especie de cofre lleno de serpientes. Como la muerte, negación de todo malestar y nuestro principal castigo, sólo es adversa por la imagen horrible que la idea nos refleja obsti-

*nadamente en su espejo perverso, roto el espejo, maldita entre las serpientes, perecerá la muerte y viviremos por fin con la serena confianza de los vegetales y los dioses. Mamá Blanca amaba la sana alegría y buscaba con pasión la dicha ajena. Ante esta iniciativa de publicar sus Memorias deformadas comprenderá sin duda que deseo llevar así mi granito de arena al dichoso remate de nuestra Redención y aprobará conmovida...*

*Pero no. Escribiendo la frase final he visto acercarse a mi mesa la sombra de la eterna viajera. Con la seña del silencio impresa sobre una triste sonrisa ha susurrado a mi oído en tono de suave reprimenda:*

*—¡Chst! basta de vanos argumentos. Hablas demasiado. ¿Por qué no aprendiste con mi piano viejo a errar sin disculparte? Mi memoria retrataba la vida, que es desaliñada, graciosa y torcida. La exhibes corregida en una forma que muy triste es asentirlo: no la favorece. Después de pecar por desobediencia y temeridad, como la mujer de Lot, me has negado varias veces por respeto humano, lo mismo que San Pedro. Podría decirte muy severamente: «Vete y no peques más», si no fuese porque juzgo imprudente anatematizar el pecado con demasiada violencia. Proscrito del mundo, su absoluta ausencia podría dejar tras él una aridez de desierto, pues, ¿qué valdría ya la vida sin la gracia del perdón y la indulgencia?*

## BLANCA NIEVES Y COMPAÑIA

BLANCA NIEVES, la tercera de las niñas por orden de edad y de tamaño, tenía entonces cinco años, el cutis muy trigüeño, los ojos oscuros, el pelo muy negro, las piernas quemadísimas de sol, los brazos más quemados aún, y tengo que confesarlo humildemente, sin merecer en absoluto semejante nombre, Blanca Nieves era yo.

Siendo inseparables mi nombre y yo, formábamos juntos a todas horas un disparate ambulante que sólo la costumbre, con su gran tolerancia, aceptaba indulgentemente sin hacer ironías fáciles ni pedir explicaciones. Como se verá más adelante, la culpa de tan flagrante disparate la tenía Mamá, quien por temperamento de poeta despreciaba la realidad y la sometía sistemáticamente a unas leyes arbitrarias y amables que de continuo le dictaba su fantasía. Pero la realidad no se sometía nunca. De ahí que Mamá sembrara a su paso con mano pródiga profusión de errores que tenían la doble propiedad de ser irremediables y de estar llenos de gracia. «Blanca Nieves» fue un error que a mis expensas, durante mucho tiempo, hizo reír sin maldad a todo el mundo. Violeta, la hermanita que me llevaba trece meses, era otro error de orden moral mucho mayor todavía. Pero eso lo contaré más adelante. Básteme decir, por ahora, que en aquellos lejanos tiempos mis cinco hermanitas y yo estábamos colocadas muy ordenadamente en una suave escalerilla que subía desde los siete meses hasta los siete años, y que desde allí, firmes en nuestra escalera, reinábamos sin orgullo sobre toda la creación. Esta se hallaba entonces encerrada dentro de los límites de nuestra hacienda Piedra Azul, y no tenía evidentemente más objeto que el de alojarnos en su seno y descubrir diariamente a nuestros ojos nuevas y nuevas sorpresas.

Desde el principio de los tiempos, junto a Mamá, presididas por Papá, especie de deidad ecuestre con polainas, espuelas, barba castaña y sombrero

alón de jipijapa, vivíamos en Piedra Azul, cuyos fabulosos linderos ninguna de nosotras seis había traspasado nunca.

Además de Papá y de Mamá, había Evelyn, una mulata inglesa de la isla de Trinidad, quien nos bañaba, cosía nuestra ropa, nos regañaba en un español sin artículos y aparecía desde por la mañana muy arreglada con su corsé, su blusa planchada, su delantal y su cinturón de cuero. Dentro de su corsé, bajo su rebelde pelo lanudo, algo reluciente y lo más liso posible, Evelyn exhalaba a todas horas orden, simetría, don de mando, y un tímido olor a aceite de coco. Sus pasos iban siempre escoltados o precedidos por unos suaves chss, chss, que proclamaban en todos lados su amor al almidón y su espíritu positivista adherido continuamente a la realidad como la ostra está adherida a la concha. Por oposición de caracteres, Mamá admiraba a Evelyn. Cuando ésta se alejaba dentro de su aura sonora, con una o con dos de nosotras cogidas de la mano, era bastante frecuente el que Mamá levantara los ojos al cielo y exclamara dulce e intensamente en tono de patética acción de gracias y cantando muchísimo las palabras, cosa que era en ella forma habitual e invariable de expresar sus pensamientos:

—¡Evelyn es mi tranquilidad! ¡Qué sería de mí sin ella!

Según supe muchos años después, Evelyn, «mi tranquilidad», se había trasladado desde Trinidad hasta Piedra Azul, con el objeto único y exclusivo de que las niñas aprendieran inglés. Pero nosotras ignorábamos semejante detalle, por la sencilla razón de que en aquella época, a pesar de la propia Evelyn, no teníamos aún la más ligera sospecha de que existiera el inglés, cosa que a todas luces era una complicación innecesaria. En cambio, por espíritu de justicia y de compensación cuando Evelyn decía indignada:

—Ya ensuciaste vestido limpio, terca, por sentarte en suelo.

Nosotras no le exigíamos para nada los artículos, los cuales, al fin y al cabo, tampoco eran indispensables.

Al lado de Evelyn, formando a sus órdenes una especie de estado mayor, había tres cuidadoras que la asistían en lo de bañarnos, vestirnos y acostarnos y se reemplazaban tan a menudo en la casa que hoy sólo conservo mezclados y vaguésimos recuerdos de aquellos rostros negros y de aquellos nombres tan familiares como inusitados: Hermenegilda... Eufemia... Pastora... Armanda... Independientes del estado mayor había las dos sirvientas de adentro: Altagracia, que servía la mesa, y Jesusita, que tendía las camas y «le andaba en la cabeza» a Mamá durante horas enteras, mientras ella, con su lindo y ondulado pelo suelto, se balanceaba imperceptiblemente en la hamaca.

En la cocina, con medio saco viejo prendido en la cintura a guisa de delantal y un latón oxidado en la mano a guisa de soplador, siempre de mal humor, había Candelaria, de quien Papá decía frecuentemente saboreando una hallaca o una taza de café negro: «De qui se puede ir todo el mundo menos Candelaria». Razón por la cual los años pasaban, los acontecimientos se sucedían y Candelaria continuaba impertérrita con su saco y su latón, transportando

de la piedra de moler al colador del café, entre violencias y cacerolas, aquella alma suya eternamente furibunda.

Por fin más allá de la casa y de la cocina había el mayordomo, los medianeros, los peones, el trapiche, las vacas, los becerritos, los mangos, el río, las mariposas, los horribles sapos, las espantosas culebras semilegendarias y muchas cosas más que sería largo de enumerar aquí.

Como he dicho ya, nosotras seis ocupábamos en escalera y sin discusión ninguna el centro de ese Cosmos. Sabíamos muy bien que empezando por Papá y Mamá hasta llegar a las culebras, después de haber pasado por Evelyn y Candelaria, todos, absolutamente todos, eran a nuestro lado seres y cosas muy secundarias creadas únicamente para servirnos. Lo sabíamos las seis con entera certeza y lo sabíamos con magnanimidad, sin envanecimiento ninguno. Esto provenía quizás de que nuestros conocimientos, siendo muy claros y muy arraigados, estaban limitados a nuestros sentidos, sin que jamás se aventuraran a traspasar por soberbia o ambición las fronteras de lo indispensable. ¡Tan cierto es que los conocimientos vanos crean los deseos vanos y crean las almas vanas! Nosotras, al igual de los animales, carecíamos amablemente de unos y de otros.

Nuestra situación social en aquellos tiempos primitivos era, pues, muy semejante a la de Adán y Eva cuando, señores absolutos del mundo, salieron inocentes y desnudos de entre las manos de Dios. Sólo que nosotras seis teníamos varias ventajas sobre ellos dos. Una de esas ventajas consistía en tener a Mamá, quien, dicho sea imparcialmente, con sus veinticuatro años, sus seis niñas y sus batas llenas de volantes, era un encanto. Otra ventaja no menos agradable era la de desobedecer impunemente comiéndonos a escondidas, mientras Evelyn almorzaba, el mayor número posible de guayabas sin que Dios nos arrojara del Paraíso cubriéndonos de castigos y de maldiciones. El pobre Papá, sin merecerlo ni sospecharlo, asumía a nuestros ojos el papel ingrátísimo de Dios. Nunca nos reprendía; sin embargo, por instinto religioso, rendíamos a su autoridad suprema el tributo de un terror misterioso impregnado de misticismo.

Por ejemplo: si Papá estaba encerrado en su escritorio, y nosotras las cinco, sabíamos andar ignorando este detalle, nos sentábamos en el pretil contiguo a aquel sanctasanctorum y allí en hilera levantando a una vez todas las piernas, gritábamos en coro: «Riqui-riqui-riqui-rrán los maderos de San Juan . . .». Una voz poderosa y bien timbrada, la voz de Papá, surgía inesperadamente de entre los arcanos del escritorio:

—¡Que callen a esas niñas! ¡Que las pongan a jugar en otra parte!

Enmudecidas como por ensalmo, nos quedábamos inmóviles durante unos segundos, con los ojos espantados y una mano extendida en la boca hasta salir por fin, todas juntas, en carrera desenfrenada hacia el extremo opuesto del corredor, como ratones que hubiesen oído el maullido de un gato.

Por el contrario: otras veces nos subíamos en el columpio que atado a un árbol de pomarrosas tendía sus cuatro cables frente a aquel ameno rincón del

corredor donde entre palmas y columnas se reunían la hamaca, el mecedor y el costurero de Mamá. En pie todas juntas en nuestro columpio, agarrándonos a sus cuerdas o agarrándonos unas a otras, nos mecíamos lo más fuertemente posible, saludando al mismo tiempo la hazaña con voces y gritos de miedo. Al punto, esponjadísima dentro de su bata blanca cuajada de volantes y encajitos, asistida por Jesusita, con el pelo derramándose en cascadas y con la última novela de Dumas padre en la mano, del seno de la hamaca, surgía Mamá:

—¡Niñitas, por amor de Dios: no sean tan desobedientes! ¡Bájense dos o tres por lo menos de ese trapecio! Miren que no puede con tantas y que se van a caer las más chiquitas! ¡Bájense, por Dios; háganme el favor, bájense ya! ¡No me molesten más! ¡No me mortifiquen!

Nosotras, arrulladas por tan suaves cadencias y prolongados calderones, tal cual si fueran las notas de un cantar de cuna, seguíamos marcando a su compás nuestro vaivén: Arriba . . . , abajo . . . , arriba . . . , abajo . . . , y encantadas desde las cumbres de nuestro columpio y de nuestra desobediencia enviábamos a Mamá durante un rato besos y sonrisas de amor, hasta que al fin, atraída por los gritos, llegaba Evelyn y: chss, chss, chss, se acercaba al columpio, lo detenía y así como se arrancan las uvas de un racimo maduro nos arrancaba una a una de sus cuerdas y nos ponía en el suelo.

Cuando Mamá se iba a Caracas en una calesa de dos caballos, acontecimiento desgarrador que ocurría cada quince o dieciséis meses, para regresar al cabo de tres semanas de ausencia, tan delgada como se había ido antes, y con una niñita nueva en la calesa de vuelta, tal cual si en realidad la hubiera comprado al pasar por una tienda, cuando Mamá se iba, digo, durante aquel tristísimo interregno de tres y hasta más semanas, la vida, bajo la dictadura militar de Evelyn, era una cosa desabridísima, sin amenidad ninguna, toda llena de huecos negros y lóbregos como sepulcros.

Pero cuando en las mañanas, a eso de las nueve, llegaba el muchacho de la caballeriza, conduciendo a Caramelo, el caballo de Papá, y éste, a lo lejos, sentado en una silla con una pierna cruzada sobre la otra se calzaba las espuelas, nosotras nos participábamos alegremente la noticia:

—¡Ya se va! ¡Ya se va! Ya podemos hacer riquirriqui en el pretil.

Decididamente entre Papá y nosotras existía latente una mala inteligencia que se prolongaba por tiempo indefinido. En realidad no solíamos desobedecerle sino una sola vez en la vida. Pero aquella sola vez bastaba para desunirnos sin escenas ni violencias durante muchos años. La gran desobediencia tenía lugar el día de nuestro nacimiento. Desde antes de casarse, Papá había declarado solemnemente:

—Quiero tener un hijo varón y quiero que se llame como yo, Juan Manuel.

Pero en lugar de Juan Manuel, destilando poesía, habían llegado en hilera las más dulces manifestaciones de la naturaleza: «Aurora»; «Violeta»; «Blanca Nieves»; «Estrella»; «Rosalinda»; «Aura Flor»; y como Papá no era poeta, ni tenía mal carácter, aguantaba aquella inundación florida, con una confor-



midad tan magnánima y con una generosidad tan humillada, que desde el primer momento nos hería con ellas en lo más vivo de nuestro amor propio y era irremisible: el desacuerdo quedaba establecido para siempre.

Sí, mi señor don Juan Manuel, tu perdón silencioso era una gran ofensa, y, para llegar a un acuerdo entre tus seis niñitas y tú, hubiera sido mil veces mejor el que de tiempo en tiempo les manifestaras tu descontento con palabras y con actitudes violentas. Aquella resignación tuya era como un árbol inmenso que hubieras derrumbado por sobre los senderos de nuestro corazón. Por eso no te quejes si, mientras te alejabas bajo el sol, hasta perderte allá entre las verdes lontananzas del corte de caña, tu silueta lejana, caracoleando en Caramelo, coronada por el sombrero alón de jipijapa, vista desde el pretil, no venía a ser más sensible a nuestras almas que la de aquel Bolívar militar, quien a caballo también, caracoleando como tú sobre la puerta cerrada de tu escritorio, desde el centro de su marco de caoba y bajo el brillo de su espada desnuda, dirigía con arrogancia todo el día la batalla gloriosa de Carabobo.

## VIENEN VISITAS

Espero que ninguno de ustedes se haya reído, al escuchar la lista de nuestros nombres, lista incompleta, puesto que en el momento histórico a que me refiero no se había terminado todavía. Refirse de nuestros nombres por muy risibles que sean indicaría poco espíritu de adaptación. Es cierto que a nosotras casi nunca nos quedaron buenos, pero en cambio a Mamá, nacida por el año 1831, le quedaban todos admirablemente. Al bautizarnos se adornaba con ellos como si fueran encajes o lazos de cinta, y se contemplaba después a cada rato llena de satisfacción. Porque Mamá era bonita, Mamá era presumidísima y con permiso de ustedes, señores clásicos simbolistas y futuristas, Mamá era una romántica avanzada de la más pura estirpe. Le encantaban las flores artificiales, el terciopelo aunque hiciera calor, el crujido de la seda, y cualquier libro, prosa o verso, en donde las metáforas se ahuecaban unas tras otras muy ordenadamente, como se ahuecan los borreguitos de nube en los cielos azules del verano. Casi lloraba de nostalgia y de melancolía al recitar aquello de:

*Cuánto amor, Adela mía,  
aquí un día  
me juraste y te juré . . .*

Mamá tenía el alma llena de cursilerías deliciosas. Eran ellas su principal encanto. Transparentes como el agua, como frutas maduras se ofrecían cándi-

damente al alcance de la mano. Por eso más que por nada, diferían de las cursilerías futuristas, pongo por caso, que se encierran con llave, soberbia y cobardemente, dentro de las fortalezas inexpugnables de un estoicismo pedregoso, y allí, sin que nadie vaya nunca a decirles buenos días, se mueren solas de orgullo y de inanición.

Mamá era, pues, una romántica sin cobardía y sin saberlo. De obedecer a mi natural impulso, mirándola pasar allá, por el lejano país de mis recuerdos, con su bata blanca, su abanico de paja, y sus lazos azules o rosados, no diría de ningún modo que ella trató nunca de imitar a los románticos; afirmarí, por el contrario, que los románticos trataron siempre de imitarla a ella. Yo creo que como el tabaco, la piña y la caña de azúcar, el Romanticismo fue una fruta indígena que creció dulce, espontánea y escondida entre las languideces coloniales, y las indolencias del trópico hasta fines del siglo XVIII. Hacia esa época, Josefina Tascher sin sospecharlo, tal cual si fuera un microbio ideal, se lo llevó enredado en los encajes de una de sus cofias, contagió así a Napoleón, en aquella forma aguda que todos conocemos y poco a poco las tropas del Primer Imperio, secundadas por Chateaubriand, propagaron la epidemia a todas partes. Digan lo que quieran, burlense o no, yo aseguro que Mamá y Napoleón se parecieron mucho. ¿Hay algo si no más semejante al afán inmoderado con que Napoleón iba sentando a sus hermanos uno a uno en los más encumbrados tronos de Europa que aquel otro afán, inmoderado también, con que Mamá, una a una, iba sentando a sus niñitas en las más afamadas obras de la Creación? Ser Estrella, Aurora, o Blanca Nieces, ¿no equivale mil veces, desde cierto punto de vista, a ser rey de España, de Nápoles o de Holanda? Sólo que la pobre Mamá emprendía la conquista de sus tronos sin arreos militares y sin sacrificios de vidas. Se iba, como he dicho, ya, caminando muy poco a poco, en una calesa de dos caballos, con su crinolina anchota de tafetán, su manteleta de muselina y una capotica llena de cerezas, que ataba bajo la barba con un gran lazo de cinta. Al arrancar el coche, sacaba una mano que tenía un mitón de seda y pronunciaba así su única arenga:

—¡Adiós, mis amores! ¡Adiós, mis linduritas! ¡Obedezcan mucho! ¡Pórtense todas muy bien, que yo vuelvo a la tarde y les traeré caramelos!

¡Ah, su obra de paz había de ser mucho más duradera y nuestros reinados que nunca fueron frutos de la usurpación, iban a dilatarse suavemente, ignorados y felices a lo largo de nuestras diversas existencias!

De tiempo en tiempo llegaban visitas a Piedra Azul. Visitas que venían a almorzar, o visitas que venían a pasar algunos días. Estas últimas eran por lo común tíos, primos o amigos íntimos de Papá y Mamá, viejas amistades en suma, cuyos rostros familiares no llegaban a asustarnos. Pero ¡ay! las visitas que venían a almorzar. Aquello era terrible. Empezaba porque Evelyn nos bañaba y nos vestía a todas desde muy temprano, y después de recomendarlos varias veces muy severamente que no jugáramos con tierra, ni nos entretuviéramos en meter un pie dentro del barreño de beber las gallinas,

para mayor seguridad acababa por encerrarnos en una gran pieza esterada entre cuyos ámbitos nuestra limpieza quedaba firmemente garantizada. Allí en la feliz ignorancia de lo que nos esperaba, dentro de unos pantalones que avanzaban con insolencia y candor hasta la orilla de las botas, y unas faldas tiesas y anchísimas mucho más cortas que los pantalones, tal cual si fuéramos un rebaño de azucareras o de compoteras invertidas, nos paseábamos con orgullo de un lado a otro. Por fin, llegaban las visitas. Al divisarlas, corríamos todas a ponernos de espaldas en un rincón, la frente obstinadamente adherida a la pared, o nos cubríamos el rostro con los brazos cruzados y apretadísimos en actitud de supremo pudor que nadie elogiaba. Mamá decía cantando y calderoneando más que nunca:

—¡Si es que son unas montunas! ¡Son unas mismas salvajes! ¡le tienen pena<sup>1</sup> a sus propias sombras! ¡Figúrense que nunca han salido de la hacienda!

Yo no sé cuál de las dos cosas nos impresionaba más: si el espectáculo aterrador de aquellos rostros desconocidos, que nos hablaban sonriendo y querían a toda costa besarnos y vernos la cara, o si la actitud inusitada que desde el primer momento, al solo anuncio de las visitas, asumía Mamá. ¡Ah, es que Mamá era el colmo de la amabilidad! Su don de gentes, contenido de ordinario dentro de los cuatro corredores de la casa de Piedra Azul, se desbordaba impetuoso a la primera oportunidad y era sencillamente un torrente, un diluvio universal de finuras, sonrisas, obsequios y cumplidos. Al igual de nosotras, ella también se vestía desde temprano, y agitadísima empezaba a recorrer la casa descubriendo manchas a diestra y siniestra, cambiando los tapetes de las mesas y poniendo ramos de flores en todas partes.

Papá era el único que permanecía impassible con el mismo vestido y el mismo aspecto de todos los días. Sentado en un mecedor, contemplando la agitación y el continuo arreglarse de Mamá, entre serio y sonriente, entre nervioso y burlón, comentaba así aquella especie de representación teatral:

—¡Ya empiezan, ya empiezan las monerías! Contigo no sería de extrañar, Carmen María, que el día menos pensado las visitas se encontrarán con un ramo de flores, un paño bordado y un plato de dulces en . . .

Y Papá nombraba un lugar de la casa que no suele mencionarse en sociedad, como estamos nosotros ahora.

Pero Mamá no tomaba en cuenta las ironías de Papá. Su amabilidad firme y bien asentada tenía raíces demasiado hondas, para que burlas e ironías llegasen a rozarla siquiera. Mamá era amable por generosidad de alma, era amable por adornarse a sí misma, y era amable además porque, teniendo quince años menos que Papá, no había descubierto todavía que en las batallas de amabilidad, como en todas las batallas, es mucho más airoso el enviar que el recibir y que el más amable abusa horriblemente de su contrincante al tomar para sí la mejor parte.

Después de habernos obstinado pudorosamente en que las visitas no nos

<sup>1</sup>Véase la lista de americanismos que se publica al final de estas *Memorias*.

vieran la cara, cuando estábamos bien convencidas de que nadie se ocupaba ya de nosotras, corríamos a escondernos tras una de las puertas de la sala, y allí, ignoradas de todos, entre risas o suspiros apagados, contemplábamos a nuestra sabor la representación.

Aseguro a ustedes que no era un espectáculo trivial el de ver a Mamá, llena de lazos, con la boca florecida de cumplidos, y los ojos levantados al cielo, sirviendo poco a poco, de un jarro de cristal, en donde flotaban cortezas de piña, unas doradas copas de guarapo fuerte, que iba distribuyendo después entre languideces y sonrisas. Las visitas las tomaban de sus manos, las probaban con la punta de los labios y en lugar de decir con desabrimiento y pretensión, como se dice ahora:

—Este *cocktail* de champagne es delicioso —declaraban llenos de nobleza y sencillez:

—Este guarapo fuerte está magnífico.

Mamá, encantada, insistía naturalmente para que bebieran más, y eran tales las insinuaciones, y tantas las sonrisas, que por lo que a mí respecta confieso sinceramente que tenía ganas de llorar a gritos. Me dolía muchísimo el comprobar por la rendija de la puerta aquel amor desmedido que Mamá profesaba a las visitas, y sentía una necesidad violenta de desahogar mis celos entre gemidos y lágrimas. A casi todas mis hermanitas les pasaba lo mismo. De modo que junto a aquella alegría general que en la sala encendía y avivaba la inocencia del guarapo fuerte, sin que nadie lo supiese, tras de la puerta entornada, palpitaba un drama: el olvidado rebaño de compoterías sufría en silencio con un gran dolor hondo lleno de decepción y de sorpresa.

## MARIA MOÑITOS

### I

Mucho más que en su propia persona, la vanidad de Mamá había fijado su asiento en nuestras seis cabezas. Al decir «cabezas» no incluyo de ningún modo en esta palabra la parte anterior o rostro, sino que me refiero únicamente a aquella parte superior y posterior que en las personas suele estar cubierta de cabellos. Por los rostros, las cosas no anduvieron siempre muy en orden: había naricitas respingadas, ojos que podían haber sido más grandes, pestañas no muy largas y alguna que otra boca medio sin gracia. Pero si se pasaba de la frente, lo que venía después era siempre un montón de variadas maravillas. La vanidad de Mamá tenía allí mucho de donde agarrarse. Había quien llevaba sobre su persona una maraña adorable de seda bronceada; quien tenía la cabeza literalmente cuajada de sortijas brillantes y negras como azabaches; quien parecía un mismo carnerito de oro y a quien le llovía

continuamente sobre la nuca, las orejas y la frente una tempestad de crespitos castaños.

Cuando aparecían las visitas y nosotras, como he contado ya por cubrirnos el rostro, presentábamos al público todo el pelo, no realizábamos un acto de cortesía, pero estoy en cambio segurísima de que realizábamos por instinto, en secreto y misterioso acuerdo con Mamá, un acto de sabia presunción.

La gente decía trémula de sincero entusiasmo:

—¡Qué cabezas tan divinas, y todas diferentes! ¡Si parecen un coro de querubines!

Por toda contestación, nosotras nos cubríamos más y más el rostro. Ante el esfuerzo, las sortijas, bucles, marañas y crespitos temblaban tornasoleados pregonando en nombre de los rostros bellezas sin cuento, que en realidad no existían. Al explotar así la curiosidad y la credulidad del público, nos hacíamos con habilidad, en un instante, al igual de los artistas e industriales modernos, un renombre muy superior al merecido por nuestras perfecciones. Las visitas, en efecto, acababan diciendo:

—¡Qué criaturas tan lindas!

Y se iban muy convencidas sin haberlo comprobado. Mamá, bañada en agua de rosas, respondía con frases desbordantes de falsa modestia y al final, sin dar a la cosa la menor importancia, declaraba esto:

—Sí. Es verdad que tienen el pelo sedoso y crespo. Y han de saber ustedes que es enteramente natural. La única que lo tiene un poco menos rizado es Blanca Nieves, aquélla, la más trigueñita . . . , pero sus crespos . . . ¡también son naturales!

La primera frase era verdadera. En la última mi querida Mamá mentía de un modo descarado y enternecedor. Es cierto que la pobre comenzaba por encerrar tímidamente su mentira en la forma discreta del eufemismo, lo cual no deja de ser un homenaje a la verdad, y es cierto, además, que, como alguien ha dicho «el primer deber de toda mujer es el de aparecer hermosa». Al esforzarse ella en cumplir por mí mi primer deber, no podía cometer, pues, una acción reprochable, al contrario. No lo digo por disculparla: su acto era digno de elogio, tanto más si se considera aquella serie de esfuerzos admirables y cotidianos ¡tan conocidos por mí!, que su mentira encubría.

En lo tocante al cabello, la naturaleza, tan pródiga con mis hermanitas, se había conducido conmigo, sólo conmigo, lo mismo que una madrastra cruel, injusta y caprichosa. Pero como Mamá era madre, la tenía retada a una lucha sin cuartel que se renovaba todas las mañanas. Por las tardes, de dos a tres, la madrastra quedaba vencida y burlada. Si venían visitas, quedaba burlada y vencida desde las once de la mañana, y mi pobre cabello negro, en el cual no existía la más leve sospecha de una onda, por virtud del milagro maternal, ante las miradas extrañas, temblaba con gracia e hipocresía distribuido en menudos crespitos, tan enroscados como los de todo el mundo, ¡y a ver si quien no estuviera en el secreto sabía distinguir cuáles eran los falsos y cuáles los verdaderos!

Mamá sufría por la gran injusticia de la cual era yo escondida víctima. Sufría también por los minuciosos engaños que le imponía la tal injusticia, pues no era ella persona que gustase de mentir a toda hora por vicio o costumbre. No. Sólo lo hacía con entera sencillez y naturalidad en los casos en que, como éste, la mentira venía a ser indispensable.

Para luchar contra la lisura de mi cabello, Mamá desplegaba un ardor y una perseverancia admirables. Sin embargo, como a todo gran luchador, a ella también la acometía de pronto el desaliento. A veces, instalada conmigo frente al espejo, antes de ejecutar en mi pelo aquella serie de artes y oficios que voy a enumerar, apagados por un segundo ardor y perseverancia, con una voz lastimera y con el peine y la mano desmayados sobre su falda, me hacía en pleno decaimiento esta especie de reproche:

—¿Pero de dónde sacarías tú el pelo tan liso, Blanca Nieves, mi hija querida?

Como yo no sabía en absoluto de dónde lo había sacado, considerándome culpable, me excusaba tímidamente respondiendo con la misma pregunta y con la misma dulzura en la voz:

—¿Y de dónde lo sacaría de verdad, Mamaíta?

Si Mamá sufría de que yo tuviera el pelo liso, yo sufría mil veces más de que ella se empeñara en encrespármelo así, contra viento y marea. Aquél inmoderado interés por mi cabello cautivaba entre sus garras gran parte de mi tiempo y al suspenderse temible a ciertas hora del día sobre mi cabeza inocente y desondulada, cohibía mi libertad y empozoñaba mis juegos. A cada rato me parecía oír aquella frase matinal, solemne e inexorable como una sentencia:

—Blanca Nieves, ven a cogerte los moñitos.

O ésta, meridiana, solemne e inexorable como otra sentencia:

—Ven, Blanca Nieves, para hacerte los crespos.

Y las dos frases se sucedían regular y diariamente como lo revolución solar.

A más de aquella presunción, vanidad o amor a la propia belleza, fuerzas muy considerables y ya mencionadas, Mamá estaba animada por una fuerza mucho más formidable aún: la fe. Sí, señores, la fe. Mamá creía en el «bejuco de cadena». Es decir, que contra toda evidencia ella sabía muy bien que la reconocida eficacia de dicho encadenado bejuco acabaría por rizar mi cabello en un porvenir cercano y en forma natural o permanente. Esto me perdía. De allá, de muy arriba en la montaña iban expresamente todas las semanas a bajarle su adorado bejuco, el cual llegaba con un rico olor a monte y a tierra húmeda, tan grato como amenazador. Desafiando valientemente las furias de Candelaria, Mamá se iba a la cocina, lo ponía en una cacerola, le echaba agua, lo hervía y sacaba aquel té claro, que destinado a empapar me la cabeza durante ocho días consecutivos, quedaba depositado en un tazón, hasta el advenimiento de un nuevo bejuco y la elaboración de un nuevo té.

Era por lo general así, armada con el tazón, el peine y un sinfín de mariposa-

sitas de papel como solía pronunciar en la mañana su importuna sentencia. Era inútil el que mi pelo y yo le demostrásemos todos los días palpablemente la nulidad desoladora del bejuco de cadena. Ella seguía comprobando impertérrita los progresos de unas ondas numerosas e imaginarias. Y es que al amar con tantísima ternura mi desheradado pelo, resultaba natural que el alma dulce y mística de mi Mamaíta esperara confiada en la misericordia del bejuco de cadena. Aquello era en suma una especie de religión y yo era la víctima expiatoria, que ella, al igual de Abraham, sacrificaba con valor en aras de mi belleza.

Me parece que acabo de exagerar un poco al hablar de los crueles sacrificios que a los cinco años me imponían mis crespos fingidos, o lo que es lo mismo, mi arduo deber de aparecer hermosa. Tengo ciertos escrúpulos. Creo que me he dejado llevar por ese prurito tan común a todo el mundo: el deseo de brillar. He querido brillar por el sufrimiento y exaltarme en la compasión de ustedes. En el fondo no merezco tal exaltación. Mi pelo liso me imponía sacrificios, es cierto, pero si me los imponía, era para regalarme luego ratos de exquisito coloquio con personajes interesantísimos llenos de belleza física y de encantos morales. Andando por los ásperos senderos de mi pelo liso, fue como encontré al amanecer a Nuestro Señora, la amable poesía. Aunque ni entonces ni después debía yo cubrirme familiarmente con su propio manto, ella me sonreía ya, bondadosa, desde lejos, y en contestación, desde lejos también, yo le sonreía. La mutua y discreta sonrisa dura todavía.

He aquí cómo ocurrían las cosas y cómo a la amargura de la privación sucedían las dulzuras de una escondida abundancia.

A eso de la una de la tarde, mientras Evelyn almorzaba, nosotras aprovechábamos aquel resquicio de libertad para divertirnos lo más posible. Frente a la casa, bajo los árboles, ante la distraída vigilancia de Mamá, comíamos furtivamente guayabas y pomarrosas jugando al mismo tiempo a «la candelita». Sentada en un mecedor del corredor de la casa, absorta en un libro, con su abanico de paja en movimiento, Mamá levantaba de tiempo en tiempo los ojos y nos veía. En realidad era yo quien, sin parecer, la observaba a ella con atención e inquietud. De pronto, cerraba el libro y gritaba, en efecto:

—Blanca Nieves, ven a hacerte los crespos.

Pero Blanca Nieves nunca oía. Su cabeza, que, desde por la mañana, erizada de claros papillotes, parecía una alcachofa salpicada de salsa blanca, corría de árbol en árbol pidiendo aquí y allá «una candelita». Mamá esperaba pacientemente que la alcachofa se acercara un poco para repetir en voz más alta:

—Blanca Nieves ¿estás sorda? ¡Que vengas a hacerte los crespos!

Como las personas sordas no responden ni vuelven nunca la cabeza cuando se las llama, la erizada alcachofa seguía de espaldas a todo correr mordiendo

una guayaba e implorando la candelita. Mamá esperaba de nuevo unos segundos para tomar resueltamente su voz de queja:

—¿Hasta cuándo me molestas, Blanca Nieves? ¿Hasta cuándo me desesperas?

Y cantando melodiosamente su desesperación se abanicaba y se mecía con la cabeza apoyada en el respaldar del asiento. Era lo mismo que en las antiguas óperas italianas. Pero por desgracia mía y honor de la vejada obediencia, la ópera no duraba nunca más de cinco minutos. Llena de ruidos sordos, Evelyn invadía el lugar y apagando con los vendavales de su falda almidonada toda candelita, me agarraba de un brazo y me llevaba a presencia de Mamá. Sea que por temperamento nunca me halagaron las aparatosas manifestaciones de la rebeldía, sea que me parecieran contrarias a mi dignidad, sea, en fin, que en aquellas circunstancias las juzgase inútiles, bajo la presión de la mano de Evelyn en mi brazo, mi cuerpo caminaba sin hacer resistencia. Pero mi alma independiente, mi alma intangible, a quien Evelyn no podía agarrar por un brazo, ¡resistía! Ella sí se quedaba un buen rato más junto a los árboles, comiéndose su guayaba y pidiendo su candelita, mientras mi cabeza malhumorada y muda bajo los mil papillones, allá, en el cuarto de Mamá, se entregaba estoicamente entre sus manos.

## II

«No hay rosas sin espinas», suelen decir. Es muy cierto. Fiel a este conocido aforismo, olvidada de la rosa, todos los días, comenzaba por herirme con las espinas, para luego, sorprendida y feliz, inclinarme, coger la rosa a manos llenas, y aspirar encantada su perfume. Esta poética imagen se renovaba día tras día sin que la experiencia se dignara intervenir.

Para peinarme Mamá se instalaba en una silla alta, y a mí me sentaba delante de ella en un taburete. Sus rodillas me servían de respaldo y al hablar nos mirábamos los rostros en el gran espejo que en frente y cerca de las dos reflejaba el grupo entero. No bien las manos blancas revolando en mi cabeza empezaban a deshacer moñitos, cuando un poco más arriba los labios rompían a contar un cuento. Era una costumbre consagrada. El peine entraba cantando en el pelo, ya escarmenado por la mañana, la voz llena de imágenes cantaba entre los labios y pronto, al doble reclamo, el alma rezagada y terca regresaba quedo, se posaba también sobre el espejo, y como barca en el río, se dejaba llevar por el relato, dulcemente, corriente abajo, entre dos orillas de amenos paisajes. La despreciable candelita y las viles guayabas se quedaban decididamente muy atrás.

Mientras el regazo de Mamá se iba llenando de papillotes mustios mi cabeza florecía en crespitos y mi corazón generoso deseaba alojar en mí, no una sola alma, sino diez o doce para llevarlas todas juntas por tan deliciosos parajes.



Yo creo sin pretensión y sin asegurarlo que Mamá fue un buen poeta. Sólo que en vez de alinear sus versos en páginas impresas, destinadas quizás a manos profanas, cosa que hacen casi todos los poetas, ella encerraba los suyos con gracia y originalidad en estrofas de crespitos. Su público no era nutrido, puesto que se componía de mí y de mi imagen reflejada en el espejo, pero era tan atento, vibraba tan al unísono con el alma de la frase, que el arte poético y narrativo de Mamá podía darse por muy satisfecho: su objeto quedaba colmado plena y triunfalmente. ¿Qué importa en efecto el número de los que se acercan a compartir una emoción? Un millón o uno solo es lo mismo. El caso es sentir que la emoción creada ha sido intensamente compartida y el más bello de los poemas merecería haberse escrito para un solo buen lector. En lo tocante a los relatos de Mamá yo era ese único, excelente lector o complemento.

Debo confesar que los personajes y sucesos de tales relatos no eran nunca originales. De labios de Mamá surgían en variada sucesión: cuentos de hadas, relatos mitológicos, fábulas de Samaniego y de La Fontaine, romances de Zorrilla, trozos de historia sagrada, novelas de Dumas padre, y el tierno poema de Bernardin de Saint-Pierre, *Pablo y Virginia*. La pobre Mamá que por su vida aislada y campesina era bastante «leída», como suele decirse, echaba mano de cuanto su memoria tenía al alcance. Yo me encargaba luego de imprimir unidad al conjunto. En mis ratos de ensueño, al hacer revivir con entusiasmo los más notables hechos, invitaba a mis torneos espirituales a aquellos personajes que juzgaba más nobles o interesantes. Como nadie decía no, en mis libres adaptaciones se veía por ejemplo a Moisés vencido por d'Artagnan o a la dulce Virginia naufragando tristemente en el arca de Noé y salvada de pronto, gracias a los esfuerzos heroicos e inesperados de *La Bella y la Fiera*.

La brusca interrupción de mis juegos, o sea el paso de los placeres deportivos a los placeres líricos resultaba desagradable a mi sensibilidad y encendía en mi alma como ya se ha visto un vivo y fugaz mal humor. Era un malhumor arrogante lleno de autoridad. Mientras mi persona se sentaba en el taburete, él dictaba sus leyes y si consentía en entregar mansamente a Mamá la posesión material de mi cabeza era a trueque de asegurarse la posesión moral y absoluta de la de ella. Las leyes dictadas eran tan terminantes como difíciles de prever:

—Quiero que me cuentes hoy, Mamá, un cuento nuevecito, en donde salga un caballo blanco, pero que no me lo hayas contado ni una sola vez.

Mamá tenía que lanzarse a todo correr, memoria arriba, en busca de un cuento enteramente nuevo, al cual se le pudiera enganchar un caballo blanco.

Otras veces sentía yo el deseo de vagar a paso lento entre alamedas familiares sumergidas en la melancolía del recuerdo y frecuentadas por rostros amigos a quienes poder saludar y sonreír. Exigía entonces «un cuento viejo» e imponía de antemano tiránicas reformas, las cuales respondían a los diversos estados o anhelos de mi espíritu. Tenía yo reservados para ciertos días

mis dos cuentos preferidos, cuyos principales actores he mencionado ya. Era uno *La Bella y la Fiera*; el otro mi verdadero favorito, era *Pablo y Virginia*, llamado con otro nombre El cuento de los dos niños. Gracias al arte de Mamá, en estos dos relatos, la ficción se mezclaba armoniosamente con la realidad, prestándose una a otra en feliz equilibrio tesoros de poesía y realismo. Mi imaginación podía correr así por caminos fantásticos llenos de sitios en donde apoyarse y reconocer la verdad. Pablo y Virginia, verbigracia, tenían como escenario de sus tristes amores nuestra misma hacienda Piedra Azul. La cabaña de Virginia se alzaba en una colina denominada «el peñón», que yo podía contemplar desde mi taburete por la ventana abierta del cuarto de Mamá, con sólo ladear ligeramente la cabeza. En cuanto a la de Pablo, erguida un poco más allá, dominaba un conuquito de maíz que sólo se distinguía desde el corredor principal de la casa. Muchas veces, con media cabeza encrespada y media con papillotes, me levantaba un instante para echarle un vistazo al conuco de Pablo y volvía apresurada a ocupar mi taburete a fin de que sin mayor interrupción continuase el relato. En lugar de embarcarse rumbo a Francia, palabra pretenciosa de oscura significación, Virginia, llena de naturalidad, se iba a Caracas en una calesa igual a la de Mamá. A su regreso naufragaba de un modo doloroso por haber atravesado el río crecido. Difícilmente podría describir hoy hasta qué punto aquel naufragio fatal me destrozaba el alma. Las circunstancias precisas de lugar aumentaban vivamente la intensidad dramática. El escenario familiar prestaba a los hechos el prestigio augusto de la historia. Consagrados así, la colina, el conuquito y el río, eran en adelante a mis ojos objetos venerables a los cuales concedía continuamente miradas de devoción y de cariño.

Si la Bella y la Fiera cautivaban también mi simpatía y derramaban en mi alma un torrente de dulzura, era por razones análogas. La descripción de la Fiera que se componía de rabo, pelo negro, un par de orejotas y dos colmillos afiladísimos, con los cuales roía huesos y comía carne cruda, venía a ser punto por punto el retrato vivo de Marquesa, nuestra perra de Terranova, especie de hermana mayor llena de bondades a quien todas nosotras queríamos tiernamente. Cuando llegaba el momento de describir la Fiera, a mí no se me pasaba nunca el preguntar conmovida:

—Era así como Marquesa ¿verdad, Mamá?

Mamá comprendía la necesidad urgente de mi corazón y la satisfacía generosamente:

—Sí, era idéntica a Marquesa.

El amor humilde, inmenso y sin esperanza de la Fiera por la Bella me enternecía extraordinariamente. Aquella pasión en la cual mi amistad estaba directamente interesada como ya se ha visto, era tanto más emocionante cuanto más desigual y nefasta a la Fiera. Por esta razón el verdadero desenlace del cuento me desagradaba y desde mucho tiempo atrás había impuesto sobre el particular severas reformas. Permitir que la Fiera se convirtiera en Príncipe antes de casarse con la Bella me parecía indigno y me parecía además una

inconciencia sin nombre para con la pobre Marquesa. El noble impulso de la Bella quedaba por otro lado rebajado al nivel de lo común; en una palabra, aquellas bodas príncipescas y brillantes me resultaban antipáticas y de una trivialidad despreciable. Quizás obedeciera en esto al sentimiento natural del público, que sólo aplaude sinceramente el amor, cuando el amor se esconde discreto dentro de la pobreza, la insignificancia o la mediocridad. A las bodas que apadrina la pobreza el público asiste siempre con el alma desbordante de generosos deseos y en los presentes que allí envía suele enlazar, feliz y estrechamente, los nobles impulsos del corazón y las amables ventajas de la economía. Sobre este particular, repito, aun cuando no se tratara de enviar presentes ni de asistir personalmente a la celebración de las bodas, yo me mostraba muy intransigente. Antes de comenzar el cuento recomendaba:

—Pero ya sabes, Mamá, que la Fiera se quede Fiera con su rabo, su pelo negro, sus orejotas y todo y que asimismo se case con la Bella. ¡Que no se vuelva Príncipe nunca!

¿Ya lo sabes?

Mamá tomaba nota.

Es inútil decir que Pablo y Virginia acababan a veces muy bien. Virginia salvada milagrosamente de las aguas caudalosas se casaba a menudo con Pablo y eran muy felices. Si dadas las circunstancias, mi alma sentía un vago, voluptuoso deseo de bañarse en la tristeza, dejaba entonces que las cosas siguieran su curso normal:

—Mamá, que llueva muchísimo, que crezca el río, que se ahogue la niña y que se muera después todo el mundo.

Mamá desencadenaba los elementos y la escena quedaba cubierta de crespones y cadáveres.

### III

Cuando yo salía del cuarto de Mamá tenía la cabeza rizada como un borrego y el alma trémula de emociones. Huyendo de gritos desapacibles y de carreras molestas, me sentaba sola en un rincón a fin de rumiar a mis anchas todo el acopio sentimental. Parece que en tan suaves instantes mis labios se entreabrían ligeramente y mis ojos se levantaban al cielo en una actitud de éxtasis dulcísimo que atraía las burlas de mi hermana Violeta y la solicitud funesta de Evelyn. Esta, llena de interés venía hacia mí exclamando, sin artículos, por supuestos:

—¡Cierra boca, Blanca Nieves! ¡Ven a jugar con otras!

Y destruía importuna e infame multitud de jardines, castillos y princesas ideales. Pero Evelyn no tenía la más remota noticia de su obra destructora. Las doradas puertas de la vida interior, para sus ojos avizores, estaban cerra-

das a piedra y lodo. Sus brazos vandálicos y vencedores, siempre en lucha feliz con la realidad, no abrazaron jamás los amables fantasmas que nos contagian de ensueño, de duda y de neurastenia. Violeta, cuya alma positivista coincidía en todo con la de Evelyn, era a un tiempo su discípula y su enemiga. Evelyn la respetaba. Antes que exponerse a desencadenar su rebeldía agarrándola autoritariamente por un brazo, como hacía con las demás, prefería, llena de prudencia, pasar por ciega o por sorda. Ambas se enredaban a menudo de palabra, se iban con frecuencia a las manos, se comprendían, se temían y se apreciaban. Evelyn, que veía en la independencia y rebeldía de Violeta señales de gran inteligencia, consideraba mis actitudes contemplativas como un indicio seguro de imbecilidad, y piadosamente las disimulaba o corregía. Violeta, cuyos seis años eran sin piedad, pensando lo mismo, subrayaba mi mal al llamarme a todas horas «la bocabierta».

Si alguien llevó en su vida un nombre inadecuado ese alguien fue Violeta. Ella y la humilde perfumada florecilla del invierno eran dos polos opuestos. Siempre alerta, siempre dispuesta a reivindicar sus derechos y a figurar en primer término, desconocía la modestia. En sus ojos brillantísimos, sombreados por una lluvia de crespos negros, se asomaba atrevido el sarcasmo y en su naricita chata se albergaba la insolencia cuando no se albergaba la agresión. Tenía la respuesta acertada y rápida. Por el gusto de replicar se mezclaba en pleitos y regaños que no la incumbían. Sabía tirar piedras a gran distancia, hacer maromas y subirse a los árboles. Un día la hallaron trabada en terrible lucha de bofetadas con uno de los hijitos del mayordomo y los separaron en el momento en que ella alcanzaba ya la victoria. Al enterarse del suceso, Mamá se contrarió mucho mientras que Papá, divertidísimo, se reía a carcajadas. Yo creo que dentro del cuerpo de Violeta se alojaba el espíritu de Juan Manuel el Deseado, y era ésa la razón poderosísima por la cual él no podía nacer: hacía seis años que andaba por la tierra disfrazado de Violeta. El disfraz inadecuado lo encubría tan mal que todo el mundo lo reconocía, Papá el primero; por eso de tiempo en tiempo lo saludaba alegremente con carcajadas.

Yo admiraba a Violeta en las mismas proporciones en que Violeta me desdenaba a mí. Era natural. Yo podía apreciar la puntería de sus pedradas y la elegancia de sus maromas mientras que a ella no le era dado contemplar aquellos brillantes cortejos de príncipes y hadas que tras de mi boca abierta asistían con magnificencia a las bodas de Pablo y Virginia. Era yo respecto a ella lo que es en nuestros días cualquier poeta respecto a cualquier campeón del *foot-ball*, de la natación o del boxeo: es decir, nada. Pero mi humilde superioridad aplastada y oscura tenía su encanto. Mis ensueños limpios de todo aplauso, asaetados por Violeta y desbaratados por Evelyn, al igual de un arbusto después de una poda, refloreaban a escondidas con más abundancia y mayor intensidad.

Un día concebí un proyecto aciago que iba a dejar mi amor propio acribillado de heridas y cubierto de humillación.

Sea por generosidad imprudente del alma que quiere regalar sus riquezas e invitar a sus banquetes aun a aquellos que menos lo merecen; sea vanidad o ambición de sentirme admirada por quien yo tanto admiraba, es el caso que un día, llamando aparte a Violeta, le anuncié que iba a contarle un cuento; que me atendiera un instante y vería entonces qué rato delicioso le proporcionarían mis palabras. Llena de escepticismo y de condescendencia, Violeta se dignó atender. Es cierto que su alma positivista no estaba llamada a saborear la finura, ni a descubrir la utilidad superior que encierran las ficciones y los símbolos, pero también yo, por mi lado, exageré demasiado. Al igual de esos anfitriones que agobian a sus invitados a fuerza de servirles manjares y vinos, y vinos y manjares, yo agobí la flaquísima atención que me prestó Violeta. Quise deslumbrarla con mis dones y le di demasiado. Mi generosidad me perdió. En el cuento que improvisé en honor suyo había de todo: hadas; varitas mágicas; animales parlantes; Adán y Eva; el diluvio universal y una fiera que siendo príncipe era al mismo tiempo nuestra negra y queridísima Marquesa. Lo peor de todo era que tantos y tan desordenados hechos habían tenido lugar allí mismo en Piedra Azul, la noche anterior. Después de oírme un rato por indulgencia o cortesía, el espíritu utilitario de Violeta, que se orientaba al instante de un modo admirable hacia todo lo práctico o positivo, no pudo aguantar más. Me cortó impaciente la palabra y me dijo con elegante concisión que se necesitaba ser muy necia y muy bocabierta para no comprender que todo aquello eran puras mentiras inventadas por Mamá con objeto de que yo me quedara quieta como una boba y poder así hacerme los crespos a su sabor. Que ella, en mi lugar, habría arreglado las cosas desde mucho tiempo atrás, dándole un buen modisco a Evelyn en la mano si ésta hubiese venido a sacarla del juego y un acertado puntapié al sagrado tazón del bejuco de cadena. Que así las cosas, al siguiente día la hubiesen dejado en paz con los crespos y los cuentos. Y al expresar tales ideas, Violeta hacía su retrato de un modo tan sobrio como lleno de vida. No faltaba nada.

Ante aquellas palabras que habían ido zumbando derechas hacia la verdad, como sus famosas pedradas hacia las frutas, yo me quedé muda sin saber qué contestar. ¿Cómo explicar, en efecto, al alma salvaje y neófita de Violeta el placer altísimo que encerraba el mundo de los símbolos cuando yo misma lo olvidaba todos los días? Humillada y pobre de razones, opté por recoger mis tesoros en silencio. Mientras tanto, Violeta, posada en un solo pie como una garza, se alejaba saltando y remedando en música, para mayor escarnio el estribillo de mi cuento:

—Esta era una Blanca Nieves . . . , ésta era una negra Nieves . . . , ésta era una bocabierta . . .

En adelante, cuantas veces mi corazón desbordante de generosidad necesitó expansiones, fue a buscarlas modestamente en la fácil atención de Estrella y de Rosalinda, mis hermanitas menores. Aunque menos brillante, era

aquél un público lleno de suavidad y de indulgencia. Si sus aplausos no colmaban de un todo mi ambición, mi amor propio estaba seguro de salir satisfecho, o por lo menos de salir ileso.

#### IV

Como consecuencia de los mencionados disimulos, esfuerzos y sacrificios con que Mamá encubría mi pelo liso, yo había acabado por edificar sobre las hebras de mi cabello mi criterio moral, el cual, como el de toda mujer honesta o bien nacida, era sólido y estricto. Mi pelo en su forma natural, o sea sin encrespar, resultaba a mis ojos una especie de desnudez, y si yo veneraba mis crespos era sólo por pudor, aun cuando ustedes no lo crean.

Para mejor explicarme diré que gracias a los principios que sin ella saberlo me había inculcado Mamá, a los cinco años, mi honor, contra lo establecido, no dependía de ningún otro lugar de mi persona, siendo que dependía de mi cabeza. Allí había echado sus sólidos cimientos, allí vivía, allí se ocultaba huraño y púdico. Llena de virtud yo lo hubiera defendido heroicamente hasta la muerte. Animada del mismo sentimiento sagrado, Mamá parecía respetarlo y hacerlo respetar aún más que yo. Voy a demostrarlo.

Un día Violeta y yo jugábamos juntas. Como de costumbre extendiendo sobre mi docilidad su despotismo, me había llamado ya bocabierta, Negra Nieves, y varios epítetos más cuya atenuada mala intención, al no tocar el honor, carecía de importancia. En un momento dado, viendo que yo, por no sé qué circunstancia, no me sometía a su gobierno en forma rápida o absoluta, contempló con insolencia la fresca bandada de papillotes que Mamá acababa de sembrar en mi cabeza y acompañando las palabras con una sonrisa de superioridad me dedicó esta expresión hasta entonces desconocida o inédita:

—¡María moñitos!

Aunque indirecta, ésta sí era una ofensa a mi honor. Ante el ultraje, trémula de dignidad y de valor, avancé unos pasos, miré a Violeta de frente y tratando de devolver ofensa por ofensa le dije arrogante y roja:

—¿Yo soy María moñitos, Violeta? ¿Yo soy María moñitos?... Entonces tú serás ¡¡María crespitos!!

Naturalmente que Violeta, lejos de ofenderse, soltó una gran carcajada. Tenía razón. Como insulto, ¿podía darse nada más inepto que María crespitos? ¿Cuando para obtener esos mismos crespitos se necesitaba tanto moñito, tanto cuento y tanto bejuco de cadena! Era como si una persona, obligada a ganar el pan con el sudor de su frente, al pelear con una rica la insultara diciendo: María milloncitos o María hacienditas. Mi pobre insulto como insulto no valía nada. La heroica expresión con que mi rostro lo había acompañado contribuía por contraste a hacerlo más poca cosa y más desgraciado.

Violeta lo comprendió así. ¡Pero su agresión era insaciable! Mi derrota no le bastó. En lugar de callarse, volvió a la carga y canturreando:

*María moñitos me convidó  
a comer plátanos con arroz*

se atrevió a añadir sin ambages:

—¡Pelo liso!

Y agarró, sacrílega, uno de mis papillotes cuyas frágiles alas de mariposa quedaron entre sus dedos. Pero ¡ay! del valentón el día que el tímido dice «aquí estoy». Al ver mi papillote violado, animada de un furor sacrosanto, con gran sorpresa de Violeta, me lancé como un relámpago sobre sus crespos y los agarré de raíz a manos llenas. La cabeza insolente y desprevenida, sacudida en todas direcciones, trataba de desasirse inútilmente. Buscando entonces defensa, las uñas de Violeta se clavaron a ciegas en mis orejas; pero yo, sin soltar los crespos por vengar las orejas, la mordí en el cuello. Así las cosas, estrechamente enlazados iban mordisco, pellizco y sacudidas cuando uno de los cuatro pies resbaló, arrastró al grupo entero en el resbalón, la lucha rodó al suelo y siguió en el suelo hasta dar en un barrial porque había llovido y la escena tenía lugar frente al corral de las gallinas.

Cuando nos separaron estábamos cubiertas de barro y teníamos dibujados en sangre ella mis dientes y yo sus uñas. Evelyn nos levantó del suelo, nos tomó a cada una de la mano y distribuyendo por partes iguales sus reprensiones y cuidados nos lavó, afeó nuestra conducta y nos cambió de ropa. Cuando enterada de lo ocurrido llegó Mamá, nos hallábamos ya con los vestidos limpios y yo por mi parte considerando mi honor lavado en la reyerta como mis brazos y piernas acababan de serlo en la palangana, me sentía inclinada a una reconciliación. Mamá, haciendo coro con Evelyn, dijo que nuestra conducta la avergonzaba y la entristecía. Las cosas no hubiesen pasado de ahí, pero ya lo he dicho: la agresión o apetito bélico de Violeta no conocía límites. Si yo, la ofendida, me daba por satisfecha, ella la ofensora, no tuvo a bien cesar las hostilidades. ¡Esta vez su agresión iba a costarle cara!

Dirigiéndose a Mamá, en tono de víctima, cosa que exigía urgentemente una nueva discusión, dijo:

—Mira, Mamaíta, mira cómo me clavó sus dientes aquí, lo mismo que si fuera un perro bravo.

Y enseñó la media luna cárdena que se dibujaba en efecto a un lado del cuello. Yo tuve naturalmente que replicar:

—Porque ella, Mamá, mira, me encajó sus uñas en mis dos orejas.

—¡Ah, porque ella antes, Mamá, me agarró mis crespos y me sacudió como una diabla así... , así... , así... !

—Pero fue porque ella me había roto uno de los papeles que tú, Mamaíta, me amarraste en mi cabeza con tanto trabajo, y me dijo «María Moñitos», Mamá, y me dijo después «pelo liso».

¡Ah! ¡Santo Dios! ¡Aquí fue donde comenzó el drama! Al oír mi última frase, demudada y dolorida, Mamá se volvió hacia Violeta tartamudeando:

—¿Le... le... le dijiste que tenía el pelo liso?

Y, asumiendo el tono sublime de la tragedia, exclamó:

—¡Ay, Violeta, tú no tienes corazón! ¡Que me duele! ¡Que me duele! ¡Que me aflige!...

Aquí una cosa insólita: Mamá, que en su vida nos había castigado, decidió aumentar la teatralidad del tono, y con la solemnidad del juez que dicta una sentencia terrible, dijo esto:

—Ahora, para que no seas maluca y para que no seas cruel con tu hermanita menor, te voy a castigar, ¡ya lo sabes! Te vas a quedar sentada una hora entera, vista por el reloj: ¡ahí arriba!

Mamá extendió el brazo y como si fuera la estatua viva de la Justicia se quedó señalando un instante la cúspide de un escritorio *secrétaire* cuya altura con relación a la nuestra venía a ser muy respetable.

Y las tres cosas resultaron a cual más espantosa: la «hora entera», la altura del escritorio y el brazo extendido de Mamá.

Como casi todos los déspotas y matasiete, Violeta en el fondo era una débil que atrincheraba su debilidad muy hábilmente tras una falsa reputación. El tono de Mamá y su brazo extendido eran de una teatralidad para asustar a cualquiera, no lo niego, pero de todos modos, Violeta no estuvo a la altura de su fama ni supo dominar la situación. Mientras Evelyn, bajo las órdenes de Mamá ejecutaba la sentencia, Violeta, espantada e izada por los aries, olvidó toda dignidad, mandó al diablo su célebre rebeldía, comenzó por abrir una boca de desolación que se fue ensanchando, ensanchando, hasta que ya, instalada en la cumbre del mueble, presidiendo el auditorio, augusta de derrota y de infortunio, prorrumpió:

—¡¡¡Aaaay!!! ¡Ayayayayay!

Y el cuarto empezó a retumbar ante los gritos de dolor. Era como si la hubieran sentado en unas brasas o como si allá en las alturas una mano invisible le estuviese aplicando algún tormento.

Al reclamo de tan desgarradores lamentos la habitación comenzó a llenarse de espectadores. Todas las personas de la casa vinieron asustadas o curiosas a averiguar lo ocurrido. Llegó primero Aurora; detrás de Aurora, cogidas de la mano, llegaron Estrella y Rosalinda, mi querido auditorio que nunca se separaba; una a una fueron llegando las tres cuidadoras o estado mayor; llegó después Altagracia, llegó Jesusita; empujada por la multitud, llena de majestad e indiferencia, llegó Marquesa, llegó por fin Aura Flor en brazos de su criadora, llegó en una palabra, todo el que podía llegar. Sólo faltaba Papá que se encontraba en el trapiche, y Candelaria, cuyo malhumor la tenía generalmente amarrada a su fogón como al perro la cadena corta. Aquel drama nunca visto, ustedes no lo comprenderán quizás, era terrible. Violeta, exaltada en su trono de ignominia, se restregaba los ojos con las dos manos cerradas, las lágrimas rodaban abundantes y una boca inmensa en la



cual hubiera podido haber todo el dolor del mundo, se abría, arrojando gritos ensordecedores y mostrando sin amor propio y sin pudor hasta lo más hondo de la garganta. El público al aumentarse aumentaba de un modo cruel la intensidad dramática. El suplicio, al hacerse público, tomaba el cariz humillante de la degradación. Puedo decir con entera propiedad que en aquel día trágico conocí todo el horror de los autos de fe. Mamá, instalada al pie del escritorio o cadalso por asumir una actitud cualquiera, se había puesto a tejer. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y repetía inclemente:

—Aunque grites y más grites, una hora entera te vas a quedar ahí.

Los gritos redoblaban.

El auto de fe seguía su curso cruel. En su inclemencia Mamá era el gran inquisidor; Evelyn era el verdugo; yo, el infame delator, y Violeta, la desarmada Violeta, el pobre hereje que se achicharraba ante las miradas infamantes del público, cómplice también y también verdugo. Yo reconocía la parte que me correspondía en la tragedia, y mi corazón lleno de remordimientos sufría horrores. Sentía una ternura inmensa hacia toda la persona de Violeta. Sus pobres zapaticos flamantes recién mudados por Evelyn suspendidos y resignados en el vacío como dos ahorcados, destilaban dolor ante mis ojos; sus rodillas me parecían unas huérfanas abandonadas; el vestido limpio, las puntillas frescas y rizadas de los pantalones, un botón aún sin abrochar sobre su pecho, eran objetos mudos que iban acrecentando mi conmiseración, aumentando, aumentando mis remordimientos, hasta que por fin, mis ojos, al fijarse más arriba, descubrieron una cosa espantosa y ya no pude más. Al compás de los sollozos de Violeta, la media luna cárdena de mi mordisco subía y bajaba sobre su cuello mártir redimido por las lágrimas, y, lo repito, ya no pude más: me venció el remordimiento. Yo también abrí una boca enorme, yo también levanté el pecho para dar salida a los sollozos que se atropellaban; yo también me puse las dos manos cerradas en los ojos, y yo también prorrumpí con todo el brío de mis pulmones y de mi arrepentimiento:

—¡¡Aaaaay!! ¡Ayayayayay!

Aquello era un golpe teatral enteramente inesperado. Todos los ojos se fijaron en mí con gran sorpresa. La misma Violeta en plenos gritos me dirigió desde sus alturas una mirada estupefacta velada de lágrimas. Mamá, sorprendidísima también y creo que un tanto conmovida, alzó la cabeza de su trabajo forzado y me preguntó con fingida impaciencia:

—¿Tú también? ¿Se puede saber por qué lloras tú, Blanca Nieves, necia?

—¡¡Aaaaay!! ¡Ayayayayay!

Contesté yo en coro con Violeta. Mamá en silencio volvió a su tejido, pero empezó a comprender que su obra la sobrepasaba. Su justicia desencadenada iba subiendo como la marea y amenazaba sumergirla con tejido y todo. En efecto, al verme llorar a mí, contagiada de conmiseración, Aurora, la dulce Aurora, cuyos siete años estaban impregnados de maternidad, se puso a llorar en silencio. Viendo que Aurora lloraba, Estrella y Rosalinda, por espíritu de imitación y por amor a Aurora, rompieron a llorar las dos juntas

a grito herido. Ante aquella epidemia de llanto tan trágica en el fondo como cómica en la superficie, todas las sirvientas se pusieron a reír. Era a cuál más se torcía y más se sacudía de la risa. Aumentado así el escarnio, el coro de nuestro llanto arreció. Entretanto Aura Flor, del bando de las sirvientas, asociada a la risa de su criadora, batía el aire con sus puños cerrados, saltando, gruñendo y babeando de regocijo, mientras Marquesa movía su rabo y olfateaba cariñosa a derecha e izquierda a fin de averiguar la causa de tanto dolor. El barullo era horrible. La única impávida parecía ser Mamá, pero estoy segura de que también ella tenía unas ganas violentas de romper a llorar. Decididamente su obra descomunal la sobrepasaba. No tenía ya más remedio que naufragar dentro de su justicia, y naufragó en efecto, pero naufragó con elegancia. Dominando la ensordecedora gritería de llantos y de risas, se volvió hacia Evelyn diciendo:

—A ver, Evelyn, si ya pasó la hora. Ya debe haber pasado.

Y guiñó un ojo, cosa que vimos todas muy bien a través del cristal amarguísimo de nuestro llanto. Evelyn salió unos segundos y regresó diciendo:

—Ya pasó.

—¡Ya pasó la hora! —tuvo que gritar Mamá para vencer el tumulto—. ¡Ya puede bajarse Violeta!

Pero fue como si no hubiese gritado nada. Entregadas a la voluptuosidad del llanto que corría caudaloso a gran velocidad, nadie pensó en detenerlo: como todo vértigo, tenía su encanto. ¡Ah, pero Mamá sabía atraerse las multitudes! Llena de habilidad, mientras Evelyn procedía piadosa al descenso de Violeta, ella retrocedió unos pasos hasta llegar a la puerta del cuarto, extendió sus dos brazos sobre la tempestad y con la voz potente de los buenos oradores acudió a este recurso supremo:

—Ahora, niñas, óiganme todas: la primera que llegue hasta aquí sin llorar se viene a bañar conmigo en el chorrerón de la molienda que van a soltar ya, ¡porque son las once!

¡Santa palabra! El llanto general se volvió general regocijo. Los rostros aún empapados de lágrimas y aún trémulos de sollozos, exclamaban atropellándose los unos tras de los otros:

—¡Yo la primera, Mamaíta, yo la primera!

Y todo el mundo pugnaba por agarrarse de la bata de Mamá. Violeta se agarró en efecto de las primeras porque su espíritu utilitario desdenaba el rencor que es un estorbo, y porque tal era el prestigio del «chorrerón» aquel mundo de agua que, cuando no hacía ya falta en el trapiche, se venía a toda carrera y como un monstruo, se arrojaba en un estanque bramando y atropellando helechos, ramas, frutas verdes, niñas, Mamá, Evelyn y cuanto se le presentara al paso.

## AQUI ESTA PRIMO JUANCHO

### I

Primo Juancho, para servir a ustedes, formaba parte de las visitas que venían a pasar días. A veces permanecía entre nosotros durante largas semanas. Llegaba siempre al caer de la tarde, montado hidalgamente en Caramelo, sin que su presencia nos aterrorizara y sin que Mamá derramara a sus pies la copa rebosante de sus gracias.

Además de llegar hidalgamente, primo Juancho llegaba quejándose. Empezaba por quejarse de todo con mayor o menor indignación, para terminar prodigando suavemente sobre el mundo entero los más generosos consejos.

Siempre era lo mismo: abandonados los estribos, no bien sus pies habían tocado el suelo, inmediatamente, después de saludarnos con mucho cariño, se quejaba con mucha indignación del mal estado de los caminos, del exceso de polvo, de la falta de puentes, de la pobreza de los ríos, de la costumbre idiota de jugar bolos a la vera de las pulperías y acababa aconsejándole a Papá con inmensa dulzura que vendiera a Caramelo, que encargara a Europa un caballo de pura sangre, que tratara de montar dando saltos a la moda inglesa con un casco blanco en la cabeza y que arrancara cuanto antes toda la caña de Piedra Azul a fin de sembrar en su lugar algodón, viñas y tabaco.

Como ven ustedes, primo Juancho temperaba el furor de sus quejas con el rocío bienhechor de sus consejos. Su conversación, tramada sin esfuerzo por aquéllas y por éstos, entreverada además por altos y profundos pensamientos, formaba en su conjunto una especie de esterilla bien tejida, en donde a veces, guiñándonos un ojo, a espaldas del mismo primo Juancho, llena de gracia, venía a sentarse la anécdota.

Primo hermano de nuestro abuelo paterno, empezaba en nosotras la tercera generación que por fidelidad al ritmo de su nombre lo seguía llamando «primo Juancho». Aquel grado de parentesco que no anunciaba superioridad de años, se imponía a todos los oídos parientes, amigos o conocidos, por no sé qué misteriosa concordancia y surgía naturalmente de todos los labios, como gritando ¡ven! a la cordialidad. Su compañía, poblada por los más inesperados accidentes, procuraba a todo el mundo ratos de gratísimo esparcimiento.

Muchos años después de su muerte Mamá decía aún:

—Primo Juancho fue un hombre que tuvo méritos y una inmensa ilustración.

Y sonreía sin que viniera al caso, resumiendo así por instinto, sin ella darse cuenta, la historia entera de aquella vida, y el secreto de aquella alma, en la cual se abrazaban jovialmente a cada instante, como dos buenos amigos, lo sublime y lo cómico.

Cuando en nuestra hacienda, entre los tiernos verdores de los tablones de caña, allá, por el camino que venía de Caracas, como punto en el hori-

zonte asomaba su cabeza venerable, Papá, Mamá y todos los que estuviesen en Piedra Azul se anunciaban mutuamente su presencia con voces de júbilo:

—¡Aquí está primo Juancho, Juan Manuel, aquí está primo Juancho!

Y se acercaban al pretil y siempre alegres lo contemplaban llegar a paso lento dentro de los anteojos de larga vista.

—¿Por qué razón primo Juancho, siendo tan «ilustrado» como decía Mamá, o sea tan cundido de conocimientos, no se hallaba en los Senados y Congresos, asombrando al país con su inteligencia, deleitándolo con su elocuencia y protegiéndolo con su honradez? Nadie en la familia se lo explicaba. Creían hallarse frente a uno de esos misterios crueles que con inicua injusticia impone la vida «porque sí».

En realidad no había tal injusticia ni misterio. Primo Juancho no podía gobernar ni dirigir nada, no por falta de aptitudes, sino por exceso de pensamientos. Su ilustración lo perdía. En su amenísima conversación, su inteligencia corría y saltaba como una ardita sobre todas las ramas del saber humano: era imposible seguirlo e imposible vencerlo, si de vencerlo se trataba. Todo lo sabía con entera conciencia. No importaba época histórica, lugar, o categoría a la cual perteneciese la idea; ante nada vacilaba. Con la misma propiedad con que disertaba sobre derecho romano, disertaba sobre las verdaderas causas que determinaron la caída de los girondinos o la Independencia de América, sobre las leyes que presiden el movimiento de los astros; sobre el sistema más eficaz para extirpar la polilla y sobre la proporción con que una cocinera pueda usar, sin abusar, del ajo y del perejil.

En las discusiones, se llevaba a su contrincante a todo correr por entre los más remotos vericuetos hasta acorralarlo en un punto fijo, y allí vencerlo noblemente, es decir, sin subrayar con exceso su victoria. Si se comenzaba a discutir, por ejemplo, sobre el porvenir del café en Centro América, a los cinco minutos, sin saber cómo, primo Juancho y su contrario se hallaban en Jerusalén, mil años antes del nacimiento de Jesucristo. Allí, exaltadísimo, con los dos brazos tendidos al cielo, repiqueteando los gemelos de sus puños y batiendo los faldones de su levita por sobre los muros de Jerusalén, primo Juancho preguntaba de modo muy pertinente a su contrincante:

—¿Qué influencia predominaba, vamos a ver, en el primitivo templo de Salomón? Los artistas que lo construyeron: ¿fueron fenicios o fueron caldeos?

El contrincante lo ignoraba. Primo Juancho, que sí lo sabía, volvía a interrogar ahora con generosa dulzura:

—Pues si no lo sabes, mi hijo, entonces ¿por qué lo discutes?

Y quedaba triunfante y desbordante de magnanimidad.

Sus definiciones eran siempre admirables; y sus temas, ilustrados con anécdotas, fechas y juiciosas observaciones, se sucedían a todo volar con una variedad inagotable, sin que nadie sintiese la brusquedad de las transiciones. Era como un tren en marcha o, mejor aún, era como un diccionario: la misma unidad parcial dentro del mismo deshilvanado general. En la soledad de una tarde aburrida, ¿no han hojeado ustedes nunca, al azar, un diccionario? Se

los recomiendo. No hay nada más grato ni más reposante para el espíritu. Las palabras, unidas codo con codo, parecen burlarse las unas de las otras. Cada cual muy oronda y satisfecha de sí misma, se ríe de su vecina sin sospechar que otra vecina se está riendo de ella: lo mismo que en sociedad. Pasar por ejemplo de la palabra «Catón», ilustrada con una austera cabeza romana, a la palabra «Cataplasma» sin ilustración ninguna, para después de «Cataplasma» pasar a «Cataluña» ilustrada también con un mapa lleno de ríos, montañas y principales ciudades es un entretenimiento gratisísimo. El diccionario es el único libro ameno y reposante, cuya amable incoherencia, tan parecida a la de nuestra madre la naturaleza, nos hace descansar de la lógica, de las declamaciones y de la literatura.

Tal era primo Juancho: un Larousse desencuadernado y desencadenado con todas las hojas sueltas: unas hacia arriba y otras hacia abajo. Vale decir que era divertidísimo e incapaz de organizar ni crear nada que no fuese el caos.

Con la misma velocidad con que cambiaba de tema cambiaba de humor. Se indignaba por todo a cada instante, sin que tal indignación tuviese la menor importancia. Pasaba de la furia a la sonrisa como de «Catón» a «Cataplasma». Uno de los rasgos que más caracterizaban la fisonomía moral de primo Juancho, era su perpetua exaltación contra sí mismo o, mejor dicho, contra su mala suerte. Aseguraba con los ojos desorbitados que, desde Job hasta nuestros días, no se conocía un caso de guña tan perenne o sin tregua como aquella tenaz que lo perseguía a él. Y no dejaba de ser cierto. Sin llegar nunca a rozar los límites de las magníficas tragedias que revistieron de inmortalidad a Job, el sublime, los días de primo Juancho se deslizaban bajo un modesto «aguacerito blanco» de contratiempos. Nunca escampaba.

Años después de la época a que me refiero, ya instalada la familia en Caracas, iba a vernos todos los días; pues bien, era rarísimo el que entrase de la calle sin arrancarse dramáticamente el sombrero, tirarlo sobre una mesa, llevarse las dos manos a las sienes e interrogar con la voz anhelante y los ojos dilatados:

—¿A que no saben lo que me pasó hoy? Una cosa única, increíble, una cosa que no le pasa en el mundo entero sino a este pedazo de Juan, que es el dios de la guña, el Júpiter de la mala suerte.

Y relataba el suceso.

Si en los detalles sus calamidades variaban hasta lo infinito, en el fondo o trabazón esencial, cambiaban muy poco. Era siempre la misma historia: Primo Juancho, lleno de buenas intenciones, trataba por ingénita e inmarcesible nobleza de prestar una ayuda o servicio gratuito, pero circunstancias inesperadas surgían de repente y se unían de consuno contra él, en forma tal, que aparecía forzosamente a los ojos de todo el mundo como persona egoísta o negligente sin elegancia moral de ninguna especie.

Incapaz de explicarse con calma, se enfurecía. Comenzaba por cubrir de improperios, no sin cierta razón, a aquel o aquellos a quienes él, con tan generosas intenciones como fatales resultados, había querido servir. Los lla-

maba ingratos, canallas, torpes y felones. Enunciadas tales palabras su falsa culpa se hacía más evidente, y mayor la animosidad de los perjudicados.

Si primo Juancho, pongo por caso, iba andando por la calle con paso rápido y nervioso como era su costumbre y veía llegar de frente a una señora respetable y achacosa, él, que era todo galantería, trataba de lanzarse instantáneamente al medio de la calle, a fin de hacer allí una profunda reverencia, dejando libre a la señora toda la amplitud de la acera. Pero, ¿qué pasaba? Pues que en el instante preciso de ejecutar su elegante maniobra, uno de sus pies se resbalaba por haber pisado una corteza de fruta o cualquier otra cosa. En lugar de saltar hacia la izquierda o arroyo, como eran sus intenciones, volaba hacia la derecha o pared, contra su voluntad. Allí tropezaba bruscamente a la señora, le daba un golpe en el pecho y le arrancaba la mantilla, mientras la partícula de fruta causa del contratiempo se escondía a traición entre la suela y el tacón de su zapato muy en secreto, donde ni él ni nadie pudiese verla. La señora achacosa y atropellada exclamaba con violencia y con la cabeza al aire:

—¡Qué manera de andar por la calle! ¿No ha aprendido usted urbanidad? ¿No sabe que a una señora se le da la acera, aun cuando venga por la izquierda?

Ante la injusticia, primo Juancho perdía toda sangre fría. Indignado, tanto por lo innmercido del reproche cuanto por la lección de urbanidad que se permitían darle a él, maestro en cortesanía, contestaba en forma airada, llegando su indignación hasta los límites en que lo permitiera su galantería. La señora achacosa le respondía agriamente. Con el sombrero en la mano primo Juancho discutía con exaltación y sin tregua hasta desprenderse del lugar del choque, pálido, mudo y cubierto de injurias.

Al llegar a la casa descubría la corteza de fruta causa del percance. Si después de una larga jornada a caballo llegaba a un hotel o posada como se decía entonces, ávido de descanso iba a sentarse con deleite en el asiento que otro parroquiano acababa de romper y acomodar muy cuidadosamente. Como era fatal, se caía de espaldas. Al ruido del golpe acudía el dueño del establecimiento, se formaba naturalmente una discusión horrible, después de la cual, primo Juancho, furibundo y dolorido, tenía que pagar la silla rota, y friccionarse con aguardiente alcanforado.

Si subía al Gobierno un personaje honrado e íntegro, quien, considerando consecuente los méritos y saber de nuestro excelente primo Juancho, se disponía a darle un nombramiento lucidísimo, días antes de firmarse el decreto o nombramiento el ministro consecuente y amigo se moría de repente, víctima de una aneurisma o angina de pecho. Primo Juancho velaba durante dos noches el cadáver de su ex futuro protector, mandaba una gran corona cuyo peso desnivelaba su presupuesto de un mes, pronunciaba un discurso hermosísimo sobre la tumba del desaparecido, prestaba toda clase de servicios a la viuda y lloraba durante varios meses la pérdida irreparable de su protector y de su nombramiento.

## II

A más de ser notable por sus contratiempos, sus indignaciones y su saber, primo Juancho era notabilísimo por su elocuencia de buena ley. Limpio de declamaciones y falsas retóricas, poseía el don divino de la palabra, es decir, que cuanto surgía de sus labios surgía palpitante de vida y se imponía en el auditorio. Yo creo que ese don de la palabra fue a un tiempo el origen de su felicidad y de su desgracia. Y es que, al igual de Don Quijote, para extirpar de raíz los males, lleno de abnegación, cabalgando en los más brillantes períodos, se lanzaba diariamente a trote suelto por entre las utopías. Regresaba de ellas satisfechísimo de sí mismo, habiendo vencido en discusión a cuanto adversario se le presentara y habiendo hecho perder al mayor número posible de amigos la tarde entera. Pero ni tiempo ni dinero tuvieron nunca a sus ojos la menor importancia. Los reunía en un mismo desprecio y ni los veía. Siempre estaba en retardo y era rarísimo que tuviera un billete de banco en la carterita flaca que nadaba solitaria en su bolsillo. Es evidente que de todas las miserias de este mundo la única que jamás se le ofreció es aquella que se esconde dentro de las riquezas, los honores y el éxito.

Conservador por temperamento, aun en sus más insignificantes manifestaciones, por espíritu de contradicción y por amor a la utopía se había afiliado lleno de ardor al partido liberal, que le cubría diariamente de ingratitudes y de decepciones. Tales ingratitudes lo habían preservado siempre de tomar parte activa en cualquier empresa de orden positivo. Alejada así de toda realidad, su alma, roída por la decepción, aplastada bajo el peso de la iniquidad humana, guardaba llena de fragancia y de candor la más pura fe en sí misma. Tenía la inocencia virginal de los que nunca han trabajado. No habiendo medido jamás la extensión de sus propias aptitudes sino en el terreno de la discusión, las juzgaba con equidad infinitas, y como su corazón rebosante de altruismo no se había agriado nunca ante el fracaso de la menor empresa, a fin de dar buen ejemplo a los egoístas y a los avaros, los humillaba de continuo repartiendo con munificencia a derecha y a izquierda toda clase de bienes imaginarios. Sus indignaciones, aun las más terribles, aun aquellas que le encendían el rostro y le desorbitaban los ojos, estaban impregnadas de una generosidad universal y los violentos insultos que lanzaba en general hacia todo lo abstracto y todo lo colectivo adquirirían al pasar por sus labios yo no sé qué matiz de cordial fraternidad.

Al hablar de los conservadores, exclamaba agitando todo el brazo derecho, por lo cual repiqueteaban hasta más no poder los gemelos de sus puños:

—¡Son unos ineptos, enemigos del progreso, sin condiciones ningunas para el gobierno; a ellos les debemos lo que estamos pasando!

Y al hablar de sus correligionarios, los liberales:

—¡Son unos ladrones sin idea de conciencia, que nos llevan sin remisión a la más absoluta ruina!

Su hermosa voz de barítono, tan digna de ir a ensartar en Academias y Congresos las más bellas flores de la elocuencia, se extendía por los corredores de Piedra Azul, cálida y bonachona, como sí a unos y a otros les estuviese gritando desde lejos:

—¡Adiós y cómo les va! ¡Saludos a la familia!

Primo Juancho fue el más completo archivo o cronicón ambulante de cuanto acontecimiento político y social ocurrió en Venezuela durante los setenta primeros años del siglo XIX. Desgraciadamente, o quizás felizmente, no escribía sino lo muy preciso. Aun cuando en su conversación politiquéaba de continuo, el tumulto de sus pensamientos le impedía llevar a buen puerto el desarrollo de cualquier narración o tesis.

Salvo dos o tres de sus relatos favoritos, que contaba con muchos detalles hasta el final, sin necesidad, puesto que éstos los conocían sus oyentes generalmente de memoria, los demás relatos, o sea los inéditos, se quedaban a menudo truncos aunque retoñados por todas partes de mil cosas diversas.

Por ejemplo:

Si después de asegurar que los conservadores eran todos unos ineptos, comenzaba a relatar ciertos detalles interesantísimos que acompañaron la renuncia del Presidente Vargas y que sólo él conocía, todo el mundo lo escuchaba con atención, sabiendo de antemano que el relato fragilísimo estaba pendiente de un hilo. En efecto: si se fijaba de pronto en que Mamá, o cualquier otra persona, un tanto abstraída se estaba frotando ligeramente con la mano extendida un punto del vestido, bastaba: ¡adiós presidente Vargas! Con la narración en los labios se iba acercando a Mamá, o a quien fuese, contemplaba un segundo el lugar frotado y cortando por lo sano exclamaba:

—¡Ya te manchaste! Lo vi desde hace un rato. No te preocupes, no es mancha de fruta, es de grasa aunque no parezca. No la toques, no la toques. Oye mi consejo: extiende tu vestido, ponle magnesia, un papel de seda, un peso encima. . .

Mientras tanto, el presidente se quedaba para siempre sin renunciar.

Años atrás en momentos de favor y de bonanza, habiendo alcanzado por fin el sueño dorado de su vida, primo Juancho había sido enviado a Europa en misión especial, aunque por muy poco tiempo y con muy poco sueldo. Se embarcó radiante. Después de haber maldecido convenientemente el calor y el mareo durante breves días, en el resto de la larga travesía, conversó a toda hora con tal amenidad, discutió con tantísimo acierto, y con tal ingenio sostuvo tan brillantes paradojas, que su presencia fue en adelante la sal de la navegación y la liga que amalgamaba, en un grato bienestar, todas las tertulias.

De haber llevado a cabo su misión diplomática, hubiese seguido, como a bordo, haciendo las delicias de su auditorio. Reunido con el resto de sus colegas en un vasto salón destartalado, donde cada cual hubiese acudido con un rostro grave y un vestido negro; en medio de una solemnidad helada, exacta



a la que se encierra en las capillas protestantes, primo Juancho se habría apresurado a romper el hielo, tomando la palabra. Con su habitual repiquetear de gemelos y bailotear de faldones, después de disertar admirablemente sobre el equilibrio europeo y los futuros Estados Unidos de Hispanoamérica, atraído por cualquier detalle, habría terminado elogiando las excelencias del jabón de Marsella. En el salón destartado, lleno ahora de calor y palpitante de vida, sus colegas encantados lo hubiesen escuchado con deleite y aplaudido con alegría.

Como aquí, muy, muy entre nosotros, no vayan a ofenderse esos señores, es sabidísimo que en todos los Congresos y Asambleas diplomáticas, desde los tiempos de Asiria y Babilonia, hasta nuestros días en la Sociedad de Naciones, los delegados no han tenido nunca más misión efectiva que la de ocultar al público, con habilidad y con admirable espíritu de asociación, la inutilidad absoluta de sus reuniones, dándose cada uno al propio tiempo la mayor importancia posible, primo Juancho, siempre más íntegro, siempre más honrado que nadie, habría roto por todos lados con tal consigna. El sí habría hecho algo útil, puesto que habría divertido a sus colegas al saltar en aquella forma ágil e inesperada que le era tan peculiar de la futura unidad de Hispanoamérica a las excelencias del jabón de Marsella o las propiedades del ajonjolí.

Pero Dios no quiso que primo Juancho cumpliera con honradez y conciencia la misión diplomática que se le había encomendado. Su mala suerte, siempre despierta, acechaba:

A los pocos días de pisar tierra firme recibió noticias de que su Gobierno acababa de ser derrocado y de que su misión, juzgada inútil por el nuevo Gobierno, debía ser abandonada cuanto antes, suprimido ya su sueldo de raíz como gasto oneroso e inepto. La catástrofe lo sorprendió entre las nieblas encarbonadas de Londres. En su resignación furiosa no quiso embarcarse de regreso sin visitar a París, ciudad que anhelaba conocer, tanto por natural interés, cuanto para poder elogiarla o denigrarla según se presentasen las cosas, con entero conocimiento de causa.

Estirando su primero y único sueldo tal cual se estira una cinta de goma, trazó un presupuesto milagroso y se fue a pasar tres meses en una modesta casa de pensión de la orilla izquierda del Sena. Pero a poco de abordar la orilla izquierda, la misma tarde en que se disponía encantado a presenciar una reunión solemne del Congreso presidida por Napoleón III, se sintió tan enfermo que tuvo que renunciar a la reunión solemne, meterse en cama y pasar en ella una pulmonía gravísima que lo llevó a las puertas de la muerte. Repuesto de la pulmonía, sin saber una palabra de francés, primo Juancho paseó con altivez su solitaria convalecencia por los jardines del Luxemburgo pisando las hojas secas que crujían suavemente bajo sus pies y bajo sus soliloquios ante el cielo nublado del otoño. Su aislamiento, salpicado con frecuencia por el barro de la calle e insultado a menudo por los cocheros de fiacre, fortificó su desprecio a los malvados. Cuando transcurridos los tres meses

regresó a Venezuela traía los pulmones propensos a los largos catarros y su alma mordida por la nostalgia de los paisajes nevados y de las magníficas virtudes cívicas, desarraigado ya para el resto de sus días, languidecía sin esperanza de remisión.

### III

El europeísmo de primo Juancho, robustecido por revistas y catálogos, debía ejercer en nuestra vida una influencia muy directa aunque enteramente opuesta al objeto que él perseguía. Evelyn, sin ir más lejos, vino a Piedra Azul por consejo y reiterado empeño de primo Juancho, a fin de que al nacer, decía, nos iniciáramos ya en algo de la sana mentalidad y del indispensable idioma inglés. Convertida inmediatamente a aquel español criollísimo y sin artículos, de que he hablado ya, la actividad opresora de Evelyn nos hizo amar por contraste, junto con la tolerante indolencia de cuanto nos rodeaba, el español amable, afectado y cantadísimo de Mamá.

Primo Juancho trajo de Londres a sus parientes de Piedra Azul una gran sombrilla de jardín con el objeto de que la clavasen cuanto antes en el centro de una mesa de hierro o de mimbre y sentados así bajo su sombra inglesa y circular, según moda que él había visto no sé dónde, tomasen a pleno aire a las cinco de la tarde té con pan tostado y mantequilla. Pero Mamá, Papá y sus convidados, balanceándose cadenciosamente en un mecedor cualquiera de los corredores de Piedra Azul, se bebían a las cuatro, a las seis o a la hora en que mejor les parecía grandes vasos con refrescos de guanábana o de parcha granadina, mientras la sombrillota degradada y decaída, ¿qué dirán ustedes que hacía? Pues sólo salía a luz de tiempo en tiempo a las diez de la mañana y entonces, como una bondadosa gallina clueca, posada con un mismo amor sobre Mamá, Evelyn y todas nosotras, meneándose con muchísima pereza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha se venía caminando lentamente, callejón abajo, en un gran carro de bueyes, a presenciar sobre las piedras, entre jabones, gritos, y paños felpudos, nuestro alegre y rumoroso baño de río.

Cuando terminado el baño, todas frescas, goteando perlas de agua los cabellos volvíamos a agruparnos las unas contra las otras en el fondo del carro. Mamá, muy contenta también, se sentaba en su banquito más cerca de los bueyes. Entonces, mientras Evelyn con la ayuda del gañán tornaba a abrir y a instalar no sin ciertos esfuerzos la pesada sombrilla, Mamá respiraba de placer bajo su sombra y decía con placidez y con dulce bienestar:

—Muy vieja y muy fea que está ya la pobre, pero sin esta sombrilla nunca podríamos, niñitas, llegar hasta aquí y bañarnos tan sabroso en este pozo del río.

Lo que nunca agradeceré bastante a primo Juancho por lo que a mí respecta es el haberme enseñado a bien comprender y amar desde mis más tiernos años entre insultos y diatribas el alma idealista de la raza. Me inculcó al efecto tal conocimiento y tal amor por el sistema de la demostración que es sin duda ninguna el más eficaz para inculcar las cosas. En sus violentas exposiciones, empezaba por desahuciar enteramente a Venezuela como país perdido ya para la civilización sin esperanza de remedio alguno. Su pesimismo al avivarse iba invadiendo poco a poco todo nuestro continente sur hasta que al fin se decidía, atravesaba con voracidad el mar, se lanzaba sobre España, la devoraba y acababa salpicando terrible con las chispas de su incendio todos los pueblos latinos. Sobre la gran desolación de la catástrofe sólo flotaban felices y sonrientes las dos islas británicas.

¡Qué de amables defectos fulminabas, primo Juancho, y cómo al condenarlos, reflejándolos todos en ti mismo, sin que te dieras cuenta, los empapabas de gracia y de hidalguía! ¡Cuánto iba a aprender contigo!

En efecto, algunos años después, debido tan sólo a primo Juancho, sin tener aún ninguna cultura, ni el menor sentido de la historia, mientras personas más graves y más doctas se aburrían leyendo Don Quijote, yo sabía ya escuchar atenta la bondad de sus consejos, me deleitaba el conversar llano de Sancho, le avisaba con un grito cuando por segunda vez decía el mismo refrán, jugaba con su burro, juntos los dos, al pasar Rocinante nos guiñábamos un ojo, por la mucha fanfarronada sobre la mucha flacura, y tanto acababa al fin por quererlos a todos, que al igual de las Santas Mujeres, andando, andando, me iba también en pos de ellos, los seguía con amor en su calvario y lloraba de dolor y de risa ante el martirio alegre y conmovedor de sus palizas y de sus manteamientos.

Debido también a primo Juancho muchos años después, cuando ya digna de mi nombre por la nieve abundante de mi abundante cabello, viajé por ciertas viejas ciudades de España, Extremadura o Castilla, allí donde otros no veían sino malos caminos, cocina con aceite y carencia de baños, yo podía contemplar a mi sabor horizontes inefables de una belleza honda e infinita. Era siempre el familiar brazo derecho que al estremecerse elocuente e indignado me hacía todavía señas y llamadas lo mismo entre las junturas de las piedras adustas que sobre las viejas aspas de los molinos de Don Quijote.

Decir que en los lejanos tiempos de Piedra Azul mi inteligencia fuera capaz de distinguir tales matices o de saber siquiera hacia quiénes y hacia dónde se dirigían los elogios y las diatribas de primo Juancho, sería tratar de engañarlos a ustedes. Mentiría por vanagloria y mentiría por lo tanto con mal gusto. Mis cinco años, al contrario, eran especialmente menudos y en retardo. Agravados por aquella sencillez campesina, siempre asombrada, siempre con los labios entreabiertos, tenía como el resto de mis hermanitas un aspecto de grata y fresca bobería. Queríamos todas muchísimo a primo Juancho, como se quiere a un buen perrote familiar y manso que nunca ha mordido. Nuestro amor se extendía ingenuamente a sus zapatos y a sus vestidos.

Su oratoria magnífica no se distinguía en nada a nuestros oídos de los fraternales ladridos de Marquesa. Pero poco a poco estos otros ladridos iban haciendo un trabajo subterráneo en nuestras almas cándidas y oscuras. La imagen, como ven hoy ustedes, iba a grabarse con nitidez en todos sus contornos tal cual se graba un busto en una de esas medallas que guardadas después en el fondo de un mueble se sacan a la luz y se contemplan con cariño muy de vez en cuando.

#### IV

Primo Juancho llevaba con reserva su pobreza noble y cepillada. Junto con la pobreza disimulaba con relativa discreción que la falta de buenos resultados tornaba conmovedora, dos cosas más: su verdadera edad y la falsedad de cuatro dientes que había perdido siendo joven en una de sus innumerables caídas. Pero tanto las frases de entusiasmo como las de censura, al pasar silbando por sus labios movían de vez en cuando sus cuatro dientes postizos, ¡pobre primo Juancho!, y después de declarar: «No se debe nunca hablar de edad», sin darse cuenta indicaba la suya de continuo al narrar el menor suceso. Nacido a fines del siglo XVIII, tenía sesenta y siete años en la época a que me refiero.

Además de andar muy cepillado primo Juancho andaba siempre muy vestido de negro. Se ataba al cuello con enrollada y sabia complicación una ancha corbata de seda oscura y usaba sin cesar una especie de solemne levitón con dos faldones atrás, y sobre los dos faldones, presidiendo su espalda dos grandes botones que no abotonaban nada. Era como si a cada instante estuviera a punto de asistir a un entierro o a una sesión del Congreso. Nunca variaba e impertérrito ¿qué dicen ustedes de esto? así se aparecía todas las mañanas desde muy temprano en los corredores de Piedra Azul. ¡Ah, la pobre dama pobreza tiene a veces esos lujos inesperados y tercos! A Papá le daba lástima verlo así, siempre pasando calor, siempre gastando la levita y su buen corazón trataba a cada instante de evitar el doble mal, pero nunca tuvo éxito.

Ocurría con frecuencia que primo Juancho, deseando por su lado despertar en el alma dormida e indiferente de Papá una chispa siquiera de ese sagrado interés que debe animar las almas ante los destinos del país, se enfrentaba a él y le exponía vehemente, con la ayuda de sus dos brazos y de sus dos faldones trémulos, dilemas tan terminantes como éste:

—Una de dos, Juan Manuel: o estos liberales cambian de política y no se siguen robando el nombre de liberales que deshonoran y que no merecen, o yo me retiro dignamente del partido después de decirles lo que pienso de todos ellos. ¿No te parece que es ése mi deber, Juan Manuel?

Después de haberlo considerado con mucha atención, Papá le contestaba, en efecto, con muchísimo interés:

—Yo no comprendo, primo Juancho, cómo puedes aguantar el día entero esa levita de paño negro adherida a tu cuerpo. ¿Cómo no te mueres de calor? Ponte una de mis chaquetas de dril blanco, una de las últimas que me han hecho, ya te lo he dicho varias veces: ¡póntelas, que a mí no me sirven y a ti te deben quedar bien! ¡Aunque sólo sea en la mañana, durante las horas de más calor!

Por lo que a mí se refiere otra cosa me intrigaba y me taladraba de curiosidad el alma. Cuando primo Juancho hablaba, mientras sus queridos falzones se agitaban con violencia al nivel de mi frente, mis dos ojos fijos en la altura no se saciaban de contemplar los labios. Quería interrumpirlos y por fin vacilaba. Era que en los míos siempre pendiente, siempre a punto de caer, se encontraba preparada ya desde hacía tiempo la siguiente indagadora pregunta:

—¿Y qué tú haces, primo Juancho, cuando tú hablas, para poder menear tus dientes? ¿Ah? ¿Y qué tú haces?

Afortunadamente siendo mi timidez mucho mayor que mi curiosidad, la pregunta no voló nunca en alas de tan gran indiscreción. Mamá hubiera sufrido horriblemente en lo más vivo de su amabilidad y es muy posible que al oírme se hubiera caído desmayada de confusión a los propios pies de primo Juancho.

Desde entonces considero la timidez como una gran consejera y una excelente amiga. Más tarde, en mi largo peregrinar por el mundo, cuántas veces la he visto aparecer a mi lado andando lentamente con el índice en los labios como una visión del cielo; acordándome de entonces la he mirado con cariño y desde el abismo del silencio le he enviado agradecida mis mejores sonrisas y mis más puros besos.

## V

De aquellas anécdotas o cuentos de primo Juancho, que llegaban a buen puerto y en los cuales, sin él sospecharlo, se revelaba su espíritu de rancia cepa castellana, había uno, el más reciente quizás del repertorio, que fue siempre el preferido de mi alma, porque sus actores me eran familiares y porque además de estar presentes en el escenario solían estar presentes en el auditorio, cosa que daba a las palabras cierto sabor y jugosa vida. También se deleitaba en él primo Juancho y aun lo refería con gusto muchos años después hacia el final de sus días. De tanto contarlo había ido, limando asperezas, podando brozas, romando ángulos agudos, de modo que cuanto de él quedaba eran redondeces y delicados perfiles. Mamá se encontraba allí

especialmente implicada. Su figura aparecía en primer plano tan inundada de luz que no se dio nunca el caso de que comenzase el cuento sin interrumpirlo ella cantadora y desganada:

—¿Hasta cuándo lo cuentas, primo Juancho, por Dios, hasta cuándo?

Pero si era difícil obtener que ciertos cuentos de primo Juancho no se descarrilasen, era completamente imposible el detener a uno de sus favoritos si, calzadas las botas de siete leguas, había ya dicho: «A correr».

La anécdota a que me refiero era sencillísima y de una trivialidad desbordante de interés. ¿Cómo podían correr juntos, agarrados alegremente de la mano, esa pareja de enemigos mortales: la trivialidad y el interés?, preguntarán ustedes. No puedo contestar: he ahí la esencia que encerraban las palabras de primo Juancho y que jamás me será dado el transmitir a ustedes.

Se trataba de cómo, cuándo y en qué circunstancias Papá y Mamá celebraron sus bodas.

—Se casaron el año 46 —empezaba primo Juancho—; era en el mes de marzo, y era un domingo de Pascua. Carmen tenía quince años y Juan Manuel treinta y uno. Quisieron un matrimonio lujoso, y lo tuvieron espléndido. Los casó el arzobispo y a la novia la llevó del brazo su padrino, que era entonces Presidente de la República. Pero a ahijada y a padrino al salir juntos de la casa les pasó un gran chasco con el que nadie contaba y el chasco, como verán, es la única gracia que tiene mi cuento. . .

Pero es inútil seguir repitiendo las palabras de primo Juancho: sin su voz, sin su ademán, sin ese calor indefinido que es alma o perfume de la expresión en el narrar de los buenos narradores, nada significan. Sólo puedo asegurarles que cuando por aquí llegaba la sencilla historia, o sea al anuncio del «chasco» todo el mundo atendía: si Evelyn pasaba por el fondo del corredor suspendía un instante su actividad febril y atendía; las sirvientas atendían; las niñas todas atendíamos; hasta Aura Flor, si es que estaba presente, en sus tiranos seis a nueve meses, encumbrada en los brazos de su criadora, con tres dedos sumergidos en su boca sin dientes y un severo ceño en la frente reflexiva, vencida por la fuerza del ambiente, se dignaba atender y atendía con placer, lo garantizo.

Contado en pocas y desabridas palabras, el chasco fue que al salir el matrimonio de la casa, al choche de adelante en donde iba la novia se le rompió una rueda y con caballos, cochero, novia, presidente y todo, se quedó en plena calle volcado y tullido. Era el coche oficial y solemne de la presidencia. Con su uniforme de general viejo de la Independencia, todo lleno de entorchados y condecoraciones, como sale un caracol de su concha, salió el padrino de su coche volcado, sacó a la novia como mejor pudo, y aunque cruzaba entonces por un período de aguda impopularidad y no era oportuno codearse con el populacho tan engalonado y empenachado viendo el conflicto, viendo que la iglesia no les quedaba tan lejos y viendo que otro coche (gran lujo y boato entonces) no podía hallarse así tan al alcance de la

mano, se tragó él solo su gran desgano y desafiando a la vez los dos conflictos dijo con una sonrisa muy alegre y muy campechana:

—¡Pues seguiremos a pie!

Los invitados que tenían coche se bajaron al punto e imitando al presidente también saludaron al herido con una franca sonrisa, repitiendo lo mismo:

—¡Pues seguiremos a pie!

Y el padrino con sus entorchados y la ahijada con sus azahares y todo el cortejo atrás, anda que anda se fueron calle arriba, entre una doble hilera de curiosos y una doble hilera de ventanas, que mirando avanzar el gran suceso batían sus hojas apresuradas echando raudales de luz y haces de comentarios sobre la calle medio oscura, porque matrimonio y percance estaban pasando de noche. La novia al avanzar oyó caer de todos los labios un torrente de flores, pero el viejo general oyó otras cosas, porque, como he dicho ya, tenía enemigos; expiraba su período presidencial y a pesar de sus muchas bondades y de sus muchas glorias viejas eran aquellos días de malquerencia y de impopularidad. Moraleja: para atravesar una calle entre dos hileras de curiosos y dos hileras de ventanas, es más grato y más seguro atravesarla de novia que atravesarla de general.

Tal era a grandes rasgos el cuento, con su moraleja y todo. Ahora bien, lo que primo Juancho llamaba «la gracia de mi cuento» no se encerraba, no, en los linderos del chasco como él creía, sino que derramada por todos lados iba regocijando el espíritu, con esa alegría y sabrosura que cuando logra apresarse en palabras escritas, las páginas donde se guardan, así pasen años y más años, no se marchitan nunca. Sólo mucho tiempo después llegué a conocer esta verdad: extasiada de sorpresa y de añoranza la encontré un día en unas páginas amarillentas del Romancero, leyendo el relato de otras bodas que también iban andando con nobleza campechana por el medio de la calle. Aquí están. Son las bodas del Cid. Si impregnan en este aroma mi relato desabrido comprenderán cuál era el encanto indefinido que animaba el cuento de primo Juancho:

.....  
*Más atrás viene Jimena  
trabándola el rey la mano,  
con la reina su madrina  
y con la gente de manto.  
Por las rejas y ventanas  
arrojaban trigo tanto  
que le rey llevaba en la gorra  
como es ancha un gran puñado,  
y a la homildosa Jimena  
se le metían mil granos  
por la marquesota al cuello  
y el rey se los va sacando.*

*Envidioso, dijo Suero,  
que lo oyera el rey en alto  
—aunque es de estimar ser rey  
estimara más ser mano—,  
mandóle por el requiebro  
el rey un rico penacho  
y a Jimena le rogó  
que en casa le dé un abrazo.  
Fablándole iba el rey,  
mas siempre le habla en vano,  
que non dirá discreción  
cómo la que faz callando  
llegó a la puerta el gentío  
y partiéndose a dos lados  
quedóse el rey a comer  
y los que eran convidados.*

.....

Si tienen a bien cambiar los granos de trigo, que nunca se dio en Caracas, por comentarios contra el presidente, y espontáneas flores a la novia, tendrán ustedes el romance de las bodas de Mamá tal como tantas veces lo escuchó narrar mi infancia.

¡Ah, primo Juancho, la gracia de tu cuento! Ahora ya sé por qué vivías indignado sin razón, y por qué amanecías todas las mañanas con tu soleme y negro levitón de entierro. Sabías que entre unos y otros estaban asesinando brutalmente la noble, vieja gracia campechana, y cómo poco a poco enterraban algo de ella todos los días, todos los días tú asistías consecuente a su pedazo de entierro. Pero su agonía fue larga y respirando a tu lado vivió mientras tú viviste. Fue ella quien como perro fiel, olfateando tus faldones, se fue a trote ligero detrás de tu entierro pobre, e inmóvil sobre tu tumba como los perros de mármol de los mausoleos, se quedó para siempre en el cementerio.

Al terminar de escribir estas palabras dos gruesas lágrimas han corrido por mi rostro, arrugado, tanto por las contracciones del dolor cuanto por las muchas líneas que al rodar de los años ha ido trazando la risa. Una de las lágrimas es por la pérdida irreparable de la querida ausente. La otra, por la tristeza inmensa que me da el saber que sobre las amadas cenizas, siempre triunfante, siempre terrible, cual un ángel de exterminio con una espada de fuego, guardando las puertas de todo lo amable, en lugar de la gracia, como castigo, nos ha quedado el énfasis.



## VICENTE COCHOCHO

### I

Las debilidades, deficiencias o imperfecciones de mi alma, como las de casi todas las almas, son bastante numerosas, lo reconozco. Ellas me rodearon regocijadas y en tropel durante mi larga vida tal cual rodea a una pastora su fiel rebaño de ovejas. Antes que conducir las yo a ellas, me dejé conducir por ellas a través de los años con sumisión y dulzura. Encariñadas así con mi persona, ninguna llegó nunca a descariarse: aquí van todas.

Una debilidad que apenas, apenas, asomó su cabeza en mi rebaño, es aquella contagiosísima que designan hoy con esta palabra de origen anglosajón: esnobismo. No, yo no soy ni he sido esnob, sino acaso una que otra vez con indolencia y desgano. Como tal debilidad es al fin y al cabo una gran fuerza, el no ser esnob me desprestigió muchísimo en la consideración de las gentes, las cuales sólo buscan y exaltan al que bien sepa aplastarlos bajo el peso de una vanidad aparatosa y estéril. Por causa de tal inferioridad o desprestigio, junto a las debilidades, poco a poco, han venido sumándose los fracasos, los cuales me siguen también con cierta fidelidad y con regocijo un tanto irónico. Yo no los reniego. Salieron de mí espontáneamente. Al igual de mis hijos y mis nietos, son mi obra y son mi descendencia; ¡que me sigan siguiendo y que Dios los bendiga a todos!

Este exordio es para decir a ustedes que siendo una antiesnob con la vida salpicada de modestos fracasos, no me avergüenzo de presentarme en público al lado de personas impresentables o mal vestidas. Acabo de hacerlo, sin que ustedes lo sepan, al encabezar este capítulo así: «Vicente Cochocho», quien, lo confieso sin ambages, andaba peor que mal vestido, puesto que casi no andaba vestido. Perdónenme. Piensen indulgentes que las personas más impresentables son generalmente las más interesantes. Yo creo que el cuerpo suele adornarse con detrimento del espíritu. Es una convicción cruel que profeso con tristeza, pues me duele muchísimo el pensar que la amable, la divina elegancia del cuerpo, es una ladrona linda y vil que para bien adornarse dejó el alma sin ropas ni pan, sumida en la miseria.

Así, peor que mal vestido, siempre peón de Piedra Azul, sin derechos de medianería, bueyes, rancho ni conuco, Vicente Cochocho fue uno de los amigos tutelares de nuestra infancia. Hace casi setenta años que sus pies descalzos, negros, cortísimos y abiertos en forma de abanico no hacen florecer el ramo de sus cinco dedos sobre el polvo de este mundo, pero su memoria querida y oscura, tan digna de la gloria, vive con honor en mi recuerdo. Aquí tiene su calle, su estatua y su mausoleo. Los mereció por su valer y virtudes al igual de los más grandes de la tierra. Sé muy bien que pasará algún día, ¡también pasan las ciudades!, entonces, y sólo entonces, sepultada entre mis ruinas su memoria morirá conmigo.

Cochocho no era un apellido, era un apodo. Nuestro gran amigo tutelar Vicente ni calzaba zapatos ni calzaba apellido. Cochocho, perdónenme otra vez, quiere decir piojo, pero un piojo tan despreciable que ni siquiera se encuentra en el diccionario. Para dar con él hay que ir, según creo, a los Llanos de Venezuela y buscarlo con paciencia entre la piel o crines del ganado, no sé bien. Yo nunca lo vi, pero a juzgar por su homónimo Vicente quien llevaba tal nombre con la misma naturalidad elegante con que ciertos grandes llevan sus títulos, un cochocho, debe ser, sencillamente, horrible. ¡Ah, mi querido Vicente, no te ofendas por esta deducción en la paz de tu descanso: acuérdate que fue tu arte y tu más alta gloria la de haber embellecido la fealdad!

Vicente, que era grande por la bondad de su alma, no podía ser más pequeño en cuanto a estatura física. Apenas le llevaría unos cuatro o cinco dedos a Aurora, quien, dicho sea con justicia, era alta para tener siete años. Ambas dimensiones, la del cuerpo y la del alma, lo acercaban a nosotras, que éramos pequeñas de tamaño y que siendo inocentes buscábamos la bondad naturalmente por consonancia o amor a la armonía.

Una circunstancia imperiosa de orden material contribuía también a unirnos con Vicente: era la frecuencia del trato. El puesto «oficial» por decir así de Vicente Cochocho era el de paleador de la acequia. Quiero decir con esto que cada dos semanas pasaba cuatro o cinco días metido en el barro hasta más arriba de las rodillas, con una pala en la mano, amontonando a uno y otro lado de la acequia grande cuanto sedimento hubiese depositado el agua de dos semanas. Como tal cosa tenía lugar lejos de la casa, durante ese lapso quincenal, Vicente se eclipsaba a nuestros ojos. Pero el resto del tiempo sus variados quehaceres quedaban adheridos a la casa y a sus dependencias. A veces, muy raras veces, emburraba caña en el trapiche. Había que verlo entonces empinándose en un tramo para poder alcanzar al igual de los demás emburradores la marcha lenta de los tres cilindros. Siempre alcanzaba y los cilindros, sin decir «muchas gracias» devoraban majestuosos la caña que con tanto esfuerzo les daba a comer Vicente. Pero, repito, esto no era frecuente. Quehaceres más consonos con su estatura lo tenían oscilando casi siempre alrededor de la casa.

Generalmente, era Vicente quien ayudaba a limpiar la caballeriza y curaba los caballos y las vacas enfermas; era Vicente quien enviado por Mamá se subía a los árboles del huerto y cogía las frutas en sazón; era Vicente quien salía con el burro montaña arriba o callejón abajo a buscar leña, hojas de plátano para las hallacas, hojas de maíz para las hallaquitas, bejuco de cadena para mí pelo, legumbres, aguacates, papelones o cualquier cosa que se necesitaba de improviso en la cocina; era Vicente quien remendaba puertas y alambrados en el corral de las gallinas; quien cazaba de noche los rabopelados, quien armado de una azada y una pala cavaba un hoyo en el huerto o en el jardín si es que Papá deseaba sembrar una planta nueva; era Vicente quien gobernando las aguas al igual de Neptuno, con los pies apoyados a uno

y otro borde de la represa, levantaba la compuerta y, como quien desata una fiera, desataba el espléndido tumulto del chorrerón y era por fin Vicente, quien, en cuclillas, adherido al piso, lo mismo que su homónimo al ganado con el cuchillo puntiagudo que solía llevar en la cintura, arrancaba pacientemente las briznas de hierba que crecían obstinadas por entre las piedras, lajas, y ladrillos de los corredores y patios de Piedra Azul.

Cuando Vicente Cochocho deshiebaba las lajas recogido en cuclillas, verlo desde lejos, era lo mismo que ver un sapo en el momento en que ya va a saltar. En su cabeza chata y cordial se aliaba humildemente el indio con el negro, cada cual en su puesto, con mucha mansedumbre y sin nunca dirigir malevolentes su alianza contra el blanco. El pelo de la cabeza, donde mandaba el negro, era un mullido colchón lanudo, mientras que el bozo, dominado por el indio, era tan ralo, tan tieso, tan poca cosa, que nosotras le decíamos con cariño (esto era original de Violeta) Vicente Cochocho, bigotes de cucaracha.

Según parece, Vicente, quien al igual de los sapos y de los cochochos no tenía a simple vista edad ninguna, era viejo. Sus piernas cortas y torcidas siempre en trato íntimo con tierra y agua, siempre desnudas hasta la rodilla, siempre salpicadas de barro no daban impresión de suciedad o descuido, ni podían inspirar asco. ¿Son sucios los helechos que besa la corriente y espolvorea la tierra? ¿Dan asco las raíces que se arrastran al nivel del suelo entre el polvo hermano y la lluvia santa?

Pero Evelyn, que entendía las cosas de otro modo, había declarado que Vicente era un ser inmundado digno del mayor asco, que siendo él, ya de por sí, un piojo, debía tener la cabeza cundida de ellos, y que por consiguiente no debíamos acercarnos a su persona en ninguna forma y bajo ningún pretexto. Inútil es decir que nuestra adhesión a Vicente Cochocho, espolvada así por la persecución y realizada por el atractivo inmenso de lo prohibido, tomaba incremento a todas horas. ¿Qué vale en efecto un amor que no se contraría, y qué una amistad por la cual no se ha luchado? Al distinguir de lejos a Vicente cavando en el jardín, o en cuclillas, deshiebando el patio, corríamos todas y lo rodeábamos de cerca con pasión. Entonces, el más mínimo de sus movimientos, la menor de sus palabras, interesantes ya de por sí, amenazados por la intervención policial de Evelyn, adquirían un sabor y un precio extraordinario.

En el fondo, hoy lo comprendo, la guerra a muerte que Evelyn declaraba diariamente a nuestro querido Cochocho tenía por base un complicado y personal odio de raza. Por eso era encarnizada y sin tregua. Evelyn, que tenía tres cuartos de sangre blanca, maldecía con ellos su cuarto de sangre negra. Como no le era posible maltratar su negro en ella, le pasaba poderes a Vicente y lo maltrataba en él. A cada instante trataba de empañar el prestigio de Cochocho en el ánimo de sus prosélitas o sea en nuestros ánimos, pero sin éxito ninguno, mejor dicho, con resultados inversos. No perdía ocasión. Si una de nosotras se había derramado en el vestido un plato de sopa,

o una taza de chocolate, Evelyn, desesperada, contemplaba un instante a la manchada y la reprendía así:

—Por atolondrada y por no poner cuidado estás ahora sucia: ¡como Vicente Cochocho!

Bajo el chocolate o la sopa, nuestro amor a Vicente, subía de dos a tres grados.

Si tenía lugar una de esas acciones reprochables que indican falta de cortesía o cultura, al punto, encarándose con la culpable, Evelyn interrogaba sarcástica:

—Eso tan lindo, eso tan precioso, ¿lo aprendiste, no es verdad, con señor don Vicente Cochocho?

Nuestro amor crecía.

Si nos hallaba de improviso rodeando a Vicente en pleno patio, se precipitaba sobre nuestro círculo de amor y lo desbarataba preguntando con una discreción terrible, en la cual pululaban las ofensas:

—¿Qué he dicho ya más de mil veces? ¿Qué está prohibido aquí siempre?

Vicente sabía muy bien lo que estaba prohibido aquí siempre, y lo que se había dicho ya más de mil veces. Sin embargo, ante el vejamen no protestaba: continuaba paciente con su cuchillo, arranca que arranca la hierba terca. Su alma desconocía el odio. Siendo casi del mundo de los vegetales aceptaba sin quejarse las iniquidades de los hombres y las injusticias de la naturaleza. Hundido en la acequia o adherido a las lajas, zahiriéranlo o no, seguía como buen vegetal dando impasible sus frutas y sus flores.

## II

Acusar a Vicente de falta de aliño o limpieza podía pasar, era una cuestión de apreciación; acusarlo de descortesía era a todas luces una injusticia. No era posible ser más cortés. Sólo que Evelyn, en su intransigencia inglesa y puritana, era incapaz de apreciar el refinamiento de aquella cortesía rústica. Nosotras, sí. Ni ella, ni Mamá, ni Papá ni nadie eran tampoco capaces de apreciar el buen sabor a español noble y añejo del vocabulario que empleaba Vicente. Nosotras sí, y porque lo apreciábamos lo copiábamos. Evelyn nos corregía asegurando severa que hablábamos vulgarmente; también Mamá nos corregía, pero ellas no tenían razón, la razón o supremo buen gusto estaba de parte de Vicente y de parte nuestra. Sólo muchos años después pude comprenderlo bien. Fue leyendo a López de Gómara, Cieza de León, Bernal Díaz del Castillo y a otros autores de la época, quienes vinieron a América y legaron generosos de viva voz el español que usaba Vicente tal cual se usa un mueble antiguo, sólido y cómodo, que se ha heredado en buena ley.

Vicente decía, como en el magnífico siglo XVI: *ansina*, en lugar de así;

*truje*, en lugar de *traje*; *aguaitar*, en lugar de *mirar*; *mesmo*, por *mismo*; *endilgar*, por *dirigir* o *encaminar*; decía *esguazar*, decía *agora*; decía *vide*; decía *dende*, su español en una palabra, era el español del Siglo de Oro.

Usaba además Vicente una especie de declinación formada por diversos diminutivos que aplicaba a nombres, adjetivos, adverbios y gerundios, llenando de matices especiales la palabra en cuya terminación los adhería. Si lo llamaban y él contestaba:

—¡Señor, agorita voy!—. O bien: —¡Señor! ¡Voy agoritica!

Esto quería decir: «Voy con mucho gusto dentro de un momento. Dígnese usted tener paciencia». Si al preguntarle qué era de su vida y salud, él contestaba: :

—Ya ve, aquí me tiene, trabajandito.

«Trabajandito» quería decir que trabajaba con gusto y buena voluntad, pero sin mayores ventajas pecuniarias.

Su cortesía corría parejas con su gayo hablar. También era noble y llena de matices. Nunca Vicente entraba en un recinto cualquiera, así fuera la cocina o la pieza de escoger café, sin pedir la venia en esta forma:

—¡Alabado sea Dios!

Frase que repetía clavado en un umbral o ante unos escalones, hasta que una voz indignada le contestara:

—¡Adelante, caramba, no moleste más!

Vicente, era incapaz de quedarse con el sombrero de cogollo en la cabeza si veía pasar a Mamá, por muy lejos que fuera. Como mascaba tabaco, «escupía por el colmillo» con frecuencia, es cierto, pero era menester ver con qué arte y nitidez lo hacía. Nadie hubiera podido imitarlo y nadie podía saber dónde, cómo, ni cuándo, Vicente había escupido. Era lo mismo que un rayo: ¡psst!, que cruzaba con rapidez el espacio y se perdía en lontananza entre las matas. Lejos de ser un acto vulgar, el escupir por el colmillo era, en Vicente, una demostración de respeto y sumisión. Poco lo hacía al dialogar con sus iguales. Por lo general, indicaba perplejidad. Cuando se hallaba en una situación difícil interrogado por Papá, Mamá o primo Juancho, se rascaba la cabeza deliberando y ¡psst!, como una flecha, sin apenas mover los músculos del rostro, sin jamás ensuciar en donde no debiera, con una puntería admirable, escupía. Acto seguido daba una respuesta llena de acierto y discreción.

El trato con Vicente Cochocho nos iba instruyendo en filosofía y en ciencias naturales como ningún libro o profesor hubiera podido hacerlo. Su espíritu hermano por la sencillez, fuerte por la experiencia, estaba adornado de conocimientos amenos que corrían fácilmente de su inteligencia hacia las nuestras con la naturalidad de un arroyo regocijado y claro. Nosotras lo asae-teábamos a preguntas. Casi todas tenían esta partícula interrogativa: «¿Ah?», sobre la cual apoyábamos toda la fuerza de nuestra curiosidad y que cambiaba de lugar según la frase:

—¿Por qué hay guayabas verdes y guayabas amarillas, Vicente? ¿ah?

—¿Por qué las culebras pican, ¿ah?, Vicente, y las anguilas no?

—¿Por qué los gallos saben pelear, Vicente, ¿ah?, y no saben poner huevos como las gallinas?

—¿Por qué, Vicente Cochocho, topocho, rechocho, bigoticos de cucaracha, tú no tienes tu casa de teja como los medianeros? ¿ah?

Para dar la razón de tanta cosa, Vicente impregnaba sus respuestas en la hermosa filosofía de la resignación. De las anguilas decía:

—Porque ellas son buenas y se defienden resbalándose sin maltratar a nadie, por eso las buscan y se las comen. A las culebras les tienen rabia, pero ninguno sale a buscarlas. De puro malas que son, las respetan.

Del gallo decía:

—Porque su sino es de peleón y no le gusta oficio que no sea mandar en jefe. ¿No le ven el gobierno en la cresta?

Y de sí mismo:

—Porque nací para pobre. ¡Quién ha visto peón negro con casa de teja!

Papá había vivido y gobernado en Piedra Azul desde su más tierna edad. Era como el hijo de toda la hacienda. Nosotras éramos las nietas.

Los viejos llamaban a Papá el Niño Juan Manuel, o el Niño Juan Manuelito. Los jóvenes lo llamaban Don Juan Manuel. En cuanto a nosotras, siendo a un tiempo nietas y princesas de Piedra Azul, se nos trataba de tú, y como si fuéramos Infantas de Castilla o de Aragón, teníamos este título largo y sonoro, digno de figurar en las coplas de Jorge Manrique: «Las Seis Niñitas de la Casa Grande».

También Vicente nos daba tratamiento de tú, pero antes de nombrarnos, en señal de homenaje, no decía niñita, ni niña, ni señorita, no; decía: Señor. Tú y Señor. Lo mismo que si se dirigiera a Dios.

Por ejemplo:

Cuando llegaba en el burro cargado de legumbres, de frutas y de hojas de plátano, nosotras corríamos hacia él agobiándolo a preguntas y reclamando encargos. El iba respondiendo:

—Sí, Señor, Aurora, sí te traje tus manguitos de bocado. Aquí vienen.

—Sí, Señor, Blanca Nieves, te conseguí el conejito blanco. Mañana te lo mandan con jaula y todo.

O de pronto:

—No, Señor, Violeta, no le pegues al pobre burro, mira que él no te ha hecho nada.

Diffícilmente podré explicar a ustedes la suma de matices expresivos que encerraba el hablar de Vicente, puesto que tales matices no estribaban en los vocablos, estribaban en el tono. ¿Qué es una frase sin tono ni ritmo? Una muerta, una momia. ¡Ah, hermosa voz humana, alma de las palabras, madre del idioma, qué rica, qué infinita eres!

Cuantas veces he tratado de explicarles aquí cómo hablaba Vicente y cómo hablaba Mamá, aquellos dos polos: el extremo de la rusticidad y el extremo de la exquisitez o «preciosismo», uno más ritmado que melodioso, otro más melodioso que ritmado, he tenido que contemplar con tristeza la miseria

realizada por mi buena intención. La palabra escrita, lo repito, es un cadáver. ¿Por qué, en este siglo de los grandes inventos y de las magníficas innovaciones, los escritores no han hallado aún la manera de decir a ese cadáver: «levántate y anda»? Hoy todo es alegre bullicio en la república de las letras, hoy que el genio y la novedad van siempre bailando juntos, tan contentos, ¿cómo no han hallado el modo de despertar esa muerta? Si yo fuera novelista de talento (dos humildes suposiciones) impondría la siguiente innovación en la novela: antes de comenzar un diálogo cualquiera tendría siempre un pentagrama sobre mí página. A la izquierda como de costumbre: clave, tono y medida; luego los compases con notas y accidentes, y abajo el texto: lo mismo que para el canto. Con un poco de solfeo que supiera el lector no tendría sino que tomar el libro en la mano izquierda, llevar el compás con la derecha canturreando y ¡listo! El personaje habría hablado de veras.

Acabo de darme cuenta de que estoy ideando una tontería. Perdónemela. El escritor que tal hiciera, al pecar por exceso de verisimilitud o claridad, se vería cubierto de desprecio. La claridad que nos hace amables nos impide ser admirables. Lo incomprendible, al humillar violentamente los espíritus, arranca de las manos aplausos irritados y sinceros cuyo verdadero significado es éste: ¡¡Bravo, bravo, bravísimo, que no hemos entendido ni una jota!! Una imaginación de amplio vuelo puede lanzarse a sus anchas dentro de la oscuridad que es infinita. Dios no sería adorable si fuera comprensible. La humilde claridad es limitada, franca y pobre. La claridad es despreciable y reposante como un par de pantuflas viejas. Yo no aspiro a la gloria, ni a los aplausos, ni al respeto de las multitudes; por lo tanto, puedo calzarme de tiempo en tiempo mí par de pantuflas reposantes.

Vicente Cochocho era el tocador de maracas de todos los bailes de Piedra Azul. Según creo, su conversación debía ir siempre acompañada por el repiqueteo o compás de dos maracas invisibles. A ellas debía su ritmo. Si Mamá verbigracia, necesitaba con urgencia que Vicente fuera a buscarle unas parchas o guanábanas, se asomaba al pretil, llamando:

—¡Vicente! ¿Estás ahí, en el jardín?

Y él contestaba a lo lejos:

—¡Sí, Señor!

Al *Sí* le correspondía una nota negra ligada a una corchea con puntillo y un golpe de maraca, al *Señor* una semicorchea, una negra y repiqueteo de tres golpes.

### III

A más de ser maestro en filosofía y ciencias naturales, a más de ser tocador de maracas, paleador de la acequia, emburrador del trapiche y deshierbador de lajas, Vicente era el médico, el boticario y el agente de las pompas fúnebres en

Piedra Azul. Era además, de vez en cuando, como se verá más adelante, militar de gran genio. Si sus piernas estaban salpicadas de barro, su valor, salpicado de hazañas y de altísimos hechos, merecía que la gloria le hubiese abierto de par en par sus grandes puertas: ya lo dije al presentárselos. Pero «la gloria no se ofrece sino al que la solicita», opinaba un amable sabio. Vicente, sea porque fuese filósofo, sea porque no se sintiese bastante buen mozo y bien vestido para ir en busca de tan gran señora, le volvió siempre la espalda, sin jamás acercarse a decirle, pero ni «esta boca es mía».

En lo concerniente a la milicia, Vicente tenía más genio que vocación; en lo concerniente a la medicina, tenía más vocación que genio. Como es la vocación quien forma el verdadero médico, como la medicina oscura y santa está impregnada de misticismo, milagros y ciencia infusa del corazón, Vicente, todo actividad, todo abnegación, todo espíritu de sacrificio; Vicente, a quien nadie llamó nunca el Doctor Cochocho, era el médico por excelencia.

Papá no lo juzgaba así. Como la medicina, repito, es campo abierto a las apasionadas creencias, al fogoso misticismo y a las luchas fanáticas, Papá perseguía con ardor e intolerancia la actuación de Vicente junto a los enfermos de su hacienda. Aseguraba con convicción, de raigambre mística, que en Piedra Azul la presencia de Vicente era mucho más funesta que la del tifus, la disentería y la fiebre amarilla juntos. Papá hablaba con pasión, no cabe duda. Pero siendo su poder absoluto o ilimitado, la situación de Vicente respecto a su misión sublime y respecto a Papá era en todo semejante a la de los primeros Cristianos bajo la persecución de Diocleciano o de Nerón. No quiero decir con esto que Papá fuera cruel, sino que amenazado a cada instante por el Omnipotente, Vicente, lleno de heroísmo, robustecido más y más en su caridad y en su fe, ejercía su ministerio en la sombra.

Yo creo que en la intolerancia honrada de Papá se ocultaba sin él saberlo, como ocurre a menudo, aquella rivalidad despierta y agresiva que viene a asomarse siempre entre dos médicos situados ante una misma clientela. Porque debo advertir a ustedes que a su manera, sin universidades, grados, ni estudios, también era médico Don Juan Manuel. También él se iba en su caballo Caramelo, con su frasquito de píldoras de quinina, su termómetro, sus sinapismos, sus purgantes y recetaba a los enfermos. Vicente se iba a pie con hojitas de llantén, raíz de ciruela fraile molida, manteca de lagarto, sangre de conejo matado en menguante, ensalmos, oraciones, y le arrebatava la clientela. Y es que siendo el más débil Vicente era el más fuerte por su augusta vocación. En Piedra Azul se curaba y se medicinaba de balde. Por lo tanto, Papá, enteramente desarmado, no pudiendo siquiera pasar a sus enfermos esas cuentas altísimas que tanto sostienen el prestigio científico de un médico, aplastado por Vicente, sin defensa posible, veía decaer su clientela, mientras la de su competidor crecía.

Como todo médico: grande o pequeño, ignorado o renombradísimo, como todo medicucho, medicastro o gran lumbrera, Vicente realizaba curaciones maravillosas y realizaba también de vez en cuando muertes fulminantes que



producían gran escándalo y cubrían su nombre de oprobio durante breves días. Las cosas volvían pronto a normalizarse y la fe renacía. En los días del escándalo la cólera de Papá todo rayos y truenos caía sobre la cabeza bienhechora y vencida.

Un día presenciarnos la siguiente solemne y dolorosa escena.

Era en la tarde. Papá, encerrado en su escritorio, conferenciaba desde hacía rato con el mayordomo. De pronto se abrió la puerta con violencia y lleno de arrogancia y majestad, como se asoma un emperador al balcón de su palacio, se asomó Don Juan Manuel al pretil vecino de su escritorio, de donde se dominaba la ancha explanada o entrada principal de la casa. Allí, con una voz severa que amenazaba tormenta, dijo a una de las sirvientas:

—Anda a decirle a Vicente Cochocho que venga acá inmediatamente, que tengo que hablar con él.

Encogidas las almas de temor ante aquel misterio, que amenazaba herir uno de nuestros más vivos afectos, corrimos todas, doloridas a presenciar el desastre.

A poco, en la ancha explanada, más chiquito, más cuadrado, más cabezón que nunca, apareció en efecto nuestro querido Cochocho. Como jamás se atrevía a subir al corredor principal de la casa, se acercó desde afuera al pretil y con sus pies de pato, sus piernas torcidas, su cabeza lanuda, su sombrero de cogollo en una mano, su machete en la otra, se detuvo, levantó la cabeza y como una rana ante un león interrogó:

—¿Señor?

—Oye, Vicente —dijo Papá terrible y todopoderoso—, óyeme bien. Acabo de saber que a José del Rosario, el de la Quebrada Grande, se le enfermó su muchachita de un ojo, que tú fuiste y dijiste que eso se curaría con sangre de lapa, que tú mismo cazaste la lapa, que tú mismo le sacaste la sangre, que tú mismo la llevaste, que se la pusieron y que se ha quedado tuerta. Eres muy bruto y más que bruto eres un animal, ¡ya lo sabes! Atiéndeme ahora y que no se te olvide, es la última vez que te lo digo: te juro, Vicente, que como tú vuelvas a recetar a un solo enfermo más aquí, en Piedra Azul, le escribo al Jefe Civil del distrito para que vengan inmediatamente a buscarte y te tengan en la cárcel preso cinco o seis años por asesino. Lo digo y lo haré. ¿Me estás oyendo bien, Vicente? ¿Comprendiste?

—Sí, Señor.

Contestó Vicente humildemente, sin olvidar su puntillo y sus tres golpes de maracas.

Inútil es decir que desde el siguiente día, con mucho más ardor continuó en secreto cazando lapas, buscando hierbas, moliendo raíces, anda que anda, de norte a sur, de este a oeste, perdiendo días de jornal, vadeando ríos crecidos y pasando noches de vela junto a la cabecera de sus amados enfermos.

Las bondades y favores de Vicente Cochocho, como toda cosa que se da espontánea y abundante, como las frutas silvestres, como los dorados mangos en el mes de agosto, no tenían valor ninguno en Piedra Azul. Su abnegación

despertaba con frecuencia el mal humor y sus mayores beneficios se recibían al igual de esas cosas que siendo útiles son importunas, como se reciben, digamos, los aguaceros bienhechores y molestos.

Existía en Piedra Azul una ley impuesta por la costumbre, ley discreta, digna de la sabiduría severa de un Licurgo. Cuando un peón o cualquiera de sus allegados moría no había ni qué preguntarlo. Papá hacía todos los gastos relativos al entierro salvo uno, el del ataúd, del cual espontáneamente se encargaba Vicente. Quiero decir con esto que los dos médicos afrontaban, cada uno a su modo, el gasto que ocasionara la muerte de sus enfermos. Al tener noticias de una defunción, Vicente, madrugando si era menester, se iba a la casa, o por mejor decir, al rancho mortuorio, daba el pésame en términos muy corteses como de costumbre, para terminar diciendo:

—Y por la «urna», ya lo saben, no se angustien, yo se la traigo a la nochecita.

Aquel día renunciaba a todo jornal. Comenzaba por pasar la mañana entera de arriba abajo, en las pulperías, en las casas de los medianeros y en los ranchos de los peones, preguntando en todas partes «que si por casualidad» no tendrían unas tablas o unos cajoncitos viejos que le regalaran. En honor de la verdad, dadas tales circunstancias, todos lo recibían con buenos modos; todos derrochaban generosidad. A eso de las doce, recogido el material, se instalaba en un rincón del trapiche con un serrucho, un martillo, unos clavos y, pin-pun, pin-pun, añadiendo por aquí, encajando por allá, claveteaba con ardor. Bajo el ardor un ataúd, aunque informe, iba engordando y creciendo. Terminado el trabajo relativo al carpintero, se iba a la casa, preguntaba por Mamá y con el encogimiento natural de todo el que pide algo, luego de ¡psst!, escupir por el colmillo en señal de homenaje, también decía: Que «si por casualidad» no tendría Misia Carmen María unos trapitos negros que ya no le sirvieran. La «casualidad» no dejaba nunca de tener lugar. Armado así, con los trapitos negros se volvía a su rincón del trapiche, los cortaba con inteligencia y con economía, los untaba con engrudo y los iba colocando habilidoso hasta que el gran cajón remendado, de tablas viejas, rotulado aquí y allá con: «frágil»; «Hacienda Piedra Az...» o «La Guai...», según los cortes y los añadidos, quedaba convertido en un ataúd negro lleno de depresiones y de jorobas conmovedoras, es cierto, pero de un conjunto tan lúgubre y tan feo como el de los más lujosos ataúdes negros. Nunca se olvidaba de pegar sobre la tapa dos tiras blancas que formaran cruz. Rematada así su obra, a altas horas de la noche se la cargaba al hombro y anda que andarás cerro arriba llegaba al rancho mortuorio, se detenía en la puerta y:

—¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios! —anunciaba su presencia a grito herido.

De adentro le contestaban, naturalmente, «que qué gritos eran esos; que si no sabía demasiado que había un difunto en la sala; que a los difuntos se les debía más respeto; que tuviera tino al colocar la urna; que no la fuera a poner en el medio, sino en un rincón donde no estorbara el paso; y que

puesto que allí estaba, que se sentara y que se tomara su «pocillo» de café y hasta, si quería, un vaso de aguardiente». Hechas estas observaciones seguían hablando desafortunadamente.

#### IV

La beneficencia de Vicente Cochocho, semejante a la luz del sol, se derramaba sin preferencias sobre todos los hombres, en todas las circunstancias: ricos y pobres, grandes y humildes, malos y buenos, a todos alcanzaba. Lo mismo exponía Vicente su vida vadeando un río crecido para llevarle «unas hojitas» de cualquier cosa a un moribundo, que la exponía subiéndose a una rama inaccesible a fin de alcanzar «el ramito de mamones» encargado por alguna de nosotras. Igual se desvelaba fabricando un ataúd que pasando la noche entera con las maracas en la mano, dándoles sin descanso, para que «el amo del baile» quedara bien lucido. Nadie, ya lo han visto, le daba las gracias de nada. ¿Quién se acuerda de darle gracias al sol porque alumbra o al agua porque se deja beber?

Aun cuando le gustase el baile en forma extraordinaria, no bailaba jamás, por la sencilla razón de que nadie quería bailar con él. ¡Las peladoras de semilla y las cogedoras de café ya sabían revestirse de esnobismo, en aquella época y en Piedra Azul! Si el amo del baile, condolido, se acercaba a un grupo de invitadas y les rogaba «que bailara alguna con Vicente, una piececita por lo muy menos, que fueran complacientes, que el pobre había contribuido tanto con las maracas la noche entera, que eso ni las rebajaba, ni les rompía costilla», las invitadas contestaban muy entonadas: «que ni locas; que ¡cuándo!; que ellas no se exponían a hacer un mal papel; que Vicente era demasiado chiquito; que apenas sí les pasaría de la cintura; que eso no era un pareja para bailar con nadie». El pobre, desairado, muy conforme, tenía que continuar con su par de maracas toca que toca la noche entera.

Si Vicente era despreciado en los bailes por su desnudez completa de atractivos físicos, conocía en cambio el amor hondo y manso, aquel que a espaldas de la estéril vanidad, desdeñando todo material provecho, cierra los ojos a la belleza del cuerpo y va a prender sus raíces en los encantos del alma. Por sus atractivos morales Vicente era amado, y amado mucho más de lo común, puesto que lo querían a un mismo tiempo sin celos, discusiones, ni rivalidades: Aquilina y Eleuteria. El las quería a las dos sin hacer preferencias, las dos lo aceptaban con mutua o, mejor dicho, con doble generosidad.

Aquilina y Eleuteria ni eran muy lindas, ni eran muy elegantes; al contrario, situadas al mismo nivel de Vicente, podían brindarle un amor todo paz, exento de peligros y zozobras, cosa que para la felicidad es un factor más poderoso que la elegancia y la belleza juntas.

A fin de que ustedes no se escandalicen ni juzguen severamente a Vicente, debo advertirles que en Piedra Azul se aceptaba el amor libre. Era tan corriente y tan bien visto, como lo es desgraciadamente hoy día y lo era desgraciadamente entonces en cualquier sociedad rica, aristocrática y refinada de cualquiera gran capital. Salvo en uno que otro detalle de la forma, en el fondo, las costumbres de Piedra Azul eran dignas de una espléndida corte. Como mi excelente Mamaíta no había viajado nunca, ignorando tal circunstancia o coincidencia, se quejaba y lamentaba al decirle a Papá, casi con lágrimas en los ojos, que podía estar seguro de una cosa tristísima y era ello que, en cuanto a costumbres, su hacienda Piedra Azul ocupaba, sin duda, el último lugar del mundo. Llena de celo apostólico, tanto por espíritu de moralidad como por espíritu de presunción, lo mismo que ponía tapetes bordados y ramos de flores en las mesas, Mamá ponía consejos, legitimidad y bendiciones nupciales en los ranchos de Piedra Azul. Mientras Papá afrontaba los gastos de todos los entierros, ella afrontaba los gastos de todos los matrimonios. Su obra moralizadora, como toda obra para la cual no se exige dinero, cundía. Cundía a veces con perfecta felicidad, pero muy muy a menudo con resultados adversos. Como ocurre fatal y desgraciadamente en todas partes, también en Piedra Azul, al sentir la mayoría de los hombres que había «sacramento de por medio» sus infidelidades tomaban al punto una consistencia y una pluralidad extraordinarias. A la sombra de tales infidelidades crecían celos, discusiones y escenas violentas que se remataban en una brillante sinfonía de golpes. La ofendida venía casi siempre a la casa, preguntaba por Mamá, le contaba sus cuitas, y sin hacerle reproches directos, cosa que hubiese acusado poca delicadeza, como «al buen entendedor pocas palabras le bastan» se los hacía indirectamente al rematar así su confidencia:

—¡Ay, Misia Carmen María, quien lo viera y quien lo ve! Y pensar que esto tal vez es un castigo que me manda el Señor por pretenciosa: ¡quién me mandó a casarme!

Mamá, muy condolida, entre suspiros y levantar los ojos al cielo, aconsejaba la dulzura y la resignación.

No hay para qué decir que estando el hogar de Vicente a la vanguardia de los más irregulares, las amonestaciones, quejas y recriminaciones de Mamá llovían a diario sobre él sin resultado ninguno. Vicente era reacio al matrimonio. No por aquella dureza de corazón de la cual nos habla el Evangelio, sino por un arraigado e invencible sentimiento de fidelidad. Como ni la Iglesia ni las leyes permiten el matrimonio con dos mujeres a la vez, no pudiendo ser infiel a Eleuteria por preferir a Aquilina, ni ser infiel a Aquilina por preferir a Eleuteria, rechazando toda posibilidad de matrimonio, Vicente repartía con equidad su amor, ya platónico sin duda, entre aquellas dos compañeras de dos épocas diversas de su juventud, a quienes circunstancias fortuitas habían reunido en un día de su otoño bajo el techo hospitalario de su rancho alquilado. Por uno de esos milagros que sólo realiza la gran bon-

dad, como el de San Francisco con el lobo, Vicente había realizado el suyo: Aquilina y Eleuteria vivían en perfecto acuerdo.

Una tarde, nosotras, las niñas, habiendo ido de paseo con Evelyn, quisimos llegar hasta el rancho de Vicente, cosa que nos interesaba, por supuesto, en forma extraordinaria. Evelyn accedió.

La piadosa peregrinación tuvo lugar: andando, andando, nos dirigimos hacia el rancho objeto de nuestro interés. Al divisarlo de lejos en lo alto de un repecho, medio escondido entre los árboles, corrimos todas, desaladas a ver cuál llegaba primero. Evelyn caminando nos siguió a distancia. El cuadro que bajo los dos árboles se ofreció a nuestros ojos era en efecto interesantísimo por su sobriedad prehistórica. La paja, ahumada y despeinada del rancho, caía con desolación por sus cuatro costados hasta tocar la tierra. Junto a la puerta había un banco hecho con un tronco y dos horquetas; en el suelo, tres piedras ennegrecidas dialogaban sobre las cenizas frías de un hogar; una gallina atada por un pie a una de las horquetas del banco pugnaba por desatarse cacareando y batiendo las alas; en el centro, hecho también con un tronco, un pilón; a uno y otro lado del pilón Aquilina y Eleuteria, armadas cada cual con una masa: golpe y golpe; golpe y golpe, pilaban evangélicamente el maíz, ración de un solo día, para «el pan de arepa» de ellas dos y Vicente.

Imposible es describir aquí la indignación muda y misteriosa con que Evelyn, al apreciar la escena, nos arrancó del rancho y de sus alrededores. Duró el mutismo y duró el misterio hasta que llegada a la casa pudo a media voz conferenciar con Mamá. Dijo furiosa y a la sordina que a más de ser el más pequeño, el más cabezón, el más feo y el más sucio de los peones de Piedra Azul, para complemento, para que nada le faltara, Vicente Cochocho era también el más «depravado». Que ella acababa de comprobarlo con sus propios ojos.

Siendo así que la palabra «depravado» no formaba parte de nuestro vocabulario, nosotras también conferenciamos a fin de cambiar impresiones y dilucidar cuál podría ser aquel nuevo y terrible defecto de nuestro amigo Vicente. Como era de esperar, Violeta se apresuró a tomar la palabra y humillándonos con su saber, declaró ex cátedra que eran «depravados» todos aquellos cuyos techos de paja estuvieran ahumados y desgrefñados como lo estaba el del rancho de Vicente. Que ella sabía eso: «¡Púuuu! ¡Desde cuándo!» Al siguiente día Mamá llamó a Vicente y con la misma voz quejumbrosa que usaba para regañarnos a nosotras, lo amonestó en esta forma:

—No es posible, Vicente, por el amor de Dios, la vida que tú llevas. Evelyn fue ayer con las niñas hasta tu rancho y volvió espantada. No tienes noción ninguna de moral, eres como los animales, Vicente, que no saben que existe Dios ni conocen sus mandamientos. Tú, que por tu edad siquiera, debías dar el buen ejemplo, no, eres el peor de todos, eres el abandonado. No puedes seguir así: ¡O te casas con una de las dos, o te quedas viviendo solo, Vicente, como un ser normal, como un cristiano bautizado!

Al hablar en tan laudable y terminante forma, mi apostólica Mamá no había observado aún a cuántos actos dignos de castigo y de reprobación universal puede conducirnos la verdadera bondad del corazón.

Como de costumbre planteado así el dilema, Vicente se rascó la cabeza, le dio vueltas y más vueltas en la mano al sombrero de cogollo; escupió por el colmillo en forma impecable y terminó diciendo entre pausas y tartamudeos que: «como casarse él no podía por de pronto, que Dios Nuestro Señor demasiado lo sabía; que para resolver matrimonio se necesitaba cuando menos tener un ranchito propio»; y añadió conciliador:

—Ahora, sin matrimonio, yo la complazco, en el momento menos pensado, Misia Carmen María, usted verá, yo se lo ofrezco; pero déjeme un respiro. En cuanto llegue la cosecha de café, que ellas dos puedan trabajar y recoger unos cuantos realitos, yo las mudo, le doy mi palabra. Téngame paciencia, hágame el favor. Es cuestión de un tiempito nada más.

Mamá, perseverante y evangelizadora, seguía prodigando sobre Vicente sus quejumbrosas amonestaciones, mientras «el tiempito», se prolongaba indefinidamente a través de todas las cosechas de café.

## V

Si el prestigio de Vicente se hallaba en Piedra Azul bajo cero, nadie es profeta en su tierra, en otros lugares se hallaba, por el contrario, en las nubes. «Cochocho el de Piedra Azul», ¡asómbrense ustedes!, era nombre que se pronunciaba en muchas partes con respeto y temor. Para ello eran menester dos circunstancias, eso sí: primero, que estallara una revolución; segundo, que un general revolucionario solicitara sus servicios. Si Vicente mandaba a contestar lacónicamente: «Estoy a la orden», ya podían prepararse Papá y el Gobierno; el uno, a tener un terrible disgusto; el otro, a recibir sinsabores y derrotas sin cuento.

Al segundo día de haber enviado su respuesta: «Estoy a la orden», con gran indignación de Papá, a quien el caso tomaba siempre desprevenido, Vicente había desaparecido misteriosamente y junto con él ocho, diez o quince peones, según las circunstancias. A estas bajas ocasionadas por su vocación militar, Papá sumaba con los dedos las ocasionadas por su vocación médica. Como en su indignación las dos manos no le dieran abasto, cortaba la enumeración y resumía la hecatombe:

—¡Es peor, mucho peor que el tifus, la disentería, y la fiebre amarilla juntos! ¡Es una verdadera peste, es un azote, es la langosta! ¡Aquí no volverá nunca a ponerme los pies!

A poco llegaban las noticias y comentarios:

—Allá, en el pico tal, o en el desfiladero cual, y que está Vicente, emboscado como un mismo león: ¡acabando con las fuerzas del Gobierno!, no les deja pasar ni una mosca.

Según parece, sobre estos particulares de estrategia Vicente Cochocho era sencillamente genial. Recibidas las órdenes del general X o Z, a quien servía, Vicente reunía veinte, treinta, o cuarenta hombres, los que fuese menester, se ponía a la cabeza de todos: ¡y a caminar se ha dicho! Si como a Napoleón y a Bolívar, la estatura no le ayudaba en tales casos, tampoco a él le hacía falta tal ayuda. ¡Otras condiciones le daban tamaño!

Al frente de su tropa, con su plan ya trazado, allá iba Vicente, orientándose por entre cerros, llanos y bosques en línea recta, con la seguridad admirable de las palomas mensajeras. De pronto ante un panorama determinado se detenía, estudiaba con la vista el océano de montes y colinas, extendía su brazo corto, trémulo de genio, señalaba con el dedo un punto fijo, y decía:

—¡Allá es la cosa!

Allá se iba a emboscar con sus treinta hombres, y ¡ay! del que pasara con intenciones guerreras. Sorpresas, estratagemas, embestidas sin cuento llovían inesperadas y fatales sobre los enemigos, por mejor armados, y más numerosos que fueran.

Terminada la revolución, cubierto de laureles, con sus treinta hombres ilesos, Vicente bajaba de su olimpo y regresaba a Piedra Azul.

Papá se hacía el desentendido.

Al siguiente día ya estaba otra vez con el barro hasta la rodilla limpiando la acequia grande, o en el patio de la casa deshierbando las lajas en cuclillas, con el mismo cuchillo de siempre.

En el perdón de Papá entraría un tercio de generosidad y dos tercios, cuando menos, de espíritu práctico. Por más que Papá contara y recontara con sus dedos calamidades y muertes, Vicente le proporcionaba muchas más ventajas que inconvenientes. Enterado a cualquier hora de cualquier movimiento revolucionario como nunca soñara estarlo de nada el más astuto *reporter*, Vicente anteponía su influencia delante del peligro, y era la vanguardia de Piedra Azul.

Si estallaba una revolución, pongo por caso, Vicente se hallaba en la hacienda, por no haber asumido aún el importante papel que le correspondiera, de pronto, se presentaba en la casa, preguntaba por Papá, se le acercaba con misterio y guiñando un ojo, confianza que sólo se permitía en tales circunstancias, le decía en voz baja:

—Vengo a advertirlo, Don Juan Manuel: mañana al mediodía pasa la revolución por el cerro. Ya me dieron palabra de que no bajarían a perjudicarle la hacienda, pero por sí, o por no, mejor será que mande a esconder el ganado.

Papá hacía esconder el ganado.

Al siguiente día, allá, en lontananza, como procesión de hormigas, brillan-

do machetes y rebrillando fusiles, en lo alto de la montaña, bajo el magnífico sol meridiano, pasaba durante un rato la revolución.

Un día, por una de esas cosas incomprensibles o medio milagrosas, Papá tuvo noticias anticipadas de que Vicente iba a alzarse. Era la víspera precisa del alzamiento. Lo mismo que en aquella otra tarde, la del célebre juicio por el fracaso medicinal de la sangre de lapa, asomado a su pretil, Papá convocó a Vicente. También nosotras como aquel día, unidas en racimo junto a una columna, fuimos testigos del acto. Repitiéndose la escena, en la ancha explanada apareció Cochocho, todo fealdad, todo cortesía, y tal cual, con su sombrero de cogollo en la mano, se acercó y se detuvo bajo el pretil. Pero Papá, en lugar de echar hacia atrás la cabeza desbordando arrogancia e irradiando majestad, no, al diablo la majestad y nada de arrogancia; al contrario, con esa voz grave y tierna que usamos con las personas, cuando para su bien queremos disuadirlas de algo que en realidad nos perjudica a nosotros, Papá, en voz muy tierna, comenzó a derrochar sobre Vicente una elocuencia bondadosa llena de paternal y suavísimos consejos. El discurso, que duró un buen rato, terminaba en esta forma:

—Expones tu vida, Vicente; arruinas tu salud para servir la ambición y los intereses de otros. ¿Y qué sacas tú? ¿Qué provecho? ¿Qué dinero? ¿Qué porvenir? ¡Ninguno!

Vicente, con la cabeza baja y el sombrero dando vueltas y revueltas y más vueltas en la mano, no contestaba una sílaba, pero su silencio equivalía a esto: «Lo felicito por su elocuencia, mi señor patriarca, y le agradezco su interés, pero así con su magnífica elocuencia y su gran interés a cuestras, me alzaré de todos modos mañana en la madrugada, porque ya está resuelto».

Como Papá comprendió muy bien el significado de tal silencio, cambió de táctica. Ofreció forlmalmente a Vicente que si renunciaba en seguida a toda idea de alzamiento, le doblaría el jornal, y le mandaría hacer un rancho en lugar apropiado, en donde pudiera al mismo tiempo disfrutar de un conuco.

La respuesta de Vicente, de haber sido más corta, hubiera sido digna de un espartano, digna de Guzmán el Bueno, digna, en fin de figurar en la Historia. Dijo:

—Yo le he dado mi palabra al General . . . (aquí, un nombre muy conocido que no recuerdo). Fue él quien desde hace muchos años me graduó de capitán. Nunca me he puesto un par de zapatos, pero desagradecido no soy, y a un protector no le volteo la espalda. Ni que me regalara todo Piedra Azul, Don Juan Manuel. La palabra de Vicente Aguilar no es cuestión de ranchos ni de conucos, ésa, ¡ni se compra, ni se vende!

¿Qué tal?

Bajo tan magnífica respuesta, Don Juan Manuel se quedó aplastado lo mismo que un insecto debajo de un peñón. Derrotado, echó mano al recurso de los derrotados: el sarcasmo. Aquí fue el echar la cabeza hacia atrás, y el exclamar a grandes voces con una sonrisa forzada y fingida:

—¡Anjajajajá! ¡Pero si es verdad! ¡Pero si no me acordaba! ¡Si aquí



estoy en presencia del ilustre capitán Don Vicente Aguilar! ¡Muy señor mío! ¡Váyase, váyase a la guerra mi señor capitán, que de allá regresará sin duda a ocupar el sillón presidencial de la República!

¡Ay, el horrible oprobio de aquellas palabras: «Mi señor capitán Don Vicente Aguilar», mucho más duras, mucho más crueles que los más crueles insultos! «Aguilar» era lo peor de todo. Aguilar, en boca de Papá, resultaba espantoso, ustedes no lo comprenderán, tampoco él lo comprendió. A los grandes, no les es dado entrar en el mundo de los pequeños; ciegos ante lo muy menudo, son duros por ceguera y crueles por exceso de tamaño. Nosotras pequeñas comprendimos todo el dolor producido por aquel insulto que sólo era insulto, por no ser insulto, sino sencillo y verdadero apellido como el de todo el mundo. Apiñadas junto a la columna, ante aquel «Aguilar» aderezado de sonrisas y oído por vez primera en nuestra vida, estuvimos a punto de romper a llorar todas en coro, como el día en que Mamá castigó a Violeta. ¡Había que ver, además, la expresión del «ilustre capitán muy señor mío»! Apaleado por su propio apellido como perro apaleado por su amo, sin levantar la voz, levantó sus ojos desamparados que eran como el puente por el cual se pasaba de la fealdad de su cuerpo a la belleza de su alma. Buscando simpatía, los ojos de perro dolorido, vinieron a apoyarse en los nuestros. Allí la encontraron: ¡y cómo, y cuánta! Con la cabeza baja, sin mirar hacia Papá ni contestar a su sarcasmo, se despidió de él, diciendo:

—Siempre a su orden, Don Juan Manuel.

A nosotras nos miró, intensamente:

—Y adiós, mis niñitas. Que Dios me las guarde, que la Virgen me las conserve a todas, ¡hasta más ver!

Y se fue. «Hasta más ver» no se cumplió. Ya no volvimos a verle más. Pero aquella última mirada buena de perro apaleado sin razón debía acompañarnos siempre. A mí me ha seguido a través de mi vida entera, aún está aquí, aún me acompaña, aún me adoctrina y me enseña.

¡Ah, lejano, ignorado Cochocho, piojo sublime, médico de los pobres, humilde dios del barro, genio de los ataúdes y de las aguas! Mucha miradas como aquella última tuya debió presentir con sus ojos visionarios el Divino Maestro, la tarde en que seguido por sus discípulos subió a la falda de una montaña, y allí, sentado sobre la hierba, les dictó su testamento. En él escribió tu nombre oscuro, Vicente Cochocho, porque tú fuiste manso; tú fuiste limpio de corazón, tú fuiste misericordioso, tú padeciste persecuciones por la justicia. Heredero de la gloria, tú imperas hoy sobre las ocho Bienaventuranzas, tuyo y muy tuyo es todo el Reino de los Cielos.

## SE ACABO TRAPICHE

Un día jugábamos en el huerto. Violeta, cuyas ansias aventureras la lanzaban a todo género de empresas azarasas en las cuales figuraba la desobediencia,

con sus correspondientes probabilidades de luchas y rebeldías, Violeta, digo, se había ido al comedor, y había cogido un cuchillo. Con él cortaba ramas, les sacaba punta y las clavaba en la tierra diciendo:

—Estos son mis tablones de caña; estos otros son mis cafetales; aquí están mis jardines; todo esto es mi hacienda: ¡que nadie se acerque!

Una de las sirvientas allí presentes se acercó y le rogó que fundara su hacienda prescindiendo del cuchillo, que tanto Mamá como Evelyn nos tenían terminantemente prohibido que jugáramos con fuego, con tinteros y con cuchillos. Violeta le contestó que se apartara en seguida de allí y que no la molestara repitiendo tonterías. A fin de salvar su responsabilidad, la sirvienta se fue y advirtió a Evelyn. Llegó Evelyn en el momento en que Violeta enarbolando una rama le sacaba punta. El cuchillo brillaba y relampagueaba por los aires. Al comprobar el hecho, Evelyn dijo con autoridad:

—Violeta, dame cuchillo.

Violeta contestó:

—No.

La autoridad de Evelyn pasó de las palabras a los hechos. Agarrando a Violeta por la muñeca, con la mano que le quedaba libre le quitó el cuchillo en un segundo. Violeta, sorprendida y desarmada, la miró con insolencia y en defensa propia y voz muy clara:

—¡.....!

¡Zas! Un calificativo inesperado, rotundo, sobrio, muy bien acordado en cuanto a género y número: una sola palabra nada más.

¿De dónde salía tal palabra? ¡Misterio! Era una de las especialidades de Violeta: saber cosas que nadie supiera, sin que supiera ella misma dónde las había sabido. No obstante ser palabra nueva, todas las demás comprendimos al punto que la tal expresión se le había adaptado a Evelyn como se adapta en la cabeza un sombrero muy feo, es decir, que se amoldaba sin hacerle favor. Al oír el calificativo admirable de claridad, las dos sirvientas presentes habían comenzado a reírse a carcajadas. Con las risas, el calificativo tomaba más proporciones y mayor asiento en la persona de Evelyn. Esta, indignada, más por las risas que por el vocablo inesperado, con su feísimo sombrero puesto, se quedó muda unos instantes. Luego interrogó:

—¿Dónde aprendiste esa palabra, Violeta, que te dejó boca tiznada, boca negra como carbón? ¿Dónde aprendiste?

Violeta se pasó la mano por la boca a fin de ver si era cierto que estaba tiznada, pero no se dignó contestar. Como Evelyn buscaba un castigo ejemplar, sin esperar las declaraciones de la culpable, hizo de repente la siguiente deducción funesta:

—Aprendiste eso en trapiche. Ahora para siempre ¡se acabó trapiche!

«Se acabó trapiche», por culpa de Violeta y de las dos sirvientas, era una ley inicua, una de esas leyes arbitrarias que pesan sobre multitudes inocentes, por la violencia de un mandatario o las fechorías de un grupo. Y sin más comentarios, desde aquel mismo día, la ley inicua comenzó a regir.

¡Ay! ¡«Se acabó trapiche»! ¡Qué castigo sin precedentes! ¡Qué desgracia! Para nuestras almas de campesinas el trapiche era el club, el teatro y la ciudad. Ningún placer equivalía a la hora pasada entre el baño y el trapiche. Nos parecía la gloria y teníamos razón: era la gloria. Todo en él halagaba la vista, el olfato, el paladar, el oído. Lo mismo que bullía el guarapo en los enormes fondos, en el gran recinto del trapiche bullía la vida franca y buena a borbotones. En él se daban cita todos los elementos y todos los colores: el agua, el fuego, el sol, todos iban andando desnudos y armoniosos al compás que marcara la inmensa rueda majestuosa y mansa de la molienda. Nada del aburrimiento negro incomprensible y feísimo de las fábricas movidas con motores de vapor y motores eléctricos. No. En el trapiche no había misterios ni había escondites. Todo pasaba a la vista de todos. Cada cual sabía por qué ocurrían las cosas y había entrada libre para el que se presentara: elementos, animales, o personas.

La primera, la gran capitana, la madre del trapiche era el agua. Muy arriba por el canalón se venía de la acequia y se arrojaba sobre la rueda grande cantando la caída con su nutrido coro de chorros y de gotas. La rueda lenta, se iba tras ella por el rosario de sus cangilones, dibujando gajos de vacío sobre un fondo de helechos y de musgo. Con la rueda caminaban las tres masas; en las masas, triturándose y salpicando zumo caminaban las cañas; en las cañas caminaban las manos de los emburradores y las manos de los cargadores de bagazo que se llevaban la pobre caña muerta en parihuelas de cuero para tenderla al sol. Bajo el sol los cadáveres triturados arrastrados por los rastrillos resucitaban y se iban a florecer en montañas: las mullidas montañas de las bagaceras, prometidas esposas del fuego.

En el trapiche amplio y generoso no había casi paredes ni había casi puertas; nada se encerraba; ¡adelante todo el mundo! Entraba el sol; entraba el aire; entraba el aguacero; entraban las legiones de avispas doradas y zumbando a buscar dulce; entraban las yuntas lentas con los carros anchos y los montones de caña bien trabados que los gañanes descargaban de un golpe y dejaban firmes en el suelo detrás de los carros; en busca de dulce, lo mismo que las avispas, entraban los hijitos de los peones con una cazuela en la mano, a pedir: «de parte de mi Mamá que si me hacen el favor de unas migajitas de raspadura o un pedacito de papelón roto para el guarapito de esta noche». Como a las avispas, se les daba la raspadura o se les daba el pedazo de papelón roto, a nadie se decía no.

En bandada, con Evelyn y las sirvientas atrás, zumbando y volando, también como las avispas y los chiquitos de los peones, por entre yuntas de bueyes, y montones de caña y parihuelas de bagazo, entrábamos las niñas a buscar dulce, a estorbar el trabajo, y también: ¡Adelante las niñas, a molestar se ha dicho!

Lo primero de todo era correr a encajar un pie sobre la espuma gris y endu-  
recida que formaba el zumo de la caña al irse por una canal hacia la sala de pailas. Allí, dibujando sobre la espuma el mayor número de pies posible, era

gritarle a Vicente Cochocho, si es que estaba presente, y si no, al grupo general de los emburradores:

—¿Que cuándo sueltan la molienda, pues? ¡Que anden, que anden, que ya es hora! ¡A almorzar! ¡A almorzar!

«Soltar la molienda» o «almorzar» era detener el movimiento de la rueda y los cilindros al lanzar el agua por la acequia de mampostería, camino de un estanque en el cual, junto a enredaderas, penachos de bambú y un ancho cují, nos bañábamos diariamente a pleno sol, bajo el estruendo del chorrerón, entre los remolinos de su corriente y los perfumes que iba dejando el agua sobre la tierra y las piedras musgosas.

Junto a la rueda grande del trapiche, el ruido del agua apagaba las voces. Mirando nuestra actitud y nuestras bocas gritonas, los emburradores, que ya sabían a qué atenerse, se veían reducidos a decirnos por señas que aún no había llegado la hora de soltar la molienda y a fin de completar la explicación nos mostraban con la mano el montón de caña que faltara por moler.

En espera del agua, corríamos entonces todas, cada cual por su lado, a pedirle a un peón que «nos pelara una cañita». El peón aludido dejaba su quehacer, escogía una caña, la pelaba con el machete, la dividía en gajos, y cada niñita, con su caña enarbolada, chupando y goteando zumo, se iba trapiche arriba y trapiche abajo a ver qué se hacía y averiguarlo todo, cuantas más preguntas, mejor.

No sé qué tal sería para mis hermanitas; por lo que a mí respecta, puedo asegurar que en el trapiche, esperando el momento propicio de soltar la molienda, chupando gajos de caña, con las manos pegajosas y con varios riachuelos de zumo corriéndome por el cuello y por los brazos, pasé los ratos más amenos de mi vida.

En el trapiche no se reunía la gente con el objeto de divertirse: he aquí por qué la reunión era amena y agradable. Allí, para contemplar los diversos espectáculos, no era menester, como en el teatro, sentarse en una butaca y quedarse inmóvil, en silencio, durante varias horas, con un par de gemelos en la mano y una pierna dormida, mirando a lo lejos, entre telas y tablas pintadas, hacer ademanes y decir trivialidades de un orden simétrico y monótono. En el trapiche no era indispensable, como en los bailes, dar vueltas y vueltas gravemente y a compás, sobre tacones altísimos, ni tampoco era de rigor el afirmar con un *sandwich* en una mano y una copa de *champagne* en la otra, todos esos lugares comunes que la mayoría de nuestros interlocutores, mucho más elocuentes que nosotros, afirman con tanto ardor y con tanta seguridad, en forma brillante y arrolladora.

El espectáculo del trapiche, variado, vivo, y lleno de colores no esclavizaba la atención, ni tiranizaba los movimientos. Mirando espumar un fondo, saltar el temple en la tacha, correr el melado en las canales, batir un alfonduque, menear con una pala el papelón caliente, volar las hormas llenas, alegremente, por los aires, de mano en mano, como bailarinas; mirando, digo, tanta escena

diversa y divertida, se podía al mismo tiempo chupar caña, comer melcocha y pensar en lo que se quisiera.

En el trapiche era lícito agobiar con preguntas al templador, para dejarlo de golpe con la palabra en la boca, dar media vuelta, e irse a agobiar con las mismas preguntas el espumador del primer fondo, sin decir previamente a ninguno de los dos: «¿Me permite usted un instante, señor?» En el trapiche, tanto el cuerpo independiente, como la fantasía alada, al igual de las avispas, podían pasarse aquí, allá, o acullá, cuando y como mejor les pareciera. Libertad de movimiento y libertad de pensamiento, ¿no son dos factores indispensables al bienestar? ¿Y aquel olor tan rico que en el ínterin, por el humo y el vapor, exhalaba la tacha y exhalaban los fondos? ¿Y el lindo color dorado del papelón fino de caña buena? Y el color oscuro del pobrecito papelón humilde de cachaza o caña mala? ¿Y el grito armonioso del templador, clamando de pronto por una reja, como la campana del ángelus en la tarde:

—¡Candelaaaa!

¿Y la actitud de todo el mundo? Nadie en la sala de pailas, ni en la sala de la molienda, ni en el patio del bagazo y de las bagaceras, tenía movimientos activos, esos bruscos movimientos de la actividad, llenos de inarmonía y desbordante de soberbia, que parecen gritar: «¡Yo soy el creador aquí; todo es obra de mis manos, adelante, de prisa, viva yo, y viva mi genio!». No. En el amable trapiche los movimientos no podían ser más lentos. Nadie pretendía crear nada. El largo proceso del papelón, como cosa de la naturaleza y no de la industria, parecía hacerse solo, por obra bendita del tiempo necesario: poco a poco, poquito a poquito, los treinta o cuarenta peones del trapiche asistían al proceso del papelón como se asiste a un nacimiento: una ligera intervención; mucha paciencia, conversación y nada más.

El trapiche era, pues, el bienestar sencillo y bueno. Violeta lo derrumbó con una sola palabra. ¡Ah! Violeta era fuerte porque era emprendedora y agresiva. Sus palabras, ya lo han visto, como las de ciertos diputados y senadores, torcían el curso tranquilo de la vida. Muchedumbres pacíficas tenían después que sufrir las consecuencias.

Ahora ya vigente la dura prohibición, antes de ir al baño, nos veíamos reducidas a quedarnos arriba, junto a la represa vecina del canalón, en la cúspide de la rueda grande. Si queríamos echar un vistazo a nuestro querido trapiche, era menester desde allí arriba asomar las cabezas en fila, por encima de una tapia. A duras penas, puestas en puntillas o subidas a unas piedras, lográbamos pasar ojos y narices; muy raras veces la boca. Así, como Dios nos ayudara, solíamos lanzar nuestro ruego cotidiano:

—¿Que cuándo sueltan la molienda, pues? ¡Que se vayan a almorzar! ¡Que anden, que anden! ¡Que ya es hora!

Ruego que iba a fundirse en la noche profunda de las cosas ignoradas. Nadie nos atendía, puesto que perdidas allá arriba, entre la tapia y el ruido del agua, ni se nos veía, ni se nos oía.

Debo en justicia advertir una cosa. Aun cuando la prohibición regía en

todo vigor como he dicho ya, Evelyn, de vez en cuando, nos agrupaba después del baño y declaraba esto:

—Hoy, como todas se han portado bien, van a ir conmigo a trapiche.

Nuestros alaridos de felicidad eran ensordecedores, nuestras carreras, desenfrenadas. A fin de cuenta yo creo que, de no haber pronunciado Violeta su célebre palabra, de nefastos resultados, el recuerdo del trapiche se hubiera perdido sin duda en la multitud anónima de lugares, personas y escenas que yacen enterradas en mi memoria, como en un cementerio. Violeta provocó la severidad de Evelyn, la severidad de Evelyn salvó el trapiche de la oscuridad. El trapiche brilla, el trapiche titila en mis recuerdos.

¡Excelente Evelyn! Su influencia bienhechora pobló de alegrías nuestra infancia y apartó de ella el negro, el cruel aburrimiento que tortura el alma de los niños mimados, pobres víctimas de la sociedad, pobres capullos marchitos por el desencanto. Al sembrar prohibiciones sobre los objetos y lugares que nos rodeaban, Evelyn les daba vida. Soplando al igual de Dios encima de lo inerte, le ponía un alma divina: el alma que anima todo lo deseable.

Si mi infancia fue feliz; si mi infancia me llama y me sonríe de continuo a través de los años, es porque transcurrió libremente en plena naturaleza y porque tan libre transcurrir iba no obstante encauzado como van los ríos. Ni mis hermanitas ni yo nos vimos jamás presas entre cuatro paredes, rodeadas de cajas de dulces, de muñecas, de carros, de caballos de cartón, de todos esos horribles juguetes tenebrosos, que como los pesares de la vida adulta tiene por fuerza que sobrellevar la infancia. Cuando a alguna de nosotras se nos regalaba o compraba una muñeca, la estrechábamos en nuestros brazos mientras representara algo nuevo. A las dos horas, aburridas de ver aquellos ojos siempre fijos, y aquellos miembros siempre tiesos, cesaba ya de interesarnos y: ¡al diablo la muerta, al diablo la vieja! No la tocábamos más. Teníamos razón.

Nuestros juguetes preferidos los fabricábamos nosotras mismas bajo los árboles, con hojas, piedras, agua, frutas verdes, tierra, botellas inútiles, y viejas latas de conservas. Al igual de los artistas, sentíamos así la fiebre divina de la creación; y, como los poetas, hallábamos afinidades secretas y concordancias misteriosas entre cosas de apariencias diversas. Cuando cogíamos, pongo por caso, una latica vieja, y con un clavo y una piedra le hacíamos un agujero, al cual adaptábamos una caña o timón; a éste un par de tusas o cuescos de mazorca que hacían el papel de bueyes; a cada tusa o cuesco dos espinas curvas que imitasen dos cuernos; al todo una caña larga o sea una garrocha; cuando rematada la obra, tirando de la garrocha y remedando la voz de los gañanes, gritábamos a las tusas rebeldes:

—¡Arre, buey! ¡Atrás, Golondrina! ¡Apártate, Lucerito!

Con la lata, las dos tusas y las cuatro espinas, habíamos hecho un carro con su yunta y habíamos hecho también un poema.

El resto de mi existencia debía transcurrir bajo el mismo régimen amable y severo bajo el cual transcurrió mi primera infancia. La vida imitó a Evelyn:

me dio a probar todos sus bienes; pero, bondadosa, me los dio tan tasados y tan a su hora que jamás la saciedad vino a apagar en mi alma la fresca alegría del deseo. Como al pasar los años, indiferentes, no se llevaron entre sus dedos raudales de belleza, de amor, ni de honores, no detesto los años pasados en mí, ni aquellos que aún no han pasado en los otros. El tiempo, al besarme los cabellos, me coronó tiernamente con mi propio nombre, sin nunca llegar a clavarme en el alma sus dientes de amargura: a los setenta y cinco años aún siento latir mi corazón ante la perspectiva de una excursión campestre en automóvil bajo el sol entre montañas, y mis manos tiemblan todavía de emoción y de impaciencia al desatar los lazos que anudan con gracia exquisita la sorpresa de un regalo.

## NUBE DE AGUA Y NUBE DE AGÜITA

### I

Papá, ya lo han visto, tenía sus ribetes de médico. Su afición a la medicina abundaba en preceptos de higiene: «Las niñas —había decretado Papá— deben estar siempre al aire libre; no importa que se asoleen; bajo ningún pretexto deben ir nunca a Caracas, ni a cualquier otro lugar poblado, donde puedan coger el sarampión, la tosferina, la difteria, o la lechína; deben bañarse en agua fría y corriente; que no las vistan demasiado; deben levantarse lo más temprano posible, e ir cuanto antes a tomar un vaso de leche al pie de la vaca».

Estos preceptos eran admirables, no por las ventajas de higiene física que hubiesen podido brindarnos, sino por las de higiene moral que en realidad nos ofrecían. Las prohibiciones de Evelyn aspiraban a darnos sólidos principios; los preceptos de Papá, sólida salud. Por una feliz coincidencia, en la cual ninguno de los dos pensó, nos dieron de consuno varios años de inmediato bienestar.

El precepto del vaso de leche al pie de la vaca era sin duda ninguna el más interesante de todos. No tanto por el gusto de la buena leche recién ordeñada, llena de espuma, en la cual, al empinar el vaso, no olvidábamos nunca encajar la nariz, aguantando la respiración y haciendo al terminar: «¡jah!» con fruición y con un par de bigotes blancos, no, sino por el ambiente que ofrecía en general el corralón de las vacas a las seis de la mañana.

Tan grato y casi tan ameno como el trapiche, el corralón estaba respaldado o garantizado por la higiene. Jamás Evelyn se hubiese atrevido a decir: «Aprendiste eso en corralón, se acabó corralón», como había dicho: «Se acabó trapiche». Por esta razón de seguridad era menos precioso; pero, repito, era casi tan ameno.

El corralón tenía a su favor la ventaja de la hora. Cuando a las seis de la mañana, cada niña con su vaso en la mano y capitaneadas por Evelyn, subíamos juntas aquellas dos cuadras o doscientos metros, que lo separaban de la casa, el sol calentaba apenas; los gallos, levantando pecho y cabeza, nos daban los buenos días: ¡quiquiriquí!; los bueyes, sin uncir, se comían su rama de cogollo a la puerta de los ranchos cercanos; y sacudir un arbusto o atravesar la hierba alta, era bañarse literalmente de rocío.

En el corralón, sobre la república de las vacas, por elección y voluntad soberana de ellas —no se rían, ya lo verán— todo sabiduría y buen gobierno, imperaba Daniel. Daniel era el vaquero.

Cuando hacíamos irrupción en la ciudad de las vacas, Daniel, levantado desde las cuatro de la mañana, asistido por el muchacho del corralón, tenía ya ordeñados muchos cántaros de leche. El orden reinante era perfecto: era el orden de la ideal ciudad futura. A pleno aire, pleno cielo y pleno sol, cada vaca estaba contenta y en su casa, es decir atada a su árbol o atada a su estaca. Había quien tenía árbol y hasta árbol florido, había quien no tenía sino estaca desnuda y corta. Nadie se quejaba ni nadie se ensoberbecía, nada de comunismos. Satisfecha cada cual con lo que se le daba, daba en correspondencia cuanto tenía. Por todas partes conformidad, dulzura y mucha paz.

La leche y el amor maternal se desbordaban a raudales entre las cuatro tapias del corralón. En él todo era noble, aun las cosas que en general son innobles. Sobre las hojas de cogollo pajizo con el cual estaba alfombrado el corralón, al igual de las vacas, al igual de los baldes rebosantes de leche, al igual de Daniel y el vaquerillo, todo lo demás se posaba con majestuosa naturalidad. Nada hería la vista, nada hería el olfato.

Nosotras conocíamos muy bien las leyes, usos y costumbres del corralón. Sabíamos, por ejemplo, que cuando una vaca tenía atado en una de sus patas a su hijito el becerro, era señal de que ya estaba ordeñada. Que, por el contrario, aquellas otras cuyos becerritos encerrados en el cercado donde pasaban la noche se veían todavía allí, impacientes, asoma que asoma el hocico, por encima del tranquero, exactamente lo mismo que las niñas por encima de la tapia del trapiche, era, cosa evidente, porque ni ellos habían mamado, ni a ellas las habían ordeñado. Lo sabíamos muy bien, pero saberlo no era un obstáculo para preguntarlo.

Al poner los pies en el corralón, con nuestros correspondientes vasos en la mano, corríamos a rodear el grupo que formaran Daniel, el becerro, y la vaca que se estuviera ordeñando. Allí comenzaban las preguntas:

—¿Ya ordeñaste a Nube de Agua, Daniel, ah? ¿Y por qué tú no estás ordeñando a Poma Rosa, ah, Daniel? ¿Y por qué tú no sueltas ya al pobre Poma Rosita? ¡Míralo, Daniel, míralo, cómo saca el pobrecito su cabeza! ¿Es porque tiene hambre, Daniel, ah? ¿Tú crees?

Daniel tenía que cargarse de paciencia. Al fin de cuentas nosotras lo molestábamos mucho más que las vacas y los becerritos, quienes conocedores ya



del reglamento lo observaban con disciplina, y, lo que era más grato, lo observaban en silencio, sin preguntar cosas tan sabidas y resabidas.

Las vacas, ya lo habrán quizá observado ustedes, tenían nombres semejantes a los nuestros, sin que hubiese plagio de un lado ni de otro: era simple coincidencia. Daniel escogía los nombres de las vacas con la misma libertad con que Mamá escogía los nombres de las niñas. Siendo llanero Daniel, era poeta. Aunque su vena fuese con preferencia epigramática, también sabía ser lírica cuando la ocasión se presentaba. En el corralón la ocasión se presentaba. Allí, Daniel solía adherirse a las tendencias de la escuela romántica. No era, pues, de extrañar que sus gustos y los de Mamá zigzagueando por diversos caminos viniesen a reunirse todas las mañanas entre las cuatro tapias del corralón.

Las vacas bautizadas por Daniel se llamaban como ya han oído ustedes: Flor de Saúco, Nochebuena, Viuda Triste, Niña Bonita, Rayo de Sol (que Daniel y también nosotras pronunciábamos por contracción Rayo-e-Sol). Había, además: Desengaño; había Amapola; había No-me-Dejes; y así sucesivamente, hasta veinte nombres.

No hay para qué decir que Viuda Triste, por ejemplo, era negra, de un negro cerrado, absoluto, severísimo, mientras que en el traje, negro también, de Nochebuena, blanqueaban alegremente aquí y allá todas las estrellas de Belén y el lucero magnífico de los Reyes Magos. Rayo de Sol, por el contrario, era rubia, de un admirable rubio dorado que brillaba insolente, sin compasión al lado de la pobre Desengaño, cuyo color indefinido, cobarde, destefidísimo, no invitaba a la alegría ni era placer de los ojos.

Entre las vacas y sus nombres existía, pues, un acuerdo o concordancia, que no existía entre nosotras y los nuestros. En lo demás, unos y otros se parecían. Nosotras lo advertíamos y nos regocijaba la semejanza. Hijas de Piedra Azul las unas como las otras, cercana al Corralón la Casa Grande, resultábamos conterráneas y vecinas. Eran ellas nuestras nodrizas y los becerros nuestros hermanos de leche. No había, pues, por qué darse tono, ni por qué creerse de mejor alcurnia.

En apoyo de esto les referiré que en el corralón moraba una vaca, aún no mencionada, quien, por haber nacido con una mancha blanca en la frente, había venido a este mundo con su nombre impreso, como quien dice. No obstante originar confusiones, era imposible arrancárselo: la vaca se llamaba Estrella. ¿Creen ustedes que la otra Estrella, es decir, mi hermanita, se sintiera deslucida o maltratada por tal coincidencia? Nada de eso, al contrario. Cuando entraba al corralón, considerando que su nombre le daba derechos que no teníamos las demás, preguntaba con interés y cierto orgullo:

—¿Ya me ordeñaste a mi tocaya, Daniel? Yo quiero que me la ordeñes en mi mismo vaso, porque su leche es mía. ¿No es verdad, Daniel, ¿ah? que su leche es mía?

En realidad cada vaca con su becerro formaba una sola unidad, la cual se designaba bajo el mismo nombre. En el grupo o familia Nochebuena, pongo

por caso, tan Nochebuena era la madre como el hijo. Era unificación simplificada la disciplina, haciendo coincidir maniobras y movimientos llamados a ejecutarse simultáneamente. Cuando había llegado el momento de ordeñar a Nochebuena, digamos, Daniel, desde el punto en que estuviese, lanzaba por tres veces este grito prolongado que se extendía y dilataba por los ámbitos del corralón:

—¡Nooooooooochebuena! ¡Nochebueeeeeeeena! ¡Nochebueeeeeeeena!

Si Nochebuena madre, estaba echada y soñolienta, al escuchar aquel nombre que pasaba por los labios de Daniel como pasa el largo lamento del aire, cuando se va ondulando por la hierba de los llanos y sigue y sigue y sigue, hasta perderse allá, en las lejanías del horizonte, cuando Nochebuena, digo, oía su nombre, se ponía en pie al instante, levantaba la cabeza, y dirigía los ojos hacia el cercado de los becerros. Allí, Nochebuena hijo se hallaba ya arremetiéndolo con furia y con la cabeza baja por entre los compañeros de cercado, quienes en respeto de las circunstancias le dejaban pasar sin tomar en cuenta aquellas cabezadas y agresiones. Apenas había levantado el vaquerillo la primera tranca cuando: ¡zás!, un salto por encima del tranquero y allá iba Nochebuena hijo dando brincos por el corralón, arrastrando y pisando y enredándose en el ronzal, si ronzal tenía, no importaba, adelante con los tropezones y la carrera desenfrenada, hasta llegar y prenderse a cabezadas también de Nochebuena su madre.

Nosotras no comprendíamos que dos personas por muy unidas que fuesen pudiesen designarse así, con un mismo nombre. Esa especie de misterio dual incómodo y confuso no era de nuestro agrado, no: las cosas claras. Nosotras separábamos el becerro de la vaca por medio de un diminutivo. Los becerros no nos atendían en absoluto; pero tal cosa no tenía importancia, puesto que, de todos modos, ellos no obedecían sino a Daniel, que era el señor y supremo sacerdote, cuya voz armoniosa de almuecín anunciaba la hora anhelada de la libertad y el desayuno.

Para nosotras, el becerro de Amapola era Amapolita; el de Nochebuena, Nochebuenita; el de Nube de Agua, Nube de Agüita, y así sucesivamente.

## II

Daniel era llanero, ya lo dije. Aunque nacido en el corazón del Llano, casi toda su juventud había transcurrido por los potreros de los Valles de Aragua. Allí pasó muchos años pastoreando ganado y haciendo queso, un admirable «queso de mano» que enrollado en hojas de plátano, lo mismo que las hallacas de Candelaria, vino a ser, bajo el reinado de Mamá, timbre y orgullo de Piedra Azul, cuando ella, entre sonrisas y pedir de excusas por la rusticidad de la ofrenda, lo ponía en las manos de cuanta visita llegase.

Aparte del queso, Daniel había traído de los Valles de Aragua su admirable régimen de gobierno, sus gritos de almuecín y los nombres exquisitos de las vacas, cosas todas extrañas a Piedra Azul y a sus contornos. Como buen llanero, a más de ser excelente vaquero, y excelente poeta epigramático, Daniel era astuto y rapaz. Conciliador como nadie, amable siempre, todos sus actos iban urdidos a una trama finísima cuyo hilo, ningún ojo por avizor que fuese era capaz de descubrir. Cuando Papá lo contrató como vaquero, Daniel estudió la situación durante dos o tres días, y sin duda alguna, acabó por deducir esto en su fuero interno: «Aquí serás vaquero, Daniel, sin pleitos ni imposiciones, hasta que quieras, y ¡ganarás dinero!». Así fue. Las vacas comenzaron a producir la suma indispensable, que las tuviese sólidamente al abrigo de una venta o disolución general: ni un centavo menos ni un centavo más. Todos los días de la semana, Daniel trabajaba con ardor a fin de todos los sábados en la tarde, con muy buenos modos, presentarle a Papá por la leche y el queso las más correctas cuentas del Gran Capitán. Dada la corrección de dichas cuentas, Papá no podía probarle su mala fe, dada la amabilidad con que las presentaba. Papá perdía toda ocasión de insinuárselo con violencia o desabrimiento.

Amarrado a su propia impotencia, Papá decía:

—Daniel es un vaquero excelente, nunca he visto otro igual, pero me saquea en una forma, como hasta el presente, tampoco había visto otra igual. Emplea además un mal sistema con las vacas, las tiene muy consentidas, muy, muy mal acostumbradas. Quisiera a todas costas salirme de entre sus garras; pero, ¿quién lo reemplaza?

El orden, la disciplina, los gritos de almuecín, los nombres de las vacas, y, sobre todo, aquellas coplas cantadas durante el ordeño, larga, lentamente, acompañando la voz con el canto de la leche que llovía en el fondo del balde, todo, absolutamente todo, no era sino política, ya lo verán, su maquiavélica política del corralón que Papá designaba con esta frase candorosa: «Tiene a las vacas consentidas y mal acostumbradas».

Daniel no excluía de su política el ingenio, el lirismo, la conmiseración y la galantería. No todo era rapacidad y egoísmo, no. Al amparo de su rapacidad florecían sentimientos generosos muy dignos de elogio. Daniel trataba de que las vacas estuviesen bien atendidas para que diesen mucha leche en primer lugar, y para que al sentirse felices y satisfechas (altruismo paternal de mandatario) no pudiendo ellas prescindir de él, Papá, figura aquí de tercer orden, tampoco lo pudiese. Considerando estas razones, ya les dije al comenzar que Daniel gobernaba con sabiduría.

El procedimiento del ordeño era el siguiente: Después de haber lanzado sus tres llamadas o gritos musicales, entonada mezcla de asonancias con disonancias, cosa imposible de imitar:

—¡Noooooche Buena, Noche Bueeeena, Noche Buena!

Daniel dejaba que madre e hijo se uniesen en ternura y en leche durante un rato. Después intervenía él. Al becerrito lo ataba corto por su ronزال al pie

de la vaca. Así, engañada ella, presenciaba él, impotente, el robo inicuo de aquella leche que iba cayendo en el balde, en lugar de caer en su garganta. Como Daniel no acostumbraba despojar a nadie de lo suyo sin volverse todo sonrisas, galantería y buenos modos, al romper a ordeñar rompía a cantar una copla llena de halagos y filosóficos consejos.

La voz de Daniel se balanceaba sobre cada sílaba como se balancean las palmeras en la brisa. La madre, adormecida, fascinada por aquella voz de sirena que la colmaba de elogios recordándole a la vez entre nostalgias y melancolías los ecos y lamentos de su patria de origen, entregaba sin restricción toda su leche. El hijo, menos sentimental, se sacudía de tiempo en tiempo, hasta que al fin, en vista de la imposibilidad material, acababa por contemplar resignado aquel despojo, sagrada ley del más fuerte. Considerando tal vez que «no sólo de pan vive el hombre», imitaba a su engañada madre, entregándose también a los líricos placeres de la poesía y de la música.

Daniel, en plena paz, seguía ordeñando y cantando. Mientras tejía y destejía su larga copla, las niñitas, trémulas de interés, corríamos a observar la expresión de la vaca elogiada y ordeñada, a fin de ir espiando en su rostro la inequívoca satisfacción del amor propio halagado. Por tal razón cuidábamos muy mucho de que todas las palabras de Daniel fuesen bien claras, todas las ideas bien al alcance de las sencillas inteligencias. Si Daniel cantaba, por ejemplo, esta copla que era del repertorio de Nube de Agua, puesto que cada vaca tenía las suyas:

*¡Nube de Agua!  
Yo he visto vacas famosas;  
pero como tú ninguna  
porque tú tienes más leche  
que agua tiene la laguna,*

al vislumbrar aquella laguna turbia y dudosa, volábamos todas a acabar con Daniel:

—¿Cuál laguna, Daniel? ¿Que cuál laguna?—. Daniel suspendía el canto para responder:

—La laguna de Valencia.

Protesta general:

—¡Ay!, Daniel; pero si ella no la está viendo, ella nunca fue a Valencia, ella no la vio, ¿cómo va a saber? ¿Por qué tú no le dices que tiene más leche que el río, o que la acequia, o que tiene más leche que el chorrerón, ¡ah! Daniel, por qué tú no le dices?

Vuelta a interrumpir el canto. Daniel contestaba, lacónico:

—Porque ni río, ni acequia, ni chorrerón, caen en verso.

—Cáelo tú, Daniel, si tú sabes; anda, qué te importa, cáelo tú.

Aunque Daniel supiese «caer en verso» toda palabra y toda idea, tenía su repertorio fijo, y no le gustaba hacer innovaciones sino cuando un caso muy

especial de enfermedad, nacimiento o muerte lo requiriese. Por lo tanto acallaba nuestras exigencias al responder terminante:

—Ella entiende, la prueba es que se deja ordeñar. Si dado el caso no entendiere, ¡que se quede con su curiosidad! Eso no le hace daño. De aguantar curiosidad no se murió ninguno.

Un sábado en la tarde, Papá halló al fin la ocasión de estallar contra Daniel, y aprovechándola con diligencia estalló, en forma terrible. Estuvo tan sobrio como enérgico. Declaró a Daniel que sin aceptar ningún género de explicaciones, le ordenaba que en el más breve término saliese para siempre del corralón de las vacas y de los linderos de Piedra Azul, que se encontraba tan hartado de sus abusos, como de su amabilidad; que por lo demás ya tenía visto un nuevo vaquero honrado y serio que lo reemplazaría muy ventajosamente.

Daniel, siempre condescendiente, no respondió, no discutió, no dijo nada. Con muchísimo respeto, después de indicarle a Papá sus futuras señas, se despidió pronunciando la misma frase ritual de Vicente Cochocho.

—Siempre a sus órdenes, Don Juan Manuel.

Como en el trapiche, al marcharse, alguien le preguntara si, cesante como se hallaba, pensaba regresar de nuevo a los Valles de Aragua, Daniel, con su admirable buen criterio, sin ironía, despecho, ni insolencia, movido sólo por su sentido práctico, respondió lo siguiente:

—No, yo me quedo a pasar estas dos o tres noches aquí mismo, por el vecindario: ¡no ven que yo vuelvo!

Al siguiente día muy temprano, lleno en efecto de seriedad y honradez, se presentó en la casa el nuevo vaquero, preguntó por Papá, y le manifestó lo siguiente:

—Vengo a decirle una cosa, Don Juan Manuel: aquellas vacas están alzadas. No se dejan ordeñar. Dan coces; se les amarran las patas y entonces es peor: esconden la leche. Como Daniel les cantaba...

Papá respondió con lógica y con irreflexión:

—¿Tú no eres, pues, el gran cantador famoso de estos contornos? ¡Cántales! ¡Lúcete! Es una buena ocasión.

¡Ay! ¡Qué ofensa para el nuevo vaquero! Siendo, en efecto, cantador de renombre, herido en lo más vivo de su dignidad de artista, respondió entonadísimo:

—Entienda, Don Juan Manuel, que yo (aquí se puso una mano extendida sobre el pecho) soy hombre para cantar en un baile mis galerones o mis corridos, y que, en efecto, hay muy pocos que me ganen ni en cuanto a la música, ni en cuanto a la letra. Pero yo (aquí se arrancó la mano del pecho) no soy hombre para cantarle a unas vacas como si fueran gente. ¡Eso sí que no! ¡A eso no me reduce a mí nadie! Los tiempos de la esclavitud ya se acabaron. Busque otro vaquero, Don Juan Manuel: ahí le quedan sus vacas.

Inútil es decir que para alegría nuestra y de las veinte vacas, Daniel volvió.

### III

Un día triste, un día aciago, un día negro, ocurrió un drama en el corralón.

Tras de corta enfermedad, Nube de Agüita amaneció una mañana acostado en el corralón de los becerros, con sus patas estiradas y unidas de dos en dos, como en las más alegres madrugadas cuando las extendía asimismo, ¡ay!, al galopar hacia el arbusto florido, a cuya sombra, rebosando de leche y paz, lo esperaba Nube de Agua su madre. En su boca entreabierta se posaban ahora varios moscardones verdes; sus ojos entornados tenían una fijeza extraordinaria y su cola, su pobre cola desolada y despeinada, se extendía por el suelo a distancia del cuerpo. Aquello era nuevo, aquello era espantoso, aquello era irremediable. Sobre su galopar horizontal, galopar que parecía estar saltando inmóvil y helado algún tranquero invisible, Nube de Agüita había pasado a mejor vida.

Con las almas oprimidas y con las cabezas asomadas por encima de la cerca, mudas de dolor y rumiando preguntas, durante un buen rato contemplamos todas al inocente malogrado.

Al fin nos desprendimos del cercado fúnebre. Ante nuestros ojos el duelo se posaba tenaz sobre la indiferencia general del corralón. El dolor de Nube de Agua madre lo inundaba todo. La naturaleza entera estaba cubierta de crespones. Los crespones surgían de los maternales lamentos lastimeros. Atada sola y solitaria, bajo su árbol florido, Nube de Agua exclamaba:

—¡Múuuuu!

Y levantando hacia lo alto su cabeza de madre desolada, pedía Nube de Agüita a todo cuanto la rodeaba: se lo pedía a su árbol tutelar, se lo pedía a sus tocayas las nubes, se lo pedía al cielo, se lo pedía al sol:

—¡Múuuuu!

Nadie le contestaba nada. El árbol continuaba, egoísta, agarrando sus flores, las nubes pasaban bailando lentamente, el sol infame seguía brillando con alegría, sin dar a la madre desesperada ni una sílaba de pésame.

Nosotras, en cambio, se lo estábamos dando en todas las formas posibles e imaginables; pero Nube de Agua, ¡tal es a veces nuestra gran ceguera!, no lo advirtió. Apenas, apenas, nos bebimos los vasos de leche con desgano, a sorbitos cortos. Nadie fue capaz de encajar con fruición la nariz dentro de la espuma. Nadie dijo al terminar: «¡ah!», y menos aún a nadie se le ocurrió decir «más». No; con los vasos a medio beber íbamos del cercado fúnebre al árbol de Nube de Agua y del árbol de Nube de Agua al cercado fúnebre, sin mirar ni atender a nada más. En uno de los pasos de aquel vía crucis, Rosalinda, mi hermanita, por andar hacia atrás, sin desprender sus ojos de Nube de Agua, convertida ya en Nube de las Amarguras, Rosalinda, digo, por andar dolorida y hacia atrás, se tropezó y cayó sentada dentro de un balde de leche, razón por la cual agarrada a una mano de Evelyn tuvo que abandonar el drama a todo correr para ir a cambiarse los pantalones y el vestido.

Entretanto, las preguntas de todas las demás comenzaron a lloviznar sobre Daniel hasta convertirse, por su cantidad y simultaneidad, en furioso aguacero:

—¿Tú crees, Daniel, que él está muerto y bien muerto? ¿Tú crees, Daniel, que él ya no tiene remedio? ¿Tú crees, Daniel, que Nube de Agua lo sabe? ¿Tú crees, Daniel, que por eso está mugiendo? ¿Tú por qué no lo llamas, Daniel, ah? ¿Tú por qué no gritas: ¡Nube de Agua!, a ver si él se menea? ¡Gritale, Daniel, anda, qué te importa! ¿Por qué tú no le gritas, pues?

Las respuestas de Daniel, lacónicas y negativas al no dejarle resquicio a la esperanza, nos destrozaban el corazón. Convencidas de lo irremediable, aceptamos por fin la dura ley. Fijos los ojos en Nube de Agua, la mirábamos intensamente, sin pestañear, y cuando alzando de nuevo su cabeza insistía ella en implorar los poderes supremos:

—¡Múuuuuuu!

Nosotras exclamábamos en tono desgarrador:

—¡Ay, Daniel! ¡La pobre!

Si en lo referente a la inmovilidad de Nube de Agüita Daniel no daba esperanzas, en lo que concernía al dolor de Nube de Agua, se mostraba, en cambio, todo optimista:

—¡Déjenla, déjenla! Que lllore hoy bastante, que se desahogue, que pase su día de duelo. Yo la consuelo mañana, ustedes verán, no se angustien: ¡Los muertos se olvidan!

Paternal y previsor, aquel mismo día, armado de un cuchillo y demás enseres indispensables, Daniel despojó de su cuero el cadáver de Nube de Agüita, a fin de convertirlo, ¿en qué crearán ustedes?, en un disfraz de consuelo. A la mañana siguiente empapó el triste despojo en salmuera, y así, con aquel traje descosido, salado y corto tan semejante a la amplia vestidura maternal: el mismo color rojizo bajo el mismo collar, la misma faja y los mismos guantes blancos; con aquel traje descosido y tieso que ostentaba semejanzas conmovedoras, Daniel vistió un becerro extraño. Cuidando de que la burda impostura quedara al alcance de ojos y boca de la dolorosa, amarró a una de sus patas delanteras al becerro disfrazado. Ella, muy conmovida luego de haber olfateado la amada apariencia, tanto por consolar su alma cuanto por deleitar su lengua, cambiando ilusiones por leche, se dio a lamer y relamer la salmuera que impregnaba el despojo adorado. Como los idealistas, se complacía en el engaño y en la sal, símbolo del pensamiento; como tantos infortunados amantes, besaba en un cuerpo extraño el alma para siempre ausente. Entretanto el feliz disfrazado, heredero universal del desaparecido, a más de ponerse su vestido, se tomaba con fruición toda su ración de leche.

La impostura duró algunos días. Después ya no fue menester ni disfraz ni salmuera. El becerro extraño, legitimado por la costumbre, reemplazó el hijo. Daniel tenía razón: los muertos se olvidan. Lo cual no quiere decir que no se lloren sincera y hondamente durante algún tiempo. Como también esto Daniel lo sabía, mientras duró la crisis de dolor agudo, aconsejando y dando

consuelo, en tono muy lastimero cantó varias mañanas esta copla llena de filosofía y unción:

*No llores más, Nube de Agua;  
refrena tanta amargura,  
que toda leche hace queso  
y toda pena se cura.*

Vencida por el consejo y arrullada por el canto, Nube de Agua se iba consolando suavemente, suavemente, mientras nosotras, impacientes, sin lograr explicarnos el papel que podía desempeñar aquel queso, tan extraño al dolor maternal, como bandada de moscas, caíamos sobre el intruso, atropellando la copla por todo el centro:

—¿Cuál queso, Daniel? ¿Cuál queso?

## AURORA

### I

El geniecillo exquisito y mal documentado que aproximando su boca al oído de Mamá le dictaba atolondrado nuestros nombres, acertó una vez. Su acierto fue funesto. No hay que tener razón. Para segar dichas no es indispensable sembrar verdades. Tú lo supiste, pobre Mamá, tú lo llevaste tatuado en lo más sensible de tu corazón. El haber acertado por casualidad una vez, debía costarte raudales de lágrimas.

Los siete años de Aurora eran exactos al rubio nacer del día. Su cutis mate, sus ojos negros, últimos jirones de la noche que se va; su pelo claro en donde sonreían los primeros rayos del sol; sus pasos ligeros; su voz atenuada que parecía cuidar el sueño de los durmientes; sus ademanes; su dulzura, su belleza pálida, todo, todo se amoldaba a las leyes que rigen el aparecer del día. Aurora fue la aurora. Luego de haber presidido durante muy breve tiempo el florido jardín de Mamá, suavemente, con un dedo en los labios, se fue discreta y silenciosa cuando apenas amanecía. Mamá tuvo razón al bautizarla Aurora. También Papá tuvo razón cuando en sus preceptos de higiene nos vedaba la ciudad. Aurora murió recién llegada a Caracas, al cumplir los ocho años, víctima de un sarampión complicado con la tosferina.

Prefiero pasar en silencio los detalles de tan triste acontecimiento. Sólo diré que, en el proceso de su dolor profundo y prolongado, Mamá llegó hasta el fin de sus días sin haber imitado ni por un instante el proceder de la vaca Nube de Agua. La sensibilidad de aquella herida duró mientras duró su vida. Diez, quince, veinte años después, Mamá clamaba aún por Aurora. Al expresar su tristeza en sus clamores, éstos, por muy tristes que fuesen,



no dejaban nunca de estar sometidos a aquella especie de retórica exquisita que dominaba todas sus palabras y pensamientos. Dichos dolorosos clamores salían, pues, de sus labios, impregnados de una teatralidad un tanto cómica, cosa que los hacía aún más enternecedores. Mamá clamaba por Aurora con frecuencia y a media voz cuando se hallaba sola, pero además, Mamá clamaba por Aurora con la misma frecuencia y la misma imperceptible media voz, cuando se hallaba acompañada, en los momentos más inadecuados, en forma tan importuna como conmovedora. Así fue toda su vida. Cuando menos se esperaba: en una tienda; en el teatro; en el instante de recibir el cambio de un billete de banco; cuando abría un paraguas azotado por la lluvia y el vendaval; al entregarle la ropa a la lavandera o en la zapatería al probarse un par de botas, no había regla: Mamá, de pronto, cesaba de hacer lo que estuviese haciendo, levantaba sus dulces ojos al cielo y exclamaba entre suspiros, en voz dolorida y tierna:

—¡Ay! Aurora, mi hijita adorada, mi hijita tan linda, ¿por qué me abandonaste, por qué me dejaste tan sola?

Como la palabra «sola» no le pareciese suficientemente enérgica o expresiva, Mamá la reemplazaba muy a menudo por la palabra «íngrima». Este superlativo de soledad la dejaba mucho más desahogada:

—¿Por qué me dejaste íngrima?

Solía interrogar la pobre Mamá, para mayor alivio, aunque sin esperanzas de respuesta. Nada importaba que aquel «íngrima» muriese ahogado por nuestros gritos, carreras o risas. Despreciando como de costumbre la realidad, acompañada y rodeada hasta más no poder, Mamá obedecía a una verdad superior: para reflejar su alma en sus palabras «íngrima» le era indispensable. Nosotras, generosamente, en homenaje a nuestra hermanita desaparecida, nunca le preguntamos por qué nos equiparaba así con el desierto.

La muerte de Aurora fue el más amargo de los contratiempos que debían acompañar nuestra instalación en Caracas, pero no fue el único. La senda que nos llevó de la vida rural a la vida urbana debía ser áspera y empinada.

Aun cuando Papá imperase en Piedra Azul con aquella autoridad absoluta y distraída, semejante a la de Dios, tanto por el amable desorden que regía su misericordia y su justicia cuanto por mucho que la burlaban algunos, a pesar de su magnífica autoridad suprema, Papá no era dueño exclusivo en Piedra Azul. Sus derechos estaban contrabalanceados por los de dos hermanos más. Un día fue menester hacer particiones. Yo creo que Papá, alma de campesino, debía creer ingenuamente, lo mismo que sus seis niñitas, en la felicidad dorada de las ciudades. Cuando le presentaron el dilema: dividir la hacienda o venderla, acallando todo sentimiento, decidió venderla, a fin, decía, de trabajar independiente en Caracas. Luego añadió:

—Ya estoy cansado del campo. Hay que pensar además en la educación de las niñitas.

¡Ah, «la educación de las niñitas»! Tenías razón, Papá: ya era hora de penetrar por alguna puerta dentro del Valle de Lágrimas.

Después de varias semanas de conferencias, cartas, discusiones, llegar de extrañas visitas que se iban a caballo con Papá entre cafetales y tablonos de caña para venir a almorzar acalorados y muy habladores, después de presenciar tales cosas durante varias semanas, Mamá nos llamó una mañana y nos dijo:

—Niñitas: Piedra Azul ya se vendió. Esto quiere decir, ¿comprenden?, que la hacienda ya no es de nosotros. Como es preciso que nos vayamos, nos iremos todos a vivir para siempre a Caracas. Allí tendremos una casa menos grande, ustedes no podrán bañarse en un chorrerón como aquí, ni verán el campo, no, allá las casas están pegadas unas de otras. No podrán correr y gritar libremente; pero, en cambio, verán con frecuencia a sus dos abuelitas, a sus tías, irán al colegio y tendrán amiguitas. Se vendrán todas conmigo en coche la semana que viene: ya lo saben.

Ante semejante noticia, creímos morirnos de felicidad.

—¡Nos vamos en coche a Caracas, para siempre, la semana que viene!

Era el grito de *hosanna* y de ingratitud con el cual entrábamos a todas partes: a la cocina, al corralón, al trapiche, a los ranchos vecinos. En nuestra imperiosa necesidad de expansión lo gritábamos a cuanto encontrábamos: personas, animales o árboles:

—¡Nos vamos a Caracas, para siempre, y en coche, la semana que viene! ¡Qué bueno, qué requetebueno!

Y aplaudíamos con frenesí.

En el fondo aquel viaje a Caracas, que debía producirnos numerosos sabores, nos produjo una semana de felicidad delirante: fue la última pasada en Piedra Azul.

Por fin, una mañana, apiñadas todas en una gran calesa, la misma que tantas veces se había llevado a Mamá, entre paquetes, maletas, muñecas en los brazos, cestas de frutas, alfandoques, aplausos, gritos y carcajadas de alegría, cosas estas tres últimas ¡tan impropias en una despedida eterna!, arrancaron con trabajo los caballos y a paso lento nos fuimos para siempre de Piedra Azul.

Cuando nuestra calesa zumbante y repleta como una colmena, dando tumbos sobre los baches del callejón, cruzó la vuelta postrera tras de la cual ya no se distinguía el techo de la Casa Grande, al igual de Luzbel después de su caída; al igual de Napoleón después de Waterloo, acabábamos de perder un imperio. Humilladas y prisioneras, cesamos en aquel instante de dominar el mundo.

¡Pobres niñitas gritonas de la apiñada calesa! Lo mismo que los más viejos y los más sabios, ignorábamos una verdad que no se aprende nunca, verdad que yo no he logrado aún retener durante más de cinco minutos en mi memoria: los más brillantes cambios de vida, los más amenos viajes, en su monótona diversidad, sólo nos enseñan una novedad trascendental y cruel: es nuestra propia miseria, y aquella feliz ignorancia de ella, para siempre perdida, dentro de la cual era tan dulce vivir.

## II

Lo primero que echamos de ver al llegar a Caracas fue la ausencia de tierra y de agua, cosas de las cuales, a nuestro juicio, carecíamos casi totalmente. Por todos lados cemento, tablas o ladrillos. Apenas un poco de tierra seca en el patio y otro poco en el corral; apenas dos pilas de agua; apenas dos o tres grifos en la cocina y el baño, grifos inconscientes de su ridículo, puesto que ellos nunca habían visto el chorrerón del Trapiche. Los cuatro o cinco árboles tristes que poblaban el corral no bastaban a cobijar nuestros juegos, y aquellas paredes que por todos lados nos robaban el horizonte eran verdaderos muros de prisión. Privadas de libertad y de panoramas, dentro de las cuatro tapias del corral crecía nuestra nostalgia y menudeaban nuestros pleitos. Los gastos de la casa, en los cuales intervenían monedas, cosa enteramente desconocida en Piedra Azul, se veían reducidos. En lugar de aquella larga cohorte o servidumbre que nos acompañaba allá por todos lados, ahora, apenas teníamos una sola sirvienta que nos atendía a las cinco niñas mayores. Únicamente Aura Flor, indiferente e imperturbable como un dios, seguía adherida a su criadora. Evelyn se había ido a Trinidad. Ya nadie nos regañaba. No había quien salara o aderezara con prohibiciones el desabrimiento inmenso del vivir. Nuestros caprichos al brotar robustos y numerosos, sin que una mano providencial los podara, nos ahogaban de melancolía.

Mamá, sobre una esquina de mesa, entre un lápiz romo y un papel rayado, frente a una nueva cocinera de magnífico carácter y malísima «sazón», sacaba la cuenta del mercado con monotonía, prolongando por finura los plurales de los comestibles:

—Plátanossss... carne... papasssss... café... macarronessss... Lista diaria e invariable que solía rematarse así: «¡Hoy me has gastado demasiado!».

¿Dónde estaban los días de abundancia, cuando Vicente Cochocho llegaba con su burro cimbrando bajo el peso de las legumbres, los aguacates, los plátanos, los papelones, cosas todas que iba derramando en alegres montones sobre la amplia mesa de la cocina, ante la irritada vigilancia de Candelaria? ¿Quién le tomaba la cuenta con monotonía prolongando los plurales? ¿Quién le decía, al fin, en tono semidramático: «hoy me has gastado demasiado»? Nadie.

A los ocho días de estar en Caracas nos habíamos dado amarga cuenta de que nosotras, las seis niñas de la Casa Grande, ex princesas de Piedra Azul, éramos unas hormigas, peor, mucho peor que la mayoría de las hormigas, quienes al caminar unas tras otras se pierden felices dentro del anónimo y la uniformidad. Nosotras no nos perdíamos, ¡ay!, en el anónimo, nosotras al estar junto a otras niñas, amigas o primas, hormigas entre hormigas, nos distinguíamos tristemente por nuestras simplezas, por nuestro rústico enco-

gimiento, por nuestra rústica audacia, por nuestras preguntas bobas, por nuestras bocas abiertas, por nuestro perpetuo asombro. Era imposible ser más ignorante e imposible serlo con mayor sinceridad.

Nuestras dos primeras visitas a la ciudad fueron fecundas en observaciones erróneas y en falsos descubrimientos.

Lo primero que hicimos desde el primer día, al poner los pies fuera de nuestro zagúan, fue echar a correr, cada cual por su lado. La nueva sirvienta o cuidadora, ya entrada en años y medio asmática, incapaz de empuñar con mano diestra aquellas riendas que Evelyn llevaba tan sobria y magistralmente, la nueva y vieja cuidadora, al apreciar nuestra desbandada general, detenida en plena calle y en plena incertidumbre, dirigía hacia los cuatro puntos cardinales observaciones y amenazas desesperadas, que no lograban agruparnos ni por un segundo delante de ella. Esparcidas y absortas en nuestras indagaciones, ni la veíamos. Separadas así unas de otras, nos llamábamos a grito herido: «¡Mira, Blanca Nieves!» «¡Espérame, Violeta!», lo mismo que si estuviéramos subiendo callejón arriba, hacia el corralón de las vacas. Todo era motivo de estupefacción. Cuando veíamos una tienda nos deteníamos y la señalábamos con el dedo gritando: «¡Una pulpería!». A las aceras las llamábamos bancos; a los postes del gas, matas de hierro; y cuando veíamos venir un señor y una señora andando gravemente cogidos del brazo, también nos deteníamos y también los señalábamos con el dedo diciendo:

—¡Ahí va una yunta de gente!

Eso no era todo. Nuestra frondosa incultura se desbordaba a borbotones en la ciudad, como la de unos vándalos que, en lugar de sembrar desolación, derramaran candor.

Si en Piedra Azul habíamos adquirido la costumbre de llevar sombreros, eran ellos sencillos y ligerísimos sombreros de cogollo que Mamá adornaba con un lazo de gusto pastoril y que Evelyn nos encajaba en la cabeza con solidez y con un fin práctico: preservarnos del sol. Tales sombreros quedaban tan asentados o adheridos a nuestras personas, que no había para qué ocuparse de ellos: eran como las orejas o el pelo. Pero los otros sombreros, aquellos sombreros de ciudad que nuestra excelente Mamaíta se había apresurado a adquirir al día siguiente de nuestra llegada, eran otra cosa. Casi siempre innecesarios, cargados de adornos fútiles, sostenidos por un caucho bajo la barba, eran molestos y vivían en perpetuo desequilibrio. No había modo de olvidarlos. Casi todas y casi siempre al traspasar el portón, considerando que el llevarlos en la cabeza era mero convencionalismo, nos los arrancábamos, y los llevábamos en la mano con orgullo y bienestar, bajo nuestra inmediata vigilancia. Aquellos que quedasen coronando la cúspide de alguna que otra cabeza, tal cual es uso civil, tal cual acostumbraba hacer siempre Violeta, celosa de conservar la libertad de sus manos; el que permaneciese, digo, en la cúspide de una cabeza, perdía al instante su verdadero punto de gravedad. Sin la puntería o acierto indispensable a su salvaguardia, incapaces de medir con la vista el espacio necesario a sus correspondientes volúme-

nes, los enganchábamos en los picaportes de las puertas; en las ventanas bajas; y en los codos de los transeúntes; después de lo cual, quedaban inclinados hacia los ojos, encima de una oreja o sobre la nuca: dependía de la dirección contraria a la cual hubiese sobrevenido el accidente o tropezón.

El día de nuestra segunda visita a la ciudad, como acertásemos a pasar frente a la catedral, su aspecto imponente y vasto, protegido por la torre, nos recordó mucho nuestro perdido trapiche amparado de igual modo por su chimenea o torreón. Alguien gritó señalando con el dedo:

—¡Un trapiche!

Como era de rigor, Violeta se precipitó a fin de hacer antes que nadie las indagaciones del caso.

Con rapidez vertiginosa atravesó la calle, penetró en la iglesia, empujó la puerta del cancel, se asomó unos instantes y salió diciendo con su habitual buen sentido y con su sombrero sobre una oreja:

—¡Eso no es un trapiche! Si fuera un trapiche, ¿dónde está la caña? Si fuera una sala de pailas, ¿dónde están los fondos? ¿Y para qué tanto banco?

Entretanto la vieja cuidadora, allá, en el extremo de la calle, corriendo y soplando, como un náufrago perdido en el horizonte, nos hacía señas desesperadas de que la aguardásemos; de que en la iglesia no se entraba gritando; ni se entraba tampoco con el sombrero en la mano.

Aquella misma tarde, no bien llegamos a casa, la sirvienta, que por no haber aún logrado alcanzarnos, entró un buen rato después, sin quitarse pañolón ni nada, atravesó el patio como un bólido, se fue derecha a donde estaba Mamá y declaró demudada e indignada, respirando corto:

—No salgo más con sus niñitas; se acabó. No me hacen ningún caso. Andan desperdigadas por la calle, cada una por su lado; llevan los sombreros en la mano; se tropiezan con todo el mundo; enseñan a la gente con el dedo; entran corriendo a las iglesias y salen gritando. A mí me avergüenzan. Además es mucha responsabilidad. Busque otra cuidadora que se las lleve a pasear, yo me voy.

Es difícil describir la herida profunda que tales palabras abrieron al instante en la finura exquisita de Mamá:

—Niñitas, por Dios —nos dijo maltratadísima y silbando las eses—. ¿Cuándo se van ustedes a civilizar? ¿Cuándo van a comprender, por la Virgen Santísima, que aquí no estamos en Piedra Azul? ¡Andar por la calle con los sombreros en la mano! ¡Entrar gritando a la iglesia! ¡¡Enseñar a la gente con el dedo!! ¡Ay! ¡Qué van a decir de mí! No me mortifiquen así, niñitas: ¡civilícense!

### III

Con el objeto de civilizarnos lo antes posible, desde el siguiente día, desplegando inmensa actividad, la pobre Mamá nos había ya puesto en el cole-

gio; o sea, que comenzamos a ir con regularidad, mañana y tarde, a una casa tan limpia como destartalada, y llena de ecos, situada a cuadra y media de la nuestra, en la cual dos señoritas distinguidas, cargadas de méritos y de necesidades, enseñaban con melancolía el abecedario y el catecismo a una docena de niñas.

Allí, en una sala vasta, entre muebles de Viena; tapetes de *crochet*; retratos de noble actitud cuyos marcos y lienzos se disputaban por igual la polilla y los ratones; sobre un suelo esterado en donde a trechos florecían alegremente los ladrillos, y bajo un techo empapelado en donde, a trechos también, florecían tristemente las goteras; allí, entre las dos señoritas distinguidas y las doce niñas analfabetas, tuvo lugar en forma rápida el proceso de nuestra civilización. Debo confesar que fue a costa de numerosas humillaciones, luchas y derrotas. Los pueblos adquieren la civilización guerreando y sufriendo: lo mismo la adquirimos nosotras.

He aquí, por ejemplo, cómo aprendí a conocer yo, en forma imborrable, ilustrada por pellizcos y bofetadas, el valor de la moneda.

Frente a la puerta de nuestro colegio o asilo de la melancolía y de las letras, sentada en el escalón de un zaguán, con un gran paño blanco sobre la cabeza y hombros, un espantador de moscas, blanco también, en su mano derecha, y en sus rodillas un amplio azafate poblado de polvorosas, suspiros, yemas, melcochas y coquitos que brillaban al sol como piedras preciosas, se instalaba todas las tardes una vendedora de dulces. Aquella vendedora de actitud hierática con su paño blanco y su enigmático rostro negro era lo mismo que una diosa o un hada. Sus dulces acariciados en perpetuo vaivén por las tiras immaculadas y sonoras del espantador de moscas, eran los dones divinos que otorgaban sus manos al que le diese un centavo. Nosotras no teníamos la menor esperanza de recibirlos nunca, siendo así que Papá había declarado:

—No veo ninguna necesidad de que apuren a las niñas en el colegio; tienen tiempo de aprender a leer. Lo que sí me parece en cambio indispensable es que las vigilen mucho cuando atraviesan la calle, no vayan a comer nada que pueda estar contaminado por el polvo o las moscas.

Encadenadas a tal mandamiento, sin jamás tener un centavo, confieso, por lo que a mí atañe, que no pasaba un día sin que yo rindiese a la vendedora el tributo de mi profunda, humilde devoción. Me detenía si posible era, pegada a su azafate, allí, con las dos manos cruzadas en la espalda, señal de rendimiento, contemplaba un rato las polvorosas, yemas, melcochas y coquitos, escuchaba el chss, chss del espantador de moscas y me iba por fin lanzando esos suspiros que nos brotan del alma ante los deseos irrealizables.

Pero no hay que respetar demasiado las leyes. Es sabiduría burlarlas con audacia ante los propios ojos de la autoridad, tan dispuesta siempre a aceptar cualquier colaboración o complicidad que la desprestigie.

Una tarde, pues, antes de ir al colegio, me acerqué a Mamá y llena de habilidad le dije con atrevimiento y dulzura:

—Mamaíta, regálame un centavo.

No sé si por distracción o por generosidad, Mamá, no sólo me regaló un centavo, sino que me regaló una moneda de cinco centavos en plata, la cual dado su exiguo tamaño despertó en mi alma las zozobras de la desconfianza. No obstante, la tomé y resolví guardarla apuñada en mi mano, con perseverancia y prudencia, todo el tiempo que fuese menester. Con mis cinco centavos acalorados y sudorosos, llegué al colegio, di mi lección, en la cual, después de confundir varias veces la pe con la be, distinguí con inteligencia la a de la doble ve. La señorita melancólica que se hallaba en función aquella tarde declaró en tono lastimero que había sabido muy bien mi lección. Con la satisfacción que da el deber cumplido, y con mis cinco centavos siempre apuñados, aprovechando una coyuntura, salí furtivamente de la vasta sala, atravesé en carrera zaguán, acera y arroyo, hasta llegar, *jeureka!*, a donde estaba la vendedora de dulces. Allí, sin cruzar, no, las manos en la espalda, me di a contemplar su azafate, anhelante, aunque atormentada por la indecisión y por la desconfianza que me inspiraba mi exigua moneda.

Unos instantes después regresé al recinto en donde balbucía la ciencia y por ese humano, funesto prurito, de hacernos admirar, humillando con el fulgor de nuestra suerte al mayor número posible de personas, me acerqué a un grupo que según costumbre dialogaba con animación de espaldas al pizarrón y a la profesora:

—Me fui —dije triunfante y con la boca aún llena— me fui enfrente, donde está la dulcera, cogí una polvorosa, le di un centavo chiquito y ella me regaló cuatro centavos grandes además de la polvorosa que estaba muy buena: ¡ya me la comí!

Las burlas, risas y cuchufletas con que recibió el público mi breve discurso fueron tantas y tan acerbos, que Violeta, por espíritu de familia, en honor mío con una generosidad que hasta entonces yo no hubiese sospechado, comenzó a repartir bofetadas y pellizcos en el auditorio, ante las voces y miradas de severidad impotente que lanzaba, hasta más no poder, la profesora o señorita melancólica.

La reyerta, en la cual volaron varias cartillas y numerosas planas de palotes torcidos horriblemente manchados de tinta, y en la cual tuve necesariamente que intervenir, fue desigual y cruda.

En ella me arrancaron un lazo que me había atado Mamá en la cabeza; queriendo dar un golpe magistral, me lo di yo misma contra uno de los muebles de Viena, rodé por ello al suelo extraviando así tres de mis cuatro centavos que sepultó la estera en el océano de sus descosidos y desflecados. Entretanto Violeta acababa de poner fin a la refriega en forma inesperada y sangrienta. Como una de las pacíficas espectadoras que, no habiendo tomado parte ni en las burlas ni en la lucha, a más de hallarse mirando, se hallase mudando, y tuviese un diente sostenido apenas por un hilo, Violeta, al pasar con violencia junto a ella, la tropezó y se lo arrancó de cuajo involuntariamente y en forma sangrienta, cosa que produjo una impresión atroz. La

pacífica desdentada comenzó a llorar en silencio, la lucha cesó, y Violeta quedó cubierta de ignominia. Pudimos escuchar entonces la voz de la señorita melancólica, quien a la vista de la sangre y del diente inmolado repetía ya por cuarta o quinta vez con voz afónica, dirigiéndose a Violeta y a mí:

—Bien se ve que ustedes dos vienen del monte, de no tratar más que pollinos y becerros.

La verdad es amarga, yo me la tragué en silencio. Violeta, no. Violeta contestó inmediatamente a la señorita afónica y melancólica que un becerro, un pollino y un burro era ella. Respuesta que nos acarreó naturalmente nuevos reproches y nuevas humillaciones redactadas en plural y recibidos en familia y en común.

#### IV

Así, entre enseñanzas violentas y revelaciones bruscas que iban temperando el manso transcurrir del tiempo, floreció en nuestras almas la cultura o conocimiento de las convenciones base de toda civilización.

Pasaron dos años.

La época lejana de Piedra Azul, rodeada por una aureola de melancolía, presidida dulcemente por el recuerdo de Aurora que ya se había ido, Edad de Oro en Paraíso Perdido, se cristalizaba allá, en el fondo del pasado. A los siete u ocho años, gracias a tal pasado, yo me juzgaba cargada de experiencia, creía conocer a fondo, salvo nimios detalles, todas las verdades de la vida, y sonreía con indulgencia al recordar las ingenuidades de mis tiempos ya idos. Hoy, transcurridos setenta años, tengo mucho menos arraigado ese sentimiento de la propia experiencia, tan cargado de soberbia. A fuerza de golpes, a fuerza de comprobar que nuestras aptitudes para el error son infinitas, he adquirido por fin la conciencia de mi inexperiencia, la cual me acompaña ahora con humildad y con algo de aquella frescura rosa y clara cuya desaparición deploraba entre suspiros a los siete años.

En nuestras conversaciones, impregnado de añoranza, salpicado de tristísimos «¿te acuerdas?» aparecía a cada instante el nombre de Piedra Azul. Seguras de que habíamos dejado allá un tesoro de felicidad, queríamos poseerlo de nuevo, aun cuando sólo fuese por algunas horas. Con tal fin martillábamos los oídos de la pobre Mamá, ¡tan triste!, rogándole a todas horas:

—Mamaíta, ¿cuándo volveremos a Piedra Azul? Llévanos, Mamaíta, llévamos en coche un día. Aunque sólo sea por un rato. ¿Qué te importa?

Mamá no quería volver a su antigua hacienda. No tanto porque el viaje fuese largo, pesado y polvoriento, sino porque sabía por advertencia del corazón que es peligroso el enfrentarse a las cosas sobre las cuales, desde lejos, ponemos a reposar nuestros recuerdos.



Tanto insistimos nosotras que por fin, un día, luego de pedir permiso al nuevo dueño, volvimos a apiñarnos en un coche, y acompañadas de Mamá y de una cesta grande, donde llevábamos el almuerzo, regresamos a nuestro Paraíso Perdido, creyendo al andar que andábamos hacia el pasado; que Aurora, subida en el pretil vedado, el pretil de los juicios, nos tendería los brazos al llegar, mientras Evelyn sacándonos del coche una a una, no se olvidaría de advertirnos:

—Cuiden vestidos bonitos de Caracas, no se sienten en suelo.

Pero no. Ni Aurora nos tendió los brazos, ni Evelyn vino a sacarnos del coche. En lugar de sus sombras familiares, hallamos en todas partes una cosa dolorosísima: el nuevo dueño de Piedra Azul era un rico, gran amante del progreso, animado de una actividad insaciable para idear y realizar reformas. Vale decir que nuestro querido Piedra Azul, disfrazado de otra cosa, también lloraba, con los gritos desoladores de sus reformas, el habernos perdido a nosotras. Tales gritos se percibían desde lejos.

El nuevo mayordomo lleno de satisfacción, nos mostraba con orgullo los innumerables sacrilegios perpetrados en nuestros recuerdos, y con una sonrisa inconsciente y horriblemente impía le preguntaba a Mamá:

—¿Verdad que está desconocido? ¡Ah! Pero así cuesta... Para llegar a esto se ha gastado...

Y decía una suma enorme.

Todo estaba cambiado: era el triunfo del revés sobre el derecho. Donde estaba la sala había el comedor y donde estaba el comedor había la sala; donde había antes una puerta estaba ahora tapiado y en donde estaba una pared lisa había ahora una puerta nueva acompañada, si era posible, por una ventana. Sobre la tierra que llevó nuestro huerto ameno, talados los árboles, se alineaba geométrico un jardín a la inglesa, y en el terreno que ocupaba nuestro jardín oloroso había un huerto rasurado en donde crecían, párvulos raquíuticos, multitud de árboles exóticos. ¿Qué se habían hecho los rosales y los jazmineros de Mamá, que tan a menudo se abrazaban y enrollaban juntos? ¿Dónde estaban los guayabos, la acacia grande, los árboles de pomarrosa, guanábanas y guayabitas arrayán? ¿Dónde estaban los bambúes cantadores con sus zapatos de terciopelo, donde escondían pícaros la maldad de sus «pelitos»? ¡Como Aurora, como Evelyn, como nosotras, todos ellos se habían ido!

Las lajas que deshiebaba Vicente Cochocho ya no se podían deshiebbar porque los pisos de los corredores y patios eran de cemento estéril. En los cuartos tapizados con cielos rasos y tablas nuevas, el eco repetía la voz atenuada de Mamá que llamaba a Aurora por todos los rincones. En el corralón, en el santo corralón modelo de la ciudad futura, se había edificado un establo con ordenadísimas divisiones en las cuales cada vaca sola vegetaba respirando el malsano egoísmo de las casas cerradas. En el trapiche había multitud de puertas y en las puertas letreros que decían: «Se prohíbe la entrada» y «No se permite fumar». La sala de pailas y el patio de las bagaceras

también estaban volteados al revés; sólo la rueda, la inmensa rueda de la mollienda, presidiendo contra su voluntad la inicua devastación, ¡pobre vieja buena, pobre vieja fiel!, estaba allí, muy triste, diciéndonos cariñosa y espantada con sus brazos abiertos:

—¡Y qué les parece!

Por último, cuando Mamá se fue al estanque del chorrerón en busca del cují amigo, padre del agua y vestido de los baños, para de nuevo interrogar allí por qué Aurora la había dejado íngtima, se encontró de bruces con una pared de mampostería.

A poco, para postre o complemento, para que nada faltara, conversando con uno de nuestros antiguos peones, recibimos una fúnebre noticia. Vicente Cochocho ya no estaba en la hacienda, porque, según toda probabilidad, ya no estaba en el mundo. Luego de haber regresado ileso y triunfante de aquel su postrer alzamiento, una madrugada, tal cual era su inveterada costumbre, se había ido a buscar alguna hierba o a llevar algún recado a los revolucionarios. Quizás fue una celada que le tendieron: lo cierto fue que de su excursión misteriosa y mañanera Vicente no regresó.

El peón que nos refirió el doloroso suceso, entre encogerse de hombros y estirar de labios, con horrible naturalidad, terminó enunciando las siguientes hipótesis:

—Como perderse, él no era hombre que se perdía. O le dio de repente algún mal, o lo mandó a matar a traición un enemigo. ¡Pobre Vicente! Él, que era tan «curioso», ¿se acuerdan?, para fabricar las urnas; en el monte se quedó tendido sin urna ni nada; desbarrancado, o enfermo, o mal herido, ¡quién sabe cómo!, se lo comieron los zamuros.

Nuestro almuerzo, que tuvo lugar junto al agua sobre la hierba vecina, huérfana del cují, fue silencioso y fúnebre. Poco se habló, nada de risas. El pan, el pollo, y los huevos duros, también sabían a tristeza.

Mamá tenía razón: debemos alojar los recuerdos en nosotros mismos sin volver nunca a posarlos imprudentes sobre las cosas y seres que van variando con el rodar de la vida. Los recuerdos no cambian y cambiar es ley de todo lo existente. Si nuestros muertos, los más íntimos, los más adorados, volviessen a nosotros después de muchos años de ausencia y arrasados los árboles viejos hallasen en nuestras almas jardines a la inglesa y tapias de mampostería, es decir, otros afectos, otros gustos, otros intereses, doloridos, nos contemplarían un instante y discretos, enjugándose las lágrimas, volverían a acostarse en sus sepulcros.

También nosotras, terminado el almuerzo, todas de acuerdo quisimos regresar a nuestro coche.

Un instante después, sacudidas por el saltar de las ruedas en los baches del camino, ante el lento pasar de árboles y cruzar de recuas, estalló por fin sin trabas nuestra necesidad de expansión.

—¡Ay Mamaíta! —dijo alguien declamando con inmenso dolor—, para ver cómo nos cortaron el cují y cómo nos quitaron todito el corralón y para que después vinieran a decirnos que al pobre Vicente Cochocho se lo comieron los zamuros, ¡más vale que nunca hubiéramos venido!

Mamá respondió entre dos bruscos saltos del coche y dos profundos suspiros:

—Por tercas, niñitas, por tercas, acuérdense: ¡yo se los dije!

LISTA DE LOS PRINCIPALES VENEZOLANISMOS  
Y AMERICANISMOS QUE SE HALLAN EN  
*LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA*

**ALFONDOQUE:** Alfeñique.—Especie de turrón, hecho con pasta de azúcar batida y mezclada con queso, avellana, cacahuete o ajonjolí.

**AREPA.**—Especie de pastel o pan popular que se hace con el grano de maíz mojado, hervido o molido a mano entre dos piedras.

**BAGAZO.**—La caña después de triturada. Puesta a secar al sol forma una especie de paja sumamente combustible con la cual se alimenta el fuego que transforma el zumo en papelón o azúcar. La propia caña ofrece ella misma todos los materiales necesarios a la elaboración del azúcar.

**BEJUCO DE CADENA.**—Planta tropical de cuyo tallo flexible se hace una infusión que tiene la propiedad de rizar el cabello.

**COGOLLO.**—Las largas y delgadas hojas verdes que unidas en forma de penacho rematan la caña. La caña dulce es el tallo del cual el cogollo es la hoja. Sirve el cogollo de alimento a las bestias. Seco constituye una paja flexible con la cual se tejen sombreros y otros objetos.

**CONUCO.**—Parcela de tierra sin agua situada en una ladera que sólo se siembra en la época de las lluvias con maíz u hortalizas, y que el dueño de la hacienda cede o arrienda a precio ínfimo a sus peones. El conuco se ve generalmente verdeando en la colina o montaña a la vera del rancho.

**CUJÍ.**—Arbol del trópico de hoja muy fina, que crece a menudo cerca de los estanques. Es muy bajo y de anchísima sombra.

**EMBURRAR.**—Acción de cargar la caña y hacerla pasar entre los grandes cilindros que la trituran o exprimen.

**FONDO.**—Cada una de las cinco grandes calderas donde se cuece el zumo de la caña.

**GUARAPO.**—El zumo de la caña antes de estar cocido.

**GUARAPO FUERTE.**—El zumo de la caña fermentado y aromatizado con piña. Bebida popular.

**HALLACA.**—Pastel hecho con masa de maíz. Se cuece envuelta en hojas de plátano. Llamada tamal en otros países de América. La hallaca o tamal es de rigor en las cenas de Nochebuena y Año Nuevo.

**LAPA.**—Mamífero roedor tropical, cuya carne es muy apreciada.

**MALUCO.**—Malo. Duro de corazón.

**MAMONES.**—Fruta pequeña de forma esférica y verde encerrada en una cáscara. Se da en copiosos racimos. El árbol que la produce es de gran corpulencia.

**MANGO DE BOCADO.**—Especie de mango muy fino y más apreciado que el común (mango de hilacha) porque carece de hebras.

**MARACA.**—Especie de calabaza pequeña que se vacía, se seca, se llena de guijarros, se le adapta un mango en forma de sonajero, y sirve de instrumento musical para marcar el ritmo en el Joropo y demás bailes populares. El maraquero es indispensable en un baile de negros, no sólo por el ritmo de las maracas, sino por ser el ejecutante figura decorativa: las maracas suelen tocarse con los brazos levantados, y, como las castañuelas, requieren gracia o gracejo en los movimientos.

**MELADO.**—El zumo de la caña cuando ya limpio y muy espeso por las sucesivas cocciones pasa al temple o cocción definitiva.

**MELCOCHA.**—La misma pasta con que se hace el alfondoque cuando aún forma hebras por no haberse enfriado y endurecido.

**PAPELÓN.**—Pan de azúcar sin refinar, de forma cónica y de muy agradable gusto. Se fabricaba en la mayoría de las haciendas con procedimientos muy primitivos y pintorescos. En Venezuela el papelón, muy distinto del azúcar blanca, era indispensable en casi toda casa, rica o pobre. Con el papelón hervido en agua se hace una especie de té llamado guarapo, como el zumo crudo de la caña. Es este té sumamente estomacal y solía tomarse mezclado con café.

**PENA.**—Vergüenza, timidez.

**PILÓN.**—Mortero de madera dentro del cual, a golpe de maza, se majan los granos de maíz para hacer la arepa o pan de maíz.

**PULPERÍA.**—Tienda de comestibles y despacho de bebidas. En los campos, la pulpería era a un tiempo posada, casa de juego, de bebidas y estaba surtida con todos los artículos indispensables a la vida del peón.

**RABOPELADO:** zarigüella.—Mamífero de América. Especie de zorro que vive en los árboles, se alimenta con aves y frutas y suele causar por las noches estragos en los corrales de gallinas.

**RASPADURA.**—El dulce que queda adherido al batidor o canoa donde se ha batido la pasta de azúcar o papelón caliente antes de encerrarla en los moldes.

**RECHOCHO.**—Viejo. Reviejo.

**SEÑOR.**—Es modismo popular en Venezuela el decir señor, sin distinción

de género, al hablar con personas de cierta categoría. Interrogado por su madre o por la maestra, el niño campesino contestará diciendo: *Señor*.

**SALA DE PAILAS.**—Lugar del trapiche donde se hallan empotradas las cinco grandes pailas, fondos o calderas en donde se va cociendo y limpiando por etapas sucesivas el guarapo o zumo de la caña. El trapiche se compone del trapiche propiamente dicho o patio de la molienda, los patios de la bagacera, el alambique o fábrica de aguardiente, y la sala de pailas.

**TABLÓN DE CAÑA.**—Cañamelar. Se distingue con el nombre de «tablón» cada hectárea sembrada con caña de la misma edad. En Venezuela, donde la caña se cosecha todo el año, por turno, a los diez y ocho meses de haber sido sembrada, cada tablón presenta el color y aspecto correspondiente a su edad. De ahí la riqueza admirable de tonos verdes que ofrece el panorama de una hacienda de caña.

**TACHA.**—La última caldera, más pequeña que los fondos en donde se hace a fuego muy vivo el temple o cocción definitiva. En medio de una espuma que va subiendo muy dorada y muy perfumada, los borbotones del temple saltan a gran altura a veces fuera de la tacha.

**TEMPLADOR.**—El encargado de cocer el temple. Era el jefe de la sala de pailas. De su habilidad en «dar el punto» y prever la cantidad de fuego, dependía el éxito de un temple, el cual daba 64 papelones o panes de azúcar. El templador, sin moverse de la tacha, pedía a gritos por una ventana o reja, al «metedor de candela», la cantidad de fuego que se iba necesitando.

**TEMPLE.**—Última cocción del zumo de la caña. Es difícil conocer «el punto» de un temple o sea el grado de cocimiento necesario y la mayor o menor cantidad de fuego que se requiere en un momento dado.

**TOPOCHO.**—Una de las diversas especies del plátano o cambur, de forma pequeña y gruesa. Usada como adjetivo, la palabra topocho es sinónimo de rechoncho, enano, retaco.

**TRAPICHE.**—Molino de caña dulce.

**ZAMURO.**—Especie de buitre o cuervo.

## CUENTOS

### HISTORIA DE LA SEÑORITA GRANO DE POLVO BAILARINA DEL SOL

ERA UNA MAÑANA a fines del mes de abril. El buen tiempo en delirio, contrastaba irónicamente con un pobre trabajo de escribanillo que tenía yo entre manos aquel día. De pronto como levantara la cabeza vi a Jimmy, mi muñeco de fieltro que se balanceaba sentado frente a mí, apoyando la espalda en la columna de la lámpara. La pantalla parecía servirle de parasol. No me veía y su mirada, una mirada que yo no le conocía estaba fija con extraña atención en un rayo de sol que atravesaba la pieza.

—¿Qué tienes, querido Jimmy? —le pregunté—. ¿En qué piensas?

—En el pasado —me respondió simplemente sin mirarme— y volvió a sumirse en su contemplación.

Y como temiese haberme herido por la brusquedad de la respuesta:

—No tengo motivos para esconderte nada —replicó—. Pero por otro lado, nada puedes hacer ¡ay! por mí; y suspiró en forma que me destrozó el corazón.

Tomó cierto tiempo. Dio media vuelta a las dos arandelas de fieltro blanco que rodean sus pupilas negras y que son el alma de su expresión. Pasó ésta al punto de la atención íntima, al ensueño melancólico. Y me habló así:

—Sí, pienso en el pasado. Pienso siempre en el pasado. Pero hoy especialmente, esta primavera tibia e insinuante reanima mi recuerdo. En cuanto al rayo de sol quien, clava a tus pies, fíjate bien, la alfombra que transfigura, este rayo de sol se parece tanto a aquel otro en el cual encontré por primera vez a... ¡Ah! siento que necesitarás suplir con tu complacencia la pobreza de mis palabras!

—Imagínate la criatura más rubia, más argentina, más locamente etérea que haya nunca danzado por sobre las miserias de la vida. Apareció y, mi ensueño se armonizó al instante con su presencia milagrosa. ¡Qué encanto! Bajaba por el rayo de sol, hollando con su presencia deslumbrante aquel camino de claridad que acababa de recordármela. Suspiros imperceptibles a nuestro burdo tacto animaban a su alrededor un pueblo de seres semejantes a ella, pero sin su gracia soberana ni su atractivo fulminante. Retozaba ella con todos un instante, se enlazaba en sus corros, se escapaba hábil por un intersticio, evitaba de un brinco el torpe abrazo del monstruo-mosquito ebrio y pesado como una fiera... mientras que un balanceo insensible y dulce la iba atrayendo hacia mí. —Dios mío ¡qué linda era!

—Como rostro no tenía ninguno propiamente hablando. Te diré que en realidad no poseía una forma precisa. Pero tomaba del sol con vertiginosa rapidez todos los rostros que yo hubiese podido soñar y que eran precisamente los mismos con que soñaba cuando pensaba en el amor. Su sonrisa en vez de limitarse a los pliegues de la boca se extendía por sobre todos sus movimientos. Así, aparecía, tan pronto rubia como el reflejo de un cobre, tan pronto pálida y gris como la luz del crepúsculo, ya oscura y misteriosa como la noche. Era a la vez suave como el terciopelo, loca como la arena en el viento, pérfida como el ápice de espuma al borde de una ola que se rompe. Era mil y mil cosas más rápido que mis palabras no lograban seguir sus metamorfosis.

—Quedé larguísimo rato mirándola invadido por una especie de estupor sagrado... De pronto se me escapó un grito... La bailarina etérea iba a tocar el suelo. Todo mi ser protestó ante la ignominia de semejante encuentro, y me precipité.

—Mi movimiento brusco produjo extrema perturbación en el mundo del rayo de sol y muchos de los geniecillos se lanzaron, creo que por temor hacia las alturas. Pero mis ojos no perdían de vista a mi amada. Inmóvil, conteniendo la respiración, la espiaba con la mano extendida. ¡Ah divina alegría! La mayor y la última ya de mi vida. En esa mano extendida había ella caído. Renuncio a detallarte mi estado de espíritu. El corazón me latía en forma tan acelerada que en mi mano temblorosa, mi dueña bailaba todavía. Era un vals lento y cadencioso de una coquetería infinita.

—Señorita Grano de Polvo... le dije.

—¿Y cómo sabes mi nombre?

—Por intuición, le contesté, el... en fin... el amor.

—El amor, exclamó ella. ¡Ah! y volvió a bailar pero de un modo imperitante. Me pareció que se reía.

—No te rías —le reproché—, te quiero de veras. Es muy serio.

—Pero yo no tengo nada de serio —replicó—. Soy la Señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol. Sé demasiado que mi alcurnia no es de las más brillantes. Nací en una grieta del piso y nunca he vuelto a mi madre. Cuando me dicen que es una modesta suela de zapato, tengo que creerlo, pero nada



me importa puesto que soy ahora la bailarina del Sol. No puedes quererme. Si me quieres, querrás también llevarme conmigo y entonces ¿qué sería de mí? Prueba, quita tu mano un instante y ponla fuera del rayo.

Le obedecí. Cuál no fue mi decepción cuando en mi mano, reintegrada a la penumbra, contemplé una cosita lamentable e informe, de un gris dudoso, toda ella inerte y achatada. ¡Tenía ganas de llorar!

—¡Ya ves! —dijo ella—. Está ya hecha la experiencia. Sólo vivo para mi arte. Vuelve a ponerme pronto en el rayo de sol.

Obedecí. Agradecida bailó de nuevo un instante en mi mano.

—¿De qué cosa es tu mano?

—Es de fieltro, contesté ingenuamente.

—¡Es carrasposa! exclamó. Cuánto más prefiero mi camino aéreo —y trató de volar.

Yo no sé qué me invadió. Furioso, por el insulto, pero además por el temor de perder a mi conquista, jugué mi vida entera en una decisión audaz. Será opaca, pero será mía, “pensé”. La cogí y la encerré dentro de mi cartera que coloqué sobre mi corazón.

Aquí está desde hace un año. Pero la alegría ha huido de mí. Esta hada que escondo, no me atrevo ya a mirarla tan distinta la sé, de aquella visión que despertó mi amor. Y sin embargo prefiero retenerla así que perderla de un todo al devolverle su libertad.

—¿De modo que la tienes todavía en tu cartera?, —le pregunté picado de curiosidad.

—Sí. ¿Quieres verla?

Sin esperar mi respuesta y porque no podía aguantar más su propio deseo, abrió la cartera y sacó lo que se llamaba: “la momia de la Señorita Grano de Polvo”. Hice como si la viera pero sólo por amabilidad, pues en el fondo, no veía absolutamente nada. Hubo entre Jimmy y yo un momento de silencio penoso.

—Si quieres un consejo —le dije al fin— te doy éste: Dale la libertad a tu amiga. Aprovecha ese rayo de sol. Aunque no dure más que dos horas serán dos horas de éxtasis. Eso vale más que continuar el martirio en que vives.

—¿Lo crees de veras? —interrogó él mirándome con ansiedad—. Dos horas. ¡Ah, qué tentaciones siento. Sí, acabemos: sea!

Así diciendo, sacó de su cartera a la Señorita Grano de Polvo y la volvió a colocar en el rayo. Fue una resurrección maravillosa. Saliendo de su misterioso letargo la bailarinita se lanzó loca, imponderable y como espiritual, idéntica a la descripción entusiasta que me había hecho Jimmy. Comprendí al punto su pasión. Había que verlo a él inmóvil, bocabierto ebrio de belleza. La voluptuosidad amarga del sacrificio se unía a la alegría purísima de la contemplación. Y a decir verdad, su rostro me parecía más bello que la danza del hada, puesto que estaba iluminado de una nobleza moral extraña a la falaz bailarina.

De pronto, juntos, exhalamos un grito. Un insecto enorme y estúpido, insecto grande como la cabeza de un alfiler, al bostezar acababa de tragarse a la Señorita Grano de Polvo.

¿Qué más decir ahora?

El pobre Jimmy con los ojos fijos consideraba la extensión de su deleite. Nos quedamos largo rato silenciosos incapaces de hallar nada que pudiese expresar, yo mi remordimiento y él su desesperación. No tuvo ni para mí, ni para la fatalidad siquiera una palabra de reproche, pero vi muy bien cómo bajo el pretexto de levantar la arandela de fieltro que gradúa la expresión de sus pupilas, se enjugó furtivamente una lágrima.

## EL GENIO DEL PESACARTAS

ESTA ERA una vez un gnomo sumamente listo e ingenioso: todo él de alambre, paño y piel de guante. Su cuerpo recordaba una papa, su cabeza una trufa blanca y sus pies a dos cucharitas. Con un pedazo de alambre de sombrero se hizo un par de brazos y un par de piernas. Las manos enguantadas con gamuza color crema no dejaban de prestarle cierta elegancia británica, desmentida quizás por el sombrero que era de pimiento rojo. En cuanto a los ojos, particularidad misteriosa, miraban obstinadamente hacia la derecha, cosa que le prestaba un aire bizco sumamente extravagante.

Lo envanecía mucho su origen irlandés, tierra clásica de hadas, sílfides y pigmeos, pero por nada en el mundo hubiera confesado que allá en su país había modestamente formado parte de una compañía de menestreses o cantores ambulantes: semejante detalle no tenía por qué interesar a nadie.

Después de sabe Dios qué viajes y aventuras extraordinarias había llegado a obtener uno de los más altos puestos a que pueda aspirar un gnomo de cuero. Era el genio de un pesacartas sobre el escritorio de un poeta. Entiéndase por ello que instalado en la plataforma de la máquina brillante se balanceaba el día entero sonriendo con malicia. En los primeros tiempos había sin duda comprendido el honor que se le hacía al darle aquel puesto de confianza. Pero a fuerza de escuchar al poeta, su dueño, que decía a cada rato: "¡Cuidado! que nadie lo toque, que no le pasen el plumero. Miren qué gracioso es... ¡Es él quien dirige el vaivén de billetes y cartas!..." había acabado por ponerse tan pretencioso que perdió por completo el sentido de su importancia real —y esto al punto de que cuando lo quitaban un instante de su sitio para pesar las cartas le daban verdaderos ataques de rabia y gritaba que nadie tenía derecho de molestarlo, que él estaba en su casa, que haría duplicar la tarifa y demás maldades delirantes.

Pasaba pues los días, sentado en el pesacartas como un príncipe merovingio en su pavés. Desde allá arriba contemplaba con desdén todo el mundo diminuto del escritorio: un reloj de oro; un cascarón de nuez, un ramo de flores, una lámpara, un tintero, un centímetro, un grupo de barras de lacre de vivos colores, alineados muy respetuosamente alrededor del sello de cristal.

—Sí —decíales desde arriba—, yo soy el genio del pesacartas y todos ustedes son mis humildes súbditos. El cascarón de nuez es mi barco para cuando yo quiera regresar a Irlanda, el reloj está ahí para indicar la hora en que me dignaré dormir; el ramo de flores es mi jardín; la lámpara me alumbrará si deseo velar, el centímetro es para anotar los progresos de mi crecimiento (mido ciento setenta milímetros desde que me vino la idea de usar calzado medioeval). —No sé todavía qué haré con los lacres—. En cuanto al tintero está ahí, no cabe duda, para cuando yo quiera divertirme echando redondeles de saliva.

Y diciendo así comenzaba a escupir dentro del tintero con una desvergüenza sin nombre.

—Eres un gran mal educado, protestaba el tintero. Si pudiera subir hasta allá, te haría una buena mancha en la mejilla y te escribiría en las espaldas con letras muy grandes “Gnomo malvado”.

—Sí, pero como eres más pesado que el plomo con tu agua asquerosa de cloaca no puedes hacerme nada. Si me inclino sobre ti, quieras que no, tendrás que reflejar mi imagen.

Y su rostro en efecto aparecía en el fondo del brocal de cobre negro y brillante como el de un diablillo burlón.

Cuando su dueño se sentaba al escritorio, el gnomo tomaba un aire hipócrita y sonreía como diciendo: “Todo marcha bien. Puedes escribir lindísimas páginas, yo estoy aquí”.

Entonces el poeta que era de natural bondadoso y que se engañaba fácilmente, miraba al genio con complacencia y colocando una barrita de incienso verde en el pebetero, la ponía a arder. El humo subía en finas volutas hacia el gnomo y le cubría la cabeza con su dulce caricia azulada. El diminuto personaje respiraba el perfume con alegría y se estremecía de tal modo que la balanza marcaba quince gramos en lugar de diez que era su peso normal, por lo cual deducía que el incienso era el único alimento digno de él, puesto que era el único que le aprovechaba.

Una noche en que dormía profundamente lo despertó una música muy suave. Eran dos pobres menestreses vestidos más o menos como él y del mismo tamaño que venían a darle una serenata: uno tocaba la guitarra cantando con expresión apasionada; el otro lo acompañaba tarareando con las dos manos sobre el corazón como quien dice: “qué divina música, nunca he sentido igual placer”.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —preguntó el gnomo frotándose los ojos

con un puño furibundo. —¿Quién se permite tocar y cantar de noche aquí en mi mesa?

—Somos nosotros —contestó el guitarrista con mucha dulzura—. Parece que has corrido con mucha suerte desde el día en que te fuiste de nuestra compañía ambulante. Eres hoy gran personaje... y ya ves, hemos hecho el viaje. Estamos muy cansados...

—En primer lugar, les prohíbo que me tuteen y en segundo término, ¡no los conozco! ¡vaya broma!, yo, yo en una compañía de menestreses... ¿Están locos? ¡Largo, largo de aquí pedazos de vagabundos!

—Pero, de veras ¿no nos reconoce usted Monseñor? Insistió el músico decepcionado. Eramos tres, acuérdesese, y teníamos grandes éxitos... yo me ponía en el medio, mi compañero a la derecha y usted a la izquierda, bizqueando para que la gente se riera. Tiene usted siempre la misma mirada. Tome, aquí tengo la fotografía que nos sacó un aficionado la víspera del día que usted se escapó.

Y desmontando la guitarra sacó un rollo de papel brumoso que extendió. Se veían en efecto los tres menestreses de cuero y alambre: el de la derecha era en efecto el genio del pesacartas.

—¡Ah! esto ya es demasiado, gritó exasperado. No me gustan las burlas. Soy el genio del pesacartas y nada tengo qué ver con mendigos como ustedes.

—Pero, monseñor, —respondió el guitarrista, a quien invadía una profunda tristeza—. Si no pedimos gran cosa; tan sólo el que nos permita vivir aquí en su hermosa propiedad. Piense que hemos gastado en el viaje todas nuestras economías.

—Lo que me tiene sin cuidado.

—No lo molestaremos para nada. Tocaremos lindas romanzas.

—No me gusta la música. Además, los veo venir: harían correr ciertos ruidos perjudiciales a mi buen nombre, muchas gracias, mi situación es muy envidiada... Conozco cierto tintero que se sentiría encantado si pudiera salpicarme con sus calumnias. Arréglenselas como puedan, yo no los conozco.

—¿Es su última palabra? —preguntaron los menestreses rendidos bajo tanta ingratitud.

—Es mi última palabra, —concluyó el genio del pesacartas.

Y como los desgraciados músicos permanecieron aún indecisos y desespe-  
rados:

—¿Quieren ustedes marcharse enseguida, bramó, poniéndose de pie sobre el platillo, o llamo a la policía?

Pero en su exaltación, se resbaló, le faltó el pie y rodó, soltando una horrible interjección, hasta ir a dar al fondo del tintero que se lo tragó.

Sin dar oídos a otros sentimientos que no fueran los del valor y la generosidad, los dos menestreses quisieron libertar al amigo de otros tiempos. Pero por desgracia el tintero que tenía muchas cuentas que cobrar, dejó caer su tapa con estrépito y los menestreses no pudieron ni moverla.

Al siguiente día cuando el poeta vio el desastre, comprendió lo ocurrido y sintió repugnancia por la ingratitud del gnomo. Después de haberlo extraído del pozo negro y después de haber tratado en vano de limpiarlo, no sabiendo qué hacer con él y no queriendo tirarlo a la basura, lo metió en el fondo de una gaveta.

En su destierro, el gnomo de cuero no ha perdido su orgullo. Continúa deslumbrando con sus cuentos fantásticos a la gente del nuevo medio social: un pisapapeles roto; una concha de tortuga y un rollo de viejas facturas.

—Cuando yo reinaba en el pesacartas, era yo quien hacía llegar los telegramas. Pero un día, un loco me arrojó en un tintero. . .

En cuanto a los dos menestres, el poeta los ha colocado sobre un gran ramo de follaje. Parecen dos pájaros de colores en un bosque virgen y allí cantan el día entero de un modo encantador.

## EL ERMITAÑO DEL RELOJ

ESTE ERA una vez un capuchino que encerrado en un reloj de mesa esculpido en madera, tenía como oficio tocar las horas. Doce veces en el día y doce veces en la noche, un ingenioso mecanismo abría de par en par la puerta de la capillita ojival que representaba el reloj, y podía así mirarse desde fuera, cómo nuestro ermitaño tiraba de las cuerdas tantas veces cuantas el timbre, invisible dentro de su campanario, dejaba oír su tin-tin de alerta. La puerta volvía enseguida a cerrarse con un impulso brusco y seco como si quisiese escamotear al personaje; tenía el capuchino magnífica salud a pesar de su edad y de su vida retirada. Un hábito de lana siempre nuevo y bien cepillado descendía sin una mancha hasta sus pies desnudos dentro de sus sandalias. Su larga barba blanca al contrastar con sus mejillas frescas y rosadas, inspiraba respeto. Tenía, en pocas palabras, todo cuanto se requiere para ser feliz. Engañado, lejos de suponer que el reloj obedecía a un mecanismo, estaba seguro de que era él quien tocaba las campanadas, cosa que lo llenaba de un sentimiento muy vivo de su poder e importancia.

Por nada en el mundo se le hubiera ocurrido ir a mezclarse con la multitud. Bastaba con el servicio inmenso que les hacía a todos al anunciarles las horas. Para lo demás, que se las arreglaran solos. Cuando atraído por el prestigio del ermitaño alguien venía a consultarle un caso difícil, enfermedad o lo que fuese, él no se dignaba siquiera abrir la puerta. Daba la contestación por el ojo de la llave, cosa esta que no dejaba de prestar a sus oráculos cierto sello imponente de ocultismo y misterio.

Durante muchos, muchísimos años, Fray Barnabé (éste era su nombre) halló en su oficio de campanero tan gran atractivo que ello le bastó a satisfacer su vida; reflexionen ustedes un momento: el pueblo entero del come-

dor tenía fijos los ojos en la capillita y algunos de los ciudadanos de aquel pueblo no habían conocido nunca más distracción que la de ver aparecer al fraile con su cuerda. Entre éstos se contaba una compotera que había tenido la vida más gris y desgraciada del mundo. Rota en dos pedazos desde sus comienzos, gracias al aturdimiento de una criada, la habían empatado con ganchitos de hierro. Desde entonces, las frutas con que la cargaban antes de colocarla en la mesa, solían dirigirle las más humillantes burlas. La consideraban indigna de contener sus preciosas personas.

Pues bien, aquella compotera que conservaba en el flanco una herida avivada continuamente por la sal del amor propio, hallaba gran consuelo en ver funcionar al capuchino del reloj.

—Miren, les decía a las frutas burlonas— miren aquel hombre del hábito pardo. Dentro de algunos instantes va a avisar que ha llegado la hora en que se las van a comer a todas —y la compotera se regocijaba en su corazón, saboreando por adelantado su venganza. Pero las frutas sin creer ni una palabra le contestaban:

—Tú no eres más que una tullida envidiosa. No es posible que un canto tan cristalino, tan suave, pueda anunciarnos un suceso fatal.

Y también las frutas consideraban al capuchino con complacencia y también unos periódicos viejos que bajo una consola pasaban la vida repitiéndose unos a otros sucesos ocurridos desde hacía veinte años, y la tabaquera, y las pinzas del azúcar, y los cuadros que estaban colgando en la pared y los frascos de licor, todos, todos tenían la vista fija en el reloj y cuanta vez se abría de par en par la puerta de roble volvían a sentir aquella misma alegría ingenua y profunda.

Cuando se acercaban las doce y cincuenta minutos de la mañana llegaban entonces los niños, se sentaban en rueda frente a la chimenea y esperaban pacientemente a que tocaran las doce, momento solemne entre todos porque el capuchino en vez de esconderse con rapidez de ladrón una vez terminada su tarea como hacía por ejemplo a la una o a las dos, (entonces se podía hasta dudar de haberlo visto) no, se quedaba al contrario un rato, largo, largo, bien presentado, o sea, el tiempo necesario para dar doce campanadas. ¡Ah!, ¡y es que no se daba prisa entonces el hermano Barnabé! ¡Demasiado sabía que lo estaban admirando! Como quien no quiere la cosa, haciéndose el muy atento a su trabajo, tiraba del cordel, mientras que de reojo espiaba el efecto que producía su presencia. Los niños se alborotaban gritando:

—Míralo como ha engordado.

—No, está siempre lo mismo.

—No señor, que está más joven.

—Que no es el mismo de antes, que es su hijo. Etc., etc.

El cubierto ya puesto se reía en la mesa con todos los dientes de sus tenedores, el sol iluminaba alegremente el oro de los marcos y los colores brillantes de las telas que éstos encerraban; los retratos de familia guiñaban un ojo



como diciendo: ¡Qué! ¿aún está ahí el capuchino? Nosotros también fuimos niños hace ya muchos años y bastante que nos divertía.

Era un momento de triunfo.

Llegaban al punto las personas mayores, todo el mundo se sentaba en la mesa y Fray Barnabé, su tarea terminada, volvía a entrar en la capilla con esa satisfacción profunda que da el deber cumplido.

Pero ay, llegó el día en que tal sentimiento ya no le bastó. Acabó por cansarse de tocar siempre la hora, y se cansó sobre todo de no poder nunca salir. Tirar del cordel de la campana, es hasta cierto punto una especie de función pública que todo el mundo admira. ¿Pero cuánto tiempo dura? Apenas un minuto por sesenta y el resto del tiempo, ¿qué se hace? Pues, pasearse en rueda por la celda estrecha, rezar el rosario, meditar, dormir, mirar por debajo de la puerta o por entre los calados del campanario un rayo vaguísimo de sol o de luna. Son estas ocupaciones muy poco apasionantes. Fray Barnabé se aburría.

Lo asaltó un día la idea de escaparse. Pero rechazó con horror semejante tentación relejendo el reglamento inscrito en el interior de la capilla. Era muy terminante. Decía:

*“Prohibición absoluta a Fray Barnabé de salir, bajo ningún pretexto de la capilla del reloj. Debe estar siempre listo para tocar las horas tanto del día como de la noche”.*

Nada podía tergiversarse. El ermitaño se sometió. ¡Pero qué dura resultaba la sumisión! Y ocurrió que una noche, como abriera su puerta para tocar las tres de la madrugada, cuál no fue su estupefacción al hallarse frente a frente de un elefante que de pie, tranquilo, lo miraba con sus ojitos maliciosos, y claro, Fray Barnabé lo reconoció enseguida: era el elefante de ébano que vivía en la repisa más alta del aparador, allá, en el extremo opuesto del comedor. Pero como jamás lo había visto fuera de la susodicha repisa había deducido que el animal formaba parte de ella, es decir que lo habían esculpido en la propia madera del aparador. La sorpresa de verlo aquí, frente a él, lo dejó clavado en el suelo y se olvidó de cerrar las puertas, cuando acabó de tocar la hora.

—Bien, bien, dijo el elefante, veo que mi visita le produce a usted cierto efecto; ¿me tiene miedo?

—No, no es que tenga miedo, balbuceó el ermitaño, pero confieso que... ¡Una visita! ¿Viene usted para hacerme una visita?

—¡Pues es claro! Vengo a verlo. Ha hecho usted tanto bien aquí a todo el mundo que es muy justo el que alguien se le ofrezca para hacerle a su vez algún servicio. Sé además, lo desgraciado que vive. Vengo a consolarlo.

—¿Cómo sabe que... Cómo puede suponerlo?... Si nunca se lo he dicho a nadie... ¿Será usted el diablo?

—Tranquílcese —respondió sonriendo el animal de ébano, no tengo nada en común con ese gran personaje. No soy más que un elefante... pero eso sí, de primer orden. Soy el elefante de la reina de Saba. Cuando vivía esta gran

soberana de Africa era yo quien la llevaba en sus viajes. He visto a Salomón: tenía vestidos mucho más ricos que los suyos, pero no tenía esa hermosa barba. En cuanto a saber que es usted desgraciado no es sino cuestión de adivinarlo. Debe uno aburrirse de muerte con semejante existencia.

—No tengo el derecho de salir de aquí, afirmó el capuchino con firmeza.

—Sí, pero no deja de aburrirse por eso.

Esta respuesta y la mirada inquisidora con que la acompañó el elefante azoraron mucho al ermitaño. No contestó nada, no se atrevía a contestar nada. ¡Era tal su verdad! Se fastidiaba a morir. ¡Pero así era! Tenía un deber evidente, una consigna formal indiscutible: permanecer siempre en la capilla para tocar las horas. El elefante lo consideró largo rato en silencio como quien no pierde el más mínimo pensamiento de su interlocutor. Al fin volvió a tomar la palabra:

—Pero, preguntó con aire inocente, ¿por qué razón no tiene usted el derecho de salir de aquí?

—Lo prometí a mi reverendo Padre, mi maestro espiritual, cuando me envió a guardar este reloj-capilla.

—¡Ah!... ¿y hace mucho tiempo de eso?

—Cincuenta años más o menos, contestó Fray Barnabé, después de un rápido cálculo mental.

—Y después de cincuenta años; ¿no ha vuelto nunca más a tener noticias de ese reverendo Padre?

—No, nunca.

—¿Y qué edad tenía él en aquella época?

—Andaría supongo en los ochenta.

—De modo que hoy tendría ciento treinta si no me equivoco. Entonces, mi querido amigo, (y aquí el elefante soltó una risa sardónica muy dolorosa al oído) entonces quiere decir que lo ha olvidado totalmente. —A menos que no haya querido burlarse de usted—. De todos modos ya está más que libre de su compromiso.

—Pero, objetó el monje, la disciplina...

—¡Qué disciplina!

—En fin... el reglamento. Y mostró el cartel del reglamento que colgaba dentro de la celda. El elefante lo leyó con atención, y:

—¿Quiere que le dé mi opinión sincera?

—La primera parte de este documento no tiene por objeto sino el de asustarlo. La leyenda esencial es: "Tocar las horas de día y de noche", éste es su estricto deber. Basta por lo tanto que se encuentre usted en su puesto en los momentos necesarios. Todos los demás le pertenecen.

—Pero, ¿qué haría en los momentos libres?

—Lo que harás, dijo el animal de ébano cambiando de pronto el tono y hablando en voz clara, autoritaria, avasalladora, —te montarás en mi lomo y te llevaré al otro lado del mundo por países maravillosos que no conoces—. Sabes que hay en el armario secreto, al que no abren casi nunca, tesoros sin

precio, de los que no puedes hacerte la menor idea: tabaqueras en las cuales Napoleón estornudó, medallas con los bustos de los césares romanos, pescados de jade que conocen todo lo que ocurre en el fondo del océano, un viejo pote de jengibre vacío pero tan perfumado todavía que casi se embriega uno al pasar por su lado (y se tienen entonces sueños sorprendentes).

Pero lo más bello de todo es la sopera, la famosa sopera de porcelana de China, la última pieza restante de un servicio estupendo, rarísimo. Está decorada con flores y en el fondo, ¿adivina lo que hay? La reina de Saba en persona, de pie, bajo un parasol flamígero y llevando en el puño su loro profeta.

Es linda, ¡si supieras!, es adorable, ¡cosa de caer de rodillas! y te espera. Soy su elefante fiel que la sigue desde hace tres mil años. Hoy me dijo: “Ve a buscarme el ermitaño del reloj, estoy segura que debe de estar loco por verme”.

—La reina de Saba. ¡La reina de Saba!, murmuraba en su fuero interno fray Barnabé trémulo de emoción. —No puedo disculparme. Es preciso que vaya— y en voz alta:

—Sí quiero ir. Pero ¡la hora, la hora! Piense un poco, elefante, ya son las cuatro menos cuarto.

—Nadie se fijará si toca de una vez las cuatro. Así le quedaría libre una hora y cuarto entre éste y el próximo toque. Es tiempo más que suficiente para ir a presentar sus respetos a la reina de Saba.

Entonces olvidándolo todo, rompiendo con un pasado de cincuenta años de exactitud y de fidelidad, Fray Barnabé tocó febrilmente las cuatro y saltó en el lomo del elefante, quien se lo llevó por el espacio. En algunos segundos se hallaron ante la puerta del armario. Tocó el elefante tres golpes con sus colmillos y la puerta se abrió por obra de encantamiento. Se escurrió entonces con amabilidad maravillosa por entre el dédalo de tabaqueras, medallas, abanicos, pescados de jade y estatuillas y no tardó en desembocar frente a la célebre sopera. Volvió a tocar los tres golpes mágicos, la tapa se levantó y nuestro monje pudo entonces ver a la reina de Saba en persona, que de pie en un paisaje de flores ante un trono de oro y pedrerías sonreía con expresión encantadora llevando en su puño el loro profeta.

—Por fin lo veo, mi bello ermitaño —dijo ella—. ¡Ah!, cuánto me alegra su visita; confieso que la deseaba con locura, cuanta vez oía tocar la campana, me decía: ¡qué sonido tan dulce y cristalino! Es una música celestial. Quisiera conocer al campanero, debe ser un hombre de gran habilidad. Acérquese, mi bello ermitaño.

Fray Barnabé obedeció. Estaba radiante en pleno mundo desconocido, milagroso... No sabía qué pensar. ¡Una reina estaba hablándole familiarmente, una reina había deseado verlo!

Y ella seguía:

—Tome, tome esta rosa como recuerdo mío. Si supiera cuánto me aburro aquí. He tratado de distraerme con esta gente que me rodea. Todos me han

hecho la corte, quien más, quien menos, pero por fin me cansé. A la tabaquera no le falta gracia; narraba de un modo pasable relatos de guerra o intrigas picarescas, pero no puedo aguantar su mal olor. El pote de jengibre tiene garbo y cierto encanto, pero me es imposible estar a su lado sin que me asalte un sueño irresistible. Los pescados conocen profundas ciencias, pero no hablan nunca. Sólo el César de oro de la medalla me ha divertido en realidad algunas veces, pero su orgullo acabó por parecerme insoportable. ¿No pretendía llevarme en cautiverio bajo el pretexto de que era yo una reina bárbara? Resolví plantarlo con toda su corona de laurel y su gran nariz de pretencioso, y así fue como quedé sola, sola pensando en usted el campanero lejano que me tocaba en las noches tan linda música. Entonces dije a mi elefante: “anda y tráemelo. Nos distraeremos mutuamente. Le contaré yo mis aventuras, él me contará las suyas”. ¿Quiere usted, lindo ermitaño, que le cuente mi vida?

—¡Oh! sí —suspiró extasiado Fray Barnabé—. ¡Debe ser tan hermosa!

Y la reina de Saba comenzó a recordar las aventuras magníficas que había corrido desde la noche aquella en que se había despedido de Salomón hasta el día más cercano en que escoltada por sus esclavos, su parasol, su trono, y sus pájaros se había instalado dentro de la sopera. Había material para llenar varios libros y aún no lo refería todo; iba balanceándose al azar de los recuerdos. Había recorrido África, Asia y las islas de los dos océanos. Un príncipe de la China, caballero en un delfín de jade, había venido a pedir su mano, pero ella lo había rechazado porque proyectaba entonces un viaje al Perú, acompañada de un joven galante, pintado en un abanico, el cual en el instante de embarcarse hacia Citeres, como la viera pasar, cambió de rumbo.

En Arabia había vivido en una corte de magos. Estos, para distraerla, hacían volar ante sus ojos, pájaros encantados, desencadenaban tempestades terribles en medio de las cuales se alzaban sobre las alas de sus vestiduras, hacían cantar estatuas que yacían enterradas bajo la arena, extraviaban caravanas enteras, encendían espejismos con jardines, palacios y fuentes de agua viva. Pero entre todas, la aventura más extraordinaria era aquella, la ocurrida con el César de oro. Es cierto que repetía: “me ofendió por ser orgulloso”. Pero se veía su satisfacción, pues el César aquel era un personaje de mucha consideración.

A veces en medio del relato el pobre monje se atrevía a hacer una tímida interrupción:

—Creo que ya es tiempo de ir a tocar la hora. Permítame que salga.

Pero al punto la reina de Saba, cariñosa, pasaba la mano por la hermosa barba del ermitaño y contestaba riendo: ¡qué malo eres, mi bello Barnabé. Estar pensando en la campana cuando una reina de Africa te hace sus confidencias! y además: es todavía de noche. Nadie va a darse cuenta de la falta.

Y volvía a tomar el hilo de su historia asombrosa.

Cuando la hubo terminado, se dirigió a su huésped y dijo con la más encantadora de sus expresiones:

—Y ahora, mi bello Barnabé, a usted le toca, me parece que nada de mi vida le he ocultado. Es ahora su turno.

Y habiendo hecho sentar a su lado, en su propio trono, al pobre monje deslumbrado, la reina echó hacia atrás la cabeza como quien se dispone a saborear algo exquisito.

Y aquí está el pobre Fray Barnabé que se pone a narrar los episodios de su vida. Contó cómo el padre Anselmo, su superior, lo había llevado un día al reloj-capilla; cómo le encomendó la guardia; cuáles fueron sus emociones de campanero principiante, describió su celda, recitó de cabo a rabo el reglamento que allí encontró escrito; dijo que el único banco en donde podía sentarse era un banco cojo; lo muy duro que resultaba no poder dormir arriba de tres cuartos de hora por la zozobra de no estar despierto para tirar de la cuerda en el momento dado. Es cierto que mientras enunciaba cosas tan miserables, allá en su fuero interno tenía la impresión de que no podían ellas interesar a nadie, pero ya se había lanzado y no podía detenerse. Adivinaba de sobra que lo que de él se esperaba no era el relato de su verdadera vida que carecía en el fondo de sentido, sino otro, el de una existencia hermosa cuyas peripecias variadas y patéticas hubiera improvisado con arte. Pero, ¡ay! carecía por completo de imaginación y quieras que no, había que limitarse a los hechos exactos, es decir, a casi nada.

En un momento dado del relato levantó los ojos que hasta entonces por modestia los había tenido bajos clavados en el suelo, y se dio cuenta de que los esclavos, el loro, todos, todos, hasta la reina, dormían profundamente. Sólo velaba el elefante:

—¡Bravo! —le gritó éste—. Podemos ahora decir que es usted un narrador de primer orden. El mismo pote de jengibre es nada a su lado.

—¡Oh Dios mío! —imploró Fray Barnabé— ¿se habrá enojado la reina?

—Lo ignoro. Pero lo que sí sé es que debemos regresar. Ya es de día. Tengo justo el tiempo de cargarlo en el lomo y reintegrarlo a la capilla.

Y era cierto. Rápido como un relámpago atravesó nuestro elefante de ébano el comedor y se detuvo ante la capilla. El reloj de la catedral de la ciudad apuntaba justo las ocho. Anhelante, el capuchino corrió a tocar las ocho campanadas y cayó rendido de sueño sin poder más . . . Nadie por fortuna se había dado cuenta de su ausencia.

Pasó el día entero en una ansiedad febril. Cumplía maquinalmente su deber de campanero: pero con el pensamiento no abandonaba un instante la sopera encantada en donde vivía la reina de Saba y se decía: ¿qué me importa aburrirme durante el día, si en las noches el elefante de ébano vendrá a buscarme y me llevará hasta ella? ¡Ah! ¡qué bella vida me espera!

Y desde el caer de la tarde comenzó a esperar impaciente a que llegara el elefante. ¡Pero nada! Las doce, la una, las dos de la madrugada pasaron sin que el real mensajero diera señales de vida. No pudiendo más y diciéndose que sólo se trataría de un olvido, Fray Barnabé se puso en camino. Fue un largo y duro viaje. Tuvo que bajar de la chimenea agarrándose de la tela que

la cubría y como dicha tela no llegaba ni con mucho al suelo, fue a tener que saltar desde una altura igual a cinco o seis veces su estatura. Y cruzó a pie la gran pieza tropezándose en la oscuridad con la pata de una mesa, resbalándose por encima de una cucaracha y teniendo luego que luchar con un ratón salvaje que lo mordió cruelmente en una pierna; tardó en pocas palabras unas dos horas para llegar al armario. Imitó allí el procedimiento del elefante con tan gran exactitud que se le abrieron sin dificultad ninguna, primero la puerta, luego la tapa de la sopera. Trémulo de emoción y de alegría se encontró frente a la reina. Esta se sorprendió muchísimo:

—¿Qué ocurre? —preguntó— ¿qué quiere usted señor capuchino?

—¿Pero ya no me recuerda? —dijo Fray Barnabé cortadísimo—. Soy el ermitaño del reloj... el que vino ayer...

—¡Ah! ¿Conque es usted el mismo monje de ayer? Pues si quiere que le sea sincera, le daré este consejo: no vuelva más por aquí. Sus historias, francamente, no son interesantes.

Y como el pobre Barnabé no atreviéndose a medir las dimensiones de su infortunio permaneciese inmóvil...

—¿Quiere usted acabarse de ir? —silbó el loro profeta precipitándosele encima y cubriéndolo de picotazos. Acaban de decirle que está aquí de más. Vamos, márchese y rápido.

Con la muerte en el alma Fray Barnabé volvió a tomar el camino de la chimenea. Andando, andando se decía:

—¡Por haber faltado a mi deber! Debía de antemano haber comprendido que todo esto no era sino una tentación del diablo para hacerme perder los méritos de toda una vida de soledad y de penitencia. ¡Cómo era posible que un desgraciado monje, en sayal, pudiera luchar contra el recuerdo de un emperador romano en el corazón de una reina!... Pero... ¡qué linda, que linda era!

Ahora es preciso que olvide. Es preciso que de hoy en adelante no piense más que en mi deber: mi deber es el de tocar la hora. Lo cumpliré sin desfallecimiento, alegremente hasta que la muerte me sorprenda en la extrema vejez.

¡Quiera Dios que nadie se haya dado cuenta de mi fuga! ¡Con tal de que llegue a tiempo! ¡Son las siete y media! Si no llego en punto de ocho ¡estoy perdido! Es el momento en que se despierta la casa y todos comienzan a vivir.

Y el pobre se apresuraba, las piernas ya rendidas. Cuando tuvo que subir agarrándose a las molduras de la chimenea, toda la sangre de su cuerpo parecía zumbarle en los oídos. Llegó arriba medio muerto. ¡Inútil esfuerzo! no llegó a tiempo... Las ocho estaban tocando.

Digo bien: ¡las ocho estaban tocando! ¡Tocando *solas*, sin él! La puerta del reloj se había abierto de par en par, la cuerda subía y bajaba, lo mismo que si hubieran estado sus manos tirando de ellas; y las ocho campanadas cristalinas sonaban...

Hundido en el estupor el pobre capuchino comprendió. Comprendió que el campanario funcionaba sin él, es decir, que él no había contribuido nunca en nada al juego del mecanismo. Comprendió que su trabajo y su sacrificio diario no eran sino de risa, casi, casi un escarnio público. Todo se derrumbaba a la vez: la felicidad que había esperado recibir de la reina de Saba y ese deber futuro que había resuelto cumplir en adelante obediente en su celda. Ese deber no tenía ya objeto. La desesperación negra, inmensa, absoluta penetró en su alma. Comprendió entonces que la vida sobrellevada en tales condiciones era imposible.

Entonces rompió en menudos pedazos la rosa que le regalara la reina de Saba, desgarró el reglamento que colgaba en la pared de la celda, y agarrando el extremo de la cuerda que asomaba como de costumbre bajo el techo, aquella misma que tantas, tantas veces habían sus manos tirado tan alegremente, pasósela ahora alrededor del cuello y dando un salto en el vacío, se ahorcó.

**DIARIOS - CONFERENCIAS**



# DIARIOS

POR EL LEJANO ORIENTE . . .

## EL DIARIO DE UNA CARAQUEÑA

*Nueva York, abril de 1919.*

AL FIN nuestro viaje al Japón y la China es cosa ya decidida.

El 1º de mayo debemos encontrarnos en San Francisco de California, para tomar allí el vapor que nos conducirá a Yokohama, luego de hacer escala en Honolulu.

¡Pero qué días de ansiedad, de espera nerviosa, de desesperación, en fin! Mi viaje a Caracas, mi querido viaje a Caracas que desde hace tiempo planeaba y preparaba con una precisión de días y de horas, digna de un general en campaña, ¡ha fracasado!

Todo estaba previsto, dispuesto. Marc, mi marido, en vista de sus ocupaciones, y considerándome persona competente para el caso, me daba su venia, a fin de realizar el viaje yo sola, de mi cuenta y riesgo. Una semana para ir, dos de estadía, una de vuelta, y luego lejos, lejos, el viaje divino al Oriente, al país de las leyendas, a la tierra pintoresca de los Mikados y de las Geishas.

¡Qué de alegres proyectos! En los pocos días pasados en Venezuela, me habría llevado conmigo la visión de la tierra querida como un perfume evocador que me acompañase luego allá, en las tierras desconocidas y lejanas . . .

Pero desgraciadamente todo fracasó, debido al celo que por mi nacionalidad tienen los señores americanos. Y es éste, asunto que merece explicación y capítulo aparte por tratarse de cuestiones de actualidad algo curiosas.

Como decía, los americanos tienen gran escrúpulo en esto de las nacionalidades. De ningún modo quisieron aceptar mis pasaportes de venezolana, considerándome rusa a todo trance.

Fue inútil que con la más amable de mis sonrisas les explicara en todos los tonos que yo había nacido en Caracas, capital de la República de Venezuela, lugar situado en plenos trópicos, donde no se conocen más rusas que las ensaladas o las montañas del mismo nombre. No pude convencerlos. Hube de capitular y resignarme a disponer mis asuntos desde el punto de vista ruso.

Pero, ¡ah! es que el ser ruso en Norteamérica y por los tiempos que corren no es tontería, no, sino cosa difícil, ¡complicadísima!

Mis nuevos compatriotas los bolcheviques, tienen, entre otras originalidades, la de repartir a derecha e izquierda cónsules inverosímiles. El nuestro en Nueva York, debe pertenecer a la familia de los fantasmas: nunca está visible. ¡Qué de veces, sola, o acompañada de Marc, con una perseverancia a toda prueba, luego de recorrer una distancia kilométrica me he lanzado a la conquista del susodicho fantasma! El resultado era siempre el mismo. Nuestra calle de la amargura terminaba invariablemente ante una puerta cerrada e inexorable: ¡era la puerta de nuestro cónsul eternamente ausente! En ella no había más signo de vida, que una placa con un letrero en ruso el cual para mí tenía un notabilísimo parecido con los letreros vistos en un espejo. Ante tanto enigma y tanto silencio yo me desesperaba. Al pensar que allí, detrás de aquella puerta, a media vara de distancia, se encontraba en acecho mi viaje a Caracas, llorando casi de impotencia, daba con los pies en el suelo llamando a los bolcheviques asesinos y *sans-culottes*, sin que por ello saliese a tomarme cuentas del agravio el fantasma de mi cónsul.

Y así fueron transcurriendo días y días, hasta que el *Philadelphia*, vapor fijado en mis planes para realizar mi viaje a Venezuela, zarpó al cabo, rumbo a La Guaira, dejándome en tierra con todas mis ilusiones y proyectos burlados. Lo vi marcharse con la tristeza del caso, hasta que reaccionando al fin, me resigné a exclamar filosóficamente como el galán del cuento:

“Puesto que Leonor renuncia a mi mano: ¡renuncio a la mano de Leonor!”.

Y aquí estoy; habiendo renunciado a la mano de Leonor, es decir, a mi viaje a Caracas; repuesta ya de tantas esperas y rabiets y dedicando todas mis energías y actividades hacia otro nuevo norte: el Japón.

No fracasará este viaje como el primero, no, ya todo está arreglado y previsto, porque un día, ante mis asombradísimos ojos, se abrió la puerta enigmática y tras ella apareció un personaje muy fino y distinguido, quien, luego de deshacerse en excusas, se puso incondicionalmente a nuestras órdenes para cuanto pudiese servirnos, con lo cual, pude constatar, que diga lo que quiera la trompeta de la fama, los bolcheviques, a fuer de buenos rusos, saben también ser galantes y gentiles.

Como decía, pues, dedico ahora todo mi tiempo y mis energías a prepararme con gran entusiasmo para mi anhelado viaje al Oriente. Y las horas del día son pocas para ello; porque a la vez que deseo enterarme de los asuntos asiáticos, me esmero al mismo tiempo en tener bonitas “toilettes” para asistir a las comidas y recepciones con que seremos obsequiados en Yokohama, Shanghai y Harbin. Es, pues, asombrosa la facilidad con que paso de baúles y male-

tas al origen del Yedo y a las costumbres de los Mikados. Cuando no estoy extasiada ante algún maniquí de los almacenes de Broadway, estoy de codos encima de una mesa describiendo zig-zags sobre el mapa del Japón y la China; cuando no me sorprende la noche en algún museo de arte nipón, me sorprende la madrugada haciendo una interminable lista de compras, y hasta en los *subways* mientras me dirijo a los almacenes, a fin de aprovechar más tiempo, voy leyendo con la ansiedad del caso, cómo ocurrió todo aquello de Puerto-Arturo y la guerra Ruso-Japonesa que allá, entre sueños, recuerdo . . .

Y así va el tiempo corriendo, corriendo, desgranando los días uno tras otro, mientras espero yo, no sin cierta tristeza, el instante siempre temido de la partida y de los adioses . . .

*San Francisco de California, mayo 2 de 1919.*

Fue el domingo de Pascua a las 10:30 de la mañana, después de haber comulgado, y en un radiante día de Primavera que salimos de Nueva York. La temperatura había amanecido deliciosa, todos los árboles estaban verdes, floridos y cubiertos de sol; todo parecía despedirnos en una última sonrisa llena de promesas. No pude menos de sentir en mi alma la influencia de aquella alegría de la Naturaleza, y fue sin pesar que dije adiós a mi querido apartamento de Broadway, donde había pasado casi dos años de felicidad completa.

En la estación encontramos reunidos todos nuestros compañeros de viaje. Juntos, formamos una pequeña Colonia o Caravana compuesta en parte por los empleados del Banco, objeto de nuestro viaje y del cual es Marc gerente y fundador. Son ellos: el subgerente, el estenógrafo, un apoderado del mismo banco que va a Manila, y los Goldman, matrimonio americano, muy ricos, y muy simpáticos, que llegarán sólo hasta Yokohama, donde tienen sus negocios. Llevan con ellos a su hijo, niño de 6 a 7 años, rubio y lindo como un querubín, cuya presencia da una nota de alegría familiar a nuestra excursión y cuya risa y entusiasmo nos une y nos contagia continuamente a todos.

La primera sorpresa de mi viaje la recibí en la estación y fue el confort de nuestro tren. Viajábamos en *pullman* y tanto los Goldman como nosotros teníamos vagón especial. No habiendo realizado aún sino pequeñas excursiones, no conocía yo bien el fausto de los trenes americanos. Cuál sería, pues, mi sorpresa al ver que teníamos por vagón un saloncito monísimo, con espejos, mesitas y dos grandes sofás que al llegar la noche se transformaban en camas. Al lado se encontraba nuestro cuarto de *toilette* con baño y grandes espejos; y dos vagones adelante, el comedor.

Encantada al sentirme tan agradablemente acogida, quise hacer de aquel saloncito un amable *chez moi* familiar y sonriente. Puse flores, retratos y libros sobre las mesas; y al ver correr el paisaje por la ventana abierta, entusiasmada le decía a Marc:

“¡Mira, mira, es nuestro apartamento de Broadway que nos lleva de paseo!”.

¡Y qué delicioso paseo era aquel! No necesito describir la magnificencia de estos paisajes americanos tan conocidos y ponderados por todo el mundo: montañas inmensas, lagos azules y románticos, cascadas, ríos, árboles gigantes, todo se sucedía con una exuberancia de vida y un lujo de detalles realmente inagotable. Así llegamos a Chicago, donde pasamos dos días alojados en el “Auditorium Hotel”, y así seguimos cuatro días y cuatro noches de un correr incesante, hasta que atravesando el desierto y todo el departamento de New México llegamos a Los Angeles.

Chicago me aturdió. Es la más neoyorkina de todas las ciudades americanas. Parece que toda ella estuviese hecha con esencia de máquinas. ¡Qué prisa, Dios mío! ¡Qué movimiento! ¡Qué polvo de carbón por todas partes! ¡Qué afán de rascacielos y de industrias, y de eterno rodar y meter ruido! . . . Sentí la nostalgia de las ciudades arcaicas y silenciosas y fue con gran bienestar que me vi de nuevo en el tren, impulsada hacia el Sur, hacia el calor, donde son escasas las máquinas y la incansable fiebre de la industria.

La travesía de New México fue en cambio un delicioso *film* variado y curiosísimo; la naturaleza había cambiado ya; el clima era templado y el suelo estaba cubierto de cereales verdes y crecidos, que ondulaban al viento como un lago de esmeralda cercado de montañas; trasponíamos éstas y en sus picachos era el frío y los paisajes de nieve. Bajábamos entonces, y a través del aire tibio mirábamos cómo allá a lo lejos, confundida entre las brumas, íbamos dejando la cresta de un volcán que se apagó. Y otra vez entrábamos en las llanuras y eran entonces las áridas mesetas del “Llano Estacado” y corríamos sobre aquel desierto con montañas de roca que eran las islas de aquel mar de arena.

El niño Goldman y yo de codos en la ventanilla no cesábamos de dar gritos de admiración ante los personajes que poblaban tan desolados parajes. Eran indios tan clásicos y primitivos como no creo que se encuentren en la misma Goajira de Venezuela. ¡Qué pintorescos con sus escasos vestidos de todos colores, llenos de abalorios y de pendientes! ¡Parecían estampas! Los niños sobre todo estaban graciosísimos y eran ellos los que principalmente exaltaban el entusiasmo de mi amiguito Goldman.

Vino luego un incesante pasar de poblaciones de origen español con casas grandes y coloniales como las de Caracas. Y era primero un convento de frailes ya abandonado y derruido, y luego el campanario morisco de una iglesia y más allá unas ruinas que fueron fortaleza . . . Los nombres eran todos dulcemente evocadores: “Playa del Rey”, “Alburquerque”, “Santa Fe” . . . Parecía el hálito de la España heroica y conquistadora de Hernán Cortés, que se hubiese llegado hasta allí para morir, al cabo, olvidada y prisionera en tierra extraña.

Al fin de tanto correr llegamos a Los Angeles.

Es ésta una ciudad semi-tropical, donde abundan las más deliciosas frutas de los Estados Unidos. Sus alrededores, poblados de quintas, son especialmente encantadores. Entre ellos se destaca Pasadena, lugar donde parecen haberse dado cita todos los millonarios americanos. Es una especie de inmenso jardín poblado de magníficos palacios que se yerguen espléndidos entre flores y naranjales. Es célebre entre todos el de Busch, el "rey de la cerveza". El parque que lo rodea tiene puentes, lagos, estatuas y jardín zoológico, todo tan espléndido y magnífico que ya lo quisiera para sí cualquier ciudad de primer orden. Tuvimos nosotros ocasión de visitarlo. Los naranjos dispuestos en avenidas, pequeñitos y podados, empezaban a florecer, y envueltos en su aroma me trajeron todo el recuerdo de los años pasados en España. Cerré por un momento los ojos y creí encontrarme de nuevo en nuestro convento del Sagrado Corazón, allá en Godella; y otra vez me sentí pequeñita, con mi uniforme de colegiala, corriendo bajo la lluvia de azahares que caían, caían, de los naranjos en flor.

En Los Angeles nos detuvimos en el Hotel Alexandria, y allí tuve que pasar por el suplicio de Tántalo. No había tenido esta vez la precaución de llevar al hotel mis trajes de *soirée* y hube de resignarme a comer burguesamente en el segundo comedor, mientras que en el primero tenía lugar el invariable desfile de las millonarias llenas de lujo y de prendas costosísimas, muy dignas de admiración y de aplauso.

De Los Angeles fuimos a San Francisco. Mucho nos habían ponderado la belleza del camino y para contemplarlo a nuestro gusto decidimos hacerlo de día. Por segunda vez no pude menos de revivir tiempos pasados, y de sentir, cómo una ola de melancolía dulcísima, iba poco a poco inundándome el alma. Sube el tren una montaña altísima, siempre sobre el abismo y siempre frente al mar y son zig-zags y serpentear continuo, primero a la derecha, después a la izquierda, luego otra vez a la derecha, bordeando siempre, siempre la montaña. Aquel mar azul a lo lejos... aquel abismo verde a los pies... me parecía subir a Caracas viniendo de La Guaira y recordaba con ternura los versos tan inspirados de Marquina:

*En lo más alto de vuestros montes  
A vuestras casas les dáis asiento...*

y pensaba con tristeza y con lágrimas en todo lo que iba dejando atrás, ya tan lejos, tan lejos...

Nos encontramos actualmente en San Francisco, alojados en un hotel que tiene espléndidas vistas sobre el mar. Desde mi balcón diviso allá en lontananza el paseo de "Golden-Gate" que se extiende a orillas de la playa y más lejos aún, cerrando la bahía, el famoso presidio español de San Francisco, que dio su nombre a la ciudad y está hoy transformado en escuela militar.

Al contemplar este conjunto de edificios colosales y grandiosos, no puedo menos de sentir admiración por el genio del pueblo americano, que supo

levantar tan de prisa este bosque de cúpulas y torres que después de la catástrofe de 1906 era sólo un enorme montón de escombros.

Desde hace ya dos días vengo a escribir aquí junto a mi balcón, en los ratos que me deja libre mi incesante corretear de viajera. Frente a mí, como si quisiese interrogarlo de continuo, no ceso de mirar este inmenso Océano Pacífico, azul y desconocido, que tantas sorpresas me reserva allá, detrás de su horizonte.

Por una extraña coincidencia nuestro vapor, anclado ya en el puerto, se llama el "Venezuela". Es muy hermoso y tiene gran tonelaje. En él nos embarcaremos esta tarde. Me parece verlo desde aquí, creo que son unos mástiles que se destacan entre los de otros vapores y pienso con orgullo pueril: "Siendo el más hermoso de todos se llama 'Venezuela'". Y es que el amor de la tierra es un sentimiento que por dormido que se halle se despierta y se exalta con las largas ausencias y las largas distancias...

*A bordo del "Venezuela", mayo 24 de 1919.*

¡Qué deliciosos! ¡Qué divertidos han sido para mí los días pasados a bordo de este gran buque que sabe deslizarse tan majestuosamente sobre las olas, no siempre pacíficas, del Gran Océano! Pensando que era el mareo enfermedad ya caída en desuso, no me he ocupado sino de divertirme entre los numerosos amigos que pueblan y animan el vapor por todos lados. Antes de hablar de ellos me parece de rigor hacer primero la presentación del "Venezuela".

Pertenece dicho buque a la "Pacific Mail Co.". Tiene 20.000 toneladas y junto con "El Ecuador" y "El Colombia", sus *sister ships*, hace la travesía entre San Francisco, Honolulu, Hong-Kong, Yokohama, Kobe, Shanghai y Manila. Tiene todo el confort de los más modernos trasatlánticos, magnífica comida amenizada con música, baile todas las noches, y un *pool* donde nadar, el cual hizo mis delicias, no bien la temperatura me permitió entrar en *match* decididísimo con todos los patos más tenaces que pueblan los estanques de tierra adentro.

Mis compañeros de viaje constituyen el conjunto más babilónico que darse pueda: americanos, ingleses, suecos, japoneses, belgas, chinos, y sobre todo, rusos que acuden a guarecerse en los lugares próximos a la frontera de la Rusia oriental. Por afinidad de razas nos hemos unido mucho a los rusos y belgas; hay entre ellos intelectuales y artistas de nota, y entre los rusos personas de mucha significación social.

El séptimo día de viaje llegamos a Honolulu, capital de las islas Hawai. Quise escribir para dejar allí mi carta, pero habiéndolo pensado demasiado tarde no me fue posible hacerlo. Resultó empresa superior a mis fuerzas. Mientras yo garabateaba palabras a toda prisa sobre el escritorio, sentía a mi alrededor todo el movimiento llegado de tierra, que me atraía de un modo irresistible: chirriar de poleas y de cadenas, personas con indumentaria de

desembarco, los pasos y las voces de los vendedores ambulantes que se llegaban a bordo a ofrecer su mercancía, y para colmo de todo, los amigos y amigas que de continuo me descubrían y venían a tentarme con una insistencia desesperante. Y eran unos:

—*Why, don't you intend to go on shore Mrs. Bunimowitch?*

Y luego otros:

—*Mais, Madame Bunimowitch, est-ce que vous allez rester tout bêtement a écrire quand tout le monde se promène? Est-ce possible!*

Me di por vencida. Mandé al diablo el papel y la pluma y acompañada de Marc, que sonriendo me esperaba, habiendo ya profetizado el destino de mi carta, muerta antes de nacer, me lancé llena de curiosidad a conocer nuevas tierras.

De las islas Hawai tenía formada una idea llena de sentimentalismo y poesía. Recordaba aquella música coral tan dulcemente sugestiva, medio religiosa y medio salvaje que tantas veces había oído en nuestro gramófono de casa. Me decía que muy lindo debía ser el país que a sus naturales inspiraba aquellos cantos.

En efecto, es aquél, un encantador país tropical, de clima tan templado y suave como el clima de Caracas. La agricultura y las frutas son las mismas; tablonces de caña, cafetales sombreados de bucares que se alzaban, inmensos y enrojecidos por sus flores de coral, y por todos lados, piñas, mangos, lechozas, parchas, todas las dulcísimas frutas del trópico. No pude menos de recordar el terruño; la vida de hacienda; los días felices pasados en familia allá en nuestro hogar, los tiempos alegres de *Güeregüere* y *Juan Díaz*...

Son los indios que pueblan estos países de color cobrizo y regulares facciones. Según pude averiguar, entre la aristocracia de los aborígenes se destacaban los hombres de gran corpulencia física. Una mujer se tenía por más o menos bella según fuese su tamaño y robustez, considerando la cara un detalle baladí de poquísima importancia. Dicha corpulenta aristocracia, practicaba en secreto el *lomi-lomi*, masaje complicadísimo y eficaz al cual debían su colosal desarrollo; y, designábanse ellos mismos con el nombre de “kanakas”, palabra que en su idioma significa “Los Hombres”, lo cual, dicho sea entre paréntesis, era muy poco amable para con los mismos de la democracia.

Corrimos por la ciudad y sus alrededores poblados de preciosísimas quintas, propiedad de los ricos americanos que allí se dirigen durante los meses del verano; subimos a un elevadísimo volcán; corrimos en auto los caminos, y yo me di a comer frutas de todo género; desde las piñas que figuran entre las más distinguidas, hasta aquellas que por considerarlas algo chabacanas no son admitidas generalmente en sociedad, como son por ejemplo los pobres mangos, tan desconocidos y poco tomados en consideración. Sin reparos de categorías sociales, a todas les hice por igual y en cuanto me fue

posible, una amable acogida, como era de rigor después de tanto tiempo de no habernos encontrado.

Luego de esta interesante excursión tropical, volvimos a bordo y continuó la travesía.

De entonces acá hemos tenido varias fiestas dignas de mención. Una de ellas fue en celebración de haber pasado el meridiano 180°; hubo baile y brindis, entre los que se destacó uno de Marc, que fue muy aplaudido. Hemos tenido también varios conciertos, y una magnífica conferencia dada por un señor belga, noble orador de Bruselas, la cual versó sobre la literatura moderna francesa.

Pero el *clou* de la travesía, en *non plus ultra* de la diversión, fue un baile de disfraces que para mí será de inolvidable memoria. Nosotros sólo tomamos parte como espectadores junto con nuestros amigos Goldman, dos matrimonios belgas, dos suecos, tres señores rusos y algunos más. Todos los demás pasajeros, americanos en su mayoría, formaban la parte activa de la fiesta. Yo no cesaba de preguntarme, llena de estupor, cómo era posible que el espíritu de previsión llegara entre ciertas razas hasta el punto de viajar con un disfraz en el baúl del camarote. En mi candidez no sospechaba todo lo atrevido e inesperado de la imaginación americana.

Vino la noche, y se dio principio a la fiesta. Comenzó el desfile. Las personas se hacían anunciar y entraban en el recinto una a una, con gran prosopeya y espectáculo, como es de rigor en dichos bailes... Las sorpresas se sucedían en progresión creciente y cada disfraz era recibido por nosotros con los más ruidosos aplausos y prolongadas risas. Parece que el programa hubiera sido: aligerarse de ropa lo más posible, y sacar a colación el mayor número de indumentaria interior. Una, estaba en pijama con pantuflas y gorro de dormir; otra había utilizado un monísimo traje de baño para disfrazarse de muchacho; varias vestían de hombre; otras estaban de *babys*, con zapatos y mediecitas cortas, talle largo, banda y falda, muy por encima de la rodilla. Todas entraban con gran soltura y se ponían a bailar con una naturalidad pasmosa. Pero el número uno de la sorpresa, lo que produjo un ¡¡Oh!! general, y una carcajada interminable, fue un personaje del sexo masculino, el cual se llevó el premio de los *shoking* disfrazándose de salvaje. Para ello decidió ponerse la menor ropa posible, es decir, un minúsculo pantalón de baño y un fleco de cuentas que de la cintura le caía hasta las rodillas; los pies descalzos, una peluca desgreñada y todo el cuerpo hecho un laberinto de arabescos imitando tatuajes. Estaba horrible. Yo me reía, me reía con mis demás compañeros espectadores como en mi vida lo había hecho. Cada movimiento, cada actitud del salvaje era un nuevo tema para desarrollar nosotros todo aquel caudal inagotable de hilaridad.

El baile duró hasta avanzadas horas de la madrugada, y yo me retiré satisfecha, pensando que pocas veces en la vida volvería a presenciar fiesta tan curiosa y original.



Pasado mañana probablemente llegaremos Yokohama, luego de 25 días de viaje. Preparan a bordo fiesta de despedida. Mientras tanto, esperando la llegada, disfrutamos de una temperatura agradable, y en las noches, la más romántica de las lunas nos detiene horas enteras sobre cubierta, donde se fuma, se juega y cada uno va contando anécdotas de su vida o historias de la guerra, en pintoresca variedad de idiomas.

### *Yokohama (Japón) Mayo de 1919*

Hace ya dos días que dando un último adiós al “Venezuela” y a nuestros compañeros de travesía pusimos pie en el Japón.

Estamos alojados en el “Grand Hotel” de Yokohama, el cual por su confort, limpieza y demás requisitos, no se le queda atrás a los mejores de Nueva York. En él pagamos el precio algo subido de 30 dólares diarios, circunstancia esta que demuestra de un modo algo elocuente cómo los japoneses no se dejan quitar la delantera en lo de vivir por las nubes y cómo hasta la fecha baten ellos el record de las alturas.

Me desquito de sus abusos económicos, saboreando en cambio a manos llenas todo lo pintoresco de sus ciudades y costumbres. Desde mi hotel domino el paisaje: a lo lejos el mar entrándose en la bahía; más cerca, un pintoresco jardín de flores que rodea el hotel, y luego, del lado allá del jardín, miro cómo se van extendiendo en hilera las lindas casitas de Yokohama.

Porque es esta encantadora ciudad, pequeñita y graciosa como una ciudad de muñecas. Todo está admirablemente proporcionado: desde la japonesita que con su kimono ajustado y su sombrilla abierta pasa en un ágil corretear de pájaro, haciendo sonar sus pantuflas de madera, hasta las callecitas regulares y limpias, pobladas de pinos, mandarinas y naranjos, tan altos como mi cabeza. Por el centro del arroyo corre el *rishka*,\* arrastrado por un hombre, y en él pasa, con su sombrilla eternamente abierta, la japonesita distinguida que no quiere confundirse con el público de a pie. Y hay en todo ello tal armonía de conjunto, tanta gracia de actitudes, que al considerar un momento aquel ir y venir de figuritas, cree uno moverse dentro de un minúsculo paisaje de abanico.

Cosa rara; en nuestros medios se ven los japoneses entecos y ridículos con sus pasitos cortos y sus movimientos de ratón; aquí es lo contrario, somos nosotros quienes aparecemos ahora pesados, lentos, de movimientos poco graciosos. Tan cierto es que en esta vida todo es relativo y todo depende del punto de comparación.

Los hombres japoneses me han llamado mucho la atención por varias cosas. Una de ellas es su absoluta inmodestia. Se diría que han resuelto entrar en franca competencia sobre el particular con la mujer occidental; y en

\**Rishka* o *Jirinrishka*, cochecito de una sola persona, que en lugar de caballo arrastra un hombre.

ese caso, es a todas luces indiscutible que nos llevan la ventaja. Porque, es cierto que nosotras usamos la falda algo corta y el descote un poco largo; pero ellos... ¡Dios mío! ellos hacen mil veces peor.

La indumentaria de un japonés se reduce casi a una fórmula. Usan tan sólo un kimono, el cual debe parecerles todavía algo caluroso e incómodo porque lo dejan abierto de arriba abajo, que a su antojo ondule como una bandera a los cuatro vientos. Además del kimono, sólo existe un pequeño pantalón o pañuelo de seda, pero tan pequeño, tan breve y reducido como son los pantaloncitos de nuestros modernos *babys*. Y esto en cuanto a las clases más elevadas, porque el pueblo, considerando el kimono un lujo excesivo, propio tan sólo de *dandys*, decide suprimirlo por completo y quedarse en pantalones.

Otra cosa me intriga de los japoneses, y es su eterna sonrisa de desdén, donde viene a resumirse toda su psicología extraña. Los japoneses nos admiran y nos odian a nosotros la raza blanca, y saben contener su odio y superarnos las más de las veces. Es la raza más heroica que existe por lo paciente y por lo sufrida. Después de trabajar y observar durante años y años el progreso europeo, mostraron al mundo en la guerra contra Rusia todo su poder y toda la grandeza de su civilización hecha a fuerza de detalles. No quisieron sin embargo, admitirlos en el Consejo de las Naciones, y los humillan de continuo, rechazando su inmigración de casi todos los puertos civilizados. Ellos continúan no obstante, sonrientes y estoicos, esperando.

Según he oído decir, la resistencia del samuray, soldado japonés, se dio a conocer en todo su heroísmo durante la guerra con Rusia. El hambre, el frío, el cansancio, los sufrimientos más horribles, los dejaban impasibles y serenos.

El espíritu de paciencia y observación de este pueblo está encerrado en el *Jiu-jitsu*, lucha japonesa, con la cual pueden vencerse los más grandes y poderosos campeones del boxeo. Es un estudio tan minucioso del cuerpo humano, que con sólo la fuerza de dos dedos, un luchador de *jiu-jitsu* puede dejar muerto instantáneamente a su adversario.

Tienen los japoneses gran control sobre ellos mismos, y consideran humillante dejar traslucir sus pasiones o sentimientos. Si una madre está llorando desesperada por la muerte de un hijo, cesará inmediatamente de hacerlo al entrar un extraño; si es éste por añadidura extranjero debe entonces sonreír demostrando así que no le arredra la muerte.

Los matrimonios en el Japón no se hacen nunca por elección de contrayentes, no. Como en los felices tiempos de nuestra Edad Media, este pequeño detalle se deja al cuidado de los padres, y los niños se comprometen de 5 a 7 años, a pesar de lo cual, la mujer japonesa es la más fiel y honrada de cuantas existen. Como sus compañeros de otras razas, bien pueden a su antojo los hombres, divertirse impunemente entre *geishas* y artistas de todos los géneros; sus mujeres no tomarán jamás la revancha por considerarlo innoble y antiestético. Y así, es muy frecuente en el Japón el caso de dos enamora-

dos que al verse distanciados por un matrimonio o compromiso infranqueable, deciden ambos suicidarse para reunirse allá en la otra vida, en los jardines de Buda.

A la más acrisolada virtud, unen las japonesas la más exquisita delicadeza, el más refinado amor a la estética, y una abnegación resignada y constante. Por lo cual, es un cuadro vivo y continuo de la tierra japonesa, el drama de la dulce Butterfly, abandonada y triste, esperando eternamente la llegada del infiel que en tiempos pasados marchó a lo lejos, y no volverá ya nunca. . .

*Yokohama, Junio de 1919*

Ayer, regresamos de nuestra visita a Tokio, capital y corte del Imperio Nipón, la cual muy alegremente realizamos en autos. Dejan los caminos mucho que desear en esta tierra, por lo cual llegamos rendidos de cansancio y asfixiados de calor, después de las consabidas *pannes*.

Es Tokio la antigua y legendaria Ye Yedo, que supo crecerse en importancia hasta conquistar no sé cuál de los Shoguns quien, al enamorarse perdidamente de ella, la erigió en reina y señora del Imperio. Se extiende a orillas del Sumida, el Río Sagrado partido mil y mil veces por históricos puentes que desde tiempo inmemorial se miran coquetamente en sus clarísimas aguas.

Tokio, como Yokohama, me interesó muchísimo. Visitamos el palacio imperial y el palacio del Mikado; conocimos el más grande Buda del Japón a los pies del cual hicimos fotografías, y luego entramos en los restaurantes y tiendas de la ciudad. Son estas últimas, tan bien tenidas, y se cuida tan estrictamente de la limpieza, que nadie puede entrar en ellas, sin antes ponerse sandalias de madera sobre los zapatos a fin de no ensuciar las alfombras que las cubren. Los restaurantes o *tea houses*, como dicen los americanos, son también muy curiosos. No existen en ellos asientos ni mesas de ninguna clase; sólo se ven cojines, colocados en el suelo con gran simetría, sobre los cuales se sientan los comensales a esperar el té. Lo preceden mesitas tan minúsculas que sólo levantan una cuarta del suelo, y sobre ellas se dispone la comida o refrigerio.

En Tokio, como en Yokohama, la civilización occidental, intrusa y soberbia, se ha metido por todas partes. Se apropió barrios enteros; tendió hilos y plantó postes en la calle, levantó las casas de varios metros; y hasta se atrevió a morder en un costado al histórico palacio del Imperio. Los tranvías eléctricos se han cogido para ellos toda la calle, y los automóviles acorralan a los pobres *rishkas* que asustados y tímidos les van cediendo el puesto.

Ante tanta insolencia dan ganas de detenerse, de subirse muy en alto, y con los brazos extendidos como los *policemen* neoyorkinos hacer señas de que todo movimiento cese para gritar a los de abajo:

—“¡Atrás los automóviles! ¡Fuera los tranvías eléctricos! ¡Abajo los inva-

sores! ¡Que circulen los *rishkas*, que pasen los de a pie, que corran las diminutas sombrillas, sin temor de ser ahogadas, y alto, alto, a quien vuelva a turbar el buen orden y concierto de las tres veces capital del Imperio!!”.

En nuestra visita a Tokio nos acompañó una muchacha rusa que se ha agregado a nuestra expedición e irá con nosotros hasta Harbin. Es de tan interesante especie que no puedo dejarla pasar en silencio sin hacer mención de ella: Pertenece a la juventud feminista de Rusia. Viaja sola. Siendo muy joven y de aspecto muy femenino es una conferencista notabilísima. Tiene gran erudición y un conocimiento muy sólido de la política rusa y en general de todos los asuntos europeos y esto todo, aderezado naturalmente con una cantidad de idiomas increíble como es de rigor entre los rusos.

La conocí en el hotel y ahora nos acompaña, nos distrae y nos sirve de *cicerone*, porque todo lo sabe.

Es una de las muchas amistades agradables que tengo hechas en lo que llevamos de viaje. Porque es inmensa la disposición que tengo yo para hacer amigos a diestra y siniestra cuando voy viajando. Estos amigos de ocasión son muy útiles y muy amables, y tienen además la ventaja de no tomar demasiada confianza, ni mezclarse nunca en lo que no les importa, circunstancia esta muy frecuente entre los amigos de otra especie. Marc, a quien desesperan estas teorías, con sus aires de aristócrata ruso, no consiente en hacer amistad sino con aquellas personas que les son presentadas con todos los requisitos del caso. Yo, en cambio, detesto las presentaciones; encuentro que es una manera muy brusca de “romper el hielo” y de acabar con todo el encanto de lo imprevisto.

Si por ejemplo se va Marc a sus quehaceres, y yo cansada de visitar calles he decidido quedarme en el hotel, empiezo a aburrirme como deben aburrirse las ostras dentro de su concha. Si estoy en el salón y hay en él personas de aspecto simpático: ¿por qué no distraerme hablando con ellas para saber de dónde vienen, a dónde van, y demás cosas por el estilo? ¡Nada más inocente! Los procedimientos usados para entrar en materia son algo variados. Algunas veces dejo caer un libro o revista que vienen a recoger y yo recibo con la más encantadora de mis sonrisas. Otras veces, paseando de arriba abajo digo en el idioma *ad hoc* y en monólogo conmigo misma:

—¡¡Qué insoportable calor!!

Lo cual es tema para una contestación, o para venir gentilmente a ofrecer un abanico.

Cuando entra Marc, me encuentro departiendo con mis nuevos amigos que suelen ser personas de mucha consideración. Yo entonces hago las presentaciones:

—La generala y el general X, condecorado con las cruces de C. y B. Ha hecho la campaña de Oriente y nos llevará a visitar, si tú lo deseas, unas fortificaciones a las cuales no tienen libre acceso los extranjeros.

O bien:

—Madame de E., pintora premiada en varias exposiciones; viaja en busca de emociones artísticas y desea hacer mi retrato al pastel, si tú lo permites.

Marc, naturalmente, se encanta con mi retrato, y se interesa mil veces más que yo en la visita a las fortificaciones, cosas todas a las cuales no habría llegado nunca con su sistema de protocolo.

Así hice amistad con nuestra nueva amiga la conferencista, quien de continuo discute política y bolcheviquismo con Marc. En cuanto a mí, comienzo a iniciarme en las intrincadas dificultades de su complicadísimo idioma. He empezado naturalmente por el principio: paso las horas muertas ante el alfabeto ruso; y me doy a compadecer a los pobres niños, quienes no bien salen de la cuna, cuando entran de lleno en esta inmensa dificultad de conocer las letras. Para mayor contratiempo, viene el alfabeto ruso recargado con muchas letras más, las cuales como es natural no corresponden con ninguna de las nuestras. La gramática rusa, por otro lado, no consiente de ningún modo en andarle a la zaga a la gramática latina, y ha impuesto también ella el intrincado sistema de declinaciones, el cual, para *summum* de complicación, no consta de cinco sino de siete casos.

Cuando considero todo esto conjunto de dificultades tengo momentos de verdadero desaliento y entonces no dudo en confesar, escandalícese el que quiera, que a los siete casos rusos prefiero un millón de veces los siete pecados capitales o las siete Plagas de Egipto.

### *Shangay (China). Julio de 1919*

A mediados de junio, luego de decir adiós a los Goldman y algunos otros de nuestros compañeros de viaje, salimos de Yokohama tomando el *pullman* japonés, que en menos de 20 horas nos condujo a Kioto, la ciudad más encantadora que darse puede, el más delicioso de los legendarios rincones del Oriente; el *home place* del Japón como la llaman los americanos.

No hicimos esta vez el viaje en compartimiento privado, por lo cual pude durante el trayecto, observar muy de cerca a las aristocráticas japonesitas que hacían nuestro mismo viaje, y a las que de continuo subían y bajaban al tren, trasladándose de una a otra de sus monísimas ciudades.

Lo primero que advertimos al entrar en el vagón, fue un fortísimo olor a perfume, mezclado con brillantina y polvos de arroz; porque la más chic, la más bonita de las japonesas, es la de pelo más brillante, y la que con más frecuencia saca de su bolsillo la polvera para ponerse sobre las mejillas una nueva capa de perfumados polvos. No cesaba yo de espiar sus movimientos, aquellos complicadísimos peinados, aquel abanicarse continuo, aquellos ojitos casi cerrados que se fijaban con cariñosa admiración sobre nuestras personas. Cuando llegábamos al restaurante, manifestaban ellas el más terrible pánico al sol; se cubrían, se escondían, o se levantaban a cada dos por tres, a cerrar completamente las entornadas persianas. (Ni más ni menos

todos nuestros tics, y todo lo que era inveterada costumbre nuestra allá en las asoleadas casas de Caracas). Esta coincidencia de gusto me unió extraordinariamente con mis simpáticas compañeras de viaje, y no cesaba de manifestarles con una amable sonrisa, lo sabías que encontraba yo cuantas medidas se tomasen contra huésped tan caluroso como indiscreto. Cuando volvían al tren, tomaban entonces las posiciones más inverosímiles y graciosas; desdeñaban la comida de las estaciones, y al dar las doce, hora de su almuerzo, sacando unas cajitas de madera muy limpias, donde había un arroz muy blanco, armadas de los correspondientes palillos, palillos que hacían las veces de cubiertos, daban comienzo a la comida sin dejar caer al suelo el más pequeño granito. En todas las estaciones había ocho o diez grandes palan-ganas, y eran entonces los hombres quienes de continuo bajaban a lavarse cara y manos. Acompañada por tan interesantes personajes, minutos se me hicieron las veinte horas del trayecto; y fue con verdadero disgusto y muy a pesar mío, que hubimos de abandonar el tren, el cual, muy resueltamente se detuvo en Kioto, la estación final.

Es Kioto un refinamiento de Yokohama y Tokio. Su nombre significa “la capital” o “la ciudad de la paz”; porque fue en siglos ya muy lejanos, asiento de los Shoguns y capital del Imperio. La cruzan por todas partes riachuelos juguetones, pero de unas aguas tan puras, tan transparentes y cristalinas, que en ellas se reflejan con limpidez de espejo, los árboles que crecen a sus bordes, los puentes que las cruzan, y aquellas lindas casitas que parecen trepar por todas partes como rebaño de ovejas y que son pulidas y blanquísimas como objetos de cerámica. En Kioto, las flores se derraman por todos lados; los preciosos parques de arbolitos enanos con kioskos pintorescos parece que crecieron y se formaron allí para idilio de muñecas; y entre ellos, alegre y juguetona, corre siempre el agua, regando los jardines de crisantemos y parpadeando de blancura entre el verde de aquellas sabanas de musgo, que como esmeraldas muy grandes, van cortando, cortando, la monotonía de los tejados y haciendo de la ciudad, un lindo país de cuento.

Cruzan el paisaje las japonesitas con sus sombrillas abiertas y el sugestivo tic-tac de sus pantuflas, asomando a veces por encima de sus hombros la sonriente carita del niño que llevan guardado sobre la espalda. Van unas de visita, van otras de paseo, van muchas, a las famosas y antiguas fábricas de Kioto, a tejer sedas; a pintar jarrones; a pulir marfiles; a construir con sus diminutas manecitas de largos y afilados dedos, todas las maravillas que adornarán un día salones y vitrinas allá en el orgulloso Occidente. . .

Kioto es La Meca del Japón, la ciudad mística y creyente, el relicario que guarda todos los sagrados recuerdos en sus mil templos antiguos. De ellos sólo pudimos visitar dos, luego de descalzarnos muy piadosamente, requisito necesario y *sine qua non* para penetrar en los dominios de Buda.

Al cabo de unos días, tuvimos que despedirnos de nuestra amable y lindísima Kioto, no sin gran tristeza, como lo habíamos hecho antes con la no

menos amable Yokohama. De nuevo tomamos el tren, y de Kioto nos fuimos a Kobe.

Es éste uno de los más importantes puertos del Japón; pero a mi manera de ver, ciudad poco interesante, y de escaso carácter japonés. Permanecimos allí diez días y pude ver de cerca la vida del puerto.

Son los habitantes de este puerto horriblemente desaseados; porque según veo, los amarillos no saben ser sucios sin serlo de veras y hasta un grado inverosímil. Tal vez obedece esta circunstancia al mal olor natural propio de la raza.

No obstante la poca amistad de los habitantes de Kobe con el agua y el jabón, los días transcurridos en él, fueron agradabilísimos para mí. Había frecuentes bailes en el hotel, y realizamos varias excursiones interesantes. Celebramos entre otras, una comida o fiesta de carácter absolutamente japonés, la cual tuvo lugar en una *tea-house* muy distinguida, sitio predilecto de la Emperatriz y la corte cuando se hospedan en Kobe.

Y fue ello, que luego de encargar una nutrida orquesta sin olvidar el consabido cuerpo de baile, nos vestimos todas nuestras floreadas kimonas de seda, con largas bandas y anchísimas mangas. Adornamos las señoras nuestras más o menos ondulantes caballeras con vistosos crisantemos, y allá nos fuimos todos luego de calzarnos las indispensables pantuflas de madera que conducidas por nuestros pies hacían un ruido ensordecedor. Ibamos todos muy serios y muy metidos dentro de las circunstancias. Entramos en el imperial salón seguidos de aquel especie de prolongado trueno que surgía de nuestros pies, y luego de saludar a algunos de nuestros invitados japoneses que ya se encontraban en él, comenzamos a solazarnos con todas las bellezas que adornaban aquel recinto, tan escaso de muebles como habitación desalquilada; todas sus maravillas estaban resumidas en los riquísimos tapices y alfombras que decoraban paredes y pisos. Nos sentamos al cabo sobre el suelo, del cual, apenas nos separaba el espesor de unos lujosos y mullidos cojines; y en aquella posición, que a pesar de lo distinguida y *comme il faut*, no dejaba de tener cierto parecido con la que suelen tomar las ranas, seguimos contemplando a distancia tantas maravillas, sin hacer aspavientos ni cruzar impresiones, como es de absoluto rigor entre personas bien educadas. No se hicieron esperar gran cosa los otros invitados y comenzó la fiesta. Por todos lados aparecieron camareras provistas de las minúsculas mesitas que fueron esparciendo ante cada comensal, y se dio principio a la comida mientras lloraba una música quejumbrosa y ligadísima, y las *geishas* o bailarinas con movimientos muy lentos iban poco a poco desarrollando su baile. Empezamos nosotros entonces a hacer juegos malabares con los clásicos palillos, y pronto me convencí yo que aquello iba tomando el mismo sesgo del suplicio de Tántalo, porque el *menú* no estaba desprovisto de interés, y decididamente no había esperanzas de llegar hasta él, provistos de armas tan insignificantes como inútiles. Me resigné a manifestar gran desdén por cosa tan trivial y baladí como es la de alimentarse, mientras que allá en mi yo

*interno*, echaba muy de menos los tiempos felices, de infantil inconsciencia, en que se coge la comida con la mano. Terminamos el banquete bebiendo el té verde y saboreando el aristocrático *sake*, que hace las veces de nuestro *champagne* y se bebe tan caliente que lengua, garganta y estómago quedan maltrechos de tan ardiente bebida.

Brindamos luego por parejas a la moda japonesa, la cual consiste en un procedimiento tan desagradable como sencillo: bebe una de las dos personas en la copa y bebe luego la otra tomándose el residuo de la primera; si queda licor en la copa, pasa ésta a manos de la segunda pareja que hace lo mismo y así sucesivamente. Para evitarme complicaciones tuve la precaución de beber siempre en primer término; y con brindis tan original se dio por terminada la fiesta.

También en Kobe tuve ocasión de asistir a una representación teatral. La monotonía de la música, la incomodidad de la postura siempre en el suelo; el poco interés del argumento, que para nosotros casi no existía, puesto que nada comprendíamos, no nos divirtió gran cosa. No pude menos que recordar aquella representación de "La Túnica Amarilla" por los Guerrero-Mendoza, tan admirablemente encajada en su carácter chino y la cual suscitó numerosas discusiones entre los *dilettantes* caraqueños.

En fin, después de permanecer diez días en Kobe, dijimos un último adiós al Imperio y a bordo de un vapor japonés, nos embarcamos rumbo al continente luego de hacer escala en Chimanaki, Nagasaki y Mogy.

Atravesamos para ello el Canal de Bungo, que es el mar de los japoneses, porque entrándose en su tierra corta y divide el Imperio en las tres grandes islas de Kiuschu, Shikoku y Hondo, y en mil otras islitas de todas formas y tamaños. La travesía de *Bungo Canal* nos proporcionó pues, la ocasión de admirar uno de los más hermosos paisajes marinos del mundo. Aquel millar de islitas y rocas se reúnen y se agrupan formando centenares de archipiélagos, y son las aguas tan transparentes y tienen un color azul tan extraño, que al cruzarlas, cree uno navegar en un mar de leyendas, sobre un palacio de cristal azul en que habitan las hadas, y las ondinas y las ninfas mitológicas.

Al tocar en Chimanasaqui se rompió todo el encanto de aquel viaje de ensueño. Bajamos a lunchar. Es aquella, una isla de pescadores, pero tan sucios, tan miserables y harapientos que el aire parece envenenado por los malos olores. Tan terribles eran las ráfagas mal olientes que hasta nosotros llegaban, que hubimos de usar todo el tiempo nuestros pañuelos a guisa de máscara contra gases asfixiantes.

Con gran placer y bienestar volvimos al vapor, y continuó la travesía. El mar iba ahora cambiando, cambiando, hasta que al fin, el azul turquesa se fue perdiendo lejos, allá en el horizonte, y entramos en una agua tranquila de color cenagoso, como río enturbiado y crecido: era el Mar Amarillo. Navegamos en aquella inmensa charca con dirección al Oeste hasta poner pie en el continente asiático, desembarcando en el puerto chino de Shangay luego de haber tocado en Nagasaki y Mogi.



Es Shangai una ciudad absolutamente europea, donde predominan los ingleses y franceses a pesar de ser importante el elemento americano. El barrio inglés especialmente, es tan bueno con sus anchas avenidas y magníficas casas, como puede serlo el mejor de Nueva York. No hay aquí sabor local, ni se oyen lenguas incomprensibles; todo está al alcance de mi inteligencia, y tengo cierta satisfacción al encontrarme de nuevo entre mis semejantes, aunque sólo sea de paso y por cortísimos días.

*Harbin (Manchuria). Setiembre de 1919*

Al fin hemos llegado a Harbin, punto y término final de nuestro viaje.

Fue con gran bienestar que sacudiendo de mis sandalias el polvo del camino, volví a la vida de hogar, dulce y apacible. . . ¡Tenía el espíritu tan cansado de errar por mares y tierras extrañas, en un andar incesante de peregrinos!

Desde Shangai hemos corrido tanto, tanto, que guardo confusas en la memoria la imagen y las emociones suscitadas por ciudades, y pueblos, y paisajes, todos diversos, todos ya olvidados y lejanos! . . .

Desde Shangai, ciudad china, donde tuve el placer de permanecer algunos días entre ingleses y franceses; asistiendo a comidas y representaciones teatrales; oyendo devotamente la misa del domingo seguida de un sermón pronunciado en la teológica lengua de Bossuet; de Shangai, volvimos de nuevo a bordo y de nuevo nos internamos en el charco rojizo y cenagoso, llamado Mar Amarillo, siguiendo esta vez la dirección noreste hasta llegar a la península de Liao-Tung en el golfo de Corea.

Desembarcamos en dicha península y nos dirigimos a Dairen, ciudad histórica por haber desempeñado gran papel durante la guerra ruso-japonesa. Ya en camino para Dairen decidimos visita antes a Chang-sing-tao o Tsingtao, por abreviación, ciudad no menos célebre que la primera, llena de un interés más vivo y palpitante por tratarse esta vez de asuntos de mayor actualidad.

Era Tsingtao antes de 1914 una floreciente ciudad alemana, limpia y sonriente, poblada de quintas que se extendían a uno y otro lado de largas y hermosísimas avenidas. Vivían felices y patriarcales los habitantes de Tsingtao hasta que estalló la guerra en la lejana y belicosa Europa y los japoneses pusieron sitio a la ciudad conocida y célebre por sus fortificaciones. Cayeron éstas al cabo, luego de tenaz resistencia y abandonadas ahora por los japoneses, quienes se contentan con sacar de ellas un buen rédito, van a visitarlas en constante romería viajeros y turistas.

Allá nos fuimos nosotros, muy curiosos por ver de cerca uno de los lugares que fue teatro de luchas y sufrimientos durante los años sangrientos de la guerra. Puedo decir que pasé en ellas uno de los momentos de mi vida de más aguda y dolorosa emoción, tan viva se apareció ante mis ojos la imagen horrible de la muerte.

Como decía, dichas fortificaciones están abandonadas y a oscuras, porque

siendo subterráneas y no funcionando los aparatos eléctricos, no llega hasta ellas la luz del día. Como en los tiempos de los primeros cristianos, íbamos pues, uno tras otro por los largos y estrechos corredores, siguiendo la lámpara de aceite de nuestro guía, cuya luz incierta, al menor movimiento de su brazo, cesaba de alumbrarnos, dejándonos en las más profundas tinieblas. Despedían tal humedad las paredes que el agua en algunos lugares nos llegaba a los tobillos. A una y otra parte, veíanse las indicaciones que en otro tiempo sirvieron para orientarse en aquel dédalo de corredores; decían en alemán y en grandes letras rojas: *Hospital, Sala de vendajes, Sala de operaciones* y luego, por todas partes, arriba, abajo, sembrada la pared, como epitafios en un cementerio; eran desesperadas inscripciones de despedida, gritos de dolor ante la muerte que se acercaba. Marc, provisto de un fósforo iba traduciendo del alemán y yo le oía con el alma oprimida de angustia. Una de las inscripciones que pude a toda prisa copiar en mi carnet decía así:

“Al que leyere: Hemos sido sorprendidos por traición. Somos apenas 300 alemanes en lucha desesperada contra 200.000 japoneses. Moriremos con valor y sin rendirnos. Viva nuestro honor; viva la Patria”.

Había allí la inmensa desolación de los recintos donde la muerte ha revoloteado angustiosa y terrible. Parecíanos revivir todo el drama sombrío de las catacumbas. Eran las mismas tinieblas, las mismas inscripciones de muerte, la misma tragedia subterránea, el mismo afán de dominar el mundo desde las entrañas de la tierra, la misma sangre, el mismo sacrificio de miles y miles de inocentes...

Cuando salimos de allí volviendo a la luz del día, el sol ardiente y generoso caldeaba la tierra; yo, con el alma oprimida aún por el dolor, no cesaba de pensar: ¿Por qué destruirse así? ¿Por qué odiarse tanto, cuando la vida es tan linda, y la naturaleza nos enseña a todos el amor y la alegría?

De Tsingtao fuimos a Dairen, y una vez allí distando sólo cuatro horas de Puerto Arturo, nos llegamos a conocer la histórica ciudad donde se asestó el primer golpe al entonces invencible Imperio Moscovita. Marc, y demás rusos, contemplaron con curiosidad y con religiosa tristeza, todos los trofeos que en recuerdo de su victoria conservan allí los japoneses.

Volvimos a Dairen y en Dairen tomamos el tren japonés que luego de largo viaje nos condujo al fin a Harbin. Durante el trayecto visitamos aldeas y ciudades absolutamente chinas donde resultábamos nosotros elementos del todo exóticos. Las vimos grandes y pobladísimas, donde pululaban a millares aquellas cabezas uniformes, de un parecido desesperante. Las vimos silenciosas y dormidas; todas iguales y monótonas, todas eternamente chinas.

A veces tuve ocasión de divertirme contemplando espectáculos de la vida chinesca, algunos de los cuales me resultaron interesantes y risibles. Mucho me llamó la atención entre otras cosas, la costumbre que tienen los peluqueros chinos de ejercer su oficio en las plazas públicas y al aire libre. Porque es preciso saber que un chino distinguido y bien educado, se hace peinar cada tres o cuatro días por su peluquero; la clase media se peina cada ocho

o quince, mientras que el pueblo, menos cuidadoso de su cabellera, lo hace todos los meses. Más de una vez me extasié yo, por consiguiente, como chiquillo de la calle, mirando la paciencia con que aquellos horribles personajes se hacían tejer una trenza larga y apretadísima, circunstancia que es de rigor en un chino elegante y de buen gusto.

Al fin, luego de tanto correr y tanto andar, hemos llegado a Harbin, donde permaneceremos mientras Marc termina sus trabajos de instalación y fundación del Banco. Es ésta una ciudad formada casi toda por elementos rusos. La vida en ella es escandalosamente cara. Con gran trabajo hemos encontrado una quinta muy mona y pequeñita, rodeada de árboles y flores. En ella hemos colgado nuestro nido, mientras llega la hora de emprender de nuevo el regreso hacia el Occidente familiar y lejano. ¿Para llegar a él volveremos a desandar lo andado? ¿Atravesaremos la Siberia y las desoladas estepas de Rusia hasta llegar a Petrogrado? ¿O navegando por el mar de la China y el Océano Indico remontaremos el Mar Rojo hasta desembocar por el canal de Suez en el Mediterráneo? Nada sabemos aún y todo depende del rumbo que tome el "caos ruso".

Nuestra vida social es alegre y animada. La revolución ha arrojado hacia estos lados un inmenso contingente de rusos que vienen a esperar pacientemente el final de la borrasca. Son muchos de ellos grandes señores que tuvieron tierras y siervos y grandes riquezas. Todos son fastuosos, y todos gastan y se divierten sin que la revolución les haya hecho mella. Ellos han encarecido la vida de esta ciudad en otro tiempo apacible y tranquila, y tras ellos se han venido músicos y bailarines y artistas de todo género. Los teatros y cabarets se abren a las dos de la madrugada y en ellos he asistido a espectáculos y conciertos de un arte tan refinado y exquisito, como hasta la fecha no había oído ni visto.

Mi vida de *ménage* no puede ser menos complicada y poco laboriosa. Gracias al inmenso abismo que por cuestión de idiomas me separa de mis feísimos cuanto ladronísimos sirvientes, no tengo con ellos el menor contacto. Siguiendo la costumbre del país, mis fámulos pertenecen todos al sexo masculino y los designo con números en lugar de nombre. Hay uno, el principal entre ellos, que hace el papel de *maitre d'hotel* o mejor dicho de Ministro de Hacienda, dadas las facultades omnímodas de que suele estar investido. Dicho personaje, designado con el título de *Boy N° 1*, acostumbra saber inglés o francés y es en la casa Señor de Horca y Cuchilla. Vienen luego ascendiendo en número y descendiendo en categoría simultánea y sucesivamente: *Boy N° 2* o sirviente de mesa, *Boy N° 3* o cocinero y *Boy N° 4* o *culí*, el cual hace el humildísimo papel de fregona. *Boy N° 1* se encarga absolutamente de todo; no hay sino proveerlo de fondos y nada más. El hace por su cuenta toda clase de combinaciones matemáticas con los otros tres números: los regaña, los cambia, los despide, toma otros nuevos, dispone el menú, despacha el cocinero, y en sus días de humor negro, llega hasta a pegarle al *culí* sin que tenga yo que intervenir ni mezclarme absolutamente en nada. Esta

vida, lejos de toda prosa, sería deliciosa y encantadora, si no fuera porque a los cuatro días de haber entregado al Ministro de Hacienda *Boy N° 1* la suma necesaria para vivir feliz y tranquila durante un mes, se presenta dicho señor Ministro a interrumpir mis aristocráticos ocios para decirme con una cara alegre y sonriente como unas pascuas que ya se ha acabado todo el dinero dispuesto para el mes. Luego con un profundo suspiro lleno de conmiseración, exclama:

—¡La vida está tan cara!

He sido presentada a muchos amigos de Marc que vivieron en Moscú, Petrogrado y Vilna. Todos hablan de él en los términos más halagüeños; todos se asombran de verle trabajar por cuenta de un banco extraño, cuando ellos, los Bunimovitch tienen sus grandes bancos en Petrogrado y Vilna.

Y es que Marc no espera como ellos a que pase la borrasca cruzado de brazos, no, él pertenece a la Rusia enérgica y viril, que sabrá al cabo salir a flote de tantos descalabros.

Algunas veces hablando con los rusos, comienzan ellos a describir la hecatombe de su tierra; y es una caravana de dolores y de muertes la que va surgiendo en sus relatos; la descripción del horrible martirio de Rusia, aislada por su posición geográfica, acorralada por sus contrarios, sin municiones con qué defenderse, minada por la revolución, calumniada de inteligencia con el enemigo y por fin abandonada y sola en medio de una de las revoluciones más horribles de la historia.

Marc oye todo en silencio, mientras yo voy leyendo en sus ojos el dolor que durante meses y meses le tortura. El dolor inmenso de sentirse errante con la patria ensangrentada, el hogar destruido y dispersos a los cuatro vientos cuantos lo formaban, sin saber a punto fijo ni su paradero, ni la suerte que el destino les prepara.

Al verle tan preocupado quiero distraerle de su tristeza y poner algo de optimismo en sus ideas; entonces con tono teatral y profético, y en un lenguaje incipiente, lleno de tropezones, exclamo, haciéndome la rusa:

—¡Pasarán los días de prueba y de desolación, volverá a alzarse el sol en el horizonte y seremos de nuevo el inmenso todopoderoso e invencible Imperio moscovita!!

DIARIO DE BELLEVUE - FUENFRIA - MADRID  
1931 - 1936

(Fragmento)

Junio 6 (31)

Me encuentro, lo quiero creer para que me sirva de esperanza, en un período de crisis moral. Siento en mí una inmensa miseria de iniciativa, de deseos, sólo tengo ojos para mirar esa pobreza que me paraliza. ¿De dónde puede venir el remedio? ¿De dentro? ¿De fuera? Adentro no hay más que el espectáculo deprimente y siempre alrededor de él, ahogándolo el no saber qué quiero, qué quisiera querer. Es la ruina por falta de nervio, de fe. ¿Si buscara la reacción de afuera? Sólo una amistad de las que tan rara vez se encuentran en la vida, amistad, no amor, podría dárme la por contagio de entusiasmo de generosidad. Me parece vivir desde hace algún tiempo en un clima espiritual que no es el de mi espíritu. No llevo en mí la suficiente fuerza de concentración para hacerme mi clima dentro de otro opuesto y me siento decaer sin elementos ningunos para aislarme y defenderme. Tal vez un viaje. ¿Este deseo continuo de viaje, de "salir", no será la señal de mi inutilidad en el mundo como ser colaborador de la vida por haber equivocado mi vocación, cualquier "estado" definido y humilde, que evité siempre por egoísmo: temor de perder libertad y adquirir responsabilidad y trabajo? El trabajo físico, gimnasia de la energía, habría sido mi salvación, me habría salvado de la abulia que confunden con la bondad. Yo sé que no es bondad. Dice Rilke (acabo de leerlo) que todo *comienzo* es bello. Yo quiero comenzar hoy. Pero ¡que gran humildad se necesita! ¡Sembrar en campo estéril, contando sólo con el azar! ¡la lluvia inesperada! La vida interior es un mundo mara-

villosa, a condición de que en ella nazcan y se muevan las cosas, o se reflejen las de afuera. ¿A qué profundidad misteriosa se encuentra esta mía que sólo pasa por instantes, tan caprichosa, tan opaca, y tan rápida que ni siquiera pueda exprimirla yo misma en palabras?

Beaulieu  
1931

### Septiembre 2

Trabajando en Bellevue, por la mañana. Historia de la Filosofía: estudio los estoicos y los epicúreos. Lectura viaje de Miranda en Rusia. Almuerzo en el *tea-room*. Salida en automóvil con Lydia y Mlle. Morlay a visitar villas y alrededores. Visito varias. Una especialmente me ha parecido encantadora, absolutamente adaptada a la que deseo: pequeña, muy mona, jardín rústico con rocas y pinos sobre el mar directamente. Se compone de dos grandes cuartos, con dos salas de baño, salón y comedor unidos, cocina refectorio, *cave*, con cuartos y baño sirvientes, abajo (a ras del piso) con hall como para estudio y otro gran cuarto como para huésped. Precio exagerado, 600 mil francos con muebles y 525 sin ellos. Tiene garage y un cuarto de *chauffeur*. Si se obtuviera en 400 mil francos reflexionaría hacer algún arreglo para adquirirla, buen negocio por facilidad alquiler, dos veces al año a precio elevado que sabré mañana. 150 mil invierno (10 mil por verano). No creo, sin embargo, conseguir tanta rebaja. Tomo también por otro lado la responsabilidad de una compra a plazos, los impuestos, los gastos y falta de independencia que quizás me ocasionara; pero por otro lado la situación, tamaño, lugar, construcción y hasta muebles llenan enteramente mi deseo. Al entrar haré cuentas. Pensé un momento proyecto nuevo libro antes de emprender la biografía que tanto me desanima a ratos.

La Historia de Pedro el Grande de Kluschewsky. Hablando con Lydia sobre Eugenio d'Ors y su tesis del barroco por la discusión de que hablan en *Nouvelles Littéraires*. Comida mala y con apetito en el *team-room*.

### Septiembre 3

En la mañana escrito diversas cartas. Buen almuerzo en el restaurant mejor. Al regreso hablado con la Agencia que corre con la casa Roca Mare. No cree en rebaja a menos de 500 mil francos. Entrada temprano al hotel y conversando con Lydia diversos temas. En suma tarde perdida, sin lectura, sin paseo.

Desayuno a las ocho. Lectura periódico y terminado el 2º tomo viaje de Miranda en Rusia. Detalles muy interesantes sobre la carta y vida del siglo

.....  
Hasta ahora me da la impresión Miranda de arrivista con don de mando que hace valer ciertas cualidades exteriores: en el fondo poca vida interior y poca fuerza de espíritu.

xviii. Describe la pena del Knaut en forma impresionante. No deja entrever la leyenda de sus amores con la emperatriz, invención sin duda por ciertos biógrafos para darle importancia.

.....  
Estudiando historia de la filosofía, los eclécticos con Cicerón y Felon y los neoplatónicos con Plotino. No puede reanudar los baños de mar por el mal tiempo y a almorzar tarde al *tea-room*. Regreso temprano al hotel. Leído algunas notas sobre ensayos biográficos de Fleury. El método con que trabajaba Víctor Hugo quien no creía en la inspiración sino en la costumbre que evita el terrible esfuerzo del "impulso" o mecanismo que interrumpe la falta de ejercicio físico o moral. Toda la vida trabajó todas las mañanas desde el amanecer hasta la hora de almuerzo: nunca las tardes. Observación sobre Courteline quien confesaba el trabajo penoso, inaudito, que representaba para él escribir. Leído de nuevo la conferencia contradictoria de Ors sobre el barroco.

La tesis de Ors sostiene que es barroca toda época de transición entre dos períodos clásicos. Lo barroco imita la actitud de la naturaleza mientras lo clásico imita la actitud del espíritu. Las dos son constantes y debe considerarse el barroco como simple desviación del buen gusto.

.....  
Releída la 2a. Claudine de Colette que no recordaba en absoluto. Creo debió tener influencia en mí: le leí creo en 1920.

Me puso de buen humor en cuanto que desperté, tal vez por recuerdo asociación de ideas el deseo de escribir acompañado de la agradable facilidad que presta al espíritu el plan ya trazado y el trabajo diario (años 921 y 22 en Caracas). Escribí luego a Berta la sirvienta para decirle que habíamos cambiado de proyectos, que Lydia se va a Cuba y que yo no tenía fecha fija para regresar a París. Me quedó luego una sensación de independencia. Nunca me gustó Berta. Muy alborotada, familiar, en el fondo no simpatizaba en nada conmigo. Su voz me hacía daño y me impedía trabajar en paz. Salí con Lydia a las 6. Sentadas en una bonita playa frente a una casa vieja y con ciprés viendo caer la noche y escuchando estudios en un piano de una de las casas del vecindario (recuerdos de juventud de otras generaciones v. gr. mamá) conversamos de acuerdo y agradablemente mucho rato. Estoy contenta del día bien aprovechado.

### *Septiembre 5*

Mal día. Mistral. Baño muy frío. Mañana aprovechada repasando Historia. Filosofía antigua. Tarde desagradable por el tiempo. Alguna lectura. Me preocupa idea quedarme enteramente sola cuando se vaya Lydia quien también me inquieta por su brazo enfermo.

### *Septiembre 6*

Amaneció el día espléndido y pasamos la mañana en el jardín. Escribí a mamá y contesté las cartas de Isabelita y María recibidas la mañana misma. A Isabelita animándola a venir a pasar aquí unos días y animándola en su proyecto de cambiar la propiedad de Suiza con alguna otra de la Côte d'Azur.

Comprobado gran mejoría en mi cutis y en general toda fisonomía, muy mal en la Baule. Aspecto de rejuvenecimiento no sé si debido a la Delbiasse, el nuevo tratamiento del cutis, o al clima y aire libre. Me halaga y da buen humor el tener buen aspecto sin haber engordado. Peso 61 kilos desde París. La temperatura en el jardín de la Reserve durante la comida era deliciosa. Tocaron música cubana y bailamos. Salvador, el maître d'Hotel de la Reserve (familiar y conversador) me dijo podría obtener por su intervención la villa Cantarella, por 300 mil francos, con muebles. La había visto ya con M. Morlay. Es un magnífico negocio pero no tiene el encanto de la Roca-Mare. Volveré a verla. Regresado como de toda reunión mundana cansada y aburrida a pesar agrado y amabilidad concurrencia.

### *Lunes 7*

Leído Filosofía. Principios de la Edad Media. Baño en el mar, delicioso. Nadé muy bien. Encuentro de Lydia con Afrodita. Almuerzo en el *tea-room*. Es día de fiesta y todas las tiendas cerradas.

### *Martes 8*

Mañana leyendo biografía Pedro el Grande. Estudio Filosofía Escolástica hasta Abelardo. Tarde lluviosa, aburrimiento completo. Depresión moral. Comenzado a leer "Un voyage a Lhasa", de Mme David.

### *Jueves 10*

Anoche a las diez estuve con Lydia en "La Reserve". Había una comida al alcalde de N. Y. y gente de Cannes invitada "los elegantes" del momento con Dolly Sisters, millonarios. . .



.....  
Ambiente de vulgaridad exterior e interior, gasto fantástico, *moeurs* imposibles, cosas que reconcilian a uno con el comunismo.

.....  
Morlay, M. Adamson. Hablamos de la fiesta de anoches y les dije que nada podía resolver en firme sobre la villa Roca-Mare. Escribí en la tarde carta a Caracciolo y respuesta de Berta, sentida a lo que parece por la despedida con cuenta larga...

Entré tarde con mucho sueño. Hoy por la mañana me levanté tarde. Estudié Filosofía (Sto. Tomás) leí algunas cosas sin mucho interés y fui con Lydia a comer al cafe des Beaux Arts. Estaban M.

### Sábado 12

Anoche me acosté cansada y deprimida. No anoté nada. Vinieron de Cannes a comer con nosotras Evelyn Duffant y M. Iver.

.....  
Sensación desagradable de ausencia, de desconexión. Veo que me hago de día en día menos sociable, no tengo *engranaje* espiritual con casi nadie. Me aburre con la gente. Me siento miserable de soledad.

.....  
procho sin lograr vencerlo de veras. Volvimos a ver las villas. La Roca-Mare, inabordable. La he descartado. En cambio Cantarella me gustó mucho (gran *hall*, comedor, dos buenos cuartos, sala de baño y un cuarto de servicio utilizable, garage y muy monamente amueblada). Precio, 350, pero la dejarían en 300. Puede añadirsele dos salas de baño y un *atelier* lo que le daría tres habitaciones completas. Parece que puede alquilarse en 30.000 francos. Voy a reflexionar. ¿Sería en realidad más agradable vivir aquí en París? Esta mañana ayudé a Lydia a hacer su equipaje. Pasé el día sin leer. A las seis fui a dejarla a la estación

.....  
Evelyn Duffant con su enfermedad y continuos sufrimientos que cuenta o se entrevén me da lástima pero me hace daño. Lydia la quiere, comprende su sentimiento pero yo no sé si llego a sentir verdadera amistad por ella, hay mucho de egoísmo que me lo impide y me lo re-

.....  
y me dejó su partida una impresión de soledad absoluta, algo como la muerte. Al regresar sola mirando las hojas secas que volaban en un vendaval de otoño y un mar bravo tenía el alma llena de angustia. Pensaba en la soledad de la muerte, soledad del que se va en pleno elemento desconocido y del que se queda. Estoy triste. Lydia me hace más falta de lo que creía.

.....  
invierno. Necesito reflexionar y tomar una dirección seria hacia algún trabajo.

.....  
He resuelto con ella traducir "Les contes de cristal" de Miomandre. Mañana comenzaré continuando mi estudio de la Filosofía. Quiero ver si realizo algo en estos días que pasaré en Beaulieu. Me servirá de disciplina. Trataré de no perder el tiempo y ver cuánto puede rendir un trabajo asiduo. ¿Pero podré resistir la soledad completa? Si me fuera posible iré tal vez a Italia. No sé qué será de mí este

.....  
.....  
.....

*Domingo 13*

Trabajado esta mañana traduciendo los cuentos de Miomandre. Pierden mucho traducidos. Después del baño vino M. Morlay, la invité a tomar *cocktail* en La Reserve. Sin comprender por qué (sólo tomé un *cocktail* y medio) tuve una "*cuite*" formidable. No almorcé. Fui a casa de M. Adamson y M. Morlay me cuidó muy bien. Me sentía morir, la 2a. vez ya con el día en casa de María. Debía haber algún alcohol malo o una mezcla endiablada. Perdí la tarde totalmente y estoy todavía cansada.

*Jueves 17*

Antier viajé a Jean-les-Pins: mala impresión, tarde aburrida y perdida. Ayer con día agradable y bien aprovechado, por la tarde fui a pie hasta St. Jean: la villa Cantarella queda cerca, fui a visitarla de nuevo y conversé con la criada. Hoy jueves escribí cartas en la mañana y por la tarde fui a Cannes a ver a Evelyn Duffant con quien visité algunas villas. No me gustaron nada, Cannes tampoco. Evelyn me pareció demasiado intranquila, demasiado "*traits d'esprit*" delante del enamorado. Me cansó. Sentí gran alivio cuando arrancó el tren y me quedé por fin sola en el vagón con mi libro. ¡Qué razón tenía Emilia! ¡Qué fastidiosa es la gente!

*Miércoles 23*

A partir de hoy me siento tranquila con serenidad de espíritu y sobrellevando bien la soledad. Ayer, antier y casi toda la semana anterior he estado inquieta, atormentada por ideas fijas. He seguido el estudio de la Ha. de la Filosofía, hoy, especialmente con mucho gusto reteniendo y ordenando bien. Leo la psicoanálisis de Freud con gran interés especialmente ahora que he ido aceptando ciertas cosas que juzgaba arbitrarias al principio.

.....  
Antenoche hice una experiencia muy interesante. Traté de recoger el sueño y analizarlo según el método que indica Freud. El sueño correspondía a preocupaciones de la víspera, a opiniones oídas en conversaciones anteriores, todo en una forma simbólica que se podía analizar fácilmente gracias a coincidencias muy curiosas. Se lo escribí a Lydia pues ella tomaba parte en el sueño.  
.....

Esta noche trataré de repetir el experimento. Ha hecho mal día, lluvia y frío que no me ha afectado moralmente. En la tarde recibí una carta de un polaco pidiendo datos sobre mis libros, creo que para una obra de literatura hispanoamericana.

Comida con M. Morlay. Conversación sobre su situación angustiosa y un negocio para el que necesitaba diez mil francos. De estar en mejor situación se los hubiera ofrecido. Creo que ella me lo insinuaba. Yo me adelanté a decirle cuál era mi actual situación y mis temores.

### *Viernes 25*

He trabajado hoy bien aun cuando en la mañana me sentí muy nerviosa y con ideas tristes. Leído sobre la Filosofía de la Ilustración en Alemania y la reacción romántica, especialmente Shiller y Novalis, su necesidad no sólo de misticismo sino de religión como fuerza moral para dirigir la propia conducta en oposición a los abusos producidos por la mala interpretación de la autonomía de Kant. La necesidad de intensa vida interior, el culto del yo con preferencia a toda manifestación que exprese la vida interior "el alma bella" de que habla Shafterbury y Goethe. Regresé muy cansada y estoy rendida de sueño.

### *Domingo 27*

El viernes después de escribir y dormirme profundamente sentí algo *raro* como si me despertaran. Encendí, me levanté a beber agua y volví a acostarme y apagué, sitiando siempre la sensación de ese *algo raro*. Cerré los ojos para dormir y al abrirlos en la media oscuridad (había mucha luna y tenía la ventana abierta) vi un reflejo muy grande sobre la cómoda. Pensé: es la luna que se refleja en el espejo de plata que está sobre la cómoda. Un momento después la luz (grande y muy clara) se apagó encima de la cómoda y se fue a encender en un rincón de la pared donde no parecía posible que pudiera ser reflejo venido del exterior. Estuvo así como diez minutos. Eran las doce de la noche. No tenía miedo y dije mentalmente: Emilia, si eres tú, demuéstrelame de algún modo: que se apague la luz por ejemplo. Y la luz se fue. Creo que era esto una contestación a lo que había reflexionado en la tarde acerca de mis lecturas sobre la inmortalidad del alma y mis dudas de siempre presentes a pesar de tantas pruebas. Fui ayer a la iglesia y recé pero hoy domingo me he ido a misa. Tomo hoy la resolución de hacerlo con fe en obsequio del alma de Emilia que por sí misma me ha hecho decir "recen" con una imploración tan honda y tan triste. Escribí esto a Lydia ayer con muchos detalles aunque le hablé de esta resolución de ir regularmente a misa. Al llegar a París haré decir 30 en algún lugar cercano e iré a oírlas.

### *Martes 29*

Hoy comencé bien el día pero lo he acabado mal: larga y aburrida visita a M. Morley que me ha dejado rendida de sueño. Y no me dejó terminar mi trabajo. En la tarde fui sola en coche a Villefranche que me sorprendió. Es preciosa. Pienso regresar a pie en estos días. Hablé por teléfono con Lydia en la tarde y hasta las cinco leí y trabajé bien.

Lunes 5 octubre  
(Mi cumpleaños)

En la terraza del hotel pensando de nuevo que es la mejor solución de la vida, vivir aquí en el *midi* por lo menos seis meses al año:

.....  
París es la dispersión, por todos lados influencias que me estorban cuando no me perjudican en el sentido más serio, el de la fe y en la unión de mi espíritu con ciertas cosas determinadas que le convienen y que al desaparecer no siento reemplazar por otras. Si se reemplazaran sería evolución siempre provechosa. ¿Habría evolución latente que yo no alcance a sentir?

.....

logrado algo importante: es el tener presente como un panorama los grandes rasgos, las distintas tendencias, oposiciones y reacciones: la lucha entre *intuición* y *positivismo*; el *yo infinito* y lo *objetivo*. Creo que he dejado completamente de lado la fe en los dogmas positivistas y naturalistas, como en otro tiempo los católicos. Creo en la superioridad absoluta de las fuerzas inconscientes sobre las intelectuales. Dios es todo lo misterioso que deseamos conocer y que sólo es perceptible al sentimiento que es mucho más poderoso que la inteligencia y sus *conceptos* limitados al testimonio de los sentidos. He comprendido bien la teoría intuicionista de Bergson y el reflejo que la reacción contra el positivismo dogmático y el naturalismo, produce actualmente en el arte.

.....  
Me ha impresionado la admonición de Nietzsche: "Trata de ser tú mismo". Este, unido a su principio de que sólo es cierto lo que puede sernos de provecho espiritual me decide a rechazar como inciertas las influencias contrarias que me impidan ser *yo misma*.

.....

dencia me ha dado reputación de bondad (no lo es) a menudo de falta de sinceridad o de valor para dar mis opiniones (que no tengo) porque todas me parecen equivalentes. Sólo el extremismo en cualquier sentido es capaz de producirme una opinión que es la respuesta a lo que juzgo falta de medida, excentricidad e injusticia.

He hablado con Lydia hace una hora. Me pareció triste y muy abandonada de todo, me dio lástima. Debe ser cosa momentánea: alguna discusión con los Peláez. Anoche tenía ganas de hablarle; pienso más y mejor en ella desde hace tres días.

He terminado hoy la historia de la Filosofía. A pesar de saber que estoy muy lejos de haberla estudiado plenamente, el esfuerzo realizado aunque sólo fragmentario y superficial me deja mucha satisfacción. He ordenado bien aunque superficialmente. El tiempo tampoco daba para más, y muchos estados de ánimo contrarios, desconcertaron mi interés y atención a menudo. Creo sin embargo haber

Lo hago sin esfuerzo. Me es fácil el pragmatismo puesto que por intento he creído siempre que todas las verdades son relativas, y respetables desde el punto de vista del que las aprecia.

He sido siempre escéptica no tanto en el sentido de negar como en el de reconocer todas las posibilidades. Esta ten-

Octubre 18. En Neuilly

El viernes 9 salí de Beaulieu, llegué a la una a Marsella donde hice dos cosas interesantes: visitar los barrios populares de Vieux Port (sumamente interesantes, dignos de una larga excursión) e ir por la tarde a casa del visconde de Triobrinand casado con una brasilera, por invitación de ellos y con objeto de recoger algunos datos relativos a Fany de Villars. Estuvieron muy amables y a mi regreso al Hotel apunté lo que pude recoger en el torrente de cosas que me dijeron (hablaban los dos a la vez y no me dejaban anotar nada). Además de los datos me regalaron la copia de una miniatura auténtica de Fany de Villars. Tengo de ella una opinión bastante distinta de la que me había informado por sus cartas últimamente publicadas y lo que dicen de ella C... y Cía. Creo haberla visto *bien* (tipo de mujer a lo Paulina Bonaparte con innumerables amantes y varios hijos naturales). Llegué a París el sábado en la noche y vine a Neuilly donde no había aún nadie. Isabelita llegó tarde. Pasé la mañana del domingo arreglando mi equipaje, haciendo un poco de orden en mis papeles, etc. Durante la semana he comenzado a ocuparme de la ropa, sombreros, etc. Dos viajes a Suresnes. Visita a los Parra Picón y comida tres veces con Lydia. Estoy bien de espíritu.

.....  
Tanto la lectura de Proust como el ensayo de Ortega y Gasset: la "Deshumanización del arte" y "Sobre la novela" me han hecho bien en el sentido de que he hallado muchos puntos de coincidencia entre opiniones y lo que yo naturalmente pienso y siento.  
.....

He comenzado a poner orden en papeles viejos (desde 1924) que quería releer, ordenar y romper. He comenzado por mi correspondencia con G. He pasado hoy domingo el día enteramente sola, releendo mis cartas y las suyas, he roto muchas, he guardado y clasificado otras. Son cuatro años intensos de mi vida los que he visto pasar. A pesar de alguna monotonía, cuántas cosas olvidadas, de valor documentario para mi vida interior, y qué melancolía ver cómo nos vamos muriendo en lo que dejamos atrás que lo fue todo en un momento dado y está ya marchito a pesar de recordarlo con cariño y ternura.

Enero 1º, 1936 Fuenfría (Madrid) Temp. 38,5

Empezado mal el año. Comida de gala con cupletista, baile. Desolador como toda fiesta de sanatorio. Se piensa en los condenados que ha de liquidar el año. No podía quitar la vista de Margarita que tiene tan buena cara a pesar de su estado (pulmones deshechos). Mirando me pareció de los condenados. Tuve que subir a mi cuarto antes de las doce por sentir los dolores que me martirizan desde hace dos meses y que ha agravado mi mal "nervioso", no me dan régimen ni tratamiento. Tomo el atropol de C... que me produce una intoxicación completa con fiebre y paralización de todas las funciones

vegetativas, ¡una verdadera barbaridad de pretender que enferma como estoy me trate con drogas! Paso un día de un malestar horrible, no obstante, él, no quiere convenir en que debo prescindir del “atropol” por pique de amor propio. ¿Cómo poder fiarse en general de los médicos? El punto de vista personal que sostienen pasa antes que la salud del enfermo. Cuando no son unos *fripoouilles* explotadores como el Soulas de París. En vista de mi estado y del estado de la comida que nos hace vivir en ayuno completo decidimos Lydia y yo activar la instalación en Madrid. Yo no creo en la necesidad del clima de montaña. Si voy a Madrid haré reposo integral sin salir a la calle hasta aclimatarme. Creo indispensable para mi restablecimiento comida de régimen con buena cocinera y buena dirección. Telegramas felicitación Paulette e Isabelita. Pasé el día sin hacer nada de provecho, ni notas ni lecturas. Termino, sin embargo, primer tomo ha. rev. que no me gusta. Prefiero Michelet. Comienzo la Sta. Teresa de B... y C...

2 de enero. Temp. 37,2

Después de malísimo día de año nuevo me despierto temprano sintiéndome bien y alegre. Aprovecho bien la mañana. Como de costumbre: cama y lecturas. Luego notas. Viene Colanje. Le cuento de su remedio. Tiene que convenir en que: “siga sólo con el bismuto” lo que tomaba al llegar aquí y me prohibieron como perjudicial! Observando a los médicos como hago desde hace cuatro años se llega al convencimiento de que hay que cuidarse uno mismo según las propias observaciones, ellos no deben ser sino especies de consejeros cuyas prescripciones deben seguirse o no según vaya diciendo la propia experiencia. Como de costumbre, mal almuerzo. Comemos poco. Siesta sin sueño. Continúo la Sta. Teresa, empiezo el libro de los Ferrero, “*Espoirs*” que me gusta y voy a buscar. 2º Tomo *Ha. Venez.* Gil Fortoul. Pienso leerla con calma, más como estudio que como lectura. Espero quizás mucho de su influencia.

.....  
Creo como dice Barrés que para poder realizar algo en el orden espiritual debemos acercarnos a nuestro medio-ambiente. El descastado carga en sí una especie de maldición. Hay, es cierto este drama de la inferioridad del ambiente, pero ¿no puede uno acogerse siempre a la parte noble y bella que hay en todo país cuando se mira con tolerancia?

.....

cho sentimental para seguir sus antipatías caprichosas. Sería una cobardía de mi parte y no sacaría de ello, como en otras ocasiones de mi vida, sino una disminución de mi personalidad, horrible sensación de andar desorientada,

Quiero renunciar cada día más y más a la intolerancia, fobias, ideas fijas. Tener la indulgencia del sabio que ve en ciertos defectos que nosotros hallamos odiosos simples fenómenos de evolución. Hay que mirar de alto para mirar lejos... Conversación con Lydia sobre su viaje a Cuba. Veo está sentida por lo que le dije el día 31. Pero creo que no tiene razón. No quiere claudicar de lo que yo creo un derecho

de haber perdido mi yo y con él toda mi dignidad. Hay que hacer concesiones para mantener el cariño, pero ninguna que represente una claudicación porque entonces es sentirse en estado de dependencia con la consiguiente disolución moral.

*Viernes 3 enero. Temp. 36,7*

Amanezco bien de salud. Coué. Lectura. Nouvelles Litteraires artículo M. du Gard que me choca por malevolente. E... de Bourget como necrología, es bajo y de mal gusto. Empiezo temprano, repaso notas Ha. Lit. Esp. que me interesan mucho. Viene Lydia y me llaman para el reconocimiento con Colanje. Encuentra notable diferencia, a la auscultación no hay ruidos bronquiales. Llama Luz, nos da noticias piso de Velásquez y decidimos ponernos en campaña para traslado a Madrid. Causa principal es la mala comida de Funefría y mi adelgazamiento: pero no tenemos todavía autorización de Tapia. Decidimos Lydia irá a Madrid el sábado. Después de almorzar, siesta, algo de lectura pero no escribo muchas cartas urgentes tenía planeadas. Larga conversación con Lydia a propósito incidente día 31. Es una aclaratoria que me alegro haber tenido: tiene que convenir en que tengo razón y lo dice aunque para contradecirme luego. Bajamos a comer muy mal como de costumbre. Me acuesto muy temprano. Lydia viene a conversar conmigo y se extiende en la cama. Me duermo para despertarme poco después con desvelo. Leo *Journal* y vuelvo a quedarme dormida. En la tarde lectura 1er. capítulo. Tomo 2. Ha. Venez. G. F. Se trata presidencia Páez y luego período Dr. Vargas. Personalidad de éste. Todo honradez pero sin combatividad, *apolítico*, precipita el tiempo de los demagogos.

*Sábado 4 enero. Temp. 36,9*

.....  
Curiosa mentalidad la de Carujo. Contraste con Vargas, tenían que ser los tipos como Carujo y viejo Guzmán los más fuertes en aquella época en que se vivía aún bajo la influencia de la conmoción terrible que fue la independencia, en que se imponían los audaces.  
.....

Continúa mejoría estómago debido a *bismuto hidratado*. Estoy normal. Terquedad médicos quitándome bismuto al llegar Fuenfría me ha perjudicado haciéndome sufrir y adelgazar durante más de dos meses. *Experiencia que debo retener para lo sucesivo.*

.....  
Después de desayuno comienzo estudio notas que hago con gran gusto. Período interesantísimo cultura toledana, donde convergen después conquista por Alfonso VI, la judía, árabe y cristiana que al traducir anteriores introducirá en Europa con averroísmo cultura greco-oriental, principalmente Aristóteles y panteísmo, escuela filosófica de París... Deseo inmenso regresar Toledo unos días este invierno si posible.

Pero, ¿cómo andaré de situación económica? Sigue Lydia haciendo viaje a Cuba y recibe cartas, Seida y Habana la apremian. Hablé con P. Seugaria respecto piso Madrid y quedé en llamarla lunes. Lydia irá de todos modos martes con el inglés, no creo nos convenga, apartamento calefacción dudosa. En la tarde después leer numeroso correo Lydia y mío me reposo y escribo varias cartas, entre a A. Smith felicitándolo regreso a Caracas (se va el 25). Me alegro por él (y quizás también por María) va llamado ocupar sin duda situación política. Es de todos modos interesante hasta punto de vista sentimental tener un amigo como él allá. ¿Escribo D. para saber a qué atenerme respecto pensión? Es curioso el desprendimiento con que tomo una cosa de interés tan vital para mí. En épocas en que necesitaba menos la disyuntiva de ahora me habría tenido nerviosa y sin duda actuando y proyectando maneras de detener el golpe.

*Martes 7 enero. Temp. 36,8. neumo 500*

Me despierto tarde. Voy cuarto Lydia avisarle para que esté lista a las 9 ir a Madrid. Me preparo bajar pero no llega Tapia sino después de las 10. Me hace el neumo a 500 lo cual es demasiado. Imposible continuar notas. Fuerte crisis de tos y ahogo. Se comprende fuerte presión sobre bronquios impiden expectoración. Bajo sin embargo a almorzar con apetito. Siesta reposo. Trato con dificultad continuar lectura Ha. Venez. Me es difícil por agobio y pesa libro en la cama. Me sigo interesando (personalidad Monagas, Alzamiento del viejo Guzmán). Viene Tapia. Luego Sylvia, después Amalia me cuenta enfermedad hermana. Llamó Paquita y me dice Lydia encontré casa alquilada. Esta llega en efecto diciéndome no ha conseguido nada. Pero se le ocurre llamar a Mario Roso y darnos allá con un piso desalquilado. Llamo enseguida Carmen Pérez de acuerdo con P. Lougria vaya mañana ver piso, caso convenirnos tomarlo. Me gusta la idea regresar casa y barrio del año pasado. Me duermo alegre con esa perspectiva. Deseo ya estar alquilada. Continúa la fatiga la que me desvela pero vuelvo a dormirme no muy tarde. Lydia trae folleto José Ma. Chacón a propósito conquista y leyenda negra.

.....

Es un tema que me aburre a fuerza de tanta polémica y de tanto oír tratarlo en forma simplista y con odio. Cada vez siento mayor necesidad de acercarme a las cosas con curiosidad y el amor natural que ésta despierta cuando indagamos sobre algo.

.....

El *parti pris*, o prejuicio, es decir, el apasionarse o pronunciarse antes de *conocer*, todo lo enreda y hace que no se llegue nunca a ver con serenidad. Se queda uno siempre en la discusión desagradable. Choque de opiniones y amor propio: el eterno "yo" brutal y feo que trata de imponer y de ganar.

*Miércoles 8 de enero. Temp. 36,8*

Notas sobre enfermedad.



Jueves 9. Temp. 36,9

Notas sobre cambio de residencia.

Viernes 10. Temp. 36,8. (Villa Los Cipreses)

Me despierto temprano después de noche molesta por bronquios oprimidos como me ocurre desde martes, día último neumo. Me levanto terminar preparativos de viaje. Me siento fatigadísima ante menor esfuerzo e impresión desagradable persona que no puede valerse. Viene a despedirme el padre. Frase: "si en algo he estado deficiente o he hecho mal, le ruego me perdone". Viene Dr. González. Ve radiografía y afirma no puede pedirse más como progreso.

Sábado 11. Temp. 37,2

Noche con tos. Expectoración al despertar. Temo reacción bronquios cambio clima. Lectura Rev. A las 11 salimos a visitar ático M. Buenos informes de I., lo habitó, nos gusta mucho, cariño porteras etc. Hace que nos decidamos a tomarlo por 210 ptas. Todo queda arreglado para mudarnos martes 14 o lunes. Vamos con Fernando a comprar flores a un kiosko, plaza Sta. Bárbara. Nos dan tal cantidad por 3 pesetas que tenemos impresión haber saqueado florista. Alegría especial calles de Madrid, bullanguera y popular me da buen humor. Almorzamos muy bien pavo riquísimo, como con una alegría y apetito de 18 años. Conversamos largo en el salón Lydia y yo. Subo tarde a la siesta. Visita francesa nos buscó Luz, me interesa conversación: marido violinista murió tuberculoso, relato muerte fosa común etc. Está toda envuelta en velos negros y a medida que avanza la conversación la penumbra la va haciendo desaparecer, se pierden los rasgos, el blanco mate de la cara, por fin, es un túmulo que llora... Como criada no nos conviene: demasiado señora, demasiado cara, y ella no parece querer dejar la casa en donde está. Vuelvo a quedarme mala después que se va, criadas también se han ido. Momento de profunda paz.

.....

Comienzo a leer un libro tomado al azar en el estante de Luz, es de Paul Morand: "*Ouvert la nuit*". Comienza el Quai de Lausanne, despedida en un tren que sale hacia París... Hay un ambiente creado por mis propios recuerdos. ¡Cuántas llegadas y salidas sola de Lausanne, con aquella sensación única que me daba mi independencia y tantos sueños imposibles no realizados! Verdadera plenitud de vida, de juventud... Lo que dice P. M. me interesa menos: en el hilo del relato me voy siguiendo a mí misma: viajes del

25; el del 27 con mi libro terminado y después en tres meses de reclusión, la recompensa de París, el proyecto de viaje a Cuba del 28, tan brillante tan *réussi*. Me siento acompañada, confortable como en una buena casa caliente con todos estos recuerdos, mientras un silencio y una soledad completa (la de una casa vacía) me rodea. . . De pronto oigo ruido. No son ladrones, es Fernando L. que llega. Se rompe el encanto de la evocación pero me trae buenas noticias. Lydia ha escogido los muebles lo mejor posible.

Todo está listo para el lunes en la tarde. Me habla de política española: exaltaciones, posibles disturbios próximas elecciones. Lo escucho con interés, luego con atención forzada me adormece. Se va y sigo en la penumbra escuchando como pasa el tiempo. Hasta las nueve y media no llegan Luz, Lydia y Pepe. Como con menos apetito que almorzamos anterior, vuelvo a la cama con un cansancio de sueño profundo y delicioso.

*Domingo 12 de enero. Temp. 37,3*

Me despierto temprano. Buen humor. Leo Morand un rato y luego voy a desayunarme con Lydia. Hacia las once después de hojear *Vida de Jesús* por Renan me voy a dar un paseo con Fernando López. Día bellissimo de sol. Vuelvo con el mismo apetito y alegría días anteriores. Almuerzo con Lydia y Luz. Después cometo tontería quedarme de tertulia. Discusión sobre mi régimen de vida, lugar donde debo no debo vivir, errores de este verano, etc. Toda la serie de observaciones que con razón (creo) me dan sobre los nervios. Deducciones. . . Resultado: soledad desagradable, evocaciones, recuerdos y comprobación de cosas que me dejan estado desapacible toda la tarde, o sea durante 6 horas. Trato de leer, Renan, Maraud, Cervantes (*La Gitanilla*) y no sigo la lectura. Viene a vernos la criadita que me hace buen efecto y la tomo por diez duros. Se llama Vicenta. Termino tarde aburrída. Conversación Reyes por teléfono sobre noticias de Venezuela me da muy buen humor:

*Lunes 13*

. . . . .  
Si el gobierno de Venezuela llegara a constituirse en una forma legal y decente me sentiría encantada aunque me perjudicara personalmente al perder la pensión.

. . . . .  
a Venezuela. Creo que son estas circunstancias que me hacen recordar en forma irritante (casi fobia) lo que se me dice de desagradable y sacar deducciones que me exaltan y enturbian la paz. Insisto en ejercicios Coué forma destruir esos malos estados de alma. Pienso me son perjudiciales en todos sentidos.

De los bronquios estoy mejor, desde ayer y muy bien del estómago. Estado de vitalidad por buen estado general me hace aburrída la cama, además tiempo espléndido de sol me llama a la vida activa: pienso en viajes y con un deseo infinito regreso a Venezuela. Creo que son estas circunstancias que me hacen recordar en forma irritante (casi fobia) lo que se me dice de desagradable y sacar deducciones que me exaltan y enturbian la paz. Insisto en ejercicios Coué forma destruir esos malos estados de alma. Pienso me son perjudiciales en todos sentidos.

.....  
Hay que constatar, ponerme en guardia contra influencias que me perjudiquen, trazar un plan y observarlo con firmeza para *olvidar*; que no venga nada, ni un ápice de rencor a enturbiar mi soledad y mi vida interior como ocurrió ayer. Tener la mente limpia para leer, soñar, proyectar, escribir, toda función activa interior tan importante para no aburrirme en la inmovilidad. Ayer tarde me aburrí mortalmente...

.....  
tiempo de la guerra, muerto su padre se queda a los 8 años con su madre tuberculosa, sin dinero porque gobierno no paga pensiones por crisis. Tiene que asistir a su madre y trabajar para ella de mandadero y como puede, cocina, lava la ropa, arregla la casa, va en la madrugada a buscar la leche para la enferma. Vida de los hatos en Cuba, la madrugada a caballo, operación, muerte de la madre una noche abrazada a él en la misma cama. Su vida de grumete a bordo de un buque velero, cómo lo atormentaban y cómo por fin reacciona un día... Me he dulcificado con el relato que él hace muy bien. Es tierno y dramático como una novela de Daudet o Dickens. Acabo de pasar día bajo esta impresión y duermo muy bien.

Almuerzo con Pepe, después paseo al sol. Conversación en la mesa vuelve a molestarte. Chistes groseros celebra Luz a carcajadas, me dan sobre los nervios. Me gusta actitud Pepe, le tengo decididamente mucha simpatía. Subo a la siesta al acabar viene Pepe a mi cuarto y le hablo del negocio con la tabacalera. Se van Lydia y Luz y me quedo sola. Viene Dolores, luego

Fernando me cuenta su infancia en Cuba, tiempo de la guerra, muerto su padre se queda a los 8 años con su madre tuberculosa, sin dinero porque gobierno no paga pensiones por crisis. Tiene que asistir a su madre y trabajar para ella de mandadero y como puede, cocina, lava la ropa, arregla la casa, va en la madrugada a buscar la leche para la enferma. Vida de los hatos en Cuba, la madrugada a caballo, operación, muerte de la madre una noche abrazada a él en la misma cama. Su vida de grumete a bordo de un buque velero, cómo lo atormentaban y cómo por fin reacciona un día... Me he dulcificado con el relato que él hace muy bien. Es tierno y dramático como una novela de Daudet o Dickens. Acabo de pasar día bajo esta impresión y duermo muy bien.

*Martes 14 (Madrid - Mario Roso de Luna 28)*

Me despierto a las seis. Coué y repaso notas antes desayuno: ha. lit. esp. Arcipreste de Hita, Ayala, D. Juan Manuel, etc. Me parece tengo memoria y facultades mentales más aguzadas a esta hora de despertar. Desayuno y descanso toda la mañana hasta la hora del almuerzo. Preparativos partida. Dejo Luz 20 ptas. en un sobre por días alojamiento que no acepta. Llegada a casa. Aún revuelta para todo lo principal en su sitio, la criadita muy lista nos hace una comida muy buena que tomamos con apetito.

.....  
Siento melancolía por viaje de Lydia. Pienso en nuestras mutuas relaciones que desco cada vez, de amistad más profunda y tierna: pequeños desacuerdos vienen no ponerse cada una punto vista de la otra.  
.....

Me duermo pensando en lo que sobre el particular tengo que reprocharme y corregirme. Recibido carta banco. Dividendo sigue rebajado a 260 bolívares.

*Jueves 16 Temp. 37.*

Comienzo lectura del Mazarino de Bailly que me mandó T. Repaso notas antes desayuno. Día triste, continúa el desorden de la mudanza, pues no acaban de traer los muebles ni instalar los que ya están, lo que contribuye a

aumentar mal humor. Vicenta, la criada, no parece desenvolverse con la cocina y nos da tarde y mal de almorzar. Estoy con ella algo dura y llora. Pero el desorden y los detalles de la casa invadiendo mi vida interior, sin resultados prácticos ninguno, me hace daño. Traen el resto de los horribles muebles, lo que acaba de implantar en mi espíritu un *caffard* negro que comunica a Lydia cuando llega de la calle. A todas éstas continúa el gasto tonto. Después de comer siento que me invade el sueño. Mi cama que he arreglado sacando almohadas y fundas limpias, me da un poco de bienestar, lo mismo que el cuarto relativamente en orden. En la tarde visita de la Carmen y su amiga, la mujer del torero Pacerro, me hace gracia y como de costumbre no le digo nada por sus embustes y enredos. Me duermo pensando comprar parte de los muebles devolviendo a Carmen lo más feo y tener así un interior agradable donde pasar los meses de soledad y encierro que me faltan.

*Sábado 18 de enero, 37,5*

Después despertarme, Coué, desayuno etc. como de costumbre empiezo notas y es tanto lo que me interrumpe la criada con sus cuentas, y lo que me impacienta la idea del desorden ambiente y de que no vienen como ofreció la Carmen a acabar de arreglar los muebles, que me siento indignada. Escribo carta Carmen diciéndole prescindo de la mitad de sus muebles que compraré a plazos. Llego el empleado y le digo de palabra todo lo que siento. En realidad me siento en ridículo cada vez que tengo estos estallidos de impaciencia, pero creo que en la práctica tiene magníficos resultados, de otro modo lo toman a uno por tonto, le quitan el dinero y le dan lo peor. Muchacho viene a trabajar a mi cuarto y poco a poco su conversación me desarma.

.....

Es un tuberculoso de los riñones: tiene los dos enfermos, ha estado en Fuenfría, hace varios años, siente dolores continuos pero tiene que trabajar para una madre un padre ciego y 6 hermanos pequeños, uno de ellos tuberculoso del pulmón. Se le ve en los ojos hundidos y el color de la cara que es un tuberculoso. Me invade una compasión infinita. Sé que morirá pronto y con grandes sufrimientos por no haber podido dejar de trabajar. Me siento avergonzada por mi mal humor de la mañana.

.....

Cada vez que veo de cerca la verdadera desgracia me pregunto ¿para qué emprender nada y sobre todo para qué poseer nada? En el fondo cuando gozamos con la posesión de algo somos iguales a los niños cuando reciben un juguete: jugamos con lo mío creyendonos inmortales. Todo es prestado, todo es juguete un rato.

.....

Lydia se va al té de Luz y me quedo sola toda la tarde con Vicente. Acabo de vaciar los equipajes y pongo algo de orden en la casa lo que me hace esperar en cama la llegada de Lydia con cierto bienestar. No escribo a pesar urgencia cartas. Tampoco puedo leer y tengo dos libros interesantísimos. "La vida de Jesús" y el "Mazarino" de Bailly. La radio (que no tenía nada) me sirve de distracción luego de comer. Viene Lydia y oímos a Mme. Butterfly, como me ocurre a veces la ópera que sigo con interés me deja desvelada. Sólo me duermo a las dos, a fuerza de Nuvinase y sin leer, apenas unas páginas. Siento que me embrutezco...

Domingo 19. Temp. 37,5

Mañana igual a las anteriores. Mal tiempo. Día aburrido. Viene Fernando L. a almorzar, habla de las excelencias de la masonería, de algunas de sus actuaciones como miembro, etc. Mientras más le conozco más me recuerda a Müller, pero es español, es decir, es más miseria y menos sentido de la realidad. Lydia se va a casa de los Miró y me quedo escribiendo cartas más urgentes. Me siento mal del estómago y con fiebre, lo atribuyo a haber comido como en Fuenfría algún pescado que no estaba fresco.

Lunes 20. Temp. 37,3

Sigo sintiendo trastornos digestivos y dolores en el colon. Como de costumbre mis ejercicios y luego repaso notas. Me desagrada el gasto y el desorden. Lydia ha querido tomar la dirección de la casa y a las once ha gastado 40 pesetas y hecho almuerzo pesado. Llega F. a almorzar. Carta de María ya mejor gripe, me anuncia viaje de ella y mamá, al estar las dos enteramente bien. Después de la siesta llega L. Q. Quiere disponerlo todo, habla con la criada y por exceso de celo la hace llorar, falta además de tacto y queriendo disponer el hospedaje de mamá y María, y por segunda vez como allá en su casa deja traslucir sentimientos de Luz. La deja mal a mis ojos. Me parece oír cuanto ésta le ha dicho . . . Aunque me interesa comprobar por punto de vista psicológico, siento cierto malestar por entorpecimiento y siento no haber contestado algo en que se tradujera que yo había comprendido. Me vengo a mi cama. Llega Pepe por el que sigo sintiendo mucho aprecio y simpatía. Me fastidia el desorden en que me encuentro y la conversación general estilo "bromita" sembrada de cuentos verdes y las palabras sin ton ni son me enervan.

.....  
Pienso como de costumbre en lo chocante del *tono* humorista sostenido a la fuerza cuando no lo anima la gracia. ¡Cuánto más agradable la conversación que no pretende ser graciosa! Casi me alegro de no tener gracia o *esprit* natural, así no me expongo a caer en estos simulacros tan contrarios al verdadero ingenio.  
(Pedir librería "Les Allongés" de Jeanne Galzy prix fémina 1923).  
.....

.....  
Escribo carta Suresnes al despertarme. Digo a mamá y María pueden venir, arreglaremos alojamiento aceptando Lydia hospitalidad Luz. Comienzo notas. Vino Lydia y luego conversar un rato decide ella poner cable a Seida. Llega entretanto carta ésta anunciando partida para Cuba en febrero.

Martes 21. Temp. 36,9

Me levanto a bañarme y me distraigo en la cocina mirando hacer el almuerzo que queda excelente. Sigue la lluvia y el vendaval. Me acuerdo al terminar

almuerzo y leo *Nouvelles Littéraires*. Con receptividad, especialmente la poesía cosa que me hace gran bien espiritual. Hasta ahora he leído mal sin fijar atención, con el espíritu lleno de pensamientos y preocupaciones que lo hundían en la más lamentable realidad. Comprendo hasta qué punto se atrofia la parte alada del alma cuando es menester luchar con el *ménage*; si a las preocupaciones de la comida y la compra se añade la de los hijos, no se diga entonces nada! . . .

. . . . .

Pienso durante un rato en la felicidad del hedonismo y del ideal epicúreo del que puedo gozar en lo que me queda de vida sobre todo si las circunstancias me lo permiten: yo me siento mal entre la gente y encuentro bienestar con la independencia y soledad.

. . . . .

debido a sucesivas indigestiones producidas por pescado no fresco.

Paso el resto de la tarde conversando con Lydia y me duermo profundamente al terminar de comer. He pasado la siesta y las horas después con asma que atribuyo al dulce de leche. Vicenta tiene la casa arreglada, empieza ya a *se débrouiller* lo que me da bienestar. También la mejoría del estómago. Sigo creyendo malestar es

*Miércoles 22 Temp. 36,9. Neumo 400*

Día como los anteriores: nada especial. Mañana bien aprovechada estudio notas. Lydia se va a almorzar José Ma. Chacón, Fernando va conmigo Tapia, éste me encuentra muy bien y con precauciones requeridas. Olvido cheque. Vuelvo a la cama y llega manicura. Luego Lydia. Vicenta me hace una comida muy decente con un buen pollo asado. Escape de gas nos alarma. Viene L. a mi cuarto y hablamos separación, viaje suyo. Preveemos lo que puede pasar, planes, gran cariño.

*Jueves 23. Temp. 37,3*

Cansancio y somnolencia me invaden después de almuerzo y caigo en la cama pensando qué sería de mí si las circunstancias me obligaran a llevar vida normal. Estas crisis de fatiga infinita en la que no puedo cargar con mi propia persona, ni levantar los brazos me parecen alarmantes. No pueden prevenir del neumo ni de la inmovilidad porque serían entonces permanentes y esporádicos. Puede que sean trastornos glandulares. Temo por los riñones la tub. tan traidora en estos órganos. Decido hacer análisis completo saber a qué atenerme. En la tarde vienen Luz y Fernando. Los recibo en mi cuarto, éste se queda a comer y se va tarde. Inapetencia, malestar, mala comida, oportunamente duermo pronto y profundamente. Día sin lectura, apenas los periódicos. Me parece desesperante teniendo todo para poder leer con gusto y sin molestia, no llegar a hacerlo por no saber el tiempo o por dejarme invadir por mil tonterías que nada me dejan.

*Viernes 24. Temp. 37. Peso 57,400*

Me despierto 6:30. Me dispongo a trabajar notas, pero me empieza crisis bronq. asmática, me dura hasta las 8. Pienso si será frío o humedad del cuarto y decido pedir enérgicamente vengan a arreglar goteras. Comienzo notas, pero llega L. y conversamos hasta que me voy a poner orden en los libros, no logro arreglar por mal clavada repisa biblioteca.

Comprendo la informalidad y negligencia con que trabajan aquí obreros, me recuerdan los de Caracas. Salimos Lydia y yo hasta la farmacia y al regreso almorzamos con apetito y buen humor. Después de la siesta doy impulso arreglo casa terminando por poner orden libros, colgando espejo, etc. Hago vestir a Vicenta con su uniforme negro. Lydia trabaja con interés toda la tarde en las notas de su libro de etnología. Llegan después de las siete los Ballesteros. Siento que los recibo con cierta frialdad y siento que es por influencia de Lydia. Es sin embargo, la clase de gente que me conviene tratar, creo que pueden hacerme espiritualmente un bien infinito porque además de la gran cultura histórica que tienen, sobre todo la de él, y la correspondiente serenidad de juicio, son espíritus afines. Hace tiempo que vivo sin la influencia tan saludable del espíritu aún más avanzado que sirve de iniciador. Es esta la flor de la amistad, la única manera de que sea agradable la vida "social".

.....  
El andar eternamente con gente frívola o de tendencias sectarias opuestas deja no sólo la impresión de haber perdido lamentablemente el tiempo, sino la de una especie de extenuación que mata a la larga la personalidad. Si no se quiere discutir hay que hacer creer que se está de acuerdo, reír, sonreír sin ganas y es este remontar de corriente lo que a la larga extenúa. A veces también despierta en la soledad por reacción el espíritu de agresión y de contradicción, todo "refoulé" agria el carácter. Son suma de influencias negativas, como las de las fuerzas "negras".

.....  
sectario y negativo, pero organizador y capaz de hacer justicia aun en contra de los suyos.

Tanto Luz como Fernando siendo alegres, amables, simpáticos y buenos amigos representan para mí este mundo de influencias negativas y de tiempo gastado y vano. Cuando se van los Ballesteros, Lydia me enseña cable de Seida acaba de llegar: le dice que sale para Cuba y que de allá se ocupará de arreglarle el viaje. Con Ballesteros hablamos del príncipe de Asturias, de quien fue profesor de historia (era, dice, poco engréido, dábase cuenta de sus pocos alcances) y hablamos de Azaña, aunque opuesto en política, lo juzga honrado, enérgico, verdadero hombre de estado,

*Sábado 25. Temp.*

Me despierto más tarde que de costumbre. Repaso con atención y gusto mis notas, copio bibliografía de lo leído en estos últimos meses, todo lo cual me da impresión de mañana bien aprovechada. Tomo el sol en mi cama, pero

cuando me visto para salir se ha nublado de nuevo y hay un vendaval helado por lo que regresamos en seguida. Llega Fernando a almorzar. Llamo a los Reyes para que vengan a verme, me dicen siguen desórdenes en Venezuela y agresiones contra ministros Gómez; no vendrán por enfermedad hijos. Siesta durante la cual leo periódicos. Llegan Clemencia Miró y Mercedes y se quedan conmigo mientras Lydia se va al té de los Ballesteros. Hablamos agradablemente sobre distintos temas. Mercedes es simpática e inteligente sin pretensiones izquierdistas, sin fanatismo me cuenta cosas interesantes sobre los partidos políticos. Llega Lydia de su té con buen humor. Comemos horriblemente mal, sopa con gusto a sebo y un conejo con tomate que me hace daño; sabe la carne a inmundicias, es el caso que al acostarme siento dolores en todo el estómago e intestinos como no había sentido desde Fuenfría día de año nuevo. Me duermo ya tarde con Neurinasa y habiendo tomado Bismuto. Escribo en la mañana a mamá y María diciéndoles retardo viaje de Lydia.

Domingo 26. Temp. 37

.....  
Me despierto tarde con impresión de tristeza y desaliento. Todas las cosas que me rodean en esta casa me parecen extrañas, despegadas de mí. Me gusta sentir la compañía de los muebles y de los objetos; siento no haber traído de París los *bibelots*, me gusta mirar los que fueron de Emilia, que conocía en su casa donde me eran familiares como los míos, y que me han acompañado luego en estos doce años que han seguido a su muerte, pero los pocos objetos que he traído están colocados de modo que no los veo de mi cama; tampoco los libros. En Leysin me acompañaban ellos.

.....  
Pienso que hace ya diez años de los cuales cuatro de enfermedad o sea de vivir fuera del mundo. Al regreso almuerzo con apetito un estupendo hervido de gallina. Siesta. En la tarde vienen Luz y Paquita, luego la hermana de Aurora Márquez (no sé cómo se llama) que me parece muy simpática. Se ocupa de periodismo y obras sociales, me dice conoce a María Valero y que la hija del Presidente López Contreras quiere a toda costa conocerme, cosa que me alegra, no sólo por tener influencias, sino porque deseo saber de Venezuela. Carta de María detenida en Neuilly, según me cuenta mamá, me dice también siguen mal de los bronquios cosa que me preocupa. Cuando se van todos escribo a Pepe mandándole informe Ma. y larga carta a Q. enviándole recomendación para Waleffe. También éste me escribe postal romanticismo exaltado diciendo que nunca me olvida. Es ya la tercera vez que me

También me acompañaba la radio: la de aquí sólo me deja oír la voz del horrible *speaker* de Madrid, ¡banalidades de todo orden y parásitos infernales! Llega Fernando hacia las doce, después del baño. Vamos a Rosales y nos instalamos en un café. Día de sol espléndido. Divertido ver pasar la gente endomingada, alegría de ciudad meridional, limpiabotas, mendigos, soldados, niñeras. Tomamos aperitivos y nos retratamos, recuerdo temporada Jean Les Pins, viajes a Cannes en auto con María, etc. Me invade toda aquella época mientras Lydia y Fernando conversan...



escribe en ese tono; ¿sería cierta su pasión del 28 y este renacer de ahora a qué obedecerá? Lecturas, periódicos y el Mazarino.

*Lunes 27. Temp. 37,3.*

Tiempo desapacible. Observo este pedazo de calle tanto si se va a una esquina como a otra tiene una corriente aire que llega a los huesos *muy peligrosa*. Almorzamos muy bien: hago yo misma el *roastbeef* que está riquísimo. Empiezo a interesarme en la cocina y me divierte —como ganar un juego—, acertar un plato. Cartas de María de Caracas. Liquidación. Me repite las casas se “están cayendo”. Cada día me confirmo más y más maestros de obras engañaron a la pobre Emilia, ella se dio cuenta gasto excesivo mayor que lo que hubiera costado un arquitecto caro, pero murió creyendo que me dejaba casas y renta sólida para el resto de mi vida. . . Siesta. Lydia sale con Fernando y regreso con mis libros: “Antología gallega” (hojeo y me encanta la gracil y armónica lengua); “Crónica de Pedro el Cruel”, del Canciller L. de Ayala; “Oráculo Manual” de Gracián, y una obra crítica sobre poesía moderna española. Sigo sin embargo, sintiendo dolor de cabeza y como temo gripe, tomo colifedrina y demás precauciones.

*Martes 28.*

Duermo hasta la tarde (las ocho) y me desayuno sin apetito. Después notas siento terrible crisis neurastenia, aburrimiento de todo cuanto me rodea, además cansancio de la vista. Me voy al cuarto de Lydia y me quedo conversando con ella hasta que llega Fernando. Este hace el “picadillo criollo”. Almorzamos bastante mal. Siesta. Casi no leo. Llega Luz. Mucho más tarde muy amable y cariñosa, pero sin ningún carácter. Tipo de la pseudo intelectual hisp. americana. Fundadora de revistas, clubes, etc., llena de iniciativas cursis que no tienen nada que ver con la cultura. Sin embargo, cordialidad, deseo de servir, ser amable, etc. Es lo cursi exuberante y bondadoso muy de América. Invitación a Gabriela. Después de comer sigo con impresión neurastenia; todo me agobia, el mal tiempo, la casa y los muebles feos; la falta de libertad diaria, presencia F. para lo que nos resta de vida en Madrid, conflicto venida mamá y María, cabrán en la casa, etc., etc. Vuelvo impresión neurastenia de la mañana. Decido hacer en ese sentido y tratar de ocuparme en cosas más manuales que en simples lecturas: revisión cartas, por ejemplo. Hace mucho tiempo que impulsada inconscientemente quizás por autosugestión, siento necesidad ejercer iniciativas y emotividad seguidas.

Miércoles 29. Temp. 37,1

Mañana mejor que la de ayer.

... Me levanto y leo revistas "Nuestra raza", me la ha traído M. E. V. Vienen cosas interesantes respecto a Maimónides y Sefarditas. Aparecen en todos los números elogios a O. B., veo está en *vedette*: retratos, cordón Isabel La Católica, Presidencia de honor, interviús, estudios históricos, etc. Leo algo. Facilidad de estilo, pero incultura inconsciente. No duda en trabucar Pont Neuf por Port Royal. Hablando Pascal y jansenismo. Acumulación errores burdos por atropellos como en el Bolívar: excesiva juventud quizás y daños del éxito fácil. En todo caso demasiado aplomo para hablar de cosas que en realidad no conoce como los malos periodistas. Me salgo por mal tiempo. Escribo a mamá y María. Siesta agradable. Leo cuento Kipling y algo de *Nouvelles Litteraires*. No viene Fernando ni ninguna visita. Hacia mitad tarde, cable Seida indicando se ocupará ella y amiga asunto Lydia, que no embarque. Esta me habla hacer colaboraciones prensa y escribe artículo sobre fotografías de Terwagne con consideraciones sobre vida Leysin, etc., que encuentro muy bien. Me asombra rapidez con que escribe. Creo podrá hacer periodismo con facilidad. Pasado día con algo de cama. Decido hacer sacudir mantas, almohadas y doblar piel. Creo es cuerpo extraño en los bronquios lo que me fastidia. Después cena viene L. y conversamos hasta tarde.

Viernes 31. Temp. 37.

Lectura periódicos Caracas durante los días y después muerte Gral Gómez.

.....  
Me dan una triste impresión de prensa mala y de falso civismo. Sólo iniciativa escritores —espíritu de asociación en todas las carreras y gremios para *formar* una opinión pública que contrarreste cualquier tiranía, me interesa—. Aún dura el tono de lisonja al hablar de López Contreras. Personas que figuran en la iniciativa tampoco me gustan mucho "individuos" de vida poco limpia de los que no podrán ser nunca "liberales a la inglesa" como eran los primeros gobernantes de la República. Serían o aduladores serviles o instrumentos de tiranía. Lo de siempre.  
.....

Paso el fin de la tarde conversando con Lydia que no ha salido. Lo mismo después de comer. Cuento del *Journal*: espera de una cita en pleno París de Primavera me ha traído la *evocación* y la *nostalgia* de mi vida activa, del encanto especial de París en los lindos días y de la juventud de la que me voy alejando más y más como un mar que atravesara esta enfermedad. En mi conversación con Lydia continúa la evocación de los años pasados, hablamos en gran recuerdo sintiendo las mismas cosas. Se va ella de mi cuarto ya tarde.

1º febrero. Temp.

Me despierto y leo el artículo que ha escrito Lydia sobre Teruagnepa. Social de la Habana. Su exordio sobre Leysin me hace gran impresión.

.....  
Siento pasar aquellos dos años sobre todo los meses del Grand Hôtel como un ensueño lleno de encanto y de posibilidades poéticas. Pienso en el libro posible que tanto deseo y lo siento de pronto como si viviera en mí, sensación que me inunda del placer que sentía cuando vivía en medio de los personajes de Ifigenia y de las M. de mamá Blanca. ¡Qué felicidad sería volver a ese ambiente del alma retoñando de creación como un árbol en primavera!...

.....

el mío. Salgo otra vez con Lydia a las tiendas y al cine "Actualidades". Muerte Jorge V., etc. Almorzamos tardísimo una paella que está bien buena. Siesta tarde, llega Luz. Crisis bronquial-asmática, logro detenerla con inmovilidad. Quizás por haber hablado demasiado. Termino el día con sensación de malestar por el arreglo de la casa, Lydia quiere mudarse, pero me parece un disparate antes de *abril*. Es lo cierto que con este frío el único lugar posible es el comedor, allí trasladamos los muebles lo que aumenta el desorden. Entre los muebles feos, el mosaico manchado, el pipí de la Raty que todo lo ensucia, el olor de cocina, etc., esta casa es todo lo contrario de lo que me gusta, de lo que hubiera necesitado mi espíritu tan sensible al orden, al confort, a lo arreglado y bonito. Noche de desvelo. La aprovecho para observar la radio y ver si me conviene o no conservarla.

## Domingo 2

Día con sol y aire. Por desvelo me despierto tarde y comienzo reglamento de todos los días. Imposible salir por viento y mal tiempo. Almuerzo, somnolencia y estado de efecto droga producida por efedrina tomé en la mañana. Tarde aburridísima, cansancio, neurastenia. Voy un rato donde está Luz de visita. Me siento aún aburrida, alejada de lo que hablan, hostil. Analizo luego (psicoanálisis) esta sensación y encuentro las causas.

.....

Quisiera no sentir nunca esta sensación de desadaptación que agría a la larga el carácter. Sufro además de encierro, de claustrofobia. Creo que si viviera en una casa agradable sin nada que me molestara acabaría por tener la impresión de Leysin: serenidad y don de escribir fuera del tiempo.

.....

Llegan los libros encargados a librería. Pienso bibliografía quiero hacer sobre cronistas y demás obras americanistas. Buscar en Baudini y notas Lib. esp. e informes Ballesteros y Chacón. Creo que es menester orientar la lectura hacia fin determinado, especializarme en algo, poseerlo de veras y desarrollar entonces iniciativa, actividad, perseverancia. Todas estas condiciones se anulan cuando no se fija un plan. Este desorden es disolvente sobre todo para los espíritus lentos y ordenados como

Desvelo *hasta* las dos que duermo con Neurinase. Lecturas: Lutero de Funck. Brentano e Isabel la C. de M. También el folleto "Crucismo" de Chacón que me interesa mucho. Lo único agradable del día ha sido marcar y catalogar los libros recibidos de París.

*Martes 4*

Mañana como de costumbre Coué. Notas, etc. Escribo a Comptair, Bendelac, banco Madrid, pongo orden papeles. Noto que trabajar sentada delante escritorio en vez cama me da cierto bienestar espiritual. Almuerzo bueno. Siesta: lectura periódicos. Tarde larga aburrida. Neurastenia. Viene Carmen Pérez y me distrae rentas cocina. Llega Lydia. Paseo sintiéndome mejor. En cambio tengo impresión debilidad extrema (sensación tengo a menudo). No sé a qué atribuirlo: es como si estuviera extenuada por una gran enfermedad. Creo llevo vida anti-higiénica por encierro y falta aire: quizás cocina tenga emanaciones ácido de carbono, pues todas en la tarde sentimos dolor de cabeza. Tendría gracia me repitiera lo del Atelier Avenue Junot, origen de mi enfermedad.

## TRES CONFERENCIAS

### INFLUENCIA DE LAS MUJERES EN LA FORMACION DEL ALMA AMERICANA

#### I

ME PARECE que estoy soñando al verme por fin aquí en Bogotá frente a mi público de íntimos y ya viejos amigos, sin experimentar ninguno de los fantásticos temores que preveía de lejos, sino sintiendo, al contrario, la confianza y la alegría de los más lindos ratos de la vida.

Esta visita a Colombia me estaba dando llamadas al corazón desde hace ya mucho tiempo. Yo respondía a las llamadas, pero sólo respondía a distancia, con señas y sonrisas, porque como los tímidos, por muy enamorados, tenía miedo de acercarme demasiado. Este otoño la llamada se hizo voz, y voz tan apremiante y tan prometedora, que dejando a un lado todo temor y confiando en la buena estrella que protege a los emprendedores, comencé a preparar mi visita a la cual no quería llegar, como ven ustedes, con las manos enteramente vacías.

La voz apremiante de que hablo vino hasta mí en forma de carta. Era a principios de noviembre. Acababa de llegar a París, después de un largo y primer viaje por Italia. Me disponía a pasar un invierno tranquilo en mi rincón de Neuilly, un invierno de lectura y quizás también de trabajo, — en París nunca se sabe, — cuando una mañana, me despertó la carta mensajera de Colombia. La redactaba un grupo de amigos residentes en Bogotá. En ella me transmitían la siguiente invitación: Venir a Colombia a hacer una

serie de conferencias que versasen sobre mi persona, sobre la historia de mi vocación literaria y sobre mis libros. No me es fácil explicar a ustedes en qué estado de perplejidad me dejó tan sugestiva y tan peligrosa invitación. Como hasta entonces nunca había hablado en público, me sentí durante varios días en pleno mar de dudas y de tentaciones. Daba vueltas, y más vueltas al dilema: ¿Cómo hacer una conferencia? ¿Cómo asumir el papel de autor presente ante un público, que, si me quería de lejos, era quizás por esa misma circunstancia de no haberme nunca visto de muy cerca? ¿Y la vocación literaria tan intermitente y tan frágil? Pero por otro lado la idea de atravesar el mar durante largos días de paz, remontar quizás muy lentamente el Magdalena y a lo largo de la selva y de los Andes llegar a tantas ciudades familiares y soñadas me llenaba el alma de exquisitas inquietudes. A través de mi ventana, por entre las hojas doradas que iba barriendo el otoño brumoso de París, me llamaba el trópico. Reconocía ya en lontananza aquella Colombia de las primeras visiones románticas de mi infancia: El Valle del Cauca; la gran casa de hacienda; el estanque de los baños trémulo de rosas; el perro Mayo; la negra Feliciano; y desde allá, desde la cumbre del sendero que se iba, la ventana lejana con su marco de flores donde blanqueaba todavía María despidiendo a Efraín.

Ante el ensueño radiante del viaje, el modo de realizarlo y sus consecuencias inmediatas no existieron ya. Una de las más graves consecuencias resultaba ser la decisión del tema para preparar las conferencias. Aceptar el propuesto era casi un deber. Cuando un libro ha contraído amistad íntima con el alma de un lector, como en todo caso de intimidad, florece naturalmente de los oídos hacia los labios una dulce sed de confidencia. Yo sé, lo he visto ya y lo digo con alardeo de niño que no ha hecho nada para merecer amor, sé que a mis libros se les quiere mucho en Colombia. Sé se les quiere con ese lindo cariño desinteresado y doméstico con que se quiere a los perros, a las flores, a los pájaros enjaulados y en general a todas las cosas familiares e inútiles.

Era por lo tanto natural, lo comprendo, el que hoy, día de mi llegada a esta casa paterna, se impusiese en mis labios la sonrisa de una confidencia. Desgraciadamente, la falta de distancia y el exceso de testigos no me ha hecho posible forjar una bonita historia que fuese verídica para las necesidades del corazón. Dentro de treinta, treinta y cinco, o cuarenta años, regresaré a estas ciudades colombianas. Entonces, como en el soneto de Ronsard, temblando de vejez, entre el huso y la rueca, narraré en la noche junto a la candela, la historia maravillosa de mi juventud. El incidente narrado en *Ifigenia* con el exquisito poeta colombiano, incidente, que según veo, necesita en Colombia de un nombre propio, podrá tenerlo entonces. Valiéndome de esa historia y de otras extraordinarias, sin peligro de que nadie me desmienta, podré así ver reflejada en los ojos de mis oyentes, no la imagen de lo que soy, sino la visión divina de lo que hubiera querido ser.

Esta promesa en lo que se refiere a mi persona o primer tema propuesto. Sobre el segundo tema: el de la vocación literaria, — sólo les puedo decir,

que por mucho que la busqué para estudiarla, me pasó lo de siempre: no la encontré. A tal punto esa vocación literaria acostumbra perderse y desamparrarme, que cuando a veces, algún detractor —hay siempre murmuradores que por falta de tacto nos dicen cosas agradables— cuando algún detractor hizo correr la voz de que no era yo la verdadera autora de mis libros, fui la primera en creerlo con bienestar y alegría. Perdida la vocación, me sentía libre de una gran responsabilidad, perdiendo también los libros. ¿Qué son en efecto las obras realizadas sin la vocación que las reafirme y proteja de nosotros mismos? Que mis libros ya no son míos, es hasta cierto punto la verdad. Fuera del nombre, que ha quedado como por distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas. Escrita la primera por una muchacha de nuestros días, de quien nadie sabe aún el paradero; redactada la segunda por una abuela ya muerta, quien fue en su vida hospitalaria y cariñosa como tantas otras que estas ciudades buenas de América guardan aún bajo sus techos de tejas, tales relatos o novelas no tienen a mis ojos más autores que esas dos ausentes. Situadas en los extremos opuestos de la vida, se quedaron algún tiempo conmigo, me contaron sus ansias de vivir la una, su melancolía de haber vivido la otra, y terminadas sus confidencias, se fueron discretamente a tiempo de editar los libros.

En cuanto al tercer tema, el de los libros, en sí, o precisando mejor, el de la tesis de IFIGENIA, el del caso crítico de la muchacha moderna, sí me pareció interesante y digno de tratarse por trascendental, por prestarse a discusión y por urgente de remediar. Ese no lo rehúyo.

Son ya muchos los moralistas que con amable ecuanimidad, los más, o con violentos anatemas, los menos, han atacado el diario de María Eugenia Alonso, llamándolo volteriano, pérfido y peligrosísimo en manos de las señoritas contemporáneas. Yo no creo que tal diario sea tan perjudicial a las niñas de nuestra época por la sencilla razón de que no hace sino reflejarlas. Casi todas ellas, las nacidas y criadas en medios muy austeros, especialmente, llevan dentro de sí mismas una María Eugenia Alonso en plena rebeldía, más o menos disimulada, según la oprima el ambiente, la cual les dice todos los días de viva voz lo que la otra les dijo por escrito. El diario de María Eugenia Alonso no es un libro de propaganda revolucionaria, como han querido ver algunos moralistas ultramontanos, no, al contrario, es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad contemporánea, la del bovarismo hispanoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura, y falta de aire nuevo en el ambiente. Disgústense o no los moralistas, no se detiene una epidemia escondiendo los casos, como se hace a veces en ciertos puertos cuando a costa de la verdad y de la salud pública se quiere tener a todo trance carta de limpieza. Las epidemias se detienen con aire, con luz y con medidas de higiene moderna que neutralicen las causas, modernas también a veces, que produjeron el mal. La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres no se cura predicando la sumisión, la sumisión y la sumisión, como se hacía en los tiempos en que la vida mansa podía encerrarse toda dentro de las puer-

tas de la casa. La vida actual, la del automóvil conducido por su dueña, la del micrófono junto a la cama, la de la prensa y la de los viajes, no respeta puertas cerradas. Como el radio, que tan exactamente la simboliza, atraviesa las paredes, y quieras que no, se hace oír y se mezcla a la vida del hogar. Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, consciente de los peligros y de las responsabilidades, útil a la sociedad, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable, sino compañero y amigo. El trabajo no excluye el misticismo, ni aparta de los deberes sagrados, al contrario, es una disciplina más que purifica y fortalece el espíritu. Pero misticismo, sumisión y pasividad impuestas a la fuerza porque sí, por inercia de la costumbre, produce peligrosas reacciones silenciosas, despierta el odio a la cadena, que en otro tiempo era buena, y agria las almas que en su apariencia de paz, tomando donde pueden sus represalias, acaban por hacerse sepulcros blanqueados. Los verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es: la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano, con que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo, podría haber sido mil veces noble y santa.

Cuando digo "el trabajo", no me refiero a los empleos humillantes y mal pagados, en los que se explota inicua y cruelmente a pobres muchachas desvalidas. Hablo del trabajo con preparación, en carreras, empleos o especializaciones adecuadas a las mujeres y remuneración justa, según sean las aptitudes y la obra realizada. No quisiera, que como consecuencia del tono y argumento de lo dicho, se me creyera defensora del sufragismo. No soy ni defensora ni detractora del sufragismo por la sencilla razón de que no lo conozco. El hecho de saber, que levanta la voz para conseguir que las mujeres tengan las mismas atribuciones y responsabilidades políticas que los hombres, me asusta y me aturde tanto, que nunca he llegado a oír hasta el fin lo que esa voz propone. Y es porque creo en general, a la inversa de los sufragistas, que las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido la abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece, que junto con el de los mineros de carbón, es uno de los más duros y menos limpios que existen. ¿A qué reclamarlo?

Mi feminismo es moderado. Para demostrarlo y para tratar, señores, ese punto tan delicado, el de los nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir, no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado, para tratar ese punto había comenzado por preparar en tres conferencias una especie de ojeada histórica sobre la abnegación femenina en nuestros países, o sea la influencia oculta y feliz que ejercieron las mujeres durante la Conquista, la



Colonia y la Independencia. Como creo que existe realmente un espíritu común a todos los países de nuestra América católica y española, y como creo que fomentarlo en la unión es patriotismo amplio, abarqué en esa ojeada histórica todos nuestros países y la llamé "Influencia de las mujeres en la formación del alma Americana".

Pero terminada mi ojeada histórica, por circunstancias imprevistas, tuve que emprender viaje hacia Nueva York y La Habana, primeras jornadas de mi viaje a Colombia. Pensé que adquiriría en esas dos ciudades nuevos datos interesantes sobre las mujeres modernas, objeto de mis conferencias finales y los adquirí en efecto, pero al mismo tiempo me abandonó la vocación al momento propicio de escribir. En Nueva York no se puede trabajar por el exceso de movimiento y de ruido, y en La Habana mucho menos, por el *dolce far niente*. Me he quedado, pues, por todo haber con mis mujeres abnegadas. Hablando con franqueza les diré que allá en el fondo de mi alma las prefiero: tienen la gracia del pasado y la poesía infinita del sacrificio voluntario y sincero.

Como breve resumen de mis impresiones de viajera diré sólo que La Habana es uno de los lugares en donde mejor puede observarse la feliz evolución de las mujeres latinas hacia un fin más útil y más justo sin perder las características de la feminidad y con resultados francamente buenos. Cuba tiene un fuerte carácter criollo tradicional y folklórico que la defiende milagrosamente de las invasiones espirituales. Su decantado americanismo no ha llegado todavía al alma de ninguna de las clases sociales. La gente habanera es criolla rancia y de buena ley a pesar del inglés, el turismo, los dólares, y los continuos viajes. Un gran número de mujeres cubanas trabajan y estudian sin haber perdido su feminidad ni su respeto a ciertos principios y tradiciones. Vivía en casa de una familia amiga cuyo jardín lindaba con la Universidad. Por sus puertas veía entrar y salir todos los días casi el mismo número de muchachas que de jóvenes. Conocí de muy cerca una familia sumamente honorable de la clase media. Eran cinco hermanas de 20 a 30 años. Tres estaban graduadas y trabajaban en sus clínicas o en los hospitales con mucho éxito. Dos estudiaban todavía. Las cinco eran perfectamente correctas, muy bonitas, muy femeninas y las tres doctoras ayudaban con su trabajo a los padres viejos y a las dos hermanas estudiantes. Su trabajo no las apartaba del matrimonio: dos de ellas tenían novios que recibían en su casa de noche según la clásica costumbre criolla. La diferencia de resultados entre esta educación y la educación tradicional que perdura allí, en la misma Habana en las clases pudientes, es, a mi manera de ver, muy notable. La "señorita bien" habanera, la rica heredera, jugadora de tenis y de bridge, vestida por Patou, propietaria de un automóvil que dirige ella misma, salida a veces de conventos y de medios muy austeros es en general preciosa, muy elegante, de trato fácil y encantadora, pero su cultura, sus condiciones de carácter, y sobre todo su nivel moral, por falta de preparación adecuada a la vida moderna, es muy inferior a la de la muchacha disciplinada por el trabajo.

Gabriela Mistral, quien vendrá quizás aquí en julio o agosto me insinuó ese deseo en una carta en la cual llama por cierto a Colombia "lo más sano del trópico". Gabriela hablará sin duda con mucho acierto de este tema palpitante que ella conoce mil veces mejor que yo, por ser militante en todas sus ideas. Era precisamente haciendo un paralelo detallado entre su vida y la vida de Delmira Agustini, las dos mejores poetisas americanas de nuestro siglo, con lo cual quería demostrar la redención y dignificación de la mujer por la independencia pecuniaria y el trabajo. Aunque muy brevemente quiero esbozar ese paralelo.

Delmira Agustini, joven, bonita, genial, nacida en un medio burgués y austero, es el caso de la María Eugenia Alonso de *Ifigenia* llevado a la tragedia. Por la fuerza de la costumbre "toda mujer debe casarse" se casa muy joven con el llamado buen partido. A los pocos días del matrimonio comienza el drama de la incompreensión. Por un lado el dueño vulgar y despótico; por otro el desdén silencioso de la que se siente mil veces superior y se ve esclava, como consecuencia: el odio mutuo, mezclado aún de pasión, el divorcio y por fin un día en una de las entrevistas del proceso, el marido la asesina y se mata, único medio de someterla a ella y de saciar él su sed de dominio.

Gabriela Mistral, pobre, nacida en un medio honrado y modesto, sin convencionalismos mundanos, trabaja casi desde niña. Su trabajo y su fe de buena cristiana le va mostrando, al correr de los días, nuevos ideales que ella humaniza y adapta a las necesidades reales de la vida y ahí va por el mundo, sufriendo y luchando en su obra de apóstol, socialista, católica, defensora de la libertad y del espíritu noble de la raza.

Ella con su voz autorizada les hablará quizás del feminismo justo y ya indispensable. Yo, entretanto, si ustedes me lo permiten, ya es hora, me voy a buscar a mis mujeres abnegadas, o sea, "La influencia de las Mujeres en la formación del alma americana". Confieso que la redacción de este título me ha costado mucha reflexión, numerosas discusiones conmigo misma y en general todas las crueles zozobras con que suele atormentarnos el dilema de una expresión, que para ganar claridad, ha de perder elegancia. Ignoraba si sería correcto e ignoraba sobre todo si sonaría bien en oídos colombianos el decir "alma americana" en lugar de: alma latino-americana, iberoamericana, hispanoamericana, indoamericana o indohispanoamericana. Ninguna de estas combinaciones me parecía grata ni en el fondo, ni en la forma. No tienen ligereza, no tienen alas, no tienen gracia. Suenan, no sé por qué, a snobismo criollo naturalizado en el extranjero, origen de algunos bienes, pero de muchos males y de muchos pecados contra el buen gusto. Por otro lado, el hecho de poseer tantas y tan diversas fuentes bautismales me pareció tristísimo. Considerando las diversas expresiones, vi que cada una, encerraba por oposición con las otras, una fórmula de disgregación. Pensé al azar en el poder de las palabras determinando los hechos, pensé en la dulce intimidad de las cosas con sus nombres, y pensé (por fin) en que nuestra hermosa patria anónima, tan extensa, tan diversa y tan milagrosa-

mente semejante sin haber tenido para el misterio de la semejanza ni brazos de cercanía ni la mesa paternal de un solo nombre iba quedándose ahora relegada al rango de expósita sin apellido y con mucho peligro de perder la hacienda. Resolví por lo tanto suprimir todo nombre compuesto y decir "alma americana" con sonrisa de amor, segura de que todos han de comprenderme.

Yo creo que mientras los políticos, los militares, los periodistas y los historiadores pasan la vida poniendo etiquetas de antagonismos sobre las cosas, los jóvenes, el pueblo y sobre todo las mujeres, que somos numerosas y muy desordenadas, nos encargamos de barajar las etiquetas estableciendo de nuevo la cordial confusión. Me refiero especialmente al molesto antagonismo, obra de la imprenta y no de la lengua viva que ha venido a oponer el indoamericanismo, al hispanoamericanismo. Yo no quiero hablar aquí de la maldad que encierran estas dos fórmulas enfrentadas como dos teas de discordia dentro de la misma casa: de un lado el inhumano desdén del blanco ininteligente e insensible que se cree todavía dueño y señor; del otro lado el indianismo romántico, el odio sordo del mestizo hacia la raza intrusa, el odio que espolea daramente la divulgada e injusta versión de la conquista española a sangre y fuego: ¡como si sólo de destrucción se tratara, como si la conquista de América fuese un caso aislado en la historia del mundo y no la eterna y odiosa ley de todas las guerras y de todas las invasiones! Sobre este tema se ha discutido ya mucho sacando siempre a colación muy importunamente al excelente y exaltado Padre Las Casas. Yo creo que el Padre Las Casas fue un apóstol y un santo. Supo condenar con valor el espíritu de crueldad que anima a la guerra y el abuso inicuo del fuerte contra el débil. Pero como muchos líderes del pacifismo y socialismo luego de amar con pasión la piedad y la justicia, amó todavía más el fuego de su propia elocuencia que pertenecía a la escuela de Savonarola. Brillante polemista vivió desgraciadamente en una época en que no existían los *meeting* ni la prensa. Sus enérgicas campañas enriquecidas con estadísticas de mortandades imaginarias al pasar a la categoría de documentos históricos han servido de instrumento en manos extrañas, es decir, en manos de los protestantes y de las razas del Norte, dos veces enemigos del Imperio Español para desacreditarnos sistemáticamente y han servido a menudo entre las propias manos para despertar desavenencias y avivar odios de raza.

Contemporáneas del Padre Las Casas otras en silencio predicaron la clemencia y la paz. Fueron las mujeres de la conquista. Obscuras Sabinas, obreras anónimas de la concordia, verdaderas fundadoras de las ciudades por el asiento de la casa, su obra más efectiva a través de las generaciones en su empresa silenciosa de fusión y amor.

De una mujer, Isabel la Católica, nació como sabemos todos, la epopeya de la conquista. Al adivinar a Colón, ella dirigió de España hacia las selvas de América el tumulto espléndido del Renacimiento. Desde lejos, por el tiempo y la distancia, es ella la madre y la madrina europea de nuestra América. Su figura simbólica dulcificada después por la indolencia de la vida colonial encierra ya todas las características de la clásica "matrona criolla" nuestras abuelas

de ayer. En recuerdo de ellas quiero evocar un instante a la reina en esta semblanza con que prologa su traducción de la Conquista de la Nueva España, José María de Heredia. Lo hago por fe y devoción de raza, como se evoca al santo familiar en esas oraciones que por saberse de memoria se repiten todos los días:

“El 26 de noviembre de 1504 —dice Heredia—, la reina Isabel murió en su castillo de Medina del Campo. Mujer valerosa, casta y abnegada unía a las gracias femeninas todas las virtudes viriles. Su espíritu fue superior al de su época. Amó en extremo el saber y los libros. Reina intrépida y sagaz conquistó Granada y comprendió a Colón. En su lecho mortuorio con la serenidad de un filósofo antiguo dictó su testamento. Desbordante de fe, de amor, de inteligencia y de magnanimidad ese célebre testamento fue el sello de su vida noble. Isabel era buena. En las angustias de la agonía pensaba aún con inquietud maternal en su pueblo de Castilla y en sus hijos de Indias. España entera lloró a esta mujer incomparable. Había sido ella el mejor y más grande de todos sus reyes. La naturaleza misma pareció conmoverse con su muerte. La tierra tembló. El cielo cubrió con pompa lúgubre la sencillez de sus funerales. Quiso descansar en la tierra que ella misma había ganado. Bajo la tempestad, los rayos, los truenos y las aguas desbordadas un carro fúnebre la condujo a Granada. El reinado de Isabel fue la aurora de aquella gloria española que declinó en el mar con la Invencible Armada”.

Frente a Isabel la Católica del lado acá del mar, vemos pasar discretas y veladas por los relatos de los Cronistas de Indias, la dulce teoría de las primitivas fundadoras. Sus vidas humildes llenas de sufrimiento y de amor no se relatan. Apenas se adivinan. Casi todas son indias y están bautizadas con nombres castellanos. Muchas son princesas. Se llaman las más ilustres doña Marina, doña Catalina, doña Luisa, doña Isabel la guaiquerí, madre de Fajardo, el conquistador de Caracas, la otra — doña Isabel mater dolorosa del Inca Garcilaso — y otras pobres esclavas o herederas de cacicazgos que comparten con sus maridos blancos el gobierno de sus tierras y junto con el don de mando les enseñan a usar los zaragüelles de algodón, la sandalia de henequén y el sombrero de palma.

El cacique blanco, adoptado por completo al ambiente indio, no es, señores, una leyenda romántica, es un caso típico de conversión por milagros del amor femenino. El propio Padre Las Casas, al elogiar la belleza de ciertas indias, cuenta hasta sesenta casadas con castellanos en la sola ciudad de la Vera Paz, y es muy elocuente y sumamente conmovedora la historia de aquel español llamado Gonzalo Guerrero, quien por haber naufragado cuando la expedición de Vicsesa vivió ocho años entre los indios. Un compañero suyo llamado Aguilar que había logrado escapar regresó un día a la tribu con el dinero necesario para pagar el rescate de Guerrero y lo amonestó diciéndole que iba a perder su alma por vivir entre indios idólatras. Guerrero lo despidió diciendo: (son las palabras textuales del cronista) —“Hermano, soy casado, tengo tres hijos y tiénneme aquí por cacique cuando hay guerra. Idos con

Dios que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. Ya veis estos tres hijitos míos qué bonitos son. Por vida vuestra que me deis para ellos esas cuentas verdes que traéis”.

Así pues en el pueblo de caneyes y bohíos, frente a los cocoteros y el mar mezclando el cacao a la vainilla o cociendo el cazabe, las indias, tropicales Nausícaas, preparan junto con la cena del recién llegado el advenimiento de la época colonial, nuestra Edad Media criolla. Esa Edad Media tendrá por religión el culto casi inconsciente de la naturaleza. Ella, la naturaleza, catequiza a los nuevos bárbaros mientras éstos catequizan a los indios. Sus catedrales góticas serán las ramas que en la fundación de las haciendas se irán alineando y levantando en bóvedas transparentes, musicales y altísimas. Dentro de ellas serán las bendiciones fecundas del cacao, el café, el banano, el algodón, el tabaco y la caña de azúcar. Como habrá bendición para todos, todos serán hermanos en la santa abundancia. Todos rezarán todos los días con el viejo don Juan de Castellanos su credo colombiano de conquistador agradecido: (el mismo que repetí yo también hace algunos días al entrar a Colombia por el Valle del Cauca y los campos del Quindío):

*Tierra de oro, tierra abastecida  
Tierra para hacer perpetua casa,  
Tierra con abundancia de comida,  
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,  
Tierra de bendición clara y serena,  
Tierra que ha dado fin a nuestra pena.*

Como ocurre a menudo en los viajes y en todas las empresas donde puede terciar el corazón, éste cuando menos se espera, nos hace torcer de rumbo. Los conquistadores españoles y portugueses que al salir de la Península eran militares o traficantes del tipo de los venecianos, sus rivales, acabaron, sin saberlo, siendo poetas fundadores de una Arcadía tropical. Vinieron a buscar oro y encontraron ideales. Después del choque brutal con la tierra generosa comenzaron a descubrir el oro dentro de ellos mismos. ¡Cuántos y cuántos oscuros aventureros al pasar el mar se convierten por milagro del ambiente en Patriarcas y en espléndidos Señores! ¡Ah! No en balde se navega por los mares del trópico bajo las noches olorosas llenas de estrellas que aumentan y se acercan junto con el navío: En el prodigio de esa primavera que va creciendo sobre el mar de Europa hacia nuestra América todo son promesas de fortuna y de amor para el viajero. Por consejos del viaje los conquistadores tan ásperos guerreros supieron a menudo ser suaves y dóciles amantes.

Las mujeres que figuran en la formación de nuestra sociedad americana imprimiéndole su sello suave y hondo son innumerables, son todas. Creo que pueden dividirse en tres vastos grupos. Las de la conquista: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la independencia: son las inspiradoras y las realizadas. En Méjico, en Bogotá, en Lima, en Quito, en Caracas, en Buenos Aires,

en La Habana, siguen idéntica evolución. Parecen moverse en la misma ciudad, son vecinas del mismo barrio, son hermanas. Si Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Ecuador, guardan su largo martirologio de heroínas realizadoras y amantes, las grandes de la Independencia; es a Méjico y al Perú donde he venido a buscar hoy dos humildes flores indígenas como prototipos de las primitivas dolorosas. Junto a la Malinche mejicana doña Marina glorificada y feliz al fin de su vida, la melancólica ñusta doña Isabel, nieta del monarca peruano Túpac Yupanqui y madre del primer escritor americano, el tierno Garcilaso de la Vega. La vida de esta última pasará dulcemente entre el amor y las lágrimas. Como fruto de su mansa abnegación no recogerá sino ingratitud y desamor. No importa, se refugiará en el silencio y la resignación. Su dolor de abandonada madurado por su hijo en la añoranza y el destierro producirá, muchos años después, uno de los más bellos libros de la literatura clásica española: *Los Comentarios Reales*.

Se ha hablado siempre con admiración del genio político de Hernán Cortés, de su sagacidad extraordinaria para tratar y pactar con los indios. Yo creo, señores, que esa sagacidad misteriosa de Cortés se llama exclusivamente doña Marina. En las diversas crónicas sobre la Conquista de la Nueva España, es decir, en las dos o tres que conozco, se le atribuye a doña Marina un papel importante en cuanto a intérprete y mediadora; dando consejos acertados o descubriendo conjuraciones, como la de Cholula, en la que se tramaba la muerte de Cortés y de toda la expedición. A través de lo poco que se dice se adivina lo mucho que no se cuenta. Es absolutamente seguro que la influencia de doña Marina en la Conquista de Méjico fue más importante, su mediación y sus consejos mucho más frecuentes y sutiles de lo reconocido por los historiadores aun por el mismo Bernal Díaz quien con tanto cariño la trata. Se dejan de contar porque los ahoga el tumulto de las acciones militares. Son cuentecillos que no convienen a la pompa oficial de la historia cuyo campo de acción se extiende con preferencia sobre escenas de destrucción y de muerte. La concordia, obra casi siempre de mujeres, es anónima; carece de elementos trágicos; no ofrece material para hacer epopeyas y la felicidad que es poco brillante, no se perpetúa en los libros, sino en los hijos, en la fusión fraternal de las razas y en la bondad humilde de la costumbre que va limando las asperezas de la vida hasta hacerla sonriente y grata.

Hernán Cortés había sido un Don Juan. Antes de emprender la conquista de Méjico tenía ya hechas numerosas y soñadas conquistas de amor. Nacido en Medellín de Extremaduras fue enviado por su padre a estudiar a Salamanca. En lugar de entregarse a la retórica, el griego, la filosofía, y el latín, que enseñaban los humanistas de entonces Nebrija, Pedro Mártir y Lucio Marineo, Cortés, adolescente y estudiante prefería a la monotonía de los temas latinos el componer coplas y redondillas que iba a cantar alegremente bajo los balcones y ventanas de las salamanquinas. Una noche, escalando una tapia por alcanzar un balcón, la tapia se derrumbó y Cortés herido tuvo que guardar cama durante varios días con el correspondiente escándalo de la ciudad y

desesperación de su padre, el modesto escudero don Martín Cortés. Convencido de que a las rosas del saber, su hijo preferiría siempre las flores silvestres del amor en los azares de la vida picaresca, luego de darle su bendición y una bolsa, que contenía más reales de vellón, que castellanos de oro, don Martín hizo embarcar a su hijo Hernando en una expedición que salía de Sanlúcar de Barrameda hacia las Indias Occidentales. Hernán Cortés tenía diez y nueve años. Primero en Santo Domingo, más tarde en Cuba, las dos colonias nacientes, la vida de Cortés sigue un tejido de aventuras amorosas. Dueño de tierras y de encomiendas que le había otorgado por sus servicios el gobernador Velásquez, simpático, apuesto, de plática expresiva y agraciada, "muy franco en las riquezas que dar" como dice el cronista, Cortés consiguió a menudo junto con el amor de doncellas, viudas y casadas más de una estocada que ocultaba después bajo la sombra de su barba negra. Establecido en Cuba en la ciudad de Baracoa, "debido a los ardores de su corazón y a los ardores del clima", dice otra vez el cronista, Cortés fue cercado en una iglesia y preso largos meses por haber dado y no cumplido palabra de matrimonio a Catalina Juárez, granadina pobre de humilde origen y no muy buena fama. Obtenida la libertad después de muchas peripecias, casado con su granadina pobre, aseguraba alegremente, ser más feliz con ella que si fuera hija de duquesa.

Tal era el Hernán Cortés generoso, galante y enamorado que conoció doña Marina, cuando algún tiempo después, emprendida la Conquista de Méjico unos caciques del pueblo de Tabasco se la llevaron de regalo al propio Cortés. "Junto con cuatro lagartijas, unas mantas, cinco ánades, dos suelas de oro y algunas otras cosillas de poco valor", dice Bernal Díaz de Castillo, y terminada la lista de los regalos añade: "Después de convertida se le puso por nombre doña Marina a aquella india y señora que allí nos regalaron. Era verdaderamente gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos. Bien se le veía en su persona que era de buen parecer, entrometida y desenvuelta. Fue excelente mujer la doña Marina, buena lengua y buen principio para nuestra conquista por cuya causa Cortés la traía siempre consigo".

Vendida como esclava por su madre y su padrastro quienes la dieron de noche a unos indios forasteros para usurpar su cacicazgo y su herencia. Doña Marina había pasado por diversas manos y diversas ciudades. Pudo aprender así durante su vida errante, junto con el don de adaptarse, las costumbres, aspiraciones, rivalidades e idioma de los diversos pueblos que iba a someter Cortés. De modo, que a su inteligencia natural, unía la amplitud de miras que da el haber viajado y el tacto refinado que da el haber sufrido. Habla la lengua maya, la lengua azteca y aprendió muy pronto a expresarse en español con tal soltura y claridad como si hubiese nacido en Sevilla.

Difícilmente podemos figurarnos la impresión deslumbradora que debió de producir en la imaginación de doña Marina la persona de Cortés. Poderoso dios blanco, hijo del sol y de la luna (según creencia común de todos los indios), embajador de lo desconocido, capitán de dioses, encerraba el trueno y el rayo en sus armas de combate, corría velozmente sobre animales que pare-

cían tener alas, su estatura y su barba lo anunciaban invencible y su presencia predicha según antiguas profecías llegaba a destruir el imperio y abrir sobre sus ruinas la era nueva. Si para los indios Cortés era el anticristo azteca, sus armas, caballos y soldados monstruos de una apocalipsis de desolación y de muerte, para las indias como doña Marina era sin duda el Mesías.

Poco o nada debía doña Marina a los suyos. Su madre la había vendido para despojarla. En su amargo rodar de pueblo en pueblo había conocido entre lágrimas la condición de las mujeres humildes de su raza. Relegadas a los más viles trabajos, maltratadas, vendidas por los hombres de unos a otros como víctimas para los sacrificios cuando niñas, como esclavas, para el matrimonio, cuando adultas, iban sin duda a mejorar de situación bajo aquellos nuevos dueños que adoraban un ídolo femenino con un niño en los brazos. Al aliarse con tanto ardor a Cortés y a la causa de los blancos contra los suyos, Doña Marina, obedeciendo a imperativos revolucionarios iniciaba en alas de su amor, la futura reconciliación de las dos razas e iniciaba además en América aunque en forma muy rudimentaria aún, la primera campaña feminista.

Era “entrometida y desenvuelta” dice Bernal Díaz al presentarla. ¡Cuánto sabor encierran en su rudeza arcaica estos dos adjetivos y cuánto se lee a través de ellos! “Entrometida y desenvuelta”, es decir, servicial, alerta, de palabra aguda y discreta con algo de coquetería y mucho de generosidad ingénita. A medida que avanza el vivísimo relato de Bernal Díaz, la sentimos actuar y la vamos conociendo hasta trabar amistad íntima con ella. Es amiga entusiasta de la novedad como buena mujer y como todo espíritu inquieto y creador. Es crédula por idealismo. Todo la deslumbra. Es el tipo de la persona simpática. Es la clásica mujer de sangre ligera que en todas partes se recibe bien porque sabe hacerse puesto y arreglar desavenencia con la alegría de su presencia. Los escribientes o pintores que enviados por Moctezuma debían darle cuenta detallada de cómo eran los invasores, entre un cielo cruzado de centellas que representan los tiros de bayesta, unos espíritus alados imagen de los caballos y otras fuerzas misteriosas, los escribientes se apresuran a estampar en la detallada carta el retrato de doña Marina como a una de las mayores fuerzas misteriosas. No hay embajada que ella no trasmita, ni proposiciones de paz que ella no presida al lado de Cortés. Ella va dulcificando acritudes al traducir los discursos de todos los parlamentos. Esta fe en su intervención como en la de una Providencia oculta nos conduce de continuo a través de las innumerables peripecias que va narrando Bernal Díaz. Hay un momento crítico, después de la toma de Méjico en que Cortés parece haber olvidado todo el tacto y espíritu político observados hasta entonces. Se excede en rigores innecesarios. Tiene arrogancias de vencedor. Ofende la susceptibilidad de todo el pueblo al profanar la persona sagrada de Moctezuma. Se adivina el desastre que va a estallar; sube el descontento, se siente venir la “noche triste” con los horribles sacrificios de españoles al dios Huichilobos. Dan ganas de interrumpir la lectura y llamar el espíritu de clemencia y de concordia: ¿Dónde estás doña Marina?



Las pasiones de Cortés eran violentas y cortas. Su amor por doña Marina se cambió pronto en apacible aprecio. Algún tiempo después de la conquista de Méjico la casó con el hidalgo español, don Juan de Jaramillo. "Doña Marina, que tenía mucho ser y mandaba ya absolutamente en todos los indios de la Nueva España" dice el cronista, aceptó el matrimonio con resignación. Le quedaba de aquella larga guerra, en la que fue alma como mediadora y consejera, el recuerdo de un gran amor, la rehabilitación de su poder ante los indios y su hijo don Martín Cortés, hidalgo español y caballero de Santiago.

Oigamos cómo cuenta Bernal Díaz del Castillo la escena de sabor bíblico en la cual, por circunstancias inesperadas se encuentran frente a frente doña Marina y su madre, la india que la había vendido siendo niña.

"Estando Cortés en la villa de Guazagualco —dice Bernal Díaz—, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la Santa Doctrina y sobre su tratamiento. Entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, que así se llamó después de vuelto cristiano y con ellos otros caciques. Al ver la vieja a doña Marina conoció que claramente era su hija por lo mucho que se le parecía. La madre y el hermano tuvieron miedo de la que creyeron que los mandaba llamar para matarlos y lloraban. Y como así los vido llorar la doña Marina los consoló y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la vendieron a los Xicalango, no supieron lo que hacían y se los perdonaba y les dio muchas ropas y joyas de oro, y les dijo que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser casada con un Caballero como era su marido, y tener un hijo de su señor Cortés, que, aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias hubiera en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido Cortés que cuanto en el mundo había y todo esto que cuento aquí lo vi muy certificadamente y lo juro, amén".

Yo no sé qué pensarán ustedes de esta página. Para mi gusto es encantadora. Se ven pasar en ella los personajes como en esas cintas de cinematógrafo tomadas hace mucho tiempo: tienen movimientos bruscos y una ingenuidad cómica en el momento dramático. Se ve a doña Marina, nuevo José vendido por sus hermanos, símbolo de la misericordia, recibiendo a los suyos que le traen el pasado triste. Apenas los ha mirado, ya los perdona. Saca con alarde dadivoso la ropa y las joyas. Son cosas que han venido de lejanos países maravillosos. Cuenta sus aventuras fantásticas. Presenta a su nueva familia. Todos pertenecen a la raza de los extranjeros vencedores. Como es feliz, perdona la maldad pasada y la perdona con ostentación de generosidad.

Durante su evocadora narración tan llena de vida, Bernal Díaz se disculpa a cada paso de su falta de estilo, de su desaliño para escribir. Asegura que se ha visto obligado "a sacar en limpio de su memoria aquellos hechos que no son cuentos viejos, ni historia de romanos, sino cosas ocurridas ayer como quien dice" porque letrados y conocidos escritores, Gómara entre ellos, han alterado la verdad al escribir las crónicas sobre la Conquista de la Nueva España, la famosa guerra en la que él combatió más de cien veces. Le duele

ver maltratar los recuerdos de su juventud y los relata como mejor puede a fin de rehabilitarlos. Como no es hombre de letras sino un tosco soldado, una vez terminada su verídica historia le parece tan burda que morirá sin haberse atrevido a publicarla. ¡Está tan llena de detalles triviales! En efecto: son aquellos que quedan prendidos de la memoria como por caprichos de la gracia y que son en su humildad toda la poesía del recuerdo: el color de los caballos que fueron a la expedición, sus apodos, sus mañas o cualidades, el inesperado nacimiento de un potrico hijo de una yegua castaña que nace en el buque; la cantidad de casabe y tocino que lleva un soldado llamado Juan Cedeño, vecino de La Habana, quien tenía fama de rico. A Juan Solís —dice— le llamábamos “tras la puerta” por la afición que tenía de oír sin ser visto. A Tarifa “el de las manos blancas” porque no servía para guerra ni cosa de trabajo; a Pedro de Iricio el “pasitilla y lo que veíamos de él no era para nada” . . . Tales detalles van pasando numerosos y evocadores en la corriente de los hechos. La actuación de doña Marina pasa también en el fresco tumulto. Ella será la flor de la narración que no es propiamente una historia sino algo mucho más alto y más bello: un romance en prosa.

Siento que más de una persona debe pensar que estoy hablando así por achaques del oficio y que para no desbarrar mejor sería que me quedase siempre dentro de mi cercado de novelista. Pues bien, no. Estoy segura de que no desbarro y de que es casi un deber el proclamar la superioridad moral de este género de narraciones. Junto a ellos la verdad histórica, la otra, la oficial, resulta ser una especie de banquete de hombres solos. Se dicen con etiqueta alrededor de una mesa, cosas inteligentes y se pronuncian discursos elocuentes a los cuales no acude el corazón porque surgen de reuniones forzadas. Son rumores de falsas fiestas. Excluidas las mujeres se ha cortado uno de los hilos conductores de la vida. En cambio, en los romanos y en los evangelios, historias vivas y conmovedoras por excelencia, figuran en primer rango como en ésta de Bernal Díaz no sólo las mujeres, sino hasta los animales amigos y hermanos. Han pasado casi dos mil años y el aliento de la mula y el buey de Belén sigue calentando corazones. El drama de la pasión fue escrito por los evangelistas que eran cronistas rudos del género de Bernal Díaz. Ningún gran escritor de la época, ni siquiera el exquisito Plutarco, hubiera podido grabarlo con igual fuerza duradera. En la pasión un gallo tiene su salida a escena que es muy importante y las mujeres pasan en tropel siguiendo las peripecias del drama lo mismo que doña Marina. Nadie les corta el paso, al contrario; adelante todas. Son ellas, las heroínas del día. Es un drama callejero al cual todos se asoman. Descrito y representado sin cesar desde hace veinte siglos el pueblo lo representa y lo vuelve a describir aún en Semana Santa, guardando la misma tradición de amor y de realismo que la prestan los pequeños detalles. Oigamos, como ejemplo, la saeta de las Siete Caídas recogida del pueblo andaluz. Aunque parezca digresión, no puedo menos de recordarla en honor de estos relatos sobre cuya importancia quiero insistir y en los cuales, como en la vida, la tragedia no desdeña el personaje anónimo e inesperado.

Jesús va subiendo con la cruz al hombro una cuesta empinada. Como la escena está decorada con cosas que quedan al alcance de la mano, la cuesta no está en Jerusalén, no, es una calle o callejón cualquiera de Sevilla. Se llama la calle de la Amargura. Vestido de Nazareno, sangriento y desgreñado allá viene Jesús anda que anda, atravesando lentamente por entre la multitud:

*La calle de la Amargura  
Cristo descalzo subía  
Con su túnica morada  
La sien ceñida de espinas  
Y el madero sobre el hombro.  
El sol cegaba la vista  
Relampagueando en los petos  
En los cascos y en las picas.  
Cristo se acordó de Judas  
Del que vendido lo había  
Después de haberlo besado  
Filialmente en las mejillas  
Y al recordar tanta infamia  
Dio la primera caída.*

La sangre que le corre por la frente le cae en los ojos y le impide ver claro. Los obstáculos materiales que se enredan a su paso y los recuerdos dolorosos, que de pronto le atraviesan por la mente, le hacen dar traspisés y cae una vez y otra y otra hasta contar seis veces. Cuando piensa en la negación de San Pedro las lágrimas se mezclan con la sangre. A tal punto le obscurecen la vista que le hacen dar la más aparatosa de todas las caídas. Es la caída en honor de San Pedro. Cuando por fin al voltear una esquina se encuentra de improviso con la Virgen María, la impresión es tan intensa que no puede expresarse con palabras. Hay un gran silencio. Los únicos testigos dignos de apreciarla no son los hombres sino la finura del aire y el vuelo de las aves que van cruzando el cielo:

*Destrenzada y sollozante  
Está la Virgen María  
Tan llorosa, que sus ojos  
Son dos fuentes de agua viva.  
La madre dijo: Hijo mío!  
Jesús dijo: Madre mía!  
Y nada más se dijeron  
Porque ni hablarse podían.  
Para verlos, en el cielo  
Paróse una golondrina,  
Calláronse las palomas  
Y se detuvo la brisa,  
Y fue entonces cuando Cristo  
Dio la séptima caída.*

Yo no creo que sea posible escribir mejor una escena histórica. Digo "mejor" porque como el fin moral de la historia es el de hacer amar personas o cosas determinadas, fundiendo así el presente con el calor del pasado, mientras más amables o dignas de amor aparezcan esas cosas, mejor será la historia. No lo afirmo por el prurito, tan común a todo el mundo de denigrar de las cosas autorizadas y respetables; pero creo que mientras la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o historia de los no historiadores es absoluta, porque se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia. Además la tradición se va. Hay que quererla doblemente por su utilidad ideal y porque está condenada a muerte. La imprenta la ha ido devorando. La memoria no se esfuerza en retener lo que ya está escrito y si lo retiene es imitando la forma impresa. Nadie podría ya narrar un hecho como Bernal Díaz o como los autores anónimos de las saetas que escribían no como se escribe sino como se habla. Esta aserción pude comprobarla hace algún tiempo en mi propio país que es en donde cada cual puede comprobar mejor cualquier género de evolución.

Una vez, en Caracas, un grupo de amigos quisimos oír canciones típicas e hicimos venir a unos negros cantadores que gozaban de cierta fama. Eran llaneros. Complacientes y rebosantes de orgullo regional ofrecieron cantar lo más típico del repertorio en cuanto a música y letra. Nos cantaron en efecto, con música de galerones, joropos y corridos escenas de las guerras de los llanos en la Independencia. Pues bien, no había casi una palabra que no la hubiesen recogido en la prensa. Dijeron: "Esforzado paladín", "el padre de la Patria", "los gloriosos centauros", y "el héroe epónimo" era en resumen una sesión de la Academia de Historia acompañada de guitarra y maracas. Como el pueblo sabe ponerle gracia a todo cuanto hace, sobre todo cuando no se da cuenta, fue aquella una sesión académica sumamente divertida.

Habiendo observado, señores, que es de oradores distinguidos el nunca predicar con el ejemplo, hechas estas disquisiciones contra la historia no quiero ser menos que los demás; volvamos a la historia, ya, por poco tiempo, no se asusten:

Las princesas indias de acuerdo con sus leyes o costumbres se unían a menudo a los conquistadores españoles. Estas uniones, especies de matrimonios morganáticos que los españoles no siempre confirmaban con el sacramento católico podían romperse a voluntad de ellos el día en que así lo tuviesen a bien. Sumisión y fidelidad unilateral, eterna ley del más fuerte, presagiaba ya aunque en forma muy ruda cierta crónica enfermedad de la cual adolece aún en todas partes nuestra gentil sociedad. Aunque a menudo los conquistadores confirmaron sus uniones ante la iglesia, fundando ilustres familias mestizas, tanto en España como en la Colonia, lo hemos visto en la historia de doña Marina, otras veces fueron a buscar el hogar definitivo junto a mujeres europeas más jóvenes o de más ventajosas condiciones. Este fue el caso del Conquistador Garsilaso de la Vega y de la dulce ñusta Isabel, quien nieta y sobrina de los últimos reyes peruanos, terminó sus días en el abandono.

Garcilaso de la Vega, como casi todos los grandes capitanes de la Conquista era extremeño. Emparentado con las más ilustres casas de España contaba entre sus ascendientes al poeta Jorge Manrique, el de las coplas, a Garcilaso, el poeta de las églogas, y al otro Garcilaso, el de las hazañas de Granada. Mientras dos de sus hermanos mayores tomaban parte en las campañas de Italia y de Flandes al lado de Carlos V, él, deseoso de tener más amplitud de acción, se embarcó hacia América. Afiliado primero a la expedición fabulosa de Alvarado, unido luego a Pizarro en la conquista del Perú, su vida es la vida asombrosa de los grandes conquistadores. Terminada la guerra contra los indios, propietarios de extensas tierras, semi rey y semi dios en el nuevo país de tesoros y maravillas, Garcilaso realiza, con su propia vida, el sueño de los más ambiciosos condotieros del Renacimiento. Espléndido señor instalado en su palacio del Cuzco, la antigua capital del Imperio Inca, recibía diariamente en mesa abierta a más de 50 comensales, vestía, alojaba y proveía de cabalgadura a cuanto amigo o conocido pobre pasase por el Cuzco y, dueño de inmensas encomiendas, era generoso y benigno con sus vasallos indios. No habiendo estallado todavía las terribles guerras civiles entre Gonzalo Pizarro y los virreyes de Lima, durante aquel paréntesis de paz, las calles y plazas del Cuzco parecían reflejar sobre los restos melancólicos de la sociedad inca todo el esplendor de la vida florentina. Mientras los indios nobles, los venerables orejones, pasaban tristes y empobrecidos embozados en sus mantas de lana de vicuña y de vizcacha, los españoles celebraban procesiones, comparsas, torneos y cabalgatas tan lujosas que en una de ellas se llevaban pedrerías por valor de 300.000 ducados prendiendo los turbantes morunos. Por inquietud de la época, a la necesidad del lujo se unía la necesidad del peligro. El más ligero roce daba lugar a un desafío y menudeaban las muertes y emboscadas por razones de venganza o de honra.

En tal ambiente de expectación y de lujo, vivía dueña y señora en el palacio de Garcilaso la fiusta doña Isabel. Todos los encomenderos españoles, que formaban la aristocracia del Cuzco, la trataban con gran cumplimiento y cortesía. Ella hacía los honores a los invitados, mantenía correspondencia con el arzobispo y estimada en extremo por Garcilaso ocupaba en el palacio rumbo de mesa abierta, tipo primitivo de nuestras casas coloniales, el puesto de la dueña de casa criolla, afable y llana en la hospitalidad.

Cuando estalló la guerra a muerte entre Gonzalo Pizarro y el Virrey Núñez de Vela, Garcilaso tuvo que salir del Cuzco para afiliarse al bando del Virrey. En el inmenso caserón abandonado y vacío doña Isabel se quedó sola con su niño de seis años, el futuro autor de la Florida y de los Comentarios. Setenta años después, viejo, pobre, recluso en su casa de Córdoba en España, Garcilaso, el poeta mestizo, describía en sus recuerdos de infancia, tan llenos de vida y de ternura, el martirio de su madre durante aquellos años de sangre y fuego. Perseguidos por los enemigos de Garcilaso quienes los buscaban para degollarlos, saqueada la casa y quemados los muebles, muertos de terror, encerrados los dos en una sala secreta del caserón, la cacica y su hijo

vivían del maíz que les llevaban a escondidas sus criados indios y españoles. Más de una vez, en la noche, por entre dos hojas de ventana, el niño Garcilaso había visto pasar por la calle al enemigo de su padre, el terrible y hermoso viejo Carvajal. A caballo en su mula parda, brillándole en la sombra la barba de nieve, con un albornoz morado y un sombrero de tafetán lleno de plumas blancas disponiendo preparativos de guerra y decretando suplicios y muertes, bajaba el viejo trotando por la calle estrecha y silenciosa.

Pasado el terror, continuó doña Isabel junto a su hijo, ocupando en la casa, en ausencia de Garcilaso, su puesto de esposa y de princesa inca. Cuando por Navidad y por San Juan llegaban los encomenderos a pagar los tributos, su hijo la ayudaba a llevar las cuentas con los nudos de los quipos que era la escritura incaica. En las tardes eran las largas veladas familiares, durante las cuales llegaban de visita sus parientes, los viejos pallas o príncipes incas que se habían salvado de las matanzas de Atahualpa y de la guerra con los españoles. Reunidos en tertulia, alrededor de su madre, el niño los oía recordar los esplendores pasados, los presagios celestes que habían anunciado la ruina del imperio y, según dice el mismo Garcilaso, con sus palabras textuales: Con la memoria del bien perdido acababan siempre en lágrimas y en llanto diciendo: “Trocósenos el reinar en vasallaje”. A solas con su madre ella le contaba a menudo con voz temblorosa de emoción la suave leyenda de Manco Capac y de su mujer, hijos del Sol, civilizadores del mundo y fundadores del Cuzco. En las noches tibias, trémulas de luceros, la madre lo llevaba de la mano y le enseñaba en la altura la figura de la alpaca celeste cuyos miembros forman la vía láctea; le mostraba en las manchas de la Luna la huella de unos besos que le había dado la diosa enamorada y le contaba cómo la lluvia proviene del cántaro de una doncella a quien su hermano se lo quiebra con el fragor del trueno.

Un día, terminadas ya las Guerras Civiles, volvió al Cuzco Garcilaso de la Vega. Era el mismo gran capitán afortunado y rico. Su hijo, el niño mestizo, salió a recibirlo en hombros de criados como era costumbre conducir a los príncipes indios en las grandes solemnidades. ¡Pero ah! El padre regresaba casado o para casarse con una noble española. Después de los terrores de la guerra llegaba así con el ausente la humillación y el abandono. Eterno drama que tejen las largas separaciones entre la fidelidad y las mudanzas del corazón! Al narrar en sus Memorias aquella gran decepción de su infancia, Garcilaso, el viejo escritor no tiene una palabra de acritud para su padre a quien quería con vehemente admiración. Ni una frase hiriente para su madrastra a quien pasa en silencio. Su dolor se desborda sobre el recuerdo de la pobre india abandonada. Parece ir a buscar en las más puras fuentes de su idealismo místico la compensación de tanta ingratitud. Sus Comentarios están dedicados “A mi madre y señora —dice— más ilustre por las aguas del bautismo que por la sangre real de tantos incas peruanos”. ¡Hermoso epitafio, filial, de esperanza y de perdón!

Cuando algunos años después de su segundo matrimonio el viejo Garcilaso

moría en el Cuzco, su hijo mestizo, casi adolescente todavía, fue a la corte de España a fin de reclamar ante el rey derechos sobre tierras y encomiendas que pertenecían a su madre. La sentencia se hizo esperar, murió en el Perú doña Isabel y Garcilaso solo, en la flor de la edad, rodeado en España de consideraciones y afectos se ilustró en la guerra contra los moriscos, viajó, vivió en Italia y de regreso a España se ordenó sacerdote y se entregó para siempre a la vida del espíritu. Retirado en su cortijo cordobés, rodeado de algunos criados y muy pocas tierras, su reino fue desde entonces el de la vida interior. Luego de completar el estudio de humanidades, mal aprendidos en su adolescencia abrió su alma de poeta a todas las corrientes de los siglos xv y xvi. Junto con los clásicos griegos y latinos estudiaba los escolásticos, leía los más célebres escritores y poetas del Renacimiento y tradujo en forma deliciosa *Los tres Diálogos de Amor* de León el Hebreo. Al comenzar el otoño de la vida, su alma de artista solitario se orientó por la añoranza hacia su patria americana. Ella iba a ser desde lejos, en los frutos maduros, la verdadera tierra prometida de su espíritu. Mientras con sus propias manos Garcilaso sembraba en su huerto cordobés el arbusto de la coca y trataba de aclimatar en su jardín las flores que de niño recogió en los campos del Cuzco, empezó a narrar en estilo, lleno de gracia y amenidad, *La Historia General del Perú*, *Las Guerras Civiles entre españoles* y *La Florida del Inca*. Narrador folklorista es el historiador poeta de América. Pero donde su prosa sonriente llega a la más alta cumbre creadora es en *Los Comentarios Reales*. Memorias de su infancia, recuerdo de recuerdos que otros le narraron, allí convergen y se unen en amor como en su propia vida las dos corrientes principales que formarán las futuras nacionalidades americanas. Los Comentarios del Inca Garcilaso —dice Prescott el escritor angloamericano— son una emanación del espíritu indio. En efecto, sí bien se escucha, bajo la transparencia de la prosa parece correr con rumor de lágrimas una queja de ultratumba. Es todavía el eco de la voz maternal cuando señalando las estrellas relataba en la noche las cándidas leyendas de la tradición incaica. Confiadas a la voz por carecer de escritura, ellas habían de apagarse para siempre al apagarse los últimos acentos maternales en los oídos del niño mestizo. Pero el niño desde la vejez y el destierro a impulsos de su nostalgia debía regresar a la infancia, recoger la voz milenaria con cariño filial y al encerrarla religiosamente en su prosa cristalina hacer con ella un símbolo. Ese temblar de lágrimas, como lejano rumor de quena o flauta indígena es el manso lamento que en lo más hondo de la raza dejan ver todavía nuestras oscuras y no reconocidas abuelas indias. Nota de tristeza en tono menor, es la más genuina y delicada de todas cuantas vibran en el tumulto de nuestra alma americana. Como Garcilaso, el español mestizo, guardémosla en la forma castellana sin renegar de nadie, bendiciendo la armonía de la unión en la fe del porvenir y en el perdón por la sangre vertida y las lágrimas lloradas.

## II

NUESTRA ÉPOCA colonial hispano-americana o sea los tres siglos de vida que se extienden entre las guerras de la Conquista y las guerras de la Independencia, forman un período de fusión y de amor en el cual impera un régimen de feminismo sentimental a la moda antigua que termina al comenzar las guerras de la Independencia. Por poco que nos acerquemos a esa época, advertimos que dentro de su gracia fraternizamos con entera naturalidad todos los países de la América Española. Como casi no ha dejado huellas ni en archivos, ni en cartas, ni en libros notables, porque la dulzura del vivir la acostumbra al silencio, su ritmo suave y monótono sólo ha llegado hasta nosotros lleno de encanto por medio de la tradición oral. Para hablar de la Colonia hay que tomar el tono llano y familiar de la conversación y de los cuentos: el tono que toma la abuela de palabra fácil que vivió mucho y leyó muy poco; o el que toma el negro viejo que adherido siempre a la misma casa o a la misma hacienda, confunde entre imágenes sus propios recuerdos con el recuerdo de cosas que otros le contaron. Para hablar pues de la Colonia es preciso narrar, es preciso hablar a menudo de sí mismo, es decir, de las propias impresiones, que al azar aquí y allá hemos ido recogiendo.

Ingenua y feliz como los niños y como los pueblos que no tienen historia, la Colonia se encierra toda dentro de la Iglesia, la casa y el convento. Yo creo, podría simbolizarla una voz femenina detrás de una celosía. Desnuda de política, de prensa, de guerras, de industrias y de negocios es la larga vacación de los hombres y el reinado sin crónica ni cronistas de las mujeres. Vida en comunidad uniforme y un poco misteriosa como la vida de los encaustrados es sin duda uno de los períodos más sugestivos que presenta en la historia del mundo entero la evolución de una sociedad que se madura en silencio. Sobria y caballerosa, como la Edad Media, fina como el siglo XVIII francés, tiene algo más trascendental que la bonita sonrisa de las marquesas que leían a Rousseau. La Colonia no es escéptica. Indolente, tolerante y voluptuosa por exigencias del clima, detrás de su indolencia está la fe, el sacrificio a fuego lento de la vida entera, el amor trágico lleno de celos al modo español y una necesidad de ensueño que se alimenta con ideales lejanos y espera la llegada de algo incierto en el vaivén de una hamaca.

Mi cariño por la Colonia no me llevaría nunca a decir como dicen algunos en momentos de lirismo que desearían haber nacido entonces. No. Yo me siento muy bien dentro de mi época y la admiro. Creo que para este momento tan corto que es nuestra existencia, ella es un buen mirador bien aireado donde se puede pasar el rato distraído mirando libremente hacia todos los horizontes. Digan lo que quieran sus detractores, es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante, en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias. Como esos amigos simpáticos, puntuales y un poco egoístas, reúne a muchas ventajas, la de que no



podamos quererla demasiado. Sabe borrar a nuestro paso las pequeñas tragedias sentimentales y como nos ha libertado de muchos grandes terrores suele tenernos el corazón frotado, confortable y medio vacío como la sala de baño de un gran *Palace*.

Yo le doy todos los días las gracias por las comodidades morales y materiales que nos proporciona y se las doy además porque en medio de su vértigo conserva aún para sus preferidos, remansos de recogimiento y de paz como es sin ir más lejos, esa encantadora Quinta Bolívar que tan bien habla del buen gusto bogotano, es, en esos remansos donde podemos a voluntad escuchar el rumor de otros tiempos. Digo "sus preferidos" porque mientras más se vive en el presente más sabor por contraste tiene el pasado. Ese pasado nos lo ofrece nuestra época de brusca evolución no sólo en los libros y en las viejas ciudades, sino en los sentimientos, en las expresiones, y hasta en las indignaciones de ciertas personas, quienes, sin darse cuenta, se hallan todavía dentro de un aura de otros tiempos. ¿Quién de nosotros no ha vivido un poco en la Colonia gracias a tal amigo, tal pariente o tal vieja sirvienta milagrosamente inadaptados al presente? En lo que me concierne debo decir que casi toda mi infancia fue colonial y que la necesidad de reaccionar contra ella en una edad en que todos somos revolucionarios tanto por espíritu de justicia como por espíritu de petulancia fue la causa que me impulsó a escribir.

Buena o mala influencia, no lo sé, esos vestigios coloniales junto a los cuales me formé están llenos de encanto en mi recuerdo y lo mismo en Caracas que aquí en Bogotá, que en el resto de América ellos constituyen para mí la más pura forma de la patria.

La Independencia como toda revolución o cambio brusco, sólo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos. Enemigo en la práctica de las ideas revolucionarias, fuentes de la Independencia, vivió en contradicción con su propia obra. En Venezuela, ya que hablo especialmente de mis propios recuerdos de familia, segura de que en ellos han de reflejarse fraternalmente los mismos recuerdos de cada uno de ustedes, en Venezuela, a ese espíritu colonial se le llamó con injusticia y con desdén partido godo. Era el encargado de guardar la tradición. Lo formaban en su mayoría los mismos libertadores que se habían arruinado con la guerra. Tachado de intransigencia y cortedad de vista, empobrecido, apartado del poder, a raíz casi de aquella dolorosa Independencia que había hecho con lo mejor de su sangre y de su fortuna, el partido godo supo purificarse en la adversidad y despojado de toda fuerza material siguió dirigiendo moralmente la vida interior de la casa. Su influencia era sana y su intransigencia estaba temperada por la ternura y la generosidad. Cada casa era la casa de todo el mundo. Sabían ser pobres con nobleza y con humorismo. Atacaban a sus triunfantes enemigos políticos con la sátira casera que es un arma que a la vez que ejercita el ingenio se tiene de balde, y para divertirse sin comprar billete para el teatro miraban con ironía la propia escasez. Esta no llegaba nunca a avergonzar porque en la sencillez de la vida sin dar lo super-

fluo daba con abundancia lo necesario. Había para guardar el decoro de la mesa abierta con los suficientes platos criollos sobre el mantel de hilo blanco bien zurcido y bien lavado oloroso a cedro y a vetiver. Desde el cielo el sol de todos los días se encargaba de calentar en el corral el agua del baño y los garrafones de aguardiente mezclado con hierbas del campo reemplazaban los frascos de agua colonia. Como el mal gusto proviene casi siempre del abuso de lo superfluo, aquella aristocracia pobre de Caracas, la de todo el siglo XIX, se amoldó a la disciplina de sobriedad y sin darse cuenta del seno de su pobreza germinó con naturalidad cierto buen gusto. Una de las más finas manifestaciones de ese buen gusto era la sencillez sin preparativos ni secretos con que se ofrecía la hospitalidad. Cuando en 1872 un decreto del Gobierno Federal mandó a cerrar los tres viejos conventos de monjas con prohibición de que éstas volviesen a formar comunidad en ningún otro local, casi todas las buenas familias de Caracas se apresuraron a ofrecer un cuarto de su casa para que sirviera de celda a cada una de las nuevas sin familia.

En Venezuela no existen ya hoy día los partidos políticos que dividieron el país en dos bandos durante el siglo pasado: se puede por lo tanto hablar de ellos como se habla de los muertos, sin pasión y sin temor de ofender. Los que durante el siglo XIX representaron en Venezuela el partido federal o avanzado tenían, es cierto, lo que se ha dado en llamar dinamismo o afán de progreso, pero carecían en cambio de todo espíritu poético. Creían que progresar quería decir destruir. Y destruían sin descanso tanto en lo moral como en lo material para implantar sobre las ruinas sentimentales un progreso un poco caricaturesco porque no habiendo brotado espontáneamente por necesidad del medio se desprendía a grito de él. Una de estas medidas vandálicas fue ese decreto de 1872 por el cual se ordenaba la secularización de las monjas y gracias al cual se derribaron los tres viejos conventos coloniales. Es difícil describir el dolor y el escándalo que produjo entonces en Caracas semejante medida. Los conventos eran los relicarios vivos de tres siglos de Colonia. Situados en el centro de la ciudad alrededor de la Plaza Mayor, luego Plaza Bolívar, daban junto a la Catedral el tono de una arquitectura tosca y sobria, que tan bien armonizaba con el clima, el cielo, el paisaje. El decreto levantó una ola de indignación muda. Casi nadie se atrevió a protestar públicamente porque la protesta se pagaba muy cara. Sólo una de las tres superiores, que era por cierto parienta política del Presidente y era monja letrada, escribió una magnífica carta en la que protestaba, defendía sus derechos, y pedía que le dejaran por lo menos trasladar su comunidad a las afueras de la ciudad. El Presidente contestó que no podía acceder a tal petición, que las comunidades tenían forzosamente que disolverse y que tal era en su concepto la manera de servir a Dios dentro del espíritu de su siglo. La Superiora replicó de nuevo que ella no tenía autoridad suficiente para levantar la clausura de sus monjas, que les ordenaba al contrario la desobediencia al estado, y que por lo tanto esperarían todas a que viniese la fuerza armada a hacerles cumplir la orden. En efecto, cuando llegó la autoridad, la Superiora hizo formar a las monjas

en fila, entonó el Magnificat y cantando, escoltadas por las bayonetas, salieron para siempre de su convento. En la Plaza las esperaba ya el coro de familias que les ofrecía hospitalidad. Los tres conventos reunían juntos sesenta y cuatro monjas. Todas, aun las provincianas, aun las casi decrépitas que ya no tenían recuerdo de amigos o parientes diseminados en la ciudad, encontraron así al instante alojamiento y calor de hogar. Es cierto que junto con la monja cada familia acogía una prueba viva del despotismo del gobierno enemigo y podían así satisfacer a un tiempo la ternura del corazón y las exigencias de la pasión política, porque aquellos godos tenían la exaltación terrible de los puros. En el segundo patio de la casa, sombreado por alguna palma real o por algún naranjo cada monja reconstruyó su celda con paredes enca-ladas, un altar, una imagen, un reclinatorio y una pobre cama. El altar tenía dos velas y estaba adornado con flores de trapo o flores vivas del corral. Como el ambiente de familia no difería mucho del ambiente del convento mientras en el patio de adelante corría la vida del siglo: las tertulias, los novios y las ventanas abiertas a la calle, en el traspatio seguía la monja su clausura con su hábito de carmelita, sus sandalias silenciosas y su rosario de cuentas que le sonaba al andar. Allí a la sombra de las matas cosía, rezaba y continuaba haciendo para el consumo de la casa, el famoso chocolate y los famosos bizcochuelos del convento.

Yo alcancé a conocer en mi infancia a una de estas exclaustradas. Su recuerdo me ha enseñado luego a leer muchas cosas oscuras. He visto en él no ya el idealismo manso de las mujeres quienes, madre de familia, encerradas en la casa modelaron el carácter de nuestra sociedad sino el de las otras que tuvieron por cierto gran preponderancia en la Colonia, aquellas, que acorraladas por los prejuicios y por la vulgaridad ambiente, aun sin ser devotas se volvieron hacia el misticismo y se fueron al convento: eran amantes del silencio las eternas sedientas de vida interior y, aunque parezca contradictorio, las precursoras del moderno ideal feminista.

Aquella monja, recuerdo de mi primera infancia, símbolo del idealismo femenino y colonial, se llamaba la Madre Teresa. Era una de las últimas supervivientes de la cruel dispersión. Vivía en la casa vieja de una señora viuda que la había alojado y que era tan vieja como la casa. Mis hermanas y yo íbamos a menudo a visitarlas porque éramos vecinas y porque sin duda a los cinco y siete años nos apuntaba ya esta alma de turismo violento que anima a toda nuestra época. Empujar el portón y entrar de golpe en el patio de la Madre Teresa era volar en un segundo a otro país, mejor aún, era pasar de un siglo a otro siglo. No se necesitaba tener sentido histórico para comprenderlo. Nosotras ignorábamos aún la existencia de la historia. Sin embargo, apreciábamos la vejez, de aquella casa como cualquier buen arqueólogo aprecia la inscripción de una piedra. Nuestra forma de aprecio era más grata porque no se mezclaba a ella la intervención de la inteligencia que es con frecuencia árida, sino la de los sentidos que es siempre amena. Nos lo anunciaba el olfato en cierto olor a humedad de casa con goteras visitada por numerosos gatos;

nos lo anunciaban los ojos en la vegetación enmarañada del patio, en las tejas enmohecidas que entre motas de hierba se torcían hasta llegar a los aleros, en las canales cansadas de tanto cargar agua y en los santos de la sala con sus vestidos tiesos de damasco. Todo en aquella casa tenía el encanto de la vejez raída y limpia. La Madre Teresa, especie de duende majestuoso con el hálito oscuro y el óvalo del rostro bien apretado dentro de la toga blanca, era la habitante natural de aquel humilde museo. La dueña de la casa era anodina, la monja era austera, había entre las dos la nota de alegría que recordaba el humorismo campechano de Santa Teresa y de todos nuestros conventos coloniales de América. Esta nota castiza la sostenía a todas horas la criada.

Las monjas al ingresar al convento llevaban junto con el dote una sirvienta. Esto ocurría durante la Colonia en casi todo el Continente. En Caracas en tiempos anteriores, mientras existió la esclavitud, era una negra esclava. El día de la ceremonia de profesión luego que la monja pronunciaba los tres votos entregaba a su negra la carta de libertad. La esclavitud voluntaria de la libre libertaba así a la esclava. Tal era el reglamento de las carmelitas Descalzas de Caracas: "el vergel de perfecciones y cigarral de virtudes" como poéticamente lo había llamado en el siglo diecisiete el escritor Oviedo y Baños. Cuando la expulsión, quedaron en la calle junto con las sesenta y cuatro monjas, sesenta y cuatro sirvientas. También las sirvientas estaban sin asilo porque acostumbradas a la vida del convento les era difícil adaptarse al servicio ordinario de las casas que carecían para ellas del prestigio monástico.

La Madre Teresa había emigrado del cigarral junto con su sirvienta quien fiel en la larga adversidad cuando la conocimos la ayudaba aún a hacer los dulces y contestaba a la novena y al rosario si no había otras personas del vecindario que viniesen a rezarlo. Era una mulata jovial cuyas carcajadas celebraban el menor detalle cómico que apareciere en el ejemplo de una novena o en las Vidas del Año Cristiano. Como trataba a los santos con excesos de familiaridad, hacía continuos y edificantes actos de fe, puesto que los despojaba de sus actitudes hieráticas y los ponía a circular en la vida. Cuando declaraba por ejemplo que San Antonio era maula, porque se cogía la limosna y no concedía el favor o cuando aseguraba muy seriamente que la mejor manera de halagar a San Pascual era la de rezarle bailando, puesto que era un santo de natural bailón, escoba en ristre abría con sus manos robustas las puertas del cielo indiscreta y bruscamente. Tras ella aparecían los santos divirtiéndose con inocencia y alegría en una especie de baile de negros. Debo advertir que esta manera de honrar a San Pascual bailando no era especialidad de aquella criada, sino que es devoción muy común entre los negros de Venezuela. No es nada raro en Caracas que toquen todavía a la puerta de la calle y que aparezca entre las dos hojas una negra o mulata diciendo luego de saludar con amabilidad: "Vengo a ver si me hacen el favor de una limosnita porque estoy recogiendo para un baile que le ofrecí a San Pascual cuando la enfermedad de un hijo que tuve muy grave". La limosna se da y el baile se celebra sin mucha devoción, pero con mucho aguardiente.

Tanto la monja como la criada eran viejas sin llegar a ser decrepitas. La monja era grave. Nunca hablaba del convento. Tenía la dignidad magnífica de los que han sufrido persecuciones sin quejarse, porque saben que de nada sirven las quejas. Sumados los dos espíritus daban el tipo de la monja humorista e intelectual a lo Santa Teresa y a lo Sor Juana Inés de la Cruz. Yo creo que aquella Madre Teresa en su silencio tuvo un alma de poeta y que si entró en el convento fue para vivir entre los lirios del Señor pero fue también para vivir entre los libros. En aquellos tiempos y en nuestros medios, la mujer que se entregaba a estudio era una especie de fenómeno que se quedaba al margen de la vida. Este prejuicio estuvo tan arraigado en el alma de los hombres que existe muy vivo todavía. Para hacerse perdonar el andar entre libros hay que halagarlos escribiendo sobre temas de amor. "Mujer que sabe latín tiene mal fin" se decía antes y se piensa ahora. Del desdén por la bachillera se pasaba bruscamente, una vez consagrada su fama a una excesiva admiración que encerraba más curiosidad que aproximación de cariño. Ambas cosas: la incomprensión y el endiosamiento eran molestas para un alma delicada. En el convento en cambio, se podía vivir impunemente entre el silencio y los libros. Remontándonos dos siglos atrás hallamos este caso demostrado en la historia de la vida y de la vocación de Sor Juana Inés de la Cruz, prototipo de la mística intelectual que tanto abundó en los conventos coloniales.

Sor Juana Inés es sin duda uno de los más completos genios femeninos que hayan nunca existido. Cuando se lee su biografía y se conocen sus obras, asombra el ver que tal riqueza de dotes hayan podido reunirse en una sola persona. Linda, ingeniosísima, apasionada, y llena de vida, tenía todos los talentos. Además de su genio poético, era música, pintora, gran humanista y conocedora de las ciencias naturales y de las ciencias exactas. Nacida en Francia dentro de su misma época, habría sido uno de los más brillantes genios literarios y una de las más seductoras mujeres de la corte de Luis XIV. Nacida en la Colonia, cargada con la maravilla de sus dotes se fue silenciosamente a ofrecerlos a Dios en un convento. Aunque provinciana y de posición modesta, su fama de niña genial había llegado hasta el Palacio del Virrey de Méjico. Se llamaba entonces Juana de Asbaje, vivía en el mundo y no había cumplido aún veinte años. Un día el Virrey la invitó a su palacio, e invitó por separado a los más conocidos teólogos, doctores y letrados: sumaban entre todos cuarenta. Tenían la consigna de hacer por sorpresa a la niña sabias preguntas sobre toda clase de conocimientos, a fin de ver cómo las contestaba ella y deducir así si su ciencia era infusa, adquirida o artificiosa. Yo me imagino que Sor Juana que tenía mucho ingenio, al ver caer sobre ella aquel aguacero de erudición interrogante, debió contestar con ironía cuando su memoria no la ayudó a contestar con acierto. Como era además muy linda supo también contraatacar con sonrisas de ciencia infusa. Es el caso que salió muy brillantemente de aquella celada en la cual cayó más de uno de los examinadores. Para las almas superiores la

victoria encierra a veces una tristeza más sutil que el dolor de la derrota. La derrota provoca la reacción y hace brillar de nuevo la esperanza. Juana de Asbaje, la niña sabia, sintió el hastío de su gran triunfo intelectual del cual se habló en todas partes, sus ecos llegaron hasta la corte de Madrid y desde aquel día a los éxitos del mundo prefirió la vida retraída. Se retiró al convento, se llamó Sor Juana y se dio enteramente al estudio hasta llegar a ser uno de los más grandes poetas que produjo la Colonia.

En la paz de la celda se unía armoniosamente el cultivo de la inteligencia al cultivo de las virtudes, esos dos huertos cerrados y vecinos. Se crecía en sabiduría y se crecía al mismo tiempo en santidad. El amor al Señor era un largo noviazgo exento de decepciones que duraba toda la vida, sin temor de que lo marchitase la vejez. Los versos de amor donde se expresaban con vehemencia las quejas de la pasión divina, después de bien pulidos se imprimían en la mente para que los leyese Dios, el reposado lector. Sólo por orden del confesor o del obispo se publicaban libros. Por obediencia había escrito en Castilla Santa Teresa y por obediencia escribió la Madre Castillo, la extraordinaria Clarisa colombiana.

El caso de esta monja demuestra la inclinación a la cultura que existía en los conventos coloniales. La madre Castillo nació y murió en una ciudad de provincia: en la deliciosa ciudad de Tunja. El único viaje de su vida fue el que hizo en la adolescencia de su casa al convento de Clarisas. Yo creo que esa ciudad de Tunja, encerrada entre los Andes Colombianos, debe ser especialmente propicia al ensueño y a la contemplación. En ella pasó los últimos años de su vida el conquistador y cronista don Juan de Castellanos que como buen precursor de la cultura colombiana fue conquistador, letrado y poeta. Allí después de ordenarse sacerdote escribió los ciento cincuenta mil versos de sus Memorias que llamó: "Elegías de Varones Ilustres de Indias". Esta encantadora extravagancia de hacer una crónica en verso rimando a veces los detalles más prosaicos del mundo debió aconsejárselo el ambiente poético de la ciudad. Muchos críticos ilustres, Menéndez Pelayo entre otros, se lamentan de que Castellanos haya descrito en verso tantas cosas antipoéticas. Yo creo al contrario que hizo muy bien en escuchar los consejos del ambiente y en darle su limosna de poesía a las pobres cosas prosaicas. En la misma ciudad un siglo más tarde la madre Castillo sintió también la necesidad de encerrarse a rezar y a pensar. Cuando comenzó su noviciado apenas sabía leer. Encerrada en su celda, o apartada en un rincón del claustro, siempre solitaria con algún libro en la mano guardó silencio durante muchos años. Las demás monjas, juzgándola excéntrica, la llamaban soberbia y visionaria. Fueron estas incomprendiones las espinas de su vida. Un día su confesor le ordenó que escribiese y rompió el silencio. Todo el mundo se quedó asombrado de su erudición. Los obispos creyeron que se trataba de un caso de revelación divina y le ordenaron que escribiese su vida. Lo hizo en el estilo llano del siglo xvi, pero como todo

artista verdadero sintió la corriente de su época y reflejó a Góngora en sus versos. Celebrando por ejemplo la eucaristía dice con amor vehemente:

*Fuego en que el alma se abrasa  
Hidrópica de su incendio*

y después:

*Por sustentarme echaste  
El sello de tu amor en una oblea.*

¿Cómo pudo llegar tan fácilmente el gongorismo en buques de vela y en lomos de mula hasta la celda de la monja andina?

Además de la cultura en los conventos coloniales bien aireados y bien llenos de sol había mucha alegría. La mojigatería de ciertas beatas y beatos y la de algunas órdenes religiosas contemporáneas no es colonial, sino importada influencia jansenista. Ya Santa Teresa desde Castilla había dado en muchas ocasiones el tono de la fe campechana. Una vez cayó sobre toda su comunidad una plaga de no sé qué insectos innumerables. Eran tan insistentes que perdida la esperanza de exterminarlos por las buenas Santa Teresa tuvo que acudir a una medida extrema: mandó a quemar toda la ropa del convento y haciendo un gran esfuerzo, porque andaba la pobre escasa de dinero, vistió de nuevo a sus monjas. El día de la inauguración de los vestidos, se celebró una procesión medio jocosa, medio de acción de gracias en la cual se cantó el siguiente estribillo compuesto por ella misma:

*Pues nos dais vestidos nuevos  
Rey celestial,  
Librad de la mala gente  
Este sayal.*

El buen humor no sólo se trasladó a los conventos de la Colonia sino que se desarrolló aquí por su cuenta con rapidez. Junto al buen humor creció también la libertad. El trópico es enemigo de la reserva de la etiqueta y de la severidad, cosas buenas para los países del norte. Al calor le gustan las tertulias al aire libre y se opone en lo posible al aislamiento. Algunos viajeros que vinieron a América en el siglo XVIII y escribieron sus impresiones de viaje, como Ulloa y Jorge Juan, se extrañaron de las excepcionales "anchuras" de que gozaban por aquí las comunidades religiosas. Estas "anchuras", como dice Ulloa, consecuencias del clima, eran bastante inocentes. Una de ellas consistía en recibir innumerables visitas en el locutorio. Se formaban así verdaderas reuniones mundanas donde se discutía sobre temas teológicos, pero en donde se hablaba con animación de cosas mucho menos encumbradas. Otra anchura que se juzgó muy criticable era el número de esclavas o sirvientas seglares adheridas a las comunidades. Hubo conventos en Méjico y en La Habana en donde cada monja tenía a su servicio personal de cinco a seis sirvientas. Buenas místicas y buenas criollas pensaban sin

duda que no era edificante gastar fuerzas materiales en su propio servicio sino que debían reservarlas para cuando se presentase la ocasión de gastarlas en el servicio de Dios. Mientras tanto las seis criadas lo hacían todo.

Este exceso de sirvientas provocó por cierto en Méjico un famoso pleito entre un convento de monjas y un Provincial de la Orden de San Francisco, llamado Fray Mateo de Herrera quien llegaba de España a visitar las comunidades. Escandalizado el Provincial por el número de sirvientas que contó en un convento: eran 500, un verdadero ejército, decidió reducirlas a una mínima expresión. Las monjas se opusieron indignadas, el Provincial insistió, todos los parientes de las monjas las apoyaron, la discusión se encrespó y fue a dar a la Real Audiencia. Hubo un largo pleito. Nombrado árbitro el Virrey sentenció a que se rebajara a la mitad el número de sirvientas. Pero como las monjas se negaron a despedir ni a una sola, ganaron brillantemente el pleito. De las casas ricas a los conventos y de los conventos a las casas ricas iban y venían los regalos acompañados de un amable recado oral. Eran bandejas con rosquillas de almendra; frutas de horno; suspiros de monja y chocolate fino. Cargar la bandeja y decir el recado era una de las más delicadas ocupaciones de las discutidas criadas. Sor Juana Inés que quiso con vehemencia a la marquesa de Paredes, una de las virreinas, le mandaba casi diariamente regalos de dulce o de labores de mano y se las ofrecía en verso. Una vez que le envió un zapato bordado y una torta de chocolate glosó el regalo con un romance que empezaba así:

*Tirar el guante, señora,  
Es señal de desafío,  
Conque tirar el zapato  
Será muestra de rendida.*

Yo no sé si las glosas de Sor Juana Inés irían en sobre cerrado o si la recitaría en voz alta y bien timbrada la mandadera. Veo muy bien el anterior cuarteto recitado ante una puerta abierta por sobre el chocolate y el zapato aguantada la bandeja entre las manos firmes de la mandadera. El recado fue una forma de expresión importantísima durante la Colonia en que la amistad era comunicativa y ni existía el teléfono ni se usaba la forma epistolar sino para secretos mensajes de amor. Un recado bien nutrido y bien dicho duraba un largo rato y había que ver el arte lleno de sutilezas y matices con que lo daba una esclava que fuera recadera fina. En él entraba según las circunstancias frases de bienvenida, de felicitación o de condolencia, noticias sensacionales, observaciones sobre el tiempo, quejas, y declaraciones de cariño. Todo ello adornado con una retórica especial en un español medio declamado y medio negro en el que de tiempo en tiempo para mayor finura se oían sonar las eses, en Caracas por lo menos. Yo llegué a escuchar algunos de estos recados durante mi infancia. Hasta 1910 llegaron algunos. Se los mandaban entre sí las señoras viejas que sentían por el teléfono una repugnancia sagrada, y las negras que los daban solían llevar aún el paño blanco de las esclavas puesto por la cabeza.



El convento de monjas ocupaba un lugar importantísimo en la vida íntima y en la vida social de la Colonia. El torno —según dice un escritor de nuestros días—, giraba más que un trompo alrededor de su eje, no sólo para llevar y traer regalos, sino para transmitir súplicas y pasar las limosnas.

“A la madre Superiora” —decía una voz del lado de afuera— “que tenga la caridad de ofrecer un rosario para una necesidad muy grande. Ahí le va la limosna para las almas benditas” —y giraba el torno.

En ciertos días se celebraban fiestas en las cuales, según consta en los programas, había comedias, romances, bailes y provinciales. Las monjas tocaban piezas de música y cantaban villancicos. Asistían el arzobispo y el virrey o capitán general, según la ciudad que fuese. En Méjico, en tiempos de Sor Juana, no faltaban nunca el virrey y la virreina, marqueses de Mancera. Sor Juana que lo hacía todo con vehemencia, quiso con pasión a esta virreina que había antecedido a la otra, a la del romance del zapato. Esta primera se llamaba Laura y murió durante su virreinato. Sor Juana que la había celebrado en vida la lloró después de muerta en innumerables sonetos y endechas. Uno de estos sonetos empezaba así:

*Mueran contigo, Laura, pues moriste,  
Los afectos que en vano te desean  
Mis ojos a quien privas de que vean  
La hermosa luz que un tiempo concediste.  
Muera mi lira infausta en que influíste  
Ecos que lamentables te vocean  
Y hasta estos rasgos mal formados sean  
Lágrimas negras de mi pluma triste.*

Yo veo en el culto, que rendía Sor Juana a las virreinas, la misma disposición que tenemos todavía en América de celebrar con vehemencia todo lo que llega de ultramar. Bien analizado es una forma de idealismo ingenuo. Como la naturaleza del trópico predispone al ensueño y anuncia cosas grandiosas se forja dentro de sus proporciones una Europa fantástica y un poco descomunal, lo mismo que se podría forjar un cielo. Los que vienen de allá llegan impregnados del mismo prestigio. Son especies de querubines con alas de cera. Cuando éstas se funden al calor de la realidad, viene la decepción, pero la fe no muere. Renace en otra influencia, en otra moda, en otra personalidad puesto que la naturaleza sigue siempre ahí lista para forjar cielos. En nuestros tiempos los forjamos con preferencia en París. Durante la Colonia era en la corte de los Austrias y de los Borbones. El nacimiento de un infante, o el aniversario del Rey eran junto con la Semana Santa las grandes solemnidades del año. Las campanas repicaban, había iluminaciones, las señoras nobles mantuanas salían a la calle y todo el mundo se divertía. El destronamiento y detención de Fernando VII por Napoleón hirió a las colonias en lo más vivo de su cariño místico. Se había humillado al rey sagrado. Todas se despertaron. Cuando vino la decepción y se dieron cuenta

de que era un rey de baraja, ya no volvieron a dormirse para soñar con él. Se le habían perdonado muchas cosas, pero que desde allá nos dejara saber que era un rey de baraja, eso no se lo perdonamos nunca.

Como más sensibles y sedientas de ideal, eran las mujeres las más dispuestas a endiosar cualquier cosa. Tanto Jorge Juan como el conde de Ségur quienes vinieron a Caracas y Cartagena de Indias en el siglo XVIII cuentan la acogida entusiasta que hacían las criollas a los europeos. Ségur que llegó a Caracas renegando de las incomodidades del viaje y del espíritu estrecho de las autoridades coloniales, al entrar en la ciudad cambia de tono. Ve las ventanas llenas de mujeres bonitas que se asoman para saludar sonriendo a los oficiales franceses y le parece Caracas un valle encantador donde se goza en forma especial la dulzura de vivir. Cada cual, dice, se apresuraba a ofrecernos su casa y las señoras abrían la celosía para apoyar sonriendo la invitación. Tan encantado quedó de aquella sencillez hospitalaria que no olvidó nunca los días pasados en Caracas. No olvidó tampoco a las Aristiguieta, primas de Bolívar, con quienes bailó a menudo y a quienes llamaban por bonitas y por ser nueve hermanas —las Nueve Musas.

Jorge Juan cuenta por su lado que aquí en Cartagena de Indias, las criollas distinguidas no se veían nunca circular por la calle. No salían sino de noche. Iban a misa los domingos a las tres de la mañana. Su rango de nobles o mantuanas les impedía salir sin manto y como el calor del sol les hacía el manto insufrible, se quedaban en la casa mientras duraba el día. Tendidas en la hamaca con la pantufla de tacón y el vestido claro mirando a través de una ventana el cielo, las palmeras y el mar soñaban con las cosas lejanas.

Cuando un extranjero llegaba hasta sus torres de marfil, lo recibían con excesiva amabilidad: le regalaban frutas, flores o dulces hechos en la casa. Grandes fumadoras, la mayor de las atenciones consistía en encender ellas mismas un cigarro y pasarlo bien prendido al que querían obsequiar.

Las mulatas, cuarteronas o quinteronas, el grado tenía mucha importancia, sí podían sin rebajarse allí en la misma Cartagena circular por la calle con una simple basquina de tafetán, blusa y paño blanco por la cabeza. Tenían como gran diversión ir al puerto a ver llegar los galeones. Con frecuencia recogían por caridad y cuidaban en sus casas a los chapetones o europeos recién llegados quienes a menudo desembarcaban ya enfermos de las fiebres que los atacaban en el trópico y que se llamaban por su nombre chapetonadas. Cuando el chapetón se curaba se casaba a menudo con alguna de sus enfermeras. Si se morían, las mulatas caritativas lo lloraban con las lamentaciones y gritos de rigor, le hacían su buen velorio, lo enterraban con decencia y le mandaban decir sus nueve misas.

El tipo de la mantuana soñadora encerrada eternamente en la casa sin ver más horizonte que el que abarcaba su ventana abierta abundó mucho en la colonia. Místicas indefinidas sin vocación para el convento ni para el matrimonio, ambiciosas o desengañadas por el primer amor se quedaban

al margen de la vida. Sembrando cariño y abnegación en la familia envejecían solteras. Más maternas que las propias madres fueron ellas, en gran parte, las viejas tías solteras las creadoras de nuestro típico sentimentalismo criollo que quiere siempre con dolor y que se exalta hasta la tragedia en los casos de ausencia, de enfermedad o de muerte.

Hay una poetisa colonial anónima y quizás colombiana quien sólo escribió una vez con el seudónimo de Amarilis. Su personalidad misteriosa que nunca llegó a identificarse refleja en su lindo poema o historia de su vida y de su amor, el tipo tan interesante y tan frecuente de la soñadora criolla. Esta exquisita Amarilis que pasa como una sombra por la literatura colonial sin dejar más que una carta, merecería estudiarse escribiendo sobre ella un libro entero y su poema epistolar debería ser más conocido en los países en que se habla español. Pero tal vez sea su principal encanto el de haberse quedado en la penumbra dando desde allá una lección de buen gusto a los vanidosos divulgadores de sus medio-talentos. Según algunas conjeturas Amarilis debió nacer en una provincia del Perú muy a principios del siglo diecisiete puesto que escribió en 1621. Dice una versión que del Perú pasó muy joven a Santa Fe de Bogotá donde acabó su vida. Pero, ¿cómo vivió? ¿Se casó por fin? ¿Estarán aquí mismo sus descendientes? ¿O se quedó soñando siempre con amores imposibles?

Muy joven, muy culta, lectora apasionada de los clásicos y de sus contemporáneos se enamoró a distancia de Lope de Vega cuya fama se hallaba en todo su esplendor. Lo conoció por sus libros y a fuerza de admirarlo y de simpatizar con su espíritu sintió por él una verdadera pasión romántica. Para decírselo le escribió en secreto una carta en verso donde le contaba con sencillez su amor, su vida y la vida de lo que la rodeaba y la quería. Le declaraba además que lo escogía como amante porque no tenía por dichoso estado el querer la realidad ni los bienes posibles. Ella se firmó Amarilis y a Lope de Vega lo llamó Belardo.

Encantado y conmovido Lope de Vega contestó, pero como no sabía a quién dirigir la respuesta insertó las dos cartas en uno de sus libros. Menéndez Pelayo quien juzgaba los versos de la primera, es decir los de Amarilis, como los más frescos y graciosos de la literatura colonial, dice comparando las dos cartas: Por esta vez, perdóneme Lope, la humilde poetisa americana se lleva la palma.

Amarilis empieza su larga carta haciendo su autobiografía y contando a Lope de Vega la historia de sus abuelos que fueron conquistadores y fundadores de su ciudad. Habla cuando viene al caso de historia antigua y de mitología con naturalidad. Cuenta como se quedó huérfana junto con otra hermana y le participa que es rica, bonita y feliz:

*De padres nobles dos hermanas fuimos  
Que nos dejaron con temprana muerte  
Aun no desnudas de pueriles paños*

*El cielo y una tía que tuvimos  
Suplió la soledad de nuestra suerte*

(Aquí está ya la nota típica de la familia criolla)

*De la beldad que el cielo acá reparte  
Nos cupo según dicen mucha parte  
Con otras buenas prendas  
No son poco bastantes las haciendas  
Al continuo sustento  
Y estamos juntas con tan gran contento  
Que un alma aentrambas rige y nos gobierna  
Sin que haya tuyo y mío  
Sino paz amorosa, dulce y tierna.  
Ha sido mi Belisa celebrada  
Que este es su nombre y Amarilis mío.  
Entrambas de afición favorecidas,  
Yo he sido a dulces musas inclinada,  
Mi hermana aunque menor, tiene más brío  
Y gracias por quien es muy conocida,  
Al fin todas han sido merecidas  
Con alegre himeneo.  
Yo, siguiendo otro trato,  
Contenta vivo en limpio celibato,  
Con virginal estado,  
A Dios con gran afecto consagrado  
Y espero en su bondad y su grandeza  
Me tendrá de su mano  
Guardando immaculada mi pureza.*

Sigue hablando durante un largo rato de sus aspiraciones al amor platónico y luego de elogiarlo le declara a Lope que es a él a quien ella quiere así a distancia sin ver ni tocar, única manera que considera elevada:

*El sustentarse amar sin esperanza  
Es fineza tan rara que quisiera  
Saber si en algún pecho se ha hallado,  
Pues nunca tuve por dicho estado  
Amar bienes posibles  
Sino aquellos que son más imposibles.*

Aquí aparece el alma lírica. Es la misma sedienta de abnegación y de responsabilidades de que antes hablé, que representa ya el ideal feminista tan denigrado, y tan incomprendido en su forma más pura:

*Oí, Belardo, tus conceptos bellos,  
Tu dulzura y estilo milagroso*

*Y admirando tu ingenio portentoso  
No pude reportarme  
De descubrirme a ti y a mí dañarme.*

.....  
*Oí tu voz, Belardo, ¿mas que digo?  
No, Belardo, milagro han de llamarte,  
Este es tu nombre, el cielo te lo ha dado,  
Y amor, que nunca tuvo paz conmigo,  
Te me representó parte por parte.*

Amarilis se declara luego ignorante en sucesos de amor y, como quien sólo tiene coloquios con el cielo, pide a Lope un don poético: que escriba en verso la vida de la santa de su devoción:

*Yo y mi hermana una santa celebramos  
Cuya vida de nadie ha sido escrita  
El verla de tu mano deseamos  
Tu dulce musa alienta y resucita  
Y ponla en estilo tan subido  
Que sea donde quiera conocido  
¡Oh, que sujeto, mi Belardo, tienes  
Con que de lauros coronar tus sienes!*

Para despedirse le recuerda:

*Finalmente, Belardo, yo te ofrezco  
Un alma pura a tu valor rendida.*

Parece después como si relejera la carta y descontenta por no juzgarla a la altura de sus aspiraciones, se acongoja, pero por fin la cierra y la manda con lo mejor de su alma:

*Versos cansados ¿qué furor os lleva  
A ser sujetos de simpleza indiana  
Y a ponerlos en manos de Belardo?  
Al fin aunque amargueis, por fruta nueva  
Os vendrá a probar aunque sin gana  
Y verán vuestro gusto bronco y tardo  
El ingenio gallardo  
En cuya mesa habréis de ser honrados  
Hará vuestros intentos disculpados:  
Navegad, buen viaje haced la vela,  
Guiad un alma que sin alas vuela.*

¿Cuántas Amarilis no han vivido desde entonces en nuestras ciudades-cielos mirando pasar la vida por entre los barrotes de las ventanas y por

entre las líneas de los libros? ¿Cuántas no han llevado su carta a Belardo muda y presa durante muchos años hasta escribirla por fin en prosa a quien no la inspiró ni la merecía? ¿Cuántas otras por no escribirla en prosa no la escribieron nunca?

Entre los vestigios o reliquias semi-coloniales de mi infancia guardo muy viva la influencia de dos de estas grandes soñadoras. A ellas les debo sin duda el cariño casi místico que siento hoy por la vieja tradición criolla que se va. Sus dos imágenes representan los dos extremos de la Independencia por su lado más íntimo. Era la primera una empedernida realista y la segunda una exaltada patriota. A la realista sólo la conocí por referencias pero por referencias tan vivas que debido a ellas casi puedo decir que he visto con mis ojos la Colonia. Durante su juventud que había florecido a fines del siglo dieciocho se había llamado doña Francisca Tovar. Al envejecer, gracias a los hijos, nietos y biznietos llevó para todo el mundo el nombre típico criollo de Mamá Panchita. Como digo, sólo la conocí por referencias a través de su hija, mi abuela materna, que a pesar de ser mujer letrada sabía narrar con la viveza de imágenes que sólo suelen usar las iletradas. Las aventuras de Mamá Panchita cuya vida iba de 1787 a 1870, más o menos y abarcaba todo un ciclo de prosperidades, persecuciones, tragedias y decadencias, fueron sus cuentos que en boca de mi abuela entretuvieron mi infancia. Puedo decir sin exagerar que conducida por su mano y acompañadas las dos por la sombra de Mamá Panchita, vagué por el Caracas que visitó Humboldt, el anterior a la revolución y al terremoto del año doce. Heroica durante la guerra, Mamá Panchita lo había sido todavía más durante la paz, debido precisamente a la impopularidad absoluta de su heroísmo. Rodeada en su propia casa de patriotas y de próceres ilustres, ella, en plena derrota siguió siendo realista contra todos sin ceder un segundo hasta el día de su muerte.

Nieta del Conde Tovar, no de los magnates coloniales de Caracas, vecina y contemporánea de Bolívar, con quien durante su infancia había jugado mucho a la cebollita y la gallina ciega en la Plaza de San Jacinto, Mamá Panchita se había casado a los quince años al apuntar el siglo diecinueve con un vasco español llamado don Francisco Ezpelosín, que era alto empleado de la compañía guipuzcoana. Los buques de vela de esta compañía guipuzcoana llevaban a la península el mejor cacao de Caracas, pero traían en cambio a la Colonia por contacto con Francia los gérmenes de la Revolución. A la compañía guipuzcoana le debió en gran parte Venezuela aquel brote magnífico de cultura y de heroísmo aventurero, que produjo a Miranda y a toda la pléyade de Libertadores. Al comenzar pues el siglo diecinueve Mamá Panchita que era mantuana linda, rica y sumamente frívola como buena hija del siglo dieciocho, se hallaba en todo su esplendor. El vasco don Francisco tenía muchas haciendas y buques de vela de su exclusiva propiedad. Según mis sospechas, yo creo, que Mamá Panchita no leyó nunca más libros que su devocionario durante la misa mayor del domingo y ése, muy por encima. Vestida de olán clarín, dormitaba la siesta

rodeada de esclavas. Mientras una le andaba en la cabeza, otra le rascaba los brazos, una tercera le espantaba los mosquitos y una cuarta le ponía las medias las cuales, gran lujo entonces, nunca fueron sino de pura seda. Un día para desgracia suya y pérdida definitiva de sus medias estalló la malhadada revolución. ¡Adiós para siempre las siestas tranquilas! Don Francisco, su marido, prudente como buen rico, pensó que “lo mejor” es el enemigo de “lo bueno”, no se adhirió al movimiento revolucionario y resolvió conservar una estricta neutralidad. Pero llegó a su vez la guerra a muerte y se comenzó a arrasar con los neutrales. El que no estaba con la revolución estaba en su contra y a los sospechosos se les hacía decir “naranja” o “Francisco” a ver cómo andaba de pronunciación. Perseguido por los patriotas, confiscados sus bienes, sin poder siquiera decir su propio nombre, don Francisco tuvo que esconderse para salvar la cabeza. En vano Mamá Panchita fue a rogar a sus primos hermanos, los Tovar y Mendoza de la Independencia, que las dejaran por lo menos conservar una haciendita con su casa para poder vivir tranquilos, que ellos eran gente de paz. Todos le contestaron muy secamente que se las arreglara como mejor pudiera que la República necesitaba dinero, y que ¡quién la había mandado a casarse con un español! Después de peligros sin cuento don Francisco logró escapar, y Mamá Panchita, rodeada de sus niños, con su última esclava, su último chal de Cachemira y su último par de medias de seda puesto, se embarcó en un buque de vela rumbo a San Juan de Puerto Rico. Y vinieron los largos años de destierro. Cuando regresó a Caracas, ya viuda y más pobre que la cucarachita Martina, tuvo que ir a ocupar un pabellón situado en el jardín de lo que había sido la casa de los Tovar, ya también arruinados. Allí su vejez fue una protesta continua y muy documentada contra el nuevo régimen. Las cosas de la República en honor de la verdad marchaban ya bastante mal. Mamá Panchita aprovechaba la menor oportunidad y atribuía todos los entuertos a la Revolución y a su ex amigo y vecino a quien aseguraba con sorna conocer mejor que nadie y a quien nunca llamó “Libertador”, ni siquiera Bolívar sino “este niño Simón, el de la Plaza de San Jacinto”. Cuando lo elogiaban demasiado, sea por la prensa, sea de viva voz, ella bajaba la suya por prudencia y murmuraba para que sólo oyera el que quisiera oír: ¡Nunca le encontré nada de particular. Ni siquiera tenía buena figura!

Coleccionaba los hechos crueles de los patriotas para referirlos cuando viniera a colación y como quien no quiere la cosa, ante un público que la escuchaba con indiferencia y le contestaba con ironía. Les aseguraba por ejemplo que Bolívar había firmado el decreto de Trujillo, mojando la pluma en la sangre caliente de un español. Sus sobrinos, nietos y biznietos le replicaban que si andaba escaso de tinta, sería porque hasta eso se habían robado y bebido los realistas.

Las anécdotas sangrientas e inéditas de Mamá Panchita que oí en mi infancia y que en su mayoría, lo confieso con pena, no he guardado en mi memoria se perdieron ya para siempre. Lo mismo perdí las otras: las de la

vieja tía prócer. Las escuchaba entonces como cosas de viejo: como quien oye llover. Era esta segunda, la tía prócer, la verdadera soñadora y la que conocí personalmente, una vieja soltera que bien podría, como Amarilis, haber sido la amante silenciosa e intocada de algún Lope de Vega. Nunca he sabido su historia, si alguna tuvo, las historias de amor de las solteras que no murieron jóvenes y gloriosas a lo María Bashkirtseva, no interesan a nadie. La familia no las recuerda. Sobre el corazón pudoroso que se marchita con su secreto van cayendo los días como copos de nieve, y el secreto queda enterrado bajo la blancura y el tiempo. Se llamaba esta vieja soñadora Teresa Soublette. Hermana de mi bisabuela, nieta de Teresa Aristiguieta, una de esas nueve musas de que habla Ségur en sus Memorias, era la hija menor de Carlos Soublette, uno de los Generales que libertaron a Colombia en Boyacá. La figura de Soublette es, sin pasión de familia, una de las más puras de nuestra Independencia. Pero como dijo Páez, hablando de sí mismo también Soublette vivió demasiado. Lo alcanzó el desprestigio de épocas que salpicaban mezquindad. Jefe del partido Conservador de que antes hablé, quiso gobernar en Utopía. Los Libertadores estaban tan convencidos de la santidad de su causa que una vez terminada la Independencia creyeron haber purificado el mundo entero. Su candor les costó caro. Presidente de la República, Soublette, rodeado por el fracaso de su idealismo, cayó para siempre del poder con las manos muy limpias, pero cayó para terminar su vida bajo una cruda persecución. Muerto, la misma persecución continuó hostigando su recuerdo.

Una prueba es ésta: Cuando en Venezuela el gobierno contrario hizo editar por su cuenta las Memorias de nuestro gran O'Leary, que como sabemos todos, es una de las principales fuentes de la historia de la Independencia, mandó suprimir de ellas casi todo lo que se refería a Soublette. Así mutiladas fueron a la imprenta y así circulan desde entonces. ¡El, que se hallaba tan íntimamente mezclado a las páginas manuscritas por haber sido primo y compañero de armas de Bolívar y por haber sido cuñado del propio O'Leary! Cuando murió, sus restos no fueron al Panteón de Caracas donde están enterrados los más modestos militares, no ya de la Independencia sino de lo que llamaron luego "La Federación". Tan grandes eran entonces los odios de partido y aquellas disensiones que hicieron decir a Bolívar: "He arado en el mar".

Cuando conocí a tía Teresa Soublette impedida, en una silla de ruedas con los ojos muy vivos y la inteligencia muy clara, se lamentaba de las numerosas injusticias cometidas contra la memoria de su padre. Para enumerarlas se apoyaba en deliciosas anécdotas que ni ella ni sus oyentes apreciamos entonces. Era aquella especie de letanía ilustrada su tema favorito. Yo creo que con las mismas quejas debía lamentar alguna otra injusticia sentimental más personal y más honda que no decían los labios. Encumbrada en su silla guiaba el rosario, hacía colchas de crochet, politiqueaba y leía sin cesar. A veces un historiador joven venía a consultarla sobre algún dato o



anécdota relativa a su padre. Los refería con minuciosidad y devoción. Aunque sus recursos intelectuales eran modestos, tanto le gustaba cultivar la inteligencia, que a su sirvienta, una negra joven que había traído del confín de una hacienda, no sólo le enseñó a escribir y a leer sino que le trasmitía en secreto sus conocimientos del francés. Tales clases tenían lugar a puerta cerrada. Temía la burla de sus tres generaciones de sobrinos y escondía con misterio el Ollendorff y los cuadernos donde se guardaban las conjugaciones, temas y borrones de su cómplice a quien había logrado comunicar la sagrada fiebre de saber. Todo el mundo conocía el secreto, pero todo el mundo aparentaba ignorarlo. Aquel pobre francés era sin duda una de las llaves con que durante su larga vida había entrado ella al país del ensueño. Antes de morir, para que no se perdiese, lo legaba así humildemente a su negra.

Otra llave que le abría la puerta del ensueño era una correspondencia que la ponía en contacto mensual con Colombia, país sagrado para su alma idealista. Cuando los venezolanos y los colombianos éramos una misma cosa como lo seguimos siendo, pese a esos límites discutidos imaginarios y pese también a esa cosa exterior que llaman gobierno y política, en los tiempos en que éramos todos la Gran Colombia una rama de la familia, los O'Leary Soubllette habían pasado a Bogotá. Doña Carolina O'Leary, bogotana, que todos ustedes conocieron, y tía Teresa Soubllette, caraqueña, sin haberse nunca visto, tenían una gran intimidad epistolar. Duró la correspondencia desde la infancia de las dos hasta la muerte de una de ellas, lo cual debe abarcar un período de cerca de ochenta años. Yo no sé qué tal sería la Caracas que con sus cartas amarillentas habría edificado doña Carolina O'Leary. La Bogotá de tía Teresa Soubllette era una idílica ciudad de naipes llena de perfecciones arbitrarias cuya falsedad saltaba a la vista. Cuantas veces su alma sentimental recibía un choque de decepción contra la realidad, lo achacaba al ambiente frívolo, irrespetuoso y no bastante fino de Caracas. Aseguraba que en Colombia reinaba a todas horas la corrección, que todo el mundo rendía culto a la memoria del General Soubllette, y que se rezaba el rosario en familia sin quejas ni interrupciones, ella lo sabía muy bien por las cartas de doña Catalina O'Leary y mirando el retrato de su corresponsal rodeada de hijos y nietos sacaba esta deducción que nos echaba en cara entre suspiros: "En Bogotá, niños, óiganlo bien ¡los viejos cuentan!".

Un día, la suerte le deparó un desengaño que no debía hacer mucha mella en su fe tan arraigada.

Habían llegado de paso a Caracas unos estudiantes recomendados a ella por doña Carolina O'Leary naturalmente. Tía Teresa quiso obsequiarlos como era debido y los invitó a almorzar junto con algunos de los sobrinos en tercer grado. Desde la víspera se hizo trasladar a la cocina y erguida en su silla de ruedas, como el propio general Soubllette en Boyacá, dirigió todo el ir y venir que requería un menú ecléctico. Se hicieron hallacas, como llaman en Caracas a los tamales, hervido de gallina, torta de polvorosa, bien-me-sabe de coco, se hicieron en fin los más finos y exquisitos platos de su edad de oro,

porque como buena hija de prócer, había ganado dinero *in illo tempore* haciendo postres para los bailes. Cuando llegó la hora del almuerzo, muy vestida de negro con cadena de azabache y el pelo partido en dos con su raya en el medio bien liso y bien peinado, sentada en su silla, lista para que la rodaran al comedor a presidir la mesa, esperaba la llegada de los festejados en el portal o corredor de entrada como es costumbre en Caracas. Pasaron las doce; las doce y media, la una, las dos, las tres, y los estudiantes no asomaron por ninguna parte. Divertidos quizás por otro lado tomando *cocktails* entre gente de su edad, olvidados por completo de la invitación, nos habían puesto un “*lapin*” como se dice en París cuando no se acude a una cita.

A las tres de la tarde, llena de dignidad en su derrota, tía Teresa Soubllette dio la señal para ir almorzar por fin sin los invitados. La adolescencia es cruel. Cuando llegamos a la mesa victoriosos y muertos de hambre abusamos de la victoria y del botín como verdaderos vándalos. “¿Tú ves, tía Teresa —decíamos abriendo las hallacas—, lo que te han hecho tus queridísimos colombianos? ¡Sin avisar siquiera! ¡Peor que nosotros! Para que sigas diciendo que son tan finos, tan atentos con los viejos y que debíamos aprender con ellos. ¡Bonitos maestros! ¡Ah, en todas partes cuecen habas!”.

Pero ella heroica hasta el fin, escondiendo su sorpresa, no capitulaba: “a esos niños, decía declamando, les ha pasado algún accidente como si lo viera, y estoy angustiadísima pensando en sus pobres madres!”.

Naturalmente que no les había ocurrido nada. Se supo al siguiente día: era un olvido, uno de esos olvidos realmente involuntarios, pero que Freud descendiendo a lo más hondo del subconsciente haría derivar del temor violento de aburrirse en compañía de la pobre vieja romántica. También ella se valió de recursos freudianos para guardar fresco su ideal. Halló una explicación y continuó profesando su religión consoladora: los desengaños y el aislamiento moral de la vejez eran efectos del medio ambiente. En otras partes, en Colombia sobre todo, se le rendía culto a los muertos, a los viejos y a todo lo que representara un valor espiritual. Su idealismo contagioso acabó por triunfar. En lo que me concierne, me hizo conocer a Colombia por la fuerza de la repetición y me la hizo querer con el mismo impulso romántico porque a pesar de su Bogotá de naipes en la elección y en la vehemencia del cariño, tía Teresa Soubllette tenía razón. En cuanto a su almuerzo desdeñado, creo, que encierra una moraleja que me he repetido a mí misma muchas veces cuando querramos hacer obra de arte o de provecho: no nos alejemos de un todo por caminos extraños y llamativos que son tal vez hostiles, vayamos a sentarnos de tiempo en tiempo a la noble mesa criolla, la del ambiente, las tradiciones y el paisaje. Modesta y substanciosa ella nos espera siempre en su rincón de sombra como la mesa del Padre en la Parábola del Hijo Pródigo.

### III

ANTES DE IR a buscar la influencia decisiva y medio oculta que van a tener las mujeres en la Revolución o Guerra de la Independencia, les invito a evocar la época. Mirémosla pasar un momento como en la pantalla de un cinematógrafo. La imagen exterior nos reflejará así más vivamente lo que pasa en el alma. Imaginemos una calle cualquiera de cualquiera de nuestras ciudades coloniales, ¡se parecen todas tanto! Corren los últimos años del siglo XVIII.

Es al caer la tarde. A uno y otro lado del paisaje sobre las ventanas y sobre la calle, corre el alero con su festón de tejas coloradas. De tiempo en tiempo bajo el alero corre también una canal pidiéndole agua al tejado. Canal y alero quedan tan bajos que subiéndose al segundo tramo de una ventana pueden alcanzarse con la mano. Las ventanas tienen balaustres gruesos y empotrados como los de una cárcel y son anchas. Por cada tres o cuatro ventanas hay un portón claveteado. Es todo lo que ofrecen las fachadas. El piso de la calle está empedrado con cantos rodados o con lajas anchas. Crece la hierba entre las lajas. Crece también sobre las tejas y de vez en cuando salpica por capricho el borde de una canal. Levantando los ojos se ve el cielo límpido. La temperatura es deliciosa y sobre los tejados asoma un campanario y asoman a los lejos las montañas.

Andando, andando, calle abajo, allá vienen dos esclavos vestidos de blanco que cargan en parihuela una silla de mano. Ya se acercan. Ya pasan. Recostada en la silla con manto y mantilla, toda de negro, apenas se le ve la cara, va una mantuana, es decir, una criolla noble de las que sólo pueden salir a la calle, envueltas en un manto, de donde el nombre de *mantuana* o aristócrata. Es tarde. Ya van a dar las siete. Ya comió la mantuana, ya se rezó el rosario, ya los esclavos levantaron los manteles y las esclavas se fueron a hacer dormir con cantos y cuentos a los niños de la casa. Meciéndose al paso que riman los parihueleros, doblan la esquina silla de mano y mantuana. Ella va a la tertulia del señor marqués o el señor conde su primo tercero o su primo cuarto. Es el más rico de todos los de la ciudad. La calle se queda sola un buen rato. Ahora por la esquina que doblaron los parihueleros asoma un capuchino. Viene del convento y va a casa de un impedido para confesarlo. Crujen las sandalias y castañetea el rosario a medida que avanzan los pasos. Vuelve la calle a quedarse sola otro buen rato. Ahora se detiene en la esquina el único vigilante nocturno que hay en la ciudad y grita con voz que tiene de queja y de canto: “¡saquen la luz!” La voz se sigue oyendo de esquina en esquina: ¡saquen la luz!, ¡saquen la luz!, hasta que por fin se pierde como un eco en los confines de la ciudad. A poco se entreabre la primera ventana, y una negra con los brazos desnudos y el escote redondo que brilla junto al borde de la camisola blanca, alza el brazo y cuelga de uno de los tramos de la reja un candil de aceite encendido. Ya se acerca la noche. Ya la hilera de candiles alumbraba la calle que no debe quedarse a oscuras cuando no hay luna.

Como es propiedad de todos la alumbran entre todos. Ahora viene un mantuano. Es joven. Ahí se acerca caminando ligero. A él también le cruje el calzado y va moviendo al vaivén de los pasos los faldones del casacón de terciopelo. El también va al chocolate del señor Marqués. Lleva peluca blanca, chaleco de seda, chorrera de encaje, calzón y zapatos bajos con hebilla de plata. Tiene los bolsillos atestados de libros. Los lleva escondidos no vayan a descubrirlos las autoridades civiles o los delegados de la Inquisición. Uno de los libros, el más peligroso y el que por lo tanto se espera con mayor ansia es un folleto llamado *La Declaración de los Derechos del Hombre*. Van a leerlo en alta voz dentro de un rato en la sala del marqués. El mantuano lo ha recibido directamente del granadino Nariño quien a escondidas en su casa de Bogotá lo tradujo, lo imprimió y lo ha puesto a circular desde México hasta la Tierra del Fuego. Por semejante atentado Nariño ha sido preso, lo van a enviar a presidio y le van a confiscar todos sus bienes. Quizás si la lectura de esta noche le cuesta al mantuano lo mismo. ¡Qué se hace! Con su tesoro y su peligro en el bolsillo va caminando contento. Junto con el tesoro lleva quizás un nombre ilustre que va a guardar para siempre la historia. Tal vez no. Tal vez como la mantuana, el fraile y los esclavos está condenado a una muerte oscura. Su sangre anónima correrá en el torrente que empezó a manar en conjuraciones fracasadas como las de Gual y España y que desde entonces corre y correrá hasta estancarse por fin 25 años después en Ayacucho. Ya el mantuano dobló la esquina. Ya cayó enteramente la noche. Entre los árboles de un corral vecino se oye el cantar siniestro de la pavita. Dos manzanas más allá, a portón cerrado, la tertulia del marqués se prolonga misteriosamente hasta la media noche.

Con muy ligeras variantes este mismo cuadro se repite al mismo tiempo en las mismas ciudades que ya están maduras para la Independencia, llámense virreynatos, capitanías o simples provincias. Durante la segunda mitad de siglo, la nobleza criolla ha cultivado su espíritu. Casi todos los jóvenes van a estudiar a las universidades de Méjico, Lima o Bogotá que son las más famosas. Algunos van a Europa. Si los criollos ricos, refinados y orgullosos como son, acatan desde lejos la autoridad del rey, están en cambio enconados contra los chapetones o gobernantes españoles quienes a menudo, brutales e interesados no tratan de adaptarse al ambiente. Sólo piensan en enriquecerse a expensas muchas veces de esos mismos criollos dueños efectivos del país porque son los dueños de la tierra. A veces para mortificarlos más eficazmente los chapetones se alían con los pardos. Parciales les dan la razón o les conceden privilegios sobre los criollos blancos sus enemigos naturales. Humillados en su orgullo de casta los criollos guardan un hondo rencor. En el grupo de descontentos, ellas, las mantuanas, se destacan. Son las abanderadas de este sentimiento de encono que está pidiendo a gritos una protesta. Como lo demostrarán en la Independencia, bajo su exterior lánguido tienen una alma de fuego lista para todas las exaltaciones, todos los sacrificios y todos los heroísmos. Los clubes o centros de reuniones secretas donde irán a conspirar

los hombres solos, casi no existen todavía. Las mujeres por lo tanto asisten a los comentarios, a la exposición de las nuevas ideas, a todos los gérmenes de revolución que van creciendo a puerta cerrada en las salas y en los patios de las casas principales. Allí, en la tertulia ellas fustigan a los hombres con sus observaciones personales y sus palabras vehementes. Una contará el último rasgo de superioridad insolente que le sorprendió al Capitán General durante la misa mayor del domingo. Otra comentará la desatención de un chapetón cualquiera quien le cedió tarde y mal el paso cuando ella, escoltada por la esclava, la silla y la alfombra de rezar en la iglesia, salía a pie de la catedral y atravesaba la plaza camino a su casa.

Se ha hablado mucho de la influencia favorable a la Revolución que tuvo aquí en toda América la expulsión de los jesuitas. Los vehículos activos de tal influencia fueron las mujeres. Esta observación salta a la vista. El conde de Aranda, ministro de Carlos III, quien tan extraordinarias reformas, superiores al espíritu de la época, pensaba aplicar al régimen colonial español, no se dio cuenta de la catástrofe sentimental primero y política después que iba a desencadenar en América la salida de los jesuitas. Como en toda pena de destierro seguida de confiscación de bienes la expulsión de los jesuitas dio lugar a escenas desgarradoras que no podían olvidarse fácilmente sobre todo en aquella época de exaltado sentimentalismo en que la vida entera giraba alrededor de la iglesia y el convento. Los expulsados eran en su mayoría criollos, hijos, hermanos y parientes que al verlos embarcar los despedían para siempre hacia una especie de muerte en donde los esperaba la hostilidad y la miseria. Era la época negra de la Compañía de Jesús. De todas partes la rechazaban y el Papa iba pronto a suprimir la orden. Hábiles directores de conciencia como lo han sido siempre, a la vez que divulgaban la cultura y prestaban todo género de servicios morales y materiales los jesuitas de la colonia, poderosos por sus riquezas y su influencia imperaban por completo en el reino de las almas, en el de las almas femeninas muy especialmente. En ellas inculcaban la idea inseparable de Dios, Patria y Rey. Estos tres conceptos formaban un solo credo. La Patria y el Rey eran sinónimos de la sumisión a España. Arrojadados y perseguidos por el Ministro del Rey se disoció la trinidad y cundió en las conciencias la anarquía del cisma. Por otro lado, acosados por los sufrimientos los jesuitas desterrados se acordaron que eran criollos y comenzaron a ser desde el extranjero los mejores agentes de la Independencia. Aquí en América, las mujeres seguían llorando en los ausentes a sus hijos, a sus hermanos y a sus directores de conciencia. Las demás órdenes religiosas mal preparadas para ejercer la dictadura espiritual por menos sutiles y por ser rivales responsables hasta cierto punto de la expulsión, no llegaron a ocupar nunca el lugar que dejara vacío la Compañía de Jesús. Privada de tan absorbentes directores la piedad femenina sin perder su forma exterior perdió la rigidez y la austera disciplina católica y española. Salida de su cauce la religión sufrió la misma transformación que había sufrido la raza. Ella también se hizo criolla. Ella también se mecía en hamaca, ella también se abanicó indolentemen-

te pensando en cosas amables que no mortificaran demasiado el cuerpo. El calor de las llamas del infierno se fue atenuando hasta convertirse en un especie de calor tropical molesto, pero llevadero con un poco de paciencia, descanso y conversación. El pecado mortal se hizo una abstracción bastante vaga y el terrible Dios de la Inquisición comenzó a ser una especie de amo de hacienda, padre y padrino de todos sus esclavos, dispuestos a regalar y a condescender hasta el punto de pagar y presidir él mismo los bailes de la hacienda. Esta forma de catolicismo cómodo y medio pagano no es invención mía. Desconocido quizás aquí en Colombia existe todavía en la mayoría de los países de América, no ya en el pueblo cuya mezcla con el fetichismo indio y africano puede dar margen a un larguísimo estudio, sino en las mejores clases de la sociedad creyente. Yo conocí, por ejemplo, en Caracas una amiga muy querida que tenía la casa llena de santos. Estos solían tener velas o lamparitas de aceite encendidas según los días. Llena de piedad observaba los mandamientos de la Iglesia en esta forma: iba a misa los lunes porque los domingos había demasiada gente en la iglesia, y la multitud, según ella declaraba, a la vez que no olía muy bien, le estorbaba con su ir y venir el fervor de la oración. Guardaba con mucho escrúpulo la vigilia de Cuaresma, pero no los viernes cuando la afluencia de cocineras madrugadoras arrasaba desde temprano con el mejor pescado, sino cualquier otro día de la semana en que sin angustias ni precipitaciones se podía obtener un buen pargo fresco de primera clase. Su profesión de fe era la siguiente: (que debo advertirlo, sin la menor animosidad anticlerical) "creo en Dios y en los santos, pero no creo en los curas". Si buscáramos la genealogía de este "no creo en los curas" iríamos a dar sin duda con aquella protesta de las criollas del siglo XVIII quienes por espíritu de fidelidad y por espíritu de contradicción no quisieron aceptar nunca ni a los curas seculares ni a las órdenes religiosas que debían reemplazar en el gobierno de sus conciencias a sus muy queridos y muy llorados jesuitas.

Mientras la Semana Santa, las imágenes benditas, el rosario y la misa seguían pues, ocupando sus mismos puestos, sin concilios, teología, ni latín, las criollas resolvieron por su cuenta arduos problemas de casuística y se hicieron en muy poco tiempo su credo personal. En él entraba, como Pedro por su casa, la protección y divulgación de las obras de Montesquieu, Voltaire, Rousseau y demás enciclopedistas franceses. Era en parte una manera de provocar a los chapetones insolentes que las prohibían y de burlar sus pesquisas: eso bastaba. Pasarse en secreto los libros prohibidos era un *sport*. Leerlos era una delicia, no por lo que dijeran, sino porque los prohibía una autoridad que no penetraba en la conciencia. A fin de cuentas era el contagio inevitable y virulento de la Revolución Francesa que transmitía la misma España y que respondía en América a cambios y reformas urgentes a la dignidad criolla.

En lo que concierne la complicidad de las mujeres en esconder, leer y hacer circular los libros prohibidos, hay una carta muy significativa. La escribe desde París el revolucionario o patriota chileno Antonio Rojas. Es en el año

1787, es decir, veinte años después de haber expulsado a los Jesuitas. Una chilena joven y linda de quien no se sabe el nombre, había escrito a Rojas pidiéndole datos y permiso para abrir ciertas cajas misteriosas de libros que él había confiado a su cuidado antes de salir de Santiago de Chile. Rojas le contestó desde París: “¿Para qué datos ni permisos? ¿no es usted la dueña del dueño de las cajas?”. Y comienza a enumerar los nombres de los libros y de los autores con picante ironía como para excitar la curiosidad de su amiga: “Hay unos tomos *in folio* que son ejemplares de un pestífero Diccionario Enciclopédico que dicen es peor que un tabardillo. Item, las obras de un viejo que vive en Ginebra que unos llaman Apóstol y otros Anticristo; Item, las de un chisgarabís que nos ha quebrado la cabeza con su Julia; Item, la preciosa historia natural de Buffon . . .” Y así prosigue la lista.

El prestigio de los libros recae sobre el idioma en que fueron escritos y comienza a cundir entre los jóvenes la moda de aprender francés. Aquellos que lo saben declaman las tragedias de Corneille. Las alusiones de Tancrede los entusiasma:

“*L'injustice a la fin produit l'Independance*” y las ardientes criollas presienten el papel sublime a lo heroínas de Racine que no en el teatro, sino en plena vida y frente a la muerte van casi todas a desempeñar muy pronto.

No pretendo hacer aquí la apología de las heroínas de la Independencia del tipo de Pola Salavarieta quienes supieron pelear a la par de los hombres y morir fusiladas con valor y dignidad como las chisperas del Dos de Mayo y como las más estupendas mujeres de la Revolución Francesa. La historia ha recogido ya esos nombres que todos conocen y que irán creciendo con el tiempo a medida que crezcan, los países y la idea de patria. Es a las mujeres anónimas, a las admirables mujeres de acción indirecta a quienes quisiera rendir el culto de simpatía y de cariño que merece su recuerdo. Durante más de tres siglos habían trabajado en la sombra y como las abejas, sin dejar nombre, nos dejaron su obra de cera y de miel. Ellas habían tejido con su abnegación el espíritu patriarcal de la familia criolla y al pasar sus voces sobre el idioma le labraron en cadencias y dulzuras todos sus propios ensueños. Cuando llega la Independencia una ráfaga de heroísmo colectivo las despierta. Movidas por él pasan en la historia como el caudal de un río. Es una masa de ondas anónimas que camina. Uno de estos momentos históricos el más simbólico y quizás también el más sublime es aquel que se llamó en Venezuela La Emigración.

Era en 1814. Se había firmado ya el Decreto de Trujillo. Esto quiere decir sencillamente que el ser patriota o criollo era un delito que se pagaba con la pena de muerte ante los españoles y ser español o realista era otro delito que se pagaba del mismo modo ante los criollos. Estos últimos instruían sus procesos de la siguiente manera: Diga naranja, ordenaban al acusado o sospechoso. Si éste decía naranja sonando la jota se le pasaba inmediatamente por las armas. Así las cosas de un lado y de otro, avanzaban los españoles sobre Caracas. Venían de degollar a todos los habitantes de la ciudad de Valencia y aseguraban que harían lo mismo con los caraqueños si éstos no se rendían

desde el primer momento. Caracas se hallaba aún entre los escombros del terremoto del año doce. Bolívar, que carecía de elementos con qué resistir, tuvo que salir de la ciudad para ir a reclutar un ejército. Por no caer de nuevo bajo el antiguo régimen, la población entera de Caracas resolvió marcharse a pie detrás de Bolívar. Eran cuarenta mil personas, casi todas niños y mujeres, porque los hombres estaban en la guerra. En la ciudad destruida y desierta no quedó más que el arzobispo y las monjas enclaustradas de sus tres conventos.

Muertos de hambre, de cansancio y de sed, los emigrantes atravesaron a pleno sol del trópico por llanuras desoladas casi toda Venezuela. A caballo, a la cabeza de aquella multitud andante y moribunda, Bolívar, como un nuevo Moisés, la conducía al azar, sin más esperanza que aquella fe en su genio que los demás y él tenían. Después de ataques y aventuras sin cuento cuando llegaron por fin donde Bolívar podía formar un ejército, de los cuarenta mil niños y mujeres salidos de Caracas, quedaban apenas una pequeña parte. Los demás se habían muerto de hambre, de insolación y de cansancio en el camino. Bandadas de zamuros iban marcando las huellas por donde había pasado la caravana.

Prescindiendo de los demás próceres de la Independencia, a lo largo de la vida de Bolívar que es el más significativo, desde su infancia hasta su muerte, podemos apreciar muy fácilmente la parte importantísima que toman las mujeres en su vocación de libertador y en la consolidación definitiva de su genio. Gran enamorado, según él mismo confiesa, sólo las mujeres a quienes quiso con pasión tuvieron influencia en sus gustos, en su carácter y en sus decisiones. También la tuvo Simón Rodríguez aquel maestro de su adolescencia quien por paradójico, idealista y visionario se salía del nivel corriente de los hombres.

Desde su nodriza, la negra Matea, hasta Manuelita Sáenz, su último amor, Bolívar no puede moverse en la vida sin la imagen de una mujer que lo anime, lo consuele en sus grandes accesos de melancolía, y le preste sus ojos para mirar con ellos dentro de su propio genio.

Huérfano desde muy niño es en los brazos de la esclava Matea donde Bolívar oye y mira por primera vez la honda poesía de la vida rural que es la faz más querida y noble de la Patria. Es en su hacienda de los Valles de Aragua, la hacienda típica criolla, la hacienda casi bíblica en donde los esclavos, prolongación de la familia, se llaman de apellido Bolívar o Palacios, del nombre del dueño que es el dios y el padre de todos.

Al caer la tarde, terminado el trabajo del campo, Matea lleva a su niño Simón al repartimiento o patio de los esclavos. Allí bajo el propio cielo mientras cae la noche él oye cuentos de miedo con duendes y fuegos fatuos, que narra algún viejo negro. Los cuentos tienen casi siempre como tema los horribles crímenes del tirano Aguirre, el conquistador rebelde y bandido, cuya alma en pena vaga todavía en forma de lucecita que se apaga y se enciende mucho más grande que los cocuyos. Es una luz que camina. A veces aparece



en la llanura, otras veces se sube a la copa de un árbol inmenso que se ve desde el corredor de la hacienda allá a lo lejos y que se llama el Samán de Güere. Treinta años más tarde bajo la copa del mismo Samán legendario de su infancia, que aunque viejo y tullido todavía existe y aún lleva en su copa el alma en pena del conquistador muerto en pecado, bajo ese mismo samán, Bolívar debía acampar con su ejército en una noche histórica.

De los brazos de la esclava Matea quien debía morir centenaria llena de honores y a quien Bolívar quiso siempre tiernamente, el futuro Libertador, que era un niño terrible, pasa sucesivamente a ser discípulo de su pariente el jurisconsulto Sanz; del Padre Andújar; del joven y ya célebre Andrés Bello, quienes no dejan en su espíritu el menor rastro, y va a caer por fin bajo la dirección de Simón Rodríguez, su loco Mentor y gran amigo, cuyo idealismo extravagante debía dar fuego y alas al genio de Bolívar.

La amistad de Rodríguez o el amor de una mujer, llámese Teresa Toro, Fany de Villars, Josefina Machado o Manuelita fueron las fuentes donde encontró siempre Bolívar el descanso o el estímulo que necesitaban sus descomunales empresas. El retrato de Rodríguez se impone siempre que se quiere evocar el grupo de mujeres inspiradoras. El debe presidirlas.

Este Simón Rodríguez es el prototipo de aquellos que por haber llegado muy cerca del genio sin alcanzarlo se quedan locos para tormento de sus allegados y alegría de cuantos los conocen de cerca o de lejos. Filósofos descabellados a lo Saint-Simón, generosos, paradójicos y originales, estos alocados son la sal de la vida. Ellos redimen a la humanidad de la avaricia, y del egoísmo que son los vicios de la cordura. Su inquietud sabe descubrir fases nuevas a las cosas más vulgares, y su presencia está siempre acompañada de sucesos cómicos e imprevistos. Era, pues, natural que Bolívar, tipo del genio equilibrado fraternizara tanto con su tocayo y profesor Rodríguez que fue como lo veremos ahora el alocado genial por excelencia.

Rodríguez nacido en Caracas en la segunda mitad del siglo XVIII quien en realidad no se llamaba Rodríguez, sino Carreño, de la misma familia Carreño de Teresa, la gran pianista y del autor de la *Urbanidad*, Rodríguez había decidido desde los catorce años dedicarse a filósofo. Huérfano de padre y madre comenzó por pelear a muerte con su hermano mayor y a fin de no tener nada de común con él cambió de apellido. Dejó de ser Simón Carreño para ser Simón Rodríguez; sentó plaza de grumete en un buque que salía para España, desembarcó en Cádiz y sin más recursos que su ansia de saber y sus dos pies, recorrió con ellos, en cinco años, casi toda Europa. En víspera de la Revolución Francesa vivió en París, respiró su ambiente, descubrió a Rousseau y decidió desde entonces convertir a la humanidad entera predicando el amor a la naturaleza. Después de sus cinco años de peregrinación a pie por Europa regresó a Caracas, se casó, tuvo, en año y medio dos hijas a quienes puso resultadamente nombre de vegetales, las llamó Maíz y Tulipán a fin de adherirse al calendario de Fabre d'Eglantine. A poco declaró: "Yo no quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, sino que quiero ser bené-

fico como el aire, el agua y el sol que corren sin cesar” y volvió a emprender sus caminatas abandonando por decirlo así a su mujer y a sus dos vegetales, quienes en adelante nunca contaron con él. Como fruto de sus últimas meditaciones publicó un folleto titulado: “Reflexiones sobre los métodos viciosos que rigen las escuelas actuales y medios de lograr sus reformas”. Como el folleto se comentó y adquirió él así cierto renombre de pedagogo se dio a buscar un discípulo en quien poner en práctica las teorías expuestas por Rousseau en el *Emilio*. Debía encontrarlo pronto en el niño Simón Bolívar cuya educación le confiaron. Rodríguez se sintió feliz. El niño llenaba las condiciones indispensables que debía tener su Emilio: era rico, huérfano, noble y sano. El, Rodríguez, llenaba en su opinión las del maestro o sea: prudente, joven, alma sublime y estado independiente. En esta última condición no incluía naturalmente a su mujer y a sus dos pobres vegetales. A fin de que su discípulo quedara “en estado natural” porque según decía “la razón del sabio suele asociarse al vigor del atleta” se retiró con él al campo, le enseñó ejercicios corporales y en lo demás se dedicó al difícil estudio de que no aprendiese nada. Gracias a estos métodos de Simón Rodríguez cuando Bolívar se embarcó para Europa a los dieciséis años de edad escribía de a bordo unas cartas ilegibles en un estilo deplorable, llenas de faltas de ortografía. Pero gracias también a Rodríguez era ya el andador, el jinete y el nadador incansable con quien más tarde no pudo competir ninguno de sus compañeros de armas. Complicado en la conjuración de Gual y España, y perseguido por las autoridades españolas, Rodríguez tuvo que interrumpir bruscamente sus proyectos a lo Juan Jacobo Rousseau; abandonar la educación de su Emilio y desterrado emprender de nuevo su vida errante por Europa. Botánico, filósofo, físico, pedagogo, y comerciante, según las necesidades, recorre Alemania, Rusia, Turquía, aprende innumerables idiomas, y como durante la travesía la lectura de Robinson Crusoe le conmueve profundamente decide honrar a Crusoe en su propia persona y ya no se llama Simón Rodríguez, sino Samuel Robinson. En Roma en 1805 se encuentra de nuevo con Bolívar, recibe sus confidencias y una tarde, una de esas maravillosas tardes de Roma ante el crepúsculo, conversando en el Monte Sacro a tal punto se exaltan los dos, que Bolívar se transfigura, en una especie de delirio romántico, toma la ciudad de Roma y toma al sol poniente por testigos y hace su célebre juramento de libertar a la América española. Algunos meses después Bolívar se va, Rodríguez se queda en Europa y durante veinte años no vuelven a verse maestro y discípulo. En 1824 atraído por la gloria del que en todas partes llaman ya el Libertador, Rodríguez decide regresar a América a fin de fundar en las naciones libertadas por su discípulo un gran estado comunista en donde sólo exista la igualdad y la dicha. Para comenzar tiene un proyecto: el de fundar un establecimiento pedagógico. Bolívar le adelanta el dinero necesario. Simón Rodríguez o Samuel Robinson se va al Alto Perú, instala su establecimiento, le hace gran propaganda, obtiene muchos alumnos y lo inaugura caminando por él enteramente desnudo, a fin, decía, de predicar con el ejemplo la vuelta del hombre a la naturaleza.

Las familias de sus discípulos se indignan, retiran a los alumnos, quieren procesarlo por inmoral y después de gran escándalo quiebra el establecimiento. Con lo que le resta, abre un comercio de velas en Chile y termina por fin sus días viejo y pobre en el pueblecito peruano de Paita a orillas del mar. Allí la casualidad le depara como vecina a Manuelita Sáenz, aquella otra loca y gran amiga de Bolívar de quien ya hablaremos luego y a quien ya vieja y paralítica seguían llamando en el pueblo "la Libertadora" ¿Qué no se contarían en su decadencia estos dos viejos originales? Cuando en 1854 moría Simón Rodríguez, veinticuatro años después de Bolívar, su discípulo, la vieja Manuela Sáenz encabezó una suscripción entre los señores del pueblo para poder enterrar con decencia a su amigo el pobre filósofo.

Bolívar fue a España por primera vez a los dieciséis años. Allí iba a encontrar muy pronto el primero y el más completo amor de su vida. La partida inesperada de su profesor Rodríguez había interrumpido bruscamente sus estudios. Para terminarlos o hablando más propiamente para comenzarlos en la forma habitual, su tutor lo envía a Madrid a casa de don Bartolomé Palacios, el cual se hallaba entonces de temporada en España y era hermano de doña Concepción, la madre de Bolívar. Una vez en Madrid, de la casa misma de su tío, Bolívar iba a encaminarse natural y directamente a la vida familiar del Palacio Real. Mediaron para ello las siguientes circunstancias: don Bartolomé Palacios era íntimo amigo del granadino Mallo, quien joven, arrogante y lleno de atractivos, era a su vez amigo íntimo nada menos que de la propia reina María Luisa. Esta amistad que era vista con muy malos ojos por el ministro Godoy, entonces omnipotente, daba lugar a muchas murmuraciones. Entre tanto muy a pesar de Godoy un grupo de criollos nobles introducidos por Mallo frecuentaban la corte de Carlos IV. Entre ellos se hallaba Bolívar el cual iba a menudo a jugar a la pelota con los infantes, que aunque adolescente y tímido todavía, tenía ya muy fino espíritu de observación. Pudo así ver de cerca el ambiente, poco edificante por cierto, que presentaba aquella familia real, a la cual, él, ingenuamente, desde su casa de Caracas había venerado hasta entonces lo mismo que todos los suyos, como a una emanación de la Divinidad.

Si bien se mira, a través de pequeños detalles, se llega a la convicción de que aquel primer cambio de vida o sea la primera permanencia de Bolívar en Europa, fue triste, irritante y deprimente respecto de su propia persona. Adolescente puntilloso y altanero como buen criollo debió sufrir a menudo en su amor propio. Diga lo que diga la leyenda que lo quiere ver siempre victorioso, dando raquetazos simbólicos en la cabeza del Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII; diga lo que diga esa leyenda hay un aspecto más cierto y, por más humano, más interesante. Entre los madrileños de su edad Bolívar no pasó nunca de ser el indiano o el provincianito a quien no se toma mucho en cuenta, al contrario. La adolescencia es brutal. Bolívar inadapado al medio se hallaba en la edad ingrata. Pequeño, delgado, tenía la voz atiplada con el acento dulzón y cantador de los criollos. Es muy pro-

bable que sus ímpetus de dominador se recibieran con ironía o burla. Burlarse de todo lo extraño: acento, actitud o modismo es propio de esa edad y es propio de todas aquellas personas que por inflexibilidad de espíritu, o incomprensión, no son capaces de penetrar más allá de su ambiente. ¿Quién que se haya movido un poco en su vida no ha sentido con mayor o menor intensidad esta helada desadaptación a un medio, producida por razones sutísimas a veces? Bolívar distó mucho de brillar en Madrid. A la inversa de lo que iba a ser en París años después, el mundano elegante de la rue Vivienne, el pobre adolescente de Madrid, no debió sentirse nunca satisfecho de sí mismo. Esta influencia negativa y la decepción que le produjo la reina María Luisa debieron pesar mucho en su vocación y determinar aquel rumbo que en 1802 tomó su vida.

Ausente de Madrid don Bartolomé Palacios, Bolívar cambió de domicilio. Fue a encerrarse en casa de su compatriota, el viejo marqués de Ustáriz, hombre de gran cultura que despertó en su alma el ansia de saber, y le facilitó todo género de libros. Encerrado en casa de Ustáriz, aquel prototipo del criollo letrado que tanto abundó en el siglo XVIII, sin ver a casi nadie, Bolívar se entregó con tal ardor al estudio que estuvo a punto de caer enfermo. Junto a sus libros en el aislamiento de su vida interior iba creciendo una pasión romántica. A poco de llegar a España había conocido muy de paso, en Bilbao, a una linda niña caraqueña llamada María Teresa, hija de don Bernardo Rodríguez del Toro y sobrina del marqués del mismo nombre, gran magnate de Caracas, prócer de la Independencia. Enamorado desde Madrid de la dulce Teresa que seguía en Bilbao, muchos meses Bolívar no hizo sino leer, estudiar y pensar en ella. Un trivial incidente debía pronto cambiar su vida y acelerar el ritmo de su amor romántico hasta llegar a la pasión violenta.

Una tarde, paseando a caballo, cerca del puente de Toledo, dos agentes de policía lo detienen sin el menor miramiento. Bolívar, quien pensionado entonces por su tutor, distaba mucho de ser rico, llevaba sin embargo botones de brillantes en sus puños de encaje. Un decreto de Godoy acababa de prohibir tal uso. Por infracción al decreto lo declaran detenido. La verdadera razón es que Godoy sospecha que lleva correspondencia amorosa de manos de Mallo a manos de la Reina y quiere cerciorarse. Indignado Bolívar se niega a obedecer. Los agentes lo tratan con insolencia, Bolívar se desmonta del caballo, saca su espada y hay un pleito del cual pueden resultar serias consecuencias si no sale inmediatamente de Madrid, cosa que hace por consejo de todos.

Es muy curioso observar que con este caso de Bolívar es ya la tercera vez que el lujo de los indianos los hace caer en desgracia ante las autoridades o la corte de España. Por presentarse con penacho de plumas de todos colores ante la presencia de Felipe II, quien como de costumbre se hallaba, cerrado de negro, Fernando Pizarro, conquistador del Perú que llegaba de América a defender su causa y la de sus hermanos, predispuso tan mal al austero Felipe II, que recriminado primero por su penacho y por sus colores acabó

perdiendo su reclamación. Declarado rebelde fue a dar en una cárcel donde permaneció veinte años. El mismo incidente aunque atenuado, ocurrió a Jiménez de Quesada el poeta conquistador de la Nueva Granada. Habiendo desembarcado de América y acudido a una audiencia cubierto de franjones de oro, que él juzgaba merecer y que atestiguaban de su gloria tan legítima y tan pura, Quesada fue escoltado por los gritos de: ¡al loco, al loco! y así desprestigiado en su persona fue desoída igualmente su petición.

Humillado y furioso Bolívar se dirige a Bilbao, va a casa de don Bernardo del Toro y le declara que quiere casarse inmediatamente con su hija a fin de embarcarse cuanto antes y no regresar a España más. Don Bernardo trata de calmarlo, le ofrece arreglar las cosas y le pide que espere algún tiempo antes de efectuar el matrimonio. Bolívar mientras tanto ha vuelto a ver a María Teresa y ¡adiós los estudios! Adiós también las negras melancolías de Madrid. Ya no se ocupa más que de ella. Todo el fuego de su genio y de su temperamento exaltado se concentra en la que es ya su novia. Es la gran pasión. El resto del mundo se borra de su horizonte y ya no vive, ya no respira, ya no ambiciona otra cosa que María Teresa. ¿No representa ella además en el ambiente hostil del clima desapacible y personas extrañas que lo rodean su tranquila casa de Caracas y sus lindos campos de los Valles de Aragua? Allá entre sus siembras, su ganado y sus esclavos ¿no es él acaso mucho más que un dios? Casarse cuanto antes con María Teresa y volar con ella a su hacienda de San Mateo, ya, lo más pronto posible es la única aspiración de su alma vehemente. Los largos meses de espera que impuso don Bernardo fueron un suplicio que sólo temperaba la esperanza de la unión y del viaje.

Cuando Bolívar se casó tenía diez y nueve años. En el colmo de la felicidad se embarcó hacia La Guaira y realizó su sueño: vivir en San Mateo al lado de Teresa la adorada. Pero como dice la vieja canción "sueños de amor duran un día; penas de amor toda la vida", Bolívar iba a cantarla llorando durante mucho tiempo esa vieja canción. A los ocho meses de celebrado el matrimonio, por el zaguán de la casa de los Bolívar, salía el entierro de María Teresa, muerta de fiebres perniciosas. Y fue una nueva explosión en el alma de Bolívar. La muerte de Teresa lo desespera y así como antes quería llenar el mundo con su pasión, ahora quiere llenarlo con su dolor. En su frenesí, no sabiendo qué hacer, regresa a España. Va a llevar a la familia de María Teresa algunos recuerdos de ella, y va a llorar en un medio donde comprendan su desesperación y la compartan. Pero a poco de llegar cae en la cuenta de que el ambiente de familia no le da el tono sublime que necesita su dolor, y la casa de don Bernardo le ahoga. En su sed de exaltación piensa entonces en su maestro Simón Rodríguez. Se acuerda de que muchas veces paseando por el campo allá, en su hacienda, habían proyectado visitar juntos algún día las más célebres ciudades de Europa. Sí, sólo Rodríguez, el sublime, el visionario será capaz de comprenderlo. Corre por lo tanto a buscarlo. Llega a París y comienza las indagaciones ¿dónde está Rodríguez? ¿dónde está Rodríguez? Nadie lo sabe. Por fin un día un amigo a quien acaba de conocer

llamado Carlos Montújar, lo informa de que Simón Rodríguez ya no existe, pero de que en su reemplazo puede encontrar a Samuel Robinson quien se halla en Viena entregado a la química. Trabaja en el laboratorio de un sabio alemán. Bolívar sale inmediatamente hacia Viena y encuentra ¡por fin! a su querido Rodríguez, transformado en Robinson, rodeado de fórmulas, sales, ácidos, y probetas. Pero ¡ay! ¡pobre Bolívar! Su poema de dolor infinito con el cual hubiese querido hacer estremecer el mundo entero iba a sufrir una nueva decepción. Robinson le oye y casi no se exalta. ¡Qué! ¿La muerte de una persona? Es una cosa normal de la naturaleza. Ya no le queda, pues, al desesperado otro recurso que buscar él también la muerte. Así lo hizo. De la muerte lo vino a sacar sin saberlo su amigo el nuevo Robinson en una forma inesperada y pintoresca. Oigamos cómo cuenta el propio Bolívar el proceso de su hundimiento y de su resurrección. Lo hace en una carta dirigida a su prima Fany de Villars. El tono patético de esta carta es muy gracioso y es un documento sobre la formación romántica de Bolívar: tanto él como Rodríguez se mueven en ella, no como personajes de la vida, sino como personajes de los libros de entonces. “Yo esperaba mucho —escribe Bolívar en 1804 narrando su entrevista en Viena con Rodríguez—, yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, el compañero de mi infancia, el confidente de todos mis goces y penas, el Mentor cuyos consejos y consuelos han tenido para mí tanto imperio. ¡Ay! en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba ya la ciencia. Lo hallé ocupadísimo en un gabinete de química que tenía un sabio alemán. Apenas logro verlo una hora al día. Cuando me reúno con él me dice de prisa: ‘Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin es preciso distraerte. Este es el solo medio de que te cures’. Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. A fuerza de sufrir caigo muy pronto en un estado de consunción y los médicos declaran que voy a morir. Era lo que yo quería . . .”

Después de relatar las peripecias de su grave mal de amor y de romanticismo, sigue contando a su prima cómo volvió a la vida: “Una noche —dice— en que todavía débil podía sostener una conversación, Rodríguez vino a sentarse cerca de mi cama. Me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconvino con dulzura y me hizo conocer que era una locura el abandonarme y querer morir en la mitad del camino. Me hizo saber que existía en la vida del hombre otra cosa que el amor de una mujer y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Me persuadió como lo hace siempre que quiere . . . La noche siguiente exaltándose mi imaginación con todo lo que podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, lo llamé y le dije: sí, sin duda, siento que puedo volver a la vida y lanzarme en brillantes carreras, pero sería preciso que fuese rico. Sin medios de ejecución no se alcanza nada y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ay!

¡Rodríguez prefiero morir! Y le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. De pronto se ve en la cara de Rodríguez una revolución súbita. Levanta los ojos y las manos al cielo exclamando con voz inspirada: ¡Se ha salvado! Se acerca de nuevo a mí, me toma las manos y pregunta: Mi amigo ¿si tú fueras rico consentirías en vivir? Di... Respóndeme. Quedé irresoluto: no sabía lo que esto significaba; respondo: sí. ¡Ah! exclama él, entonces estamos salvos. ¿El oro sirve pues, para cualquier cosa? Pues bien, Simón Bolívar, eres rico, has heredado, tienes actualmente cuatro millones”.

El aviso de esta herencia que le legaba un tío se había recibido cuando Bolívar se hallaba enfermo sin conocimiento. Ocupado con sus probetas Samuel Robinson había olvidado en absoluto darle tan trivial noticia. Al escucharla, Bolívar dio un salto sobre la cama. Ya estaba bueno y sano. Aquella inyección de cuatro millones lo había curado. Pero sólo le curaba el cuerpo. El espíritu, como en la vieja canción quedaba dolorido todavía.

No se equivocó Simón Rodríguez al decir que los cuatro millones de Bolívar iban a servir para algo. Ellos lo condujeron hacia su prima Fany de Villars, la gran inspiradora, la que le mostró su camino, le reveló su genio y le dio por medio de detalles a veces insignificantes aquella magnífica confianza en sí mismo, que debía crecer en Bolívar con la violencia de un incendio.

El amor de Fany no fue la pasión que absorbe y que anula. No. Amor templado y risueño, amor de París, hizo de Fany más que la amante, la amiga, la consejera, la iniciadora. Gracias a sus relaciones y a su don de gentes en su salón de París le tiende una mano a Bolívar y lo hace subir sobre una especie de plataforma. La del París granado de entonces. Desde allí él contempla toda su época, como se contempla un panorama, avalúa bien sus fuerzas, se traza su destino y emprende su vuelo.

Cuando Bolívar habla de su amor por Teresa del Toro asegura que de no haber muerto ella, él, no hubiera salido nunca de los límites trazados por aquel idilio de su adolescencia. Dafnis y Cloé de los Valles de Aragua hubieran terminado en Filemón y Baucis de la hacienda San Mateo. Encauzado dentro del matrimonio al final de su vida —afirma el mismo Bolívar— habría aspirado quizás a la alcaldía del pueblecito cercano. Hay personas que rechazan esta suposición. A mí me gusta creerla porque me parece verosímil y porque me parece muy dulce pensar que en la monotonía de la vida, cuando menos lo imaginamos, pasa tal vez a nuestro lado un alma genial a quien un profundo amor la hizo olvidarse de sí misma y la puso a caminar dentro del gran rebaño.

Fany de Villars era Aristiguieta por su madre y prima por lo tanto de Bolívar. Casada con un francés, el conde de Villars, tenía en París, —como tuvo años más tarde aquella otra criolla cubana, la encantadora condesa de Merlín—, Fany tenía en París uno de los más elegantes salones del tiempo del Consulado. Era la época de Chateaubriand, de Eugenio de Beauharnais, de madame Récamier, de Talma, de madame de Stael, de Humboldt y de Ta-

Ileyrand. Todos estos iban al salón de Fany, la linda criolla parisiense, todos la invitaban, todos la celebraban. Sobre las convulsiones de la Revolución Francesa, bajo el ritmo acelerado de Napoleón comenzaba a nacer el Romanticismo. Era una ráfaga que parecía venir de aquí, de América traída por Chateaubriand y a la cual el extraordinario viaje del barón de Humboldt por las regiones equinociales acababa de dar nuevo impulso y nuevas alas. El momento no podía ser más propicio a Bolívar, el prototipo del romántico por excelencia. A más de tener el fuego y la grandilocuencia del Romancismo, por su origen, por la finura de su tipo y por su tristeza prematura parecía reencarnar al héroe recién llegado de la selva americana. Al verle venir de Alemania tan joven, tan triste y tan rico, Fany lo avaloró con una sola ojeada y decidió abrirle las puertas del éxito. Después de haber sido el Emilio de Rousseau gracias a Simón Rodríguez iba a ser ahora gracias a Fany, el René de Chateaubriand. Todo contribuía a la transformación. Instalado en un elegante apartamento de la rue Vivienne, el viudo de Teresa del Toro comenzó a ser, gracias a los consejos de Fany, uno de los más refinados y más interesantes jóvenes de aquel París de entonces, de aquellos que se paseaban por las galerías del Palais Royal, oían a Talma, repetían los retruécanos de Brunet, se hacían retratar por David y se enamoraban platónicamente de madame de Récamier o de Paulina Borghése. Pródigo, elegante, festejado de todos, Bolívar se dio a llevar una vida de príncipe. Perdía al juego cantidades fabulosas, prestaba dinero a sus amigos, hacía regalos suntuosos, fue rival de Eugenio Beauharnais a quien desafió por amor a Fany, se puso de moda y lanzó su sombrero, su célebre "Chapeau Bolívar" cuyos bordes levantados inventó sin duda la misma Fany.

Los que viviendo en París y teniendo dotes de talento, de cultura, de originalidad o de fortuna, se quejan del chauvinismo francés; o no tienen tales dotes, o no han encontrado aún a su Fany de Villars, la animadora, la consejera de los pequeños detalles. París que sabe ser tan grave es siempre frívolo, y no hay mejor recomendación que la que da de viva voz con una sonrisa una mujer bonita.

El éxito mundano embriagó a Bolívar sin curarlo. Una vez obtenido ya no le interesó más. Su tristeza continuó. El lujo, los elogios, los placeres le dejan un profundo hastío. Hace continuos viajes a París para distraerse, regresa a París y ¡nada! En el fondo de su alma se ha arraigado la inquietud de los insatisfechos. Así se lo escribe él mismo a Fany, la inspiradora, a quien en sus cartas de amor llama Teresa como homenaje de fidelidad a la muerta adorada. "El presente no existe para mí —le escribe un día recién llegado de Londres— el presente es el vacío completo. Apenas tengo un pequeño capricho lo satisfago al instante. ¡Ah! ¡Teresa, esto será el desierto de mi vida! . . . París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado".

¿Conque no le basta el éxito, la admiración y los honores? ¡A buscar pues otro objetivo! y Fany, la nueva Teresa, lo pone en su camino de Da-



masco al presentarlo y recomendarlo al barón de Humboldt. Gracias a su insistencia Humboldt y Bolívar se hacen amigos. En el curso de la amistad Humboldt va a descubrirle su patria americana como Fany le ha descubierto su genio y sus dotes de triunfador. El ilustre alemán que en un viaje de cinco años a través de las regiones equinocciales acaba de causar una verdadera revolución en las ciencias naturales y en la geografía del mundo, le relata con indescriptible entusiasmo las riquezas y maravillas que encierran aquellos países inexplorados. Habla del porvenir que los espera, de la necesidad absoluta de su emancipación. Describe conmovido los atractivos de la sociedad criolla tan ingenua y tan amable. Su calidad de extranjero le ha hecho apreciar mejor el encanto de aquella sencillez y de aquella gracia indolente y generosa. Habla también del movimiento intelectual que ha apreciado entre los criollos. Hay centros de avanzada cultura como Bogotá y Méjico. Ha conocido a poetas como Bello y sabios como Mutis y Caldas. Tanto le complace la vida fácil y sonriente de aquellos países, verdaderos paraísos terrenales que algún día, si las circunstancias se lo permiten, piensa trasladarse allá a terminar su vida.

Bolívar lo escucha asombrado. Una luz milagrosa lo ilumina. La fe y el entusiasmo van creciendo en su alma a medida que intima con el sabio. ¡Qué lejos se ha quedado ya aquella impresión deprimente por su patria y por su persona del pobre indiano adolescente de Madrid!

Un día, poco después de la coronación de Napoleón en la cual Bolívar a pesar de haberla desaprobado ha sentido el delirio de la gloria, a poco de aquella ceremonia celebrada en Notre Dame va a visitar a Humboldt. Como al hablar de nuevo sobre la emancipación de la América Española, Humboldt dijese: "Veo la obra pero no veo el hombre capaz de realizarla", con el recuerdo aún vivo de la Apoteosis de Napoleón, Bolívar, el terrible ambicioso de veinte años, guardó silencio, pero se contestó a sí mismo: "Este hombre seré yo".

Y desde ese día se acabó París. Entre lágrimas y suspiros se despidió de Fany, la única confidente de su empresa, se fue a Italia, se acercó de nuevo a Humboldt que se hallaba en Nápoles, acompañado por Simón Rodríguez fue a pie hasta Roma, pronunció su juramento del Monte Sacro, volvió a despedirse de Fany en una larga, dolorida carta y ungido por ella se embarca definitivamente hacia La Guaira, es decir hacia uno de los más bellos destinos que haya tenido en la Historia hombre ninguno.

Para hablar de la influencia que en la vida heroica de Bolívar van a tener ahora las mujeres se necesitaría por lo menos escribir un libro entero. Terno y apasionado no son sólo sus grandes amores los que le impulsan, es también el cariño, la piedad y el espíritu de protección hacia sus allegadas o sus simples amigas. Los aplausos de las mujeres que en todas las capitales de América lo aclaman y lo adoran como un dios lo embriagan de orgullo y de felicidad. Después de sus grandes victorias piensa con entusiasmo de adolescente en tal o cual baile que va a darse en su honor, en las mujeres

que van a asistir a él; cambia todo un plan de batalla por acudir a una cita; después de haber caminado frente a su ejército de la mañana a la noche, baila hasta que apunta el día y la presencia de cualquier mujer bonita aunque no le conozca lo llena de alegría. En la intimidad de la familia atiende sonreído a las amonestaciones de aquella hermana María Antonia que tiene sus mismos arranques y su mismo don de mando y un día de gran triunfo en 1827 cuando entrando a Caracas bajo palio después de una larga ausencia lo aclama la multitud delirante, como viera asomar allá a lo lejos a su nodriza la negra Matea Bolívar quien con su blanco paño de esclava por la cabeza llorando de emoción le manda besos, él, se detiene, hace parar todo el cortejo, atraviesa la multitud y corre a abrazar a su negra vieja.

Doña Manuelita Sáenz, a quien el mismo Bolívar llamó la libertadora del libertador por haberle ella salvado la vida en dos ocasiones, es el último, el más accidentado y el más pintoresco de los amores de su vida. ¡Qué lejos por el tiempo y el carácter queda esta extraordinaria doña Manuelita de aquella apagada Teresa del Toro tipo de la clásica criolla romántica que pasa en la vida sin dejar más huella que el dolor producido por su muerte! No siendo posible mencionarlas todas luego de hablar de las dos primeras hablaré, brevemente, no se asusten, del último amor de Bolívar. La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer "après guerre" de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela.

Nacida no se sabe bien si en el Ecuador, en la Argentina o en el Alto Perú, de una familia distinguida y rica, doña Manuelita, que era muy linda y muy joven se había casado siendo casi niña con un inglés a quien nunca había querido y quien la aburría de muerte. Un día vio desde un balcón a Bolívar que entraba victorioso en Quito, se enamoró de él y sin más ni más decidió ante sí misma divorciarse de su inglés y casarse con Bolívar. Entonces no existía el divorcio. No hubo por lo tanto ni abogados, ni proceso, ni ceremonia matrimonial, pero tampoco hubo engaño ni escondite. Doña Manuelita participó su resolución a todo el mundo, al inglés el primero. El inglés aceptó la decisión con tristeza resignada. Como era de esperar el resto de la gente se escandalizó. Casi todas las contemporáneas de doña Manuelita la rechazaron indignadas. Lo hacían por natural espíritu de conservación social y dentro de su criterio tenían razón. Pero doña Manuelita no se amedrentó por eso. Nacida y criada en plena guerra pensó, no sin cierta lógica, que si se atacaba impunemente el quinto mandamiento "no matarás" bien se podía atacar la indisolubilidad del matrimonio en un caso como el suyo. Y la atacó ella sola, de frente, lanza en ristre y pistolas al cinto como solía hacer siempre que se

urdiría alguna grave intriga contra Bolívar o contra ella. Dicen algunos que doña Manuelita actuó así porque era atea o librepensadora. Yo creo al contrario que cuando a caballo, vestida de hombre, escoltada por dos negras valientes y ecuestres también que le servían de edecanes, cuando escoltada así por sus dos negras se lanzaba a la pelea, allá en el fondo de su conciencia recordando al inglés, al mismo tiempo que desafiaba la muerte desafiaba el infierno lo cual es el colmo del heroísmo.

He aquí el retrato que hace de ella uno de sus contemporáneos: “Cuando la conocí —dice— contaría unos veinticuatro años. Tenía los ojos negros, atrevidos, brillantes, la tez blanca como la leche, la estatura regular y de muy buenas formas. De extremada viveza era generosa con sus amigos y caritativa con los pobres. Muy valerosa sabía manejar la espada y la pistola, montaba a caballo, vestida de hombre con pantalón rojo, ruana negra de terciopelo y sueltos los rizos que se desataban a su espalda debajo de un sombrero con plumas que realzaba su figura encantadora”.

Por lo visto, a medida que aumentaban sus proezas doña Manuelita iba militarizando más y más su vestido. Le añadía colores y le cosía nuevos galones. Digo esto porque Palma cita otro retrato hecho poco después por un segundo testigo en el cual aparece con dolmán rojo, botones amarillos y brandenburos de oro.

Sea como fuere es lo cierto que con su uniforme, su lanza, su caballo y sus negras ecuestres que se llamaban Natán y Jonatás, doña Manuelita dio mucho que hacer a los gobiernos del Perú y de Colombia cuando éstos se declararon hostiles a Bolívar. Al ausentarse él y presentarse la menor ocasión, doña Manuelita que se creía obligada a guardarle las espaldas, aprovechaba la oportunidad y hacía una salida lanza en ristre a lo Don Quijote. Estas salidas casi nunca tuvieron éxito, muy al contrario, pero ella sin desanimarse, continuaba al acecho. Por evitarse desasosiegos lo mismo el gobierno del Perú que el de Colombia acabaron por desterrarla.

En el fondo doña Manuelita tenía siempre razón. Era la época triste de Bolívar, la de la gran cosecha de ingratitudes, el calvario, los últimos años tan amargos de su vida. Sus proyectos de unión y de concentración estorbaban los pequeños intereses. Disuelta la gran Colombia y anarquizada su obra lo acusaban por todas partes de tiranía y de autocracia. Al ausentarse de un país a otro estallaban revueltas contra él. Era lo que sulfuraba a doña Manuelita y la decidía a entrar en escena.

En Lima en 1827 tuvo lugar la traición de Bustamante dirigida naturalmente contra Bolívar quien acababa de salir para Colombia. Advertida a tiempo doña Manuelita corrió a un cuartel, hizo reaccionar a un batallón, pero fracasó en su intento y el gobierno que surgió del cuartelazo la desterró del Perú.

Durante varios años vivió entonces en Bogotá en la Quinta Bolívar al lado de éste, rodeada de honores que le dispensaban todos los grandes hombres del día quienes la trataban como a la mujer legítima de Bolívar. Las se-

ñoras se mostraban más esquivas, pero doña Manuelita no se alarmaba por eso. Opinaba que la conversación de las mujeres era por lo general menos interesante. En la célebre noche del 25 de septiembre en que un grupo de conjurados como saben todos ustedes asaltó la casa para asesinar a Bolívar, doña Manuelita, que con intuición admirable comprendió de lo que se trataba lo hizo huir por una ventana. Armada con una pistola salió después ella misma al encuentro de los conjurados, les abrió la puerta y logró des-pistarlos sobre el rumbo que al escapar había tomado Bolívar. Desde aquella noche, la llamaron y se llamó a sí misma La Libertadora.

Durante una de las ausencias de Bolívar como Santander, vice-presidente entonces de Colombia, se condujese en forma que ella juzgó malevolente para con el ausente decidió dar una gran fiesta a la que invitó a las personas más notables. La fiesta comenzó por el fusilamiento del propio Santander en la persona de un muñeco de trapo fabricado por ella al efecto. Después del fusilamiento hubo baile hasta la madrugada. Aquella ceremonia irrespetuosa contra el propio vice-presidente seguida de baile produjo gran escándalo. El escándalo recayó naturalmente sobre Bolívar el cual tuvo que desaprobar lo ocurrido públicamente. Por razón de Estado escribió una carta fulminante en que llamaba a la fiesta en general acto torpe y miserable y en la que trataba de excusar a doña Manuelita llamándola con propiedad y cariño la amable loca.

Pero por el mismo correo le escribió una carta a doña Manuelita en la que poco más o menos le decía que era ella la mujer más graciosa y más simpática que había conocido en su vida.

Otro día, estaba ya Bolívar muy enfermo, se celebraba la fiesta de Corpus. En la plaza mayor de Bogotá se habían preparado fuegos artificiales con figuras grotescas. Encerraban grandes sorpresas. Todas las esperaban con entusiasmo. A la caída de la tarde vienen a advertir a doña Manuelita que entre dichas figuras hay un señor Despotismo y una señora Tiranía que son en realidad su propia caricatura y la de Bolívar. ¡Ah! ¿conque el Despotismo y la Tiranía? Está bien, que se esperen un momento ellos y la fiesta. Poseída al instante por una ráfaga de revancha destructora mandó a ensillar, se puso los pantalones, el dolmán con todos sus galones, cogió la lanza, las pistolas y calle arriba a trote largo seguida por Natán y Jonatás, llegaron a la plaza y arremetieron las tres contra la pirotécnica. Todo quedó hecho añicos, en la oscuridad de la noche no brilló ni una sola de las ingeniosas alegorías. El general Caicedo, presidente entonces de Colombia decidió hacerse el ciego e impidió que se procediese contra doña Manuelita. Al día siguiente, un periódico demagogo amanecía bramando contra la debilidad de Caicedo:

“Una mujer descocada —decía el periódico—, que se presenta en el traje que no corresponde a su sexo y que hace vestir lo mismo a sus dos criadas insultando el decoro y burlando las leyes se presentó ayer en la plaza pública, atropelló los guardias que custodiaban el hermoso castillo de fuegos artificiales y rastrilló una pistola declamando contra el gobierno, contra el

pueblo y contra la libertad. La sola presencia de esa mujer forma el proceso de la conducta de Bolívar...". Y aquí rayos y truenos contra el Presidente Caicedo quien enterado de lo ocurrido lejos de encarcelar a la agresora había ido galantemente hasta su casa con el fin de tranquilizarla y darle explicaciones.

Muerto Bolívar en el aislamiento y en la miseria como todos sabemos, el dolor de doña Manuelita no calmó en absoluto sus arrebatos vengadores. Los primeros tiempos de su viudez fueron por el contrario sumamente tempestuosos. Ahora más que nunca se creía obligada a defender su ausente. Como la sombra de Bolívar que la inmunizó hasta entonces no se proyectaba ya sobre ella el gobierno colombiano resolvió libertarse a toda costa de La Libertadora y se le participó con muy buenos modos que estaba desterrada. Doña Manuelita dio por no oír la participación y declaró que no saldría de su casa bogotana donde la rodeaban tan queridos recuerdos del pasado sino cuando estuviera muerta. El gobierno insistió en su determinación. Doña Manuelita en la suya. Le manifestaron que se verían obligados a recurrir a la fuerza y le fijaron un plazo. Terminado el plazo doña Manuelita se declaró enferma y se metió en cama con dos pistolas mientras Natán y Jonatás armadas hasta los dientes le guardaban las puertas. Cuando llegó la justicia y vio los aprestos de resistencia, temerosa de que hubiese sangre regresó a deliberar con el ministro y con el Presidente. Después de muchos conciliábulos y de mucho ir y venir se decidió prender a las dos negras por sorpresa y desterrar a doña Manuelita con cama y todo. Tendida como los muertos con los pies por delante salió de su casa en camilla, para no regresar más. Recordaba siempre la imagen alegórica y la tenía a mucha honra. Una vez lejos de la casa pidió su caballo para seguir el viaje y se dirigió por Cartagena al pueblo de Paita donde debía quedarse hasta el final de su vida. Allí guardó su larga viudez y sólo existió ya para recordar con unción el pasado. Pobre y desvalida tuvo que trabajar para sostenerse y hacía jarabes medicinales que una de sus negras salía a vender por el pueblo. A poco de su destierro murió en el Ecuador, Mr. Thorne, su marido, quien con generosidad sajona la había absuelto porque quizás la había comprendido. La absolucón llegaba hasta el punto de nombrarla única heredera de su fortuna. Doña Manuelita juzgó que aceptar aquella herencia era contrario a su dignidad y a la fidelidad que merecía el recuerdo de Bolívar. Renunció por lo tanto a la fortuna de Mr. Thorne y siguió haciendo jarabes.

En Paita la encontró como hemos visto Simón Rodríguez. En Paita la visitó Garibaldi. En Paita alcanzó a conocerla don Ricardo Palma quien la describe ya muy vieja sentada en su sillón de paralítica a un lado del patio en su modesta casita de bahareque. A veces, cuenta Palma, alguien que venía a verla o a comprar jarabe preguntaba desde la puerta de entrada:

—“¿Está aquí La Libertadora?”

—Adelante —¿qué quiere con La Libertadora?— contestaba ella desde su silla de ruedas.

Llevando así con orgullo hasta la vejez su título de Libertadora doña Manuelita aparece como el tipo de la mujer fuerte. Personal y rebelde se fabricó ella misma su código de moral y dentro de él fue consecuente y fiel hasta la muerte. Algunos hallarán paradójica esta afirmación tan contraria a la opinión corriente y habrá quien se escandalice por ella. Pero que aquel que estando en la miseria sea capaz de renunciar a una herencia por rendir culto a un recuerdo, que le tire a doña Manuelita la primera piedra.

# EPISTOLARIO

## A GONZALO ZALDUMBIDE\*

Hoy a las once y media

S. Juan de Luz. Agosto 1924

Querido Gonzalo: Como al llegar aquí esta tarde recibí tu carta, ahora, sin poder leer ya más, porque el *Seducteur* tiene el don de ponerme a llorar dulzura y de nostalgia, desvelada como estoy, resuelvo contestar tu carta, no al pliego de adentro, sino a la impresión del sobre entre mis manos.

Te escribo con lápiz aunque me hayas dado tu pluma de oro. Quisiera hacerte sentir este momento mío tan hondo y tan lleno de *regrets*. Me dijiste el otro día que era incapaz de sentir ternura, y desde la muerte de mi pobre Emilia que era para mí todo un mar de cariño no hago sino pedir limosna de ternura y en estas horas de la noche, en mi cama, tan inhospitatoria, busco los mendrugos recogidos y se me vuelven todos, todos esos *regrets* de que te hablo que se me suben a los ojos y me ruedan por las mejillas. ¿Pero, qué te importa a ti nada de esto? Leerás estas palabras con tu mirada ausente hundida en su más allá, y no las comprenderás, dirás tal vez como Hamilcar: "escribe signos que no tienen sentido". Bien, entretanto sigo yo con mis *regrets* a cuestras y tan, tan solita dentro de mi alma. Tú no estás en ella, te puse en una silla para que te sentaras y hace ya varios días que ni siquiera la silla veo. Siento el más profundo desprecio por esa cosa que llaman amor, que es brutal y salvaje como los toros del domingo, con los pobres caballos destrozados. No quiero sino ternura, eso que tú crees que yo

\**Inéditas.*



no conozco y en lo cual soy maestra especialista imposible de equivocarse ni engañar.

Isabelita y María se fueron a Pérgola, Mamá duerme y yo pienso sin cesar en esta historia nuestra que no comprendo todavía. Tengo en general como diría María, miedo a ti y horror a los demás hombres, ¡ah si supieras quererme con alma de mujer! Me bastaría con el alma y prescindiría del cuerpo. No te rías ni pienses en el cuento de la *petite difference*, porque una cosa y otra serían muy contrarias a mi estado de alma desencantada y triste, ¡triste! ¡triste!

Estoy furiosa con la Compañía Trasatlántica y tengo en general como volvería a decir María, unas ganas infinitas de morirme... se alegraría muchísimo y tú no te molestarías siquiera en ponerme este epitafio: "cantó mientras esperaba"... ¡Ya tenemos aquí quince días! *Bonsoir*, Gonzalo, duerme bastante, y *recuérdate* mañana con tu agua de rosa ¿tendrás quizás algunos dedos que te la pasen sobre los ojos?

¡Quién sabe!

Teresa

Caracas, noviembre, 21, 1924

Mi querido Gonzalo, Lido: Hoy estoy de muy buen humor porque al abrir el periódico (acabo de desayunarme y te escribo como de costumbre en la cama) encontré la noticia de que el Gobierno del Perú te había invitado junto con otras cumbres hispanoamericanas, al centenario de Ayacucho, como yo también, aunque no lo sepas estuve a punto de ir, no sabes lo que acabo de divertirme en pluscuamperfecto de subjuntivo (hubiéramos, habríamos y hubiésemos... ¿es subjuntivo?) pensando cómo la habríamos corrido en Lima. La delegación venezolana al Perú, salvo mi amiga C... E... de H... (hermana de D... G...) está compuesta de todos los gordos más feos de Caracas. Los pobres perdidos como una isla en semejante mar de carnes, se empeñaron en que el Ministro del Perú debía invitarme, entre las demás personalidades descollantes venezolanas. Como comprenderás, Lima, en las actuales circunstancias *ne fait pas mon affaire*, y ni yo puse de mi parte ni los otros tampoco me concedieron nada ¡Ah! si yo te hubiera sabido en camino, ilustre plenipotenciario, creo que en 15 días me hubiese puesto a la altura o mejor dicho a la anchura de la señora... nuestra embajadora, y así quizás hubiera merecido los honores de una invitación o nombramiento.

.....  
Vi a..... Me pareció una ruina, muy, muy, muy vieja y fea. Por su pleito con Emilia y sus viajes, hacía más de 6 años que no la veía. Hablando de ti, me dijo: "Gonzalo te quiere mucho... tiene una casa muy bonita... y ahora ya no tiene el carácter *aceitunado* de antes, me ha parecido más alegre". De donde deduje que *antes* tenías el estilo *aceitunado* porque estabas

enamorado de tu prima (¿Mercedes?) y que si ahora no estás taciturno es porque *no estás* enamorado. Bueno, *tant pis pour toi*. Yo tampoco lo estoy, ni lo estaré nunca jamás.

Después de decir semejante herejía se me acaba de derramar tu pluma y se me han manchado las manos, el papel, las sábanas: ¡un horror! Adiós.

Teresa

Diciembre 2. 1924

Mi Gonzalo querido: No puedo decirte lo triste y lo solita que me encuentro, ¡hasta hace un instante estaba sin siquiera pensar en ti! —Isabelita ha salido con nuestra amiga Conchita, yo, esperando el eterno embalador (trabaja media hora todas las noches) me he quedado sola y me cogió el crepúsculo y me cogió la noche. ¡Si vieras qué cementerio! Al lado, la casita abandonada y vieja de dos pobres beatas, muertas ya, la última dos meses después de Emilia y cuya casa húmeda y florecida de jazmines, de un gato, de ladrillos en el suelo y viguetas desnudas en el techo (¡ya la están tumbando!) era en otros tiempos, en los tiempos en que escribía mi libro tuyo un sitio de peregrinación al pasado, cuando Emilia salía y yo la esperaba para el *cocktail*! la casa de las Rodríguez era el paréntesis aburrido y pintoresco entre mis cuartillas guardadas y la comida! Al otro lado de esta casa “el corralón” gran solar tapiado y vacío que fue en un tiempo el cementerio del Convento de las Mercedes. Luego la iglesia que se extiende hasta la esquina. ¡Yo como *sandwichs* entre tanta desolación y tanta muerte! ¿Me ves? Triste con mi mantoncito negro escribiéndote como de costumbre *acostada* en el sofá de *boudoir* bajo la luz de la lamparilla eléctrica. He cambiado toda la casa para mi nuevo inquilino, otros papeles en las paredes, los cuadros más familiares, ausentes, los muebles movidos que parecen protestar pidiendo a gritos sus queridos puestos de antes. . . Y yo sin poder fumar ni sentir aquel llamamiento de la vida que sentía días atrás. ¡Estoy muy triste Gonzalo, triste, triste, triste!

¿Por qué tú no me cuentas nunca lo que haces? ¿Tienes siempre de sirviente a Eduardo? No sabes lo que me preocupa el que Eduardo tenga lengua como todo el mundo. La de Vincent no me importa: ¡sería porque como siempre estaba de espaldas! Aquella comida de *fiançailles* nuestra con los días de antes y todos los de después vistos desde aquí me parecen fantásticos. Con qué naturalidad los veía yo entonces ¿y cuándo era que tenía razón, entonces o ahora? ¡Es claro que debe ser entonces! El otro día estábamos de tertulia *familiar* y alguien bramó escandalizada porque se había hablado de piernas bonitas o feas entre hombres y mujeres! ¡Imagínate qué ambiente! ¿Cómo pueden ser tan latas de Rodel para conservar ideas? Es inexplicable. Pero estoy un poco contagiada. ¡El idiota del embalador ha llegado por fin!

Diciembre 6

*Mon chéri:* Ya me fui de la casa de las Mercedes. Estamos ahora en casa de P. M. (o Papuyo) viejo, viudo, rico, pariente nuestro y tío de Conchita quien se embarcó para Europa el 1º y en vista del retraso de nuestro viaje nos ha dejado su casa. En ella estamos desde anoche. Hoy (son las diez p.m.) Isabelita ausente, solita yo en el gran cuarto de matrimonio, triste y llena de tí como si fuera tu viuda te escribo en la inmensa cama desierta. No quiero pintarte mi estado de ánimo porque siempre te digo lo mismo. Es hoy el primer día de Ayacucho. En este momento se celebra en el Teatro Municipal la gran fiesta literaria, con recepción de Díaz Rodríguez en la A. de la Historia. Hablan él, Laureano y Gil Fortoul. Me enviaron un palco para que asistiese, pero naturalmente he dicho que no por mi doble luto. Isabel se ha ido con sus amigas C. y M. M. es un *flirt* de X, pero como los dos se parecen mucho, cada uno no hace sino hablar de sí mismo y acaban siempre de pleito. Bien, ahora se encuentran: M. extasiada y X. luciéndose, no ante mí, *merci bien*, sino ante ella.

Como verás renuncio a la pluma fuente que siempre está pidiendo tinta o prodigándola. Sé que te disgusta el lápiz, sin embargo, insistí hasta que lo aceptes. En mi opinión es la piedra angular de la literatura y el brazo derecho del amor. Tú no quieres comprenderlo así. *Tant pis:* En el fondo creo que debe evocarte los tiempos dulcísimos, perfumados de cebolla, pimienta, y ¡Dios sabe cuántas cosas más! de la cocinera de tu adolescencia. Me imagino que te escribiría: “Mique Rido gonsalo te hespero estanoche” con lápiz y papel de estraza y tú por asociación de ideas con tu ingratitud y tu inconsecuencia cobardísima de hombre detestas el lápiz. Yo no, yo lo adoro. Y es que en el fondo como no he probado más cocina que las muy exquisitas de la Tour d’Argent y el Chapon Fin, mi aristocrático *Eversharp* de oro (regalo de un pretendiente hace tres años) es un puente tendido sobre el mar. Lo que salga de él no tiene importancia: borradores, líneas irregulares, aspecto de escritura humilde y plebeya. ¡Qué importa!

Yo lo adoro porque es complaciente, porque me acompaña y se acuesta sobre mis rodillas y juguetea en ellas, y se adormece a ratos, amigo de la cama, el diván, los cojines y las siestas como los perritos falderos queridos y mimadísimos a quienes todo se les permite.

Adiós, o buenas noches que ya tengo sueño. Siento como si quisieras besarme los ojos y los cierro para soñar contigo.

*Teresa*

Van dos retratos hechos no sé dónde que estaban en una de las películas por revelar de la máquina de I.

Diciembre, 1924

Querido Gonzalo:

Aún estamos en Maracay. Seguimos en vida de *dolce far niente*, de la cama al auto y del auto al río, al potrero o a la laguna. Yo, como lema de sortija, o de tu sortija, "canto mientras espero" y no espero sino a ti, lo demás no son sino eslabones para llegar más pronto o para llegar mejor. El canto que entretiene mi terrible impaciencia es también el canto de tu amor que veo y miro y siento en todos lados, lo mismo en los paseos de la madrugada que en los del crepúsculo, lo mismo en el encanto del río que en las escenas virgilianas de las vaqueras, y en el de la luna mirada a través de los samanes, los cujies y los carros, cuando a toda prisa corremos en plena noche perfumada: tú, tú y siempre tú hasta en el amor o en el deseo que se levanta a mi paso. La misma carta de María Eugenia que escribí, mientras esperaba en pleno presentimiento tu llegada!

Si vieras, Gonzalo, cómo me acompañas siempre a todas partes. Rumiante insaciable de las cartas, instantes de banquete, me pregunto asombrada qué fenómeno inesperado es este fenómeno fisiológico de la fidelidad. Viene de la misma fuente, quizás de donde brota el amor maternal porque es irrazonable animal, bastante estúpido y es el resultado de caricias, huellas de beso. Te repito, ¡no lo comprendo!

Tengo un enamorado encantador. Es el menor de los... Aún no tiene diecisiete años y lo llaman "el negro" por su color trigueño. Escribe versos en secreto y me adora en silencio. Yo también como al Perucho de mi novela, le sonrío pensando en ti. Y lo quiero como a los novillos que están todavía amarrados en los corralones. Su única declaración consiste en organizar cuanto cosa yo deseo, en regalarme quesos frescos y frutas y en decirme con una cara tristísima, "¡y qué me voy a hacer yo cuando se vayan ustedes!" El pobrecito, de resultas de una difteria y un suero que le pusieron hace un mes ha quedado con las piernas débiles cosa que le dificulta mucho el caminar. Mientras los demás montan a caballo y corren o bailan él se viene a conversar conmigo.

...*En la tarde*. Son ahora las 7 de la noche. Estoy un instante descansando de un paseo en mi cama con el balcón abierto. Debe ser en París la una de la madrugada y pensando en el *réveillon* del año pasado, tristísimo en recuerdos para mí, no ceso de preguntarme dónde estarás y *con quién* estarás en este instante.

...¡Felices Pascuas! Que el año que viene que habrá de ser más feliz que este año accidentado y doloroso nos reúna en cualquier sitio para siempre.

Tuya,

Teresa

28 de diciembre.

Nos vamos mañana. Recibí tu cable contestación al mío y recibí tu carta. (Como P. D.) No quería que en mi libro apareciera yo deprimiendo a Caracas. Es injusto y antipolítico. Por eso te puse el cable. ¿Por qué en tu carta al llamarme me dices que podrías no encontrarte en París? ¡Qué horror! ¿A dónde podrías irte? Un beso de Pascua. Y un abrazo de año nuevo!

*Teresa*

Hoy jueves 29, 1926

Mi Lillo querido: No sabes el gusto tan grande que tuve ayer noche al encontrar tu carta. Estaba tristísima, me dolía tu ausencia de veras y tu carta me alivió el dolor. Me dormí como si te hubiera visto en la tarde. Voy a confesarte que en los primeros días de llegar aquí no sentí que me hicieras tanta falta. Quizás el calor de la familia reemplazaba un poco el tuyo. Además tenía otra vez tus ideas enemigas que pasan de tiempo en tiempo. Estos distintos estados de ánimo que a ti te inspiran desconfianza son la prueba más grande de mi cariño; tiene raíces que yo misma ignoro, y que tantas veces ya me han sorprendido. Tú vuelves siempre Lillo mío cada vez más querido, mis aparentes indiferencias, no son sino variaciones sobre el mismo tema, el tema siempre vuelve con más fuerza, y estas alternativas no hacen sino variar y renovar todo los días mi gran cariño. Ellas me libran del aburrimiento y de la monotonía: acéptalas con benevolencia, son la riqueza de un amor lleno de lujo y abundancia. ¡Que si soy rica! No te quejes ahora de esa riqueza que brota como la tierra que te perteneciera, ésta que no sabe de cheques ni de acciones, ni de billetes de bancos: ¡Papeles sucios!

Ayer estaba triste, primero, porque empezaste a hacerme caprichosamente una falta horrible; después porque Isabelita resolvió viaje violento a París; igualito a mi último viaje tan loco y tan lindo de hace cuatro meses. Todo me lo recordó y me puse dolorosísima pensando que yo no me iba ahora. . . . Porque te adoro, con ese amor que sólo nace de las grandes barreras. ¡Este que conocemos ahora nosotros dos! Desgraciadamente no tenemos el dinero que rompe las barreras y alisa los caminos.

Escríbeme dos palabritas siempre que puedas. No sabes cómo se parecen a tus besos lindos. Es más largo ese beso de los ojos con palabras escritas que el de los cuatro labios; y me dejan a mí un rastro más pegajoso que el del rojo Guerlain, que por lo menos se quita con jabón y agua. Tu rojo no se me ha ido Lillito desde anoche, y voy a decirte hoy en un telegrama que llegue antes que la carta. No estés triste: piensa que cuentas desde lejos, siempre, siempre con el calor y el cariño y el perdón diario de tu fiel y tu amorosa

*Teresa*

El tiempo aquí es una maravilla. Brisa con calor apenas acentuado al mediodía, unas noches divinas, unas mañanitas frescas que yo paso en el jardín. ¡Si estuvieras aquí tú, verías *cómo no es mentira* la felicidad y la alegría!

1927

Recibí tu carta. Estaba sentida de que no me hubieras dicho *bonjour* al mandarme las incoherencias de Barbagelata. Si supieras por cuántas fases pasa en mí tu recuerdo durante un mismo día! ¡Cuántos reproches quisiera hacerte a veces y cómo se desvanecen todos cuando pienso que de veras te hago falta!

Iré el sábado a las cinco Av. Friedland. Estoy hoy desagradada: He recibido por medio de Barceló un especie de carta o artículo inédito y anónimo sobre *Ifigenia*. No puedes imaginarte los insultos y las infamias que insinúan. Te lo daré para que veas hasta dónde puede llegar la envidia. Mañana me habré olvidado ya, pero hoy me rebosa y necesito decírtelo.

Mil cariños

1927

Querido Lillo: Sólo dos palabras para decirte que te quiero. Estoy horriblemente cansada, unos días de reposo me hubiesen hecho tanto bien! Creo que he trabajado demasiado. Muy largo quisiera escribirte, pero no quiero cansarme más. No estoy alegre, al contrario, pero tengo paz. Tu imagen se emborrona y se desfigura con la prolongada ausencia. Al volver tú se me queda otra impresa y yo también me vuelvo otra; ahora tienes razón de decir que soy buena. Antes no, irritada contra ti no soy buena, me vuelvo egoísta y rencorosa. Perdóname que ya pasó.

Te abrazo pues con todo mi cariño de paz.

T.

1927

Querido Gonzalo: Acabo de salir y como de costumbre estoy pensando en ti: Guethary, luego Bayona todos nuestros queridos pueblos de amor y automóvil. Te escribo en una hoja del libro de poemas de tu amigo Cardoza que me diste un día; ¿te acuerdas? y que he encontrado en mi saco de viaje, único recurso para escribirte. No sabes cuánto pienso en el día de ayer y cómo me alegro de nuestra salida en la tarde, sin ella me hubiera embarcado con impresiones tristísimas. Ya no. Ahora estarás durmiendo, cuando te despiertes ¿te acordarás de que ya me fui?

Sabes que por fin, luego de una larga lucha no me traje tu sortija! María te la dará. Piensa que la llevé 6 días y acuérdate de mi pobre dedito meñique, que se va triste y solo. Escíbeme a Cádiz o a Valencia. Trabaja mucho. Termina tu correspondencia. Ahora que no tengo la preocupación de ti, me estoy ocupando de lo que voy a hacer en Caracas. Ojalá tenga éxito. Voy a escribirle a Ventura dándole las gracias por el libro y despidiéndome.

Al llegar a Burdeos iré en peregrinación al Chapon Fin y almorzaremos allí. No puedes imaginarte lo que me mortificó toda la noche el que no hubieses comido en casa. No he debido dejarte hacer eso.

Cariños tuya

*Teresa*

No digas en casa que te escribo porque no sé si podré escribir allá.

Caracas, abril 14-1928

Lillo querido:

¿Por qué no me habrás enviado el ofrecido cable? ¿Enfermedad? ¿Indiferencia?

Llegué bien a pesar del ambiente tempestuoso. Comienzo a ocuparme de las cosas. La época no puede ser peor y me falta la confianza en ti y en mi habilidad. Trabajaré como si fuese segura del éxito. Recibí tu carta, amor. Veo a través de las noticias que en ellas me das, como vi en Cuba a través de tus detestables amigos, que las cosas quizás no podrán ser.

Muchas páginas podría escribirte sobre Caracas y sus últimos acontecimientos: lo haré de palabra cuando te vea. Mi llegada que yo quise que no se avisase, fue de sorpresa y relativamente fría. Luego he recibido muchas visitas y flores pero sin fiestas, la gente anda triste.

Mi vida no puede ser más reposada: ¡descanso por fin de los conflictos! Vivo en casa de Elia que es un encanto y cuyo marido excelente tiene la manía del encierro. Elia no ve a nadie. Yo estoy en el alto o segundo piso de la casa destinada a Mamá. Recibo las visitas en el salón de Elia en rueda solemne como en los tiempos de antes. Caracas me entristece. Siento, Lillo, una indiferencia dolorosa hacia todo lo que me rodea (fuera de los hermanos), es como si estuviese rodeada no de cadáveres sino de esqueletos. Dos veces he salido de noche a teatro y restaurant, la vista de la gente, sus palabras, sus felicitaciones me producían un fastidio profundo. ¿Cómo podemos ser tan sensibles a la ausencia? ¿Qué fibra es la que se rompe en estas ciudades chiquitas que ya no vuelve a empatarse? Ni la calle de las Mercedes, ni el recuerdo de Emilia, nada me conmueve.

.....

22, abril 1928

Lillo querido: Recibí tu cable donde me das cuenta de mi carta de a bordo del Orieta y al cual no he contestado aún, queriéndote dar alguna noticia importante, quizás sea pronto.

Me encuentro sola y triste, amor mío. Elia, mi hermana, se ha ido a una casa de campo que tienen cerca de Caracas, por enfermedad de uno de los chiquitos y aunque pasa el día entero conmigo, se va en la tarde a las cinco y me quedo sola. Como quiero evitar las visitas que podrían serme molestas o comprometerme, digo a todos que estoy sola con ella, cierro la puerta y me quedo en la casa desierta con dos de las sirvientas. Esto me deja en reposo, pero tengo ratos de tristeza negra. Hoy todo el día has estado en mi pensamiento. No ceso de pensar de qué distinta manera te quiero, de lo que te quería cuando vine a Caracas hace cuatro años. ¡Cuánto, pero qué mal te quería entonces! Cuán *nouveau riche* del amor era. Ahora lo que me da mayor gusto es pensar que en el tumulto de personas que he visto pasar en todo este tiempo no hay nadie con quién pueda establecer, ni por asomo, el acuerdo que tengo establecido contigo. Te soy fiel por impotencia como una vieja de 75 años, el amor con su inquietud de ansias y celos se ha extinguido en mí. Estoy *blasé*, Lillo, en Caracas no me atraen ni el deseo de gustar, los elogios me aburren mortalmente. . . . . huyo como de la peste de las invitaciones que a más de aburrirme, me distraen el pensamiento que necesito tener libre de preocupaciones. Tengo aquí mucho prestigio de seriedad y lo cuido con celo extremado. Esto me hace aparecer orgullosa y no creo gozar de muchas simpatías entre el elemento masculino que me ha abordado. Pero, mejor así: de los dos escollos es el menos malo. Las mujeres me rinden culto, entusiasmo frenético de todas. Salvo dos o tres, las demás me adoran: respiran por la herida. He visto también con mucho gusto que mis dos hermanos disfrutaban de una reputación sólida de muchachos intachables. Como te digo me han parecido muy inteligentes y simpáticos, nos queremos mucho, es una gran novedad. ¿Cómo estarás tú? En otro plan quizás, pero con el mismo *dégout* dentro del alma, como si lo viera. Como ya has de sentir algo teatral en los homenajes que te hagan. ¿Cuándo llegará el día de enviar al diablo literatos y políticos para vivir mansamente, dulcemente, en esa patria doble que sería nuestro matrimonio en Francia? ¿Cómo andarán las cosas por tu lado? A veces me decepciono, luego vuelvo a reaccionar. Al diablo mandarían todos estos proyectos si no me sostuvieras tú. Para mí sola me basta con lo que tenía, con lo que tendré si no tengo éxito. Contigo es otra cosa, todo me parece poco, todo inseguro. Hay maternidad en mi cariño además de tantas otras cosas. Si tengo éxito, olvido a los Zeballos, Calderón y cuantos han trabajado en hacerme daño ¡qué me importan! Te escribo cohibida. No sé si esta carta te hallará en Quito. Aquí ha de hacer cuarentena. Adiós amor. Escríbeme hasta que te anuncie la partida por



cable. Siempre a Carías. Fijaré viaje al terminar los asuntos. Será *sí* o *no* con rapidez, lo espero.

Mil cariños.

Teresa

Vevey, jueves 13 sep. 1928

Querido Lillo: Recibí tu carta y telegrama. También yo comprendí después de leer tu última y la de tu secretario que te alarmabas más de la cuenta. Al principio dado el tono con que me escribías creía que tu partida era inminente y presentía un probable traslado que se disimulaba bajo las formas que suelen dar los gobiernos en estos casos, con ello era quizás una separación larga, tal vez definitiva, impuesta por la fuerza de los acontecimientos. Puedes comprender hasta qué punto tal idea me entristecía, pero era mi papel darte ánimos y esperar. Reflexionando bien, comprendo que era una falsa alarma y como dices en tu última carta, dado el silencio, pueden que hayan cambiado de táctica y ni te vayas. En caso de viaje no te atormentes por los problemas que puedan ocasionarte (entre tantos otros grandes y pequeños) el de una venida a Suiza. Es más que probable que tenga yo que volver a París antes de fines de mes a conferenciar con Lydia y a encargarme sobre el terreno el decorado y amueblado de mi estudio. Me he escapado de milagro de un viaje a San Sebastián. Bastó una carta y Alfredo sale hoy a conferenciar con Don Gonzalo. Espero que en caso de éxito muy probable no han de dejarme afuera. *Pour bien faire*, debía ir por unos días a Ginebra a fin de invitar aquí a personalidades cubanas de interés para el proyecto en Cuba. Quizás vaya como el año pasado. En todo caso lo que hemos casi definitivamente resuelto es ir a España en octubre o noviembre, Isabel Lanser y yo. Como verás es un programa de viajante de comercio. Pero ya no me asusta el tren, se lleva mucho más vida "de viaje" o sea desazón de correr y falta de estabilidad en nuestro París vampiro.

Esto está divino. Apenas dos días de lluvia y volvió el verano. No sabes cuánto leo, y con qué gusto saboreo y comprendo. Me paso las horas rodeada de diversos libros que voy leyendo por turno como hacía hace muchos años en Juan Díaz, la hacienda de mi tío y luego en casa de Emilia. Espero en Dios que ahora, durante las mañanas podré hacer lo mismo en Neuilly.

Mamá y María vendrán a fines de semana. Tenemos ahora unos invitados soporíferos: un viajero fastidiosísimo muy distinto a los Huymans, Ingeblek e Hiner que estaban hace un mes. Para mí es como si no existieran, lo cual equivale a soledad con compañía, cosa que no está mal.

Te abrazo con todo mi cariño de siempre,

Teresa

Caracas, noviembre 6, 1928

Querido Gonzalo:

Hace dos días recibí tus dos cartas y la simpática sorpresa traída por Lola Ibarra (no sé si la conoces). Bien, me he puesto la sortija y su peso, y su continuo choque con la sortija vecina, pone un rin rin que se parece a ti. Creo que estoy aún en San Juan de Luz. Recibí también las pruebas: ¿Cree-rás que no he tenido tiempo para pasar la vista por ellas? No puedes imaginarte qué atareo, entre las visitas, los negocios, las preocupaciones, los importunos y el teléfono. Mi estado de ánimo en estos días es pésimo. Todas estas contrariedades (renta disminuida, etc.) me tienen como comprenderás decaída de espíritu. Además por no sé qué misteriosa evolución sentimental es ahora en estos últimos tiempos cuando siento con más intensidad mi dolor por la muerte de Emilia. En las tardes, sola, acostada en el diván de su *boudoir*, recordando tantos ratos de intimidad, en que sentía junto a mí con la naturalidad con que siento la luz del sol, su inmenso cariño protector, tengo accesos de verdadera desesperación.

Sólo que tu recuerdo me libera a ratos. Pero he observado que a medida que pasa el tiempo tiene menos fuerza tu amor para vencer este drama mío de tristeza y soledad. No sé a qué atribuirlo. Será tal vez que mis once años de amistad con Emilia, siendo ya una costumbre, arrolla nuestro mes de amor que volviéndose pasado es débil y fácil de vencer. Esperemos que al hacerse de nuevo presente, con la fuerza de la realidad habrá de triunfar de todo. Es lo que ardientemente deseo, porque no quiero sufrir, ni vivir este martirio de las añoranzas.

Creo que nuestro viaje, de todas maneras, habrá de resolverse pronto. Mi gusto hubiera sido volver en el Arnús, el 25 de este mes, pero es mucho lo que tengo que embalar y arreglar. Pienso llevarme todo lo que sean objetos de valor, platería, cuadros, candelabros, vajilla, cristales, etc. Todo esto habría de hacer un conjunto bastante considerable como volumen. Lo llevaré a nombre de Barceló.

No dejes de escribirme siempre, lo más largo y cariñosamente posible.

Te quiere,

Teresa

(Fragmento)

.....

Me doy cuenta que te debo la respuesta a varias preguntas que me haces: la primera relativa a la *producción literaria*. Te digo con toda sinceridad y con mucho *regret* que mi espíritu no ha llegado al estado de madurez necesaria para emprender nada en que él mismo exprese o se dé. Sigo en el mismo período de receptividad en que se tiene ansia de recibir y repugnancia (a veces

horrible) por comunicar. Yo lo siento mucho pues regular o malo o bueno el trabajo es una gran felicidad y una bendición del cielo. Quizás algún día “*ça viendra*” y tú tendrás entonces que contener el torrente. Dentro de algún tiempo me dedicaré a leer y estudiar todo lo popular y lo característico criollo y español no sólo en los libros sino en la vida y tal vez entonces se me desate la lengua, si leo además, a menudo esos autores que tienen el don de estimularnos. ¿Tal vez trabajemos algún día en una obra que querramos los dos con pasión? Qué interesante y qué lindo sería la armonía y el acuerdo en una obra que pudiéramos luego poseer como una cosa viva . . . Ayer después de hablar con Cisneros me quedé pensando en el encanto de la vida colonial en toda América y en el partido inmenso que se le puede sacar . . . El ambiente de “*Les Dieux ont soif . . .*” me hacía también pensar en lo mismo.

2º El libro *Antinea*, de Maurras, no es un estudio sobre la Grecia antigua como yo creí al hojearlo. Es una especie de reportaje que hace Maurras aún joven con motivo de la inauguración de los Juegos Olímpicos en Atenas hacia 1896. Como tiene mucha cultura y empezaba a lanzar entonces sus ideas contra la Democracia, tiene observaciones interesantes, pero no es un estudio de Grecia. Tiene varios relatos de viaje y críticas en el mismo libro . . .

Leysin 24 de diciembre 33

Querido Gonzalo

En estos días de Navidad que son para mí muy evocadores —sobre todo de mi infancia— estoy pensando en ti con mucho cariño. Te veo como te describiste en tu última carta: solo, triste, disgustado contigo mismo, y con el año que se acaba, y quisiera, darte aunque fuera por algunas horas un poco de calor y simpatía.

No sé si alguna vez te conté, que fue en un día como hoy, un 24 de diciembre al amanecer, que murió mi padre. Yo acababa de cumplir nueve años, y las primeras horas de aquel día que me revelaron la muerte y tantas otras cosas oscuras todavía, se marcaron de tal modo en mi espíritu, que desde entonces cada vez que llega navidad y me quedo un momento sola conmigo misma, el recuerdo de ese día tan lejano y sin embargo tan vivo, me abre todo el pasado. Hoy veo los distintos pasados de mi vida, tan diversos y tan cerca unos de otros como los tablones de una hacienda de caña vistos desde arriba, desde la casa. Como he aprendido a verlos todos, los mejores y los peores con el mismo cariño, me parecen una especie de riqueza muy grande que hubiera heredado en estos últimos años. Rilke dice que los recuerdos de juventud y de infancia son una especie de mina inagotable para el escritor, superior a todo lo que encierran los libros y demás medios de cultura ¿será cierto? A mí me ha hecho impresión esa idea. Hoy quisiera mandarte (si es que así es) en felicidad y bienestar interior, la parte de esta riqueza que te

corresponde, de tablón de caña, tantas horas de amistad noble y buena como pasamos juntos, unas más felices que otras, pero todas llenas de verdadero calor de vida.

Tu carta en que me cuentas las contrariedades del viaje a Italia, el robo del tren, la llegada a Roma con la soledad desapacible, etc., me ha quedado impresa como si el estado de ánimo en que la escribiste no fuera pasajero. Me figuro que los recursos que te ha proporcionado ya la ciudad y los amigos te habrán hecho cambiar de humor y que vas a empezar este año con alegría.

Tu discurso sobre la obra de España en América no sólo me gustó mucho sino que me conmovió, por todo lo que coincide con el verdadero fondo de mis sentimientos. Yo quisiera hacerme una especie de religión de esas ideas: la importancia de la cultura española en todos nosotros y su influencia tan linda y tan feliz en todo lo afectivo. El profesar esa idea con verdadera fe y fervor creo que me llevaría a trabajar por ella y escribiría entonces con facilidad y con alegría, pero tú sabes mejor que yo lo difícil que resulta hacerse esta especie de bóveda espiritual viviendo entre gente de idioma y de sentimientos tan extraños. Ultimamente pienso mucho y con muchísima ternura en Caracas; quisiera pasar allá en pleno campo mis últimos meses de cura, hay climas como el de Los Teques que es estupendo para los pulmones, pero el neumotórax me tiene amarrada corto y no puedo moverme de estos alrededores.

El estudio sobre Barbusse, a quien voy a leer ahora, pues me has despertado la curiosidad de conocerlo, es estupendo. No dejes de incluirlo en el nuevo libro que piensas publicar. Lo anoté al leerlo lo mismo que el discurso para decirte despacio mis impresiones, pero te escribo hoy bastante de prisa por tener otras cartas y compromisos.

Esto sigue a pesar de la época, solo y triste. El tiempo está bellísimo: todo está cubierto de nieve, el cielo azul sin una nube y el sol tan fuerte que puedo quedarme al aire libre desde las diez de la mañana hasta las 4:30 de la tarde, la sensación de aire puro en la cama bien caliente es deliciosa. Sin embargo, hay ratos en que me aburro, me abandona por completo la conformidad y me parece que no voy a poder aguantar más. Me parece la vida una cosa sin sentido y me pregunto si vale en realidad la pena tenerla así, como en suspenso, por cuidarla, cuando al fin y al cabo es para llegar siempre por otro camino al mismo punto... Afortunadamente que estas rebeldías son cortas y la fuerza de ambiente me vuelve pronto al estado de gracia que es la conformidad.

Te deseo otra vez mucha felicidad y mucho éxito para el año que empieza y te envío mis mejores sentimientos

T.

## A ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ\*

París, noviembre 25

Estimado amigo

Al llegar a París recibí su carta, amable y gentil, que leí con verdadero placer; mucho me alegro de cuanto en ella me dice; y le doy las gracias por sus datos.

Espero que habrá visto ya en *El Nuevo Tiempo* el primer capítulo de mi nuevo librito que también remite al *Universal*.

Veo que la situación Ifigenia en Bogotá está "brava" vale decir muy divertida. Recibí, aunque muy tarde, un folleto, chabacano, pero preciosísimo; ¿quién es ese Carlos de Villena? que trata a María Eugenia Alonso con una furia ingenua, como si ni por un segundo se tratase de una ficción, a pesar repito de la chabacanería a mí me ha producido una sensación exquisita, es el comentario vivo y palpitante de nuestras ciudades pequeñas: María Eugenia Alonso *viva* pasa por la calle, Carlos de Villena detenido, en la esquina al mirar que se aleja la ataca esgrimiendo como energúmeno, naturalmente la moral; pero tal furia no es en el fondo sino la exasperación del deseo ante la mujer bonita, coqueta e inaccesible: en resumen es el homenaje más sincero y menos incómodo que puede recibir una mujer: imagínese usted la furia moralista de Carlos de Villena encauzada por su camino normal y vuelta furia de amor con declaraciones y reclamaciones; ¡qué fastidio para la paciente! A lo mejor Villena es un ungido cura o sacerdote, pero en todo caso es un Sátiro. De ser persona decente y de ser el folleto menos chabacano se prestaría a una respuesta divertidísima de parte de la propia María Eugenia Alonso. Yo que soy en la vida corriente la persona de la paz (me dejo engañar, maltratar o robar con tal de no oír, ni decir una palabra agria), soy muy pica-pleito; cuando se trata de escribir yo misma no me reconozco. Quizás de los pleitos sea la voz lo que me encoge y asusta. Al tener conocimiento del folleto, sin haberlo leído escribí a Arciniegas una carta que no me resolví a enviar, después desarmada por la chabacanería del escrito. Creo que voy siempre a remitírsela a fin de que la publique o no, según quien sea el autor del folleto.

He terminado ya con honra mis "memorias de mamá Blanca". Las he escrito con cariño y están materialmente muy de acuerdo con mi gusto actual por lo cual les profeso gran afecto. No creo que tengan el escrito de *Ifigenia* porque ni es propiamente una novela ni se presta a discusión. Veremos cuánto tardan ahora en editarla las tortugas de los editores. Si el libro gusta seguiré en la serie, puesto que termina la obra al cumplir "mamá Blanca" siete años.

\**Inéditas*.

Deseándole mucha felicidad y que le vaya muy bien con mis mejores recuerdos para los suyos soy su affma.

Teresa

Saludos a de la Rosa.

HOTEL VERNET  
25, Rue Vernet  
PARIS

París junio 26-1928

Mi excelente amigo

El día de mi llegada a París después de un largo viaje de regreso: Colón-La Habana-Washington y New York, a horas ya avanzadas de la madrugada hallé en mi cuarto una montaña de cartas; ¡la correspondencia de cuatro meses!; cansada, pero sin sueño me metí en la cama y comencé a leer . . . La suya fraternal y confidencial fue una de las primeras. No podía caer mejor su confidencia. También yo me hallaba lastimada por el mismo motivo; situación de callejón sin salida donde nos acorrala la torpeza, mala fe o incomprensión de los pseudo-libertadores y del otro, cierto pudor patriótico que nos impide callar ante la campaña que sin riesgo para ellos y mucho descrédito para el país hacen esos descontentos. Qué calvario habrá sido para usted el tener que escuchar de brazos cruzados esa ola de diatribas declamadas en la cual con mucho de verdad desacreditan a Venezuela! En mi viaje primero a la Habana me encontré con lo mismo. En el Congreso de la Prensa en el cual ocupé siempre, tanto durante el viaje como en la Habana uno de los puestos más en vista, me encontré con que se hacía a tambor batiente una campaña contra el gobierno de Venezuela, que no tenía en aquel instante más objeto que el de humillarnos a todos, campañas en que el observador tiene necesariamente que dividir el país en dos bandos: los asesinos y los viles que se dejan vejar. Verdad o mentira son cosas que no se *dicen* por tacto, por ese pudor con que se guarda ante la gente de cumplido la intimidad de una casa pobre, en donde todo falta o todo está roto y sin limpiar: es la imagen que me parece más gráfica. Yo dije lo que ante mi conciencia me pareció que se debía decir en tono muy comedido, meros datos que nos salvaban de aparecer como un país de cafres. En Caracas y sobre todo entre ciertos elementos exaltados del exterior lo tomaron muy a mal. Como por otro lado el gobierno no es capaz de apreciar la prueba de valor que se da ni el bien que se le hace, no lo toman en cuenta, al contrario, lo comparan con los grotescos elogios que se escriben allá mismo y les parece que casi se les ha ofendido, son quiijotadas que se hacen sin más público para verlas que uno mismo. Eso tienen de elegante y de reconfortante. Siempre interesa confiarse a los que han pasado por los mismos hechos o lugares, su confidencia que retorno ha encontrado en mí la mayor simpatía.

El movimiento que hubo en Caracas me interesó mucho, era un despertar de la conciencia pública, con una unidad y una fuerza extraordinaria! una verdadera sorpresa para quien como yo llegaba de fuera. Era un movimiento contagioso: a usted como me pasó a mí y a todos los enfermos de escepticismo, le hubiese interesado mucho. Pero hemos vuelto a lo de antes, a lo de *mucho antes*: y el callejón sin salida de siempre.

Los que no teniendo una situación independiente, han de trabajar, se encuentran frente al dilema: o a favor o en contra. Esto último es imposible puesto que es la vida de todos los días lo que está en juego, queda la resignación estoica con una sonrisa de ironía hacia adentro. Yo no veo en la mayoría de los políticos del exterior sino candidatos a una novísima tiranía; de los que callan y aguardan es de quienes espero todo. Personalmente no necesito ya nada de allá en lo que a material se refiere, sólo guardar provisión de cariño para la ausencia. Siempre me quedará la tierra con su paisaje o la memoria de los que murieron!

En Cuba me fue muy bien, traigo de allá gratísimas impresiones, aunque la cultura intelectual deja que desear, la gente es simpatiquísima, generosa, hospitalaria hasta más no poder. La intimidación vuela en el tuteo, es como sería Caracas si no hubiese tantos agriados por la estrechez de horizontes y de dinero.

Apareció por fin la segunda edición de *Ifigenia*. Para lanzarla en los países del Sur, la casa encargada de ello está haciendo un folleto con recortes de crítica. Busco en el desorden de mis papeles su primer artículo para incluir alguna frase de él: recuerdo que era el suyo en extremo elogioso y muy bien hecho.

Espero que tendré el gusto de recibir noticias tuyas. Tenga la bondad de saludar muy afectuosamente en mi nombre a su señora y niñas, así como también a De la Rosa.

Con mis mejores recuerdos soy su afma.

Teresa

París, noviembre 26

Muy estimado amigo.

He recibido su carta y el anuncio de su *Cubagua* que espero con mucha impaciencia. El otro día hablé por teléfono con López y me ofreció mandármelo al estar listo.

Ya estoy por fin en París desde hace un mes leyendo de Bolívar y de Venezuela. Pero no me resultan esos libros de allá con este cielo tan gris y este campo metido en agua. Sufro de claustrofobia. Quisiera como Simón Rodríguez irme a pie por el trópico, con los libros y una hamaca a recibir aire, a ver los árboles, el mar azul, los negros, los indios, y los criollos blancos no europeizados; qué simpáticos son los criollos, con cultura criolla sin pretensiones de elegancia parisiense.

El viaje a Colombia me hizo mucho bien porque vi la colonia y quisiera ir a buscarla ahora a Venezuela. En Bogotá lo recordé mucho y comprendí sus quejas y su situación difícil. También lo recordé en la Quinta Bolívar que es realmente un encanto. Después del viaje he recordado con verdadero cariño aquellos días tan cortos y tan íntimos pasados con ustedes y los Austria en Panamá. Me hicieron el ambiente caraqueño que yo quiero tanto y que me hace tanto bien al espíritu. Don Pepe Austria es el tipo del gran señor criollo y me recuerda siempre el de un tío que quiero mucho. Dele muchos saludos de mi parte, dígame que no olvido nunca mi fiesta en la Legación con bandera venezolana desplegada, dígame que conservo siempre su boquilla. No olvido la comida en Miramar donde hablamos o mejor dicho hablaron ustedes de Boyacá. Allí estuve y me conmoví como en Santa Marta. Dígame a Don Pepe que me mande si le es posible el folleto que escribió él sobre Boyacá que interesaría ahora mucho.

Me figuro que estará usted contento y trabajando bien en su casita de campo frente al mar; cuánto se las envidio en este día de hoy triste, oscuro y frío con los pobres árboles desnudos!

A ustedes mil recuerdos. Dígame que esta carta es también para ella. Lo mismo a los Austria y para usted el cariño muy sincero de su afectísima

Teresa

84 Bs Víctor Hugo  
Neuilly París

París, marzo 29-31

Estimado amigo

Recibí ayer su carta y hoy me apresuré a llamar a López, pues me extrañaba su conducta y sentía que a tantos contratiempos viniera a añadirse la de la pérdida de su libro o fracaso de la edición; yo tenía a López como lo tengo, por persona seria y esta mañana como le digo lo llamé para pedir explicaciones. Su respuesta fue que el libro está listo, a punto de salir y que es él quien se halla quejoso de usted por no haber respondido a sus cartas y cables. Me dijo que le escribiría hoy mismo: espero pues que quedará disipado el *malentender*. Lo esencial es que *Cubagua* esté bien editada y bien lanzada. Nada me había enviado López hasta ahora y aproveché para pedirle un ejemplar al estar listos para el público los libros. Le recomiendo que encargue a López que le haga él mismo el "Servicio de Prensa" enviando la novela a los principales escritores y periodistas hispanoamericanos, a ellos les es fácil pues son los redactores de la *Revue de l'Amérique Latine*. Aquí entre nos debo decirle, que para el éxito de un libro es decididamente una gran desventaja el hacerse editar en París, yo lo he comprendido tarde. —La edición es más costosa y menores las relaciones que las de un buen editor español—. Los



libros españoles editados en París pagan fuertes aduanas en España lo que hace imposible su venta. En cambio España inunda de libros a Hispanoamérica a precios baratísimos. Le decía hace días el encargado de la Casa Cabaud que en la Argentina la compran y leen con preferencia los libros editados en España a las ediciones nacionales. De todos modos es difícil estando ausente encontrar un editor activo y honrado. Es por esas condiciones sobre todo, que yo le recomendé a López.

¡Cuánto siento su disgusto con Don Pepe Austria! me hizo tan buena impresión cuando mi viaje, ya guardaba muy buen recuerdo de su afabilidad. Hay personas en efecto capaces de envenenarlo todo y una mujer agriada puede desarrollar malísima atmósfera que los demás respiran y se intoxican—su situación es difícil y los considero mucho— yo creo dado su carácter delicado que usted no ha nacido ni para político ni para diplomático que puede ser una de las más arduas y espinosas ramas de la política en países como el nuestro—. ¿Por qué no trata usted de hacerse agricultor?, qué perfecta de felicidad e independencia me parece la vida en una estancia no lejos de Caracas, con el caballo y el trabajo, sin autoridad ninguna que acatar, la cosecha que se espera, en la tarde la familia y en la noche los libros con el acompañamiento de las ranas y hasta si se quiere de la P. G. F. que representa lo único soportable del mundo: el eco lejano...

Muchos saludos de mi parte a Mercedes y a sus niños y reciba los mejores saludos de su afectísima y sincera amiga

Teresa

Recibí su discurso que me gustó muchísimo. Lo felicito de todo corazón.

### A SU MADRE Y HERMANAS\*

Marzo 3, 1927

Queridísima mamá:

Les escribo hoy a todos a fin de poner esta carta en La Habana, adonde llegaremos pasado mañana. El viaje como les dije por *lettre océan* que envié hace unos días, ha sido, hasta ahora, encantador; el tiempo, salvo dos días, espléndido y yo no me he mareado nada. La gente del congreso es (sobre todo el grupo francés), verdaderamente exquisita. Somos doce mujeres, "todas muy distinguidas", siete de las cuales son pseudo-escritoras (que vienen sólo acompañando a los maridos) Las más *moches* son V... , que Isabelita conoce, Madame B... y Mme. F... (española), las demás todas muy distinguidas y bien de *toilettes*. La seriedad y *tenue* irrepachable a pesar de la alegría.

\**Inéditas*.

Los hombres del grupo francés como también las mujeres, representan la élite de la inteligencia y del *esprit* francés. Maurice de Waleffe en *culotte* eternamente, ha impuesto la etiqueta obligatoria de modo que en las noches el comedor está muy brillante. Entre los hombres vienen: Paul Reboux, Vaudoyer el crítico, de la *Revue des Deux Mondes*; Fernán Gregls, uno de los más exquisitos poetas franceses, Bourdon (muy *vieille France*) redactor del *Figaro*, muy inteligente; François Porchet, también gran escritor; Pierre de Plessis, muy alegre y lo más gracioso que he visto en mi vida. Pierre Baudin, cronista ligero, casado con una hija de Meunier el chocolatero reputado por ser el "*plus beau garçon de Paris*"; Hauricot, autor teatral muy en boga; Chauvelot, el cuñado de Daudet; Thareud, uno de los principales redactores del *Temps*, sumamente inteligente; Petit, novelista y orientalista, medio loco y siempre indignado; entre los españoles, Pedro de Répide, muy simpático; Castro, Bedoya, y otros de menos importancia.

Como ocurre forzosamente en todas estas cosas se han formado varias categorías o sea: aristocracia, clase media y plebe. La primera está formada por los hombres más importantes mezclados con los más divertidos, escogidos por Maurice de Waleffe y las mujeres mejor físicamente, las cuales no son escritoras: Mme. Reboux (monísima) Mme. Canelle, Mme. Lesca, Mme. Brémat y yo.

Debo decirles que en el puesto de honor en cuanto a atenciones, reconocido por todos y sin rivalidad de parte de las mujeres, vengo yo. Maurice de Waleffe, declaró desde el tren que como invitada directa del Gobierno de Cuba merecía todo género de atenciones. Vengo en la mesa de honor a la derecha del ministro de Francia en Cuba. Soy yo quien preside diariamente los *cocktails* tomados en *petit comité*, en el salón del Comandante que es simpaticuísimo. El y Maurice de Waleffe me llaman todas las mañanas a fin de que yo decida las invitaciones que deben hacerse. No hay para qué decirles que tales reuniones son divertidísimas. El Comandante, Waleffe, Plessis y yo, somos los invitados habituales, los demás se invitan por turno. A mí me llaman "*la princesse du bord*" y nadie tiene para conmigo, mujeres u hombres, sino cariños y atenciones. Esta popularidad de la cual no gozaba tanto al principio, me la han dado mis fragmentos que circulan de mano en mano con éxito extraordinario. Para mí es una inmensa satisfacción ver ese entusiasmo de parte de hombres como Gregls, Bedoya, Thareud, Baudin, etc., que representan la élite de la crítica francesa. Mis *toilettes* han sido un gran éxito, a pesar de que Mme. Reboux no se viste sino en casa de Lanvin. Todos los días se recitan *quatrails* o epigramas sobre las distintas personas. Como ocurre, en general, los caracteres se van dibujando y las ironías sobre cada cual resultan muy divertidas. La esquina de mesa en donde yo me hallo pasa por ser de las más divertidas y brillantes, yo me limito por lo tanto a oír y a reírme hasta más no poder. Hay quien se burla de todo el mundo en su cara (nadie, naturalmente, se disgusta). Pierre Plessis es el comentarista de los cuentos de Bourdou, Waleffe y Gregls que son exquisitos *causeurs*. Plessis

los oye y cuando terminan saca una conclusión o hace un comentario mil veces más divertido de lo que fue el cuento. Cada día que pasa tengo más simpatías por el espíritu francés, son tan generosos, tolerantes y llenos de inteligencia.

Espero recibir cartas de ustedes en La Habana en donde seguirá sin duda la alegría y la cordialidad. El cable de saludo al Presidente que envié De Waleffe, decía: Llegaremos 58 congresistas de los cuales doce señoras. Se halla entre ellas la novelista Teresa de la Parra. Es, pues, el único nombre que figura. Pero veo que estoy peor que I... contando mi *succés*.

Enviaré un cable a mi llegada a La Habana. Espero que estarán todos bien y contentos. La bendición, cariños y mil besos.

*Ana Teresa.*

Esta carta es para todos. De La Habana volveré a escribir.

## A VICENTE LECUNA

Panamá, mayo 18 de 1930

Señor Vicente Lecuna

Estimado amigo:

Le escribo de Panamá de paso para Colombia donde voy a quedarme algún tiempo, un mes quizás, antes de regresar a Europa pasando tal vez por Venezuela. No sé todavía nada seguro pues tanto el hidroavión como el Magdalena con la sequía de esta época me asustan un poco.

De mis trabajos, muy pocos, y lecturas de estos últimos tiempos me ha venido una idea o proyecto muy vago todavía: el de escribir una biografía o vida íntima de Bolívar. Quisiera hacer algo: fácil, ameno, en el estilo de la colección de vidas célebres noveladas que se publica ahora en Francia. La palabra *novelada*, es naturalmente muy relativa, yo creo que una biografía de Bolívar es de por sí, sin salirse de la verdad histórica, mejor novela que cualquiera otra que quisiera hacerse. Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa. Es un proyecto un poco atrevido quizás; ¡se ha escrito tanto sobre Bolívar...! La buena acogida que se le hizo a una conferencia que sobre Bolívar dije en la Habana me ha dado la idea; los lugares y épocas por donde pasa Bolívar son de por sí y aun prescindiendo de él, épocas sumamente sugestivas: la colonia en el siglo XVIII, vida de la ciudad y de la hacienda; corte de Carlos IV; el consulado con el alba del Romanticismo y el París de Napoleón, etc. No sé qué se ha hecho últimamente sobre el particular. Yo escribiría el libro para hacerlo quizás traducir al francés. Para no caer en el lugar común lo mismo que para obtener datos hay que leer mucho: bueno y malo.

Yo quisiera comenzar a leer seriamente este verano y para elaborar mi bibliografía he pensado en usted que es nuestro gran bolivariano. Quisiera que me hiciese usted una lista de lo importante según su buen juicio y mi plan. Si yo pasara por Venezuela visitaría a San Mateo y la casa de San Jacinto. Sé que los vería ahora con ojos nuevos. En Bogotá tendré la ocasión de ver cosas interesantes y comenzaría allá a adquirir mis libros. Como le dije, lo que hice en la Habana se escuchó con gran interés. El periódico que hizo la reseña, la llenó de errores y disparates. Sentiría que se hubiese reproducido.

Le pido mil excusas de molestarlo así, pero sé lo preciosa que puede serme su opinión y sus datos. Yo no quisiera que se divulgase mucho este proyecto pues como le he dicho es todavía muy vago. Quisiera saber si del archivo que adquirió últimamente el Gobierno podrían adquirirse datos nuevos e interesantes o si sólo se trata de cosas oficiales.

Escríbame al poder a Bogotá dándome su impresión franca sobre este proyecto que a ratos como ahora me tienta y otros me asusta un poco. Mi dirección será: Al cuidado de L. Eduardo Nieto Caballero, Director de "El Espectador". Bogotá.

Con mis mejores saludos para todos los suyos y las gracias anticipadas soy su afectísima,

*Teresa de la Parra*

Telegrama.

Santa Marta, 29 de junio de 1930

Señor Vicente Lecuna. Al subir al avión esta mañana me llevaron su telegrama; me ha acompañado usted por lo tanto en nuestra visita a nuestro Bolívar todavía enfermo, esperando la muerte. Escribiré. *Teresa de la Parra.*

Habana, julio 12 de 1930

Estimado amigo:

Aunque le escribí de Cartagena para darle las gracias por su carta, quiero hacerlo de nuevo a pesar del calor, los compromisos y la falta de tiempo, cosas todas agobiantes que enturbian la inteligencia y la voluntad: afortunadamente vuelven al volver la calma.

Mis cuatro días de viaje de Cartagena a la Habana me han enseñado a saber esperar; las cosas se ven después por evocación en la soledad: la gente por encantadora que sea, la de sociedad, son especie de aisladores, pero ellos se borran de nuestra mente antes que la imagen de las cosas y el alma de los muertos.

Sentí en forma extraordinaria, casi con desesperación el no haber ido a Caracas, durante las primeras horas de mi viaje, luego con la calma y la reflexión me he consolado pensando que necesito volver con tiempo: no a hacer vida de ciudad sino vida de campo, me parece que no conozco a Caracas, y creo que en efecto es verdad, no la conozco, por falta de perspectiva y puntos de comparación no la había visto hasta ahora: me di cuenta de eso al entrar en Medellín, ciudad que se parece mucho a Caracas; descubrí por primera vez desde allá que Caracas es muy linda y la del siglo XVIII, la de infancia de Bolívar un verdadero encanto. Su carta, como le he dicho ya, me causó verdadera alegría, ver a Bolívar fuera de la literatura heroica, que hasta ahora me lo había cubierto y desfigurado, me anima en forma extraordinaria y es que me siento enamorada del proyecto que es tal vez un atrevimiento, una especie de inconciencia de las dificultades por vencer, pero sólo en ese estado nos viene el impulso: que es como una gracia del cielo, luego se marcha por la fuerza adquirida. Yo soy una escéptica, una gran desanimada, el elogio, el éxito fácil me ha hecho mucho daño, ya no veo en mis libros escritos sino los defectos, y esa visión constante me quita toda iniciativa, toda fe en mí misma.

Desde ese punto de vista su carta, le repito, me hizo un bien extraordinario, los documentos de que me habla, los aspectos que me señala responden a lo que yo quiero; el éxito personal me interesa mucho menos: lo que me resulta apasionante es buscar, desenterrar, y vivir un tiempo en contacto íntimo con la persona de Bolívar cuando vivía; describirlo, viene en segundo lugar; comprendo, a pesar de mi inexperiencia, el placer infinito del historiador. Me parece indispensable ir a Venezuela. La hacienda del Tuy de la que no tenía noticias, me ha hecho saltar de alegría. No basta lo escrito; es necesario el paisaje y el ambiente de la época: a veces se encuentra en otra parte. En ese sentido tanto Cuba como Colombia, Tunja y Cartagena me han enseñado mucho. El negro cubano está impregnado todavía en colonia. Una conversación con un negro viejo de aquí vale un mundo. Qué bonita debía ser la vida colonial nuestra, la del siglo XVIII y principios del XIX, ese despertar en medio de la gracia indolente y noble en que se vivía y cuyos restos se ven todavía entre ciertos medios. Describir, evocar todo eso, alrededor de Bolívar sin literatura, sin afán pintoresco, es lo que quisiera ¿pero cómo librarme de la literatura, de la de antes y de la de ahora, futuristas, minoristas, etc.?, todo este carnaval que nos ciega y nos aturde y en donde para mayor desorientación entre la nube de equivocación y de cursilería, se encuentran de pronto fuertes y grandes talentos que nos atraen sin llegar enteramente a convertirnos: ¡en qué mal momento hemos nacido! Es este carnaval de imprenta lo que me ha llevado hacia la biografía, acomodar las palabras a la vida, renunciando a sí mismo, sin moda, sin pretensiones de éxitos personales, es lo único que me atrae por el momento.

Refiriéndome a su carta, sin más elucubraciones, le diré: que espero con impaciencia los libros ofrecidos; y que después de leer con tranquilidad iré a

Venezuela a visitar los lugares de que me habla: quiero conocer el Llano, el Tuy, los Andes si es posible y volver a ver los Valles de Aragua. Luego si me siento capaz escribiré sin seguir demasiado de cerca lo leído. Creo que tiene usted sobrada razón en lo que anuncia sobre las equivocaciones de los biógrafos; sin el menor conocimiento de causa me lo había anunciado siempre mi instinto; pero esas equivocaciones son a veces favorables por la reacción que producen, nos van indicando las faltas en las que no debemos incurrir.

Por este mismo correo escribo a Rafael Carías, amigo muy culto de toda mi confianza, encargado de vigilar allá mi renta, y en la carta le pido que se ponga a su disposición para todo gasto que proporcione la adquisición de los libros o la copia de los documentos. La idea de serle gravosa en este sentido me cohibiría y me quitaría toda libertad para dirigirme a usted y yo necesito absolutamente de su experiencia y de su dirección. La colección de cartas de la familia Palacios referente a la permanencia de Bolívar en España proporcionada por la familia López de Ceballos me interesa mucho. Los detalles dan a veces el don de vida. No he comprendido bien si son cartas inéditas: me figuro que sí. Caso de que lo fuesen y no temiera confiármelas en copia me gustaría tener aunque sólo fuesen las principales, yo guardaría completa reserva si por alguna razón debieran quedar inéditas. De lo contrario las veré cuando vaya a Caracas. A propósito de indiscreciones le diré que el Diario de Bucaramanga, apartando lo que pueda o no haber de cierto y de perjudicial en las revelaciones, me interesó mucho por el don de vida de que le hablé, "vi" bien a Bolívar a través de los detalles, jugando a la ropilla y conversando y comentando. No era para hacerlo circular de mano en mano y la parte de Cornelio Hispano en el asunto no es airosa.

Pero esa es costumbre entre todos nuestros periodistas de por acá: no se dan cuenta de la gravedad de ciertas indiscreciones; cuando se trata de interesar al público con lo sensacional lo sacrifican todo, y poco les importa la figura del que violan o los perjuicios que puedan ocasionar. Me gusta mucho el Bolívar hacendado del Tuy y de Aragua como ya le dije y ese Marqués de Casa León a quien no conocía: ¡por qué medios tan interesantes pasó Bolívar! De la hacienda colonial al Madrid de Carlos IV, al Consulado con el comienzo del Romanticismo, esa casa de Fanny donde él se descubrió a sí mismo, gracias quizás a detalles superficiales, el éxito mundano, fácil en París para el extranjero que lleva en sí una nota de exotismo, y Humboldt y Simón Rodríguez, no hay nada que subrayar, la narración sola es superior en interés a todo cuanto pudiera imaginarse de novelesco: yo detesto la novela histórica. No conozco todavía sino fragmentos de las cartas de Fanny. Sé que hay un tomo de O'Leary en donde se hallan y supongo que en París en los archivos de la familia deben hallarse muchas; estoy dispuesta a acercarme a ellas con la discreción del caso y espero sus luces y sus indicaciones sobre el particular. También quisiera insistir sobre los papeles depositados en la redacción del "Siécle" (?) (no recuerdo bien) por Pérou. ¡Si lo encontrara...!, pero ya debe estar ese punto más que aclarado y desahuciado de esperanza. Las cartas

del archivo de Quiñones de León interesantísimas también. ¡María Antonia me ha parecido siempre estupenda! Lástima grande haber nacido tan tarde y no haber podido conocer y conversar largo y tendido con Matea mientras barría, planchaba o tendía en el budare las arepas. ¿Qué cuenta de ella A... E...? Temo que también la haya pasado demasiado por la crema literaria. Qué mezcla tan feliz la del negro con sus resabios africanos mezclados al señorío castellano adaptado al trópico, cosa que nosotros los blancos europeizados hemos ido perdiendo y que ellos han guardado sin esfuerzo. ¡Qué poco hemos visto y qué mal los hemos puesto a vivir en cuentos y novelas! ¿Se ha fijado bien en el diálogo de nuestras cosas criollas? Son andaluces o son valencianos de Blasco Ibáñez dentro de panoramas criollos llenos de pájaros, mariposas y toda la fauna y la flora demasiado maravillosa para ser descrita.

En Bogotá no pude ocuparme como hubiera querido de mi bibliografía. No tenía tiempo libre, las dos o tres veces que fui a las librerías estaba rendida, incapaz de concentrarme a buscar lo interesante. La visita a la Quinta Bolívar me encantó. Es preciosa y muy evocadora. Fui con R... R... quien me habló por cierto de usted, con devoción y cariño extraordinarios. Dejé a la casa Mogollón de Cartagena una lista de libros por buscar. Al tener tiempo la copiaré y se la enviaré para que me indique lo que falta. Creo en el fondo como usted: cartas y lugares dicen más que todo, pero aunque estoy prevenida contra libros, espero que no han de desencaminarme mucho. Tengo de O'Leary lo publicado por Blanco Fombona y dos tomos sueltos que encontré al azar: las relativas a Páez, Soublette, y creo que Santander (las cartas). ¿Bastan los tomos de narración y el apéndice completándolo con las cartas que van a publicarse o es preciso todo O'Leary? En caso de que así sea: ¿hay alguna nueva edición completa o puede hallarse en Caracas la obra publicada por Guzmán? Escribí ya a Mogollón que es mi librero en Colombia haciendo las mismas preguntas.

Le escribo perdida casi la conciencia por el excesivo calor y eso que estoy en El Vedado en casa de unos amigos, casa fresca y ventilada. He tenido que retardar el viaje pues mi amiga L... C... con quien debo seguir a New York y Europa se halla enferma y tengo que esperar que se reponga. ¡Yo que no fui a Caracas por prisa de llegar a Europa a alcanzar las aguas! El hombre propone y Dios dispone. Pero no he perdido enteramente el tiempo, el paisaje cubano en la tarde y en la noche es maravilloso, y he visto una procesión o cabildo congo con bailes de diablito, el dios Changó, el crucifijo con sus velas y su incienso, y una cabeza de chivo sacrificado a Changó con canto, tambor y música africana. Nadie que pase por Cuba sospecha que existe esto. Si son "intelectuales" se van a los banquetes "minoristas" a beber pedantería y a escuchar falsos talentos, si son "touristas" van a los clubes que en realidad están a la altura de los mejores del mundo con la ventaja de la naturaleza y los baños en la playa, únicos en honor de la verdad.

Termino mi carta que se va haciendo ya demasiado larga rogándole que

escriba a París, 84 boulevard Víctor Hugo, Neuilly-sur-Seine, de donde me harán seguir mi correspondencia si estoy fuera.

Con mis mejores saludos para sus hijas y los suyos y dándole de nuevo miles y miles de gracias por el presente y por el porvenir, soy su afectísima y fraternal amiga,

*Teresa*

París, febrero 1 de 1931

Querido y admirado amigo Lecuna:

¡Cómo agradezco su cariñosa carta, tan llena de aliento y de cariño fraternal! Sus cartas, como los libros y papeles que me ha mandado me sirven de gran estímulo en el trabajo emprendido, que hasta ahora sólo se reduce a estudio. Tengo ratos de entusiasmo pero ¡tantos de desaliento, de falta de fe en mí misma! Se ha escrito, se ha indagado ya tanto y tan minuciosamente sobre Bolívar que ¿qué puedo hacer de nuevo? En el fondo no cuento sino con mi buena voluntad y mi cariño; pero ¿es eso suficiente?

Continúo hasta ahora como le dije antes aprendiendo lo mejor posible la historia oficial, anotando minuciosamente a O'Leary y a Larrazábal para tener, hasta donde me lo permita mi malísima memoria, una especie de cuadro sinóptico mental de los hechos, lugares y fechas. Como en realidad era mucha mi ignorancia, leo, releo y anoto en mis cuadernos por orden cronológico... un trabajo de muchacho de escuela, aplicado pero olvidadizo. Sólo el orden y la insistencia pueden ayudar a retener y yo lo hago así. Cuando conozca bien la historia me quedaré con sus "Papeles de Bolívar", las cartas y las copias que me ha enviado, que van adquiriendo más y más interés a medida que me familiarizo con las personas y el momento histórico. El pleito con Briceño, el Diablo, por las tierras de Yare me ha interesado extraordinariamente. Se sorprenden detalles llenos de vida, lo mismo que en las cartas entre los tres Palacios: Esteban, Carlos y Pedro, con los comentarios sobre Simoncito. Como mi deseo sería el de hacer una biografía viva, los detalles del ambiente, las cartas de familia, etc., tienen para mí un valor infinito. Yo deseo sobre todo sentir la Colonia de Caracas. Algo de eso que no se descubre en los libros, he recibido ya por tradición de familia, como le dije en mi carta anterior, pero necesito completarlo conociendo a Venezuela, leyendo cartas de familia, oyendo conversar a los que conocen como usted la Colonia a fondo.

Quisiera, si las circunstancias me lo permiten, hacer lo más lentamente posible el viaje de Bolívar: es decir, recorrer el interior de las cinco repúblicas.

El otro día tuve ocasión de hablar con el profesor Rivet, que es presidente de la Sociedad de Americanistas de París; ha estudiado mucho y con



cariño a los indios y a la sociedad colonial; usted debe conocerle; pienso seguir sus conferencias. Estuvo muy amable conmigo, ofreció darme cuantos datos pudiera yo necesitar sobre sus estudios y viajes: me dijo que en Venezuela, en la sierra de Mérida, los indios se habían conservado como en el tiempo de la Colonia. También pienso ir a ver a una dondesa francesa a quien vi en la Misa de Requiem del 17. Me llamó la atención al entrar a la iglesia porque le dijo al suizo que guardaba la puerta que a ella le correspondía estar en los primeros puestos por ser "parienta de Bolívar". Yo me acerqué a hablarle al salir, pues me llamó la atención su vestido anticuado y sus modos de *vieille France*. Me dijo en efecto que era descendiente de Mme. Dervieu de Villars. Pienso ir a verla, por recoger lo que hayan guardado de tradición sobre Bolívar en la familia, aun cuando sé que no conservan cartas y que Mancini recogió ya cuanto había de más notable. Siempre me quedan esperanzas de que me proporcione elementos con qué reconstruir el ambiente. Su historia de la casa de Bolívar me ha gustado mucho: la hija de Narváez, su tutor; el reparto de aguas, las casas de paja y horcones al principio del siglo diecisiete son muy evocadoras. Bajo otro aspecto me ha interesado también mucho la Expedición de los Cayos, verdadera hazaña de piratas. Yo quisiera que me proporcionara todo lo que le fuera posible sobre Josefina Machado; si no ahora, cuando lo vea en Caracas. Es mi proyecto en general, después de conocer en conjunto la vida y obra de Bolívar, dedicarme sólo a la infancia y primera juventud y entonces, si el proyecto no me abandona a mí, hacer un primer libro y luego varios más que puedan leerse por separado y formen al mismo tiempo parte de una serie. No es posible encerrarlo en un solo libro. Además de él, hay el ambiente, los colaboradores y los distintos países.

Por este correo pienso escribir a algunos amigos pidiendo me envíen lo que haya sobre folklore venezolano. Tengo algo pero es muy poco y también me parece indispensable conocerlo lo mejor posible, pues el pueblo, por su misma ignorancia de las cosas oficiales, conserva mucho la tradición y la trasmite sin esfuerzo.

Sé que en Caracas quedaron muy bien las fiestas según he visto en los periódicos. Aquí estuvieron bien pero podrían haber quedado mejor si se compara con lo que fueron en Madrid y Roma, en donde las presidieron el Rey de España y Mussolini. La misa de los Inválidos estuvo, en mi opinión, fría; le faltó la solemnidad de la iglesia tendida de negro, etc. Los franceses, salvo cierta élite o americanistas, siguen ignorando a Bolívar.

Aunque tendría mucho que decirle todavía, no quiero prolongar más esta carta. Me falta tiempo. Volveré a escribirle. De nuevo reciba los sentimientos de mi admiración y cariño fraternal.

Su afectísima,

Teresa

París, 6 de abril de 1931

Querido amigo Lecuna:

He recibido su carta del dos de marzo que, como todas las suyas, me dejó en el espíritu una impresión confortante y clara, clara en lo que se refiere sobre todo a los proyectos en el porvenir. Tengo a ratos un deseo vivísimo, hambre casi, de viajar muy lentamente por el trópico, andando mucho a caballo, en canoa, a pie, en todo lo que camina despacio. Su carta ha venido a abrirme, aún más, el apetito, con su itinerario de 1924 por Junín y Ayacucho. Pero ¿no cree usted que los automóviles y los trenes son unos aisladores entre el país que se recorre y el viajero? Yo creo que sólo a caballo se debe aprender a conocer y a querer la tierra, a caballo se sienten todos los olores de las hierbas y de las matas cuando una rama nos roza la cara; se puede conversar con los peones, decir buenos días a la gente de los ranchos, al que está trabajando; recibir sol y agua directamente del cielo con buen humor, sin quejarse. El confort nos pone insoportables, no podemos sufrir la menor incomodidad, todo se ve a través de una ventanita y cuando se regresa del viaje se tiene la impresión de haber estado en el cinematógrafo. Yo quisiera viajar como los peregrinos y los soldados: pasando trabajos, que éstos tienen su recompensa.

Tiene mucha razón en lo que me dice sobre los amores de Bolívar, son secundarios, eran amoríos. Me interesaron mucho las cartas de Fanny en el "Boletín" dedicado a Bolívar. ¡Qué gusto tan sabroso tiene la verdad!, gusto de agua pura. ¿Por qué a los escritores románticos retardados del trópico les gustará tanto echarla a perder con perfumes y azúcar? Me refiero a los versos de que usted me habla y a muchas observaciones y apreciaciones del libro de Cornelio Hispano que por lo demás es interesante y agradable.

En mi última carta le mandé un cuestionario. Seguiré en adelante anotando las cosas que necesite preguntarle. Leí últimamente el libro de Basterra "Los Navíos de la Ilustración", que me interesó mucho. Su tesis sobre la compañía guipuzcoana está en desacuerdo con lo que dice Baralt en su Historia antigua de Venezuela. La considera abusiva y despótica. Basterra le atribuye la cultura misteriosa que aparece en Caracas a fines del XVIII, y todo el espíritu inquieto de renovación y de iniciativa que produjo la independencia. Yo a veces pienso, ¿no sería al contrario el aislamiento de los siglos anteriores, sin políticas, negocios ni contacto con Europa, lo que dio a Caracas su alma mística que todavía se ve en algunas familias? Era un gran Monasterio al aire libre en contacto con la naturaleza que le daba al catolicismo un tinte pagano. En fin, me interesa mucho más que lo que pasa en nuestros días, lo que pasaba en Caracas en el siglo diecisiete. ¡Quién pudiera hacer un viaje allá, ése sí merecería la pena! Hace algunos días que he dejado de leer sobre América y Bolívar, para leer sobre cosas de Oriente, la historia del Budismo y demás influencias religiosas de la India. Volveré ahora con más gusto y con un espíritu nuevo a mis libros de América. Yo

creo que es perjudicial leer demasiado sobre una sola cosa; a fuerza de verla continuamente acaba por no destacarse bien. Todo se aprecia mejor por medio de la comparación y la relatividad.

Le digo adiós por la hora, me llaman a comer. De nuevo las gracias y hasta cada rato, que a cada rato lo recuerdo en sus libros y tantas atenciones y buenas ideas. Su afectísima,

*Teresa*

P. D. Vi publicada en un periódico de Caracas mi conferencia de la Habana: un mamarracho lleno de errores y cosas que yo no dije, como, v. gr., que Santander era caraqueño. Noto que los periódicos de Caracas publican sobre mí, después de escoger cuidadosamente todo aquello que pueda hacerme aparecer bajo una luz desfavorable. Un día en una intervíu hecha por un cronista, a su antojo, y que publican en un momento inadecuado; otro día es un pleito tonto que me hacen tener con C. E., etc. Yo no me disgusto por eso. ¡Qué más da! Pero tienen estas cosas un valor documentario útil para la historia y la novela: el espíritu de la ciudad pequeña. Qué importancia exagerada se le da al "figurar" socialmente, literariamente, políticamente. El público endiosa y envidia al mismo tiempo, sin medida, a los que figuran; no piensan en el vacío aburrimiento que causan a menudo sus elogios vanos. Yo he entrado felizmente ya en la edad en que sólo se vive feliz a la sombra, con algunos buenos amigos, los libros, la vida misma y el mundo interior del espíritu que da tanto cuando se cuida.

Leysin, 5 de abril de 1932

Querido amigo Lecuna:

Me perdonará enseguida el que haya esperado tanto para contestar a su carta de septiembre, tan cariñosa, tan evocadora, tan simpática, cuando sepa la razón: he estado enferma y me encuentro actualmente aquí, en este sanatorio de montaña, siguiendo un tratamiento. Tengo una lesión en un pulmón que empieza. Creo que me curaré, y que me curaré muy pronto, pero mientras tanto hago la vida de los grandes enfermos: reposo absoluto en la cama, soledad, silencio, aire puro y prisión completa entre la nieve. Como he renunciado a toda voluntad y a todo deseo, me siento en una especie de paraíso búdico y vivo muy feliz. . .

Acabo de releer su carta en que me habla de Macuto: ¡sí viera qué bien se evoca desde aquí, entre esta nieve y estos pinos! Sobre todo ese Macuto romántico que usted me describe con mi padre de novio, Don H. . . E. . . y usted todavía niño. . . ¡Qué lindo es Macuto y toda esa costa hasta Juan Díaz! Esas playas del trópico (lo mismo ocurre en los alrededores de la Habana), tienen un ambiente que embriaga un poco y que no puede com-

pararse a nada. Yo tengo muy buenos recuerdos de Macuto. Allá escribí casi toda mi novela *Ifigenia*. Me encerraba a escribir en una casita en ruina que pertenecía a los Guzmán y no tenía techos sino en el salón. Yo lo hice barrer y puse junto a la ventana una mesa de pino y una silla de extensión. Oía las conversaciones de la gente por la calle, a veces se paraban junto a mi ventana abierta, sin sospechar que yo estaba del otro lado. Les intrigaba a algunos los motivos que me llevaban a encerrarme en aquella casa que les parecía horrible y a mí me encantaba: la hierba crecía hasta en la sala; veía por todos lados correr ratas y lagartijas; el matapalo estaba lleno de pájaros y a veces corría por él alguna ardita; las ramas inmensas me velaban el cielo... Por la tarde salía de mi escondite e iba a veces a bañarme en el río; ¡qué cosa única, inolvidable, son los baños de río en tierra caliente. No puede haber un contacto más íntimo con la naturaleza, uno se siente fundido en ella, se vive en el alma universal, en pleno panteísmo! Comprendo que proteste y le duela que echen a perder el río de Macuto quitándole sus árboles. Afortunadamente son tan tenaces y crecen tan de prisa.

A mi regreso de la Cote d'Azur pasé por Marsella y vi al vizconde Triobriad, descendiente directo (según él por la mano izquierda) de Fanny. Me contó cosas interesantes que anoté y que le mandaré cuando regrese a París. También le tengo una pequeña sorpresa para cuando me suelten de esta cárcel, es algo inédito, creo, para usted: una miniatura, pero quiero hacerla reproducir por un buen miniaturista.

Creo que esta vida, que tiene de cielo, de prisión y de convento, me va a hacer mucho bien. Siento una serenidad inmensa y una especie de benevolencia, de amor casi por todo y por todos. La vida de *la plaine*, como llaman aquí la vida de los sanos, aparece en el recuerdo como algo infernal: ruido, velocidad, odios, luchas. Aquí es la paz y la bienaventuranza...

A veces me pregunto qué habría hecho Bolívar si en 1830 lo hubieran mandado a curarse a Leysin (que no existía entonces). ¿Cómo hubiera podido refrenar su actividad? Tal vez, como era tan complejo, se habría desarrollado en él el gran poeta que llevaba adentro.

Salude mucho de mi parte a toda su familia y ya sabe con cuánto cariño lo recuerda siempre su afectísima,

Teresa

## A DON MIGUEL DE UNAMUNO\*

Es a Usted, mi estimado amigo y maestro, a quien debo, más que a nadie, la satisfacción íntima y serena, depurada de toda vanidad, de haber escrito un libro.

\*Publicada en *El Universal* del domingo 19 de diciembre de 1926. (Carta escrita en julio de 1925).

Cuando lo conocí y le dediqué mi novela en el almuerzo literario de hace algunas semanas, pensé que no iba usted a leer ni una de sus 520 páginas. Es verdad que con acento austero y patriarcal de abuelo vasco, había demostrado interesarse muy vivamente por su raza española de más allá del mar. Habló de ella con pasión, como si hablara de su propia ascendencia, "verdadera resurrección de la carne" explicó Usted. Pero también es cierto que luego, con el mismo acento austero de abuelo vasco, y con aire además muy despectivo, habló de las personas superficiales, de las mujeres cuya única ocupación es el vestir, y de todos aquellos que confunden lamentablemente el modernismo o moda con la verdadera elegancia: la escultórica, la que reside en el ademán y en el esqueleto, como la del Esopo de Velásquez en sus harapos, o como la de Ulises al presentarse desnudo ante Nausica. Deduje que mal podía encontrar gracia ante sus ojos una novela, cuyo órgano directo de expresión, como el teclado en un piano, era casi todo el tiempo la preocupación de la elegancia, no la escultórica, sino la otra, la de la equivocación lamentable, la del modernismo o moda. Y me fui convencida de que novela y autora habían de parecerles igualmente triviales e indignas de atención.

Grandísima fue mi sorpresa el otro día, cuando al entrar en un recinto oí que hablaba Usted de "Ifigenia" ante numeroso auditorio: ¡Ya estaba leído! ¡Y con lujo de pormenores anotado! La analizaba Ud. detalle por detalle, sin entusiasmos ni elogios, sino con esa paciente curiosidad con que examina el naturalista un insecto del campo o la flor silvestre que por primera vez ha llamado su atención. Mi presencia no alteró ni un ápice el hilo de su conversación, y siguió detallando el libro como si entre la autora y la recién llegada no existiese el menor lazo común. Yo sentí al instante el milagro del desdoblamiento, me hice también auditorio, y por primera vez, encantada, libre de censura y de elogios directos, sin asomos de vanidad, tuve la sensación noble y reconfortante de "haber escrito".

Quiero darle las gracias por el milagro de desdoblamiento, quiero dárselas por el juicio escrito, pero quiero dárselas sobre todo por estas 4 páginas que recibí anteayer, apretadas notas, hechas con lápiz al calor de la lectura. ¡Cuántas son y qué llenas están de vida!

Los elogios son sobrios, sólo dicen indicando página y párrafo "Bien" "Muy bien" y algunas veces "¡Muy bien!" sin dar razones lo cual es una forma de generosidad, porque mi imaginación puede elegir lo que más le agrade, y en ratos de fecundo optimismo, forjarlas y elegir las todas!

Las objeciones son mucho menos lacónicas. Como algunas de ellas terminan en un punto de interrogación, me persiguen sin cesar con su voz de pregunta. Yo quisiera acallarlas, pero ellas no se avienen al silencio. Necesito pues contestar algunas de las que tengan a mi entender contestación o sea defensa, porque hay otras, lo confieso, que al igual de la Esfinge, se quedarán interrogando eternamente!

Copio pues las escogidas, bajo el párrafo aludido, y con el número correspondiente de la página tal cual Ud. lo ha hecho, voy contestando:

Pág. 52 y 53... "tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís"... Yo no creo que la piedad de Gregoria fuese precisamente franciscana, ¿o es que se refiere Ud., entonces a ese San Francisco elegantizado por una leyenda turbia? Me es difícil saber cuál es mi San Francisco, Don Miguel ¡he visto pasar tantos! Al primero lo recuerdo entre las nieblas sonrosadas y confusas de mi primera infancia, cuando aún no sabía leer. Lo conocí en una oleografía presidiendo la hospitalidad de cierta casa amiga, sobre el portón cerrado del zaguán o vestíbulo, tal cual acostumbraba hacerse allá en Caracas. Era como el portero complaciente y mudo de aquella casa. Yo solía contemplarlo a mi sabor mientras venían a abrir. Lo representaba la oleografía, abrazando al Crucificado, con las estigmas que despedían cinco rayos y el globo del mundo bajo sus pies. Este primer San Francisco portero, si bien me entretuvo a ratos, no encendió jamás mi cariño ni mi admiración. Tal vez porque mis ojos recién abiertos a la vida juzgaban a las personas según las apariencias, y aquel pobre capuchino de sandalias y cerquillo, tan semejante a cualquier contemporáneo, tan inferior al dulce Crucificado, no podía evocar el prestigio del pasado ni el esplendor augusto del cielo. Desde entonces, han seguido desfilando ante mi vista diversos San Franciscos, en cuadros, esculturas, sermones y versos decadentes, hasta conocerlo por fin, descrito por Jørgensen y por la Pardo Bazán. Estos dos autores despertaron definitivamente mi admiración y mi ternura por el santo tal cual sí le hubiera visto en su dulce andar sobre la tierra hablando y sonriendo. ¿Será éste por fin el verdadero?... Confieso que no he leído aún el San Francisco de Sabatier y que no conozco el texto entero de "Las Florecillas". En todo caso, el San Francisco a que aludo en mi novela es aquel suave y descalzo hermano de todo cuanto existe; el que llegó a cantar a "la hermana muerte", el que a fuerza de amar toda pobreza, amó en el Hermano Junípero la miseria fragante de su inteligencia, y el que de haber conocido a mi vieja lavandera, pobre, negra y fea, en vista de la humildad alegre de su espíritu, no hubiese titubeado en llamarla también: "Hermana Gregoria".

Pág. 111... "abuso y soberbia de la inteligencia..." ¿Y qué me dice Ud. del abuso y soberbia de la tontería?

Pero es que "Tío Pancho" no parangona aquí la inteligencia con la tontería, sino que la parangona con las luces naturales del instinto a los que juzga superiores y mucho más amables. Yo considero que la tontería no es ininteligencia, sino debilidad de inteligencia, con desorden comunicativo en las ideas y gran facilidad de palabra para manifestarlo. Me parece como Ud. que el tonto es con frecuencia más funesto que el torpe, y creo que ambos son más incómodos que el bruto con lo cual vuelvo a caer en las mismas ideas que expresaba Tío Pancho.

Pág. 113... "La gran armonía del Universo basada en la resignación

completa de las víctimas...” ¿Y esa resignación no es a veces el divino desprecio hacia el tirano?

—¡Cierto! Yo también pienso que en toda resignación y en todo sacrificio hay un divino desprecio hacia alguien o hacia algo, un divino desprecio inactivo, que no pide venganza ni espera justicia, y que duerme tranquilo con el dulce sueño de la serenidad.

Pág. 47 “...Las monjas acaban por olvidarse de sí mismas a fuerza de no mirarse (bella expresión) en los espejos...” Como uno se olvida de sí mismo, Teresa, desdoblándose y vaciándose, es a fuerza de mirarse en el espejo. ¿El espejo nos da acaso nuestro fondo?

—No. Pero recuerdo que María Eugenia Alonso no hablaba aquí del alma. Hablaba del rostro de la apariencia exterior. Era la belleza física de su amiga Mercedes Galindo, a la que ella aludía. Y de ésta, con sus caprichosas alternativas y dolorosas decadencias, sólo nos habla el espejo, o las espontáneas manifestaciones ajenas que también vienen de otro espejo: los ojos.

Pág. 149. “...la mentira, dulce hermana de paz...” ¿La verdad, entonces, hermana de la guerra?

—¡Sí; sí; yo creo mil veces que sí, aunque Ud. no lo apruebe! Perdóname esta insubordinación agravada y aparente cinismo. Pero los que tenemos el espíritu orientado hacia la verdad, no tanto por virtud, como por un natural indolente, distraído o falto de imaginación, conocemos las amarguras de guerras encendidas, por verdades imprudentes que podíamos muy bien haber dejado dormir en la penumbra. Esto desde el punto de vista de egoísmo o conveniencia. Desde otro punto de vista, el de la piedad y altruismo, considero que la verdad, desencadenada en nuestra boca, puede producir heridas tan dolorosas, crueles e inútiles como las que producen fusiles y cañones en tiempo de guerra. Creo en suma, que si al conocimiento de la verdad debemos algunos instantes de exaltada satisfacción, es el de su perpetua ignorancia quien nos concede en cambio el feliz aprecio de nosotros mismos y la cordial consecuencia que de ello resulta: estar siempre de acuerdo con nuestra propia persona y con todas aquellas otras que acompañándonos en la vida nos la siembran de flores, porque también aprendieron a venerar, discreta y bondadosamente, dicha afable ignorancia.

Pág. 259... “¿Por qué no publica Ud. más versos?”

—Porque sólo he hecho en toda mi vida, a costa de mucho esfuerzo, dos o tres poesías que juzgo bastante mediocres. Yo creo que en el fondo de casi toda poesía lírica, hay un impudor de alma que se desnuda, y el impudor necesita gran pureza de forma, a fin de no exponerse a ser reprochable o a ser cómico.

Pág. .... “...el único objeto de la fe es la esperanza... La aparente irreligiosidad de la pobre señorita que escribió porque se fastidiaba, es una forma de religiosidad y nada me extrañaría que María Eugenia Alonso acabara en devota, ya que no en mística, y mucho menos en asceta. Su verda-

dera tragedia está expresada allí, en su sed de inmortalidad, si no en el sentido católico y judaico, en el otro en que ya le he hablado: el helénico y platónico. ¿Es por eso por lo que escribió y no por fastidio? ¿Por qué no escribió Ud. "hastío" que es más castellano y más enérgico?

—El título primitivo de mi novela era: "Ifigenia" y como subtítulo: "Diario de una señorita que se aburre". Antes de terminar el libro, se publicaron unos fragmentos encabezados tan sólo con el subtítulo. Debía anunciarse la aparición de los fragmentos, y para ello, antes de remitir mi manuscrito, di el título de viva voz para el anuncio. Publicaron por error: que "se fastidia" en lugar de que "se aburre", y yo no corregí, en parte por inercia o acuerdo con lo ya establecido, en parte también porque la substitución me advertía que si la palabra "fastidio" era menos precisa, resultaba en cambio más espontánea o natural dentro del léxico venezolano. La acepté pues como un venezolanismo, y corregí el libro de acuerdo con el nuevo título. No creía entonces que mi novela fuese más allá de Venezuela. Pero estoy muy de acuerdo con Ud.: en español de España, en castellano, la palabra "fastidio" que tiene otras acepciones no expresa de una manera precisa la idea del hastío. Muchísimo me complace el comprobar que prescindiendo de tantas otras, es esta la única objeción que me hace Ud. en cuanto a léxico ¡esta misma que mi oído me advirtió muy a tiempo! Y digo mi oído, Don Miguel, porque es en él donde la analogía, la sintaxis, la retórica, el diccionario de galicismos, y aun el de la Academia, han tejido al azar su caprichoso nido, sin colaboración ninguna de mi parte, tal cual las aves del cielo y como Dios les ha dado a entender. Desde allí promulgan leyes que yo no me esfuerzo en recopilar y que un travieso espíritu tan propicio a las artes como rebelde a las ciencias me obliga de continuo a obedecer. Yo escucho atolondradamente sus locas insinuaciones, con ellas por todo bagaje me voy a escribir y me consuelo de tal pobreza pensando que esa agradable virtud la de humillar así la inteligencia, que su soberbia puede expiarse con terrible pena de pedantería, y es servidumbre caer bajo su dictadura, ya que nunca fue ella, sino nuestra madre la necesidad y nuestro buen hermano el uso, los autores de toda gracia y toda naturalidad. . .

. . . "Y ahora un consejo: No se preocupe de lo que digan, ni dejen de decir de su libro; recójase en sí; tire el espejo, Teresa. . ." —¡Recogerse en sí! No sabe qué de acuerdo estoy con ese paternal consejo, que me he dado a mí misma tantas veces, sin obtener como resultado sino la tristeza, el remordimiento y la humillación de no haberlo seguido nunca. Y si como Ud. tanto aprecio el recogimiento, no es porque el trato con mi propia persona me parezca especialmente interesante, sino porque es en la soledad del alma donde suele visitarnos, con sus rostros más amables y sonrientes, las imágenes de nuestros semejantes. Allí entablan alegres y amenísimas tertulias en donde las palabras corren libremente, sin que las emponzoñe el deseo de brillar ni las cohíba el temor de resultar indiscretas. En cuanto al espejo, créame: el culto diario que le rindo por rutina y sin asomos de fe, está



cruelmente castigado por aquella aridez espiritual de que hablan los místicos: ausencia de la divina gracia por tibieza en el fervor. Creo que el espejo, no solamente nos vacía o nos desdobra como Ud. bien dice, sino que nos multiplica además hasta lo infinito en partículas tan insignificantes, que las vamos perdiendo como alfileres, por salones, *dancings* y casinos, sin que nos sea posible volver a encontrarlas nunca. Prueba de mi poco fervor al espejo, Don Miguel, es que muchas, muchas veces, mirando desfilar maniqués en las exposiciones de las casas de moda, mientras mis pobres ojos se entornan, agobiados por todas las zozobras de la indecisión y de los precios inabordables, sorprendo de pronto a mi espíritu, que furtivamente, sin más traje que sus dos alas de nostalgia, se ha ido volando, camino de aquella otra exposición que Ud. conoce muy bien: la que se extiende a orillas del Sena desde el Quai de la Tournelle, al Quai d'Orsay, la que bajo el cielo, la lluvia y el sol, abre a todos los ojos sus generosos cajones, la tan amable de aspectos como afable de precio: la exposición de libreros de lance ¡vieja amiga llena de regalos y de ricas sorpresas a quien siempre tengo presente y a quien nunca voy a ver! . . . No, yo no hubiera inventado el espejo. Si como Narciso me ahogo todos los días en su insípida atracción, no es por convencimiento, créalo; es por arraigada tontería, por obstinado espíritu de asociación, por inercia de hoja seca, que corre, salta y se destroza sobre la corriente con apariencia de inmenso regocijo; es, en una palabra, por esta cómoda mentalidad de carnero que nos conduce por la vida a hombres y a mujeres, en plácidos y apretadísimos rebaños. De todo lo cual deduzco que no debemos engreírnos ni despreciarnos demasiado por nuestras propias acciones, ya que como opinaba el buen abate Coignard: viles o nobles no son enteramente nuestras, las recibimos de todas las manos y casi nunca las merecemos.

Esperando que tendré el gusto de verlo pasado mañana, y que sabré entonces lo que piensa de esta última herejía lo saludo con todo mi cariño, y mi gran devoción.

*Teresa de la Parra*

## A DON LISANDRO ALVARADO\*

Caracas, a . . . de . . . . . de 1926

Mi querido amigo Don Lisandro:

Ayer, recién llegada de una larga temporada pasada en la hacienda, de rodillas, ante una gran caja de madera, me ocupaba de desenterrar de la

\*Carta escrita por Teresa de la Parra quien, valiéndose de una ficción literaria, la firmó con el nombre de María Eugenia Alonso, la heroína de *Ifigenia*.

paja y los papeles viejos mi vajilla de loza blanca cifrada en azul. Yo misma la había embalado con grandes extremos y de manera tal que los choques, vaivenes y tropezones del viaje, atenuasen en el papel y la paja sus injurias a la porcelana. De pronto, sin saber por qué alisé un papel que había venido acuñado entre salseras y platos de postre y entonces, martirizada por infinitas arrugas apareció una página de la revista *Elite* con un artículo que decía: "Ifigenia y Don Lisandro Alvarado". Aunque las arrugas no proviniesen de la edad ya remota del artículo sino de esos desprecios y malos tratos en que suele acabar su vida todo pensamiento impreso, me sentí al punto invadida por la dulce y tenaz melancolía de las cosas pasadas. Dejé entonces a otras manos el cuidado de desenterrar la loza, y me dediqué por completo a la lectura y a las consideraciones, pues siempre he creído que es fatal temeridad la de mezclar los ensueños con los trabajos manuales; unos y otros sufren, se desportillan y se destrozan, con esa brusquedad desapacible que asumen en su trato las cosas y personas que se desprecian mutuamente.

De ayer acá he leído ya varias veces su artículo mi querido Don Lisandro. Su lectura me ha producido gratísimas impresiones. Mientras mis ojos corrían sobre las líneas quebradas y zigzagueadas por la multitud de arrugas, mecida por suaves halagos, le sonreía todo el tiempo con esa invisible cordialidad espiritual que desde la sombra saluda con frecuencia a los autores.

He visto que en su nota crítica (¡esto me satisface mucho!) usted prescindía casi por completo de Teresa de la Parra, pretendida autora de la novela "Ifigenia". Tanto su análisis como sus juicios y presagios, se cifnen únicamente a mí, es decir, a mis ideas personales, muy especialmente a aquellas expresadas una mañana, ante el mutismo de Abuelita, Tía Clara abrazando su cesto y el inmenso y medio calado mantel de granité. A dicha escena y a mis revolucionarias ideas concreta usted casi todo su juicio, encerrado por lo demás en una forma clásica, galante y afectuosa. Pero no obstante su paternal galantería: ¡no me lo niegue Don Lisandro! usted también lo mismo que Tía Clara y Abuelita, se ha indignado cariñosísimamente al escuchar mis ideas. Tan santa indignación se desliza escondida entre los floridos meandros de su cultura griega y latina, pero yo la he descubierto.

Su artículo es el segundo viaje de represalia o castigo a San Nicolás; sus palabras son de nuevo las dos manos de la pobre Tía Clara crispadas de espanto sobre la cabeza gris, siempre tan ondulada bajo horquillas y peinetas. Tal prontitud en escandalizarse demuestra mucho cariño y creo sin duda alguna, que sus amonestaciones y pronósticos sumados a los de Abuelita y Tía Clara, hubieran hecho mis delicias, en aquella lejanísima mañana de mis rosados dieciocho años.

No quiero con esto acusarlo de exagerada ingenuidad, ni pretendo que el afecto que me profesa pueda llegar a esos límites de apasionada ceguera, donde tropieza y se lastima con frecuencia el santo cariño de abuelas y de tías. No. Sólo presumo que usted, distraído, corriendo a toda prisa tras los numerosos pleonasmos, barbarismos y solecismos que plagan ese diario como

langostas y saltones una verde campiña, ha enredado al descuido su pie en la escondida trampa y al igual de Abuelita y Tía Clara se ha quedado allí preso. Como ante ellas, tímida cazadora, terminado el rosario de herejías, siento aletear el vivísimo deseo de libertarlo ya, diciéndole en silencio y con el alma: ¡muchas gracias!

Porque no olvide mi querido crítico y prisionero Don Lisandro, que si a los dieciocho años, acumulamos sobre los labios el rojo de Guerlain, los cigarrillos egipcios, y las ideas volterianas, no es por arraigada convicción, ni por el placer un tanto insulso de que nos admiren, sino por ese otro gusto mil veces más picante de que nos reprueben y critiquen. Es la impaciencia inhábil y graciosa de reflejar cuanto antes la anhelada independencia, y siempre, para inmensa alegría de la adolescencia, hay austeras personas cuyo candor indignado se adelanta a ofrecer a manos llenas tan inocente gusto. Desgraciadamente ya han pasado para mí algunas mañanas desde aquella lejana en que sentada junto a la silla de mimbre de Abuelita, aprendía calados sobre el mantel de granité. Ahora ya sé que barridos al cabo por el tiempo, elogios y reproches son igualmente vanos.

Muy halagada me tendría el comprobar su predilección por mí sobre Teresa de la Parra, si mi alma fuera de un natural inclinado al triunfo, y si el brillar me ofreciera siempre en su copa de oro la embriaguez deliciosa del éxito. Pero no es enteramente así. En eso como en todo tengo mis caprichos. Me duele apagar a una rival y siento por la pretendida autora de esa nueva "Ifigenia" cierta amistad sincera, donde se mezclan cordialmente la compasión, el desdén y la simpatía. En el fondo no puedo decir que la desprecio. Cometió es cierto, la horrible indiscreción de hacer editar en París bajo su nombre, ese diario íntimo que yo había destinado a los ojos de las polillas y a las manos amarillentas del tiempo que se sienta a leer en el fondo de las viejas gavetas. Pero juzgo que tal indiscreción ha sido expiada con creces y se la perdono; he visto sus diversos retratos publicados en todo género de revistas, diarios, periódicos y semanarios. En ellos aparece invariablemente con vestidos pasados de moda, en actitudes desairadísimas, manchado el rostro por la tinta de la imprenta, y arrugado por el furor de las máquinas de linotipo; todo ello en una forma verdaderamente lamentable y profética. Creo que esa gloria que la ha desfigurado así, lo mismo que una viruela, es indigna de envidia e incapaz de excitar mi rivalidad ni la de nadie. Se la cedo, pues, contenta y feliz de vivir aquí en la sombra, donde mi rostro, mimado siempre por lociones, cremas y polvos decaerá suavemente bajo el desgaste del tiempo, sin haber sufrido nunca las bruscas inclemencias de la publicidad.

Pero aún tiene otro castigo: mi diario o relato, ha sido reconocido ya en ciertos círculos de Caracas como auténtica galería de retratos. Bajo cada esbozo se ha escrito un nombre; todo el que pasa mira primero el letrado, juzga de la obra según la fidelidad rigurosa de cada parecido, y como éstos no existen, la autora de *Ifigenia*, declarada inhábil de pincel y falsa de vista, rodeada injustamente por todos esos sinsabores que parecen florecer en manchas

sobre los amplios sombreros de los pintores retratistas, cargará eternamente, sin las rosas, las espinas de una profesión que no es la suya.

Por lo demás reconozco en Teresa de la Parra, un alma sensible y delicada. En medio de mi descontento le estoy agradecidísima. Indiscreta y piadosa, antes de lanzar mi diario a todos los juicios lo retocó con esmero. Exageró gentilmente mis defectos con una malevolencia impregnada de cariño y de bondad. Sabía que para obtener la aprobación de medio público, era de todo punto indispensable merecer la reprobación del otro medio; comprendió que algunos me llamarían deliciosa, a costa de que otros muchos me llamasen detestable; se dijo previsoramente, que aun aquellos que prodigan elogios, necesitan como garantía, la de poder borrarlos en un momento dado, con justas y enérgicas censuras; y presintió por fin llena de interés, que para llevarme pronto por ese atajo que conduce al corazón de todos, era preciso hacerme saltar por sobre el infortunio, la imperfección, y los errores, como se salta por sobre troncos y peñones para vadear un río. Es casi conmovedor el advertir con qué fina atención ha deformado mis cualidades, salpicándolas aquí y allá de irregularidades, como esas sonrisas que arrugan las mejillas, estiran los ojos, ensanchan la boca, y son toda la alegría defectuosa y amable de ciertos rostros. Ella ha amenizado mi inteligencia al recargarla de una insufrible pedantería; y si mi natural belleza resulta tolerable a los ojos de todos, es debido a la obstinación de esa petulancia que constante y pertinaz no decae un segundo.

Me considero muy inferior a esos defectos y lo deploro. Se lo digo en gran confianza Don Lisandro: ¡por Dios, no lo repita nunca!

Creo que la firmante de *Ifigenia* conoce con tierno conocimiento nuestra amena ciudad de Caracas. Si retocó tan atentamente mi relato fue con la intención de que se leyese aquí, frente a la pensativa maternidad del Avila, bajo la tibia sombra de los patios, la sonrisa de los helechos, el murmullo de las pilas, y esas voces importunas y fraternales que al llamar a la puerta, parecen sacudirnos efusivas pidiendo "una limosnita" o preguntando "si hay botellas". Sé que como yo, Teresa de la Parra aprecia mucho a Caracas, por la gentileza inofensiva de su maledicencia, siempre viva y alerta como el pez prisionero en su globo de cristal. Ella ha logrado atracarla muy hábilmente a mi diario tendiéndole un anzuelo inocente y parecido al que le tiende en las fiestas un vestido muy corto o un escote muy largo. Ahora ya, picoteada jovialmente por el pez, puedo contar tranquila, con el afecto y el aprecio de todos.

Yo también creo que la maledicencia de Caracas es decorativa, respetable, y preciosa como una vieja filigrana de oro. La han tejido juntos, en dulcísimo acuerdo, los años, el aburrimiento y el ingenio. Debemos entre todos conservarla y no dejarla nunca morir de inanición. Es casi un deber. Ella es la hermana alegre y habladora, de tanta pulcra existencia femenina, cuya soledad viene a distraer todos los días con historias fantásticas que como las de caballería y los cuentos de Perrault, desprecian el despreciable realismo.

Juntas, las dos hermanas, se pasean enlazadas, y se mecen indolentes por los anchos patios entre rosales y jazmineros, porque así se lo pide la hospitalidad clarísima de estas casas, en donde a todas horas entra libremente el sol, el aire y las visitas. Jardinera de virtudes, la gentil maledicencia es quien riega y quien poda los ajenos cercados, desprovistos siempre de toda cerca. Si a veces es tenaz, no es nunca consistente, porque como una araña, teje sus frágiles arabescos sobre lo inverosímil: la trama de su tejido carece en absoluto de sólida malevolencia, y es que sus hilos no los tendió jamás para malvada cacería de moscas, sino para que un ingenio ágil y sutil ensayara allí sus saltos y cabriolas, como un equilibrista ensaya su repertorio sobre la cuerda floja.

No quiero afirmar con esto que la murmuración de buena ley sea en Caracas moneda corriente al alcance de todas las manos, o por mejor decir de todas las lenguas. No. Juzgo por el contrario que es un arte difícil, rarísimo, y me parece que en general decae.

Si como Paris, querido Don Lisandro, fuese yo nombrada árbitro en semejante juicio o contienda, y hubiese de otorgar al más hábil la perfumada manzana, no la concedería jamás al grupo bullicioso e inconsciente de mis contemporáneas, que hablan, saltan y se ríen, con un regocijo natural y sin sentido, como el de los pájaros, y que ignorándose todavía a sí mismas, ignoran el universo que en ellas se refleja sonriente y claro, como en un espejo. Mucho menos aún se la concedería a los grupos masculinos, congregados en los clubes o diseminados en las esquinas. Creo que su murmuración urgida siempre por la impaciencia de expresar mucho en el menor tiempo posible, adolece de truculencia. Suelen destruir el interés del auditorio desde la primera palabra que pronuncian, gracias a lo mucho que ésta revela, y sus historias languidecen con frecuencia en la monotonía, como la de esas personas que para relatar un filme o una novela empiezan por contar el desenlace.

La manzana de Paris, amigo Don Lisandro, la otorgaría yo a ojos cerrados sin asomo de dudas ni titubeos, a aquellos amables zócalos femeninos de vestidos negros y cabezas grises, que hasta hace pocos años adornaban las desnudas paredes en todas las fiestas, y eran la única alegría verdaderamente alegre de los bailes. Sus manos hábiles y finas que en otro tiempo habían tejido escarpines para todos los pies que se cruzaban y entrecruzaban ahora al compás de la música, conocían el sentido exquisito de la medida, y el ritmo lento que interesa y cautiva. Pero un modernísimo criterio, con furor iconoclasta, y so pretexto de otorgar más amplitud a la diversión, ha barrido los amables zócalos negros y grises donde el ingenio, asustado sin duda por las vueltas y pisadas, corría siempre a refugiarse durante el baile. Ahora en castigo de tanta barbarie, desde las desnudas paredes, entre bostezos, sólo contempla a los bailarines la vulgaridad, y el horrible fastidio de divertirse demasiado.

Como habrá usted observado, esta vida de reclusión que siendo temporal me hizo revolucionaria, ahora, al ser definitiva, me ha hecho terriblemente

tradicionalista. ¡Abogo, pues, por la restauración de los zócalos! Si fuese de un natural empendedor, y si mi vida de reclusa me lo permitiera, así como en París se organizan discursos y conferencias para la conservación del Gran Trianón, yo organizaría conferencias y discursos para la restauración de los zócalos. Aconsejaría probablemente después, la destrucción de estos abominables patios de mosaico, huérfanos de flores y de tierra húmeda, cuyos mezclados perfumes eran el encanto apacible y hondo de la vieja casa de Abuelita. Pero es posible que mi voz se perdiera ahogada por el ruido del jazz-band, y es casi seguro que yo misma, vencida por la fuerza de esa música como por la fuerza de un remolino, interrumpiría mi discurso antes de haberlo empezado, y me pondría a bailar charleston, sin el menor deseo. A un golpe de tamborón empezarían a una vez todos los saltos, y entonces, ante la desnudez de las paredes, el ridículo de mi pareja, el mío, y el de todos los demás, se perdería tristemente, sin que nadie lo apreciase, ni lo tomase en cuenta.

De lo cual deduzco, Don Lisandro, que las mejores restauraciones son aquellas que presididas por la nostalgia e iluminadas por una dulce melancolía, vivirán eternamente nobles en la gracia divina del recuerdo.

Y terminando con estas consideraciones mi larga carta, vuelvo a mi vajilla después de saludarlo muy cariñosamente. Voy a revisar una tras otra en el armario de la loza las largas hileras de platos, a fin de comprobar si alguno ha sido roto por los vaivenes del viaje y apresurarme así a reemplazarlo cuanto antes.

*María Eugenia Alonso*

## AL DR. LUIS ZEA URIBE

Diciembre 1º de 1930

Mi querido y noble amigo:

Yo no sabía que el incidente con C... E..., tan injusto, como triste por lo vulgar, iba a darme el gusto de recibir una prueba tan noble de amistad. Si usted hubiera tenido la certidumbre material de mi inocencia en este asunto, su carta sería ya un acto de lealtad y de cariño; no teniendo más que certidumbre moral, su actitud me conmueve y me fortifica con otra fe muy necesaria: la fe de la amistad, esa especie de "comunidad de los santos", como dice la Iglesia, que no deshace el tiempo, ni la distancia, ni siquiera la muerte.

Como usted ya me ha disculpado no sólo ante usted mismo sino ante los demás, me parece fastidioso e innecesario sincerarme. Ni en mis conferencias ni en conversaciones particulares recuerdo haber nombrado siquiera a C... E..., cuya obra conozco muy poco y cuya vida no conozco en absoluto. Como dice usted en la carta que le escribe a ella (yo también se lo dije en

contestación a la suya), son éstos los “casos” por los cuales se juzga el estado de cultura de los que creen representarla en un medio o en un país. Yo no creo que la cultura signifique conocimiento ni talento artístico, yo creo que la cultura es el control de todos los sentimientos por la honradez, es la armonía, la elegancia moral ante sí mismo. Pero para la mayoría de las personas ésta no puede existir sin un gran ideal místico: el anhelo del perfeccionamiento interior. En nuestros medios “intelectuales”, o sea escritores y políticos, hay una especie de individualismo feroz y banal porque sólo se basa en la opinión. Cada uno quiere que lo exalten, el que merezcan o no la exaltación los tiene sin cuidado. Siempre están dispuestos a pelearse la clientela de admiradores, como en los mercados se pelea a los compradores. Todos gritan; ¡qué confusión de valores y qué deprimente para los que están realmente dispuestos no a admirar, sino a querer a los abnegados y a los buenos! Yo no creo que C... E... tenga un espíritu vulgar; sin embargo, como está contagiada de esa hiperestesia de que usted le habla (y que es muy española), perdió todo control al sentirse herida por mí y halagada por el corresponsal que ella no conocía. Su reacción contra mí, pase; pero “el gallardo gesto” y el “amigo incondicional” a propósito de un chisme y de un chismoso, es una vulgaridad que no tiene perdón. Me figuro que el señor X. X., debe ser algún bromista de mal gusto y creo que su caso no tiene importancia; el mundo está lleno de personas anormales; él no tiene la responsabilidad de quien teniendo nombre y prestigio debe dar ejemplo de cultura. Este es el caso de C... E... Ella dirá, como me ha escrito a mí, que su carta era privada, pero esa no es una razón: la elegancia espiritual no deberíamos perderla nunca.

Recuerdo que a los pocos días de recibir el célebre recorte asistí a unos cursos sobre historia y religión de los indios aztecas que comenzaba un viejo profesor llamado Raynaud. Medio ciego, pobre, viejo, con vestidos raídos, daba su conferencia con esa generosidad del verdadero maestro que parece que en las palabras va regalando y repartiendo su alma. A través de ellas se comprendía que su vida entera había pasado en el trabajo profundo, humilde y sin brillo mundano de los sabios anónimos. ¡Cuántas horas de luchas y de esfuerzo para traer a la humanidad, sin recompensa, un rayito de luz que la ayude a comprender y a querer a todos los hombres! ¿Por qué los artistas en general y los escritores hispanoparlantes en particular, andan tan distantes de sospechar siquiera el espíritu de ese viejo raído profesor Raynaud? A propósito, sin que sea halago, mucho, muchísimo de ese espíritu de amor al prójimo, y a la verdad sin aureola, encierra el libro de usted. Fue ese lado apostólico el que tanto me conmovió. Sentí lo que debía haber sacrificado de íntimo al desafiar los dos fanatismos feroces, el católico y el materialista. Hoy estoy convencida que de los dos, es preferible el primero; el segundo es más ciego, más soberbio y el único verdaderamente perjudicial. Me ha llamado la atención, mi querido amigo, el observar a qué punto se indignan los adeptos de la religión de no creer en nada, cuando un hecho puede traer un poquito de duda sobre sus doctrinas de egoísmo y de limitación. ¡Y cómo predica a

todas horas el materialismo la vida de estas grandes ciudades, si nos dejamos llevar por la corriente y no nos vamos a buscar los rincones empolvados, y medio fríos, donde vive el alma de los distintos Raynaud! Yo he perdido en París mi lindo fervor que como una fiebre santa me atacó en el trópico. No quiere decir que haya perdido la fe, pero siento que mis ojos no pueden mirar más allá porque están contaminados de vida exterior. Yo no ceso de pensar en que el trópico, como el extremo Oriente, es tierra donde crece espontáneamente el misticismo. Las influencias europeas, importunas, inadecuadas y mal digeridas durante todo el siglo XIX nos han desorientado, y andamos casi todos locos buscando en el poder, en el dinero, en la reputación algo que es tan fácil de encontrar dentro de sí mismo en los países de sol con sólo levantar la cabeza en las noches o en las madrugadas y mirar al cielo. ¿No cree usted que la Colonia debía estar impregnada sin saberlo del gran misticismo de Oriente (budista o el primitivo cristiano, el del verdadero amor), y que la Independencia, manifestación de ese misticismo, le abrió la puerta a la charlatanería del siglo pasado? Yo veo a Bolívar como a un yoghi; efecto de trescientos años de valles de Aragua. Europa no lo dañó como a Miranda, quien me recuerda mucho, no sé por qué, a los escritores celebrados en ciertos periódicos de París, a fuerza de invitaciones y amistades, los cuales pasan a ser "genios" gracias a la distancia y al buen cuidado de no publicar nada. Cada día me deprime más ese medio de mediocres de relumbrón que se hacen dar banquetes y nombrar por críticos benevolentes para hacer efecto allá, al otro lado del mar, a personas que en el fondo valen más que ellos y a quienes desorientan y envenenan con el espejismo de la notoriedad. Entre los muchos bienes que debo a mi viaje por Colombia hay uno que aprecio sobre todos: el de no haber sentido un momento halagado el amor propio por los homenajes, sino una especie de rubor muy hondo ante la idea de que me sobrepasaban. Esa reacción de humildad espontánea me ha hecho un bien inmenso, porque me ha despertado el deseo de merecer en realidad, a la manera de los místicos, y de los obreros de las catedrales de la Edad Media, que esculpían una piedra y la colocaban en un lugar oscuro sin grabar su nombre. Usted conoce esa satisfacción y sabe por experiencia, sin duda, puesto que todas las ha conocido, que es más intensa y más hermosa que la notoriedad. Pronto volveré a escribirle con más alegría y oportunismo. Está hoy el día triste, nublado, y a pesar de los radiadores hace frío, del que llega hasta el alma.

Quiero darle de nuevo las gracias por sus dos lindas cartas y decirle que cómo su libro y su amistad me acompañan por todas partes y me dan calor del bueno, del que reconforta el alma.

Crea, mi querido y noble amigo y maestro, en el cariño hondo y fiel de su afectísima,

*Teresa*



Septiembre 6 de 1931

Mi querido y gran amigo Zea:

Hace tiempo que no sé de usted, ni por referencia siquiera. Tampoco sé si soy yo quien he sido la última en no contestarle; es probable, pero las cartas, a pesar de que son un signo exterior de amistad, no son más que eso: ¡cuánto más íntima y más sincera es la presencia en el espíritu de un amigo ausente! De esas visitas, mi querido Zea, me hace usted muchas, y yo siempre lo recibo "tirando la casa por la ventana".

En su última carta me enviaba, recuerdo, su discurso en la cámara (hablando de la importancia del Helium), lo leí y durante varias horas me sentía impregnada de infinito.

Aquí estoy en la Côte d'Azur desde hace dos meses, primero con mi familia, luego con una amiga y ahora, desde hace un mes, enteramente sola. Este país es un encanto. Mientras en todas partes llueve, aquí el día nos da todas las impresiones de las cuatro estaciones del año. Las tardes son tristes con sus noches largas, pero al siguiente día volvemos a despertarnos a pleno sol y cielo azul radiante; es como una ducha de vida y de alegría.

En estos días de soledad he leído con reposo la historia de la filosofía del alemán Messer tratando de recordar tantas cosas mal aprendidas y olvidadas; este estudio me ha fortificado en mi renacimiento a la fe, del que fue usted la "voz en el camino de Damasco". Por eso lo he recordado mucho. En las ciudades grandes, donde vive en eterna apoteosis la era mecánica, acaba ella por arrancarnos de un todo nuestra atención hacia lo material exterior y nos olvidamos de este reflejo de Dios que es nuestro yo. Lo encerramos en un rincón y no lo volvemos a ver ni a oír. Aquí, en Beaulieu, he pasado, en cambio, una temporada espiritual. Pasado mañana regreso a París y no he querido irme de aquí sin decirle que lo he recordado muy a menudo en mis paseos solitarios junto al mar, por caminos por donde casi nunca pasa nadie; usted me ha acompañado por ellos más de una vez: me parece oírlo conversar con su voz lenta y suave de maestro como lo escuché en casa de F. . . . R. . . .

Recuerdo que me ha pedido mi retrato; se lo enviaré al llegar a París; de aquí le mando ese que me hice sacar por el muchacho del hotel con mi *Kodak* en el lugar donde tomo aún todas las mañanas mi baño.

Cuando pueda mándeme una palabrita diciéndome que está bien de salud y que no me ha olvidado. Muchos recuerdos a su señora de mi parte, y a todos los suyos, lo mismo que a la familia de R. . . .

Para usted el cariño profundo de su afectísima,

Teresa

Abril 3 de 1932

Mi querido Zea:

Recibí sus dos cartas en París, hacia el mes de diciembre: me gustaron tanto como de costumbre, más que de costumbre. Esperaba un rato de intimidad para escribirle largo y contarle muchas cosas, cuando acontecimientos que no esperaba y que han cambiado enteramente mi género de vida, me han dejado sin escribirle hasta hoy. Pero no lo he olvidado; al contrario, en mi nueva vida lo recuerdo mucho y lo quiero aún más que antes. Aquí hay lugar y tiempo para sentir que se quiere. En las grandes ciudades (aunque sea París), no se sabe de sí mismo.

Estoy, como ve, en Leysin, en este Grand Hotel que tal vez usted conozca: es un sanatorio de tuberculosos. Estoy enferma, querido Zea. Tengo una lesión en el pulmón derecho. Parece ser que mi estado no es grave y que me curaré si me someto al régimen y no regreso a *la plaine*, como dicen aquí, hasta no estar curada y sobrecurada, tiempo de prueba.

Yo estoy encantada de someterme a todo porque mi estado moral es excelente: un verdadero estado de gracia; nunca he sentido tan intensamente la dulzura de vivir. Y es que vivo dentro de la resignación; es lo que nos hace falta quizá cuando nos agitamos allá abajo en *la planie*: renunciar a la voluntad y a los deseos. Sé de antemano que esta enfermedad es pérfida, sé cómo se engaña a los enfermos; sin embargo, desde el principio he estado de acuerdo con todo cuanto pueda venir: el dolor, la muerte, la salud. Mi vida es suave y feliz a pesar de que estoy presa, bloqueada entre la nieve, todo el día en cama, ante el balcón abierto de par en par.

Cuando le escribí de Beaulieu y le mandé mi retrato, ya estaba enferma, pero ni yo ni nadie lo sospechaba. Como sé que me quiere y que además por su profesión de médico le interesara mi caso, voy a contárselo.

Desde el año pasado, a los seis o siete meses de llegar de Colombia, comencé a adelgazarme sin razón aparente, sentía un infinito cansancio moral, un gran desgano de vivir, pero nada que me afectara físicamente. Me hice ver por un buen profesor especialista del hígado y del estómago, quien creyó en una apendicitis y me sometió a un régimen. Me sentí mejor. Llegó el verano y me mandó a vivir al sol y al aire libre. Yo compartí mi tiempo entre La Baule, playa de Bretaña en donde estuve con mi madre, y en donde como niño aprendía a montar en bicicleta y corría en ella al sol en traje de baño por la playa, que era inmensa. Esto me divertía mucho y en esto me pasaba tarde y mañana a pesar de la desaprobación de mi pobre mamá. Cuando acababa de hacer ejercicio me ponía a fumar. En agosto me fui a la Côte d'Azur con una amiga cubana a quien quiero mucho y quien lo quiere mucho a usted por haber sido su colaborador en la nueva dirección de mi espíritu. En la Côte d'Azur, que adoro por su clima y porque se parece al trópico, seguí tomando baños de sol y baños de mar.

Cuando llegué a Neuilly me propuse hacer una vida higiénica que estuviese de acuerdo con la vida interior, y contra viento y marea (invitaciones, telefo-

nazos, etc.), me levantaba temprano y caminaba tres cuartos de hora haciendo ejercicios respiratorios. Pero seguía adelgazándome. Empecé a sentir trastornos en la circulación. Un día me di cuenta de que tenía la mano izquierda llena de verruguitas que se pusieron a crecer. Volví a casa del profesor, quien encontró muy bien todos mis órganos. Siguió pasando el tiempo, las verruguitas aumentaban y crecían. Un día fui por casualidad a casa de un especialista de la piel acompañando a una amiga, y se me ocurrió mostrarle mi mano (me había dicho ya el primer médico que eran fenómenos sin importancia). Al verla me dijo el especialista lo contrario: que su experiencia le había demostrado que esas verruguitas (rarísimas) eran, por lo general, una reacción del organismo contra la tuberculosis. Volví a casa de mi profesor con este diagnóstico y volvió a decirme, después de auscultarme, que estuviese tranquila, que no tenía nada. Pero mi pobre organismo, tan noble, siguió avisando. Comencé a tener furúnculos, cosas que no conocía. Con este motivo me observé la temperatura y vi que tenía fiebre. Le atribuyeron la fiebre a los furúnculos, y la tos, que aumentaba, al cigarrillo. Siguió pasando el tiempo; había disminuido ya trece kilos desde mi llegada de Colombia; estábamos ya en febrero; habían pasado tres meses desde los primeros avisos, pero, como mi estado general era bueno, aunque preocupada (me angustiaba el fantasma del cáncer, al que siempre he tenido horror), seguí haciendo mi vida corriente, hasta que un día sentí dolor en la espalda. Volví alarmada a casa de mi doctor y le dije que quería una radiografía. Me mandó a hacerla "para complacerme". ¡Si viera la angustia del pobre cuando tuvo que enseñármela! Cinco días después estaba en el tren, camino de Leysin... Y en Leysin estoy, querido Zea, haciendo la vida que ya le he descrito: cama, cama, cama, soledad, aire puro, nieve, montañas azules, libros, un aparato de radio, serenidad, resignación y, cosa que no conocía: una gran amistad conmigo misma.

Volví a leer sus cartas ¡con cuánto cariño! La manifestación luminosa de que me habla me ha conmovido mucho. En Beaulieu vi varias veces "la luz" que vino a visitarme. Aquí, en el mes de soledad que llevo, la he buscado mucho, pero nada he visto todavía. Tal vez la llevo dentro del alma y es esta paz infinita y dulcísima que me acompaña sin cesar. Me interesó mucho cuanto me cuenta de sus viajes en la Côte d'Azur. Mi ideal es comprar allá una villa a orillas del mar. Cuando estuve en Beaulieu este verano encontré una que era un amor, con su jardín, de estilo provenzal, con su garage, amueblada con muchísimo gusto dentro del estilo, asoleada y cerca del mar. Costaba trescientos mil francos. Yo la dejé "apartada" en imaginación por no tener el dinero.

Pero siento que algún día lo tendré y compraré la villa, que se llamará Cantarella. Está en pleno campo entre Beaulieu y el Cap Ferrat. Cuando esté convaleciente me iré a Cantarella y usted vendrá con su señora a quedarse conmigo algunos meses. Salúdela a ella mucho; dígale cuánto me interesa

y dígale que también a ella la quiero por muchas razones, entre otras por lo feliz que lo ha hecho a usted.

Le mando esa fotografía de mi hotel para que vea la nieve que me rodea; ya se irá perdiendo, pues desde antier comenzó el buen tiempo. ¡Ya viene de veras la primavera! Si supiera con qué ansias la deseo: la humedad del deshielo y mi inmovilidad han favorecido mi tendencia al reumatismo.

No tema escribirme en máquina. No me hace mal efecto, al contrario; yo lo hago tan mal que me causa algo de admiración ver su corrección exterior e interior. Yo no escribo sino disparates ilegibles.

Escríbame cuando tenga un ratico. Salude mucho a todos los suyos sin olvidar a los amigos. Reciba, querido Zea, todo el cariño de su fiel amiga,

*Teresa*

Leysin, 11 de septiembre de 1932

Mi querido Zea:

Desde que recibí su larga carta, que aumentó mi ternura y mi veneración por usted, no había cesado de recordarlo ni un día. El peligro en que se encontraba su vida por esa operación problemática, lo mucho que había sufrido en los meses de enfermedad, me parecían como nuevos lazos que me unían a usted. Una noche desperté bruscamente como si me hubieran llamado de parte de usted y pensé con una pena impregnada de cariño ¿qué le habrá pasado a Zea? No puede figurarse cuál fue mi alegría cuando hace algunos días recibí la carta del señor M. . . en que me decía el éxito de la operación. He dejado pasar algunos días sin escribirle, por causas exteriores, pero no crea que he dejado de estar unida a usted, ayudando con la llamita de mi deseo a salvar su vida. Tengo la seguridad de que he colaborado así, desde lejos, a la curación y que usted, de tiempo en tiempo, con las admirables antenas de su espíritu, me ha sentido pasar en pensamiento por su lado. . .

Su carta de consejo y despedida ¡tan hermosa! me encantó y me consoló por adelantado de lo que nos estuviera preparando el destino a los dos. Ya no le temo a la muerte. La monotonía de los días, exactos en esta prisión, ha aumentado a mis ojos la velocidad de la vida: tengo la impresión de volar en un tren hacia un punto, al que no puedo tardar mucho en llegar. A veces me pregunto si será algún presentimiento esta sensación de viaje, pero son tales los progresos que he hecho, que no es probable ya que sea este tren el de la llegada definitiva.

Su descripción de la tuberculosis y la enumeración de sus experiencias personales me interesaron muchísimo. Aquí, al llegar, suelen poner al enfermo al corriente de la enfermedad porque consideran que es uno mismo

su primer médico. A mí me parece muy buen sistema. Se afronta con valor la realidad, y se sabe cuáles son los medios que tenemos a mano para curar o empeorar.

El Director de este Sanatorio, el doctor J. . . , que usted tal vez conoce de nombre, tiene escritas varias obras de divulgación amenísimas: "Comment éviter la tuberculose"; "La tuberculose pulmonaire" y "La cure de repos". Vi estos tres libritos en los primeros días de mi llegada. Creo que me hicieron mucho bien en todos sentidos. Hay fuera de los sanatorios, aun entre los mismos médicos no especialistas (y no se diga nada entre los profanos y la gente de países como los nuestros), una leyenda negra de la tuberculosis que corresponde a otra época (especialmente al romanticismo) y que es mil veces peor que la realidad. La gente se muere por ignorancia: no se cuidan por no confesar que están enfermos. Cuando se deciden a confesarlo viniendo a un sanatorio, ya es demasiado tarde, porque aquí tampoco se hacen milagros. Otra cosa que instruye mucho pero que desmoraliza algunas veces son los casos presentes de los otros enfermos: sus historias. A mí especialmente no me desmoralizan las recaídas ni los casos desesperados de los demás: los escucho con gran simpatía y los reconforto si puedo. Me parece repugnante ese sentimiento de cobardía de los que, porque están enfermos, no pueden oír hablar de agravación ni de muerte: me parece como si estando en la guerra se saliera corriendo. Algún día, sin embargo, si lo veo le contaré en detalles la muerte de una amiga de 18 años vecina mía a quien nunca vi. ¡Qué linda su muerte! Yo sabía por la *femme à chambre* que estaba condenada a muerte, que apenas se levantaba de la cama y que estaba sola. Su familia, gente muy rica de la provincia francesa, tenía horror a la enfermedad y a los sanatorios y apenas venía a verla de paso. Yo sabía lo sola que se sentía. Yo tampoco salía entonces de mi cuarto: ella me conocía por los pasos y yo a ella por la tos. No esperaban su muerte sino para el otoño, pero un día de mayo se agravó de pronto y murió en la madrugada del siguiente día. Yo le había mandado flores en la tarde y sus últimas palabras parece que fueron para agradecerme las por medio de la sirvienta, quien le decía todos los días de mi parte "que no se creyera sola, que yo estaba cerca de ella acompañándola". Yo no tuve noticias de la gravedad, pero sentí su muerte al ver por la ventana el paisaje: había caído una niebla muy fina sobre los árboles que empezaban apenas a echar las hojas. . . No oí toser y llamé a la sirvienta para preguntarle: "*La petite d'à côté* (nunca supe su nombre) *est morte? je le sens et je ne l'entends plus tousser*". La sirvienta me lo negó para no impresionarme y porque es consigna de los sanatorios esconder la muerte. Lo supe dos días después cuando ya la habían sacado de noche, sin ruido, como si se tratara de un crimen pero yo, sabiendo sólo por mi sensibilidad que había muerto, la estuve llorando todo el día en que estubo tendida, delante de su paisaje de nieve, sola, con las flores que yo le había mandado la víspera, entre las manos. Parece que era muy linda y que murió creyendo que iba pronto a levantarse para ir a pasar

unos días en su país (era del sur de Francia). No creo posible que la muerte pueda dejar una impresión de poesía y de levedad tan grande como la que me dejó la de esta niña. Me pareció de una belleza infinita y me pregunté durante varios días cómo había podido temerla tanto en otro tiempo.

.....

En fin, querido Zea, creo que aún nos quedan a los dos algunos años de vida y de calma, y que aún nos veremos en algún rincón de este mundo. Yo deseo mucho volver a América cuando haya terminado enteramente mi cura; ¡ojalá pudiera llegar hasta Bogotá!

Muchos saludos a su señora, a sus hijos, a todos los amigos. Para usted un abrazo muy apretado de felicitación, y todos los sentimientos de cariño y veneración que guardo a todas horas para usted en lo mejor de mi alma. Su afectísimas,

*Teresa*

Leysin, 2 de enero de 1933

Mi querido Zea:

Quiero que mi primera carta del año sea para usted: me figuro que lo habrá empezado en plena paz en ese lindo campo que me describe, en donde puede tener un telescopio, para vivir de noche con las estrellas y de día con la naturaleza. Yo no me quejaría nunca de Leysin si hubiera aquí todo eso, y ahora no me quejo porque hay sol aunque no nieve que tanto me alegra, pero si viera, Zea, lo que se llama primavera y verano: ¡niebla y lluvia, y niebla y más lluvia! Es desesperante y deprimente, y tengo además la impresión de que tanta niebla le hizo daño a mis bronquios.

Mucho pienso en la salud de su señora; espero que los últimos meses de los Estados Unidos le hayan hecho, como a usted, muy bien. Después de sus cartas últimas lo veo con los ojos del espíritu, clarísimo, enteramente curado, con muchos años de vida apacible, de vida en pleno campo, para enseñarme muchas cosas que no conozco: ¿tal vez el mundo de las estrellas que tanto me apasiona, allá en su telescopio? Veo un gran patio de café delante de su casa, veo bambúes, jazmines, ruido de agua, palmas con muchos cocuyos y el gran cielo claro con racimos de estrellas. La vida aquí no tiene sabor, es como un campo que no huele nunca a nada. Todo el mundo está como si lo hubieran hecho en serie y le hubieran marcado, hasta el fin de la vida, los actos y los movimientos todos que debe ejecutar. Esto es lo que se llama civilización; está muy bien para fundar sanatorios y establecer un confort irreprochable, pero ¿y el espíritu que no se exalta nunca y que anda siempre sin tropezones y sin ruido como si caminara sobre la nieve?

Quiero hablarle de mi salud; no me da miedo molestarlo con eso porque usted es médico y porque es además mi grande, mi mejor amigo. Creo que usted reúne las condiciones del amigo espiritual perfecto: ha vivido, es médico, lo que quiere decir que ha vivido más humanamente que los demás, y es, además, sabio no sólo de ciencia sino de sentimientos.

Todo debe comprenderlo, sabe que el mal, el bien, las debilidades, los errores, son enfermedades del alma. Debe ser una gran satisfacción tener una intensa vida espiritual y darla a compartir, a curar a un espíritu generoso y fuerte. La iglesia católica instituyó con la confesión un admirable camino de perfección, pero, desgraciadamente, los confesores no están siempre a la altura moral de su misión, y la confesión resulta entonces lo contrario, una violación arbitraria y vulgar de los secretos del alma.

Me he dejado deprimir mucho, Zea, en estos últimos meses, y ésta ha sido la causa por la cual no le he escrito: ¡tengo ya tres cartas tuyas sin contestar! Este silencio con usted y con otras personas que me quieren también, es una especie de rebeldía contra la enfermedad, la rodeo de silencio y de soledad, como si quisiera vengarme negándole expansión, y eso es una maldad muy grande, de las que deben confesarse. Mi última carta debió de ser de agosto. Hasta entonces todo iba muy bien: vivía en paz gracias a una fanfarronería que sentí desde el primer día que supe lo que tenía: tuberculosis...

.....

Me había ido del Grand Hotel, que es el sanatorio principal de aquí, en parte por economía, pero sobre todo por la vida social, que me tenía cansada; ¡me es tan indispensable la soledad durante varias horas por lo menos para aguantar esta vida de destierro! Pero ahora me siento demasiado sola, en este hotel pequeño adonde me he mudado, y he decidido regresar mañana al Grand Hotel. He escogido un cuarto muy alto con una vista muy linda, y me anima la idea de instalarme en él arreglándolo con algunos cuadros y mis libros, de manera que no parezca cuarto de clínica. Tendré el valor de poner en la puerta un letrero que diga "pas de visites", lo que me permitirá pasar el día en paz. En las tardes bajaré a ver el mundo: una o dos horas de sociedad bastan; ¡Si pudiera volver a escribir qué feliz me sentiría!

Hay en estos sanatorios un espíritu de fraternidad que es simpático. Como todos vivimos bajo el mismo temor y el mismo régimen, como en la guerra, se desarrolla un espíritu de compañerismo generoso y sincero. Junto al drama, de los más enfermos, que van decayendo y despidiéndose de la vida, con mucha dignidad generalmente, hay la vida mundana de los que no saben estar solos y que invitan continuamente a su cuarto o vienen a hacer visitas. Estas son terribles y son naturalmente casi siempre las menos interesantes. Tengo sin embargo buenas amigas por quienes siento verdadero cariño y con quienes me gusta conversar alternando así los ratos de soledad. Lo terrible es la invasión, la amenaza continua del bacilo, tos en la puerta. Desde que se hace intimidad con el ambiente social, se vive bajo

el régimen de las ciudades de Sur América: no se respeta nada la soledad. Hay naturalmente todas las consecuencias también de la vida en las ciudades pequeñas, bromas de unos con otros, enemistades, *flirts*, chismes, etc., que ayudan a pasar el tiempo. Pienso cuando esté mejor pasar mis ratos de actividad visitando las clínicas populares, las de los niños, el sanatorio universitario, etc. Hay mucho bien que hacer acompañando a los enfermos o llevando a los pobres un pequeño recurso; hay además mucho que observar y que aprender. A mí me entona mucho ver de cerca el dolor, aunque me entristece, la vida se me anima toda, se me llena de sentido, lo que no ocurre nunca cuando se está en compañía de la gente rica y vacía.

Ya es hora de que me despida: le escribo desde mi cama mientras espero que me traigan el desayuno. Me despierto todos los días al amanecer de modo que, si fuera esto un campo de verdad, oiría el canto de los gallos que tanto me gusta. Pero el encanto de Leysin es el silencio. Pudiera llamarse la ciudad de los tísicos, o la ciudad del silencio. Hay cuatro mil tuberculosos de todas edades y clases sociales. El año pasado me asomaba a veces a mi balcón de cura, de donde se dominaba todo el rebaño de hoteles, clínicas y sanatorios que se van escalonando en la montaña, y pensaba cómo podría tanto silencio y tanta inmovilidad cubrir tanto dolor. Me parecía nuestro Grand Hotel una fortaleza y sentía animarse en mí cierto espíritu socialista (no diré bolchevique) que me asalta muy a menudo.

Me parece lamentable, querido Zea, la guerra que quieren atizar entre Colombia y el Perú. No es el sentimiento que nace espontáneamente en las guerras de independencia, por ejemplo, sino sentimientos falsos, invitación del nacionalismo con su gran vanidad colectiva organizado por la prensa. Sé que cuando se está cerca no se piensa así. Si viviera en Bogotá estaría seguramente como amiga de los colombianos, exaltada contra los peruanos, y seguramente iría también a tomar mis clases de enfermera a la Cruz Roja; pero desde lejos veo las cosas como son en realidad; me parece criminal y estúpido ir a matarse y a sembrar odios por unos kilómetros cuadrados de selva; ¡a nosotros que nos sobra la tierra!

Cuando me escriba dígame cómo sigue su señora; la tengo presente muy a menudo, y deseo con toda mi alma su salud por ella y también por usted, para que sean enteramente felices en ese retiro que usted me describe.

Yo sigo encadenada como los presos de Sing Sing. ¿Hasta cuándo? Quién sabe si el neumotórax me deje libre.

Reciba, querido Zea, junto con esta carta interminable, un abrazo muy sincero de su amiga que tanto lo quiere y lo admira,

*Teresa*



Leysin, 28 de febrero de 1933

Mi querido Zea:

Acabo de recibir su carta de fines de enero. Cuánto me alegra de que se encuentre en Barranquilla de Inspector General de Sanidad. Eso quiere decir que está bueno y sano, luchando con la vida y a orillas del mar.

Debe haber recibido ya una carta que le escribí en diciembre. Era una carta larga donde le daba noticias detalladas de mi estado de salud entonces. Recuerdo que en esos días me despertaba muy temprano, casi de madrugada y en una de aquellas madrugadas le escribí. Algo, sin embargo, me parece que le contaba en mi carta. Esa carta fue a Bogotá sin más dirección que su nombre tan conocido. Pero con tantos viajes como ha tenido últimamente ¿se habrá perdido?

Yo no lo olvido nunca, Zea; aunque no le escriba está siempre presente en mi espíritu, como una luz interior, la lámpara del maestro, encendida siempre, esperando que nos vayamos con ella a explorar la oscuridad y a hacer descubrimientos. Desgraciadamente la vulgaridad, o por lo menos la banalidad de la vida, nos embarga el tiempo y dejamos la lámpara, aunque encendida y presente, esperando siempre. Es como la gracia del catolicismo, llamando a la puerta cerrada.

Aunque tengo pocas noticias de lo que pasa en América, usted sabe cómo son de localistas los periódicos franceses, me siento conmovida por la guerra entre Colombia y Perú. Al principio sólo sentía hostilidad por la idea de la guerra. Ahora mis sentimientos se han definido, acepto la situación, y sólo quisiera ser útil como usted a esa segunda patria que tanto quiero, trabajando por ella en una forma o en otra. Cuando tenga a mano algo interesante sobre los acontecimientos mándemelo, si tiene tiempo.

Conozco muy ligeramente las causas que han motivado la guerra, pero según veo, la prensa neutral se inclina más hacia Colombia que hacia el Perú. He leído en estos días que los colombianos han tirado abajo aviones peruanos y que el Brasil está a favor de Colombia. Yo quisiera que ganara la guerra Colombia y que la ganara pronto. Me asusta la distancia enorme a que se encuentra el centro de la guerra del núcleo poblado de Colombia. Es una situación desfavorable sin duda si la guerra se prolonga. Sé que han sido llamados todos los hombres entre 20 y 45 años y pienso con dolor en tantas familias amigas. F. . . R. . . , por ejemplo, que tiene un muchacho de veinte años más o menos. Yo creo que la guerra es allá más inclemente de lo que es aquí, a pesar de los medios terribles de destrucción de que disponen los europeos. Allá es guerra contra los hombres y contra la naturaleza, más feroz que nadie. Usted comprende, Zea, después de un año de sanatorio, en donde se vive bajo el régimen de una Providencia que vela sobre el más pequeño detalle que pueda dañarnos, lo que se piensa de un campo de batalla. Resulta algo monstruoso. Tanto economizar aquí la vida, vidas pobres y gastadas, para derrocharla mas allá, sin contar, sin medida. ¡Es absurdo!

No sé qué le contaba sobre mi salud en mi última carta. Debía ser pesimista pues durante todo el otoño no tuve sino ideas negras. Tenía una especie de recrudescimiento de la enfermedad causada por una bronquitis banal y veía de continuo el fantasma de la enfermedad crónica.

Estuve ausente de Leysin y vi demasiados médicos. J. . . , que es un sabio y un santo y en quien tengo de nuevo una fe absoluta, me aseguró siempre la curación por los medios naturales, sin intervención ninguna, dejando al tiempo hacer su obra ayudándolo con reposo y aire puro. En enero regresé al Grand Hotel, de donde me había ido. Estoy instalada en un cuarto muy alto y muy alegre de donde tengo una vista estupenda sobre la planicie, luz y sol de la mañana hasta la tarde. El invierno ha sido templado. La última radiografía confirma la opinión de J. . . , y lo mismo los análisis. De modo que no pienso en intervención ninguna. Me acojo a la paciencia, que no quería aceptar al principio, como la mejor terapéutica de la tuberculosis. Pero figúrese ¡cómo iba a aceptarla al principio, si cuando llegué creía que a los tres meses estaría curada! Ha pasado un año y todavía me falta. Aunque nunca tuve cavernas sino infiltraciones, éstas se han cicatrizado. Se hallaban extendidas en la parte superior del pulmón derecho que se veía oscuro en la radiografía. Hoy está claro como el lado sano, de modo que el progreso es visible aun a los ojos más profanos. Y si viera mi aspecto físico: me alarma casi el color de salud de mi cara, el de una verdadera montañesa suiza. Nadie podría sospechar que estoy enferma, y me siento en relación con mi aspecto: divinamente. Esto a menudo es perjudicial. Los enfermos se creen bien, se van y son luego las recaídas mortales o de larguísima curación. J. . . me asegura que mi curación lenta me dejará inmune en el porvenir y yo lo creo, de modo que no me duele el tiempo empleado ahora. Creo que para mi estado general este año de reposo ha de ser excelente. ¡He ganado años de vida! Ayer vi al doctor J. . . Le pregunté si había recibido la carta de usted y me dijo que sí, que iba a contestarle pronto.

Acabo de recibir carta de París, de mi madre, quien vive allá actualmente con una de mis hermanas casadas y con quien pasé en Vichy los meses de otoño. Me dice mamá en su carta que fue a ver a la señora de V. . . C. . . y la encontró muy afligida, pues además de su marido tiene a uno de sus hijos en la guerra. Me cuenta la conducta de los peruanos en Lima con la legación colombiana. No lo sabía, pues como ya le he dicho vivo aquí en el limbo, apenas leo dos líneas en un periódico dando noticias lacónicas, y eso es todo. Voy a escribir hoy mismo a la señora V. . . C. . . diciéndole cuánto pienso en ella y expresándole mi simpatía y gran cariño por Colombia que quisiera gritar hoy por todas partes.

Dígale muchas cosas afectuosas de mi parte a su señora y a todos los suyos, y usted, querido Zea, no olvide que siempre lo quiero con el mismo cariño y agradecimiento. Su afectísima,

*Teresa*

Leysin, 25 de marzo de 1933

Mi querido Zea:

Otra vez, a pesar de lo que tanto me recomienda en su carta, creo que he dejado pasar demasiado tiempo sin contestarle o mandarle por lo menos noticias de mi salud. Perdóneme, "no se ponga bravo" como dicen en Caracas: ¡si supiera cómo lo recuerdo y cuánto me acompaña!

Yo creo que ya le conté que aquí, en Leysin, no hay tiempo. Kant (si no me equivoco) dice que el tiempo no es sino una forma de nuestra sensibilidad o manera de ver nuestra. Aunque nunca he llegado a comprender bien esta verdad metafísica, aquí en Leysin la he comprobado; de modo que ha venido a ser para mí una especie de dogma. "El tiempo no existe", me digo a cada rato. Y creo que me consuelo de que vaya pasando sin casi vivirlo. Contra lo que se figuran los enteramente vivos, los de *la plaine* como dicen aquí, los días vuelan. Me recuerdan los caballitos de madera de la feria allá, en lo más lejos de mi infancia. Cada quince o veinte segundos como por magia aparecía la misma cara o el mismo porte ante la vista. Aquí, ese porte y esa cara es la voz del criado por la mañana a las ocho menos cuarto que entra con el desayuno, y a las doce de la noche, con la luz ya apagada, la voz tenue pero muy clara de la radio con la cual me voy quedando dormida. Pero, como en los caballitos de palo, esas dos voces se suceden con el intervalo de algunos segundos y también como algo misterioso de magia...

.....

Me interesa mucho lo que me dice acerca de la "renovación o reconstrucción del hombre antiguo". Tengo una gran fe en la autosugestión que practico en Leysin con mucho éxito. Es el sistema Coué, que usted debe conocer y del que la gente profana se burla a menudo. Yo no lo practico para obtener cosas materiales, ni aun la misma salud, porque creo poco en su eficacia para cuanto es exterior, en cambio es decididamente de gran eficacia para todo lo que es de orden moral. Por ejemplo, para el desarrollo de la memoria, la voluntad, para la alegría interior, para despertar el interés por algún estudio, da verdaderos buenos resultados. Aunque se parece al sistema de visualización de que usted me habla y que yo practicaba ya tal vez por insinuación suya telepática, al rezar por los muertos, el sistema de Coué difiere en que es completamente mecánico. Aconseja repetir las palabras en voz alta o por lo menos bien articuladas sin pensar en ellas, durante diez o doce veces. Asegura que es mejor no concentrar el pensamiento porque esto estorbaría al inconsciente que como una tercera persona escucha lo que decimos. Es a él a quien necesitamos domar y enseñar como a un animal que se educa para el circo. Parece que sus posibilidades son infinitas e insospechadas de nuestro mundo consciente al cual estorba o, según su capricho, ayuda. Es el caso que desde hace más de un año hago, después de vestirme y antes de comenzar el día (nunca estoy sin hacer nada), cinco

minutos de autosugestión. Luego, al rezar por E... I..., trato de verla en los diferentes lugares en donde solía estar en vida; en las distintas habitaciones de la casa de Caracas o de la casa de hacienda, en el patio, en el recibidor de entrada, y estas imágenes me acompañan después mientras leo o tomo mis notas.

A decir verdad no sé cómo me ha venido esta segunda costumbre que usted llama de visualización. Hace ya un momento, mientras le escribo, que me lo estoy preguntando. ¿Ha sido quizás consejo suyo? Hace un año sólo ejercía la autosugestión del sistema Coué. Voy a acentuar la visualización, creo que tiene en efecto muy buena influencia en mi espíritu. Como le he dicho muchas veces, yo no soy desgraciada en Leysin, al contrario, me considero feliz, más feliz de lo que he sido quizás en todo el resto de mi vida anterior, pero es una felicidad triste y negativa.

Yo hablo a menudo del nirvana para definir esto, pero le doy el sentido pesimista que le da Schopenhauer y que es, creo, el puro sentido ortodoxo: ausencia de deseo hasta la negación de la vida. Ni goce ni sufrimiento. Un bienestar continuo de limbo donde nunca llega nada que nos hiera ni el alma, ni los sentidos, ningún ruido despacible, un servicio impecable, una cama blanca y caliente, los libros, la linda vista, la radio (casi sin parásitos) que nos lleva como fantasmas invisibles y con alas a los teatros y salas de conferencias, de donde nos vamos sin ruido y sin que nadie nos vea. Pero todo ese bienestar es silencioso y negativo como la nieve que cubre los árboles y el suelo. Hoy precisamente antes de empezar a escribir a usted recibí una carta de una amiga (una hija de G... M..., el escritor español) que ha pasado la pobre cuatro años inmóvil por una tuberculosis de la columna. Como ya está casi bien y puede circular, va a pasar unos días abajo y para despedirse me pregunta "¿qué necesita, Teresa, de Montreux o Lausanne?" Me quedé mucho rato repitiendo "qué necesito..." hasta convencerme de que en realidad no necesitaba nada. Le contesté diciéndole que acababa de descubrir que yo era "la mujer que no necesita nada" y que este descubrimiento me había dado tristeza. ¿Cree usted que es para alegrarse o para entristecerse descubrir en sí tan gran falta de ambición? ¿No será, Zea, una señal precursora de la muerte? ¿La vida que siente o sabe que debe desprenderse?

Interrumpí mi carta y me han pasado varios días sin continuarla. La releo hoy y me reprocho con toda mi alma de hablarle de muerte y cosas tristes. Hoy, día de la muerte del Señor, hace un día radiante de primavera, lleno de rumores, de sol y de cantos de pájaros. Se siente la resurrección y pienso con alegría infinita en que algún día tomaré el vapor y llegaré al continente en un atardecer lleno de estrellas... ¿como el de Ifigenia? Acabo de leer un reportaje de N... C... sobre la región del Amazonas. Además de ser muy interesante me recuerda mi viaje en 1930 por el Quindío y el Magdalena. ¿Volveré algún día a Colombia?

.....

A propósito, como ya varias veces me pregunta direcciones de personas que puedan darle cuenta de mi salud, voy a mandarle dos. La primera (que es actualmente la mía de París o por lo menos donde se hallan mis muebles y libros) es la de mi hermana: Mme. L. . . , 1er. Boulevard de la Saussaye, Neuilly-sur-Seine, París. La segunda es la de la otra hermana que vive con mamá (ésta no sabe de mi verdadera enfermedad, se la ocultamos creyendo que sería cosa de unos meses y hemos tenido que ir prolongando el engaño). Se llama esta hermana Mme. B. . . , vive: 6 rue Bellevue, Suresnes (près París). Las dos hermanas vinieron a acompañarme este invierno, pues somos muy unidas, y yo espero ir en mayo a pasar una temporada en familia, junto a mi pobre madre que vive suspirando por verme y me dice a menudo en sus cartas que le asusta mucho este mal de los bronquios que se prolonga tanto y que "me cuide para que no vaya a degenerar en tuberculosis". ¡Cómo se dejan engañar los pobres viejos y todos los que quieren! Temen todo lo malo pero no realizan la presencia de una enfermedad grave: ¡como si el ser querido fuera intocable!

Otra cosa que me ha gustado mucho de su carta es su amor y su fe en América. Yo comparto su amor, con esta doble energía para querer que da la distancia, la nostalgia y la soledad, vivo casi entre recuerdos "de allá"; comparto el amor pero no la fe. ¿Seremos en realidad algún día países verdaderamente superiores? ¿Es cierto que de esa mezcla terrible de razas, podrá formarse una homogénea con verdaderas cualidades de raza superior? Estoy leyendo a Gobineau que, como usted sabe, es tan poco optimista en todo lo que se refiere a razas mezcladas, todo lo que no es ario. . .

.....

Como no me gusta aceptar estas ideas derrotistas voy a leer las que sostienen la teoría opuesta a Gobineau. Creo que Vasconcelos, el mexicano, sostiene la tesis contraria; voy a leerlo lo mismo que a Keyserling. ¿Qué autor me recomienda usted? . . . Se me ocurre, como contestación suya, que busque las pruebas en mí misma: visualizando. . . ¡Es cierto. . . ! ¡Qué lindos rasgos de carácter entre nuestros pobres negros del campo y tanta gente humilde, llena de generosidad y de verdadero amor o caridad en su sentido más puro. . . ! ¡Toda nuestra infancia y juventud está llena por ellos! Pienso en Vicente Cochocho que existió y resucitó por visualización en Mamá Blanca. ¿Qué diría de él Gobineau? Era ingobernable y no tenía ninguno de los rasgos que constituyen la civilización simétrica y ordenada de los arios, es cierto, pero, ¿y su desinterés, su inmensa caridad y su lirismo de todas horas? Concluyo pensando que los arios están en su papel organizando sanatorios, ejércitos y ciudades donde reine el progreso, pero que allá, en medio de esas razas que no se sabe a dónde van, se siente de un modo muy hondo la dulzura de vivir. . .

Tenía aún muchas cosas que contarle, pero se me hace tarde y no quiero que esta carta sea interminable. Guardo para la próxima contarle un caso

de tuberculofobia (contra la cual emprenderemos algún día nuestra campaña), ocurrido hace dos o tres años pero vive en la tradición y varias personas me lo han referido. Son los personajes: la enferma llamada N. N., los padres que la abandonaron (peor que a una leprosa): no quisieron venir aunque ella los llamaba y no se ocuparon siquiera de enterrarla, y el novio, que tiene el *beau rôle*, llamado X, médico, quien la acompañó y la ayudó a bien morir, le compró un terreno en el cementerio de Leysin y allá la enterró. Pero me doy cuenta de que ya conté el caso. Lo cruel, lo terrible es que la familia, viviendo en París, no contestaba siquiera a las cartas del médico en que éste le decía que la niña se moría y quería verlos; no contestaron tampoco al aviso de la muerte. Sólo mucho tiempo después escribieron diciendo que podían quemar o disponer de las ropas y alhajas, que ellos no querían nada. La muchacha no tenía veinte años y estaba aquí enteramente sola. ¿Serán ellos unos N. N. que conocí hace años en París que tenían fama de ricos?

Con esta historia quizás indiscreta pongo punto final a mi carta. Volveré a escribirle pronto dándole cuenta de mi salud y proyectos.

Frente a mi cama de donde le escribo, siento que usted me acompaña y me aconseja tener paciencia y esperanza.

Saludos a todos los suyos, lo mismo que a los amigos y reciba todo el cariño y devoción de su fiel amiga,

*Teresa*

Leysin, 21 de mayo de 1933

Mi querido Zea:

Le escribo desde mi terraza de cura, en cama, con un día de primavera maravilloso, cosa que no es aquí muy frecuente. Como tengo la cama pegada a la baranda y hay una vista muy linda sobre el valle, me parece que voy viajando en aeroplano. Me acuerdo de aquellas travesías ideales que hice en Colombia sobre el Magdalena y el Atlántico... Era quizás el anuncio de todo lo que iba a saber después sobre el espíritu y de lo que iba a experimentar en Leysin de vida desmaterializada. Su libro "Mirando al Misterio" me seguía y me esperaba para la otra travesía. Como en su carta pregunta cuál será mi cuarto en Leysin, he sentido miedo de que su pensamiento vaya a equivocarse y entre en otra de las muchas ventanas abiertas, en donde la luz llama a las mariposas de la noche y tal vez también, ¿por qué no?, a las ondas del pensamiento viajero... Para que el suyo no vaya a equivocarse de ventana le mando la mía, para que la aprenda bien. Como ve, mi cuarto hace esquina, tiene vista sobre la montaña por la ventana de la izquierda y al frente sobre todo el valle de Aigle. Estoy en el

piso más alto de este Grand Hotel que está en lo más alto de Leysin. Tenga a la vista, muy claros en este momento, destacándose sobre un cielo tropical, todos los picos célebres de los Alpes: Les Dents du Midi, detrás el Mont Blanc, más cerca el Chamoyère y otros cuyos nombres no recuerdo.

Mucho me interesa saber que está traduciendo a Gompertz. Yo tengo un volumen de su obra "Les Penseurs de la Grèce". Espero que leeré algún día su traducción. Desde que llegué a Leysin comprendí que la simple lectura de cosas fáciles, es decir, de mera literatura, no podía bastar a llenar la vida, y que era menester para llevar con resignación esta existencia de presa o de paría, hacer trabajar el espíritu, como los cartujos y benedictinos. Creo que ya le dije que me había propuesto como placer estudiar la historia de Grecia y de Roma con todo lo que a ella se refiere: historia del arte, literaria, de la filosofía, de las religiones, etc. Usted sabe, en su gran erudición, lo amplias que son esas materias y los años que se necesitarían para conocerlas bien. Debería empezarse por las dos lenguas y yo apenas tengo algunas nociones de latín; pero, sin embargo, sin esperar haberlas conocido a fondo, el viaje en automóvil a través de esas épocas lejanas le ha dado a mi espíritu un equilibrio y comprensión de la vida que le estaba haciendo mucha falta, y que espero seguir cultivando.

Tengo la suerte de que hay en el hotel una estupenda biblioteca de dieciocho mil volúmenes que se ha ido formando en los cuarenta años que tiene de existencia este Hotel. Gracias a la biblioteca los enfermos capaces de hacer vida interior llevan con alegría la enfermedad. Pero es desolador ver la cantidad de gente que se mata porque no puede vivir lejos del mundo. En el año y pico que tengo aquí he visto llegar varios casos de recaídas mortales, entre otras una compatriota, nieta del general G..., educada en Europa. Murió a los veinticinco días de haber regresado. Tenía diecinueve años y estaba recién casada. Uno o dos años antes se había ido curada, pero en lugar de cuidarse se puso a bailar, andar en auto, trasnocharse, etc. Y pasó lo que era fatal. Todo porque no pueden resistir la vida de sanatorio, que podría, sin embargo, ser tan dulce y tan útil para un alma joven que empieza a vivir. Pero todo eso es consecuencia de la mala educación, de la falta de disciplina moral que hay en ciertas clases sociales. Parece que en los sanatorios populares y en los de las clases modestas, el espíritu que domina es otro que el de éstos en donde la gente poco acostumbrada a dominarse vive desesperada con la enfermedad; cuando no hacen las locuras aquí mismo, se van a hacerlas a París y regresan para no levantarse más.

Después de escrita mi última carta tuve ocasión de enterarme mejor por la prensa y también en conversación del conflicto entre Colombia y Perú. Aunque ya parece terminado, sobre todo después de la muerte de Sánchez Cerro, no había quien conociendo el caso no estuviera en favor de Colombia. Los colombianos, empezando por usted, han dado un lindo ejemplo de heroísmo y yo me siento unida a él, pues de estar bien de salud creo que ha-

bría pedido mi parte yo también, sin que fuera esto otra cosa que pagar algo de mi deuda.

No crea, Zea, que yo le guardo el menor rencor a C... E... Creo que que ella fue víctima, como yo, de un *malentendu*. No le guardo rencor, aunque no me interesa nada su carácter y si pudiera alguna vez hacerle un bien se lo haría. La leyenda de mi difamación ha quedado bien asentada. Es cierto que "palabra y piedra suelta no tienen vuelta". Pero es ése uno de los achaques del oficio de escritora. ¡Cuántas cosas me han hecho decir que no dije nunca! Cuando no son sino tonterías no me importa, pero que me presten ciertas mezquindades que me repugnan, eso me duele y me cuesta dejarlo decir y creer sin protesta.

.....  
En todo caso, diríjame siempre aquí sus cartas que me las harán seguir dondequiera que me encuentre.

Yo no tengo su dirección en Bogotá, de modo que le envío ésta a Barranquilla certificada, esperando que de allá la manden a buena dirección.

Nada me dice de su salud, sino que piensa regresar a Bogotá. No sé por qué me parece que el clima de la costa no debe ser bueno para usted que estuvo ya enfermo y necesita clima templado.

Yo suspiro por vivir en un lugar en donde se cuente seguro con el sol; es el cielo azul lo que me da la impresión de libertad infinita, aunque no salga de mi cuarto y mi terraza, y la niebla lo que me pone como presa de subterráneo, de *oubliettes* como las de la Edad Media.

Hace más de dos horas que escribo sin parar, mal, seguramente, como lo hago siempre de primera intención y compruebo después cuando releo.

Ya lo creo que me acuerdo del médico joven ante quien pasé como única pasajera mi visita de sanidad. No olvidaré nunca su acogida como también la de la señora C... de... (no recuerdo el apellido) y su marido que eran gerentes del Hotel de Buenaventura. Yo me sentía tan sola y tan perdida a la ventura en mi buque petrolero, que me parecía de piratas ingleses del siglo XVII, y me fue una impresión tan dulce al tocar tierra sentir que me tendían los brazos.

Usted, querido Zea, es para mí el símbolo de Colombia, lo quiero por usted mismo y porque en usted están sintetizadas, sin que usted se dé tal vez bastante cuenta, todas las cualidades superiores que hacen de Colombia uno de los países de verdadero valor moral, no por las condiciones cuantitativas como la de los yankees sino cualitativas que son las verdaderas creadoras de cultura. Y le digo ya adiós. Muchos saludos a todos los suyos, a todos los amigos, y para usted el cariño siempre fiel de su afectísima,

Teresa



Leysin, 16 de septiembre de 1933

Mi querido Zea:

Como usted es tan infinitamente bueno y comprensivo me disculpará este silencio que no tiene disculpa. Además me parece haber aumentado, a medida que el tiempo pasa, esta impresión de poder comunicarme con usted en pensamiento, a distancia, sin papel ni pluma.

Mi salud va muy bien. Siempre el mismo estado general excelente del neumotórax muy efectivo y el moral muy bueno. Tengo siempre expectoración y bacilos, pues usted sabe (como ya he aprendido yo por experiencia), que esta enfermedad aun en los mejores casos es larga y tenaz. Yo había pensado y creo que se lo había escrito, ir a París en estos meses para regresar en invierno. J... , a última hora, sin prohibirlo enteramente, lo desaprobo diciendo que veía peligros por la época y porque no consideraba que el neumotórax (un poco especial en mi caso) pudiera sin peligro hacerlo cualquier médico que no conociera los antecedentes o que no pudiera ponerse al habla directamente con él. Como yo tengo una fe tan ciega, no sólo en la ciencia sino en la honradez del doctor J... , me bastó esa insinuación para desistir de todo proyecto de viaje. Aquí estoy, pues, y seguiré presa y resignada. Aquí veré caer las hojas del otoño que ya empiezan a dorarse, veré caer la nieve del invierno, apuntar otra vez los retoños de primavera y entonces veremos...

Lo más triste es que por razones económicas tuve que mudarme del sanatorio. Ahora vivo en el Hotel Mont Blanc, que es de menos categoría que el Grand Hotel. Sin embargo el cuidado y confort es el mismo. Hay más disciplina y ambiente de clínica que allá no existe, pues es un lujo el tratar de quitar a los enfermos la impresión de que lo están. Yo he tenido varios días de *cafaré* o nostalgia, para hablar en español, pero ya va pasando. Nadie sabe más que yo cómo somos de sensibles los enfermos, cómo nos apegamos al médico y a cuanto nos rodea. Afortunadamente, como el grupo de sanatorios pertenece aquí a una misma sociedad climatérica, puedo, cuantas veces quiera, ir a ver al doctor J... o hacerme ver por él aquí en su visita semanal. Como los hoteles están cerca, veo también de vez en cuando las dos o tres personas con quien me reunía allá. Tengo, además, mis libros, mi vida interior, mi radio que me distrae a ratos y las cartas de los amigos lejanos, entre los que usted es siempre uno de los más venerados.

Para acabar el capítulo de mi salud le diré que muy terminantemente me han dicho los médicos de aquí (lo mismo que J...) que mi neumotórax es de los buenos a pesar de una o dos pequeñas adherencias; que debo tenerlo durante dos años a contar de la época en que se hizo; que mientras tanto necesito cuidarme y que no fue desacierto haber ensayado primero la cura natural, pues en agosto de 1932 estuve casi curada. Una *poussée* causada no sé por qué razón, me atrasó en septiembre del año pasado, y, como se renovó

en abril, era indicada la intervención. No hubo, pues, pérdida de tiempo ni error en el tratamiento. Pero hay que darse cuenta de que esta enfermedad es como el juego de la oca: cuando ya se va a llegar se cae en el laberinto o en el precipicio y hay que comenzar de nuevo. Mientras no sea la muerte o la cronicidad siempre hay esperanzas. Han vuelto a asegurarme (y esto lo digo tocando madera) que mi curación será perfecta, sin que, una vez terminado el neumotórax, tenga más riesgos que los de cualquier persona que nunca hubiese estado enferma. Es consolador, pero por otro lado, cuando se cierra el tiempo en niebla y en lluvia y me abandona el ángel de la conformidad, ¡qué largos y eternos me parecen estos veinte meses que aún me faltan!

## *22 de septiembre*

Continuó hoy mi carta releendo la suya. Su enfermedad y la imprudencia que la causó me han dejado ver lo bien que está usted. ¡Yo que llegué a tener tanto temor por su vida el año pasado! Ahora he visto en ese cuadro que me hace de la hacienda a orillas del Magdalena, todos los años de vida fuerte que le quedan. Como creo que a mí también me quedan. Me anuncia además que ya se va fácilmente de Bogotá a Caracas.

.....

X se fue al empezar el mes de septiembre y yo decidí mudarme del hotel. Todo esto mezclado a una temporada de niebla, no contribuyó a darme ideas alegres; al contrario, sentía sin llegar a la completa rebeldía, un desgano pesimista por la vida. Pensaba con bienestar en el no ser de Schopenhauer y el Nirvana búdico. Pero ya he reaccionado; con tales ideas no me hubiera atrevido nunca a escribirle: ¡se fueron con la niebla y la lluvia! Ahora ha vuelto el buen tiempo, el del otoño en la montaña, que tiene una luz muy fina y un tinte de melancolía que se parece a la música.

No sabe, Zea, cuánto me interesa el caso de su parienta enferma. Daría cualquier cosa por poder consolarla y darle valor. Mejor dicho, quitarle del espíritu todos los prejuicios, todas las leyendas negras que se han acumulado sobre la tuberculosis, leyendas crueles que vienen a formar el verdadero sufrimiento de esta enfermedad en que no se sufre sino al fin. Creo, al contrario, que la tuberculosis trae a menudo, si el ambiente es propicio, un estado de euforia que asusta a veces, porque parece ser el de la felicidad por desmaterialización completa (la bienaventuranza de los que ya no viven). Creo también que ésta es la razón por la cual tantos poetas y artistas fueron tuberculosos, y pienso, aunque me llamen positivista o hereje, que fue su enfermedad la que dio a Santa Teresita su perfume de santidad. Desgraciadamente la leyenda negra, la tuberculofobia, como la llamó el profesor B ... en una conferencia que oí por la radio, es lo que prevalece, sobre todo en ciertos países. Especialmente en las provincias y en los países de montaña, que por

vivir un poco cerrados, tienen el hábito del misterio con los amigos, parientes y vecinos. Aquí en Leysin he hecho observaciones muy curiosas sobre ese particular. La gente de las grandes ciudades como París, confiesa su enfermedad naturalísimamente, reciben sus amigos que llegan a verlos "sin miedo" y hablan a todos que están en un sanatorio, sin que esto suponga ninguna catástrofe social. En cambio hay personas que llegan de provincias o de medios estrechos, que no confiesan por nada que están enfermos, se hacen mandar las cartas a otra localidad porque antes se mueren que decir que están en Leysin. Entre esta clase de gentes, que son ya hoy día afortunadamente pocas, se encuentran los casos de enfermos que por ocultar la enfermedad como si fuera una deshonra, llegan ya tarde cuando no hay nada que hacer. Conozco una señora de provincia francesa que decía, hablando de por qué no había traído antes a su hija a Leysin: "Si se hubiera sabido, el matrimonio de su hermano se habría roto". Es una mentalidad estúpida y monstruosa. Es además errónea y sin fundamento puesto que ya se sabe que la tuberculosis no es hereditaria y que el tuberculoso no es contagioso, sino por el expecto que es tan fácil aislar con desinfectante. Perdona, Zea, esta disertación, pero es un tema que me apasiona y con el que podría hacerse una campaña social muy interesante en nuestros países. Nadie mejor que usted para iniciarla. ¿Quiere que desde ahora hagamos el proyecto de emprenderla juntos algún día en Venezuela y Colombia? La guerra a la tuberculosis, más la guerra a la tuberculofofia. ¿No ve usted a veces en esa fobia una manifestación de las rencillas y odios de los lugares pequeños en que unos y otros viven para atacarse ferozmente a todas horas? Las víctimas son los pobres enfermos que, considerándose unos parias malditos, sufren sin necesidad terriblemente en plena juventud, cuando sería tan fácil transformar esos sufrimientos en lo contrario, en la euforia de los privilegiados que pueden por el misticismo o el arte, probar estados de alma que no conocen en el mundo la mayoría de los que tienen felicidad material.

Voy a mandarle a usted, pues no sé si los haya en Bogotá, libritos de vulgarización sobre la vida en los sanatorios, la manera de curar la tuberculosis por la cura de reposo y los pocos peligros que ofrecen los enfermos por poco que se observe la higiene elemental: escupir en una escupidera que tenga desinfectante. Esto, apoyado con estadísticas elocuentes, como son por ejemplo las del Grand Hotel, que en cuarenta años de existencia no ha tenido un solo caso de contagio entre los empleados que viven en contacto continuo con los enfermos. Hay que tener en cuenta que sólo la lavandería de la climática tiene cuarenta empleados, la mayoría muy jóvenes. J... sólo tiene tres o cuatro de esos libritos de vulgarización que son muy consoladores. Enseñan lo que es indispensable que todo el mundo sepa y que a menudo ignoran hasta los médicos no especialistas. Cuando esté bien haremos en colaboración un libro que pueda, si es posible, repartirse gratis: usted se ocupará de la parte científica; yo hablaré de mi propia experiencia sobre la vida de los sanatorios y los casos de curación extraordinarios que he conocido entre per-

sonas que han vuelto a la vida normal, como si nunca hubieran estado enfermas. Aunque usted se lo habrá dicho ya mil veces a esa enferma que usted me describe tan joven y bonita, dígaselo también de mi parte. Dígale también que mientras mejor se sienta, más cuidado tenga en no cambiar de vida durante varios años. Que piense que sólo es espíritu y vegetal, es decir, lo más puro y más lindo que produce la vida. En esa tregua que puede ser de cuatro o cinco años, le será fácil cultivar y afinar su alma dedicándose a algún estudio particular o a la cultura general, y a los veinticinco años empezar entonces a vivir humanamente. Yo sé que cuando se tiene veinte años los veinticinco parecen ser la madurez completa si no la vejez. Pero reflexionando un poco se comprende que es un gran error empezar a vivir demasiado pronto. Dígale que si yo tuviera ahora veinte y la salud que tenía entonces, haría la vida que le recomiendo a ella por higiene espiritual, es decir prolongaría mi educación hasta los veinticinco años, que es la edad más linda y de mayor plenitud. ¡Desgraciadamente estoy ya muy lejos de los veinte años! Sin embargo, desde que estoy enferma no me duele como antes el pensar que cada día me aleja más y más de la juventud. Ahora ya sé que la vida es como un viaje. Cada etapa tiene su clima, su paisaje, sus encantos. Lo importante es sabernos adaptar a cada etapa y no vestirnos de verano cuando estamos entrando al otoño o al invierno . . .

No se quejará, Zea, de mi brevedad; al contrario, pienso que es un abuso quitarle tiempo con esta carta tan larga en que quizás le repito lo mismo que en la anterior.

Siempre que tenga un momento libre escríbame. Muchos saludos a su señora, ¿cómo sigue ella de salud? Y usted cuídese mucho; no vuelva a abusar de su salud.

¿Qué es de F . . . R . . . ? Sé que la familia está en Bélgica, pero hace tiempo que no sé nada de ellos.

Para usted un abrazo y mi gran cariño de siempre,

*Teresa*

Leysin, 25 de diciembre de 1933

Mi querido maestro y amigo Zea:

No quiero dejar pasar el día de hoy sin decirle cuánto lo estoy recordando y cuánta felicidad y éxitos le deseo en el año 1934 junto a todos los suyos.

No comprendo lo ocurrido con su primera carta que le devolvieron del Grand Hotel, pues allá me conocen mucho y saben que estoy a dos pasos en otro hotel de la misma climatérica. Me duele pensar en las suposiciones que hizo; las que me dice y las que no me dice; todas eran probables salvo la de figurarse que enferma y sola podían aburrirme sus cartas. Al contrario, ¡mientras más enferma más las necesitaría!

.....

Hoy día de Navidad, que es día de alegría y de buenas nuevas, me siento felicísima en esta vida de sanatorio que para tantos es como un presidio o como un cementerio anticipado. Puedo asegurarle, sin que esto sea afectación, que nunca he sentido momentos de felicidad tan pura y tan intensa como los que he conocido en esta soledad de Leysin. Leo, en general, poca literatura ligera, y mucho sobre todo aquello que pueda contribuir a iluminar mi alma y a fortalecerla en el sentido de la comprensión y el amor universal.

Mi salud sigue poco a poco por su camino largo y seguro. El neumotórax a pesar de las adherencias, es muy efectivo; si no comprime totalmente la región enferma (como ocurriría si no hubiera adherencias), comprime lo suficiente para ayudar con eficacia a la cicatrización. Ya no tengo bacilos al examen directo, sino a la agenzación, lo que es un gran progreso. El estado general, el peso, el apetito, etc., siguen siendo excelentes. Del estado moral, ya le he hablado: me siento muy conforme, muy feliz, y mi único deseo es ahora volver al trópico. Me persigue este deseo con una insistencia muy dulce; ¿será un presagio de muerte, Zea? Veo en ensueño nuestros países como sumergidos en un ambiente de romanticismo lleno de encanto y hasta un poco falso a fuerza de ser bello. Una perenne *María* de Jorge Isaacs a la que se suman mis recuerdos de infancia. Quisiera irme por dos o tres años a un clima de temperatura media como el de Los Teques, cerca de Caracas, por ejemplo, que está a 1.250 metros. Allá, en una casita de campo, modesta, sin pretensiones de "villa", sino la casita de antes, con corredores de columnas y obra limpia, vivir al aire libre todo el día en hamaca debajo de los árboles. Creo que no me cansaría nunca de oír cantar los pájaros, ver volar las mariposas, correr los lagartos, escuchar el agua del río y de los aguaceros torrenciales, ver el cielo claro, ¡aquel cielo maravilloso de la noche que la gente de aquí no sospecha! Fuera de la naturaleza, tendría muy pocos amigos y, en lugar de leer, descansaría los ojos y la inteligencia *positiva* para ir a aprender todo lo que enseña la gente ignorante del campo cuya sabiduría es profunda e infinita. Puesto que la carretera Bogotá-Caracas está ya abierta a la circulación, un día tomaría un automóvil y, después de anunciarle mi visita, llegaría a su casa campestre de Colombia a vivir unos días cerca de usted, entre los suyos.

Creo que de este régimen regresaría con unos pulmones a prueba de bomba y quizás si con un nuevo libro escrito o en preparación, cosa que me encantaría. Desgraciadamente hasta ahora los vendados del neumo me tienen amarrada muy corto. Quisiera escribir un libro que llevara a las almas algo de esta esperanza y esta felicidad que siento ahora, algo también de mi amor exaltado por la naturaleza y el ambiente criollo tropical. Pienso, Zea, que allá en nuestros países vivimos envenenados por la inconformidad. Estamos inyectados de falsa cultura europea y americana del norte, mal asimilada, lo que nos da a todos una especie de *barbarismo* peligroso. *Ifigenia*, mi nove-

la, está impregnada de ese espíritu. Quisiera poder hacer el reverso de *Ifigenia*. Pero me falta fe, la fe temporal que impulsa a la acción, y me falta sobre todo el ardor y el entusiasmo que me sobraban entonces, cuando la escribí.

La vida aquí, como usted sabrá por la prensa, sigue deslizándose bajo el mismo ambiente amenazador. Aumentan los sin trabajo, sigue la crisis; triunfan los partidos extremistas, y se habla mucho de revolución y de guerra. Sería quizás el fin de esta civilización.

Lo que ocurre hoy en Cuba es espantoso: el país está en manos de unos demagogos que no tienen más ideal que la destrucción y el odio de clases. Pero no quiero acabar mi carta hablándole de estas cosas. Volteo la página para desearte otra vez un mundo de felicidad y mucha salud para usted y los suyos. Que Dios nos guarde allá de revoluciones y de *libertadores* comunistas para que vivamos en paz muchos años.

Reciba todo el cariño de su constante y fiel amiga,

## AL SEÑOR EDUARDO GUZMAN ESPONDA

Junio de 1926

Bogotá

Estimado señor:

He recibido la revista *Santa Fe y Bogotá*, con su estudio crítico sobre mi novela *Ifigenia*, y las amables palabras que lo acompañan.

Hace tiempo que deseaba contestar a su saludo, pero hasta ahora me había dejado llevar por esta dulce, invencible pereza, que me domina desde hace tres años hasta el punto de impedirme escribir aun las cartas más urgentes, después de haber pasado más de año y medio durante el cual, el lápiz y las blancas cuartillas, pañales de *Ifigenia*, eran mi alimento, mi sociedad, y mi amor de todos los días. Espero que perdonará tanta negligencia al ver cómo hoy contesto no sólo al saludo sino también al artículo.

Mucho, muchísimo me interesa, el que mi novela *Ifigenia* haya gustado en Bogotá, ese tranquilo remanso de la raza, que presiento desde lejos poblado de ensueños. Quizás por haberme educado fuera de mi país (en España) tengo un patriotismo que siendo muy intenso, es un poco continental: vuela fácilmente por sobre todas las fronteras americanas. Creo que como los segundones del siglo dieciséis, ha hecho más o menos la misma ruta sentimental. Si se detiene con preferencia en Caracas, sueña siempre con México, Lima, Quito, Bogotá, todos esos dorados tesoros de virreinos y capitanías, que se ofrecen al oído en las diversas cadencias con que cada país va rimando los mismos sentimientos, en la misma canción del idioma.

Mil gracias por la bondad que ha puesto usted para comprender el espíritu de la inquieta y resignada "Señorita que se fastidia". No hay elogio ni halago que no le prodigue al principio, luego, para que nada falte, acompañando tanta gentileza, tiene usted hacia ella, violencias e injusticias que delatan si no me equivoco, una vehemente simpatía. Se siente cómo de pronto, disgustado por algo indefinido que no se adivina bien, decide usted en represalia cortar amistad con ella y no seguirla comprendiendo. Como presumo que tales desacuerdos no son culpa del crítico ni de la narradora, sino de alguna tercera persona que podría muy bien ser yo, voy a tratar de hacer las paces entre los dos disipando en lo posible, toda mala inteligencia.

La primera es insignificante. Quiero no obstante mencionarla:

Al hablar de la "María Eugenia Alonso" que llega de París, usted se extraña de que *no sea todavía la chicuela de trenza y de claustro*; se pregunta *en qué salones y en qué tiempo adquirió tales refinamientos*; y acaba por considerar el caso *como un lunar de la novela*.

El refinamiento de María Eugenia Alonso es intelectual: estudios, lecturas, teatro, etc., y es sobre todo de indumentaria: vestidos de Patou o de Lanvin; las célebres medias de sesenta francos (hoy a más de 140); las uñas pulidas como espejos; el eterno rojo de Guerlain, etc., etc. Este género de refinamiento llevado a veces a su grado máximo lo adquiere en París cualquier muchacha bonita y adaptable si cuenta con dinero, en menos de dos o tres meses. Es un caso que se ve todos los días: varias sesiones en casa de un buen peluquero llámese Antoine o Calou; diez o doce visitas a las sombrereras y a los costureros de la place Vendome o Rue de la Paix; varios paseos en las acacias con té en el Ritz; comidas en Giro's, bailes en Florida; una semana de verano en Deauville y tiene usted realizado el milagro sin que la señorita en cuestión haya pisado jamás un solo salón de buen tono. Estos lejos de ser propicios son muy hostiles a tal género de metamorfosis. En París, como en Caracas, como en todas partes, los salones de buen tono, están siempre presididos por el espíritu de *Abuelita* tan enemigo de que se enseñen las piernas. María Eugenia Alonso no tiene en cambio la soltura de trato, para la cual *sí se necesita* tiempo y salones. Recuerde usted su terrible timidez el día de la primera visita de Mercedes Galindo; lo poco que habla en la mesa mientras los demás discuten; su cortedad el día de la presentación de César Leal, etcétera.

Aquí un paréntesis: "*la casa de Abuelita*" con el luto draconiano, las visitas etruscas, y las ventanas por fin abiertas, no es todo Caracas, *la modesta Caracas*, como usted dice, no. En Caracas hay una sociedad muy *à la page*, que recibe admirablemente, juega golf, bridge, tenis, y ahora bailará charleston; agradabilísima de trato, pero muy poco interesantes como tipos de novela. El *snob* o elegante profesional de todas partes es para el novelista lo que una mujer vestida a la última moda es para el pintor: algo difícil de reproducir por su vulgaridad o falta de carácter. En cambio: ¡cuánto color, en esas casas

viejas, templos del aburrimiento, en donde flota como en las antiguas y húmedas iglesias el olor añejo de las tradiciones y de la raza!

Las otras objeciones de su artículo son mucho más graves, porque atacan en su base la tesis de la novela. Sólo citaré las principales:

Después de elogiar con calor la vida de mis personajes: *gente de pie que camina* (¡muchas gracias!), añade usted: "*Donde flaquea esa personalidad ¡ay! es precisamente en María Eugenia Alonso que se empequeñece y se transforma hasta la insignificancia. El viejo adagio «genio y figura» queda destrozado al final de la novela...*"

Luego:

*Nuestra heroína termina casándose con su novio oficial después de escribir una carta saturada de vulgaridad epitafo de su antiguo buen gusto...*"

Después:

*"Lo que la impulsa a casarse con su grueso personaje, es el temor al solterismo. ¿Y es ésta la misma muchacha que soñaba hacerse una brillante carrera con su piano y su talento?..."*

¡Pero con qué admirable candor masculino, fue usted creyendo palabra por palabra, todo cuanto en su charla le refería María Eugenia Alonso! Ni por inquieta era ella capaz de estudiar piano diez horas diarias, ni era, menos aún, capaz de huírse con el egoísta y seductor Gabriel Olmedo, por mucho que ella misma lo creyera, y por mucho que se lo cantara a la luna y a las estrellas. Pero usted ni siquiera lo sospechó así. Cuando llega el instante de la crisis sus previsiones se ven burladas, y ante la burla se disgusta: ¡es natural! Menos credulidad, y entonces, en lugar de disgustarse, habría comprobado el engaño, con esa amable sonrisa que dibuja la indulgencia sobre los rostros escépticos.

Justifico su violencia, pero la deploro. Gracias a ella, permítame que se lo diga, ha juzgado usted a María Eugenia Alonso con la inteligentísima incomprensión de un buen comerciante o de un hábil mecánico. ¿Por qué quiere usted ver en mi heroína la figura geométrica trazada con cartabón (a lo César Leal, por ejemplo) cuando ella está exprofeso hecha de curvas y sinuosidades? Usted desearía que los actos de María Eugenia Alonso se adaptasen, se encajasen todos matemáticamente, sobre sus razonamientos o palabras, cuando el *objeto único* de mi libro ha sido demostrar lo contrario, es decir, nuestra misteriosa dualidad, los terribles conflictos que surgen ante la sorpresa de lo que creíamos ser y lo que somos; y, finalmente, como consecuencia o síntesis del largo relato, suspendida en la última palabra, esta pregunta eterna y torturante sometida al lector: ¿cuál es el verdadero *yo* fruto de nosotros mismos, el *yo* que razona o el que se conduce? Mi gran trabajo, trabajo ímprobo casi, ha sido el de intervenir todo el tiempo, entre María Eugenia Alonso y el lector, dándole a entender a éste que ella *no se conoce*. Lo único que considero bien escrito en *Ifigenia*, es lo que no está escrito, lo que tracé sin palabras, para que la benevolencia del lector fuese leyendo en voz baja y la benevolencia del crítico en voz alta. Usted no ha



querido leer sino lo impreso, por eso necesita saber a todo trance, la razón lógica y concreta de cada uno de los actos de mi heroína. Pero no llegará a saberlo nunca, porque ella es ilógica, y es ilógica, porque a pesar de esa mentalidad ultramoderna, que la lleva a la exaltación revolucionaria, la mandan y la mandarían siempre sus muertos.

No olvide que al igual de María Eugenia Alonso, todos los temperamentos sensibles (mujeres o artistas) llevamos dentro del alma esos dos yo diversos y contradictorios, tan raras veces de acuerdo: el que habla por boca de la razón, y el que obra por "razones que la razón no conoce". El uno es cuerdo, geométrico, lleno de lógica, lo gobierna el egoísmo y nos conduce al éxito; cuando él nos domina, el mundo nos llama "*inteligentes*". El otro es generalmente el loco, el pobre loco sublime, de los grandes sacrificios y las absurdas generosidades, el misterioso "huésped desconocido", que siembra el desorden, se burla de nuestro sabio tutor el egoísmo, y sepulta nuestra vida, como una miserable piedra gris que se amalgama y se pierde en el gran edificio de las sociedades eternamente en construcción.

La razón subconsciente que conduce a María Eugenia Alonso, su huésped desconocido, es sin duda ninguna como me lo reveló a mí misma un viejo y sabio escritor, su futura maternidad. Y con ella, precediéndola, todo el séquito de renunciamientos y de sacrificios que a través de los siglos la han acompañado siempre. Es ella, quien la hace caer desde el principio bajo el yugo del hombre inferior e importante, que la domina en esa forma tan absoluta y tan típica de nuestros países. Verdadera mujer: sensible, exaltada y sin voluntad, a tal punto se somete, que cree sinceramente en su amor por Leal y en la superioridad de éste. Recuerde su desagrado ante las burlas de Tío Pancho. Claro que hay una región de su alma en donde las cosas aparecen tales cuales son, pero ella no llega a confesárselo a sí misma: necesitó que lo dijera Gabriel.

En la carta final a Gabriel *saturada de vulgaridad* (¡es cierto! ¿pero por qué no a la vez de rancia honestidad?) he tratado de describir un caso también muy típico: el de la mujer que se indigna, cuando oye insultar al hombre a quien pertenece, aun cuando ella misma lo desprecie y lo odie.

En cuanto al *temor al solterismo*, como usted dice, no es en absoluto, la razón que determina al final de la crisis el matrimonio de María Eugenia con Leal. La verdadera razón, la más fuerte, la arrolladora es su sumisión de mujer ya vencida y dominada. Lo demás son factores muy secundarios. Bien claro se destaca, en la última entrevista que a solas celebran los novios. Y creo, dicho sea de paso, que es usted un poco irrespetuoso al mencionar así, con tanto desdén el *temor al solterismo*. Confiese que merece más reverencia. Confiese que merece además, un nombre más ligero y más ágil, que evoque las graciosas actitudes del amor, a quien tan a menudo le roba el carcaj y las alas. Considere que desde el principio de los siglos ha sido casi siempre ese temor, quien en secreto, enseña a sonreír a las doncellas, prepara en silencio los desposorios, apadrina discreto las bodas, y junto con su bendición, concede

a la desposada, esa paz honda que lima los abrojos y enciende las rosas en los oscuros destinos que fueron aceptados y no elegidos.

He observado que como usted son ya muchos los lectores masculinos a quienes desagrada el final de *Ifigenia*. Y les desagrada con una exaltación encantadora, que habría halagado sin duda ninguna, el alma frívola y coqueta de María Eugenia Alonso. Estoy cierta de que ella, dada su petulancia, hubiera opinado inmediatamente que tenían ustedes celos de Leal ya que no podían tenerlos de Gabriel. Yo que desde otro punto de vista, y por razones de técnica, tampoco estoy muy de acuerdo con el final de *Ifigenia*, me pierdo en conjeturas y juicios temerarios, cuando trato de explicarme las protestas de ustedes. ¿Será que les angustia el pensar que María Eugenia Alonso, con su losa de silencio, ha de ser en adelante, el prototipo de la mujer feliz, rodeada de bienestar y de virtudes a quien se saluda todos los días al atravesar la calle de su casa a la iglesia? ¿Será que les roza en la conciencia, el temor o el remordimiento de ser *un poco* Leal? No sé. Sólo he observado que por contraste las lectoras, que conocen la frecuencia de esas losas de silencio, y presienten la fatal abundancia de Leales, ante el drama, en lugar de desagradarse se conmueven.

Como verá usted, con el análisis de los casos y matices que llevo enumerados, podía haber escrito varias páginas *fuertes* y elocuentes con pretensiones filosóficas. *Ifigenia* habría sido aún más larga de lo que es. Todos los lectores habrían tenido la explicación lógica de cada cosa, y en mi relato brillaría el orden simétrico y rotundo que reina en las novelas llamadas de *literatura fuerte*. Pero tanta superioridad habría agobiado con su peso todo el resto de mi vida. Por eso al esplendor magnífico de la fuerza, preferí siempre los humildes y frescos boscajes, por donde podía escapar huyendo de ella a todo correr. Mis pies conocen el cansancio de tan largas carreras, y también mis pobres manos inhábiles, pero activas, han sentido alguna vez la dulce extenuación que da el ir "torciendo el cuello" a las aves chillonas de la elocuencia. En *Ifigenia* se me quedaron algunas con el cuello sin torcer, y créame es lo único que verdaderamente me acobarda: cuando por imprevisión hojeo las páginas, vienen todas una tras otra como hilera de gansos a morderme las manos. Yo las encierro de nuevo a toda prisa entre las tapas del libro que por desgracia: ¡ya pasó la hora de la gran hecatombe!

Dándole de nuevo mis expresivas gracias y saludos soy de usted atentísima,

*Teresa de la Parra.*

## AL SEÑOR GARCIA PRADA

París, 5 de mayo 1931

Señor García Prada  
Washington

Muy estimado señor:

He recibido su carta del 16 de abril. No sabe cuánto agradezco la cariñosa acogida que ha hecho usted a mis dos libros y la proposición que me transmite en su carta, no tanto por lo que encierra de exteriormente hermoso para mí sino por venir de usted, hispanoamericano y catedrático de literatura española. Nunca aspiré a tanto cuando los escribía: como habrá visto sólo traté de describir en ellos la vida de la hacienda y de la ciudad en su forma más íntima y familiar. Su proposición, sin falsa modestia, me confunde un poco, pero la acepto desde luego conmovida y sumamente agradecida.

Yo tengo en París mi editor con quien pienso hablar lo antes posible a fin de ponerlo al corriente de sus deseos. Ellos están autorizados para vender los libros en todos los países de América de habla española. Nada me dice usted acerca de la forma en que debo hacer la autorización, si basta una simple carta o si debo hacerlo de una manera oficial. Yo espero que mi editor no puede hacer objeción ninguna si el objeto de usted es lanzar una edición que circule en América del Norte. En cuanto a mí le repito que acepto con mucho gusto su proposición sintiéndome por ello muy honrada.

Me permito indicarle que para el objeto que usted se propone me parece que *Las Memorias de Mamá Blanca* por sus dimensiones y por ser cuadros sueltos, es libro más apropiado que *Ifigenia*, un poco larga y con trama como toda novela.

En lo que se refiere a la traducción inglesa de *Ifigenia* debo decirle que hace algunos meses estuve en comunicación con el señor Waldo Frank quien me dijo conocía el libro de nombre e iba a ocuparse en ponerse al habla con un editor a fin de que el libro se tradujese ya con la edición asegurada y por lo tanto con cierta garantía de éxito. La señora Bouham que usted me recomienda podría quizás escribir al señor Waldo Frank, pues yo no he vuelto a saber nada de sus gestiones. Yo creo que la extensión de la novela ofrece dificultades para la edición, pero es fácil hacer supresiones como las que se han hecho para la traducción francesa. Le ruego trasmita de mi parte las gracias a la señora Bouham por sus buenos sentimientos hacia mí, y dígame que tendré mucho gusto en recibir carta suya, si las indicaciones que le hago y que me aconsejó el señor Waldo Frank le parecen convenientes.

Le envío en un pliego separado los datos biográficos y bibliográficos que me pide: como verá la bibliografía no es muy larga ni la biografía muy extraordinaria.

Repitiéndole de nuevo las gracias, le envió junto con mis mejores saludos los sentimientos de mi profunda amistad y simpatía.

Su afectísima,

*Teresa de la Parra*

84 Boulevard Víctor Hugo  
Neuilly-sur-Seine  
París.

Además de los datos pedidos le remito un folleto de propaganda que contiene fragmentos de crítica.

Si los datos biográficos que me pide y le envió deben estilizarse para la presentación del libro que se publique le ruego no le dé forma *auto*-biográfica. No quiero aparecer *presentándome yo misma*. Considérelos como un complemento de esta carta. La forma *auto*-biográfica es privada.

Mayo 7. Terminada

#### *Datos biográficos*

Nacida en Venezuela<sup>1</sup> de una larga familia de seis hermanos, pasé casi toda mi primera infancia en una hacienda de caña de los alrededores de Caracas. muchos de mis recuerdos de esa primera infancia están encerrados en *Las Memorias de Mamá Blanca*. Huérfana de padre a los ocho años mi madre se trasladó junto con mi abuela materna a una provincia de España para hacer allí nuestra educación. Tanto mi madre como mi abuela pertenecían por su mentalidad y sus costumbres a los restos de la vieja sociedad colonial de Caracas. Por lo tanto mi segunda infancia y mi adolescencia se deslizaron en un ambiente católico y severo. Las procesiones de Corpus y Semana Santa, las Flores de María, fiestas de Iglesia, además de los paseos por el campo fueron casi los únicos espectáculos y reuniones que conocí entonces. Regresé a Venezuela a los 18 años. Pasé allí largas temporadas en el campo durante las cuales trataba de leer lo más posible. En Caracas me puse por primera vez en contacto con el mundo y la sociedad. Observé el conflicto continuo que existía entre la nueva mentalidad de las mujeres jóvenes despiertas al modernismo por los viajes y las lecturas, y la vida real que llevaban, encadenadas por prejuicios y costumbres de otra época. Sin fe en tales prejuicios se deja-

<sup>1</sup>Así en el original, aunque lo cierto es que Teresa de la Parra nació en París, de padres venezolanos.

ban sin embargo a todas horas dominar por ellos, suspirando, sólo en deseo, por la independencia de vida y de ideas, hasta que llegaba el matrimonio que las hacía renunciar y las entregaba a la sumisión acabando por convertirlas a las viejas ideas gracias a la maternidad. Este continuo conflicto femenino con su final de renunciamiento me inspiró la idea de mi primera novela *Ifigenia*. La crítica que encierra contra los hombres y ciertos prejuicios hizo que en mi país la recibieran con algún mal humor. Algunos círculos ultracatólicos de Venezuela y de Colombia creyeron ver en ella un peligro para las niñas jóvenes que la celebraban al verse retratadas en la heroína con sus aspiraciones y sus cadenas. La novela fue atacada y defendida con gran exaltación en diversas polémicas cosa que contribuyó a su difusión.

En 1923 me trasladé a París en donde vivo desde entonces.

En 1928 escribí mi segundo libro *Las Memorias de Mamá Blanca* que a la inversa de *Ifigenia* fue muy bien recibido por los tradicionalistas y con cierta decepción por las lectoras de *Ifigenia* que echaban de menos las ideas revolucionarias de María Eugenia Alonso, la heroína sacrificada a los prejuicios.

Actualmente me ocupo en estudiar la época colonial hispanoamericana sobre la cual quisiera escribir algún día.

Beaulieu, agosto 26, 1931

Muy estimado amigo García Prada:

Aquí en la Côte d'Azur, donde estoy pasando el verano, y de donde pienso seguir a Italia por algunas semanas he recibido su carta del 5 de agosto. No sabe cuánto le agradezco su interés y su amistad, sobre todo ahora que gracias a sus tres ensayos me parece que lo conozco mucho y de hace tiempo. Me parece que es usted, se lo digo sin halagarlo, de esos espíritus de doble cultura (la de la inteligencia y la de los sentimientos) que dio la colonia para hacer la independencia y que se conserva todavía mucho en Colombia. Fue ésta la impresión que saqué en mi viaje del año pasado, algo que parecía guardar una relación muy íntima con el aspecto de las ciudades, algo que se encuentra también en la gente bien nacida de todas partes aunque esté arruinada y decaída. En los otros países de América confunden mucho el espíritu demagógico y la falta de respeto y de orden con el cinismo y consideran cultura una indigestión de cosas europeas y norteamericanas desagradables por inadaptadas al medio. Yo recuerdo ahora con mucha dulzura mis dos meses pasados en Colombia.

Creo que la vi con la comprensión que da la fraternidad y el cariño. Mucho me gustará ahora pasado algún tiempo hacer mi relato de viaje: desgraciadamente, no tomé nunca una nota, y en el recuerdo se me embrollan mucho

todos los detalles materiales. Si pudiera conversar con usted o con otro colombiano que conozca bien las ciudades que visité podría tal vez aclararlos.

Recibí carta de Waldo Frank, muy amable. Me dice que no ha tenido tiempo de leer a *Ifigenia*, ni ha hecho ninguna diligencia directamente porque no le parece el momento oportuno para lanzar un libro. Me repite lo mismo que ya me había dicho: que antes que nada hay que asegurar el editor para luego traducir. Yo no tengo personalmente prisa en hacer la traducción: si las circunstancias fueran favorables tendría mucho gusto de que se hiciera. Si no le molesta, ni le quita tiempo dejo entre sus manos el asunto y seguiré sus consejos. Podría ser que fuera a Venezuela el año que viene. En ese caso pasaría por los Estados Unidos y hablaría con usted y con la traductora. Tampoco para ella sería agradable hacer la traducción para luego no encontrar editor. En fin, hay veces que sabiendo esperar se gana tiempo y se llega mejor.

Le doy de nuevo las gracias por su carta y sobre todo por sus ensayos: el estudio sobre la obra y personalidad de Gabriela Mistral me ha gustado mucho.

Con mis mejores saludos para su familia y muy contenta de conocerlo mejor soy su afectísima amiga,

*Teresa de la Parra*

París, junio 8, 1931

Sr. Carlos García Prada  
Washington

Muy estimado señor:

He recibido su amable carta junto con los catálogos y el ejemplar con los fragmentos de Rubén Darío que tan atentamente me dedica.

Me apresuro a contestarle para decirle de nuevo cuánto me honra su elección, la gran simpatía que me inspira su obra de difusión de nuestros libros suramericanos y añadir que lo autorizo por esta carta a editar en la forma que usted me expone, mi libro *Las Memorias de Mamá Blanca*, quedando enteramente libre de hacer con él las supresiones y adaptaciones necesarias para que pueda servir al fin que usted se propone.

Como conservo todos mis derechos de propiedad avisé ya a mi editor poniéndolo en cuenta de lo que en su carta me dice usted. Como yo, ha comprendido que su proyecto de enviar los libros de aquí ya editados no se podía acomodar a la forma de sus libros pedagógicos, que me parecen, entre paréntesis, admirablemente bien hechos. Puede usted estimado amigo disponer como guste de mi librito. Le confieso que me halaga mucho pensar que él pueda contribuir a hacer conocer nuestra vida criolla. Creo sinceramente

que casi todos los conflictos internacionales y sociales vienen de la falta de comprensión, se quiere casi todo lo que se comprende sentimentalmente. En ese sentido su apostolado en la América del Norte es muy útil y muy bello. Todo libro que lleve una luz de cariño por humilde que sea puede contribuir a su empresa. Tal vez tenga usted razón: si mis seis niñitas de *Las Memorias de Mamá Blanca* pueden llevar algo de ese cariño a sus discípulos de literatura española, bendita sean, porque me darían la única satisfacción a que yo aspiro ya.

Con mucho gusto le enviaré próximamente mi retrato. Le pido en pago que me mande si le es posible algo suyo mientras consigo el artículo de que me habla, yo lo conozco por muy buenas referencias, aunque no lo he leído, por la dificultad de encontrar en las librerías de aquí autores hispanoamericanos. Sólo leo lo que me envían y lo que viene en revistas, pero me propongo hacerme una buena biblioteca de autores hispanoamericanos contemporáneos. Ya ve usted que también en Sur-América necesitamos su obra de difusión.

Mucho le agradezco los consejos que me da sobre la posible traducción de *Ifigenia*. Muchas gracias por ellos y por haber transmitido mi recado a la señora Bouham. Ojalá la misma casa editora Macenilleau quisiera encargarse de editarla en inglés.

Yo quiero y admiro mucho a Gabriela Mistral. Según las últimas noticias que recibí indirectamente de ella sé que estaba en los Estados Unidos. También vive en Washington otro amigo que aprecio mucho: el Dr. Gil Borges, es de lo mejor que tenemos en Venezuela. Si tuviera ocasión de verlos, dígalos de mí parte cuánto los recuerdo a los dos.

Dándole de nuevo las gracias por su cariño por mis libros y felicitándolo por su hermosa obra le ofrezco mi más sincera amistad y lo saludo atentamente,

*Teresa de la Parra*

## A CLEMENCIA MIRO

Lunes

Querida Clemencia:

Muchas gracias por su carta de anoche tan cariñosa. Yo también me quedé bajo el encanto de su visita durante muchas horas. Como aquí nada pasa las impresiones agradables se prolongan indefinidamente hasta que con ellas nos hundimos en el sueño y vuelve otro día.

Cuando estoy sola no suelo poner el fonógrafo, no sé por qué, es ya una costumbre. De modo que ayer la música de discos fue también para mí una ventana abierta sobre el pasado, un pasado que llegaba de muy lejos, de mu-

chos siglos! Vuelva antes de irse y volveremos a oír los mismos discos y otros averiados por numerosas caídas, pero muy bonitos.

No necesito nada ni para Lausanne ni para ninguna parte. Soy la mujer que nunca necesita nada. Hace algún tiempo que lo he descubierto con bastante pena; es muy triste!

La abraza afectuosamente,

*Teresa*

París, enero 23 de 1934

Querida Clemencia:

Recibí tu carta con los recortes de prensa donde hablan de la conferencia de V. Ocampo, lo mismo que la revista que me interesó mucho. No sabes cómo te agradezco tu cariño lo mismo que tus felicitaciones por los progresos de mi salud. Aunque no quiero cantar todavía victoria creo en efecto que el clima de París me ha hecho mucho bien, los análisis son negativos desde hace algún tiempo y la última radiografía muestra las lesiones cicatrizadas. Paso sin embargo muy malos ratos con las crisis de asma que no he logrado curar todavía. Tengo la casi seguridad que el sol me va a renovar por completo los bronquios.

Muchísimo me gustaría ir a Madrid como me dices, pero tengo miedo pues sabes que tiene fama de traidor su clima en invierno por las pulmonías. Yo no dudo de que sea una fama injusta como la de París, pero prefiero esperar a que llegue la primavera. Entonces, si estoy bien iré sin duda a Madrid como tanto deseo, y pasaremos juntas ratos agradables, como los de Leysin. Pienso irme con Lydia a Barcelona el 1º de febrero. Aun cuando no es enteramente seguro creo llegaremos al Hotel Majestic y una vez allí según lo que me aconseje Sayé nos mudaremos o no.

El clima de París está muy malo, hay muchísima humedad, hago casi la misma vida del sanatorio: apenas he ido dos veces al teatro y nada más fuera de una que otra visita y mis paseos a pie por Neuilly que me encantan. A veces a escondidas de todo el mundo me voy en autobús a ver los boulevares para recordar los tiempos en que andaba libremente, y esas escapadas me dan alegrías de niño que se huye de la escuela.

Muchos saludos a tu madre y a todos los tuyos. Te escribiré de Barcelona al llegar. Un abrazo muy afectuoso de

*Teresa*

París, octubre 19 de 1935

Querida Clemen:

Muchas gracias por tu cariñosa carta! No sabes cuánto he pensado en ustedes durante tantos malos ratos como llevo pasados. Sobre todo en agosto



al encontrarme en París sin ningún médico amigo ni conocido a pesar del cariño de la familia suspiraba por Madrid me parecía que entre ustedes y Emilio me habrían traído del cielo el médico salvador. No puedes figurarte la fuga de todo el mundo en agosto! como antes nunca había estado enferma aquí, y como mi familia goza de tan buena salud no sabíamos lo que era París en verano para quien se le ocurre la idea absurda de enfermarse . . . En fin ya todo pasó. Vi a Rist que encontró el pulmón en perfecto estado y que las pleuras no habían sufrido con el huracán, pero le pareció, *hélas!* que una adherencia se le había quedado a Sayé y la visita aunque muy tranquilizadora quedó en un punto de interrogación: ¿no será menester volver a cortar? Envié según su consejo la radiografía delatora (en la anterior nada se veía) a Sayé, pero aún no he recibido respuesta.

Fui también a casa del célebre Gillet el taumaturgo discípulo de Asuero, a ver si me curaba con sus *baguettes*. Me dijo que nada quería intentar en mi caso pues sería inútil. Pero qué casa y qué comedia para recibir a los enfermos! Creo que como aquí de todo se burlan anda ya en los *chansoniers* y lo merece.

He ido por último —de esto hace pocos días— a consultar a Valery Radot (nieta de Pasteur) quien según fama es el especialista que más sabe de asma en Europa. La consulta fue muy tranquilizadora y me dijo muchas cosas interesantes que nunca había oído. Es un hombre absolutamente encantador pues además de lo que vale en ciencia, es artista, escritor, y de un trato exquisito. Después de oír la larga historia de mis males y examinarme con mucha atención me aseguró que mi asma era el resultado de la cicatrización del pulmón, la materia fibrosa con que éste endurece sus lesiones la produce algunas veces como en este caso mío, de modo que es incompatible (esto me lo había dicho ya Sánchez Cuenca en Madrid) asma y lesión activa. Cuando le conté mi maravillosa curación en Fuenfría que todos atribuimos a la operación por haber destruido ésta una causa mecánica, se sonrió pues tiene él publicado un trabajo sobre el particular: el efecto de una operación cualquiera en los asmáticos los cura radicalmente durante seis semanas. Pero esto —me dijo— era aún poco sabido de los demás médicos. Me puso en guardia contra todo tratamiento enérgico como radioterapia, yodo, etc. En su opinión cualquiera de ellos podría curarme fácilmente, despertando al mismo tiempo la lesión del pulmón. Mis observaciones sobre el neumo que me cura durante unos días cuando está bien apretado —cosa que pareció contradictoria aun al mismo Rist— le pareció a él natural. Según parece esto puede tener pésimo efecto o estupendo efecto según . . . son los misterios del asma! En fin para terminar me dijo que mi caso era tranquilizador aunque hubiera sufrido tanto; que el asma se iría con la completa cicatrización y que podía curarse antes siempre que diera con el clima “mío” que eso también es otro misterio. Me habló de Madrid como uno de los más excelentes. Como comprenderás esto me cayó *à pic* como dicen aquí pues era ya mi plan personal. He decidido pues regresar a Madrid en noviembre.

Hay sin embargo un punto que tengo que estudiar todavía. Tanto el Dr. Rist como infinidad de médicos y particulares me han hablado de Amélieles-Bains como del sitio mejor del mundo para curar el asma, la bronquitis y toda enfermedad de las vías respiratorias en los que no aguantan la alta montaña. Está cerca de Perpiñán —en camino de España por lo tanto— a 600 metros, con un clima seco, soleado y guarecido del viento. Parece que hay médicos especialistas y sanatorios. Pero esto es sólo un proyecto en estudio. Me gustaría hacer ahí una corta permanencia para luego seguir a Madrid.

Aunque me hablas de los apartamentos de Z. Camprubí, que como recordarás vi y me gustaron en cuanto a arreglo y confort te diré que me dieron impresión de estar poco soleados. Yo necesito aún un apartamento *sanatorio* donde entre el sol, a raudales como en Mario Roso y como los había en la calle de ustedes. También Luz Ojeda me habla de un hotelito amueblado al lado del suyo, pero me parece que es un barrio que está mal de comunicaciones y esto es muy traicionero para un enfermo que circula. La espera de tranvías o de taxis que no pasan son generalmente el origen de todas las gripes, catarros, y pulmonías.

Mucho te agradecería me averiguaras lo del sol en los apartamentos de Z. Camprubí y si no ha subido los precios. Eran creo de 350. También nosotras estaríamos encantadas de vivir cerca de ustedes! Al decidir la fecha de viaje volveré a escribirte.

Mucho me alegro que les haya ido tan bien en Alicante y a Olimpia y a Emilio en Portugal. Los retratos me gustaron mucho. Olimpia y la nena monísimas. No sabes cuánto hablamos de ustedes y cómo la idea de que están allí nos puebla a Madrid de cosas familiares y queridas.

Muchos saludos a todos los amigos, para Olimpia, los niñitos y Emilio un abrazo. A tu mamá le escribo y a ti te envío mi cariño y muchos besos.

*Teresa*

Recibí carta de D. Obrist de Sierre. Nos mandó el retrato de una capillita que era mi encanto lo mismo que el cementerio . . .

## A RAFAEL CARIAS

París, marzo 2 de 1924

Mi querido amigo Carías:

Con muchísimo gusto he leído sus dos cartas tan simpáticas y llenas de interés. No le había contestado antes porque estoy en completo ayuno de literatura: (ni leo ni escribo una palabra) y además porque quería darle algunas noticias sobre su amiga María Eugenia, por quien tanto se interesa.

Desgraciadamente nada puedo decir aún en definitiva. Siguiendo mi programa de Caracas, al llegar presenté el libro a la Casa Editorial en donde se celebra el concurso anual de la novela hispanoamericana. El veredicto debía darse en diciembre y por falta de organización o por no sé que, es la hora en que no se ha dado todavía. Sé que mi libro, junto con nueve más, ha sido escogido entre trescientos llegados; sé que se halla en lectura y que ha gustado mucho; no obstante, no he logrado averiguar quiénes son los miembros del Jurado este año. García Calderón, que era Director de la casa y fue miembro del Concurso del año pasado, me ha asegurado varias veces que de haber enviado el libro al último concurso habría obtenido el premio sin duda alguna. También él tiene gran predilección por María Eugenia, a quien sólo ha visto hasta la fecha en el corral con Gregoria y las gallinas; el libro completo sólo lo conocen usted y Parra Pérez, que se lo llevó a Suiza para leerlo y de quien aún no he recibido carta. Voy a darlo a García Calderón, Zérega, y Zaldumbide, quiénes también profesan gran cariño a la fastidiada señorita que por lo visto no era difícil de casar como ella creía.

Así pues el libro está aún en el mismo estado que en Caracas gracias al mutismo y "hermetismo" de la Franco-Ibero.

Hasta mayo estaremos en París, luego pienso hacer editar el libro en Madrid, prescindiendo del Concurso, y entonces puede estar seguro de que el primer ejemplar será el que le mande a usted. Estoy curiosísima por conocer ese juicio crítico del cual me habla en sus cartas.

A pesar del olvido en que ha estado sumida mi literatura, el cuento La Mamá X, aparecerá traducido por Mauclair (primo del escritor muy conocido) en una revista de París.

Aun cuando, como le digo, parece que perdiese el tiempo lejos de toda vida de contemplación interior, la aprovecho muchísimo en otro sentido: es cierto que abuso un poco del baile en los dancings, de los tacones de 7 centímetros, de las *cloches* muy ceñidas a la cabeza y de los vestidos *fourreau*, cosas todas que me consumen un tiempo precioso; pero en cambio, visito ordenada y metódicamente todos los lugares, museos y monumentos más interesantes del viejo París.

Tomo clases de declamación y de dicción francesa, con Mme. Moreno una de las más atrayentes ex actrices de Francia, voy a algunas conferencias interesantes de la Sorbonne y de la Universidad de los Anales donde he oído a Gyp; a Colette; a Tinayre y otras celebridades masculinas y femeninas de la literatura contemporánea. Por lo tanto creo que, de semejante combinación de elementos, algo provechoso habrá de salir algún día.

Me habla de sus proyectos de viaje a Europa; aun cuando no sé en qué forma y por cuanto tiempo se realice ese viaje creo que para todos los venezolanos nos es indispensable, no sólo por recibir un baño visual de cultura sino porque, además, perdemos en lo sucesivo esa desazón terrible por el más allá desconocido, restos quizás de un misticismo anterior y subconsciente.

No olvide de tenerme siempre al corriente de cualquier acontecimiento

notable, literario o no literario, que pueda interesarme; como le he dicho ya, ni escribo ni recibo cartas de Venezuela, por lo tanto nada sé. La boquilla "Mercedes Galindo", me acompaña siempre; no sabe con qué fidelidad me sirve.

Emilia me encarga mil recuerdos. Délos en mi nombre a Guillermina y los niños, y reciba mis mejores votos por su éxito y buena suerte, que tanto se merece.

*Ana Teresa*

París, 14 de julio de 1925

Mi querido amigo Carías:

Desde mi llegada a París estaba por escribirles, pero los días que no pierden nunca la costumbre de correr como locos, me han traído hasta aquí con las manos ociosas; ni literatura, ni cartas, ¡nada!

Espero que hayan recibido mi libro, son ustedes (que lo tuvieron en sus brazos recién nacido) de los pocos amigos a quienes lo he enviado. Hasta ahora no puedo quejarme del éxito obtenido. No dejen de tenerme al corriente de cuanto comentario favorable o desfavorable despierte en Caracas. En el fondo es el único público que verdaderamente me interesa. Lo demás es vanidad, y si en París me he apegado un tanto a la alegre vanidad de los trapos, cada día, en cambio me despego más de la vanidad literaria. La encuentro lúgubre, incómoda y llena de responsabilidades. *Tâche d'être belle, et tais-toi* que decía no sé quién, es actualmente mi regla de conducta. Desgraciadamente es difícil ser bella; pero me desquito con la segunda; callándome. Es por eso quizá que nada escribo.

¿Cómo están los niños? ¿y los otros niños?, es decir, los negocios y proyectos de Carías. No saben cuán sinceramente les deseo toda alegría y toda prosperidad.

Espero con impaciencia sus cartas. Escríbame aquí, a París, al Vernet o a la Legación que ya me enviarán la correspondencia donde me encuentre.

Reciban los afectuosos recuerdos de esta amiga muy sincera.

*Teresa*

Jean-les-Pins, 1 de marzo de 1926

Mi querido amigo Carías:

Recibí su carta y el juicio crítico del Doctor Lisandro Alvarado, tan erudito y filosófico como incomprensible. Mi juicio a su juicio fue esta exclamación

llena naturalmente del respeto que me merece: ¿Por qué no escribiría en griego de una vez? No nos hubiéramos comprendido mutuamente, él por hablar demasiadas lenguas muertas; yo, por relatarlo todo en esta pobre lengua viva con que pedimos y comemos el pan nuestro de cada día. Así habríamos estado seguros de no debernos nada ninguno de los dos.

Continúo como el Judío Errante; pasé tres meses en París ahora estoy en la Côte d'Azur, entre Cannes y Niza, con mamá y María. Vine a bautizar mi segundo ahijado, el baby de esta última; quien a pesar de estar presente no me ha hecho olvidar al ausente.

Tengo tan abandonada la literatura que no me traje de París varios juicios críticos sobre *Ifigenia* que pensaba remitirle. Va esa crónica literaria sobre Hispanoamérica que es interesante y en la cual me nombran. Si no se ha publicado en Caracas le agradecería la enviara a *El Universal*.

Mil besos a mi ahijado, muchos saludos a Guillermina y los niñitos, y para usted los más afectuosos recuerdos de su sincera amiga,

Teresa

París, 5 de marzo de 1927

Mi querido amigo Carías:

Mil gracias por su carta, informes y recortes. Todos me han interesado y sacudido un poco, puesto que de nuevo me han hecho escribir y, lo que es más curioso, me han hecho releer las críticas de *Ifigenia* con un interés fresco, lleno de sabor. Todo es relativo, y es sólo cuando hemos sentido la voz agria de la censura y del reproche que llegamos a apreciar, por la fuerza del contraste, la dulzura de la comprensión.

Según veo, en Caracas, por lo general, no han acogido con cariño mi novela. Esto no puede herir en absoluto mi amor propio de escritora, puesto que para piedra de toque tengo los demás públicos de habla española, que han sido, no gentiles sino archigentiles, encantadores, y no puede usted imaginarse lo que son los lectores franceses. El caso de Caracas, pues, lejos de herirme, me interesa y me permite hacer observaciones muy curiosas. Hay en Caracas, como en casi toda ciudad pequeña, un microbio de envidia que nace en el organismo de un envidioso y gracias a sus condiciones virulentas, invade por contagio los organismos incapaces de producir envidia; a los no envidiosos. Yo recuerdo haber visto en Caracas muchas de estas epidemias. Cuando Villaspesa escribió su drama *Bolívar* (de mayores o menores méritos literarios) en Caracas, en víspera ya del estreno, se le consideaba, gracias a la virulencia de la pandemia, como a una especie de monstruo, y este sentimiento se veía en contagiados, sanos de espíritu, incapaces de sentimientos pequeños, ni rivalidades literarias. Lo curioso es la exaltación que los domina.

Yo recuerdo a un amigo excelente, de magnífico corazón, que temblaba de furor al hablar de ciertas muchachas, inocentes *snoobs* que decían tonterías bien pronunciadas en francés y en inglés ¿qué era? Pues nada más que un caso de peste. Alguien a quien quiero entrañablemente tuvo una vez contagiada también contra una amiga mía. Cuando luego pudo comprobar el verdadero carácter, noble y sincero de aquella alma joven, me decía: ¡qué razón tenías, que distinta idea me había formado de ella! Yo tengo un temperamento que lejos de dejarse invadir por esos contagios, reacciona contra ellos, por un violento espíritu de contradicción. Todos esos perseguidos han sido siempre mis grandes amigos; me gusta andar en los calvarios y estoy segura de que, extranjera en Jerusalem, sin saber de qué se trataba, me hubiese unido al grupo de las santas mujeres.

Otra cosa que me parece descubrir contra *Ifigenia* es ésta: el de no sentir allá la verdadera intención de la ironía. ¡En nuestros medios suramericanos, y por regla general en casi todos los de habla española, la literatura es frondosa; en un torrente de palabras retumbantes se elogia o se insulta; es siempre el ditirambo o la diatriba, ambas cosas nacen del mismo tronco y son igualmente fáciles y de mal gusto! En Venezuela, por ejemplo, no existe (afortunadamente) el género diatriba puesto que no hay oposición; pero por el mal gusto con que elogian algunos, se adivina todo el mal gusto que pondrían al insultar. La ironía, pues, se falsea siempre en nuestro medio, se la exagera, se la deforma, la rebajan a la categoría de insulto, lo consideran insulto atenuado y nada más. La verdadera ironía, no es esa, la verdadera ironía, la de buena ley, como digo en mi artículo anterior, es aquella que al igual de la caridad bien entendida, empieza por sí mismo; la que debe tener siempre una sonrisa de bondad y un perfume de indulgencia. Pero ni este perfume lo siente todo el mundo ni tampoco ven todos la sonrisa. La ironía es algo muy distinto de la burla cruel de los vulgares.

Una vez yo dejé de tratar a unas personas porque habían tenido la crueldad y la vulgaridad de burlarse de un sombrero, ridículo es cierto, que, hecho por ella misma, llevaba puesto una muchacha muy pobre. Yo creo que un sombrero ridículo hecho por una muchacha pobre y puesto en su cabeza, es un poema respetable y bellissimo. En cambio ¡qué de cosas divertidas pueden decirse de un sombrero comprado en casa de Talbot, por ejemplo, si en su extravagancia ha costado 1.500 francos! Me parece que en ciertos medios de Caracas, por incomprensión, han calumniado mi libro; lo han hecho pasar de la clase ironía indulgente a la clase burla cruel, equivocados y heridos en un amor propio patriotero. Yo recibí una vez carta de un amigo rogándome que suprimiese para una segunda edición las impresiones de María Eugenia Alonso al entrar en Caracas. Sobre todo aquello de las "casas chatas", le parecía la más espantosa falta de patriotismo. En cambio un escritor español muy inteligente y artista, me decía a propósito de esas mismas impresiones "¡qué delicia, qué encanto debe ser ese Caracas con sus casas chatas, con patios y con ventanas a la calle!" y me aseguraba que a través de las malas

impresiones de María Eugenia Alonso había visto una ciudad sentimental y encantadora. El artículo de *Fantoques* corresponde a la incomprensión del primer caso, lo mismo en lo referente a las casas chatas que en lo referente a las severas costumbres sobre las cuales se insolenta María Eugenia Alonso. Todo eso para el que sabe ver está tratado con muchísimo cariño. Resumiendo: creo que la hostilidad de Caracas contra *Ifigenia* es debida a la envidia-pandemia, a un exagerado patriotismo y a la incomprensión de moralistas de criterio estrecho.

Hay muchísimo también de “rivalidad de campanario”. Afortunadamente que yo trato de libertarme de todo esto. Si me hubiese dejado invadir por el sentimiento, por la decepción, por esa herida terrible que nos hace la injusticia, herida que se cierra para siempre con olvido, con desprecio y con desdén; si al igual de otros muchos y muchas exclamara desde aquí, desde mi independencia gratísima de París, lo que ellos exclaman: “¡Qué país de ingratos y de esclavos es aquél!”, estaría perdida. A través de todas las injusticias que puedan hacerme en Caracas, yo preservo como un tesoro mi cariño a Caracas. En arte “lo propio” es la cantera de donde se saca todo. Esta invasión de idiomas y de costumbres en el espíritu son fatales a la producción literaria. Los que se dejan llevar por esa corriente no producen sino cosas grises y desteñidas. Pero esa corriente bien utilizada puede tener en cambio una gran ventaja; la de hacernos sentir por contraste el sabor especial de las cosas propias. El que cree conocer a su tierra porque nunca ha salido de ella se equivoca. Es viajando como podemos conocer nuestra tierra, viajando y tratando íntimamente distintas personas. El que después de hacer un largo viaje en esa forma, dijera al volver a su tierra: “acabo de hacer un recorrido en mi país, ahora lo conozco”, diría una cosa muy exacta. Yo no me siento capaz hoy día de escribir sino “cosas criollas”. Una novela escrita por mí que ocurriese en París, sería tan lamentable que no la acabaría nunca. Sin embargo, estoy sintiendo ya un libro, un libro de allá, que me está brotando y creciendo en el alma. No quiero de ningún modo que el rencor y al decepción me esterilicen el alma. ¿Qué importa que en Caracas no me aplaudan si de allá tomo los materiales necesarios para hacerme comprender en otras partes?

Como verá por lo que digo en mi último artículo y por esas críticas que por indulgencia o por temor de aparecer buscando *réclame* no había nunca hecho publicar en Caracas, *Ifigenia* tiene, sin que sea vanidad el decirlo, un éxito inmenso que a veces me deja temerosa y angustiada. A los franceses más que a nadie les gusta sobremanera. No hay suramericano en París que no la haya leído o no la quiera leer. Los fragmentos franceses fueron un verdadero éxito. De la novela española le contaré esta anécdota con la amistad sincera que me permite hablarle de estas cosas sin parecer ridícula.

Hace varios meses se dio en París, una fiesta de caridad. Muchos escritores franceses y suramericanos mandaron sus libros firmados o los firmaban en la misma fiesta. Yo mandé seis ejemplares de *Ifigenia* como hicieron todos los escritores. La víspera de la fiesta la organizadora, que era la Mi-

nistra del Perú, me avisó que los seis ejemplares míos estaban ya vendidos junto con seis más que no había podido entregar por no tenerlos. Mandé pues una docena: los seis ya vendidos y los seis para la fiesta. Cuando al día siguiente llegué a la recepción, ¡gran crisis en la venta! todo el mundo quería a *Ifigenia*. Tuve que mandar a buscar tres docenas más que se acabaron mucho antes de acabarse la fiesta, mientras los demás libros llenaban las mesas.

A la Infanta Eulalia, la tía del rey de España, que tiene un espíritu encantador y es escritora, le gustó tanto *Ifigenia* que hizo que me llevaran a su casa, me dio un té, me colmó de cariños y atenciones, contó delante de todo el mundo la risa inmensa, las carcajadas que la habían acometido al leer en *Ifigenia* la escena del calado con el mantel y la discusión. Según parece era de noche, estaba en su cama leyendo y su camarera al escucharla reír de tal modo vino alarmadísima a ver que le pasaba. Era que se estaba imaginando la tertulia descrita por la tía Clara, escandalizada y sorprendida. (¡Lo que espanta en Caracas a tantos moralistas!). Y es que para comprender la verdadera intención que cada cual pone al decir las cosas no basta a veces el ser inteligente, hay que haber visto pasar junto a sí los innumerables matices que ofrecen las diversas clases sociales y las diversas nacionalidades. Las personas de pueblo, los provincianos son muy susceptibles, se imaginan siempre que son blanco de las burlas, y en Caracas hay mucho espíritu de pueblo. Pero hay también otros y sé muy bien que allá tengo verdaderos y grandes amigos, como ustedes.

No deje de tenerme al corriente de las cosas. Mucho le agradecí el último artículo que me envió. Como verá, ya lo contesté. Voy ahora a escribir una crónica mensual para *El Universal* de Caracas. La traducción francesa ya está terminada y creo que está muy bien. No sé si le conté que la traductora al igual de "Angel Ruiz" me escribió pidiéndome la traducción, demostrándome así su gran cariño por el libro. Yo tuve una buena corazonada y le pasé la traducción que había comenzado Marius André y que, como toda traducción que va de prisa, dejaba mucho que desear. Este cambio la ha retardado de año y medio, pero creo que está muy bien.

Hace mucho rato que le escribo pero estoy con gripe, en cama y me he lanzado como ve, pluma en ristre, sin tener cuándo acabar. Supongo quién es esa parienta que me "hace la guerra". Me parece que la veo y me divierte imaginarme lo que dice. En el fondo es inteligente y de muy fácil palabra: creo que es la reina de la maledicencia amena de Caracas. Nació para un brillante destino y hubiera sido una gran conferencista. En el fondo le guardo cierto agradecimiento, pues viviendo cerca de mi casa, en una época, distrajo muchas de mis tardes tristes y vacías con el fuego artificial de sus historias. Si a costa mía distrae otras personas, cumple hasta cierto punto con una obra de misericordia.

Como le decía téngame al corriente de las cosas y de los comentarios que se publiquen. Cuando no tenga tiempo para escribir, envíeme sólo los recor-



tes, claro que con sus cartas me interesan más. No conozco esa crítica de Angélica Palma. Si se publicó en Caracas y pudiera conseguírmela se la agradeceré mucho.

Como verá, esta carta es una especie de borrador: me olvido de la mitad de las palabras y corrijo siempre al releer. ¡Costumbre de mis años literarios!

Mis hermanas me encargan que lo salude lo mismo que a Guillermina para quien es también esta carta. Mil cariños a mi ahijado y a todos los demás niñitos, y para usted, mi buen amigo, toda la simpatía de su afectísima y sincera amiga,

*Teresa*

Vevey, 23 de julio de 1929

Mi querido amigo Carías:

He recibido su carta del 21 de junio, con la letra y cuenta correspondiente al mes de mayo. Mil gracias.

Como ve, estoy de nuevo en Vevey. ¿Sabe que en estos días recibí una carta encantadora que me enviaron de París habiendo salido de aquí mismo? Era de Romain Rolland, que resulta vivir muy cerca de aquí, desde hace diez años; en ella me contaba que las seis niñitas de las Memorias eran sus amigas y jugaban en su jardín mientras él trabajaba. Pienso, por supuesto, escribirle diciendo que soy su vecina, que en mi soledad de hace dos años debí encontrarle a menudo paseando a orillas del lago mientras las niñitas crecían cerca de él... y seremos amigos. ¿Se recuerda que fue usted quien me hizo conocer su *Juan Cristóbal* y que este libro tuvo gran influencia en mi formación literaria?

Hasta pronto que le escribiré más largo. Saludos a todos los suyos, besos a mi ahijado y para usted el viejo cariño de su afectísima,

*Teresa*

Roma, 19 de octubre de 1929

Mi querido amigo Carías:

Hace algunos días recibí su larga y gratísima carta que me encontró aún en Florencia. Desde principio de septiembre estoy en Italia, llevando vida de peregrina por las pequeñas ciudades que se han quedado olvidadas del tiempo presente y que vamos descubriendo con su ambiente intacto, no contaminado por el turismo, como objeto de excavación.

En Suiza, donde pasé dos meses de absoluto reposo, me preparé con mucha lectura sobre los siglos XIII, XIV y XV (que son mis preferidos y los veo siempre en mi espíritu presididos por el espíritu de San Francisco) para este

viaje que me ha dejado el alma llena de dulzura y de emoción. He venido con mi amiga Lydia Cabrera, inteligente y muy artista, a quien quiero mucho y con quien comparto los mismos gustos.

De las grandes ciudades hemos ido en automóvil hacia las pequeñas, donde los hoteles son malos pero el ambiente lleno de perfume de leyendas. Qué diferencia con esta Roma triunfal y declamatoria, renovada y vestida por el Renacimiento. San Pedro me ha parecido una inmensa y lujosísima estación ferroviaria de los Estados Unidos. No hay el menor sentimiento, ningún detalle que conmueva o hable al alma. Y ese torrente de fuerza y de mal gusto ha inundado las más viejas iglesias; las más venerables están invadidas por el río de estatuas colosales y musculosas; de túmulos complicados que resultan carnavalescos junto a las simples lápidas funerarias y los yacentes de las iglesias góticas. Ese mal gusto que siguió al Renacimiento, nos consuela, si lo aplicamos a nosotros mismos, de no ser poderosos por el dinero y por la sabiduría. La riqueza y la erudición son peligrosísimas, la mayor parte de las veces sólo sirven de vehículo para expresar la parte más vulgar de nuestro espíritu y para revestirnos con ella para siempre, con detrimento de las otras; la falta de recursos nos hace sobrios y discretos, vivimos más con nosotros mismos y todo lo que se da viene del alma y está impregnado de ternura. Es esta la consecuencia que he sacado de mi viaje por Italia y que me apresuro a comunicarle, impresionada como estoy aún por mi visita a San Pedro y San Juan de Letrán.

No puedo darle aún noticias de Romain Rolland. Cuando contesté a su carta se hallaba en el lago de los Cuatro Cantones, pasando los meses de agosto y septiembre. Me dijo que fuese a ver a su hermana y colaboradora que vive con él en Villeneuve y me fui a verla y nos hicimos muy amigas. Ella es fea, no joven, pero encantadora. De una inteligencia exquisita, llena sus palabras del entusiasmo de los místicos, es la colaboradora de su hermano por quien tiene un culto religioso también. Ambos se ocupan de obras sociales, especialmente del movimiento de los indios que aspiran a libertarse de Inglaterra por el sistema de la no violencia. Les he enviado de aquí un libro admirable que se llama *L'empire socialiste des Incas* pues ellos parecían interesarse mucho por nuestros países. Desgraciadamente como yo les dije, a pesar de lo que era de prever, los papeles entre nosotros estaban alterados: en lugar de la opresión del indio por el blanco, era la del blanco por el indio, fruto sin duda de una democracia prematura.

Le escribo a todo correr. Vienen a buscarme para seguir mis correrías de viajera; voy a visitar la Roma antigua, muy distinta por cierto a la barroca y renacentista de que tan mal he hablado. Bajo Mussolini se han continuado los trabajos de excavación y se descubren casas enteras casi como en Pompeya, aunque incompletas y con la frialdad de las ruinas llenas de interés histórico.

No sé si a mi regreso a París volveré por Vevey. Si me detengo allí veré

a Romain Rolland y le daré su recado, pues está ya de regreso y yo quedé en ir a verlos; estoy segura que le gustará mucho.

Saludos a Guillermina, besos a mi ahijado y para usted, el viejo afecto de su sincera,

*Teresa*

La Habana, 12 de julio de 1930

Mi querido amigo Carías:

Le escribo desde La Habana en donde me encuentro de paso para New York y Europa, sintiendo ahora en el alma no haber pasado por Caracas, ¡habiendo estado tan cerca! pero la premura del tiempo apenas me hubiera dejado estar algunos días; prefiero regresar más adelante con calma para viajar un poco por el interior y hacer vida de campo, cosa que me interesa ahora extraordinariamente.

Mi viaje por Colombia fue un éxito en todos los sentidos; me gustó mucho más de lo que creía; hay ciudades como Tunja y Cartagena, donde se ve materialmente la Colonia; Bogotá me gustó mucho, y Medellín, ciudad de clima medio, parecida a Caracas, me pareció encantadora.

No sé si le he hablado de mi proyecto; quisiera escribir una vida íntima de Bolívar. El viaje a Colombia me ha interesado mucho en ese sentido, no en lo que se refiere a mi éxito personal —eso más bien me agobia y acobarda— sino por lo que he visto de evocador y de carácter criollo. Tenemos cosas muy lindas en estos países y no las vemos sino cubiertas de literatura exportada que las deforma. Es mi deseo el de descubrir a Bolívar detrás de esa muralla china de adjetivos, aun cuando después me faltara valor para la empresa de escribir sobre él, cosa difícil y arriesgada. Por de pronto necesito leer mucho. He comprado libros en Colombia, tengo otros encargados. Quiero ver el ambiente que vale más que los libros y eso lo haré cuando regrese a Venezuela; la visita a San Pedro Alejandrino y a la Quinta Bolívar de Bogotá me dio la medida de la importancia que tienen la evocación y los lugares.

Cuba, a pesar de su americanización muy exterior, tiene en la actualidad, en ciertos medios, más color criollo que nosotros, por estar sin duda más cerca de la Colonia de lo que estamos allá; los negros especialmente son coloniales. No me arrepiento por lo tanto de haber regresado a Cuba, ni de haber desistido de un viaje a Venezuela atropellado; las cosas se conocen gracias a los puntos de comparación y a cierta perspectiva. Son mis proyectos inmediatos los de leer primero y luego el año próximo ir a Venezuela con calma a conocer el Llano, los Andes y a volver a hacer la vida de hacienda de mi infancia; todo eso es necesario para conocer a Bolívar.

Lecuna, a quien he escrito me ha contestado una carta encantadora que me ha animado mucho por los puntos que me señala y los documentos que me

ofrece. Yo quisiera, mi excelente amigo, que también usted me ayudara en la empresa. Le encargo como verá tres libros que creo más fácil conseguir en Caracas que en Bogotá. Le ruego muy encarecidamente a fin de tener entera libertad en el porvenir que descuenta su importe de mi cuenta; mucha pena me da ya molestarlo en el trabajo y tiempo que significa buscarlos.

A Lecuna, a quien escribo, le digo que se dirija a usted a fin de que le abone por mi cuenta los gastos que pueda proporcionarle los libros o copias de documentos que él me ofrece. Perdona esta nueva exigencia, sé que ha de hacerlo con gusto y perdona la forma un poco brusca con que lo hago, urgida como siempre por falta de tiempo.

Pienso embarcarme de un momento a otro. No lo he hecho ya, por haberme encontrado a mi amiga Lydia Cabrera, con quien debo seguir viaje, un poco enferma. Espero que no sea nada, pues tengo interés de llegar pronto a Europa, quiero ir a tomar las aguas con mamá; ni ella, ni yo estamos bien del hígado, las curas terminan en septiembre. Fue este el motivo principal de mi apuro por llegar. Escríbame como de costumbre a París. ¿Cómo le fue por New York? ¿Cómo ha llegado de salud Guillermina? Salúdela mucho así como a todos los niños. A mi ahijado la bendición y para usted todo el aprecio de su afectísima,

*Teresa*

Leysin, 23 de febrero de 1932

Mi querido amigo Carías:

Va a extrañarse y a dolerse también un poco cuando le diga de dónde le escribo. Estoy en el "Gran Hotel de Leysin", sanatorio de tuberculosos... Tengo una lesión en un pulmón, me la descubrieron hace poco. Aquí estoy desde hace quince días, sola, en cama, con el balcón abierto de par en par sobre la nieve, y una temperatura de tres o cuatro grados dentro del cuarto. Mi pobre "animal" de tierra caliente, expansivo y afectuoso se encuentra espantado, pero el espíritu está tranquilo, conforme de antemano con todo, creyéndose entre tierra y cielo. Todo, todo cuanto me rodea es blanca, luz y silencio. Las noches son muy lindas, tan lindas como las de Caracas, y la luna sobre la nieve de una luz rara por lo clara y es fina. Aquí leo, reflexiono, recuerdo la vida del mundo y espero; ¡hasta que Dios quiera!

Según parece y me han enseñado en la radiografía mi enfermedad no hace sino empezar. Me había debilitado y tomé por accidente la infección. Me aseguran que mi caso es muy favorable, que me curaré pronto, que he salido de la edad peligrosa, que no ha habido casos en mi familia, etc. ¡Pero qué sabe nadie! Esta enfermedad es tan caprichosa y tan traicionera. Hay quien viene en camilla moribundo y se va curado, otros vienen muy alegres, por dos o tres meses, y no vuelven más. Manuel Antonio Matos, tenía, recuerdo, cuarenta años cuando fue a Davos y murió a los cuarenta y dos. En todo caso,

me siento resignada, contenta casi con mi suerte, sea cual fuere; veo estos meses o años de cura como un camino blanco, todo lleno de vida espiritual, algo parecido a la luz de la luna sobre nieve. Es el estado de gracia. Ojalá no me abandone nunca.

Isabelita mi hermana vino a acompañarme y se fue a los tres días. Desde entonces estoy presa sin casi hablar con nadie. Los libros, el sol y la nieve, es todo. Al principio es duro, las horas pasan con mucha lentitud, una lentitud absurda, para nuestra época, luego todo se va haciendo leve hasta creer que ya no se vive en la tierra. Es el país ideal para los poetas. Leysin es la ciudad de los tísicos, los hay de todas las edades, de todas clases sociales, de todas fortunas, los sanatorios populares, los universitarios, los de lujo, todos parecen fraternizar en esta enfermedad que tanto afina el alma.

Yo no siento nada o casi nada. Pero tampoco me dejan hacer nada. Todo esfuerzo, dicen, retarda la curación. No puedo por eso escribirle tan largo como desearía.

Mamá no sabe que estoy enferma. Cree que he venido a la montaña a fortificarme y como tampoco quiero alarmar a la familia de Caracas, le recomiendo reserva sobre el particular. Le escribiré más largo cuando me sienta más fuerte y me levante.

Ahora quiero consultarle algo relativo a la vida material, tan necesaria en todos estos casos. En vista de la baja del bolívar y de una circunstancia casual sería prudente tal vez suspender durante algunos meses los giros; es lo que quiero consultarle. Yo tengo una íntima amiga cubana, Lydia Cabrera, que vive en París pero que debe volver a La Habana en mayo. Ella tiene depositada una suma en francos, y como no le urge cambiarlos en dólares ni le conviene, me los ofrece, a condición de que yo se los devuelva dentro de algunos meses, en dólares si sigue en Cuba, en francos si vuelve a París; yo he pensado que me conviene aceptar su proposición. Tengo en el Banco Caracas una cuenta abierta. Podría si a usted le parece depositarse allí las mensualidades de la renta. En caso de algún apuro yo pondría un cable al Banco diciendo que me girara una suma X. Si no, podría esperar unos cuatro o cinco meses a ver si mejora el bolívar. El último cheque de dos mil francos me dejó alarmada. Luego no volví a acordarme con la enfermedad y el viaje. Le insinúo esta solución, contando sin embargo con su consejo, si no le parece prudente por el porvenir, que sigan las cosas como hasta ahora. Caso de aprobar este plan me parecería prudente no enterar a León de ello a fin de que no disminuya su celo en cobrar y su puntualidad. Usted sabe como la gente se despreocupa cuando cree que los demás no necesitan dinero. Este sanatorio, el mejor sin duda de Leysin, es caro. Yo me resolví a venir a él, no por espíritu de vanidad, sino por la comida que es excelente. Tengo un desgano inmenso y la comida es con el aire y el reposo el único remedio.

¿Sabe Carías que desde que estoy enferma, de "esclava de las nieves", no hago sino pensar en Caracas con una dulzura infinita? ¡Qué linda me pa-

rece desde aquí y cuánto desearía volver! El recuerdo de los amigos como usted de quien nunca se ha recibido decepciones, son también como sombras queridas que ayudan a pasar estas horas de paz.

Saludos a Guillermina. Muchos besos a mi hijadito. ¿Cómo está? ¿Cómo le quedó su vestido de marinero? Tome experiencia para usted y los suyos con lo que me ha pasado a mí. Cuando los vea debilitarse y adelgazar hágalos radiografiar en seguida. Yo me sentí mal en octubre. Fui a casa de un profesor que me dijo que estaba perfectamente bien. ¡De modo que me hizo perder cuatro meses!

Hasta pronto, pues, querido amigo. Le envió mis mayores deseos y mi cariño de siempre,

Teresa

Vevey, 3 de octubre de 1932

Mi querido amigo Carías:

Hace unos días que me encuentro aquí en *la plaine* como dice la gente de la montaña. He venido a cambiar de clima durante estos meses suaves del otoño, para que la montaña al regreso me haga nuevo efecto y ¡a esperar la nieve, que venga y que se vuelva a deshacer en la primavera! Después no sé lo que será de mí ni hacia qué climas me lleve mi estado de salud.

No estoy tan optimista como estuve en mi última carta y usted me dice. En junio estuve realmente bien, casi curada, pero el mes de julio fue de lluvia, de niebla y de frío. Debí bajar entonces a buscar un poco de calor y tiempo seco, pero nada me dijeron y he cogido una bronquitis tenaz que es siempre una incógnita... Mis ocho meses de vida en Leysin me han enseñado mucho: a conocer la enfermedad y a tener filosofía. Hay que estar siempre preparado a recibir una sorpresa desagradable con el ánimo alegre, sin decaer y "con elegancia". Es como en la guerra, en las trincheras, unos caen, otros esperan ayudando y compadeciéndose fraternalmente de los que cayeron, pensando en que quizá también caerán mañana, pero desafiando la amenaza con una alegría afirmativa que acaba por ser sincera... Siento hoy un profundo desprecio por todos los que estando enfermos "no quieren oír hablar de enfermedad ajena". Es una forma de egoísmo odiosa. Yo he llegado a creer por el contrario, que hay que abrir el alma al dolor de todos, y recoger algo cada día: ¡se ven casos tan tristes y tan bellos! Cortar todo contacto con la vida en plena juventud es a veces renunciar a todo, morirse quedándose el cuerpo vivo, mirando como los demás se reparten lo que se ha dejado atrás: el amor, la gloria, el porvenir, todo lo que en la juventud es más que la vida misma.

Yo he llegado en una edad en que el alma está más madura para el sacrificio y el misticismo. Entre otras cosas porque ya se sabe que no son tan

grandes los tesoros como se creía a los veinte años. Por eso observo, admiro y aprendo.

¿Ha leído la novela de Mann *La Montagne Magique*? Tiene gran fama y el premio Nobel. Pasa en un sanatorio en Davos y son dos inmensos tomos de 600 páginas. Empecé a leer el primer tomo y no pude acabarlo. Me causó una especie de molestia invencible ver como el autor sólo parecía fijarse en lo exterior; páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: ¡cuánto hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla!

Como verá por todo esto llevé en los últimos meses una vida de mayor contacto con los otros enfermos. Desde fines de mayo comencé a salir de mi cuarto, a hacer paseos cortos, a tener amigos. La naturaleza allá en verano es muy linda y el campo está lleno de florecitas silvestres llenas de gracia como las que tanto se ven en los cuadros de los primitivos.

Creo, como lo dije, que me quedaré aquí hasta fines de noviembre en que regresaré a Leysin a pasar el invierno. Escribame siempre al Grand Hotel de Leysin que de allá me harán seguir las cartas a donde me encuentre. Pienso mudarme del Grand Hotel, pues es demasiado caro para como están las cosas y se seguirán poniendo. Pienso instalarme en una pensión modesta donde se come bien, se tiene excelente servicio y los cuartos muy limpios y muy linda vista. Hay que renunciar a cierto confort y lujo; pues ya me están pareciendo insoportables y hasta de mal gusto, la gente del confort y el lujo.

Lo que me dice de Caracas, no me extraña, tenía que llegar allá también. Hay quienes siempre gastan y triunfan sin saber de dónde sacan el dinero: es un misterio, pero son tipos que abundan en todas partes. Recuerdo hace dos años en La Habana oía y veía lo mismo.

No se preocupe por lo demás, y si la renta se reduce a la mínima expresión, me iré entonces a vivir al Sanatorio popular; lo mismo se curan, lo mismo se agravan y lo mismo se mueren pobres y ricos.

¿Recibió los tomos de los Recuerdos Entomológicos de Fabre que le hice mandar de París? Nada me dice. Mucho sentiría que se hubieran perdido.

Dígale muchas cosas a mi ahijadito; que su madrina tampoco lo olvida nunca y que lo que desea es demostrarle algún día su cariño.

Va el retrato que se me olvidó. Es de cuando no salía del cuarto.

Muchos saludos a Guillermina y para usted todo el cariño y aprecio de su afma.,

Teresa

Leysin, 11 de febrero de 1933

Mi querido amigo Carías:

Pensando siempre en usted, en su última carta tan llena de ambiente espiritual, que todavía me acompaña, como un eco que se prolongara indefinidamente, han ido pasando los días sin escribirle. Hoy es domingo, hace frío

y un sol muy lindo. Estos domingos de Leysin tienen un fastidio sordo e irritante, (aunque en el fondo son exactos a los otros días) si no se trata de despertar en el alma el sentimiento religioso. Acabo de oír por radio una misa, la he seguido rezando como usted me aconseja, haciendo acto de resignación a la voluntad divina, y siento actualmente un gran bienestar espiritual. Oyendo las campanas de la única iglesia de Leysin, me ha parecido que una voz amiga me llamaba de muy lejos y he pensado que era sin duda la suya recordándome que hace ya tiempo que recibí su última carta.

Me alegro de que le hayan llegado bien los tomos de Fabre y pienso lo mismo que usted; es una de las lecturas más interesantes que pueden hacerse. Yo no he leído a Fabre todavía, pero conozco la vida de las abejas y de las termitas o comejenes por Maeterlinck, que me asombraron. La vida de los comejenes, sobre todo, es admirable y Maeterlinck la describe muy bien. Meditando sobre estas cosas nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra inteligencia, de la que estamos los hombres tan orgullosos; cuando se la compara a la armonía maravillosa de las leyes que dirigen el mundo: esa energía divina que penetra todos los seres y los despierta al misterio de la vida. Creo en efecto que no hay nada mejor para los niños que esa clase de lectura. Despierta el sentimiento poético y el misticismo. Yo creo que los niños son capaces de comprender cosas que no están a nuestro alcance y de las que nosotros nos reímos porque no vemos todo el sentido oculto que tienen. Ultimamente he estado en Vevey con mamá y mi hermana María; yo salía a pasear muy a menudo con la chiquita de María que tiene cinco años y es encantadora. Adora a los animales, las plantas, las flores, algunas piedras y descubre en todo dibujos y formas imperceptibles en las que uno ni se fija. Imita a los pajaritos cuando se bañan o beben agua, y un día, con mucho misterio y gagueando, porque a la pobre entre el francés, el español y el ruso que conoce muy bien, se le forma a veces al hablar una confusión graciosísima que le impide encontrar las palabras, me contó, bajando la voz y pidiéndome que no se lo contara nunca a nadie: ¿Tú sabes que Dicky (el perro) habla de lo más bien y cuando nadie lo ve habla conmigo? Yo le pregunté qué cosas le había dicho y me contó: "Pues que no quiere nada a los gatos porque el gato es malísimo, siempre que puede se come a los pajaritos y todas las noches hace horrores con los pobres ratones allá abajo en la cava, Dicky no puede ir a defender a los ratones porque le cierran la puerta del jardín, pero oye todo..." Siguió en ese estilo, narrándome con su español criollo lleno de extranjerismos, verdaderas fábulas; yo las anoté pues me pareció que estaban llenas de sentidos ocultos...

Martes 14.—Interrumpí mi carta el domingo para ir a dar un paseo con Manuel Madriz que se encuentra aquí y con quien he simpatizado mucho, pues encuentro que tiene muy buen fondo, a pesar de la fama de calavera, o tal vez por eso mismo. Le hablé naturalmente de usted, de que le estaba escribiendo y resulta ser gran amigo suyo. No sabe con qué cariño y admiración me habló de usted. Me dijo que de niños habían sido insepara-



bles en El Valle y me contó historias de entonces, pues tiene una memoria extraordinaria y narra cualquier cosa con mucha gracia. Me ha encargado saludos para usted y yo le he encargado que cuando vaya a Caracas les haga una visita en mi nombre a usted y a Guillermina, para que me mande luego noticias de todos. El saldrá de aquí muy antes que yo, en marzo, según creo.

Mi salud va bien pero *piano, piano*. Tengo el aspecto de gozar de una salud estupenda, pero ya he aprendido a conocer esta enfermedad, me he convencido bien de una verdad importantísima; que casi la única forma de cura es el tiempo; hay que aliarse con él y tener paciencia. La gente, Carías, se muere de tuberculosis por ignorancia. Algunos también (y esto parte el alma) por pobreza. La tuberculosis atendida a tiempo, sin prisa, desconfiando de las falsas curaciones, se vence siempre. Casi todos los casos fatales vienen de que los enfermos al sentirse como estoy yo ahora, sanos en apariencia, vuelven a la vida corriente y en la mayoría de los casos al año y medio o dos años es la recaída de la que ya no se sale. Yo tuve en el mes de diciembre una recrudescencia acusada en los análisis que me afligió bastante, pues a pesar de que me he acostumbrado a aceptar con valor "lo que venga", ese valor no dura las doce horas del día y sobre todo las de la noche. Hay el desvelo en donde el mundo subconsciente se impone, con todos sus terrores y egoísmos y nos hace sufrir. Este primer mes del año 33 me ha sido por el contrario sumamente favorable. No quiero alardear pues parece que trae guiña, pero si sigo así, dentro de poco habré entrado en el período de la convalecencia. Esta, para consolidar la cura, debe ser larga. Yo me avengo mucho a cuidarme, pues para mi carácter es la vida ideal. No hay siquiera el peligro de caer en el egoísmo, pues por una simpatía invencible que trae la misma enfermedad, vive uno pendiente de los otros enfermos, se sufre y se alegra uno con ellos.

He vuelto al Gran Hotel. Me había ido por economía a una clínica modesta donde se tenía en el fondo el mismo cuidado de aquí. Pero era en los días cortísimos de invierno y me invadió el *caffard*. Los amigos y amigas de aquí me sacaron de allá y casi a la fuerza me hicieron regresar al Gran Hotel. Aquí hay muchos halls, grandes salones, grandes restaurantes, gente rica y bien vestida, alegría toda para la vista, ¿pero creará que tengo la nostalgia de mis amigos de la Richmond? Eran más interesantes que los de aquí porque eran de posición monetaria modesta y entre la pobreza y la enfermedad y la juventud también se hace un ambiente espiritual lleno de belleza y de armonía. Quisiera escribir sobre los casos de la Richmond como yo los veía. Cuando salí de allá me prometí volver de visita muy a menudo casi todos los días... Sin embargo tengo ya un mes aquí y no he sido para volver una vez. Hasta qué punto nos pone de imbéciles la vida mundana y confortable. Como Keyserling, creo que esta era de confort (él dice mecánica, es lo mismo), es la de la decadencia engreída; ¡volvemos a la barbarie!

Mi vida en el Gran Hotel es, además, del todo contraria al espíritu de previsión y economía; me cuesta carísima y aunque trato de no salirme mensualmente de las entradas que tengo en Caracas, muy a menudo me extralimito. Quisiera regresar un tiempo allá e instalarme en Los Teques; el bolívar no piensa subir y temo encontrarme adeudada.

Vamos a sacar unos retratos con Madriz y otros amigos exclusivamente para usted, para que le conste que desde lejos se le recuerda y quiere.

Muchos cariños para mi ahijadito, saludos a Guillermina y para usted todo el cariño y el aprecio profundo de su afectísima,

Teresa

## A DESTINATARIOS DESCONOCIDOS

Hoy a las doce de la noche

Agosto 1924\*

Tengo la sensación de haberle escrito ayer una carta muy tonta (¡estaba tan nerviosa!) después de tantas *gentilleses*, y esta idea en el remolino de otras mil preocupaciones me tiene sin dormir. Quiero darle las gracias y decirle que estuve contentísima al haber obtenido el esperado premio, y además, y sobre todo, estuve contenta de ver que tenía un amigo que se ocupaba de mí! ¡Tengo tal impresión de abandono y soledad! Después de haber resuelto ir a Caracas en el vapor del siete, resuelvo no irme hasta el 22. No creo que mi hermana Isabel me acompañe. Me iré, quizás con mamá, o me iré sola. A ratos resuelvo no ir de ningún modo: ¡qué importa nada ni nadie! Tengo ganas de estar quieta, quieta, como las cosas y como los muertos!

Estoy en cama, tengo un chal negro porque tengo frío y desde hace varios días me encuentro *por fin* hoy bonita, allá en el espejo entre las almohadas blancas. ¡Qué desperdicio éste de estar bonita estando tan sola! ¡Si viera mi cuarto! ¡qué horrible desorden! Después de la gira tengo interinamente un cuarto triste y feo que da sobre la calle en lugar de dar sobre el lago. Esto me ha puesto tan de mal humor que lo he dejado en desorden: maleta, baúles, *nécessaire* y libros en el suelo. Se parece a mí el cuarto. Sólo que él es feo y yo por de pronto (nada más que por de pronto) estoy muy bonita. Sin embargo, hace apenas media hora sollozaba con la cabeza escondida en la almohada. Lloraba de indecisión, de *regrets*, de sensibilidad indefinida, de voluptuosidad divina de llorar.

\* Inédita.

Y hablando ahora de otra cosa: Sé que tiene usted una *maitresse* muy bonita y muy *chic*. Esto no me lo han contado las Pallarés sino un pajarito que encontré en el viaje la semana pasada. Debe de ser ella cierta voz argentina que peleaba una vez por el teléfono con otra amiga y a quien yo escuché largo rato. Lo felicito pues. Supongo que pasarán el verano juntos: le recomiendo a Lugano.

Me olvidaba decirle que en medio del gran desorden de mi cuarto tengo un búcaro lleno de rosas encarnadas que me mandó un muchacho danés de la Sociedad de las Naciones, que quiere enseñarme el arte de conducir automóviles, y me ha invitado a salir ya dos veces. Es bastante bien, pero si viera cómo me aburren él, el volante, el auto y todos los demás hombres, éstos tangibles que se me acercan y me hablan! Quisiera como Sta. Teresa tener a Dios de amante, desgraciadamente casi no creo en Dios y como creo tantísimo en la muerte, yo también "vivo sin vivir en mí" es decir, sin presente, muerta de tristeza por el pasado y muerta de miedo por el porvenir.

Ya la cama se me está haciendo por fin hospitalaria, la almohada más suave con la cabeza, las sábanas cariñosísimas sobre la piel. Es que ya tengo sueño. ¡Buenas noches! ¿Meteré mañana en un sobre todas estas incoherencias? Ahora, cuando apague la luz volveré a llorar hasta que poco a poco me irá quedando dormida.

Teresa

¡Escríbame!

Hoy domingo

(Junio 1924)\*

Querido amigo:

Recibí anoche "*La Revue . . .*" mil gracias otra vez, por ella y por los: (¡saludos!) de Gonzalo, que sólo descubrí en el sobre esta mañana hace apenas un instante. Me ha dejado pensativa. Me figuro que debe estar muy ocupado, siempre, siempre, con aquellas mismas ocupaciones que le hacían llegar tarde a casa de *Champs Elysées*. Yo en cambio, tengo una abundancia de tiempo que me abruma, mis horas, sobre todo las que paso de insomnio son innumerables; créame, de buena gana le enviaría unas cuantas de regalo si no fuese por el temor de que vaya usted a emplearlas mal y en ese caso tener que compartir las responsabilidades. ¡No siempre se puede ser tan generoso como se quisiera!

Le escribo en mi cama, con el balcón abierto sobre el más radiante de los días de primavera y un paisaje que duele a fuerza de ser lindo: el lago circundado de montañas verdes . . . Con mi hermana Isabelita que es sin duda

\* Inédita.

ninguna, una de las personas más simpáticas que existen, he hecho excursiones, no solamente en los alrededores de Ginebra y en la Saboya, sino también en este campo del porvenir que a mí se me antoja todo agostado y que ella siembra de todo lo imaginable con la misma actividad que tuvieron estos meses de abril y mayo, tan generosos con los árboles y tan crueles conmigo. El otro día llegamos a Anecy en la Saboya, comimos al aire libre a orillas del lago y volvimos ya de noche, creo que nunca como esa noche he sentido el amor fraternal con que nos acompaña la naturaleza cuando estamos tristes.

Hasta ahora no he visto sino unos amigos suizos de mis hermanos, y otros suramericanos. Me aburre la gente. Fuera de este rato de conversación al cual me invitaron los (saludos) de Gonzalo, puedo decir que no he hablado con nadie, salvo por supuesto cuando hablo con Isabelita, cosa que no cesa! con cinco años pasados en que no nos habíamos visto y con todo el futuro que ella se empeña en ver desde aquí como un cielo lleno de estrellas!

Aunque sea ya tarde preguntarlo: ¿Me perdona que le escriba con lápiz? Es mi costumbre cuando *escribo* porque quiero escribir: mi amiga la coma, y mi galante amigo el lápiz que me sirve y me obedece como nunca podría hacerlo esa estorbosa, comercial e indiscreta tinta, todo lo explica tan demasiado claro, que a mí francamente, me asusta.

Además: le escribo en lugar de ir a misa! ¿Qué diría mamá? ¡Que ella y Dios me perdonen!

Saludos, sin paréntesis, y que encuentre usted el tiempo que a mí me sobra tan despiadadamente.

Teresa

¿De quién es la nota?... "*C'est à notre ami Gonzalo Zaldumbide... et*".

Ginebra, martes 17

(Junio 1924)\*

Querido amigo:

Recibí su carta, que no había contestado, no sé si por flojera o por alguna de estas sabias y desconocidísimas razones que nos conducen a las mujeres... Veo que sigue usted tan distraído y con tanta flojera de pensar, que necesita de Barceló para que le ponga los rayos X y saber, sólo entonces, lo que tiene por dentro.

No le digo que sigo más triste y más desencantada que nunca porque no quiero hablar más de mí misma ni repetir siempre la misma cosa.

A París sólo me llevaría alguna noticia favorable y definitiva acerca de mi libro, pero nada he vuelto a saber de él. De Caracas he recibido cartas en las cuales me aconsejan que vaya, pero un viaje a Caracas en las actuales

\* Inédita.

circunstancias me pondría enteramente neurasténica, por lo tanto he resuelto aplazar ese viaje para dentro del mayor número de meses posible.

Volviendo a mi libro le diré que Gascó Coutell me escribió hace algún tiempo diciéndome que si "*había Concurso* podía contar con el premio sin duda alguna". No comprendo por qué razones (sé que no son económicas) estos señores no han resuelto aún el punto. Yo, hablando en París, con Gascó le dije que estaba resuelta a prescindir en parte o en total de los diez mil francos, con tal de que le quitasen a mi libro cadenas, grillos, etc., y me lo pusiesen en libertad. Pero estoy cierta de que Gascó (no sé por qué causas) no ha transmitido la proposición. Sería menester hacérsela llegar a Muñoz Escamez, quien a más de ser muy avaro y venal, es quien pone los inconvenientes. No obstante me parece muy poco diplomático el escribirselo yo directamente. Dígame su opinión sobre el particular. Si tramásemos algún plan que nos condujese al éxito iría entonces a París. Creo que no hay derecho de anunciar un concurso para secuestrar indefinidamente los libros. Hay veces que siento deseos de ir a Madrid, prescindiendo por completo del concurso, pues juzgo mi situación bastante ridícula.

Aquí comienzan a llegar delegados a la Conferencia del trabajo y tenemos el hotel hecho una Torre de Babel. ¡Un fastidio!, era mil veces preferible la soledad, el lago y los paseos en vaporcitos casi vacíos.

Me figuro que seguirá divirtiéndose tanto con esos huéspedes que usted llama importunos y que a mí no se me antojan tanto. No he escrito a Miodandre dándole las gracias, por lo tonta que estoy para escribir. Discúlpeme.

A usted no puedo llamarlo, como me dice, porque no me oiría ¡está siempre tan lejos!

Mil recuerdos.

*Teresa*

Leysin, 4 de abril 1932

Muy estimado amigo:

Espero que va usted a perdonar mi retardo inmenso en contestar a su carta tan cordial, tan amistosa, tan llena para mí de agradables noticias cuando sepa que he estado enferma y que estoy actualmente en este sanatorio de Suiza. Tengo una lesión en un pulmón y tengo que someterme a un régimen de reposo absoluto y aire puro durante muchos meses. Espero, o mejor dicho sé que me curaré y que me curaré pronto, porque mi estado de espíritu es excelente, y porque clínicamente he hecho ya muchos progresos hacia la curación. Esta vida de prisión y soledad en las alturas bloqueada entre la nieve se me ha ido haciendo tan dulce y me ha dado tanta serenidad que a veces me pregunto si no será esto un principio de la buenaventuranza, de la verdadera vida. Qué lejos estoy de mi viaje a Estados Unidos que proyectaba este verano y del cual usted me habla en su amable carta que acabo de releer . . .

Estoy de acuerdo con las supresiones al texto de *Las Memorias de Mamá Blanca*, me parece muy bien. Le doy pleno poderes: sé que usted le tiene cariño al libro y que todo cuanto haga será para su bien.

Mucho siento no realizar mi viaje a Washington para haber tenido el gusto de conocerlo, lo mismo que a la señorita Wilson y a la señora Bouham de quienes en tan elogiosos términos me habla. Salúdelas de mi parte.

Le dejo siempre el encargo de posibles futuras traducciones, cuando llegue a sus oídos una ocasión oportuna. Creo como usted que hay que esperar todavía a que se restablezcan los negocios.

Espero estimado amigo que habrá perdonado mi aparente negligencia.

Reciba con mis mejores saludos los sentimientos de mi profundo aprecio y simpatía.

Teresa de la Parra

Leysin, 21 junio 1932

Querido amigo:

No sabe qué gusto tan grande me dio su cariñosa carta. Usted sabe, porque es montañés y amigo de la soledad, hasta qué punto nos hacemos sensibles en la altura y el silencio, más aún cuando se tiene esta enfermedad, que inventaron los románticos . . . Su cariño, su interés, su amistad, han llegado desde tan lejos, a despertar un eco en mi alma, que se prolonga a través de los días y me neutraliza alguna que otra impresión desagradable que se recoge siempre "en sociedad". Porque aquí, estimado amigo, se pasa bruscamente de la soledad a la sociedad. En la noche después de la comida en el salón se conversa con los convalecientes o los acompañantes de enfermos. Por una persona interesante, cuánta banalidad, cuánta vanidad "agresiva", que duele más aquí que en otra parte por la misma razón que lo agradable agrada más.

Mi salud va muy bien. He aumentado en peso, el pulmón enfermo está casi claro, los bacilos reducidos a un *minimum*. Si Dios quiere que no tenga complicación ni recaída, en la primavera próxima ya curada podré dejar el sanatorio. Pienso en ese momento con un ansia tan grande de vida. Como me aconsejan que no regrese aún a París, me siento con alas como los pájaros migratorios y hago toda clase de proyectos: ir a Grecia y a las islas del Archipiélago, a España, a las tierras de la Gran Colombia; miro el mapa y viajo todos los días "alrededor de mi casa" . . . Me olvidaba: también Washington entra en el itinerario.

Mucho le agradezco todo lo que ha hecho por mis libros. He recibido carta de la señora Wilson muy simpática. Le contesto por este mismo correo. No haré en lo que se refiere a traducción inglesa sino lo que usted me aconseja; esto no quiere decir que piense abusar de su tiempo, cuando se presente la ocasión y sea buena. Hay que saber esperar . . . Pero qué bien que se realizara el proyecto de traducir en colaboración con Mrs. Wilson este verano.

Aunque muchos creen que escribo aquí o me aconsejan que lo haga, no he sentido aún la necesidad de hacerlo. En cambio siento la de leer y releer. Hay aquí una estupenda biblioteca, con mi plan de lectura, la radio y el sol de verano que viene de *tiempo en tiempo* radiante a evocarme el trópico, me siento feliz, pienso que hago un paréntesis de paz, hasta luego en que seguiré viviendo.

Escríbame cuando tenga tiempo que sus cartas me hacen bien. No me ha dicho aún de qué lugar de Colombia es usted. Yo no olvido un segundo a Colombia. Quisiera recorrerla a pie como los mendigos y los conquistadores. Cómo nos van separando de la tierra los adelantos. Ya no la conocemos ni tratamos sino como en fotografías y cinematógrafo.

No puedo mandarles hoy el retrato que me pide. Los tengo en París, cuando mi hermana que vendrá a verme me los traiga se lo mandaré con mucho gusto. Le envío ése hecho con mi *Kodak* en la cura de aire y de reposo.

Quiero pedirle un servicio. Hay aquí en el sanatorio un jovencito enfermo, quien luego de leer *Las Memorias de Mamá Blanca* comenzó a traducirlas, primero como distracción, luego en serio para publicarlas y me ha pedido permiso. Como yo conozco mal el inglés he dado a leer algunas páginas a una amiga inglesa inteligente y cultivada que las encuentra, pero qué mediocres. Yo no quisiera que se publicara el libro mal traducido. No quiero por otro lado herir al traductor diciéndole la verdad. Yo le había hablado ya de que usted se ocupaba de ello en América. Mucho le agradecería por lo tanto que en una postdata cuando me escriba me dijera que está en tratos con algún traductor en América y que no cree que acepte traducir allí si se ha hecho ya en Europa. El sabe que lo que me interesa sobre todo es traducir en los Estados Unidos. Sería ésta una manera de salir del conflicto. Yo no tengo valor para decirle la verdad al pobrecito.

Perdóneme esta molestia. Usted tiene la culpa por buen amigo. Le deseo un verano muy feliz, y sepa que en mi soledad lo recuerda siempre con cariño su afectísima,

*Teresa de la Parra*

Leysin, diciembre 29, 1932

Querido amigo:

Hace tres días que recibí los libros de Mac-William y me disponía a escribirle a usted cuando me llegó su carta.

Para darle las gracias y decirle la impresión que me causó el libro y las ilustraciones, tengo que contarle que me conmoví profundamente. No recordaba ya que usted me había ofrecido ilustrar el texto, al abrir el libro y verlo tuve una curiosa evocación de mi verdadera infancia, del campo, de la vida de allá, pero tan viva y tan dulce al mismo tiempo que se me llenaron de lágrimas los ojos. Me parecen sus ilustraciones llenas de gracia y de ingenui-

dad, muy adaptadas al género del libro, la prueba es esta impresión inesperada que me causaron y la visión del trópico que me dejaron durante un buen rato. No sabe los deseos que tengo a ratos de volver allá: este campo de aquí está muerto, es como una decoración de teatro. A veces no puedo más y quisiera volar a una hacienda de Venezuela, para vivir en el campo *de verdad verdad*, donde todo está lleno de vida, de olor, de color, de movimiento, donde uno puede identificarse de veras con la naturaleza bañándose en un río, por ejemplo, corriendo a caballo en la tarde, oliendo el vaho del café maduro cuando lo traen los cogedores y se queda toda la noche en montones para la trilla del día siguiente.

Su prólogo está muy bien: la única objeción que podría hacerle es la de que me elogia demasiado. Pero pienso que será tal vez necesario para sugerir a los lectores a favor del libro y no digo nada.

Lo que dice usted sobre *Ifigenia* es muy cierto. Creo que ya le he escrito mi propia opinión actual. Si viera cómo me esforzaba cuando escribía en buscar esa musicalidad que ahora tanto me desagrada por falsa y por literaria. *Ifigenia* hubiera ganado mucho sin tanto lirismo innecesario. Pero es allí donde está el verdadero reflejo de mí misma, es decir, de mi yo de entonces, en ese exceso de romanticismo en que caemos tan a menudo en el trópico. La naturaleza exuberante y la influencia europea de exportación tienen la culpa. La verdadera autobiografía está en eso, no en la narración como cree casi todo el mundo, usted y Grillo también. Para hacer hablar en tono sincero y desenfadado a María Eugenia Alonso la hice la antítesis de mí misma, le puse los defectos y cualidades que no tenía, a fin, creía yo, de evitar que nadie pudiera confundirme con ella. Pero no calculé que el disfraz sólo serviría para los que me conocían muy de cerca y que para los demás la autobiografía (confirmada además con circunstancias exteriores de mi propia vida) iba a ser evidente. En realidad mi personaje María Eugenia Alonso era una síntesis, una copia viva de varios tipos de mujer que había visto muy de cerca sufrir en silencio, y cuyo verdadero fondo me interesaba descubrir, *hacer hablar*, como protesta contra la presión del medio ambiente. Si el caso hubiera sido en realidad el mío yo no lo habría nunca expuesto por un sentimiento de pudor muy natural. La seguridad que sentía de no crearme aludida fue lo que me hizo llevar al extremo del desenfado el tono de María Eugenia Alonso, y ese tono resuelto más real que la realidad misma, nadie ha sentido la trasposición, han creído en la auténtica biografía y creo que es ahí en donde está el secreto del éxito de *Ifigenia*. El público adora las confesiones. Al principio cuando me di cuenta de esto me sentí muy *genée* y empecé a tomarle antipatía a *Ifigenia*, publicada dos años después de terminada y de vivir en París. Ahora el engaño me hace gracia. Me parece todo ingenuidad y andanzas de primera juventud, y creo que hasta yo misma he acabado por identificar un poco mi personalidad de entonces y María Eugenia Alonso. Cuánto me habría indignado saber esto mientras escribía. Yo quería entonces mi novela con pasión por lo que tenía de protesta revolucionaria *desinteresada*. Cuando fui



a Colombia en 1930 sentí de un modo muy vivo la desilusión de cierto público ante mis conferencias: creyeron que iba a continuar la confesión y yo les hablé de evocaciones históricas, de gente muerta: Fany de Villars; Doña Marina, Doña Manuelita, la madre del Inca Garcilaso . . .

Sigo bien de salud, aunque la curación de esta enfermedad es siempre más larga de lo que se cree al principio. Parece que si la curación no está confirmada por muchos meses de *sobrecura* hay siempre para más adelante el peligro de las recaídas. Yo pasé el otoño fuera de aquí a orillas del lago Lemán en donde una de mis hermanas tiene una casa de campo, y ahora a mediados de diciembre he regresado a la montaña. Esto es una especie de presidio con mucho confort y buena comida. A veces me avengo mucho con él, pues como no tengo el carácter activo ni mundano vivo del pasado con los libros en magnífica armonía. Si pudiera volver a escribir me sentiría enteramente feliz. Pero si viera qué lejos estoy ahora de la fe y del entusiasmo que incita a trabajar. Quizás vuelva porque lo deseo mucho, más que la buena salud, pero no lo siento llegar. A veces deseo cambiar de país, creo que regresar al trópico me haría mucho bien en este sentido y pienso en los lindos climas de montaña siempre con sol que tenemos cerca de Caracas.

Me parece natural que se le hayan hecho supresiones al capitán Vicente Cochocho: está todo muy bien, me ha parecido sentir un ambiente de cariño en toda la elaboración del texto. Le pido que le dé las gracias de mi parte a todos los que han contribuido, a Mrs. Wilson, a su señora, a todos.

Le deseo para el año que empieza mucha salud y mucha felicidad. Me figuro que su vida en esa ciudad universitaria debe ser apacible, y le deseo por lo tanto que la prolongue el mayor tiempo posible. Me figuro que trabajará con gusto: quisiera conocer esa antología de que me habla y espero que no me olvidará al estar editada.

No creo que necesito darle las gracias por sus ilustraciones después de contarle la impresión tan suave que me produjeron y que aún me dura. Le envié en cambio mis felicitaciones, y mis más afectuosos recuerdos,

*Teresa de la Parra*

Mil gracias por el prólogo. Aparte de la *objeción* ya hecha está lleno de aciertos.

## **CRONOLOGIA\***

\* Esta cronología ha sido revisada y ampliada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1889

Nace en París, Ana Teresa Parra Sanojo, hija de Rafael Parra Hernández (Cónsul de Venezuela en Berlín) y de Isabel Sanojo Ezpelosín de Parra.

Su casa natal está situada en Av. Wagram N° 75 bis.

V: Guzmán Blanco renuncia a la primera magistratura, se funda el Partido Demócrata Venezolano. El pueblo derriba las estatuas de Guzmán Blanco y saquea sus propiedades. Se crea la Academia Nacional de la Historia.

Nacen los pintores Armando Reverón y Tito Salas.

AL: En Brasil Ouro Preto es presidente del último gabinete de la monarquía. Proclamación de la República (15/XI). El mariscal Deodoro de Fonseca es jefe del gobierno provisorio; las provincias se constituyen en estados. Convocatoria a la Asamblea Constituyente para redactar el proyecto de Constitución. Expulsión de la familia imperial. Al finalizar la monarquía la deuda externa asciende a 31.104 millones de libras esterlinas. Código civil español en Filipinas. Pacto provisorio de unión entre el Salvador, Honduras y Guatemala. Primera Conferencia de los estados americanos en Washington. Convención cubana en Cayo Hueso. Campaña de represión periodística en Colombia. Contrato Grase, en Perú, para la explotación, por 66 años, de guano y ferrocarriles. Matrimonio civil en Argentina. Primera sección del puerto de Buenos Aires; representación argentina en el Congreso de París que funda la Segunda Internacional. Roberto Sacasa a la presidencia de Nicaragua y con él concluyen los "30 años conservadores".

Payno: *Los bandidos de Río Frio* (—91). Ayón: *Historia de Nicaragua* (III). J. Martí: *La edad de oro*. J. Sierra: *México social y político*. C. Matto de Turner: *Aves sin nido*. J. A. Silva: *Nocturno II*. José Veríssimo: *Estudios brasileños*, 1ra. serie. Capistrano de Abreu: *Caminos antiguos y poblamiento del Brasil*. Clovis Bevilacqua: *Epocas e individualidades*. Carlos Gómez: ópera *El esclavo*. Gómez Carrillo llega a Europa. Nacen Gabriela Mistral y Alfonso Reyes. Muere Juan Montalvo.

Se promulga el Código Civil en España. Muere Luis I de Portugal; lo sucede Carlos I. Fundación de la Segunda Internacional en Francia. El 1º de Mayo es Día de los Trabajadores. En Alemania se producen varias huelgas mineras; se dictan leyes de protección social. Muere el príncipe Rodolfo, heredero del trono austriaco, en Mayerling. En Inglaterra los estibadores entran en huelga, Cecil Rhodes recibe concesiones africanas. Fundación de Rhodesia. Conferencia colonial en Bruselas.

Exposición Internacional de París. Construcción de la Galería de las Máquinas y la Torre Eiffel: utilización de vidrio y acero, la torre mide 300 metros; críticas de Zola, Maupassant, de Lisle, Sully-Prudhomme, los hnos. Goncourt, etc.

H. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. G. D'Annunzio: *El Placer*. W. Yeats; *Peregrinaciones de Oisen*. V. Van Gogh: *Paisaje con ciprés y Autorretrato*. A. Choisy: *Historia de la arquitectura*. Kropotkin: *El apoyo mutuo*. Eça de Queiroz: *Las cartas de Fradique Mendez*. E. Durkheim: *Elementos de sociología*. L. Bourget: *Antes del amanecer*. Nacen Arnold Toynbee y Martin Heidegger.

1890

1 de febrero es bautizada en la iglesia de la Madeleine.

V: R. Andueza Palacio es presidente. Prosperidad económica en el país: las exportaciones superan en diez millones a las importaciones. Es fundado el grupo político Unión Democrática. Se fundan las universidades del Zulia y de Carabobo.

L. López Méndez: *Mosaico de política y literatura*. M. V. Romerogarcía: *Peonía*. J. Calcaño: *El Héroe de Turbaco*. T. Febres Cordero: *Apoteosis de Colón*. T. Michelena: *Tres gotas de sangre*. D. Muñoz: *Ovejón*. Diario *La Religión*. Nace J. R. Pocaterra. Muere Cristóbal Rojas.

AL: En Colombia el gobierno dicta una serie de leyes tendientes a regular la actividad comercial. Es fundada la Academia Nacional de Medicina. En México permiten la reelección de Porfirio Díaz por enmienda constitucional. Perjuicios económicos para Cuba por la reforma arancelaria norteamericana. Aperecen discrepancias entre el Partido Conservador nicaragüense y el presidente electo. Se produce en El Salvador el golpe de Estado de C. Ezeta. Morales Bermúdez es presidente del Perú. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete de Balmaceda. Crisis financiera en el Río de la Plata por la quiebra de la banca Barhing. J. Herrera y Obes es presidente del Uruguay. Pánico bursátil en Buenos Aires; revuelta contra el presidente Juárez Celman en todo el país. Se funda la Unión Cívica. Juárez Celman renuncia y asume la presidencia Carlos Pellegrini. Se produce la primera revolución separatista en Rio Grande do Sul: Es creada la Unión Panamericana, en Washington, por iniciativa de los EE. UU.

J. del Casal: *Hojas al viento*. A. Azevedo: *O cortico*. Angel del Campo: *Ocios y apuntes*. Acevedo Díaz: *Nativa*. R. Darío define el modernismo.

Bismarck abandona el gobierno (20/III); el poder queda en manos de los Junkers. Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Kautsky funda el partido social-demócrata alemán. Convenciones coloniales anglo-alemana y anglo-francesa. Ley Sherman antitrust en EE.UU.; tarifas aduaneras proteccionistas McKinley. Quiebra la banca Barhing en Londres; crisis económica mundial. Ley sobre vivienda obrera en Inglaterra.

Behring; suero antidiftérico. Otto Lilienthal fabrica su primer artefacto volador exitoso.

C. Lombroso: *El delito político y la revolución*. W. James: *Principios de psicología*. Wundt: *Sistema de filosofía*. E. Zola: *La bestia humana*. O. Wilde: *El retrato de Dorian Gray*. Frazer: *La rama dorada*. K. Hamsun: *Hambre*. P. Cézanne: *Jugadores de cartas*. Borodin: *El Príncipe Igor*. Suicidio de V. van Gogh. Nace Charles De Gaulle.

1891-99

Este lapso constituye un período en blanco en su biografía.

Su traslado a Venezuela, la infancia transcurrida en la hacienda de caña "Tazón", la muerte de su padre y los años de internado en el Colegio de religiosas "Sagrado Corazón", en Godella (Valencia, España), aparecen rememorados en sus dos novelas y confundidos con la invención literaria.

---

1892

V: Nueva constitución. Confrontación de límites con Colombia; arbitraje de España y pérdida venezolana de territorio. Tercer censo técnico: 2.221.572 habitantes.

T. Michelena: *Temperamento* (Margarita Rubinstein). J. Muñoz Tébar: *El personalismo y el legalismo*. A. I. Picón: *El gran pecado de Venezuela*. A. Rojas: *Orígenes Venezolanos*. Aparece en Caracas *El Cojo Ilustrado*.

AL: Crisis financiera en Uruguay; rebelión blanca reprimida. Constitución de los EE.UU. del Brasil; primer congreso de la república. En Colombia se agudiza la crisis en el partido conservador: división entre históricos y nacionalistas. El presidente chileno Balmaceda se ve obligado a promulgar por decreto un presupuesto que el Congreso se ha negado a aprobar; intervienen los EE.UU. y Balmaceda renuncia, se asila y se suicida en la embajada misma. Se producen los saqueos de Valparaíso y Santiago; el almirante Montt es presidente (-1901). Es creado el Banco de la Nación Argentina.

J. Martí: *Versos sencillos* y *Los pinos nuevos*. J. Martell: *La bolsa*. Machado de Assis: *Quincas Borba*. C. Matto de Turner: *Indole*. Ocantos: *Quilito*. Delgado: *La calandria*. Pensón: *Cosas añejas* y *La Bolsa*. Lamas: *Génesis de la revolución*. Aparece *La Prensa*, en Bogotá.

V: Andueza Palacio trata de imponer una reforma constitucional para continuar en el poder; estalla la Revolución Legalista capitaneada por el Gral. Joaquín Crespo, quien triunfa y asume el poder. Los estados Falcón, Lara, Zulia, Zamora y los Andes forman la Liga de Occidente contra el poder central.

Se funda el Ateneo de Caracas. J. Calcaño: *Estado actual de la literatura en Venezuela* y *Parnaso venezolano*. E. Blanco: *José Fé-*

Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo colonial anglo-lusitano. Construcción del transiberiano. Fundación del Bureau Internacional de la Paz en Berna. Fracasa golpe de Estado a Boulanger, quien se suicida. Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, inaugura una nueva actitud de la Iglesia Católica ante la cuestión social.

Michelin patenta el neumático. Se descubren los restos fósiles del Pitecantropo de Java.

A. C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. E. Ibsen: *Hedda Gabler*. Hardy: *Teresa de Uberville*. A. Bierce: *Cuentos de Soldados* y *de Paisanos*. S. Lagerlöf: *Saga de Gösta Berling*. Monet empieza *Las niñas*. P. Gauguin: *Las mujeres de Tahiti*. R. Straus: *Muerte y transfiguración*. Muere A. Rimbaud.

Se produce la convención militar franco-prusiana. Tarifas proteccionistas en Francia; Ley de las 10 horas. Escándalo de Panamá en Francia: quiebra de Lesseps. En Italia se funda el Partido Socialista italiano. Agitación obrera en EE.UU. Ministerio Gladstone en Inglaterra. Por bula papal queda permitida la participación de los católicos en la política de la república.

H. Ford construye su primer modelo de automóvil. Lorentz descubre los electrones;



1893

lix Ribas. C. Zumeta: *Primeras páginas*. J. Gil Fortoul: *¿Idilio?* R. Arévalo González: *Escombros*. Muere J. A. Pérez Bonalde.

AL: Una revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla (III). J. Martí funda el Partido Revolucionario de Cuba y su periódico *Patria*. Estrada Cabrera queda en el poder en Guatemala. Se producen reformas al concordato con la sede apostólica, en Colombia; se autoriza el establecimiento de misiones religiosas en territorios indígenas. El presidente titular Núñez delega las funciones administrativas en Miguel Antonio Caro. El Mato Grosso declara su independencia como república transatlántica; se produce la insurrección de Rio Grande do Sul dirigida por Gumerindo Saravia. Se celebran en toda América Hispánica los cuatrocientos años del descubrimiento del continente. Batalla de Cururuqui, contra indios, en Bolivia.

Lafone Quevedo: Investigaciones arqueológicas en el norte argentino.

J. del Casal: *Nieve*. F. Gamboa: *Apariencias*. Revista *Gris* (-96), en Colombia, e inauguración del teatro Colón de Bogotá. Nace César Vallejo. Muere J. J. Ortiz. R. Darío en España.

V: La Asamblea Constituyente redacta una nueva constitución. M. Guzmán Alvarez queda encargado de la presidencia. Se funda el Partido Republicano Liberal. Nuevo Código de Minas: se utiliza por primera vez la palabra petróleo.

L. Level de Goda: *Historia contemporánea de Venezuela política y militar*. A. Domínic: *La viuda del pescador y Juliana la lavandera*. G. Picón Febres: *Fidelia*. C. León: *Estudios sobre la libertad política del ciudadano*. Periódico *El Pregonero*.

Sheleich la anestesia local. Edison construye el Kinetoscopio. Lenard estudia los rayos catódicos.

E. Haeckel: *El monismo*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*. O. Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Hauptmann: *Los tejedores*. E. Zola: *El Adebacle*. Maeterlinck: *Peléas y Melisanda*. Menéndez Pelayo: *Antología de la poesía hispanoamericana*. G. B. Shaw: *Casa de viudas*. Spencer: *Principios de Moral (II y III)*. H. de Toulouse Lautrec: *Jane Avril ante el Molino Rojo*. Manet: *La catedral de Rouen*. Leoncavallo: *Los payasos*. V. Horta: Casa Tassel de Bruselas, el modernismo en la arquitectura. Mueren E. Renan y Walt Whitman.

Guerra de Melilla. Protectorado francés en Dahomey: ocupación de Siam. El proyecto de autonomía de Irlanda es rechazado por la Cámara de los Lores; fundación del Independent Labour Party en Inglaterra. Segunda presidencia de Cleveland en EE. UU.; crack bursátil; abolición de la Ley Sherman; protectorado impuesto a Hawái. Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacre de Armenia. Nueva Zelanda: se le otorgan derechos políticos plenos a la mujer. Nace Mao-tse-tung.

Exposición colombina de Chicago. Elster-

1894

AL: El Gobierno declara en estado de sitio la capital de la República de Colombia a causa de varios motines promovidos por el gremio de los artesanos. En Cuba aumentan la agitación y la propaganda autonomista: se divide el partido Unión Constitucional y se crea el Partido Reformista. Un alzamiento liberal encabezado por el general Zelaya derroca a Sacasa en Nicaragua; Managua es ocupada y Zelaya es proclamado presidente: Nueva Constitución: la "libérrima". Es reconocida la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. En México, J. Y. Limantour es ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico" del porfirismo. Ferrocarril Lima-La Oroya, en Perú. Luchas políticas y conflicto con los radicales en la Argentina. El almirante Melo bombardea Rio de Janeiro y se une a los rebeldes de Rio Grande do Sul. Lo reemplaza Da Gama.

R. J. Cuervo: *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana* (II). J. L. Flores: *Horas*. Gómez Restrepo: *Ecos perdidos y apuntes de literatura*. Acevedo Díaz: *Grito de gloria*. Del Casal: *Bustos y rimas*. J. da Cruz e Sousa: *Broqueles*. R. Darío y J. Martí se encuentran en Nueva York. Darío viaja luego a Buenos Aires. Nace V. Huidobro. Mueren J. del Casal e I. M. Altamirano.

V: Crespo es electo presidente constitucional; se constituye la Cámara de Comercio de Caracas. Terremoto en los Andes. Nace el Gral. E. Arévalo Cedefio.

M. A. Pardo: *Al trote*. A. Aveledo: *Páginas íntimas*. D. A. Olavarría: *Estudios histórico-políticos*. F. Betancourt Figueredo: *Guillermo*. M. Ch. Navarrete: *¿Castigo o redención?* A. Pietri Daudet: *Rougeon el polemista*. Revista *Cosmópolis* (P. C. Dominici, P. E. Coll y L. M. Urbaneja Achelpohl). Muere A. Rojas.

Seitel: Célula fotoeléctrica. Diesel construye su primer motor a gas-oil. Morey: primer proyector cinematográfico.

Jean Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*. Heredia: *Los trofeos*. Mallarmé: *Verso y prosa*. Aparece en Londres el primer número de la revista *The Studio*, con la ilustración "Salomé", de Beardsley. E. Munch: *El grito*. P. I. Tchaicovski: *Sinfonía Patética*. A. Dvorak: *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

Asesinato de Sadi Carnot. Proceso Dreyfus. Nicolás II es zar de Rusia. Guerra entre China y Japón (VII). Los italianos invaden Abisinia. Leyes contra los anarquistas en Italia, Francia y España. Gladstone se retira de la vida política. Fin de la guerra de Melilla: convenio con Marruecos. Peste en la India: 12 millones de muertos en 10 años.

Yersin: Bacilo de la peste. Roux: Suero antidiftérico. Lumière patenta el cinematógrafo.

1895

AL: Bonilla es presidente de Honduras. La producción cafetalera de Colombia alcanza por primera vez los veinte mil kilos. Se descubre una emisión clandestina de dinero realizada por el Banco Nacional: el Gobierno ordena su liquidación, que tardará años en llevarse a efecto. Chile consolida su victoria sobre el Perú quedándose con Tacna y Arica. Idiarte Borda es presidente del Uruguay y R. Morales Bermúdez del Perú.

H. Frías: *Tomóchic*. M. González Prada: *Páginas libres*. C. Reyes: *Beda*. J. A. Silva: *Nocturno III*. M. Velasco: *El Valle de México visto desde el cerro Guadalupe*. A. Díaz: *Soledad*. Aparece la revista *Azul*, en México. Se funda la revista *Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, en Buenos Aires. Nacen J. C. Mariátegui y J. Mancisidor.

V: Relaciones conflictivas con Inglaterra, Francia y Bélgica; se reanudan, en cambio con los Países Bajos. Primera manifestación de desempleados en Caracas. Establecimiento en Caracas de la Cruz Roja Internacional.

E. Blanco: *Las noches del Panteón*. R. Bolívar: *Guasa Pura*. Varios: *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes*. J. M. Núñez Ponte: *Estudios acerca de la esclavitud en Venezuela*. J. Gil Fortoul: *Pasiones*. G. Picón Febres: *Ya es hora*. F. Tosta García: *Don Secundino en París*.

AL: En Colombia se produce una revolución liberal dirigida por el general Santos Acosta, quien es derrotado por las fuerzas gubernamentales. Eloy Alfaro es presidente de Ecuador y Piérola del Perú. Se produce la segunda guerra de independencia en Cuba. Los rebeldes son derrotados en Brasil: Da Gama se suicida. Pacto

C. Marx: Edición del Volumen II de *El Capital*. W. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. W. Dilthey: *Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica*. Büchner: *Darwinismo y socialismo*. S. y B. Webb: *Historia del tradeunionismo*. E. Ibsen: *El niño Eyolf*. R. Kipling: *El libro de la jungla*. Renard: *Cabeza de zanahoria*. Gaudet: *Elementos y teoría de la arquitectura*. C. Debussy: *Preludio a la siesta de un fauno*. Massenet: *Thais*. A. Rodin: *Los burgueses de Calais*. E. Degas: *Femme et sa toilette*. Otto Wagner: *Estaciones del tranvía en Viena*. G. Verdi: *Falstaff*.

Ministerio Salisbury de coalición en Inglaterra. A. Cánovas del Castillo gobierna España. Convención chino-japonesa sobre Pekín. Inauguración del canal de Kiel. Se forma Rodhesia del Sur. Masacre de armenios en Istanbul. Se funda la C.G.T. en Francia.

Röntgen: los rayos X. Expedición polar de Nansen. Ramsay y Sturt descubren helio y argón en la atmósfera. Exposición "Art Nouveau" en la galería Bing.

Hertzl: *El Estado judío*. P. Valéry: *Soirée con el Sr. Teste*. H. G. Wells: *La máquina para explorar el Tiempo*. M. de Unamuno: *En torno al casticismo*. R. del Valle-Inclán: *Femeninas*. Conrad: *La locura de Almayer*. Sienkiewicz: *¿Quo vadis?* Verhaeren: *Las ciudades tentaculares*. Keats: *Poemas*. S. Freud: *Estudios sobre la histeria*. O. Wilde: *La importancia de llamarse Ernesto*. Crane: *La roja insignia del coraje*. P. Gauvain se instala en Tahití. P. Cézanne: *Las bañistas*. Muere F. Engles.

1896

de Amapala para acordar una política exterior común entre Honduras, Nicaragua y El Salvador. Nueva Constitución en Ecuador. J. Martí muere en Dos Ríos. Arbitraje inglés para solucionar conflicto Chileno-Argentino. En Argentina, J. E. Uriburu es presidente por renuncia de Sáenz Peña.

T. Carrasquilla: *Ensayo sobre la doctrina liberal*. L. Díaz: *Bajorrelieves*. J. S. Chocano: *En la aldea*. M. Zeno Gandía: *La Charca*. E. Prado: *La ilusión americana*. González: *Ritmos*. Delgado: *Angelina*. Nacen R. Martínez Estrada, J. de Ibarbourou, L. de Greiff y D. Samper Ortega. Mueren Jorge Isaacs, Gutiérrez Nájera y José Martí.

V: El Dr. Alberto González B. preside el primer Congreso de Obreros de Venezuela. Se discutirá, entre otros puntos, la formación de un partido popular.

E. Bujanda: *Poesías*. P. E. Coll: *Palabras*. M. Díaz Rodríguez: *Confidencias de Psiquis y Sensaciones de viaje*. A. Mata: *Pentélicas*. C. Peraza: *Los piratas de la sabana*.

AL: Insurrección de los Yaquis en México. Primera campaña conservadora contra Zelaya en Nicaragua. Muere Macco, en acción, en Cuba. Intentos de asesinar al presidente Crespo. Batalla de Huanta en Perú y muerte de 500 campesinos. Suicidio de Leandro N. Alem en Argentina; aprestos bélicos por la cuestión de fronteras con Chile; F. Errázuriz asume la presidencia en este país. El Gral. José M. Pando asume el poder en Bolivia. En Colombia se concreta el convenio Roldán-Passmore sobre deuda externa. Se oficializa la división del Partido Conservador. Se firma el tratado de límites con Costa Rica.

T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra*. Espinoza: *Bases positivas del liberalismo*. Ma-

Acuerdo ruso-austriaco sobre los Balcanes. Continúa la expansión colonial: los ingleses ocupan Sudán; los franceses Madagascar. Los italianos son derrotados en Abisinia, se produce una masacre de armenios en Constantinopla. Nueva Ley contra la anarquía en España.

Inauguración de la Estatua de *La Libertad Iluminando al Mundo*, en Nueva York (Bartholdi). Fundación del *Daily Mail*. Primeros juegos olímpicos en Atenas. Marconi: la telegrafía sin hilos. Becquerel: la radiactividad natural. Rutherford: Detector magnético de ondas eléctricas.

Ribot: *Psicología de los sentimientos*. Kropotkin: *La anarquía*. H. Bergson: *Materia y memoria*. Renouvier: *Filosofía analítica de la historia*. Bjornson: *Más allá de nuestros poderes*. A. Jarry: *Ubu rey*. E. Ibsen: *Juan Gabriel Borkman*. A. Chejov: *La gaviota*. Menéndez Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*. M. Proust: *Los Placeres y los días*. H. Matisse: *El tejedor bretón*. P. Gauguin: *Nacimiento de Cristo*. Puccini: *La Bohemia*. R. Strauss: *Así hablaba*



1897

1898

roquín: *Blas Gil*. R. Palma: *Neologismos y americanismos*. F. Pitia: *El socialismo triunfante*. Gamboa: *Suprema Ley*. R. Darío: *Prosas profanas y Los Raros*. R. Barbosa: *Cartas de Inglaterra*. Paul Groussac funda la revista *La Biblioteca*, en Buenos Aires. Se suicida José Asunción Silva.

V: Ferrocarril Caracas-Valencia. Insurge la figura del Gral. José Manuel Hernández, "El Mocho", de tendencia conservadora. La economía del país sigue siendo básicamente agrícola: café, cacao, caña de azúcar.

J. Calcaño: *El castellano en Venezuela*. R. Racamonde: *Poesías*. Muere J. A. Calcaño.

AL: Nueva proclamación de la república de Yara en Cuba. Gobierno autónomo en Puerto Rico. Eloy Alfaro incorpora a los indios a la ciudadanía ecuatoriana. La flota italiana se halla anclada frente a Cartagena, para obligar a Colombia a pagar la deuda contraída. Adquiere auge la explotación de caucho en el Oriente peruano. Segunda insurrección nacionalista de Aparicio Saravia, en Uruguay; J. Idiarte Borda es asesinado. En Brasil, el Gral. Oscar, al frente de 5.500 soldados, vence en Canudos a Antonio Conselheiro, quien muere.

R. Jaimes Freyre: *Castalia Bárbara*. L. Lugones: *Las montañas de oro*. P. Groussac: *Del Plata al Niágara*. C. A. Becú: *En la plenitud de los éxtasis*. J. Nabuco: *Un estadista del imperio* (-99). A. Blest Gana: *Durante la reconquista*. Fray Mocho: *Memoria de un vigilante*. C. Vaz Ferreira: *Psicología experimental*. C. Reyles: *El extranjero*. J. E. Rodó: *La vida nueva*.

V: El Gral. Ignacio Andrade ocupa la presidencia. El Mocho Hernández se subleva; muere en la Mata Carmelera el Gral. J. Crespo. El país está endeudado con la banca privada. Nace Gustavo Machado.

*Zaratustra*. Muere P. Verlaine. Muere Nobel y se establece el régimen de premios que llevan su nombre.

Conflicto greco-turco al unirse Creta a Grecia. McKinley es presidente de los EE. UU. Fundación del movimiento sionista en Basilea: primer Congreso Internacional israelita. Minas de oro en Klondyke. Cánovas es asesinado por un anarquista en España; Sagasta asume el gobierno. Hambre en la India.

Braun: Tubo de rayos catódicos. Lorentz: teoría del electrón. Polémica, en París, entre Ferdinand Brunetière y Marcelín Berthelot acerca del "fracaso de la ciencia".

A. Desmoulin: *A qué se debe la superioridad de los anglosajones*. H. Ellis: *Estudios sobre psicología sexual*. A. Gide: *Los alimentos terrestres*. H. G. Well: *El hombre invisible*. Ganimet: *Idearium español*. E. Rostand: *Cyrano de Bergerac*. P. Fort: *Baladas francesas*. W. Whitman: *Hojas de hierba* (ed. definitiva, póstuma. 1ª ed. 1855). Ch. Maurras: *Los desarraigados*. Mallarmé: *Divagaciones*. W. James: *La voluntad de crecer*. A. Chejov: *Tío Vania*. G. B. Shaw: *Cándida*. Guillaume: *Investigaciones acerca del níquel y de sus aleaciones*. P. Gauguin: *La Orana vacía*. Rousseau (Le Douanier). *La gitana dormida*. V. Horta: "Casa del pueblo" (Bruselas). Fundación de la *Sezession* vienesa: el modernismo austriaco.

España entra en guerra con los EE.UU.: paz de París (10/XII); Filipinas, Puerto Rico y las islas Guam cedidas a EE.UU. por 20 millones de dólares; anexión definitiva de Hawai. Se reabre el caso Dreyfus

1899

R. Cabrera Malo: *Mimí*. M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías*. Nace Julio Gardemía, Muere Arturo Michelena.

AL: M. A. Sanclemente es elegido presidente de Colombia; el vicepresidente J. M. Marroquín toma posesión del cargo por ausencia del titular. La explosión del acorazado Maine, en La Habana, sirve de pretexto para la guerra entre EE.UU. y España. El tratado de París pone fin a la dominación sobre la isla por parte de España. J. A. Roca es presidente electo en Argentina; Campos Salles asume en Brasil; Zelaya es elegido por segunda vez en Nicaragua. Guerra civil en Bolivia (-99). Barrios es asesinado en Guatemala; Estrada Cabrera asume la presidencia. Se reúne el Consejo de los Estados Unidos de Centroamérica, en Amapala. Desembarco estadounidense en Puerto Rico y gobierno de John Brooke en San Juan.

G. Valencia: *Ritos*. J. M. Vargas Vila: *Flor de Fango*. J. J. Tablada: *El Florilegio*. A. Nervo: *Perlas negras*. J. S. Chocano: *La selva virgen*. Visconti: *Juventud* (premio exp. París 1900)

V: Trasponiendo la frontera desde Colombia el Gral. Cipriano Castro inicia en el Táchira la "Revolución Restauradora", conocida también como la "invasión de los 60" y asume el poder en Caracas. Venezuela pierde la Guayana Esequiba. Muere en París A. Guzmán Blanco.

C. Zumeta: *El continente enfermo y Escrituras y lecturas*. C. León: *Mis ideas*. G. Picón Febres: *El Sargento Felipe*. P. C. Dominici: *La tristeza voluptuosa*.

AL: Comienza en Colombia la guerra civil de "los mil días": los liberales se levantan contra el gobierno conservador; R. Uribe y B. Herrera son sus más prestigio-

en Francia. Dreydet y Maurras fundan *Acción Francesa*. Surge el partido socialdemócrata en Rusia. Mueren Bismarck y Gladstone. Se forman los boxers en China.

Los esposos Curie descubren el radio. Koldewey inicia las excavaciones que descubrirán Babilonia (-1917). Bordet: Suero hemolítico.

Le Bon: *Psicología de las multitudes*. Rosa Luxemburgo: *Reforma y revolución*. E. Zola: *Yo acuso*. O. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading*. Blasco Ibáñez: *La Barraca*. D'Annunzio: *El fuego*. Howard: *Mañana... teoría de la ciudad-jardín*. A. Rodin: *Balzac*. Puvis de Chavannes: *Genoveva velando sobre Lutecia*. Nacen E. Hemingway F. García Lorca y B. Brecht.

Conferencia de paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse Chipre y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Creación del 1º Tribunal de Arbitraje. Convención anglo-francesa sobre el Sudán. Los boers derrotan a los ingleses. Se produce una revuelta contra los norteamericanos en Filipinas. E. Loubet es presidente de Francia. Se desarrolla el segundo proceso Dreyfus. Fundación de la United Fruit Co. Primer empréstito norteamericano al exterior por medio de la Banca Morgan.

Bosanquet: *Teoría filosófica del Estado*. L. Tolstoi: *Resurrección*. R. M. Rilke: *Canción de amor*. Veblen: *Teoría de la clase*

---

1900

---

Después del fallecimiento de su padre, su madre y hermanos se trasladan a España y se hospedan en Mislata, Valencia, en casa de sus familiares maternos, los Sanojo del Llano.

sos jefes. G. Vargas Santos tomará el mando de las tropas del gobierno. Se inicia el protectorado norteamericano sobre Cuba. El presidente dominicano Heureaux es asesinado y el jefe revolucionario Jiménez asume la presidencia. Primera aparición de Emiliano Chamorro (segunda campaña conservadora contra Zelaya) en Nicaragua. Gobierno de T. Regalado en Salvador. Cuestas es presidente constitucional en Uruguay; renovación del tratado de amistad con Gran Bretaña. Romaña es presidente en Perú. Atacama es territorio otorgado a Chile y no a Argentina. Peste bubónica en Santos; rebelión de caucheros en Acre, Brasil.

Machado de Assis: *Don Casmurro*. T. Carrasquilla: *Luterito*. Valencia: *Anarkos*. J. E. Rodó: *Rubén Darío*. Gómez Carrillo: *Bohemia sentimental y Maravillas*. Gutiérrez Nájera: *Cuentos de color humo*. J. S. Chocano: *La epopeya del Morro*.

V: La deuda externa es de 189 millones; el gobierno solicita un crédito interno, los capitalistas privados se niegan y son encarcelados. Se sublevan el Mocho Hernández y A. Paredes, derrotados y prisioneros. Se produce un atentado contra el presidente Castro durante el carnaval caraqueño, sin ningún resultado. Terremoto en Caracas. Muere R. Andueza Palacio.

J. M. Cova Meza: *Clemencia*. T. Benítez López: *La promesa*. Nace el musicólogo J. A. Calcaño.

AL: Golpe del 31 de julio, en Colombia; Marroquín es proclamado presidente. La revolución es vencida en Palonegro, si bien la lucha proseguirá. Se produce en México la quinta reelección de Porfirio Díaz; Do-heny & Co. organiza Mexican Petroleum Co., con una primera extracción en Ebano. Francia exige, apoyada en su flota, indemnización dominicana. Nicaragua firma con

*ociosa*. Haeckel: *Enigmas del Universo*. Maurras: *Tres ideas políticas*. E. Zola: *Fecundidad*. W. James: *Los ideales de la vida*. Carducci: *Rimas y ritmos*. A. Bierce: *Fábulas Fantásticas*. M. Ravel: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Sinfonía N.º 1*. V. Guimard: Diseños "Art Nouveau" para las entradas del Metro de París. Muere Johan Strauss.

Fundación del Labour-Party, de la Federación General de Trade Unions en Inglaterra y de la Unión General de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París: creación del Bureau Permanente (moción Kautsky). Ley Millerand sobre duración de la jornada de trabajo. Fundación de la Asociación Internacional para la protección legal del obrero. Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Expedición internacional contra Pekín. Los franceses en el Tchad, los ingleses en Pretoria y Transvaal.

Max Planck: teoría de los "cuanta". Zepelín; su primer dirigible. Rutherford: Descubre la emanación del radio. Exposición mundial en París. Reconocimiento de las leyes de Mendel.

Evans: *La civilización minoica*. Wundt: *Psicología del pueblo*. S. Freud: *La inter-*

1901

EE.UU. un tratado para la construcción de un canal interoceánico. Tratado de límites Argentino-Chileno por frontera andina. Fundación en Iquique, Chile, del sindicato Combinación Mancomunal de Obremos, al que se afilian casi todos los trabajadores de nitratos. El Censo Nacional arroja en Uruguay una cifra de 936.000 habitantes. Disputa de límites entre Brasil y Guayana Francesa; peste bubónica en Rio de Janeiro; Censo Nacional, con un saldo de 17.384.340 habitantes.

Vargas Vila: *Ibis*. García Monge: *El Moto y Las hijas del campo*. E. Díaz Romero: *Llamas en el silencio*. J. E. Rodó: *Ariel*. C. Reyes: *La raza de Caín*. R. de las Carreras: *Sueño de Oriente*. Orrego Luco: *Un idilio nuevo*. S. Romero: *Ensayo de sociología y literatura*. J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. J. J. Tablada en el Japón. Revista *La Gruta* (-04) en Colombia.

V: Castro es presidente constitucional de Venezuela. Invasión y derrota del conservador C. Rangel Garbiras. L. Mendoza se subleva y es derrotado. Se producen disturbios estudiantiles; la Universidad es clausurada.

J. Calcaño: *Blanca de Torrestela*. P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*. F. Lazo Martí: *La Silva Criolla*. M. Díaz Rodríguez: *Idolos Rotos*. A. Carnevallí Monreal: *Bolivita*. Nacen M. Picón Salas, J. Fombona Pachano y V. J. Cedillo.

AL: Revuelta maya en Yucatán, México. Constitución de Cuba. Enmienda Platt y presidencia de Tomás Estrada Palma en este país. Segundo Congreso Panamericano. Tratado Perú-Bolivia, de arbitraje, por diez años. Servicio militar obligatorio en Argentina; se reúne el Congreso Nacional Obrero. Los depósitos de guano en Hua-

pretación de los sueños. E. Husserl: *Investigaciones lógicas*. B. Croce: *Materialismo histórico y economía marxista*. Ellen Kay: *El siglo de los niños*. Spitteler: *Primavera olímpica*. Harnack: *Naturaleza del cristianismo*. Dreiser: *Sister Carrie*. Puccini: *Tosca*. A. Gaudí: "Parque Güell". Mueren Ruskin, F. Nietzsche y O. Wilde.

A la muerte de la reina Victoria es coronado Fernando VII rey de Inglaterra. Aseginado el presidente McKinley en EE.UU., lo sucede Theodoro Roosevelt. Se firma el tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá. Formación de la United States Steel Corp. Paz en Pekín. En Rusia se funda el Partido Social Revolucionario. Oficina Internacional del Trabajo (Suiza). Se realizan las primeras perforaciones en búsqueda de petróleo en Persia. Agitación laborista en España.

S. Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. D. Vries: *Teoría de las mutaciones*. Maeterlinck: *La vida de las abejas*. R. Kipling: *Kim*. Lagerlöf: *Jerusalén*. Th. Mann: *Los Bruddenbrook*. G. B. Shaw: *Tres piezas para puritanos*. Berstein: *Sobre la genealogía y la historia del socialismo*. S. Kierkegaard: *Obras Completas*. A. Chejov. *Las tres hermanas*. Guyau: *Génesis de la idea de tiempo*. P. Picasso época azul



1902-03

Es la época de su ingreso al internado religioso.

nillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica son revertidos a Chile. Intensiva industrialización de São Paulo, Brasil. Los liberales son derrotados en la batalla de La Hacha, en Colombia; Venezuela suspende, acto seguido, sus relaciones diplomáticas con dicho país.

Vargas Vila: *Las rosas de la tarde*. H. Quiroga: *Los arrecifes de coral*. González Prada: *Minúsculas*. Díaz Mirón: *Lascas*. J. S. Chocano: *El fin de Satán y otros poemas*. La Torre de los panoramas. (J. Herrera y Reissig).

V: El Gral. Manuel Antonio Matos inicia la "Revolución Libertadora". Holanda, Gran Bretaña, Italia y Alemania bloquean las costas; bombardeo de Puerto Cabello; Roosevelt es árbitro. Castro lanza su célebre proclama: "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria. . ." Nacen Gonzalo Barrios y Luis B. Prieto F.

M. Díaz Rodríguez: *Sangre Patricia*. Nacen Lucila Palacios y A. Reyes. Muere M. Tovar y Tovar.

AL: Fin de la guerra civil "de los mil días", en Colombia; tratados de Neerlandia, Wisconsin y Chinácota. Tercera reelección de Zelaya en Nicaragua; atentado al cuartel principal de las FF.AA. gubernamentales. Convención de arbitraje obligatorio entre Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala: Corte de Arbitraje. Convención dominicana con EE. UU. por reclamaciones económicas. Doctrina Drago y Ley de residencia en Argentina. Creciente influencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Chile y Argentina: tratado general de paz y limitación de armamentos navales. De Paula Rodríguez es presidente del Brasil; iniciación del movimiento de Plácido de Castro para incor-

y rosa (-05). M. Ravel: *Juegos de agua*. Primer premio Nobel: Sully Prudhomme (en literatura). Muere Toulouse Lautrec. Nacen Malraux y R. Alberti.

Se firma la paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE.UU. Alianza anglo-japonesa. EE.UU. adquiere las acciones francesas del canal de Panamá. Se concluye la construcción del Transiberiano. Alfonso XIII jura la constitución como rey de España. Se produce la independencia de China y de Corea.

Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación de la Carnegie Institution. Construcción del primer motor marino Diesel. Bayliss y Starling descubren las hormonas.

B. Croce: *Estética*. Poincaré: *La ciencia y la hipótesis*. W. Sombart: *El capitalismo moderno*. V. I. Lenin: *¿Qué hacer?* Loisy: *El Evangelio y la Iglesia*. A. Gide: *El inmoralista*. A. C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville*. H. James: *Las alas de la paloma*. M. Gorki: *Los bajos fondos*. Monet: *El puente sobre el Waterloo*. C. Debussy: *Peléas y Melisanda*. Muere Emilio Zola.

1903

poración del territorio de Acre. La Habana: huelga de portuarios y tabacaleros.

R. Darío: *Salutación del optimista*. Othón: *Poemas místicos*. J. S. Chocano: *Poesías completas*. G. Aranha: *Canaán*. Da Cunha: *Los sertones*. D'Halmar: *Juana Lucero*. Vargas Vila: *Ante los bárbaros*. Se publica el periódico proletario "La Protesta", en Perú.

V: Castro renuncia, pero el Congreso no lo acepta. Se suspende el bloqueo de las costas. La "Revolución Libertadora" es liquidada en Ciudad Bolívar. Protocolo de pago de la deuda externa (Washington).

M. E. Pardo: *Villabrava*. J. López: *Un Libertador*. M. Seijas: *Ave sin nido*. Nace A. Arráiz.

AL: Tratado de Petrópolis: Bolivia cede Acre al Brasil. Cuba cede bases a EE.UU. (Guantánamo). Colombia rehúsa ratificar el tratado Hay-Herrán, por el cual debe ceder a EE.UU. la zona del Canal a cambio de una indemnización. Panamá declara su independencia, que EE.UU. reconoce y apoya, y se firma el tratado Bunau-Varilla para la construcción del Canal. EE. UU., México, Francia, Holanda y Bélgica debaten reclamaciones en el tribunal de La Haya. Creciente desarrollo agropecuario en la Argentina. Iluminación eléctrica en Rio de Janeiro y Managua. Matanza de los obreros salitreros en Iquique, Chile. Se Produce en Nicaragua la "Revolución del Lago". P. J. Escalón es presidente de El Salvador. J. Batlle y Ordóñez es presidente de Uruguay.

J. Ingenieros: *La simulación de la locura*. C. O. Bunge: *Nuestra América*. J. S. Chocano: *Fiat Lux*. F. Sánchez: *M'hijo el doctor*. J. M. Rivas Groot: *La verdadera originalidad en las letras y en las artes*.

Muere León XIII y asciende Pío X al trono pontificio. La obra de Loisy es condenada. Se firma el tratado Bunau-Varilla para la construcción del canal de Panamá. Se produce la escisión entre mencheviques y bolcheviques en el congreso de socialistas rusos en Londres. Se dicta la Ley de seguros de enfermedad en Alemania.

Ford construye su fábrica de automotores. Hermanos Wright: primer vuelo exitoso en aeroplano a motor.

Lévy-Brull: *Moral y ciencia de las costumbres*. E. Taylor: *Cultura primitiva* (1ª ed. en 1871). S. Butler: *El camino de toda carne*. G. B. Shaw: *Hombre y superbombre*. Sorel: *Introducción a la economía moderna*. A. Machado: *Soledades*. H. Bergson: *Introducción a la Metafísica*. R. Roland: *El teatro del pueblo*. Moore: *Principia Etica*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. D'Annunzio: *Laudes del cielo*. Se constituye la Academia Goncourt. Muere Paul Gauguin, de retorno en Francia, y Camille Pissarro.

1904

R. Darío: *Oda a Roosevelt*. R. Palma: *Papeletas lexicográficas y Dos mil seiscientas voces que hacen falta en el diccionario*. Darío Herrera: *Horas lejanas*. C. Portinari: *Cargadores de café*. E. González Martínez: *Preludios*. G. Zaldumbide: *Del Ariel*.

V: El tribunal de La Haya falla a favor de las potencias europeas y ordena cumplir los protocolos de Washington de 1903. La deuda externa alcanza a 10 naciones y 20 millones. Se instaura el divorcio.

R. Arévalo González: *Maldita juventud*. P. C. Dominici: *Dionysos*. E. C. Guerrero: *Luci*. Nace M. F. Rugeles.

AL: Rafael Reyes es presidente de Colombia. Tratado de paz entre Bolivia, Perú y Chile; la primera cede las provincias marítimas a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. Revolución de A. Saravia en Uruguay. M. Quintana es presidente de la Argentina; A. Palacios es el primer diputado socialista en el Congreso. Serapio Calderón asume provisoriamente la presidencia en el Perú; se realizan elecciones y José Pardo y Barrera resulta electo primer magistrado. La Asamblea de Puerto Rico vota por convertirse en un estado de los EE.UU.

L. Lugones: *El Imperio Jesuítico*. R. Palma: *Tradiciones Peruanas*. J. Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida*. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub Terra*. H. Quiroga: *El crimen del otro*. A. Blest Gana: *Los transplantados*. J. S. Chocano: *Los cantos del Pacífico*. Vargas Vila: *Los divinos y los humanos*. Revista *Contemporánea*, en Colombia. Nace Pablo Neruda.

Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y en Vladivostock. Sun-yat-sen funda el Kuo-Ming-Tang. Francia rompe relaciones con el papado. Congreso socialista de Amsterdam. Sublevación de los boers en Transvaal.

T. Garnier: *Proyecto de ciudad industrial*. L. Pirandello: *El difunto Matías Pascal*. R. Rolland: *Juan Cristóbal (-12)*. J. London: *El lobo del mar*. Reymont: *Los campesinos*. Puccini: *Madame Butterfly*. Picasso se instala en Bateau-Lavoir. Van Dogen: *Desnudo acostado*. Fundación de *L'Humanité*. Nace Salvador Dalí. Muere A. Chejov.

1905

1906

V: Castro es reelecto; J. V. Gómez es vicepresidente. El gobierno incauta la Compañía del Cable Francés y se rompen relaciones con Francia. Epidemia de fiebre amarilla y paludismo. Nace Raúl Leoni. Muere J. P. Rojas Paúl.

V. M. Ovalles: *El llanero*. E. Blanco: *Fauvette*. T. Febres Cordero: *Don Quijote en América*. G. Picón Febres: *Flor*.

AL: Reyes clausura el Congreso en Colombia y crea, en su lugar, la Asamblea Nacional, invocando "la suprema ley de la necesidad". Se producen reformas constitucionales que aumentan el poder del ejecutivo. La aduana dominicana queda en poder de los EE.UU. Estrada Cabrera es presidente de Guatemala. Estrada Palma es reelecto en Cuba. Motines de protesta se realizan en Chile por la carestía de la vida. Comienza la construcción del Canal de Panamá. Se produce un atentado anarquista contra el presidente argentino Quintana. Campañas de L. E. Recabarren en la pampa salitrera y consecuente prisión. Ley de vacunación obligatoria en Brasil, que firma tratados de límites con Venezuela y Argentina. Se registran 3 huelgas en este último país.

L. Lugones: *La guerra gaucha* y *Los crepúsculos del jardín*. R. Darío: *Cantos de vida y esperanza*. P. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. Riva Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente*. J. Ribeiro: *Páginas de Estética*. A. Nervo: *Jardines interiores*. Grillo: *Raza vencida*. Echeverría: *Concherías*. En Argentina se funda la Universidad de La Plata.

V: El general Juan Vicente Gómez encargado provisoriamente de la presidencia. Castro enferma de gravedad, pero reasume el poder al descubrir una conspiración en su contra. Se interrumpen relaciones con Colombia.

Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsushima. Constitución de la Central Obrera Socialista. "Domingo Rojo" en San Petersburgo. Huelga general en Rusia y constitución del primer Soviet. Ley de 9 horas en Francia: Separación del Estado y la Iglesia. Segunda presidencia de Th. Roosevelt en EE.UU.

Lorentz, Einstein y Minkowski formulan la teoría de la relatividad restringida.

S. Freud: *Teoría de la sexualidad*. M. de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho Panza*. R. M. Rilke: *Libro de horas*. Mach: *Conocimiento y error*. W. James: *¿Existe la conciencia?* W. Dilthey: *Experiencia y poesía*. M. de Falla: *La vida breve*. R. Strauss: *Salomé*. Los Fauves en Francia. *Die Brücke* en Alemania. H. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé. Rilke es secretario de Rodin, en París. Isadora Duncan en Rusia. Nace Jean-Paul Sartre. Muere Julio Verne.

Encíclica *Vehementer nos* y condena, por Pío X, de Murri y Tyrell. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma. Terremoto en San Francisco, California. Conferencia de Algeciras entre España y Francia; acuerdos so-





R. Cabrera Malo: *La guerra*. A. Arvelo Larriva: *Enjambre de rimas*. E. G. González: *Al margen de la epopeya*. R. Blanco Fombona: *Cuentos de poeta y Camino de imperfección*. G. Picón Febres: *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*.

AL: Estrada Cabrera sofoca invasión de guatemaltecos desde El Salvador; primera concesión obtenida por la United Fruit Co. Th. Roosevelt visita Puerto Rico. Insurrección liberal en Cuba; desembarco de marines y control americano sobre la isla con Ch. Magoom como gobernador; Ricardo Flores Magón es encarcelado en EE.UU.; se clausura el periódico *Regeneración*. Modus vivendi entre Perú y Colombia sobre región de Putumayo; problemas limítrofes entre Perú y Bolivia. Personería jurídica para Sindicatos de Tipógrafos en Bogotá. Eloy Alfaro depona a L. García; Constitución liberal ecuatoriana (23/XIII). Zelaya por cuarta vez presidente de Nicaragua. Primeros tranvías eléctricos en Montevideo; proyecto del P. E. limitando la jornada de trabajo; leyes jubilatorias, educación popular, obras públicas, tecnificación, limitación del empresariado extranjero, prohibición de crucifijos en los hospitales. Figueroa Alcorta es presidente de la Argentina: 170 huelgas en el país. Terremoto en Valparaíso; P. Mont presidente de Chile. Alianza de cafeteros de Minas y São Paulo para sustentar precio del café en mercado mundial. Primer vuelo público de Santos Dumont.

J. E. Rodó: *Liberalismo y Jacobinismo* (Polémica de Rodó con Pedro Díaz sobre la supresión de imágenes religiosas). R. Payró: *El casamiento de Laucha*. L. Lugones: *Las fuerzas extrañas*. A. Falco: *Cantos Rojos*. A. Nin Frías: *Estudios sobre Jesús y su influencia*. H. Quiroga: *La serpiente de cascabel*. R. Palma: *Mis últimas tradiciones peruanas*. J. S. Chocano: *Alma*

bre Marruecos.

Premio Nobel de la Paz a Th. Roosevelt. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Eijkman: sobre las vitaminas. Montessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplón. Reacción de Wasserman.

Westermarck: *Origen y evolución de las ideas morales*. Hobhouse: *Moral en evolución*. U. Sinclair: *La jungla*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). Pascoli: *Odas e himnos* (-13). Keyserling: *Sistema del mundo*. A. Bierce: *Diccionario del diablo*. R. Musil: *Las tribulaciones del estudiante Törless*. R. del Valle Inclán: *El Marqués de Bradomin*. Alain: *Divagaciones*. G. Braque: *El puerto*. Mueren Paul Cézanne y Enrique Ibsen.

1907

*América y Fiat Lux.* (ed. Madrid). J. M<sup>o</sup> Rivas Groot: *Resurrección.* Revista *Cosmos* en Nicaragua. Nacen José Coronel Urtecho y José Román.

V: Se otorgan concesiones petroleras por cincuenta años a A. J. Vigas, que luego pasarán a la Colón Development. Tropas del gobierno matan al general Antonio Paredes. Eustoquio Gómez asesina en un bar al gobernador de Caracas, Mata Illas. El Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras.

R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro.* Julio Rosales: primeros cuentos publicados en *El Cojo Ilustrado.*

AL: Perú y Chile firman tratado de paz. Candidatura de Piérola a la presidencia del Perú. Argentina decreta la jornada de 8 horas para mujeres y menores (14/X); 231 huelgas en el país. Conferencia Centroamericana en Washington D. C. (23/XI). Comisión Rondón inicia obras telegráficas en Brasil (Rio-Mato Grosso, Acre, Amazonas); Von Ihring, director del Museo Paulista, recomienda exterminio de los indios. Zelaya niega autorización para base naval norteamericana en el Golfo de Fonseca; Nicaragua ocupa la capital de Honduras, Bonilla renuncia. Nueva presidencia de Alfaro en Ecuador. Huelga general en Chile. Concentración obrera en la ciudad de Sta. María de Iquique; represión y muerte de 2.500 trabajadores. Puerto Rico: Regis Post asume como gobernador. F. Figueroa presidente de El Salvador; amnistía política y suspensión de ley marcial. En Uruguay: Claudio Williman es elegido presidente. Ley electoral: la minoría por departamento tendrá representación donde supere  $\frac{1}{4}$  o  $\frac{1}{3}$ , según corresponda. Ley aboliendo la pena de muerte. Ley de divorcio absoluto. Represión sindical en Montevideo.

Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. Segunda Conferencia de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia; la triple *Entente*. Gustavo V es rey de Suecia. Fundación de la Compañía Shell. Rusia y Japón dividen Manchuria. Crisis económica en EE.UU. y Europa. La armada británica sustituye el carbón por el fuel-oil.

Willstarter: estudios sobre la clorofila. Lumière: fotografía en colores. El Gral. Baden-Powell funda los *boys-scouts*. E. Cohl inventa el dibujo animado.

H. Bergson: *La evolución creadora.* W. G. Summer: *Folkway.* W. H. R. Rivers: *The Todas.* M. Gorki: *La madre.* W. James: *Pragmatismo.* S. George: *El séptimo anillo.* R. Valle Inclán: *Aromas de leyendas.* Rouseau: *La encantadora de serpientes.* Yeats: *Deirdre.* Albéniz: *Iberia.* Teatro Matynski: presentación de Nijinski, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni.* G. Mahler: *Sinfonía N<sup>o</sup> 8.* P. Picasso: *Las señoritas de Aviñón.* F. de Saussure dicta su primer curso de lingüística en Ginebra. Nace Alberto Moravia. Muere Sully Prudhomme.

---

1908

En el Boletín del "Sagrado Corazón", Valencia, agosto, se recogen los versos de Teresa de la Parra en el día de la Beatificación de la Venerable Madre Magdalena Sofía Barat, con los cuales mereció el primer premio escolar.

J. S. Chocano: *Los conquistadores*. R. Darío: *El canto errante*. A. A. Vasseur: *Cantos del nuevo mundo*. D. Agustini: *El libro blanco*. F. Sánchez: *Nuestros hijos*. F. García Calderón: *Le Pérou contemporain*. B. Lillo: *Sub sole*. M. Azuela: *María Luisa*. J. Capistrano de Abreu: *Capítulos de historia colonial*. H. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*. C. Vaz Ferreira: *Los problemas de la libertad*. Revista *Nosotros*, en Buenos Aires. Panamá: revista *Nuevos Ritos*. Lima: revista *Contemporánea*. En Nicaragua: Revistas *Alma joven*, *Germinal* y *Albores*. Nace Manolo Cuadra.

V: Castro, gravemente enfermo, sale para Europa; Gómez a cargo del poder. Barcos holandeses amenazan las costas del país. En Caracas, reacción popular contra Castro y saqueo de *El Constitucional*, vocero del régimen. Epidemia de peste bubónica en La Guaira. El comercio con Estados Unidos comienza a suplantar al realizado con Europa y el dólar va sustituyendo a la libra esterlina. Deuda pública: 230 millones de bolívares. Ingresos anuales del Tesoro: 50 millones de bolívares. Población del país: 2.664.000 habitantes. Nacen Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba.

M. Díaz Rodríguez: *Camino de perfección*. C. Peraza: *Leyendas del Caroní*. Blanco Fombona: *Más allá de los horizontes*.

AL: J. M. Gómez presidente de Cuba, A. Zayas vice. Primera Corte Centroamericana de Justicia en Costa Rica. A. B. Leguía es presidente constitucional del Perú; telégrafo inalámbrico en la zona amazónica. Agravamiento de la crisis en la pampa salitrera. Primer Congreso Científico Panamericano en Valparaíso. Jorge Chávez cruza los Andes en avión. Ruy Barbosa defiende tesis de igualdad de naciones menores en la Conferencia Internacional de La Haya. Escuadra de guerra norteamericana frente a Nicaragua; inmi-

Jornada de 8 horas en minas británicas. Bélgica se anexa el Congo. Creta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Levantamiento de los jóvenes turcos en Salónica. Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. Se establece la Unión Sudafricana.

Blériot atraviesa el Canal de la Mancha en avión. Invención del neumotórax. Ford Motor Co. produce el 1º Ford "T".

W. MacDougall: *Introducción a la psicología social*. Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton: *El hombre que fue jueves*. Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. E. Pound: *A lume spento*. J. Romain: *La vida unánime*. A. France: *La isla de los pingüinos*. U. Sinclair: *La metrópolis*. Khlebnikov: *Poesías*. Larbaud: *Las poesías de A. O. Barnabooth* (-23). Fundación del periódico *Acción Francesa* en París (Maurras, L. Daudet, Bainville, Bourget). El cine descubre California: nacimiento de Hollywood. Se acuña el término "cubismo" durante una exposición de G. Braque. B. Bartok: *Cuarteto para cuerdas N° 1*. M. Ravel: *Mi madre la Oca*. Nace Simone de Beauvoir.

1909

Luis E. de Llano Sanojo, en *El Universal*, 2 de marzo de 1978, anota esta fecha como la de su regreso a Caracas, a la casa de la Sra. Lola Reyes de Sucre, entre Torre y Veroes.

Es el primer contacto de una escritora en ciernes con una Caracas apacible y semicolonial.

gración salvadoreña, guatemalteca y hondureña. Guatemala: atentado contra Estrada Cabrera y cuentas represalias de éste. Censo nacional en Uruguay: 1.042.686 habitantes. Extranjeros: 17,38%. Entra en funciones la Suprema Corte de Justicia. Monopolio del Estado en la explotación y administración del Puerto de Montevideo.

A. de Estrada: *El huerto armonioso*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. J. Herrera y Reissig: *Sonetos vascos*. H. Quiroga: *Historia de un amor turbio, Los perseguidos y Bohemia*. Revistas *Esfinge* y *La Patria de Darío*. L. Argüello: *Claros de alma*. D. Mayer: *Estudios sociológicos*. J. S. Chocano: *El Dorado*. G. Laferrere: *Las de Barranco*. E. Carriego: *Misas hebreas*. A. Brogua: *Tabaré*. M. González Prada: *Horas de lucha*. V. A. Belaúnde: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. O. Luco: *Casa Grande*. E. Larreta: *La gloria de Don Ramiro*. Se fundan en Perú la *Revista Histórica* y el semanario *Variedades*. F. Braga: Sociedad de Conciertos Sinfónicos del Brasil. Primeros filmes argentinos y brasileños. Muere Machado de Assis.

V: Gómez asume la presidencia con apoyo de EE.UU. Se instaura una férrea dictadura de corte rural que durará 27 años y que defraudará las ilusiones democráticas de una "nueva era". Reforma de la Constitución.

P. Gil: *El Cabito*. J. Gil Fortoul: *Historia constitucional de Venezuela*. R. Torrealba Alvarez: *Mártires de la tiranía*. L. M. Urbaneja Achelpohl: *Los abuelos*. A. Arvelo Larriva: *Sones y canciones*. Grupo y revista *La Alborada* (R. Gallegos, J. Planchart, J. Rosales, E. Soublette). Fundación de *El Universal* (A. Mata).

AL: Piérola y su partido encabezan la oposición; política de nuevos impuestos

Taft presidente de EE.UU. Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimátum austriaco a Serbia. Mohamed V, sultán de Turquía.

Se sintetizan el caucho, el celofán y la baquelita. Ford fabrica tractores. Peary en el Polo Norte.

Maeterlinck: *El pájaro azul*. E. Pound: *Persona*. H. Hubert & M. Mauss: *Esbozo de una teoría general de la magia*. A. van Gennep: *Los ritos de transición*. V. I. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*. F. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Stein: *Tres vidas*. F. L. Wright: *Robie House* (Chica-



1910

provoca protestas generalizadas en todo el país; *cassus belli* con Bolivia. Se produce un golpe de Estado; Leguía es apresado pero se niega a renunciar (29/V). Es suspendida la enseñanza religiosa en Uruguay. Se acrecienta notablemente la actividad anarquista en Argentina a causa del 1º de Mayo. Saldo de varios muertos y heridos. Se retiran de Cuba las tropas norteamericanas. Colombia reconoce la soberanía de Panamá frente a EE.UU. Tratado Root-Cortez (9/I). Cae el presidente Reyes (8/VII); el vicepresidente Jorge Holguín asume el mando. Guerra civil en Honduras (-11). Se construye en Chile el ferrocarril Arica-La Paz. Los presidentes Porfirio Díaz y William Taft se entrevistan en la frontera (16/X). Revolución contra Zelaya en Nicaragua con intervención de los "marines" so pretexto de haber sido fusilados dos norteamericanos.

M. González Prada: *Presbiterianas*. J. C. Tello: *Antigüedad de la Sífilis en Perú*. Villa Lobos: *Cánticos Sertaneros*. C. Vaz Ferreira: *Pragmatismo*. L. Lugones: *Lunario Sentimental*. J. E. Rodó: *Motivos de Proteo*. E. Acevedo: *Artigas*. Lima Barreto: *Recuerdos del escribiente Isaías Caminha*. P. Fígari: *Mercado viejo*. A. Blest Gana: *El loco Estero*. A. Arguedas: *Pueblo enfermo*. R. Rojas: *La restauración nacionalista*. Se funda la revista *La Ilustración Peruana*. Nace Juan Carlos Onetti.

V: El Congreso legaliza la presidencia de Gómez. Creación del Consejo de Gobierno, integrado por líderes gomecistas y castristas. Se celebra el centenario del 19 de Abril de 1810, primer grito de independencia.

F. Tosta García: *Jacobilla*. R. Gallegos: primeros cuentos en *El Cojo Ilustrado*. Julio Rosales: "El corredor de caminos". Revista *Alma Venezolana* (L. M. Urbaneja Achelpohl).

go). B. Croce: *Lógica*. M. Machado: *El mal poema*. Bourdelle: *Erakles arquero*. A. Gide: *La puerta estrecha*. W. James: *Problemas fundamentales de la filosofía*. G. Braque: *Cabeza de mujer*. Ballets rusos de Diaghilev en París. Fundación de *La Nouvelle Revue Française* (Cocteau, Gide, Claudel y Schlumberger). S. Freud y C. G. Jung en EE.UU. Primeras pinturas abstractas (*Paisajes con casas*) de Basilio Kandinsky. A. Schönberg: *Tres piezas para piano op. 11*.

Jorge V asciende al trono, a la muerte de Eduardo VII de Inglaterra. Japón se anexa Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. Venizelos preside el Consejo de Creta. Caída de la monarquía en Portugal. Francia: huelga de ferroviarios y ley de pensiones a la vejez. Abolición de la esclavitud en China. Paso del Cometa Halley.

Santayana: *Tres poetas filósofos*. R. M<sup>o</sup> Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*. R.



AL: Problemas fronterizos entre Bolivia y Perú. Perú rompe relaciones diplomáticas con Chile. Mediación de Argentina, Brasil y EE.UU. para evitar guerra entre Perú y Ecuador. Revolución en Nicaragua; Triunfa: Juan José Estrada asume la presidencia. Intervención de los Estados Unidos ("pactos Dawson"). 600.000 habitantes en el país. Varios países conmemoran el centenario de su independencia: Argentina, Chile, Ecuador, Colombia y México. Roque Sáenz Peña es presidente de la Argentina (13/III); Cuarta Conferencia Panamericana, en Buenos Aires. Carlos Restrepo presidente de Colombia. Chile: muere el presidente Pedro Montt en Alemania. En Guatemala se prorroga la presidencia de Estrada Cabrera. México: es encarcelado Francisco Madero, candidato opositor; P. Díaz presidente por octava vez consecutiva. Revuelta popular en Puebla, Guerrero y Chihuahua, comienza la revolución mexicana. Ferrocarril transandino Valparaíso-Mendoza. Ley electoral posibilitando mayor representación de las minorías en Uruguay; J. Batlle es proclamado candidato a la presidencia de la República. Hermes da Fonseca presidente de Brasil. Revuelta de la Armada y la Marina, represión y masacre de 500 marineros.

C. Reyles: *La muerte del cisne*. R. Barrett: *Moralidades actuales y Lo que son los yerbales*. O. Araújo: *Prosistas uruguayos contemporáneos*. H. Miranda: *Las instrucciones del año XIII*. P. Henríquez Ureña: *Horas de estudio*. Zorrilla de San Martín: *La epopeya de Artigas*. E. Herrera: *Su majestad el hambre*. D. Agustini: *Cantos de la mañana*. J. Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedra*. Urbina: *Puestas de sol*. Antología *Parnaso chileno*. L. Lugones: *Odas seculares*. C. Vaz Ferreira: *Lógica viva*. J. de la Riva Agüero: *La historia en el Perú*. V. García Calderón: *Del romanticismo al modernismo, prosistas y poetas peruanos*.

Roussel: *Impresiones de Africa*. Russell-Whitehead: *Principia Mathematica*. R. Tagore: *Gitanjali*. Claudel: *Cinco grandes odas*. Lévy-Bruhl: *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*. E. Rostand: *Chantecler*. Mack Sennett: *The slaptisk comedy*. Pavlov: *Los reflejos condicionados*. M. Scheller: *El formulismo en la estética*. N. Angell: *La gran ilusión*. Natorp: *Fundamentos lógicos de las ciencias exactas*. Villaespesa: *Saudades*. A. Loos: Casa Steiner (Viena). G. de Chirico: *El enigma del Oráculo*. B. Kandinsky: *Acuarela abstracta*. F. Léger: *Desnudos en el bosque*. I. Stravinski: *El pájaro de fuego*. Mueren León Tolstoi, Mark Twain y Robert Koch.

1911

A. Gerchunoff: *Los Gauchos judíos*. M. Ugarte: *El porvenir de la América Española*. Z. A. Cáceres: *Mujeres de ayer y de hoy*. C. Torres: *Ydola Fori*. R. Darío: *Poema de Otoño*. Comienza a publicarse *El País* en Uruguay. Reparición de la revista proletaria *La Protesta* (-23) en Perú. Mueren J. Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, R. Barrett y J. C. Blanco.

V: Creación, por decreto presidencial, de la Academia Militar. Los militares tendrán una participación decisiva en los destinos del país. El gobierno adquiere el Palacio de Miraflores, desde ese momento sede oficial de la presidencia.

J. T. Arreaza Calatrava: *Canto a Venezuela y Cantos de la carne y del reino interior*. R. Blanco Fombona: *Cantos de la prisión y del destierro*. Pío Gil: *Cuatro años de mi cartería y Los felicitadores*. T. Febres Cordero: *Tradiciones y leyendas*.

AL: Tratado comercial entre Perú y Bolivia. Conflicto armado entre Colombia y Perú. Primer paro general de obreros en el Perú, en apoyo a los obreros textiles de Vitarte, que crean el primer sindicato obrero del Perú; crisis constitucional, el gobierno de Leguía impone un tercio parlamentario adicto contra la oposición del bloque civilista, encabezado por A. Miró Quesada, amnistía general para los presos y procesados políticos, ley de accidentes de trabajo. Hiram Bingham descubre Machu Pichu. Brasil amplía sus leyes sobre inmigración. Porfirio Díaz renuncia al poder. Madero es elegido presidente de México; Emiliano Zapata formula el Plan de Ayala. En Uruguay, Batlle es electo presidente por segunda vez: Consejo de Protección de Menores; Tratado con Brasil, modificando el de 1879. Se crea una Comisión Topográfica para la demarcación de límites entre los dos países. Nacionalización

Seguros sociales en Inglaterra. Taft disuelve la Standard Oil y la Tobacco Co. Sun Yat-sen proclama la República de Nankin. Golpe de Agadir. Guerra ítalo-turca; Italia se anexa la Tripolitania. Se funda la Federación Nacional del Trabajo en Barcelona.

Amundsen en el Polo Sur. Rutherford: teoría atómica nuclear.

F. Graebner: *El método en etnología*. F. Boas: *El significado del hombre primitivo*. J. G. Frazer: *La rama dorada* (1ª ed., 1890). D. H. Lawrence: *El pavo real blanco*. K. Mansfield: *Una pensión alemana*. A. Jarry: *Ubu encadenado*. Saint-John Perse: *Elogios*. P. Baroja: *El árbol de la ciencia*. E. Pound: *Canzoni*. Claudel: *El rebén*. Chesterton: *La historia del Padre Brown*. B. Kandinski y P. Klee fundan *El jinete azul*. M. Duchamp: *Desnudo bajando una escalera N° 1*. R. Strauss: *El caballero de la rosa*. Maillol: *Flora*. C. Debussy: *El martirio de San Sebastián*. Maeterlinck: Premio Nobel de Literatura.

1912

del Banco de la República y monopolio de los seguros por parte del Estado. En Nicaragua Adolfo Díaz (contador de empresas mineras norteamericanas) es presidente, tras una sublevación del ejército que obliga a renunciar a Estrada.

E. Acevedo Díaz: *Epocas militares en los países del Plata*. E. Herrera: *La moral de Misia Paca y El león ciego*. O. Araújo: *Historia de la escuela uruguaya*. González Martínez: *Los senderos ocultos*. A. Reyes: *Cuestiones estéticas*. González Prada: *Exóticas*. J. María Eguren: *Simbólicas*. Ureta: *Rumor de almas*. E. Banch: *La urna*. R. Barrett: *El dolor paraguayo*. Revista *Mundial* (en París; R. Darío). Revista *Atlántida*, en Nicaragua. Nace José María Arguedas.

V: Se inicia el auge definitivo de la explotación petrolera; Concesión Valladares, traspasada ese mismo año a la Caribbean (Shell): 27 millones de hectáreas en los Estados Anzoátegui, Carabobo, Táchira, Monagas, Mérida, Lara, Trujillo y Yaracuy, Territorio Federal Delta Amacuro y parte de Zulía, Falcón y Sucre. Fiebre amarilla, peste bubónica y viruela en Caracas y alrededores.

Fundación del Círculo de Bellas Artes (A. E. Monsanto, B. Monsanto, M. Cabré, A. Reverón, R. Monasterios, L. A. López Méndez, P. Martínez, R. Gallegos, J. Planchart, E. Planchart, A. Fuenmayor, L. Martínez, F. Paz Castillo, E. Calcaño, L. García Maldonado, M. V. Lecuna, L. E. Mármol y A. E. Blanco).

AL: Perú: el director de la compañía cauchera inglesa British Rubber Co. es juzgado y encontrado culpable de obligar a trabajos forzados a los trabajadores de la compañía: escisión del partido civilista; Guillermo Billinghurst presidente constitucional (24/IX). Enfrentamiento armado

Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos serbios, búlgaros y griegos. Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Se hunde el *Titanic* en viaje inaugural. Fundación del Kuo-min-tang. Importantes huelgas en Inglaterra y EE.UU.

Hopkins: Las vitaminas. A. G. Fibiger produce los primeros tumores cancerosos en células sanas. Trabajo en cadena de las fábricas Ford.

E. Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa*. C. G. Jung: *Transformación y símbolo de la libido*. Claudel: *La anunciación a María*. A. France: *Los Dioses tienen sed*. G. B. Shaw: *Pigmalion*. R. Luxemburgo: *La acumulación de capital*. Papini: *Un hombre acabado*. A. Machado: *Campos de Castilla*. R. Valle Inclán: *Voces de gesta*. Barres: *Greco o el Secreto de Toledo*. J. Sorge: *El mendigo*. B. Kandinsky: *Lo espiritual en el arte*. W. James: *Ensayos sobre el empirismo radical*. G. Marcel: *Condiciones dialécticas de la filosofía*. M. Ravel: *Dafnis y Cloé*. A. Schö-



1913

con Colombia. Huelga violenta, represión con saldo de más de 100 muertos. Linchamiento de Alfaro en Ecuador. Se promulga en Argentina, por medio de la Ley Sáenz Peña, el voto secreto y obligatorio. Insurrección negra en Cuba, desembarco de tropas norteamericanas (1/XI); el general Menocal es presidente. Conflicto entre Paraguay y Argentina, que rompen relaciones. Desembarco de "marines" en Honduras y Nicaragua; en ésta la ocupación es permanente y hay administración de aduanas, ferrocarril y banca hasta 1925. Rosendo Matienzo Cintrón funda el Partido Independentista de Puerto Rico. En Uruguay: La electricidad, el cabotaje nacional y los bancos son monopolizados. Se crean el Registro de Residencias, el Instituto de Química Celular y la Universidad para mujeres. Queda abolida la reclusión celular individual y continua. El Congreso de la FORU cuenta 7.000 miembros.

Hnos. García Calderón: *Revista de América en París*. F. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique*. Pezoa Véliz: *Alma chilena*. A. dos Anjos: *Yo*. C. N. Roxlo: *Historia crítica de la literatura uruguaya*. L. A. de Herrera: *El Uruguay internacional*. R. Darío: conferencia sobre Herrera y Reissig. R. Barradas: *Piriápolis*. J. Gálvez: *El jardín cerrado*. J. Capello: *Los menguados*. R. Uribe Uribe: *De cómo el liberalismo no es pecado*. Blest Gana: *Gladys Fairfield*. A. Ortiz: *El parnaso nicaragüense*. Ortega Arancibia: *40 años*. Perú, fundación del diario *La Crónica* (C. Palma Director). Nace P. A. Cuadra.

V: José Gil Fortoul se encarga de la presidencia mientras Gómez se retira a la ciudad de Maracay en la que residirá con frecuencia. El ministro de Instrucción Pública, Guevara Rojas, ordena el cierre de la Universidad, en medio de protestas profesionales y desórdenes estudiantiles. Recru-

enberg: *Pierrot lunar*. Muere Menéndez Pelayo.

Manifestaciones de sufragistas en Inglaterra. Turquía reinicia hostilidades. Nueva guerra balcánica. Poincaré presidente de Francia; Wilson de EE.UU. Tratado de Bucarest y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas. Zanzíbar es incorporada al África oriental inglesa. Detenido Ma-



dece la represión política; prisión de Arévalo González y del general R. Delgado Chalbaud (este último, hasta 1927). La Shell Oil adquiere el control de las concesiones de la General Asphalt.

U. Pérez: *Anfora criolla*. R. Gallegos: *Los aventureros*. J. R. Pocater: *Política feminista*. R. Blanco Fombona: *Dramas mínimos*. J. A. Barazarte: *El tío Sam* (Novela antimperialista).

AL: Perú: en absoluto secreto el presidente Billinghamurst y el congreso tratan el problema de Tacna y Arica en vistas a solucionarlas. Leguía es deportado, se promulga un decreto reconociendo jornada de ocho horas a los estibadores de El Callao; el Estado expropia el servicio de agua potable. Asesinato de M. E. Araujo en El Salvador; lo sucede Carlos Meléndez, que inicia la dictadura de los Meléndez. Bordas presidente de la República Dominicana. En México, trágicos diez días de Huerta; asesinato de Madero y Suárez, acciones de Carranza, Villa y Obregón contra el presidente Huerta; Wilson pide renuncia de Huerta. Se inaugura el ferrocarril Arica-La Paz. Colonización japonesa en Brasil. Concesiones ecuatorianas a Pearson & Son para explotación petrolera. Argentina recibe 364.878 inmigrantes a lo largo del año. Se precisan los límites entre este país y Bolivia. Nuevos derechos de protección sobre el Canal de Panamá son concedidos a EE.UU. Puerto Rico: A. Yager gobernador; la Cámara de Delegados declara que Puerto Rico tiene derecho a ser independiente. En Uruguay, Ley de divorcio por sola voluntad de la mujer. Huelga tranviaria y paro general de más de 50.000 trabajadores. Escisión del Partido Colorado.

Torres García: *La Catalunya eterna*. R. Sienra: *La dama de San Juan*. J. E. Rodó: *El mirador de Próspero*. D. Agustini: *Los cálices vacíos*. J. Herrera y Reissig: *Obra*

hatma Gandhi.

Bohr: teoría de las circunstancias. Haber: síntesis de rayos X.

S. Freud: *Totem y tabú*. E. Husserl: *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. M. Proust: *En busca del tiempo perdido* (-27). C. Apollinaire: *Alcoholes* y *Los pintores cubistas*. M. de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*. Malevich: *Manifiesto del Suprematismo*. D. H. Lawrence: *Hijos y amantes*. M. Duchamp: *Rueda de bicicleta*. G. de Chirico: *Plaza de Italia*. Primera gran exposición de arte moderno. *Armony Show* de Nueva York. I. Stravinski: *La consagración de la primavera*. Nace Albert Camus.

1914

*Completa* (póstumo). P. Dávalos y Lisson: *Leguía* (novela histórica). F. García Calderón: *La creación de un continente*. J. Ingenieros: *El hombre mediocre*. E. Carriego: *El alma del suburbio*. México: *La Adelita*, *La Cucaracha*. Buenos Aires: *El apache argentino* (Aróstegui). Díez Canedo: *Poesía Moderna Francesa* (Antología). Freitas: *Una víctima americana*. Solón Argüello es fusilado en México y aparece su último libro: *Cosas crueles*.

V: Gómez electo presidente constitucional de la República encarga al doctor V. Márquez Bustillos, mientras él asume funciones de Comandante en Jefe del Ejército, con asiento en Maracay. Primer levantamiento del general Arévalo Cedefio. Inicio de la producción comercial de petróleo en el Zulia (Mene Grande).

E. Arroyo Lameda: *Momentos*. M. S. Sánchez: *Bibliografía venezolanista*. J. Rosales: *Bajo el cielo dorado*. A. Díaz Guerra: *Lucas Guevara*. C. E. Villanueva: *Villa Sana*.

AL: Perú: sublevación militar al mando del coronel Oscar Benavides. Derrocamiento y prisión de Billinghurst (4/II); asesinato del ministro de la guerra. Junta militar asume el gobierno. Benavides presidente provisional, mayoría en el congreso apoya al vicepresidente Roberto Leguía. Varios intelectuales presos. Crisis económica. Tratado Thompson-Urrutia: Colombia ratifica su reconocimiento de la independencia de Panamá; se inaugura el canal de Panamá. Bloqueo y desembarco norteamericano en Veracruz; en Niágara se realiza la conferencia para resolver diferencias entre México y EE.UU. Renuncia Huerta, Carranza presidente, Zapata y Villa en su contra. Conferencia de Aguascalientes. Tratado Bryan-Chamorro para el canal interoceánico por Nicaragua. Nicaragua cede a perpetuidad derechos de cons-

Se desencadena la Primera Guerra Mundial. Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Servia, Montenegro y Japón contra Austria, Hungría, Alemania y Turquía. Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria declara la guerra a Servia; Alemania a Rusia y a Francia; Inglaterra a Alemania. Asesinato de Jaurés. Muerte de Pío X; Benito XV Papa. Ley anti-trustes en EE.UU. Invasión de Bélgica. Batalla del Marne.

H. Bahr: *Expresionismo*. F. Kafka: *En la colonia penitenciaria*. J. Ramón Jiménez: *Platero y Yo*. J. Joyce: *Dubliness*. J. Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Dreiser: *El titán*. B. Croce: *La literatura de la nueva Italia*. Watson: *Conductismo*. Alain Fournier: *El gran Meaulnes*. A. Gide: *Las cuevas del Vaticano*. E. Matisse: *Peces Rojos*. P. Picasso: *El jugador de cartas*. O. Kokoschka: *La novia del viento*. J. Gris: *Vaso y paquete de tabaco*. B. Kandinsky: *Improvisación*. C. Chaplin: *Carlitos periodista*. W. C. Handy: *St. Louis Blues*.

---

1915

De esta fecha datan sus primeros cuentos, publicados en *El Universal* y en algunas revistas parisinas, bajo el pseudónimo Frufrú.

Cuentos editados esta fecha: *Un evangelio indio: Buda y la leprosa* y *Flor de loto: una leyenda japonesa*.

De esta fecha posiblemente datan sus cuentos fantásticos, publicados por primera vez en este volumen: *El ermitaño del reloj*, *El genio del pesacartas* y la *Historia de la señorita grano de polvo, bailarina del sol*.

trucción por cualquier punto de su territorio. Cesión del Golfo de Fonseca para estación naval. "Marines" en Port-au-Prince (XII). O. Zamor derrota a M. Oreste con la ayuda de J. D. Theodore (II) y asume la presidencia de Haití. Theodore se rebela contra Zamor y asume a su vez la presidencia. Oposición de la Cámara de Delegados de Puerto Rico a aceptar la ciudadanía estadounidense. En Uruguay: Ley de accidentes de trabajo. Ley reglamentando las condiciones de despido. Aumento del costo de la vida. Desocupación en Montevideo.

H. D. Barbagelata: *Artigas y la Revolución americana*. E. Acevedo Díaz: *Lanza y sable*. Vargas Vila: *La muerte del cóndor*. Ayón: *Escritos varios*. V. García Calderón: *Los mejores cuentos americanos* y *Dolorosa y desnuda realidad*. A. Aguirre Morales: *Flor de ensueño*. P. Henríquez Ureña: *El nacimiento* y *Dyonisos*. M. Gálvez: *La maestra normal*. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*. R. Darío: *Canto a la Argentina*. M. Ponce: *Estrellita*. V. Huidobro: *Manifiesto* y *Las pagodas cultas*. Clausura de *La Prensa* de Lima; aparece en Puna el periódico *La voz del obrero* y en Lima el periódico *La lucha*. Nacen Octavio Paz, Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casares, Nicanor Parra y J. Pasos. Mueren D. Agustini, C. M. Herrera y Sambucetti.

V: Gómez continúa gobernando y afianzándose desde Maracay: el Congreso lo reelige presidente por un período de siete años. Arévalo Cedeno invade por el Arauca. Tropas del gobierno asesinan al general H. Ducharne. Se promulga la Ley de Instrucción Superior que autoriza la libertad de estudios y crea escuelas superiores autónomas de Ciencias Políticas, Ciencias Físicas y Matemáticas, Ciencias Médicas y de Filosofía y Letras. También, la Ley de Misiones.

Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. El *Lusitania* es torpedeado. Italia declara la guerra a Austria. Declaración de guerra aliada a Bulgaria. Alemania declara la guerra submarina y los Aliados deciden el bloqueo marítimo. Triunfos alemanes en el frente ruso.

A. Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. A. Wegener: *El nacimiento de los continentes y océanos* (Teoría de la deriva continental).





R. Blanco Fombona: *El hombre de oro*. E. O. Guerrero: *Diccionario filológico, estudio general sobre el lenguaje venezolano*. Desaparece *El Cojo Ilustrado*. Estreno del joropo *Alma Llanera* (P. E. Gutiérrez).

AL: Perú: José Pardo presidente constitucional; el grupo de José de la Riva Agüero funda el Partido Nacional Democrático. Establecimiento de la libertad de cultos. Deterioro del nivel de vida de las masas urbanas a pesar de la recuperación económica. Uruguay, jornada de ocho horas (13/VII); Viera es electo presidente; Monopolio estatal de correos, teléfonos y teléfonos; administración estatal de tranvías y FF.CC. Buque brasileño hundido por submarino alemán. Tratado A-B-C (Argentina-Brasil-Chile) de arbitraje obligatorio. Haití, Zamoristas obligan a J. D. Theodore a renunciar y conducen a G. Sam a la presidencia; Zamor es ejecutado por orden presidencial. Al día siguiente G. Sam es asesinado; desembarco de "marines" en Santo Domingo, derrota de rebeldes y muerte de Maximito Cabral. En México, Obregón derrota a Villa. En Puerto Rico son expulsados del Partido Unión de Puerto Rico y reprimidos los independentistas. De Diego funda la Unión Antillana, en Cuba, con participación de ésta, Santo Domingo y Puerto Rico.

E. Agorio: *La Fragua*. A. Dellepiane: *La Paramnesia y los sueños*. Torres García: *Pastoral*. H. Causa: *Plaza de Polenza*. J. Gálvez: *Posibilidades de una literatura genuinamente nacional*. E. Bustamante y Ballivián: *La Evocadora y Arias del silencio*. E. Barrios: *El niño que enloqueció de amor*. Palés Matos: *Azaleas*. R. Güiraldes: *El cencerro de cristal y Cuentos de muerte y de sangre*. G. Mistral: *Los sonetos de la muerte*. Marasso: *La canción olvidada*. Román Mayorga Rivas: *Viejo y Nuevo*. C. Oyuela: *Estudios literarios*. Perú, E. Bustamante: revista *Cultura*; producción literaria diver-

W. H. Duckwoeth: *Morfología y antropología*. F. Kafka: *La metamorfosis*. V. Maikowski: *La nube en pantalones*. Wölfflin: *Principios fundamentales de la historia del arte*. M. de Unamuno: *Ensayo*. Trakl: *Sebastián en el sueño*. R. Rolland: *Por encima de la contienda*. A. Lowell: *Seis poetas franceses*. M. de Falla: *El amor brujo*. D. W. Griffith: *El nacimiento de una nación*. Revista *Orfeo* en Portugal.

1916

sa en la revista *Lulú*. Revista *Panida* en Colombia. *La Cumparsita*, tango de Matos Rodríguez.

V: Promulgación de la Ley de Tareas que obliga a los presos a trabajar en obras públicas sin remuneración alguna. El Papa Benedicto XV condecora a Gómez y lo hace conde romano. Pacto de Bogotá entre Venezuela y Colombia. Intensificación de la actividad bancaria nacional e internacional. Nace Rafael Caldera.

L. M. Urbaneja Achelpohl: *En este país*. J. Rosales: *Caminos muertos*. P. Lizardo: *El forastero*. J. R. Pocater: *Vidas oscuras*. R. Bolívar Coronado: "El nido de azulejos" (cuento premiado en los I Juegos Florales Nacionales).

AL: Perú: el presidente Pardo renuncia por motivos de salud; lo sucede el vicepresidente Ricardo Bentín, represión de las huelgas de Huacho y huelga de telegrafistas, obreros del petróleo, etc. Se promulga la ley de salario mínimo para los trabajadores indígenas. Aparece el periódico de oposición *El Tiempo*. En Argentina resulta electo, por voto secreto H. Yrigoyen, que ocupa la presidencia; Zuloaga y Bradley cruzan la cordillera en globo. Cuba, Menocal es reelecto presidente. Ecuador: se establece jornada de ocho horas. República Dominicana, ocupada por tropas norteamericanas. Promulgación del Código Civil Brasileño. Fundación de la Academia Antillana de la Lengua en Puerto Rico. En Uruguay: Censo ganadero: 11.472.852 lanars, 7.802.442 vacunos. Frigorico Montevideo pasa a llamarse "Swift".

E. Acevedo Díaz: *El mito del Plata*. A. Agorio: *Fuerza y derecho*. E. Acevedo: *Historia del Uruguay*. J. Alonso y Trelles: *Paja brava*. E. Frugoni: *Los Himnos*. C. Reyles: *El terruño*. B. Lynch: *Los caran-*

Batallas de Verdún y del Somme. Batalla de Jutlandia. Rumania entra en guerra. Ofensivas rusa e italiana. Segunda Conferencia Socialista Internacional. Congreso Socialista Francés. Formación del Spartakusbund en Alemania. Asesinato de Rasputín en Rusia. Reección de Wilson en EE.UU.

Barbusse: *El juego* (premio Goncourt). S. Freud: *Introducción al psicoanálisis*. C. J. Webb: *Teoría de grupo en religión*. J. Joyce: *Retrato del artista adolescente*. J. Dewey: *Democracia y educación*. D. W. Griffith: *Intolerancia*. F. de Saussure: *Curso de lingüística general* (póstumo). Movimiento Dadá en Zurich.

1917

chos de la Florida. R. Rojas: *La Argentina*. Gómez Carrillo: *Campos de batallas y campos de ruinas*. F. Ortiz: *Hampa afrocubana: los negros esclavos*. L. Lugones: *El Payador*. V. Huidobro: *Adán y El espejo de agua*. A. Ulloa Sotomayor: *Organización social y legal del trabajo en el Perú*. J. de la Riva Agüero: *Elogio del Inca Garcilaso, ensayo biográfico*. A. Hidalgo: *Ofrenda lírica al emperador de Alemania y otros poemas*. A. Valdelomar: *Las voces múltiples*, antología poética. Aguirre Morales: *Devocionario*. Percy Gibson: *Jornada heroica*. J. M. Eguren: *La canción de las figuras*. V. García Calderón: *Une enquette littéraire: Don Quichotte a Paris et dans les Tranchies*. López Velarde: *La sangre devota*. M. Azuela: *Los de abajo*. M. Brull: *La casa del silencio*. A. Valdelomar: revista *Colónida* (Perú); periódico literario *La mujer peruana*. Muere Rubén Darío.

V: Incremento de la explotación petrolera; primer oleoducto, primera refinería y comienzo de la exportación. Establecimiento de la Compañía Anónima Venezolana de Navegación.

P. Arcaya: *Estudios de sociología venezolana*. F. Pimentel: *Pitorreos*. Revista *Venezolana Contemporánea* (A. E. de la Rosa). Mueren Romerogarcía y Teresa Carreño.

AL: Perú: ruptura de relaciones con Alemania, e incautación de buques de esa nacionalidad surtos en El Callao. Se constituyen la Central General de Trabajadores (C. G. T. P.), y la Federación de Estudiantes del Perú, se funda la Universidad Católica del Perú (24/III). Comienza a realizarse la potabilización, con cloración, del agua de Lima. Ley sobre trabajo de la mujer y el niño. Huelgas en todo el país y sublevación indígena en el sur. Se retiran las tropas norteamericanas de México. Nueva constitución mexicana: sufragio uni-

EE.UU. declara la guerra a Alemania, Declaración Balfour sobre el sionismo. Abdicación de Nicolás II. Lenin en Rusia. El Soviet toma el poder en Petrogrado; la Revolución rusa. Negociaciones de Brest-Litovsk. Finlandia proclama su independencia. Nacen John Kennedy e Indira Gandhi.

C. G. Jung: *Psicología del inconsciente*. A. Machado: *Poesías completas*. C. Wissler: *Los indios americanos*. P. Valéry: *La joven Parca*. Ramuz: *La gran primavera*. T. S. Eliot: *Prufrock y otras observaciones*. V. I. Lenin: *El estado y la revolución y El imperialismo, estadio superior del capitalismo*. K. Hamsun: *Los frutos de la tierra*. Satie: *Parade*. A. Berg: *Wozzeck* (—22). Mary Pickford: *Pobre niña rica*. L. Pirandello: *Cada uno a su juego*. Original Dixieland Jazz Band: *Dixie Jazz Band One Step* (primer disco de jazz). P. Mondrian: *De Stijl*. Creación del premio Pulitzer. Muere Edgar Degas.



versal, control del Estado sobre sus recursos naturales, restricción del poder de la Iglesia Católica, jornada de ocho horas, salario mínimo, reforma agraria y urbana, etc. Carranza elegido presidente. Uruguay: la constitución establece el gobierno colegiado y retira a la Iglesia el apoyo del Estado; Submarinos alemanes hundien barcos argentinos. La Jones Act. hace de Puerto Rico un territorio norteamericano. Unos 18 mil puertorriqueños son reclutados para la guerra contra Alemania. Revolución de Gómez en Cuba y desembarco de "marines". El tratado de Haití con EE.UU. es extendido hasta 1936. Chile establece descanso dominical al comercio y a la industria. Brasil en guerra contra Alemania. Terremoto arrasa la ciudad de Guatemala. Comienza la dictadura de Tinoco en Costa Rica. La Corte Centroamericana de Justicia declara infringidos los derechos de El Salvador por el tratado entre Nicaragua y EE.UU. Un terremoto destruye la ciudad de San Salvador. En Uruguay se aprueba la reforma de la Constitución con el Ejecutivo Colegiado. Ruptura de relaciones con Alemania. Ley que declara "de interés nacional" la ocupación de barcos alemanes internados.

Ureta: *El dolor pensativo*. A. Hidalgo: *Panoplia lírica*. M. Azuela: *Los caciques*. M. de Andrade: *Hay una gota de sangre en cada poema*. R. Rojas: *La literatura argentina*. A. Reyes: *Visión de Anáhuac*. E. Barrios: *Un perdido*. A. Agorio: *La sombra de Europa*. J. Zorrilla de San Martín: *Detalles de la historia rioplatense*. V. Basso Maglio: *El diván y el espejo*. Sabat Ercasty: *Pantheos*. H. Quiroga: *Cuentos de amor, de locura, y de muerte*. Diario *La Mañana*. Academia Peruana de la Lengua. Aparecen la *Revista de Actualidades* y el diario *El Perú*. Anita Malfatti: *Exposición de Arte Moderno*. García Monge: *La Mala Sombra*. Triunfo del "son" en Cuba. Leo-



1918

nidas Merovi es asesinado en la puerta del diario *La Prensa*, de Lima. Nace Mario Florián. Mueren Ernesto Herrera y José Enrique Rodó.

V: Sublevación del Castillo de Puerto Cabello. Manifestaciones estudiantiles. La gripe española azota al país: 22.000 víctimas. El *bolívar de oro* como unidad monetaria.

A. E. Blanco: *El huerto de la epopeya*. R. Blanco Fombona: *Cancionero del amor infeliz*. J. E. Lossada: *Madréporas*. J. R. Potaterra: *Tierra del sol amada*. M. Díaz Rodríguez: *Sermones líricos*. Revista *Cultura Venezolana* (J. A. Tagliaferro). J. Garmendía publica su primer cuento: "El gusano de luz" en *El Universal*.

AL: Perú: se suspenden relaciones con Chile; Ley de Instrucción Pública (28/I), enseñanza primaria gratuita y obligatoria. Conflicto entre el Estado y la London Pacific Petroleum Co. Perú toma parte en la Asamblea de Paz de Versalles y plantea la recuperación de Tacna y Arica. Colombia elige presidente a Marcos Fidel Suárez. Guatemala es nuevamente destruida por un terremoto. Ley de propiedad estatal sobre depósitos minerales en El Salvador. Argentina es gran exportador de carne a nivel mundial; se inicia la reforma universitaria. Protesta norteamericana e inglesa contra México por las concesiones de petróleo. Confederación Regional Obrera. Rodríguez Alves presidente del Brasil. En Uruguay: Tratado de arbitraje obligatorio con Gran Bretaña. Tratado de liquidación de deudas con Brasil. Tratado de Arbitraje con Colombia. Promulgación de la nueva Constitución.

C. Reyles: *Diálogos olímpicos*. J. E. Rodó: *El camino de Pharos* (póstumo). C. Miranda: *Prosas*. H. Quiroga: *Cuentos de la Selva*. S. E. Llona: *Teoría sismológica ciclotidal*. J. Prado Ugarteche: *El genio de*

Fin de la Primera Guerra Mundial. Retirada de los alemanes en la posición Hindenburg. Conferencia de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los Aliados y los soviets. Lenin establece el gobierno en Moscú. Ejecución de Nicolás II. Se vota la constitución soviética. Creación de la Tcheka. Derecho de voto a las mujeres en Inglaterra. Italia y Austria se reparten a Yugoslavia. Guerra de liberación de la ocupación rusa y alemana por parte de los países bálticos.

M. Planck: Premio Nobel de Física.

O. Spengler: *La decadencia de Occidente* (—22). Kautsky: *La dictadura del proletariado*. R. Luxemburgo: *Programas de la Liga Espartaco*. Gómez de la Serna: *Pombo*. G. Apollinaire: *Caligramas*. Ozenfant y Le Corbusier: *Después del cubismo*. A. Modigliani: *Retrato de mujer*. T. Tzara: *Manifiesto Dadá*. Mueren Plejanov, C. Debussy y G. Apollinaire.

1919

la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú. A. Valdelomar: *El caballero Carmelo, cuentos*. A. Hidalgo: *Hombres y bestias y Las voces de colores*. C. Vallejo: *Los heraldos negros*. A. Palma: *Vencida*. A. Guillén: *Prometeo*. Monteiro Lobato: *Urupés*. V. Huidobro: *Poemas árticos y Ecuatorial*. R. Miró: *Segundos preludios*. S. de la Selva: *Tropical town and other poems*. G. E. Hudson: *Allá lejos y hace tiempo*. A. Storni: *El dulce daño*. J. Ingenieros: *Evolución de las ideas argentinas*. F. García Godoy: *El americanismo literario*. M. Azuela: *Tribulaciones de una familia decente*. B. Lynch: *Raquela*. Vasconcelos: *El monismo estético*. E. Martínez Estrada: *Oro y Piedra*. Nacen Juan Rulfo y Arreola.

V: Otro de los grandes caudillos de comienzos del siglo, el general Juan Pablo Peñalosa, invade por el Táchira. Fracasa levantamiento de los cuarteles de Caracas: varios implicados mueren en prisión. Continúa incremento del comercio internacional. Se inaugura el Nuevo Circo de Caracas. Promulgada ley que prohíbe portar armas de fuego (se procede a confiscarlas) y hace obligatorio el registro de las escopetas. Muere José Gregorio Hernández.

E. Planchart: *Primeros poemas*. L. Vallén: *La voz de la montaña*. L. Lanz: *Cesarismo democrático*. Revista *Actualidades* (R. Gallegos).

AL: Perú: Leguía encabeza una revolución contra Pardo y el Congreso lo aprueba como presidente constitucional; paros generales, huelgas, decreto presidencial estableciendo cátedras libres, representación estudiantil en el Consejo Universitario, etc. Fundación de la Federación Obrera Regional Peruana (3.200 obreros) e instalación de la Asamblea Constituyente y de los congresos regionales. Brasil: muere el presiden-

El saldo de la Primera Guerra Mundial es de 10 millones de muertos. Se desintegra el imperio austro-húngaro por el tratado de Saint-Germain, en Laye. Tratado de Paz de Versalles, que quita colonias a Alemania. Fundación de la III Internacional Comunista en Moscú. Italia: aparición de los "fascios". Se crea la "Sociedad de Naciones". Proclamación de la República de Baviera. Rosa Luxemburgo, Liebknecht y otros militantes son asesinados. Gandhi entra en la lucha por la independencia de la India. Frustrada revolución en Egipto.

Rutherford convierte el átomo de hidrógeno en átomo de oxígeno.

E. Nordenskiöld: *Estudios comparados de Etnografía*. K. Jaspers: *Psicología de las concepciones del Universo*. Keynes: *Las consecuencias económicas de la paz*. Gannett: *Epistolario*. A. Gide: *Sinfonía pastoral*. R. Jakobson: *La nueva poesía rusa*. Ungaretti: *La alegría*. H. Hesse: *Demian*. E. Pound: *Cantos* (—57). Gropius crea la *Bauhaus*. Primer periódico tabloide en EE. UU. Gramsci funda *L'ordine nuovo*. Manuel de Falla: *El sombrero de tres picos*.

---

1920

Publica en la revista *Actualidades*, dirigida por Rómulo Gallegos, su *Diario de una caraqueña por el Lejano Oriente*, refundido de las cartas que le enviara su hermana María quien fue en verdad la viajera.

te Rodríguez Alves; eligen a Epitacio Da Pessoa. Se disuelve la Corte Internacional Centroamericana de Justicia. En Haití se subleva Charlemagne Perlate. EE.UU. embarga armas para México. Asesinato de Zapata en México. Gutiérrez derrocado en Bolivia. Snowden gobernador militar en Santo Domingo. Huelga portuaria en Argentina, ley marcial y represión sangrienta en la que se ha dado en llamar la "Semana Trágica". Puerto Rico: Reconocimiento formal de la independencia; acta de ayuda para la represión. En Colombia se funda el Partido Socialista. Conatos de guerra con Venezuela. En Uruguay, B. Brum es electo presidente. División del Partido Colorado en cuatro facciones. Se reanudan relaciones con Alemania. Aparece *Justicia*, órgano del Partido Socialista.

L. A. Herrera: *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*. S. C. Rossi: *El criterio fisiológico*. A. Laplace: *Opiniones literarias*. G. Zaldumbide: *José E. Rodó*. A. Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay*. J. de Ibarbourou: *Las lenguas de diamante*. Bustamante y Ballivián: *Autóctonos*. Ureta: *Poemas*. L. A. Sánchez: *Los poetas de la revolución*. A. Arguedas: *Raza de bronce*. A. Hidalgo: *Jardín zoológico*. A. Valdelomar: *Belmonte el trágico*. L. del Llano: *Cartas a mi hijo; Psicología de la mujer y Cuentos*. V. Huidobro: *Altazor* (-31) Lima Barreto: *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá*. M. Gálvez: *Nacha Regules*. A. Storni: *Irremediabilmente*. A. Nervo: *La amada inmóvil*. Roland de Carvalho: *Pequeña historia de la literatura brasileña*. R. López Velarde: *Zozobra*. Fundación del Conservatorio Universitario de Lima. Mueren Valdelomar, R. Palma y Amado Nervo.

V: El Congreso aprueba la incorporación de Venezuela a la Sociedad de la Liga de las Naciones. Primera ley petrolera del país. Se reabre la Universidad Central, clau-

Fundación del Partido Comunista en EE. UU. y en Francia. Disolución del Imperio Turco. Comienza a sesionar la "Sociedad de Naciones". Ley seca en EE.UU., dere-



surada desde 1912 (diciembre). Creación de la Escuela de Aviación Militar. Feroz represión de Eustoquio Gómez en el Táchira.

S. D. Maldonado: *Tierra nuestra*. F. Paz Castillo: *La buerta de Doñana*. R. Gallejos: *El último Solar*. E. B. Núñez: *Después de Ayacucho*. R. Bolívar Coronado: *Memorias de un semibárbaro*. Nace Aquiles Nazoa.

AL: Perú: nueva Constitución del Estado; arrestos y deportaciones por causas políticas, se reconoce imprescriptibilidad de las tierras de las comunidades indígenas, pero, en virtud de la ley de Conscripción vial se usa a los indios para la construcción y reparación de carreteras. Guatemala, cae el dictador Estrada Cabrera. En México es asesinado Carranza. Alessandri presidente de Chile, Obregón de México y Tamayo de Ecuador. El Congreso de El Salvador aprueba resolución en favor de la unidad de las cinco repúblicas centroamericanas. Avance electoral socialista en Puerto Rico. En Uruguay: Fracasado golpe rivierista. VIII Congreso del Partido Socialista: adhesión a la 3ª Internacional. Aprobación del convenio con Argentina sobre cooperación de policía internacional. Leyes de descanso semanal y de indemnización por accidentes de trabajo.

G. Gallinal: *Crítica y arte*. J. de Ibarbourou: *El cántaro fresco*. H. Quiroga: *El salvaje*. V. Pérez Petit: *Entre los pastos*. E. López Albújar: *Cuentos andinos*. J. Kimich: *Casa Chúcaro de Hongo*, leyenda. V. García Calderón: *Cantilenas, Semblanzas de América, Bajo el clamor de las sirenas y En la verbena de Madrid*. A. Hidalgo: *Muertos, heridos y contusos*. M. Iberico: *¿Una filosofía estética?* A. Guillén: *Deucalión*. J. Edwards Bello: *El roto*. J. J. Taubada: *Li Po y otros poemas*. M. L. Gu-

cho a voto a las mujeres, arresto de Sacco y Vanzetti. En Alemania se funda el Partido Obrero Nacional Socialista (nazi). Huelgas en Francia e Italia. II Congreso de la III Internacional en Leningrado y Moscú: se adoptan los 21 puntos de Lenin. "Domingo de sangre" en Dublin. Primer hallazgo de restos del "Hombre de Pekín".

F. Jackson Turner: *La frontera en la historia americana*. Thomas & Znaniecki: *El campesino polaco en Europa y América*. L. Trotsky: *Terrorismo y comunismo*. Sh. Anderson: *Pobre blanco*. S. Lewis: *Main Street*. V. I. Lenin: *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. E. O'Neill: *Emperador Jones*. V. Maiakovski: *150.000.000*. R. Valle Inclán: *Divinas palabras*. S. Fitzgerald: *De este lado del paraíso*. C. G. Jung: *Tipos psicológicos*. S. Undser: *Cristina Lavransdatter* (-22). Cavafis: *Poemas* (publicados en 1935). Primer filme expresionista: *El gabinete del doctor Caligari*, de R. Wiene. Mueren B. Pérez Galdós y A. Modigliani. Knut Hamsun es Premio Nobel de Literatura.



1921

Con motivo de la visita del Príncipe de Borbón a Venezuela, escribe su mensaje respuesta al que Doña Paz de Borbón dirigiera en homenaje a las venezolanas.

mán: *A orillas del Hudson*. C. Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*. A. Ambrogio: *Crónicas marchitas*. M. Latorre: *Zurzulita*. C. Loveira: *Generales y doctores*. A. Reyes: *El plano oblicuo*. A. Korn: *La libertad creadora*. López Velarde: *El son del corazón*. Creación de las universidades populares en el Perú, revista *Mundial*. J. García Monge funda en Costa Rica el *Repertorio Americano* (-58). *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, *Gaceta de Montevideo*, *Los nuevos* y *Revista Militar y Naval*, en Uruguay. Repatriación de los restos de J. E. Rodó y homenaje nacional. Muere en la cárcel el poeta Domingo Gómez Rojas.

V: El Congreso declara a Gómez "el hombre necesario... en el presente y en el porvenir". El general Arévalo Cedeno ejecuta al general Tomás Funes, gobernador del Territorio Amazonas y autor de unos 480 asesinatos. Segunda Ley sobre hidrocarburos y demás minerales combustibles (las compañías petroleras ayudan a redactarla). Aumentan las exportaciones de petróleo. La Caribbean pone en operación los dos primeros tanqueros de bandera venezolana. Muere "El Mocho" Hernández.

C. Borges: *Discurso pronunciado en la inauguración de la Casa Natal del Libertador*. R. Yepes Trujillo: *Desde la cima*. A. Fernández García: *Bucares en flor*. R. Hurtado: *La hora de ámbar*. R. Gallegos escribe *El Forastero*, que publicará sólo 20 años después. A. E. Blanco: *Tierras que me oyeron*. J. A. Ramos Sucre: *Trizas de papel*.

AL: Perú: primer Congreso Indígena; decreto presidencial impone las 8 horas de trabajo en las actividades agrícolas e intervención de la Comisión Inspector del Trabajo en todos los convenios obrero-patronales. Grave crisis salitrera en Chile. Vasconcelos ministro de Educación en Mé-

Irlanda se convierte en parte del Imperio Británico. Huelga minera en Gran Bretaña. Fundación de los partidos comunistas italiano y chino. Se funda el Partido Nacional Fascista en Italia. Hitler preside el Partido Nacionalsocialista en Alemania. Lenin pone en práctica la nueva política económica. En EE.UU., repercusión del caso Sacco-Vanzetti.

A. Einstein Premio Nobel de Física. Rorschach: psico-diagnóstico. Descubrimiento de la insulina como medio de curar la diabetes.

E. Sapir: *Lenguaje*. P. Radin: *El hombre primitivo como filósofo*. N. Hartmann: *Rasgos fundamentales de una metafísica del conocimiento*. L. Wittgenstein: *Tractatus Logico-philosophicus*. J. Ortega y Gasset: *España Invertebrada*. M. Scheler: *De lo eterno en el hombre*. Giraudoux: *Susana y el Pacífico*. L. Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*. Ivanov: *El tren blindado*. Lang: *El doctor Mabuse*. C. Chaplin: *El chico*. Von Stroheim: *Mujeres insensatas*. Revista *Ultra* en España. Max Ernst: *El elefante Celebes*.

---

1922

Obtiene el Premio Extraordinario en el Concurso, El Cuento Nacional de *El Luchador*, diario de Ciudad Belívar, con su cuento, *Mamá X*, integrado más tarde a su *Diario de una señorita que se fastidia*.

Publica en la revista, *La lectura semanal*, dirigida por José Rafael Pocaterra, el *Diario* antes mencionado.

xico. IV Conferencia Panamericana de la Habana. Creación de los partidos comunistas argentino y boliviano. Renuncia del presidente Suárez en Colombia. En Brasil, ley de represión al anarquismo. E. Mont Reily gobernador de Puerto Rico; represión en las plantaciones azucareras. Batlle y Ordóñez presidente del Consejo Nacional en Uruguay; Congreso extraordinario del Partido Socialista, se aceptan los 21 puntos de Moscú y pasa a denominarse Partido Comunista. Despidos masivos en la industria frigorífica; 15.000 desocupados.

C. Estable: *El reino de las vocaciones*. A. Zum Felde: *Crítica de la literatura*. M. Falcao Espalter: *Antología de poetas uruguayos*. C. Sabat Ercastry: *Poemas del hombre, Libro de la voluntad, Libro del corazón, Libro del tiempo*. F. Silva Valdés: *Agua del tiempo*. H. Quiroga: *Anaconda*. A. Valdelomar: *Los hijos del sol*. Gamarra: *Cien años de vida perdularia y Rasgos de Uluma*. H. Gálvez: *Una Lima que se va*. L. A. Sánchez: *Poetas de la colonia*. A. Palma: *Por sendas propias*. A. Hidalgo: *España no existe*. De la Riva Agüero: *El Perú histórico y artístico*. López Velarde: *Suave patria*. J. E. Rivera: *Tieras de promisión*. A. Reyes: *El cazador*. P. Neruda: "La canción de la fiesta". Revista *Alfar* en Montevideo. Revista *Prisma* en Buenos Aires. Orozco Rivera y Siqueiros fundan el sindicato de pintores, en México. Nace Jorge Eduardo Eielson. Muere Javier Prado Ugarteche.

V: Gómez, reelecto por otros siete años, reforma por segunda vez la Constitución; toda su familia centraliza el poder: Juan Vicente, presidente; Juancho, primer vicepresidente; José Vicente, segundo vicepresidente. Tercera Ley sobre Hidrocarburos: se aumenta el tamaño de las parcelas de explotación y se extiende su duración a 40 años. Revierta el primer pozo petrolero en el Zulia. Nuevo cierre (breve) de la

Fin del dominio naval británico con el tratado de desarme de Washington. Mussolini marcha sobre Roma: la dictadura fascista en Italia. Se constituye la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Se escinde el Partido Socialista Italiano. IV Congreso de la III Internacional: Stalin, Secretario General del Partido Comunista soviético. Pío XI, Papa. Egipto, reino independiente.



Universidad Central por manifestaciones estudiantiles. Por arbitraje suizo, Venezuela pierde en favor de Colombia gran parte de la Goajira y otros territorios.

M. Díaz Rodríguez: *Peregrina o el pozo encantado*. J. R. Pocater: *Cuentos grotescos. La novela semanal* (dirigen R. Gallegos y J. R. Pocater) publica, por entregas, *Ifigenia* y el cuento "La rebelión" (R. Gallegos), parte de una novela que titularía *La casa de los Cedeño*. Diario *El Heraldo*.

AL: Perú: cesión de los ferrocarriles nacionales a la Peruvian Co., creación oficial del Patronato de la Raza Indígena. Borno presidente de Haití. Fin de la ocupación norteamericana en Santo Domingo; presidencia de J. Vicini. Primera Corte Internacional de La Haya. Iniciación del movimiento tenientista en Brasil y fundación del Partido Comunista. Marcelo T. de Alvear presidente de la Argentina. Revuelta de cadetes de la Academia Militar contra el presidente Meléndez en El Salvador. Se funda el Partido Nacionalista de Puerto Rico. En Uruguay se produce la primera elección directa de presidente: J. Serrato. Huelgas de tranviarios, telefónicos y basureros.

D. A. Larrañaga: *Escritos*. P. Blanco Acevedo: *Informe sobre la fecha de la independencia nacional*. J. de Ibarbourou: *Raíz salvaje*. E. Oribe: *El nunca usado mar*. J. S. Chocano: *Las dictaduras organizadoras*. Zeno Gandía: *El negocio (Crónicas de un mundo enfermo)*. Uriel García: *La ciudad de los incas*. C. Vallejo: *Trilce y Escalas melografiadas*. O. Miró Quesada de la Guerra: *La realidad del ideal*. O. Gironde: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. M. Gálvez: *Historia del arrabal*. L. Lugones: *Las hojas doradas*. G. Mistral: *Desolación*. S. de la Selva: *El soldado des-*

J. Dewey: *Naturaleza humana y conducta*. H. Bergson: *Duración y simultaneidad*. B. Malinowski: *Argonautas del Pacífico occidental*. Lévy-Bruhl: *La mentalidad primitiva*. Weber: *Economía y sociedad*. J. Joyce: *Ulises*. P. Valéry: *El cementerio marino*. R. Martin du Gard: *Los Thibault*. Colette: *La casa de Claudine*. E. E. Cummings: *La sala enorme*. Milhaud: *La creación del mundo*. T. S. Eliot: *La tierra baldía*. B. Brecht: *Tambores en la noche*. V. Wolf.: *El cuarto de Jacob*. H. Hesse: *Siddartha*. S. Lewis: *Babbitt*. Fundación del *Reader's Digest*. Benavente: Premio Nobel de Literatura. Muere M. Proust.

---

1923

Viaja a París. Se hospeda en el Hotel del Quai d'Orsay donde establece amistad con diplomáticos y escritores latinoamericanos.

Entre los tertuliantes de esa época se encontraban: Simón Barceló, Zérega Fombona, Ventura García Calderón y Gonzalo Zaldumbide, entre otros.

conocido. E. Barrios: *El hermano asno*. Cancela: *Tres relatos porteños*. Marcel Arce: *Andamios interiores*. Arévalo Martínez: *El Señor Monitot*. Antonio Caso: *Discurso de la nación mexicana*. Movimiento estri-dentista en México. Semana de Arte Moderna en São Paulo.

V: Juancho Gómez asesinado en Miraflores. Se funda en Caracas una Compañía Venezolana de Petróleo, dirigida por amigos de Gómez quien la hará su instrumento. La British Equatorial comienza la perforación del primer pozo en el lago de Maracaibo. México rompe relaciones con Venezuela.

A. E. Blanco: *Canto a España*. J. A. Ramos Sucre: *Sobre las huellas de Humboldt*. Semanario *Fantoches* (L. Martínez).

AL: Perú: aparición de Víctor Raúl Haya de la Torre, manifestación pública con saldo de dos muertos, Haya de la Torre es deportado. Centenario de la independencia brasileña. Auge de la acción del Estado contra la Iglesia, en México. Asesinato de Pancho Villa. Intensa industrialización en Colombia; Pedro Nel Ospina presidente. Protesta de los trece en Cuba. Conferencia Panamericana en Chile: primer tratado de cooperación. H. Towner gobernador de Puerto Rico.

H. Delgado: *Rehumanización de la cultura científica por la psicología*. H. Castro Pozo: *Celajes de sierra. Leyendas y cuentos andinos*. C. Vallejo: *Fabla salvaje*. A. Hidalgo: *Química del espíritu*. M. Azuela: *La Malhora*. H. Brunet: *Montaña adentro*. E. Barrios: *Páginas de un pobre diablo*. Casal: *Arbol*. Fernández Moreno: *El hogar en el campo*. J. L. Borges: *Fervor de Buenos Aires*. H. Frías: *¿Aguila o Sol?* P. Neruda: *Crepusculario*. Perú, aparece la revista *Claridad*, órgano de la Federación Obrera local.

Vertiginosa inflación en Alemania: el marco baja 420 millones de veces; se frustra el golpe de Hitler en Munich. Primo de Rivera impone la dictadura en España. República de Turquía: régimen de Kemal Ataturk: laicización del Estado. Victoria laborista en Inglaterra. Francia y Bélgica ocupan la cuenca del Rhur. El Fascista es el único partido legal en Italia 200.000 miembros asisten al congreso regional del Ku Klux Klan en Indiana, EE.UU.

Se emplea por primera vez la vacuna BCG contra la tuberculosis. Baur analiza el campo magnético terrestre. De Broglie: *Mecánica ondulatoria*.

M. Boule: *Los hombres fósiles*. Z. Svevo: *La conciencia de Zeno*. R. M. Rilke: *Ele-gías del Duino*. G. Lucacks: *Historia y conciencia de clase*. E. Cassirer: *Filosofía de las formas simbólicas*. B. Shaw: *Santa Juana*. B. Brecht: *Vida de Eduardo II*. J. Piaget: *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Esenin: *El Moscú de las tabernas*. J. Ortega y Gasset: *Revista de Occidente*. S. Freud: *El yo y el ello*. M. Scheler: *Escritos sobre sociología y teoría de la concepción del mundo*. C. De Mille: *filma Los Diez Mandamientos*. Le Corbusier: *Hacia una nueva arquitectura*. Nace María Callas. Muere Sarah Bernhardt.



1924

Epoca de mundanalidad. Cumple 35 años y no lee ni escribe una palabra.

Muere en Caracas su gran amiga, Emilia Ibarra de Barrios Parejo y sufre una gran depresión espiritual.

Aparece la primera edición en español de su novela *Ifigenia* con la cual obtiene el premio anual de 10.000 francos otorgado por la Casa Editora Franco-Ibero-Americana de París.

V: Muere en su exilio de Puerto Rico el ex Presidente Cipriano Castro; el espionaje gomecista había seguido todos sus pasos. Gómez expulsa del país al doctor Luis Razetti. Las compañías petroleras norteamericanas, principalmente las subsidiarias de la Standard Oil (New Jersey) comienzan a adquirir concesiones de la Compañía Venezolana del Petróleo.

A. Arráiz: *Aspero*. H. Cuenca: *La inquietud sonora*. T. Febres Cordero: *Memorias de un muchacho*. B. Millán: *Cuentos frívolos*. Revista *Billiken* (Lucas Manzano).

AL: Perú: la International Petroleum Co. adquiere la propiedad de La Brea y Paríñas; Haya de la Torre funda en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Ricardo Jiménez reelecto presidente de Costa Rica. Calles presidente de México; Machado, de Cuba; Córdoba, de Ecuador; Ayala, de Paraguay. Intervención de las Fuerzas Armadas en Chile, disolución del Congreso, renuncia de Alessandri. Segundo movimiento tenientista en Brasil. Argentina, es reglamentado por ley el trabajo de mujeres y menores. Guerra civil en Nicaragua. Victoria electoral del Partido Unionista, en Puerto Rico.

V. García Calderón: *La venganza del cóndor*. J. S. Chocano: *Ayacucho y los Andes*. A. Guillén: *Leyenda patria*. A. Palma: *Colonaje romántico*. R. Peña: *Floración*. H. Velarde: *Kibiff*. P. Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. J. E. Rivera: *La vorágine*. M. Bandéiras: *Poesías*. O. de Andrade: *Memorias sentimentales de João Miramar*. B. Lynch: *El inglés de los güesos*. G. Mistral: *Ternura*. C. Lovreira: *La última lección*. D'Halmar: *La prisión y muerte del cura Deusto*. H. Quiroga: *El desierto*. V. Ocampo: *Testimonios*. Revistas *Martín Fierro* y *Proa* en Buenos Aires.

Se reúne el Congreso reorganizador del Kuomintang en Cantón: proclama principios populares y alianza con el P. C.; éste lanza la primera guerra civil revolucionaria contra los caudillos militares feudales del norte. En la URSS muere Lenin; Stalin y Trostki se disputan el poder. Se proclama la república de Grecia. Es asesinado el diputado socialista Matteotti en Roma; Mussolini asumirá la responsabilidad "histórica y moral" del hecho, un año más tarde. Inglaterra y Francia reconocen a la URSS, que renuncia, por su parte, a los "tratados desiguales" impuestos por el Zar. Caso Loeb-Leopold en EE.UU. R. Mc Donal: Primer gobierno laborista en Inglaterra.

R. Alberti: *Marinero en tierra*. A. Breton: *Manifiesto surrealista y La Revolución Surrealista* (con Vitrac, Peret, Aragón, Eluard, Leiris, —29). Stalin: *Los principios del leninismo*. L. Trotski: *Literatura y revolución*. Th. Mann: *La montaña mágica*. P. Eluard: *Morir de no morir*. A. Hitler: *Mi lucha* (—25). Saint-John Perse: *Anabase*. E. O'Neill: *El deseo bajo los olmos*. Anderson: *El precio de la gloria*. Leonormand: *El hombre y sus fantasmas*. G. Gershwin: *Rapsodia en blue*. S. Eisenstein: *La huelga*. Nace Truman Capote. Mueren A. Franck y F. Kafka.

1925

V: Inauguración de la carretera trasandina, importante vía que incorpora los Estados andinos al centro del país. Huelga de obreros del lago de Maracaibo contra la subida del costo de la vida y las condiciones infrahumanas de trabajo: pese a las tropas mandadas por Gómez, obtienen 20% de aumento en sus jornales. Cuarta reforma de la Constitución. El nuevo ministro de Relaciones Interiores, doctor Baptista Galindo, consigue del dictador una amnistía y una tregua en la persecución política. Vuelven a Venezuela miles de tachirenses desterrados. Muere Ignacio Andrade.

R. Gallegos: *La Trepadora*. J. A. Ramos Sucre: *La Torre de Timón*. J. González Eiris: *En pedazos*. Revista *Elite*.

AL: Perú: Leguía es reelecto presidente; protestas contra el fallo de EE.UU. acerca del problema Tacna-Arica; deportaciones de universitarios; primera Asamblea Latinoamericana Aprista en París. "Marines" en Honduras durante la guerra civil. Siles presidente de Bolivia. Alessandri reasume el poder en Chile y renuncia una vez más. Huelga en Colombia. Agitación y manifestaciones en Cuba, se funda el Partido Comunista.

Haya de la Torre: *Nuestro frente intelectual*. A. Guillén: *Laureles*. J. C. Mariátegui: *La Escena Contemporánea*. J. M. Polar: *Don Quijote en yanquilandia*. A. Morales: *El pueblo del Sol*. Valcárcel: *Del ayllu al imperio, de la vida incaica*. J. Vasconcelos: *La raza cósmica*. Sanín Cano: *La civilización manual*. J. de Lima: *El mundo del niño imposible*. A. Donoso: *La otra América*. L. de Greiff: *Tergiversaciones*. P. Neruda: *Tentativa del hombre infinito*. O. Gironde: *Calcomanías*. Felisberto Hernández: *Fulano de tal*. C. Palmas *Historie-*

Pacto de Locarno (Alemania y los Aliados). Albania se transforma en República. Virulencia racista en EE.UU.: El Ku Klux-Klan. Muerte de Sun-Yat-sen en China. Ho-Chi-Ming funda la Liga revolucionaria de la juventud vietnamita. Hindenburg presidente de Alemania. Trotski es destituido de sus funciones. Oleada huelguista en Shangay, Cantón y Hong Kong. Primo de Rivera disuelve sindiactos y prohíbe huelgas en España; se pone fin a la rebelión marroquí. República de Tanzania. Desarrollo de la mecánica cuántica (Heisenberg; Born y Pascual Jordán). Bush construye la primera computadora analítica.

H. Man: *La psicología del socialismo*. J. Dos Passos: *Manhattan transfer*. J. Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte*. N. Hartmann: *Ética*. J. Dewey: *Experiencia y Naturaleza*. Dreiser: *Una tragedia americana*. F. Kafka: *El proceso* (póstumo). Babel: *Caballería roja*. S. Fitzgerald: *El gran Gatsby*. Mondale: *Huesos de sepia*. G. Diego: *Versos humanos*. Watson: *El Conductismo*. Sklovski: *Teoría de la Prosa*. Exposición de pintores surrealistas en París. S. Einsenstein: *El acorazado Potemkin*. C. Chaplin: *La quimera del oro*. Vidor: *El gran desfile*. Nacimiento del "Charleston". Fundación del *New Yorker*. George Bernard Shaw Premio Nobel de Literatura.

1926

En septiembre aparece en París en la colección Les Amis d' Edouard, N° 109, con prólogo de Francis de Miomandre, *Journal d'une demoiselle qui s'ennuie*.

Comienza a escribir su segunda novela, *Las Memorias de Mamá Blanca*.

tas malignas. A. Storni: *Ocre*. J. L. Borges: *La luna de enfrente*. Revista *Los Nuevos*, en Bogotá.

V: Gómez hace que el Estado le compre por diecisiete millones de bolívares su latifundio "Hatos del Caura", que él había adquirido en 1911 por ochenta mil bolívares. El valor de las exportaciones de petróleo supera, por primera vez, las del café. Primera emisora de radio en el país. Población de Venezuela: 3.026.000 habitantes. Huelga petrolera en el Zulia.

M. Briceño Iragorry: *Lecturas venezolanas*. P. E. Coll: *Literaturitis*. A. Mancera Galletti: *Alma adentro*.

AL: H. Siles presidente de Bolivia. A. Díaz presidente de Nicaragua. Se inicia oposición armada de Sandino. A. Aroya asume el poder en Ecuador tras derrocamiento de Córdova. Gran influencia del coronel Ibáñez en Chile. Guerra cristera en México. Formación de la Confederación Obrera Argentina. En Brasil se adopta el cruzeiro como unidad monetaria.

H. Delgado: *Sigmund Freud*. Concha Meléndez: *Amado Nervo*. Alejandro Peralta: *Ande*. P. Neruda: *El habitante y su esperanza*. V. García Calderón: *Sonrisas de París, Si Loti hubiera venido* y *Danger de mort, récits péruviens*. A. Palma: *Uno de tantos* y *El Azar*. J. L. Borges: *El tamaño de mi esperanza*. L. Marechal: *Días como flechas*. Mallea: *Cuentos para una inglesa desesperada*. E. Larreta: *Zogoibi*. M. Rojas: *Hombres del sur*. R. Güiraldes: *Don Segundo Sombra*. R. Arlt: *El juguete rabioso*. R. González Tuñón: *El violín del diablo*. H. Quiroga: *Los desterrados*. R. Boti: *La torre del silencio*. T. Carrasquilla: *Ligia Cruz* y *Rogelio*. A. Acosta: *La zafra*. C. García Prada: *La personalidad histórica de Colombia*. Salarrué: *El Cristo Negro*. Serie de revistas vanguardistas en Perú:

Huelga general en Gran Bretaña. En Portugal comienza la dictadura de Salazar, bajo el gobierno nominal de Antonio Carmona. Alemania ingresa a la Sociedad de Naciones. El emir Ibn Saud se apodera de La Meca y se proclama rey de Hedjaz. Hirohito es emperador del Japón. Dictadura de Pilsudski en Polonia. Rebelión del PKI resulta abortada en Indonesia. Gramsci es encarcelado hasta su muerte en 1937. Se crea la República del Líbano.

Creación del Círculo Lingüístico en Praga. Investigaciones sobre las enzimas.

K. Kautsky: *¿Son los judíos una raza?* R. Valle-Inclán: *Tirano Banderas*. R. Alberti: *Cal y canto*. Menéndez Pidal: *Orígenes del español*. Mao Tse-Tung: *Sobre las clases sociales en la sociedad china*. A. Gide: *Los monederos falsos*. B. Brecht: *El hombre es el hombre*. F. Kafka: *El castillo* (póstumo). T. E. Lawrence: *Los siete pilares de la sabiduría*. E. Hemingway: *El sol también sale*. W. Faulkner: *La paga de los soldados*. P. Eluard: *Capital del dolor*. E. O'Neill: *El gran Dios Brown*. Malinowsky: *El mito en la psicología primitiva*. R. Magritte: *Los signos de la noche*. J. Miró: *Mano atrapando un pájaro*. Exposición de M. Chagall en Nueva York y de P. Klee en París. F. Lang: *Metrópolis*. A. Renoir: *Nana*. Murnau: *Fausto*. "Edad de oro" de los comics (—30). Artaud, Aron y Vitrac fundan el teatro "Alfred Jarry". Muere C. Monet.

1927

Prepara la segunda edición de *Ifigenia*, con añadidos y correcciones.

Se produce su primer viaje a Cuba, como invitada al Congreso de la Prensa Latina, en La Habana, dicta una conferencia sobre Bolívar.

*Trampolín; Hangar; Rascacielos; Timonel*, de S. Delmar-M. Portal y *Amauta*, de J. C. Mariátegui. Revista *Horizontes*, en México. En Buenos Aires grupo *Qué* (A. Pellegrini).

V: Román Delgado Chalbaud, encarcelado desde 1913 es puesto en libertad junto con otros prisioneros. La Rotunda es clausurada por breve tiempo.

P. E. Coll: *La escondida senda*. J. Gardemía: *La tienda de muñecos*. J. R. Pocaterra: *Memorias de un venezolano de la decadencia*. L. E. Mármol: *La locura del otro*. J. A. Ramos Sucre recibe la Orden del Libertador. Diario *La Esfera*.

AL: Perú: cesión de territorio al Brasil; detención gubernamental de los principales dirigentes obreros, prohibición de toda actividad sindical y disolución de la Federación obrera local y otros sindicatos, deportación de intelectuales. Pío Romero Bosque presidente de El Salvador. Comienza resistencia popular contra Machado en Cuba. Ibáñez presidente de Chile. Intervención norteamericana en Nicaragua; Sandino en lucha contra la Guardia Nacional y el invasor. Segunda huelga petrolera en Colombia. Se funda en Guatemala la Liga Antiimperialista y el movimiento *Vanguardia* en Nicaragua (J. Coronel Urtecho). Intervención económica de EE.UU. en México. Se funda la primera cátedra de literatura hispanoamericana de Puerto Rico (Concha Meléndez).

Oquendo de Amat: *Cinco metros de poemas*. M. Portal: *Una esperanza y el mar*. E. Bustamante y Ballivián: *Antipoemas y Odas vulgares*. J. S. Chocano: *El libro de mi proceso*. Haya de la Torre: *Por la emancipación de América Latina*. F. Chávez: *Plata y bronce*. Alcántara Machado: *Brás, Bexiga o Barra Funda*. Arévalo Martínez: *Noches en el Palacio de la Nuncia-*

Chiang Kai-shek rompe con el Partido Comunista chino e instala su gobierno en Nankín; masacre de comunistas en Shanghai; Mao crea el Ejército Popular de Liberación y comienza la segunda guerra civil revolucionaria con una táctica radicalmente distinta: "Del campo a la ciudad". En Italia se fortalece el fascismo y los sindicatos son disueltos; Mussolini organiza el sistema corporativo. Ejecución de Sacco y Vanzetti en EE.UU. Se inaugura en Bruselas el Congreso de Pueblos Oprimidos. Se prohíben en Gran Bretaña las huelgas ilegales.

Lindbergh realiza el primer vuelo transatlántico sin escalas. Heisenberg enuncia el principio de Indeterminación.

W. Kahler: *La mentalidad de los monos*. G. Elliot Smith: *Ensayos sobre la evolución del hombre*. M. de Unamuno: *Romancero del destierro*. Santayana: *Los reinos del Ser* (-40) F. Mauriac: *Thérèse Desqueyroux*. M. Heidegger: *El ser y el tiempo*. B. Russell: *El análisis de la materia*. G. Marcel: *Diario metafísico*. L. Cernuda: *Perfil del aire*. Boas: *El arte primitivo*. B. Brecht: *Mahagonny*. H. Hesse: *El lobo estepario*. F. Kafka: *América* (póstumo). J. Cocteau: *Orfeo*. F. García Lorca estrena *Mariana Pineda*. Primera película de dibujos animados a colores: *el gato Félix*. Crosland: *El cantante de jazz* (primera película musical sonora). S. Einsteinstein: *Octubre*. Gropius: el teatro total. I. Stravinsky: *Edipo Rey*. H. Bergson: Premio Nobel de Literatura.



---

1928

El 12 de abril se encontraba en Caracas, de paso, a su regreso de La Habana. Regresa a España. Viaja a Suiza, Munich, al festival wagneriano y a París donde se ocupa de la traducción y edición de su segunda novela.

Desde Vevey, junto al lago Lemán, mientras acompaña a su madre enferma, escribe cartas a sus amigos de Caracas y confiesa vivir únicamente dedicada a la lectura, como una ermitaña.

De regreso a París, este mismo año, se instala en 84, Boulevard Víctor Hugo. Neuilly sur Seine. (Prés París).

tura. Reyes: *Cuestiones Gongorinas*. R. E. Molinari: *El imaginero*. En Perú revista *La Sierra*, clausura temporal de *Amauta* y revista vanguardista *Guerrillera*. Revista *Ulises*, en México. Revista *Avance* en Cuba. Teatro de Juguete, en Rio de Janeiro, y primera *Ecola do Samba*.

V: Año de la histórica "Generación del 28". La Semana del Estudiante (6-12/II), de carácter aparentemente festivo, deriva en un movimiento político contra Gómez, implicando a militares y civiles que asaltan el Cuartel San Carlos. Los estudiantes son enviados a La Rotunda, al Castillo de Puerto Cabello o a realizar trabajos forzados en las carreteras del Palenque. Se crean el Banco Obrero y el Banco Agrícola y Pecuario. Primera Ley del Trabajo (no aplicada hasta 1935). Quinta reforma de la Constitución.

S. Medina: *Cigarras del trópico*. R. Blanco Fombona: *Tragedias grotescas*. R. Hurta-do: *Triptico*. *La Semana* (I. Palacios).

AL: Restablecimiento de relaciones entre Perú y Chile. Perú cede a perpetuidad los ferrocarriles del Estado a la Peruvian Co.; primera compañía aérea nacional. Obregón reelecto y asesinado en México. Machado reelegido en Cuba. Yrigoyen presidente de la Argentina. Huelga bananera contra la United Fruit en Colombia: represión y masacre. En Tegucigalpa Froylán Turcio edita la revista *Ariel*, vocero de la causa sandinista. El coronel Ch. A. Lindbergh, volando desde Belice llega hasta El Salvador. Se concede voto femenino, por Ley, en Puerto Rico.

R. Martínez de la Torre: *El movimiento obrero de 1919*. J. C. Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Haya de la Torre: *Teoría y práctica de la juventud antiimperialista*. L. A. Sánchez: *La literatura peruana - Tomo I y*

Primer Plan Quinquenal de la URSS; creación de las granjas cerealeras estatales; L. Trotski es enviado a Siberia. Pacto Briand-Kellog de no agresión. En Italia, nueva ley electoral con lista única; procesamiento de Gramsci y otros líderes comunistas. Hoover es elegido presidente de EE.UU. Se reimplanta la monarquía en Albania. En España, nace el *Opus Dei*.

Fleming descubre la penicilina.

R. Carnap: *La estructura lógica del mundo*. M. Scheler: *El puesto del hombre en el cosmos*. Politzer: *Crítica de los fundamentos de la psicología*. A. Métraux: *La religión de los Tupinambás*. M. Mead: *Adolescencia en Samoa*. D. H. Lawrence: *El amante de Lady Chatterley*. A. Huxley: *Contrapunto*. V. Woolf: *Orlando*. Sholoyov: *El Don apacible*. A. Breton: *Najda*. Propp: *Morfología del cuento*. F. García Lorca: *Romancero Gitano*. E. O'Neill: *Extraño interludio*. V. Aleixandre: *Ambito*. J. Guillén: *Cántico*. A. Malraux: *Los conquistadores*. B. Brecht: *La ópera de tres centavos*. M. Ravel: *Bolero*. G. Braque: *La mesa redonda*. L. Buñuel y S. Dalí: *El perro andaluz*. Primer Congreso Internacional de Lingüística en La Haya.

---

1929

En el N° 36 de la colección *Le cabinet cosmopolite*, con prólogo de Miomandre, aparece su *Mémoires de Mamam Blanche*.

En la Editorial Le Livre Libre se publica en español *Las Memorias de Mamá Blanca*.

Viaja por Italia en compañía de la folklorista cubana Lydia Cabrera, autora de *Cuentos negros*, publicados en 1936 y dedicados por la autora a Teresa de la Parra.

*Derrotero para una historia espiritual del Perú.* E. Pavlevich: *6 poemas de la Revolución.* V. García Calderón: *Couleur de sang.* A. Hidalgo: *Descripción del cielo.* M. Portal: *El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica.* P. Henríquez Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión.* M. L. Guzmán: *El águila y la serpiente.* M. Fernández: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos.* R. G. Tuñón: *Miércoles de ceniza.* M. Brull: *Poemas en menguante.* Price-Mars: *Así habló el tío.* M. de Andrade: *Macumáma.* O. de Andrade: *Manifiesto antropológico.* C. Loveira: *Juan Criollo.* C. McKay: *Home to Harlem.* Revista *Contemporáneos*, en México. En Perú se empieza a publicar el periódico *Labor.*

V: Sexta reforma de la Constitución: Juan Bautista Pérez, presidente de la Corte Federal y de Casación, se encarga de la presidencia de la República, mientras Gómez es Comandante en Jefe del Ejército. El régimen sufre múltiples ataques pero todos fracasan: sublevación del general José Rafael Gabaldón (Portuguesa); sexta invasión de Arévalo Cedeño (Arauca); levantamiento del general Norberto Borges (Miranda); asalto a Curazao e invasión por Coro de R. S. Urbina; invasión por Cumaná de R. Delgado Chalbaud y Luis Rafael Pimentel (éste queda gravemente herido; Delgado Chalbaud y el poeta Armando Zuloaga Blanco mueren). Un terremoto destruye a Cumaná (enero). Hay 108 compañías petroleras inscritas ante el Ministerio de Fomento pero sólo 14 han llegado a la etapa de explotación y 6 a la de exportación. Muere Lisandro Alvarado.

R. Gallegos: *Doña Bárbara.* R. Blanco Fombona: *El Modernismo y los poetas modernistas.* J. A. Ramos Sucre: *El cielo de esmalte y Las formas del fuego.* V. Lecuna: *Cartas del Libertador.* B. Millán: *La ra-*

“Viernes Negro” en Nueva York; crack bursátil con vastas repercusiones mundiales: recesión y desocupación en todo el mundo capitalista. Victoria electoral del laborismo en Inglaterra. Alejandro I de Yugoslavia disuelve el Parlamento y anula la Constitución. Creación del Estado Vaticano por el Concordato de Letrán. Albania es invadida por Italia y pasa a ser protectorado. Levantamiento antijaponés en Corea. En la India, el Partido del Congreso reclama la independencia. Comunistas y nacionalsocialistas se fortalecen en Alemania: represión de las manifestaciones por el 1º de mayo; otro golpe frustrado de Hitler. Trotski es desterrado a Constantinopla. Se propaga el gangsterismo en EE.UU., favorecido por la prohibición de venta de licores.

B. Russel: *Matrimonio y moral.* K. Mannheim: *Ideología y utopía.* R. Lynd: *Middletown.* J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas.* W. Reich: *Materialismo dialéctico y psicoanálisis.* W. Faulkner: *El sonido y la furia.* E. Hemingway: *Adiós a las ar-*

---

1930

Regresa a La Habana. *El Diario de la Marina*, 14 de abril, publica una entrevista que a nombre del "Lyceum" le hizo Mari Blanca Sabas Aloma.

En ese mismo diario se registra el incidente cordial entre Fernando Ortíz y Teresa de la Parra, hubo cartas públicas en torno a una invitación que la Sociedad Hispano Cubana dirigiera a la escritora para dictar unas conferencias, la supuesta negativa por un malentendido y la aclaratoria final de Fernando Ortíz, Presidente de dicha junta.

*diografía y otros cuentos*. R. Rivero Oramas: *Un galán como loco* (película muda).

AL: Perú: reelección de Leguía; Tratado de Lima, Tacna pasa al Perú y Arica queda para Chile; los monumentos arqueológicos son propiedad del Estado (Ley 6634). Vicente Mejía Colindres presidente de Honduras. Período de "Maximato" en México, bajo la influencia de Calles. Muere Batlle y Ordóñez en Uruguay. Primera Conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos. Mella asesinado en México. Moncada presidente de Nicaragua. Fuerte impacto sobre los países de AL de la crisis económica norteamericana. Sandino y F. Martí viajan a México, donde se separan.

L. A. Sánchez: *La literatura peruana*, tomo II. J. C. Mariátegui: *La novela y la vida: Sigfried y el profesor Canella*. Basadre: *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. Reyna: *El amauta Atuspatria*. A. Orrego: *El monólogo eterno*. Egueren: *Poesías*. E. Amorín: *La carreta*. M. L. Guzmán: *La sombra del caudillo*. Wyld Ospina: *El autócrata*. M. A. Asturias: *Rayito de estrella*. H. Quiroga: *Pasado amor*. Pereda Valdés: *Raza Negra*. R. Arlt: *Los siete locos*. M. Fernández: *Papeles de recién venido*. L. Marechal: *Odas para el hombre y la mujer*. Revistas *Hostos* e *Índice* (-31), en Puerto Rico. La revista *Labor* es clausurada por el gobierno peruano. Le Corbusier visita Argentina, Brasil y Uruguay.

V: Conmemoración del centenario de la muerte del Libertador. Inauguración del Monumento de Carabobo. Cancelación de la deuda externa (24 millones de bolívares). Una manifestación popular contra Gómez llega hasta La Rotunda (varios muertos y heridos). Se establece la C.A. Nacional Teléfonos de Venezuela. Oleoducto de 145 km. de longitud (el más largo

mas. Moravia: *Los indiferentes*. J. Cocteau: *Los niños terribles*. E. Ma. Remarque: *Sin novedad en el frente*. L. Felipe: *Versos y oraciones para caminantes*. S. Dalí: *El gran masturbador*. M. Ernst: *La mujer de las cien cabezas*. Claudel: *El zapato de raso*. Von Sternberg: *El ángel azul*. Es inaugurado en Nueva York el Museo de Arte Moderno. Thomas Mann es Premio Nobel de Literatura.

Tras el *putsch* de Munich, intentos de Hitler por vía legal lo conducen hacia mejor éxito: cien diputados nacionalsocialistas son electos. Cae Primo de Rivera en España. Se funda en Portugal el partido único "Unión Nacional". M. Gandhi inicia en la India su segundo movimiento de desobediencia civil. Se declara la independencia de Irak. Es fundado el P. C. vietnamita.

El 27 de mayo, los diarios *Ahora* y *La Tarde*, de Bogotá, publican entrevistas y reportajes de su llegada a Colombia y anuncian sus conferencias.

A cuatro columnas aparecían los titulares: "Bogotá hizo una gran recepción a Teresa de la Parra. Había gente encima de los vagones. Del tren al automóvil, veinte minutos por entre la muchedumbre".

En Bogotá y Barranquilla dicta sus tres conferencias tituladas: "La importancia de la mujer americana durante la Colonia, la Conquista y la Independencia". Dichas conferencias fueron publicadas bajo el título: *Tres conferencias inéditas* con prólogo de Arturo Uslar Pietri, en Caracas, 1961.

1931

De regreso a Europa acaricia su sueño de Panamá, el año anterior, de escribir la biografía sentimental de Simón Bolívar.

Lee sin método, sobre Budismo, literatura o filosofía.

Comienzan los síntomas de la enfermedad.

del país para entonces) en el lago de Maracaibo. Primera emisora comercial de radio.

J. Morales Lara: *Savia*. L. Vallenilla Lanz: *Disgregación e integración: ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*. E. Arroyo Lameda: *Motivos hispanoamericanos*. C. E. Frías: *Canícula*. N. Himiob: *Los giros de mi hélice*. G. Meneses: "Juan del cine" (su primer cuento).

AL: Perú: creación del APRA en Lima; estalla una revolución en Arequipa, muere Leguía, el partido socialista se convierte en comunista. Yrigoyen depuesto por Uruburu en la Argentina; disolución del Congreso y Ley Marcial. Agudización de la crisis económica mexicana bajo la presidencia de Ortiz Rubio. Trujillo gana elecciones en Santo Domingo. Siles derrocado en Bolivia. Revolución de octubre en Brasil y ascenso al poder de Getulio Vargas, hasta 1945.

V. A. Belaúnde: *La realidad nacional*. A. S. Pedreira: *Aristas*. A. Palma: *Contando cuentos*. E. Bustamante y Ballivián: *Junín y nueve poetas del Brasil*. N. Guillén: *Motivos de son*. J. Torres Bodet: *Destierro*. M. A. Asturias: *Leyendas de Guatemala*. D. de Andrade: *Alguma poesía*. F. Tuñón: *Cuentos del amor y de la muerte*. J. L. Borges: *Evaristo Carriego*. R. G. Tuñón: *La calle del agujero en la media*. A. Korn: *Ensayos filosóficos*. Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay*. M. Gálvez: *Miércoles santo*. Villarino: *Calle apartada*. J. de Ibarbourou: *La rosa de los vientos*. En Perú aparece la revista *Presente*. En Santiago de Chile primera Facultad de Bellas Artes de América.

V: Arrecian los malos tratos en el Castillo Libertador de Puerto Cabello. Arévalo Cedeno vuelve a alzarse (Apure). R. S. Urbina invade por Falcón, junto con un grupo de mexicanos que son hechos prisioneros. (Gómez lo pone en libertad pa-

Descubrimiento del planeta Plutón. Se inicia la biología molecular.

S. Freud: *El malestar en la cultura*. Seligman Editor: *Enciclopedia de ciencias sociales*. H. Hesse: *Narciso y Golmundo*. W. Faulkner: *Mientras agonizo*. R. Musil: *El hombre sin atributos* (-43). J. dos Pasos: *Paralelo 42*. J. Cocteau: *La voz humana*. F. García Lorca: *La zapatera prodigiosa*. L. Pirandello: *Esta noche se improvisa*. Auden: *Poemas*. Quasimodo: *Agua y tierra*. D. Hammett: *El balcón maltés*. L. Buñuel: *La edad de oro*. El "burlesque", en cine: H. Lloyd, B. Keaton, Laurel y Hardy, los hermanos Marx. P. Klee: *En el espacio*. Premio Carnegie para Pablo Picasso. Rouault ilustra *La Pasión* y *El circo*, de Suárez. Fotografías de Cartier-Bresson. Schönberg: *Moisés y Aarón*. Sinclair Lewis es Premio Nobel de Literatura. Suicidio de Maiakovski.

Los republicanos ganan elecciones municipales en España. Alfonso XIII renuncia, se proclama la República. Japón ocupa Manchuria; se inicia la guerra con China. Conferencia de la India, en Londres, con la presencia del Mahatma Gandhi: fra-



Inicia las primeras páginas de su diario, Bellevue-Fuenfría-Madrid, publicado por primera vez en este volumen.

ra congraciarse con México). Cae preso en el Táchira el general Peñalosa. Se fundan en Caracas las primeras células del Partido Comunista de Venezuela. El 13 de Julio es declarado "Día de regocijo nacional", el "Benemérito" general Gómez reasume una presidencia que nunca abandonó. El ministro Torres (Fomento) acusa a las compañías petroleras de presentar al gobierno estados financieros incorrectos: Gómez lo destituye, el reclamo sobre pagos debidos queda en suspenso.

L. Barrios Cruz: *Respuesta a las piedras*. A. Uslar Pietri: *Las lanzas coloradas*. E. B. Núñez: *Cubagua*. F. Paz Castillo: *La voz de los cuatro vientos*. P. Rojas Guardia: *Poemas Sonámbulos*. R. Blanco Fombona: *La bella y la fiera*. M. Picón Salas: *Odisea en tierra firme*. A. Reyes: *Cuentos Brujos*. J. Ramos: *La ruleta zodiacal*.

AL: En Argentina el gobierno anula las elecciones para gobernador en la provincia de Buenos Aires y convoca a elecciones nacionales excluyendo a las principales figuras del Partido Radical. Dos intentos de rebelión son sofocados. Fuerte caída del peso uruguayo; el Banco de la República asume el control de cambios e importaciones; monopolio de los teléfonos. En Guatemala y por trece años el Gral. Ubico se adueña del poder. Estallido popular en Chile, renuncia de Ibáñez. Tras un golpe de Estado militar, Maximiliano Hernández Martínez asume el poder en El Salvador. Sánchez Cerro derrota a Haya de la Torre en las elecciones presidenciales del Perú. Terra es presidente de Uruguay y Salamanca asume el ejecutivo en Bolivia. Se crea en Brasil el primer sindicato obrero del país (estibadores de Río); jornada de 8 horas y descanso semanal obligatorio; amplias reformas educativas.

P. Henríquez Ureña: *Para la historia de los indigenismos*. N. Guillén: *Sóngoro*

caso; campaña de desobediencia civil y apresamiento de Gandhi. Ossiezky es encarcelado por denunciar un rearme de Alemania. Creación del "Frente de los ciudadanos de Harz" (nacionalsocialista) y "Frente de hierro" (democrático). Inglaterra abandona el patrón oro; renuncia de McDonald, primer ministro laborista. Crisis general en EE.UU. Vasta agitación iniciada por el Partido Comunista Indochino.

E. P. Hubble y M. L. Humason, basándose en la teoría de la expansión universal (Hubble), y a partir de la velocidad de fuga de las nebulosas calculan por primera vez la edad del universo.

A. Gide: *Edipo*. H. Broch: *Los sonámbulos* (-32). P. S. Buck: *La buena tierra*. A. de Saint Exupéry: *Vuelo nocturno*. F. García Lorca: *Poema de Cante Jondo*. M. de Unamuno: *San Manuel Bueno, mártir*. Laxness: *Tu pura vida*. T. S. Eliot: *Marcha triunfal*. R. Firtk: *Totemismo en Polinesia*. L. Trotsky: *La revolución permanente*. H. Miller: *Trópico de Cáncer*. E. O'Neill: *El luto le sienta a Electra*. V. Woolf: *Las olas*. Esculturas de Giacometti. Ola terrorífica en el cine: *Frankenstein*, de Whale, M. (inspirada en *El vampiro de Düsseldorf*) de F. Lang; *Drácula*, de Browning. Eisenstein comienza la filmación, nunca acabada, de ¡Viva México!

1932

Se confirma la lesión pulmonar.

Se produce una búsqueda de la perfección interior, su intimismo es ahora reflexivo.

De este año data su epistolario más doloroso a familiares y amigos regados por distintos sitios del mundo.

Cosongo. S. D. Zelaya: *El payador*. V. Huidobro: *Altazor*. E. Bello: *Valparaíso, ciudad del viento*. W. Frank: *América Hispana*. J. Amado: *País de Carnaval*. M. Bonfim: *Brasil en la historia*. R. Bopp: *Cobra Norato*. E. Mouro: *Ingenuidades*. B. Lynch: *De los campos porteños*. R. Scalabrini Ortiz: *El hombre que está solo y espera*. Castelnuovo: *Larvas*. R. Arlt: *Los lanzallamas*. C. Vallejo: *Tungsteno*. Victoria Ocampo funda la revista *Sur*, en Buenos Aires.

V: La Standard Oil (New Jersey) adquiere las concesiones de la Standard (Indiana) en el lago de Maracaibo, convirtiéndose en la más grande empresa petrolera del país. Por primera vez el número de pozos productores de petróleo supera los mil. Rómulo Betancourt publica su famoso folleto "Con quién estamos y contra quién estamos". Firma del Plan de Barranquilla. Mueren el Gral. Juan Pablo Peñalosa y el padre Carlos Borges.

A. Arvelo Torrealba: *Cantas*. J. Fombona Pachano: *Virajes*. L. Martínez: *Mis otros Fantoques*.

AL: En Argentina el general Justo es candidato triunfante del Partido Demócrata Nacional; asume la presidencia. Primera Ley de impuestos a los réditos. Ley de vialidad nacional. En Uruguay el Estado monopoliza la administración de los puertos; se firma la Ley de voto femenino; represión obrera y anticomunista. Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. V. Alessandri es electo presidente por segunda vez en Chile. "Año de la barbarie" en Perú; represión de la rebelión montañesa. Impulso a la Reforma Agraria en México y Ley del Salario Mínimo bajo el gobierno del Gral. Rodríguez. Levantamiento comunista en Izalco, El Salvador; más de 30.000 campesinos son masacrados por el gobierno del Gral. H.

Hindenburg derrota a Hitler en las elecciones presidenciales de Alemania; cae el canciller Brüning y con él su gabinete; fuerte agitación política a nivel gubernamental, fortalecimiento parlamentario del nacionalsocialismo. Gobierno de derecha en Hungría. Salazar es presidente de Portugal. F. D. Roosevelt derrota a Hoover y asume la presidencia de EE.UU. Se frustra el proyecto de Mussolini de crear un bloque de cuatro potencias (Italia, Francia, Alemania e Inglaterra). Graves choques entre Irlanda y Gran Bretaña; desaparición del puesto de gobernador general británico, guerra aduanera. Manchuria es Estado independiente. Aumenta la agresividad del Japón. Constitución del reino de Arabia Saudita. En Siam se instaura una monarquía constitucional. Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos acuerdan la paulatina supresión de las barreras aduaneras. Japón renuncia al patrón oro.

C. D. Anderson demuestra la existencia del positrón (electrón positivo). G. Domagk sintetiza la sulfonamida. G. K. Janksay inicia la radioastronomía. H. C. Urey descubre el deuterio.

M. Gorki: *La vida de Klim Sagim*. K. Jaspers: *Filosofía* (3 tomos). A. Richards: *Hambre y trabajo en una tribu salvaje*. R. Thurnwald: *Lo económico en las comunidades primitivas*. H. Bergson: *Las*

---

1933

Abriga la esperanza de una pronta curación, a causa de un diagnóstico optimista. En septiembre, no obstante, se le aplica un neumotórax.

Martínez. Puerto Rico: Barceló funda el Partido Liberal; sube al gobierno la coalición republicano-socialista. Se dicta en Brasil un reglamento de trabajo para la mujer y el niño; fracasa la revolución contra Vargas; es creado el ministerio de Educación y Salud Pública.

J. de la Cuadra: *Horno*. Rojas: *Lanchas en la bahía*. F. de Herrera: *El tigre*. López y Fuentes: *Tierra*. A. S. Pedreira: *Hostos, ciudadano de América y Biografía puertorriqueña*. J. Romero: *Apuntes de un lugareño*. L. Lugones: *La grande Argentina*. J. L. Borges: *Discusión*. O. Gironde: *Es-pantapájaros*. R. Arlt: *El amor brujo*. G. de Almeida: *Nuestra bandera: la resistencia paulista*. E. Verissimo: *Fantoches*. J. Lins do Rego: *Menino do Engembo*. M. Bandeira: *América*. Tarsila expone en Moscú.

V: Agravamiento de la crisis económica del país. Caracas y Maracay centralizan la vida y atención de la nación. La Universidad de Hamburgo y el presidente alemán Von Hindenburg rinden homenaje a Gómez por su neutralidad durante la Primera Guerra Mundial. El inmenso campo petrolero de Pedernales es descubierto por la Standard Oil de Venezuela.

R. Blanco Fombona: *El secreto de la felicidad*. J. Ramos: *Falconete* (Memorias de un periodista). A. Reyes: *Lucrecia Amorós*. R. Rivero: Primeras funciones de títeres.

AL: Muere H. Yrigoyen en Argentina, una multitud acompaña sus restos. En Londres se firma el tratado Roca-Ruciman sobre intercambio comercial. Golpe de Estado en Uruguay; Terra en el poder; censura de prensa y nuevo Código Penal. Huelga general y caída de Machado en Cuba; lo sucede Grau San Martín; revuelta de los suboficiales de F. Batista.

dos fuentes de la moral y la religión. A. Huxley: *Un mundo feliz*. F. Céline: *Viaje al fin de la noche*. E. Caldwell: *El camino del tabaco*. Sholajov: *Campos roturados*. J. Romain: *Los hombres de buena voluntad*. (-47). A. Artaud: *Manifiesto del teatro de la crueldad*. A. Breton: *Los vasos comunicantes*. V. Aleixandre: *La destrucción o el amor*. A. Calder en París. Se funda el Teatro de *La Barraca*, dirigido por F. García Lorca.

Moratoria y devaluación del dólar; reconocimiento de la URSS; Roosevelt impone la política del "New Deal". Creación de la *Tennessee Valley Authority*. La economía alemana está en quiebra: 5 millones de obreros sin trabajo. Hitler es nombrado canciller. El incendio del Reichstag es presentado como síntoma de alzamiento comunista; se crean los campos de concentración, iniciación de la campaña antisemita. Pacto de las cuatro potencias (Italia, Francia, Inglaterra y Alemania). Austria: golpe de Estado en Dollfus, gobierno dictatorial. Tratado de no agresión firman la URSS e Italia. Es creada la "Falange" en España.

Joliot-Curie: radiactividad artificial.

K. Barth: *La existencia teológica de hoy*. A. Casona: *La sirena varada*. M. Hernández: *Perito en lunas*. Th. Mann: *El odio*. Van Vollenhoven: *El descubrimiento del derecho indonesio*. A. Taylor: *Clasificación de los cuentos de fórmula*. A. Mal-

1934

Le ataca una bronquitis asmática.

En Perú es asesinado Sánchez Cerro; elección de O. Benavides. "Plan Sexenal" en México. Avance de las tropas paraguayas en Bolivia. Tiburcio Carías es dictador de Honduras. En Colombia se crea la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR). Se reúne en Brasil la Asamblea Constituyente; manifiesto de los intelectuales paulistas contra el fascismo en expansión, resistencia obrera; se conceden vacaciones a empleados privados.

P. Neruda: *Residencia en la tierra*. Sallarrué: *Cuentos de barro*. Aguilera Malta: *Don Goyo*. A. Carpentier: *Ecué-Yamba-O!*. L. A. Sánchez: *América: novela sin novelistas*. R. Martínez Estrada: *Radio-graía de la pampa*. B. Lynch: *El romance de un gaucho*. N. Olivari: *La mosca verde*. Rojas: *El santo de la espada*. G. Freyre: *Casa grande y Senzala*. J. Lins do Rego: *Doidinho*. O. de Andrade: *Serafin Ponte Grande* (escrito en 1927). J. Amado: *Cacao*. G. Ramos: *Caeté*. R. Bopp: *Urucungo* (poemas negroides). Patricia Galvão: *Parque industrial*. Muere José María Vargas Vila.

V: Son confinados en Cumaná los sobrevivientes de la invasión del "Falke"; misma política de confinamiento en diversas ciudades del interior. Contrato con las compañías petroleras para estabilizar los cambios monetarios. El aviador norteamericano Jimmy Angel descubre el "Salto Angel" o "Churún Meru".

P. P. Barnola: *Las cien mejores poesías líricas venezolanas*. A. E. Blanco: *Podá*. G. Meneses: *La balandra Isabel llegó esta tarde y Canción de negros*. J. Padrón: *La guaricha*. R. Gallegos: *Cantaclaro*. A. Pérez Guevara: *Flora Méndez*. M. Briceño Iragorry: *Tapices de historia patria*.

AL: El cardenal Pacelli inaugura en Buenos Aires el XXXII Congreso Eucarístico

raux: *La condición humana*. F. García Lorca: *Bodas de sangre*. G. Stein: *Autobiografía de Alice B. Tocklas*. Salinas: *La voz a ti debida*. Cooper-Scoedsacks: *King-Kong*. El nazismo clausura la *Baubaus*. CIAM: *La carta de Atenas*. Se levanta la censura contra J. Joyce en EE.UU. I. Stravinsky: *Perséfone*.

Muerte de Hindenburg y ascenso de Hitler en Alemania: el "fúterer". Acercamiento de Austria y Hungría entre sí y a Italia. Disturbios políticos y sangrienta represión con prohibición de todos los partidos salvo el "Frente Nacional", en Austria. B. Mussolini funda el Estado Corporativo. Los comunistas chinos, enfrentados a Chiang Kai-chek, inician la retirada: la "Larga Marcha". El Canciller general Dollfus es asesinado en Viena; lo sucede von Schuschnigg. Disturbios políticos en París por el caso Staviski. La URSS se integra a la Sociedad de las Naciones. EE.UU. concede independencia legal a Filipinas (será real a un plazo de diez años). Política del "buen vecino" de Roosevelt respecto de América Latina; se





Internacional. Los socialistas triunfan en la Capital Federal de la República Argentina en la elección de diputados. El Graff Zeppelin sobrevuela Buenos Aires. En Uruguay, Terra es electo presidente por una Asamblea Constituyente; se promulga la Ley restrictiva de la libertad de prensa. L. Cárdenas es presidente de México (-40); política nacionalista con apoyo obrero y campesino. Sandino es asesinado en Nicaragua por la Guardia Nacional. Las tropas yanquis abandonan el territorio haitiano. Se suprime la enmienda Platt en Cuba. Represión en Perú, contra el APRA, que pasa a la clandestinidad. Velasco Ibarra es presidente de Ecuador y A. López Pumarejo presidente de Colombia. Se realizan negociaciones para poner término al conflicto entre Paraguay y Bolivia. En Puerto Rico, Blanton Winshep es gobernador; huelga de obreros cañeros, represión a los nacionalistas. Se promulga una nueva constitución en Brasil; G. Vargas es presidente constitucional; primera oportunidad de voto femenino y primer Congreso Nacional electo por voto popular.

Amorín: *El paisano Aguilar*. N. Guillén: *West Indies Ltd*. P. A. Cuadra: *Poemas nicaragüenses*. J. Icaza: *Huasipungo*. Samayoa Chilchilla: *Madre Milpa*. Concha Meléndez: *La novela indianista en Hispanoamérica*. A. S. Pedreira: *Insularismo*. De la Cuadra: *Los sangurimas*. J. Vasconcelos: *Bolivarismo y monroísmo*. Ramos: *El negro brasileño*. G. Ramos: *San Bernardo*. J. Lins do Rego: *Bangué*. J. Amado: *Sudor*. M. de Andrade: *Bela-sarte*. E. Mallea: *Nocturno europeo*. R. González Tuñón: *Poemas de Juancito Caminador*. F. García Lorca y P. Neruda en Buenos Aires, donde realizan una conferencia a dúo. En Puerto Rico revistas *Ambito* (-37) y *Brújula* (-37). G. Freyre organiza el primer Congreso Afro-Brasileño de Estudios y publica los anales del mismo. Muere Coelho Neto.

crea el Banco de Importación y Exportación. Devaluación del dólar en un 59,6%.

Fusión del Uranio. Descubrimiento del neutrón: Chadwick. Microscopio electrónico.

A. J. Toynbee: *Estudio de la historia* (10 tomos) (-54). C. E. Gadda: *El castillo de Udino*. R. Benedict: *Patrones de cultura*. W. Reich: *Psicología de masas del fascismo*. Guérin: *Fascismo y gran capital*. Giorno: *El canto del mundo*. L. Cernuda: *Donde habita el olvido*. F. de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Pessoa: *Mensaje*. R. Carnap: *Sintáxis lógica del lenguaje*. K. Popper: *Lógica de la investigación*. B. Russell: *Libertad y organización*. F. García Lorca: *Yerma*. D. Hammett: *Agente secreto X-9*. A. Raymond: *Flash Gordon*. Congreso de escritores soviéticos en Moscú: el "realismo socialista". S. Dalí: *El destete del mueble elemento*, e ilustración de los *Cantos de Maldoror*. Luigi Pirandello es Premio Nobel de Literatura.

1935

Regresa a París. En sus cartas recuerda a Macuto y el sol tropical.

Escribe únicamente su diario.

V: Todo el país pendiente de la salud de Gómez, quien muere el 17 de diciembre. El general Eleazar López Contreras, Ministro de Guerra y Marina, es designado por el Gabinete Ejecutivo como presidente provisional. Grandes manifestaciones populares. Saqueo, en Caracas, del periódico oficial del régimen, *El Nuevo Diario*. Liberación de los presos políticos y vuelta de los exiliados. Eustoquio Gómez es asesinado por un balazo anónimo. C. Gardel visita el país.

R. Caldera: *Andrés Bello*. L. Castro: *Garaúa*. F. Massiani: *Geografía espiritual*. R. Oramas: *Civilización de Venezuela precolombina*. E. Planchart: *Suites en versos blancos*. R. Gallegos: *Canaima*. L. Correa: *Terra patrum*. A. E. Blanco: *La aeroplana clueca*. J. Salazar Domínguez: *Santelmo*. Se funda *El Ingenioso Hidalgo*.

AL: El senador argentino Lisandro de la Torre denuncia el monopolio de los frigoríficos en el comercio de carnes. Durante el debate, es asesinado el senador Bordabehere. J. B. Justo inaugura el Banco Central. Levantamiento de B. Muñoz en Uruguay, quien es derrotado; represión generalizada; deportaciones; convenio comercial con Inglaterra y ruptura de relaciones con la URSS. Fin de la Guerra del Chaco con la derrota de Bolivia, firma de la paz. Creciente oposición a Cárdenas en México, por parte de Calles. En Puerto Rico, masacre de nacionalistas y Plan Chabrón para la reconstrucción económica. Es reprimida una sublevación comunista en Río de Janeiro, Natal y Recife; se crea una organización fascista ("integralistas") de soldados y milicianos; Ley de indemnización por despidos.

J. M. Arguedas: *Agua*. E. A. Westphalen: *Islulas extrañas*. G. López y Fuentes: *El Indio*. B. Arias Trujillo: *Risalda*. P. Ne-

Se concerta una alianza militar entre Checoslovaquia y la URSS. Se restaura la monarquía en Grecia vuelve Jorge II. En España, el general Franco es nombrado jefe del Estado Mayor General del Ejército; las Cortes de la República aprueban la Ley de Contrarreforma Agraria; Plebiscito del Sarre y devolución de Alemania. Hitler implanta el servicio militar obligatorio. Leyes racistas de Nuremberg. Campaña militar de Mussolini en Africa; invasión de Etiopía. La Sociedad de las Naciones aplica sanciones contra Italia. Chiang Kai-chek es presidente de China. Conflicto entre Roosevelt y la Suprema Corte de EE.UU., por la aplicación de la ley de "New Deal". Disturbios anticatólicos en Belfast.

Doisy descubre la vitamina K. Gallup crea el Instituto Americano de Opinión Pública. Avanzan las experiencias de radar y televisión.

Jean Giraudoux: *La guerra de Troya no será*. A. Weber: *La historia de la cultura como sociología cultural*. F. García Lorca: *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía*. N. Hartmann: *Ontología*. G. Marcel: *Ser y Tener*. A. Malraux: *El tiempo del desprecio*. T. K. Penniman: *Cien años de antropología*. R. Benedict: *Mitología Zuni* (2 vols.) . Hazard: *La crisis de la conciencia europea*. T. Wolfe: *Del tiempo y del río*. Makarenko: *Poema pedagógico*. T. S. Eliot: *Asesinato en la catedral*. Ford: *El delator*. Hitchcock: *Treinta y nueve escalones*. G. Gershwin: *Porgie and Bess*. Nace Françoise Sagan. Muere Henri Barbusse.

1936

Fin del peregrinar angustioso en busca de una recuperación física que nunca logrará. En la sierra de Guadarrama, sanatorio de tuberculosos, en Fuenfría, prepara su regreso a Madrid.

En compañía de su madre, su hermana María y de su amiga Lydia Cabrera, muere en Madrid, el 23 de abril.

Sus restos fueron trasladados en 1947 a Caracas, desde el cementerio de Almudena. Reposa en el Cementerio General del Sur, en el panteón de la familia Parra Sanojo.

ruda: *Residencia en la tierra II*. E. Laguerre: *La llamarada*. A. S. Pedreira: *Actualidad del jíbaro*. C. Chávez: *Sinfonía india*. J. Marín Cañas: *El infierno verde*. C. Alegría: *La serpiente de oro*. J. Amado: *Jubiabá*. E. Moura: *Canto de bora amarga*. M. de Rebelo: *Marafa*. J. de Lima: *Tiempo y eternidad*. V. de Morães: *Forma y exégesis*. R. Pinto, A. Ramos y G. Freyre: "Manifiesto antinazi". Pareja Diezcanseco: *La Beldaca*. Aguilera Malta: *Canal Zone*. Secretaría general de educación de Costa Rica: *Colección de canciones y danzas típicas*. A. Korn: *Apuntes filológicos*. J. L. Borges: *Historia universal de la infamia*. E. Mallea: *Conocimiento y expresión de la Argentina*. Dickman: *Madre América*. E. S. Discépolo: *Cambalache* letra para tango. C. Portinari obtiene el premio del Instituto Carnegie por su cuadro *El Café*. Muere en un accidente aéreo un ídolo popular: Carlos Gardel.

V: López Contreras es electo presidente constitucional por el Congreso. Malestar por los nombramientos de personajes del gomecismo, los "camaleones". López decreta la censura de prensa y radio y la suspensión de las garantías constitucionales. Manifestación estudiantil encabezada por Jóvito Villalba; represión policial. Disturbios en toda la nación. Reacción de López y viraje: liquidación del gomecismo. Se inician positivas reformas administrativas. Se crea la CTV tras huelga petrolera; Consejo Venezolano del Niño; Instituto Pedagógico; Ministerio de Agricultura y Cría; Ministerio de Trabajo y Comunicaciones. Nacionalización de las obras portuarias de La Guaira. Promulgación de la Ley del Trabajo. Primera Convención Nacional de Maestros funda la Federación Venezolana de Maestros. López disuelve los partidos de izquierda.

A. Uslar Pietri: *Red*. Diario *Ahora*. Grupo

En Grecia se implanta la dictadura: Jóhanes Metaxas asume el poder. Tratado de alianza militar entre Gran Bretaña y Egipto, Siria y Líbano ingresan a la Sociedad de las Naciones. Se derogan las sanciones contra Italia. Mussolini proclama el Imperio italiano; anexión de Etiopía. Rearme alemán; Alemania ocupa la zona desmilitarizada del territorio del Rin. Convenio germano-austriaco. Constitución del Eje Roma-Berlín. Elecciones del Frente Popular en España. Levantamiento de Franco —proclamado Generalísimo del ejército sublevado— contra el gobierno. Se inicia la Guerra Civil Española. Apoyo de Mussolini: 50.000 soldados. Frente Popular en Francia, encabezado por León Blum. Roosevelt es reeligido en EE.UU. En Moscú se inician los procesos. Abdica Eduardo VIII lo sucede Jorge VI en Inglaterra. Primer Congreso Musulmán en Argelia.

Investigaciones de Floreu y Chain sobre la penicilina.



*Viernes* (P. Rojas Guardia, V. Gerbasi, P. Venegas Filardo, J. Padrón).

*Al:* Se reúne en Buenos Aires la Conferencia de la Consolidación de la Paz; asiste F. D. Roosevelt. Se organiza la Confederación General del Trabajo. Saavedra Lamas recibe el Premio Nobel de la Paz. Es reformada la Constitución de Uruguay; se crea un Cuerpo Especial de seguridad en la policía de Montevideo; se prohíbe hablar de política exterior; se rompen las relaciones con la República Española; huelga de obreros del pan, el carbón, el calzado, la madera y tranviarios; huelga general de obreros de la construcción (10.000 adherentes). Puerto Rico: patriotas nacionalistas ejecutan al coronel norteamericano Riggs. Somoza presiona a Sacaza (su tío) a renunciar a la presidencia (VI) y se hace elegir primer mandatario en su lugar (8/XII). Régimen liberal del general Franco en Paraguay. Son creadas: la Confederación de Trabajadores de México y de Chile. En Perú, el aprismo triunfa en las elecciones, éstas son anuladas de inmediato. Contratos de Guatemala con la United Fruit Co. Laredo Bru destituye a Gómez y toma el poder en Cuba. D. Toro es presidente de Bolivia (—37).

J. R. Romero: *Mi caballo, mi perro y mi rifle*. J. Duke: *La Estrella Roja*. J. A. Ramos: *Caniquí*. A. Ambrogí: *El Jetón*. C. Vallejo: *España, aparta de mi este cáliz*. A. Corejter: *Agüebana: Amor de Puerto Rico*. J. L. Borges: *Historia de la eternidad*. E. Mallea: *La ciudad junto al río inmóvil*. R. González Tuñón: *La rosa blindada*. Dickman: *Gente*. Concha Meléndez: *Pablo Neruda: Vida y Obra*. J. Imbelloni: *Epítome de culturología*. J. Lins do Rego: *Usina*. A. Machado: *Mana María*. M. Bandeira: *Estrella de la mañana*. J. Amado: *Mar muerto*. G. Ramos: *Angustia*. S. Buarque de Holanda: *Raíces*

J. Anouilh: *El viajero sin equipaje*. G. Greene: *Una pistola en ventaja*. J. Keynes: *Teoría del empleo, el interés y la moneda*. Margareth Michell: *Lo que el viento se llevó*. M. Hernández: *El rayo que no cesa*. M. Hunter: *Reacción frente a la conquista*. R. Linton: *Estudio del hombre*. W. Faulkner: *Absalón Absalón*. Bernanos: *Diario de un cura de campo*. Remuz: *Desboranza*. C. Pavese: *Trabajar cansa*. A. Gide: *Regreso de la URSS*. A. Machado: *Juan de Mairena*. M. Chagall: *Arlequinada*. Wright: *Casa Kaufmann* (Pennsylvania). C. Orff: *Carmina Burana*. Fayder: *La kermesse heroica*. Ch. Chaplin: *Tiempos modernos*. Mueren Miguel de Unamuno, Luigi Pirandello, Máximo Gorki, Ramón de Valle Inclán y Rudyard Kipling; Federico García Lorca es arbitrariamente fusilado por los falangistas.





del Brasil. G. Freyre: *Sobrados e Mucambos*. F. M. Cabrera: *La afirmación criollista: poemas de mi tierra*. A. Reni (seud. E. Porras): *Sacajunches: Cuentos Guanacasteros*. N. Parra: *Cancionero sin nombre*. R. Pinto funda el Instituto Nacional de Cine Educativo en Brasil. C. Capanema contrata a Le Corbusier para la construcción del Ministerio de Educación y Salud.

## BIBLIOGRAFIA\*

\* Elaborada por Horacio Jorge Becco y Rafael Angel Rivas.

## I. OBRAS DE TERESA DE LA PARRA

*Diario de una señorita que se fastidia.* Caracas: Imprenta Bolívar, 1922. 22 p. (La Lectura Semanal; 12).

*La Mamá X.* Prólogo de Alejandro Fernández García. Caracas: Tipografía Moderna, 1923. III, 59 p.

*Ifigenia; diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba.* Prólogo y comentario final por Francis de Miomandre. París: Editorial Franco-Ibero-Americana, 1924. XV, 523 p.

*Las Memorias de Mamá Blanca.* París: Editorial "Le Livre Libre", 1929. 285 p.

*Cartas.* Prólogo de Mariano Picón Salas. Caracas: Librería Cruz del Sur, 1951. ix, 133 p.

*Epistolario íntimo.* Prólogo de Rafael Carías. Caracas: s. n., 1953 (Caracas: Imprenta Nacional) 264 p.; il. (Ediciones Línea Aeropostal Venezolana; 10).

*Cartas a Rafael Carías.* Alcalá de Henares, España: s. n., 1957. 182 p.

*Tres conferencias inéditas.* Caracas: Ediciones Garrido, 1961. 158 p.; il.

*Obras completas.* Prólogo de Francis de Miomandre; introducción de Carlos García-Prada. Caracas: Editorial Arte, 1965. 943 p.

### *Traducciones*

*Journal d'une demoiselle qui s'ennuie.* Traduction de Francis de Miomandre. Abbeville, /Francia/; Editeur F. Paillart, 1926. s.p.

*Journal d'une demoiselle qui s'ennuie: fragment.* Avant-propos et traduction de Francis de Miomandre. París: Champion, 1927. 105 p. (Les Amis d'Edouard; 109).

- Mémoires de Maman Blanche*. Traduits de l'espagnol avec un avant-propos par Francis de Miomandre. París: Librairie Stock, 1929. xi, 223 p. (Le Cabinet Cosmopolite; 36).
- Blanca Nieves y compañía*. Edited with introduction, notes, exercises, vocabulari and illustrations by Carlos García Prada. Boston, D.C.: Heath and Co., [1946]. xiii, 234 p.; il.
- Mamá Blanca's souvenirs*. Traducción por Harriet de Onís. Introduction por Dillwyn F. Ratcliff. Washington, D.C.: Pan American Union, 1959. xix, 129 p.

## II. ESTUDIOS SOBRE TERESA DE LA PARRA

### *Libros y folletos*

- ANGARITA ARVELO, RAFAEL: *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Berlín: /Imprenta de August Peiwa, Leipzig/, 1938. 172 p.
- ARAUJO, ORLANDO: *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1972. 354 p. (Colección Temas Contemporáneos).
- ARIAS ROBALINO, AUGUSTO: *Tres Ensayos*. Quito: Imprenta de la Universidad, 1941. 157 p. (Publicaciones del Instituto Ecuatoriano-Venezolano de Cultura).
- ASOCIACIÓN CULTURAL INTERAMERICANA. Caracas: *Homenaje a Teresa de la Parra*. Caracas: Tipografía Vargas, 1965. 19 p.; il.
- BARNOLA, PEDRO PABLO: *Estudios críticos literarios*. Caracas: Librería y Tipografía La Torre, 1935. 243 p.
- BOSCH, VELIA: *La lengua viva en Teresa de la Parra*. Caracas: s.n., 1978 (Caracas Editorial Arte). 24 p.
- . *Esta pobre lengua viva; Relectura de la obra de Teresa de la Parra: A medio siglo de las "Memorias de Mamá Blanca"*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1979. 278 p.
- . *Teresa de la Parra; biografía para jóvenes*. Prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta. Caracas: El Diario de Caracas 1980. 30 p. (Colección Libros de hoy; 72).
- CAÑIZALES MÁRQUEZ, JOSÉ: *Páginas de interpretación: crítica e impresiones*. Caracas: Jaime Villegas, editor, 1956. 250 p.
- CARDOZO, LUBIO y JUAN PINTO (comp.): *Diccionario general de la literatura venezolana*. Autores. Dirección y compilación de Lubio Cardozo y Juan Pinto. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Investigaciones Literarias, 1974. 829 p.
- CARRIÓN, BENJAMÍN: *Mapa de América*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Zoila Ascasíbar, 1930. 150 p.
- COLL, EDAN: *Teresa de la Parra, Marta Brunet y Magdalena Mondragón: abresurcos en la novelística femenina hispanoamericana*. (En: Universidad Central de Venezuela, *La novela Iberoamericana*, p. 187-195. Caracas: 1968; XIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana).

- CORREA, LUIS: *Terra Patrum*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional 1961. 431 p.
- DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN: *Teresa de la Parra: claves para una interpretación*. Caracas: Ediciones Garrido, 1954. 201 p.
- DÍAZ SEIJAS, PEDRO: *Al margen de la literatura venezolana: ensayos*. Caracas: Ediciones Librería Venezuela, 1946. 44 p.
- FUENMAYOR RUÍZ, VÍCTOR: *El inmenso llamado: las voces en la escritura de Teresa de la Parra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, 1974. 120 p. (Colección Letras de Venezuela; 39; Serie ensayos y crítica).
- GUERRERO, LUIS BELTRÁN: *Candideces; quinta serie*. Caracas: Editorial Arte, 1977. 308 p.
- JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: *Españoles de tres mundos: viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo (caricaturas líricas, 1914-1940)*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1942. 170 p. (Libro de Juan Ramón Jiménez; Prosa).
- LIZARDO, CÉSAR: *Diálogo y vigilia*. Caracas: Tipografía Garrido, 1959. 156 p.
- LLEBOT DE PÉREZ, AMAYA: *"Ifigenia", caso único en la literatura nacional*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1974. 120 p. (Colección Avance; 38).
- MACHADO, JOSÉ EUSTAQUIO: *Cobre viejo*. Caracas: Tipografía Americana, 1930. xv, 332 p.
- MANCERA GALLETTI, ANGEL: *Quiénes narran y cuentan en Venezuela*. Caracas; México: Ediciones Caribe, 1958. 651 p.
- MARTINENGO, ALESSANDRO: *L'itinerario di Teresa de la Parra verso il mondo "criollo"*. Pisa, Italia: Giardini Editore, 1967. 39 p.
- MEDINA, JOSÉ RAMÓN: *Cincuenta años de literatura venezolana: 1918-1968*. Caracas: Monte Avila Editores, 1968. 319 p. (Colección Prisma).
- MILIANI, DOMINGO: *Vida intelectual de Venezuela: Dos esquemas*. Caracas: Ministerio de Educación, Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1971. 159 p. (Cuadernos de prosa; 8).
- NIETO CABALLERO, LUIS EDUARDO: *Colinas inspiradas*. Bogotá: Editorial Minerva, 1929. 105 p.
- NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO: *Escritores venezolanos*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1974. 219 p.
- NÚÑEZ, LUIS AUGUSTO: *Génesis y evolución de la cultura en Carabobo*. Valencia, Venezuela: Edición del Ejecutivo del Estado Carabobo [Secretaría de Educación y Cultura], 1967. 2 v. (Biblioteca de autores y temas carabobeños).
- PICÓN SALAS, MARIANO: *Comprensión de Venezuela*. Prólogo de Hernando Téllez. Madrid: Aguilar, Editor, 1955. 607 p. (Colección de Autores Venezolanos).
- : *Estudios de literatura venezolana*. Caracas; Madrid: Ediciones Edime, 1961. 320 p.
- RATCLIFF, DILLWYN F.: *La prosa de ficción en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1966. 278 p. (Colección Avance; 14).

- REYES, ANTONIO: *¡Mujeres de todos los tiempos! Vidas extraordinarias*. Caracas: Impresores Unidos 1944. 339 p. (Ediciones Perfiles).
- RIVAS RIVAS, JOSÉ: *Album gráfico de grandes venezolanos*; dibujos Yepes Yepes. Caracas: Centro Editor, 1970-1971. 2 v.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: *Escritores representativos de América*. Madrid: Editorial Gredos, 1963. 3 v. (Biblioteca Románica Hispánica; VII; Campo abierto).
- : *Historia comparada de las literaturas americanas*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1973-1976. 5 v.
- STOLK, GLORIA: *Therese Thiboutot: Teresa de la Parra*. Caracas: s.n., 1978 (Caracas: Editorial Arte). 13 p.
- TORREALBA LOSSI, MARIO: *En torno a la novela de Teresa de la Parra*. Prólogo de Pedro Díaz Seijas. Caracas: Editorial Avila Gráfica, 1951. 65 p.
- : *Anotaciones literarias venezolanas: miscelánea*. Caracas: Tipografía Garrido, 1954. 78 p.
- UNGARO DE FOX, LUCÍA: *Ensayos hispano-americanos*. Caracas: / M. A. García e hijo, 1966. 111 p.
- URIBE MUÑOZ, BERNARDO: *Mujeres de América*. Medellín, Colombia: Imprenta Oficial, 1934. xxi, 460 p.
- USLAR PIETRI, ARTURO: *Letras y hombres de Venezuela*. 2ª ed. Madrid; Caracas: Ediciones Edime, 1958. 345 p. (Colección Autores Venezolanos).
- : *Obras selectas*. 3ª ed. Madrid; Caracas: Ediciones Edime, 1967. xiv, 1662 p. (Clásicos y modernos hispanoamericanos).
- VILLENA, C. DE: *Estudio crítico de la novela "Ifigenia"*. Bogotá: Imprenta de la Sociedad Editorial, S. A., s.f. 24 p.

### *Hemerografía* (selectiva)

- ACEVEDO, ANGEL EDUARDO: "Sobre narrativa venezolana": "*Memorias de Mamá Blanca*" (En: *Cultura Universitaria*, Caracas [90]: 20-24, enero-marzo de 1966).
- AGUDO FREITES, RAÚL: "Sobre Teresa de la Parra. (En: *Letras Nuevas*, Caracas [4]: 20-21, junio de 1970).
- ALVARADO, LISANDRO: "*Ifigenia*" y Don Lisandro Alvarado". (En: *Elite*, Caracas, I [14]: s.p., 19 de diciembre de 1925).
- ARCINIEGAS, GERMÁN: "Un recuerdo de cierta Teresa [de la Parra] ". En: *El Nacional*, Caracas, 30 de abril de 1978, p. A-4).
- ARCINIEGAS, ISMEL ENRIQUE: "Un palique con Teresa de la Parra". (En: *El Tiempo*, Bogotá, 3 de mayo de 1936).
- ARISTIGUIETA, JEAN: "Apostillas en el aniversario de la muerte de Teresa de la Parra". (En: *El Herald*, Caracas [5776]: 2, 23 de setiembre de 1940).
- ARISTIGUIETA, MIGUEL A.: "*Ifigenia*" [de Teresa de la Parra]. (En: *Elite*, Caracas, I [30]: s.p., 10 de abril de 1926).

- AVILÉS RAMÍREZ, EDUARDO: "La lorita de Teresa de la Parra". (En: *El Universal*, Caracas, 16 de diciembre de 1953, p. 4).
- : "Teresa de la Parra y Maurice de Waleff". (En: *El Universal*, Caracas, 1 de febrero de 1970).
- BAQUERIZO MORENO, ALFREDO: "Apuntes sobre Teresa de la Parra". (En: *La Casa de Montalvo*, Ambato, Ecuador, VII [23]: 18, enero de 1938).
- BARALIS, MARTA: "Un libro americano casi desconocido: "Las memorias de Mamá Blanca". (En: *Universidad*, Revista de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina [52]: 91-98, abril-junio de 1962).
- BOADA ALVINS, JOSÉ: "El portafolio abierto - Teresa de la Parra". (En: *El Heraldo*, Caracas, 28 de marzo de 1949, p. 3).
- BOSCH, VELIA: "A 25 años: "Las Memorias de Mamá Blanca". (En: *El Nacional*, Caracas, 23 de febrero de 1979, p. A-5).
- BRACHO SIERRA, MARTINIANO: "Venezuela y Bolívar en Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 18 de junio de 1950, p. 16; Papel Literario).
- CABRERA A., LYDIA: "Teresa de la Parra" (En: *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, (III): 35-36, octubre de 1930).
- CASTRO, CRISTÓBAL DE: "Teresa de la Parra o la sencillez magnífica". (En: *El Heraldo*, Caracas, (2244): 2, 6 de setiembre de 1929).
- COLL, PEDRO EMILIO: "El alma encantada de Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 9 de setiembre de 1945, p. 3; Papel Literario).
- CONSTANT, JOSEFINA: "Memorias de Mamá Blanca": personajes y sentimientos poéticos". (En: *Imagen*, Caracas, (44): 4-6, segundo cuerpo, 25 de abril-2 de mayo de 1972).
- CORDERO Y LEÓN, RIGOBERTO: "Teresa de la Parra, claridad de América" (En: *Anales de la Universidad de Cuenca*, Ecuador, 25 (3-4): 447-497, 1959).
- CRESPO Y VEGA, CORNELIA: "Colorido americano de *Ifigenia*" (En: *Consultor Bibliográfico*, Barcelona, España, II, 5ª Face, p. 443-450, 1926).
- CUBILLÁN, OFELIA: "Perfil de evocación" (En: *El Nacional*, Caracas, 7 de diciembre de 1947, p. 10; Papel Literario).
- DAIREAUX, MAX: "Le roman de Teresa de la Parra: *Ifigenia*" (En *Revue de l'Amérique Latine*, París, (4): 156-158, agosto de 1925).
- : "Un juicio sobre *Ifigenia* (En: *El Universal* Caracas 11 de marzo de 1927), p. 1).
- : "El gran éxito de Teresa de la Parra" (En *Elite*, Caracas, II (18): s. p. 12 de marzo de 1927).
- DÁVILA, VICENTE: "Una nueva obra de Teresa de la Parra" (En: *Elite*, Caracas, (191): 11 de enero de 1929).
- DEAM BYOSIS-MARTINS, CARLOS: "Buena prosa de un gran poeta" (En: *El Universal*, Caracas, 28 de marzo de 1949, p. 13).
- DÍAZ SÁNCHEZ, RAMÓN: "Teresa de la Parra" (En: *El Nuevo Diario*, Caracas, 23 de octubre de 1924).



- DOMÍNGUEZ, MARÍA ALICIA: "Una romántica americana, Teresa de la Parra" (En: *Boletín de la Unión Panamericana*, Washington, D. C., 48 (5): 223-230, mayo de 1946).
- FOMBONA PACHANO, JACINTO: "Palabras sobre la tumba de Teresa de la Parra" (En: *El Farol*, Caracas, (9): 8-9, mayo de 1948).
- GALAO, JOSÉ: "Hispanoamérica a través de sus novelas: *Ifigenia* o el hechizo de Europa" (En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, (150): 373-378 1962).
- GARCÍA BLANCO, MANUEL: "Recuerdo de Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 21 de noviembre de 1957).
- GARCÍA HERNÁNDEZ, MANUEL: "Homenaje intelectual a Teresa de la Parra" (En *El Universal*, Caracas, 10 de diciembre de 1947, p. 4).
- : "Los valores de *Ifigenia* de Teresa de la Parra" (En: *El Universal*, Caracas, 14 de diciembre de 1947, p. 4).
- : *Memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra" (En: *El Universal*, Caracas, 4 de enero de 1948, p. 15).
- GARMENDIA, SALVADOR: "La vida buena: Simón por Teresa" (En *El Nacional*, Caracas, 14 de octubre de 1979, p. 5; Papel Literario).
- GONZÁLEZ, CLARA ISABEL: "Teresa de la Parra" (En: *Revista del Instituto Pedagógico Nacional*, Caracas, 2 (1): 89-98, enero de 1945).
- GONZÁLEZ PAREDES, RAMÓN: "Sencillez creadora de Teresa de la Parra" (En: *El Universal*, Caracas 18 de julio de 1961, p. 1).
- GRAMCKO, IDA: "Una visión: Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 21 de setiembre de 1947, p. 13).
- : "Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 2 de junio de 1955, p. 4; Papel Literario).
- GUZMÁN ESPONDA, EDUARDO: "La novela de una caraqueña" (En: *Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, (VII): 87-95, 1927).
- : "Memorandum a propósito de Teresa de la Parra" (En: *El Universal*, Caracas, 19 de mayo de 1968, p. 3).
- Homenaje a Teresa de la Parra*. (En: *Lírica Hispana*, Caracas, 5 (54): 95, junio de 1948).
- JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: "Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 7 de diciembre de 1947, p. 10).
- LABARCA, EUGENIO: "La novelística de Teresa de la Parra" (En: *El Universal*, Caracas, 8 de diciembre de 1926).
- : *Ifigenia*, "María Eugenia Alonso y Teresa de la Parra" (En: *El Universal*, Caracas, 9 de marzo de 1927, p. 5).
- LIZARDO, PEDRO FRANCISCO: "Un rostro de mujer en el tiempo: Teresa [de la Parra]" (En: *Imagen*, Caracas, 110 3-4, enero-junio de 1977).
- MACHADO DE ARNAO, LUZ: "Tiempo y obra de Teresa de la Parra" (En: *Atenea*, Concepción, Chile, (119): 117-124, enero-febrero de 1955).
- : "Palabras sobre Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 9 de junio de 1955, p. 5-6; Papel Literario).

- MARTÍNEZ, MARCO ANTONIO: "Teresa de la Parra, novelista errante" (En: *Cultura Universitaria*, Caracas, (43): 67-72 mayo-junio de 1954).
- : "El tema religioso en las *Memorias de Mamá Blanca*" (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas: (109): 110-123, marzo-abril de 1955).
- : "Veinticinco años de la muerte de Teresa de la Parra" (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, 148-149: 268-269, setiembre-diciembre de 1961).
- : "Proust, Teresa de la Parra" (En: *Imagen*, Caracas, (44): 2-3, segundo cuerpo, 25 de abril-2 de mayo de 1972).
- : "*Ifigenia*", un mito femenino" (En: *Zona Franca*, Caracas 2ª época, 3 (15): 53-55, octubre de 1972).
- MIRÓ, CLEMENCIA: "Teresa de la Parra" (En: *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, (III): 35-36, octubre de 1936).
- : "Homenaje a Teresa de la Parra" (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (95): 48-52, noviembre-diciembre de 1952).
- : "Teresa de la Parra" (En: *Insula*, Madrid, 8 (92): 3, 1953).
- MISTRAL, GABRIELA: "Dos recados sobre Teresa de la Parra" (En: *Sur*, Buenos Aires, (25): 65-75, octubre de 1936).
- NIETO CABALLERO, LUIS EDUARDO: "Recuerdos de Teresa de la Parra" (En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, (140): 396-406, octubre-diciembre de 1952).
- NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO: "Teresa de la Parra: *Ifigenia* y sus críticos" (En: *El Universal*, Caracas, 6 de abril de 1927; Novelistas Venezolanos).
- OLIVARES FIGUEROA, RAFAEL: "Teresa de la Parra" y la creación de caracteres" (En *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (22): 38-54, setiembre de 1940).
- PARRA PÉREZ, CARACCILOLO: "A propos du roman de Teresa de la Parra: *Ifigenia*" (En: *Revue de l'Amérique Latine*, París, (10): 451-453, noviembre de 1925).
- PAZ CASTILLO, FERNANDO: "El sentido de la intimidad en Teresa de la Parra" (En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, (72): 7-14, enero-febrero de 1948).
- : "Teresa de la Parra: una Caracas suave y lejana" (En: *El Nacional*, Caracas, 5 de setiembre de 1960, p. de Arte; Reflexiones de Atardecer).
- PEÑA, ISRAEL: "Teresa de la Parra y Romain Rolland" (En: *El Universal*, Caracas, 19 de setiembre de 1961, p. 4; Índice Literario).
- PÉREZ, ANA MERCEDES: "50 años de las *Memorias de Mamá Blanca*" (En: *El Nacional*, Caracas, 20 de abril de 1979, p. C-14).
- PINEDA, RAFAEL: "Teresa huye del Bovarismo" (En: *El Nacional*, Caracas, 26 de agosto de 1954, p. 7; Papel Literario).
- ROJAS, ARMANDO: "Romain Rolland y Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 4 de agosto de 1963, p. s. n.; Suplemento).
- ROJAS JIMÉNEZ, OSCAR: "Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 7 de mayo de 1947, p. 4).
- : "Recuerdo para Teresa de la Parra" (En: *El Herald*, Caracas, 2 de mayo de 1949, p. 3).

- RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO: "Teresa de la Parra y Gonzalo Zaldumbide" (En: *El Universal*, Caracas, 18 de setiembre de 1954, p. 1: Índice Literario).
- : "Teresa de la Parra" (En: *Letras del Ecuador*, Quito, (122-123): 4 y 8, 1961).
- SALAZAR, VÍCTOR: "Itinerario: Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 1 de marzo de 1979, p. A-5).
- SILVA CASTRO, RAÚL: "Teresa de la Parra. Una gran escritora venezolana" (En: *ZIG-ZAG*, Santiago de Chile, 3 de julio de 1936).
- SUBERO, EFRAÍN: "Teresa de la Parra" (En: *El Nacional*, Caracas, 15 de mayo de 1966; *Papel Literario*).
- VALLE, RAFAEL HELIODORO: "Novelistas venezolanos: Teresa de la Parra" (En: *Cervantes*, La Habana, (4-5): 20-21, 1940).
- : "Novelistas Venezolanos: Teresa de la Parra" (En: *Pan American Union Bulletin*, Washington, D. C., 72 (8): 446-449, 1938).

### *Bibliografías*

- BECCO, HORACIO JORGE: *Fuentes para el estudio de la literatura venezolana / Prólogo de Pedro Grasés*. Caracas: Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano; Ediciones Centauro, 1978. 2 v. (Colección Manuel Segundo Sánchez).
- COLL, EDNA: *Índice informativo de la novela hispanoamericana: tomo III, Venezuela*. Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1978. (Barcelona, España: Artes Gráficas Medinaceli). 346 p.
- Exposición hemero-bibliográfica: La mujer en las letras venezolanas*. Homenaje a Teresa de la Parra en el año internacional de la mujer, 5-26 de octubre de 1975. Caracas: Imprenta del Congreso de la República, 1976. 176 p.
- ROSENBAUM, SIDONIA C.: *Teresa de la Parra: bibliografía*. (En: *Revista Hispánica Moderna*, New York, (III): 37-38, 1936-1937).
- SUBERO, EFRAÍN, (dir): *Contribución a la bibliografía de Teresa de la Parra, 1895-1936*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Escuela de Letras, Centro de Investigaciones Literarias, 1970. 133 p. (Colección Bibliografías; 7).
- VILLASANA, ANGEL RAÚL: *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano: años 1808-1950*. Caracas: Banco Central de Venezuela, 1969-1979. 6 v. (Colección Cuatricentenario de Caracas).

INDICE

TERESA DE LA PARRA: LAS VOCES DE LA PALABRA, por <i>Julieta Fombona</i>	IX
ESTUDIO CRÍTICO, por <i>Velia Bosch</i>	XXVII
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	XXXVIII

---

## NARRATIVA

### NOVELAS

<i>IFIGENIA, Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba</i>	3
<i>Prólogo</i> , por Francis de Miomandre	3
Primera parte	7
Segunda parte	81
Tercera parte	186
Cuarta parte	231
<i>Unas palabras más sobre Ifigenia</i> , por Francis de Miomandre	311
 <i>LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA</i>	 315
<i>Advertencia</i>	315
Blanca Nieves y compañía	324
Vienen visitas	328
María Moñitos	331
Aquí está Primo Juancho	346
Vicente Cochocho	360
Se acabó trapiche	376
Nube de agua y Nube de agüita	382

Aurora	391
Lista de los principales venezolanismos y americanismos que se hallan en <i>Las Memorias de Mamá Blanca</i>	403

## CUENTOS

<i>HISTORIA DE LA SEÑORITA GRANO DE POLVO BAILARINA DEL SOL</i>	407
<i>EL GENIO DEL PESACARTAS</i>	411
<i>EL ERMITAÑO DEL RELOJ</i>	415

## DIARIOS-CONFERENCIAS

### DIARIOS

<i>POR EL LEJANO ORIENTE... EL DIARIO DE UNA CARAQUEÑA</i>	427
<i>DIARIO DE BELLEVUE-FUENFRIA-MADRID (1931-1936)</i>	447

### TRES CONFERENCIAS

<i>INFLUENCIA DE LAS MUJERES EN LA FORMACION DEL ALMA AMERICANA</i>	471
I	471
II	490
III	509

## EPISTOLARIO

A GONZALO ZALDUMBIDE	531
A ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ	544
A SU MADRE Y HERMANAS	548
A VICENTE LECUNA	550
A DON MIGUEL DE UNAMUNO	559
A DON LISANDRO ALVARADO	564

AL DOCTOR LUIS ZEA URIBE	569
A EDUARDO GUZMAN ESPONDA	593
A GARCIA PRADA	598
A CLEMENCIA MIRO	602
A RAFAEL CARIAS	605
A DESTINATARIOS DESCONOCIDOS	621
<hr/>	
CRONOLOGÍA	629
BIBLIOGRAFÍA	743